

# AMÉRICA HISPÁNICA

BORJA CARDELÚS

El legado de España en América es colosal, una simbiosis trascendental de la que emergen una historia, una raza, unas tradiciones y una filosofía vital híbridas que conforman una de las grandes culturas del mundo occidental: la civilización hispánica.



Borja Cardelús

*América hispánica*

*La obra de España en el Nuevo Mundo*

© Borja Cardelús Muñoz-Seca, 2021  
© Editorial Almuzara, S.L., 2021  
© de las ilustraciones: Bernardo Lara, Esther Merchán,  
Juan Carlos Arbex, Borja Cardelús

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA

Director editorial: Antonio Cuesta

Edición: Ana Cabello

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Corrección: Rebeca Rueda

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)

[pedidos@almuzaralibros.com](mailto:pedidos@almuzaralibros.com) - [info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

ISBN: 978-84-18757-77-8

Hecho en España - *Made in Spain*

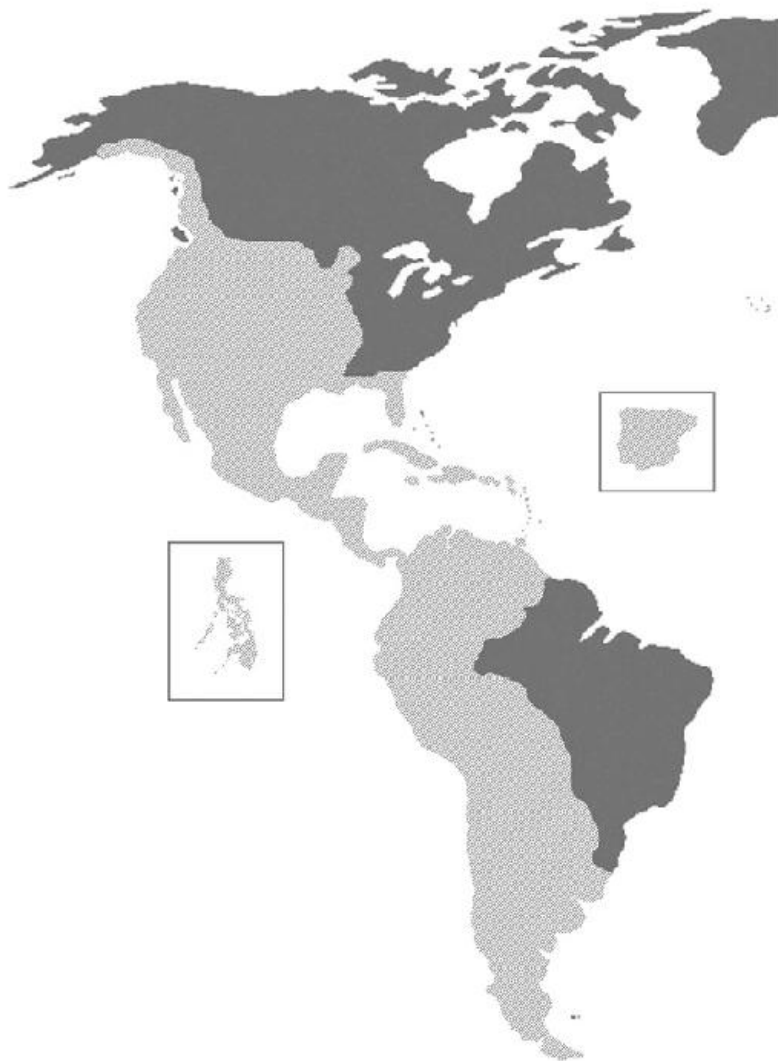
## Patrocinadores



Arturo Cardelús y Muñoz-Seca  
*Conde de Amaya*

Luis Basabe Díaz

# ESCENAS ESTELARES DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



*Bajo Carlos III se llega hasta Alaska, y el Imperio español alcanza su máxima extensión geográfica.*

# INTRODUCCIÓN

El continente americano, desde la llegada de Cristóbal Colón, ha recorrido un camino de cinco siglos. Un plazo suficientemente dilatado como para que ocurran muchas cosas, para que los acontecimientos se sucedan, estancándose a veces, precipitándose otras.

Algunos de estos hechos son hartamente conocidos. Otros, no lo son tanto. Pero famosos o no, los que en este libro se describen tienen algo en común: fueron todos ellos decisivos a la hora de conformar la América de hoy. Bien porque influyeran en todo o parte de su territorio; bien porque condicionaran la sociedad, la economía o la política del continente. Algunos de los sucesos rebasaron incluso sus fronteras, para trascender sobre el resto del mundo, alcanzando dimensión planetaria.

El continente americano podría haberse encaminado por unos derroteros distintos, pero lo hizo por los que fueron, y los factores desencadenantes de ese particular devenir son precisamente los que aparecen en este libro. Merecen por tanto definirse como las escenas cruciales de su historia, los momentos estelares del Descubrimiento de América.

Primera parte  
EL DESCUBRIMIENTO



Dimensión real



Junta Técnica  
Reyes Católicos



Cristóbal Colón



Cipango (Japón)



Distancia real

Islas Canarias



Junta Técnica RR.CC.



Cristóbal Colón



*Al calcular un perímetro menor al planeta,  
Colón logró la aprobación de su proyecto.*

# UN JINETE EN SANTA FE

(Las capitulaciones de Cristóbal Colón)

Un hombre camina con su caballería por tierras de Granada, el reino recién conquistado a los moros. En la cercana Santa Fe ha dejado morir sus sueños. Cuando a punto estaba de tocar la gloria, todo se ha venido abajo y ahora vuelve a ser alguien abatido, condenado al anonimato, que marcha cavilando sobre todo lo que ha pasado.

Ya no puede seguir luchando, al menos aquí, en España, donde ha dejado los años de su última juventud, y con ellos lo mejor de sus fuerzas. Lo intentará en otra parte, pero intuye que nunca habrá estado tan cerca como ahora, y que las grandes oportunidades pasan una sola vez.

Cuán fácil es pasar de la gloria al fracaso en un momento. Sabe que esta vez el proyecto por el que lleva luchando siete años ha sido desechado por sus propias exigencias. Demasiada ambición por su parte, sin duda, y demasiado orgullosos los reyes como para admitir las altísimas pretensiones de quien no es más que un aventurero advenedizo. Quizá si hubiera cedido, si hubiera rebajado sus aspiraciones... Ya es tarde, y su destino es, si fuerzas le quedan, volver a emprender el proyecto en un país distinto.

A sus espaldas oye un galope lejano. Se acerca presuroso, y detiene la carrera al llegar junto al hombre. Desciende el jinete y le entrega un pliego. Con temblorosas manos lo abre y a punto está de desvanecerse por la emoción. Es una orden para que regrese cuanto antes. Sus condiciones han sido aceptadas por los Reyes Católicos.

El hombre mira al cielo y reza una oración. Ahora monta sobre su caballo y acompaña al mensajero, de regreso a Santa Fe. El hombre se llama Cristóbal Colón, y va a descubrir un mundo nuevo.

El misterio envuelve la figura de Cristóbal Colón, desde el propio lugar de su nacimiento. Los *enigmas colombinos*, tan traídos y llevados por los historiadores, nunca han conocido una solución satisfactoria, y en lo único que hay acuerdo es en que el Almirante es una de las figuras más importantes de la historia de la humanidad, pues fue él, con su decisión y su tenacidad, quien logró despejar las tinieblas del mundo antiguo, poniendo en contacto a

dos continentes hasta entonces inexplicablemente ignorantes uno de otro. Colón fue el cordón umbilical entre ambas tierras y su gesta vino a revolver hasta lo más hondo los cimientos de Occidente, abriendo las puertas a una nueva era.

La idea de que era posible llegar al Oriente desde Occidente era antigua, pues ya Eratóstenes, dos siglos a. C., esbozaba la esfericidad de la tierra y apuntaba la posibilidad de llegar a Oriente desde Iberia, si no fuera por el obstáculo infranqueable del océano Atlántico. Resulta más que sorprendente que lo que no era más que una hipótesis no tuviera aplicación en alguna de las expediciones de cabotaje que acometieron los navegantes portugueses y, a su estela, los inquietos marinos andaluces, a lo largo del siglo XV, costearo África por su fachada atlántica. El retorno de estas travesías se producía trazando un amplio arco que penetraba muy profundamente en el océano, y teniendo en cuenta que se estima en más de 4000 el número de estos tornaviajes, resulta poco menos que insólito que vientos contrarios sostenidos o virulentas tempestades no arrastraran alguna vez una de estas naves hasta las costas americanas.

Más admirable aún fue que el continente americano permaneciera ignoto para el Imperio chino de comienzos del siglo XV, cuando el emperador de la dinastía Ming, Zhu Di, encargó a su antiguo sirviente, Zheng He, la construcción de una gran flota. Este cumplió cabalmente su cometido, pues en poco tiempo logró situar en disposición de marcha a la *Flota del Tesoro*, impresionante escuadra de 1500 juncos, algunos de 150 metros de eslora y ocho veces mayores que las carabelas colombinas. Con ella, Zheng He se lanzó a la exploración de los mares, con fines no de conquista, sino diplomáticos, comerciales y científicos. Que la *Flota del Tesoro*, con sus inmensas capacidades marineras, no arribara al continente de América es un misterio, pero sin duda hubiera acabado por descubrirlo, si no es por la muerte del emperador. Sus descendientes, obedientes a los mandatos de Confucio, replegaron a China al interior, cancelándose las aventuras expedicionarias y liquidándose la *Flota del Tesoro*. América seguiría envuelta en la nebulosa, oculta en el espacio oceánico hasta las postrimerías del siglo.

Fue la necesidad comercial lo que hizo que Europa volviera sus ojos al Atlántico. Desde muy antiguo se conocía la existencia del «Oriente», tierra fabulosa con la que se mantenían regulares contactos comerciales. Bizancio fue el puente del tráfico entre ambos espacios, hasta que cedió el puesto a las florecientes ciudades-Estado italianas de Génova y Venecia. Ellas fueron, además de comerciantes catalanes, las que se encargaron de

abastecer Europa de los exóticos productos orientales, mientras aventureros y escritores adornaban esas lejanas tierras con los relatos fantásticos de sus narraciones. La más popular, la del veneciano Marco Polo, que permaneció en misiones comerciales en Oriente durante veinte años. En su libro *Il Millione* dibujó una visión quimérica de Oriente, que encendió la imaginación del Medievo europeo.

Durante la Edad Media, los caminos del comercio con Oriente estuvieron abiertos a Europa. Algunos eran terrestres, como la famosa Ruta de la Seda, que enlazaba China con el mar Negro atravesando las estepas del sur de Siberia. Otros eran marítimos, teniendo al mar Mediterráneo como conducto necesario. A través de estos canales llegaban a Europa los productos que esta demandaba. Baratos algunos, como la sal o la pimienta, o más caros, como la canela, la nuez moscada y el jengibre. Y otros de altísimo precio, como el clavo, el ruibarbo, el algodón, las sedas o las piedras preciosas.

La obtención de estos productos, mercancía imprescindible ya en Europa, se habría de convertir en acicate de toda suerte de empresas descubridoras. Porque, si bien los avatares políticos de Asia determinaron que en el siglo XV algunas de estas rutas se interrumpieran, el tráfico siempre buscó alternativas y continuó fluyendo. Pero la irrupción en el Mediterráneo oriental de los turcos otomanos imprimió un giro a las cosas. Europa se encontró con una barrera que impedía el acceso a los mercados asiáticos, y el comercio se clausuró por completo con la caída de Constantinopla en 1453. A partir de ese momento, la *carrera de las especias* buscó afanosamente rutas nuevas. Y es entonces cuando las dos naciones de Iberia, España y Portugal, se vuelcan sobre el océano Atlántico.

Sin embargo, antes de eso existieron contactos europeos con América, solo que no pasaron de episodios fugaces que mezclan la realidad con la leyenda. El de los vikingos puede darse por cierto. Desde Islandia, plataforma de expediciones de rapiña de estas tribus escandinavas, partió desterrado en el año 986 Erik el Rojo, navegando hacia el oeste hasta recalar en una isla de gran tamaño. La llamó Groenlandia («tierra verde») para atraer a ella a futuros colonos, aunque quizá en esas fechas disfrutaba de un clima más benigno, que dulcificaría su helado paisaje.

Desde el siglo IX al XIV prosiguieron las expediciones vikingas, favorecidas por una suavización general del clima. La del hijo de Erik fue una de las primeras, pero al desviar el rumbo vino a parar más al sur, a tierras de mejor presencia que bautizó como Vinland («tierra de viñas»), Helluland («tierra de rocas») y Markland («tierra de bosques»). Sucesivos emigrantes fueron ocupando estas nuevas

tierras, probablemente las de Baffin, la península del Labrador y Terranova, y quizá bajaron más al sur aún, pero, en todo caso, es cosa probada que los vikingos llegaron a poblar el continente americano. Las colonias, que llegaron a tener 5000 habitantes, se extinguieron dejando poco rastro. Acaso fue debido al empeoramiento del clima, pero el hecho cierto es que se cortó el flujo de colonos, desaparecieron los emplazamientos y de nuevo el velo de la noche se extendió sobre América.

Pero alguien más levantó ese velo antes del descubrimiento oficial en 1492. A tenor de los historiadores de entonces, como López de Gómara y Las Casas, y de las conclusiones recientes del profesor Juan Manzano, una de aquellas naves andaluzas que navegaban por la costa africana fue empujada por vientos sostenidos hasta el Nuevo Mundo. Allí encontraron unas tierras y unas gentes distintas, pero contrajeron la sífilis y regresaron a toda vela a su patria natal. En la travesía fueron muriendo los tripulantes hasta quedar solo cuatro con vida. En condiciones extremas consiguieron arribar a las islas de Madera, de soberanía portuguesa. Tres de ellos murieron sin ni siquiera poder desembarcar. El último aguantó unos días con vida. Los suficientes como para contar a quien le recogió en su casa el descubrimiento de esas tierras, y que escuchó fascinado el relato pormenorizado del naufrago, hasta que murió en sus brazos. El marino se llamaba Alonso Sánchez, y era natural de Huelva. El hombre que lo atendió en su agonía se llamaba Cristóbal Colón.

Este es uno de los *enigmas colombinos*, pero no el único. El primero es el del lugar de su nacimiento. Opinión mayoritaria es la de su origen genovés, por el documento notarial que certifica una operación de un «Cristóforo Colombo» en Génova, y porque el propio almirante, al instituir el mayorazgo, habla de ella como la ciudad de la que «salí y en ella nací», aunque buena parte de los autores dudan de la autenticidad de ambos documentos. Como alternativas se han sustentado las hipótesis gallega, extremeña, balear o catalana, entre otras. Y a toda esta oscuridad contribuye no poco el propio Colón, nunca explícito en sus escritos acerca de sus orígenes. Atribuyéndolo unos a su origen judío, algo mal visto en los cristianos reinos donde se movía, o simplemente tratando de ocultar su modesta prosapia, tampoco del agrado de las envaradas cortes castellana o portuguesa. A la confusión se suma la desconocida lengua del almirante, pues sí hablaba, sin escribirlo, el idioma portugués, se desenvolvía en un singular castellano-portugués y capaz era de escribir en catalán, como hizo al escribano de ración Santángel, al comunicarle la noticia del descubrimiento.

En todo caso, sí se sabe que el aprendizaje teórico del pequeño

Cristóbal fue escaso, pues bien pronto se le encuentra navegando al servicio de empresas genovesas. Pero, si exiguo en lo académico, fue abundoso en lo práctico, pues a bordo de naves viajó por el Mediterráneo y el Atlántico conocido, siendo por tanto un autodidacta que, más tarde, se aplicó al estudio de los libros para buscar la armazón científica que su proyecto exigía.

Se supone que en una de estas singladuras, costearo frente al cabo de San Vicente, su barco naufragó por la acción de un corsario y hubo de salvar a nado las dos leguas que lo separaban de la costa («plugo a Dios, que le tenía guardado para mayor cosa, darle fuerza que llegase a tierra», cuenta su hijo Hernando). A partir de entonces fijaría en Portugal su residencia, y casó con doña Felipa Moniz (o Muñiz) de Perestrello, evento que lo hace trasladarse a las islas Madera, avanzadilla portuguesa en el océano, donde su suegro es gobernador de Porto Santo. Allí nace su hijo Diego, conoce los rumores de los marineros acerca de viajes y tierras desconocidas hacia el oeste, y recibe la valiosa información documental procedente de los archivos del ya difunto Perestrello. Y acaso, lo más importante, recibe de primera mano el secreto del piloto moribundo. En cualquier caso, es muy probable que en la apacible soledad de las islas Madera concibiera el fantástico proyecto de navegar a las Indias, cruzando ese océano que se extendía inquietante a las mismas puertas de su residencia.

Colón debió de concebir primero el proyecto y se dedicó a buscar los fundamentos científicos después, rastreando todos aquellos textos que pudieran justificar sus planes, pues sabía que tarde o temprano tendría que exponerlos ante tribunales de expertos. *Il Millione*, de Marco Polo, le sirvió de inspiración constante, con las narraciones fantásticas de las tierras de Oriente y la existencia del reino del Gran Khan, para Colón una obsesión permanente, que lo llevó a portar en sus naves cartas de presentación para ese príncipe, firmadas por los Reyes Católicos.

Colón registró las bibliotecas en busca de autores clásicos y textos antiguos, entresacando referencias y argumentos que pudieran sustentar el proyecto, recurriendo entre otros a Aristóteles, Plinio, Estrabón, el Antiguo Testamento o la cita del *Medea*, de Séneca: «Siglos vendrán en los cuales el océano romperá sus cadenas, una gran tierra será descubierta y Tifis —piloto de Jasón— descubrirá nuevos mundos, y Tule (Islandia) no será ya el último término del mundo». Sabía el perspicaz Colón que para avivar el interés de las gentes de su tiempo era conveniente mezclar dosis de ciencia y fantasía.

La ciencia se la proporcionaron ciertos documentos que pudo recabar. Uno de ellos, el *Imago mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly,

gran inspirador de sus planes, quien admite la posibilidad de atravesar el Atlántico de parte a parte en pocos días contando con buenos vientos, pues su anchura es menor de la que se supone. Y ascendente decisivo en los planes colombinos, hasta el punto de ser considerado por algunos el autor intelectual del descubrimiento, fue Pablo del Pozo Toscanelli, que elaboró una carta por encargo del rey de Portugal, en la que afirma con convicción que se puede llegar a Oriente navegando desde Occidente, incluyendo un mapa de la costa oriental de Asia y el cálculo de la distancia entre ella y el extremo del continente europeo.

Las sugerencias de la carta no fueron atendidas por la corte portuguesa, entregada por entero a la ruta atlántica africana, pero una copia de la misma llegó a las manos de Colón, por intermediación de Martins, canónigo de la corte lisboeta, y la utilizó profusamente, tanto para la definición de su proyecto como para el basamento científico del mismo.

Toscanelli le sirvió de información fundamental y de apoyo, pero debidamente corregido y adaptado a la conveniencia de sus planes, lo que pasaba por no amedrentar en exceso a quienes tenían que aprobarlos, y a los marinos que en última instancia habrían de embarcarse en una peligrosa aventura por el Atlántico, reino de los terrores marinos, como los monstruos, los abismos y las calmas interminables. Toscanelli había cometido un error que hacía disminuir el tamaño real del océano, pero Colón, al confundir las millas árabes con las italianas, aplicó nuevas reducciones. A estos efectos calculó un grado ecuatorial más corto que el de Toscanelli y una unidad de medida también más reducida, estimando la legua en cuatro millas. De este modo, el resultado final fue que el perímetro del planeta venía a medir 28.300 km en lugar de 40.000, con el corolario de un océano Atlántico mucho más pequeño —unos 4400 km— de lo que se creía, aproximadamente la longitud del Mediterráneo en su parte más larga. Esta distancia sí podía ser razonablemente salvada disponiendo de los medios técnicos que ofrecía la época.

A lo largo del siglo XV, las técnicas de navegación habían conocido un sensible avance, por obra de la escuela náutica portuguesa y también de los navegantes onubenses, mucho más empíricos que teóricos. Sin las modernas aportaciones de unos y otros, no hubiera sido posible la empresa. Para orientarse en un mar desconocido como el Atlántico, era preciso fijar la posición y orientar el rumbo. Para lo primero existían, por orden de precisión, el astrolabio, el cuadrante y la ballestilla, que establecían la posición según la altura estimada del sol, aunque todos ellos eran de manejo difícil debido al balanceo del barco. Para la orientación

del rumbo se contó con la brújula, importada de tierras orientales. Esta aguja imantada se colocaba en suspensión para evitar el vaivén de la nave y por ella podía conocerse siempre la dirección del norte. Contaba con el precedente más rudimentario de la *aguja de marear*, invención ya citada por Alfonso X el Sabio. Finalmente, los populares *portulanos* de la época estaban dando paso a las *cartas cuadradas*, que señalaban las latitudes y las longitudes.

Otra aportación decisiva fue la carabela. Para la navegación por aguas atlánticas no hubieran servido los pesados navíos flamencos, lentos y seguros en mares conocidos, mas escasamente maniobrables en océanos inciertos. Tampoco la galera mediterránea, por su bajo borde. Cuando se subió el borde y se montaron los tres mástiles, apareció la carabela, ideal para aventurarse en el océano tenebroso.

Todos estos ingredientes, combinados con la mucha pericia de los marinos andaluces, hicieron posible el sueño de Colón. Porque, por encima de textos, ciencias, técnicas y barcos, lo que empujaba al almirante era el convencimiento intuitivo de que la empresa era realizable. Esa intuición y los indicios físicos que hablaban, con mayor verosimilitud que las lenguas de los marinos, de la existencia de otras tierras allende el océano; las piezas de madera tallada aparecidas en las playas de Madera; las *fabas de mar*, desconocidas en Europa e igualmente arrastradas, y qué decir de los cadáveres con rasgos orientales que un día depositó el mar en las costas de Irlanda. Todo ello, rastros, testigos mudos, pero elocuentes, de un mundo ignorado.

Y sobre todo la información del piloto anónimo, algo que negó el hijo de Colón, Hernando, para no ensombrear la hazaña de su padre con un precedente descubridor que pudiera aminorar su gloria y sus derechos. Pero el curso de los acontecimientos haría pensar en la veracidad de la existencia del piloto, un secreto que Colón guardó para sí y que solo utilizaría como recurso extremo.

La corte de Portugal era sin duda el lugar más propicio para presentar un proyecto visionario como el de Cristóbal Colón. En el curso del siglo XV, esta pequeña nación ibérica se había lanzado a una formidable exploración por el Atlántico africano, bajo los auspicios de Enrique el Navegante, que desde el cuartel general del Algarve impulsó una escuela de navegación que sería la cobertura técnica de las expediciones que pensaba emprender. Así se inicia la expansión portuguesa por la costa africana, en cabotajes que, al mismo tiempo que van progresando por el litoral del continente africano, mejoran las técnicas de navegación para abordar travesías sucesivamente más largas.

A medida que avanzan van superando uno tras otro los



obstáculos que hasta entonces eran tenidos por infranqueables barreras, como el cruce del Ecuador. Y además van estableciendo factorías, el sistema de asentamiento típicamente portugués, diseñado para el comercio antes que para la colonización. De esta forma, cuando arriban a las costas de Senegal, acceden no solo al oro, sino también a los esclavos africanos, negocio que los portugueses ya no abandonarán.

La superación de latitudes cada vez más alejadas los hace vislumbrar como factible la idea de alcanzar las tierras asiáticas doblando el continente africano, objetivo máximo tras el corte de los mercados orientales por la presencia turca en el Mediterráneo. Posibilidad que se adivina cercana cuando en 1487 Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza, y en 1498 se hace cierta cuando el gran Vasco de Gama arriba con su escuadra a la India, penetrando en el corazón del mundo de la especiería.

Además, Portugal había hecho una buena labor diplomática cerca del Papa, logrando bulas que sancionaran sus conquistas, precedente del importante Tratado de Alcaçovas, por el que Castilla renuncia a competir con Portugal en estas costas, a partir de las islas Canarias. Portugal obtenía, pues, la garantía del monopolio para sus empresas, y se libraba así de la molesta competencia de los importunos marinos andaluces, siempre en la estela exploradora y comercial de los portugueses. Para Castilla solo quedaría abierta la puerta oceánica del poniente.

Colón se dirigió, pues, a una corte que bullía en empresas marinas, aunque la dedicación entera de los esfuerzos a la exploración africana estorbó sin duda la aceptación de su plan. No obstante, el rey Juan II se mostró receptivo y sometió el proyecto a una junta de expertos, que lo rechazó porque no ofrecía novedades con respecto a la idea de Toscanelli, ya descartada. Y, finalmente, pesaron muy negativamente las desproporcionadas pretensiones del desconocido marino sobre los eventuales descubrimientos.

El proyecto fue rechazado por el monarca, quien, empero, no quiso cerrar definitivamente el asunto. Despachó a Colón, pero con muy buenas palabras, e invitándolo a visitarlo de nuevo. Y, secretamente, envió una flotilla de barcos para verificar lo que hubiera de cierto en unas propuestas que no parecían tan descabelladas. Pero el capitán de esta expedición no tenía la convicción ni los conocimientos de Colón, y la flota regresó a los pocos días sin noticias ni rastros de tierras al otro lado del Atlántico. Cuando Colón se ausentó de la corte, Portugal había perdido la posibilidad de descubrir América, que tuvo tan al alcance.

Un defraudado Colón, pero con sus ilusiones intactas, ya viudo,

se encamina con su hijo Diego a Castilla, nación volcada al interior, entregada por completo a la tarea de expulsar a los musulmanes, aunque no por ello sin algunos vínculos con el mar. De hecho, no es casual que Colón se dirija de modo directo al condado onubense de Niebla, y no solo por la vecindad de la región con Portugal, sino por otras causas concurrentes. Una de ellas, dejar a su hijo al cuidado de sus cuñados residentes en Huelva, para poder él dedicarse en cuerpo y alma a la presentación del proyecto. Y otra, la relación del condado con las navegaciones atlánticas.

La llegada de genoveses a Sevilla tiempo atrás, había producido un vuelco en el tradicional desprecio de los terratenientes andaluces por los asuntos del comercio. A imitación de aquellos, aristócratas como el duque de Medina-Sidonia, el duque de Medinaceli y el marqués de Cádiz, amén de otros nobles menores sevillanos, habían orillado tales prejuicios, dedicando los excedentes de la tierra a aventuras comerciales por las costas atlánticas próximas, que rendían más rápidas y mejores ganancias, primeramente con la pesca, más tarde compitiendo estrechamente con las avanzadillas portuguesas. En Palos de la Frontera se radicaba la marinería más experta en estas navegaciones. Colón vio en este ambiente de comercio marítimo privado la oportunidad de que fuera bien visto un proyecto como el suyo, que, de culminarse con éxito, habría de reportar ganancias inauditas.

De trascendental importancia para el futuro de sus planes sería el paso por el convento franciscano de La Rábida, erigido en el núcleo de las navegaciones onubenses, con vistas a la propia ría que daba salida al mar. Aunque los historiadores siguen discutiendo si existió o no la primera visita al convento, recién llegado a tierras españolas, en La Rábida dejó a su hijo Diego en espera de que lo recogieran sus cuñados y conoció a frailes que serían decisivos en la materialización del proyecto: el astrólogo Antonio de Marchena y fray Juan Pérez, antiguo confesor de la reina Isabel, personaje clave en la génesis del descubrimiento.

Da comienzo entonces la andadura castellana de Cristóbal Colón, siete largos y duros años de esperas e incertidumbres, en los que se va a poner a prueba su tenacidad. En Huelva empieza a desplegar las artes que hicieron posible la empresa: la capacidad para transmitir su confianza absoluta en el proyecto; su excepcional carisma, que le hacía ganar adeptos para la empresa, favorecida quizá por ese extraño acento extranjero, algo que siempre impresionó a los españoles. En Huelva comenzó pues a tejer la red de simpatizantes que fueron allanando las dificultades, consiguiéndole entrevistas con personas cada vez más relevantes. Y que, en última instancia, serían determinantes en las fases finales

del proyecto.

Mediante sucesivos acercamientos fue como logró conferenciar con las poderosas casas andaluzas con negocios en el mar, a las que propuso el proyecto haciendo énfasis en las ganancias esperadas, del mismo modo que atizaba la imaginación de los franciscanos con las ilimitadas posibilidades de evangelización. El duque de Medina-Sidonia se mostró frío con el plan, que juzgó delirante, y lo rechazó de plano. Otra cosa fue el duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, quien quedó impresionado y hasta se declaró dispuesto a patrocinar la empresa. Si no lo hizo, fue porque, o bien consideró que era más propia de reyes que de nobles, o por la política real vigente entonces de cortar las alas a los nobles feudales para reforzar el poder de la Corona. En todo caso, Medinaceli se sumó al grupo de entusiastas que apoyaban a Colón.

Gracias a la urdimbre de amistades que fue conformando, se acerca la posibilidad de que sea recibido por los Reyes Católicos. A tal fin se desplaza a Córdoba, donde en esos momentos se encuentra la movediza corte, en ese incesante ir y venir por las tierras de España. La espera es larga, pero no la desaprovecha Colón, pues en el séquito real figuran hombres muy influyentes, que le irán siendo presentados y a los que, gracias a su particular magnetismo, irá interesando en su causa: el contador mayor Alonso de Quintanilla; el cardenal González de Mendoza; fray Diego de Deza, maestro del príncipe don Juan, y Hernando de Talavera, confesor de la reina.

La entrevista tiene lugar al fin en Alcalá de Henares, y Colón hace uso de sus mejores oficios de disuasión. No obtiene el anhelado sí, pero tampoco un no rotundo, más bien una aceptación del proyecto en sí mismo, y serias vacilaciones sobre las posibilidades de su ejecución. De hecho, tan solo un mes después se produce una segunda entrevista en Madrid y el proyecto sale fortalecido: los reyes disponen la creación de una junta científica que lo evalúe, y se pide a Colón que siga al séquito real itinerante, procurándosele ayuda de costa, todo un alivio para las menguadas arcas de Colón, que sobrevivía de lo que obtenía por la venta de los mapas y portulanos que elaboraba.

La junta, que estaba presidida por Hernando de Talavera, la componían científicos y humanistas, que se reunieron varias veces para debatir con Colón la propuesta. La crítica extranjera emparentada con la *Leyenda Negra* ha tachado a esta junta de oscurantista e ignorante, acusándola de ignorar la esfericidad de la tierra. Nada más incierto, pues esto era de sobra sabido por cualquier persona culta de la época. La redondez o no del planeta no fue el núcleo de la discusión, sino el tamaño del océano, en lo que se demostró que los miembros de la junta estaban más versados

que el propio Colón, pues sostenían que debía de ser mucho mayor de lo que este pretendía, en lo que tenían toda la razón.

El dictamen de la junta resultó finalmente negativo, y, tras la reconquista de Málaga, los monarcas informan a Colón que por el momento no es posible atender el proyecto, ocupado todo el empeño en expulsar al musulmán de la Península. Mas Colón no claudica y se instala en Córdoba, donde conoce a Beatriz de Arana, con quien tiene a su hijo Hernando. Son años estos los más difíciles, con una primera negativa en forma y un Colón que sigue confiando en el apoyo de sus amigos poderosos. En el real de Santa Fe llegó a ser conocido como «el hombre de la capa raída», pero él seguía seguro de sí mismo, tanto que afirmó en sus memorias: «Pensando en lo que yo era, me confundía mi humildad. Pero pensando en lo que yo llevaba, me sentía igual a las dos Coronas».

En ese tiempo hizo varios viajes a Andalucía y otro a Portugal, atendiendo la llamada de Juan II, que sabía ya —y temía— de las andanzas de Colón cerca de los soberanos de Castilla. Y el destino de nuevo se oscureció para Portugal, porque la llegada de Colón a Lisboa coincide en el tiempo con la hazaña de Bartolomé Díaz, que ha doblado el continente africano, poniendo las riquezas orientales al alcance portugués. Ya no era necesaria la empresa de Colón.

Discurre el año 1491, de amargura para Colón, pues todas las puertas parecen cerrarse y los Reyes Católicos, empeñados en la toma de Granada, no tienen tiempo para atender las extravagancias del aventurero. Regresa decepcionado al monasterio de La Rábida y allí comunica a sus buenos amigos, los frailes franciscanos, que tiene intención de abandonar España para ofrecer el proyecto a otras naciones.

Es entonces cuando se produce un insólito vuelco en la situación: fray Juan Pérez escribe una carta a la reina y enseguida se recibe respuesta, ordenando que Colón se presente cuanto antes en la corte del campamento de Santa Fe, remitiéndose fondos para que pueda hacerlo dignamente.

¿Qué había ocurrido? Se ignora el contenido de la carta, pero es muy posible que Colón hubiera decidido desvelar su recóndito secreto. Lo haría en confesión a fray Juan Pérez. No solo sospechaba, sino que sabía que, cruzando el Atlántico hacia el poniente, se llegaba a las tierras de Oriente. Y es altamente posible que fray Juan se decidiera a quebrantar ante la reina el secreto de confesión. La evangelización del Asia lo merecía. Algo muy poderoso debió de influir en el ánimo de la reina, allí donde se habían estrellado nobles, secretarios y hombres de ciencia.

Al llegar a Santa Fe, Colón asiste a la rendición de Granada, que pone punto final a la Reconquista. Ahora los reyes pueden

emplearse en otros cometidos, y no es el menor dar solución al proyecto de Colón. No se trata ya de valorar su contenido, pues la reina ya está convencida, sino de negociar con el pretendiente las condiciones, que son desmesuradas. Aspira nada menos que a ser declarado almirante, visorrey y gobernador general de los territorios que descubra, amén de una sustanciosa participación en las ganancias que generen.

Tales pretensiones eran utópicas, inaceptables para los reyes, pues equivalían a colocar a Colón en el mismo rango que la nobleza más alta de Castilla, al lado, por ejemplo, de don Alfonso Enríquez, almirante mayor de Castilla. Se intentó que Colón cediera, pero este no se movió un ápice de lo exigido, y, así las cosas, lo despacharon con otra negativa, ahora con visos de definitiva, «mandando los reyes que le dijese que se fuese en hora buena».

Y Colón se marchó en efecto, y a dos leguas de Santa Fe, en la localidad de Pinos Puente, fue alcanzado por el mensajero real urgiendo su vuelta. Los reyes habían aceptado sus condiciones, en el viraje más inexplicable de la historia de España. Imposible saber qué indujo a los soberanos a ceder. Influyó sin duda alguna el entorno burocrático de los reyes, minuciosamente trabajado por Colón todos estos años, que logró convencer a los monarcas de que nada se perdía por firmar un contrato que, de no alcanzar su fin, quedaba sin efecto.

Pero tuvo que haber algo más. La reina había dado su consentimiento al proyecto en sí, y debió ser ella la más defraudada por la actitud intransigente de su protegido, negándose a continuar la negociación. Y es entonces cuando, además de la presión de última hora ejercida directamente por Santángel sobre la reina, debió intervenir la inteligencia fría y calculadora de Fernando el Católico, quien, apartado de los sentimientos personales, reflexionó en lo poco que se perdía aceptando (la mayor parte del presupuesto estaba cubierto por el propio Santángel y el entorno de amigos de Colón), y lo mucho que podía ganarse de ser cierta la empresa. La historia ha ensalzado a Isabel como impulsora del descubrimiento, y así fue, pero el último nudo que a punto estuvo de impedirlo, probablemente fuera desatado por Fernando. Colón se lo agradeció, pues al poner nombre a las islas que iba descubriendo, tras llamar a las dos primeras San Salvador y Santa María de la Concepción, bautizó a la tercera como Fernandina, dejando el nombre de Isabela para la cuarta.

Desde el regreso de Colón, las negociaciones entran en una vía rápida de solución y se llega a las famosas Capitulaciones de Santa Fe, que sancionan legalmente el proyecto y otorgan a Colón los títulos y privilegios, mediante la fórmula de las «cosas suplicadas»,

las concesiones que hacen los reyes y que se aceptan con la frase «plaze a Sus Altezas»: almirante de todas las islas y tierras firmes que se descubran o ganen; visorrey y gobernador general de ellas; la décima parte de todo lo que obtenga directamente o por trueque. Un contrato increíblemente ventajoso para el almirante, y sorprendente en algunos rincones de su redacción, que proporcionan la pista de por qué los reyes pudieron firmar algo semejante. Porque en el mismo se justifica diciendo que estas mercedes «otorgan a don Cristóbal Colón en alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares Océanas...».

¿Ha descubierto? ¿Acaso no estaba todo por descubrir? ¿Se trata de un error, como afirmó Las Casas, que indicó que el documento quiso decir «ha de descubrir»?

Este es uno de los grandes enigmas colombinos. Pero no es posible pensar que los redactores y firmantes, los propios reyes, cometieran tamaña equivocación. En esta simple redacción se encuentra una de las claves de la generosidad de los reyes hacia Colón. Este sabía que existían otras tierras, porque alguien las había visto. Por la boca y los ojos del náufrago de Madera, Colón había ya *descubierto* esas tierras. En su famoso viaje, otros indicios corroborarían este predescubrimiento, pero el secreto de Colón ya se encuentra semidestapado en las capitulaciones de Santa Fe.

# UNA CABEZA BLANCA DE ARENA

(El descubrimiento de América)

En la madrugada del 12 de octubre de 1492, las carabelas capitaneadas por Cristóbal Colón se deslizan mansamente sobre el océano, envueltas por la sensualidad de la noche tropical. La jornada anterior, el almirante ha creído detectar la pequeña luz de una candela prendida en el horizonte, y todos los indicios que aparecen flotando en las aguas coinciden en la proximidad de la tierra, esa tierra tan ansiosamente anhelada y cuya ausencia ha provocado más de una sublevación a bordo.

Por tales razones, el marinero Juan Rodríguez Bermejo, que monta guardia en el castillo de proa, afila la vista cuanto le es posible, por si tuviera la fortuna de ser el primero en cantar la voz tan esperada, y acreditar el derecho a cobrar el premio. Reina la noche, pero la luna en menguante esparce una claridad suficiente como para distinguir algún relieve que destacara sobre la uniformidad del océano.

De repente, sus ojos parecen percibir algo. Al principio lo atribuye al cansancio de los ojos obligados al máximo esfuerzo, pero a cada instante la visión se confirma. No se trata de un bulto oscuro, sino una delgada línea blanquecina lo que parece refulgir en el horizonte como un diamante. Una cabeza blanca de arena que no puede ser otra cosa que una larga playa.

Turbado por la emoción, aún aguarda unos momentos, porque la magnitud de la situación le sobrecoge. Hace acopio de aire y, cuando no cabe más en sus pulmones, lanza el grito de «tierra a la vista», un grito que proclama a los cuatro vientos que dos mundos, hasta ahora desconocidos entre sí, acaban de entrar en contacto. Es el grito del descubrimiento de América.

El presupuesto de la expedición colombina se fijó en dos millones de maravedíes. La mitad correspondiente a la Corona no salió, como es fama, de las joyas que empeñó Isabel la Católica, sino de los fondos de la Santa Hermandad, que tomaron prestados los tesoreros Luis de Santángel y Francisco Pinelo. La mitad que correspondía a Colón procedería del propio Santángel y del círculo de amigos andaluces y genoveses procurados por él.

De nuevo encontramos a Colón en el punto de partida de su trabajosa andadura en pos del proyecto: Palos de la Frontera, el puerto elegido por los Reyes Católicos para proveer la expedición. Debido a ciertas irregularidades cometidas, sobre el pueblo de Palos pesaba la obligación de servir a los reyes con dos carabelas durante tres meses cada año, y provisto de este mandamiento se presentó Colón en el puerto que era el nervio de las navegaciones andaluzas de entonces. Mas por muchas cartas que exhibiera, o títulos como el de almirante que ostentara, allí nadie lo conocía, y el mandato real hubiera sido papel mojado de no intervenir otro de esos personajes que aparecieron en el momento oportuno y que resultaron claves en la gesta del descubrimiento: Martín Alonso Pinzón, jefe del clan familiar de los Pinzones, la estirpe de más prosapia en la marinería de la zona. Sin su apoyo, los palermos no se hubieran embarcado en un viaje a través del mar desconocido, de tan extraordinario riesgo e incertidumbre, guiados por añadidura por un extranjero que no les inspiraba la menor confianza.



*El descubrimiento de América impulsó al mundo a una nueva dimensión geográfica, económica y cultural.*

Colón, con su particular perspicacia, comprendió la situación desde el primer momento, y se aplicó a convencer a quien sí tenía ascendiente sobre los marinos y sobre los barcos. Explicó con detalle el proyecto a Alonso Pinzón y con toda probabilidad lo hizo partícipe de las ganancias, porque desde entonces despliega una inusitada actividad para armar la flota y reclutar a los hombres, dibujándoles un mundo fabuloso al otro lado del océano, por cuyas deslumbrantes riquezas merece la pena enrolarse y arrostrar la aventura. La imaginación andaluza vuela siempre muy alto.

La nao *Gallega*, propiedad de Juan de la Cosa, era la más grande



de las tres que componían la expedición. En cuanto capitana, fue bautizada de nuevo con el nombre de *Santa María*, y en ella viajaría el almirante. Las otras dos eran carabelas ligeras: la *Pinta*, al mando de Martín Alonso Pinzón, y la *Niña*, propiedad de Juan Niño, perteneciente a otra de las grandes sagas marineras de la zona, que también respaldaron de modo decisivo el apresto de la expedición. La *Niña*, comandada por el hermano de Alonso, Vicente Yáñez Pinzón, fue barco muy marinero, de fácil maniobra y, a la larga, el preferido de Colón. Vestía vela latina, a diferencia del aparejo redondo de los otros dos. Las naves llevaban poca artillería, no se trataba de una expedición de conquista, y fueron cargadas con bastimento y agua para varios meses.

A bordo de ellas, unos noventa hombres, de los cuales once eran vizcaínos y gente del norte; cinco, extranjeros, y el resto, de Palos de la Frontera y su entorno. Una provisión autorizó la recluta de criminales, pero solo un homicida y tres cómplices que lo ayudaron a escapar se enrolaron, y a eso se redujo la «canalla criminal» que, según la *Leyenda Negra*, colonizó América.

Aunque se ha especulado mucho sobre la causa del retraso en la fecha prevista de salida, la razón no es otra que la asistencia de los palermos a sus fiestas patronales, en el inicio de agosto. Y en la madrugada del día tres, toda la tripulación asistió a misa en la iglesia de Palos y de ahí bajaron andando hasta los barcos, que esperaban en la ría, que conserva el mismo semblante de entonces, a pesar de la drástica transformación industrial del entorno. Se despidieron de parientes y amigos —entre ellos, seguramente, los frailes franciscanos—, y con las primeras luces largaron amarras y surcaron la ría, contemplados desde el cerro por la silueta blanquecina del convento de La Rábida. Había comenzado la travesía más importante en la historia de la humanidad.

La comitiva expedicionaria enfiló en derechura hacia las islas Canarias, y en el camino surge el primer contratiempo, cuando el timón de la *Pinta* se rompe. Con el fin de repararlo y de cambiar el velamen latino de la *Niña* por otro redondo, recalán en el archipiélago, aún no totalmente en posesión de España, donde permanecen por tiempo de un mes entre Gran Canaria y La Gomera, esta última gobernada por Beatriz de Bobadilla, que hizo muy buenas migas con el almirante. Canarias resultó providencial para esta y para el resto de las expediciones al Nuevo Mundo, pues en su calidad de plataforma avanzada sobre el Atlántico, no solo se erigió en escala obligada para ajustar los barcos y tomar provisiones, sino que fue un laboratorio de ensayo de fórmulas de gobierno de los nativos y de adaptación de plantas, dado su clima semitropical. En La Gomera, la comitiva se proveyó de víveres y agua fresca, tomada

de un pozo que aún se conserva. Y Colón oyó hablar del avistamiento de tierras al oeste, seguramente un efecto óptico que dio lugar al mito de la misteriosa isla de San Brandán, la nunca encontrada «octava isla» de las Afortunadas.

Otra poderosa razón había llevado a Colón al archipiélago, la circunstancia de hallarse en la misma latitud que Cipango, esa gran isla presuntamente situada en el extremo oriental del Asia, ya en los dominios del Gran Khan, y próxima a Catay, la tierra firme. Desde las Canarias, la partida expedicionaria fija la derrota en el paralelo 28º y navega persistente sobre él, a fin de no transgredir los posibles derechos de Portugal derivados de Alcaçovas. Pronto hacen acto de presencia los vientos alisios, que empujarían a las naves de modo sostenido. La verdadera aventura comienza en el punto donde dejan atrás la isla de El Hierro, la proa del archipiélago, y se enfrentan al mar ignoto. Unos pocos días después, navegarán ya por las aguas inéditas del alto océano, allí donde, que se sepa, nadie se ha atrevido jamás, el reino de las leyendas, los calores asfixiantes, los monstruos marinos, las calmas, las tempestades y los abismos.

Mas por el momento el tiempo es apacible, el alisio sopla de manera constante y se navega con regularidad, avanzando entre 60 y 174 millas por día. Colón comienza a elaborar sus cuentas dobles, una que refleja lo que realmente se progresa, otra reducida en un diez por ciento diario para no amedrentar a los marineros, que se ven cada vez más lejos de sus casas. Lo curioso sería que la cuenta falsa resultó más cierta que la otra.

Hasta mediados de septiembre, los tripulantes navegan confiados en la seguridad que desprende el almirante, quien parece no albergar dudas sobre el rumbo ni sobre el destino. Eso sí, les preocupa esa permanente acción de los alisios empujando siempre en el mismo sentido, y se preguntan qué vientos van a impulsarlos a la vuelta.

Todas las inquietudes se aplacan cuando el 16 de septiembre las aguas comienzan a poblarse de inequívocos signos de tierra firme: algas, plantas sobre las que flotan cangrejos... Colón cree cercanas las islas que, según sus informes, circundan Cipango, pero se trata de un engaño. Se encuentran en realidad en el mar de los Sargazos, el laberinto vegetal flotante donde nacen las anguilas y que sofrena el avance de las naves. Colón parece confundido, y la turbación general aumenta cuando el día 20 cesa el empuje de los vientos alisios. La navegación se vuelve más lenta y se oyen las primeras murmuraciones. Nadie se había alejado tanto de la costa española y no se vislumbran signos de viento que puedan empujar a las velas en el contraviaje.

En estos momentos, el almirante se encuentra desorientado. De

acuerdo con sus predicciones, tenían que haberse topado con un rosario de islas, presumiblemente las *Once mil vírgenes*, de cuya existencia está seguro, acaso por las informaciones del protonauta, y deduce que el viento ha ido sesgando la deriva de los navíos hacia un rumbo más septentrional, y que de hecho las ha pasado de largo sin alcanzar a verlas.

El 25 de septiembre continúa sin divisarse tierra alguna y su desconcierto es máximo. Parliamenta con Alonso Pinzón y le indica que, según sus cálculos, se encuentran a 450 leguas al oeste del área donde suponía las islas. Recomienda no obstante perseverar en el rumbo que llevan.

El 1 de octubre llevan tres semanas sin avistar tierra, y entre los marinos se percibe la inquietud. Se fijan en Colón, aparentemente inmutable, consultando de continuo sus instrumentos, observando el sol y las estrellas, encerrándose en su recámara para consultar libros y hacer mediciones. Por suerte para ellos, nada trasluce de la confusión que lo embarga. Según la contabilidad oficial, han recorrido 584 leguas; según la propia, 707, y el océano permanece como única visión en los cuatro horizontes. Alonso Pinzón, como experimentado navegante, conoce cabalmente los datos reales. El 3 de octubre ya han rebasado sobradamente las 750 leguas que, según las cuentas de Colón, separaban El Hierro de Cipango, pero no se detectan rastros de tierra.

El 6 de octubre el panorama no ha cambiado, con un imperturbable océano como toda visión, una nave con rumbo rectilíneo y un Colón que, si exteriormente es impávido, interiormente es asaltado por toda clase de dudas, pues, según sus cálculos y las informaciones que atesora, hace tiempo que debieran haber avistado tierra. El Atlántico parece extenderse de modo ilimitado.

Martín Alonso Pinzón recomienda entonces abandonar la derrota que llevan y virar oeste-suroeste, ateniéndose para ello al vuelo de bandadas de aves, probablemente fragatas, que al atardecer cruzan con ese rumbo, coligiendo que se dirigen a dormir en tierra. Colón no accede al principio, arguyendo que será preferible alcanzar primero la tierra de Cipango y reconocer más tarde las islas, que no obrar a la inversa.

Pero los nervios se apoderan de la tripulación de la Santa María, compuesta en buena medida por vascos, y se enciende un motín a bordo, en el que incluso amenazan con arrojar a Colón al agua. Una vez más, la intervención de Martín Alonso Pinzón será decisiva. En las dos carabelas, ocupadas por andaluces, no hay incidentes, pero debe emplearse a fondo para contener la tensión en la nao almiranta. Su autoridad personal será clave en este y en el incidente

del día 10. Desde su barco, llegó a decir a gritos:

Señor, ahorque vuestra merced a media docena de ellos o échelos a la mar; y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mando de tan altos príncipes no habrá de volver sin buenas nuevas.

Su hermano, Yáñez Pinzón, no mostrará menor determinación: «¿Hemos andado 800 leguas? Andemos dos mil y entonces será tiempo de platicar sobre el regreso».

La postura firme de los Pinzones salvó la expedición y calmó los ánimos soliviantados de los vizcaínos, y además restableció la confianza del propio Colón. Este, aceptando el consejo del capitán de la Pinta, ordenó el viraje, y los tres navíos declinan ligeramente la derrota, siguiendo el vuelo tomado por las aves.

Pero lo invariable de la situación filtraba incertidumbre e incredulidad, y la tensión crecía a ojos vista. Y el momento crítico se alcanzó el 10 de octubre, cuando, con 1000 leguas a las espaldas, ningún signo directo o indirecto de tierra se muestra en el océano. Se reproduce el amotinamiento de los marinos, y la historia discrepa en cuanto a la actitud tomada por los superiores. Según unos, hasta los hermanos Pinzón pensaban en claudicar y volver a España, y, según otros, incluso el mismísimo Colón se inclinaba ya por el desistimiento y el regreso, lo que habría impedido de nuevo la mano firme de Martín Alonso Pinzón, que decidió alargar por tres días la jornada.

En todo caso, a la vista del encrespamiento generalizado de ánimos, Martín Alonso y Colón discutieron, parece que agriamente, en la recámara del almirante. Aquel, posiblemente, le reprochara sus errores de cálculo y su fantasía visionaria. Y entonces Colón haría uso, una vez más, de su secreto, el que le confiara el marino náufrago, la certeza de la existencia de tierras en la contraorilla del océano. Y pidió tres días más de plazo para verificarlo. En otro caso, volverían a casa.

Esa jornada del día 10 marca un punto de inflexión en el viaje, porque desde entonces las señales vuelven a mostrarse favorables. La velocidad aumenta y sobre todo diversos indicios terrestres aparecen flotando entre las aguas: «[...] una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado, a lo que parecía, con hierro, y un pedazo de caña, y otras hierbas que nacen en la tierra, y una tablilla. Con estas señales respiraron y alegráronse todos». Por añadidura, bandadas de aves cruzaban el cielo y cada poco una golondrina de mar se posaba en lo alto de los mástiles. Era evidente

que la tierra debía mostrarse de un momento a otro.

Se había prometido un premio de diez mil maravedíes al primero que avistara la tierra. La noche del día 11, a las diez de la noche, Colón asegura haber visto una tenue candela en el horizonte, e incluso pidió la corroboración de algún marinero. Alguno dijo verlo, otros no, mas lo cierto es que en ese punto, a 35 millas de las islas Bahamas, lo llano de estas y la curvatura de la tierra hacían imposible ver cosa alguna. Pero Colón no quería que la gloria —y acaso también los dineros— del primer descubrimiento fuera para otro. De hecho, en su diario no menciona a quien dio la voz de tierra y asignó a su amante Beatriz las rentas del premio.

Así las cosas, cuando avanza la madrugada del 11 al 12, la historia está próxima a registrar una de sus páginas estelares. La luna en menguante ilumina suavemente la oscuridad oceánica, lo suficiente como para vislumbrar cualquier objeto de tonos claros. Encabeza la comitiva la Pinta, y en el castillo de proa, agudizando la vista al máximo, se encuentra el marinero Juan Rodríguez Bermejo, el llamado Rodrigo de Triana. Y a las dos de la madrugada divisa inequívocamente el resplandor de una mancha blanca, «una cabeza blanca de arena», una refulgente lengua en la negrura del océano. El grito de «tierra a la vista» brota de su garganta varias veces y le sigue el tronar de las lombardas, que avisa a los demás barcos de las nuevas. Aguardan la llegada de la nave almirante con instrucciones, y Colón ordena arriar velas y esperar al amanecer, mientras las tripulaciones descargan la tensión prorrumpiendo en una explosión de abrazos y gritos, y las voces de alegría saltan de barco a barco. Se ha conseguido el objetivo imposible de llegar a Oriente atravesando el Atlántico en dirección poniente. Aún faltaba mucho para que supieran que en realidad habían llegado a un mundo nuevo.

La tierra descubierta, perteneciente al archipiélago de las Bahamas, era la isla Guanahaní en nombre indígena, la actual Watling. Las primeras luces del nuevo día revelaron sus contornos, ese fuerte atractivo que ofrecen a la vista las islas tropicales: «[...] muy grande y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella muy verde, que es un placer mirarla», escribiría Colón.

Desde la borda pudieron ver a una muchedumbre de hombres y mujeres desnudos, agolpados en la orilla para contemplar atónitos las naves colombinas, una visión que debió de resultarles sobrecogedora. Como irresistible fue para los esforzados marineros de Colón, tras muchas semanas de soledad y tensión, la visión de las mujeres desnudas.

Con Martín Alonso Pinzón y otros marineros, Colón tomó un

bote auxiliar, y a banderas desplegadas se acercó a tierra, desembarcó y, ante el escribano real y de modo solemne, tomó posesión de esas tierras en nombre de los reyes. En ese momento quedaban confirmados sus títulos de visorrey, almirante y gobernador, y así lo reconocieron sus hombres. Un latido de decepción debió recorrer su ánimo, pues, en lugar de contemplar la fastuosa riqueza de las tierras de Catay y Cipango, lo que veía eran gentes desnudas que denotaban gran pobreza, atribuyéndolo a que se hallaban en los lejanos arrabales del reino del Gran Khan.

Halló a los indios pobres, pero hermosos de cuerpo y de rostro, con «la color de los canarios, ni negros ni blancos», y ninguno sobrepasaba los treinta años. No fue posible establecer comunicación hablada con ellos, y, al ver que muchos presentaban heridas y cicatrices, explicaron por señas que se las hacían enemigos venidos de otras islas, y los que eran caribes los identificó Colón con guerreros del poderoso Khan. Eran sumamente pacíficos y muy proclives a intercambiar sus adornos, algunos de oro, por cualesquiera objetos de los españoles.

Colón creyó firmemente, y nunca saldría de ese convencimiento, que se encontraba en tierras asiáticas, de ahí que empezara a citar a los nativos como indios, y el error persistió desde entonces. Más concretamente, pensaba que se hallaba en el rosario de islas que, según sus mapas y sus presuntas informaciones, precedían a Cipango. Por ello fijó obsesivamente su meta a partir de entonces en localizar los dominios del Gran Khan, y de ahí que desde Guanahaní-San Salvador abordara un periplo por las islas Antillas en su busca, que lo lleva a recorrer sucesivas islas, como Fernandina, Isabela y la gran isla de Cuba, de la que admira su belleza y a la que bautizó con el nombre de Juana, pero que, dado su gran tamaño, identifica con la tierra continental de Cipango, ya en el reino del Khan.

A estas alturas todo se ha ido en tratar de identificar dónde se encuentran y en indagar la existencia de oro, del que ven indicios en el adorno de los indios, pero no grandes yacimientos. Los nativos ya han descubierto lo mucho que apetecen los blancos este metal, bastando con mencionar su presencia en otra isla para que corran a ella y abandonen la ocupación de la presente. Colón ha prohibido los tratos directos, pero los marineros son de otra opinión, y como más prácticos desdeñan las tareas de exploración y se entregan al aprovechamiento de las nativas y al trueque de sus baratijas por objetos indígenas.

Se produce entonces un acontecimiento de importancia, el apartamiento de la Pinta de Alonso Pinzón, hecho que merecerá desabridos comentarios en el diario de Colón. Es posible que Pinzón

no llegara a ver la orden de parada dictada por el almirante, que navega el último y cuya señal sí es vista por Yáñez Pinzón, que detiene la marcha. Ello explicaría el regreso días después del marino. Puede ser también, como sospecha Colón, que el capitán de la Pinta quisiera descubrir por su cuenta el oro y las perlas de la isla de Babeque o Española, según las noticias sobre la riqueza que había en esa isla.

Sea como fuere, la marcha de Pinzón desencadena un raudal de viejos resentimientos arrastrados en el almirante, que lo acusa en sus escritos, pues «otras muchas cosas me tiene dicho y hecho». Colón no perdonaba el hecho de haberse sentido humillado ante la autoridad personal de Alonso Pinzón entre la marinería, muy superior a la suya a pesar de sus dignidades. Cuando regresa el capitán, Colón y él se enzarzan en una violenta discusión, pues Pinzón era partidario de seguir explorando y el almirante quería ya regresar a casa y saborear las mieles del éxito. Colón llega a amenazar a Pinzón con ahorcarlo, a lo que el curtido capitán responde con orgullo: «Eso merezco yo por averos puesto en la honra que os he puesto, para que digáys eso».

Tras recorrer el extremo oriental de la isla de Cuba, llegaron a Haití, bautizada por Colón como Española, pues sus vegas le parecían semejantes a las de Castilla, inicio de lo que será una constante entre los colonizadores españoles llegados en oleadas sucesivas, la imposición de nombres a las nuevas tierras según lo que les recordaran a los pagos peninsulares.

En La Española vuelven a topar con indios pacíficos, los arawaks, que describe Colón como aptos «para mandarles y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que les fuere menester». En la mente de Colón trabajan ya dos concepciones acerca de los nativos: el propósito de convertirlos a la fe cristiana y el de sacarles provecho, ya que no en oro, que no parece abundante, considerándolos a ellos mismos como mercancía, haciéndolos esclavos. Duda si comenzar ya mismo la gestión comercial de la nueva tierra, estableciendo una factoría en un territorio que parece prometedor, o continuar la búsqueda del núcleo continental del Gran Khan. La duda se resolverá sola cuando la nao Santa María encalla en unos arrecifes, a causa de que su propietario y maestre, Juan de la Cosa, echóse a dormir cuando debía hacer guardia, dejando la responsabilidad de la nave a un simple grumete. La nao, que según Colón «era muy pesada y no para el oficio de descubrir», quedó inservible para la navegación, y como Pinzón estaba ido con la Pinta, no pudiendo toda la tripulación embutirse en la Niña para la vuelta sin riesgo de naufragio, decidió construir con los restos de la nao un fuerte, embrión de factoría comercial. Esta primera

fundación europea en el Nuevo Mundo se llamó Navidad, por las fechas de su construcción, y mucho ayudó a levantarlo el cacique Guacanagari con sus hombres. Allí quedaron los cuarenta hombres de la nao, mientras los demás —ya se había incorporado Pinzón— emprendían el regreso.

El profesor Juan Manzano, máximo defensor de la tesis del marino desconocido, sostiene que, a partir del regreso de Pinzón, Colón, que hasta ese momento había navegado sin aparente rumbo por las aguas del Caribe, muestra signos de saber dónde se encuentra exactamente, guía las naves con seguridad e identifica los lugares como si ya los conociera. Uno de los hitos que pudieran servirle para encajar sus informaciones previas con el paisaje que tiene delante es la protuberancia de Monte Christi, en La Española, que le sirve de faro para orientarse definitivamente en la zona, dando por sentado que La Española, y no Cuba, como supusiera al principio, es la tierra que se identifica con el Cipango de Marco Polo y Toscanelli. Hechos posteriores vendrían a confirmar la existencia en ella de ciertos marinos años atrás, pertenecientes a la expedición del protonauta: en el norte de La Española, la tripulación colombina observó con sorpresa que, entre los nativos, sobre ser en general más blancos, había dos mujeres jóvenes sensiblemente más claras, que pudieran ser descendientes de aquellos marinos; este grupo de nativos, más despiertos que la media de la región, habitaban un poblado nuevo, llevaban cintos como los de Castilla y ayudaron a los españoles a colocar una cruz.

Los siguientes viajes colombinos vendrían a abonar la teoría del predescubrimiento: cuando los españoles arriban a la isla de Cumaná, los indios, en lugar de huir, los reciben como a viejos amigos, y encuentran mujeres blancas y vestidas, mostrando mayor discreción de la habitual; no lejos, los nativos utilizan ciertas aspas que recuerdan cruces para las curaciones y para ahuyentar a la encarnación del mal, el equivalente al demonio; en ciertos nidos revestidos con paja, donde la tradición indígena hablaba de hombres blancos venidos años antes, los españoles hallan unas bolas de piedra redondas, como si fueran de lombardas, y, al reconocer la isla de Cuba, un ballestero se topa con unos indígenas. Tres de ellos son blancos y llevan túnicas claras, como de fraile, y en absoluto se asustan a la vista del soldado español, no pareciendo sino que fueran descendientes directos de españoles. Tales incógnitas han quedado flotando en el aire, sin resolver del todo, como parte del enigmático mundo que envuelve el viaje de Cristóbal Colón.

Una gran preocupación embargaba a los marineros de las dos naves al encarar el viaje de retorno. Los barcos presentaban ya desgaste y hacían agua, y sobre todo temían no encontrar vientos



favorables, pues la constancia de los vientos alisios, soplando siempre de popa, hacía imposible el regreso. Pero Colón, con una intuición sorprendente tomó la decisión correcta, que para algunos se debe al azar y para los defensores de la tesis del predescubrimiento es un argumento más que demuestra que el almirante disponía de información fidedigna. Evitó navegar por la latitud que les había traído, y subió hacia el nordeste, para buscar los contralisios que soplan sobre la latitud de las Azores. De esta forma logró cruzar el Atlántico en dos meses y dejó trazada para las expediciones futuras la ruta del contraviaje.

Durante la travesía, redacta su famosa carta anunciando a los cuatro vientos el descubrimiento. Una copia de la misma fue enviada a su gran protector, Santángel, y en ella hace ya gala de una presuntuosa egolatría:

[...] habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje [...] donde yo hallé muchas islas [...]. A la primera que yo hallé le puse el nombre [...] cuando yo llegué la isla Juana seguí yo la costa [...].

No queda rastro ninguno del mendicante Colón de unos meses atrás.

Fue milagro que los barcos no naufragaran en las formidables tormentas que sufrieron en el viaje, lo que habla de la pericia de ambos capitanes. En una de ellas se separaron la Pinta y la Niña, comandada esta por el almirante y que avistó las Azores, tierra portuguesa y por tanto nada fiable. Pero la necesidad de agua y víveres era grande y no hubo otro remedio que recalar en ellas. Colón dispuso que la mitad de los tripulantes acudieran en peregrinaje de acción de gracias a una ermita, y fueron hechos presos por orden del gobernador, que quiso hacer lo mismo con el propio Colón. Pero este no bajó del barco, y, mediando buenas palabras y amenazas veladas, consiguió resolver el incidente y que los marineros fueran liberados.

Aprovisionados de bastimento, reanudan el viaje, y el mal tiempo los obliga a hacer la entrada a la península ibérica por el estuario del Tajo, en Lisboa, arribando el 4 de marzo de 1493. El rey Juan II recibió a Colón pocos días después, y fue informado por este de la noticia de las circunstancias de la expedición y de la llegada a las tierras de Oriente. Juan II le expuso que esas tierras pertenecían a la Corona portuguesa, y Colón replicó que él había navegado siempre contra el oeste, en estricto respeto del Tratado de Alcaçovas que permitía a Castilla hacerlo. Juan II debió de arrepentirse grandemente de no haber confiado más en aquel

pretendiente a descubridor que era Colón cuando lo visitó por vez primera, pues sin duda su hazaña, de un solo zarpazo, ponía en peligro la lenta y minuciosa progresión de Portugal hacia el Oriente. Se avecinaba una gran batalla entre Portugal y España, pero esta no en el mar, sino en los despachos de la diplomacia.

Los propios cronistas portugueses reconocen que se sugirió a Juan II asesinar a Colón para acallar las noticias del descubrimiento, que tanto podrían perjudicar las conquistas de Portugal. Debió el rey sopesar tal posibilidad, pero le contuvo el temor a que el asunto trascendiera y a la reacción de los Reyes Católicos, crecidos tras el final de la Reconquista y con tropas disponibles para otras empresas. Colón algo llegó a sospechar, pues rechazó el ofrecimiento que se le hizo de viajar a Castilla por tierra, acaso temiendo una emboscada por el camino. De modo que partió de nuevo para dirigirse al puerto de Palos, obedeciendo las leyes náuticas de entonces que exigían la partida y el regreso por el mismo punto.

Esas normas fueron las que obligaron a Martín Alonso Pinzón a regresar desde Bayona, en Galicia, adonde había llegado con cierta anticipación, y pidió entrevista con los reyes para informarles del viaje, la que estos denegaron, a la espera de reunirse directamente con el almirante. De este modo, Colón entraba en el puerto de Palos seguido muy de cerca por la Pinta de Pinzón, quien venía muy aquejado por haber contraído sífilis y fue directamente a una finca que tenía en Moguer, para ser trasladado en estado agónico a La Rábida, donde rindió la vida el gran marino que hizo posible la empresa.

Es previsible el impacto que produjo en la zona la llegada de las dos naves con las nuevas sobre el viaje. Pronto se extendió la noticia por España y Europa, y se ordenó a Colón que acudiera por tierra a Barcelona, donde se encontraban entonces los Reyes Católicos.

El trayecto de Colón por territorios de Andalucía, Valencia y Cataluña levantaba una impresionante expectación, y los vecinos salían a la calle a ver la comitiva con los indígenas, los papagayos, las especias, el maíz y el oro.

Los Reyes Católicos recibieron solemnemente a Cristóbal Colón en Barcelona y escucharon de sus labios con delectación la crónica del descubrimiento. Procedieron a confirmarlo en todos sus títulos, y en los siguientes viajes que emprendió iría ya como gobernador de las nuevas tierras. Como tal, Colón no respondió a las expectativas. Codicioso en demasía, fruto de sus años de extrema penuria, a falta de oro en abundancia, quiso fundar con los reyes un gran negocio, traficando con los indios en calidad de esclavos,

intención que la reina Isabel cortó de plano, al calificar a los indígenas como súbditos suyos y no como esclavos. Y como gestor y administrador de tierras y gentes fue un verdadero desastre, incapaz de imponer un gobierno estable que pusiera en orden y concierto a las levantiscas gentes de la primera hornada colonizadora.

Pero Colón no había nacido para empresas de tierra, sino de mar. Fue un marino rotundamente avezado, en cuyo haber figura la expedición de mayor importancia de la historia. El descubrimiento de ese mundo nuevo, que él nunca llegó a reconocer como tal, habría de cambiar el destino de América y de Europa.

# UNA RAYA EN EL OCÉANO

(El Tratado de Tordesillas)

Siete de junio de 1494, villa de Tordesillas. Los comisionados de España y Portugal están estampando su firma en un documento. Cuando termina la ceremonia se saludan con efusión, y no es para menos teniendo en cuenta lo arduo y a veces acre de las discusiones que han tenido lugar entre ambas delegaciones. Han sido tres meses de negociaciones, con un intenso ir y venir de correos con información para los respectivos soberanos, los Reyes Católicos y Juan II, que seguían muy de cerca el desarrollo de la conferencia. Varias veces la cuerda se ha tensado de tal modo que a punto ha estado de romperse, y las consecuencias hubieran sido la hostilidad declarada y posiblemente la guerra entre ambas naciones ibéricas, algo que flota en la atmósfera desde el descubrimiento de Cristóbal Colón.

Por eso los comisionados respiran satisfechos y aliviados tras la firma del documento. Por el Tratado de Tordesillas se ha evitado un conflicto que podría haber sido muy grave, y sobre todo se ha trazado una raya imaginaria sobre el océano Atlántico. Esa raya condicionará el futuro, ya portugués, ya español, del continente americano, pero también afectará a otras partes del planeta, porque, en virtud de la línea de Tordesillas, España y Portugal acaban de repartirse el mundo que queda por descubrir en las postrimerías del siglo XV.

El siglo XV estaba contemplando la admirable expansión portuguesa por el litoral atlántico africano, una empresa persistente, meticulosamente preparada por Enrique el Navegante desde su escuela marítima del Algarve. Portugal veía cómo las barreras que marcaban los límites de lo posible por la geografía o los antiguos mitos iban cayendo una tras otra, y sus barcos navegaban cada vez más lejos rumbo al sur.

Pero al tiempo que ensanchaba sus horizontes, se hacía necesario consolidarlos, porque Castilla mostraba también

inquietudes marineras. Sus pescadores del sur andaluz seguían los pasos de los lusos en la región africana, bien con fines de pesca, bien imitando las operaciones comerciales costeras de los portugueses. Además, Castilla había izado su bandera en las islas Canarias, y su presencia en el Atlántico era una continua amenaza para los avances de Portugal.

El rey Juan II resolvió terminar con tal estado de inseguridad jurídica y política y apostó fuerte en busca de un destino apartado y distinto del de Castilla. De puertas adentro zanjó cualquier conflicto dinástico ajusticiando al duque de Braganza y luego al de Viseo, parientes de Isabel la Católica, y a pesar de las peticiones de clemencia de los Reyes Católicos. Con ello ambas monarquías se daban la espalda, y el siguiente envite del rey fue exigir clarificar la situación atlántica. Buen conocedor de los tiempos políticos, sabía que los monarcas españoles estaban empeñados en un cúmulo de problemas interiores tan considerables, empezando por la expulsión de la morisma, que no podían en estos momentos abrir un nuevo frente de controversia con Portugal.

Así fue como se llegó a la firma del Tratado de Alcaçovas entre ambas naciones, por el cual Portugal conservaba el monopolio de las islas y aguas atlánticas desde Canarias «para abaxo contra Guinea», y Castilla retenía las suyas a partir del paralelo de las Canarias. Ello suponía que a Castilla se le cerraba el acceso por el Atlántico Sur, que desde el tratado Portugal consideró como *mare clausum* para sus exclusivos intereses. Nada se decía sobre el Atlántico oeste, y los reyes, empeñados todos sus esfuerzos en doblegar a los nobles feudales y a los moros, tomaron Alcaçovas como un mal menor, a la espera de una mejor coyuntura política.

El tratado fue respetado los siguientes catorce años, con la sola excepción de los pescadores andaluces, que no dejaron de quejarse de las consecuencias de Alcaçovas para sus granjerías marítimas. Pero la situación de relativa estabilidad entre España y Portugal sufrió un vuelco al anunciarse la llegada a España de Cristóbal Colón, con noticias sobre tierras nuevas al otro lado del Atlántico. En ese momento se desata una crisis diplomática y política sin precedentes, en la que ambas naciones y reyes van a desplegar todo el arsenal de sus respectivas capacidades.

Sabido es que, cuando por causa de fuerza mayor Colón hubo de recalar en Lisboa a la vuelta de su viaje, se entrevistó con el rey portugués y le dio cuenta de los descubrimientos realizados. Grande sería su sorpresa cuando, unas jornadas después, Juan II vuelve a reunirse con él y le indica que las tierras descubiertas le pertenecen según el Tratado de Alcaçovas. Colón se defendió diciendo que él se había limitado a seguir la línea del paralelo de Canarias, en

aplicación de los derechos castellanos, y que su navegación habíase orientado siempre al oeste, una zona oceánica libre de compromisos internacionales, puesto que el derecho portugués únicamente comprendía las aguas atlánticas «para abajo contar Guinea». No obstante, nada más salir de la entrevista, Colón escribiría a los Reyes Católicos dando la voz de alarma.

Ninguno de los soberanos de las dos naciones pierden entonces el tiempo, en una verdadera carrera contra el reloj. Portugal, a la vez que, según parece, apresta alguna expedición para confirmar la veracidad y los límites de los descubrimientos colombinos, envía a su negociador Rui de Sande a la corte de Castilla, con tanta celeridad que, antes que Cristóbal Colón, ya está en Barcelona formulando las reclamaciones portuguesas sobre las tierras apenas alumbradas. Lo cual, si por una parte causa alegría a Fernando, pues deduce por ello la trascendencia de lo descubierto, por otra le hace activar la maquinaria de la diplomacia, en la que el rey católico fue insuperable maestro.



*El Pacífico permaneció ignorado por Europa hasta su descubrimiento por Núñez de Balboa.*

El devenir de los hechos históricos hace que acabe de ser nombrado papa un español, Alejandro Borja, y Fernando el Católico se va a encargar de allanar el camino de modo conveniente, otorgando privilegios y donaciones a los hijos bastardos de Alejandro VI. Porque, nada más recibir la información sobre la llegada de Colón, ha enviado embajadores a Roma para anticiparse

a Portugal en el reconocimiento papal de los descubrimientos a favor de España. Esta sanción no era imprescindible entonces, incluso era tema de controversia, pero, a falta de otros títulos de posesión, se convertiría en un documento inestimable con el que entrar a negociar en directo con el hosco y receloso Portugal.

Fernando el Católico había intuido la importancia de tener al papa del propio lado, y había puesto en marcha un complejo mecanismo de influencias en la capital de la cristiandad, desarrollando un tejido de intereses y favores que sus sucesores iban a heredar y mantener, y que llegaría a su culminación en tiempos de Felipe II. Era un sistema de patronazgo que otorgaría a España un enorme ascendiente sobre la ciudad de Roma, sus nobles, sus prelados, sus cardenales y sobre el propio papa, en cuya elección la Corona española no dejaría de influir los siglos siguientes, a fin de excluir candidatos hostiles y que fueran designados los afines, lo que consiguió con muy pocas excepciones. El patronazgo consistía en la concesión a clérigos o nobles romanos de rentas, donaciones, títulos, nombramientos y sinecuras de todo tipo, todo ello financiado con la plata española. Además, España se sumaría a las causas militares emprendidas por el papado contra el turco que siempre amenazaba la Italia pontificia, o contra la herejía que se extendía por Europa, y suministraría grano a Roma desde el reino de Nápoles en tiempos de hambruna por malas cosechas.

Todo ello, unido a la nutrida comunidad española que habitaba en la ciudad, otorgaría a España una formidable influencia sobre Roma y sus círculos de poder. En el colegio cardenalicio se creó la llamada *facción española*, compuesta por cardenales en su mayoría italianos, beneficiarios de las mentadas prebendas, y que actuaban y votaban según las directrices que venían de Madrid. Y el papa, durante decenios, sería en cierto modo rehén de la poderosa monarquía española.

Al tiempo que actuaba en los despachos, Fernando el Católico movilizaba a la totalidad de la flota andaluza, alertado también por el duque de Medina-Sidonia, que, ahora sí, prestaba oídos a las acciones de Colón y no quería dejar de participar en las previsibles utilidades. Fernando ordenó incluso la venida al sur de la armada de Vizcaya, que estuvo surta en la bahía de Cádiz, en previsión de una confrontación con Portugal, eventualidad que poco faltó para que se produjera.

El mecanismo diplomático puesto en marcha por Fernando empezó a rendir sus frutos, cuando las bulas del papa fueron llegando a partir del mes de mayo de 1493, apenas unas semanas después del arribo del almirante, lo que demuestra la efectividad negociadora del rey católico. La primera fue la bula *Inter caetera*,

dictada en forma de *breve pontificio*, en la cual se declara la soberanía de Castilla sobre las islas y tierra firme del mar océano. Era una primera salvaguarda de urgencia para los derechos castellanos sobre los descubrimientos, para la que fue de gran utilidad el hecho de haber no solo avistado tierras, sino fundado un establecimiento, el fuerte Navidad, de donde no ha faltado quien asegure que el encallamiento de la Santa María fue una obra deliberada de Colón para forzar esta fundación.

La primera bula fue tan apresurada que hubo de ser corregida por otra, la *Eximiae devotionis*, que retoca la anterior en el sentido de conceder a Castilla los mismos privilegios de que dispusiera Portugal sobre sus propios avances geográficos. Fernando había conseguido títulos perentorios que garantizaran de manera provisional las conquistas oceánicas.

La tercera de las bulas fue empero la más trascendente, porque en su negociación la corte española acredita disponer de un mayor afinamiento geográfico. En las dos primeras apenas hubo tiempo de discutir con el almirante el alcance de lo descubierto, pero esta vez ha habido ocasión de hacerlo, y se ha comprobado que la división entre norte y sur establecida por el Tratado de Alcaçovas podría ser sumamente perjudicial para Castilla, en caso de que Portugal quisiera prolongar esta división hasta el límite de lo explorado. De ahí que a Cristóbal Colón se le ocurriera la idea de trazar una raya imaginaria sobre el océano, pero, en lugar de discurrir de este a oeste, lo hiciera de norte a sur. Y puesto que las conquistas portuguesas en el Atlántico se extendían hasta las islas de Cabo Verde, la raya en cuestión se dibujara sobre esas islas, reteniendo Portugal el océano al este de ella, salvo Canarias, y quedando para España la totalidad del área oceánica al oeste de la línea.

Así se planteó la nueva bula solicitada al papa, y así se remitió a la corte española con el nombre de segunda bula *Inter caetera*, pero con una sensible variante sobre lo solicitado. La raya, en lugar de dibujarse sobre las islas de Cabo Verde, era desplazada cien leguas al oeste, lo que requirió por parte de los reyes una inmediata consulta a Colón para que emitiera su parecer sobre este deslizamiento de la línea. No cabe duda de que la diplomacia portuguesa ya estaba actuando también en su favor en la corte pontificia.

La cuarta bula, la *Piis fidelium* no tuvo un carácter geográfico, sino evangelizador, emitida con ocasión del apresto que se estaba haciendo de la segunda expedición colombina, la de la fundación y colonización, y por ella se nombraba a fray Bernardo Boyl vicario apostólico de las Indias, anticipo de lo que luego sería el patronato del rey de España sobre el Nuevo Mundo.



La quinta y última de esta serie de bulas sería la *Dudum siquidem*, que redondeaba los derechos de Castilla disponiendo que, si las naves castellanas accedían por el poniente a la India verdadera, la asiática, haría igualmente suyas las tierras descubiertas. De modo que por esta bula el mundo quedaba abierto a la colonización de Castilla, siempre que navegara en dirección oeste. Era el brillante remate final a la carrera diplomática emprendida por el astuto Fernando el Católico.

Solo quedaba la incógnita de la raya atlántica y su dibujo a cien leguas al oeste de Cabo Verde. Las aclaraciones demandadas a Colón no fueron satisfechas, pues este sabía describir el perfil de lo explorado, pero era incapaz de localizarlo espacialmente, ubicar esas tierras en el ámbito del Asia, donde creía haber llegado. Por eso era tan importante para Fernando, ahora que se avecinaban negociaciones directas con Portugal, conocer la situación y alcance exactos de los descubrimientos, y este fue uno de los fines, aparte de los colonizadores, del segundo viaje de Colón. Viaje que los reyes encarecieron se hiciera lo más rápidamente posible, hasta el punto de encargar al almirante que dejara hechos los preparativos oportunos antes de viajar a Barcelona para informarles, de modo que, a su vuelta a Andalucía, la flota estuviera lista para partir. Más aún, comisionaron a Rodríguez de Fonseca para que entendiera y dispusiera sobre este viaje y en general en todo lo concerniente a los nuevos asuntos de las Indias.

Con las bulas en su poder, los Reyes Católicos se sintieron fuertes para abordar una iniciativa negociadora con Portugal, una vez que la del enviado Rui de Sande, porfiado en los derechos portugueses, había fracasado por completo. Los dos comisionados fueron secamente recibidos en Lisboa por el rey Juan II, y las conversaciones no llegaron a puerto alguno. Al marchar los embajadores, el uno afectado de una visible cojera y el otro fatuo y engreído, comentó Juan II: «Los reyes de Castilla me han enviado una embajada que nam tinha pees nem cabeça».

La tensión entre España y Portugal crecía por momentos, máxime desde que zarpara la escuadra de diecisiete navíos en el segundo de los viajes de Colón, lo cual fue considerado por Portugal como una provocación. Se impuso entonces dar una nueva y definitiva oportunidad a la paz entre ambas naciones cristianas y vecinas, acordándose que se reuniera una comisión, que no habría de terminar sus trabajos hasta formular una propuesta de arreglo.

El lugar elegido fue la ciudad castellana de Tordesillas. Los reyes, para seguir de cerca las negociaciones, se instalaron en las orillas del Duero, y Juan II era continuamente informado de sus progresos por correos urgentes. Ambos sabían lo mucho que estaba

en juego en la ciudad vallisoletanaalzada sobre un terrormontero, dominador de los campos mesetarios de pan llevar.

Portugal y Castilla eligieron representaciones de fuste. Por parte castellana, componían la delegación don Enrique Enríquez, mayordomo mayor de la corte; don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León y contador mayor del reino, y el consejero don Rodrigo Maldonado de Talavera, los cuales se hacían acompañar de un equipo de expertos. Por el lado portugués, encabezaban la delegación Rui de Sousa, señor de Sagres y Beringel; su hijo Pedro de Sousa, almotacén mayor del reino, y el corregidor Aires de Almada.

Se ha dicho que el espionaje portugués funcionó cabalmente en Tordesillas, y que el mismo rey Juan II pudo dirigir personalmente la negociación e impartir instrucciones directas a sus comisionados, porque los correos le informaban con antelación de cuál iba a ser la postura española en la siguiente reunión, lo que otorgaba toda la ventaja al bando luso. Sin embargo, resulta difícil pensar que, en el ámbito de la diplomacia negociadora y el espionaje, nadie pudiera superar a Fernando el Católico, quien se caracterizó por organizar el primero y más eficaz servicio de información exterior en Europa, siendo esta una de las claves que le permitió hacer de Castilla una de las naciones que contaban en la política europea, a partir del pobre y desestructurado país de labriegos que encontró al tiempo de su matrimonio.

De hecho, fue Fernando quien contó con la mejor información posible en la mesa de negociaciones de Tordesillas, la que le suministrara el almirante Cristóbal Colón. La confusión geográfica surgida del primer viaje sería parcialmente remediada en el segundo, uno de cuyos objetivos era tratar de precisar lo más posible qué era y dónde estaba exactamente lo que se había descubierto al otro lado del océano. Por eso, nada más llegar Colón a las Antillas por segunda vez, distribuyó a los pilotos por el área para que levantaran planos cartográficos fieles, y con ellos logró componer una nueva carta náutica. Esta fue despachada a Castilla con una flota de vuelta, de modo que el rey católico pudo disponer a tiempo de tan valioso documento. En la carta, Colón seguía insistiendo en dibujar las islas descubiertas como limítrofes con el Catay, y Cuba la unía a Cipango, creyéndola parte del continente. Pero la carta contenía otros valiosos datos, como que la distancia exacta entre Cabo Verde y las Antillas era de 750 leguas, lo que permitía a Fernando conocer su margen geográfico para la negociación.

Poco se sabe acerca del desarrollo de la conferencia, salvo que fue dura y larga, debido a la intransigencia de los portugueses.

España se presentaba con las bulas papales de reconocimiento, y los lusos probablemente alegraron que más valía un solo acuerdo firmado que cien bulas del papa, presentando el Tratado de Alcaçovas como único documento legal incontestable. Basándose en él, Portugal defendía que la raya divisoria del Atlántico en dos mitades, norte y sur, debía prolongarse desde el paralelo de Canarias, por donde discurría, hasta el otro lado del océano, donde afloraban las islas alumbradas por Colón. Este planteamiento no convenía en absoluto a Castilla, que sabía ya que esas nuevas islas, y otras tierras por descubrir, se hallaban a ambos lados de esa línea, y por ello se aferraron a la línea meridiana que dividía en dos mitades el Atlántico, pero no de este a oeste, sino de norte a sur, según la segunda bula *Inter caetera*. Incluso no encontraban mayor inconveniente en aceptar el desplazamiento de cien leguas dispuesto por el papa, pues se contaba con ese margen adicional de 750 leguas, la distancia entre Cabo Verde y las tierras recién exploradas.

En ese punto, las discusiones entraron en una vía muerta, porque la delegación portuguesa, tras mantener con encono la primera solución, la de la raya sobre el paralelo, debieron aceptar a regañadientes, o así lo fingieron, la segunda, la del meridiano, pero siempre que la línea fuera nuevamente desplazada, dibujándola esta vez nada menos que a 370 leguas de las islas de Cabo Verde. Alegaban los lusos, en defensa de su posición, que disponer de tan solo 100 leguas para mover sus barcos por el litoral equivalía a incrustarlos contra la pared africana, sin dejarles apenas espacio de maniobra.

Pasaron semanas de negociación sin avances, con unos portugueses encastillados en su postura, y unos castellanos obstinados en no ceder en la suya, y el empecinamiento mutuo hizo peligrar la conferencia. Pero Juan II sabía que el tiempo jugaba a su favor, puesto que era mucho más lo que podían perder los soberanos españoles, que ya estaban poniendo muchos medios en la empresa de Indias, que él mismo, que nada tenía que perder con la dilación. Sin duda, por esta vez Juan II le ganó la mano al rey católico, pues este, consultando una y otra vez la carta colombina, llegó a la conclusión de que el margen era más que suficiente para ceder. Si Cabo Verde distaba 750 leguas de las Indias, bien podía correrse la línea hasta las 370 leguas. Aún quedaban casi 200 leguas de océano exento de islas. Era imposible saber entonces que la masa de Sudamérica exhibía una enorme protuberancia hacia el este, irrumpiendo en ese margen.

El texto de Tordesillas, fundamental para el devenir ulterior de las Américas, traza una raya en pleno océano, asignando a Portugal

lo que quedase al levante de esa raya, y a Castilla, al poniente. Literalmente, reza lo siguiente:

Que se haga y asigne [...] por el dicho Mar Océano una raya o línea derecha, de polo a polo [...] que es de norte a sur [...] a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de poniente [...].

Portugal ha considerado el Tratado de Tordesillas como un triunfo histórico de su diplomacia, pues gracias a él logró poner un pie en el Brasil. Pero entonces nadie podía imaginar esta pirueta de la geografía, que hace que el continente americano presente la angulosa proa del Brasil como avanzadilla en el Atlántico, penetrando así en la delimitación portuguesa del Tratado de Tordesillas. Hasta el punto de que muchos historiadores sostienen la teoría del predescubrimiento secreto de Brasil por los portugueses, con anterioridad a las negociaciones, acaso en alguna de las expediciones que envió Juan II tras el arribo de Colón a Lisboa. Esto explicaría desde luego la intransigencia portuguesa.

Mas desde la óptica de entonces, Castilla salió bien parada de Tordesillas, pues consiguió lo que al cabo pretendía: superar la peligrosa línea marcada por el Tratado de Alcaçovas, que, de haberse prolongado, hubiera entregado a Portugal la totalidad de Sudamérica. Portugal consiguió, por el azar de la geografía, lo que no había logrado descubrir en empresas de navegación.

Para la ubicación precisa de la línea divisoria, se estableció que una comisión castellano-portuguesa acudiera a la zona y la determinara en el plazo de diez meses, pero una cosa eran los mapas y otra la realidad física. La ciencia geográfica de entonces no estaba en condiciones de ofrecer referencias exactas para hacer las mediciones en el mar, y ni siquiera hubo acuerdo sobre cuál de las islas de Cabo Verde era la que debiera servir de referencia para calcular las 370 leguas al oeste. Así que hubieron de contentarse con delinear la raya de una forma aproximada pero suficientemente ambigua como para provocar interpretaciones distintas, que continuarían envenenando las relaciones entre España y Portugal durante mucho tiempo.

Por una parte, los portugueses se esforzaron a lo largo de los siglos siguientes en ampliar sus derechos sobre el Brasil hacia el oeste, sirviéndose para tal empeño de los bandeirantes, que invadían más y más el interior brasileño, a costa de los derechos de una España en exceso ocupada por controlar el resto del continente americano. Pero esta progresión interior, tolerada o combatida por España según las épocas, en esa postura vacilante que ha sido una

constante de la política exterior española de todos los tiempos, no fue nada al lado de la pugna que se desató entre España y Portugal por controlar las tierras situadas al extremo opuesto de la raya de Tordesillas, en el antimeridiano.

Porque si algo había dejado claro el Tratado de Tordesillas era que España y Portugal se habían repartido el mundo en dos mitades, y que cualesquiera tierras no conocidas a la fecha, es decir, gran parte del planeta, podrían ser ocupadas por la primera de las dos naciones ibéricas que llegara a ellas, tanto en aplicación de Tordesillas como de la bula *Dudum siquidem*. Y entre esas tierras, y como objetivo prioritario de ambas, la India de las riquezas sin cuento.

Por tal razón, las noticias de la llegada de Vasco de Gama a la India fue un mazazo para la corte española, equivalente al sufrido por Portugal tras el primer viaje de Colón, porque ello anulaba para España el derecho del primer ocupante, a la postre un título de mucho mayor peso que todas las bulas y tratados. Pero con la noticia llegó otra de más alcance aún: los descubrimientos portugueses estarían ya muy próximos a un área de vital importancia estratégica para la Europa de entonces: las Molucas, las islas de las Especias, los recónditos, misteriosos lugares donde crecían la pimienta blanca y negra, el incienso, la mirra, la nuez moscada, la canela, el clavo..., productos orientales exóticos, los más costosos y solicitados de la época.

El arribo de Vasco de Gama desató de inmediato una nueva y feroz pugna entre España y Portugal por la especiería, epopeya marítima que habría de dejar escritas páginas memorables en el libro de la historia, entre ellas, la primera vuelta al mundo. Los dos países de la Iberia dieron por supuesto que el Tratado de Tordesillas, que dividía el planeta en dos mitades, trazaba una línea que se prolongaba hacia el este y hacia el oeste, terminando los derechos respectivos al otro lado del globo, en el llamado *antimeridiano*. Este venía a caer aproximadamente en el área de las Molucas, pero, si embarazoso era con los instrumentos del tiempo calcular dónde se trazaba el meridiano de Tordesillas en el Atlántico, cabe imaginar la dificultad de precisar la línea en el otro extremo.

España y Portugal reclamaron para sí de inmediato el dominio de la especiería. Pero se imponía asegurarlo mediante la posesión efectiva, por lo que ambas se empeñaron en una épica carrera marítima por ser las primeras en plantar su bandera. Fernando el Católico dispuso una primera expedición que no llegó a zarpar por la muerte de Felipe I en Burgos, pero a su vuelta de Nápoles ordenó que una flota al mando de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de

Solís costeara en busca de un paso que abriera hacia el otro lado el continente recién descubierto por España.

Y es que, a estas alturas, ya se sospechaba que esta tierra no eran las «Indias», sino una masa de tierra distinta, tal como había apuntado el máximo contradictor de Colón, Américo Vespucio, en su obra *Mundus Novus* y en su famosa *lettera*, que imprimió un editor alemán llamado Waldseemüller en su obra *Cosmographiae Introductio*, y que bautizó a ese continente nuevo con el nombre de América. Una tierra que aparecía interpuesta entre Asia y Europa y que forzosamente habría de albergar un pasillo acuático para poder acceder a otro océano y, por él, a la India verdadera y a la especiería. La expedición Yáñez-Solís recorrió el Yucatán en busca de ese paso y regresó sin hallarlo, pero nuevos acontecimientos recomendaron proseguir la búsqueda. Los portugueses habían llegado a Malaca, poniendo en peligro los supuestos derechos españoles sobre las islas de las Especias, y el extremeño Vasco Núñez de Balboa en 1513 avistaba por vez primera el océano Pacífico, el mar del Sur, confirmando así que América era un continente distinto y no una parte del asiático. Era urgente encontrar un estrecho que permitiera atravesarlo, estableciendo una ruta española hacia la especiería. Era, pues, apremiante encontrar el estrecho que hollara la tierra americana y abriera esa ruta, para lo cual la Corona confió de nuevo en Díaz de Solís, que esta vez puso rumbo al sur y contorneó Sudamérica, hasta una inmensa entrada que confundió al principio con el estrecho buscado, pero que resultó ser de agua dulce. Era el Río de la Plata, en cuyas orillas Solís y un pequeño grupo de acompañantes saltarían a tierra y serían devorados por los indios a la vista de sus compañeros en las naves. Una vez más, la aventura de la especiería se cerraba para España. Pero quedaba aún por jugar una última baza.

El portugués Fernando de Magallanes no pudo presentarse en la corte española en mejor momento, cuando, una tras otra, las expediciones tras las Islas de las Especias habían fracasado. Este marino curtido en azares y navegaciones propuso a Carlos V alcanzar las Molucas atravesando el estrecho que él aseguraba existía en algún punto de América del Sur. Era veterano de la India, donde había permanecido como súbdito portugués, y como tal había ofrecido sus nuevos proyectos de exploración al rey Manuel de Portugal, quien, como ocurriera en el caso de Colón, no se interesó por él, y aun trató con desprecio a Magallanes, lo que lo empujó a ponerse al servicio del rey de España.

Magallanes consiguió que Carlos V aprestara una escuadra de cinco barcos para intentar una vez más la aventura de las Molucas por la ruta de occidente, y, aunque se le nombró almirante y jefe

superior de la escuadra, el arzobispo Fonseca designó a su hijo ilegítimo, Juan de Cartagena, como inspector de la Corona, un cargo que en la práctica cercenaba sensiblemente la autoridad de Magallanes. Bajo una atmósfera de desconfianza de los altivos oficiales españoles hacia el capitán portugués, la flota de cinco naves partió de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1517. Pocas singladuras iban a conocer tantos episodios trágicos, como motines, traiciones, muertes, todo ello en dosis suficientes como para hacer de este viaje la más extraordinaria novela de aventuras de todos los tiempos.

Magallanes no era alguien dispuesto a compartir el mando, y desde el primer día sometió a toda la flota a una diaria e incluso humillante ceremonia de subordinación. El ambiente a bordo fue deteriorándose, a medida que las naves costeaban por la fachada americana, pero no se encontraba el paso prometido y crecían el frío y el descontento. Magallanes, exhibiendo una astucia extraordinaria, logró conjurar con el mayor rigor una sublevación de la oficialidad española, y el invierno austral obligó a invernar en el puerto de San Julián. En aquel paraje desolado quedaron abandonados a su suerte algunos de los amotinados, nada menos que un sacerdote y el veedor real, Juan de Cartagena, lo que habla por sí solo de la determinación del almirante. Nada ni nadie impedirían que buscara el paso, hasta que logró encontrarlo en los confines del cono sur americano. La travesía de este laberinto de canales y ensenadas del más tarde llamado estrecho de Magallanes puso a prueba la pericia marinera del gran navegante, y detrás de él se extendía, enigmático, el mar del Sur, que él llamó Pacífico.

Pero el, en apariencia, benigno Pacífico ocultaba el rostro de un océano de extensión interminable que sometió a los hombres a una terrible prueba de supervivencia. Fueron tres meses de navegación bajo un calor tórrido, bebiendo todo lo más agua putrefacta, disputándose las ratas como alimento, sometidos al tormento de la sed y el hambre, atacados por el implacable escorbuto. Hasta aportar en las islas Filipinas, donde Magallanes tenía una cita con el destino, en uno de los episodios más oscuros de la historia de España. Fue en Mactán, en un imprudente alarde de fuerza del capitán general para castigar a una tribu rival de sus nuevos aliados indígenas. Bajó a tierra con un número insuficiente de hombres, y pronto fueron atacados por una horda que les superaba en la proporción de treinta a uno. La lucha duró empero varias horas, y desde los barcos, la oficialidad, en su mayoría española, nada hizo por bajar a ayudar a su jefe, que al final quedó solo, muriendo acribillado por los nativos ante la mirada ¿indiferente?, ¿complaciente?, pero en todo caso pasiva, de los tripulantes.

El retorno de las naves no fue menos trágico, con nuevos casos de muerte y traición, pero al cabo las dos naves supervivientes, el *Trinidad* y el *Victoria*, lograron arribar a las islas de las Molucas, el corazón de la especiería, donde procuraron de los reyes locales documentos de vasallaje al rey de España, a la par que cargaban las bodegas con clavo. Solo regresaría a Sanlúcar, tres años después de su partida, una única nave, la *Victoria*, en lamentables condiciones y con dieciocho hombres famélicos y demacrados a bordo, que habían logrado el objetivo fijado y, de paso, habían dado la primera vuelta al mundo, confirmando definitivamente su redondez. El vasco Juan Sebastián de Elcano, capitán de la nave, uno de los sublevados contra Magallanes, fue recompensado con títulos, pero no se le volvió a dar mando de barco. Y aunque en España se valora su proeza, fuera de ella es un perfecto desconocido, ya que el mérito de la hazaña ha quedado vinculado al hombre que en verdad la hizo posible: Fernando de Magallanes.

La llegada de la *Victoria* con el clavo y las actas de vasallaje de los caciques de Molucas abrió un nuevo frente de conflicto entre España y Portugal. Ambos reclamaban para sí la especiería, y los intentos por resolver el litigio por los expertos reunidos en Badajoz y Elvas cosecharon un rotundo fracaso, pues, si difícil era determinar por dónde pasaba el meridiano acordado en Tordesillas, calcular el antimeridiano se tomaba imposible. Así que Carlos V concluyó que las Islas de las Especies eran suyas y aprestó una nueva expedición al mando de Jofre García de Loaysa, con Elcano como segundo. La travesía fue un completo desastre, muriendo ambos capitanes y encontrando las plazas sometidas en el viaje anterior, destruidas por los portugueses.

El conflicto se resolvió de una forma inesperada, cuando el rey de Portugal, Juan III, ofreció comprar a Carlos V sus eventuales derechos sobre las Molucas por 350.000 ducados de oro. Así fue como se firmó el «empeño» de las Molucas y se complementó con el Tratado de Zaragoza, que trazaba una línea en semicírculo de polo a polo, para dejar a salvo los nuevos derechos de Portugal sobre la especiería.

Pero no habían terminado las desavenencias entre España y Portugal, dos países que nunca hicieron buenas migas. Ahora la discusión se traslada a las islas Filipinas, que España ambicionaba para completar su soberanía sobre el Pacífico, cerrándolo por Oriente y Occidente, algo que Portugal no compartía, pues reclamaba las Filipinas como propias. Un primer intento español de ocupación a cargo de Ruy López de Villalobos terminó con el capitán apresado por los portugueses y la flota maltrecha y perdida, y pasarían treinta años hasta que España lo intentara de nuevo.



En esta ocasión ya reinaba Felipe II, y encomendó la misión al virrey de Nueva España Luis de Velasco, pues la armada habría de partir esta vez de Acapulco, en la costa mexicana del Pacífico. Velasco nombró a su vez para dirigir la empresa a Miguel López de Legazpi, oriundo de Zumárraga. Legazpi, un humanista, carecía de conocimientos marinos, y para suplirlos se designó jefe náutico de la expedición al fraile agustino Andrés de Urdaneta, veterano del Pacífico, quien alardeaba de que el regreso, hasta ahora una empresa demostrada imposible, era para él cosa tan fácil que capaz era de hacer volver no ya una nave, «sino una carreta». No obstante, para convencer a Urdaneta, y puesto que lo exigía la razón de Estado, hubo de recurrirse a una estratagema. El fraile, que ya vivía retirado en su convento, alegó no poder ir porque interpretaba que las Filipinas caían dentro de la demarcación portuguesa. Él estaba dispuesto a embarcarse, pero siempre que ese no fuera el destino previsto. Se fingió entonces una expedición a tierras nítidamente españolas, con la orden de que el rumbo definitivo fuera revelado cuando la flota ya se encontrara mar adentro. Al abrir el pliego con las instrucciones reservadas, resultó que se ordenaba poner rumbo directo a las Filipinas. Urdaneta se sintió engañado, pero enseguida acató las órdenes reales.

Ambos nombramientos fueron certeros. Legazpi acreditó unas cualidades distintas a las de otros capitanes de la conquista de América. Sus armas fueron el diálogo, la paciencia, la generosidad, con las cuales poco a poco fue ganándose la voluntad de los recelosos habitantes del archipiélago filipino, temerosos al principio de que los españoles quisieran vengar la muerte de Magallanes. Utilizando la persuasión y el trueque, logró las adhesiones de los reyezuelos locales, fundando la ciudad de Manila y asentando definitivamente la soberanía española sobre las Filipinas, donde el admirable Legazpi murió como gobernador, adelantado y autoridad máxima, pero sin riquezas personales de ninguna clase.

Por su parte, Urdaneta se encargó de resolver el enigma de la vuelta por la ruta del Pacífico, imprescindible para asegurar la soberanía en el extremo filipino del océano. Todas las expediciones habían tratado de volver en línea recta, pero Urdaneta eligió un rumbo diferente. Remontó sobremanera al norte hasta alcanzar la latitud de 42º, donde encontró la corriente del Kuro-Shivo y los vientos alisios, y así, con una sola nave y describiendo un profundo arco, regresó a la costa mexicana. Había descubierto la ruta del tornaviaje, el rumbo secreto que seguiría el Galeón de Manila durante los siguientes doscientos cincuenta años. Legazpi y Urdaneta, con sus hazañas respectivas, habían logrado implantar la soberanía española en el archipiélago de Filipinas y, más

importante aún, cerrar el Pacífico por ambos cabos, el americano y el asiático, estableciendo una ruta regular, colonizadora y comercial. A partir de entonces, ningún barco sin licencia de España podía penetrar en el océano Pacífico, llamado por ello el «lago Español». Esta fue la última consecuencia geográfica de ese reparto del universo mundo efectuado por el Tratado de Tordesillas.

Segunda parte  
LA CONQUISTA



*El de Hernán Cortés y Moctezuma significó el verdadero encuentro entre los dos mundos.*

# ENCUENTRO EN LA CALZADA

(Cortés conquista México)

Por la calzada de Iztapalapa, una de las que comunican la ciudad isla de Tenochtitlan con la tierra firme, avanzan los españoles con sus caballos, arcabuces, espadas y artillería, haciendo sonar pífanos, trompetas y tambores, agolpándose los mexicas para contemplar a esas gentes de quienes llevan hablando mucho tiempo, esos que han venido avanzando lenta pero arrolladoramente desde la costa. Al frente de las tropas, ataviado con su armadura, marcha sobre su caballo Hernán Cortés, a quien regalos, consejos y amenazas no han logrado disuadir de penetrar en el corazón del Imperio mexica, Tenochtitlan.

Desde el otro lado se acerca el emperador Moctezuma, cuyos súbditos portan en unas andas y limpian el suelo antes del paso de su señor. Fija su mirada sobre esas tropas tantas veces examinadas en los dibujos que le han traído sus espías. Y sobre todo mira a su capitán, de quien conoce a fondo su carácter, astucia y resolución, ha podido estudiarlos en su progresión hacia la capital.

Ambos jefes detienen el paso. Moctezuma desciende de su litera y Cortés de su caballo, y mirándose a los ojos avanzan uno hacia el otro. Cortés pretende obsequiarlo con un abrazo, pero los servidores lo impiden, nadie puede tocar al emperador. Este recibe un collar de perlas del español, correspondido por él con dos collares de conchas de caracol rojo, del que cuelgan camarones de oro.

Aquel día, en la calzada de Tenochtitlan, se produjo el verdadero encuentro de dos mundos que se han desconocido desde la noche de los tiempos. Mucho más que con ocasión del desembarco de Cristóbal Colón, ese día, Europa y América entran definitivamente en contacto, y la civilización americana será irremediabilmente absorbida por la europea.

La pasión extrema envuelve a la figura de Hernán Cortés, y el hecho de que quinientos años después no se haya extinguido es una muestra más de la fuerza del personaje. A Cortés se le juzga con admiración u odio profundos, pero nunca con indiferencia. Se ensalzan sus hazañas, sus audaces golpes de mano, en verdad increíbles, o se critican los excesos en que pudo incurrir.

Pero tan intensa polémica oculta un hecho tan relevante como la propia conquista del más importante imperio de América del Norte con apenas un puñado de hombres. Y es la construcción del México moderno por Hernán Cortés, una vez que puso fin a la etapa conquistadora. Del conglomerado de pueblos y tribus que era el territorio, ensamblados en una pequeña parte por los aztecas, hizo una nación inmensa, a la que llevó el arsenal de la cultura española de entonces: la agricultura, la ganadería, una religión y una lengua únicas... Esto es algo que, pasionalmente arrastrados por el vigor del personaje, suelen olvidar tanto los defensores como los detractores de Cortés, siendo este, empero, el legado más importante y perdurable del conquistador extremeño.

Hernán Cortés era hijo de una familia hidalga de Medellín, en el corazón de Extremadura, lo que lo llevó a no labrar la tierra ni aprender oficios, sino leyes en la Universidad de Salamanca, estudios que, aunque no rematara, mucho le sirvieron más tarde para adornar su prosa y desempeñarse con habilidad en los entresijos jurídicos de sus difíciles andaduras.

El temperamento inquieto, ardiente más bien, del joven Hernán lo empujó hacia esas Américas de horizontes infinitos que acababan de alumbrarse y que encendían la imaginación de cualquier amante de aventuras como era él, así que muy joven se enroló en uno de los barcos que partían de Sevilla, asentándose en la isla La Española, donde pronto habría de descollar por sus conocimientos de leyes, su fácil verbo y su afición por las cartas y las mujeres. Poco a poco logró ir haciéndose con una pequeña fortuna, que acrecentó cuando, a las órdenes del gobernador Velázquez, pasó a la isla de Cuba, convertida en nueva plataforma de la colonización, y en la que llegó a ejercer como alcalde de Santiago, el primero que tuvo esa ciudad.

Desde Cuba, Velázquez impulsó la exploración de otras tierras, despachando armadas que reconocieron las costas cercanas. Una de ellas, la de Juan de Grijalva, retornó con noticias de máximo interés: navegando hacia el oeste, se abría una muy grande tierra que escondía el secreto de una poderosa civilización, de ser ciertos los informes recabados de los indios costeros. Tanto que Grijalva no se había atrevido a penetrar en ella y volvía para regresar con fuerzas mayores.

Esta fue una de las grandes horas que el destino tenía preparado a Cortés, quien con su habilidad para manejar a los hombres logró que Velázquez lo nombrara a él, letrado y no explorador, como capitán de la nueva expedición. Muy pronto se arrepintió de esa decisión, pues le llegaron rumores de que Cortés pretendía alzarse y desconocer su mando, y optó por apartarlo de la jefatura. Mas era

tarde, Cortés había apremiado los preparativos y desde el barco anclado en el puerto tomó una de esas decisiones llenas de audacia que fueron clave en su trayectoria, ordenando levar anclas y emprender la navegación, desoyendo las órdenes de Velázquez, que desde el muelle pretendía impedir su salida.

Cortés, internamente convencido de que asumía una misión superior, había empeñado en la empresa la totalidad de su hacienda, y aun muchos dineros que tomó prestados. Recorrió el sur de Cuba en procura de bastimento y caballos, y la flota de once navíos, 530 hombres y dieciséis caballos enfiló luego hacia la costa de Yucatán, recalando primero en la isla de Cozumel. Allí recibieron la sorprendente visita de un hombre de irreconocible aspecto que se expresaba en toско castellano y que, con emocionadas lágrimas en los ojos, les dijo ser el español Jerónimo de Aguilar, perteneciente a una expedición anterior, que había logrado sobrevivir como esclavo de los indígenas todos estos años. Otro español, Guerrero, se había casado con una india e integrado por entero en su tribu, negándose a volver con los cristianos, pero Aguilar sí lo hizo, y por su dominio de uno de los dialectos del maya fue decisivo en el entendimiento con los aztecas.

En Tabasco tuvieron lugar los primeros enfrentamientos con los nativos, que sirvieron a Cortés para ensayar sobre el terreno las respectivas fuerzas: la eficacia de la artillería, de las espadas y de los caballos; las ventajas de la armadura india de algodón acolchado sobre la de hierro en estas latitudes; la equivocada estrategia ofensiva de los indígenas, empeñados en no matar, sino en capturar víctimas para los sacrificios. Comprobó además la limitada eficacia de sus puntas de obsidiana frente a los aceros españoles, y sobre todo su terror ante los caballos, que sembraban el desconcierto y el pánico entre las formaciones enemigas, desbaratándolas. Los indios creyeron al principio que caballo y jinete formaban una sola pieza, y Cortés se preocupó por mantener de manera constante el terror indígena hacia este extraño centauro.

Pero Tabasco, donde los indios hostiles acabaron aceptando la superioridad del rival, supuso otras novedades de gran importancia en el avance cortesano. La primera, las noticias sobre la existencia, allende las montañas, de un gran reino donde gobernaba desde la ciudad de los lagos y como señor del universo, el emperador de los aztecas, Moctezuma. Y la segunda, como signo de la alianza del cacique de Tabasco con los españoles, la entrega de una partida de doncellas para ser desposadas por los cristianos. Y entre ellas, una hermosa joven de origen noble bautizada como Marina y que vino a completar el cuadro de intérpretes que necesitaba Cortés. Los aztecas hablarían a Marina en náhuatl, quien traduciría las palabras

al idioma maya, que entendía Aguilar, quien a su vez lo trasladaría al castellano. Aunque doña Marina fue asignada en un principio al capitán Alonso Hernández de Portocarrero, poco tiempo después ya era la amante del propio Hernán Cortés. Por su función de «lengua» y su relación con el capitán, acabó ocupando un papel muy destacado en la empresa de México.

A estas alturas ya Cortés se había enterado de que Moctezuma disponía de una extensa red de espionaje, que a través de relatos verbales y dibujos lo tenía informado de cuantas incidencias ocurrían en su reino. De modo que se sirvió de unos embajadores enviados por Moctezuma con presentes, para suministrar al emperador datos que alimentaran la leyenda de los recién llegados. Hizo disparar unas balas de cañón que pasaron sobre la cabeza de los embajadores y pulverizaron unos mogotes de piedra, y luego enceló a un caballo haciéndole pasar por delante una yegua que acababa de parir, con lo que aquel se produjo en tales relinchos y corcovas que metieron espanto en los embajadores.

La equívoca marcha de Cortés de Cuba, desatendiendo los requerimientos de Velázquez, era algo que preocupaba al extremeño, pues no faltaban partidarios del gobernador entre sus huestes, ni rumores sobre la situación jurídica del capitán, a quien muchos consideraban alzado, un delito de extrema gravedad. Cortés resolvió poner fin a su dudosa posición, y para ello acudió tanto a su grupo de adictos como a sus estudios de leyes en Salamanca. Fingió querer regresar a Cuba y, a protestas de sus fieles, que pedían fundar un pueblo, accedió a regañadientes y fundó la Villa Rica de la Vera Cruz, que fue dotada de alcaldes y regidores, conforme a derecho. Entonces Cortés renunció formalmente a sus cargos y el Cabildo procedió a nombrarlo justicia mayor y capitán de las armadas reales, con lo cual jurídicamente los vínculos con Velázquez quedaban rotos y Cortés podría actuar a partir de ahora de modo autónomo. Esta argucia formalista evitaría a Cortés una dura sentencia en su contra por el delito de alzamiento.

La hueste prosiguió su marcha hacia la capital del territorio totonaca, Cempoala, en la cual mandaba un obeso reyezuelo a quien los españoles bautizaron como el Cacique Gordo. Sabía este ya por los de Tabasco cómo se las gastaban los españoles si no eran bien recibidos, y optó por avenirse con ellos, haciéndose amigo de Cortés e informándole acerca del mucho poder de Moctezuma y cómo los aztecas tenían sojuzgados los reinos con impuestos y con levadas de jóvenes para los sacrificios. Estas informaciones fueron vitales para Cortés, pues aquí empezó a concebir la posibilidad de liderar una coalición que agrupara a los pueblos indígenas descontentos, y eventualmente lanzarla contra el Imperio mexicano.



Porque a estas alturas ya no albergaba duda alguna acerca de que su destino estaba ligado a este territorio, y que de él saldría vencedor o muerto.

Pero en sus filas no todos pensaban igual, y Cortés precisó hacer uso de todas sus dotes de autoridad para mantener la disciplina y la obediencia. Vista la firme determinación del capitán de seguir adelante, algunos comenzaron a murmurar acerca de ello, instigando a sus compañeros a fletar uno de los barcos para volver a Cuba. Se les antojaba locura portentosa pretender siquiera adentrarse en los dominios de Moctezuma, percibida la superioridad aplastante de los enemigos, que con toda facilidad podrían desembarazarse de los españoles. De los murmullos se pasó a la conjura, y se sugirió la partida clandestina de un navío para embarcar a los descontentos. Todo lo cual llegó a oídos de Cortés, que preparó un juicio sumario en el que se ahorcó a los dos cabecillas y a un tercero se le amputaron los dedos de un pie.

Nadie osó plantear más la retirada, mas para evitar tentaciones Cortés dio una de sus órdenes más universalmente famosas, quemar las naves, en realidad inutilizarlas para la navegación. Fue uno de esos gestos que jalaron de épica la conquista del reino azteca y que dice mucho acerca de la determinación y el carácter de Cortés.

Con el Cacique Gordo de Cempoala, Cortés hizo alarde de su capacidad de manipulación de las personas, una constante en su avance. Una partida de altivos recaudadores aztecas había llegado para hacer efectivos los cobros. Ordenó al cacique que prendiera sin miramientos a los recaudadores, tranquilizando al horrorizado cacique acerca de las consecuencias, que de ello ya se encargaría él. El cacique encerró en mazmorras a los atónitos recaudadores, de habitual tan agasajados, pues eran personajes inviolables en el Imperio azteca, y esa misma noche el propio Cortés acudió a las celdas y, fingiendo sorpresa porque estuvieran presos, ordenó liberarlos, afeando la conducta del cacique y manifestando su más profundo respeto y sus deseos de amistad con aquellos emisarios de Moctezuma, encareciéndoles a que se marcharan de allí cuanto antes e informaran al emperador. Ni que decir tiene el asombro de los recaudadores, y aún más el de Moctezuma cuando recibió estas noticias, que poco a poco iban confirmando su primera impresión con respecto a los invasores. En cuanto a Cortés, manifestó gran sorpresa y malestar al día siguiente por la huida de los agentes, y censuró al cacique por no haber asegurado la prisión.

Un indicio de los sentimientos que embargaban por entonces a Moctezuma pudo traslucirse días después, cuando comisionados suyos llegaron al real de Cortés con ricos presentes de oro, una sustancia que ya los mexicas habían aprendido cuánto apreciaban

los españoles. El mensaje era que Moctezuma consideraba amigos a los cristianos, pero les rogaba desistieran de su idea de penetrar en el imperio. Cortés supo adivinar la mezcla de amenaza y de temor que encerraba el mensaje, y eso espoleó sus deseos de avanzar. Incluso desechó el itinerario que le recomendaran sus amigos totonacas para llegar a Tenochtitlan. Le indicaron que eludiera el paso por Tlaxcala y Cholula y eligiera una ruta menos comprometida. Precisamente la que eligió Cortés para demostrar su absoluta ausencia de temor, esa seguridad cuyo ejercicio debilitaba anímicamente a Moctezuma.

Es inexplicable que la conquista de México no terminara en las llanuras de Tlaxcala. Era este el único feudo que los aztecas no habían conseguido dominar, por lo aguerrido de los tlaxcaltecas, que se negaban a tributar a Moctezuma y que soportaban las «guerras floridas» de los aztecas en busca de víctimas para el sacrificio. Cortés pensó que sería fácil ganárselos y, juntos, emprender el asalto a la cabeza de la confederación.

Así pues, la comitiva de soldados, caballos y tamemes o cargadores aliados emprendió la marcha hacia Tlaxcala, salvando primero heladas cordilleras que mucho hicieron sufrir a la tropa y cruzando después un valle de un tributario de Moctezuma, que tenía el firme encargo de distraer lo más posible a los españoles, desistiéndoles de seguir el avance, lo que justamente producía siempre el efecto contrario: excitar el deseo de Cortés de llegar a la capital. Una ciudad que los indios aliados consideraban inexpugnable. Pronto dejaron este feudo y arribaron al valle de Tlaxcala, avistando una gran ciudad que los soldados, tan inclinados siempre a las comparaciones, definieron como un término medio entre Ávila, por lo amurallada, y Toledo, por sus tajos y barrancos.

Las conjeturas de Cortés sobre una rápida alianza con los tlaxcaltecas pronto se desvanecieron, pues estos eran enemigos no solo de los aztecas, sino de cualquier intruso, y estaban capitaneados por Xicoténcatl el Joven, dispuesto a defender con sangre la inviolable autonomía de Tlaxcala. Recibió con desdén las ofertas de paz que le enviara Cortés, conminándolo a abandonar cuanto antes el territorio, y como este no diera señales de obedecer, le presentó batalla.

Las de Tlaxcala fueron las guerras en campo abierto más terribles de la conquista de México, y milagro fue que no sucumbieran los españoles ante unos ejércitos que multiplicaban varias veces los propios. La pérdida de diez de los dieciséis caballos fue irreparable, pues en ellos se asentaba la superioridad de los españoles. Durante varios días se sucedieron los enfrentamientos, con la sola noche como tregua para recuperar unas fuerzas y una

moral que mermaban a toda prisa. La reducida fuerza española luchaba de modo compacto, rodeada por verdaderos enjambres de enemigos. Los músculos de los brazos se extenuaban de tanto ejercitarlos, y las continuas bajas tlaxcaltecas eran de inmediato retiradas por sus compañeros. Fue una suerte para los españoles que muchos de los golpes de macana del enemigo se dirigieran contra las extremidades y no sobre órganos vitales, por su deseo de apresar vivos a los codiciados extranjeros, llevarlos al altar del sacrificio y devorarlos en una gran fiesta.

Tras cada batalla, Cortés reproducía sus ofertas de paz y de alianza contra el común enemigo azteca, pero cada mañana encontraba a los tlaxcaltecas en orden de batalla. La última de ellas fue la más cruenta, cuando los españoles tuvieron que enfrentarse a cincuenta mil indígenas, y de insólito puede calificarse que sobrevivieran. Y, sorprendentemente, tras ella los tlaxcaltecas aceptaron la paz, tras una deliberación de sus prohombres en la que fue decisiva la intervención de Xicoténcatl el Viejo, quien consideró inútil tanto derramamiento de sangre y ponderó en cambio las ventajas que podría traer aliarse con quienes habían demostrado un coraje y una fuerza en verdad sobrenaturales. La noticia de la paz llegó al campamento español en lo más profundo de su debilidad, cuando no había soldado sin heridas y todos se confesaban ya con el padre Olmedo, previendo que la batalla del día siguiente contemplaría el exterminio final de una tropa carente ya de fuerza para seguir luchando.

El ejército de Cortés entró en Tlaxcala ya como aliado y a banderas desplegadas, disimulando las flaquezas. Mientras los hombres se reponían, llegó una embajada de Moctezuma con una oferta tentadora: el embajador encarecía a Cortés no continuar su avance. A cambio de permanecer indefinidamente entre sus nuevos amigos tlaxcaltecas, recibirían oro y alimentos como tributo de manera regular. Un ofrecimiento de sumo interés para los españoles, pues a la par que los hacía ricos con el tributo les evitaba la arriesgadísima progresión hacia México. Mas no para Cortés, que se veía investido de un destino especial y que no concebía otra apuesta que jugarlo todo a la carta del dominio total del territorio. La mejor señal de que Dios favorecía su empresa —arengaba a sus soldados— era que los hubiera apoyado hasta ese momento, y no era caso de amilanarse ahora. La propia oferta de Moctezuma era un signo inequívoco de debilidad.

Y no se trataba solo de un discurso para insuflar ánimo en unas tropas temerosas. Las batallas de Tlaxcala habían producido mucho sufrimiento a los hombres, pero habían salido con bien de ellas, asestando un impresionante golpe psicológico sobre los mexicas. La

alianza con los tlaxcaltecas insuflaba moral en grandes dosis sobre los españoles, que se veían hasta ahora demasiado escasos como para enfrentarse a las muchedumbres de guerreros aztecas. Sin ambages, puede afirmarse que en Tlaxcala quedó escrita la conquista de México.

Así pues Cortés ordenó continuar la marcha, esta vez contando con la colaboración de veinte mil guerreros tlaxcaltecas, encantados de trasponer las fronteras de su territorio y adentrarse en el de los odiados mexicas, que les robaban hombres y mantas y los privaban de sal. Habían recomendado a Cortés tomar una desviación y eludir el camino más corto, el que pasaba por Cholula, tierra peligrosa por ser súbditos muy devotos de Moctezuma y por su carácter taimado y traidor. Pero fue esta la ruta que eligió Cortés, empeñado en no exhibir flaqueza alguna.

Cholula les pareció una capital admirable, con sus más de cien torres y con el volcán Popocatepetl irguiéndose majestuoso sobre la ciudad, exhalando fumarolas, como un dios amenazante que en cualquier momento pudiera romper en un estallido de cólera. Diego de Ordás, en un verdadero alarde de arrojo, ascendió, con un pequeño grupo y sin más indumentaria que la de campaña, los casi seis mil metros del volcán, asomándose al interior del cráter. Una hazaña que difundía en todo el reino un nuevo mensaje de la superioridad de los cristianos.

Los cholultecas los recibieron con grandes demostraciones de afecto, alojándolos en un palacio y rogándoles que los tlaxcaltecas acamparan fuera. Todo fueron dádivas y provisiones los primeros días, pero los mexicas habían ya trazado un plan de aniquilamiento. Dejarían que se confiaran dentro de la ciudad, cerrarían luego las salidas y, con ayuda del ejército azteca, acabarían con los españoles.

Todo fue demasiado evidente para Cortés y sus hombres: las mujeres y los niños saliendo de la ciudad, calles que eran cortadas, azoteas donde eran emplazados grandes pedruscos, el suministro de alimento que a la semana empezó a regatearse de modo alarmante. Los cholultecas eran incapaces de disimular sus intenciones y, por si fuera poco, alguien delató secretamente la conjura a Marina, quien rápidamente la trasladó a Cortés.

El capitán español reaccionó inmediatamente. Convocó a los caciques y principales de Cholula en el gran salón del palacio y, en tono irritado, les hizo saber que estaba informado sobre los planes. Ásperamente les reprochó su traición, para la que no cabía otra sentencia que la muerte. Acto seguido, hizo dar la señal de arcabuz convenida, y los soldados, espadas en mano, se precipitaron sobre ellos, mientras los guerreros tlaxcaltecas entraban en la ciudad y se desplegaban sobre las plazas y las calles, dando rienda suelta a su

atávico odio contra los aliados de los aztecas. Se dice que en aquella ocasión corrieron ríos de sangre, debido en gran parte a la ferocidad de los tlaxcaltecas, desenfrenados en su venganza y a los que apenas pudieron contener, una vez que Cortés dio orden de parar el castigo cuando algunos caciques de Cholula se le presentaron en el fragor de la lucha, diciéndole que ellos tampoco eran partidarios de Moctezuma.

Con aquel grupo disidente Cortés organizó un gobierno nuevo en Cholula, donde permaneció aún unos días, dejando tiempo para que las terribles escenas de los templos de madera incendiados y los habitantes muertos a centenares fueran dibujadas por los espías de Moctezuma y trasladadas a la capital mexicana, quebrantando aún más el ya maltrecho ánimo de sus habitantes y, desde luego, el del emperador ante la presencia de aquellos invasores que en verdad parecían invencibles.

Pacificado Cholula e instalados en el teocali la cruz y una imagen de la Virgen en lugar de los dioses paganos, Cortés emprendió la etapa definitiva, la que lo llevaría a la mágica ciudad de Tenochtitlan. Los totonacas no quisieron arrostrar semejante riesgo y pidieron permiso para regresar a Cempoala, saliendo los españoles acompañados por cuatro mil tlaxcaltecas. Cada día llegaban enviados de Moctezuma con regalos y recomendaciones para no seguir adelante, o colocaban obstáculos en el camino, como grandes piedras y troncos, que Cortés ordenaba remover.

Cuando cruzaron el paso frío y neblinoso que discurre al pie del Popocatepetl, el hoy llamado paso de Cortés, contemplaron la maravillosa ciudad de Tenochtitlan, emplazada en el centro de un enorme lago, pareciendo surgir de una novela de caballerías. Quedáronse admirados a su vista, pero también preocupados, pues a la ciudad se accedía solo por varias calzadas, convirtiéndose por tanto en una ratonera. En las orillas del lago se extendían otras ciudades, las aliadas de los mexicanos.

Todo fueron agasajos y embajadas de paz desde que comenzaron el descenso a la capital, vista la inutilidad de que los españoles se dieran la vuelta. Y cuando la lucida comitiva de soldados y caballos se introdujo por una de las calzadas, los mexicanos se agolpaban en los bordes y en innumerables canoas para contemplar el paso de los famosos invasores de los que se contaban tantas hazañas. Los caciques, rodeados de sus séquitos, fueron apareciendo para presentar sus respetos, y se esperaba de un momento a otro la llegada del gran Moctezuma.

Un silencio profundo se hizo en el lago cuando aparecieron las andas que transportaban al emperador, porque nadie podía hablar en su presencia ni mirarlo a los ojos. A medio tiro de ballesta, bajó

de ellas y avanzó lentamente, con toda la dignidad de quien reinaba omnímodamente sobre sus súbditos. Llevaba mucho tiempo obsesionado con aquellos hombres de tez clara y barba en el rostro, y reconoció de inmediato a su jefe, tantas veces reproducido en los lienzos que le remitían sus espías. Hacía años que recibiera las primeras noticias sobre esos extraños seres, desde que unos mercaderes pidieronle audiencia para informarle que habían visto como unas grandes casas flotantes por el océano del este, y unos hombres barbados descendieron de ellas y en pequeñas barcas se acercaron a la orilla, donde se comunicaron con sus habitantes.

Apenas había podido evitar que se trasluciera la conmoción interior que le causó escuchar aquella embajada, pero logró mantener su actitud glacial de siempre, y, recibido el informe, mandó ahogar a los comerciantes, porque no era bueno que tan inquietantes nuevas se propalaran por el reino. Pero aunque los misteriosos forasteros de la costa desaparecieron, desde entonces no había dejado de pensar en ellos y en su posible relación con las leyendas aztecas, que conservaban la memoria de Quetzalcoatl, blanco y barbado, que un día reinó sobre los mexicas y, a bordo de una balsa de serpientes, se marchó por el rumbo del Este, prometiendo regresar algún día para recuperar su trono.

Y durante los últimos meses, aquellos signos tan perturbadores. Sobre todo, el cometa que noche tras noche se colgaba de los astros y surcaba los cielos de México, y él lo observaba preocupado desde la azotea de su palacio. Consultó a sus augures, quienes le confirmaron los peores presagios: era señal de guerras y muertes, de que un tiempo tocaba a su fin y otro daba comienzo, pero en él los mexicas no tendrían lugar.

Allí estaban al fin. Desde mucho antes de que pusieran el pie en la costa había seguido sus movimientos a través de la red de espionaje. Sabía que estaban sujetos a las pasiones y miserias de todos los mortales: a los placeres de la mesa, del oro, de las mujeres, también a la muerte. Pero también había visto sus armas, sus caballos, su manera de combatir, su desprecio del peligro, su insólita capacidad para vencer a enemigos que los multiplicaban en número. Y, por encima de todo, había comprobado la inflexible determinación de su jefe, aquel *malinche* que no se detenía ante nada, que elegía siempre la ruta más difícil, que despreciaba el miedo y desconocía la derrota. Tales atributos no eran patrimonio de hombres mortales, sino de dioses, y su jefe no podía ser sino el mismo Quetzalcoatl o su reencarnación. Oponerse a ellos, impedir su avance, era empeño ocioso. Aceptarlo así trajo sosiego a su espíritu. En adelante se resignaría a que la leyenda del antiguo rey de los aztecas tomara cuerpo y le ofrecería recuperar un trono que

por derecho le pertenecía, y que él y sus antecesores solo tenían en préstamo desde que se alejó por el océano del Oriente.

Tras el encuentro, los españoles y los tlaxcaltecas fueron alojados en el inmenso recinto del palacio de Axayacatl, y durante los siguientes días las relaciones fueron de amistad y armonía; no obstante lo cual, Cortés ordenó a los suyos andar muy apercebidos y no bajar la guardia ni por un momento. Moctezuma invitó al capitán español a ascender a la pirámide del templo mayor de Tlatelolco, desde donde disfrutaron de una completa visión sobre la ciudad, admirándose del trasiego comercial de Tenochtitlan, cuyo lago surcaban innumerables canoas que iban o venían del abigarrado y colorido mercado central. Pero también contemplaron la horrenda figura de Huitzilipochtli, entronizado en una capilla cuyas paredes estaban tapizadas con la sangre reseca de los sacrificios humanos, porque diariamente aquel dios de la guerra exigía la inmolación de víctimas, cuyos corazones eran arrancados por los sacerdotes, y sus cuerpos rodaban por los escalones de la pirámide para ser vendidos en los mercados.

Conforme pasaban los días, crecía la inquietud entre los españoles, sabedores de que se hallaban en una trampa y de que la marea humana de Tenochtitlan podía aplastarlos en pocos minutos. Era necesario tomar alguna ventaja, y la ocasión vino con las noticias llegadas desde Veracruz. Escalante, jefe de la plaza, había sido muerto, al parecer por orden de Moctezuma. El suceso dio a Cortés ocasión para ejecutar su siguiente golpe de audacia: prender al mismísimo Moctezuma y llevarlo como rehén a los aposentos españoles. Con la cabeza del imperio en su poder, logró conjurar cualquier iniciativa que se estuviera fraguando contra los españoles.

Transcurrieron varios meses de plácida convivencia, que sirvieron para que Moctezuma firmara pactos de adhesión a la Corona de España. Cortés comenzaba a actuar como regidor de aquellas tierras, enviando misiones que inventariaran sus pueblos y riquezas. Y también sirvió para que los españoles descubrieran, oculta tras una pared del palacio de Axayacatl, una cámara secreta repleta de objetos de oro, piedras de jade y trabajos de plumería. Cortés informó de ello a Moctezuma, quien dijo que podían tomar cuanto oro quisieran.

El signo de los acontecimientos habría de cambiar cuando se recibió la noticia de que un grueso ejército enviado desde Cuba por el envidioso gobernador Velázquez había llegado a Veracruz al mando de Pánfilo de Narváez, para reducir a Cortés y ejecutarlo junto con sus capitanes.

Este decidió actuar rápido. Dejó a Alvarado en la ciudad al frente de un retén de 150 hombres y él partió con el resto hacia

Veracruz, para aprovechar el factor sorpresa. En plena noche de lluvia cayó sobre la desgarnecida tropa y obtuvo una victoria fulgurante, sin apenas bajas ni disparos. Hizo prisionero a Narváez y convenció a sus soldados para unirse a sus fuerzas y marchar juntos a Tenochtitlan, donde encontrarían impensables recompensas. Mucho convenía a Cortés este importante refuerzo de hombres y caballos.

Pero la ausencia de Cortés de Tenochtitlan resultó letal para la evolución posterior de los acontecimientos. Alvarado, mucho menos templado que su jefe, temiendo que una fiesta de los nobles aztecas ocultara en realidad una conjura contra los españoles, imitando a Cortés en Cholula, resolvió tomar la delantera y arremetió contra ellos en pleno baile, desembocando en una verdadera carnicería. La matanza encrespó los ánimos de los habitantes de Tenochtitlan, en virtual estado de sublevación general, y ni siquiera Moctezuma era respetado, pues ya lo tildaban de «mujerzuela» vendido a los invasores. Una batida que ordenó Cortés por las calles confirmó la situación, cuando varios soldados fueron muertos y los demás a duras penas lograron ponerse a salvo en el palacio.

La última carta fue forzar la salida de Moctezuma a la azotea del palacio, investido de toda su autoridad de emperador. Trató de convencer a sus súbditos, que se agolpaban abajo, para que depusieran su actitud, pero fue recibido con una lluvia de piedras, una de las cuales le golpeó la cabeza, muriendo a los tres días. Los españoles se encontraron sin su valladar y sin escapatoria, y ya Tenochtitlan preparaba los fastos del sacrificio de todos los españoles.

Era apremiante escapar de aquella verdadera trampa, pero los mexicas habían abierto huecos en las calzadas, cortando la escapatoria. Cortés ordenó entonces construir un puente móvil que permitiera salvar el corte, y aprovechando la noche y una intensa lluvia que disimulaba los ruidos, la tropa inició su salida mientras los mexicas dormían. Se avanzó sin novedad hasta el punto del corte, donde se emplazó el puente y una parte del ejército consiguió salvarlo, pero apercibida una mujer india dio la voz de alarma, y en un momento brotaron guerreros y canoas por todas partes, convirtiendo la huida en un inimaginable caos. El puente fue derribado y hombres y caballos caían al agua en tal número que acabaron por rellenar el hueco con sus cuerpos, y los que podían avanzaban pisoteándose. Los españoles, embarazados con la indumentaria militar más el oro que muchos cargaban en demasía, se ahogaban en el amasijo de agua y sangre, o eran apresados por los enardecidos mexicas, que los querían vivos para sus sacrificios. Fueron minutos de indescriptible y dramática confusión los que se



vivieron en la calzada, y quienes habían logrado pasar al otro lado contemplaban el desastre sin poder hacer nada en absoluto por acudir en socorro. Cortés quiso hacerlo, pero sus capitanes se lo hubieron de impedir por la fuerza, pues era inútil siquiera intentar cualquier ayuda.

Aquella fue la «noche triste», y cuéntase que Cortés lloró al pie de una ceiba por sus seiscientos veintisiete hombres muertos, entre ellos, el valeroso capitán Velázquez de León. Otro capitán, Pedro de Alvarado, dio origen a otra leyenda, pues dicese que consiguió salvar los diez metros del hueco de la calzada apoyando la lanza en el fondo del lago y proyectándose en un prodigioso salto, el famoso *Salto de Alvarado*.

De no haber interrumpido el acoso, a los mexicas les hubiera resultado fácil rematar a un ejército tan desbaratado ya como el español. Pero hicieron un alto para honrar a su dios Huitzilipochtli con el corazón de los prisioneros, que arrancaron en lo alto de la pirámide, a la vista de Cortés y los suyos, a cuyos oídos llegaban también los lamentos de sus compañeros.

Ese tiempo precioso que perdieron los mexicas lo aprovechó Cortés para dirigirse a Tlaxcala, donde esperaba encontrar el refugio de sus aliados. Pero en el camino fueron alcanzados de nuevo por las tropas aztecas al mando de Cuiacoatl, y en los llanos de Otumba a punto estuvo de escribirse el final de la conquista de México, por la desigualdad insuperable de fuerzas, con unos mexicas crecidos y unos españoles maltrechos y diezmados. Pero fue una vez más el genio de Cortés lo que inclinó la balanza, cuando en el fragor de la batalla alcanzó a ver en lo alto de una loma al general azteca con sus principales, observando el desarrollo de una lucha que claramente se decantaba por su bando. Cortés, acompañado de un pequeño grupo, se abrió paso entre las filas enemigas, salió de ellas y galopó hacia los jefes, dando con Cuiacoatl en tierra y arrancándole la bandera emplumada. La alzó luego en señal de triunfo, y los guerreros mexicas, viéndose sin jefe, se dieron a la desbandada. Así pudieron llegar a Tlaxcala, donde fueron acogidos con generosa hospitalidad y pudieron recuperarse de las heridas físicas y morales.

Si hasta entonces Cortés había intentado la ocupación de México por vías pacíficas, ahora abordó la verdadera conquista militar. Mientras adiestraba en la guerra al modo europeo a sus aliados tlaxcaltecas, hizo construir trece bergantines, cuyas piezas transportó por tierra hasta las inmediaciones del lago de Texcoco. Aseguró el dominio de las ciudades ribereñas, cortó el acueducto de Chapultepec, que suministraba agua dulce a la ciudad para las casas y las parcelas agrícolas, y botó los bergantines, cuya envergadura y

velocidad los hizo enseguida dueños del lago. Con ellos impidió el abastecimiento de víveres y comenzó el sitio a Tenochtitlan, donde Cuitlahuac, muerto por la viruela, había sido sustituido por Cuauhtémoc, igualmente irreductible y resuelto a combatir a los españoles hasta la extenuación.

El asedio a la capital mexicana fue largo y penoso, en especial cuando los españoles iniciaron el avance sistemático por la ciudad, ganando metros cada día y luchando calle por calle y casa por casa, hasta que, cuatro meses después, Tenochtitlan era un pestilente campo de ruinas, asolado por la destrucción, el hambre y las enfermedades. Una elegante barca azteca navegando entre las pequeñas canoas indígenas delató la presencia de Cuauhtémoc, que pretendía abandonar la ciudad pero que fue abordada por un bergantín. El último emperador fue capturado, y con él caía para siempre el Imperio azteca y comenzaba una historia nueva para México.

La epopeya de la conquista de México fue de tal magnitud que elevó a Cortés a la nómina de los grandes capitanes de la historia, dejando en sombra su acción posterior, que no obstante fue notabilísima. Desde la caída de Tenochtitlan hasta su desafortunada marcha a las Hibueras pasan más de tres años, en los que Cortés se entregará con desahogado brío a la empresa de organizar aquellos reinos, bautizados por él mismo como Nueva España, por sus semejanzas ecológicas con la península ibérica, ambos países con larga costa, muy montañosos y provistos de una gran meseta central.

En primer lugar, extendió las fronteras del Imperio azteca, comisionando capitanes en todos los sentidos cardinales, que ampliaron la jurisdicción española por el actual territorio mexicano y centroamericano, consolidando la soberanía, fundando pueblos y otorgando encomiendas. Ordenó también explorar el territorio hasta sus límites, enviando expediciones a puntos remotos, como la Baja California y la totalidad de la costa atlántica hasta Florida. Como para todo ello hacían falta metales y barcos, impulsó la prospección minera e hizo instalar astilleros en la costa del Pacífico.

El desarrollo de la ganadería y la agricultura fue objeto de su atención principal, haciendo traer de España y de las posesiones antillanas caballos, vacas, cerdos, cabras, ovejas, gallinas, burros, mulas..., así como caña de azúcar, cereales, frutales, moreras para seda o viñedos.

Se mantuvo como capital a Tenochtitlan, que fue objeto de un frenesí reconstructor desbordante para que cobrara las hechuras de una ciudad española, y en el que Cortés pretendió, sin éxito, conservar algunos edificios aztecas «para memoria», algo que le fue

achacado en el posterior juicio de residencia contra él.

La posesión efectiva requería traer colonos, y pidió al emperador que acudieran castellanos con sus mujeres. Con ellos llegaban el idioma, las costumbres, las fiestas y el carácter hispano. Y pidió el envío de franciscanos para que extendieran la religión católica en la Nueva España.

En suma, Hernán Cortés fue el verdadero artífice de la creación del México moderno, y a la hora de juzgar su labor es preciso no quedarse tan solo en los puntos oscuros de la conquista, sino evaluar el conjunto de su obra. Por ello es preferible soslayar el apasionamiento que sigue evocando la figura de Cortés y concluir con la inscripción que preside la plaza de las Tres Culturas, en la capital de México:

El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendida por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota, sino el doloroso nacimiento de ese pueblo mestizo que es el México de hoy.

Y finalmente, debe señalarse que, siendo inmenso su mérito como conquistador y organizador del México moderno, su mérito mayor es haber establecido el modelo definitivo de la presencia de España en América, cumpliendo el testamento de Isabel la Católica, que hacía de los indios vasallos de la Corona. Porque Cortés, repudiando de plano el modelo inicial antillano, basado en la extracción de oro y explotación de los indígenas, acometió la verdadera labor colonizadora, importando semillas y ganados; trayendo misioneros que evangelizaran y capacitaran a los indios; colonos que trajeran sus oficios y se cruzaran con la población nativa; y haciendo en suma de Méjico una prolongación de la Península, una Nueva España. Los demás conquistadores y colonizadores siguieron su ejemplo en el resto del continente, y por eso a Hernán Cortés se debe la implantación general del modelo español de poblamiento, erigiéndose por ello en uno de los personajes más importantes de la historia de España y América.

# TREINTA MINUTOS QUE VALEN UN IMPERIO

(Pizarro conquista el Perú)

Francisco Pizarro, en el interior de uno de los galpones que ciñen las esquinas de la plaza de Cajamarca, aguarda con sus hombres la llegada de Atahualpa, el emperador inca. Durante la noche pasada han sido consumidos por la impaciencia, y también por el temor, que el miedo es común a todos los hombres y solo los valientes se sobreponen a él. No en vano suman solo 175 hombres y un puñado de caballos, y enfrente se les aproxima un ejército que los cálculos más modestos cifran en 60.000 nativos armados, y los más generosos duplican ese número. Demasiado desequilibrio de fuerzas como para no sentir temor, máxime si se tiene en cuenta que Pizarro y los suyos se han adentrado en el corazón del territorio enemigo, en ese Imperio inca de más de dos millones de kilómetros cuadrados, el reino del Altiplano andino que controla de modo absoluto el emperador Atahualpa.

Nadie ha dormido esa noche, pensando en el encuentro inevitable del día siguiente, que en su fuero interno presumen será el último de sus vidas. Todos se han confesado con el padre Valverde, que les ha perdonado los pecados y reconfortado, porque la esperanza de salir con bien del trance inminente son mínimas, quizá inexistentes. En realidad, en términos de la más elemental lógica humana, es imposible sobrevivir. Cabalmente lo saben, a través de la narración que han hecho los principales capitanes de Pizarro, que el día anterior visitaron el campamento inca en los baños donde se solazaba Atahualpa, y contemplaron atónitos la magnitud de su ejército y el boato que rodeaba al emperador.

Pizarro, como el resto de sus hombres, se halla sumido en reflexiones, en esta noche gélida del Altiplano. Ha contemplado la hilera de sus hombres, rezando y confesando con el padre Valverde, y se le agolpan en la mente los episodios de su vida, en ese balance general que se hace cuando se adivina cercano el final. Recuerda sus años de porquerizo en su Trujillo natal, la ciudad sobrealzada en el terromontero, dominando como un castillo el oleaje de las

dehesas extremeñas. Era el fruto bastardo del hidalgo don Gonzalo Pizarro, nacido de los amores clandestinos con la rústica Francisca González. Don Gonzalo no se portó mal, pues reconoció a sus hijos ilegítimos, legándoles el apellido, algo de la máxima importancia en la España del siglo XVI, y además bienes materiales con que subsistir, en el caso de la madre de Francisco, un monte de bellotas. De donde le vino a Francisco su dedicación a los puercos, hasta que la enfermedad de la mosca azul lo convenció de malvender la piara, marchar a Sevilla y allí enrolarse en los tercios de Italia, donde observó y aprendió las técnicas de combate de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Pero ya en sus oídos sonaban los ecos de esa tierra lejana y fabulosa, las Américas, y con los pocos dineros que había allegado de las soldadas se enroló en la flota comandada por Ovando, organizador de las Indias en los primeros tiempos.



*Con la insólita victoria de Pizarro sobre el Imperio Inca, España ocupó el corazón de América del Sur.*

Llegado al Darién, fueron muchos los años de trasegar como oscuro soldado de la conquista, siempre a las órdenes de otros capitanes, siempre cumpliendo con pertinencia su oficio. Acompañó a Núñez de Balboa en su gesta del descubrimiento del Pacífico y fue allí, asomado al azul de esas aguas inéditas e infinitas, cuando oyó de un nativo que con la mano señalaba el sur, la palabra mágica, ese nombre que se le quedó prendido en la mente, como marcado a fuego, y al que decidió dedicar el resto de sus días: Biru, el Perú.

Se acercaba a la cincuentena cuando consiguió que el proyecto de explorar el sur tomara cuerpo. Demasiados años para andar de

trajinero por estas tierras inhóspitas, pobladas de mosquitos, niguas y calores, y de enemigos acechantes en la clandestinidad de la selva. Pero no hay años cuando existen metas y al cabo logró convencer a otros dos hombres para su proyecto. Uno era Diego de Almagro, bastardo y analfabeto como él mismo, curtido y valeroso para encarar cualquier empresa. Otro era el clérigo Hernando Luque, que puso sus muchos caudales al servicio de la empresa. En el Darién sellaron los tres un pacto para la conquista y reparto de las tierras del sur, lo que a muchos movió a risa, visto lo exagerado de las pretensiones.

Obtuvieron los permisos del gobernador Pedrarias y se proveyeron barcos y soldados, correspondiendo a Pizarro el mando de la expedición y quedando Almagro en la retaguardia, listo para acudir en procura de lo necesario.

Bajaron costeando por el litoral del Pacífico de América del Sur, pero la ilusión de los primeros momentos remitió pronto, ensombrecida por el hambre y por las escaramuzas cruentas con nativos costeños, que van mermando los efectivos y la moral de la tropa. Pasa el tiempo, y el impaciente gobernador Pedrarias reclama ya resultados, que no aparecen, sino tan solo la desesperanza. Almagro acude con refuerzos humanos y víveres, pero regresa enseguida para tranquilizar al gobernador. Hace falta más tiempo, le explica, y le enseña algunas muestras de oro, exiguo botín para una expedición que prometía mucho más. Y, mientras, las huestes de Pizarro cruzan la línea del ecuador, siempre con la barrera de los Andes alzándose a lo largo de la travesía, como un margen amurallado e insalvable, pero a la vez prometedor: ¿Qué esconderá en sus entrañas ese espinazo montuoso, oscuro, teñido de blanco en sus escarpadas cumbres?

Rebasado el ecuador tiene lugar un inesperado encuentro, algo que les hace renacer las esperanzas y la ilusión perdidas. Se trata de una barca grande, lujosa, con recio velamen, y que transporta a una tripulación bien ataviada. Esta es una visión nueva, inusitada, como una ventana a través de la cual asoma un mundo distinto. Se trata de una embarcación inca, y habría de ser este el primero y esporádico contacto de los españoles con un imperio cuyas dimensiones ni siquiera pueden imaginar.

El encuentro con la barca coincide con un nuevo regreso de Almagro, quien al marcharse de vuelta al Darién se lleva con él a los más pusilánimes. No es para menos, pues llevan ya gastados tres años en aquellas latitudes, soportando hambre y padecimientos, sin encontrar fruto a sus esfuerzos. El resto de soldados, unos ochenta, quedan a la espera en la que llaman isla del Gallo, que parece poseer agua, crustáceos y peces suficientes para sobrevivir, que no

otra cosa han logrado los hombres desde que salieran del Darién, el istmo panameño. Allí permanecen varios meses, hasta que en septiembre de 1527 arriban dos navíos. Los envía el nuevo gobernador del Darién, Pedro de los Ríos, cansado de oír hablar de una expedición que lleva consumidos hartos años y hombres como para darle crédito alguno. Ha ordenado que en esos dos barcos regresen todos los hombres, dando por concluida la empresa.

Mas Pizarro no es alguien que se deje impresionar por decisiones tan contundentes. Leyendo en sus soldados el ardiente deseo de volver a casa, hace uno de esos gestos épicos que marcaron la conquista de América. Traza con la espada una raya en la arena. «Allí —proclama señalando el norte—, está Panamá, donde os esperan la familia y el sustento diario. Al sur aguardan el hambre, la sed, las fatigas, pero acaso también la gloria y la riqueza. Decida cada cual su destino, disponiéndose a uno u otro lado de esta raya».

Fueron trece los que cruzaron la raya para seguirlo. Fueron los *trece de la fama*, en su día nombrados hidalgos con solar conocido y caballeros de la Espuela Dorada. Los navíos, antes de partir, los dejaron depositados en otra isla, donde aguardaron cinco interminables meses, hasta que, una vez más, volvió Almagro, y todos juntos continuaron su descenso hasta topar con una importante ciudad. Se trataba de Tumbes, y se ubicaba en la misma frontera del mundo incaico. Allí fueron informados por vez primera de las hechuras del imperio que se abría al otro lado. Recibieron también muestras de oro y otros presentes, que les confirmaban esas impresiones: las entrañas de las sierras oscuras albergaban un imperio de dimensiones sobrecogedoras.

Con acrecida ilusión, acudieron los socios Pizarro, Almagro y Luque a presencia del gobernador para darle cuenta del hallazgo y pedir licencia para conquistar ese imperio. Mas Pedro de los Ríos, harto de fabulaciones, no quiso dar crédito a las noticias, ni siquiera sustentadas con los presentes. Negó el permiso, y entonces los socios acordaron comisionar a Pizarro para viajar a España y solicitarlo directamente al mismísimo rey.

Carlos I se hallaba por entonces muy ocupado en sus negociaciones para ser nombrado emperador del Sacro Imperio —lo que logró meses después, a un coste inmenso para España, que pagaría en gran parte la plata indiana—, y apenas tenía tiempo para atender las peticiones de este extremeño. Si bien se hallaba favorablemente predispuesto tras la concreción de otro sueño, la conquista del Imperio mexicano, que había multiplicado las posesiones españolas allende los mares y aflorado riquezas insólitas. Todo ello favoreció la firma de las capitulaciones con Pizarro, que demoraron un año, pero en las que recibió títulos de tanta entidad

como Gobernador y Adelantado de las tierras que descubriera. Notables concesiones que animaron a muchos peninsulares a sumarse a una empresa que, ahora sí, auguraba grandes riquezas. Entre los que se embarcaron con Pizarro, figuraban muchos vecinos suyos de Trujillo, y, con ellos, sus otros hermanos bastardos, Gonzalo y Juan, y el legítimo heredero del hidalgo don Gonzalo, el altivo Hernando Pizarro.

Antes de la partida hacia América, Pizarro tuvo otro encuentro, también decisivo. Se trataba de un pariente suyo en cuarto grado por la rama de los Altamirano, y de él recibió consejos precisos sobre cómo comportarse en las situaciones difíciles que seguramente le esperaban. Tales consejos fueron valorados por Pizarro como un tesoro y los retuvo siempre en la memoria. Le serían valiosísimos en la conquista del Perú, y es que no procedían de un veterano cualquiera, sino nada menos que del conquistador de México, Hernán Cortés.

Con los nuevos títulos, hombres y refuerzos, Pizarro navega nuevamente hacia América. Solo una sombra oscurece sus pensamientos. Él había prometido a sus socios compartir los títulos, pero el emperador no ha sido de la opinión de dividir el poder, y, pese a la insistencia de Pizarro por favorecer a sus socios, los nombramientos principales recaen sobre él, y Almagro, que esperaba el de adelantado, recibe el modesto título de gobernador de la plaza de Tumbes. No se equivocaba Pizarro al suponer la airada reacción de Almagro. Lo que no podía imaginar es hasta qué punto esas diferencias de raíz eran un veneno de efecto retardado y que, andando el tiempo, traerían consecuencias dramáticas sobre el devenir de los acontecimientos en el Perú.

Almagro montó en cólera, negándose incluso a entrevistarse con Pizarro, y no ciertamente a causa del reparto en las ganancias, sino por la supremacía en el mando y los honores, que ahora veía claramente inclinados del lado de su socio, que además venía con la compañía de sus hermanos, incluido el altanero Hernando, pareciéndole ahora que la conquista del Perú era un asunto particular de los Pizarro. Con todo, las buenas palabras de Francisco y las perspectivas de la empresa lograron aplacarlo, se reafirmó la sociedad y la expedición de 180 hombres y 37 caballos costó de nuevo hacia el sur, para, desde Tumbes, encarar la conquista definitiva del Perú, el Imperio andino de al menos seis millones de habitantes, gobernado por el inca Atahualpa.

Esa misma noche, mientras Pizarro y sus hombres se ponen a bien consigo mismos y con Dios, Atahualpa se solaza en la alberca de aguas termales que brotan del vientre de la tierra en el valle de Cajamarca. Rodeado de sus concubinas, atentas al menor de sus



gestos, también él reflexiona. Quiénes son esos hombres barbados y de tez blanca que se atreven a actuar con tamaña osadía, invadiendo sus dominios sin ser invitados. Hace ya mucho tiempo que recibió las primeras noticias de ellos, cuando el perfecto sistema de correos manejado por los chasquis, que con sus carreras mantienen comunicado de modo permanente e inmediato al conjunto del Imperio, le informaron de que grandes y desconocidos navíos venían orillando la costa. Después se alejaron, pero volvieron a presentarse, siempre impulsados por el viento con sus velas blanquecinas. Y así varias veces, hasta que la red de mensajeros que se relevaban de continuo, aguardando su turno en los tambos, le trajo una noticia aún más inquietante: un grupo de hombres blancos y velludos habían irrumpido en la ciudad de Tumbes, en la marca norte del Imperio. Luego desaparecieron, pasó tiempo, y Atahualpa, enfrascado en los combates sucesorios, casi llegó a olvidarse de aquellos extraños seres, que portaban armas desconocidas y punzantes y montaban unas bestias algo parecidas a las llamas, pero mucho más grandes y vigorosas.

Así que pudo entregarse de lleno a resolver sus problemas dinásticos, que le habían enfrentado a muerte con su hermano Huáscar, desde que el padre, el inca Huayna Cápac, muriera, correspondiendo la corona a Huáscar, por ser hijo de la esposa y hermana de Huayna. El propio Atahualpa, que residía en Quito, así lo había reconocido, y en son de acatamiento envió emisarios a su hermano. Pero Huáscar consideró una ofensa que no fuera Atahualpa en persona quien viniera a rendir pleitesía, y devolvió a los embajadores con las narices y orejas cortadas, como orejones, gravísima injuria que fue respondida por Atahualpa levantándose en armas contra su hermano y reclamando para sí el título de emperador.

La guerra estaba consumiendo el imperio. Quince batallas se habían dado desde entonces, y la pérdida de hombres era brutal, 50.000 guerreros hasta la fecha, pues era costumbre aniquilar a los vencidos y levantar con sus cráneos pirámides que expresaran la victoria. Pero los ejércitos de Huáscar se batían en retirada, y la decisiva batalla tuvo lugar en las llanadas del Cuzco, donde Atahualpa consumó el triunfo definitivo sobre su rival, tomándolo prisionero. Acordó entonces el vencedor invitar a toda la nobleza incaica, dispersa por el reino, para deliberar y decidir sobre la división del imperio. Los incautos nobles cayeron en la trampa de Atahualpa, y, cuando los tuvo a su disposición en el Cuzco, los mandó matar, así como a la familia entera de Huáscar, ya fueran hombres, mujeres o niños, sin excepción de las preñadas, a las que se abría el vientre y luego se degollaba. Y todo esto en presencia del

jefe del clan, Huáscar, que asistió con dignidad a escenas de tan refinada crueldad. Retuvo preso a Huáscar, para disfrutar con su sufrimiento de ver cómo ceñía y gozaba del título de Inca, el descendiente vivo del dios Sol, el jefe supremo del reino altiplánico que se extendía desde Quito en el norte hasta Chile en el sur, el Imperio inca, el Tahuantinsuyo.

Ahora, pacificado el territorio, y en su puño el cetro imperial, volvió a escuchar noticias sobre los forasteros. Habían regresado a Tumbes, pero, en lugar de marcharse como la otra vez, habían acometido la ascensión a la sierra y, en este momento, avanzaban con osadía inaudita por las estribaciones del imperio. De dónde vendrían y qué embajada traerían. Hubiera podido fácilmente acabar con ese puñado de imprudentes, haciendo desprender uno de los puentes colgantes dispuestos en la tupida red de caminos, o dejando caer un alud de piedras al paso de uno de los vertiginosos desfiladeros andinos. Pero no dejaba de sentir curiosidad por ellos y por sus caballos. A lo largo del imperio circulaban además ciertos rumores. Decíase que los forasteros, llegados del mar, habían aparecido en la zona de Tumbes, donde la tradición inca contaba que se había esfumado el dios Viracocha. Venía la leyenda de muy lejos, de cuando el Sol envió a sus dos hijos, Manco Cápac y Mama Oclo, para que impusieran la paz entre las belicosas tribus andinas. Emergieron juntos del lago Titicaca, con la comisión de fundar la capital de un nuevo reino. Y caminaron hasta llegar al valle del Cuzco, donde se asentaron y pusieron los cimientos de ese reino. Sus descendientes lo gobernaron como emperadores supremos y como descendientes del Sol, llamado Viracocha, y ellos mismos se titulaban igualmente viracochas.

¿Acaso el jefe de los extranjeros no sería un nuevo viracocha que venía a bendecir la pacificación del reino que él, Atahualpa, acababa de lograr?

Mas estas suposiciones mezclábanse con otras más preocupantes. Sus espías le habían informado que los forasteros iban proclamando que repondrían en el trono al inca verdadero, Huáscar. Entonces, ¿no sería este un viracocha venido para tomar venganza por la usurpación del trono legítimo?

Un dios amigo o un dios justiciero. Y en estas incertidumbres se debatía cuando el jefe de su sistema de espionaje, Apo, le trajo sorprendentes y valiosas informaciones sobre los forasteros. Comían, se cansaban y enfermaban como los hombres comunes. Morían y eran enterrados. Él mismo había preparado una celada a un soldado, y ahogándole en el río había podido comprobar personalmente que moría y no resucitaba, sino que su cuerpo se corrompía. Y, peor aún, lo que nunca haría un dios, eran capaces de

ayuntarse con mujeres vulgares, no con las nobles reservadas a los dioses.

Así pues, no era Viracocha ni un enviado suyo quien avanzaba al frente de la comitiva extranjera, sino el jefe de una banda de ladrones que robaban los víveres reservados en los tambos, y que se atrevían a tomar a las vírgenes consagradas a la contemplación en los templos. Mejor fuera juntar su ejército y acabar prontamente con ellos, dando fin a las cábalas que corrían por el reino. Y ya había decidido el lugar para una emboscada, algo de lo que era consumado especialista. Sería allí donde el Inca solía gozar de la sensualidad de las aguas termales que manan de las tierras volcánicas. Allí se repondría de las fatigas de la guerra pasada y aniquilaría a los forasteros. Sería en Cajamarca.

Nadie logra dormir esa noche en el campamento español de Cajamarca. El anillo de cerros que circunda el valle lo protege de los extremosos helores de la noche altiplánica, pero aun así el frío va en aumento y cala en los cuerpos de los soldados, a la vez que la incertidumbre ante lo que podrá deparar el día siguiente, cuando se desencadenen los sucesos.

Sabe Pizarro que la suerte está echada. Lo supo desde que tomó la decisión de abandonar la costa y hendir como una daga el corazón de la sierra. Allí les aguardaban nuevos sufrimientos, mayores aún que los que ya padecieran en las tierras bajas. Si entonces fueron el hambre, la sed y el calor, ahora las friuras inverosímiles, la nieve, las noches yertas. Han muerto dos caballos, y la fortuna ha sido encontrar esa admirable red de caminos incas, que recuerdan las calzadas romanas, donde cada cierto trecho hay erigido un tambo o posada, con provisiones dispuestas que no han dudado tomar para sí, como tampoco a las doncellas recogidas en templos, dedicada su virginidad al dios Sol. Pizarro ha dado carta blanca a los suyos, pues sobre darles complacencia tras tantas privaciones, con ello quiere hacer ver a Atahualpa que los españoles carecen en absoluto del miedo reverencial que atenaza a sus súbditos, y que ellos pueden moverse por el imperio como por su propia casa. Ha sabido además de las luchas que lo desangran, y recordado las enseñanzas de Cortés, aprovecharse de las rivalidades intestinas allí donde se detecten. Y así lo ha hecho, prometiendo a los curacas que ha encontrado en su camino, y que en su mayoría eran partidarios del derrotado Huáscar, que él habría de reponerle en el trono usurpado, y de esta forma ha obtenido información y facilidades a su paso. Ha recibido también embajadas del Inca con regalos, y con la sugerencia de abandonar el reino, que ha devuelto con sus propios presentes, pero con la advertencia de que, si ha venido de tan lejos, no es para irse de vacío, sino para entrevistarse

con el Inca y traerle mensajes de su rey Carlos y de su religión.

Y así ha ido consumiendo días y leguas, asombrándose cada vez más de la inmensidad y poder del imperio que está atravesando, conociendo más sobre sus gentes, sus costumbres y su emperador, que lo gobierna de manera autocrática, reservando para él y para la nobleza el saber y la vida regalada, y dejando a la plebe el trabajo y la sumisión sin límite. El Imperio inca es una suerte de sistema colectivizado, donde nadie puede poseer tierras ni bienes, salvo una exigua parcela de subsistencia. Toda la tierra es del inca, y todos trabajan para él y para la nobleza, que ha fijado su residencia en el Cuzco, ciudad sagrada, lujosa, cuajada de palacios, erigida en el centro del reino.

Continuaron sendereando por la cordillera, hasta que se les mostró una embajada mucho más importante que las otras. Traía cortejo de llamas y abundantes servidores, y el principal, que vestía con lujo, les informó que el Inca había decidido ser su amigo, y que para recibirlos como tal los esperaba en el valle de Cajamarca, distante unas pocas jornadas. Les dejó obsequios y se marchó por la misma trocha por donde viniera.

Cuando traspusieron un alto cerro, dieron vista al amplio valle que envuelve a la hermosa ciudad de Cajamarca, con sus edificios de arcilla, piedra y madera, con varios palacios y un alto templo en forma de pirámide, dedicado al Sol. Pero también divisaron, en un lejano cerro opuesto al suyo, las decenas de miles de tiendas asentadas sobre la ladera, el ejército inca esperando las órdenes de su jefe supremo. Nadie que viniera con deseos de paz, pensó Pizarro, se haría rodear de un ejército tan masivo. Además, ese mismo día capturaron a unos nativos que venían a comerciar a la ciudad, y pronto confesaron que Atahualpa había tendido una celada a los forasteros y que pensaba acabar con todos ellos.

Examinó Pizarro la situación, y ahora le venían a la mente las estrategias aprendidas en Italia del Gran Capitán. Ellos eran menos de 180 hombres y se enfrentaban a un ejército que rondaba los 50.000. A razón de 300 guerreros por cada uno de ellos, nada podrían hacer en campo abierto, donde serían literalmente aplastados por el enemigo, acosando por los cuatro costados. En todo el valle solo había un lugar donde gozaran de una mayor protección y donde pudieran lograr alguna ventaja sus armas y sus caballos: la propia ciudad de Cajamarca.

La encontraron desierta, y a Pizarro le pareció favorable para sus planes. Sobre todo por su gran plaza, que a sus soldados se les hacía dos veces la de Salamanca. Buen tamaño para hacer valer el poder de las maniobras de la caballería. Además, la plaza tenía solo tres accesos, en sendas esquinas, circundado el resto por un murete de

piedra. De ellas partían tres calles que remataban en unos galpones.

Allí esperarían escondidos el grueso de la tropa y los caballos, listos para salir a una señal convenida. Finalmente, el artillero Pedro de Candía, sus cañones y sus arcabuceros se emplazarían en lo alto del templo del Sol, el único punto donde se atalayaba el movimiento de las tropas Incas.

Mediada la tarde, las cosas ya estaban dispuestas en el real español, y Pizarro, consciente de que una larga y tensa espera consumiría de ansiedad a los suyos, comisionó a Hernando de Soto para que se encaminase al campamento del Inca con una partida de jinetes, y apremiarlo para celebrar el encuentro en la ciudad. No era baladí una empresa que equivalía a meterse en la boca del lobo, pero si había alguien con valor para ello en el lado español, ese era el extremeño De Soto.

Recorrieron los casi cinco kilómetros que los separaban del campamento inca muy despacio, como debe hacerse todo en el Altiplano, corto de oxígeno, y tal como era costumbre en esas tierras de maneras y andares pausados. Llegados al campamento, pudieron comprobar que era algo más que un asentamiento provisional, pues en el centro de la legión de tiendas se alzaba un conjunto arquitectónico con un palacete como pieza principal, residencia del inca cuando venía a solazarse en los baños calientes. Los guerreros que hacían guardia aguantaron imperturbables el paso callado y grave de la comitiva de De Soto, quien había encarecido a sus hombres guardar la compostura, contener el gesto y no dejar traslucir la menor emoción.

Aguardaron una larguísima media hora a las puertas del palacio, sin que nadie compareciera, y de cuando en cuando de su interior brotaban risas femeninas, señal de que el inca se regalaba con sus concubinas. Harto De Soto ordenó al intérprete Felipillo que se entrara al palacio e informara de su presencia. Salió al rato, acompañado de Apo, a quien el capitán español hizo saber que venía en nombre del gobernador Francisco Pizarro, enviado a su vez por el rey de España, y que así lo quería comunicar en persona al propio Atahualpa. Contestó Apo que tal cosa no era posible, hallándose el emperador disfrutando con sus mujeres, no pudiendo ser interrumpido. En tono más airado, De Soto objetó que no recibir a unos embajadores era signo de grave ofensa, y que, si su gobernador había tenido a bien recibir a los enviados de Atahualpa, este no había de hacer cosa distinta. Apo se hizo de nuevas y dijo ignorar esa embajada, lo que colmó el vaso de la paciencia de De Soto, que estaba ya por rebosar con tanta palabrería. Orilló las cortesías, y a gritos informó a Apo que, si Atahualpa no salía, él habría de entrar a buscarlo y lo sacaría a la fuerza, al tiempo que

hacía caracolear de modo amenazador a su caballo, lo que hizo que los guardianes abandonaran su impavidez y recularan ostensiblemente.

En ese momento, por la retaguardia apareció Hernando Pizarro con otro grupo de jinetes, enviado por Francisco para reforzar la peligrosa embajada. Apo, empalidecido, rogó aguardaran unos momentos, entró en el palacio y salió al poco para anunciar que el emperador accedía a recibirlos.

Precedido por criados que iban limpiando el suelo sobre el que había de situarse su señor, salió Atahualpa sentado en un sitial, recubierto de una muselina que solo dejaba entrever sus facciones, las de un hombre de unos treinta años, con aspecto grave, emanando majestad y poder. Hernando de Soto, tras saludarlo le indicó, a través del intérprete, quiénes eran y de dónde venían. Atahualpa no contestó directamente, sino a través de un doble filtro de un cortesano y un lengua, quien tradujo que el Inca se sentía muy ofendido por la actitud de los forasteros que, sobre entrar sin permiso en su reino, se habían apropiado de cuantos víveres y doncellas habían topado en su camino. De Soto contuvo sus impulsos y replicó que le habían informado mal, y que, si algo habían tomado, lo repondrían, acerca de todo lo cual podría hablar con el gobernador, que lo esperaba lo antes posible en Cajamarca para sellar unas paces duraderas.

Satisfecho, el Inca hizo descorrer el velo que lo cubría y ofreció bebida a los jinetes, que rehusaron hasta que el propio emperador bebió en primer lugar. Prometió luego que al día siguiente, a la salida del sol, acudiría a la ciudad para celebrar la entrevista. Se sucedieron otras frases corteses, hasta que De Soto reparó en la mucha atención que prestaba Atahualpa a los caballos, por lo que resolvió hacer una exhibición, dejando de paso para la historia otra página célebre, de esas que jalonaron la conquista del Nuevo Mundo. Tenía fama De Soto de ser el mejor jinete de las Américas, y a fe que en aquella ocasión lo demostró cumplidamente. Picó al caballo y, alejándose unos metros, se produjo en corvetas y revueltas que dejaron estupefactos a los presentes. Pero lo mejor estaba por venir, y fue que De Soto, contagiado de la excitación del caballo y de la propia situación, se alejó unos cincuenta metros, dio media vuelta y, picando a su montura a toda espuela, arremetió en una insólita galopada en dirección al Inca. Y cuando parecía que iba a arrollarlo, frenó en seco, quedando a tan corta distancia de él que los espumarajos del animal mancharon su cara. Atahualpa aguantó hierático el envite, sin un pestañeo, no así su séquito, que saltó hacia atrás espantado. Esa misma noche el emperador mandó decapitar a todos los que habían mostrado flaqueza.

Regresaron al campamento, contentos por haber salido con vida de trance tan incierto, mas preocupados por la desproporción de fuerzas que habían podido calibrar en la visita. Solo un milagro podría sacarlos victoriosos de un enfrentamiento semejante, ante unas fuerzas armadas que los multiplicaban en número y expertas en las artes de la guerra tras las luchas dinásticas. Pero Pizarro los arengó diciéndoles que, si habían soportado tantos años y penas hasta este momento, era porque la providencia estaba de su lado, y no iba a dejar que asunto tan largamente trabajado no encontrara un final venturoso. Y que la clave de todo estaba en ejecutar con suma precisión el plan, tal como él lo había concebido.

Esa noche, la falda del cerro que acogía al campamento inca se iluminó con millares de hogueras, espectáculo a la vez hermoso y pavoroso para los españoles. Pizarro bien sabía que no eran ellos quienes se habían internado en la sierra hasta arribar a este valle, sino que el taimado Atahualpa los había dejado progresar por las montañas para llevarlos al emplazamiento adecuado. Había tejido una red en la que los españoles eran la presa que ahora estaba atrapada en ella. Mas Pizarro pensaba cómo utilizar esa misma red para envolver con ella al enemigo.

El sol, el dios de los incas, salió como cada mañana, poniendo fin a esa interminable noche de ansiedad de los españoles. Y al amparo de sus rayos se puso en marcha el gran ejército incaico, un hormiguero humano que descendía por la ladera y que parecía no tener fin. Pizarro había calculado que tan gruesa columna recorriera la distancia hasta ellos en unas tres horas. Pero el avance era de una lentitud exasperante. Caminaba, se retrasaba, paraba, giraba a derecha o izquierda, y todo ello con un fondo de cánticos hondos, monótonos, que helaban la sangre de los españoles. Nunca podrán saberse las razones que impulsaron al Inca a avanzar tan despacio. Acaso sabía que así iba minando la moral de los españoles. O acaso él mismo retardaba el encuentro con unos hombres que, si bien sus informes le habían asegurado que no eran dioses, no se comportaban como simples mortales, tal era su audacia inconcebible, suicida casi, impensable si no portaran un estigma especial, el que acababa de ver en ese capitán español que se había atrevido a lanzar su caballo contra él, el estigma que solo pueden exhibir los dioses.

Las horas pasaban, y veía Pizarro que consumíase el día y que las huestes Incas seguían entrampadas en sus cantos y en sus dilaciones, y que una noche más no sería soportable por sus hombres, en el límite de la resistencia moral y física. Así que resolvió enviar un nuevo emisario para apremiar al inca, quien por boca de su séquito contestó que él cumplía su palabra y que esa

noche cenaría con el jefe español.

Era ya avanzada la tarde cuando el Inca penetró en la plaza. Estaba desierta, y poco a poco se fue llenando con los porteadores, la guardia personal, el cortejo de principales y todos los guerreros que cupieron, unos seis mil, abarrotando la plaza mientras el resto de la tropa aguardaba fuera.

Desde lo alto de sus andas recargadas de oro y plumas, Atahualpa miraba con asombro a uno y otro lado, pues no había rastro de los españoles.

Fue entonces cuando desde una esquina apareció fray Vicente Valverde, seguido de Domingo de Soraluce, que se manejaba con el quechua y que fue preferible a uno de los lenguas nativos, pues estos temblaban de tal modo que se decidió apartarlos para no dar sensación de temor.

Se hizo un silencio profundo cuando el padre caminó hacia el Inca. Nadie podía saber en aquellos momentos que estaban a punto de desencadenarse los treinta minutos más intensos de toda la historia de América del Sur.

Caminaba con las Sagradas Escrituras en la mano. Llegó hasta el sitio de Atahualpa, lo saludó y le explicó los motivos de su venida. Lo hacían en nombre del rey de España, señor el de más poder del mundo, que lo había recibido del papa, vicario de Dios en la tierra, y que todas las naciones debían considerarse por ello vasallos de su rey. Dios había tomado forma humana en Jesús, quien se había dejado crucificar para redimir a la humanidad. Y por eso, los Incas y todos los pueblos debían sentirse muy dichosos de abrazar la verdadera fe y apartar de sí sus ídolos y sus falsos dioses.

Atahualpa escuchaba con reconcentrada atención, y si bien no debió enterarse de todo el mensaje, sí captó lo esencial: que desde ahora era vasallo de otro y que debía cambiar su religión por otra distinta. Replicó al padre Valverde que él también era rey por derecho divino, y que ese papa que de tal modo repartía lo que no le pertenecía no debía de estar en su sano juicio. Y que si bien el dios de los españoles había muerto en una cruz, el suyo salía todas las mañanas para alumbrarlos, y no se sabía que alguna vez hubiera fallado. Y, en fin, le preguntó que de dónde salía tanto disparate.

Valverde le mostró entonces las Escrituras, con ademán de que las tomara, diciéndole que todo estaba allí escrito. Atahualpa cogió el libro, pasó sus hojas y, como no entendiera cosa y pensando que se estaban burlando de él, lo arrojó al suelo indignado.

Fue arrojar el libro y volverse Valverde por donde había venido, gritando: «¡Sacrilegio!», y exhortando a los suyos a atacar a aquellos pecadores.

Pizarro dio la orden. Se oyó un disparo de arcabuz, la señal para



el comienzo del ataque, y de una garganta brotó el grito de «¡Santiago!», el más repetido en la conquista de América.

Entonces fue como si el cielo se viniera abajo. Los arcabuceros y las culebrinas de Pedro de Candía, apostados en la azotea del templo mayor, empezaron a vomitar fuego sobre la plaza, al tiempo que sonaban trompetas y tambores. Los Incas, sobrecogidos por el fragor, y viendo cómo caían alrededor guerreros sin saber cómo, quedáronse quietos, inmóviles, incapaces de reaccionar.

Pero esto era solo el principio. A una orden de Pizarro abriéronse los galpones donde todos estaban escondidos y salieron los tres escuadrones de jinetes al mando de insignes capitanes: Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar, más tarde conquistador de Ecuador. Los caballos estaban revestidos con los petrales ciñendo su cuello y enjaezados con gran aparato de cascabeles, de modo que avanzaban por las calles al trote con resonar de cascos, cascabeles y bufidos, y con aspecto tan impresionante irrumpieron en la plaza. Esta posee una sensible inclinación de un extremo a otro, y los caballos penetraron desde arriba, favorecidos por el nivel, imprimiendo mucha más potencia a sus acciones. La confusión y el horror fueron entonces indescriptibles, y los guerreros se dejaban alancear sin resistencia, pues el pánico los mantenía atenazados. Los jinetes pasaban y repasaban por la plaza, y con sus lanzas y espadas hacían estragos entre los nativos, que, atrapados por el murete, caían a puñados. Fue tanta la presión sobre el muro de estos desesperados que acabaron por derribarlo, abriendo un boquete por donde se agolpaban para salir, y allí se concentró la artillería de Candía.

Había llegado el momento decisivo, el golpe de mano que Pizarro tenía diseñado en su mente desde que Hernán Cortés le aconsejara: «Prende al jefe y tómalo como rehén». Ordenó a veinte hombres que lo siguieran y, abriéndose paso a pie entre la masa inca, llegó donde Atahualpa, que, de pie sobre el anda y perdida la solemnidad, no daba crédito a la escena horrrisona que se desarrollaba alrededor. A empellones y estocadas llegaron al pie de las andas, mantenidas altas por los aterrorizados porteadores, que ni se defendían ni abrían el paso. Los instantes siguientes fueron de enorme confusión, con los españoles pugnando por derribar las andas, y Pizarro gritando que nadie osara dañar al Inca, so pena de la vida. Al cabo cedieron las andas y cayó el Inca, y el propio Pizarro hubo de defenderlo de una estocada que le lanzó un español, enfervorizado por la lucha. Pizarro resultó herido al apartar la espada que iba dirigida al inca, y fue el único español lesionado en la jornada. Sacaron de allí a Atahualpa, apartando a la masa de indios, que redoblaron su inmovilismo una vez que vieron

capturado a su señor.

La masa guerrera hizo cuanto pudo por escapar del infierno de la plaza, y la caballería continuó la persecución por el campo, a fin de evitar que se reagruparan en el campamento. Pero el ejército inca estaba roto, y ya todos hacían para sí mismos, dispersándose en cualquier dirección, hasta que Pizarro juzgó que no era conveniente tentar más la suerte ese día, que tanto les había favorecido, y al son de trompetas ordenó el repliegue.

Todo había transcurrido en un lapso de entre quince y treinta minutos. Fueron muchos los acontecimientos que siguieron hasta que se pacificó por completo el Imperio, pero todos ellos derivados lógicos de la batalla de Cajamarca, el acto principal. Porque, como escribió Pedro Pizarro, sobrino del conquistador, «aquel día fue en el que de verdad se conquistó el Perú».

El sol había tenido tiempo de ver cómo en esos treinta minutos se producía la batalla, y ahora estaba a punto de ocultarse tras la cuerda de cerros del valle de Cajamarca. A la oscurecida brotó una brisa fría, y luego se deslizó una lloviznada, y fue como una alegoría de lo sucedido. Porque era como si el cielo derramara lágrimas por el reino derrotado. Y porque ese día el sol no se ocultó simplemente allende la cordillera, sino que se puso para siempre sobre el Imperio inca, el Tahuantinsuyo.

# LA CIVILIZACIÓN HISPÁNICA

# NATURALEZA DE ESPAÑA Y AMÉRICA

## La Naturaleza de América

Todo en la naturaleza del continente americano alcanza registros máximos planetarios: la mayor biodiversidad; los más vastos pastizales; los Andes, la cadena montañosa más larga; el Amazonas, el río más caudaloso; el bosque amazónico, la selva más extensa; el Misisipi-Misouri, el río más largo; el cóndor, el ave voladora de mayor envergadura..., todo es así en América, superlativo, sobrecogedor. Y, además, un paisaje ecológico sumamente variado, pues en el llamado Nuevo Mundo se concentran casi todos los ecosistemas del planeta, desde el desierto al bosque tropical.

En efecto, América es un mosaico de grandes ecosistemas, de inmensas áreas ecológicas de norte a sur. Quizá las más características sean las grandes llanuras que se extienden tanto en el norte como en el sur, con regiones tan conocidas como las praderas de Norteamérica o la Pampa, los Llanos del Orinoco o la Patagonia en el sur. Llanadas que derivan en ambos subcontinentes a desiertos como los de Arizona, Sonora, Atacama o la Patagonia árida.

El bosque se encuentra ampliamente representado a lo largo de toda la fachada atlántica del continente y en todas sus versiones, desde el lluvioso hasta el tropical húmedo, con su máxima representación en la selva amazónica. Y en cuanto al ecosistema de montaña, América cuenta con la gran cadena montañosa de los Andes, montañas jóvenes y en plena formación aún, como demuestran los muchos volcanes activos a lo largo de su recorrido. Los Andes constituyen la columna vertebral de América, y son clave en la formación de su clima, ya que las nubes que se forman en el Atlántico recorren el continente de este a oeste, descargan sus aguas y son frenadas por la muralla andina, que las seca, quedando al oeste de ella un paisaje desértico en extremo, con zonas donde no ha llovido nunca, como algunas regiones de Atacama.

Este poderoso caudal de agua que se vierte al este de los Andes origina los poderosos ríos de Sudamérica, como el Magdalena, el Plata, el Orinoco y sobre todos ellos el Amazonas, la masa fluvial más importante del planeta y que absorbe la mayor parte del agua

dulce del mundo. El agua del Amazonas se interna en el mar 300 kilómetros, y los primeros navegantes españoles que lo advirtieron dedujeron del hecho, que semejante río no podía provenir sino de una tierra firme muy poderosa, proporcionada a tamaño caudal. Como así era, pues las cuencas de los grandes ríos de Sudamérica, como las del Orinoco y el propio Amazonas, ocupan una gran parte de la superficie del continente, abrazado todo él por dos océanos, el Atlántico y el Pacífico.

Bosques, selvas, montañas, llanuras, desiertos, ríos, océanos..., todos los ecosistemas son albergados, y en grado máximo, por la naturaleza de América, y esto es algo de enorme interés para el estudio de su historia humana, a partir de su descubrimiento por Cristóbal Colón, pues la nación descubridora vino a ser precisamente la más variada y biodiversa del continente europeo, España.

### Naturalezas paralelas

Quiso la historia que fuera precisamente España la nación que descubriera América. El país más semejante al Nuevo Mundo en términos ecológicos, pues España es, dentro del contexto de Europa occidental, el territorio más diverso, hasta el punto de que siempre se ha dicho que en realidad es un continente en pequeño, capaz de albergar sobre su superficie un número muy variado de ecosistemas. Europa, a partir de los Pirineos, es un *continuum* ecológico, donde el ambiente predominante es el bosque templado de hoja caediza, constantemente salpicado por construcciones que privan al paisaje de cualquier connotación que pueda evocar al mundo salvaje.

Todo cambia al trasponer la cordillera pirenaica y adentrarse en la península ibérica porque ese paisaje europeo uniforme llano, monótono, densamente urbanizado, se retuerce en ásperas sierras y quebradas, o se remansa en valles amenos, se abre en llanadas inmensas o se cierra en bosques umbrosos, se cubre de agua en tierras inundables o se reseca en sedientos desiertos. Con razón España es el territorio de la Unión Europea con más espacios naturales protegidos y con mayor diversidad biológica, refugio postrero de especies que antaño poblaron el solar europeo y ahora se recluyen en los pagos peninsulares, como el lobo o el oso.

España es, desde luego, una anomalía ecológica dentro de Europa, un rico continente en miniatura, y, cuando los españoles pusieron el pie en América, se encontraron con unos paisajes familiares, con unos ecosistemas que le recordaban a los ya

conocidos, algo que solo estaba al alcance de ese territorio diverso y multicológico que es la península ibérica con sus islas.

Porque América, en el plano naturalístico, exhibía todos los calificativos posibles, todos los adjetivos de admiración ante la naturaleza más desbordante del planeta, como luego veremos. Pero eso es algo que en su momento no impresionó demasiado a los descubridores españoles, hombres sumamente prácticos y prosaicos (Cabeza de Vaca, al describir por primera vez las fabulosas cataratas de Iguazú, señala que se acercaron atraídos por un inmenso rumor de agua, y al llegar vieron que *había un salto*).

Lo que sí sorprendió a los pobladores españoles fue la similitud de las nuevas tierras con las suyas de origen, y de ahí que sembraran la nueva geografía americana con nombres como Nueva Vizcaya, Nueva Galicia, Córdoba..., y continuamente iban cotejando los paisajes inéditos con las respectivas patrias chicas, hallándolas en muchos casos harto parecidas.

Y en verdad no se equivocaban en las apreciaciones. Porque América y España presentan sorprendentes paralelismos ecológicos, comenzando por el de la gran riqueza y variedad naturalística de ambos. Pero sobre ello, los españoles vieron que los bosques templados de la Península se correspondían con los del sur americano y con los de las faldas andinas; que el ecosistema mediterráneo, tan definitorio de la Península, encontraba su exacto reflejo en la zona mediterránea de Chile; que las estepas mesetarias ibéricas se reproducían en las planicies de los Llanos venezolanos, de la Pampa o de la Patagonia; que los humedales, como los manchegos o las marismas del Guadalquivir, se identificaban, en dimensión magnificada, con los humedales americanos del Pantanal, los Llanos o los Bañados del Este, y que incluso ecosistemas tan exclusivos, tan imposibles de hallar en Europa como el bosque tropical, en España tenían su correlato en los bosques de laurisilva de Canarias, muy fielmente parecidos al *bosque nublado* de las laderas andinas, aportando el archipiélago canario nuevas analogías con América: su carácter volcánico, compartido con la cordillera andina, y su clima cuasitropical, el que toparon los descubridores al llegar al Caribe; tampoco es posible descubrir en Europa otros desiertos que los españoles de los Monegros, Almería o las Bardenas, que tendrían su réplica mayúscula en los americanos de Sonora, Chihuahua Atacama, y, en fin, observaron aquellos descubridores que España y América compartían asimismo un dilatado perímetro costero, otro motivo más de semejanza ecológica.

Los paralelismos no terminan en esa duplicidad de los ecosistemas, con las consabidas diferencias en tamaño a uno y otro

lado del Atlántico, sino que se extienden a otros aspectos, como la fauna salvaje. El lobo, controlador máximo de la naturaleza española y pesadilla de pastores y ganaderos, tiene su correspondiente en el puma, morador de todos los confines americanos, igualmente odiado allí por los ganaderos. El rebeco de las alturas montañosas peninsulares tiene su reflejo en la vicuña; el buitre, en el cóndor y en el zopilote; la avutarda de las llanuras ibéricas, en el chajá pampero o en el caiquén patagónico, todas ellas aves grandes y perezosas de vuelo.

En definitiva, España y América se vieron unidas por algo más que por una soberanía común a raíz del descubrimiento. Albergaban ambas unos territorios y ambiente semejantes, y tal circunstancia no habría de limitarse a dejar sobre el mapa de América unos topónimos que evocaran esos paralelismos. Porque unos cuantos escenarios físicos determinan unas ciertas actividades humanas o, con otras palabras, la cultura humana es heredera forzosa de uno u otro paisaje.

Y esto fue lo que ocurrió con la colonización española en América, que se orientó en tal o cual sentido según fuera el territorio de sustrato. Así, sobre las *tierras calientes* de Antillas se desarrolló el cultivo de plantación canario de azúcar o plátano, con su correspondiente ambiente humano. En los valles más frescos de las vertientes andinas o la meseta mexicana se extendió el cultivo mesetario ibérico del cereal, y en las tierras áridas del norte se reprodujo un sistema de regadíos basado en el aprovechamiento extremo del agua, como en las más secas comarcas peninsulares. Sobre marcos físicos paralelos, semejantes aprovechamientos y culturas humanas.

Pero donde esto se muestra más intensamente es en las tierras extensas y desarboladas de España y América; en las llanadas de las marismas del Guadalquivir, en las planicies andaluzas, en el oeste de Estados Unidos, en la Pampa y en los Llanos, en las estepas de México, Chile o Perú. Tierras grandes, abiertas, que en la Península fueron destinadas a la ganadería extensiva, con el caballo como instrumento de manejo de las reses, y que en América reprodujeron fielmente el modelo, marcando a América con más fuerte impronta, la que deriva de la civilización ecuestre, de la cultura ligada al caballo. Una cultura que dejó indeleble huella en los hombres y en las tierras más carismáticas del norte y del sur del continente americano.

# La cultura material





*En el segundo viaje de Colón se trasladaron todos los ingredientes de la colonización española.*

# LA AGRICULTURA

## El viaje de poblamiento de Colón

El éxito extraordinario del primer viaje de Colón oscureció cualquier acción posterior del almirante. Pero tanta importancia como esa primera expedición, la del descubrimiento, revistió la segunda, porque puso los cimientos de la colonización. En efecto, el otrora nutrido grupo de diecisiete barcos que enfiló la ruta recién hollada lo componía no simplemente una pléyade de aventureros, ávidos por conocer de primera mano las fábulas relatadas por los iniciales viajeros, sino una completa selección de los oficios vigentes entonces. Eran herreros, carpinteros, labradores, curtidores, artesanos de múltiples industrias, y además, las bodegas de las naos iban cargadas con infinidad de semillas de todas clases, plantones, caballos, cerdos, asnos, ovejas, gallinas, además de arados y aperos agrícolas.

En definitiva, todo este bastimento indicaba bien a las claras las verdaderas intenciones de los promotores de aquel viaje. Los Reyes Católicos, quienes no pretendían instalar meras factorías costeras al modo portugués, para comerciar y extraer recursos, sino implantar en aquellos nuevos y lejanos reinos todo el bagaje inmenso de la cultura española, la integrada no solo por los hábitos, costumbres y lengua de un pueblo, sino por el conjunto de conocimientos sobre el entorno físico, las fuerzas espirituales, el manejo del medio, el modo de obtención de los alimentos, los vestidos o los objetos cotidianos.

Todo ese patrimonio viajaba en la segunda expedición colombina, llamada a sentar las bases de la civilización española en el Nuevo Mundo, y probando de modo muy inequívoco que la Corona española pretendía poblar *de asiento*, y no *de paso*. Numerosos documentos posteriores avalan y ratifican esta postura, como las peticiones de conquistadores que, una vez pacificada la tierra, solicitaban del rey el envío de gentes y materiales para la labor colonizadora. Así, Hernán Cortés, cuyas cualidades como gobernante y administrador, aunque poco conocidas, no van a la zaga de sus méritos militares (hasta que los celos y las envidias de

los burócratas y los recelos de las autoridades hacia su excesivo poder lo apartaron del gobierno de la Nueva España), solicitaba el envío urgente de semillas, caña de azúcar, moreras, sarmientos de vid y ganados, sentando las bases del desarrollo agrícola y ganadero de México. Mencionemos también la expedición de Juan de Oñate a la frontera norte de Nueva España, a los territorios del hoy norteamericano Nuevo México, que más que una entrada de conquista era un auténtico movimiento colonizador, por la cantidad de ganados y pertrechos que lo acompañaban para poblar la tierra, todo ello muy del gusto de las intenciones del monarca Felipe II, menos conquistador que su padre, el emperador Carlos. Y mucho más pacificador y colonizador.

### El trasvase cultural de ida y vuelta

Pero el trasvase de elementos culturales al nuevo mundo no habría de operarse en un solo sentido. Y si existe un campo donde más visible haya sido el fruto generado por el cruce entre ambos mundos, ese es la agricultura. Si importante fue la introducción de las plantas europeas en América, mucho más revistió la dirección en sentido inverso, porque implicó consecuencias decisivas, no solo para España, sino para Europa, para el destino ulterior del mundo occidental y para las lejanas regiones asiáticas. En efecto, el ingreso en el Viejo Mundo de nuevos cultivos permitiría remediar las cíclicas hambrunas de la población, sometida de modo maltusiano a los avatares de unas cosechas en exceso dependientes de los rigores de la helada, la sequía o el nublado. Con la introducción de la patata y el maíz pudieron resolverse las sempiternas carestías, algo imprescindible para la inminente revolución demográfica europea. Y un gran número de trabajadores era justamente lo que precisaba el próximo despegue económico, cuyas bases financieras fueron puestas en buena medida por otro producto procedente de América, los metales preciosos.

Como sostiene Warman<sup>1</sup>, a cinco siglos del contacto, las plantas son las que probablemente han generado más riqueza sostenida y creciente en el continente americano, calculando que solo en el año 1980 el valor de las cosechas americanas, unos doscientos mil millones de dólares, fue más alto que el de los metales preciosos exportados durante toda la época virreinal. De los siete cultivos más importantes del planeta, que son el trigo, el arroz, el maíz, la patata, la cebada, la batata y la yuca, se obtiene la mitad de los nutrientes de la humanidad, y cuatro de ellos son de origen

americano. Más de una tercera parte de la alimentación mundial procede de plantas oriundas de América.

### Técnicas agrícolas en América

La agricultura prehispánica en el momento del contacto era, en general, muy primitiva, si bien existían notables adelantos, como los que muestra el Imperio inca. Un gran porcentaje de la alimentación se basaba en la recolección espontánea de frutos y plantas, y se cultivaban con técnicas primitivas las variedades de los alimentos conceptuados como básicos, los llamados por los españoles *mantenimientos*, que en América eran el maíz, la patata, la yuca o cazabe y la batata. Solamente en puntos concretos, como los valles andinos y la meseta mexicana, la agricultura se practicaba de manera intensiva. Conocemos la existencia de chinampas o huertas ganadas a las aguas del lago de Texcoco, que envolvía a la gran ciudad de Tenochtitlan, y también la agricultura de bancales y regadíos practicada por las sociedades andinas. Los habitantes de los bosques tropicales recurrían al método de quemar parcelas y cultivarlas, para abandonarlas cuando decaía su rendimiento (técnica escasamente impactante entonces, pero que, practicada en la actualidad en forma masiva, está causando la destrucción del bosque amazónico).

También las técnicas agrícolas eran rudimentarias, ya que no existía la tracción animal ni la rueda, y para el trabajo existía la sola fuerza humana. Las herramientas eran muy elementales, como el palo cavadador o la azada de madera llamada *coa*, que había de afilarse a menudo al embotarse la madera, y que se empleaba en las zonas de regadío. En los Andes se usaba la *chaquitacla*, especie de azada que exigía una técnica precisa por parte del usuario, ya que había de saltar sobre la herramienta y aplicar su peso con el pie para hender la tierra. Se sabe además que en las llanuras de la cuenca del Plata se usaba como arado el omóplato del guanaco, el camélido salvaje habitante de las estepas del sur.

En cuanto al abonado del terreno, se conocía su empleo, pero la carencia de animales domésticos en México hacía muy limitado su uso. En cambio, en el espacio andino, estrechamente ligado a la agricultura, el abono se hallaba más generalizado, obteniéndose preferentemente de los camélidos como la llama y la alpaca, y también recurriendo al guano de las aves y al pescado de la costa pacífica como elemento reponedor de los nutrientes del suelo.

Por la misma época, la agricultura española se hallaba, en cambio, muy avanzada, fruto del paso por la Península de civilizaciones marcadamente agreñas, como la romana y la árabe. La ciencia agrícola había contado ya con tratadistas insignes, de la talla de un Columela, nacido en Cádiz en el siglo I d. C. y autor de la obra *Re rustica*, que resumía los conocimientos hispanorromanos sobre agricultura, y de un Alonso de Herrera, que en 1513 dio a la luz su tratado *Agricultura General*, un completo modelo sobre la producción de plantas y animales, escrito en un bello y conceptista castellano.

Gracias a ese estado aventajado de la agricultura, la aportación española a América fue tan importante en lo relativo a las técnicas agrícolas como en la pura exportación de nuevas plantas de cultivo. El arado de hierro, el arrastre por animales o los nuevos sistemas de regadío, inyectaron una cultura agrícola que se generalizó en América, con ese reduccionismo cultural que ha explicado Foster<sup>2</sup>, y que ciñe las variedades de la cultura material trasplantada a América a ciertas formas, con preferencia a otras usadas en diferentes partes de España. Así, aunque se utilizaban otros modelos de arado, como el radial castellano, el que se implantó en Indias fue el arado dental andaluz, también llamado *arado romano*. Con él llegaba la tracción animal, que permitía multiplicar el resultado del esfuerzo humano en la proporción 20 a 1. Es famosa la descripción del Inca Garcilaso, cuando él y otros nativos del Cuzco vieron evolucionar a un buey con su arado, maravillándose del aprovechamiento que lograba la fuerza animal, y atribuyendo el hecho a mera vagancia de los españoles, que para no trabajar ellos obligaban a las bestias.

Otro ejemplo de innovación técnica unida a reduccionismo cultural es precisamente el de la unción del arado al buey, pues de los sistemas vigentes en la Península únicamente prosperó en Indias el del yugo uncido directamente a los cuernos, con exclusión de cualquier otro, y que aún puede verse en multitud de campos americanos.

Los españoles-andaluces trasladaron a América el uso habitual del abono, así como la noria, aunque no gozó de una exagerada extensión en América, un territorio donde en general no escasea el agua. En cambio, en las zonas áridas, como en áreas de Chile y sobre todo al norte de Nueva España, las técnicas de irrigación aprendidas de los árabes gozaron del mayor predicamento, y aún permanecen vivas en muchos valles secos de Nuevo México, o Colorado. En estas regiones no solo se importó el complejo

entramado de acequias, basado en un canal madre y en otras caceras secundarias, sino que el propio sistema de administración del riego, la *Community Acequia*, es una institución que recuerda mucho al Tribunal de las Aguas de Valencia, y que como este servía para determinar el reparto de las aguas de riego y resolver los litigios entre los regantes.

La huerta introdujo en América notables novedades, no solo por el número y variedad de las plantas hortícolas exportadas, sino por el empleo de métodos inéditos, como el podado e injerto en los árboles, que causaba admiración entre los indígenas. También se trasladó el sistema de trillado del cereal, utilizando el trillo, una gran rastra de madera con pedazos de pedernal incrustados en la base, cuyo origen es el *tribulum* romano, o bien pisoteando directamente el trigo las vacas o los caballos.

## Cultivos españoles en América

### *La caña de azúcar*

La aclimatación de los cultivos europeos en Indias no fue empresa fácil. Para empezar, semillas y plantas enfrentaban un viaje de muchas semanas, sometidas a una humedad continua y a unos aires salobres que malbarataban la mayoría de los productos. Y las unidades supervivientes se encontraban al llegar con el clima antillano, húmedo y tropical, muy diferente al castellano o andaluz de origen.

Sin embargo, en la aclimatación de cultivos jugó un papel sobresaliente la plataforma de las islas Canarias, situadas en el Atlántico como un eslabón en la ruta hacia América, y poseedoras de un clima atemperado en su rigor invernal por la caricia templada de los vientos alisios. Canarias disfrutaba de un ambiente subtropical, lo que había hecho prosperar cultivos impensables en la Península, como la caña de azúcar o el plátano, y por ello el archipiélago sirvió como jardín experimental de cultivos, tanto de los exportados a Ultramar como de los americanos que venían a España y medraban en la zona antillana, como ocurrió con el tabaco.

De todos ellos, el que alcanzó más rápida implantación fue la caña de azúcar, producto traído de las cruzadas, y que se había aclimatado adecuadamente en Canarias. Las tierras calientes del Caribe fueron el mejor soporte posible para este cultivo, que inició un modelo de plantación extensiva con abundante mano de obra en

la zona antillana, llamado a hacer fortuna en los próximos siglos. La caña se asoció enseguida a propietarios poderosos, pues los llamados ingenios de azúcar requerían fuertes inversiones iniciales, del orden de cincuenta mil ducados para un buen ingenio, que venían a producir unos seis mil de ganancias al año. Hacían falta unos cien hombres, un hato de dos o tres mil vacas, carretas, obra de fábrica, caballos, peones, tierras extensas... De ahí que solo los grandes encomenderos como Cortés pudieran asumir tales desembolsos (aún se conservan restos del primer ingenio o trapiche de Cortés en su encomienda de Cuernavaca).

Cuenta García Mercadal<sup>3</sup> que, en un principio, los colonos españoles se limitaban a extraer mieles de la caña, y que fue el bachiller Gonzalo de Veloso quien contrató peritos azucareros para La Española y construyó un trapiche con caballos, siendo el primero en fabricar azúcar. Los frailes anónimos, protegidos del cardenal Cisneros, contribuyeron asimismo a su difusión. El primer pan de azúcar obtenido por ellos fue enviado al propio cardenal, quien lo recibió con visible emoción, y con su proverbial eficacia proveyó al incremento de la producción, y muchos canarios, expertos en la ciencia de la obtención del azúcar, se incorporaron a las incipientes haciendas azucareras. Cinco años después de aquella primitiva muestra, fondeaba en las dársenas de Sevilla todo un cargamento de 2000 arrobas de panes de azúcar (por cierto, que este envío no estuvo exento de aventura. El barco fue apresado por el pirata Juan Florín, quien en otra rapiña se apoderó también de la nao fletada por Cortés, y que era portadora del fabuloso tesoro de Moctezuma. El azúcar tuvo mejor suerte que el oro, y fue devuelta a manos españolas).

El procedimiento de obtención del azúcar comenzaba con la zafra o corta a mano de la caña, tras la cual pasaba esta a los ingenios, donde se exprimía el jugo, hirviéndose luego y cristalizando el azúcar en unos moldes de arcilla que se exportaban. La producción de azúcar llegó a ser ingente, afirmándose que, a falta de oro en las Antillas, el azúcar fue el sustitutivo. Los indios, que hasta la presencia hispana no habían consumido otros azúcares que los que contiene la caña de maíz, los de los panales silvestres (no conocían la domesticación de las abejas) y los de los frutos autóctonos, se aficionaron sobremanera a ella. Y la abundante producción azucarera generó a la larga una desmedida afición al dulce en todas las Américas.

Sin embargo, la dulzura del azúcar escondía una siniestra faz, y de aflorarla se encargaron países como Holanda en Barbados e Inglaterra en Jamaica, islas dejadas por España a su suerte por considerarlas *inútiles*. Porque el cultivo y la producción de azúcar

exigen gran cantidad de mano de obra, que las Antillas no estaban en condiciones de suministrar. Y aquí se encuentra el origen de la esclavitud africana, y de las llamadas *economías de plantación*, que consisten en destinar tierras a un solo producto en régimen de monopolio ecológico. El azúcar abrió la puerta, pero pronto siguieron otros, como el plátano, el café, el algodón, el henequén, el cacao..., con consecuencias dramáticas sobre la población negra, sometida al tráfico negrero y la esclavitud, y sobre los suelos, ya que los monocultivos esquilman la tierra y sus nutrientes. En el azúcar debe buscarse la causa de una de las mayores tragedias que ha conocido la humanidad.

### *El plátano*

Otro cultivo que floreció sobradamente en el área antillana fue el plátano, llevado también de Canarias, aunque en Indias se producía ya una variedad más tosca y silvestre, y con las hojas de su planta se cubrían las techumbres de las chozas indígenas. Al parecer, la variedad enviada a América fue la camburi, oriunda de Guinea (significativamente, en los Llanos venezolanos hoy al plátano se le denomina *cambur*), y quien primeramente lo introdujo en La Española fue el obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga.

En el año 1519 se desató en dicha isla una inusitada plaga de hormigas que duró dos años, ocasionó grandes destrozos y a punto estuvo de provocar un éxodo poblacional. Se atribuyó la causa a las plataneras, lo mismo que aconteció en 1543 en Lima, cuando otra asoladora invasión de hormigas provocó el pánico entre los vecinos. Las plantas del banano fueron de nuevo las inculpadas, pero esta vez el Cabildo actuó con decisión y decretó, nunca se sabrá si justa o injustamente, el arranque de todas las matas que crecieran en el interior del casco limeño.

El plátano tardó cierto tiempo en extenderse en la zona, más que otros cultivos, como la caña, pero más adelante, con la entrada del capital norteamericano en Centroamérica, se expandiría de tal forma que la totalidad del área habría de adquirir una cierta personalidad, económica, sociológica y aun política y literaria, derivada de las plantaciones plataneras, con su masivo y mínimamente pagado peonaje.

### *Los cereales*

Los cereales fueron objeto de muy especial interés por parte de las autoridades españolas, en especial el trigo, pues no se olvide que el pan era en España uno de los *mantenimientos*, o alimentos esenciales



de la población, probablemente al lado de otro gran nutriente básico, los garbanzos. Por ello hubo especial empeño en trasladar este cimientito alimenticio a América, para que allí cumpliera un papel semejante. Hay constancia de cómo el propio rey católico ordenaba que fuera el trigo en pipas, y «a muy buen recaudo». Pero el mes largo de navegación hacía estragos en las semillas, que se «mareaban», esto es, se humedecían y pudrían.

Por si fuera poco, las que lograban llegar intactas a las Antillas, una vez sembradas, crecían prometedoramente, pero no granaban. Y si por un caso llegaban a hacerlo, el clima se encargaba de arruinar la fiesta, pues nunca faltaban copiosas lluvias que perjudicaban la cosecha. Se decidió entonces enviar la variedad de trigo de ciclo corto, la tremesina, para evitar que el cereal estuviera tanto tiempo expuesto a las incertidumbres del clima, pero tampoco hubo resultados. Y para completar el desaliento, los escasos granos que llegaban a recogerse encontraban dificultades de almacenamiento bajo el clima antillano saturado de humedad. Solo cuando se accedió a los templados y más secos pagos de la meseta central de México, a los valles de las laderas andinas o a las aireadas llanuras del Plata, se logró que el trigo respondiera a las expectativas puestas en él.

En esos parajes, el arraigo del trigo no está exento de una orla de leyenda, como la creencia de que fue un criado negro de Cortés quien sembró en México los tres primeros granos de trigo, según cuenta Gómara. Y otro de los dos grandes conquistadores, Pizarro, tuvo que ver en la implantación del trigo en el Perú, pues dicese que su cuñada, Inés Muñoz, encontró unos pocos granos de trigo en un saco de arroz, lo sembró en una maceta y de esas semillas arrancan todos los trigales peruanos. La historia es técnicamente creíble, pues, como hemos visto, el problema del trigo era que el destino habitual de las semillas era corromperse por la humedad de la travesía y del trópico, y el arroz, por su efecto desecante bien pudo servir de escudo y salvaguarda de la entera calidad de los granos. No obstante, el historiador Pereyra mantiene que, por encima de relatos más o menos imaginativos, la realidad es que, cuando los españoles, veteranos en las cosas de la agricultura, constataron la existencia de zonas más ventiladas y propicias, debieron demandar semillas de trigo en grandes cantidades.

La progresión del trigo, enconadamente buscada por la autoridad española, encontró un serio obstáculo en el gusto del indígena, que repudiaba claramente esa harina y seguía prefiriendo sus viejas tortillas de maíz. Se recurrió entonces a fórmulas como imponer, como condición para el repartimiento de indios, que los encomenderos se comprometieran a la siembra de trigo. Y, más aún,

se llegó a exigir que el tributo indio se abonara en trigo, con el fin de fomentar su cultivo y consumo en las propias parcelas de los nativos.

Otros cereales, como la cebada, el centeno, la avena y el mijo, penetraron más tarde y sin tanto apoyo oficial. En cambio, el arroz prosperó pronto y bien en el espacio antillano. Era un producto originario del Oriente, traído a la península por los árabes, y fue Fernando el Católico quien dispuso su envío a la isla Española, de donde saltó a tierra firme. Aguantaba las travesías mucho mejor que otros productos, pues es connatural al arroz su absorción de la humedad, elemento que corrompía a otras semillas. En España se había aclimatado en las áreas peninsulares más húmedas y calientes, como los aguazales levantinos, del mismo modo que siglos más tarde, ya en nuestros tiempos, medraría en las marismas béticas. En las islas del archipiélago caribeño encontró de nuevo el terreno más propicio a sus exigencias biológicas.

### *La vid y el olivo*

No ocurrió lo mismo con los otros dos clásicos cultivos mediterráneos, la vid y el olivo, de origen griego, extendidos por los romanos y que con el pan componen el terceto de los grandes cultivos peninsulares.

El olivar, el viñedo y el trigal marcan la más prístina y marcada personalidad del territorio ibérico, y se hallan estrechamente ligados a su historia, sin olvidar los altos designios litúrgicos de los tres.

De ahí el especial énfasis de la Corona por trasladarlos a los nuevos reinos españoles de América, donde se querían reproducir todos los aspectos de la cultura metropolitana. Plantones de olivo y sarmientos de vid viajaron a bordo de las naos, en toneles cortados por la mitad y muy bien mantenidos durante la travesía. Como era de esperar, su establecimiento en Antillas fue pronto y espectacular, creciendo velozmente. Y como los duchos en agricultura preveían, la anhelada fructificación no llegaba, por más que se intentara una y otra vez. Ni siquiera prosperaba en la meseta mexicana, donde las lluvias de julio y agosto impedían que granara el fruto. Hubo que esperar y seguir probando, hasta que se descubrieron tierra adentro los climas y ambientes propicios: los valles costeros del Perú y las áreas de clima exactamente mediterráneo de Chile y California. Allí dieron fruto al fin los olivos y vieron la luz las primeras uvas, que, como toda primicia de un cultivo español, alcanzaron precios fabulosos. Por entonces, obsequiar en Perú con dos aceitunas era todo un agasajo, y ofrecer media docena, un privilegio reservado en

exclusiva a los pudientes encomenderos. Se sabe que la primera parra que llegó a Chile se subastó en 3000 pesos, toda una fortuna, teniendo en cuenta que un poco más tarde ese era el sueldo anual de un juez de la Real Audiencia, y que los sarmientos vendíanse cada uno en cien pesos, suma que hubiera podido juntar un peón trabajando tres meses.

Como en todo lo concerniente a los albores de los cultivos españoles en Ultramar, una aureola de leyenda envuelve también al olivo. Como narra García Mercadal<sup>4</sup>, consta en el Libro de Tesorería de la Casa de la Contratación de Sevilla que los primeros plantones de olivo destinados al Perú fueron comprados a Juan de Baena, alcalde de la sevillana población de Olivares. Uno de estos recaló en Lima, en el huerto de Antonio Rivera, acomodado vecino que lo cuidó con tanto esmero como para ponerle incluso guardia armada.

Pero era tal la voluntad que despertaba aquel pequeño vástago, añoranza de la España remota, que, pese a todas las precauciones, una noche fue robado. Y quiso la fortuna que este mismo olivo apareciese muy lejos, en Chile, donde prendió, y se multiplicó hasta convertirse en la génesis de los olivos peruanos. La historia se retuerce aún más, pues asegúrase que el mismo olivo fue repuesto a su huerto primitivo, el del apenado Antonio Rivera, donde pervivió cientos de años más, siendo conocido como el *olivo castellano*.

Como puede imaginarse, ante la demanda y el precio de los primeros años, nadie pensaba por entonces en fabricar vino o aceite, y los frutos se consumían en crudo. Pero lo magnánimo del clima aumentó la oferta, y con ello cambiaron muchas cosas. En 1596, aquellas aceitunas que valían tan gruesos dineros vendíanse a razón de dos pesos la fanega, el sueldo diario de un peón. E idéntica evolución había acaecido con las uvas, pues por las mismas fechas ya se vendía una parra en tres o cuatro pesos. Por lo que se decidió a pasar a la fase de producción de aceite y vino. Dos siglos después, solo en la comarca peruana de Arica se produjeron 400.000 arrobas de aceite. Y las tierras peruanas sacaban cosechas de vino continuamente, pues, a diferencia de España, la vid no perdía la hoja en todo el año, y bastaba con podar según un cierto orden para que saliera fruto de modo regular.

La consecuencia obvia fue que América empezó a autoabastecerse de aceite y de vino, y las importaciones españolas decayeron bruscamente. Los aceiteros y vinateros peninsulares se movilizaron de inmediato y actuaron de grupo de presión sobre las autoridades, urgiendo que se pusieran restricciones a ambas producciones. Lo que lograron, pues se dictaron normas para frenar la siembra de nuevas plantas en América y restringir la producción, pero nada de ello fue cumplido, y el vino y el aceite americanos

continuaron creciendo.

### *Otros cultivos: legumbres, hortalizas, café*

Las legumbres y hortalizas españolas también fueron exportadas al Nuevo Mundo. Entre las primeras cabe citar las lentejas, las habas, los guisantes y los garbanzos. También los llamados *frijoles de Castilla*, que debió ser la judía careta, una de las variedades de judía blanca. Las hortalizas apenas eran conocidas por los indígenas, y la colonización española sembró lechugas, escarolas, cardos, acelgas, berzas, coliflor, cebollas, cebollinas, puerros, espárragos, alcachofas, apio, borrajas, espinacas, guisantes, berenjenas. Y tubérculos, como los rábanos, nabos, remolachas y zanahorias.

Algunas variedades, como las cebollas y las zanahorias, alcanzaron tamaños descomunales, como expresa la cita del insigne naturalista-escritor Acosta, quien dijo ver «rábanos más gruesos que el brazo de un hombre». También aprovecharon las cebollas y los ajos, estos muy del gusto de los indios, quienes en general no apetecían en exceso estos nuevos recursos vegetales, con algunas excepciones, como el ajo, que comían en crudo y con fruición porque decían que les calentaba el estómago. Los ajos fueron en un principio primorosamente sembrados y cuidados, pero se propagaron tanto que acabaron asilvestrándose y creciendo en el borde de caminos y cunetas.

También se llevaron cultivos complementarios y sazoadores, como anís, perejil, comino, laurel y jengibre. Y romero, hierbabuena, albahaca, mejorana, tomillo... Contábase que un limeño trajo en 1604 azafrán a la vuelta de un viaje a España, lo sembró en su huerta y le fue robado, cerca ya la cosecha, sumiendo al dueño en profunda depresión. Entre las plantas textiles y forrajeras citemos el lino, cáñamo, mimbre, alfalfa y trébol, así como el algodón cultivado en Europa, más fino que el silvestre que crecía en América, pero que ya sabían usar los indios, al igual que el maguey o pita nativa.

Y otro producto que llevaron incuestionablemente los españoles (pero cuya introducción en América se disputan holandeses y franceses) fue el café, que prosperó en Ultramar hartó mejor que en la metrópoli e incluso que en Abisinia, su lugar de origen. El café se difundió en América de modo extraordinario, hasta el punto de erigirse en uno de los signos de identidad del continente, y vastos cafetales ocupan hoy regiones geográficas enteras de Centroamérica, Brasil o Colombia.

Como se ha mencionado, las primicias de cualquiera de estos cultivos eran objeto de máxima celebración por los españoles, que

añoraban los alimentos de su patria chica y pagaban por ellos cualquier precio. Como observó Humboldt, «cada vez que maduraba una fruta de Europa, venía a ser una fiesta». Cítase como ejemplo el caso del padre del Inca Garcilaso, el veterano guerrero don Andrés de Vega, quien reunió a sus antiguos compañeros de armas para compartir con ellos y saborear con unción la primera cosecha de espárragos que se recogió en el llano del Cuzco, compuesta por tres unidades.

### *Las frutas españolas*

En América crecía una amplia nómina de frutos, pero España incorporó los suyos al continente. Se llevaron calabazas, pepinos, sandías, melones, limones, toronjas, limas, manzanas, peras, membrillos, melocotoneros, albróchigos, paraguayos, cerezas, guindas, granadas, higos, fresas y fresones, frambuesas, así como nogales, almendros, avellanos y piñoneros, según consta con la minuciosidad de rigor en el Libro de la Tesorería de la Casa de la Contratación, que da cuenta puntual de todos y cada uno de los embarques. En un principio se enviaron en forma de semillas, pero la práctica aconsejó remitir plantones sobre barricas cortadas por la mitad, pese al evidente gasto de espacio —y de agua— en unas naves que de por sí viajaban atestadas de personas y mercancías.

Algunos de estos frutos se encontraban en la contraorilla atlántica en estado montaraz, como los naranjos y los limoneros de las Antillas, pero fueron mejorados por las elaboradas y finas variedades peninsulares. Hubo diferencias en cuanto al grado de aclimatación, pues así como los higos, al decir de Mercadal se daban todo el año, otros como el membrillo no sacaban sino un ruin fruto, pequeño, áspero y nudoso. En Lima hay cita de una granada de mayor tamaño que una botija de aceite, y los albaricoques de la huerta del limeño Gonzalo Guillén le rendían una barra de plata cada año. La comarca central de Nueva España se caracterizó por producir copiosa y excelente fruta, y los indios recibieron con entusiasmo los frutos peninsulares, de igual modo que la carne, acaso por sus deficiencias en azúcares y proteínas, respectivamente.

Bernal Díaz del Castillo, compañero de armas de Cortés y autor de una afamada obra sobre la conquista de México, se vanagloriaba de haber sido el introductor de la naranja en América, a partir de un puñado de pepitas que sembró en su jardín de Cuba. Marchó luego a las guerras aztecas, y a su vuelta, años después, se encontró con unos hermosos naranjos que los nativos habían cuidado y librado de los insectos.

Ni que decir tiene que las primeras frutas de un árbol eran

recibidas con la mayor algazara por los españoles, que llegaban a colocar las piezas en las manos de las estatuas de la Virgen y los Santos, o bien en las andas del Santísimo, en la procesión del Corpus Christi. Lo propio ocurría con las flores, pues se exportaron rosas, lirios, claveles y otras muchas especies. Menciona Tudela<sup>5</sup> que, cuando llegaron las primeras semillas de rosa a Lima, se celebró una misa con ellas depositadas sobre el altar. Y cuando la planta dio flores, el arzobispo Jerónimo de Loaysa colocó en las manos de la Virgen la primera rosa abierta en el Perú.

De esta forma, en los galeones españoles viajó el más completo muestrario de la agricultura y los cultivos ibéricos y europeos. De un modo u otro, y siempre contando con dos excelentes laboratorios de experimentación, el archipiélago canario y la plataforma antillana, arribaron los cultivos conocidos entonces en España y Europa. Repitiendo una y otra vez el método de la prueba y el error, con contumacia encomiable se lograron difundir las plantas hispanas, enriqueciendo de modo extraordinario el catálogo botánico original de las Indias. Como ha señalado Weckmann<sup>6</sup>, en 1652, de las 247 variedades explotadas en América, 199 eran de origen europeo, mayoritariamente procedentes de España. Con razón decía Cortés en una de sus Cartas de Relación enviadas al emperador, que

... todas las plantas de España se dan muy bien en esta tierra, y así suplico a V. M. mande a la Casa de Contratación de Sevilla, que no se haga a la vela ningún barco para este País sin que traiga plantas y semillas.

No es de extrañar, por tanto, que el prestigioso y afamado barón Alexander von Humboldt, que viajó con el bagaje de la ya difundida *Leyenda Negra*, pero también con la objetividad que caracteriza a los mejores científicos, al recorrer los reinos españoles de América se preguntara cómo ese juicio acuñado en Europa solo recogía los deméritos, sin apreciar los méritos. En palabras del propio barón:

¿Cómo no se ha conservado en todo el Universo el nombre de los que, en vez de asolar la tierra, han sido los primeros en llevar la riqueza de las plantas útiles al hombre?

Además de difundir los cultivos europeos, España realizó una labor de expansión por todo el orbe americano de las propias plantas del Nuevo Mundo, ya que no todas ellas gozaban de una expansión generalizada. Así, del Perú llevó la patata a México, donde era desconocida; el cacao fue trasladado de Nueva Granada a

Venezuela, y el algodón, desde el Perú a la Cuenca del Plata.

### Cultivos americanos en España. Una revolución alimenticia para Europa

Si importante fue para América el aporte de cultivos europeos, de mucho más hondo alcance fue el camino de vuelta, la introducción de plantas americanas en el Viejo Continente. Porque, como señala Eloy Terrón<sup>7</sup>, estas nuevas plantas vinieron a resolver las cíclicas hambrunas europeas, debido a que los tradicionales cultivos, salvo el mijo y el trigo tremesino, eran de ciclo largo, sometidos pues a los azares y rigores del clima durante muchos meses del año.

Pero a través de España llegaron a Europa dos cultivos de ciclo corto que vinieron a mitigar los efectos del nada infrecuente fracaso de los cereales de invierno. Estos dos productos, verdaderamente fundamentales, fueron la patata y el maíz, y merecen las más encomiásticas alabanzas porque cumplieron ese papel protector de las clases populares europeas, las principales beneficiarias de los nuevos alimentos. A partir de entonces no solo lograron sortear el peligro siempre latente de la inanición, sino que mejoraron su dieta al pasar de las gachas de mijo a las de maíz y a la patata cocida, y el maíz conoció también una dispersión excepcional en el ámbito europeo, como forraje animal desde la segunda mitad del verano.



## *La patata*

La patata conoció su mayor difusión en Irlanda y en los países balcánicos. Los agricultores de las faldas andinas, de donde es originaria la patata (papa en idioma original, nombre que ha conservado en América y también en Canarias), la trabajan con una azada llamada *chaquitaklla*, algo más elaborada que la coa o palo cavador mesomexicano. Ellos sentían gran afición por un derivado de la patata, el chuño, simples patatas puestas a secar al aire, al sol y al frío de los Andes. Una vez que la patata soltaba la aguaza, obtenían por rallado una harina, con la que hacían una especie de pan. Fue la papa el alimento por antonomasia de las clases populares andinas, ya que la aristocracia incaica se reservaba para sí el maíz, que demandaba mucha agua y las mejores tierras del Altiplano, destinándose a la rústica papa los peores suelos. Pero es que los granos de maíz se consideraban alimento sagrado, ya que su tono dorado los hacía merecedores de su apelativo como «lágrimas del Sol», las que destilaba el astro rey, el dios universal del Imperio inca.

Pero como tantas veces ha ocurrido con las cosas de España, nación de tantas iniciativas y creaciones, pero tan mal comerciante de sí misma y de sus realizaciones, la gloria y los honores de una aportación trascendente para la humanidad como fue la entrada en Europa de la patata no recayeron sobre España, sino sobre terceros países, quedando para España tan solo el sabor amargo, el martilleo acusador de la *Leyenda Negra*.

Y es que la humilde patata, aunque descrita y sembrada en España desde los albores del siglo XVI, no gozó de predicamento en la literatura ni en la mesa de las clases pudientes, las únicas que se arrogaban entonces el derecho a hacer la historia, en la que solo entraban las cosas y los hechos reconocidos por ellas. Y, desde luego, por aquel tiempo, la modesta patata no tenía lugar alguno. Como derivado de lo que había ocurrido en el Imperio inca, era un cultivo despreciado, por reservado en exclusiva a las clases pobres, que la sembraban en áreas marginales, o en los ocultos rincones de las tierras señoriales de las que eran aparceros.

La patata llevaba, pues, al menos cien años como vergonzante alimento de las clases humildes españolas, su cultivo se recluía en el ostracismo de las más ruines parcelas de los latifundios, e incluso la comían ya los ejércitos españoles destinados en Italia. Y henos aquí que un día el cultivo penetra en Irlanda, adquiere su nombre



definitivo, *potato*..., e Irlanda se apropia del merecimiento de ser el país introductor por antonomasia de la patata en el Viejo Mundo. Y, más injusto aún, consumados piratas como Walter Raleigh y Francis Drake (ambos *sir*) quedan vinculados a la historia de la incorporación de la patata al acervo alimenticio de Europa, y a *sir* Drake se le erige un monumento en Alemania como salvador de las hambrunas campesinas, al haber concedido a Centroeuropa tan maravilloso regalo. Y todo ello mientras la comarca de la Limia, en Orense, llevaba ya decenios cosechando sus excelentes patatas, y no había labrador castellano o andaluz de cien años atrás que no las conociera.

### *El maíz*

Otro producto remediador de ayunos fue el maíz. Se atribuye a Colón haber sido su introductor en España, aclimatándose en primera instancia en Andalucía. Pero es un cultivo que demanda agua, más de la que la media del espacio rural español puede suministrar, y por ello acabó por asentarse de preferencia en la más húmeda cordillera cantábrica, donde forma parte esencial de su paisaje.

El maíz, al igual que la patata, fue sembrado en áreas marginales de los predios españoles, a cubierto de las miradas de los amos, a salvo de diezmos, como producto clandestino y casi deshonesto. El maíz (que ya se sembraba en España en 1530, como atestigua Fernández de Oviedo, que lo vio por esas fechas en un campo de Ávila), transformado en harina y consumido en gachas, panes o tortas, vino a sustituir al mijo, y llegó a convertirse en el producto básico de la dieta europea popular, tanto o más que la patata cocida. En España, las clases rurales menos favorecidas (y España fue un país rural hasta mediados del siglo XX) tuvieron en las gachas de maíz el pilar de su alimentación, hasta que, a mediados del siglo XX, cuando España dejó de ser sociológicamente rural, la harina de maíz fue casi enteramente sustituida por la más fina de trigo. En cambio, pervivió como forraje animal, al ser una cosecha de mediados de verano y principios de otoño.



*El maíz y la patata americanos traídos por España liberaron a Europa de sus cíclicas hambrunas.*

### *El tomate, la yuca, la batata, el pimiento*

El tomate es otra de las grandes aportaciones americanas a la dieta europea de la Edad Moderna. Los expedicionarios de Cortés, al penetrar en el mágico recinto de Tenochtitlan, cuyo mercado bullía de gentes y mercancías, se quedaron atónitos ante el muestrario de tomates que allí había. Según relata Bernardino de Sahagún:

... los marchantes vendían tomates grandes, pequeños, verdes, delgados, dulces, grandes tipo serpiente, tomates que se cultivaban en la arena, y los que eran amarillos, muy amarillos, bastante amarillos, rojos, muy rojos, bastante rojos, rosados... el mal vendedor era el que vendía los tomates deshechos, mal tratados y los que causaban diarreas.

Y otro ilustre partícipe de la hueste, Bernal Díaz del Castillo, cuenta que «en Cholula, los indígenas querían matarnos y comer nuestras carnes, y tenían las ollas listas con pimientos, tomate y sal».

No agradó en principio en las buenas mesas castellanas el aspecto ciertamente exótico del tomate, y fue repudiado durante largo tiempo, pues considerábase ponzoñoso un fruto que exhibía tan intenso color rojo (en la naturaleza, un color vivo, como el que presentan muchas setas, es una señal de advertencia a los posibles aprehensores, quienes lo identifican con veneno y se alejan). Pero luego se convirtió en un alimento de primera importancia en la dieta y en la cocina europeas, contribuyendo a ello los añadidos complementarios del tomate, como el aceite y vinagre, del mismo modo que muchos otros nutrimentos indianos mejoraron con los ingredientes europeos.

La yuca o mandioca es uno de los grandes alimentos mundiales. Su nombre acaso dice poco a los consumidores, pero su derivado, el pan cazabe, fue uno de los principales sustentos de los españoles en América durante los primeros tiempos: «La conquista de México se llevó a cabo alimentándose de pan cazabe y tocino». Desde luego no era del gusto de la tropa, pero tenía a su favor su larga conservación, hasta un año y más, y por ello se hizo indispensable en las navegaciones y en las expediciones de conquista, acompañando al maíz, al tocino y a los puercos vivos transportados por su propio pie.

La batata o camote, como vimos antes, era uno de los cuatro mantenimientos precolombinos. Prosperó mucho su cultivo en Lanzarote, a partir de la utilización de la arena o *jable*, agente que pasó de ser enemigo acérrimo de los agricultores, que no sabían cómo quitarse la arena de encima, a eficiente aliado. Se aprendió a dejar las tierras en barbecho, permitiendo que penetrara el jable y refrescara los suelos antes de ser cultivados, momento en que se levantaban bardos para impedir el paso de la arena, existiendo incluso tribunales voluntarios que aseguraban el reparto equitativo del jable. Fue un caso de adaptación máxima del hombre a las condiciones ambientales, del mismo modo que, años después, el picón, la ceniza volcánica, se convirtió en otro valioso colaborador de los cultivadores lanzaroteños, por sus cualidades higroscópicas, que le permiten captar la humedad del rocío, convirtiendo al picón en sustitutivo del agua de regadío, en unos parajes prácticamente ausentes de ella.

El pimiento se difundió con rapidez en España, por su doble uso como hortaliza y como especia. Sobre la pimienta presentaba la no escasa ventaja de su precio, pues mientras esta era uno de los

costosos productos orientales exóticos, el pimientó estaba al alcance de cualquiera que poseyera un pequeño huerto. El pimientó fue otra de las variedades botánicas de América que conoció en España nuevas aplicaciones, pues una vez seco y molido se obtiene el pimientón, condimento indispensable desde entonces en la charcutería ibérica.

Una subespecie del pimientó fue el chile, usado a veces como tributo, pero sobre todo como condimento en las salsas desde los tiempos precolombinos, pues en casi todos los yacimientos se encuentran restos del mortero dedicado a machacarlo. El chile imprime a las comidas su fuerza picante característica, lo que no resulta apetitoso para los paladares europeos. Algunos autores opinan que la cualidad altamente picante permitía una mayor absorción de los demás alimentos primitivos, y cabe preguntarse si la razón estriba más bien en la antigua falta de proteínas cárnicas de la población amerindia, que suplían con alimentos como el chile, y que explicaría también la gran afición que manifestaron hacia el ajo consumido en crudo, porque «les calentaba el estómago».

Del Nuevo Mundo se importaron también las judías, aunque conservaron su nombre andaluz de *frijoles*. La variedad oscura ha sido uno de los sustentos más extendidos entre las clases populares americanas, por su alto contenido proteínico, superior al de otras legumbres metropolitanas como los garbanzos, las judías blancas y los guisantes.

### *El tabaco, el chocolate*

Suele decirse que las Antillas proporcionaron los productos que deleitan la sobremesa de los países europeos: el café, el azúcar, el buen tabaco y el ron. Aunque el café y el azúcar (de la caña también se extrae el ron) no son oriundos de América, puede afirmarse que fue necesario su paso por las islas caribeñas para que su consumo se generalizara en Europa, de modo que bien podemos atribuir, por adopción, la cualidad de *americanos* a ambos.

Los españoles que desembarcaron en Cuba se asombraron al ver *comer humo* a los aborígenes, y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en su relato *Naufragios y Comentarios*, citaba a los indios «que se emborrachan con humo».

Pero esta planta solanácea acabaría por incorporarse a los hábitos cotidianos occidentales. Su producción se asemeja a la de la caña de azúcar en su carácter extensivo, pero se diferencia en que la caña exige más resistencia física, mientras que el tabaco requiere más preparación técnica. Expertos canarios que se mostraron muy duchos en la técnica tabaquera, fueron llamados para dirigir las

plantaciones antillanas, y en las propias Canarias encontró el tabaco un clima apropiado, pero su producción no se expandió hasta que la aparición de las sintéticas anilinas dio al traste con otro producto ultramarino natural realojado en Canarias, la cochinilla, empleado hasta entonces como colorante, y que formaba parte de la base económica del archipiélago. Desde entonces, el tabaco progresó notablemente en las islas, creándose las grandes industrias tabaqueras de Canarias.

A la nómina de las citadas delicias de la sobremesa debiéramos añadir una más, esta sí genuinamente americana, el chocolate, producto obtenido del cacao, materia prima de todas las ricas variantes de chocolate. En la América prehispánica el cacao fue producto de valía, hasta el punto de que los aztecas usaban sus almendras como moneda de pago, como pudieron comprobar los compañeros de Cortés en el misceláneo mercado de Tenochtitlan.

El mágico aditivo europeo, que transformaría al amargo cacao en exitoso chocolate, fue el azúcar. Con ello, el chocolate no solo ganaba el fervor entusiasta de la población europea a partir del siglo XVIII, sino que, como en el caso del tabaco, generaba un hábito, el de la merienda. El chocolate se instalaba en las mesas tradicionales de las buenas familias europeas, hasta el punto de que, corriendo el tiempo, tomar chocolate fue considerado *conservador*, y café *liberal*. Sobreviven aún en las más recónditas esquinas del mundo hispánico retazos de estas viejas costumbres: la Sociedad folklorista de Nuevo México es una organización impulsada por mujeres que, ataviadas a la usanza española, celebran cada año la *merienda*, a base de chocolate y bizcochos.

### *El girasol, el maguey, las plantas industriales*

El girasol y el cacahuete se cuentan hoy entre las treinta plantas de cultivo más extendidos en el mundo. El girasol, originario del norte de México, no se implantó con fuerza en Europa hasta que se afincó en las estepas rusas hacia el siglo XVIII, desde donde irradió hacia el resto del continente. Ambas plantas conocieron su propagación definitiva a partir de su utilización aceitera.

El maguey o pita y el nopal o chumbera son plantas notorias en muchos sentidos. Del maguey se extraía el pulque, la bebida azteca por excelencia, cuyo consumo creció de forma exponencial a partir de la ocupación española, causando verdaderos quebraderos de cabeza a las autoridades. Variante del pulque es el tequila, más vigorosa incluso que el pulque.

En cuanto al nopal, su historial es más denso aún en acontecimientos. En el México precortesiano lo conocían como

tunas, y sabemos de ellas por las crónicas de aventureros como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien antes de culminar su odisea de recorrer el largo sur de los Estados Unidos a pie, desnudo y sin armas de ninguna clase, había vivido como esclavo de las tribus norteamericanas del este durante cuatro años. Eran pueblos tan misérrimos que se alimentaban de tunas y nomadeaban por el territorio buscando la maduración del fruto. Una vez daban con un filón de tunas, las secaban al sol, haciendo como unos higos, y emprendían viaje en busca de otras tuneras maduras.

Nuevos episodios aguardaban a estas tunas, nopales o chumberas, pues en ellas anida y cría un particular insecto, la cochinilla, que seco y molido es el que se usaba para teñir de color grana intenso los tejidos en el antiguo Imperio mexicana. La cochinilla, a bordo de las chumberas, saltó el Atlántico y fue establecida en Canarias, para que siguiera rindiendo su servicio en la industria del colorante, lo que hizo cumplidamente hasta que aparecieron las anilinas, lo que determinó su abandono. Pero la planta huésped, la chumbera, siguió dando servicios, pues, por su gran capacidad de arraigo, su sobriedad hídrica y sus altas condiciones para fijar el suelo, fue empleada para formar setos vivos en las zonas más secas de España. En los paisajes actuales de Andalucía, Extremadura y el Levante abundan las chumberas, delimitando fincas y sirviendo como guardarrayas, y su presencia, acompañada no pocas veces del maguey o pita, es un eco lejano de las tierras de la América árida.

Otros cultivos de uso industrial, en este caso textil, fueron el henequén, probablemente de origen maya, y el algodón, que se cultivaba en ambos mundos, pero el de América resultó a la larga más fino y rentable. Y en esta relación de plantas útiles no debemos olvidar al árbol del chicozapote, nombre que en sí es poco ilustrativo, pero otra cosa es si reparamos en la resina gomosa que se extrae de su tronco, y que los indios masticaban y llamaban *chicle*. Otro producto masticado era la coca, asociada a los más ancestrales hábitos de los habitantes andinos, consumida para reponer el enorme gasto fisiológico que supone vivir a cuatro mil metros de altitud. Los españoles se maravillaban cuando veían cómo los nativos, masticando una bola de coca, parecían no cansarse nunca caminando por aquellos senderos altiplánicos, donde falta el oxígeno. La coca, de efectos euforizantes, entró en la composición original de la famosa Coca-Cola, luego eliminada, y como cocaína se convirtió en uno de los grandes problemas sociales a partir del último tercio del siglo XX en los países desarrollados. La modesta coca de los nativos del Altiplano ha pasado a erigirse en una poderosísima industria ilegal que deja un trágico reguero de miles

de víctimas cada año y que mueve miles de millones de dólares, tanto para consumirla como para combatirla.

Más inocuos resultaron los excelentes frutos tropicales americanos, como la piña, la chirimoya, el aguacate, la papaya, el guayabo o la zarzaparrilla. Cuando Fernando el Católico probó la piña, la tuvo como la más excelsa de las frutas. Carlos V, al serle presentada, ponderó su aroma, mas rehusó catarla.

La botánica de América reservaba insólitas sorpresas a los europeos, como ha expresado Warman<sup>8</sup>. La raíz de xalapa se utilizó mucho en Europa durante los siglos XVI y XVII por sus propiedades digestivas. La corteza de la quina permitió mitigar el impacto palúdico de los grandes humedales americanos, como los Llanos, el Pantanal, la vertiente húmeda de la Pampa o la Amazonia en época de inundaciones. Sin ese descubrimiento, del que ya sabían servirse los nativos, hubiera sido mucho más difícil colonizar estas áreas palustres. El anticonceptivo conocido como la *píldora* se extrajo del barbasco, que germina en las costas mexicanas.

Las posibilidades que ofrece la vegetación americana son inmensas, y baste el ejemplo del arbusto guayale o jojoba, que podría poner remedio a la previsible extensión de las ballenas, pues produce un aceite sustitutivo del aceite de esperma de los cetáceos, utilizado en la industria cosmética y causa principal de la caza ballenera. Actualmente se investigan las propiedades proteínicas de alimentos indígenas primitivos, como la quinoa y el huautli. Es imposible calibrar la importancia de los secretos que para la ciencia, la medicina o la economía encierra un ecosistema tan rico y denso como el bosque amazónico, donde se sabe que existen varios millones de especies animales o vegetales sin clasificar aún y, por tanto, sin conocerse sus propiedades. Con toda probabilidad, la deforestación acelerada de esta floresta deja inéditos muchos de estos descubrimientos, sumiendo en la oscuridad eterna el inmenso arsenal de oportunidades que encierran las selvas para el futuro de la humanidad.



*El ganado español se extendió de modo prodigioso por los campos americanos.*



# LA GANADERÍA

## El déficit ganadero ancestral de América

Si la agricultura americana contribuyó a transformar el panorama social y económico de Europa, la contrapartida fue la ganadería exportada por España, que hizo lo propio respecto a América, alterando de forma radical los hábitos alimenticios y cotidianos de la población amerindia.

La ganadería poseía viejas raíces en España, y lejanos testimonios dan cuenta de la presencia de animales domesticados en Iberia. Uno de los diez trabajos de Hércules fue robar los toros del rey tartésico Geryón, cuyo imperio se asentaba a orillas del Guadalquivir, muy probablemente en los confines de las actuales marismas, tal como están confirmando recientemente las últimas técnicas de prospección arqueológica. Que no solamente localizan a Tartessos en Doñana, núcleo de las marismas, sino que identifican a Tartessos con el mítico reino de la Atlántida, tal como anunció genialmente a principios de siglo el arqueólogo alemán Schulten, que sitúa la capital de Tartessos —la Atlántida— en el Cerro del Trigo de Doñana. También Ulises, en la odisea de su viaje, nadó desde su barco, atravesando la peligrosa barra del río, hasta las extensas planicies béticas, y pudo contemplar las reses que pastaban en ellas.

Como señala Eduardo Laguna<sup>9</sup>, la ganadería española en la época del contacto hispanoamericano era el resultado final de un largo proceso, en el que se fueron acumulando los aportes de múltiples sangres, desde que los pueblos iberos y turdetanos se asentaron en nuestro solar y, una tras otra, las restantes civilizaciones que lo ocuparon dejaron su impronta: fenicios, romanos, árabes, visigodos... Hasta que, al término de la Reconquista, las llanuras andaluzas y extremeñas se erigen en regiones de vocación claramente ganadera, ya que como ha apuntado Weckmann<sup>10</sup>, una vez que muchos de los territorios iban siendo liberados de la ocupación árabe, sus rescatadores encontraban preferible dedicarlos a la ganadería extensiva, antes que a la producción de vid o de trigo. España adoptó, pues, una

nítida idiosincrasia ganadera, con su cadena de derivados: la hacienda, el uso del cuero, la trashumancia, el empleo de un vocabulario específico, la configuración del tipo humano del vaquero... Todo ello conformaba no solo una estructura económica, sino un ámbito cultural propio y de fortísima personalidad, que sería trasplantado *in toto* a América, donde pronto habría de adquirir carta de naturaleza y desarrollar sus propios destinos.

Mientras la ganadería alcanzaba su cénit en España, en la América prehispánica apenas se conocía. Era muy escaso el ganado autóctono disponible para los indígenas, citándose tan solo los guajolotes o pavos, los cuis o cobayos, las llamas, las alpacas, unos perros mudos de las praderas del norte y otros perros lampiños de las áreas andinas, parvo bagaje para alimentar a una población que, en el más conservador de los cálculos, sumaba una decena de millones de personas.

Únicamente la llama gozaba de mayor entidad, pues era empleada por los habitantes andinos para el transporte por los difíciles senderos de montaña, citándose recuas de hasta dos mil cabezas, lo que fue aprovechado por los españoles en el transporte de metales desde Potosí. Pero la llama no cubría los requisitos a entera satisfacción, pues era animal lento, en exceso flemático, así como de voluble carácter, muy en la línea de los demás camélidos. No había en el continente otros animales de tiro, a excepción de los perros de las grandes praderas, que empleaban los indios para el acarreo de las tiendas y enseres, y también como fuente de alimento.

Precisamente a esta carencia cárnica atribuyen algunos autores la razón última de la antropofagia amerindia, que tanto espanto causó a los conquistadores. En la zona antillana era costumbre el sacrificio humano y posterior salazón de la carne, y en el valle de México los cuerpos de los sacrificados entraban de inmediato en el mercado de consumo. En cambio, las tribus de América del Norte no precisaban recurrir a tales extremos, abastecidas como estaban por las grandes manadas de bisontes, y asimismo se achaca a este suministro de carne su mayor altura respecto a los indios de las áreas situadas más abajo. No debe olvidarse, empero, que existe una relación casual directa entre la altura y el medio físico, y, así como los habitantes de los bosques son de baja estatura, los de las sabanas son más altos, como mecanismo de defensa y de depredación en la llanura, y esto es aplicable tanto a los animales como a los hombres. En América hallaríamos razas altas en las praderas del norte y en las del sur (por ejemplo, los indios patagones, a los que se atribuye una talla gigantesca, cazadores de guanacos en las vastas y solitarias pampas del Cono Sur).

En este contexto general de deficiencia de proteínas cárnicas se entiende, pues, lo que debió significar para América el abasto regular de ganado, desde el segundo viaje de Colón, que embarcó caballos, vacas, gallinas y puercos, parte desde Andalucía, parte desde Canarias, centro de primera importancia en el suministro ganadero a América. A este viaje habrían de seguirle muchos otros análogos, debiendo destacarse el del buque *San Carlos*, llamado el *Mayflower del suroeste*, comandada por Portolá y Serra, y que desembarcó en la costa pacífica de Norteamérica aperos y muchas cabezas de ganado. Mientras, por vía terrestre, a través de la ruta desde México a Santa Fe que luego sería bautizada como el Camino Real de Tierra Adentro, el colonizador Juan de Oñate introducía en América del Norte caballos, ovejas y cerdos.

Unos pocos decenios después de los primeros arribos, las Antillas conocían una explosión ganadera inusitada, y lo mismo aconteció cuando el ganado español alcanzó la tierra firme. Vacas, caballos y cerdos se multiplicaron prodigiosamente, en un territorio que parecía expresamente diseñado para ellos. No necesitaron el largo período de adaptación de las plantas, con sus continuos fracasos que se superaban solo con la tenacidad de intentarlo de nuevo. Los ganados no precisaban cuidados y se multiplicaban solos, en lo que con certeza puede calificarse de explosión demográfica. Al fin y al cabo, como vimos antes, no era otra cosa que la ocupación de un nicho ecológico vacío, que el ganado aprovechó para multiplicarse. Lo hizo de tan incontenible modo que muchos ejemplares se alzaron, haciéndose cimarrones. Al hacerlo modificaban sus hábitos e incluso su aspecto físico. Las torpes vacas cobraban inusitadamente agilidad en la huida (aún es posible descubrir algunas vacas silvestres en las Ciénagas de Zapata, en Cuba, últimas herederas de aquellas cimarronadas antillanas), los caballos se reunían en tropas y alargaban sus crines y los cerdos se escamoteaban en la cripta sombría de la selva. Pero todos ellos se acercaban al hombre y se asediaban y arruinaban los cultivos indígenas, al punto de que el virrey de Nueva España Antonio de Mendoza hubo de indicar a su sucesor en el cargo que se abstuviera de introducir nuevos ganados mayores, por los graves quebrantos que causaban a los indios, y el propio Felipe II tomó medidas para corregir los excesos de unos cuadrúpedos asilvestrados que llegaron a ser conceptuados como una plaga. Era, en definitiva, el eterno conflicto entre ganaderos y agricultores, entre nómadas y sedentarios, de tan luenga tradición en la península ibérica, y que no se solucionaría en América hasta el siglo XIX, con la

introducción generalizada de la cerca de alambre.

En el lado positivo, la ganadería supuso toda una revolución para el mundo americano. En primer lugar, en la alimentación, pues introdujo en América la carne, de la que los pueblos nativos andaban tan cortos. En este sentido, el saldo a favor de España fue muy superior, como en lo vegetal la balanza se inclina del lado de América. En segundo término, al insertar el ganado en el Nuevo Mundo, España llevaba la tracción animal, lo que a la postre supondría la liberación del indio, habituado a cargar pesados fardos en su propio cuerpo, o a trazar surcos en la tierra con su sola fuerza. Así pues, como han señalado numerosos autores, bien puede afirmarse que España trocó ganado por metales preciosos, y sin duda la América de hoy no podría entenderse sin la presencia ganadera, que ha hecho de ella el principal productor del mundo en carnes y cueros. En tal sentido se cita con frecuencia la frase del jesuita Ricardo Cappa, quien sostiene que, si se arrancan hoy las plantas y los animales llevados por los españoles, quedaría un paisaje triste y desolador. Ciertamente, la progresión exorbitante del ganado en América nos revela que el paisaje lo estaba «pidiendo», y que de algún modo los indígenas hubieran acabado poblando los campos con ganado domesticado. Pero la irrupción de los españoles anticipó el proceso, quién sabe en cuántos siglos. El historiador Gómara<sup>11</sup>, testigo directo de los acontecimientos en Nueva España durante los primeros años, resumió así el impacto causado por el ganado:

Carecían de bestias de carga y de leche, cosas tan provechosas como necesarias a la vida; estimaron mucho el queso, maravillados de que la leche cuajase; de la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros, quieren mucho los puercos por la carne, bendicen las bestias porque los relevan de la carga, y ciertamente tienen dellas gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias<sup>10</sup>.

## El Caballo

«No teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos», diría Hernán Cortés en su carta al emperador, en una frase que resume mejor que cualquier otra cosa lo que el caballo significó para los españoles en el Nuevo Mundo. Fue, sencillamente, la principal arma de la conquista, a mucha distancia de cualquier

otra. Por encima de las espadas, las ballestas, los arcabuces y las culebrinas, el caballo fue el instrumento que permitió la penetración de conquista. «Con un caballo se gana esta tierra», diría otro conquistador, viendo cómo la sola presencia del caballo desbarataba muchas veces las filas enemigas.

El caballo fue lo que más sorprendió al indio. Al principio lo consideraban unido al hombre, como un centauro indivisible. Luego tejieron toda suerte de leyendas en torno a él, como que se alimentaba del hierro del freno, o que solo le saciaba el oro. Hay muy famosas escenas con el caballo como protagonista, como aquella galopada de Hernando de Soto, quizás el mejor jinete que hayan conocido las Américas, ante el Inca Atahualpa. A fin de impresionarlo en el primer encuentro que tuvo el Inca con los españoles, forzó cabriolas y corbetas a su montura, y de improviso picó espuelas contra el emperador, deteniéndose a escasos centímetros de su rostro, hasta el punto de que los espumarajos del caballo mancharon sus vestidos, ante su impávida mirada. Por cierto que es muy probable que los caballos causaran indirectamente la caída del Inca y de su Imperio, pues, habiendo podido fácilmente destrozar a la pequeña hueste de Pizarro en cualquiera de los pasos andinos, no quiso hacerlo por la curiosidad que sentía ante los équidos, a los que deseaba ver de cerca.

Los españoles se encargaron de alimentar el terror indígena hacia el caballo, haciéndoles creer que eran inmortales, para lo cual, ante heridas incurables, los enterraban de noche, fuera de la vista de los indios. Pero estos acabaron por conocer su mortalidad, y desde entonces todo su empeño era matar caballos, teniendo en mucho más la muerte de uno solo de ellos que la de diez españoles. Aprecio en el que venían a coincidir estos últimos, pues los caballos fueron escasísimos en las más afamadas batallas de la conquista. Con Cortés entraron en México 16 caballos, y 61 eran los que irrumpieron en la plaza de la Cajamarca bajo las órdenes de Pizarro, cuando se puso fin al Imperio inca. Ya con Juan de Oñate habían cambiado las cosas, pues logró juntar 150 yeguas, 150 potros y 25 sementales para su empresa colonizadora del oeste de Norteamérica.

El caballo era, pues, el ser o el no ser de un soldado de la conquista, y por ello los estimaban en todo su valor. Los protegían con escaupiles, si era necesario los calzaban con herraduras de plata, y su precio en las islas antillanas, base de operaciones para la penetración en tierra firme, alcanzó cotizaciones tan desmesuradas como catorce mil ducados. No muchos años después, de tal modo habían proliferado los caballos que no valían más allá de cinco pesos, y aún menos, pues llegaron a verse mendigos a caballo

pidiendo limosna.

### *Historia de un «cambiazo» providencial*

El caballo había habitado en tiempos lejanos las tierras de América, pero llegó a extinguirse, sin que se sepan las causas, hasta que mucho tiempo después reapareció bajando de las naves del segundo viaje de Colón. Por cierto, no fueron precisamente briosos corceles los que desembarcaron entonces, pues es sabido que Colón dio su aprobación a los lucidos ejemplares hispano-árabes que le fueron presentados en el alarde hecho en Sevilla antes de la partida, pero como cayó enfermo en el momento del embarque, no pudo reparar en que los truhanes mercachifles le dieron el cambiazo, colocando en lugar de los primeros una tropilla de lo que los historiadores han calificado como «matalones», esto es, vulgares pencos.

Sin embargo, no eran tales matalones. Investigaciones recientes han demostrado, incluso con el ADN, que aquellos caballos procedían de las marismas del Guadalquivir, muy cercanas entonces al puerto de Sevilla, ya que se extendían sobre 200.000 ha. Nada más fácil para los pícaros tratantes sevillanos que acercarse a las marismas y hacer la cosecha equina de las caballadas que en estado de libertad galopaban por las extensas marismas. Allí había dos razas, la del caballo propiamente marismeño y la del caballo de Retuerta, una amplia zona que se extiende sobre la línea de contacto entre la marisma y la tierra firme. Marismeños y de Retuerta fueron pues los caballos que embarcaron en las naves colombinas, ambos con la particularidad de ser más bien pequeños y de rústico aspecto, poco que ver con los soberbios ejemplares del alarde inicial.

Pero estas razas contaban con una ventaja excepcional sobre los caballos del alarde: estaban hechos a un ambiente de extraordinaria exigencia, como las marismas, tierras llanas, extensas, sometidas a un cíclico período de inundación y de seca, de frío y de calor, todo en grado superlativo, lo que obliga a sus inquilinos animales, sean caballos, vacas o fauna salvaje, a una excepcional capacidad de sufrimiento.

Y así fue que, donde los espléndidos pero frágiles caballos del alarde colombino hubieran sucumbido sin remedio, los rústicos caballos de las marismas se adaptaron perfectamente. Y una de las razones de tal adaptación fue no solo que eran sufridos, sino que encontraron en América unas llanadas muy semejantes a las suyas de origen. La Pampa argentina, los Llanos de Venezuela y Colombia, los páramos de la Patagonia, las estepas de México y del piedemonte andino, las grandes praderas del suroeste de Estados

Unidos..., tierras abiertas, extensas, donde las caballadas marismeñas se encontraron como en terreno propio.

De ahí que los pequeños caballos de la marisma prosperaran de tal manera en América, y que el tronco inicial del segundo viaje se extendiera por las Américas de modo fulgurante, encontrando a su favor tierras herbáceas excepcionales, muy desaprovechadas por los animales oriundos. Y, con los caballos, penetró en América todo lo que los rodeaba en sus marismas de origen: el manejo del ganado a caballo. Manejo que, como veremos enseguida, se exportó a la América rural entera, de donde hay que deducir la excepcional importancia de las marismas del Guadalquivir, hoy englobadas en el Parque Nacional de Doñana, en la colonización del campo americano.

### *El caballo, transformador de la América rural*

Los conquistadores tenían dos maneras de montar, a la brida y a la jineta. La primera usa estribo largo y compacto, silla pesada, y se emplea para las marchas largas, porque descansa más el cuerpo sobre la silla. La estatua de Pizarro, en la plaza Mayor de su Trujillo natal, le muestra cabalgando a la brida, de pie, la gran espada en la mano. La jineta usaba estribo corto y silla ligera, permitiendo más soltura al caballista, y era el modo de entrar en la batalla. Como dijo el Inca Garcilaso, «mi tierra se ganó a la jineta». Y para un soldado de la conquista lo más honroso era ser diestro en ambas sillas, como lo fue Hernando de Soto.

La irrupción del caballo en América supuso la transformación de su paisaje físico y humano. Físico, porque, como hemos visto, acaeció una explosión demográfica equina que no solo abarató el precio de modo tan drástico, sino que motivó la huida al monte de muchos ejemplares, que se hicieron cimarrones. La Pampa, los Llanos, las praderas de Norteamérica, rebosaban de caballos salvajes, y desde entonces tales paisajes se unieron para siempre a la figura del caballo. Los viajeros cuentan cómo los caballos montaraces se acercaban al galope a las carretadas que cruzaban el Llano o la Pampa, con tal frenesí por hacerse con las yeguas, que llegaban a chocarse con las carretas. En el Llano fueron llamados caballos *cerreros*, *mesteños* en México y *mustangs* más al norte. Estas enormes cimarronadas han desaparecido de los campos sudamericanos de hoy, con excepción de los Llanos venezolanos, donde aún es posible gozar del privilegio de contemplar, siempre de lejos, las orgullosas manadas de caballos salvajes dirigidas por el padrillo. Los llaneros continúan cazando cimarrones con diversas técnicas, como el llamado *hatajo brujo*, una partida de caballos

entrenados para encelar a sus parientes cerreros y llevarlos con engaño al potrero.

En otros lugares, los primitivos troncos de caballos españoles fueron descuidados o mezclados con otras razas, en especial en América del Norte, donde fueron cruzados con castas inglesas, aunque en el *mustang*, que significa «caballo mostrenco o asilvestrado y libre», detectamos los ancestrales rasgos anatómicos del caballo de Retuerta de las marismas del Guadalquivir. En cambio, en áreas como Chile y Perú se hicieron denodados esfuerzos por conservar la sangre primitiva, lográndose al cabo una raza autóctona o criolla, que mantiene las cualidades españolas.

En Perú, por ejemplo, los criadores rechazaron la incorporación de cualquier sangre ajena a la que aportaban los caballos españoles (que llevaban en la suya genes biológicos de los primitivos caballos españoles, de los africanos y de los asiáticos, traídos a la Península por los árabes). Se creó así, a través de sucesivas selecciones, el tipo *caballo peruano de paso*, planteado para las largas marchas, suave, llevadero y de mucho avance en cada tranco, sobre el que se asienta cómodo el jinete, con la rienda no tensa, sino suelta, y las piernas descansando en grandes y largos estribos. También es meritorio el esfuerzo de los criadores norteamericanos del *mustang*.

### *El impacto de la cultura ecuestre en las llanuras americanas. Llaneros, gauchos, charros...*

Mas la aparición del caballo provocó un impacto mucho mayor en lo humano que en lo físico, pues desde su entrada no pudo desligarse ya a las más extensas áreas de América del Norte y del Sur, del *hombre de a caballo*. Las ilimitadas llanuras americanas parecían puestas por la naturaleza para la instalación de esa formidable unidad campeadora que forman el caballo y su jinete. Muchos historiadores han constatado las diferencias profundas de la colonización a pie o a caballo. El poblador angloamericano llegaba a pie, mirando al suelo inmediato donde arar y sembrar, ignorando cualquier otra lejanía, buscando en la tierra un lugar donde instalarse y vivir de ella con las propias manos. El colono español llegaba a caballo, desde cuya altura se divisan infinitos horizontes, despreciando la tierra que ni siquiera pisa y que no piensa trabajar, buscando la rápida fortuna que se esconde allende la línea donde se pone el sol, en lugares ignotos, nimbados por la leyenda de escondidos tesoros, de fábulas y quimeras que él está llamado a descubrir: las Siete Ciudades, Quivira, Eldorado, la Fuente de la eterna juventud, la Ciudad de los Césares... Es la diferencia entre el labrador y el aventurero, entre el sedentario y el nómada, entre el



peón y el caballero.

Y el *hombre de a caballo* arraigó en América. En México se transformó en el charro, cuyo atuendo y costumbres hay que buscarlos en el charro salmantino, de las zonas ganaderas de Alba, Vitigudino, y contornos, donde aún se luce el peculiar atuendo charro en las jornadas festivas. De este charro castellano heredó el mexicano no solo la indumentaria, compuesta por sombrero de ala ancha, chaqueta corta, faja ancha y botas con espuelas, sino también el arte del manejo de las reses a caballo.

Otro de los grandes caballeros de América fue el llanero, en cuya sangre corren flujos español, indígena y algo de africano. Aún puede verse a los llaneros, peones de los grandes hatos venezolanos, recorriendo el Llano a caballo, el pie descalzo sobre las espuelas, sin más propiedades que la montura, el chinchorro donde duermen y su gran sombrero. Señores de las inmensas planicies del Llano, pletóricas de agua en tiempo de lluvias, reseca y amarillentas en la otra parte del año. Un territorio de rara semejanza con las marismas del Guadalquivir, de las que han aprendido otras cosas, como las costumbres, el arte de improvisar versos, las técnicas de caza y, desde luego, el uso del caballo como vehículo único desde el que se rodean hatajos de reses, se lacean novillos, se alancean puercos salvajes o simplemente se cantan joropos acompañados del arpa, el instrumento musical por antonomasia del Llano junto al *cuatro*, la guitarra de cuatro cuerdas.

El Llano y el llanero poseen una fuerte, inigualable personalidad, la del paisaje y el hombre cantados tantas veces en coplas y narrados en novelas como *Doña Bárbara* o *Cantaclaro*. Llanos y llaneros fueron decisivos en las incomprensiblemente cruentas batallas civiles de la Independencia: primero, bajo el mando realista del indomable caudillo Boves; después, a las órdenes criollas de Páez, el más bravo de todos los llaneros, baquiano eximio, conocedor del terreno como para sacarle todo el partido posible y no perder jamás una batalla, que sabía utilizar con insuperable maestría las cualidades de los pequeños y veloces caballos llaneros en golpes rápidos, que no podía devolver la más elegante pero pesada caballería realista.

El Cono Sur de América dio origen a otros dos tipos humanos bien definidos. Uno es el huaso, el jinete de los campos patagónicos linderos con los Andes, de grandes espuelas, representante del orgullo chileno. El otro es el gaucho, el jinete de la Pampa infinita, un criollo curtido en los campos pamperos, que en los tiempos heroicos de las planicies del Plata no conoce las limitaciones, «sin dios, ni ley, ni rey», dueño absoluto de las más extensas llanuras del planeta.

El origen del gaucho se encuentra en el ganado cimarrón, aquellas reses que quedaron sueltas tras la primera y abortada fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza, y que a la marcha de los españoles medraron exageradamente, de tal modo que, si el hambre malogró el primitivo intento colonizador, la sobreabundancia de reses permitió el segundo y definitivo. Había tantas reses montaraces que se originó primero un oficio, el de cuerear, y luego toda una industria, la de las corambres, que eran exportadas a Europa en grandes partidas. Los personajes que hicieron posible la que fue una de las principales actividades comerciales de la América española fueron excelentes jinetes que recorrían la Pampa a caballo localizando las vacas cimarronas, a las que perseguían y derribaban utilizando la desjarretadera, una pértiga rematada en un hierro con forma de media luna, que cortaba los tendones tumbando a la res. Se apeaban del caballo y la degollaban, y luego separaban lenguas, lomos, y sobre todo cueros, abandonando el resto para alimento de zopilotes, caranchos, zorros y perros salvajes.

Estos jinetes, cuando devino la independencia, se convirtieron en los gauchos. La figura del gaucho con sus cantares, sus decires, su sabiduría popular, sus supersticiones, fueron material inagotable para la literatura épica del Plata, retratadora de un estilo de vida que decayó cuando las reses vinieron a menos, se formaron las grandes estancias privadas y se acotó la Pampa con la cerca de alambre, traída por los nuevos pobladores ingleses, siempre tan celosos de su propiedad particular, poniendo fin al romanticismo de toda una manera de entender la vida, sin pasado ni futuro, con solo el glorioso, inmenso presente, llenando el horizonte ilimitado.



*Las Marismas del Guadalquivir fueron*

### *Las marismas del Guadalquivir, cantera de Hollywood*

Mientras en los confines del sur se formaba la leyenda del gaucho, muchos kilómetros al norte, en el septentrión del Imperio hispano, se estaban forjando otros mitos ecuestres. En los territorios de la frontera, en Nuevo México o Colorado, herederos de los vaqueros andaluces cruzaban el territorio a lomos de caballos españoles. Descendían estos de los dieciséis caballos que ponían pie en Norteamérica, por primera vez, bajo el mando de Hernán Cortés. Procedían también de los que trajeron Narváez, Hernando de Soto, Vázquez de Coronado, Juan de Oñate. Estos caballos y estos jinetes cristalizaron más tarde en el vaquero del oeste y en el *cowboy* americano, y ambos copiaron o adaptaron toda la cultura ecuestre y ganadera de Andalucía, pero más precisamente de las marismas del Guadalquivir, región que desempeñó una importancia de primer orden en la colonización rural de las Américas. De allí provenía el rodeo, que no era un espectáculo circense, sino un trabajo necesario para ajustar a las reses, rodeándolas a caballo regularmente, algo que se sigue haciendo en las marismas cada mes de julio; el marcaje a hierro, cada hacienda con su sello propio, al modo andaluz; la montura española, excelente para pasar sobre ella largas jornadas a caballo; la doma, el rico y extenso vocabulario del manejo ganadero, el uso del lazo, el de los zahones, vestidos de Andalucía para evitar la punzadura de la semilla de la jara; el sombrero, las espuelas, la reata, la trashumancia, la carreta, y tantas otras costumbres del *Southwest*, tomadas por el público (incluso por el público español) como genuinamente norteamericanas a través del cine de Hollywood, el *western*, y que no obstante pertenecen al hacer cotidiano de los vaqueros de las marismas béticas.

### *El indio a caballo*

Los indios del norte de América también conocieron el pánico ante el primer impacto de los caballos. Eran tribus dispersas, sedentarias o nómadas, y no existía allí ninguna estructura superior organizada, como en el Imperio mexica o en el inca, lo que hizo mucho más complicada la dominación, tanto para los españoles como para los angloamericanos. Se trasladaban a pie, y vivían sembrando cultivos o cazando bisontes mediante astutas estrategias. Desconocían las cabalgaduras, y se admiraron al ver a los españoles avanzar y combatir sobre las bestias, y, repuestos de la impresión, ellos mismos decidieron hacerse jinetes.

Contra lo que se cree, los caballos indios no proceden de los animales que abandonaban los campamentos españoles y se perdían en las sombras, sino de los que los apaches o comanches robaban, acercándose de noche con el sigilo típico de estas razas. La gran cantera de las rapiñas fue el Camino Real de Tierra Adentro, la caravana llamada *conducta*, que cada tres años partía de México, la capital de Nueva España, con dirección a Santa Fe de Nuevo México, un trayecto plagado de incertidumbres y que duraba seis meses. A bordo de carretas de lona, como las que tantas veces hemos visto en las películas del Oeste, viajaban familias y frailes con sus pertenencias, para colonizar el suroeste de los Estados Unidos. A la conducta le seguían ganados y rebaños: vacas, cerdos, mulas, ovejas, cabras... y también caballos. Y los indios vigilaban de lejos la comitiva, se apostaban en sus atalayas, y, aprovechando las paradas nocturnas, tomando extraordinarias precauciones se deslizaban en la caravana y robaban partidas de caballos. Lo cierto es que los indios aprendieron a montar a caballo, sin silla y con destreza suprema, y se aficionaron a ellos de un modo extremo.

Los caballos transformaron la vida del indio. Culturalmente, los indios de las llanuras, como los apaches, pudieron seguir a los bisontes (los búfalos), en sus migraciones estacionales. Y en lo militar, de inofensivos caminantes pasaron a ser temibles guerreros, que con enorme audacia y habilidad golpeaban inopinadamente los asentamientos españoles. Alzados sobre el caballo, el comanche o el apache se cernieron como la permanente pesadilla de los colonos españoles, que veían inútiles todos los intentos por incorporarlos a la propia cultura hispánica. Más prácticos, y mucho menos humanitarios, los anglos resolvieron quitarlos de en medio o recluirllos definitivamente.

Los propios colonos angloamericanos, cuando traspusieron el Misisipi y se toparon con los colonos españoles, a quienes tachaban de pertenecer a una cultura antigua y poco desarrollada, rechazaron su propio modelo de granja, heno y peón, y adoptaron la cultura española de uso del territorio, el medio más sabio posible para moverse en las distancias inabarcables del Oeste, netamente superior a cualquier otro sistema. E incorporaron, sin añadir cosa, todo el complejo acervo del manejo ecuestre-ganadero. Los caballos traídos por los españoles se habían incorporado definitivamente al paisaje físico y humano del Oeste, así como toda la cultura ligada a él. Como con toda justicia decía el director del Woolaroc Museum de Oklakoма, «todo cuadro en que figure en los Estados Unidos un caballo, es un tributo a España».

Quien viaje hoy por la América rural, por aquella que se extiende fuera del radio de acción de las gigantescas urbes, por esa América plagada de pequeños ranchos, y observe cómo no hay choza o bohío donde no corriteen unos cuantos puercos grisáceos, los *chanchos*, apenas podrá imaginar que todos los millones de cerdos que hoy pueblan el continente desde Canadá a la Tierra del Fuego, proceden de los ocho puercos que llevaba Colón en su segundo y tantas veces comentado viaje, en el que transportó al Nuevo Mundo los pilares de la civilización española, que no era otra que la cultura grecorromana, pues al fin y al cabo lo que hizo España fue *romanizar* América.

Al resistente cerdo rojo o negro, arrancado de las dehesas extremeñas y andaluzas, no le afectó, como ocurriera con las ovejas, el caliente y húmedo aire del trópico. Antes bien, todo indica que se encontró a satisfacción entre los enjambres inauditos de mosquitos, que, si martirizaban a hombres y animales, respetaban la dura pelambre porcina, inmune a sus ataques. El cerdo, indiferente también a las acometidas de las muchas serpientes que menudean en los suelos tropicales, encontró en él alimentos alternativos a la bellota de los pagos andaluces y extremeños. En las Antillas abundaba el maíz, y tierra adentro, la yuca y el algarrobo de Indias, y en las faldas andinas, el tubérculo de la patata, que desenterraba con el arado de su jeta, y gracias a todos esos recursos se desenvolvió sin mayores problemas. Ellos también conocieron una multiplicación sorprendente, alzándose no pocos hasta poblar islas enteras. Cómo sería, que los bucaneros deben su nombre al cerdo cimarrón, su alimento básico, y derivan el nombre del ahumado que hacían de su carne en unas parrillas especiales llamadas *boucans*.

No parece muy adecuada la estampa de una partida conquistadora haciéndose escoltar por una piara de cerdos, pero ciertamente fue así, y el puerco liberó del hambre a muchas huestes en camino. La idea surgió de Cortés, que se hizo seguir de una tropa de cerdos a unos días de marcha en su expedición a las Hibueras, lo que imitaron Belalcázar, Valdivia, Hernando de Soto y muchos otros capitanes en sus incursiones, y gracias a ello no perecieron de hambre y pudieron no demandar alimentos de las tribus nativas, lo que fue siempre innumerable fuente de conflictos con los naturales.

Ecosistemas como la selva, pese a su opulencia orgánica, ofrecían poco alimento a los soldados blancos, desconocedores de los secretos del bosque tropical, y fueron muchos los que fallecieron por la hambruna, como aconteció con el ejército de Gonzalo Pizarro en el Amazonas. Por eso, los conquistadores más exitosos, que

fueron aquellos que aunaron riesgo y valor con previsión, se hacían acompañar por copiosas puntas de puercos, y con razón dicese que «la conquista se hizo al ritmo de las pjaras porcinas». Y también, como cita Eduardo Laguna<sup>12</sup>, «se descubrieron muchos territorios a lomos de un caballo andaluz y con un cerdo extremeño a la grupa».

Pasados los vendavales conquistadores, una vez que la colonización española fue depositando lentamente todo su sedimento, el cerdo se hizo popular, adoptándose por los indios por su escaso coste de mantenimiento y su alto rendimiento, pues todo se aprovecha del cerdo, como muy bien han sabido las clases rurales peninsulares de todas las épocas. En los primeros tiempos, los españoles usaron la manteca como aceite, y con ella obtenían también sebo y jabón, cotizándose más la manteca que la propia carne. Y debe apuntarse también la curiosidad de que en América nunca se lograron excelentes embutidos ibéricos, ni siquiera en las frías regiones del Popocatepetl, o en las estribaciones andinas. En general, la tierra de América se caracteriza por su opulencia, por la desbordante prodigalidad de los recursos que produce, pero el sabor, la calidad, fueron siempre superiores en los fríos y secos ambientes de los páramos y sierras de Castilla.

El aprovechamiento del cerdo, de antiquísima tradición en la Península, como suministro dosificado de carne a lo largo del año en las familias campesinas, conoció apreciables mejoras a partir del contacto con América. Hasta la llegada de las especias orientales, la carne de cerdo se salaba o ahumaba, lo que permitía su conservación, pero no aportaba un gusto especial. Especies como la pimienta consiguieron conservar la carne en crudo, a la par que se ganaba sabor. Y la irrupción de las especias americanas, en particular el barato pimiento y su derivado el pimentón, popularizaron el sistema, imprimiendo a los productos del cerdo su indiscutible calidad.

## El perro

El perro, junto con el caballo y el cerdo, es el tercero de los animales de la conquista, los que sirvieron directamente a los conquistadores, siendo el resto de las razas domésticas animales *de colonización*. Los perros que acompañaban a aquellos, nada tenían que ver con los perritos mudos que poseían los indígenas y que pronto desaparecieron, pues, a falta de otras carnes, eran llevados para el abastecimiento de las naves. Eran sobre todo alanos y lebreles, razas fuertes, agresivas, cuyo solo ladrido paralizaba de

terror a los indios o los ahuyentaba sin más.

Los perros, con su proverbial inteligencia, supieron adaptarse perfectamente a los requerimientos de sus amos. Eran insustituibles en las guardas en parajes intrincados o en las velas nocturnas, y fueron innumerables las veces que anticiparon una emboscada. En los espesos breñales se movían con más soltura que las caballerías, y se cuenta de casos en que los perros, acercándose por detrás, acertaron a anular una posición de eminencia sobre unas peñas lograda por los nativos.

Los perros asimilaron asombrosamente la práctica de la guerra. Algunos sabían distinguir al indio pacífico del amistoso, y de ciertos ejemplares cuéntanse fabulosas hazañas, como la del lebel de Hernando de Soto, al que llamaban *Bruto*, que él solo se bastó para detener simultáneamente a cuatro indígenas enemigos, a base de morder, derribar y correr en pos de otro. Murió acribillado por las flechas cuando, iracundo, trataba de cruzar un río para caer sobre los indios hostiles. Logró alcanzar la otra ribera, e incluso poner en fuga a los enemigos, pero murió erizado de flechas. Un hijo suyo, *Leoncillo*, no le fue a la zaga en fama, pues fue el inseparable perro de Núñez de Balboa, tan eficaz en el combate que recibía un salario como un soldado más.

Tras la conquista, los indios se aficionaron a los perros españoles, e incluso les prodigaban tantos cuidados como a sus propios hijos, empleándolos en otras funciones como la caza del venado, la guarda de haciendas y ovejas, y la caza del puma o del jaguar, a los que venteaban, perseguían entre la maleza boscosa y ponían a tiro de los cazadores.

Algunos perros se hicieron cimarrones, adquiriendo hábitos lobunos, actuando en manada y haciendo estragos en el ganado, e incluso constituyendo un serio peligro para los solitarios caminantes de las Américas, como los arrieros o los buhoneros. Ocurrió así en las pampas del Plata, cuando el ejercicio de ir de vaquería dejaba los campos sembrados de cadáveres, para pasto de carroñeros y también de perros cimarrones, cuyo instinto social y cazador enseñó pronto a abatir por sí mismo las presas. Proliferaron de tal modo que el virrey Toledo hubo de procurar su exterminio, disponiendo batidas en las que cada vecino debía obligatoriamente llevar machetes, hachas, horcas y cualquier arma útil, método importado con toda seguridad de la Península, campo de inveterada rivalidad entre el hombre y el lobo. Las normas sobre los cimarrones del Plata recuerdan mucho a las ibéricas batidas de lobos, como las que se conservan del Chorco de Valdeón, en los Picos de Europa, donde los vecinos de la comarca habían de concurrir armados a la primera luz y batir el monte empujando a los lobos con voces y gritos hasta

conducirlos a un foso, donde les daban muerte.

El insigne naturalista Félix de Azara, desde su posición de observador autodidacta de los prodigios de América, describe al *perro ovejero*, que antes de abrir los ojos es separado de la madre y llevado al rebaño de ovejas, donde se amamanta de las madres paridas. Del mismo tronco que el pastor alemán, crece con las ovejas, y de tal modo se integra con ellas que los demás perros le ladran como a extraño, si bien no tolera que pasen de ahí, pues por su tamaño se hace respetar. Es extremo en la defensa del rebaño, ya que etológicamente viene a ser una oveja más, a diferencia del mastín, que defiende al ganado por su sentido de la territorialidad. El perro ovejero hace las labores del pastor, sacando de mañana a las ovejas de los corrales, llevándolas a los pastaderos y trayéndolas de vuelta al crepúsculo. Eso sí, cuenta Azara que deberá salir muy bien alimentado, pues, si tiene hambre, regresará con el rebaño al mediodía. Es notoria la historia de dos perros ovejeros de la Patagonia, cuyo amo fue condenado a cuatro años de cárcel, quedando sola la hacienda. Pues bien, cuando volvió el dueño, se encontró no solo con un recibimiento de altura por parte de los dos fieles ovejeros, sino que estos habían cuidado del rebaño todos estos años, sacando y volviendo a diario las ovejas de los pastos a los corrales.

El alano, el más agresivo de los cánidos llevados a América, se creyó extinguido como raza en el siglo XX, pues había desaparecido de todas las regiones españolas. Sin embargo, una paciente investigación sobre el campo dio por resultado el descubrimiento de algunos ejemplares puros en la comarca de las Encartaciones, en Vizcaya, a partir de los cuales pudo ser reconstruida la especie. Hoy, los alanos, los perros por antonomasia de la conquista de América, no faltan en las rehalas monteras de las sierras españolas, y siguen demostrando su feroz acometividad y bravura en su lucha con los jabalíes.

## Mulas y burros

El principal mérito de mulas y burros fue liberar al indio de la carga. Hasta entonces, a falta de otro medio de transporte (salvo las llamas del Altiplano andino y los perros de tiro de las grandes praderas del norte), el propio indio o *tameme* acarreaba las mercancías en su propio cuerpo, y la irrupción de tan serviciales aliados significó el fin del más penoso de sus trabajos. De ahí que el presidente de la Audiencia de México, Sebastián Ramírez de



Fuenleal, demandara el envío cuanto antes de trescientos borricos, para distribuirlos entre los indios.

El burro representó toda una silenciosa revolución en la vida cotidiana del indio, pues al contrario que el caballo, cuya monta le estaba vedada, sí estaba autorizado a montar al burro, lo que aliviaba sus largas caminatas. Por su menor tamaño, su frugalidad y su mansedumbre, fue un animal de carga mucho más asequible a la familia india. Tanta fue la demanda que, como ocurriera con otros ganados, muchos burros se hicieron cimarrones, formando manadas silvestres, cuyos últimos residuos pueden verse en las comarcas de las riberas del Apure, en los Llanos de Venezuela.

Si el burro tuvo definitiva importancia en la vida doméstica del medio americano, la mula la tuvo en lo económico. La mula, rebautizada como «la reina de los caminos andinos», se manifestó como un colaborador más eficiente que la arisca e indolente llama y, desde luego, mucho más segura y tranquila en los terrenos embarazosos que el nervioso e imprevisible caballo. Es por tanto un inmejorable vehículo para las largas marchas, y muchos célebres guerreros la preferían antes que el caballo, al que reservaban para el combate. El Cid Campeador siempre se trasladaba en mula, y lo propio hacía un famosísimo personaje del Perú, Francisco de Carbajal, el mejor conocedor de los vericuetos andinos, que murió a los ochenta y cuatro años batallando a favor de Gonzalo Pizarro contra las tropas leales a la Corona de España, comandadas por Pedro de Lagasca. Carbajal sabía de la fiabilidad de la mula en los escabrosos senderos, de su seguridad infalible avanzando entre los escalofriantes abismos de la cordillera de los Andes.

Por estas razones, y por su capacidad como animal de carga, la mula adquirió enseguida una gran demanda en América. Fue empleada como animal de tiro, al modo de los labradores castellanos, que la uncían al arado, pero sobre todo en la arriería o transporte de mercancías. La arriería y sus mulas pasaron a Indias, y, si bien el caballo, como hemos visto, pronto precipitó hacia abajo su precio, la mula lo mantuvo, y aun desplazó al primero en las preferencias de los criadores. No existían en América las restricciones a su cría que operaban en la Península, donde se mantuvo una interminable polémica entre los partidarios del buey y de la mula para la agricultura, y su cotización subió de plano con el descubrimiento de las minas de Potosí, en la altiplanicie de los Andes. A partir de entonces, y con el consiguiente movimiento comercial derivado del pujante foco minero, la crianza de la mula conoció épocas de esplendor.

La práctica totalidad de las mulas nacidas en el oriente y el occidente de Sudamérica se concentraban en los célebres potreros

de Tucumán, donde se recriaban durante el invierno y pasaban después a los saludables pastizales de Salta, donde apacentaban otros ocho meses. Tenía lugar entonces la mayor feria mulatera anual que se haya celebrado nunca en parte alguna, pues se ponían a la venta hasta sesenta mil mulas y cuatro mil caballos, todos expuestos en corrales. Su destino principal era la arriería, y entre los mayores compradores se encontraban los corregidores de indios de las comarcas andinas, personajes nada claros, que compraban las mulas y luego las distribuían en pequeñas recuas a los arrieros, con los que solían ir a la parte. Otras mulas iban al servicio de las minas, y no pocas se destinaban al tiro de los carruajes en las capitales virreinales.

### *Caminos muleros*

Hubo famosos caminos arrieros, como los de herradura de los angostos pasos andinos. O las carreterías del río de la Plata, que sendereaban por la inmensidad de las planicies pampeanas. O los arrieros de México, donde se calcula en unas 150.000 el número de las mulas arrieras empleadas en el tráfico comercial, en especial el de la feria anual de Veracruz, cuando confluían los galeones españoles para trasladar a la Península la plata mexicana y peruana. Y también el intenso tráfico mulero con ocasión de la salida o llegada del Galeón de Manila desde las Filipinas.

Otro camino mulero de gran raigambre fue el precisamente llamado Camino de las Mulas, que manifiesta el alto grado de sincronización alcanzado por España en el tráfico de metales preciosos. Desde los criaderos de mulas de México partía una recua de no menos de 300 animales, que durante varios meses recorrían México y Centroamérica, hasta confluir en Panamá. Allí coincidían con los embarques de plata procedentes de las minas de Potosí en Perú, que eran cargadas a lomo de mulas y cruzaban el istmo desde el Pacífico al Atlántico, donde aguardaban los galeones para transportar el metal a la Península.

Otro gran camino mulero de la América hispana fue el Camino Real de Tierra Adentro, la comitiva trianual desde México a Santa Fe de Nuevo México, ya en el territorio de los actuales Estados Unidos, para llevar personas, enseres y ganados para el poblamiento de la llamada *tierra de frontera*: Nuevo México, Arizona, Tejas, Colorado... En un principio esta comitiva la componían pesadas y lentas carretas tiradas por bueyes, esas carretas que tantas veces hemos visto en el cine, como vehículos de los colonos norteamericanos hacia las tierras del Oeste. Pero al cabo se hizo patente que las mulas sin carretas eran preferibles, por su mayor

rapidez, y poco a poco las recuas de mulas sustituyeron a las carretas.

### *La arriería*

La arriería merece desde luego una mención aparte, porque gracias a ella pudo comunicarse con perfección encomiable el vastísimo espacio hispano. Tejió una red que descargaba los barcos en los puertos atlánticos y pacíficos, abastecía a las flotas antes de su partida hacia España y se encargaba de distribuir mercancías, cartas, alimentos y personas, en un radio que abarcaba miles de kilómetros y que no dejaba sin abasto a ninguna población de Indias, por remotamente situada que estuviera.

La arriería era actividad de antiguo cuño en España, monopolizada por los maragatos leoneses, que se preciaban de no haber malogrado jamás un encargo. Arrieros peninsulares trasladaron a América el oficio, donde conoció un desarrollo espectacular, insuficientemente conocido e inédito para la literatura, pese a su alto valor costumbrista. La arriería fue mucho más que un oficio, fue todo un mundo cultural que recuerda estrechamente a otra cultura ibérica, la pastoril de la trashumancia. En esta, la jerarquía era rígidamente dividida entre el *mayoral*; su segundo, el *rabadán*; los *pastores*, llamados *ayudador*, *persona*, *compañero* y *sobrado*, y el *zagal*, en el último lugar de la escala. Cada uno tenía su específica misión, y cada pastor llevaba parte en el negocio del rebaño, en una suerte de capitalismo popular.

Las recuas de mulas recorrieron las trochas andinas en convoyes de cien, quinientas o mil mulas, y en torno a ellas giraba también todo un bagaje cultural. Iban las mulas a cargo del *mayordomo*, que las más de las veces era el propietario de la recua. Bajo él se situaban en la escala jerárquica los *sabaneros* y los *cargadores*, cada uno con su específica misión, que habían de cuidar al detalle, pues cualquier pequeño error podía precipitar al barranco a una o varias mulas con su cargamento. Los *atajaderos* marchaban a los flancos provistos de látigo, y entre sus funciones estaba el acomodo de hombres y bestias en parajes propicios, tal como los pastores de Castilla hacían con sus rebaños de merinas.

Cada recua de mulas tenía a su frente a una mula *capitana* o *caponera*, la más fuerte y veterana, que llevaba una campanilla en la collera. Cuando los hatajos llegaban a los descansaderos, dispersábanse las mulas de muchas recuas para reponer fuerzas, confundiendo las de unos y otros hatos. A la hora de partir, cada recuero no tenía nada más que pasear a su caponera, para que las mulas acudieran a su respectiva música. Otras recuas llevaban a una

yegua que llamaban la *madrina* y que hacía las veces de capitana. Pueblos enteros vivían de la arriería, como Tucumán y Salta, los llamados pueblos *fleteros*, como en la Península, los pueblos de las comarcas serranas leonesas eran tradicionalmente las canteras de la trashumancia.

La de arriero fue una profesión de extraordinaria dureza, como lo fue la trashumancia en España, donde habían de enfrentarse a los avatares de unos climas siempre volubles, a la ocasional aparición de bandoleros y a la sempiterna amenaza de los lobos, bien capaces de malbaratar una punta del rebaño de una sola lobada. Los arrieros de América hubieron de asumir parejas contingencias, agravadas por la extremosidad de la tierra americana. Donde el clima era capaz de ofrecer sus más temibles perfiles, donde había cimarronadas de perros con hábitos lobunos, donde menudeaban hombres desarraigados huidos a los montes, que vivían del robo. Durmiendo siempre al raso, como los pastores peninsulares dormían a la intemperie, *a campo*.

En España la trashumancia fue profesión de montañeses, curtidos en durezas. En América lo fue de indios y mestizos, que se hicieron a las penalidades de una vida nómada. Con seguridad unos y otros acertaron. Los pastores ibéricos, porque prefirieron ese pasar incierto a un vivir siempre doblados sobre la azada, arañando penosamente la tierra. Los arrieros de América, porque la alternativa a esa vida nómada de inclemencias e inseguridades era un empleo rutinario en la plantación de caña o cacao bajo un jornal fijo, en la oscuridad de la mina o la atadura del obraje. Unos y otros, pastores y arrieros, eligieron el peligro y la incertidumbre. Al fin y al cabo ese era el precio de su libertad.

### Ovejas y cabras. La trashumancia

En 1537 se fundó en México la Mesta, heredera de su homónima peninsular, la poderosísima organización ganadera a cuyo amparo se movían anualmente más de 3 millones de ovejas en España. La razón última de la Mesta ibérica estribaba en el aprovechamiento integral de los pastos, pasando el invierno las ovejas en las templadas dehesas andaluzas y extremeñas, *tierras de extremos*, y trashumando por las cañadas cuando el calor estival agostaba las tierras, hacia los pastos de invierno de las montañas del norte castellano, donde herbajeaban a lo largo de todo el verano.

La trashumancia no era solo un hecho económico de la mayor trascendencia, sino, como antes señalamos, un acontecimiento

cultural de primer orden, ya que todo el tinglado que rodeaba a la migración de las merinas, con el tejido de cañadas, la cultura pastoril, la jerarquía entre los pastores, conformaba un mundo aparte y distinto que ha subsistido, aunque a duras penas y con las consabidas mermas, hasta nuestros días.

El significado de la trashumancia fue aún más lejos. Dícese que la pericia de los pastores dirigiendo un rebaño, con sus cálculos de las distancias, sus paradas, sus descansos nocturnos, tenía mucho que ver con la organización de un ejército en marcha, que requiere no menos pericia, y que el entrenamiento trashumante de los pastores de Extremadura los preparó para la conquista de América. Las gentes extremeñas estaban habituadas a la vida nómada, a mirar más allá de la raya del horizonte, y no tuvieron más que trasplantar su actividad cotidiana a las nuevas tierras.

Nótese que a partir de la llegada de Colón a América se produjeron tan abundantes como infructuosos intentos exploratorios de navegantes andaluces, que no lograron otro éxito que raspar las costas americanas. Alonso de Ojeda, Pedro Alonso Niño, Diego de Lepe, Rodrigo de Bastidas, Díaz de Solís y demás llegaron muy lejos, hasta el río de la Plata, pero no pasaron de costear a lo largo de la fachada atlántica americana. Fue necesaria la entrada en escena de Hernán Cortés, Pizarro, Orellana, Valdivia, Hernando de Soto y el resto de esa casta extraordinaria de extremeños, para que España penetrara como una daga en el corazón del continente y pudiera culminarse la penetración efectiva del territorio, la verdadera conquista.

### *La trashumancia en América*

La Mesta, que en tiempos del descubrimiento era la estructura económica más pujante de la Península, fue pues trasladada a México, calcada en un principio de la castellana. Pero, como ocurrió con tantas instituciones, sufrió una transformación al contacto con las nuevas tierras. Señala Klein<sup>13</sup>, el más exhaustivo tratadista sobre la Mesta castellana, que en América no se daban las condiciones ecológicas adecuadas para la trashumancia, opinión que contraria Chevalier<sup>14</sup>, quien demuestra que cada año se movían en el mes de septiembre, entre Querétaro y los pastos del lago Chapala, no menos de 200.000 cabezas. No obstante este efectivo movimiento y otros que ocurrían al norte de la Nueva España, debemos aceptar con Klein que la trashumancia novohispana distó mucho de la peninsular.

En efecto, no basta con que los ganados emigren de una parte a otra en busca de pastos, algo generalizado en muchos lugares donde

confluyen valles y montañas, y por tanto pastos invernales y estivales. Lo que otorgaba a la trashumancia castellana su propia y especial impronta era la separación de varios cientos de kilómetros entre los pastos de invierno y los de verano, el hecho de tener que recorrer el inacabable páramo mesetario, sorteando campos de cereal y huertas, atravesando pueblos, encajonando siempre los rebaños sobre el límite estricto de las cañadas. Todo esto, y no el mero trasiego ganadero, es lo que caracteriza a la trashumancia de Castilla.

Por tales razones, la Mesta Mexicana nunca fue lo que su equivalente ibérico. Allí no existían cañadas, pues no había las *cinco cosas vedadas* (cereales, prados de guadaña, cultivos, huertas, viñas), que obligaban a acotar caminos específicos para el tránsito ganadero.

Uno de los motivos del nacimiento de la mesta novomexicana fue una circunstancia inexistente en la Península: la recuperación de las innumerables cabezas que vagaban libres por los campos, el ganado perdido o *mostrenco*, adoptando medidas como la prohibición de la pértiga rematada en una hoz de media luna para desjarretar las reses, al estilo ciertamente brutal del Plata. Pero el verdadero fin de esta variante americana de la Mesta fue ejercer como mera organización gremial que gestiona todo el ganado, y no solo el ovino, y que en realidad fue una estructura al servicio de los intereses de los poderosos ganaderos. Estos se sirvieron de ella para extender el latifundio, perjudicando a los indios con ello y con la propia presencia del ganado; en realidad, fue solo un dibujo desvirtuado de la Mesta castellana. Únicamente en California se asemejó más el modelo a la concepción original, y algunos autores afirman que la sombra de la Mesta aún perdura en el esquema ganadero californiano.

La Corona, a través de las Leyes de Indias luchó denodadamente contra las molestias que el ganado español pudiera ocasionar sobre las tierras indias. Una muestra de ello, entre otras muchas, es la ley octava del título tercero del libro Sexto de la Recopilación de las Leyes de Indias, que dispone que los indios «deben tener comodidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas, y labranzas, y un ejido (tierra comunal) donde puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros de españoles». Y hay otros muchos artículos de parecido tenor, que una y otra vez insisten en la protección de la integridad de las tierras indias contra las molestias de los ganados españoles.

Las ovejas no asentaron bien en las Antillas, sino en los más frescos y aireados pagos de la meseta mexicana y en las laderas del piedemonte andino, prolongando la merina su espacio vital hasta

las extensísimas planicies de la Patagonia. La cabra, en cambio, se amoldó perfectamente a toda clase de tierras, frías y calientes, y por su sobriedad y su nada exigente estómago, que la habilita para comer cualquier cosa, se avino bien con el indio, que la adoptó como cosa propia. Difieren ambas especies en que, si bien la cabra acredita bravura y muchos ejemplares huyeron a los montes y se hicieron silvestres, las probadas timidez y cobardía de la oveja nunca hicieron posible algo semejante.

La lana del ganado ovino suministró materia prima a los obrajes, actividad de gran calado, en particular en América del Sur. En un principio perdíase la lana por falta de trasquiladores, incluso de tijeras. Pero, como indica Tudela<sup>15</sup>, los indios aprendieron a trasquilar, y hubo pueblos enteros que se especializaron en el esquila, al modo de algunos pueblos peninsulares, como el salmantino Béjar, que subían hacia puertos en primavera, y en los cuales se practicaba la esquila, viviendo casi todos los vecinos de esta actividad.

En el haber de los obrajes americanos figura el suministro de paños modernos a la clase india, incapaz de vestirse con paños de Castilla importados, por su altísimo precio. Los obrajes vinieron pues a popularizar el vestido hispano, pero en su debe consta su particular leyenda negra, las terribles condiciones de vida a que, a pesar de los decretos reales en contra, se vieron sometidos los indios y negros, encadenados, y no empleamos el verbo como mera metáfora, a los obrajes, descritos vívidamente por viajeros como Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en ediciones que tanto impacto causaron en la sociedad europea de entonces. Las Leyes de Indias destilan una especial inquina contra los obrajes, prohibiendo una y otra vez que los naturales pudieran ser forzosamente destinados a ellos, pero no pocas veces la extensión y lejanía de los parajes americanos, y la natural tendencia de las gentes hispanas a hacer de las leyes una mera referencia de conducta y no una norma de obligado cumplimiento, hicieron que los terribles obrajes fueran una realidad, por muchas cautelas jurídicas en su contra.

### Ganado vacuno

Desde su llegada a las Antillas procrearon las vacas de modo fabuloso, como anticipo de la preponderancia que habría de alcanzar en toda América la ganadería de reses, haciendo del continente una región básicamente ganadera. Como se ha dicho más arriba, América estaba poblada de sabanas herbáceas muy extensas

y de gran calidad, como las de la Pampa, la Patagonia, el Chaco o las grandes praderas del norte, lo que convierte en poco comprensible el hecho de que no hubiera herbívoros salvajes en cantidad suficiente para aprovechar semejante nicho ecológico. Y por eso las razas ganaderas españolas proliferaron de tal modo en América de norte a sur, inyectando proteína cárnica a unas poblaciones que apenas disponían de ella.

Se discute sobre las razas del Nuevo Mundo, y, aunque más tarde entraron la rubia gallega, la asturiana de los valles y diversas razas canarias, no cabe duda de que las primeras sangres procedieron de Andalucía, y una vez más debemos mencionar la fundamental cantera genética de las marismas del Guadalquivir, por su cercanía a los puertos de embarque de Sevilla o Cádiz. De allí procede la vaca aún llamada *mostrenca*, de cuerno ancho, de conducta muy bravía. Las vacas de amplios cuernos han sido características de América, en especial la famosa *longhorn* tejana, y es muy probable que el origen haya de buscarse en aquellas mostrencas de los terrenos encharcables, que todavía campean por las marismas constituyendo una reliquia de enorme valor y que debe conservarse a ultranza.

El auge de la ganadería antillana, y más tarde continental, fue desbordante, depreciándose tanto que llegaron a pagarse cuatro pesos por una vaca y dos por un ternero, siendo la carne acaso el único producto que en América era más barato que en España. Con las vacas y las ovejas entraron en Indias comestibles desconocidos como la leche, el queso, la mantequilla, mejorando notablemente la alimentación de la población. Otro nuevo recurso puesto a disposición de los nativos fue el sebo, del que se obtenían candelas. Los amerindios conocían la cera, pero no su aplicación como fuente de luz, y esta fue una de las tres cosas cuya importancia más apreciaron los indios, junto al huevo, alimento sumamente energético, y las caballerías, que les evitaron la carga sobre los propios hombros.

### *La civilización del cuero*

En el área del Plata, el vacuno habría de dejar huella indeleble. Ya se ha apuntado cómo las extensas praderas de la Pampa, y la escasa presencia de depredadores naturales, permitieron la rápida expansión de las reses, a partir de las cabezas abandonadas por los primeros colonos, y unos decenios después el número de ejemplares libres sumaba más de dos millones. A partir del siglo XVII comenzaron a darse permisos para «ir de vaquería y cuerear», sirviéndose del caballo como medio de captura, y comenzaron a



fluir cueros a Europa, a razón de 150.000 al año. Fue tanto el cuero a disposición de los colonos que se desarrolló la bautizada como «civilización del cuero», descrita por Domingo Sarmiento en su célebre obra *Facundo*, dedicada específicamente al gaucho y su mundo, y aun mejor en la excepcional obra *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, uno de los grandes monumentos de la literatura hispana, que describe la vida errabunda del gaucho, que terminó cuando a la salida de España penetraron los ingleses en la Pampa y cercaron sus propiedades con valla de alambre, poniendo fin a la época romántica del gaucho y su mundo.

La cultura del cuero fue característica de la Pampa, pero es predicable de todos los pueblos ganaderos de América. Con el cuero se fabricaron toda clase de objetos, como odres, zapatos, tejados de chozas, camas, serones, además de los aparejos relacionados con la actividad ecuestre. En barricas de cueros se fermentaba el pulque, como en el área mediterránea europea se usaban odres de cuero para guardar el vino y el aceite. En América se revestían de cuero las paredes de los salones de las clases señoriales, y más arriba del Paso del Norte los santeros pintaban sus imágenes en lienzos de cuero. Aún más, el grano de las cosechas fue guardado en los mismos pellejos de las reses, tras cortar la cabeza y limpiar bien la piel, y lo que parecían estáticos bueyes colocados en los corrales, eran en realidad almacenes de grano.

El siglo XVIII conoció el apogeo de esta actividad, aunque para entonces las circunstancias habían cambiado: el número de reses era menor, y la escasez impuso la reglamentación de las labores y el nacimiento de la institución de la *estancia*, con lo que las vacadas dejaban de ser bienes libres. Además, el descubrimiento cerca de Buenos Aires de las minas de sal de Salinas Grandes determinó un giro sustancial en el aprovechamiento de las reses. Si antes había tantas que solo se tomaban los cueros y algunas partes, abandonando el resto, ahora la carne se salaba y secaba, obteniéndose un producto llamado *charqui*, que se consumía abiertamente y se exportaba, con lo que la industria ganadera argentina se encaminaba definitivamente a lo que luego fue, uno de los pilares sustentadores de la economía nacional. Pues si primero fueron los cueros y luego la carne, más tarde el beneficio se extendió a los huesos, las grasas y otros productos.

En el otro extremo del espacio americano español, también el vacuno conoció un formidable desarrollo. En las vastas soledumbres al noroeste de México, propicios para la ganadería extensiva, se formaban los *ranchos*, figura llamada a larga fortuna, y que contó con la vaca y el caballo como piedras angulares del sistema. Ya hemos visto cómo en torno a ambos se creó un complejo entramado

económico y también sociológico, en el que el rodeo era parte principal. Sin perjuicio del rodeo semanal, que recogía a las vacadas de los bordes de la estancia, existió el genuino rodeo, el estacional, reglamentándose los meses de junio y septiembre para hacerlo. El más importante era el de la yerra, cuando los ganaderos imprimían a fuego su marca (solo los propietarios de ranchos podían detentar hierro) y señalaban las orejas. Se seleccionaba y marcaba a los ejemplares jóvenes, y este era ya el ganado *marcado*. Existía también el *orejano*, sin hierro ni señal en la oreja, porque, aunque adulto, aún no había podido ser enlazado para imprimirle la señal de su dueño, y vivía mezclado con los ganados vecinos. La tercera categoría era el ganado *cimarrón* procedente de reses herradas u orejanas que se habían hecho salvajes. Ni que decir tiene que el rodeo exigía una destreza singular en los jinetes, y en torno a su probada habilidad encima del caballo tejióse toda una cultura, la cultura del oeste o del *western*, uno de los más acentuados signos de la personalidad del pueblo norteamericano, y que fue tomado de los vaqueros andaluces, más concretamente, como se ha dicho, de las marismas del Guadalquivir. Una cultura que incluía aspectos como la trashumancia de las reses, que recorrían centenares de kilómetros en busca de los mercados de embarque o de los pastos estacionales. La cultura ganadera creó su propia jerga, como la cultura pastoril de la Península creó la suya, y muchas de las palabras españolas originales se tomaron tal cual (*corral*, *remuda*, *majada*...) o se transformaron, y así vemos *lariat* por la *reata*, *backaroo* por *vaquero*, *lasso* por *lazo* y tantas otras. Hasta trescientas palabras de origen español se han contabilizado en el vocabulario ganadero del oeste americano actual.

### *La hacienda y el rancho*

El binomio ganado-caballo dio origen a las instituciones del rancho y la hacienda, vitales para comprender el campo del oeste americano hasta hoy. Se originan ambos en la concesión en el siglo XVI de estancias de ganado mayor o de ganado menor, de cinco mil y tres mil varas cuadradas, respectivamente. Poco a poco, y mediando procedimientos no siempre lícitos, estas estancias fueron acreciéndose, y ya el propio siglo dio luz a los estancieros, o señores de ganado, algunos con grandes fundos. Andando el tiempo, estos propietarios devinieron en hacendados Y mejoraron su posición social, combinando muchas veces su poder territorial con cargos en el Cabildo.

La hacienda y su correspondiente en el norte de las posesiones españolas, el rancho, fueron sistemas agropastorales cerrados,

donde el curso del año generaba múltiples trabajos, en los que la figura clave era el vaquero a caballo, como en el trabajo de la tierra lo era el peón. Había trabajos de invierno y de verano, siendo quizá los más importantes el rodeo, para la selección y marcaje, y la conducción de las reses, o de las ovejas, a los pastaderos de invierno o de verano. Esta era una operación de gran significación en las llanuras del norte de México, donde los ganados eran arreados en primavera hacia las sierras altas, alejándolos así de los cultivos y asegurando su mantenimiento estival en las praderas de las alturas. En invierno, los rancheros se asociaron para conducir el ganado hacia los ejidos o pastos comunales, pues hay que decir que en toda fundación de pueblo o ciudad, las leyes españolas de Indias obligaban a reservar una parte importante de las afueras para estos pastos, a imitación de las tierras comunales de Castilla.

La hacienda o el rancho proporcionaban múltiples productos: cuero, carne, lana, leche, sebo, grasas... Las reses abonaban los campos, y muchas estancias alcanzaron dimensiones excepcionales, en especial las áridas tierras del septentrión del Imperio español, con propiedades de centenares de miles de hectáreas, si bien estas vastas extensiones se fraguaron tras la salida de España del continente americano. Cabe decir que, en los actuales Estados Unidos, muchos grandes propietarios derivan su heredad, y así lo han hecho valer ante los tribunales, de los títulos otorgados por la Corona española. Y no solo eso, sino que los tribunales norteamericanos están devolviendo a los indios las tierras que les arrebataron tras la salida de España, al amparo de las Leyes de Indias, del Código de las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, del siglo XIII, y de los títulos otorgados hace varios siglos por el rey de España.

### Otros recursos ganaderos

En la Gomera, última escala terrestre en el viaje a Indias, y lugar donde solían reponerse las bajas en el ganado desde la partida de la Península, fueron embarcados gallos y gallinas en las naves del segundo viaje del almirante. Se reprodujeron bien en las áreas tropicales y en la meseta de México, mejor que en el más frío ambiente de los valles andinos. Como señala Tudela de la Orden<sup>16</sup>, los indios al principio rechazaron estas aves, pues por mucho tiempo siguieron aferrados a sus costumbres y alimentos. La Corona ideó entonces concederles tierras si criaban ganado español, y además se dispuso que cada familia india mantuviera doce gallinas

de Castilla y seis de la tierra (guajolotes), pudiendo por añadidura abonarse el tributo en aves y huevos. Con tales medidas, tanto los cerdos como las gallinas se reprodujeron de forma desorbitada, si bien las gallinas nunca se hicieron cimarronas, por su falta de nervio para ello. Solo la gallina de Guinea o *pintada*, de la que también se llevaron ejemplares, y que poseía cierta capacidad de vuelo, logró hacerse bravía en las espesuras forestales. Como hemos visto, este inicial repudio indígena hacia la gallina fue derivando, hasta considerar el huevo como uno de los tres grandes bienes venidos con los españoles.

La gallina negra de Andalucía, también llamada *moruna*, fue la más asiduamente exportada a América, y de ella, como apunta Laguna, acaso proceda la raza española de cara blanca, señalada en los Estados Unidos como la raza mediterránea más antigua.

Otra casta llevada a América fue el combatiente español, que había de dar lugar al llamado *gallo criollo*, vistoso ejemplar de vivos colores, grande, altivo, elegante. Además, el combatiente se empleó como gallo de pelea, espectáculo antiguo donde los haya en Europa, pues ya en Grecia y Roma eran frecuentes las riñas de gallos. En Andalucía había gran afición a ellas, siendo famosos los gallos jerezanos. Como todo lo andaluz, las peleas de gallos se trasladaron a América, y, aunque el Estado hizo intentos de poner fin a este espectáculo, ciertamente violento, acabó declarándolo monopolio público y cobrando impuestos por ello. Subsisten las riñas de gallos en diferentes partes de América, y, aunque en España han sido prohibidas hace tiempo, la afición permanece arraigada.

Debemos consignar también que de América vino a Europa el pavo o guajolote, un volátil que ya habían logrado domesticar los amerindios y al que se aficionaron sobremanera los andaluces, siendo el único producto ganadero de América que se incorporó a la alimentación europea. A su vez, el pavo real, venido de España con la dominación árabe, aunque fue llevado a América, donde se le conoció como *pavo de Castilla*, no prosperó en su crianza.

La introducción del gusano de seda fue objeto de atención por Hernán Cortés, tan pronto como pacificó México y pudo dedicarse a la tarea de introducir la cultura española. En sus escritos consta la petición de moreras, aunque ya existía en América una variedad silvestre de este árbol, así como abejas no domesticadas. Se sabe que su hijo, Martín Cortés, poseía ya más de cien mil moreras en su hacienda de Cuernavaca, y que la producción de seda estaba en su apogeo en el valle de México, hasta que la seda de Filipinas, de más calidad y más barata, arruinó la incipiente industria sedera mexicana. Maravillaba a los españoles el hecho de que, al implantarse en el trópico, las moreras conservaban la hoja todo el

año; que las semillas no precisaban guardarse un tiempo entre las ropas o contra el pecho para que germinaran con ese calor adicional, y que los gusanos no morían por frío o por calor, como en España.

## El Toro bravo

Una fiesta de tanta raigambre hispana como la de los toros bravos, y de tanta devoción en Andalucía, no hubiera podido quedar al margen de la colonización española. Y ya en el primer tercio del siglo XVI, tan pronto como los españoles se asentaron de modo efectivo en México, surgieron las primeras inquietudes taurinas. La vuelta de Hernán Cortés de su accidentada e inútil (excepto para la legión de los enemigos del conquistador, que bien supieron aprovechar su ausencia) expedición a las Hibueras, fue celebrada en la capital mexicana con una corrida de toros con ganado cimarrón. Pero se atribuye a un primo de Cortés, Juan Gutiérrez Altamirano, el mérito de iniciar la crianza de ganado bravo en México. Para ello importó una casta de Navarra, formando la ganadería de Atenco, que significa «junto al río», por el lugar de su emplazamiento, iniciando con ella una larga tradición mexicana de toros rizados, de corte más bien pequeño y de pelo castaño.

Una vez más, la influencia de las marismas del Guadalquivir sobre América fue determinante, aunque en lo tocante al toro bravo, de modo indirecto. Pues, como explica Laguna<sup>17</sup>, a partir de reses bravas de las marismas se creó en 1740 en Utrera (Sevilla) la ganadería de Vistahermosa, los *toros condeses*, que tanto influyeron en otras líneas bravas, como Parladé, Tabernero, Gamero Cívico, Concha y Sierra y Marqués de Saltillo, los *saltillos*, cuyo influjo en las vacadas bravas mexicanas, a través de unas y otras combinaciones, sería decisivo.

México, que por algo se llamó durante trescientos años Nueva España, sería el país de América con mayor número de ganaderías bravas, hasta el punto de no poder dar abasto a la demanda. Perú y Colombia también las poseen, y, durante mucho tiempo, han sido muy afamados los toros criollos de Colombia, los llamados *toros llaneros*, cuyo origen se encuentra en los llanos de la cuenca del Orinoco, que comprenden vastas extensiones de Venezuela y Colombia y que, como ya hemos explicado, guardan una sorprendente similitud con las marismas del Guadalquivir. En las marismas criáronse durante largo tiempo las reses bravas de Concha y Sierra, aunque las progresivas desecaciones redujeron la extensión

marismeña de doscientas mil a las cincuenta mil hectáreas actuales, protegidas por el Parque Nacional de Doñana.

Ha sido constante motivo de interrogante y estudio el hecho de que el ganado llevado a España, al implantarse y reproducirse en América, perdía bravura. La explicación es múltiple y se reconduce a una misma causa: América es, en lo ecológico, un continente harto más pacífico que otros como Europa o África. Únicamente hay dos grandes depredadores, el puma y el jaguar (el león y el tigre), contra la pléyade de agresivos carnívoros que pueblan los otros continentes. América es el continente, en cambio, de las aves de inconcebible colorido, de la floración lujuriosa, de los escenarios naturales sobrecogedores. Una región, pues, donde todo crece sin esfuerzo, donde las cosechas se multiplicaban, donde la vida es fácil. La vista, la cantidad, el color, el aspecto externo, todo ello es claramente superior en América. En cambio, el sabor, el contenido, la calidad, no están a la altura de su apariencia, y ello afecta también a la bravura de los toros.

Hoy, cuando tantas voces se dirigen contra los toros, debemos recordar que la fiesta por excelencia se halla enraizada con las más ancestrales tradición y cultura mediterráneas y que, por su extensión al Nuevo Mundo, forma parte inseparable de la rica civilización hispánica. Y que, ya que las protestas proceden siempre de los círculos animalistas extremos, debe recordarse que la única razón de ser de la especie llamada *bos taurus* es la tauromaquia, ya que por razón de su carne carecería de sentido mantenerla. Por tanto, suprimir las corridas de toros, destino exclusivo del toro bravo, supondría hacer desaparecer del registro de las especies vivas a una de las más hermosas del mundo animal.



*La familia es uno de los pilares del modo de ser hispano.*

# FIESTAS

## El sentido festivo hispano

La fiesta es consustancial a España y al ser español y, por extensión, todo lo hispano se halla impregnado de modo indisoluble del elemento festivo. Para quienes hayan nacido bajo esta cultura, algo así parece natural, como una prolongación de la personalidad individual y colectiva. Pero basta con asomarse a otras culturas para reparar en que esta fusión con lo festivo es poco común. El pueblo anglosajón, por ejemplo, es escasamente celebrador, y las suyas son fiestas de poca complejidad. Ninguna de las innumerables fiestas del mundo hispano, ni la más sencilla celebración del santo patrón del más modesto de los pueblos hispánicos, se saldaría con la mera degustación de un pavo en familia, como acontece con la más sonada de las fiestas norteamericanas, el *Thanksgiving*. No, las fiestas de baja intensidad de otros pueblos desarrollados nada tienen que ver con el bullicio, la fuerza y, en no pocas ocasiones, la vehemencia desbordada de las hispánicas.

Existe un factor de fondo en todo este conglomerado festivo hispano, inherente también a él, que es la religión católica, en cuyas conmemoraciones descansa una inmensa porción del conjunto del patrimonio festivo. El año cristiano está ricamente surtido de fastos, desde los grandes momentos de la Natividad y la Semana Santa, a los menos ceremoniosos pero adecuadamente repartidos a lo largo del año, como la Candelaria, el Corpus Christi o San Juan.

Ahora bien, cabe preguntarse si el cristianismo hizo festivos a los españoles, o si los españoles aceptaron tan intensamente el cristianismo por su índole naturalmente festiva. Porque en verdad resulta sorprendente el calado que logró el catolicismo entre el pueblo español tras la dominación romana, donde arraiga como en ningún otro país del orbe occidental, al punto de que, siglos después, cuando emerge la Reforma luterana, es España y son sus reyes los que empuñan el timón de la fe cristiana y mantienen firmemente el rumbo entre las aguas encrespadas de una Europa sacudida por el temporal religioso.

Acaso la respuesta a la enconada, inalterable convicción



cristiana provenga en el inicio de esa peculiaridad del catolicismo, como una religión plagada de cultos de gran parafernalia y esplendor, de conmemoraciones, una religión que, si tiene mucho de hondura, no menos posee de escaparate, de escenificación. En una palabra, de excitación de los sentidos corporales anímicos. El español ha sido siempre alguien que se deja cautivar por los gestos, por los estímulos directos que percibe a través de los sentidos, y menos por la traducción racional de los mismos. Más motivado, pues, por el corazón que por la cabeza, posiblemente le hechizó la pompa del cristianismo: sus ritos, sus fiestas, los sonidos recargados de las procesiones, el olor a incienso y mirra en los templos, la magnífica puesta en escena de los cuadros litúrgicos. La fe católica prendió pues en un país propicio para ello, como el fuego en la yesca.

En la época del descubrimiento de América, todo el extenso y complejo aparato ritual de la religión católica estaba en su punto de ebullición, en un país que abanderaba la fe, que se estaba erigiendo en brazo armado del catolicismo contra la Reforma protestante y que acababa de expulsar de sus dominios al infiel.

Y en ese instante de triunfante paroxismo de la religión católica, se produce la arribada a las costas americanas y el desembarco de unas gentes enardecidas, convencidas de que sus logros se debían a la intervención de la divinidad. Y he aquí que todo ese equipaje espiritual que transportan, con su denso bagaje ceremonial y festivo, viene a instalarse en un área, América, cuyos habitantes no eran menos proclives al culto exterior y a las pomposas celebraciones que los pueblos que venían a incorporarlos a su propia cultura.

Lo que importa retener ahora es que, si la religión católica echó raíces de tal modo en España, fue, en no poca medida, por el efecto deslumbrador de su culto externo y la presencia de sus celebraciones, y esta circunstancia contribuyó sobremanera en su trasvase a Iberoamérica, que se convirtió en una nueva plataforma del orbe católico, tomando incluso el relevo de España en el siglo XX.

Que lo festivo subyacía en la personalidad española, antes incluso del advenimiento del cristianismo, y que sigue latiendo en el trasfondo de la esencia española, lo demuestra el hecho de que, aunque se debilite lo religioso, persiste lo festivo. Existen celebraciones, como las de Moros y Cristianos, que en su momento nacieron como victoria del cristianismo sobre el infiel, pero que en el devenir de los siglos han ido desvirtuándose, reduciéndose a una batalla entre los «buenos» y «malos», en la que se pierde el cariz religioso, pero queda incólume la carcasa lúdica.

Una pareja evolución puede apreciarse para otras muchas fiestas que surgieron desde la religión y que, tras muchos años de fervor sostenido, se fueron despojando de su argumento espiritual, hoy apenas una percha, un motivo lejano y difuminado para mantener lo que de verdad importa, lo festivo. De muchas romerías famosas se ha olvidado su sentido religioso y solo queda el bullicio de unas jornadas campestres llenas de algazara. Incluso la Semana Santa, epicentro del ceremonial cristiano, tiempo de dolor y de reflexión interior, pierde en muchos lugares su recogimiento y se convierte en un espectáculo más o en una mera atracción turística, en la que el pueblo se sigue volcando como siempre, pero al que muchos acuden ya atraídos por la teatralidad del conjunto, como espectadores curiosos de una tramoya, sin sentirse partícipes del fervor espiritual de otros tiempos, sin saber en realidad qué es lo que se está representando.

En el fondo todo ello trasluce la capacidad inigualable del español para la fiesta, para transformar cualquier cosa: la religión, el trabajo, el nacimiento, la muerte incluso, en motivo y ocasión para una celebración. Todo puede ser derivado hacia el terreno de lo festivo, al llanto puede suceder la risa sin solución de tránsito. En la España de hoy, altamente secularizada en las ciudades —siempre los pueblos del ámbito rural conservan más tiempo las esencias, como el mar mantiene mucho más establemente la temperatura—, donde la religión cede terreno a otros estímulos materiales, que ofrecen más atractivo para unas gentes instaladas en órbita vertiginosa del consumo, en esa España actual, las fiestas siguen ocupando un papel de primer orden, tanto o más que en cualquier otra época histórica, aunque desprovistas de sus motivaciones originales. En buena medida son solo fachada, folklore, turismo o cartón-piedra, pero la fiesta española continúa brillando con todo su esplendor.

Acaso ocurra que la razón última de todo pueblo amante de la fiesta como el español descansa en ese pozo insondable de pobreza remota, de lucha permanente para sacar partido a una tierra mezquina, escasa, en un estado de sempiterna miseria que ve en la fiesta la liberación, la ruptura contra el cotidiano, penoso quehacer. Y como la religión es al alma, la fiesta es al cuerpo. Así como la religión recompensa en otra vida, futura y eterna, los gruesos pesares de esta, la fiesta en cambio premia también los sufrimientos de la escasamente atractiva vida diaria, pero no de un modo retórico y tan a largo plazo, sino de manera tangible y a fecha fija. En última instancia, pueblos pobres como lo fue de siempre el español pudieron sobrellevar la penuria cotidiana con la promesa cierta de las celebraciones: las fiestas de la cosecha, las patronales,

la Pasión de Cristo, las Navidades, San Juan..., hitos todos ellos obsequiados por el calendario como descansaderos de la pesada rutina diaria. Promesas de regocijo que faltan en otros países desarrollados, o donde no son tan abundantes, y cuyas gentes pasan por ser menos festivaleras. En España, religión y fiesta se fusionaron de modo indisoluble, porque el carácter español lleva implícito a esta última, y la religión católica encontró su horma en el talante hispano.

Cada país posee una imagen, una impronta internacional, y la de España es la de un país bullanguero y festivo. Nada más cierto. La fiesta se halla instalada en el ser español como necesidad, como evasión de antiguas penurias, conformando una colectividad que se encuentra a sí misma en el ocio antes que en el trabajo. Contrariamente a otros países, que se realizan en el trabajo y no en la fiesta. El protestantismo, con su derivación calvinista, prescindió de recompensas ultraterrenales y valoró al máximo los logros y premios de esta vida. La Reforma vino a definir su personalidad al mundo anglosajón, como el catolicismo al mundo hispano, el primero volcado en el trabajo y el dinero, y el segundo en valores más trascendentes. ¿Acaso no encontramos en el episodio evangélico de Marta y María esta contraposición, dibujada con centenares de siglos de adelanto? Marta, afanada en las faenas domésticas; María, oyendo la palabra de Cristo, y, cuando aquella recrimina a su hermana, Jesús da la razón a María. Marta representaría al calvinismo, con su énfasis en lo material, y María, al catolicismo, con su sentido espiritual y humanista. De las posturas de ambas hermanas, andando los siglos brotarían las dos concepciones del mundo que se enfrentaron en la Edad Moderna, y que tuvieron como escenarios a Europa primero y a América después.

### Andalucía, cuna de la fiesta

Todo lo expuesto para el ser español se exagera en Andalucía. Una tierra con un carisma impresionante, tan poderoso y expansivo que rebosa su propio marco regional y lo endosa a un país —España, cuya personalidad en el mundo se halla identificada con la de Andalucía—, y a la mitad de todo un continente, Iberoamérica. Por las fechas del contacto entre Europa y América, Andalucía y su capital, Sevilla, encarnaron plenamente el ideal español de entonces, precisamente el que portaban los hombres que acometieron la aventura americana.

Y con esos hombres y mujeres viajaba también su carácter y, por encima de todo, su forma particular de entender las cosas, la vida. Esa filosofía vital, intensamente aferrada al presente, saboreadora de los placeres momentáneos y actuales, relegando las penurias pasadas y aún más las incertidumbres futuras.

Ninguna ocasión tan propicia para exteriorizar un carácter así como las fiestas. Andalucía es esencialmente festiva, pero de un modo no solo diametralmente opuesto al de otros países, sino distinto incluso al resto de la Península. Porque Andalucía no es que disfrute como las fiestas, sino que vive para ellas, sueña con ellas. En la región que se dice de la improvisación, la Semana Santa sevillana se ensaya en las calles desde muchos meses atrás, y en todos los bares de la aldea de El Rocío hay calendarios cuyo único objeto es marcar claramente los días que faltan hasta la romería.

Hay un paralelismo evidente entre la tierra y las gentes de Andalucía. La tierra en invierno descansa de labores. El frío la atenaza, la entristece, la hace dormir bajo sábanas de nieblas mañaneras y días pálidos, de tímidos soles. Pero cuando irrumpe el mes de abril, el astro vuelve a refulgir como antes, despierta a la tierra, y esta explota en profusión extraordinaria de colores y aromas, y lo que eran páramos durmientes y estériles se convierten en ubérrimos plantíos, en huertas feracísimas.

Así también las gentes, cuyo humor colectivo parece aletargarse en invierno, los otrora duros tiempos de los brazos caídos por la falta de un trabajo y de los nulos ingresos. Mas cuando en el estertor del invierno la Semana Santa siembra de procesiones las calles, Andalucía entera se lanza a la fiesta, toda ella despierta con la primavera, y la alegría, que es también la alegría de la tierra, no se extingue hasta el otoño. Y si la tierra entonces produce flores, frutos y cosechas, la inventiva humana ofrece un profuso rosario de fiestas: las romerías, San Juan Bautista, la Feria de Abril, los Mayos, las fiestas de la cosecha..., repertorio feriado que abraza a todos los andaluces, pues las fiestas no se ciñen a uno u otro pueblo, como ocurre en Castilla, sino que es la colectividad toda la que se embarca en ellas. El Rocío no es de Almonte, ni Santa María de la Cabeza es de Andújar, ni la Feria de Abril es solo de Sevilla, sino que acuden a ellas romeros venidos de todos los rincones de Andalucía, que, de alguna manera, en esta época se moviliza entera para la fiesta y se hace ella misma romera y trashumante.

No es preciso ser un agudo observador para comprobar hasta qué punto los andaluces se sumergen en la fiesta, se imbuyen por completo de ella, con qué gozosa plenitud la viven. Cómo tienen olvidadas sus penas, sus deudas, sus problemas, para disfrutar sin límite del instante actual. Que no es efímero, por cierto, que no se

reduce a un simple ágape, ni siquiera a un día, sino que dura varias jornadas, acaso una semana entera, incluso más, como la romería del Rocío.

También pueden advertirse algunos de los rasgos diferenciadores de ese carácter festivo andaluz. El principal de ellos, la religiosidad de fondo, pues en torno a la religión giran la casi totalidad de las celebraciones andaluzas. Una religiosidad teñida de acentos particulares, exclusivos, como la veneración por la Virgen María, diversa en los múltiples santuarios, ermitas e iglesias donde se rinde tributo a su imagen. El culto a las imágenes en la tierra de María Santísima se encuentra en las raíces mismas de la espiritualidad andaluza, y las llegan a considerar como a seres vivos. Son vestidas, embellecidas, recargadas de joyas, rodeadas de flores, y luego piropeadas, cantadas, admiradas, en una adoración que tiene mucho de sensual, muy en línea con lo que mueve y conmueve el corazón andaluz, que es todo aquello que haga vibrar los sentidos: una Virgen preciosa elevada sobre unas andas, envuelta en sus vestidos de gala, enjoyada, con la luz de los cirios alumbrando cálidamente su rostro arrasado en lágrimas, transportada a pura fuerza muscular por los hombres, con el sonido melancólico de trompetas y tambores, recibiendo el homenaje de una saeta... Toda esta escenificación fastuosa colma la sensibilidad andaluza, la arrastra, y la hace prorrumpir en emoción y devoción vehementes, que no son meramente espirituales, sino sensoriales, virtualmente físicas.

### Lo festivo en América

Esa capacidad española para la fiesta, decantada al máximo en Andalucía, pasó a América. Y cayó en campo abonado, pues las crónicas prehispánicas nos pintan a unos indígenas muy aficionados a la diversión, mezclando en ella elementos religiosos y puramente lúdicos, también al modo hispano. Más adelante tendremos oportunidad de explicar cómo por conducto de la fiesta, la música y el teatro, los misioneros de las órdenes religiosas lograron sus mejores frutos, sobre unos indios que se manifestaban fríos ante la sola, insulsa palabra. Cuando la religión mostró su faz más vistosa y perceptible a los sentidos, cuando se exhibió acompañada de toda su teatralidad, fue cuando los nativos optaron por la conversión y cundieron los bautismos.

Los frailes habían descubierto, en suma, la enorme afición indígena por la fiesta, y lo aprovecharon a fondo, como también el

poder civil se sirvió de ello, con el conocido aforismo de las tres bes (*baile, botella y baraja*), para encandilar al pueblo, semejante al «pan y circo» romano.

Las órdenes se encargaron, pues, de importar de España el rico repertorio festivo católico, reproduciendo los grandes hitos del ciclo cristiano: Cuaresma, Semana Santa, Cruces de Mayo, Corpus Christi, San Juan, Santiago, Navidad... Pero esta traslación no se hizo al azar, sino mediante una cuidadosa selección que dio relevancia a unas fiestas, desechando otras. Se dio máxima importancia a celebraciones como el Corpus Christi y Santiago, en detrimento de otras festejadas en España y que apenas pasaron a América, como San Blas o Santa Águeda, e incluso, en el ámbito secular, los carnavales, muy populares en España y con menos acogida en la América hispana (probablemente no gustaran a las órdenes religiosas).

El escenario por excelencia de la fiesta en América fue la plaza Mayor. Sin perjuicio de su uso regular con fines comerciales o de esparcimiento cotidiano de los vecinos, la plaza sirvió de marco para todo gran acontecimiento. El nacimiento de un infante real, el cumpleaños del gobernador, la llegada de un nuevo virrey o la celebración de una victoria en alguno de los numerosos frentes de guerra abiertos por España en casi todo el orbe, eran objeto de un solemne festejo en la plaza. Lo usual era que se corrieran toros, se ensartaran sortijas desde el caballo o se jugaran cañas, espectáculo este comparable por su popularidad al fútbol de hoy, pues sus resultados ocupaban las conversaciones de los vecinos durante muchos días, y que era una especie de torneo en el que los contendientes se enfrentaban con cañas. Prueba en general incruenta, mas no siempre, pues alguna vez resultó muerte de estos combates, de donde viene la expresión «Las cañas se tornaron lanzas».

Otras veces, sobre la plaza se montaban grandes representaciones teatrales, autos sacramentales e incluso se rememoraban batallas, con decoración de bosques, animales o barcos, y comparsa de soldados, indígenas, disparos y cañonazos. Cuando el Cabildo de México tuvo noticia de la victoria española en la gran batalla de Lepanto, escenificó en la plaza Mayor todo un combate naval.

El acto más solemne de las festividades coloniales era el Paseo del Pendón Real, reservado para las grandes ocasiones. El Pendón era conducido por el gobernador, seguido por todo el séquito de nobles y altos funcionarios de la Administración colonial, y con gran aparato de música, tambores y cantos. Esta costumbre fue suprimida por las Cortes de Cádiz de 1812, pero mantenida como

Pendón de la Madre Patria, y más tarde se incorporó al elenco festivo de las repúblicas americanas, transformada en el Paseo de la Bandera Nacional, con parejos ceremonial y etiqueta.

### Ingredientes de la fiesta hispana

A día de hoy, España y América guardan estrechas semejanzas en sus fiestas y en su forma de celebrarlas, y son los ingredientes los mismos, como vamos a explicar a continuación, si bien las fiestas americanas presentan mayor barroquismo.

En primer lugar, y como se ha reiterado, el trasfondo religioso, inherente a la gran mayoría de las celebraciones, y que se vierte en el homenaje popular al Cristo y la Virgen, festejados de mil maneras, como santuarios y romerías, procesiones, cruces adornadas y otras muchas manifestaciones de la adoración a los dos grandes símbolos de la fe cristiana, con la observación de que, como ocurre en Andalucía, en América la Virgen es objeto de especial veneración. Y esa religiosidad se vierte también en el santo patrón de cada ciudad, de cada pueblo, centro y motivo de los festejos más importantes de cada localidad.

Pero la fiesta no se reduce a lo estrictamente espiritual. Si no hubiera una vertiente festiva y lúdica de la conmemoración religiosa, esta no se celebraría. Solo la Semana Santa escapa a esta regla, y aun habría mucho que matizar al respecto. El resto, ya sean los Mayos, la Candelaria, las fiestas patronales, las romerías, el Corpus Christi, San Juan, o cualesquiera otras, presentan esa doble arista religioso-festiva. Es más, en el fondo lo religioso es un pretexto para lo festivo, verdadero y último estímulo que arrastra a las gentes hacia los actos, y mucho más en los últimos tiempos, cuando lo espiritual se desdibuja y emerge en solitario el segundo aspecto.

Íntimamente relacionado con ello, la comida y la bebida forman parte indisoluble de la celebración, y si no fuera por ellas su popularidad caería en picado. Muchos manjares se asocian directamente con la fiesta, como las torrijas con la Semana Santa, los pestiños, turrones y polvorones con la Navidad, los buñuelos de viento y los huesos de santo con los días de difuntos, el roscón con la Epifanía... Las fiestas de Moros y Cristianos terminan con un masivo ágape que disfrutan los participantes, y las romerías españolas no se concebirían sin la tortilla campera, las chuletas o las sardinas a la brasa o el surtido de embutidos. Los andaluces decoran sus cruces de mayo e invitan a beber a quienes acuden a

admirarlas, y las visitas a los deudos en los cementerios mexicanos se convierten en una degustación por todo lo alto de comida y bebida. Esa derivación festiva de lo religioso tiene un alcance adicional en Andalucía, donde no hay celebración que no termine en cante y baile. Ya sean las Cruces, San Juan, las ferias de primavera, las romerías a las ermitas, los bautizos o las bodas, todo ha de acabar con coplas y bailes flamencos, el sesgo andaluz de las celebraciones ibéricas.

Otro ingrediente básico e inseparable de todas las fiestas hispanas es la familia. A la fiesta se acude con la familia, y ella es un inmejorable motivo para estrechar los lazos parentales, pero no solo de los que unen a padres e hijos, sino de los que se desbordan hacia los tíos, primos, sobrinos, cuñados... Es la familia amplia hispana, institución principalísima de la personalidad colectiva de esta cultura, y que encuentra en la fiesta la ocasión para reafirmarse, para consolidar los vínculos en el momento de la alegría, y que será el fundamento para más adelante compartir los pesares, porque la familia extensa hispana se manifiesta como tal en la dicha y en el dolor.

Acaso pudiéramos extender esta cohesión que surge de la fiesta hacia los amigos, porque ella amalgama también los lazos de amistad: cofrades, compadres, vecinos, compañeros de trabajo, amigos de infancia... La fiesta sirve para la trabazón de esas relaciones, que han de practicarse y ejercitarse de modo regular para no perderse, y la fiesta es una vez más el mejor vehículo posible para esta cohesión. Por tanto, familia y familiaridad entran en ese conglomerado cultural que es la fiesta hispana y que va mucho más allá de la simple celebración de un evento.

La lucha entre el bien y el mal también forma parte de la fiesta hispana con gran frecuencia. Lucha que reviste muchas variantes, como los Moros y Cristianos o los Diablos y los Castos. Curiosamente, en América se halla muy extendida la rivalidad entre moros y cristianos, y siendo evidente que los moros no pisaron suelo americano, esta denominación engloba cualquier otra, como las Luchas de la Conquista, en las que se enfrentan indios y conquistadores.

El fuego es un elemento frecuente en las fiestas hispanas. Aparece en una hoguera que alumbra la noche, en unas brasas que se saltan o pisan, en un muñeco de Judas que es públicamente quemado, en unos decorados destruidos por las llamas, en un toro que despidе chispas o que lleva los cuernos entorchados, en un castillo de fuegos artificiales, en disparos, petardos, salvas y cañonazos, en antorchas que descienden de una montaña o que son arrojadas al mar desde un acantilado.



Y, como pieza recurrente de la fiesta española, y esta vez con menor difusión en América, el toro, protagonista de tantos festejos a lo largo y ancho del solar ibérico. El toro que es corrido en encierros, como en Pamplona, pero también en otros muchos puntos, como Arcos de la Frontera o el Puerto de Santa María, reminiscencia de aquellos toros que, el día anterior a la corrida, eran arreados a pie desde las dehesas y entraban de noche en las calles del pueblo hasta los encerraderos. Al toro se le esquiva en el toro ensogado o enmaromado, se le torea en capeas camperas o en plazas permanentes o improvisadas, o se le remeda en el toro de fuego. Porque el toro es un ingrediente especial de las fiestas españolas, esa punta de vértigo y de picante pánico que su sola presencia produce entre los españoles, ahítos de asociar la imagen del toro con las peores tragedias. El toro es no solamente una honda tradición mediterránea, sino que, al extenderse a las Américas, se convirtió en parte inseparable de la civilización hispánica, y de ahí la torpeza y ceguera intelectual de tratar de suprimirlo del elenco de las fiestas hispanas.

Tales son los elementos básicos de las ruidosas, bulliciosas fiestas hispánicas, con tantas variantes como pueblos. Como decíamos antes, el factor religioso, primitiva razón de ser de la fiesta, se viene desvaneciendo paso a paso, quedando solo el aspecto folclórico. Y acaso en este resto descansa la auténtica razón vital del ser hispano, la que se revela en toda su plenitud existencial con la fiesta.

## El calendario festivo

### *El alborear del año*

Cuarenta días después del alumbramiento de Jesús, la Familia acudió al templo de Jerusalén para la presentación del Niño y para cumplir con el rito judío de la purificación. De lo cual deriva la costumbre de la cuarentena, el plazo en el que antiguamente las mujeres paridas se recluían en el hogar, y término recomendado también para no tener contacto carnal. De aquí viene también la costumbre llamada la *misa de parida*, según la cual las mujeres que habían dado a luz acudían a oír misa en acción de gracias, dos o tres semanas después del parto, costumbre que aún pervive en Chiloé, Chile.

De ese suceso arranca la Candelaria, que se conmemora cada dos de febrero en todo el ámbito hispano, y cuyo denominador común

son los fuegos o candelas. En Asturias, la tradición decía que este era el único día en que los niños confinados en el limbo ven la luz, por la rica iluminación de los cirios encendidos en honor a la Virgen. Las velas se prenden con gran profusión en este día —en muchos lugares la fiesta es conocida como Las Candelas— y se hallan dotadas de cualidades milagrosas, pues si se encienden cuando amenaza tempestad, protegen a la vivienda de los rayos. Y en Polán, Toledo, la vela que lleva la Virgen en la procesión predice el tiempo, pues si se apaga, es señal de que aún durará el invierno. También es costumbre en este día regalar manjares, que en Polán son pichones, y roscas en muchos otros pueblos. Hay que decir que Nuestra Señora de la Candelaria es la invocada no solo en las tormentas, sino cuando hay enfermos graves, y en general en caso de extrema necesidad.

En América, la Candelaria, como todas las fiestas dedicadas a la Virgen, goza de gran predicamento. Llegó allí desde las Canarias, escala obligada en el viaje y gran suministradora de caudales culturales, entre los que no podía faltar la Candelaria, uno de los motivos más celebrados en el archipiélago.

No pocas veces se entremezcla en América la fiesta con otros eventos, como la Candelaria de Tlacotalpan, Veracruz, que dura una semana y en la que hay rodeo, exhibición de jinetes charros, danzas de huapango, simulacros de corridas de toros, desfiles de figuras grotescas y, al final, la ritual procesión a la Virgen. Pero esta Candelaria es incluso superada por la de San Juan de los Lagos, también en México, que dura dos semanas y que incluye combates de moros y cristianos.

## El Carnaval

El carnaval se sitúa en la frontera entre el invierno y la primavera, y sus celebraciones responden a esta ubicación en el calendario, pues simbolizan el final del largo ciclo, tiempo de austeridad, de privaciones tanto en la tierra como en las cosas concernientes al hombre. Pero, cuando los rayos del sol restauran su vigor, despiertan los campos de su letargo, y un látigo nuevo de vitalidad penetra en todos los rincones. Y las gentes de las pasadas épocas, recluidas en sus casas, administrando las reservas y calentándose con el fuego, perciben también ese soplo de energía y salen a celebrarlo con enorme jocundidad. Es el carnaval, fiesta antigua donde las haya, pues, aunque su origen inmediato se encuentra en las saturnales romanas, se sabe que ya los griegos lo celebraban. Etimológicamente procede de la voz *currus navalis* o «carro naval», y aún hoy algunas poblaciones se vinculan a este pasado marítimo,

haciendo pasear por las calles una barca montada sobre ruedas, o incluso atracando en el puerto una nave verdadera adornada de guirnaldas.

El carnaval, también llamado las carnestolendas, es sin duda una fiesta sensual, carnal y pagana, que nunca fue bien vista por la Iglesia. Muchos reyes condenaron sus excesos, como el emperador Carlos V, mientras que otros, como Carlos III, alentaron la celebración. Pero el pueblo siempre fue muy adicto a esta apoteosis de los sentidos físicos, la ocasión en que las pasiones podían desatarse sin reservas. En tiempos de Franco fueron prohibidos en España, pero continuaron festejándose bajo el nombre de «Fiestas del invierno», destacando Canarias como exponente máximo de los carnavales. Son un canto a los valores materiales, a los sentidos corporales, especie de triunfo momentáneo de la carne y el diablo sobre el espíritu, y que tiene su reflejo en la conducta de las personas, liberadas por una vez de ataduras morales y entregadas a los placeres sensuales, a las mascaradas, a los disfraces, a los excesos, y en ocasiones a juegos tan censurables como tirar de la cabeza de un gallo o un pato que penden de una cuerda, el *pato ensebado*.

No obstante, la virtud sigue agazapada y se va abriendo paso, y el carnaval finaliza con la quema de un muñeco que encarna el mal, o con el «entierro de la sardina», simbolizando la conclusión del pecado y el comienzo del tiempo recatado y sobrio de la Cuaresma.

Proviene la tradición de que, con ocasión del carnaval, imponiase el sacrificio de suprimir la carne de la dieta (*carnestolendas* viene del latín *carnis tollentis*, que significa «quitar la carne»), y esta se reducía a sardinas saladas, único cargamento que podía traerse sin corromper desde los puertos. Por eso, enterrar la sardina suponía retornar a la libertad gastronómica.

En sus orígenes, como explica Mena<sup>18</sup>, el carnaval fue cosa de las clases superiores, que en la Edad Media se disfrazaban con criados y amigos para hacer representaciones. Estas comparsas teatrales pasaron a las clases populares, naciendo las *peñas*.

Teniendo en cuenta el poder que ejerció la Iglesia en Indias, resulta lógico pensar que el Carnaval no fuera bien visto por las autoridades. Pero la fiesta iba en el alma de muchos pasajeros, y el Carnaval se instaló a pesar de todo en América, aunque no desde luego con la pujanza de las celebraciones religiosas, como el Corpus o la Semana Santa.

Aparte del carnaval de Río de Janeiro, mundialmente famoso, merecen destacarse los del estuario del Plata, en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, tradición que podemos ver también en La Habana y que recuerda sobremanera a las chirigotas de Cádiz

(ciudad que, por cierto, se asemeja muy estrechamente a La Habana), cuando la canción se interpreta y se transforma en sátira caricaturesca. En Cádiz cantan y actúan comparsas, chirigotas, coros y otros grupos, y probablemente la propia Cuba, con el alma verbenera de los negros y mulatos de la isla, debió influir en los carnavales gaditanos, a través del tráfico marítimo que se inicia cuando el puerto de Cádiz reemplaza al de Sevilla en el tráfico indiano.

Deben destacarse otros carnavales famosos de Sudamérica, las Diabladas de Oruro, en Bolivia, que, como es usual en el mundo hispánico, se prolongan durante una semana. Comienzan con la llegada a la ciudad de las tropas de bailarines o comparsas, cada una con gran compañía de enseres y personas, como si acabaran de llegar de un largo viaje. Se dirigen a la plaza entre música y bailes y de aquí van a la iglesia, donde son bendecidos por el cura. Durante los siguientes días, y con profusa distribución de vino, se producen las luchas entre los diablos y los ángeles, decantadas en primera instancia a favor de los primeros, pero la intervención de la Virgen del Socavón, patrona de los mineros, decide la victoria a favor de los ángeles, símbolos del bien.

## La Semana Santa

Con el miércoles de ceniza termina el carnaval y comienza un período de cuarenta días —otros cuarenta— hasta la Resurrección. Es la Cuaresma, que rememora el ayuno de Jesucristo en el desierto, cuando logró vencer las tentaciones del demonio. La Iglesia recuerda a los hombres con la imposición de la ceniza su origen y destino mortales, y de esta forma, desde el frenesí del carnaval, le hace volver al redil de la virtud y a la penitencia, el camino para salvar el alma. Se trata de un cambio brusco, radical, tan hispano por otra parte, con esa sorprendente facilidad para pasar de la risa a la lágrima, del libertinaje al recogimiento, del abandono del cuerpo al cultivo del espíritu. La Cuaresma es tiempo de ayuno, y la tradición exigía celebrar el viacrucis cada viernes, costumbre muy mermada en España, conservándose apenas el del Viernes Santo, pero estando muchos caminos del medio rural español jalonados con las estaciones de este rito.

En América, la Cuaresma y los viacrucis penetraron con fuerza, debido al interés de los austeros franciscanos, los colonizadores espirituales de la primera época tras el descubrimiento, que instituyeron la costumbre de los viacrucis en parajes abruptos, en la tradición cristiana de los sacromontes.

Mas el periodo cuaresmal va a terminar con el momento cumbre

del cristianismo, la Semana Santa, la conmemoración del sacrificio de Jesucristo para redimir a la humanidad. El pilar maestro de la religión y, como tal, objeto de las más grandes celebraciones del orbe católico.

La Semana Santa cuenta con el prolegómeno del Domingo de Ramos, la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén a lomos de un sencillo burro. Domingo que se celebra de un extremo a otro del ámbito hispano y en el que las ramas de palma, en memoria de la que portaba en la mano el propio Jesucristo, juegan un importante papel. No solo porque los fieles forman verdaderos bosques de ellas a la entrada de las iglesias, sino porque las palmas no terminan su misión ese día, ya que prolongan su función todo el año, con esa tendencia fetichista de las gentes hispanas. Tras ser bendecidas, son colocadas en los balcones o atravesadas en la parte exterior de las ventanas, protegiendo a las casas de las tormentas. En casos extremos, cuando la tempestad se anuncia grave e inminente, se llega a quemar un cabo de vela como medida precautoria.

Cada uno de los episodios que ocurrieron en la Semana de Pasión es objeto de especial culto, y todos ellos culminan en los días grandes de la Semana Santa, los que rememoran el martirio y la muerte del Señor. Son días de reflexión interior de los católicos, de sacrificio, de penitencia incluso. Tanto en España como en América hay eventos dedicados a ello, como los *Empalaos* de Valverde de la Vera, que caminan por las calles del bello pueblo cacereño en cumplimiento de alguna promesa, soportando las férreas, crueles ataduras que sostienen un madero que el penitente porta con los brazos en la cruz, mientras una corona de espinas le desgarran las sienes.

Aunque la autoflagelación se reduce ahora al marco de las conmemoraciones, en siglos pasados era moneda corriente en cualquier cristiano devoto. Los nativos de las praderas norteamericanas se asombraron de que el propio jefe de la expedición conquistadora, Juan de Oñate, se aplicara latigazos sobre la espalda desnuda, y lo tomaron por loco. Pero la costumbre se había implantado en el territorio, y las flagelaciones eran habituales en los solitarios barrancos de Nuevo México, e incluso un asombrado periodista relató no hace mucho su sorpresa al sorprender a alguien en cumplimiento de su penitencia.

El clímax de la Semana Santa llega con las procesiones. España despliega entonces toda su capacidad colorista, pues si en algo puede acercarse al barroquismo y exageración de Iberoamérica, es precisamente en las fiestas en general y en las de la Semana de Pasión en particular. Suelen hacerse distinciones entre el carácter de las procesiones según las regiones españolas, y así las castellanas

serían más sobrias, frente a la ampulosidad y el derroche de fantasía de las andaluzas. Porque en las procesiones de Andalucía entran en juego todos los ingredientes que conmueven la rica imaginación de esta tierra: las tallas primorosas, con el Cristo llevado al sacrificio y la Virgen doliente, expresando en el rostro lacrimoso todo el dolor de una madre, ese dolor que lacera el alma de las mujeres andaluzas; la luz cálida de las decenas de cirios que alumbran los pasos y despiden aromas; el olor perfumado de la cera consumida; la música grave que atraviesa el corazón; las saetas que horadan el ambiente denso, humeante; los penitentes, sobrecogedores con sus capirotos y sus antorchas, algunos con los pies ensangrentados de arrastrar cadenas, y, debajo, los costaleros, compartiendo con su propio sufrimiento el de las imágenes que soportan. Paso a paso, la comitiva rompe camino entre la multitud henchida de fervor ante una coreografía fabulosa, que incita e invita a sumarse al supremo duelo del cristianismo. Y si se trata de Sevilla, el paseo del Jesús del Gran Poder o el de la Virgen de la Esperanza Macarena avanzan dejando detrás una estela de lágrimas.



*La afición a la fiesta, sea religiosa o laica, es otra de las notas esenciales del carácter hispano.*

En América se repiten los ritos de la Semana Santa, en algunos pueblos con una teatralidad exuberante, como en la Antigua Guatemala. Procesiones notables son las de Popayán, réplica ajustada de las andaluzas; las de México, y las de Lima. En ciertos lugares, el sesgo americano imprime notas originales, como en las Enramadas de Nicaragua. Aquí, en las grandes fiestas como la Semana Santa, los nicaragüenses no solo llevan en procesión sus imágenes, sino que las sacan fuera de los templos y las alojan en ciertos cobertizos cubiertos de ramas, venerándolas, como si

estuvieran a la vera del camino de un pueblo ambulante, pues es así, como un pueblo peregrino, como se ven a sí mismos los nicaragüenses.

Común a España y a América es la cofradía, institución de ancestros medievales, y básica para comprender la Semana Santa, pues es a ella a quien corresponde su organización. Y no solo eso, sino que la pertenencia a una cofradía supone el nacimiento de lazos de solidaridad y colaboración mutua entre los hermanos, función que, si hoy ha perdido importancia con los avances de la ayuda pública, en su momento revistió singular trascendencia. Las cofradías ejercieron un servicio auxiliar de primer orden en la evangelización efectiva de los indios, que asimilaron de buen grado la pertenencia a ellas y el trabajo derivado: la organización de las procesiones de Semana Santa, la de las fiestas patronales, los desfiles del Corpus...

Son muchas las cofradías de América y España, pero debemos destacar, por lo que significa de fidelidad a unas tradiciones en medio de un ambiente poco propicio, la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, que opera en Nuevo México y el sur de Colorado, las áreas de más acendrado hispanismo de los Estados Unidos. Las cofradías cumplían una función no solo de organización de las fiestas religiosas, sino un papel protector de los cofrades, asistencial en caso de necesidad, y en general de solidaridad con los hermanos. Existen unos requisitos para formar parte de la Hermandad y seguir perteneciendo a ella, como llevar una vida decorosa y no revelar jamás la ubicación de la «morada», especie de sede de la cofradía. Para esta, el momento culminante del año llega con la Semana Santa, a cuyos ritos y tradiciones se aferran los cofrades como los defensores a ultranza de su herencia hispana. Y aunque procuran mantener las celebraciones con discreción, preservando el auténtico espíritu cristiano de la Pasión, se han convertido sin duda en un atractivo turístico que sorprende a los visitantes en la nación de la más avanzada tecnología.

### *La primavera*

Con la primavera llegan celebraciones más festivas, porque la naturaleza invita a recrearse en la dulce atmósfera del rebrotar ecológico del año. En España tienen lugar la mayor parte de las romerías y las fiestas de los Moros y Cristianos, que por su importancia en América merecen un comentario expreso. Estas fiestas conmemoran las victorias de los reinos cristianos sobre los invasores musulmanes, ocupantes de parte de la península ibérica durante casi ochocientos años, y que a la fuerza habrían de dejar

una visible impronta cultural, especialmente en Andalucía, y que posteriormente se trasladaría a América con los españoles.

Los Moros y Cristianos comprimen en una escenificación teatral todos esos siglos de ocupación y gozan de gran predicamento en el área de Levante, Baleares y Andalucía Oriental, siendo famosos los de Alcoy, que resumen todo el recargamiento levantino y musulmán. Común a estas fiestas es su inicio con el alarde o presentación, brillante y colorido, de las fuerzas cristianas y moras. Luego ocurre el robo de la imagen de la Virgen o del Santo Patrón, que es conducido al «cuartel general» de las tropas moras. Este hecho sacrílego desencadena la reacción cristiana, y se suceden los ataques y contraataques, en los que al principio el bando cristiano lleva la peor parte. Pero ya con sus solas fuerzas, ya con la intervención de san Jorge o de Santiago, se vuelca la balanza a favor de los cristianos, que consiguen asaltar el castillo moro y recuperar la imagen robada, que será repuesta en su lugar con todos los honores. La intervención de algún santo supone la participación divina en la batalla, y lo vamos a ver reproducido infinidad de veces en España y América, sobre todo tomando la imagen de Santiago Apóstol, desnivelando siempre la lucha del lado cristiano. Una visión que estuvo presente en muchas batallas reales de la Reconquista ibérica. Y que también se mostró junto a los conquistadores españoles, pues muchos soldados, e incluso nativos indios, terminada la lucha, daban por cierto haber visto a un bravo guerrero a lomos de un caballo blanco, que bastábase él solo para deshacer las formaciones enemigas.

La puesta en escena de los Moros y Cristianos fue exportada a los nuevos reinos americanos, donde adoptó múltiples formas. Sirvió no poco a los frailes para su misión evangelizadora, pues los indios gustaban de participar en estos juegos que evocaban en última instancia la victoria del bien sobre el mal, y de la verdadera religión sobre la idolatría. En América la fiesta siguió llamándose de Moros y Cristianos, pero dentro de ella cabía ya cualquier cosa que significara combate entre dos bandos, como las batallas entre amerindios y conquistadores, y como ocurre en las actuales fiestas del poblado andino de Huapango, en las que existen anacronismos de gran calibre, como que el héroe sea nada menos que el Inca Garcilaso, el mestizo americano que alcanzó renombre literario en España.

Otra variedad festiva es el Yawar Fiesta, la Fiesta de la Sangre, celebrada con gran ritual en los Andes, y que rememora la lucha de los españoles contra los indios, representados por un toro y un cóndor. El cóndor es amarrado al lomo del toro, y se produce entre ambos una cruenta lucha que termina con la victoria de unos de los



dos. Si vence el toro, simboliza el triunfo de los españoles y augura malos tiempos, todo lo contrario a si la victoria se decanta del lado del cóndor, el gran carroñero de los Andes.

Los Moros y Cristianos, bajo diversas variantes se implantaron también en América del Norte, y la primera función tuvo lugar para celebrar el cumpleaños de Juan de Oñate, el tenaz colonizador de aquellas tierras. Una vez más, la fiesta se empleó como factor de adoctrinamiento, y los indios se sumaron a ella. La gloriosa batalla en la que el gobernador Anza, mediante una hábil estrategia, logró vencer en el Llano Estacado al famoso jefe comanche Cuerno Verde, invencible hasta entonces en un territorio que conocía a la perfección, pasó a la historia, y al folklore de Nuevo México y Colorado. Desde aquella fecha se representa en Taos, en Tomé y en otros lugares la pieza llamada *Los Comanches*, que rememora la lucha entre los españoles y los indomables indios de las praderas americanas.

Otra variante de los Moros y Cristianos son los Matachines, danza en la que aparecen los personajes de la conquista de México: Hernán Cortés, la Malinche, Moctezuma y el toro, símbolo del mal. La danza, colorista, termina inevitablemente con la muerte del toro. Los Matachines han estado representándose en Nuevo México hasta tiempos recientes.

## Las romerías

Las romerías a los santuarios marianos ocupan todo el espacio de la primavera española, están presentes en todas sus regiones y fueron incorporadas al elenco religioso-festivo de América.

Casi todas responden a un parecido patrón: descubrimiento de una imagen de la Virgen en algún intrincado paraje boscoso, el cual suele correr a cargo de un pastor, ya que, con motivo de la invasión árabe, muchas imágenes de vírgenes fueron ocultadas en espesuras y arcabucos para salvarlas de la profanación. Redescubierta la imagen, se erige un santuario, que va ganando en envergadura conforme aumenta la devoción al lugar, lo que tiene que ver con la tercera de las fases, la atribución a la Virgen de diversos milagros.

Ya están colocados los ingredientes necesarios para hacer del sitio un lugar de peregrinación, un destino al que acuden los fieles para orar, para solicitar curaciones, en cumplimiento de promesas, y, desde luego, para gozar de una o varias jornadas campestres en las que se canta, se anda o se marcha en carreta o a caballo, se bebe, se merienda y se disfruta plenamente de la naturaleza en familia y en buena compañía. Esta es seguramente la última de las fases en el patrón de las romerías andaluzas, el aspecto festivo, que

al cabo acaba predominando sobre el sentido religioso. Es el caso de las más conocidas romerías españolas: la Virgen de la Cabeza, en Andújar; la Virgen de la Peña, en Puebla de Guzmán, Huelva; las romerías de la Virgen del Sol, en Adamuz; la de la Guía, en Aguilar de la Frontera; la de la Sierra, en Cabra, así como la de la Virgen de los Milagros, en Palos de la Frontera, Huelva, cuya celebración, entonces el 3 de agosto, provocó sin género de dudas el retraso de la partida de los expedicionarios del primer viaje de Cristóbal Colón, retraso sobre el que mucho se ha especulado, pero que, conociendo la idiosincrasia andaluza, no existe duda alguna en atribuir a la participación de los marineros palenses en su romería (en 1993, el papa Juan Pablo II acudió a La Rábida para, con asistencia de los reyes de España, proclamar a la Virgen de los Milagros como Madre de España y América).

La más famosa de todas las romerías ibéricas es la de Nuestra Señora del Rocío. El Rocío congrega en la aldea almonteña a cerca de un millón de peregrinos, venidos de todas las regiones de España. Es, sin duda, la gran fiesta campera andaluza, y en su ciclo total de ida y vuelta invierten los romeros casi dos semanas. Por el camino de Huelva, por el de Sevilla y por el más bello de todos, la travesía del Coto de Doñana, convergen los peregrinos hacia la preciosa aldea blanca, de casas bajas, emplazada como una terraza sobre las marismas del Guadalquivir, donde se levanta la gran iglesia que un día fue minúscula ermita.

Sin duda, El Rocío ha perdido mucho de su religiosidad primitiva, pero el fervor devocional hacia la Reina de las Marismas sigue siendo el motivo principal que empuja a tantos romeros hacia la que, por un día, se convierte en capital espiritual de Andalucía.

La dimensión colonizadora andaluza inicial fue la responsable de trasladar esta devoción mariana a América, pues la Virgen caló en el Nuevo Mundo más hondamente que la veneración a Jesucristo. Uno tras otro, y respondiendo a parecidos principios citados para los españoles, fueron surgiendo los santuarios americanos y sus correspondientes peregrinaciones: Nuestra Señora de Cocharcas, en Apurímac, Perú; Nuestra Señora de Luján, en Buenos Aires; Nuestra Señora de la Candelaria de Copacabana, en Bolivia, a orillas del lago Titicaca; la Dolorcita, en Quito; la de Altagracia, en Santo Domingo; la muy famosa de la Caridad del Cobre, en Cuba, y las no menos famosas Virgen de Coromoto, Venezuela, y la Virgen de Andacollo, en Chile. Todos ellos centros de peregrinaje de sus respectivas regiones y países, canalizadores de la enorme veneración mariana de América.

El subcontinente del norte participa también de esta devoción, donde es famosa otra romería de indudable ascendencia hispana, la

del santuario de Chimayó, en Nuevo México. Centro de peregrinaje durante todo el año, pues en una pequeña estancia del santuario brota en el suelo un pequeño pozo de tierra que los fieles recogen, pues dicese que esa tierra posee propiedades curativas milagrosas y que el pozo nunca agota su caudal de tierra.

Y, por encima de todas en cuanto a renombre, la Virgen de Guadalupe, en México, con connotaciones ciertas, pero todavía no del todo reconocidas, con su homónima de Extremadura, de la cual eran muy devotos tanto Cristóbal Colón como Hernán Cortés, quien regaló para su manto un escorpión de oro.

La polémica envuelve, y de un modo apasionado, a la Virgen de Guadalupe, desde que se mostrara en la colina de Tepeyac al indio Juan Diego, y desde que este desplegara su tilma ante el obispo Juan de Zumágarra y sus acompañantes, produciéndose el milagro. En el capítulo dedicado a la religión hablaremos sobre este suceso, que tanta influencia tuvo en la cristianización definitiva de México. Baste decir por ahora que Guadalupe se erigió desde entonces en el epicentro de la devoción católica mexicana, y que cada diciembre tiene lugar la peregrinación al santuario, pudiendo comprobarse allí hasta qué punto, por encima de unas u otras opiniones sobre el suceso, la Virgen de Guadalupe ha arraigado en el corazón de los mexicanos de cualquier condición.

Si la Virgen acapara la mayor parte de las romerías hispanoamericanas, el Cristo tiene también su lugar y su tiempo. Es el mes de mayo, la apoteosis de la primavera, y las fiestas de las Cruces de Mayo, también llamadas Mayos o Mayas, quieren simbolizar este éxtasis de la naturaleza, adornando cruces con ramas y flores y acudiendo los fieles a postrarse y cantar ante ellas, con el consabido festejo que acompaña a toda variante de las romerías. El nombre correcto de la conmemoración es la Invención de la Santa Cruz, y su origen, el descubrimiento por la madre del emperador Constantino de la auténtica cruz de Jesucristo, ocultada por los discípulos. Fragmentos de la cruz se repartieron por toda la cristiandad, los *lignum crucis*, reliquias veneradas de la madera de la cruz.

Cada tres de mayo, múltiples cruces en todo el mundo cristiano se engalanan con flores y tallos de matojos, alcanzando la fiesta en Andalucía gran predicamento. Mena<sup>19</sup> señala cuatro modos de celebrar los Mayos, desde los pueblos que mantienen una cruz permanente, bien en las afueras, bien en una capilla especial, y que adornan cada tres de mayo, a las cruces que son erigidas y decoradas para la ocasión, en la parte inferior de las casas o en los patios o las plazuelas. Como en Córdoba, capital de los bellos patios andaluces, donde las cruces son visitadas y admiradas para orgullo

de sus decoradoras.

Estos Mayos de patio o de barrio son desde luego los más populares, y, tras los rezos de rigor, llega el no menos consabido canto y baile, que durará hasta bien entrada la noche. También hay Mayos en otros puntos de la España rural, como en Orense, donde se alza una especie de pirámide que culmina en una cruz profusamente adornada de motivos vegetales, y en Albarracín, donde corren toros con bolas inflamables.

Los Mayos fueron trasplantados a América, reproduciéndose allí la fórmula del decorado vegetal, supliendo la carencia de flores de las regiones australes en el mes de mayo por flores artificiales, como ocurre en tantas poblaciones argentinas. Desde México a la Patagonia se celebran las Cruces de Mayo, y en Cuba, hasta bien entrado el siglo XX, las familias entronizaban en las propias casas una pequeña cruz y bailaban, comían y festejaban hasta la madrugada avanzada, tal como se hace en los pueblos andaluces. En el Cuzco existe la curiosa creencia de que la víspera del tres de mayo, al anochecer, una cruz verde se ilumina con tonos muy vivos en lo más alto de las cumbres nevadas, y cada año los fieles hacen enconados esfuerzos por descubrirla.

En Santo Domingo son muy devotos de la cruz, que colocan en esta fecha en la linde del Camino Real, adornándola con flores y papeles coloreados. Y en el mismo país, en la localidad de El Seibo, que se halla acogido el patronato de la cruz, los festejos se prolongan durante nueve días. Cada barrio presenta su propia cruz, y las celebraciones incluyen toros, juegos de sortijas, pato ensebado, danzas, músicas y otras diversiones.

Los honores a la cruz son muy profundos en Bolivia, más en otros tiempos que ahora, y en ellos se mezcla la devoción con los excesos. En La Paz se ascendía a un cerro cercano, llamado Caja del Agua, donde se honraba a la cruz entre comparsas, disfraces, música y promiscuidad. Y en Cochabamba aún está vigente la veneración a un Cristo situado en una estancia próxima llamada Santa Vera Cruz, donde se celebra una jornada de fiesta en el sentido más amplio del término.

Los homenajes a la cruz cuentan con un precedente más remoto, las fiestas en honor del árbol, que era guarnecido con flores y que fue poco a poco sustituido por un palo, alrededor del cual se ejecutaba, y se ejecuta aún, la danza de las cintas, muy popular en núcleos rurales de España y América. Es el Palo-Mayo, heredero del árbol y antecedente de la cruz, que se bendice en las iglesias y los vecinos bailan alrededor.

De san Isidro, patrón de los labradores, son muy devotos en España, pero mucho más en Hispanoamérica. Fue un santo humilde, de piedad suma, de quien se cuenta que, necesitando agua su amo, golpeó con su cayado en una peña e hizo brotar el agua. Y que, recriminado por rezar en horas de trabajo, pudo comprobarse que sus bueyes araban solos mientras él oraba.

San Isidro es también el patrón de la villa de Madrid. Goya registró para siempre en un lienzo la popular *Pradera de San Isidro*, cuando cada quince de mayo los castizos madrileños acudían a las campos de la vera del río Manzanares y pasaban un memorable día de churros, chocolate y fiesta por todo lo alto. Mas el insaciable avance urbano acabó con la pobre pradera: la canalización del Manzanares terminó con su carácter de río natural, para pasar a ser una simple conducción superficial de agua; la pradera fue sacrificada para levantar sobre ella vulgares bloques de viviendas, y, por si fuera poco, una autovía sustituyó a la antigua umbrosa ribera por sendas vías de asfalto a ambos lados del río, atestadas de coches a todas horas.

Con lo único que no terminó la voracidad urbana y constructora fue con la alegría de los madrileños, que fielmente acuden cada año a venerar al santo a la ermita que guarda sus restos en urna de plata. Vuelven los trajes de chulos y majas, y el aroma de las rosquillas y los churros invade el ambiente una vez más. Y sobre todo, san Isidro otorga su nombre a la feria taurina de Madrid, la más larga y famosa del mundo.

San Isidro es festejado el quince de mayo en la España rural. Pero, además, hay que tener en cuenta que España es un país seco, y al patrón de los labradores le corresponde la tarea de garantizar el agua. Cuando las lluvias resisten, cosa frecuente, san Isidro es paseado en rogativa de lluvia, confiándose en su bondad para que socorra a los sufridos agricultores.

El santo labrador, como muchos otros santos españoles, pasó a América en el recuerdo y en las intenciones de los colonizadores, muchos de ellos procedentes de ámbitos rurales. Son innumerables los lugares donde el santo es paseado en su onomástica. Destaca sobremanera la devoción por él en los territorios de Nuevo México, donde aún se le implora en demanda de favores. Hasta hace poco tiempo, en el pueblo novomexicano de Córdoba, el 14 de mayo, la imagen era sacada de su iglesia y llevada al campo, donde los más fieles la veneraban toda la noche. Al alba, la comitiva con las gentes del pueblo abría camino e iba recorriendo los campos y suertes para quedar bendecidos con la visita. Y en muchos pueblos de Nuevo México y Colorado se sigue repitiendo este ceremonial cada 15 de mayo, y una imagen del santo se encuentra presente en casi todas

las iglesias.

Cuando la sequía aprieta, se recurre a su protección. En Arani, departamento de Cochabamba, en Bolivia, si llega el caso se baja la imagen de su pedestal, la llevan a las afueras del poblado y la dejan en la ribera del río, hasta que su presencia convoque a la esquiva lluvia. Cuéntase que, cierta vez, un hombre confundió en la oscuridad a la imagen con un malhechor y la roció de balas. Los vecinos, conmocionados ante el sacrilegio, recogieron con mimo la maltrecha figura y la repusieron en su sitio, y durante semanas no dejaron de prodigarle misas y rezos para paliar la ofensa.

En Jaumave, estado de Tamaulipas, la sequía espolea la iniciativa de los indígenas, que, tras sacar a las huertas la imagen del *tata* («padre») Isidro, danzan respetuosamente alrededor suyo para agradecerle la bendición del agua caída del cielo.

Pero América, salvo algunas zonas, no se caracteriza precisamente por su falta de agua, sino por su contrario, el exceso, y aquí también es invocado el patrón de todos los agricultores. En la gran isla de Chiloé, la demasía de lluvias provoca invocaciones del siguiente tenor: «San Isidro labrador, ruega a Dios que salga el sol». Y en Cuba, cuando el sol amenaza lluvias gruesas, los niños hacen una cruz de ceniza y dicen: «San Isidro labrador, quita el agua y pon el sol».

## El Corpus Christi

El curso del calendario festivo nos lleva a continuación a la más grande de las fiestas religiosas de América, por encima incluso de la Semana Santa: el Corpus Christi. El homenaje al misterio de la Eucaristía nace cuando, corriendo el siglo XIII, santa Ana de Lieja vio alzarse a la luna sobre los rosales de la tapia de su convento, pareciéndole una hostia elevándose contra el cielo en las manos de Dios. Comunicó el hecho el obispo al papa, quien tiempo después declaraba la festividad del Corpus Christi, para honrar a la Eucaristía. Desde entonces se celebra y se acostumbra acompañarla de ciertas escenificaciones teatrales, que derivan de los antiguos autos sacramentales, muy extendidos en España en su día, y de los que sin duda quedan visibles vestigios, pues el espectáculo religioso-teatral de ayer, hoy es una miscelánea de procesiones sacras, lucha de ángeles y diablos, calles alfombradas de flores, desfiles de animales mitológicos, máscaras y gigantes. Colorista mixtura de elementos profanos y sacros, espirituales y mundanos, tan del gusto de los españoles.

Hay tres ciudades que pueden considerarse hoy capitales del universo cristiano del Corpus: Roma, Toledo y el Cuzco. En siglos

pasados, en las procesiones del Corpus de Toledo, entre las muchas atracciones paseaban gigantes, de los que dos representaban a América. Son renombradas también las de Daroca y las de Sevilla, los Seises, donde los niños cantan y bailan frente al altar mayor de la catedral.

La lucha entre la virtud y el mal es algo casi inseparable de las celebraciones del Corpus. En Camuñas, Toledo, tiene lugar la confrontación entre Danzantes y Pecados. Estos, ataviados con horrísonas máscaras, corren aullando hacia el estandarte de la cofradía, que enarbola la cruz, tratando de intimidarla, pero, al llegar a ella, no les queda otro remedio que caer postrados de rodillas. Así, entre las amenazas y provocaciones de los Pecados, van avanzando hacia la iglesia, cuya puerta los malignos no pueden franquear y quedan ante ella profiriendo toda clase de gritos.

El ceremonial del Corpus fue llevado a América con todos los honores, pues, como se ha dicho, alcanzó mayor prestigio aún que la propia Semana Santa, erigiéndose en la fiesta religiosa por excelencia, en particular en el virreinato del Perú, área de influencia del antiguo Imperio inca.

Existe razón de fondo para ello. A los frailes de las órdenes religiosas les costó enorme esfuerzo extirpar las idolatrías, férreamente ancladas entre los nativos. Tuvieron que recurrir a mil ardides, como emplear la música y las representaciones teatrales, para acercar a los indios al cristianismo, y el Corpus se prestaba a estos fines.

Antes de la llegada de los españoles, el Cuzco, el *ombligo del mundo*, encaramado en las atalayas del Altiplano andino, era la capital del Tahuantinsuyo, el imperio gobernado con mano de hierro por el Inca. Su dios era el Sol, el Inti, y cada año se celebraban con pompa extraordinaria las fiestas dedicadas a él, el Intiraymi, festividad que congregaba a súbditos de toda la comarca. Pues bien, cuando los españoles, tras el audaz golpe de mano de Francisco Pizarro y después de no pocas vicisitudes, dominaron y pacificaron el incario, quisieron que el Corpus Christi representara en cierto modo el triunfo de la nueva sobre la vieja religión. Decidieron entonces los frailes celebrar un primer Corpus fastuoso, deslumbrador, «echando al resto» para que los indígenas se convencieran, a través de los sentidos, de que merecía la pena incorporarse al nuevo credo. Había incluso intensas similitudes entre la antigua fiesta mayor de los Incas y el Corpus cristiano, pues los rayos del Inti se correspondían con los resplandores de la Custodia, y en las procesiones y el boato del conjunto se percibían igualmente estrechas semejanzas.

Desde entonces, el Corpus Christi se instaló como fiesta grande

del virreinato, y en toda la extensión de la América hispana ha quedado la huella de sus celebraciones. Pero, entre todos los Corpus americanos, el del Cuzco siguió en la cabeza, y una vez más encontramos una justificación para ello. Como señala Viñuelas<sup>20</sup>, los españoles ubicaron la nueva capital en Lima, relegando a la antigua capital de Cuzco, que, no obstante, se pobló de iglesias y conventos, con densidad no superada por ninguna otra ciudad de Hispanoamérica. El Corpus se convirtió entonces, y así continúa, en la ocasión anual para que el Cuzco (ya oficialmente Cusco) recuperara el esplendor perdido, para que de nuevo acudieran a él peregrinos y fieles de las comarcas circundantes. La ciudad se engalanaba en ventanas y balcones, y la procesión era un fastuoso alarde en el que participaban cofradías, barrios, gremios, todos los cuerpos vivos de la ciudad, cada uno presidido por sus estandartes y por la imagen del santo patrón de su iglesia.

Los más brillantes aderezos eran para Santiago Apóstol, esplendoroso sobre su caballo, el cual era cambiado hasta tres veces en su recorrido. Y el puesto de honor se reservaba para el sitial del Corpus, instalado en un majestuoso carro de plata, evocación de las riquezas fabulosas del Imperio inca. El Corpus ha perdido algunos de estos elementos de la época española, pero conserva aún toda la brillantez que acompaña a la que sigue siendo, después de tantos siglos, la fiesta mayor del antiguo Tahuantinsuyo.

En Nuevo México, tras las procesiones del Corpus tienen lugar brillantes festejos en torno a Nuestra Señora del Rosario, la Conquistadora, cuya imagen se conserva en la catedral de San Francisco tras muchas incidencias, desde que fuera traída desde España y salvada de la revuelta india que expulsó temporalmente a los españoles de los territorios del Oeste. Cuando los angloamericanos ocuparon el área, el condescendiente y entreguista obispo Lamy le arrebató el nombre, cambiándolo por el de *Our Lady of Victory*, pero nuevamente recuperó el suyo en 1960, cuando el legado del papa hizo la coronación de la Virgen.

En esta fidelidad de fondo mucho ha tenido que ver la Cofradía de los Devotos de la Virgen. Otra cofradía, la de los Caballeros de Vargas, interviene activamente en la fiesta del Corpus, peregrinando hacia la ermita del Rosario, donde acampó don Diego de Vargas, preparándose para recuperar el terreno perdido tras la sublevación india.

De modo semejante al Corpus de Camuñas, el de San Francisco de Yare, en Venezuela, contempla las escaramuzas de los diablos contra el símbolo de la Eucaristía. En la procesión, más de cien diablos corretean y bailan hasta llegar al templo. En el momento supremo de la elevación se arrojan al suelo entre denuestos, y,



terminada la misa, se producen en gran frenesí, como si estuvieran verdaderamente endemoniados, mientras una persona de la comitiva finge que los va azotando. Es, en definitiva, la eterna dialéctica entre el bien y el mal, la virtud y el pecado, tan cara a las celebraciones del mundo hispano.

## *El Verano*

### San Juan Bautista

El fuego y el agua son los ingredientes de la fiesta de junio de San Juan. Resulta curioso que, siendo el Bautista el patrón natural del agua, no sea esta, sino su contrario, el fuego, el protagonista de las sanjuanadas. Acaso porque el temperamento hispano se corresponde más con él que con el agua, aunque en el fondo de uno y otro elemento late el mismo afán purificador. Con el bautismo del agua se redime al hombre del pecado original, se limpia la gran mancha de los primeros padres. Pero el fuego es un agente de mayor poder, empleado no en lo mucho que tiene de destructivo, sino de purificador. Las ánimas en pecado han de pasar por el filtro doloroso del purgatorio para alcanzar la gloria eterna, y de él resurgen como almas puras, sin mancha. El fuego es también lo que limpia la tierra cosechada, lo que elimina las sabandijas, las malas hierbas, y la deja lista para la nueva siembra.

Por eso el fuego es el elemento vital de las Noches de San Juan, su actor principal. En muchos pueblos españoles brillan las luminarias de las hogueras encendidas en honor al santo. En otros se salta sobre el fuego, y en otros muchos se camina descalzo sobre las brasas, porque es creencia popular que en esta noche de magia, y solo en ella, el santo hace inmunes a los cuerpos contra las quemaduras. En Icod, Canarias, los aldeanos lanzan bolas de fuego desde la cima de los acantilados. En el Pirineo bajan los hombres portando antorchas de resina de abeto encendidas, que al juntarlas elevan al cielo una inmensa fogarada. Estas y otras muchas manifestaciones del fuego forman las hogueras de San Juan, cuando la noche ibérica se inflama con ellas. Noche tan sobrenatural que hasta el sol dicen que baila en la madrugada mallorquina del pueblo de Sant Joan.

El fuego del Día de San Juan protege contra los malos espíritus en América. San Juan quiso ser contrapuesto a la deidad pagana del Sol, tan firmemente prendida entre los amerindios, y por ello se le asoció también al fuego purificador. Los vecinos de los pueblos rurales encienden hogueras delante de sus casas para que el santo

los recuerde y los haga prosperar. En las fincas también brotan focos de fuego, para que medren las cosechas, y los cielos de uno a otro confín del mundo hispano se iluminan de rojo. Y en las provincias de Chaco, Formosa y Misiones, se salta y se camina sobre las brasas.

El agua también está presente en este día de especial magia, cuando tantas leyes físicas son violentadas por deseo expreso del santo. En el canario Puerto de la Cruz, los cabreros empujan a sus rebaños, obligándolos a meterse en la orilla vivificadora. En Galicia, hombres y mujeres acuden a bañarse en las charcas o en el propio mar, pues se asegura que el santo se encarga de bendecir la capa superior, lo que conocen como la flor del agua.

El agua como parte principal de la noche sanjuanera también se halla presente en América, pues, por mucho frío que haga, es inocua para quienes se bañan en ella, bendecida como está por el santo. Y por eso, las gentes del gélido Altiplano boliviano no dudan en introducirse en las aguas, porque así aseguran su buena suerte todo el año.

El calendario festivo prosigue su camino, y el verano inunda de rodeos las áreas hispanas relacionadas con el caballo y el manejo de las reses, las llanuras esteparias de ganadería extensiva, como las que se extienden al norte de lo que otrora fue el Imperio hispano y hoy es el suroeste de los Estados Unidos. Donde la vieja cultura ecuestre española ha sido adoptada por los angloamericanos, lo que demuestra el vigor de la misma, pues descansa sobre el uso más inteligente posible de la tierra y sus recursos.

El rodeo es hoy un espectáculo que convoca a millares de personas durante el largo verano en los pueblos de los páramos americanos. Pero ya indicamos en su momento que, antes que eso, fue, primero, un procedimiento para la reunión periódica de las reses dispersas a lo largo de los inmensos hatos ganaderos. Y, segundo, un método de selección de ejemplares, capturando a los más jóvenes para imprimirles el hierro de rancho, para apartar a los maduros para la venta, entregar a la Corona el ganado mostrenco y devolver al resto a la libertad de los prados.

Eran los tiempos heroicos del ganado, cuando no había cercas, cuando el trabajo diario no era una rutina, sino la aventura que cada día deparaba. De todo aquello quedan retazos en las más grandes fincas ganaderas del Oeste, altamente tecnificadas, y queda también el espectáculo del rodeo, ya solo folklore y fiesta, pero también lucido vestigio de la colonización ecuestre que se impuso en las grandes praderas de América.

Como encaramado sobre el caballo tórrido del verano, en el punto más álgido del ardiente estío ibérico, Santiago, el patrón de España. Fiesta más antigua y, por ende, de las más arraigadas. Con muchas celebraciones en todos los rincones del país, pero con motivos y actos especiales en la ciudad que lleva el nombre del apóstol, Santiago de Compostela.

Desde que en plena Edad Media se descubrieran los restos del apóstol, según la leyenda evangelizador de España, Santiago se convirtió en destino máximo de la peregrinación religiosa europea, que por el Camino francés entraba en España por el Pirineo y atravesaba la Península por su cuadrante norte, recalando tras muchas semanas de viaje en la mítica ciudad gallega. Es inimaginable el aporte cultural que este trasiego supuso para España, para una España incomunicada con Europa por muchos conceptos, y no solo el físico. Pero las sucesivas remesas de peregrinos durante siglos insuflaron en la Península nuevas ideas, nuevas corrientes, poniendo a España en contacto real con el espacio europeo.

No es extraño que la devoción al patrón de España pasara íntegramente a América. Antes y después de la independencia de América se ha seguido rindiendo homenaje a Santiago en todo el continente hispano. Destaquemos solo las fiestas de Paratía, en Perú, que combinan la celebración del santo con matices andinos, como la utilización de un disfraz de cóndor. Y las de Santiago de Atitlán, en Guatemala, donde se organizan procesiones en su honor, y donde tienen lugar las famosas Luchas de la Conquista, variante de los genéricos Moros y Cristianos, y que esta vez recuerdan las batallas entre indígenas y conquistadores.

Se venera a Santiago, pero también se le teme, pues no en vano se le atribuyeron intervenciones decisivas en combates, y se le muestra sobre un caballo blanco, espada en mano, presto a acometer a los infieles. Es así, como la personificación del rayo, como lo ven los nativos del Altiplano boliviano. Creen que allí donde cae el rayo es el mismo Santiago quien desciende. Acuden al lugar y lo tienen por sagrado, como sitio tocado por Santiago. Visten sus buenas galas, con prendas de blanco, hacen danzas, cantan y tocan música, y vuelven con bullicio a sus casas.

### *El otoño y el invierno*

Septiembre es, en el hemisferio norte, época de cosechas, y los pueblos hispanos lo celebran como corresponde. Atrás quedaron las incertidumbres del nublado, la helada, la seca o las lluvias en demasía. Atrás el escrutar cada atardecer el horizonte, catar los

vientos por tratar de anticipar la intención del clima, benefactor o azote, amigo o enemigo del agricultor, siempre voluble y nunca fiable. Pero, cuando el vino está en los lagares, el cereal en las trojes y la huerta en almacenes y bodegas, se da rienda suelta a la alegría que proporciona la despensa llena. Septiembre es, en España y en los pueblos hispanos, el mes de las fiestas con mayúsculas, y, si coinciden, como es frecuente, con las patronales, el regocijo se desborda.

Un poco más adelante, cuando ya los fríos atenacen la tierra y recluyan a los hombres en las casas, se celebra otra fiesta grande, la matanza del cerdo, mucho más solemne y festiva en España que en las áreas de habla hispana, acaso por la intensa tradición ibérica de convertir al generoso cerdo en suministro regular de carne para todo el año. Los jamones, chorizos, morcillas y tocinos eran quizá las únicas carnes que allegaban las familias campesinas españolas al puchero diario, y eso era motivo suficiente para derivar de esa cosecha unas cuantas jornadas de fiesta superlativa, pues es característica típicamente hispana el convertir los trabajos en eventos festivos. Sobre todo, si tienen relación con la obtención de frutos de cualquier especie, como la pisa de la uva, la bajada de los caballos asilvestrados en la cordillera cantábrica, la recogida de reses o de caballos en las marismas, la esquila de la lana, la propia matanza y tantos otros.

## Día de Difuntos

Hémos aquí con otra de las fiestas grandes del calendario hispánico, el Día de los Fieles Difuntos, celebrada el 2 de noviembre, y complementada con el del día 1, el Día de Todos los Santos, instituida para rezar por los que ya se han marchado de este mundo, muy especialmente para quienes sufran temporalmente en el purgatorio la purificación de los pecados cometidos en esta vida, y a través de los rezos alcancen cuanto antes la gloria eterna.

Es fiesta muy antigua, tanto que las gentes precristianas ya la celebraban, y apenas existe cultura donde los muertos no cobren vida de alguna manera una vez al año, y tenga lugar un día de convivencia con los vivos. En el mundo andino, donde los muertos eran momificados y sepultados en oscuras cuevas de las laderas de los cerros, ese día los deudos acudían a sus momias y les introducían coca entre los dientes, en la creencia de que la consumían verdaderamente. Y ese mismo día creíase que el espíritu de los muertos se encarnaba en el cuerpo de un moscardón y se colaba en las casas de sus familiares, de modo que nadie osaba molestar a uno de esos volátiles.

El Día de Difuntos o *Día de Muertos* posee honda raigambre en el calendario festivo hispano. En España la tradición impone visitar a los deudos en los cementerios, para lo cual con antelación se visitan las tumbas, se lavan y engalanan con flores, para que el día grande toda la familia acuda a cumplimentar a sus fallecidos, y los cementerios se convierten entonces en una genuina romería de gentes que van y vienen.

Como no podía ser de otra forma, la costumbre pasó a América, y también, como no podía ser menos, adquirió allí tintes mucho más coloristas, con la habitual tendencia al barroquismo de ese continente. En todos los pueblos de Sudamérica se produce la visita a los cementerios, pero donde adquiere tintes casi fantásticos es en México, en el popularmente conocido como Día de Muertos.

Ese día las familias componen el altar de muertos, un conjunto de los objetos relacionados con el difunto: sus alimentos preferidos, su tabaco, su pipa, fotografías y otros ingredientes, que arropan al muerto con sus pertenencias queridas en vida, y todo ello bellamente decorado con papeles de colores. Los altares pueden erigirse en las casas o, llegado el día, en los propios cementerios, y la visita se convierte en algo más que una cortesía, porque ese día las familias celebran una jornada por todo lo alto, incluyendo los habituales elementos festivos de la fiesta hispana, como la comida, la bebida y las familias al completo.

El Día de Muertos alcanza cotas surrealistas en muchos pueblos del México profundo, donde los parientes llegan a sacar a la luz pequeños trozos del cadáver, y conversan con él tal si estuvieran vivos, comentándoles las novedades habidas ese año en la salud y los bienes de la familia del difunto.

## La Navidad

La Navidad, teniendo en cuenta la penetración de la religión católica en el mundo hispano, tiene un puesto más que destacado en el calendario festivo. No es necesario detenerse en cómo se celebran los acontecimientos que rememoran el nacimiento de Jesús, por ser de sobra conocidos, pero sí destacar que algunos de los eventos pierden vigencia en España, mientras se conservan en América. Así, las representaciones de las Posadas de José y María, cuando buscaban afanosamente un lugar digno para alumbrar al niño, debiendo conformarse al final con la humilde cueva. Las Posadas, como también el Auto de los Pastores, fueron muy populares en el territorio de México, y aún hoy siguen representándose, incluso allende la frontera oficial, en las áreas de influencia hispano-mexicana, como los enclaves rurales del sur de Colorado y Nuevo

México. En este estado se sigue acudiendo a la misa del gallo, siguiendo la tradición que marcó Juan de Oñate por primera vez, hace cerca de quinientos años. Es notable observar que los indios pueblo, tras esta misa, realizan danzas ceremoniales con arreglo a sus antiguos ritos, en una interesante síntesis entre la profunda hispanización de que fueron objeto con sus propias costumbres.

También muy mexicana es la costumbre de cantar villancicos, algo que los niños hacen por las calles con panderetas y zambombas, tradición muy desdibujada igualmente en la España actual. En cambio, sigue viva en ambas orillas la tradición del pesebre, traída a España desde Italia por Carlos III, y en cuya popularización en el Nuevo Mundo tuvieron tanto que ver los franciscanos. Otras costumbres navideñas que la moderna sociedad de consumo debilita en España, pero que se mantienen en América, son las del Día de los Inocentes, las inocentadas, e incluso los Reyes Magos, que día a día ceden terreno en beneficio del norteamericano y ultraconsumista Santa Claus.

### *Fiestas del santo patrón*

El calendario festivo examinado, de por sí rico y apretado, no acaba ahí, sino que resta el añadido de la festividad del santo patrón, a veces coincidente con alguna de las fechas estudiadas, pero otras independiente, cuando los pueblos se sitúan bajo la advocación de algún Santo o Virgen particular. Ni que decir tiene que las fiestas patronales son los días grandes del pueblo. Suelen durar una semana y convocan a los numerosos vecinos dispersos por el país, que reservan parte de sus vacaciones para acudir a la obligada cita. Hay santos y Vírgenes muy comunes en estas celebraciones locales, como la Virgen del Carmen, patrona de los marinos, que es objeto de vistosos homenajes marítimos en Santa Cruz de Tenerife, en Puerto Santiago y en muchas ciudades costeras del ámbito hispano. O la Virgen de la Regla, patrona de los pescadores, también celebrada en Canarias y en Cuba. San Antonio, popular y verbenero, con fiestas desde Madrid a la localidad de San Antonio, en Nuevo México, donde se organizan procesiones. La Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba; el famoso Cristo de Esquipulas, en Guatemala; la Virgen de los Ángeles, patrona de Costa Rica; la de Coromoto, patrona de Venezuela, o la Virgen de Chiquinquirá, y tantas otras fiestas locales dedicadas a su Santo, a su Virgen o a su Cristo.

Hay otras fiestas que merecen ser consignadas en este anuario festivo. Por ejemplo, las fiestas de Santa Fe, Nuevo México, celebradas a principios de septiembre y equivalentes a las fiestas

patronales de cualquier población hispana. Su interés radica en que en ellas aflora toda la rica herencia de contenido hispánico. Existe una hermandad, los Caballeros de Vargas, compuesta por descendientes de los conquistadores y constituida para honrar la memoria de quien pacificó la zona tras la revuelta india que devolvió al redil del *Imperio español* los territorios perdidos, confiándose a la protección de la Conquistadora. Se consideran «hijos de la Madre Patria española» y tienen un papel protagonista en las fiestas. El momento más esperado es la *entrada*, la irrupción de los caballeros en Santa Fe, vestidos con trajes militares españoles del siglo XVII, remedando la que hiciera don Diego. En esta semana se celebran mercadillos en la plaza Mayor de Santa Fe, al más puro estilo ibérico, con las banderas de Estados Unidos, México y España desplegadas, como es habitual, en el Palacio de los Gobernadores, que preside la plaza. Hay representaciones de antiguos autos sacramentales, como *Adán y Eva* o *Caín y Abel*, etc. Hay grupos de música y baile que interpretan baladas y danzas hispanas, se quema un muñeco inmenso llamado *Zozobra*, y, en una palabra, las fiestas de Santa Fe son un canto continuo y bullicioso al legado cultural español.

Otra fecha norteamericana de fuerte sabor hispano es la Semana de De Soto, en Bradenton, Florida, en memoria del gran conquistador Hernando de Soto, que había participado de una forma destacada en la conquista del Imperio inca junto con Francisco Pizarro. Inmensamente rico, volvió a España, pero estaba poseído por el veneno de la tierra americana y retornó a ella, como capitán general de una nueva expedición colonizadora. Recorrió victorioso el territorio del este de los Estados Unidos, avistó por primera vez el Misisipi y, cuando había determinado sobre el terreno las ciudades que iban a ser fundadas, y a las que se incorporarían colonos españoles, le sorprendió la muerte. Con ella se desmoronaron sus sueños colonizadores, cambiando acaso el rumbo de la historia, pues el territorio de esta mitad de América del Norte quedó libre para otras huestes civilizadoras. La *Semana de De Soto* recuerda a este bravo capitán español. Se reproduce el episodio del desembarco en la playa, hoy Parque Nacional, con unos «indios» intentando impedirlo y siendo vencidos por don Hernando, quien a continuación se arrodilla en la arena y, sosteniendo en la mano el pendón real, toma posesión de la tierra en nombre del rey de España. Toda la semana ofrece nuevos actos en memoria del conquistador, en unas calles festivas y adornadas con los colores rojo y gualda de la bandera española.

No debemos terminar este recorrido por la fiesta hispana sin mencionar el Día de Acción de Gracias. Para los angloamericanos, el

*Thanksgiving* es el día grande del año, una familia celebrando un pavo asado, en recuerdo de la primera cosecha de los pioneros del Mayflower en Norteamérica. Pero en el área hispana de Estados Unidos se abre paso la conmemoración de la fiesta que ordenó hacer Juan de Oñate, adelantado de esas tierras, cuando cruzó el llamado *Paso del Norte*, dejando las tierras del virreinato mexicano y adentrándose en el incierto territorio septentrional, poblado por tribus hostiles, como los apaches y los comanches. Oñate mandó celebrar una misa, y seguidamente se dispusieron asados de corderos y de vacas. Este Día de Acción de Gracias, cada treinta de abril suma nuevos adeptos, y se está convirtiendo en el símbolo festivo de la identidad hispana en los Estados Unidos de América.





*El diseño rectangular caracteriza a todas las ciudades y pueblos de la América hispana.*

# URBANISMO, ARQUITECTURA Y ARTE

## La Ciudad rectangular

Sorprende a todos los viajeros la uniformidad urbanística de las ciudades hispanoamericanas, su trazado rectilíneo, su gran plaza Mayor como centro neurálgico de la vida ciudadana. Una constante que se repite desde Santa Fe, en Estados Unidos, hasta los núcleos urbanos de la remota Patagonia. Resulta ilustrativo al respecto el conocido párrafo del tratadista iberoamericano Rojas Mix, cuando se encontraba callejeando por la ciudad alemana de Colonia.

Nunca supe muy bien el nombre de las calles; mas mi sentido de orientación era perfecto, una paloma mensajera. Pero Colonia no era una ciudad de América Latina a la que estaba habituado. Su topografía no tenía nada que ver con *mi-topografía-mental*, que en general yo atribuía a todo trazado urbano. Depositado en una de *mis* ciudades, en cualquier calle que me encontrara, sabía que a derecha e izquierda tenía otras paralelas, que al frente y a mi espalda eran todas perpendiculares, y que en el centro se encontraba la «plaza de armas» con la catedral. ¡Pero la ciudad de Colonia ni siquiera tenía la catedral en el centro! (O en todo caso su noción de centro resultaba para mí incomprensible). Mi condición de americano se manifestaba con una condición urbanística. Me bloqueaba para concebir otras calles que no fuesen las rectas u otro tablero urbano que no fuese el damero. Descubrí entonces, que aquella orientación que siempre me había parecido tan natural, que esta especie de instinto para encontrar el camino, no era producto de un sexto sentido, sino la resultante de una serie de condiciones lógicas (ideo-lógicas) que me había suministrado mi entorno. Esa imagen urbana que llevaba conmigo y que me impedía comprender la organización de la ciudad europea, era el resultado de circunstancias sociales e históricas que yo había modificado y transformado en la naturaleza (la había transformado en la ciudad en-sí). La imposibilidad de orientarme era consecuencia de algo muy

simple: la representación que tenía del mundo físico exterior no encajaba con el mundo al cual acababa de trasladarme. La última reflexión que cruzó por mi mente fue por qué había realizado la absurda e *irracional* operación de querer traducir ese nuevo entorno en el que me hallaba al modelo americano. Por eso, porque era el único modelo por mí conocido. Y me di cuenta en aquel momento de la importancia práctica y emotiva que para mí tenía la imagen de la ciudad americana. Era inmensa.

¿A qué se debe esta disposición de las ciudades fundadas por España en Hispanoamérica, esta exactitud del trazado, cuando las ciudades de la metrópoli se caracterizaban exactamente por lo contrario? Y precisamente en Andalucía, troquel de la colonización americana, las poblaciones presentaban una faz tortuosa, enrevesada, muy distinta al diseño reticular de los núcleos coloniales.

Algunos autores, como Chafon, sostienen que este diseño ya se hallaba presente en las concentraciones urbanas prehispánicas. Tenochtitlan, con su trazado regular y su enorme plaza, constituiría, al igual que otras ciudades amerindias, un antecedente directo de las ciudades españolas de nueva fundación, que solo habrían incorporado elementos arquitectónicos de nuevo cuño, como la formación de paños continuos a lo largo de las calles, pero la estructura urbanística básica ya asomaría en esas poblaciones, respondiendo a la concepción que tenían las religiones indígenas del universo, dividido en cuatro grandes regiones, la orientación que se daba a las plazas y calles precolombinas.

Esta tesis se encuentra sin embargo desechada, pues las primeras ciudades hispánicas de las Antillas, que no conocían la regular grandiosidad de las ciudades interiores de América, poseían ya esa traza uniforme, que luego iba a hacerse norma en el resto de los núcleos fundados.

La explicación hay que buscarla, por tanto, en otra parte, y para ello debemos remontarnos a Europa y tan lejos como a Grecia, donde el filósofo griego Hipodamo de Mileto ya defendía el esquema cuadriculado como el ideal de ciudad. Estas premisas fueron incorporadas por los urbanistas romanos, tan racionalistas en todo, que desde los campamentos militares o *castra* extendieron el modelo cuadriforme al resto de las ciudades, como acreditan ciudades de la órbita romana bien conservadas, como Braga, en Portugal, o Sagunto, Mérida, Valencia y Zaragoza, en España. El gran teórico de esta planificación urbana fue Marco Vitruvio, que en el siglo I a. C. escribió su tratado *De Architectura*, cuyo influjo

habría de prolongarse hasta quince siglos más tarde. Las tesis de Vitruvio iban a estar presentes en los tableros de dibujo de los urbanistas de la frontera entre la Edad Media y la Moderna, tanto en los de Europa como en los de la América española.

Sin embargo, el eclipse del Imperio romano y el devenir del tiempo modificaron sensiblemente el diseño original de las ciudades, sustituido por el medieval, un enredijo de calles cuyo máximo exponente se alcanza en las ciudades hispano-árabes, laberinto de calles tortuosas, curvas, con ejemplos bien representativos como la judería de Córdoba o Jerez de los Caballeros, ovillo de callejas sin apenas plaza donde la población pueda congregarse.

Esta concepción urbanística habría de modificarse de nuevo con la irrupción de las ideas renacentistas. En la Europa todavía medieval se dibujaban ya villas, bastidas o pueblos de trazo rectilíneo, que penetraban en España por esa vía de comunicación cultural tan decisiva para la asimilación de la cultura europea que fue el Camino de Santiago. El comercio influyó en el resurgir de ciudades con esta nueva planta, apreciable en núcleos como Carcassonne, en Francia.

Los renovados modelos urbanísticos, mitad militares, mitad comerciales, penetrarían, pues, en la península ibérica a través del Camino de Santiago, y se extenderían hacia el sur y el este con el empuje de la Reconquista. En la ruta jacobea han quedado jalones del trazado regular en ciudades como Santo Domingo de la Calzada, Puente la Reina y sobre todo Briviesca, en Burgos, considerada por muchos como el antecedente directo, con Santa Fe, de la ciudad hispanoamericana. La primitiva Briviesca cambió su emplazamiento en el siglo XIV y, al construirse de nueva planta, pudo incorporar las modernas ideas urbanísticas. Fue llamada la Bien Trazada y presenta un plano de cinco calles que se cortan en ángulo recto con otras cinco, formando una regularidad de manzanas de las que dos son suprimidas para formar la plaza Mayor. En definitiva, una composición que recuerda lo que luego será la ciudad colonial. Debe recordarse, además, que los Reyes Católicos, en sus incansables traslados tejiendo pacientemente la unidad española, pasaron varias veces por Briviesca y debieron tomar buena nota de su plano, que luego hicieron reproducir en el campamento de Santa Fe, junto a Granada.

Este ideal ciudadano contaría en los siguientes años con dos puntos de apoyo. Intelectual el primero, con la tesis del fraile franciscano Eximeniç o Eximeno, quien en *El Cristiá*, escrito en 1384, recogía las opiniones de Vitruvio y defendía la traza en damero con plaza Mayor, como esquema ideal de ciudad. Y, desde

un punto de vista mucho más práctico y efectivo, la Reconquista impulsaba y extendía el modelo en las regiones que iba recuperando para la causa cristiana.

Nacían así muchas ciudades en el Levante, como Castellón, Nules, Almenara o Villareal de Burriana, esta de cuadro perfecto, muy en la línea de Briviesca. Y, en el sur, a partir del siglo XIII surgían ciudades de trazo reticular, tan opuesto al de los pueblos andaluces de la dominación árabe. El Puerto de Santa María, Puerto Real, Almería, Chipiona, Cádiz, La Vera, Benamejía, entre otros, son núcleos alumbrados al amparo de esta nueva hornada urbanística.

Pero sobre todas ellas descuella sin lugar a dudas Santa Fe, el campamento militar que fundaran los Reyes Católicos para culminar el asedio al Reino de Granada. Se orientaba de acuerdo a los puntos cardinales, y dos calles principales cruzaban la plaza principal. Manzanas regulares, una plaza central, cuatro puertas de acceso a la ciudad y estrechas calles interiores completan el cuadro de la ciudad, cuya visita hoy nos traslada de inmediato a un poblado de aspecto bien distinto al habitual de la mayoría de los pueblos españoles, que aún conservan el patrón moro. En Santa Fe se palpa ya el proyecto en damero, y bien significativo es que por ella deambulara muchas veces alguien que muy poco tiempo después iba a tener una influencia personal enorme en la concepción de la nueva ciudad de Hispanoamérica: Nicolás de Ovando, refundador de Santo Domingo de Guzmán, ciudad matriz y modelo de las muchas que vendrían después. En las instrucciones que Fernando el Católico diera a Ovando no figura de modo explícito la norma que luego aplicaría, pero sí se encuentra de forma implícita.

Santiago de Cuba, que responde de modo fidedigno al trazado reticular, fue fundada un poco más tarde, y con la caída del Imperio azteca se desencadena un verdadero frenesí constructor, *plaga bíblica*, que diría el franciscano Motolinía, al contemplar la desaforada actividad en la recién conquistada Tenochtitlan, arrasada hasta los cimientos y erigida de nuevo. Pero es en la fundación y el levantamiento de ciudades, ejes de la dominación española en el Nuevo Mundo, donde se puso más visiblemente de manifiesto el espíritu colonizador, que tantas veces se ha comparado con el otro gran Imperio constructor, el romano. Las ciudades fueron sin género de dudas los centros de gravedad del orbe hispano, los instrumentos para la articulación efectiva del poder sobre los extensos territorios recién descubiertos y sobre sus agentes.

La pauta cuadriculada alcanzaría rango legal con las famosas Ordenanzas de Nuevas Poblaciones de 1573, dictadas por Felipe II,

que disponen la fisonomía que han de tener las ciudades que se funden en América, y que no hacen otra cosa que sancionar la costumbre establecida. Las calles han de trazarse «a regla y cordel», con manzanas de igual tamaño y calles que se crucen en ángulo recto, suprimiendo una o dos cuadras para crear la plaza Mayor, corazón incuestionable de las nuevas ciudades.

El resultado final de la planificación urbana fue que España aplicó un patrón fijo a las numerosas ciudades por ella fundadas, y esa huella es perceptible hoy. Se generalizó una fisonomía urbana de gran claridad, en lugares llanos y abiertos, donde era fácil el acceso a los campos y la salida de la caballería en caso de amenaza, una precaución siempre latente entre los colonizadores.

Los españoles que lucharon por expulsar a los moros de la Península debieron encarar muchas dificultades en las sinuosas callejuelas árabes, donde el caballo y la espada carecen de espacio para la maniobra, y tienen preferencia el peón y el puñal. Las ciudades medievales bajo la dominación árabe estaban pensadas precisamente para eludir a la caballería: núcleos sobrealzados en las cumbres de los cerros, especie de castillos urbanos, como dan fe tantos pueblos extremeños y andaluces de hoy; rodeados de murallas, serpenteantes en sus calles estrechas, recatadas de esquinas, ángulos y rincones.

Desde que pusieron pie en América, los españoles se percataron de la supremacía absoluta del caballo en el combate, pero siempre que las condiciones del terreno lo permitieran. Sobre campos llanos esa hegemonía era indiscutible, pero cedía en parajes escabrosos o de montaña. La ciudad americana, amplia, espaciosa, fue la traducción urbana del campo abierto, e incluso la plaza Mayor, de impresionante dimensión, fue el equivalente a un campo de batalla, donde la caballería podía desarrollar sus acciones envolventes y evidenciar todo su poderío. La ciudad americana busca desprenderse de todas esas revueltas y recovecos de las urbes medievales, disponiendo un dibujo diáfano y lineal. De algún modo, sin perjuicio de la «borrachera de espacio» de que habla Chueca Goitia, que embargó a los españoles al entrar en contacto con el Nuevo Mundo, puede afirmarse que, en buena medida, las ciudades americanas son un producto derivado de las necesidades de la caballería.

La ordenación a escuadra permitía además un fácil crecimiento de la ciudad, previsión que hizo hacedera la extensión ordenada y no anárquica de las urbes americanas, y que hubiera sido imposible de contar con murallas exteriores. Estas fueron consustanciales al paisaje urbano-medieval de España, pero en América se desecharon, en aras de la racionalidad general de la planificación y porque

convenía también a la estrategia militar, pues, como hemos visto, la caballería podía así salir sin trabas al combate para resolver el peligro, siempre latente, de una revuelta india, y téngase en cuenta que no era por azar que a los indios les estaba vedado el acceso a los caballos.

España impuso, pues, para las ciudades, la misma sencillez, idéntico racionalismo y sobriedad que puede apreciarse en el monasterio de El Escorial, edificio que resume mejor que nada el espíritu del monarca español, a un tiempo sobrio, metódico y, empero, grandioso. La planificación urbana de Hispanoamérica no se reproduce en Europa, que tomó un rumbo distinto para sus ciudades, como tan elocuentemente comentaba Rojas-Mix, y ni siquiera en la órbita portuguesa o anglosajona de América se impuso esta pauta, verdadera seña de identidad para el urbanismo hispanoamericano.

El rasero urbano rectangular fue el generalizado, pero la topografía no siempre lo hizo posible, sobre todo cuando la elección del emplazamiento venía exigida por las circunstancias. Es el caso de las ciudades mineras, como la Villa Imperial de Potosí, adscrita geográficamente al cerro de su nombre, la montaña de plata tan determinante en la historia económica de la América hispana. Las calles de Potosí son un remedo de las intrincadas callejas andaluzas, que se retuercen, ascienden o bajan siguiendo las propias ondulaciones del terreno. Una estructura anárquica que desentona, por su excepcionalidad, en el cuadro general de las urbes americanas, pero que no impidió a Potosí erigirse en su momento, con sus 160.000 habitantes, en la urbe más populosa de América, superando incluso a muchas de las grandes capitales europeas de entonces.

Otras clasificaciones atienden al carácter y finalidad de las ciudades, como la que hace Solano, quien distingue entre ciudades político-administrativas, que son las capitales de los virreinos; las agrícolas y ganaderas, con mucho el grupo más numeroso; los centros mineros, como Potosí y Zacatecas; las ciudades portuarias, como Veracruz; los centros militares o presidios, tan abundantes en el norte del territorio de México, donde la permanente hostilidad de los indios exigía un redoblado esfuerzo militar de protección colonial; y los centros religiosos, como los pueblos-hospital de la región de Michoacán, las reducciones jesuíticas del territorio guaraní, o las misiones de la periferia del ámbito hispánico, como las de Florida, California o Nuevo México.

El ritmo urbanizador de la América hispana, a veces en verdad obsesivo, determinó que en 1630 se hubieran fundado nada menos que 360 núcleos urbanos de cierta importancia, incluidas capitales

que más adelante alcanzarían el renombre de México, Bogotá, Lima, Quito, Asunción, Panamá, Guatemala o Santiago de Chile. Lo que demuestra que la colonización española, sobre una base de fuerte personalidad rural (agricultura, ganadería extensiva), fue sobre todo intensamente urbana.

Entre las huestes adelantadas hubo verdadera acucia por fundar poblaciones, porque sin ese trámite no existía posesión, sino una tropa que avanzaba sin más por un territorio. Fundar era el título jurídico que consolidaba y daba forma a esos avances, lo que legitimaba definitivamente la acción del capitán y la posesión de la tierra en nombre del rey. Se fundaba además para dominar el terreno, para erigir avanzadillas sobre un espacio casi inabarcable, en el cual asentar vecinos que en un momento dado, si el caso lo pedía, tomaban las armas y se convertían nuevamente en soldados. Y se fundaba finalmente, y esto era crucial, para constituir un Cabildo que diera validez jurídica a las apropiaciones de solares y parcelas por parte de las huestes militares, tras el Cabildo convertidas en vecinos. Fundación suponía, pues, posesión del enclave en nombre de la Corona, y posesión particular de las tierras en nombre propio, particular de cada uno de los colonizadores.

### Cómo fundar una ciudad

Las Ordenanzas de Felipe II dictaban normas precisas sobre el modo de fundar ciudades, proveyendo para una cuidadosa elección que no se malograra el intento, a cuyo objetivo se debía observar que en la comarca hubiera nativos viejos y mozos de buena complexión, copia de animales sanos y de competente tamaño, buenos frutos y no ponzoñosos, el cielo claro, benigno y suave el aire, sin impedimentos, sin exceso de frío o calor, aunque, si había que elegir, mejor que fuera frío, y rechazando de plano las zonas pantanosas. Se recomendaba mirar por la presencia de agua abundante, pastos para criar ganados, así como montes y arboledas donde proveerse de leñas y materiales para casas y edificios. Se dictaban otras pautas acerca de la ubicación de la plaza Mayor, tema capital al que luego volveremos, sobre la disposición ordenada y regular de los edificios y sobre otros muchos pormenores.

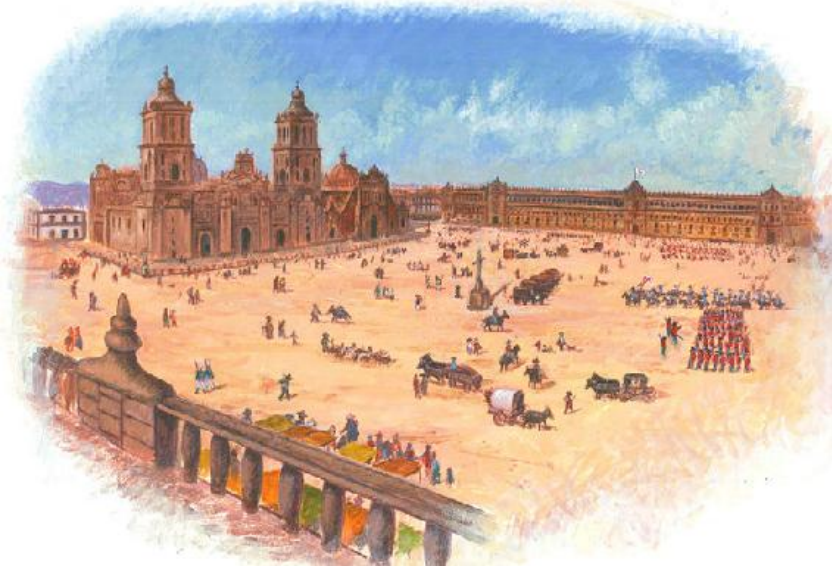
La fundación de un nuevo centro urbano tuvo siempre mucho de solemne y algo de puramente biológico, pues comenzaba con la declaración formal del capitán de la expedición fundadora, quien ante el escribano —la presencia de un escribano que documentara los hechos fue una constante en todos los actos públicos de la



historia colonial de América— tomaba posesión jurídica, en nombre del rey, del terreno destinado a la población, y física, clavando las uñas en el suelo, marcando a espada los árboles, paseando dentro de los límites fijados, arrancando hierbas y matojos y realizando otras acciones de ocupación material que en nada difieren del marcaje que los mamíferos hacen de su territorio.

Levantada acta, como señala Domínguez Compañy, el jefe de la expedición trazaba el plano básico de la nueva población. Comenzábase por la plaza Mayor, corazón urbano del que arrancaban, delineadas *a cordel*, las distintas calles, en perfectos ángulos rectos. El escribano también tomaba nota de los solares distribuidos a los soldados de las huestes, en orden jerárquico decreciente a partir de la plaza, según se ostentara la categoría de capitán, caballero o peón. Terminado el casco urbano, se procedía al reparto de peonías o caballerías en el anillo exterior de la población, las parcelas cedidas a los soldados para su explotación primitiva, y más allá se señalaba el terreno destinado a *ejidos* o pagos comunales, según el modelo castellano de zonas comunes para pastos. Solían asimismo declararse áreas de *montes*, que, según la normativa jurídica española, eran campos extensos, dedicados al aprovechamiento comunal de frutos silvestres, como caza, pesca, leñas y maderas (esta distribución del espacio es observable en cualquier pueblo castellano de hoy: aledaños a las casas sitúanse las huertas y corrales; en el siguiente anillo se encuentran los campos de cultivo, más cerca los sembradíos y más lejos los cereales; después se abren los terrenos dedicados a pastos, y ciérrase el término a lo lejos con los montes de encina y el matorral).

A continuación de la fundación física y la distribución de las tierras adyacentes, y muchas veces antes de ello, tocaba el turno a la elección del órgano rector, el Cabildo, institución de la máxima importancia y vigencia a lo largo de todo el período colonial, que mantuvo siempre gran enjundia, incluso mientras en la propia Península se debilitaba a instancias de la tendencia centralizadora de los reyes. El capitán nombraba entre los ya vecinos a los dos alcaldes, los regidores, el alguacil mayor y el escribano, nómina exigua y mínima que se iría haciendo más compleja en la medida del crecimiento de las ciudades.



*La plaza Mayor es el corazón y el nervio de las ciudades del ámbito hispánico.*

### La Plaza Mayor

La plaza Mayor americana es el centro de la ciudad en todos los sentidos, su parte más vital, a partir de la cual, como en las ondas de un estanque, se fabrica el resto del organismo de la urbe. Surge de la supresión sin más de una o dos manzanas, y sus dimensiones son colosales, proporcionadas a la magnitud de las tierras del Nuevo Mundo.

La plaza Mayor estaba ya en España desde el siglo XIII, pero no con tal extensión ni en todas partes, pues, mientras en Andalucía subsistía el trazado árabe, sin apenas plaza, en la mitad norte de la Península ya se descubren notables precedentes de la plaza americana, con parejas funciones de núcleo de comercio y reunión de los vecinos. Tales serían las de Medinaceli, Cacabelos en el Camino de Santiago, Pastrana, las plazas del País Vasco, Asturias y Cantabria, y sobre todo la plaza Mayor de Medina del Campo, capital de la famosa feria ganadera, de la que por su relevancia económica llegó a decirse que todos los caminos peninsulares llevaban a Medina. Esta plaza, la mayor de España, diseñada para el comercio (la iglesia disponía incluso de un altar abierto a la plaza, para que los vendedores pudieran seguir la misa sin abandonar sus puestos), está considerada como el antecedente más inmediato de las plazas hispanoamericanas. No así otras plazas, como las de

Madrid o Salamanca, que, aunque grandes, de diseño cuadrado y bordeadas de soportales para el comercio, son recintos cerrados, sin la presencia en ellos de los edificios más importantes de la ciudad, sin la apertura a las calles contiguas, tan características de las plazas allende el Atlántico, concebida para el fácil acceso de la caballería. Porque, en efecto, la función primera de las plazas mayores de América fue la defensa contra los indios, y por eso se llamaron siempre «plazas de armas». En la plaza se realizaban los alardes militares y en su centro solía estar la picota o rollo de la justicia.

Uno de los grandes destinos de la plaza Mayor fue el comercio, para lo cual se rodearon de soportales, como en muchas plazas peninsulares. En las plazas se celebraban los grandes mercados anuales y los mercadillos semanales o diarios, donde se vendían y se venden alimentos, animales, ropas y productos domésticos. No es casual que la expresión «hacer la plaza», o efectuar la compra diaria, provenga de esta costumbre, que se ha mantenido no solo en América, sino en la España de hoy, donde es hábito arraigado que los pueblos y las ciudades medias españolas celebren un día de mercado, y los vecinos prefieren comprar aquí antes que en los establecimientos modernos.

Porque la plaza Mayor es, por encima de todo, lugar de reunión de los vecinos. En América todos fueron un día forasteros, y la comunicación con los demás fue una necesidad. De por sí, los colonos procedían de un país altamente sociable, muy dado a la tertulia, a la conversación de calle, al contacto continuo con los convecinos. En América, como casi todas las cosas, estas raíces se agrandaron y encontraron el vehículo idóneo de aplicación en la plaza Mayor, prolongación del patio de vecinos, del salón de la casa propia, el lugar de intercambio de opiniones, la tertulia colectiva. Resulta sugestivo instalarse un domingo por la tarde en la plaza Mayor de Santiago de Cuba, de México, de Santo Domingo, de cualquier urbe hispana, y contemplar los corrillos de amigos o parientes, los requiebros de las parejas, comprobando que la plaza sigue siendo el lugar donde se despejan todas las soledades y donde más precisamente se concreta el carácter hispano, alegre, hablador, bullicioso y comunicativo. Algo tan distinto a lo que encontramos en la colonización angloamericana, que prefirió la dispersión y el aislamiento a la concentración, y donde es imposible por tanto hallar algo ni remotamente parecido a la plaza Mayor hispana, la que contemplamos desde Santa Fe en Nuevo México hasta Punta Arenas, a once mil quinientos kilómetros.

Si las ciudades hispanas fueron el instrumento articulador del Imperio español y la plaza Mayor el corazón de las ciudades, vemos

pues que en las plazas se tejió el entero mundo de la hispanidad. En ellas se celebran los grandes acontecimientos, como la llegada de un virrey o el nacimiento de un heredero al trono de España; en la plaza se comentaban las noticias sobre la victoria en una importante batalla o la promulgación de una norma que afectaba de lleno a los intereses de los colonos; se lamentaban los últimos ataques piratas, se escenificaban batallas famosas y se castigaba a los reos en la picota. En la plaza Mayor estuvo pues el latido constante, el pulso diario del orbe hispano.

La plaza Mayor albergaba los principales edificios de la ciudad: la iglesia, el Cabildo, el palacio del gobernador. Disponían las Ordenanzas de Felipe II que los solares de la plaza debían dedicarse también a los servicios ciudadanos y a los establecimientos de los tratantes, pero no a casas particulares. Estas se situaban en las parcelas contiguas a la plaza, y siempre de acuerdo a la jerarquía respectiva de los colonos, de modo que la oficialidad de una hueste conquistadora retenía siempre los solares más próximos a la plaza. La evolución posterior de la población demostró que las pautas peninsulares tendían a reproducirse en las ciudades coloniales, pues las calles se fueron agrupando por gremios profesionales, como acreditan todavía hoy numerosos rótulos de calles a ambos lados del Atlántico: calle de los plateros, zapateros, talabarteros, muleros, curtidores, etc.

## Evolución de la ciudad

El primer asiento del poblado, como ha reflejado Domínguez Compañy, es precario y provisional, pues nadie sabe si arraigará la fundación. Fueron muchas las poblaciones que, debido a los mosquitos, la insalubridad de la zona o la convivencia de su ubicación en el tejido general de las comunicaciones, cambiaron de lugar. Por eso los vecinos construían sus casas con los materiales que hallaban a mano, como guano, madera u hoja de palma. Y eso, pese a que las Ordenanzas disponían que las casas «se edifiquen de buenos cimientos y paredes, y vayan apercebidas de tapias...». Pero lo que imperó en los primeros tiempos fue el bohío de paja y adobe («bujío de paja»), reservándose la piedra para los edificios principales, como las iglesias, la casa del capitán o gobernador y la sede del Cabildo.

Conforme el núcleo se consolide, los vecinos tenderán a suplir el adobe por la madera, y esta, por la piedra, planta definitiva que daba paso al ansiado título de «hijodalgo de solar conocido».

Numerosas disposiciones de los Cabildos americanos dan cuenta de la preocupación por la salubridad del asiento urbano y por el suministro regular de aguas. Consta en innumerables actas la orden de no arrojar desperdicios a las zanjas y acequias, de no mantener a los animales domésticos en los propios patios, de limpiar el frente de las casas, de instalar en las afueras los servicios contaminantes, como carnicerías, tenerías o pescaderías... Normas tan necesarias como desoídas a lo largo del siglo XVI, en el que la insalubridad de las ciudades, tanto americanas como europeas, era lo usual, y los barrios, fuente de contagios y enfermedades. Pese a lo cual, los vecinos se esforzaban en que sus casas lucieran exteriormente con flores y adornos, y acaso ese desinterés por la higiene básica, de fondo, la que tiene que ver con los desagües y los desperdicios, curiosamente unida a la preocupación por el adorno particular e individual de las casas, tenga mucho que ver con la idiosincrasia de las gentes peninsulares del ámbito rural, donde sobre la fachada blanca, recién encalada y siempre impoluta, lucen hermosos geranios y rosas, pero ello puede ser perfectamente compatible con unas deficientes condiciones de salubridad general de la población, que no se preocupa demasiado si los residuos se acumulan o si las aguas se vierten fétidamente. Un resabio postrero de la vieja hidalguía española, la apariencia esplendorosa que oculta los defectos.

Con el curso de los años y la mejora económica general, llegarán estas prevenciones a las ciudades. Y si el siglo XVI conoce unas ciudades elementales, simples conglomerados humanos que van creciendo, a partir del siglo XVII se aprecia el interés por su embellecimiento: en las grandes ciudades americanas brotan las alamedas, los ajardinamientos, las fuentes públicas, los monumentos... La ciudad se hace más compleja en lo físico y en lo jurídico, con nuevos cargos que complicarán la nómina municipal, como alféreces mayores, alarifes, diputados, porteros, pregoneros, maceros, atambores... Las urbes americanas, desde aquellos balbuces fundacionales, no dejarán de crecer, y algunas, como Ciudad de México, se pondrán a la cabeza del planeta en número de habitantes.

### Arquitecturas paralelas

El viajero español que pasee por cualquiera de las ciudades o pueblos de la Iberoamérica de hoy, se siente integrado en un paisaje urbano que se le antoja próximo, conocido. Y no solo son los

múltiples detalles arquitectónicos que tantas veces haya visto en su país de origen: el azulejo en una fachada, una ventana enrejada, un artesonado de madera, una casa encalada, un tejado de teja roja, un escudo nobiliario sobre una puerta..., matices todos ellos que le transportan enseguida a los pueblos españoles, siempre más conservadores del estilo y de las costumbres que las grandes ciudades.

Pero es que, además, la atmósfera viva y el ambiente humano del núcleo hispanoamericano son también familiares: el hormigueo de gentes en las calles, los vendedores ambulantes, la sensación de anarquía urbana reinante, y tantos otros aspectos característicos de la vida diaria ciudadana a ambos lados del Atlántico. Ciudades como Tunja, Potosí, Quito, Cuzco, La Habana, Santiago de Cuba, Zacatecas, Cartagena de Indias, son verdaderos mosaicos de todos los estilos arquitectónicos peninsulares y de todos los ambientes, perfecta síntesis urbana y humana de lo hispánico.

Al viajero observador le vendrán a la mente las comparaciones. Así, Buenos Aires tiene muchas semejanzas con Madrid, con sus edificios amplios, de anchas terrazas; La Habana bien podría ser la luminosa Cádiz, con sus calles largas, estrechas y bulliciosas. Lima se empareja en muchos aspectos con Sevilla, porque de un modo u otro todo lo urbano de América *huele* a Sevilla. Y muchas ciudades americanas se corresponden con otras tantas andaluzas: San Juan, Sucre, la argentina Córdoba, Trinidad, en Cuba. El ascendiente andaluz sobre el urbanismo del Nuevo Mundo es claro, palpable, aceptado por todos los tratadistas, y está presente no solo en el aire de conjunto de las nuevas urbes, sino en la minucia de los detalles, como antes hemos apuntado.

Ahora bien, si el trasplante urbano castellano-andaluz no tiene discusión, tampoco el hecho de que, al posarse al otro lado del océano, recibiría la influencia autóctona, el giro americano que se dio en tantos otros apartados de la cultura material española. Un giro que vino dado, en primer término, por la disponibilidad de los materiales al alcance de los constructores. Hemos visto cómo los vecinos de los albores de la colonización urbana se servían de la paja o la hoja de palma para sus rudimentarias viviendas, anticipo de los condicionantes constructivos que iba a imponer el medio físico. Así, la región de Arequipa, en Perú, presenta un dominante blanco resplandeciente, de la piedra volcánica porosa del Misti. Blanco al norte del Perú y tostado en las áreas del norte de México (curiosamente, el abigarrado colorido tropical se corresponde con una arquitectura de colores suaves, y el uniforme tono del desierto, con vibrantes cromatismos arquitectónicos).

También en el Perú, el terreno impuso el empleo de la quincha,

un material sumamente ligero, demandado como eficaz agente antisísmico, por su alta flexibilidad. Mientras en Cuba, la sobreabundancia forestal habría de generalizar el uso de la madera en casas, techos y balcones. El factor indígena en la construcción influyó de mil formas, desde el momento de cortar los árboles en cuarto menguante, cuando la savia es más fluida y seca mejor la madera, técnica enseñada por los guaraníes, hasta la cerámica vidriada, que, aprendida de los ceramistas talaveranos, en manos nativas conoció una vistosidad y colorido deslumbrantes.

## Arquitectura civil

La arquitectura mexicana es un buen ejemplo de la evolución en las formas de la construcción. Durante los primeros cuarenta años, la generación de los conquistadores y primeros pobladores no las tenía todas consigo respecto a la fidelidad de los indios, y levantaron casas que eran auténticas fortalezas. Algunas eran tan importantes que el emperador, velando por la norma de que ningún vasallo podía poseer fortaleza superior a la del rey, dio instrucciones al virrey Mendoza para que vigilara tales excesos, como el cuasicastillo que se hizo construir Andrés de Tapia, compañero de armas de Cortés. Este, receloso también ante las pretensiones de la casa-fortaleza de Pedro de Alvarado, ordenó suspender temporalmente su construcción. Detentaba Cortés la propiedad de las mejores zonas de la plaza: las *casas viejas* y las *casas nuevas*. Las primeras fueron dedicadas al comercio y las segundas resultaron expropiadas para albergar el palacio del virreinato.

En las áreas del norte, estas precauciones defensivas fueron aún más acusadas, por el carácter belicoso e indomable de los indios, que obligaba a establecer una etapa previa de apaciguamiento y cristianización, antes de emprender la colonización propiamente dicha. Con tal objeto se levantaron los presidios, institución característica de la frontera, a cargo de una guarnición militar, y que generalmente se instalaba cerca de las misiones, garantizando la seguridad de los frailes. Las propias misiones eran muchas veces verdaderas fortificaciones que tuvieron que resistir las acometidas de apaches y comanches.

Tiempo más tarde, cuando los colonos consiguieron asentarse, no dejaron de mirar por su seguridad, buscando la protección del núcleo urbano, rehuyendo en general el rancho aislado. Aun viviendo dentro del poblado, levantaban un tipo de casa-corral, que, si hacia el interior ofrecía los accesos, hacia fuera presentaba un

alto tapial de carácter netamente defensivo. Este modelo es el que presenta la aldea de El Rocío, en Almonte, una bella aldea asomada a las marismas del Guadalquivir, la cuna de la cultura ecuestre y ganadera de la América rural.

La gran arquitectura civil hispana nos ha dejado restos notables, como las casas de Diego Colón en Santo Domingo y la de Hernán Cortés en Cuernavaca, que claramente imita a la primera (Cortés estuvo varios años en Santo Domingo y tuvo oportunidad de conocerla). El diseño de ambas aún elementos árabes y románicos, y guardan estrechas semejanzas con edificios peninsulares, como el ayuntamiento de Medinaceli, el palacete de Saldañuela, en Burgos, y el de Piedras Albas, en Trujillo. Incluso la disposición interior se asemeja, pues el palacio de Colón y el de Saldañuela cuentan con dos escaleras, una de rampas y otra de caracol, para el acceso a la planta superior.

No lejano en concepto es el ayuntamiento de Tlaxcala, que mantiene analogías con diversos ayuntamientos andaluces, a los que se amoldaron la mayoría de los edificios municipales iberoamericanos. En este sentido debe apuntarse la singularidad del ayuntamiento de San Clemente, en la provincia de Cuenca, que fue tomado como modelo ideal por Felipe II. Este tipo de ayuntamientos, con los pórticos en la parte de abajo y una galería balconada en la de arriba, responde a las necesidades municipales de entonces: un recinto porticado al nivel del suelo para albergar y atender a los vecinos, y un corredor en la segunda planta, abierto a la plaza, para que las autoridades puedan dirigirse al vecindario en las ocasiones solemnes.

Las buenas casas coloniales, las de los ricos encomenderos, los prósperos comerciantes o los altos funcionarios, respondían casi siempre al mismo patrón constructivo, en el que confluyen elementos tomados de ese crisol de razas y civilizaciones que fue la península ibérica. De acuerdo con el principio de la *criba cultural*, según el cual no todas las variedades culturales españolas viajaron a América, sino solo una selección de ellas, en materia de edificación no se trasladaron el cortijo, la barraca y el cigarral, por citar algunos ejemplos arquitectónicos regionales, sino que en la vivienda americana encontramos incorporados los avances y ventajas de todos esos estilos, y el rastro de varias civilizaciones.

A la casa se accedía por el zaguán, de claro origen árabe, espacio separador entre la calle y la vivienda, pero también el primero de los detalles ideados para combatir el calor. Quienes poblaron América provenían de un país esencialmente caliente, donde la concepción de la vivienda se esboza para atemperar los calores, máxime si se añade el origen andaluz de los colonizadores de la



primera hornada, habituados a unas intensas canículas. Por ello, todo en la casa americana se concibe como una defensa contra las calientes temperaturas: el oscuro zaguán, cámara de aire para aislar el interior de la casa; el patio, no solo espacio para la penetración de la luz y distribuidor general de la vivienda, sino agente refrescador, pues, como bien saben en Andalucía, el solo hecho de mover un aire caliente equivale a su enfriamiento. El aire penetra en el patio y entra en contacto con nuevos elementos refrescantes: el agua de las fuentes y el embaldosado del suelo. Las plantas con su evapotranspiración colaboran en el proceso, y a continuación el aire aumenta su velocidad de circulación en los corredores, instalados a lo largo del perímetro del patio. El corredor es un habilísimo descubrimiento arquitectónico que aumenta la velocidad del aire, creando una sensación general de alivio. La enconada batalla contra el calor en la vivienda hispana, madurada en siglos de experiencia y suma de civilizaciones, se completa con las ventanas pequeñas, la oscuridad interior, las fachadas blancas y las tejas de cerámica. Andalucía y Extremadura ganaron claramente la batalla contra la tórrida temperatura estival, aclimatando las casas con toda suerte de sistemas naturales, del mismo modo que las casas del norte peninsular buscaron mecanismos contra el frío. De ahí que, con enorme agudeza, Fernando el Católico dijera un día que «en invierno hay que vivir en Burgos y en verano en Sevilla».

El esquema se duplica en un segundo patio que estructura los alojamientos de la servidumbre, y un tercero dedicado a las cuadras y los huertos. La planta baja de la vivienda se dedica a despachos y oficios, reservándose la superior para el salón y las recámaras o habitaciones, y reiterándose la composición estudiada en el espacio destinado a los sirvientes.

La vivienda de las clases medias, como ha explicado Toussaint, respondía a los moldes descritos, pero en general era más reducida y se solía acudir al recurso de dividir la casa en dos mitades, una para cada familia. En cuanto a la vivienda rural, Weckmann ha explicado la evolución que arranca en la Villa romana, de ahí pasa al Al Muniat árabe, sigue con el cortijo andaluz y termina en la hacienda americana. Unidades no solo de vida, sino de producción, ya sea de aceite, de azúcar, de cacao o de ganado.

El otro gran diseño de vivienda española que pasó a América es el de la casa del norte peninsular. El clima de Cantabria, Asturias o Galicia, más frío y lluvioso, no requiere tomar prevenciones contra el calor, sino más bien al contrario. Aquí la casa es grande, pesada, maciza, de tonos oscuros, sin patios interiores, un recinto ideado para retener el calor y combatir el frío. Es curioso advertir el evidente paralelismo de este tipo de vivienda con la adaptación

fisiológica de la fauna al clima. Es sabido que los animales de las latitudes frías son grandes, compactos, en general oscuros, sistemas todos para atesorar el calor y la energía corporal. En América encontramos los grandes ejemplares en el frío norte, con las focas, las morsas, los osos polares, los caribúes o los bueyes almizcleros. El tamaño medio disminuye en las siguientes latitudes y es preciso viajar hasta el sur austral o remontar los Andes para encontrar de nuevo grandes mamíferos, como las llamas, las alpacas o los guanacos, inquilinos todos ellos de regiones frías.

En el exterior de una u otra vivienda colonial americana subsisten otros elementos profusamente empleados en la arquitectura civil española: las rejas en las ventanas, los azulejos, el uso del hierro, la techumbre de teja roja, la madera en techos y ventanas, las celosías, los guardapolvos y tantos otros signos de identidad de la casa española. Por poner un ejemplo más, desde el Trujillo de Cáceres, y de la mano de arquitectos como Becerra, pasó a América el balcón de esquina, visible en varios edificios trujillanos, como el palacio de Hernando Pizarro.

Otros rasgos españoles solo subsisten en Canarias, como el balcón volado de madera, que tanto abundaron en Andalucía, hasta el punto de cegar y ensuciar las estrechas callejas sevillanas, con las consiguientes protestas, por lo que entraron en declive hasta desaparecer. En cambio, las calles de Potosí, Lima y de otras ciudades del Perú ofrecen aún soberbias muestras de estos balcones voladizos, como grandes cajones colgando sobre la calle.

Por el contrario, subsiste a ambos lados del océano la fachada blasonada, con los escudos proclamando el origen noble o hidalgo de la familia (siempre la preocupación hispana por el linaje). Muchas fachadas americanas, con el *toque* indiano exuberante y característico, se adornaron y recargaron, en una variante civil de lo barroco.

Existe otro tipo de vivienda, esta vez popular, que merece estudiarse por su dualidad española-americana. Es el andaluz (también de otras regiones) corral de vecinos, que en México se llama las *vecindades* y en Perú los *callejones* y *conventillos*. Una vez más, descubrimos el esquema básico de la vivienda andaluza: la casa que asoma a un patio, pero esta vez un considerable recinto al que vienen a confluir las numerosas y pequeñas viviendas instaladas en los largos corredores rectangulares que circundan al patio en sus dos plantas. El corral-vecindad-callejón es sin duda la expresión máxima de la arquitectura popular, y refleja con precisión la idiosincrasia andaluza que llegó a América con las avanzadillas colonizadoras.

Si en todos los rincones del dilatado espacio imperial español se apreciaba la influencia de lo nativo, especialmente en los materiales empleados, en los territorios de la frontera del norte, en las áridas estepas que hoy constituyen el suroeste de los Estados Unidos (Nuevo México, Arizona, Colorado...), esa influencia es mucho más apreciable, porque no solo incluye a los materiales autóctonos, sino al propio estilo arquitectónico.

En efecto, los españoles se encontraron aquí con una arquitectura no muy alejada de la española. De hecho, los indios *pueblo* fueron así bautizados porque sus asentamientos se asemejaban no poco a los pueblos ibéricos, como puede comprobarse en núcleos actuales como Taos. Utilizaban el adobe y sus viviendas estaban perfectamente adaptadas a los exigentes requerimientos del desierto. De modo que los colonos tomaron una buena porción de la tipología constructiva india y la modificaron solo para mejorarla. Así, el adobe, que ya usaban los indios, fue empleado al estilo español, con ladrillos de barro y paja secados al sol. El hogar o chimenea, que en la casa nativa se colocaba en el centro de la estancia, se trasladó al rincón de la misma, como en las viviendas españolas. Y además, se añadió la madera en puertas, marcos de ventanas, artesonados y vigas de sustentación; se engrasaron las paredes para resistir mejor el calor; se introdujeron con el mismo fin los corredores; se añadieron arcos, patios, estucos, tejas, hierros, celosías; se importó de Andalucía el horno de pan (impropiamente llamado en Norteamérica *horno indio*). Pero se conservó de los nativos el molde redondeado, sin apenas ángulos rectos, en la estructura exterior de los edificios, así como el tono tostado del revestimiento.

Surgió así un estilo propio, el *Spanish style*, mezcla de lo español y lo indio, que en primera instancia fue rechazado por los nuevos ocupantes angloamericanos, como el resto de la cultura española. Pero esta no era tan burda ni tan *primitiva* como pretendían algunos de los nuevos conquistadores, encabezados por el antiespañol obispo francés Lamy, sino que respondía a una inteligente simbiosis con las condiciones del territorio. Y del mismo modo que conservaron las técnicas de regadío de las acequias, se sirvieron del caballo como medio de locomoción y trabajo, y cimentaron también su modelo económico en la ganadería extensiva, pasados unos años de desprecio y destrucción de la arquitectura colonial hispana, a finales del siglo XIX retornaron a ella con inusitado vigor, y el *Spanish style* cobró un prestigio que no solo se extendió por el oeste de Estados Unidos, sino que progresó hacia el este, y de California a

Florida se puso de moda este estilo, con el empleo de tejas, hierros, azulejos, patios, muebles y demás elementos de la arquitectura colonial. Una arquitectura visible hoy en muchas ciudades del sur y el oeste norteamericanos, como en Santa Fe, que conserva esos rasgos de síntesis entre lo español y lo indio de los primeros tiempos.

En este sentido, no debemos dejar de mencionar, por su significado, la aldea de El Rocío, puerta de las marismas del Guadalquivir. Los visitantes que acuden a esta preciosa población, única en España, comentan invariablemente que «parece un pueblo del Oeste». En efecto lo parece, con sus chozas bajas, de una o dos plantas, alineadas a lo largo de la calle, cada una con su vestíbulo abierto y al mismo nivel de la calle para facilitar la tertulia, y todas también con su porche, y ante él su barandal para amarrar a los caballos, pues todo en El Rocío se dispone en función del caballo, incluso sus calles sin asfaltar, de arena. Las casas del pueblo miran hacia dentro, hacia el interior del poblado, donde exhiben su parte noble: el vestíbulo rasero con la calle, el agradable porche y la puerta de entrada. En cambio, la parte trasera es un alto tabique encalado, sin concesión alguna a la estética, que cierra el recinto de los corrales y cuadras de la caballería. Esta ordenación es muy semejante a la de los poblados españoles del suroeste americano, que orientaban las viviendas hacia el centro del poblado, mientras detrás levantaban muy altos tapiales para defenderse de los ataques indios, erigiendo así una suerte de poblados fortificados que salvaron no pocas vidas.

Dicen bien los viajeros, solo que invierten los tiempos. No parece El Rocío un pueblo del Oeste, sino que los pueblos del Oeste fueron un día como El Rocío, el resultado de una civilización ecuestre extendida por Andalucía, que cristalizó en América del Norte cien años antes de que el primer angloamericano pusiera sus pies en aquella tierra.

Aún quedan poblados en el suroeste de los Estados Unidos que conservan la traza andaluza. El pueblo de San Ildefonso, de los indios pueblo, es casi un remedo de El Rocío, con esa parte trasera uniforme y convertida en una suerte de tapia continua y fortificada, y una parte delantera más amable, volcada al corazón del pueblo, donde se produce la vida social.

Y en esa obsesión defensiva que es visible por doquier en la antigua *tierra de frontera* del virreinato español de Nueva España, no podemos dejar de mencionar el Rancho de las Golondrinas, en las inmediaciones de Santa Fe, Nuevo México. Porque representa el arquetipo de lo que fueron los ranchos españoles durante dos siglos y medio: con capacidad para producir todo lo que la vida cotidiana

precisa, desde alimentos a vestuario; con abundantes ganados mayores y menores; con sofisticados sistemas de acequias y norias para trasladar el agua escasa hasta los últimos rincones del cultivo; con abundantes talleres, almacenes y cobertizos, y con una casa principal que más parece una fortaleza que una vivienda, diseñada para repeler los ataques de las partidas de sioux, navajos o apaches, que para angustia de las familias se produjeron en demasía. Veces hubo en que esta disposición fortificada del rancho salvó de la muerte a las familias, sabiéndose de una que resistió durante ocho días un asedio indio, hasta que llegaron las salvadoras tropas presidiales. Las familias españolas vivieron siempre con el temor del ataque indio, hasta el punto de que incorporaron resignadamente a su imaginario que antes o después habrían de sufrir uno de estos pavorosos ataques.

Hoy, el Rancho de las Golondrinas es un establecimiento mantenido con fines turísticos, y dos veces al año se pone en pleno funcionamiento, con personas voluntarias ataviadas a la española de la época, y sus norias, sus telares, sus corrales de ganado se ponen a trabajar, tal si fuera una jornada habitual, lo que nos permite retroceder en el tiempo varios siglos y asistir en directo a la dura vida de frontera de los españoles de entonces.

### Arquitectura religiosa

No vamos a estudiar en este apartado la evolución de los estilos implantados en América, pues ello será tratado en el correspondiente al arte. Tan solo vamos a examinar las líneas maestras de la arquitectura que tuvo su causa en la religión, y las motivaciones que inspiraron cada fase de esa arquitectura. Avancemos que, si, como ya se ha señalado, el aspecto más externo y tangible de la colonización española fue la construcción, dentro de ella la arquitectura religiosa ocupa el lugar de honor, pues la rivalidad entre las órdenes religiosas hizo que, pocos años después de la llegada de los españoles, América estuviera pródigamente poblada de iglesias y conventos. De modo que estudiar la arquitectura religiosa es adentrarse en uno de los ángulos más sobresalientes de la cultura trasplantada a América.

La primera etapa en la evolución constructiva es la de la improvisación apresurada. Superada la fase de la conquista, cuando los ídolos locales eran sustituidos en sus propios altares por imágenes cristianas, y las paredes donde se alojaban aquellos eran cubiertas de cal para borrar todo vestigio de los antiguos ritos, se

pasa a la fase de pacificación y cristianización de los indígenas. Era urgente levantar capillas, aunque fueran simples cobertizos de paja y barro, mínimos recintos, pero suficientes para entronizar las imágenes de Cristo y la Virgen, predicar a los indios y exhortarlos al bautismo.

Pero la tarea que había por delante, con varios millones de nativos por incorporar a la religión católica, pedía a gritos moldes constructivos menos precarios. Moldes que combinaran la necesidad de acristianar con el recelo que inspiraba todo lo europeo, en unos indígenas a los que de golpe se había arrancado su religión y su modo tradicional de vida, y en los que se sospechaban deseos de rebelión, soterrados pero ciertos. Las primeras iglesias debían reunir, pues, ambos objetivos de evangelización y defensa, y por eso Cortés, con gran intuición, había dispuesto que, como solución provisional, los adoratorios indígenas o *cúes* fueran reconvertidos para la nueva religión, y someramente fortificados.

Surgen así las primeras iglesias, concebidas con diseño basilical para albergar al mayor número de fieles posibles, al estilo de los primitivos templos cristianos. Pero, al mismo tiempo, estas iglesias fundacionales serán robustecidas, en cierto modo militarizadas, naciendo así el concepto del *templo-fortaleza*, tan extendido en el México del siglo XVI y que, en opinión de Toussaint, representa «la última expresión de la Edad Media en el mundo».

En sus medievales orígenes europeos, la concepción del templo-fortaleza obedeció a la convicción de que resultaba más efectivo, y menos costoso, establecer la defensa colectiva de una población en el interior de su sólido templo, en lugar de levantar una muralla perimetral. Las ciudades americanas no se rodearon de murallas, y por ello abundan en México (no así en el resto de la América hispana) estos templos-escudo.

Esta unión de lo religioso y lo defensivo contaba con precedentes en una España batida por siglos de lucha militar y espiritual, tanto en el interior peninsular contra los moros, como en la costa mediterránea contra piratas y turcos. Vestigios de esta religiosidad acorazada son el ábside almenado de la catedral de Ávila y el recinto amurallado de la catedral de Almería. Otros autores citan en el mismo sentido las iglesias con diseño de castillo del Salvador, en Calzadilla de los Barros (Badajoz); la iglesia de San Miguel, de Jerez de los Caballeros; la de Santa María, del Mercado en Alburquerque (Badajoz); la de Nuestra Señora de la Torre, de Jarandilla de la Vera (Cáceres), o los monasterios cacereños de Tentudía (Cáceres) y de Guadalupe, así como otras muchas iglesias de la Baja Andalucía, teatro máximo de las confrontaciones ibéricas.

Almenas defensivas aparecen también en las iglesias

parroquiales de San Pedro, de Casas de don Pedro, en Badajoz, y en la de la Candelaria de la Fuente del Maestre, en la misma provincia; y la iglesia conventual de San Isidoro del Campo, en Sevilla, la cual cuenta con almenas en todo su perímetro.

Tales precedentes se encuentran en el concepto de las primitivas iglesias, en particular las mexicanas. Así, Tepeaca recuerda a la citada iglesia de San Isidoro, con un camino de ronda que rodea su muralla. Otras muestras de religión fortificada novohispana son los conventos de Acolman, Ixmiquilpan, Actopan y Huejotzingo. El convento de Zacualpan es una especie de castillo, y el de Atlizco presenta el aspecto de un recinto militar. Estos y otros muchos monasterios e iglesias disponían de matacanes, garitas, troneras, saeteras y otros detalles genuinamente protectores, que hablan por sí mismos del temor flotante ante un eventual levantamiento de la indiada, y que no se dispó hasta bien entrado el siglo XVI.

Las cautelas defensivas fueron empero más persistentes en las áreas del norte, donde la amenaza india fue una constante e incluso se prolongó más allá de la dominación española, convirtiéndose en una pesadilla para los nuevos ocupantes angloamericanos. A fin de combatir el peligro, ya hemos visto cómo el poder español recurrió al presidio, levantado casi siempre en la proximidad de las misiones, estableciendo una línea de fortificaciones en los límites del ámbito español, que jalonaron el territorio de la frontera del norte y que recuerdan a la batería de castillos levantados en España en tiempos de la Reconquista.

Las propias misiones se construían con la doble función de predicar el cristianismo y proveer a la defensa, y muchas fueron verdaderas plazas fuertes, como la de Valero, en San Antonio, Tejas, que, al decir del general mexicano Santa Ana, estaba mejor fortificada que cualquier presidio de la provincia. Las misiones jesuíticas de la frontera con Brasil también hubieron de adoptar salvaguardias, para protegerlas de las incursiones de los bandeirantes portugueses, a la caza de esclavos indios.

Mas la colonización espiritual de América aportó otras soluciones. Si la música y el teatro hicieron mucho por atraer a los recelosos indígenas, la arquitectura religiosa también presentó fórmulas con el objetivo de cautivarlos. Para los indios resultaban sobrecogedores y nada atractivos los espacios cerrados que ofrecían las iglesias cristianas, donde el sacerdote oficiaba desde un altar cubierto, adosado a la propia iglesia o en un balcón, y la multitud asistía al culto en un gran patio exterior o atrio cercado. De esta forma fue posible combinar la concentración de grandes muchedumbres con la costumbre indígena por el culto externo, por la religión abierta. La capilla abierta con su gran atrio hizo pues

posible, como dice Toussaint, el enlace entre el templo cristiano y el *teocalli* indígena. Además, tal religión al aire libre se avenía bien con la reforma de Trento, que dispuso sacar la iglesia al exterior, acercarla a los fieles, tras siglos de enclaustramiento y opacidad. En cierto modo, la religión indígena primitiva estaba más cerca de Trento que la propia católica.

La capilla abierta con su atrio contaba también con precedentes peninsulares, como el de la plaza de Zocodover, en Toledo, pero sobre todo la iglesia de Medina del Campo, donde una capilla asomada a la plaza permitía asistir a la misa a los miles de concurrentes a la celeberrima feria ganadera. El mismo planteamiento hallamos por ejemplo en Puebla, cuya capilla en la plaza Mayor permitía que los comerciantes pudieran seguir la misa.

Weckmann encuentra semejanzas entre estos atrios mexicanos y los patios de naranjos que se extendían frente a las mezquitas peninsulares, y apunta como precedente para las capillas abiertas, las pequeñas ermitas de las romerías ibéricas. Hoy es posible contemplar otros ejemplos de esta religiosidad primitiva, abierta y popular, en Metztitlan, Tlahuelilpa, Tepeji, Cuernavaca y Coixtlahuaca, entre otras poblaciones mexicanas.

Otra novedad novohispana fueron las capillas *posas*, levantadas en las cuatro esquinas del atrio, y llamadas así porque servían para que las procesiones de Semana Santa detuvieran un rato su marcha, esto es, hicieran posa o parada, pues los atrios eran espacios procesionales. Son pequeños templete construidos en piedra, primorosamente decorados, y, aunque se les ha atribuido creación genuinamente mexicana, Weckmann señala su origen en los *humilladeros*, que se instalaban a la entrada de las ciudades europeas y que servían de estaciones en el viacrucis, como el humilladero de la Cruz del Campo, en Sevilla. Otros autores citan como precursoras las fuentes cubiertas de muchos pueblos españoles. Quedan buenos ejemplos de capillas posas en el convento de Huejotzingo y en el de Calpan.

El hecho que dio lugar a la desaforada construcción de iglesias, conventos y monasterios en América, fue sin duda la competencia que se desató entre las órdenes religiosas. Ello determinó que rivalizaran entre sí para captar la potencial feligresía de la masa de indios por convertir, y el modo de hacerlo era construyendo templos e iglesias, a un ritmo que no conoce precedentes en la historia de la penetración religiosa en un área.

Los franciscanos por ejemplo, como recuerda Leopoldo Castelo, levantaron en el siglo XVI nada menos que cuarenta templos, y las demás órdenes no fueron a la zaga. Cada una presentó su propia personalidad constructora, y así los franciscanos, fieles a las



consignas de Francisco de Asís, y ofreciendo en América todo un ejemplo de coherencia entre los dictados de su doctrina y la forma de vida de sus frailes, erigieron templos marcadamente austeros. En el polo opuesto, los agustinos, que se revelaron como grandes arquitectos, levantaron colosales edificios ricamente adornados, muy en la línea trazada por el Concilio de Trento, en el sentido de ofrecer una visión externa de la religión, atractiva y cautivadora, que «entrara por los ojos». Y qué mejor lugar para poner en práctica estos principios que América, poblada por indígenas fascinados ante el esplendor de las iglesias de la nueva religión y la magnificencia del culto.

Las primeras construcciones religiosas fueron dirigidas sin profesionales de la arquitectura, diseñadas por los propios frailes o por entendidos en la materia, con esa sorprendente capacidad de los españoles para resolver sobre la marcha cualquier situación, ese generalismo improvisador que en última instancia hizo posible la conquista de América, donde tan pronto era necesario construir bergantines como fabricar pólvora, herraduras, espadas o torres defensivas. Entre las huestes siempre salían expertos que resolvían cualquier problema, y esa cualidad, que pervive por cierto en el español de hoy, permitió también esa «arquitectura sin arquitectos» de los primeros tiempos.

Luego llegarían los maestros titulados, como Francisco Becerra, al decir de muchos el mejor arquitecto que pasó a las Américas. Era oriundo de Trujillo, Extremadura, donde se había acreditado en varios templos y casas particulares. Pasó luego a América, donde su influencia llegó a ser muy profunda, con obras como las catedrales de Lima y Cuzco, los conventos de Santo Domingo y San Agustín, en Quito, y la dirección de la catedral de Puebla, de aspecto escurialense, muy del gusto de Felipe II, y es que Becerra tenía mucho de herreriano. Becerra es un arquitecto purista, forjador de un estilo solemne que irradiaría influjo a través de sus propias obras y de sus seguidores, como el también trujillano Martín Casillas y el resto de los arquitectos, llamados para atender esa fiebre constructiva religiosa, que llenó de templos y conventos todo el orbe hispano. Debiendo destacarse a Arciniega y a Lorenzo Rodríguez, otro español que empezó a fundir los esquemas peninsulares con los aportes indígenas, lo que andando el tiempo alumbraría la genial creación iberoamericana del barroco. Con los grandes arquitectos llegarían las grandes catedrales, cuyos diseños y estilos estudiamos a continuación.

No se ha destacado lo suficiente la calidad e importancia de la arquitectura virreinal española. En ella se volcó toda la capacidad artística de los reinos indianos, muy por encima de otras artes, como la pintura y la escultura, apenas esbozos al lado del descomunal esfuerzo arquitectónico. De tal modo es así que Chueca Goitia llega a afirmar que la arquitectura, junto con la religión y el idioma, son los tres ámbitos que otorgan a América su unidad española, esa unidad ecuménica que forjó Castilla sobre la base de pueblos inconexos, asentados sobre una superficie ingente, integrada por ambientes naturales radicalmente dispares. Pese a ello, España logró cuajar esa unidad, la misma que hoy se respira en pueblos distantes entre sí miles de kilómetros. El autor atribuye a los tres elementos citados esa condición de aglutinante, del mismo modo que bajo Roma fueron el derecho, el idioma y la propia arquitectura los ingredientes cohesionadores, con la sola diferencia, respecto al Imperio español, de que el derecho quedó embebido en la religión. Y hasta tal punto concede trascendencia a la arquitectura que llega a afirmar que, a falta de una historia significativa, la historia de la América virreinal es precisamente su arquitectura. Esta fue, según Chueca, superior a la que se hizo por entonces en España, pero además fue profundamente española, pudiendo afirmarse que todos los componentes de ella, incluso en la más desgarrada manifestación del barroco, estaban presentes en la arquitectura peninsular, y la americana, paradójicamente, lo que haría es añadir un plus de españolidad a ella.

Así las cosas, conviene recordar las sensibles diferencias que se aprecian entre las construcciones peninsulares y las americanas, las cuales, partiendo de unos mismos moldes, derivaron hacia soluciones totalmente novedosas. Y considerar también que, del mismo modo que la literatura de una época narra las coordenadas y los personajes de esa época, y la pintura describe las escenas de un tiempo determinado, la arquitectura es hija de su momento y de su lugar, y, como no podía ser menos, la arquitectura americana responde a un tiempo y a un espacio precisos, y en ello radican sus factores diferenciales, como luego veremos. En este caso, no olvidemos también que el diseño arquitectónico de las Américas tuvo un fin muy concreto: la cristianización de un continente hasta entonces sumido en la idolatría, algo que estuvo machaconamente presente en muchas de las nuevas concepciones edificatorias.

Los tratadistas sobre la materia han observado que hasta que América consolidó su propia personalidad arquitectónica, que no es otra que el barroco, estuvieron vigentes los estilos heredados de

España: románico, gótico, herreriano, plateresco, mudéjar..., cada uno de los cuales conoció su ciclo de auge y declive. Y esos estilos, que en España se fueron posando de manera sucesiva, de acuerdo a su sedimentada ordenación en el tiempo, irrumpieron en América de forma brusca, simultánea. De este modo, como si en la página de un álbum pudiéramos ver fotografías de distintas épocas, así es dable contemplar en una misma edificación varios estilos cuyo desarrollo requirió de siglos en España. América operó, por tanto, una síntesis de estilos, y un buen ejemplo de lo dicho es la catedral de Santo Domingo, en la cual existen huellas del gótico tardío, del isabelino, del plateresco y del mudéjar, y lo propio podemos predicar de muchas construcciones que hacen coincidir, en una misma estructura, formas distantes varios siglos en el tiempo. Pero así era América, un territorio nada convencional, liberado en tantos aspectos de los rígidos, atenzadores corsés de la vieja Europa.

El estilo plateresco, así llamado porque imita el trabajo primoroso de los plateros, conoció en España dos fases: el isabelino, conceptualizado una transición desde el gótico flamígero hacia una variante ibérica específica, y el plateresco propiamente dicho, que representa la transición del gótico al barroco.

El plateresco se trasladó a América, donde dejó meritorios ejemplos, como el convento de San Pablo de Yuriría o la catedral de Santo Domingo, en cuya portada, aunque explícitamente plateresca, se insinúan ribetes que ya miran hacia caminos creativos diferentes y originales, que tomarán cuerpo en posteriores monumentos.

Unánimemente se acepta que el más significativo testimonio del plateresco americano es la iglesia de San Agustín de Acolman, cuya espléndida portada de dos alturas apunta ya hacia una solución llamada a hacer fortuna, la fachada-retablo, empleándose a fondo el artista en la parte inferior, la que rodea la entrada al templo, y aminorando el esfuerzo a partir del nivel superior, en el que no hay tanta profusión de figuras y motivos, alternándose estos ya con la piedra desnuda. Merece destacarse asimismo el claustro de Acolman, de dos niveles, cuyas arquerías se recargan con la típica filigrana del plateresco. A la sección circular de estos arcos lisos se han querido encontrar precedentes en el convento castellano de las Dueñas. Empero, hay otros elementos decorativos en el friso y las arquivoltas, donde afloran motivos de frutas y otras viandas, remedo de los que adornan la sacristía mayor de la catedral de Sevilla, de lo que cabe deducir el origen hispalense del desconocido autor de Acolman. Y en cuanto a la portada, se considera una genuina obra maestra del plateresco, y en ella destaca el corazón agustiniano atravesado por flechas, homenaje a la Orden de los Agustinos que ordenó levantar el templo. Coinciden varios autores

en asignar a San Agustín de Acolman la función de erigirse en obediente seguidor de los estrictos patrones españoles, y su reverso, versión más popular del estilo, vendría a ser la iglesia agustiniana de Yuriría, en la que se advierte, ya de una forma nítida, el influjo de la mano mestiza.

Otro ejemplo del plateresco fundido con las técnicas autóctonas sería la portada de la iglesia de Cuitzeo, donde de modo inequívoco se percibe el descendiente indígena: en las plumas de las alas de las águilas, en el labrado de la piedra..., todo ello bien distinto de la pureza estilística de Acolman.

En la arquitectura civil encontramos algunas buenas muestras platerescas, destacando la casa de Francisco Montejo, en Mérida, donde el sobrio estucado de la fachada se interrumpe por la elaboradísima portada, copiosa en estatuas y rostros humanos, y cuyo estrato superior es un verdadero tapiz pétreo. El fino labrado de este edificio, del mejor plateresco americano, lo encontramos repetido en el Ayuntamiento de Sevilla, de donde el arquitecto de la casa de Montejo debió tomar la inspiración.

Las concepciones artísticas de los primeros arquitectos y artesanos que trabajaron en América dejaron plasmada la general sobriedad española de aquellos tiempos, sumada a la que exigían las necesidades defensivas, que no hacían concesiones al ornato y dejaban escaso margen a la imaginación en la erección de esas construcciones primerizas, como los ya citados templos-fortalezas. Era la de estos tiempos pioneros una arquitectura maniatada por los rígidos prejuicios peninsulares, por las necesidades militares, por el austero carácter de las órdenes religiosas, que, como la de San Francisco, trasladaban a la arquitectura el sello de su frugal personalidad. Aún estaba por explotar la fastuosa ampulosidad americana, limitada hasta entonces por los cánones peninsulares.

Esos cánones se aprecian diáfananamente en la persistencia de lo mudéjar. Chueca Goitia quiere ver en las iglesias de Venezuela el muestrario más completo de mudejarismo: iglesias sobrias y encaladas, como las de Andalucía, insertas en la campiña como copos de nieve; la estructura, siempre la misma: cuerpo de tres naves separadas por columnas, y arquerías y cubiertas de madera.

Lo mudéjar, de evidente influencia en América, antes que un estilo estructural de conjunto para los edificios religiosos o civiles, será un ascendiente que irá brotando de modo recurrente en unas u otras piezas arquitectónicas. Mudéjares serán muchas cúpulas revestidas con azulejos o los pilares octogonales de los primeros tiempos, los artesonados de madera llamados alfarges, técnica que sustituye a la más difícil y costosa bóveda, y que se explica por practicarse en unos lugares donde sobraban la madera y los buenos

carpinteros. Ciudades como Sucre, Tunja, Bogotá o Quito conservan estas exquisitas techumbres, y en México subsisten algunas como el enmaderado del templo de San Francisco de Tlaxcala. El influjo mudéjar se detecta también en la decoración, como ya predicábamos de la arquitectura civil. Por ejemplo, en el revestimiento que cubre muchas fachadas, en las cuales la argamasa queda impresa con un dédalo de figuras geométricas y arabescos. Y el interior de la capilla real de Cholula recuerda a la mezquita de Córdoba.

El diseño mudéjar conectó perfectamente con la idiosincrasia de la arquitectura indígena, hasta el punto de que autores como Bayon descubren parentescos entre este estilo y los maya e incaico, y por ello sostiene que el arte traído de España fue aceptado por los amerindios porque coincidía con sus más íntimas convicciones, del mismo modo que la afición a la fiesta o la música que trajeron los peninsulares halló el campo abonado en los gustos nativos. Porque lo mudéjar se haría presente en el arte americano por antonomasia, el barroco, pues ese *horror vacui* propio de ese estilo ya estaba expresado en las concepciones decorativas mudéjares, como ocurre en la portada de la iglesia de San Lorenzo, Potosí, un perfecto y delicado encaje que nos hace pensar en las fuertes concomitancias existentes entre el mudéjar y el barroco americano.

Su contrapuesto, el austero estilo herreriano, también habría de dejar su estela en América. Lo podemos descubrir en la testera de la catedral de México, en el severo claustro del convento de Guadalupe, en México, y sobre todo en las cuatro torres que rematan los cuatro ángulos de la catedral de Puebla, y que claramente nos trasladan a la Colegiata de Valladolid.

De todos modos, el sobrio estilo del arquitecto del monasterio de El Escorial no casaba bien con el temperamento americano. La severidad de Juan de Herrera y la exuberancia criolla no podían llevarse bien, y pronto el estilo herreriano fue desplazado por otros conceptos mucho más a tono con los excesos impuestos por una tierra sobreabundante.

### Las grandes Catedrales

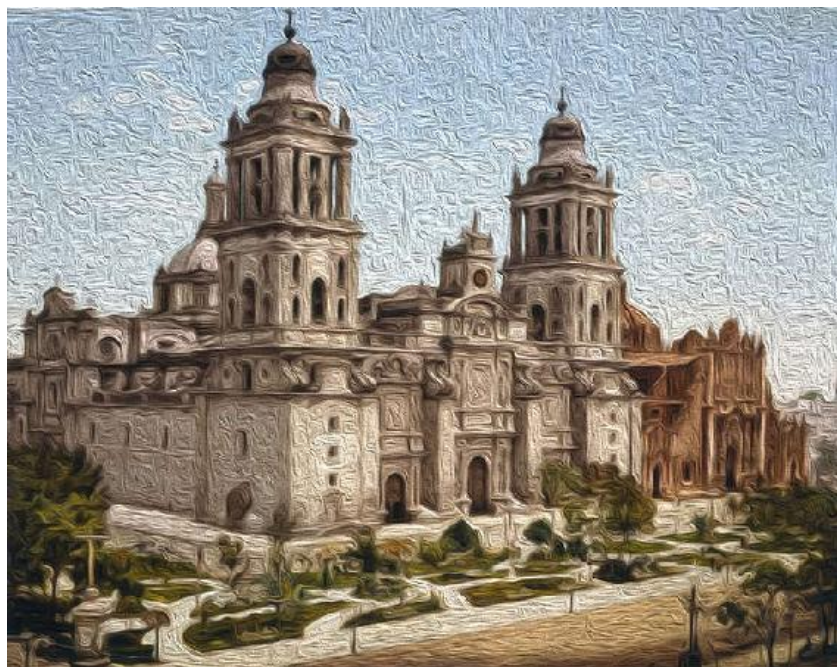
Las primeras obras religiosas de gran porte que se construyeron extramuros de la península ibérica fueron las catedrales de Las Palmas, iniciada a principios del siglo XVI, y la de Santo Domingo, comenzada unos años después y levantada en veinticinco años. Hasta finales de ese siglo no se materializó la necesidad, muchas

veces denunciada, de erigir grandes templos catedralicios que otorgaran a la religión católica la relevancia debida, sustituyendo definitivamente a las improvisadas iglesias de principios de siglo, de simple diseño y construidas con materiales rústicos.

Aparecen entonces los arquitectos profesionales, que toman, como hemos visto, el lugar de los maestros de obras y de los frailes que, personalmente y sin más título que la proverbial habilidad personal de los españoles, habían dirigido esas primeras construcciones. Es la hora de Francisco Becerra, Martín Casillas, Claudio de Arciniega..., que llevaban en su bagaje artístico los modelos peninsulares, y cuya influencia en la arquitectura americana fue dilatada en el tiempo y en el espacio.

Esa influencia se puede adivinar en varias de las grandes catedrales góticas peninsulares, como las de Sevilla, Salamanca, Toledo o Segovia. Pero la mayor parte de los autores opinan que las catedrales americanas se inspiran en el patrón de la de Jaén, obra del genial Vandelvira. Su tipo de planta rectangular con cabecera plana lo vamos a redescubrir en las catedrales de México, Puebla, Mérida, Guadalajara y Oaxaca, así como en las de Cuzco y Lima. Naturalmente, en cada una de ellas existen otros influjos superpuestos, como los pilares de la escuela granadina de Diego de Siloé, que inspiraron las estructuras de las de Guadalajara, Lima y Cuzco. Las bóvedas de la de Mérida tienen precedentes en la Casa de la Lonja, en Sevilla, y se revela la mano de Herrera en las de México y Puebla, pero debe reconocerse a la catedral de Jaén el mérito de ser la plantilla maestra de las grandes catedrales americanas.

Todos los estilos citados anteriormente estuvieron presentes de una forma u otra en dichas catedrales. No hubiera podido ser de otra manera, teniendo en cuenta la síntesis estilística que se operó en América, y la duración de algunas de las más grandes creaciones, como, por ejemplo, la catedral de México, cuya construcción se prolongó prácticamente durante todo el virreinato, y que, si en su proyecto original de Arciniega tomó principios de las catedrales de Jaén y de Sevilla, en su evolución posterior viraría hacia las de Segovia y Salamanca. La catedral de Puebla es como una hija menor de la capitalina, y la de Lima sufrió como ninguna otra las acometidas de los terremotos, que obligaron a reconstruirla varias veces, y cada vez bajo conceptos diferentes.



*El paisaje de los pueblos hispánicos es indisoluble de los templos construidos en la época española.*

Otra paternidad reconocible es la que menciona Chueca a propósito de la longitud de las naves. Según él, cuando los españoles comenzaron a construir en América pueblos, casas y templos, sintieron algo semejante a una «embriaguez de espacio». Habitados a la angostura de las callejas y ciudades castellanas o andaluzas, ahitos de vivir entre las aperturas impuestas por las murallas, América significó para ellos la liberación de todas las estrecheces, la posibilidad de expansión sin tasa en una tierra igualmente desacetada. Y aplicaron ese sentimiento a la dimensión de las calles, al tamaño de la plaza Mayor y también a la magnitud de los templos, tanto de las naves como de los claustros. Según Chueca, en la grandeza de estos confluía tanto ese sentimiento liberador como, una vez más, la ascendencia mudéjar, que tendía a prolongar las plantas. Lo cierto es que las catedrales de Quito, Bogotá o Caracas, por citar algunos ejemplos, presentan en sus naves una profundidad sensiblemente mayor a las de la Península.

El resultado final es que el altar se situaba francamente lejos de los fieles, separándolo de ellos en un modo que era no solo físico. Lo cual convenía a los propósitos de la conversión indígena, teniendo en cuenta que también los dioses paganos se distanciaban mucho físicamente de sus devotos indios, y estos no hubieran entendido bien el acercamiento excesivo al altar en la primitiva iglesia cristiana, emplazado en el centro de la comunidad.

En opinión de Chueca, el esquema general de la construcción americana de estos grandes templos respondió a unos patrones semejantes a los romanos, donde una masiva mano de obra, pero poco cualificada, permitía levantar enormes estructuras, que luego remataban y pulían los especialistas. En América, la masa indígena posibilitó igualmente erigir el cuerpo básico de monumentos gigantescos, y sobre esa estructura se aplicaban los artesanos en zonas sensibles: las fachadas, las arquerías, las portadas, la decoración... Detallismo que no llegaba a todos los rincones, razón por la cual en los templos americanos conviven el más fino y recargado preciosismo, junto a la pared descarnadamente desnuda. Como indica el autor: «... tanto la arquitectura imperial romana como la española son el polo opuesto de la gótica. Una es arquitectura de masa, otra es arquitectura de esqueleto».

## El Barroco

El barroco representa sin duda la sublimación de la arquitectura americana, incluso de su arte, porque es en él donde América vuelca por completo su creatividad artística. Y es incluso algo más que eso, pues, como dice Chueca, «por el barroco la arquitectura americana adquiere unidad».

Varias han sido las explicaciones dadas para la eclosión del barroco americano, hallándose muy extendida la teoría del mestizaje. Según ella, el barroco surgiría por la mixtura de lo español con lo indígena, como una manifestación más de la fusión procurada por el mestizaje. Como se indicó más arriba, el barroco ya estaría insinuado en las creaciones Incas o mayas, y por lo tanto los nativos no tuvieron sino que redefinir sus propias fórmulas.

Otro apoyo para la tesis del mestizaje vendría dado por las condiciones laborales en que se desempeñaron los nativos. Mientras que en la rigorista España seguían imperando las normas de pureza de sangre para ejercer un oficio a través del gremio, el trabajo en América no estuvo sometido a tales rigideces, y los indígenas pudieron aplicarse a labores que en España les hubieran estado vedadas.

La postura sobre el barroco como producto mestizo es acaso la que ha encontrado más predicamento, en especial entre los autores de la América hispana. Así, Ramón Gutiérrez opina que del mismo modo que en la literatura o en las artes se manifiesta el barroquismo, en la arquitectura también existe una paralela incorporación de los rasgos de las diversas culturas, que estarían



emergiendo a través de los moldes traídos de la metrópoli. Estos se combinarían pues con la sensibilidad del mundo indígena, y, a través del barroco, participarían codo a codo con los sectores dominantes, haciendo aflorar su cultura. Al decir de Gutiérrez:

... el barroco expresa, como ningún otro momento histórico, la posibilidad testimonial integradora de América y, por ende, un rasgo emergente de su identidad cultural.

Otra teoría señala que el barroco responde a una distribución general de funciones: la arquitectura sería española, y la decoración, indígena, de tal modo que los naturales se hubieran reservado todo lo relativo a la ornamentación. Opinión que no comparte Chueca, quien sostiene que la materia prima del barroco ya se encontraba latente en la Península, y puede detectarse sin esfuerzo en el enredijo y la filigrana del arte mudéjar, donde es visible la preocupación por decorar todos los espacios sin dejar resquicio alguno para la nada, esa aversión al vacío tan característica del barroco.

Desde nuestro punto de vista, la clasificación del barroco como un estilo mestizo, síntesis de la creatividad española e indígena, aunque es sugestiva, no resuelve la cuestión de modo suficiente. La teoría del mestizaje no explicaría por qué, siendo tan dispares las culturas aborígenes de uno a otro extremo del continente, el barroco se impuso de manera uniforme a lo largo de él. Puede aceptarse que en el arte de Incas o mayas se vislumbraran rasgos barrocos, pero algo así no es extrapolable a todas las culturas, desde México hasta el Cono Sur, y en cambio al estilo barroco lo encontramos en uno y otro confín. Además, tampoco puede aceptarse que el sustrato indígena influyera tan directamente sobre los diseños. Ciertamente que los indios acreditaron una especial capacidad para la artesanía, pero de ahí a sostener que idearon y dirigieron los modelados, hay un mundo. Con toda probabilidad es indígena la realización material de las fachadas, de las bóvedas y de los retablos, pero siempre bajo tutela española o criolla.

Entonces, ¿cómo explicar el desarrollo del barroco americano, de tal modo divergente de los patrones europeos? Un arte que, por su desenvoltura, por el apartamiento tan radical de los cánones en su última fase, es rechazado por algunos puristas, que no saben apreciar la excelencia y originalidad sublimes de este arte singular.

A nuestro modo de ver, en la raíz del barroco hispanoamericano se encuentra una vez más el *factor ecológico*, el mismo que subyacía en las variantes de la lengua española. Ya Gavinet intuía algo así cuando afirmaba que en el barroco acabaría dominando el *espíritu*

*territorial* frente a la cultura importada. Se trata en última instancia, como tantas veces hemos dicho, de la fuerza de la tierra, la misma que imprime a todas las cosas ese exceso, ese grado superlativo. El barroco está en el tamaño descomunal del lirio acuático *victoria regia* que flota sobre las aguas quietas amazónicas; en el colorido deslumbrador del quetzal; en el diseño extravagante del perezoso; en la contorsionada prosa de los autores del siglo XX; en el surrealismo de *Cien años de soledad*; en la personalidad desproporcionada del hacendado..., y, también, en el laberinto pétreo y cromático de la arquitectura barroca. El barroco es el puerto final de todos los caudales físicos o culturales llegados de España que, filtrados por una tierra poderosa y excepcional, desembocan en un producto criollo que es algo distinto y a veces inaudito, pero siempre extraordinario.

En el caso de la arquitectura barroca, debemos recuperar ahora un comentario anterior. Dijimos que la literatura, la pintura o la escultura describen el entorno que las envuelve, los personajes, las cosas o situaciones vigentes en cada momento. En el caso de la arquitectura, Chueca ha resaltado un modelo que viene al caso: la disposición de las cúpulas de muchos templos americanos, formando grupos de ellas, de tal forma que parecerían desde lejos montículos naturales redondeados por el paso del tiempo. Es lo que llama el autor la «arquitectura-montículo» y que se manifiesta, por ejemplo, en la capilla del Pocito, junto al santuario de Guadalupe. Acierta Chueca en la apreciación, pero ¿acaso no imita este modelo constructivo la geología de muchas zonas de América, caracterizadas por formar un conjunto de cerros? Aquí tendríamos un remedo del entorno a cargo de la arquitectura, y que nos da pie a otro de más calado aún. Porque, cuando contemplamos un retablo barroco, con esa profusión amalgamada e inverosímil de motivos, perfectamente podríamos situarnos en el bosque tropical, donde la maraña vegetal es inextricable, con mil juegos de luces y de sombras, con el sol depositando infinidad de pepitas de oro en el verde rabioso de las hojas. Una confusa exuberancia, esta vez botánica, que podemos trasladar sin sobresaltos a la que impera en una portada barroca. Si consideramos por añadidura que muchas decoraciones barrocas incluyen figuras de flora y fauna, tendríamos que cualquiera de ellas sería como un instante fugaz de la selva tropical, una fotografía inerte, silenciosa, del mundo biológico del bosque virgen, detenido en su esplendorosa plenitud, captada para siempre por los artesanos primorosos de la piedra y el yeso.

Y, finalmente, no olvidemos el objetivo último que presidió las realizaciones arquitectónicas religiosas: la cristianización de los indígenas. Las iglesias y los monasterios fueron levantados por y

para la masa nativa, no para los escasos contingentes españoles o criollos. No se olvide este dato, porque él justifica, como enseguida se verá, buena parte de las creaciones del barroco americano.

## Manifestaciones del Barroco

Insistimos en ese fin primordial de conversión al cristianismo de la masa nativa, ligada espiritualmente a unas deidades placenteras, en cuyo nombre se practicaban sacrificios humanos. Eran dioses crueles, distantes, emplazados lejos de los fieles, en lo alto de los teocalis, menos inclinados a predicar el amor y la concordia que la guerra y la venganza. Los sacerdotes españoles se vieron en el trance de sustituir toda esta teogonía por una religión cuyo Dios era infinitamente bueno y misericordioso, hasta el punto de adquirir aspecto carnal para redimir a los hombres. Un salto demasiado brusco para unos nativos acostumbrados a otro tipo de dioses.

Por eso los frailes hubieron de recurrir a toda una panoplia de sistemas para operar sin traumas la sustitución, y además, como luego tendremos ocasión de ampliar, contaron con la inestimable ayuda del Concilio de Trento, que dio nuevas orientaciones en el sentido de subrayar el ornato exterior, el lujo en las formas, la atracción por los sentidos. Precisamente lo que más podía convenir a los frailes asentados en América, embarcados en su particular lucha por convertir a los infieles. La sustitución de unos dioses distantes y poderosos por otros cercanos, buenos y generosos era un cambio demasiado radical, que pudo ser viable rodeando a estos de un empaque y un boato ausentes en el sencillo cristianismo primitivo, pero alentados por el Concilio Tridentino. Si a ello se añade la marcada afición por todo lo externo en los ritos y ceremonias mostrada por los propios indígenas, se comprenderá que el barroco vino a ser el arte que mejor pudo amoldarse a las necesidades de las tierras y las gentes de América.

Las fachadas recargadas con pilares, arcos, escenas, hornacinas con figuras, con toda esa sinfonía de piedra curvada y retorcida sobre sí misma, se convirtieron en un señuelo para entrar en el templo. Dentro de él, la policromía, los sobredorados, el fulgor extremo que emanaba de esos interiores que parecían iluminados por un sol de oro, subyugaba y sobrecogía a unos indios que nunca habían visto algo parecido. Sus viejos dioses podían tener aspecto más fiero, y los sacrificios embargaban el ánimo de todos, pero nunca podrían igualar la magnificencia y opulencia de los nuevos.

Todos esos elementos y motivaciones se encuentran pues en las

grandes materializaciones del arte sacro barroco. Como en la fachada de la iglesia de la Compañía de Jesús, en Arequipa, profusamente labrada y fastuosa, como un inmenso cofre repujado, y con la concha de peregrino como motivo central, algo que se repite en muchas portadas barrocas. O la de la iglesia de la Compañía en Quito, con la apariencia de una fachada de recargada plata. Las columnas comienzan con una cierta forma, la cambian en el centro y retornan después al molde primitivo.

El barroco, que comenzó discretamente a mediados del siglo XVII, poco a poco fue apartándose de los cauces españoles, rebasando sus límites y adoptando formas propias, singulares, que a veces parecen emanar de una ensoñación calenturienta, aquella que no pone coto alguno al vuelo de la imaginación. La fachada de San Bernardo de Potosí está en su mayor parte cubierta por lo que parece un pavimento empedrado, y cada monumento americano del barroco tardío es una concesión a la creatividad sin cortapisas de su autor. Y recalquemos una vez más que, al contemplar algunos trabajos barrocos, al admirar la labor inconcebiblemente prolija de sus artífices, como la que podemos hallar en la iglesia de San Lorenzo, en Potosí, no atinamos a descifrar si estamos ante un dibujo estrictamente barroco, o ante los trazos laberínticos de los artistas mudéjares.

El arquitecto y el artífice del barroco dispusieron para sus labores de materiales varios, como la piedra, el yeso de diversos colores, la tintura de almagre, el ladrillo con revoque blanco, el azulejo policromático y el tezontle o piedra volcánica roja. Y aplicaron formas novedosas, como el estípite, que sustituye a la tradicional columna salomónica y que consiste en una pilastra de sección cuadrada con forma de tronco de pirámide invertida, que reproduce en cierto modo la forma de la figura humana. El estípite compareció moderadamente, pero luego se convirtió en una de las piezas maestras de la decoración barroca, el estilo que combina y contrasta los materiales citados, el que compone diferentes texturas, el que juega con el movimiento de los entrantes y salientes, el que recorta contra el cielo una profusión de siluetas. Estilo exagerado, desbordante, ávido por colonizar todos los espacios (el *horror vacui*) disponibles, y que solo en México ha dejado, en opinión admitida, cuatro de las mayores joyas mundiales del barroco: el sagrario de la catedral, el convento de Tepozotlan, Santa Prisca de Taxco y Santa Rosa de Quétaro.

Esta imaginación creativa aparece incluso en el barroco más modesto, el de las misiones jesuíticas. Existe un «barroco guaraní», que aún puede admirarse en rincones como las misiones de Chiquitos, en Bolivia. La iglesia de San Javier es de estructura

sobria, con sencilla cubierta a dos aguas, pero el barroquismo está presente en el vistoso colorido exterior, en la afluencia de los relieves, e incluso en el movimiento cromático del empedrado del atrio. La decoración interior también es densa en todos los detalles, hasta en las vigas que sostienen el artesonado. Basta pensar en la racionalidad que impusieron los jesuitas en todas sus realizaciones americanas, para comprender que el barroco fue algo más que un arte, fue un instrumento para cautivar al indígena, embrujarlo con el esplendor de la nueva religión y atraerlo a ella.

El interior de los templos también refleja esa perseguida fastuosidad, la que se aprecia en cualquiera de los innumerables retablos barrocos, como el de la capilla del Rosario, en el convento quiteño de Santo Domingo, toda una película de escenas, figuras y sucesos representados de modo simultáneo ante nosotras y envueltos en oros. O el retablo de la iglesia de Andahuayllas, en el Cuzco, tan cuajada de sobredorados que la mirada duda dónde asentarse. O el retablo del santuario de Ocotlán, en México, que semeja la tapa de una caja preciosistamente labrada en oros por un orfebre.

Cabe pensar en la impresión general que recibirían los indios al penetrar en estos recintos fascinantes, en el lujo desplegado en *su casa* por esas divinidades que venían a suplantarse a las anteriores. Qué sensaciones al acceder al interior de la iglesia de Santo Domingo, en Oaxaca, que bien parece la cámara maravillosa de un sagrario. O el impresionante interior de la iglesia de Santa María de Tonantzintla, en Puebla, verdadera gruta dorada. O las estancias internas de San Francisco de Quito y del Convento de La Merced, en la misma ciudad. En todos ellos, la vista es como un ave que no sabe dónde posarse, tantas son las oportunidades a su alcance, talmente como le ocurriría a un ave verdadera en el fárrago botánico de la selva tropical.

El estilo que estudiamos se ramifica en otros capítulos constructivos, como los púlpitos, que se recargan de tal manera en el alto barroco que convierten al estilo en caricatura de sí mismo, como puede comprobarse en los púlpitos de algunas iglesias de Cuzco, particularmente en el de la iglesia de San Blas. Y mencionar que, aunque el imperio del barroco abarca desde la mitad del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII, nuevas manifestaciones de este arte, como la colorida iglesia de un remoto pueblo de Chiloé, pintada en rabiosos naranjas y azules, demuestran la pervivencia del arte a través del tiempo, y sobre todo hasta qué punto concuerda exactamente con el alma barroca de América.

Y en este recorrido por el barroco llegamos a las llamadas fachadas-retablos, las portadas de muchas iglesias americanas, en las que la decoración arquitectónica se limita al conjunto que rodea a la entrada. Encontraríamos aquí la expresión máxima del barroco como señuelo, como invitación a entrar en un espacio que se supone magnificante, a juzgar por el lujo de su acceso. Se trata también de una manifestación más de la exteriorización del culto, sacando las fachadas a la calle, que es como sacar el altar, llamando a adherirse a una religión abierta, del gusto de sus destinatarios. Las puertas de los templos se convierten en primorosos encajes que combinan seductoramente todos los materiales y motivos del barroco. Y este modelo lo encontramos reproducido en innumerables ocasiones, como la iglesia de la Compañía, en Cuzco, que adquirió esta forma a partir de la remodelación impuesta por el seísmo de 1650, y que influyó notablemente en la arquitectura posterior de América. La fachada de la iglesia de San Francisco de Lima nos guía la mirada de abajo arriba, para luego pasar a la parte superior de las torres laterales, también barrocas, prescindiendo de la más prosaica base de estas. Y en el Santuario de Ocotlan, en Tlaxcala, el dibujo de cuya portada se prolonga más arriba, en las torres, o en la catedral de Tegucigalpa, originalmente extraña, con una gran fachada-retablo en tono blanco, semejando un enorme molde de tiza tallado.

La mirada nos lleva, pues, a interesarnos por la puerta y su rico contorno, prescindiendo del resto de la fachada, mucho más sencilla. Pero estudiando todo el conjunto hallamos algunas interesantes conclusiones acerca de esta modalidad del barroco, muy extendida en España y en América. Como muestran ejemplos tales como la catedral de Cajamarca, el recargamiento ornamental se reserva para la fachada y el entorno superior, dejando paredes laterales desnudas y modestas. Lo mismo observamos en la iglesia de San Francisco, en Lima, donde la vista es conducida desde la rica portada hasta la parte superior de las torres, igualmente decoradas, evitando que se asiente en la sencilla parte inferior de esta. Y a ambos lados de la fachada-retablo de San Francisco de Quito, exuberante, se alarga la severidad rigurosa de las paredes del recinto monástico, sobriedad al por mayor, Castilla pura.

Esa atención máxima puesta sobre el conjunto de la entrada, más ese desprecio por todo lo demás, es muy revelador. Nos está indicando que los medios solo alcanzan a decorar una parte de la estructura, concentrando en ella todo el esfuerzo. Es, una vez más, la afición por las apariencias tan propia del carácter hispano, la

mentalidad pobre, pero digna, del arquetipo humano altomedieval de la Península. La de aquellos caballeros empobrecidos que se habían costeadado entre todos una capa y, no queriendo salir a la calle sin ella, se turnaban las salidas. En el arte barroco, estas fachadas serían la capa del hidalgo, el maquillaje de una dama, la sonrisa de una persona, el escaparate de un comercio. Como decía Chueca Goitia, el espejo de un pueblo a veces pobre, pero siempre hidalgo.

### Otras artes. Los Santeros

Como es lógico, artes creativas, como la pintura o la escultura, estuvieron estrechamente ligadas a la decoración arquitectónica y, al lado del desarrollo de esta, apenas tienen relevancia como artes independientes. Donde se exhibieron la pintura y la escultura fue en el acompañamiento artístico de la arquitectura: en los retablos, en las fachadas, en los coros, en los púlpitos o en las pilas bautismales, algunas tan ricamente adornadas como la de Cholula.

En pintura debe consignarse el claro predominio de la escuela sevillana y de pintores como Zurbarán, que fue muy imitado en Nueva España. Sin perjuicio de la ya estudiada aplicación de la pintura a la arquitectura religiosa, cabe añadir su empleo en los murales, en los que se muestra la capacidad indígena para todas las artes. Los murales suplieron a otros motivos decorativos, como las flores incrustadas sobre esteros, que los nativos llaman *pétatl*, y a los mosaicos de plumas, el llamado *arte plumario*, que ya era conocido en tiempos prehispánicos. Pero ambas eran técnicas efímeras que se deterioraban en pocos años, lo que hizo surgir las duraderas pinturas murales, de las que hay un buen y simbólico ejemplo en «los doce primeros franciscanos», que representa la llegada de los primeros misioneros a tierras de México. Hay otras pinturas conservadas sobre paredes, y en este sentido ha destacado Weckmann el desconocimiento de algunos frailes del siglo XVIII, quienes, creyendo que los frescos pintados años atrás se habían estropeado, los cubrían de cal, y sin saberlo estaban contribuyendo con ello a su conservación ulterior.

Si comparamos la pintura y la escultura de España e Iberoamérica de finales del siglo XVIII, no hallamos apreciables diferencias. Estas aparecen cuando introducimos en la escena del arte a unos personajes llamados los *santeros*, que operaron en los territorios de Nuevo México y Colorado, allí donde la presencia española se desvanecía en la lejanía de la frontera. Y no solo en lo

físico, sino en lo espiritual, porque ya asomaba con todo su vigor la agresiva civilización angloamericana, que poco tiempo después habría de apoderarse de todas aquellas extensiones dejadas por España y arrebatadas después al México independiente.

Para entonces, los santeros ya habían dejado las muestras de su arte en las iglesias. Podían ser pinturas sobre madera en el retablo, o bien realizados sobre pieles de animales, cueros de reses o de búfalos. Pero esta técnica no fue bien vista por la Iglesia mexicana, que la consideró irreverente y la desterró de capillas y altares, perdiéndose muchas de estas piezas, desafortunadamente.

La particular creatividad de los santeros alumbraba no solo pinturas, sino *bultos*, así llamadas las tallas de santos, cristos y vírgenes, en las que las proporciones son irreales y la perspectiva y el relieve se deforman intencionadamente, y no por incompetencia del artista. Esta irrealidad, junto con un colorido intenso y llamativo, otorga a los bultos una fuerza singular, la que convenía entonces para elevar la moral de una religión que cedía en esas tierras ante el empuje de los protestantes.

Los santeros apresuraron la elaboración de sus imágenes y sus retablos para colocarlos en las *moradas* de los penitentes, en las iglesias y en todos los recintos sagrados de esos reductos de una hispanidad en retirada. Porque por esa época, el acomodadizo y sonrojante obispo Lamy, títere espiritual y material de los angloamericanos, pese a ser católico, ya estaba permitiendo la retirada de las iglesias de todas las producciones de los santeros, y, complaciente ante los nuevos amos, arremetía contra las tradiciones culturales hispanas y volvía la cabeza ante la propaganda desatada contra los propios santos, que eran ridiculizados y tildados de *bárbaros*. El caso es que esta imagería santera desapareció de muchos emplazamientos, y hacia 1900 se habían extinguido los desalentados santeros. O lo parecía, porque pocas cosas poseen tan largas y persistentes raíces como la cultura hispana. La artesanía de los santeros había logrado pasar de padres a hijos, y varias generaciones después resucita en las creaciones de santeros actuales, depositarios a través del tiempo de ese gran tesoro de la imagería hispana.





*En el romance español descansa la raíz del corrido mejicano y de otras muchas formas musicales de América.*

# MÚSICA

La España de los siglos XIV y XV estaba enfrascada en la tarea de su propia definición histórica y política. Ya se vislumbra el final de la larga ocupación musulmana, y las guerras de Reconquista mantenían vivo el espíritu militar y trashumante de los españoles que, entrenado en aquellas contiendas, habría de derramarse posteriormente en empresas de universal alcance. En las regiones recuperadas a los sarracenos se hospedaban ya los principios que habrían de definir los rasgos comunes de la múltiple personalidad española: la religión católica, el idioma castellano, la pasión por las fiestas y por la comunicación entre unos y otros, el individualismo, la generosidad, el concepto de familia amplia...

Ya era frecuente la celebración de encuentros festivos, con motivos religiosos o profanos: las grandes conmemoraciones religiosas, como el Corpus Christi, las fiestas patronales locales, los grandes mercados y las ferias regionales. Eventos todos ellos que hacían confluír gran número de personas y en las que se corrían toros, se jugaba a cañas y sortijas, y en los que confundíanse nobles y plebeyos.

En tales acontecimientos nunca faltaba un tipo de personaje, atraído como tantos otros por la zambra, en la que corrían a raudales alegrías y dineros. Era el trovador o juglar, especie de andariego muy en boga en la época, pues en forma de versos rítmicos contaba al público los sucesos del tiempo, tan ricos en aquella España turbulenta del estertor de la Edad Media.

Aquellos músicos-poetas llevaban, pues, en las alforjas sus romances, narración en forma versificada y monocorde de hechos, gestas o episodios satíricos. Los cantaban a *palo seco* o adornándose de la vihuela o el laúd. Había nacido el romance por la necesidad de divulgar muchas gestas de la vida fronteriza de la España de la Reconquista, y sus ejecutores introdujeron el instrumento musical entre estrofa y estrofa, para recordar mejor la siguiente y dar tiempo al público a asimilar la anterior.

En un principio, el romance tuvo una estructura sencilla de cuatro versos octosílabos, que eran cantados de principio a fin, de corrido, por lo que también llamáronse *romances corridos*, y en

Andalucía, *corridas*, *corríos* y *carrerillas*. El romance, con el tiempo, se fue haciendo más complejo, derivando en géneros como el villancico e incorporando mayor complejidad instrumental.

El tronco principal de los romances radicó en Castilla, con la fecunda fuente de inspiración de las hazañas de la Reconquista, y, aunque el marqués de Santillana consideró a los romances un género vulgar, del que «gentes de baxa e servil condición se alegran», lo cierto es que incorporaron creaciones al acervo del romance nombres tan ilustres como Juan del Encina y Vicente Espinel, e incluso clásicos como Góngora, Quevedo y Lope de Vega, y hasta Cervantes, cuyos trabajos por desgracia se perdieron.

Los romances españoles, de los que son ejemplos *Bernardo del Carpio*, *Don Rodrigo* y *la pérdida de España*, *Los siete infantes de Lara*, *Gerineldo*, *Don Gato*, *Delgadina*, y otros caballerescos, históricos, de costumbres, amorosos o satíricos, habrían de traspasar las fronteras peninsulares, por mor de varios acontecimientos. En primer lugar, la expulsión de los judíos, que se llevaron el romancero en su éxodo, conservándolo durante los siglos siguientes. Y sobre todo con el descubrimiento y colonización de América, que instaló el romance en el Nuevo Mundo, desde Colorado a la Patagonia, influyendo significativamente en el devenir posterior de la música de América.

Veamos a continuación algunos de estos romances, ya en su versión americana. Así, las primeras estrofas de *Delgadina*, uno de los más populares:

~~Y las tres niñas tres hijas.~~  
~~Delgadina es la de las~~  
~~sin diápadro de mi abesa~~  
~~que me meina la pacha? mío~~  
**Yo te miro, de la mira.**  
~~Que estás tú mada en la heta~~  
~~ni No Viegenta o Diva del~~  
~~que de mi padre, al mi padre,~~  
~~ni de la hija, a de posis de mi padre,~~  
~~en él ven, ni él ven has~~ Delgadina,

*Don Gato* fue otro romance muy popular en América. En la versión recogida por Menéndez Pidal en Chile, afloran algunos americanismos:

~~Estabido señor de~~ Gato  
~~que habir de las rasado.~~  
~~De gó de la hora~~ Catanchado,  
~~yo a pad de la bajalosa,~~  
~~El Gato, tje da la~~ bajo, beso,

yesedepiómadria cabbrazo.  
 Astreslor Gdtolannycho,  
 dadriendohloaquer testambador  
 una vaartà bongariza asado,  
 yelosstatodes;deigukto,  
 diuendió Gtracianal diodo,  
 que elsalbátóapocarto!

Acaso *Gerineldo* sea el más extendido en América de todos los romances españoles, y por ello merece también su transcripción:

miGerineldo, Gerineldo,  
 tpeñotaspescaniasestánoche  
 ¡Ojalá quoráselían, señora?  
 ¿Ijiprroquestebunlastromniado  
 quNolevisas beillaridoti;  
 iré; Para lqupborasido? la noche  
 euEntre darsyesté dar midoe  
 Gerineldo de adha castillo;  
 hallanlfeportes cesuspabierta  
 queEsa atrevida quíe castillo?  
 queSeñengosoyo Gerineldo.  
 Y adovagapaa del lea stillo;  
 yase alenesta Gerineldo  
 semcuastjer bonaacido boca  
 Closey pidiónsediastidos;  
 de losllavadorescridgoél;  
 mi; Dónde estágué Gerineldo,  
 esSeñdenstamejíoosla cama

El romance, en la segunda mitad del siglo XV, estaba pues en su apogeo, inflamados sus compositores por la densidad de los sucesos épico-guerreros que tuvieron lugar en la Península por esas fechas. Eran de carácter marcadamente popular, y se hicieron recopilaciones de ellos, el romancero, ejemplares del cual no faltaban en el equipaje de los conquistadores, que solían recordarlos con frecuencia.

Junto con esta poesía musical popular existió una música más culta, la que se cantaba en las catedrales. Al frente de ella figuraba el maestro de capilla, que no solo componía e interpretaba la música religiosa, sino que se ocupaba de instruir a los niños y formar con ellos grupos corales. Los nobles requerían asimismo los servicios de estos músicos, y de modo paralelo al romance, la música religiosa alcanzaría en el siglo XV una notable prestancia. Ambos géneros dejarían sentir su influjo sobre la música que se gestó en la América colonial.

Mientras el romance alcanzaba su máximo esplendor en España,

los habitantes de la América prehispánica manifestaban asimismo una fuerte afición por la música, si bien los instrumentos para ejecutarla eran más pobres. En el Imperio mexica había una suerte de trovadores, llamados *componedores de cantos*, y se expresaban en idioma náhuatl. Y en el Imperio Inca existía el llamado *amaute*, que significa *sabio prudente*, funcionario de la corte del inca, perteneciente a la nobleza o adscrito a ella, cuya misión era cantar hechos históricos o las gestas del Inca. No habiendo en el Imperio inca escritura, los amautas se encargaban de transmitir oralmente la historia, relatándola en las naciones incorporadas al incario. Narraban las gestas de los sucesivos incas, naturalmente según la versión que convenía a cada nuevo emperador en el poder, de tal modo que ignoramos si la historia del Imperio y sus gobernantes que llegó hasta los cronistas españoles se corresponde o no con la realidad.

Cieza de León, cronista directo de las cosas de América, contó que las coplas de los amautas tenían parecido con los romances castellanos, y se trasladaban de padres a hijos, conservándose de esta forma la memoria de la nación inca. Un canto muy famoso entonces era la harawi, una especie de lamento triste que entonaban los condenados a muerte o destierro. Muchos quieren ver en el jaraví, que surgió tras la dominación española, al heredero del harawi, glosando ahora el lamento colectivo por el imperio perdido.

En cuanto a los instrumentos, que son como la tecnología de la música, eran más simples, y con ellos apenas lograban los nativos desarrollar su innata capacidad musical, como se manifestó cuando dispusieron de los más elaborados instrumentos europeos. Bernal Díaz del Castillo habla del terror que le producía la música mexicana, la ensordecedora batahola formada por el tambor de Huitzilopochtli, amén de las caracolas, bocinas y silbos que orquestaron dramáticamente las horas últimas y desesperadas del mundo azteca.

En los territorios andinos, los instrumentos más en uso fueron la quena y sobre todo el sicu, compuesto por varios tubos y tocado por los sicuris. Su música, profunda y melancólica, ha llegado hasta hoy, como seña de identidad del mundo andino, como si brotara de esos tubos colosales que son los cerros de los Andes.

Los españoles que pasaron a América, en el curso de la navegación, iban escuchando romances, cantados y acompañados de vihuela por los músicos improvisados que viajaban a bordo. Apenas podían anticipar unos y otros la importancia de la presencia de esos intérpretes, para las expediciones y para la conformación posterior de la música de América. Sus canciones y sus romances siguieron disfrutándose en las hogueras de los campamentos

militares, en las carretas que transitaban por el Camino Real que discurría paralelo al curso del río Grande, en los largos crepúsculos en las plazas de los pueblos recién fundados.

Esa música era el cordón umbilical con la Península que habían dejado lejos, y al mismo tiempo se iba deslizado en los oídos de las gentes del Nuevo Mundo. De esta primera época salieron músicos notorios, como el maestro Ortiz, citado por Bernal Díaz del Castillo, quien fue reclutado por Cortés en la población cubana de Trinidad, donde tocaba la vihuela y la viola y colocaba el embrión de una escuela de música y danza, lo que luego pudo reproducir en el México ganado a los aztecas.

Otro famoso tañedor fue «don José», varillero del Camino Real de Tierra Adentro, vendedor ambulante, cronista y músico, tipo castizo y muy popular entre los colonos de las tierras de frontera, que recibían su visita tres veces al año. Y comentemos también a los artistas que surgían de las huestes conquistadoras. Por pura necesidad militar de la época, que exigía música para estimular a los ejércitos, las tropas improvisaron bandas militares con tambores, trompetas y pífanos, y esos músicos-soldados fueron tenidos en gran estima.

Estos músicos llevaban consigo el instrumental en boga entonces en la Península: cordófonos, como la vihuela, el arpa y la viola; percusión, como el tambor y el atabal; música de viento, como las trompetas, las chirimías, los sacabuches y las dulzainas. Y también pulsaban clavicordios, laúdes, salterios, bandurrias y cascabeles. Algunos de estos instrumentos guardaban semejanzas con los que usaban los indígenas, como el atabal y la chirimía, y por eso los naturales asimilaban unos mejor que otros. La chirimía, por ejemplo, tuvo una gran aceptación (algunos indios fueron llamados *indios chirimías*), y el arpa conoció una inusitada expansión por las regiones de los Llanos de Venezuela y Colombia, que aún perdura.

Los indígenas recibieron el sonido de estas músicas con particular delectación, y eso es algo que entrañaría consecuencias trascendentes. Es sabido que los jesuitas lograban adentrarse en el peligroso territorio de los guaraníes sin más armas que un violín, ante cuyas notas quedábanse extasiados durante horas y apaciguaban su agresividad, como mostró la película *La Misión*, de excelente factura técnica pero poco fidedigna hacia la labor española, ya que atribuye la misión evangelizadora de los indios guaraníes a los jesuitas en exclusiva, soslayando que era España quien sustentaba a los jesuitas y sus misiones.

Otras veces tañían los instrumentos desde las barcas, y los indígenas salían a la ribera a escucharlos. En una misión de la Baja California, tras el rosario, se cantó el Alabado, y treinta indios

dejaron su laborío en las granjas y acudieron como atraídos por una fuerza superior. Y la medieval dulzaina magnetizaba a los feroces apaches de las praderas.

El tiempo y la fuerza del territorio empezaron a transformar las cosas. El sacabuche derivó en el trombón; la chirimía, en el oboe; la vihuela de arco dio paso al violín y al violoncelo, y la vihuela de mano, a la guitarra, la cual alcanzaría una espectacular difusión en el orbe americano. Al mismo tiempo, de aquellos grupos militares de música surgieron orquestas de viento y percusión, indispensables en las procesiones y en los grandes acontecimientos de la vida colonial. Y, de modo paralelo, creáronse las llamadas *bandas de pueblo*, en proceso semejante al de la Península, y que lograron un gran arraigo popular y festivo.

### Evangelización por la música

Ante los doce franciscanos que arribaron a México inflamados de ardor evangelizador, se levantaba una empresa de colosales proporciones: convertir a la fe cristiana a una masa indígena de varios millones de seres, que se multiplicarían tras la conquista de América del Sur.

Eran conscientes, además, de que no bastaba con el bautismo individual o masivo, pues los indígenas seguían aferrados a sus creencias y se mostraban reticentes hacia cuanto provenía de los hombres revestidos con sotanas. La situación se agravó cuando los frailes, cansados del apego a los antiguos ídolos, perdieron la paciencia y procedieron a su destrucción. La frialdad se trocó entonces en decidida hostilidad.

Fue entonces cuando uno de esos primeros frailes, Pedro de Gante, de quien se decía que era pariente de Carlos V, observó que los cultos paganos se reducían a cantar y bailar ante sus ídolos, por lo que decidió aplicar esta práctica con fines evangelizadores. Organizó una fiesta, a la que invitó a los principales de los valles de México, y les permitió que con los suyos bailaran, cantaran y vistieran según su antigua usanza, pero en el marco de una festividad cristiana. Los nativos aceptaron y se sumaron de buena gana al acontecimiento.

Este sencillo hecho marcó un punto de inflexión en la conversión indígena. La música y la danza se revelaron como infalibles señuelos para atraer a los nativos hacia las iglesias y sus ministros. Estos ofrecieron los atrios de los templos como lugar de celebración de fiestas, por las que sentían gran inclinación los indios; de modo

que, sin perder sus atávicas costumbres y sus propios ritos, de una forma sutil como efectiva, se acercaban a la nueva religión. Las iglesias no eran ya los lugares sombríos que tanto les cohibían, desde cuyos púlpitos los clérigos les lanzaban conceptos ininteligibles, sino unos acogedores centros de diversión y regocijo. Por qué no iban a acudir ellos, los adultos, a cantar y bailar. Y por qué no enviar a sus hijos a recibir aprendizaje musical de los frailes.

Pedro de Gante ideó fundar bajo estos principios la escuela musical de Texcoco, en el antiguo palacio de Netzahualpilli. Combinaba música (canto llano y canto de órgano) con educación y religión, utilizaba música de flautas concertadas a falta de órgano, y el objetivo último era formar grupos selectos de niños, llamados a ejercer considerable influencia posterior en sus propios poblados. Como así fue, pues fueron estos niños quienes más adelante colaboraron con los frailes en la extirpación de la antigua idolatría de sus mayores, y muchos de ellos continuaron de por vida bajo el ámbito y tutela de los templos o monasterios, ya como músicos, ya como porteros, sacristanes o servidores, mientras otros se incorporaban a tareas dirigentes en sus poblados de origen.

El éxito de la iniciativa fue incuestionable, y ya fuera en régimen inicial de internado como en el posterior de asistencia diaria, los niños y jóvenes comenzaron a abrazar la religión cristiana a través de la música. Aprendieron las composiciones religiosas, y mostraron enseguida tal capacidad que empezaron a componer villancios y pequeñas obras musicales. Los frailes los organizaron en capillas, formándose grupos de cantores o ministriles, bajo la dirección de un maestro de capilla.

Fue tal el desarrollo musical que logró este sistema, que hubieron de dictarse normas para limitar el número de músicos, pues en cuanto tales estaban exentos del diezmo que pagaban los indígenas, y no había pueblo, por pequeño que fuera, que no contara con su propio grupo o capilla. El resultado fue notable, tanto en el plano evangelizador como en el musical, y existen testimonios de viajeros por el Perú que se maravillaban de los conciertos ofrecidos por los grupos y coros musicales nativos.

Las autoridades eclesiales no solo utilizaron la música como un instrumento de conversión, sino que se esforzaron en introducir la música religiosa en las iglesias y catedrales. El primer obispo de México, Juan de Zumárraga, hombre ejemplar en todos los sentidos, incluyó el canto gregoriano y otros cantos religiosos. También importó el primer órgano, y pronto otros órganos sembraron Nueva España de música religiosa culta. Había un gran contraste entre el gran órgano de la catedral de México, «una catedral dentro de otra catedral», y los modestos órganos de caña de bambú de las



pequeñas iglesias de muchas aldehuelas.

El desarrollo que alcanzó la música religiosa fue grande, y la fundación de una iglesia o de una diócesis llevaba de inmediato aparejada la creación de la *capilla de música*, con su maestro de capilla, el organista, los cantores y los ministriles. Los dos primeros eran los puestos más apetecidos, y fueron desempeñados por españoles peninsulares primero, y más tarde por criollos. El maestro de capilla gozaba de gran peso y ascendencia en los círculos de poder de los virreinos.

Gracias a estas capillas, la polifonía religiosa europea entró en América, importándose las obras de los grandes compositores españoles y de otros países, que convivían en las iglesias con el sencillo canto llano y con los villancicos. Zoila Gómez y Victoria Eli<sup>21</sup> han podido así distinguir cuatro fases en la expansión de la música religiosa en la América española:

1. Conquista y evangelización, con la adaptación de los cantos tradicionales españoles a textos cristianos, con la introducción posterior del gregorianismo, primero en la lengua autóctona; más tarde, en latín.
2. Importación de la polifonía europea, a partir de la segunda mitad del siglo XVI.
3. Auge del villancico, en el siglo XVII.
4. Alto barroco musical, en el siglo XVIII, pudiéndose hablar de un barroco genuinamente americano.

### Música popular

Hemos visto cómo los indígenas se congregaban al sonido de un violín interpretado por un fraile, o de un Alabado cantado a coro. Y también cómo la música fue factor dominante en la evangelización de la América española.

Tal poder de penetración de la música solo puede aplicarse si aceptamos que la música era algo que llevaban dentro los indígenas, algo inmanente a su propio ser, y que apenas habían podido exteriorizar por falta de medios adecuados. Del mismo modo que de los indios surgieron primorosos artesanos cuando pudieron emplear herramientas para trabajar el cuero, la madera o el metal; del mismo modo que arraigó en ellos el sentido de la fiesta porque ellos mismos eran festivos, de la misma forma, cuando dispusieron de los instrumentos y de los nuevos sonos venidos de España, los nativos se revelaron como maestros de la música, capaces no solo

de asimilar lo que les llegaba de allende el mar, sino de recrearlo, de desarrollar su propia personalidad musical, como también harían con la literatura y el arte.

Desde aquellos romances cantados con nostalgia por los primeros colonizadores, origen cierto del grueso de la música popular americana, esta se expandiría por todo el continente, adoptando en cada región sus propias formas y variantes. Zoila Gómez<sup>22</sup> establece varios distritos musicales en Iberoamérica, distinguiendo el complejo del Huayno, que comprende el antiguo Imperio inca y se prolonga hacia el sur, y que se caracteriza por su fuerte componente indoamericano. El complejo de la Zamacueca incluye Argentina, Perú, Bolivia, y aquí aparece ya una sensible influencia hispánica, por el uso intensivo de la guitarra. El que se denomina complejo del Punto comprendería el espacio centroamericano y mexicano, donde se evidencia la fuerte influencia de la música hispana. Finalmente, el complejo de la Contradanza ternaria y el vals se extiende por todos los países y procede de las danzas de salón de los siglos XVIII y XIX, que tienen su origen en diversos países de Europa.

Para una mejor comprensión del panorama musical iberoamericano, hemos preferido hacer una división más bien física, por regiones geográficas o ecosistemas naturales. Comenzando por el área cuya influencia se dejaría sentir sobre un área muy extensa, pues se corresponde con el ámbito del virreinato mexicano. México impuso su propia identidad musical en el ámbito hispano, que conservó tras la independencia.

### México. El Corrido. El Son

El corrido mexicano es un género épico-lírico-narrativo, en cuartetos octosílabos, con forma musical, relatando hechos que afectan a la sensibilidad del pueblo. Su origen se encuentra en el romance español, por más que algunos autores hayan negado las afinidades y otros quieran ver más similitudes con el cante jondo andaluz. Lo cierto es que, aunque el corrido actual se haya hecho más complejo y enriquecido de instrumentación, una vez que se despoja de tales adornos, aparece de modo inequívoco la armazón del romance.

Esta es la conclusión a la que llega Vicente T. Mendoza<sup>23</sup>, autor de profundos estudios sobre el tema, en los que, examinando la estructura métrica del corrido, sostiene que «esencialmente, el ritmo del romance se apoya sobre cuatro acentos rítmicos principales que

le sirven de soporte... Es esta medida y esta acentuación rítmica las que me sirven de base para establecer el parentesco íntimo que existe entre el romance español y el corrido mexicano». Y en cuanto a la melodía también el romance es el precedente, pues «es esta manera de construcción melódica en forma de secuencias o progresiones melódicas la que aparece en multitud de casos en nuestros corridos». Con todo lo cual, concluye que «los romances tradicionales que perduran en México conservan la música primitiva con que fueron importados de España».

Para establecer tales asertos, Mendoza estudia minuciosamente diversos romances españoles, algunos muy populares en México, como *Don Gato*, *El Conde Arnaldos*, *Bernardo del Carpio*... Pero es el conocidísimo romance *Gerineldo*, originario de las regiones de Extremadura y Salamanca, el que le proporciona más luz sobre las analogías estructurales de romances y corridos:

Los cuatro incisos musicales de *Gerineldo* se apoyan en los ritmos característicos de los corridos mexicanos... Existe en España, y ha existido desde tiempo inmemorial, una forma de romance popular que, íntegramente, fue trasladada a América, y muy en particular a México. El romance de *Gerineldo*, con la música que se canta en Extremadura, es el que ha venido a darme la clave.

Los romances, como sabemos, respondían a la edad de oro de la época caballeresca peninsular, cuando la lucha contra la invasión sarracena produjo tantas gestas inspiradoras de romances. Estos pasaron a México, muchas veces adaptados a las circunstancias locales, como *Delgadina*, que se hace transcurrir en Morelos y que, como *La esposa infiel* o *El conejo*, todavía se canta en los ámbitos rurales. Poco a poco, el curso del tiempo fabricó sucesos que engrosarían el repertorio del corrido, como el famoso descarrilamiento del tren de Tamaulipas, que tanta impresión causó entre las gentes, y otros acontecimientos que conmovían a los ciudadanos, como crímenes notorios, historias de bandoleros y catástrofes. Pero también se cantaban coplas de amor, de almas despechadas, adulterios o relatos humorísticos y satíricos.

Los corridistas eran, en suma, verdaderos noticieros ambulantes, y se explica que su presencia en las plazas de los pueblos, narrando musicalmente los episodios, fuera recibida con expectación y ansiedad, ya que no había otro modo de conocer los sucesos. Los temas eran tan diversos que los corridos eran conocidos como coplas, tragedias, ejemplos, versos, relaciones y otros.

Figura especialmente acuñada en el corrido mexicano fue la del

*macho*, protagonista de esforzados lances, víctima de amores imposibles. Como complemento del corrido se empezaron a imprimir hojas sueltas, especie de diario muy solicitado y que fue llamado *literatura de cordel*.

Pero el destino guardaba a México otras efemérides, más épicas aún, y los compositores de corridos contaron para sus creaciones con luchas, batallas, héroes, sucesos, como cuatrocientos años antes los autores españoles tuvieron materia prima sobrada para sus romances. Fue la época del llamado México *heroico*, la de los Zapata y Villa, la de la revolución agraria, la de la toma de Zacatecas, el levantamiento de Madero, el asalto a Torreón, la ejecución de Benjamín Argumedo, hitos de enjundia para alimentar el corrido, que alcanza así en México su máxima expresión y su mayoría de edad.

La estructura del corrido, tras su larga andadura mexicana, se volvió más compleja que la de su antecesor, el romance. Este es de diseño más sobrio, limitándose al relato directo o al diálogo entre dos personajes. El corrido se diferencia de él porque se trata de una narración en primera o tercera persona, o en labios de un supuesto testigo presencial del suceso. Además, principia con un saludo y presentación del corridista, terminando con una despedida y, si acaso, una moraleja final.

El entorno musical del corrido también se hizo más surtido, entreverándose en él nuevos elementos. Recordemos que en los primeros tiempos cantábase el romance español sin aditamento musical, de corrido de principio a fin, constando en su forma más común de cuatro versos octosílabos. Luego se le agregó la vihuela, y así pasó a México, donde pronto la guitarra suplió a aquella. Poco a poco, los cantores añadieron estribillos, frases musicales, interludios que complicaban la sencilla composición primitiva. Y, además, el acompañamiento musical se armaba con nuevos instrumentos. Añadíanse el arpa, la bandurria, se incorporaban más músicas, llegando hasta el estadio final, el más internacionalmente conocido, el *mariachi* (voz heredada del esperpento que representó el francés Maximiliano, a quien las circunstancias hicieron por unos años emperador de México, hasta que terminó su tragicomedia ante un pelotón de fusilamiento; en su época se puso de moda contratar conjuntos para que cantaran en las bodas, llamadas *mariage* en idioma francés), donde conviven varios vocalistas e instrumentos, como violines, arpas, jaranas, guitarras y guitarrones, transformando el corrido de los principios en una composición rica, ciertamente barroca, sumamente mexicana, pero en cuyo trasfondo se encuentra siempre el sobrio, fiel y viejo romance español, con sus cuatro versos de ocho sílabas. Como sentencia el citado Mendoza:

El corrido, por la armonía implícita en sus cantos... tanto como por sus elementos externos e internos, es no solo descendiente directo del romance español, sino aquel mismo romance trasplantado y florecido en México, por lo que podemos asegurar sin temores que en definitiva es el romance mexicano.

A continuación, ilustremos el género con la transcripción de un fragmento del corrido *Los combates de Celaya*:

El día veintidós de abril  
los combates comenzaron  
en la ciudad de Celaya:  
los carranzistas triunfaron.

Corre, corre, maquinita,  
no me dejes ni un vagón,  
vámonos para Celaya  
a combatir a Obregón.

Obregón está en Celaya  
con toda su infantería  
y está Villa en Salamanca  
con toda su artillería.

Les decía Álvaro Obregón:  
—Ahora lo vamos a ver,  
hoy nos matan o los mato,  
o me quitan el poder.

El *son* y el *jarabe* guardan fuertes semejanzas, pudiendo decirse de ellos que son como dos ramas de un mismo tronco. Pertenecen al género musicalailable y poseen un común origen español. Ambos tuvieron que pasar la nada fácil prueba de su aprobación por las autoridades coloniales cuando nacieron hacia el siglo XVIII, como ha explicado Jas Reuter<sup>24</sup>, pues recelaban de unas piezas que se bailaban de manera sensual, con los danzantes efectuando acercamientos y rozamientos tachados de pecaminosos. El jarabe fue objeto de prohibiciones por esta causa, y en los sumarios de la Inquisición de 1776 figuraban abundantes referencias al son, cuya índole, no solo provocativa, sino muchas veces anticlerical, motivó repetidas denuncias. Ambos géneros lograron pasar la barrera de la censura, y de ser perseguidos llegaron a convertirse en símbolos del alma nacional mexicana. Y si el corrido se identifica claramente con

la Revolución mexicana, el son y el jarabe se hallan unidos a los sucesos de la Independencia, pues es en esa época cuando se difunden y arraigan entre la población.

El son es sin duda el género más importante de México. El canto se acompaña de un baile zapateado por parejas, en lo que se adivina su clara ascendencia española, pues deriva del folklore andaluz. Admite muchas variantes según el territorio, hasta el punto de que en cada zona, el son es adjetivado con su topónimo regional. Así, existe un son jarocho, del área de Veracruz, que toma su nombre de *jara*, una antigua y robusta flecha india. Un son huatesco llamado *huapango*, derivado del fandango andaluz. O un son jalisciense, conocido mundialmente como *mariachi*, y que estudiamos al hablar del corrido, pues, en última instancia, el son viene a ser un corrido bailable.

Ejemplos notables de esta música zapateada son la bamba y los boleros del compositor Agustín Lara. Y una modalidad de estos sones, la tapatía, está conceptualizada como el baile nacional de México.

El contenido de los sones es vario, sobresaliendo el temario amoroso y los referidos a animales, en los que al bailar se imita incluso su movimiento. Inherente al son es la inclusión de interjecciones, ayes y gritos por parte de sus ejecutantes, para animar la música y la danza y elevar el ambiente.

En cuanto al jarabe, es tan parecido al son que algunos niegan su diferencia. Nacieron de las tonadillas y boleros españoles, y se intercalaban en el siglo XVIII en el intermedio de los teatros musicales, incrustados como *sonecitos de la tierra*, para diferenciar su carácter local de las piezas puramente españolas. Tras la Independencia, el pueblo mexicano asoció a ella el jarabe, arrinconando su indudable origen español. Como ejemplo cabe señalar el conocido *Palmero sube a la palma*, cuya propiedad es reclamada por dos regiones mexicanas, con olvido de su inequívoca condición canaria.

En el examen de la música de México no puede faltar una referencia a la canción mexicana, acompañada de guitarra, girando casi siempre en torno al amor. Es una canción sentida, intimista, apasionada, cuyo máximo exponente es la *ranchera*, «hija del mariachi y las tabernas», nacida para sufrir y llorar amores imposibles. Ligada al charro, el jinete mexicano, personaje viril, fuerte, orgulloso, violento a veces, amador de mujeres, devoto profundo de la Virgen de Guadalupe, que canta sus amores o siente desgarrarse su alma cuando no es correspondido y vacía su alma con una ranchera.

El vasto espacio septentrional de México participó de la misma música que este, pero la *tierra de frontera* determinó caracteres propios. Aquí también entraron los romances españoles, que se transformaron en corridos y fueron llamados en Nuevo México *cuándos* e *inditas*. El término *balada*, como alternativo al de *romance*, fue muy frecuente, y en general distinguíase del romance español en su modo más melancólico, quizá debido a la nostalgia que sentían los primeros colonos.

Aún se cantan, en lo que es hoy el oeste de Estados Unidos, coplas y romances del siglo XVI. Aurelio Espinosa<sup>25</sup>, gran recopilador del romancero de esta tierra, de sus refranes, cuentos y cantares, ha podido confirmar el enorme reservorio de tradición hispana que supone el área del sur de Colorado y el norte de Nuevo México: «Los indios de los pueblos de Isleta, Santa Clara y San Juan conocen versiones de romances viejos, la mayoría religiosos, aprendidos de los franciscanos». El folklore hispano acabó por convertirse en folklore indio, y todavía entre los indios pueblo se conocen romances, como el popularísimo *Gerineldo*. Y la vena musical de los primeros tiempos colonizadores subsiste en las cofradías, como la de los Penitentes, que en Semana Santa entonan alabados y saetas transmitidos en la cadena de las generaciones.

No debe dejar de mencionarse en el patrimonio musical novomexicano a la *décima*, muy en boga en la época de los albores de la colonización. Se trata de una composición poética que se inicia con una copla introductoria de cuatro versos, más otros cuarenta versos, divididos en tramos de diez, separados por la copla inicial. La estructura inicial de la rima sufrió diversos cambios, hasta que Vicente Espinel imprimió la más difundida, conocida desde entonces como *décima espinela*.

La *décima* gozó de gran implantación en las tierras áridas de la frontera, y los misioneros la utilizaron en su contacto con los indios. Había familias *decimeras*, esto es, habituadas a componerlas, y podían versar sobre múltiples asuntos. Así, había *décimas a lo divino*, *a lo humano* o *de amor*, estas muy frecuentes. La *décima* permitía gran capacidad de improvisación al *decimista*, y era corriente al verso satírico, que debía ser contestado de inmediato por el interpelado, dando lugar al *contrapunto* o *desafío*, combate poético muy extendido en la América española. La *décima* acabó siendo desplazada por el corrido, pues, al fin y al cabo, aquella, con muy pocas modificaciones se convierte en corrido.

El paisaje de la tierra brava por excelencia de América, las planicies inacabables de la cuenca del Orinoco, las sabanas de Venezuela y de Colombia. En realidad, tres paisajes en uno, todos opuestos: el de la época de lluvias, cuando la llanura se encharca como un mar interior de agua dulce; el de la seca, cuando la superficie es un cuero sediento y los animales salvajes y las reses se apiñan en los últimos lodazales, y, en medio de ambos, el océano de hierbas que engorda al ganado.

Los hombres del Llano son los llaneros, centauros de la sabana, los que forjaron la independencia de la Gran Colombia. Los jinetes cerreros y nómadas novelados por Rómulo Gallegos en *Doña Bárbara* y también en *Cantaclaro*, donde se cuentan sus aficiones musicales. Porque en el Llano, desde que entraron los instrumentos de cuerda españoles, se extendió la música, alentada por los múltiples y continuos motivos de inspiración que ofrece el Llano: «Las cosas de la sabana tienen la cara delante. Tú te la quedas mirando y ella te las va diciendo», decía Cantaclaro.

La música llanera es el *zoropo*, que una vez más descansa en la fuente original del romance. Se trata de una larga composición poética en versos octosílabos, en la que los pares riman de modo asonante hasta el final y los impares se dejan libres. Los instrumentos de los trovadores llaneros son el arpa, el cuatro y las maracas. El arpa, en un principio y a falta de otros materiales, hacía-se con un tronco hueco, cuerdas de tripa de puercoespín y clavijas de cuerno de vaca, y así exhalaba ese sonido característico, recio y tosco, como la propia llanura. El cuatro era una variante de la guitarra, de cuatro cuerdas, y las maracas, de origen indígena, se llenaban con semillas de capacho.

Con tal elemental cortejo se fabricaban los zoropos, también llamados *golpes llaneros*, que han inundado de música el Llano desde hace varios siglos. Era tradición que, una vez al año, vendidas las vacas, se celebrara en los inmensos hatos del Llano una gran fiesta, en la que participaban el dueño del fundo y todos los vaqueros. Corría el vino y pronto salían los trovadores, improvisándose controversias musicales en las que se narraban los sucesos acaecidos ese año. Y más de una vez, este contrapunteo terminó trágicamente, pues al calor de la fiesta y el alcohol brotaban los rencores guardados por unos y otros, y brillaban los puñales.



Cuba es la *tierra caliente*, la gran plataforma española para las expediciones a tierra firme en la época de la conquista. Los nativos cubanos bailaban el *areito*, una música cadenciosa que podía prolongarse durante horas. No es extraño pues que el romance, también rítmico y acompasado, calara bien en la isla antilla, y su fruto pervive aún en coplas famosas como el *Son de la Ma Teodora*, de origen extremeño, y *Guantanamera*, en las cuales adivínase el rastro del romance.

Con el tiempo, el romance ibérico quedó recluido en el cancionero infantil, donde aún perdura, y la música cubana evolucionó hacia otras formas. Cuba se transformó en un área de *economía de plantación*, y en los cañaverales del azúcar nació la llamada *música guajira*, canciones de trabajo, cuando ya en la isla desembarcaban cuadrillas masivas de negros destinados a las plantaciones, y que se incorporaron de inmediato al panorama musical. La música guajira, con su deje triste y melancólico, se acompaña de instrumentos de cuerda, como la guitarra, y sus temas tomaron la inspiración de la carreta, el caballo, el duro trabajo en la zafra.

De ese campesinado cubano surgirían poetas-músicos que con sus coplas alcanzarían gran prestigio entre los peones. Cuba fue repoblada una y otra vez con nuevas oleadas colonizadoras, en especial de canarios, expertos en el cultivo y cosecha del azúcar. Ellos trajeron el *punto*, que modificaba en varios sentidos a la guajira, como puntear la guitarra en lugar de rasgarla, y sobre todo en el carácter humorístico de los temas. Los autores de décimas, en general en versos octosílabos, rivalizaban en componer las más ingeniosas, y se desataban verdaderos torneos poéticos, en los que el público dejaba libertad a los músicos o proponía un tema, la décima *de pie forzado*. Así nació el *contrapunto*, la controversia musical que tanto éxito alcanzó en el Caribe y en otras muchas partes de la América hispana, y en la que los improvisadores competían en agudeza.

Cuba, por sus aportes humanos tan diversos, en los que confluyeron tres continentes, creó otras formas musicales. Los negros, depositarios a su vez de su propio bagaje cultural, introdujeron ritmos que se fusionaron con los hispánicos, surgiendo así la alegre y sensual música caribeña: la del *son*, un género distinto al son mexicano, basado en la sonoridad de la cuerda de guitarra pulsada; la *rumba* (aún se cantan en Cuba las más antiguas, las llamadas *rumbas de tiempo España*); la *habanera*, que surge en el siglo XIX y guarda fuertes parecidos con el tango argentino; el *bolero*, narración musical larga y con un ritmo característico. El resultado es ese extraordinario sincretismo musical de Cuba, el país

donde la música forma parte de su propia esencia.

Centroamérica adoptó ese ritmo sensual y festero de las tierras cálidas y caribeñas, tierras del merengue, la salsa, la rumba, y supo también desarrollar su propia personalidad musical, casi siempre dentro de la órbita original española. Así, el *sique*, baile por antonomasia de Honduras, es tributario reconocido de la jota aragonesa. Panamá creó la *mejorana*, que es a un tiempo una canción, un instrumento y un baile. El instrumento es la mejorana propiamente dicha, con sus cuatro o cinco cuerdas, heredera de la guitarra española; el baile es un zapateo, y, en cuanto al canto, se acompaña de la citada mejorana o de otra pequeña guitarra llamada *socavón*, y admite muchos nombres y variantes, como el *mesano*, el *torrente gallino* y el *torrente zapatero*. La mejorana, como vástago musical de un país que debe su existencia a un canal, canta las vicisitudes de su creación: la semisoberanía americana sobre la zona, o su recuperación por Panamá.

### Música andina

Los Andes, además de ser la formación montañosa más extensa del planeta, presentan una peculiaridad ecológica excepcional. A lo largo de centenares de kilómetros se ramifica en dos cordilleras paralelas, y en medio queda un zócalo elevado a una altura media de entre tres y cuatro mil metros. Es el Altiplano, el ecosistema donde se fraguaron los acontecimientos más significativos de la antigüedad de América del Sur. Del seno oscuro del gran lago Titicaca, burbuja de agua colgada en la antiplanicie, dice la leyenda que surgió Manco Capac, y obedeciendo un mandato divino fundó el Cuzco, el *ombigo* del mundo, la capital del vasto Imperio inca, teocrático, autoritario, perfectamente organizado. Y al pie del Antiplano, en la ciudad de Cajamarca, se produjo también su caída a manos de Francisco Pizarro, en los treinta minutos más decisivos de la historia de Sudamérica.

Ya hemos visto cómo los instrumentos andinos son la *quena* y el *sicu*, y cómo el *harawi* se identificaba con el alma inca, más bien triste y taciturna. La música andina carecía de armonía, pues, al no existir instrumentos de cuerda, apenas era posible combinar las músicas. La música española incorporó a estas nuevas riquezas, así como la mayor variedad de tonos, ausente en las composiciones primitivas.

Se explica, pues, que un pueblo amante de la música como era el andino asimilara con rapidez y plenitud las innovaciones españolas.

Se produjo sobre todo una gran amalgama de instrumentos nativos e hispánicos, y la música y la danza fueron vehículos de evangelización y aculturación. Muchos textos musicales fueron traducidos al idioma indígena y, gracias a ese mestizaje, logró implantarse plenamente la cultura material y religiosa de los colonizadores. Estos, a lo largo de los tres siglos de presencia, no dejaron de importar los ritmos y las modas musicales españolas y europeas, que, al mezclarse con las autóctonas, hicieron surgir un fuerte mestizaje musical. Se afirma por ejemplo que las famosas *Diabladas* de Oruro tienen su origen en el catalán *Vals dels diables*, y resulta difícil discernir en ellas el ingrediente indígena español.

A día de hoy, el panorama musical del área andina es sumamente complejo. El *huayno*, que se extiende por Perú, Bolivia y Ecuador, posee importancia bastante como para definir toda un área musical, el llamado complejo del Huayno, al decir de Zoila Gómez<sup>26</sup>. Región musical que incluiría al ya citado yaraví, en el que quiere adivinarse la nostalgia indígena por el imperio perdido; el propiamente dicho *huayno*, baile que abarca Bolivia y Perú. La *bayuela* y la *vidala*, melodías tristes que se deslizan hacia la Argentina, o el más festivo *carnavalito*.

El complejo de la Zamacueca comprendería géneros bailables, como la propia *zamacueca*, ágil y airoso; la *cueca* boliviana, conceptuada como la danza nacional de Bolivia; la *marinera*, un ritmo alegre. Báilanse los tres por parejas sueltas que hacen ondular con donaire un pañuelo. En el llamado *bailecito*, canto del Altiplano, se aprecia claramente el mestizaje en la instrumentación, compuesta por quena, charangos y guitarra.

En el horizonte musical andino debemos mencionar a los decimistas peruanos. Como vimos antes, arranca la décima, en su forma más ortodoxa y definitiva, de la estructura que le otorgó Vicente Espinel, la *espinela*, refrendada por su aparición en la segunda parte del *Quijote*. La época de máximo esplendor de los decimistas peruanos fue el siglo XVIII, con la rebelión del indígena Condorcanqui, rebautizado como Túpac Amaru II, y que obligó a las autoridades españolas a movilizar doscientos mil soldados para sofocar la revuelta. Fue una época turbulenta, precursora de la independencia, y, junto con la contienda militar, se desarrolló la «guerra de los pasquines», cuando partidarios de uno y otro bando colocaban en tapias y fachadas sus críticas e improperios, disfrazados en décimas. Muchas de estas décimas fueron incorporadas a los yaravíes, y los últimos decimistas peruanos son negros instalados en la franja costera que mira al Pacífico.

Y al otro lado de la muralla andina, al pie de esos Andes que aún están viviendo la etapa de su levantamiento geológico, se abren

otros inmensos rellanos de América: la Pampa y la Patagonia. Planicies ilimitadas, despobladas, donde habita el gaucho, el tipo humano forjado a impulsos de la fabulosa vocación ganadera de ese suelo ubérrimo.

El canto del gaucho es la *vidala*, entonado en varias voces, bajo los acordes de la guitarra y el golpe del tamboril. Es el canto de la libertad, pero también de la soledad, la que imponen esos horizontes desarbolados. En Argentina se baila el popular *gato*, en cuya ejecución participan dos danzantes, que zapatean e imitan la persecución de la perdiz por el gato.

Y Argentina es sobre todo la tierra del tango, ese «pensamiento triste que se baila». De tan incierto origen, aunque son intensas sus semejanzas con la habanera. Dícese del tango que es como la encarnación musical de los habitantes de Buenos Aires, la capital de la cuenca del Plata, el destino aluvial de tantas gentes venidas de los más remotos países. Gentes que confluyeron, como todas las aguas del Plata, en los confines de América del Sur, que se alojaron en el gigantesco Buenos Aires e inventaron el tango para aliviar sus añoranzas, para desahogar su nostalgia por las patrias perdidas y sentirse menos solos en la ciudad inmensa del país inmenso.

### El Villancico

Al tiempo que el romance se abría paso en la Península en los siglos XV y XVI, otro género popular, el villancico, alcanzaba igual éxito en los ámbitos rurales, los que acogían entonces a la mayor parte de la población española. El propio origen del término (de *villano*, esto es, «popular» en el sentido campestre) delata esta procedencia rústica del villancico, con el que las gentes daban rienda a su inspiración poética.

La estructura del villancico es semejante a la del romance, constando de unas coplas y un estribillo que se va repitiendo. En los orígenes versaron sobre las costumbres campesinas, pero paulatinamente fueron derivando hacia lo religioso e instalándose con preferencia en la Navidad, cantando los sucesos que rodearon al nacimiento de Jesús.

El villancico pasó a América con el romance, y como todo lo relativo a la religión se difundió con rapidez, pues los frailes vieron en él un instrumento más de evangelización, sencillo y fácilmente asimilable por los nativos. En ambos virreinos de México y Perú se implantó de tal modo que ha llegado hasta nuestros días apenas indemne, hasta el punto de que muchos villancicos utilizan palabras

castellanas del siglo XVI totalmente obsoletas en el español de hoy.

Los villancicos fueron cantados en un principio en las iglesias de América, intercalados en la misa, pero pronto salieron de ellas y tomaron su propio derrotero. Consistió en acompañar las efemérides de la Navidad y aun las de muchos santos locales, rebasando el ámbito estrictamente navideño y enraizando de modo perdurable en el cancionero infantil. Andando el tiempo, daría origen a nuevas formas musicales, tanto religiosas como profanas. La jácara, por ejemplo, que descende del villancico, se ocupó primero de glosar los hechos de los santos, y luego se dedicó a héroes populares. Y la valona se deslizó de modo paralelo hacia los temas más sentimentales. Según afirma Weckmann<sup>27</sup>, tanto la jácara como la valona, que eran cantadas en atrios y plazas, dieron origen a la canción mexicana.

### El cancionero infantil

El cancionero infantil tuvo en América una importancia en verdad relevante. Primero, porque, como vimos en su momento, los niños sirvieron a los frailes, a través de la música, como correa de transmisión de la fe católica, influyendo por medio de ellos en sus familias y en sus poblados. Segundo, porque en las canciones infantiles se refugiaron definitivamente muchos de los romances en boga en los siglos XVI y XVII.

Las canciones infantiles que pasaron a América tienen diversas procedencias peninsulares, como Asturias y Extremadura. Y algunos estudiosos han querido ver en las *muñeiras* gallegas el antecedente directo de muchas de aquellas. El villancico es otra fuente de la copla infantil, pues el conocido *aguinaldo*, con el que hoy los niños piden en Navidad una propina, exhibiendo una rama de pino, tiene su origen en él.

Jas Reuter<sup>28</sup> ha dividido la canción infantil en cuatro grupos:

1. El *arrullo* y cantos de nana.
2. Canciones que se juegan.
3. Canciones infantiles líricas, como la conocida «Estaba la rana cantando debajo del agua. / Cuando la rana se puso a cantar, / vino el ratón y la hizo callar».
4. Canciones infantiles derivadas de canciones de adultos. En este último grupo es donde el romance encontró su asilo final, y en estas canciones, que aún se corean por los niños de Iberoamérica, rastreamos las antiguas letras, las palabras del

idioma español arcaico: *El señor don Gato, Delgadina, Dónde vas Alfonso XII, Mambrú se fue a la guerra...*

## La zarzuela

La *zarzuela*, llamada así por las fiestas de corte que se daban en el Real Sitio de la Zarzuela, nació en el siglo XVII, como género equidistante entre la grave ópera y la popular tonadilla. Calderón le auguró un futuro prometedor, pero el distanciamiento que se abrió en el siglo XVIII entre los salones cortesanos y el pueblo dejó a la zarzuela sin acomodo, y se inició un declive que solo terminaría en el siglo XIX, cuando vuelve al primer plano de los gustos del público.

En América acaeció un proceso similar, pues la zarzuela entró con fuerza y se representaban abundantes piezas, para languidecer poco después. Y solo fue Cuba la que rescató el género a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero esta vez incorporando al modelo original español elementos de su propia cosecha. Y así, junto con la estructura clásica de la zarzuela española y el contenido costumbrístico, Cuba ha añadido músicas, cantos, bailes e instrumentos que reflejan el mestizaje profundo de ese país, esa combinación de ingredientes españoles, criollos y africanos que impregna toda la escena musical cubana.

## Música de ida y vuelta

Hemos visto en las páginas precedentes cómo ese río de la música española, en aportes sucesivos desaguó en América todo su rico caudal: el romance, la música eclesiástica, la zarzuela..., y esos aportes se fundieron en el ubérrimo estuario con otra gran corriente, la música y la danza prehispánicas. Posteriormente, nuevos recursos musicales confluyeron desde otras partes, y el resultado final fue un conglomerado musical rico, mestizo, diverso, destacable de modo directo en espectáculos como las *Danzas de la Conquista*, interpretadas por los conjuntos llamados *concheros*. Cada doce de diciembre, los concheros presentan en el mexicano cerro de Tepeyac su homenaje musical a la Virgen de Guadalupe, y en él, como en ninguna otra muestra, se hace patente esa fusión de ingredientes de tantos orígenes.

Ese mestizaje musical, como tantas otras aportaciones de la

cultura española, no fue de una sola dirección. Desde muy temprano, América ya estaba enviando a España sus creaciones musicales, como la *zarabanda*, cuya presencia, desconocida en España, sorprendió a autores como Cervantes y Lope de Vega. Con ellas, en la ceñuda y severa España estaba penetrando la América copiosa, exuberante, sensual. Venía con tal fuerza que incluso se coló en las iglesias, y bajo el reinado de Felipe II hubieron de prohibirse tales excesos. Pero nadie pudo detener esa arroyada, y la música de América irrumpiría de lleno en el panorama español y, a través de él, en el europeo: la *chacona*, la *pavana* y, más adelante, la *guajira*, la *habanera*, el *tango*, la *rumba*..., el poderoso e inagotable manantial de la música iberoamericana que, como la literatura, al emanciparse hizo brillar al orbe hispano con renovados esplendores.



*El español, en continuo auge, se ha erigido en uno de los tres idiomas más hablados del mundo.*



# EL IDIOMA ESPAÑOL

## La génesis del español

En la península ibérica se hablaban diversas lenguas de origen iberocéltico, las cuales, con la excepción del vascuence, recibieron con el tiempo aportaciones diversas, procedentes de pueblos exteriores que entraron en contacto con los peninsulares, como los fenicios, los griegos, los romanos, los visigodos y los árabes.

Cuando los romanos penetran en la península ibérica hacia el año 206 a. C., imponen el uso del latín para la comunicación oficial con la metrópoli. Las clases hispanas cultas lo aprenden porque el latín es entonces la lengua de prestigio, y el camino necesario para escalar puestos en la burocracia imperial. Pero, además, se dio la circunstancia de que el habla popular romana era altamente parecida al habla popular hispana, por lo que el latín llegó también a las clases sencillas de la Hispania. Pero un latín modificado, porque, para solucionar los conflictos entre la lengua original española y la latina, se estableció una suerte de vocabulario de compromiso entre una y otra, una lengua romanizada que en parte es autóctona hispana y en parte romana, que es la que encuentran los visigodos a su llegada, y que constituye el antecedente del español. Los visigodos descubrieron muchas afinidades entre su idioma y el dialecto hispánico romanizado, porque ambos poseían abundantes vocablos de raíz celta.

La caída del Imperio romano supuso la dispersión del latín, que va a saltar en fragmentos, quedando como tronco común de las lenguas románicas que se forman a partir de entonces. La ocupación visigoda da lugar a la creación de formas dialectales propias en las diversas regiones geográficas españolas. Algunas de ellas acabarán desvaneciéndose, otras quedan ancladas en comarcas concretas, como expresión ulterior de su personalidad. Pero uno de esos dialectos está llamado a desbordar sus estrechos límites, para convertirse en idioma universal. Es el castellano.

Pronto el castellano se separa de los otros dialectos, por su sonido y por su difusión. Como explica Rafael Cano<sup>29</sup>, dice *muger* en lugar de *muller* y *noche* por *noite* o *nit*, y es en los primeros tiempos

de su génesis cuando más radicalmente se aparta de ellos, cuando más innovaciones produce. Luego refrena sus diferencias, pero es entonces cuando adquiere su mayor proyección.

La circunstancia que hace posible esta expansión es la Reconquista. Castilla fue la única región que mantuvo de una forma sostenida la lucha contra el invasor árabe. Una tras otra, a su impulso iban recuperándose las tierras ocupadas, y a continuación se imponía la castellanización del territorio, con el idioma y la religión como arietes de la nueva civilización. El dialecto castellano resultó el más al alcance de unos y otros para entenderse entre sí. Los judíos lo utilizaron como seña de identidad común, al vivir diseminados en regiones dispersas. Cuando sean expulsados de España, seguirán usándolo por la misma razón, y lo conservarán en su prístino estado hasta nuestros días. Los vascos, a cuyo particular idioma no había llegado la romanización de modo explícito, también aprendieron el castellano, con el fin de poder comunicarse con la mayoría de los pueblos peninsulares.

El castellano que va a servir de factor de nexo entre todos procede de Castilla la Vieja, en concreto de la zona del Alto Ebro, donde confluyen los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Este idioma común no va a superponerse sin más a los otros dialectos, sino que incorpora numerosos elementos de ellos, hasta el punto de que algunos han visto en el castellano una *koiné*, o lengua de intercambio. Sin llegar a ello, sí es cierto que el castellano, a la par que iba desplazando a los dialectos hablados por las gentes de otras regiones que acompañaban a los castellanos de la Reconquista, asimilaba modos y palabras de ellos. Es claro al efecto el caso de Andalucía, donde el sustrato árabe dejó un legado importantísimo en el léxico, buena parte del cual pasó a ese castellano en tránsito hacia el español. Un idioma cuya forma más cultivada de la época pasaba por ser la de Toledo, correspondiendo a Burgos la versión más innovadora.

El primer gran documento literario escrito en español es el *Cantar de Mio Cid*, magna obra escrita en el siglo XII. En 1492, Nebrija alumbró su *Gramática de la Lengua Castellana*, con intención de fijar las bases y reglas del idioma. Ya entonces, el español había adquirido esos caracteres de sonoridad y precisión por los que sería conocido. El momento para la edición de la *Gramática* era por demás oportuno, pues los Reyes Católicos acababan de labrar la unidad de los principales reinos españoles, sentando los cimientos del Estado español, y el idioma de esta nación estaba, pues, listo para recibir la mayor expansión territorial y demográfica de una lengua románica. Adelantemos que este idioma presentaba una construcción y unos vocablos que el tiempo ha ido modificando.

Pero, para fortuna de historiadores y lingüistas, es posible aún encontrar vestigios vivos del español del siglo XVI a uno y a otro lado del Atlántico.

Antes de entrar en esta cuestión, es menester detenerse un instante en la Sevilla de finales del siglo XV, una ciudad que, liberada de la ocupación mora el año 1258, irradiaba todo el dinamismo de que era capaz la sociedad española de la época. Sevilla era entonces el crisol donde se fusionaban todas las energías de España. Había mercaderes judíos, terratenientes andaluces, aventureros castellanos, navegantes de muchos orígenes, soldados, pícaros, ocasioneros... Cristianos, moros y judíos se fundían en una ciudad que había acumulado gruesos capitales, que iban a ser invertidos en la gran empresa que estaba a punto de gestarse, la mayor de los siglos venideros, y para la que sobraban dinamismo y pujanza en esa comarca sevillana que ya se asomaba a la Edad Moderna.

Pero lo que ahora nos interesa es el modo de hablar de Sevilla. Siglos de dominación árabe habían dejado una impronta especialísima en el lenguaje. No era solo que una interminable ristra de palabras de sonido árabe se habían incorporado al español. Lo particular, lo trascendente a los efectos de nuestro estudio, era el acento singular de las gentes de Sevilla y su comarca. Esa confusión entre la *s* y la *c*; la *j* pronunciada como una *h* aspirada; la tendencia a la pérdida o relajación de consonantes.

Esas y otras notas componían el acento andaluz, de incuestionable herencia árabe, haciendo de Andalucía una región de habla peculiar, que en las mujeres sonaba sumamente atractivo, al decir de los viajeros de la época.

Contingentes andaluces fueron quienes nutrieron los primeros embarques de América, hecho que revistió decisivas consecuencias en muchos aspectos de la futura civilización americana, incluido el habla. Unos años antes, esas mismas gentes habían tomado parte activa en la conquista del archipiélago de Canarias, lo cual sirvió como base de experimentación de fórmulas que luego se aplicarían en la conquista del Nuevo Mundo. Señalemos, por ahora, que el modo de hablar andaluz de estas huestes influyó sobre el habla canaria, pero no exclusivamente, pues, como cualquier visitante de las islas puede comprobar, la variedad canaria presenta perfiles propios, más parecidos a ciertas regiones de América que a la propia Andalucía.

El núcleo andaluz de los iniciales colonizadores pasó pues a América, asentándose primeramente en las Antillas. Con esa base, merced al genio conquistador de los adelantados extremeños, se internaron en la tierra firme, y desde México hasta la Tierra del

Fuego se instaló el idioma español en el continente americano, ejerciendo desde entonces como vehículo fundamental de unidad de la América hispana y posthispana. Puesto que estos pioneros eran esencialmente andaluces, el habla andaluza, con sus rasgos, determinó de modo general la médula de los dialectos americanos, y puede considerarse a Sevilla como epicentro de todas las variantes habladas de ese continente.

En aquellos tiempos, el español era llamado castellano, y los propios indios hicieron esfuerzos por aprenderlo, como otrora habían hecho los nativos peninsulares con el latín, pues el castellano era la lengua de los dominadores, el idioma de peso, el vehículo imprescindible para prosperar («hablar pura Castilla», en cita recogida por Manuel Alvar). Castilla y lo castellano representaban, a los ojos indígenas, todo el universo, el reino invencible que se extendía allende el reducido círculo de su tribu o su comarca.

### El español de América

Resulta evidente que el sonido del habla hispanoamericana es distinto al de los españoles peninsulares, y también es palmario que el español suena diferente según la región americana de que se trate. Para explicar las causas de tales diferencias, se ha recurrido básicamente a dos teorías: la del andalucismo y la del sustrato indígena.

Fontanella de Weinberg<sup>30</sup> ha documentado las razones de ambas posturas, señalando que la tesis del sustrato es generalmente apoyada por los neófitos que se acercan al tema por vez primera. Según ellos, los dialectos hispanos responderían en cada zona a la influencia del lenguaje indígena respectivo. Así, Lenz sostenía que el modo de hablar de los chilenos es un español con sonidos araucanos, trayendo a colación el empleo sibilante de la *r* y del grupo *tr*. De la misma opinión es Amado Alonso, para quien el seseo-confusión de los sonidos *s* y *c-zv*, característico de América, es un rasgo que ya estaba presente en las lenguas prehispánicas, mientras que otra nota de la región, el yeísmo, no es exclusivamente americana, sino compartida con otras zonas peninsulares.

Defensor de la teoría del sustrato indígena es también Henríquez Ureña, cuya postura se basa en la gran cantidad de españoles no andaluces, y por tanto no seseantes, que pasaron a América, por lo que los lenguajes náhuatl, maya, quechua, araucano y guaraní

debieron confluír con la aportación española, influyéndola.

Para Fontanella, la tesis del sustrato indígena se encuentra empero totalmente desacreditada. La teoría andalucista, a partir de su formulación por Max Wagner en 1920, que desató amplia polémica, habría ganado terreno a costa de cualquier postura. Según Wagner, la población andaluza, incluso extremeña, que se descolgó sobre América en los primeros tiempos, habría tenido fuerza bastante como para trasladar sus propios rasgos dialectales, como el seseo, el voseo y el yeísmo. De la misma opinión fueron Lapesa y Menéndez Pidal, que recalcan el intenso origen andaluz de los primeros pobladores. Boyd Bowman confirmó la tesis definitivamente, al igual que Diego Catalán, quien destaca la extensión del ceceo andaluz a través del paso Canarias-Antillas-continente, señalando además que, tras el inicial aporte popular andaluz, se produce la llegada de burócratas y letrados de Madrid, de formación más culta, que tamizarían y limarían los rasgos más exagerados del primitivo acento.

Así pues, concluye esta posición en el ascendiente básicamente andaluz del habla hispanoamericana, explicando las diferencias dialectales en circunstancias como la entrada de inmigrantes de otras regiones peninsulares, pero nunca por el contacto del español con las lenguas prehispánicas.

### El *factor ecológico* en el lenguaje

Ahora bien, a nuestro modo de ver, el tema requiere una ulterior profundización, a la luz de un factor que apenas se ha tenido en cuenta al estudiar el lenguaje americano: la influencia que pudo ejercer la propia naturaleza del territorio, los que pueden denominarse *factores ecológicos*.

En efecto, al arribo de la primera generación de pobladores oriundos de la Península y Canarias, hubo en América dos niveles de habitantes: los españoles, mayoritariamente usuarios del habla andaluza, y los indígenas, titulares de sus propias lenguas. Durante esta primera generación, qué duda cabe de que cada grupo conservaría sus acentos: los españoles, el suyo andaluz, y los indios, el del propio idioma, incluso aunque pudieran haber aprendido el de los ocupantes.

Pero, a partir de la segunda y las siguientes generaciones, surge una circunstancia nueva, que va a alterar sensiblemente el estado de cosas. Los españoles se mezclan con las indias, alumbrando una raza distinta, que por mestiza participa obligadamente de ambas.

Las parejas de los primeros pobladores españoles tienen descendencia, y sus vástagos no han nacido en España, sino en América, una tierra con una fuerza poderosísima, que imprime un sello especial a todos los seres vivos, animales o vegetales, que crecen en ella. Quienes recorrieron aquellos territorios se admiraban de la vegetación exuberante del bosque tropical, y, cuando sembraban, era prodigiosa la velocidad de crecimiento de las plantas, que doblaba a la de la Península. Se recogían rábanos «grandes como brazos», y, de igual modo, la fauna del continente americano es deslumbradora, en particular en el reino de las aves, que exhiben unos plumajes y unos colores desconocidos en Europa. La espectacularidad de especies, como el quetzal, el papagayo o el colibrí, no tiene parangón en el Viejo Continente. El rey zopilote, carroñero del chaco, ostenta una gama de colores muy superior a su equivalente peninsular, el buitre leonado, inquilino de las cárcavas y cortados peninsulares.

Si la naturaleza americana se presenta así de dadivosa con las especies animales y vegetales, ¿por qué no había de imprimir tal carácter con las personas? Observadores de la época comentaron que, ya desde la primera generación, los descendientes españoles que nacían en América, los primitivos criollos, eran más grandes, más vistosos. Del mismo modo que el gallo criollo, siendo la misma especie, ofrecía una policromía muy superior a la de sus sobrios ancestros peninsulares, el criollo humano también se diferenciaba de sus padres, como todo en la desbordante naturaleza americana. Existe, pues, el factor ecológico, con fuerza bastante como para influir sobre el aspecto físico de todos los seres vivos, incluido el hombre, con todas sus manifestaciones fisiológicas, de las que el lenguaje es simplemente una más. Pero antes de examinar este punto, es preciso volver a ese eslabón entre España y América que fueron las islas Canarias, puente geográfico y cultural en la ruta de América.

Pocos años antes del descubrimiento de América se había conquistado el archipiélago para la Corona española, e inmediatamente se procedió a su asimilación cultural, mediante el asentamiento de peninsulares. Castellanos y andaluces engrosaron esta colonización y acudieron pertrechados de sus costumbres, su filosofía vital y sus respectivos acentos. Pero en Canarias, a diferencia de América, el mestizaje no fue significativo, y por tanto no existirían razones para que los canarios hablaran con una entonación distinta a la andaluza o a la castellana. Y, sin embargo, fácil es comprobar que el acento canario difiere tanto del andaluz como del castellano. El canario es un habla más abierta, más arrastrada, con un sonido que no podemos hallar en la península

ibérica. Para descubrir algo parecido hemos de atravesar el Atlántico y situarnos en el Caribe. Ahí es donde localizamos de nuevo la tesitura amplia, el tono abierto, melodioso y chispeante de las gentes de Canarias. ¿Cómo puede explicarse tal cosa? ¿Por qué la inmigración andaluza o castellana no lo fueron *in toto*, incluyendo el deje andaluz o el sonido duro castellano? ¿Por qué, algunos decenios después de la llegada de los inmigrantes a Canarias, sus descendientes ya hablaban de forma distinta a la de sus abuelos peninsulares?

Puesto que no existe causalidad posible por parte de un sustrato indígena que fue irrelevante a estos efectos, la explicación hay que buscarla de nuevo en la naturaleza de las islas Canarias. Su latitud y la influencia de los húmedos vientos alisios determinan un clima particular, claramente distinto al de cualquier parte de la Península. Un clima suave que permite el crecimiento de una vegetación subtropical e incluso, en ciertas áreas como los bosques de lauráceas, el desarrollo de una vegetación con exuberancia pareja a la de la selva tropical. Canarias es, en lo botánico, un área singular, muy diferente a la europea, englobada desde el punto de vista biogeográfico en la llamada región macaronésica, y donde la flora ofrece manifestaciones excelsas. En definitiva, el clima ambiental de Canarias es muy *americano*, más propiamente *caribeño*, y esto nos va a proporcionar las claves para responder las preguntas anteriores.

En efecto, del mismo modo que la tierra americana habría influido sobre los propios rasgos fisonómicos de los criollos (también entre los canarios son perceptibles cambios semejantes), la tierra, americana o canaria, sería parcialmente causante del habla, entendida como una parte más de la configuración física, además de cultural, de una persona. El *factor ecológico* impondría sus condiciones, y en Canarias, de clima suave, húmedo y hasta sensual, llevaría a un deje abierto y característico. El mismo que encontramos en la contra orilla atlántica, en las Antillas, donde las condiciones ambientales son semejantes, y donde tampoco el acento es exactamente andaluz, pese a la masiva llegada de andaluces en las primeras hornadas, sino más aproximado al canario.

Esta confluencia de acentos entre Canarias y Antillas obedecería en última instancia a la aplicación al hombre de una ley ecológica, según la cual, a climas semejantes corresponden ecosistemas similares. Es curioso constatar, por ejemplo, que los nacionales de Venezuela, un país que recibió una intensa inmigración de canarios, mantengan el acento más aproximado que se conoce al habla Canaria, incluido el particular curso de la *ch*, idéntico en ambas áreas. Pero esto solo se produce en las regiones venezolanas de clima caribeño, no en las otras, donde ya el habla suena de distinta

manera, a pesar de que también fueran canarios sus colonizadores.

En definitiva, lo que se trata de subrayar es que, por encima del origen andaluz o castellano de la inmigración a América, el factor ecológico tuvo que influir necesariamente en el modo final de hablar. Influyó en los andaluces y castellanos que fueron a Canarias, e influyó en los andaluces que fueron a América. En las Antillas y las Canarias se forjaron hablas paralelas, debido a las confluencias ambientales. Y ello explicaría, al menos parcialmente, las diferencias dialectales de las distintas regiones americanas. El habla de las tierras llanas en cualquier lugar del mundo es más abierta que el habla de los montañeses, y por eso, por encima de la nacionalidad de los inmigrantes, no sería posible a largo plazo que los habitantes del Perú andino hablaran con el mismo sonido que los de las tierras calientes antillanas.

### El sustrato indígena

Establecido, pues, que el origen andaluz debió ser elemento concausal del habla americana, junto con las circunstancias ecológicas que modificarían el acento de aquellos colonizadores, detengámonos un momento en otro de los factores presentes, fuertemente debatido y modernamente rechazado, la posible influencia del llamado *sustrato indígena*, sobre los dialectos hispanos.

Para adentrarnos en el tema, acudamos a otro territorio también colonizado por España, pero muy lejano del continente americano en todos los sentidos, como es Guinea Ecuatorial. Allí no hubo mestizaje, y, cientos de años después de ocupación española, en esa república africana conviven dos razas, la española y la guineana. Ambas hablan español, pero hay sensibles diferencias en el acento. Mientras el de los españoles es un idioma perfectamente castellano, el de los guineanos es un castellano fuertemente influido por el idioma autóctono, mayoritariamente el fang. Aquí, por tanto, el sustrato ha sido determinante en el modo de hablar el castellano empleado por la población.

El caso guineano nos va a servir para arrojar luz sobre el americano. A la llegada de los primeros pobladores, habría una población española hispanoparlante y una indígena que hablaría su propia lengua, el aymara, el quechua, el guaraní o cualquier otra.

En una segunda fase, se producirían dos hechos: los indios aprenderían a hablar el castellano, y lo manejarían con un acento influido por su lengua originaria, del mismo modo que los nativos



de Guinea con la suya. El hecho segundo es que el déficit de mujeres españolas impondría los cruzamientos entre españoles e indias. De estos nacerían vástagos, partícipes de ambas sangres y razas, esto es, mestizos.

¿Qué idioma hablarían estos hijos mestizos? Indudablemente, el castellano, que era el idioma de la clase dominante, el que posibilitaba escalar posiciones en la clase social. Recibirían aprendizaje en las escuelas y conventos de parte de maestros y sacerdotes españoles, pero también escucharían hablar castellano en sus propias casas, de modo preponderante de la madre, la más próxima a los hijos. Ese castellano no sería el ortodoxo de Madrid o Toledo, sino el pronunciado con el ascendiente indígena, como el de los oriundos de la Guinea de hoy. Y, forzosamente, ese modo mestizo de hablar se trasladaría a los pequeños en mayor o menor grado, pero en todo caso en algún grado.

Y de esta forma, tendríamos conformado el panorama lingüístico general de los reinos americanos: habría españoles venidos en sucesivas oleadas de la Península, destinados a los puestos burocráticos en Indias, quienes hablarían el español culto y cortesano de Madrid; blancos criollos, nacidos en América, influidos en su habla por factores ecológicos, según el territorio donde vivieran; mestizos cuyo castellano aparecería influido con intensidad variable por los dialectos autóctonos, y, finalmente, indios puros, que hablarían, además de su propio idioma, un castellano con fuerte acento procedente de su lengua de sustrato.

### Variantes del español

Entre el español que se habla en Castilla y el de la América hispana existen diferencias de dos tipos: las dialectales y las del léxico o vocabulario empleado. Las primeras admiten múltiples variantes, explicables por la inmensidad del territorio cubierto por el idioma español, pero hay algunos rasgos que son comunes a todos los países y regiones hispanohablantes.

La nota distintiva más común del español de América es todo lo concerniente a la letra *s*. En un plano destacado, el seseo o confusión en la acción de pronunciar la *c* (con sonido *z*) como *s*. Aquí encontramos nítidamente el legado andaluz de las primeras levadas colonizadoras. Y aunque también arribaron muchos castellanos no seseantes, se impuso la costumbre, no solo por el superior aporte andaluz, y también canario, sino por la mayor facilidad que implica el seseo. La *s* es una sibilante palatal, y la *z*,

una sibilante dental, y resulta más simple reconducir ambas a una sola forma.

Así, los hispanos de América dicen *haser* por *hacer*, uso que afecta a todas las clases, ya sean populares o cultas. Con la particularidad de que la pronunciación de la *s* es predorsal, empleándose la parte anterior del dorso de la lengua, como en Andalucía, a diferencia del modo castellano, que hace intervenir al ápice de la lengua, o modo apical.

El seseo o pronunciación de la *s* como *c* puede tener la variante inversa, el ceceo, que es la pronunciación de la *s* como *c*, tal como se hace en algunas comarcas andaluzas, concretamente en las onubenses, en algunos de cuyos pueblos se dice *zomos* por *somos* y *zeñora* por *señora*. El ceceo resulta menos refinado al oído que el seseo, modo este último que incluso aligera y suaviza el sonido del español, considerado excesivamente duro por los hispanos, precisamente por el empleo fricativo, el ortodoxo, de la *s*, la *z* o la *j*. Pero el ceceo podría perfectamente haberse extendido por el orbe hispano, dada la índole ceceante de la mayor parte de los andaluces que fueron a América, muchos de ellos oriundos del entorno de las marismas del Guadalquivir, donde abunda el ceceo. Y si no lo hizo, según el parecer de los tratadistas, es porque el ceceo fue refrenado por los pobladores castellanos, que paliaron la confusión de la *s*, dejándola reducida finalmente al seseo.

La *s* no termina aquí su condición de factor dialéctico diferencial de América, pues en este continente se observa también su pérdida frecuente en las terminaciones. Así, *Jesú* por *Jesús*, o *vámono* por *vámonos*. O, más precisamente, añadiendo al final una suerte de *h* aspirada y casi imperceptible, como *cruh* por *cruz*, o *treh* por *tres*. Modalidad en la que, sin género de dudas, encontramos incólume el habla de los colonizadores andaluces. Como igualmente la hallamos en la frecuente aspiración de la *s* (*ehto* por *esto*, *cohta* por *costa*). Otras veces, cuando la *s* cierra sílaba, se hace implosiva, esto es, se retrae, como en *moca* por *mosca*.

Otro rasgo diferenciador del español de las respectivas riberas del océano es el llamado *yeísmo* o pronunciación indistinta de la *y* y la *ll*, reconducida esta a la primera. Así, se diría *cabayo*, y no *caballo*.

Pero el yeísmo no es, en modo alguno, un elemento distintivo de ambos españoles, tan remarcado como el irregular empleo de la *s*, este sí generalizable para toda América. Porque el yeísmo, sobre ser de uso creciente en España, no es de uso en algunas regiones americanas, como Paraguay y ciertas áreas andinas, que conservan la distinción. En realidad, la confusión entre *ll* e *y* gana terreno rápidamente en España y América. Primeramente, fueron yeístas los

andaluces; más tarde, los castellanos y la mayor parte del territorio americano, y la tendencia futura apunta claramente en el mismo sentido.

Por otra parte, en las propias áreas del yeísmo hay distinciones, pues hay regiones donde se debilita de tal modo que se convierte en *i*, como en *cabaio* por *cabayo*. Y otra deformación harto conocida de la *y* es la que tiene lugar en Argentina y Uruguay, con su *y* rehilada. Esta *y*, tan característica de estos dos países del Cono Sur, ofrece nuevas variantes, que van desde el rehilamiento convencional hasta el de las clases populares porteñas, entre las que la *y* llega a convertirse en *s*, de modo que el *yo* llega a aproximarse mucho al *so*, o el *cabayo* deriva en *cabaso*. Y en este tenor extremo se produce una clara afinidad con algunas áreas de los extrarradios urbanos españoles, principalmente en Madrid, donde la *ll* se transforma igualmente en una *s* arrastrada (la *casse* por la *calle*).

Otra distorsión del español ocurre con el uso de la *r*. Bien sola, bien en el conjunto *tr*, en algunas áreas se pronuncia no de forma vibrante (cuando al pronunciar, se produce un rápido contacto oclusivo entre los órganos de la articulación), sino fricativa (sonidos o letras consonantes, como *f*, *s*, *z*, *j*, cuya articulación va acompañada de una salida continuada de aire, que produce cierta fricción o roce en los órganos bucales). El sonido producido se ha querido asimilar al de la *ch*, pero la *r* en Costa Rica o la *tr* en Chile suenan más bien perfectamente inglesas. Tampoco se asemeja este sonido al del País Vasco, pues allí la *r* es de tal modo destacada que, donde esté presente, apaga por completo a las letras acompañantes (*Madrrrid*, *rrromper*, *grrracias*).

Hay nuevas disparidades en el español de América, aunque todas ellas, como afirma de modo rotundo Ángel Rosenblat<sup>31</sup>, son prolongación de unas u otras zonas de la España peninsular, pues, según él, y en ello coinciden la mayoría de los filólogos, no hay ni un solo rasgo del español de América que no tenga su origen en España.

Así, se amortigua la pronunciación de la *j* (*haca* por *jaca*) y la *n* (*pá* por *pan*). Y las terminaciones *-ado*, *-ido* se debilitan en numerosas zonas, como en Venezuela (*mojao* por *mojado*). Deje este hondamente peninsular ibérico, pues en sus zonas rurales parece como si la *d*, acompañando a una sílaba, *estorbara*, y se tiende a su supresión: *verea*, *cebá*, *ná*, *Cái*, por *vereda*, *cebada*, *nada*, *Cádiz*, que se oye en amplias comarcas castellanas, andaluzas y extremeñas.

La *l* y la *r* admiten diversas modalidades. Es frecuente en ciertas zonas la confusión entre ambas, como en *calta* por *carta*, o *comel* por *comer*, algo que oímos en Cuba, de modo más acentuado entre las clases populares, y que podemos escuchar también en la Castilla

rural, donde su empleo es muy abundante (en ciertos pueblos castellanos, los viejos animaban a los mozos diciendo: ¡A *cantal*, a *cantal*!). Pero otras veces es la *l* la que deja el paso en beneficio de la *r*, como en *borsa* por *bolsa*, en lo que encontramos reminiscencias puramente andaluzas.

La *r* también puede no ya transformarse, sino simplemente perderse, como en *canne* por *carne*, *comé* por *comer*, giros reproducidos en España, pero, más que en el medio rural, entre las clases populares de las ciudades.

La pérdida de la segunda persona del plural —*vosotros*—, y su sustitución por el *ustedes*, es, con el seseo, otro de los fenómenos lingüísticos generalizables a toda América. Un continente donde no se emplea el *vosotros tenéis*, sino el *ustedes tienen*, o los *váyanse*, *juegue* o *diga*, en el trato familiar y coloquial (es conocido, a este efecto, que es difícil que un niño repita la palabra *albóndiga*, pues, cuando la oye, contesta invariablemente: *albón*). Esta costumbre se encuentra aún vigente en Andalucía occidental, patria chica de los primeros colonizadores, así como en Canarias.

Otra particularidad lingüística, ampliamente estudiada, es el *voseo*, que se produce cuando el *vos* sustituye al *tú*. Casi siempre el *vos* se une a formas también voseantes, como *vos tenés* o *vos cantás*, y su uso pasa como creación específica y genuina del hablar argentino y uruguayo, pero en realidad se trata, como el resto de las variantes lingüísticas, de una modalidad arcaica del habla peninsular. En este caso, de principios del siglo XVI, cuando el *vos* se usaba entre hidalgos, y el *tú* para dirigirse a gente vulgar. Pero a lo largo de los siglos XVI y XVII, el *vos* desciende de su pedestal para emplearse en el trato a los inferiores. No pocas reyertas, y cuántas terminaron en cuchilladas, ocasionó el inadecuado uso del término, entre unas gentes españolas con una altísima estima de su propia condición, y que, si algo no perdonaban, era un tratamiento indebido a su categoría. El caso es que, probablemente, para evitar pendencias, el degradante *vos* fue siendo desplazado en la Península por el *usted* y el *tú*.

Mas para entonces, el *vos* ya se había instalado en América, donde también sufriría un proceso de debilitamiento, pero menos intenso y con otros matices. Cuervo quiere ver en el *vos* americano un resto de la altanería con que los primitivos peninsulares tratarían a los indios y criollos. Y también, la misma que usarían estos para denigrar a los recién llegados de España. La reacción que contra el *vos* se observó en España alcanzó también a las tierras de América, de la mano de letrados, funcionarios y otra gente culta. El *tú* fue desalojando al *vos*, primero en Antillas, luego en los virreinos de México, Perú y Nueva Granada, pero quedó confinado en el

virreinato de la plata, erigiéndose como emblema lingüístico de Argentina y Uruguay.

Hay otras muchas desviaciones del español académico entre los hispanohablantes de América. Los autores americanos han querido ver en ellas vestigios del siglo XVI peninsular, especialmente andaluz, hoy caídos en desuso. Lo cual es cierto para las ciudades, pero no para el medio rural (e incluso también para el habla de los barrios populares de las ciudades, en los que se alojan muchos inmigrantes procedentes del campo), donde perviven abundantísimas modalidades arcaizantes, que encontramos en ambas márgenes del Atlántico.

Así la confusión entre la *e* y la *i*, como se aprecia en *torcidura*, o entre la *eu* y la *u* (*Usebio*, *Ugenio*, *Ulogio*). El *haiga* por el *haya*, *pacencia* por *paciencia*, los *naide*, *semos*, *perfeto*, *dotor*, *dende*, *estrutura*, *dijistes* y tantas otras expresiones que se atribuyen en exclusiva al habla americana, pero que el lector español reconocerá de inmediato como patrimonio actual del campo castellano. En cambio, hay otros modos arcaizantes que subsisten en América y que han sido del todo erradicados del habla peninsular, como *vide*, *trujo*, *nomás*, *dizque* o *agora*, bellas expresiones, verdaderas joyas lingüísticas mantenidas en América, y que nos permiten recrear el dialecto castellano del siglo XVI.

También muy americanas son expresiones como *tá bien* (por *está bien*) o *pelo e'guama* (por *pelo de guama*). Consideremos, además, que todos estos modismos, este conjunto de locuciones, pervivan o no en España, sean o no más o menos ortodoxas, han pasado a la moderna literatura hispanoamericana, formando ya parte inseparable y peculiar del paisaje idiomático de esas tierras, como si aquella prosa fascinante, con toda la singular originalidad de sus anomalías lingüísticas, encarnara el infinito caudal de fantasía de Hispanoamérica.

Digamos también que en América no existe el *leísmo* (sustitución de *le* por *la* o *lo*). En el español ortodoxo, el leísmo es considerado vulgar (*le tengo* por *lo tengo*), pero hay sectores puristas del castellano, como los del área de Valladolid, considerada cuna del mejor español actual, que mantienen el leísmo. Menos defendible es el *laísmo* (*la dije* por *le dije*), también excluido en líneas generales de América, donde es más usado el más tolerable *loísmo* (*A Pedro lo voy a perseguir*), costumbre esta muy arraigada en Andalucía. No obstante, existe una cierta confusión en el empleo de estos pronombres, pues, como cita Fontanella<sup>32</sup>, en América se emplean frases como *Si no se los dijera, me iría molesto*; *A Juan lo he pegado duro*, así como *la pijama*; *el lente*; *la caparazón*. Confusiones que se extienden al uso del *de que*. Este se suprimió en América, pues

tampoco se usaba en el español medieval. Así, se diría *No se puede hablar que exista*, en lugar de *No se puede hablar de que exista*. Hay, pues, un deficiente uso del *de que* por defecto, mientras que en España existe, de forma creciente, un mal uso por exceso (*Pienso de que es necesario acudir*).

Hablemos, finalmente, de la *x* de *México*, siguiendo al ilustre lingüista Ángel Rosenblat<sup>33</sup>, quien resalta lo curioso de que esa *x* se haya hecho de algún modo bandera de izquierdismo, en contraposición a la *j*, a la que se considera signo conservador y arcaizante. Curioso, porque la verdaderamente arcaica es la *x*, y la moderna, la *j*. En el castellano de antaño, convivían ambas *x*: la que se pronunciaba *ks* y la que se pronunciaba *j*. Hasta que, en el siglo XIX, la Real Academia dispuso que, cuando se pronunciara *j*, se escribiera *j*. Por tanto, continúa el autor, la conservación de la *x* de *México* es un claro ejemplo de «fetichismo de la letra», algo que irritaba sumamente a don Miguel de Unamuno. Aunque lo académicamente correcto sería escribir *Méjico*, no existe inconveniente alguno, por deferencia hacia el uso corriente del país, en escribir *México*. Pero ello entraña el riesgo, este sí grave, de su incorrecta pronunciación como *Méksico*, como se observa en el *Méxique* francés o en el *México* alemán, así como en la jerga de los medios de comunicación. Es como si se escribiera, e incluso se pronunciara, *Guadalaxara*, *Xaén* o *Xerez*.

## Léxico

El español se estableció en América al ritmo de la civilización hispana. Pero, al tiempo que este idioma forastero en Indias se abría paso por obra, espontánea o inducida, de frailes, burócratas y colonos, el diccionario español abría sus páginas y, como si fueran puertas abiertas, recibía un raudal de palabras que inundaban el vocabulario castellano con los frutos de la hasta ahora inédita realidad americana.

Los nuevos inquilinos del territorio ultramarino, al topar con las novedades que exhibía la tierra, se vieron en la necesidad de bautizarlas. Y para ello, encontraron tres opciones: la primera, aplicar el nombre español cuando se trataba de cosas semejantes. Por ejemplo, cuando vieron al puma, decidieron que se parecía al león, y así lo llamaron. Las manchas del jaguar les recordaban vagamente al tigre, y con tal nombre se quedó, del mismo modo que los caimanes fueron llamados lagartos. Esta solución, altamente simplificadora, es, por otra parte, muy española, propia del común

de los primeros contingentes pobladores, pues evita prolijas descripciones. Esto último, la descripción minuciosa, es el segundo de los recursos para identificar las cosas, y se revela más propio de los escritores de la época, que emplean largos párrafos en detallar los rasgos del objeto o criatura descritos.

La tercera de las soluciones para definir los objetos estribó en utilizar el nombre indígena. El taíno, el quechua, el náhuatl, el guaraní comenzaron de inmediato sus préstamos al castellano, que recibió de golpe una rica herencia de nuevos términos. Los españoles no incorporaban la palabra tal cual, sino en el modo como la escuchaban, recurso también hondamente ibérico por lo que tiene de simplificación. Por las mismas razones que llevaron a llamar a los piratas Jean Rivault y Walter Raleigh, *Juan Rivao* y *Guatarral*, el impronunciable dios azteca Huiztilopochtli fue pronto rebautizado como *Huichilobos*, y lo propio ocurrió con muchos otros vocablos nativos, pues a saber, por ejemplo, cómo se llamaba en realidad Moctezuma, algo sobre lo que nadie se pone de acuerdo.

Lo que ocurrió con esta adaptación de palabras indígenas fue lo mismo que sucedería con la música, el arte o la sangre, un fenómeno de mestizaje. El español se extendía en Indias, pero recibía un enorme flujo de términos que enriquecerían al castellano, del mismo modo que, unos siglos atrás, el idioma se había poblado de palabras arábigas. De este modo, entraron en el vocabulario términos como *zopilote*, *zamuro*, *quetzal*, *tabaco*, *cacique*, *canoa*, *yuca*, *chocolate*, *tiza*, *cóndor*, *piraña*, *tucán*, *ñandú*, *pampa*, *cacahuete* y tantos otros, descriptivos de las cosas del Nuevo Mundo.

Uno de esos nuevos elementos que más nombres demandaron fueron evidentemente los topónimos. A diario surgían parajes, ríos, golfos y accidentes que era preciso identificar. Siguiendo a Fontanella de Weinberg<sup>34</sup>, se acudió para ello a diversos recursos: el ya señalado de servirse del nombre indígena, como en *México* o *Bogotá*; una denominación religiosa, como *Santo Domingo de Guzmán* o *Santiago del Estero*; una expresión que describa el objeto, como el *río Negro* o *los Llanos*; algo que apunte hacia una expectativa de riqueza, como *El Dorado* o el *Río de la Plata*; la referencia a algo mítico o fabuloso, como *Amazonas* o *Patagonia*; y, en fin, el traslado de topónimos españoles, ya fuera por su parecido con el original (*Nueva Galicia*), ya por el origen del descubridor o adelantado (*Nueva Granada*, por la cuna de Jiménez de Quesada).

El español que se llevó a América era el del siglo XVI, un idioma cuajado de términos rurales, como la España de aquella época. La evolución de los tiempos y de los acontecimientos habría de tener su reflejo correspondiente en el vocabulario empleado en América: la llegada de legiones de burócratas y letrados, con su hablar

cortesano y culto, los sucesos de la emancipación, las nuevas repúblicas... Cada momento iba a dejar su impronta en el léxico hispanoamericano, pero subsistiría acantonado, como anclado en el tiempo, aquel primitivo español rural, el idioma de las faenas agrícolas, del manejo ganadero, del pastoreo, del transporte a lomos de burros y mulas, de los viejos oficios artesanales. Un español considerado arcaico, y que muchos autores confinan en exclusiva a las tierras y gentes de América, olvidando que todavía hoy conviven la España de las ciudades, donde el habla medieval quedó arrumbado hace mucho tiempo, y la España de los pueblos, donde ese habla subsiste en gran medida. Weckmann<sup>35</sup>, por ejemplo, adscribe a la zona del Bajío, en México, voces como *apear*, *andurriales*, *bastimento*, *cuadrar*, *conocencias*, *menester*, *tentar*, *zarcear* y otros, que atribuye al idioma de los siglos XV y XVI. Pero estas voces felizmente no están extintas en España, sino que son perfectamente reconocibles hoy en los pueblos andaluces y castellanos, donde oír hablar resulta una exquisita delicia para el atormentado oído de los habitantes de las ciudades.

Ejemplo de lo que acabamos de decir aparece en la obra *Hispano Arts and Culture of New Mexico*, de Mary Montaña<sup>36</sup>, quien identifica veinte palabras que, según la autora, ya no se emplean en España, pero sí en el Nuevo México de hoy, que vendría a ser la última trinchera del lenguaje arcaico castellano del siglo XVI. Pues bien, de esas veinte palabras que cita, la mitad se encuentran en efecto en desuso y olvidadas en la España actual. Son voces antiguas, como *agora*, *mijor*, *muncho* y *trujo*. Otra cosa ocurre con las diez restantes: *asín*, *celebro*, *dende*, *emprestar*, *escribir*, *escuro*, *mesmo*, *tresquilar*... Términos en perfecto uso en el ámbito rural español. El público ciudadano considera a este modo de hablar no ya antiguo, sino incorrecto, inculto en el estricto sentido de la palabra, el de personas sin cultivar. Nada más injusto que esa apreciación, porque en realidad los paisanos de Castilla, Andalucía, Extremadura o Aragón lo que hablan es un correcto castellano del siglo XVI, que se desvió y transformó en las ciudades por las múltiples influencias que inciden en esas zonas de frontera que son todos los núcleos urbanos, donde confluyen muchas gentes e información abundantísima, donde los ritmos vitales son trepidantes, la inestabilidad es la norma, así como la afición al cambio, a la novedad, y hay una gran recepción hacia la innovación.

El medio rural tiene su propio ritmo, el de la naturaleza, el de la cadencia de las estaciones y los años, y desde siempre ha estado infiltrado por muy pocos canales de información, lo que ha determinado un mayor sosiego ante los cambios y las modas, a los que son refractarios, y que llegan con retraso y muy moderados. Y



aunque hoy están cambiando aceleradamente las cosas, los pueblos españoles han sido tradicionalmente custodios de costumbres, de fiestas, de alimentos, de vestuarios, de prácticas religiosas... y también de la lengua.

Fueron las ciudades las que transformaron las costumbres y el lenguaje, pero los pueblos no hallaron motivos para hacerlo. Y el hombre urbano que desee rastrear esas tradiciones olvidadas, contadas por los padres y abuelos, sabe que aún puede encontrarlas, aunque cada día con más dificultad, en los viejos pueblos de la España de hoy, donde aún es posible toparse con un habla que era cotidiana en la España de hace cuatro siglos.

Un habla, por otra parte, altamente más rica y más precisa que la que nos ofrecen a diario los medios de comunicación. Un ciudadano convencional distingue tan solo un monte de un valle, pero cualquier pastor de Extremadura diferencia, y así los cita, entre un *cerro*, un *teso*, un *cueto*, un *otero*, un *mogote*, un *collado* o un *terromontero*, pues cada accidente posee su propia definición física, del mismo modo que no todos los valles son iguales, sino que hay *rasos*, *rañas*, *navas*, *navajos*, *vegas*, *pandos* y *hoyadas*. Este es el vocabulario arcaico que permanece vivo, tanto en América como en las zonas rurales españolas. Vocabulario excluido de las ciudades, donde se reduce y empobrece día a día a causa del mal uso del mismo por los medios de comunicación, por una parte, y, por otra, a causa de la invasión de términos foráneos, esencialmente anglicismos, pretendidamente más adecuados para traducir las necesidades de la economía y el comercio.

## El futuro del español

Como se ha expuesto en los párrafos anteriores, cuando el español se sentó en las Américas, tomó prestados vocablos de las distintas lenguas indígenas que encontró a su paso, e igualmente adoptó formas fonéticas y dialectales diversas, según las regiones. Pero existe una unidad básica del idioma de un extremo a otro del área hispana, uniformidad mayor incluso que la que se escucha entre los dialectos del interior de la península ibérica, como han señalado varios autores. Y esta unidad idiomática es el fundamento más importante de la unidad cultural del mundo hispano, desde Madrid a México, Lima o Buenos Aires. Cuando le preguntaron a Federico de Onís cuál era el mejor escritor hispanoamericano, respondió: «Miguel de Cervantes». Y este español es patrimonio común del orbe hispano, construido cada día en las academias española e

iberoamericanas, y en el cotidiano uso de los hispanohablantes.

Tras la independencia de las repúblicas americanas, se suscitó la posibilidad, para la mayoría con temor, para algunos espíritus romos con alborozo, de que el español sufriera la misma diáspora que había afectado al latín, cuando se fraccionó en lenguas distintas tras la caída del Imperio romano. Se veía concebible que México, Perú, Argentina y las demás naciones edificaran su propia variante del español, perdiendo así este su función de ensamblaje cultural básico de países afines. No ocurrió tal, porque el mundo de hoy no es el mismo que el de hace mil quinientos años. Los transportes y los medios de comunicación han conseguido tejer un planeta más próximo, más relacionado, una aldea global. Y el idioma español, a la par que ha explotado en el número de sus parlantes, erigiéndose en una de las grandes lenguas de la humanidad, no se ha diversificado como preveían algunos, sino que se ha erigido en vector esencial de la cultura hispana.

Aseguran los lingüistas que solo existe un idioma cuando cambia, cuando evoluciona, y en otro caso desciende a la condición de las lenguas muertas. Muerto es el judeoespañol de los judíos expulsados de España, porque se conserva inmutable, fosilizado, pero no lo es el del resto de hispanohablantes del mundo. Todo lo contrario. El español es seguramente el idioma más dinámico, más cambiante del orbe, reflejo en cierto modo de las gentes que lo utilizan. Cambios que apenas afectan a la gramática, ya que las escasas innovaciones que recibe en este campo las puede asimilar con facilidad.

No ocurre lo mismo con el dialecto, donde se produce una incesante renovación, que supera en mucho la capacidad de absorción de las Academias de la Lengua. Dijérase que nuestro idioma era una verdadera fábrica de innovaciones, con tres polos básicos de influencia: España, Hispanoamérica y el idioma inglés.

España y los territorios hispanos son genuinos laboratorios de vocabulario, activos agentes inventores y difusores de nuevas palabras. En España se ha creado un ámbito nuevo de creación léxica: las ciudades, con Madrid a la cabeza. En los últimos tiempos se ha acuñado, desde la juventud, una jerga novedosa que poco a poco se va filtrando hacia niveles más cultos. Algunos de estos términos ya están pasando al diccionario formal, en el tan repetido proceso de trasvase de todo lo popular, ya sean palabras como costumbres, a los demás niveles de la sociedad.

El otro gran foco de recreación del idioma es Iberoamérica, donde a lo largo de los siglos se han ido gestando vocablos distintos, originales. Son palabras que emplean mucho la terminación en *-ada*: *atropellada*, *bellaqueada*, *cacheteada*; infinitivos

que expresan muy expresivamente las acciones: *balconear*, *potrear*, *bellaquear*, *balacear*; terminaciones en *-era*: *apretadera*, *chilladera*, *potrera*. Son expresiones que, también por sí solas, forman diccionarios propios, de americanismos, y que, usadas por el pueblo, han recibido definitiva sanción oficial, cuando la literatura hispanoamericana del siglo XX incorporó a sus novelas este enorme caudal de voces.

En ninguno de estos dos manantiales lingüísticos, el español y el iberoamericano, se encuentra peligro alguno para el idioma, antes bien, de ellos solo puede venir enriquecimiento constante, ese dinamismo que reclama toda lengua que se precie de estar viva. La amenaza se encuentra en el tercer foco de influencia, la lengua inglesa. Como hemos dicho repetidamente, el español, idioma de origen y carácter medievales, se adapta mucho peor que el inglés a los tiempos modernos. Se ha dicho que el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua es el mejor diccionario medieval que existe. Se diría más: es un diccionario concebido y elaborado para el ámbito rural. Es asombrosa la cantidad de términos de uso rural que contiene, muchos de ellos en completo olvido en el hablar corriente, porque la España de hoy es un país básicamente ciudadano. Y, sin embargo, son palabras en modo alguno desechables, porque permanecen vigentes en el campo español, así como en las áreas rurales de América, incluido el sur de los Estados Unidos. Ni *camino de ripio* o de *zahorra* se emplean ya en el diálogo corriente, como tampoco se emplean *lubricán* por *crepúsculo*, o *escueto* por *despejado*, ni se usan *fucilazo*, *tollo*, *carear*, *sierro*, *galayo*, *otero*, expresiones que, en cambio, sí son moneda de cambio habitual en las áreas rurales de Castilla, Andalucía o América del Sur.

Pero el idioma español, si es capaz de ofrecer el más rico, preciso y bello repertorio de vocablos relacionados con la tierra y su uso, es poco dúctil a la hora de traducir las expresiones de la economía, la técnica y el comercio, los sectores en boga en el mundo intercomunicado de hoy. Hace años, Torres Quevedo propuso elaborar un diccionario tecnológico de la lengua castellana. No cuajó el intento, y nuestro idioma está pagando ahora la factura, porque sufre de continuo la intromisión léxica del inglés, lengua ideada para la transacción mercantil, la economía y la tecnología. El Imperio hispano se asentaba sobre los valores de la tierra y se correspondía con un idioma rural, el español. El Imperio inglés, proseguido sin interrupción por el norteamericano, se basó en la economía y el comercio y se sustentó sobre un idioma mercantil, el inglés. Continuamente, el español recibe la intromisión de anglicismos, que traducen aparentemente mejor el tráfico

económico.

Mucho se comenta que nuestra lengua progresa en el propio corazón de los Estados Unidos, a través de la imparable progresión del núcleo hispano. También se dice que, fruto de la convivencia, está naciendo una lengua intermedia, el *spanglish*, que tomaría elementos de una y otra. Hay que advertir, empero, que este híbrido es más bien invasión del español por el inglés, antes que fusión igualitaria de ambos. El español pierde palabras y las importa de la lengua vecina. Dentro de límites razonables, algo así no es rechazable, sino saludable, pero es que, en las últimas décadas, la velocidad de asimilación de palabras anglófonas es tan alta que, más incorporación, parece un asalto en toda regla que socavara las estructuras de la lengua. Una invasión pareja a la evidente colonización cultural del mundo anglosajón de Norteamérica que, huérfano de un bagaje cultural del peso y la tradición del hispano, exporta el *american way of life*, simples modas y costumbres de limitada enjundia, pero que están arrumbando buena parte del edificio cultural no solo hispano, sino del resto de las culturas.

En defensa del español se han mostrado mucho más activos, quién lo dijera, los países hispanoamericanos que la propia España. Cada vocablo, cada término de la lengua inglesa es combatido en Hispanoamérica con ahínco, colocando, por ejemplo, *alto* o *pare* en una señal de tráfico, cuando aquí insertamos el *stop* con la mayor naturalidad. Solo en los últimos tiempos, con la creación del Instituto Cervantes, España, madre del español, ha empezado a mostrar beligerancia en la defensa del idioma. Un idioma que, sin apoyos, sin las masivas ayudas que otras naciones europeas conceden a su lengua, con sus más de seiscientos millones de hispanohablantes, ha doblegado y dejado muy atrás al altanero francés y gana terreno en todos los frentes.



*La extensión actual de la religión católica se debe a la labor evangelizadora de España.*

# RELIGIÓN

Se ha dicho por los seguidores de la *Leyenda Negra* que la extensión del catolicismo fue utilizada como pretexto por España para justificar su apropiación de las Indias, encubriendo el verdadero motivo, la obtención de metales preciosos y la expansión territorial. Incluso por autores como Lope de Vega, que dice en una de sus obras: «No es la Cristiandad lo que les mueve, sino el oro y la codicia».

Pero ni siquiera el Fénix de los Ingenios acertaba. Porque, sin negar otros objetivos políticos y comerciales en la sustentación de la conquista, la expansión de la religión católica estuvo en el germen mismo de la aventura americana. Ya desde el segundo viaje de Colón, cuando se comprobó que al otro lado del océano había un mundo poblado de infieles, los Reyes Católicos dispusieron que embarcara un clérigo. El encargado de organizar los asuntos indianos fue un arzobispo, Rodríguez de Fonseca, y a partir del nombramiento de Loaysa como presidente del Consejo de Indias, se ordenó que cada expedición de conquista fuera acompañada de dos clérigos.

Resulta de esencial importancia al efecto el testamento de Isabel la Católica, que eleva a fuerza de ley la disposición primera del título diez del libro sexto de las Leyes de Indias, donde se recoge el propósito y el sentido de la presencia de España en el Nuevo Mundo:

Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas, y Tierra firme de el Mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue al tiempo que lo suplicamos al Papa Alexandro Sexto de buena memoria, que nos hizo la dicha concesión, de procurar inducir, y traer los pueblos dellas, y los convertir a nuestra Santa Fe Católica, y enviar a las dichas Islas, y Tierra Firme, Prelados, y Religiosos, Clérigos, y otras personas doctas, y temerosas de Dios, para instruir los vecinos, y moradores de ellas a la Fe Católica, y los doctrinar y enseñar buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida, según más largamente en las letras de la

dicha concesión se contiene. Suplico al Rey mi señor muy afectuosamente, y encargo, y mando a la Princesa mi hija, y al Príncipe su marido, que así lo hagan, y cumplan, y que este sea su principal fin, y en ello pongan mucha diligencia, y no consientan, ni den lugar, a que los Indios vecinos, y moradores de las dichas Islas, y Tierra Firme, ganados, y por ganar, recivan agravio alguno en sus personas, y bienes: mas manden que sean bien, y justamente tratados, y si algún agravio han recebido, lo remedien, y provean de manera que no se exceda cosa alguna lo que por las letras Apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido, y mandado. Y Nos a imitación de su Católico, y piadoso zelo, ordenamos, mandamos a los Virreyes, Presidentes, Audiencias, Gobernadores y Justicias Reales, y encargamos a los Arzobispos, y Prelados Eclesiásticos, que tengan esta cláusula muy presente, y guarden lo dispuesto por las leyes, que en orden a la conversión de los naturales, y su Cristiana y Católica doctrina, enseñanza, y buen tratamiento están dando.

Este fue el objetivo primordial de la ocupación por España de las Américas, y todos los demás fueron objetivos secundarios, algo fuera de la comprensión de la mentalidad mercantilista inglesa, para la que el Nuevo Mundo no ofrecía otros alicientes que el comercio y los rendimientos económicos, sin que los naturales desempeñaran papel alguno en sus planes. De ahí que en las áreas de su influencia los indios desaparecieran por completo, y hayan sobrevivido en las españolas, con el añadido del nacimiento de una nueva clase mestiza, surgida del cruce de los españoles con los nativos.

Que lo determinante y principal fue el hecho religioso no se demuestra solo por la letra de las leyes, sino por los hechos, y hay suficientes pruebas de ello. Felipe II tomó la decisión de avanzar la penetración española sobre el suroeste de los Estados Unidos para no desamparar a los nativos de la vasta región, a pesar de que era notorio que allí no había metales preciosos. Y el mismo Felipe II no abandonó la ocupación de Filipinas, empresa nada rentable económicamente, por no dejar sin tutela las fundaciones religiosas ya hechas.

El fin religioso apuntado en el testamento isabelino se reproduce en las Ordenanzas de nueva población y pacificación de las Indias, de 1573, aprobadas por Felipe II:

... Y que sean pobladas de indios y naturales a quienes se pueda predicar el evangelio, pues este es el principal fin para

que mandemos hacer los nuevos descubrimientos y poblaciones.

Tan consistentes creencias tienen su origen en el proceso de la Reconquista. España salió de ella no solo desbordante de energía expansionista, sino infundida de profundas convicciones religiosas. En la victoria final sobre las huestes moras se había querido ver la intervención directa de la divinidad, manifestada físicamente en la presencia de Santiago en las batallas combatiendo del lado cristiano, y ciertamente el pueblo y las autoridades españolas estaban imbuidas de un cierto fundamentalismo religioso, que se trasladó a dos continentes, Europa y América, determinando el curso de la historia durante los dos siglos siguientes. En ellos, España luchó en todos los frentes: el turco, el indio, el tagalo, el luterano, el inglés, el bereber, asumiendo a su costa la defensa de los principios católicos, tal como fueron expuestos en el Concilio de Trento, que alumbró la Contrarreforma, para frenar la herejía luterana. Sin postura dubitativa alguna, con el convencimiento absoluto de hallarse en posesión de la verdad, España se erigió en brazo armado de esas ideas, en paladín universal de la religión católica, y como tal se presentó en los teatros de confrontación de todos los espacios conocidos: en la Europa de la Reforma luterana, en el Asia remota, en el África sarracena, en la América por evangelizar. Este esfuerzo, prolongado durante al menos dos siglos, colosal, desproporcionado, extenuó a España, la dejó desangrada y desgarrada para las siguientes centurias, pero subsistieron los principios por los que luchó.

Tras el viaje del descubrimiento, España, necesitada de títulos jurídicos para apoderarse de las tierras nuevas con exclusión de otros afanes extranjeros, recurrió al papa, como *Dominus Orbis*. Y este, trazando una raya en el Atlántico, mediante el Tratado de Tordesillas confirió a España el dominio del Nuevo Mundo.

Pero la concesión tuvo un precio. A cambio de ella, España se comprometía a evangelizar a su costa las tierras descubiertas, empresa que pronto se reveló abrumadora, cuando las penetraciones de los extremeños alumbraron la magnitud descomunal del continente americano. Pese a ello, la Corona española, fiel a su compromiso con el papa y el catolicismo, aceptó el reto, recibiendo el llamado Patronato Real, esto es, la delegación papal para cristianizar América en su nombre y en el nombre de Dios. Durante los siglos sucesivos, España asumiría esta labor, añadiendo al esfuerzo militar y al colonizador el ingente empeño evangelizador.

España organizaría la Iglesia en América, corriendo con los



costes de las obras y los clérigos. Al papa solo le quedaría la misión de nombrar los cargos eclesiales que España proponía, pero ni siquiera pudo enviar a América un nuncio, ni se permitió visita ni inspección alguna del Vaticano. El rey y el Consejo de Indias, y no el papa ni su curia, eran quienes disponían en la Iglesia de la América española. Bien es cierto que tampoco el papa aceptó la propuesta de Felipe II de nombrar a dos patriarcas en América, correlato religioso de los dos virreinos.

Las dudas sobre los derechos de España sobre América y sus gentes se agravaron con los alegatos de Las Casas, quien, al denunciar los abusos que practicaban algunos encomenderos con los indios a su servicio, estaba haciendo un impagable servicio a los enemigos de España y de su imperio, pues so capa de estas acusaciones, lo que anhelaban era apropiarse de las riquezas americanas. Las publicaciones, vehementes y a veces histriónicas de Las Casas, consiguieron generar y avivar la *Leyenda Negra*, y sus escritos no cayeron en saco roto, ni siquiera en la propia España, pues figuras de la talla de Francisco de Vitoria se hicieron eco de las denuncias y negaron el derecho moral de España sobre las Indias. Cómo sería, que el mismísimo Carlos V se planteó la posibilidad de abandonar las Indias, si se demostraba que España no tenía derecho sobre ellas. Hecho que no se produjo, pero sí que se promulgaran las *Leyes Nuevas*, que limitaron estrictamente los derechos de los rapaces encomenderos sobre los naturales.

Lo cierto es que, en toda esta polémica, que levantó pasiones y que duró decenios, la preocupación religiosa fue una constante de las autoridades españolas. Como se dijo al principio, España, que salía triunfadora y pujante de la Reconquista, abordó la anexión de América como una nueva cruzada, y el sentido religioso que enarbolaba tenía mucho de fundamentalismo excluyente, como se aprecia en la imagen de Hernán Cortés destruyendo con furia los ídolos aztecas, o en la del padre Valverde, capellán de las tropas de Pizarro, que incitó al combate al grito de «sacrilegio», cuando el emperador inca Atahualpa, que no entendía el latín, arrojó el Evangelio al suelo por incomprensible. Nada que ver todas estas conductas con la dominación anglosajona en América del Norte, desprovista por entero de toda connotación religiosa, sin otro interés sobre los nativos que desalojarlos o eliminarlos para que no estorbaran, sin designios evangélicos en la metrópoli Inglaterra, y sin otras miras que las de ganar dinero con el comercio.

Así pues, España entraba en América con las ideas muy claras en materia religiosa, y a la conquista militar le seguía de inmediato la conquista espiritual, y ambas empresas eran asumidas por el Estado, en una asociación sin precedentes entre el trono y el altar. Y si la

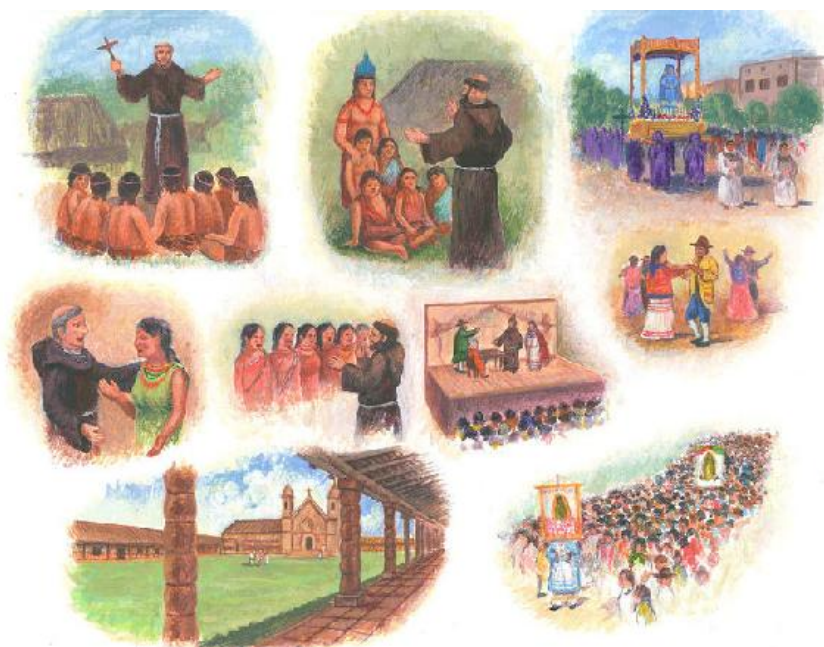
primera estuvo a cargo de capitanes extraordinarios —ajenos hasta entonces a toda actividad militar, oriundos además de una tierra admirable pero inédita en la historia, como era Extremadura—, la conquista de almas contó con unos escuadrones no menos eficaces, las órdenes religiosas, surgidas de una Europa cuyo clero distaba mucho de la ejemplaridad, y que motivó la Reforma luterana.

Para ello, habían sido precisas la sagacidad y la mano pertinente del cardenal Cisneros, a quien los Reyes Católicos encomendaron la renovación del clero español. El modesto confesor de la reina se aplicó sobre la rama observante de la Orden franciscana, a la que, con una mezcla de persuasión y rigor, supo reducir a las reglas estrictas marcadas por su sobrio fundador. La recuperación moral de la Orden influyó en las demás, y, para finales del siglo XV, la España del remate de la Reconquista, al igual que poseía un arsenal militar listo para emplearse en empresas de calado universal, contaba con una milicia espiritual, preparada para asumir la ciclópea tarea de la colonización espiritual de todo un continente.

Ese territorio virgen se vislumbraba como el escenario donde habría de ser posible la instauración de la auténtica fe. La que mil quinientos años de andadura europea habían deformado. Las enseñanzas, el ejemplo de Jesucristo, habían sido desvirtuados en Europa por toda clase de lacras, por la conducta poco edificante de los ministros de la Iglesia, enfangados en la acumulación y el disfrute de los bienes materiales. Europa se había apartado del camino verdadero y ahora se presentaba convulsa, en plena desazón religiosa, pero América se ofrecía como una tierra sin contaminación humana. El lugar de promisión donde sembrar el Evangelio, donde cumplir el dictado divino de predicar a todos los pueblos. Ese clero español, recién purificado tras pasar por el crisol cisneriano, no podía encontrar un campo sin cultivar y tan esperanzador como América. Y los miembros de las órdenes religiosas se embarcaron hacia el Nuevo Mundo, inflamados de ilusión apostólica. Ante ellos se extendía una superficie que multiplicaba varias veces la de España. Y donde habitaba un número de seres que, según el cálculo más modesto (Kroeber), ascendía a ocho millones de seres, y, según el más exagerado (Bora), a cien millones, sin duda para magnificar los excesos difundidos por la *Leyenda Negra*, debiendo darse como más probable la cifra de trece millones de Rosenblat.

En cualquiera de los casos, la tarea de convertir al catolicismo a una población semejante se anunciaba como una empresa gigantesca, una tarea de titanes. Sin duda, el empeño y la determinación de aquellos frailes y de los que siguieron después culminaron con rotundo éxito, y, aunque los precursores no

pudieran recoger la cosecha, esta fue pingüe, porque la América hispana es hoy el bastión más importante y extenso de la religión católica. Cómo lo lograron, qué métodos utilizaron para ello, es el objeto de este capítulo.



*La misión evangelizadora de los indios fue objetivo esencial de la colonización española.*

### Evangelización por la palabra

El procedimiento más básico, el que adoptó el clero regular en los primeros tiempos, era el de la simple prédica. Un sacerdote, solo o acompañado de una pequeña fuerza militar, se adentraba en el territorio, se personaba en los poblados indios y, por medio de intérprete, impartía las enseñanzas cristianas más elementales, y a continuación procedía al bautismo, individual o masivo. Los propios clérigos sospechaban que esta conversión tenía mucho de formal y poco de sincera, pues el entusiasmo inicial al contar el número de indios que se ofrecían voluntariamente al bautismo se enfrió no poco cuando comprobaron que seguían bajo cuerda adorando a sus antiguos ídolos. Se detectó, incluso, que con motivo de la construcción de los nuevos templos, los indios escondían sus ídolos entre los sillares, de modo que, al acudir a los rezos y arrodillarse ante las imágenes, en realidad se postraban ante sus viejos dioses.

El modelo de la gran conversión multitudinaria inicial, que tanta euforia levantaba entre los frailes, se reveló superficial e inútil.

Los propios clérigos comprendieron, pues, que, si querían llegar al fondo del alma de los indios, era necesario aprender su lengua. Y con gran dedicación aprendieron náhuatl, quechua, aymara, guaraní..., de modo que al poco tiempo se comunicaban con ellos en sus propios dialectos, lo que les sirvió también para traducir los textos evangélicos e incluso para conocer y transcribir las costumbres indígenas, gracias a lo cual ha llegado hasta nosotros una buena parte del acervo cultural de los pueblos prehispánicos.

Pero estos continuaban mostrándose ciertamente fríos y distantes con la nueva religión. Al fin y al cabo, aquellos frailes que hablaban su propio idioma pertenecían a la misma raza de los demás blancos, muchos transformados en despóticos encomenderos. Era preciso idear nuevos métodos de acercamiento, sistemas que atrajeran de manera sincera al indio al cristianismo, y no por razón de la fuerza o el miedo ante el invasor. Era necesario no solo vencer, sino convencer. Y la fecunda imaginación de aquellos apóstoles alumbró nuevas y eficaces fórmulas.

### Evangelización por las artes y la arquitectura

En el capítulo dedicado a la música, explicamos cómo fray Pedro de Gante ideó invitar a una gran fiesta a los principales de los pueblos aztecas, en la que, en el marco de una celebración cristiana, se les permitiera cantar y bailar según la antigua usanza. Esta fusión de lo cristiano con lo pagano marcó un antes y un después en la evangelización, pues a partir de entonces los nativos vieron la nueva religión como algo más próximo a su propio culto, una doctrina que también admitía las danzas y los cantos, como en sus propios ritos.

De esta manera, la música, el teatro, la danza son empleados a partir de entonces como herramientas de la evangelización. Los nativos gustaban de participar en los autos sacramentales, en las escenificaciones de los misterios de la religión, entonaban villancicos, recitaban poemas, formaban coros, y así iban asimilando la nueva doctrina de una forma liviana y sutil, y sumamente efectiva, contando con su gran disposición natural hacia estas artes. Y todo ello en perfecta sintonía con las directrices del Concilio de Trento, coetáneo con hitos tan significativos como la creación de la Compañía de Jesús, y que propugnó la participación de los fieles en el culto y la utilización de medios visuales,

sensoriales, relegando a un segundo plano lo teórico y haciendo hincapié en que la religión debía entrar también por los sentidos. Fue, en definitiva, la adopción del principio de la extraversion del culto, con notable aceptación por parte de unas comunidades indígenas cuyas creencias se basaban en parejos métodos.

El formato tradicional de la liturgia impartida desde el templo también sufrió adaptaciones. Como asimismo vimos en el capítulo sobre arquitectura, los indígenas eran amantes de los espacios libres y temerosos de los cerrados, y con este fin se crearon las capillas abiertas, desde donde el sacerdote oficiaba a cubierto y la muchedumbre atendía al aire libre. Un amplísimo atrio se extendía ante el templo, el cual servía a esos fines, y también como plaza y mercado o *tianguetz*, según el modelo de las plazas ibéricas de nombradía, como la de Medina del Campo, donde las transacciones comerciales solo eran válidas una vez celebrada la misa.

En los cuatro ángulos del atrio se instalaban las capillas *posas*, lugares de catequesis y también de parada en las procesiones, otra fórmula diseñada para el escenario americano. En el propio atrio se erigían las cruces misionales, que marcaban el punto donde tenía lugar el adoctrinamiento y que recuerdan a las Cruces de Mayo, costumbre oriunda de Andalucía y muy afincada en América.

Otros recursos arquitectónicos fueron las *capillas de miserere*, que permitían asistir a los velatorios sin interrumpir otros actos; las ermitas, situadas en las afueras de las poblaciones y elegidas como destino de peregrinajes y romerías, así como los viacrucis.

El convento urbano tuvo una concepción que iba mucho más allá de una iglesia con una comunidad religiosa aledaña. Porque los conventos se erigieron en verdaderos nervios de la vida urbana y de barrio, implantándose con tal fuerza que incluso muchos barrios recibieron el nombre de sus conventos. Disponían de un espacio dedicado a la vida interior de la comunidad, pero eran más importantes los espacios públicos: la iglesia y el atrio, pero también la botica, el abastecimiento de aguas, los productos de huerta. Incluso otorgaban préstamos, pues recibían numerosos legados testamentarios. Además de ello, eran núcleos permanentes de la vida urbana, por su función educativa y asistencial, y por su papel en la organización de las fiestas patronales y otras religiosas, en las que actuaban como organizadores de las cofradías, participando en el engalanamiento de calles y edificios. El convento fue pues el centro neurálgico indiscutible de la vida urbana en la América hispana.

La panoplia de fórmulas ideadas por los clérigos termina con la mención a los campanarios, cuyo uso venía de antiguo en España, pero que en América cobraron dimensión especial, pues sirvieron

como referencia geográfica, temporal y para la vida cotidiana. En unos espacios tan extensos, las campanas marcando las horas o los oficios religiosos fueron el elemento regulador de la jornada en las rancherías, las misiones o los dispersos poblados indios. El tañido de la campana no tuvo el significado trascendente de los grandes sonidos que España llevó a América, como la lengua y la música. Fue más modesto, pero en los oídos de los primeros colonizadores, el hondo quejido del campanario lejano era como el alma rural del viejo terruño peninsular, como si llegara volando tras atravesar el océano.

### La reducción a poblado

Tanto la masa de población indígena como el modelo de asentamiento prehispánico representaron un serio problema a efectos de la conversión. No había número suficiente de clérigos para llegar a todos los rincones, y el propósito evangelizador era alcanzar a todas las almas. Por ello se juzgó necesario combatir la dispersión rural y proceder a la reagrupación. En el área de México la decisión no implicó demasiados problemas, pues los habitantes ya poseían una intensa tradición urbana (Cholula, por ejemplo, contaba con más de 40.000 habitantes).

Otra cosa fue el virreinato del Perú, donde la población se diseminaba en pequeños caseríos, y donde existía una estructura ecológico-humana basada en la transferencia de recursos entre la sierra y el valle. El virrey Toledo, tras una larga visita a su jurisdicción, resolvió no obstante la concentración, y creáronse poblados de nueva planta, o aprovechando asentamientos preexistentes, lo que sin duda produjo una seria quiebra sociológica.

El objeto de estas reducciones era múltiple, comenzando por el primario y más importante propósito evangelizador, pues se facilitaba el acceso de los frailes a los nativos. Pero, además, la agrupación permitía un mayor control político del territorio, sin merma de los objetivos económicos, ya que no se olvide que los indígenas se contrataron como trabajadores en la construcción de templos o en las obras públicas.

Allí donde la reducción a poblado de los nativos coincidió con un núcleo urbano formado por los colonizadores, se estableció una rígida separación entre unos y otros. Una sólida puerta en una muralla dejaba a un lado la *república de españoles*, y a otro, la *república de indios*, cada uno de ellos con sus propios órganos de administración. Ello se hizo a instancias de los frailes, que tenían

una pésima opinión de los colonos, por el mal ejemplo que muchos de ellos daban a causa de sus vicios, y consideraban nocivo el contacto. Esta separación, con el tiempo, se fue diluyendo, y los propios nativos, que en un primer momento rechazaron la concentración en poblados urbanos, poco a poco fueron incorporándose a estos, ya como sirvientes, ya como artesanos, con lo que finalmente se consolidó la integración.

El propio sistema de la encomienda fue utilizado con fines de cristianización. Los encomenderos no recibían el impuesto que pagaban los indios al Estado de modo gratuito, sino que habían de velar por su instrucción religiosa, y a tal efecto pagaban a frailes para que los instruyeran. En la práctica (y esta no siempre funcionó con la debida diligencia), cada fraile tenía asignado un territorio extenso que abarcaba varias encomiendas, y las recorría impartiendo la doctrina y recibiendo del encomendero un estipendio.

### Utopías: El Pueblo-Hospital. Las misiones

Si los métodos descritos para evangelizar significaron una innovación de calibre respecto a lo conocido, los dos que ahora abordamos pueden calificarse de *revolucionarios*. En el frontispicio de ambos, la obra *Utopía*, de Tomás Moro, que describe una comunidad ideal, basada en principios drásticamente contrarios a los convencionales. Una obra que cayó en las manos de cierto jurista oriundo de Madrigal de las Altas Torres, abogado de prestigio en su tierra natal, y que a sus sesenta años planificaba ya su retiro. Era imposible que imaginara que a esa edad avanzada el destino le tenía preparados otros derroteros, una nueva existencia, que finalizaría con su designación como obispo, y que le habría de asegurar un puesto en el libro de la historia. Se llamaba Vasco de Quiroga, y su calidad humana y profesional, requisito muy buscado por la Corona en los españoles que pasaban a América, hizo que fuera destinado a México, como oidor de su Real Audiencia.

América, la tierra de promisión que a tantos espíritus íntegros transformaba, y de una austera vida castellana pasaban a otra de relajo y vicio, significó para Vasco el descubrimiento del indio, y quedó sobrecogido por lo que había supuesto para él el choque con la civilización europea, con la consiguiente ruptura de su comunidad entera y su caída demográfica. Fue entonces cuando le vino a la memoria aquel ejemplar de esa obra tan original que había aliviado las solitarias veladas abulenses, y resolvió aplicar sus

fórmulas en el antiguo país de los aztecas, ahora la Nueva España. Había nacido el *pueblo-hospital*.

*Hospital* significa «centro de curación», pero también «lugar de acogida», y este sentido tuvo en la concepción de Vasco de Quiroga. El pueblo-hospital sería un espacio donde los indios quedarán al margen de los españoles, conservando su propia autonomía, «trabajando y rompiendo la tierra», y aprendiendo oficios. La unidad básica sería la familia extensa, regentada por un patriarca y compuesta por otras diez o doce familias nucleares. Cada familia cultivaría los huertos comunales y dispondría además de su exclusiva parcela. Los tributos, la propiedad privada individual y la acumulación, fuente, según Quiroga, de todos los males, quedarían abolidos. Los únicos españoles admitidos en esta comunidad serían los encargados del adoctrinamiento.

Vasco de Quiroga, con decisión y energía encomiables, logró fundar varios de estos pueblos-hospital, que contribuyeron no poco a la regeneración psicológica, social y espiritual del indio. Su fecunda labor fue premiada con el obispado de Michoacán, donde aún se le venera. Su muerte, además de las envidias y recelos burocráticos, truncó tempranamente su obra visionaria, pero había dejado una simiente que años después germinaría en otra utopía, inspirada de modo directo en la fórmula del gran Vasco de Quiroga: la misión.

### misiones jesuíticas

Los jesuitas se adentraron en el territorio guaraní, en la frontera de los actuales Paraguay, Brasil y Argentina. Con valentía admirable, utilizando muchas veces la música para apaciguar la belicosidad de los indígenas, o recibiendo con entereza el martirio y la muerte, lograron al final no solo ser aceptados por ellos, sino que les permitieran organizar su modo de vida según el modelo trazado por la Compañía.

Los jesuitas, como antes Vasco de Quiroga, quisieron apartar a los aborígenes de la influencia directa española, creando *reducciones*, un sistema alternativo al de su incorporación a las haciendas o minas de los colonos blancos. Su lema era «Hay que hacer hombres antes que cristianos», y se lanzaron a moldear un plan que rescataba la dignidad del guaraní, lo instruía en la religión católica y lo capacitaba para desempeñar trabajos u oficios según las respectivas aptitudes. Y todo ello sin perder su libertad, sin entrar al servicio de los españoles como peones de fincas o de



minas. Era la puesta en escena de la primitiva cristiandad, con su comunidad de bienes y el sentido solidario de la vida. Era, en una palabra, aplicar la *Utopía* de Tomás Moro, la que intentara años antes Vasco de Quiroga y que los jesuitas, con sus proverbiales disciplina, racionalidad y eficacia, supieron culminar.

Trabajo y doctrina se combinaron armónicamente en las misiones, cada una bajo la dirección de uno o dos jesuitas, los únicos blancos de la organización. La jornada comenzaba con el canto del gallo, y la comunidad acudía a la iglesia para los rezos matinales. A continuación, se dividía el trabajo. Unos iban a cultivar la tierra, otros a trabajar en oficios diversos, de acuerdo con sus aptitudes, pues la uniformidad estaba descartada en la misión, y a cada cual se le asignaban las funciones que se avinieran con sus respectivas habilidades. Los niños recibían instrucción primaria y también hacían en la tierra labores menores, para acostumarlos a la disciplina del trabajo, algo que el pueblo guaraní jamás había conocido.

La agricultura, base de la misión, tenía dos vertientes. El guaraní poseía una parcela propia para sus necesidades domésticas, pero una parte del tiempo debía trabajar en las tierras comunales, pues lo que se trataba de inculcar era el sentido comunitario de la propiedad, antes que el individual. Para el cultivo de la propia parcela, la familia tenía derecho a utilizar los bueyes y arados comunales.

Cada centro, y se llegaron a crear unos 180, tendía al autoabastecimiento, con ciclos cerrados y completos de todo lo necesario, pero la experiencia — el modelo fue un continuo campo de experimentación— demostró que era mucho más conveniente la especialización por zonas, pues del mismo modo que las personas, cada área poseía una vocación natural. Fue así como surgió la complementariedad entre las misiones, estableciéndose una suerte de federación, y quedando comunicadas por un admirable sistema intercomarcal que incluía caminos, postas e incluso boteros en los ríos para el cruce de personas y mercancías. Los adelantos llegaron hasta la producción en serie, cuyos rudimentos se probaron.

El trabajo, ya fuera en el campo o en los oficios y las artesanías, no ocupó la totalidad del tiempo. Los jesuitas reservaron una buena porción de la jornada para la instrucción cristiana, para la escolar y también para la enseñanza y práctica de las artes, sobre todo la música, la danza y el teatro, conociendo la predisposición de los indios hacia ellas. En la gran plaza se celebraban autos sacramentales y piezas teatrales, siendo muy representada la batalla de Mbororé, en la que los guaraníes vencieron a los portugueses paulistas de la frontera. Los jesuitas hicieron lo posible por apartar

a los indios de la que juzgaban nociva influencia española, e incluso lucharon por preservar su cultura, sus costumbres, sus cacicazgos, y llegaron a ser tolerantes con hábitos tan contrarios al cristianismo como la poligamia. En suma, prefirieron mantenerlos al margen de la hispanización, pero sin duda, a través de sus enseñanzas, sus cultivos, sus escenificaciones, iban destilando y transmitiendo la cultura española.

De todos modos, no se piense que todo funcionó con el engranaje de una perfecta maquinaria, ni que la situación fue idílica. De continuo se presentaban problemas, derivados sobre todo de la índole anárquica de los guaraníes, huérfanos por completo de toda tradición de rigor y disciplina. Ocurría que los bueyes prestados a una familia para hacer la labor de su parcela eran asados para comerlos, o el arado quemado para calentarse. Contra estas y otras desviaciones debieron luchar sin tregua los tenaces jesuitas, y el conjunto de su labor fue encomiable, pudiendo afirmarse que, pocas veces en la historia, la utopía cristiana original, el régimen comunal solidario de bienes y el dominio pacífico de la tierra habrán encontrado una expresión más aproximada a la teoría que la de las misiones jesuíticas.

Las misiones cumplieron un papel estratégico adicional de fundamental importancia. Al estar situadas en las áreas limítrofes con el Imperio brasileño de Portugal, frenaron su avance más allá del límite marcado por el Tratado de Tordesillas. No obstante, los portugueses de Sao Paulo, los *paulistas*, incursionaban de continuo para capturar guaraníes y esclavizarlos en sus plantaciones y minas. Estas entradas llamábanse *bandeiras*, y los jesuitas opusieron a los bandeirantes la defensa armada, adiestrando a sus fieles. Pero fue tanta la presión de los portugueses, presentes desde el primer momento en la trata de esclavos, que jesuitas y guaraníes acordaron emigrar desde la zona del Guayrá a la del río Paraná, en un éxodo fluvial que afectó a decenas de miles de indios y que obligó a empezar de nuevo.

Pero las misiones constituían una anomalía en el orden imperial hispano, que muchos no estaban dispuestos a tolerar, y un reguero de acusaciones comenzó a tejerse en torno a ellas. Los más acérrimos opositores fueron los colonos de Asunción, que, sin llegar a la rapacidad de los esclavistas bandeirantes, también querían para sí la mano de obra potencial que representaban miles de guaraníes. Los deseaban en sus hatos ganaderos, en sus tajos mineros, en sus plantaciones, y no les interesaba la recuperación de su dignidad individual y colectiva, por la que trabajaban los discípulos de Íñigo de Loyola.

Por otra parte, las misiones chocaban con la línea de

hispanización marcada por la burocracia colonial, y se las acusó de lo contrario, de oponerse a ella. De no enseñar a los indios el castellano, de conservar sus costumbres, de mantenerles, en suma, al margen de la cultura española. Para probar las acusaciones se citaban ejemplos, como que no permitían visitas de españoles a las misiones. Y si algún viajero cruzaba por allí de paso, la hospitalidad exigía acogerlos, pero su estancia no podía sobrepasar los tres días, no podían hablar con los guaraníes, tenían vedado pasear libremente por el recinto, y su único contacto con la realidad de la misión quedaba reducido a hablar con el fraile que la regentaba.

Cuando se produjo la expulsión de los jesuitas, hecho comentado después, las misiones quedaron sin norte, y los guaraníes, sin el escudo protector de sus defensores. Desde el punto de vista geográfico, la frontera con Brasil quedó desguarnecida, y los bandeirantes la extendieron a favor del Brasil, mucho más allá de la línea de Tordesillas, a costa del territorio español. El pueblo guaraní, que había vivido muy integrado en la naturaleza y que era depositario de una rica carga cultural propia, quedó definitivamente desarticulado.

### misiones del Norte

Existe una diferencia de principio entre el modelo misionero de las selvas sudamericanas y el que se aplicó en la frontera situada al norte del imperio. El primero responde al diseño trazado por el genio jesuítico, mientras que el segundo obedece a una planificación del Estado español. Corría la segunda mitad del siglo XVI, y para entonces el grueso del territorio americano había sido dominado ya por España. La propaganda exterior tomaba cuerpo en la *Leyenda Negra*, comenzando a socavar la labor española. Y un Felipe II, sensible a las críticas hacia la conquista, pero que no podía abandonar la misión de extender la religión en todas las tierras americanas, impulsó las Ordenanzas de 1573, en las que ni siquiera se empleaba la palabra *conquista*, sustituyéndose por la de *pacificación*.

En esta nueva concepción, el protagonismo se encomendaba a los evangelizadores, y no a los militares. A ellos correspondía la función de adelantados en las nuevas tierras, poniendo los medios para la integración espiritual y material de los indios. Ocupación, evangelización y colonización conformarían el tridente del nuevo concepto expansionista, y con la finalidad última de la preservación y asimilación de los aborígenes. Lo que establecía una diferencia

radical con el espíritu que presidía el avance de los colonizadores británicos, que no deseaban en absoluto la integración cultural de los indios, sino su exclusión y su desplazamiento, por lo que el elemento indígena era una molestia.

La herramienta de este nuevo cuadro colonizador español fue la misión, y de nuevo las órdenes religiosas recibieron la procura para ello. En el sentir de la Corona, las órdenes habían cumplido ya su función en la meseta mexicana y en el núcleo de Sudamérica, y, una vez reemplazados por la Iglesia secular, tenían la opción de retirarse a sus conventos o de abordar su labor en el anillo exterior del imperio. Eligieron esta alternativa, y jesuitas, dominicos y franciscanos asumieron con renovada ilusión la delegación, si bien esta vez fueron los franciscanos los más tenaces y, a la larga, quienes pusieron el sello a la evangelización de Norteamérica, desde California a Florida.

El modelo funcionó de la siguiente manera: los misioneros se adentraban en las tierras dominadas por las tribus indias para predicar una nueva religión. A veces lo hacían solos, pero más frecuentemente se hacían acompañar de un pequeño destacamento de soldados, que vigilaban a distancia. Ello dio lugar a otra institución típica de la frontera, el presidio, levantado en relativa proximidad a la misión. Su objetivo era disuasorio, pues su mera presencia conjuraba las intenciones de las tribus hostiles. No obstante, se produjeron casos de martirio de misioneros, pues estos, llevados por un temerario heroísmo, rechazaban la protección militar y exigían que el presidio se construyera lejos de la misión.

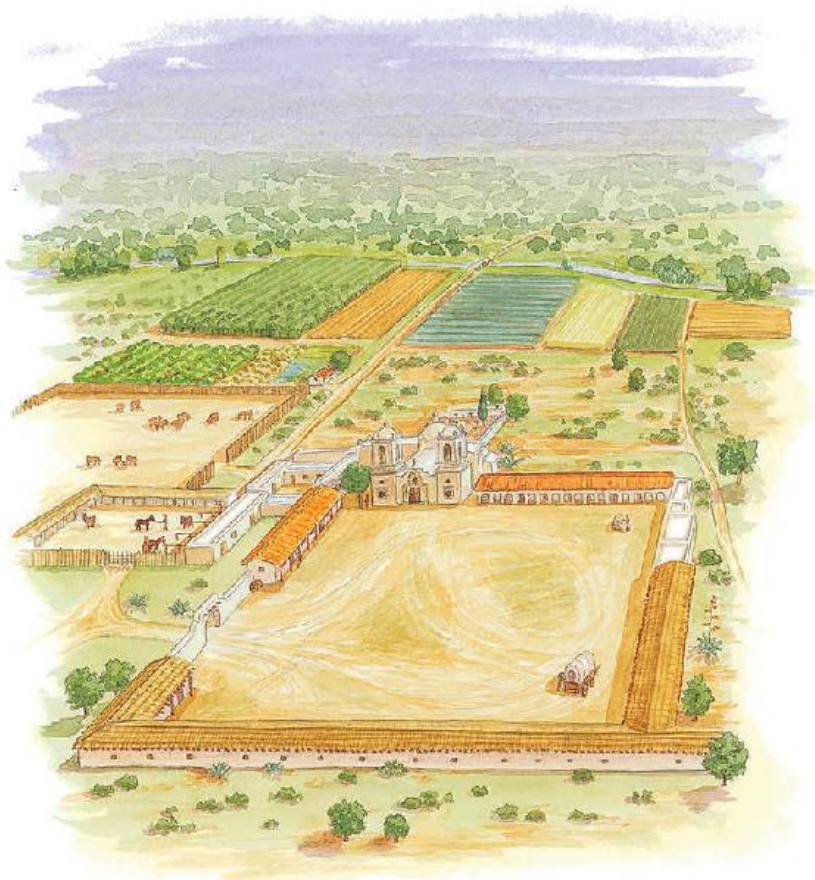
Las misiones estaban concebidas con una proyección temporal. Se estimaba en unos diez años el plazo para que una comunidad india recibiera la infiltración de todo lo hispánico, transcurrido el cual, la misión se levantaba y trasladaba a otro punto. La misión se transformaba entonces en un *pueblo*, asentamiento permanente y autónomo, administrado ya por los propios indios. No pocos pueblos y ciudades de los Estados Unidos deben su origen a una misión, como San Diego, San Francisco o San Antonio.

Para la tarea misionera, los frailes regulares se sirvieron de diversos recursos, como que tres familias de la antigua misión permanecieran en la nueva, actuando de enlace con los recién llegados. Con el mismo fin, se hacían acompañar desde México por grupos de aliados tlaxcaltecas, pues las tribus del norte recelaban menos de ellos que de los blancos. Otro medio de enlace fueron los niños, preferidos por los frailes por su mayor maleabilidad, y por estar llamados a ejercer influencia futura en sus propias tribus.

La misión del norte dividía sus enseñanzas en tres apartados: doctrina católica, aprendizaje industrial y de oficios, y rudimentos

de artes y letras. A través de ellas, los indios conocieron las técnicas europeas del cultivo del cereal, los árboles frutales, el manejo del ganado o la fabricación de colchas y mantas, y las mujeres eran instruidas en las labores de hilar, coser, cocinar y tejer. Algunas de estas novedades alteraron sus formas de vida. Así, la siembra de campos de trigo o la cría de ganados convirtió a diversas tribus nómadas en sedentarias, fijadas a la tierra para defenderla contra las incursiones apaches, los cuales, a su vez, de nómadas relativos habían pasado a nómadas de grandes recorridos, gracias al empleo del caballo.

La misión no se reducía a una iglesia y un jardín o un patio, como pueden observar hoy los turistas que visitan las misiones de California. Dispusieron en su día de viviendas para los indios acogidos a ella, cobertizos, talleres, almacenes, huertos, corrales, potreros, ganados de todas clases, campos de cultivo, áreas de pastos, bosques..., de modo que una misión podía extenderse sobre decenas de miles de hectáreas, y constituía un verdadero núcleo de desarrollo regional, capaz de abastecer y sustentar a toda una comunidad.



*En las Misiones se capacitaba al indio en la cultura y los oficios occidentales, lo que les permitió sobrevivir a largo plazo.*

Así fueron las misiones españolas, hasta que la salida de España del continente hizo afluir a la zona políticos venales del nuevo gobierno mexicano, que pronto privatizaron en su favor los terrenos de las misiones, dejando la iglesia y poco más, sin ningún valor para su codicia. De ahí que apenas reste de las misiones un porcentaje mínimo de lo que en su día significaron.

Los indios se acercaron a las misiones porque pronto supieron que con ello tenían mucho que ganar, y tomaron o rechazaron los ingredientes culturales según su conveniencia, sin perjuicio del siempre efecto disuasorio del cercano presidio. Para el Estado español, el mantenimiento del sistema supuso una carga permanente, ya que la zona no producía minerales ni recursos en

cantidad que compensaran el tremendo gasto. Cada tres años partía desde México una gran caravana, la llamada *conducta*, con bastimentos de todas clases para las misiones del oeste («los misioneros me matan a peticiones, llegó a escribir un gobernador al Rey»), recorriendo el famoso Camino Real de Tierra Adentro. Y convoyes más frecuentes abastecían las de Florida, mejor comunicada por mar desde Cuba.

Resulta sintomático que el *sínodo* o estipendio que recibían los misioneros, más el pesado coste de la cadena de presidios y misiones (la *ayuda de costa*), estuviera incluido, dentro del presupuesto estatal, en el llamado *Ramo de guerra*. Si España mantuvo tesonera esta sangría económica, fue con fines cristianizadores y civilizadores, en primer lugar, y más tarde para contener la progresión de otras potencias por el continente del norte: los rusos que descendían desde Alaska, y los ingleses y franceses desde el este. Por otra parte, los frailes actuaron ocasionalmente como agentes del Gobierno, pues enviaban informes sobre la situación y movimientos en la zona, y sobre nuevas posibilidades de expansión.

Las misiones se asocian a ilustres nombres del apostolado en la América del Norte. Como fray Junípero Serra, que dejó su huella en las misiones de California, cuyas campanas eran como los eslabones de una larga cadena que sonaba en toda la extensión del Camino Real. O como el famoso padre Kino, el llamado *primer arizonio*, que viajó incansablemente por Arizona sembrando la palabra de Dios, con un burro cargado de regalos, porque conocía la índole de los indios y sabía de su mayor predisposición cuando eran obsequiados. Kino fue además un gran explorador y geógrafo, siendo él quien concluyó que la Baja California no era isla, sino península. Sembró la doctrina evangélica y también llevó los ganados y cultivos españoles, pues, como solía decir, «es más fácil enseñar a un indio bien alimentado que a uno hambriento».

El modelo misional fue, por tanto, una alternativa pacífica al modelo militar convencional, y, junto con el presidio y el pueblo, conformó el esquema español de asentamiento en las fronteras del norte hispánico. Muchos autores lo han tildado de ciertamente idealista, utópico incluso, en medio de un territorio particularmente conflictivo, de tribus belicosas e irreductibles, como los apaches o los comanches. Es posible que España pecara de alguna ingenuidad aplicando un plan semejante, que cambiaba la espada por la palabra, pero no cabe negar un enorme esfuerzo imaginativo para diseñar un sistema que se apartaba de la conquista tradicional, muy criticado ya en la época, y que, a pesar de todo, introdujo la religión y la cultura hispanas, conservando la integridad de los

indios. Bajo la dominación española, los pueblos indios apenas sufrieron merma e incorporaron una buena parte de la civilización europea. El saldo fue, en consecuencia, positivo, y, como ha dicho un autor norteamericano, de los muchos que se han acercado a la obra española en la región, «las misiones fueron una visible muestra del genio español de la frontera».

### Las misiones de la Florida

El territorio de la Florida representa una excepción en lo tocante al desarrollo de las misiones, ya que por las circunstancias de la tierra y los nativos, aquí no pudieron desplegarse el modelo de misión del suroeste o de las reducciones del Paraguay. Las diferencias son sensibles, porque en Florida los naturales hallábanse diseminados en multitud de pequeñas subtribus que pertenecían a federaciones más amplias, como los timucua o los apalache, y habitaban en poblados reducidos consolidados, de modo que extraerlos de ellos para alojarlos en misiones *ex novo* era empeño imposible. Los religiosos lo comprendieron así, y, una vez que los jesuitas intentaron sin éxito la evangelización y se desalentaron tras varios martirios, abandonaron la región y fueron reemplazados por los franciscanos, que supieron adaptarse a las condiciones de la tierra y sus pobladores.

Así que, desechando la gran planta de la misión convencional del suroeste norteamericano, con sus viviendas para neófitos, talleres, potreros, corrales, huertos, pastizales, tierras de cultivo, montes de fruta, montes maderables, etc., se sirvieron de los propios pueblos indios para instalar dentro de ellos sus pequeñas misiones, con lugar apenas para una rústica iglesia, la residencia del padre, el taller y una pequeña huerta con una cochiguera.

Eso era todo, y los indios, en especial los niños, acudían a la misión a recibir la doctrina y la enseñanza cultural, y regresaban a dormir a sus chozas. Y de esta forma tan sencilla los franciscanos llegaron a levantar en la Florida más de cien misiones, una labor ímproba, sacrificada, tenaz, no exenta asimismo de mártires, pero que estaba dando pingües frutos apostólicos, cuando se desataron los sucesivos vendavales de los colonos británicos de Georgia y las Carolinas contra las misiones españolas, encontrando en ellas indefensos indios susceptibles de ser capturados y llevados como esclavos a las plantaciones de Jamaica. De esta forma obtenían un doble rédito, el del interés económico y el del daño a la evangelización católica.



Los autores anglosajones que tratan el tema de la extinción de las tribus indias de Florida lo achacan a la mortandad provocada por las enfermedades europeas, pero no fue esa la causa, sino la referida. Multitud de ataques menores por parte de propietarios esclavistas individuales, más las grandes depredaciones de James Moore y Oglethorpe, que significaron el tiro de gracias a la inmensa labor franciscana de muchos años. Así fue como se esfumó la lenta y callada labor de los misioneros españoles, y así fue como se provocó la extinción de los nativos del territorio de la Florida. En el curso del siglo XVIII, como informaron funcionarios españoles tras el último ataque masivo sobre la región, «en todos estos extensos dominios y provincias se han acabado la Ley de Dios y la predicación del Santo Evangelio».

Muy pocos autores han tenido la honradez intelectual de reconocer su culpa en la extinción de las tribus floridanas. La han enmascarado acudiendo al manido argumento de los virus europeos, y aún son menos los que han contado la verdad y el mérito del esfuerzo español. Por eso merece la pena citar textualmente uno de estos aislados casos, el del investigador norteamericano Michael Gannon (*The New History of Florida*):

Para muchos españoles, Florida debió parecer una Utopía nativa. En esta lejana periferia, de importancia estratégica antes que económica, se consiguieron los objetivos de la evangelización: los indios no fueron esclavizados, sus tierras no se expropiaron, no fueron enviados a las minas u obligados a realizar trabajos domésticos. La expansión territorial observó la fórmula de conquista por contrato: Los jefes indios, enseñados en las misiones, canalizaban trabajo y productos de los frailes, los soldados y los comerciantes españoles. A cambio, los nativos recibieron la promesa del cielo, un santuario sobre la tierra, así como herramientas útiles, plantas y animales.

### El milagro de Guadalupe

Hemos querido dejar para el final de este apartado sobre los métodos de la evangelización la mención al milagro de Guadalupe, porque sin poder estrictamente encuadrarse entre los instrumentos diseñados para la evangelización, su contribución fue decisiva, rematando de modo espectacular la diaria y paciente labor de los frailes a través de las anteriores medidas. Como ha señalado Casla<sup>37</sup>:

... lo que resultó incuestionable es que la Virgen de Guadalupe se convirtió rápidamente en el argumento definitivo para terminar de convertir al cristianismo a la población autóctona. Aquellas gentes abrieron sus corazones a la nueva fe, terminó prácticamente su idolatría anterior, y desaparecieron costumbres tan alarmantes para los europeos como la poligamia y los sacrificios humanos. Fue la base sobre la que se fraguó la unión de dos pueblos dispares y el nacimiento de una nueva nación.

En la madrugada del nueve de diciembre de 1531, un indio modesto llamado Juan Diego caminaba hacia la ciudad de México cuando, al pasar junto al cerro de Tepéyac, escuchó unos cantos que provenían de la cumbre. Oyó después una voz que lo llamaba, y al remontar el cerro descubrió a una señora que despedía un extraño halo y que aparecía envuelta en resplandores. Le indicó que debía erigirse un templo en aquel lugar, como expresión de su amor, compasión y defensa de los hombres.

Juan Diego acudió con el mensaje al obispo de México, Juan de Zumárraga, quien no lo creyó. La dama continuó apareciéndose al indio, y una de las veces se manifestó como la Virgen de Guadalupe. Y en otra, le pidió que cortara unas rosas rojas de lo alto del cerro y las mostrara al obispo como señal de veracidad, pues en esa estación hubiera sido imposible encontrar rosas. Juan Diego consiguió ser recibido de nuevo por el obispo, y, ante el asombro de todos, al desplegar su humilde tilma donde guardaba las rosas, sobre la tela apareció dibujada la imagen de la Virgen.

El episodio de la imagen en la tela, con el aditamento de unas flores en pleno invierno, no pasaría de un suceso extraño, si no fuera por ciertos aspectos que, desbordando lo meramente anómalo, sitúan el hecho en los arcanos de lo milagroso:

— La imagen de la Virgen que aparece en la tilma no está pintada ni se han utilizado pigmentos ni coloraciones de ninguna clase. Simplemente está grabada, *impresa* en la tela, mediante una técnica desconocida.

— La propia tilma, fabricada en fibra de maguey, debiera haberse descompuesto en unos veinte años, máximo en cuarenta. Sin embargo, persiste con su original textura y calidad casi quinientos años después del suceso.

El hecho que alcanzó más repercusión fue la escena que figura en los ojos de la figura de la Virgen. Al analizarse su retina con técnicas digitales y ampliarse la fotografía, apareció una singular

imagen. En ella puede verse a una persona extendiendo una tela, y ante ella otras figuras humanas contemplando la escena. Sin duda se trata de la escena del momento de la exhibición de la milpa ante el obispo Zumárraga y sus ayudantes, y quedó grabada en la retina de la imagen.

¿Milagro? ¿Imaginación? El suceso de Guadalupe tiene sus defensores y sus detractores. Estos argumentan el silencio del obispo Zumárraga en sus cartas. ¿Cómo es posible que un hecho de tal significado fuera obviado por el testigo más importante del suceso? ¿Acaso no fue sino un *montaje* de las autoridades para implantar de un modo definitivo la fe?

En el lado opuesto figuran las investigaciones realizadas sobre la imagen: que no se haya descompuesto el tejido quinientos años después rebasa lo comprensible, del mismo modo que la propia impresión de la imagen en ella. Y cuando se han analizado los ojos de la Virgen por laboratorios altamente especializados, se han descubierto pigmentos desconocidos, fuera del alcance de la técnica no solo de entonces, sino de la de hoy.

Lo cierto es que ahí están los hechos y las contravenciones palmarias de las leyes físicas. Los avances de la tecnología arrojarán sin duda nuevas luces sobre los datos inexplicables. Baste recordar ahora, una vez más, la importancia que Guadalupe entrañó para la consolidación del cristianismo, no solo en México, sino en toda la América hispana. Desde entonces se la venera de un modo fanático por los mexicanos, y fue símbolo de los indígenas, como la Virgen de los Remedios lo fue de los blancos y la Virgen del Rosario de los españoles del suroeste de Estados Unidos.

Tampoco se conocen las vinculaciones de la Virgen de Guadalupe con su homónima de Extremadura, siendo cierto que la extremeña es anterior. ¿Y por qué se llamó a sí misma Guadalupe la figura del cerro de Tepéyac? Todo a su alrededor aparece envuelto en las brumas del misterio. Medio milenio después, el milagro de Guadalupe sigue arrancando pasiones, levantando polvaredas de polémica y movilizando a millares de mexicanos cada diciembre, conmoviendo la devoción católica del pueblo de México.

### La Dama Azul

Cuando los franciscanos avanzaban predicando a los indios en la llamada *tierra de frontera*, el suroeste de los Estados Unidos, fundando misiones para llevar la religión y la cultura occidental a los nativos, una de las veces, para sorpresa de los frailes, tras

escuchar las prédicas, los indios contestaron que esas palabras ya las habían oído, de labios de una mujer vestida con una túnica azul.

Los misioneros no dieron crédito a lo oído. Pero el hecho comenzó a repetirse, a medida que progresaban en unas tierras inéditas para el hombre blanco: los indios aseguraban una y otra vez que una dama ataviada con un manto azul ya los había visitado e instruido sobre el cristianismo, hasta el punto de que se encontraban dispuestos a recibir el bautismo.

La noticia llegó a oídos del superior de la Orden franciscana en Nuevo México, fray Alonso de Benavides, quien tampoco en un principio le otorgó crédito, pero personalmente acudió a alguna de estas tribus, donde le confirmaron la noticia de las visitas de la misteriosa dama. Y su sorpresa fue mayúscula cuando en una de ellas le proporcionaron incluso el nombre de la presunta visitante. Decía llamarse sor María y proceder de un remoto pueblo llamado Ágreda.

El fraile se tomó en serio el asunto. Convencido de que los indios no podían inventarse las cosas, se trasladó a España y viajó hasta el pueblecito de Ágreda, en la provincia de Soria, donde radicaba un convento de monjas concepcionistas. Pidió entrevistarse con la superiora, quien, para su sorpresa, resultó llamarse María, y era una mujer joven y agraciada. Con pocos preámbulos le dio cuenta del motivo de su visita: según relataban los misioneros, los indios de las planicies americanas aseguraban que una mujer revestida con una túnica azul había estado predicando a los nativos. No solo eso, sino que ya estaban preparados para recibir el bautismo que les había anunciado la misteriosa mujer.

Para nueva sorpresa de Benavides, la mujer le aclaró que se trataba de ella misma: en efecto, dijo que, «transportada por los ángeles», llevaba años trasladándose a esas regiones y predicando el Evangelio entre los indígenas, para desbrozar el camino a los religiosos que vendrían después.

Era un extraordinario fenómeno de bilocación, en el que intervino ya formalmente la Iglesia. La Inquisición tomó cartas en el asunto. Abrió causa e interrogó varias veces a sor María, quien, bajo juramento, no se apartó un ápice de lo dicho: había viajado unas quinientas veces a las tierras de Nuevo México, Tejas y Arizona, a veces hasta dos veces al día, y no se limitó a describir con toda precisión la naturaleza de aquellas llanuras, sino que refirió las costumbres de los nativos que las habitaban, e incluso citó los nombres de muchos de ellos, para desconcierto de los pesquisidores, que comprobaron la veracidad de sus palabras.

El hecho causó gran revuelo, tanto en los territorios al norte del río Grande como en España. Hubo detractores y defensores del

prodigio, pero lo cierto era que la superiora sor María de Ágreda jamás había abandonado el convento, y, por otra parte, era innegable que parecía haber estado innumerables veces en aquellos territorios, predicando la palabra de Dios y allanando el terreno espiritual a los franciscanos que llegaron luego.

Cuatrocientos años después de todo aquello, el misterio sigue sin resolverse. La temible Inquisición se vio obligada a absolver a sor María y a archivar la causa, ante lo irrefutable de los hechos: separados por 9000 km de distancia, los indios conocían inexplicablemente a la abadesa, y esta, sin salir del claustro, sabía muchas cosas de los indios. Y en cuanto al Vaticano, nunca cerró su causa, que sigue abierta.

En 1673 se inició el proceso de beatificación de María de Ágreda, y fue declarada venerable por Clemente X. Hoy, el cuerpo de sor María se conserva incorrupto en el convento del que fue abadesa. Con él reposa el misterio de una de las más asombrosas historias de bilocación que conserva la Iglesia. Y, como en el caso de la Virgen de Guadalupe, mucho ayudó a la conversión de los indios del septentrión de la Nueva España.

## Evolución de la Iglesia en América

Para la empresa de la conquista espiritual de las Indias no bastaban hombres vulgares. «Mande religiosos de probada y honesta conducta, y además austera, pues de entregarse a las pompas habituales, causarán mucho daño a la evangelización», demandaba al rey un Hernán Cortés que ya conocía el efecto devastador que sobre la moral y las costumbres de algunos ejercía el sensual embrujo de América.

Pero la Corona, sobre la cual recaía la responsabilidad espiritual de América, por ejercer el Patronato Real, como hemos visto, ya disponía de un ejército de especialistas bien entrenados para la alta misión. La obra de Cisneros había regenerado a la Iglesia española, y, a comienzos del siglo XVI, tenía listas y pletóricas de ilusión a unas milicias muy especiales, las órdenes religiosas.

Los aztecas, cuando todavía humeaban las calzadas y calles de su capital, Tenochtitlan, a resultas de la cruenta batalla que puso fin a su imperio, se admiraron al ver a un grupo de hombres avanzando hacia la ciudad. Eran doce, llegaban demacrados tras el largo viaje, y no vestían lujosos atavíos, sino andrajosos hábitos, y además caminaban descalzos. Pero lo más asombroso fue que el capitán de las huestes españolas, el orgulloso y triunfador Malinche, acudiera a

recibirlos a las afueras de la ciudad y, bajando del caballo, pusiera la rodilla en tierra, inclinara la cabeza y besara las túnicas raídas, en señal de máximo respeto y acatamiento.

Eran los doce primeros franciscanos, los doce apóstoles avanzadilla de los integrantes de las órdenes religiosas que les seguirían: mercedarios, dominicos, agustinos. Más adelante llegarían, con el consiguiente impacto en el plano sociológico, los jesuitas, y también recalarían órdenes femeninas, pero solo como contemplativas: clarisas, agustinas, carmelitas.

Llegaban henchidos de esperanza, decididos a implantar el Evangelio, lejos de un continente artificioso como Europa, que, con sus defectos, pecados y corruptelas, tanto se había apartado de él. Venían a traer la cristiandad sin ambages, a captar a los indígenas, inocentes y puros de alma, para convertirlos en verdaderos cristianos.

De inmediato comprendieron que tenían que apartarlos lo más posible del contacto con los españoles. Separación que no era meramente física, como las reducciones a poblado o las misiones, sino también jurídica, pues los frailes regulares tuvieron un especial y constante empeño por mantenerse, ellos y los indios, al margen de encomenderos, colonos y funcionarios reales. Incluso por dejar a los aborígenes fuera de la propia hispanización. Posibilidades tenían para ello, pues estaban encuadrados en la estructura de sus propias órdenes: desde que salían de España (incluso en el propio barco), iban a cargo de su superior jerárquico, la recluta de los frailes se hacía por el procurador de la orden, y, al llegar a América, se distribuían en sus conventos, todo extramuros del engranaje oficial, si bien bajo la tutela organizativa y financiera de la gobernación de España.

La autoridad civil, en los primeros tiempos se sirvió de las órdenes religiosas, relegando a la Iglesia secular, con una doble finalidad: para contar con evangelizadores de probada conducta, algo tan indispensable en el primer y delicado contacto espiritual con los nativos, y para frenar las demandas de los titulares de las encomiendas. Estos pedían fuertes compensaciones en tierras e indios, como pago a sus servicios conquistadores, y la delegación de autoridad en las órdenes permitía al poder civil establecer una barrera eficaz entre la Corona y los encomenderos. El Estado español debió entonces navegar entre poderosas fuerzas divergentes: la Iglesia secular, las órdenes religiosas, los encomenderos..., y a fe que supo salir airoso del trance. Como ha señalado Céspedes del Castillo<sup>38</sup>:

El Estado castellano, con prudencia, tenacidad y acierto que no

se repiten muchas veces en la historia del Estado español, logró al cabo de medio siglo canalizar las energías de la naciente sociedad ultramarina, modificar sus bruscos impulsos y encajarla en el vasto sistema de la monarquía española.

El efecto de la llegada de las órdenes fue visible desde el primer momento. Rivalizaban entre ellas por ganarse a la grey, y así, a finales del siglo XVI, habían erigido 270 templos. Si bien no era solo cuestión de competir por la parroquia, sino que las leyes de Burgos habían ordenado construir templos en todas partes, de modo que los indios pudieran oír misa con facilidad los domingos y días festivos. Lo que no solo cumplieron cabalmente, sino que, al poco de instalarse en un área, eran perceptibles los efectos, pues urdían un denso tejido religioso-social que lo abarcaba todo: escuelas, capellanías, talleres, cofradías, fiestas religiosas, actos litúrgicos..., de modo que las órdenes se encastraban de modo hondo y perdurable en la sociedad civil. Además, recibían numerosos legados testamentarios, de lo que se siguió una rápida acumulación de bienes, en un proceso que se aceleró con la implantación de los jesuitas, alcanzando proporciones inconcebibles, hasta el punto de que, a principios del siglo XVII, Cervantes de Salazar llegó a decir de México, sin exagerar, que «la mitad de esta Nueva España está hoy en poder de frailes».

Entre las órdenes no solo hubo cierta competencia, sino distintas personalidades colectivas. Los dominicos fueron tradicionales y racionalistas, protectores de los nativos, y, a través de sus primeros predicadores, espolearon la conciencia de los encomenderos y de la Corona en relación con las Indias y los indios.

Los mercedarios fueron más controvertidos. Había sido fundada la orden en 1218 en Barcelona por san Pedro Nolasco<sup>39</sup> y se les autorizó a pasar a América, aunque hasta 1575 no fueron conceptuados oficialmente como orden evangelizadora en sentido estricto, de lo cual devenía la grave consecuencia de que no se les abonaban los gastos de las expediciones religiosas que enviaban. Ello repercutió negativamente en su acción evangelizadora, pues estuvieron ausentes de la conversión en Antillas, México y las áreas periféricas del Imperio, y solo pudieron desempeñarse en parte de América del Sur, y eso a pesar de haber sido, con los franciscanos, los primeros en llegar a América. Pero, si evangelizaron poco, conquistaron bastante, y capellanes mercedarios proveyeron espiritualmente muchas empresas de conquista, siendo gratificada la orden con solares, tierras y encomiendas de indios, como los demás conquistadores. Lo que les granjeó no pocas críticas, unidas al hecho de que, precisamente por esa participación directa suya,

nunca pusieron en tela de juicio la actividad de conquista.

A la vista de los hechos, no es de extrañar que Carlos V distinguiera con sus preferencias al resto de las órdenes, mas no precisamente a los mercedarios. La Corona española, en ejecución de sus prerrogativas derivadas del Patronato Real, había prohibido que se instalaran en América otras órdenes que no fueran las mendicantes, esto es, aquellas que se mantenían primordialmente de las limosnas recaudadas entre los fieles. Lo que incluía a franciscanos, dominicos y agustinos, pero no a los mercedarios, que, en cuanto no mendicantes, podían sustentarse sobre los bienes propios de la orden, y esta excepción cometida con los mercedarios debió ser otro argumento para el disfavor del emperador (más tarde, la excepción se ampliaría con la autorización dada a los jesuitas).

Los agustinos habían nacido como orden en Italia en 1256, de resultas de la fusión de varias congregaciones de ermitaños. Como indica Borges<sup>40</sup>, estos orígenes eremíticos condicionaron su labor en América, un tanto indecisa al principio, pues el paso que dieron no fue solo geográfico, sino de desviación desde los dictados fundacionales, puramente contemplativos de oración y penitencia, hacia posiciones más activas. Pero las dudas iniciales fueron resueltas a partir de la incorporación de muchos criollos, y los agustinos se decantaron por un mayor pragmatismo en su acción, que incluyó su acreditación como grandes constructores de templos y su asentimiento hacia otros recursos que las meras limosnas, pues se hicieron con buen acopio de propiedades rústicas y urbanas, que, en el siglo XVII, solo en el virreinato del Perú les proporcionaban 75.000 pesos anuales.

La labor de los franciscanos merece renglón aparte. La orden creada por Francisco de Asís en 1209 aspiraba a instaurar la nueva cristiandad, que no era otra que la predicada por Jesucristo y que se basaba por encima de todo en el ejemplo de la pobreza absoluta, la que practicó durante toda su vida el Hijo de Dios, que despreciaba el atesoramiento de riquezas. Pero fueron necesarios trescientos años más desde su fundación para que los franciscanos lograran hacer realidad su modelo de vida, hallando el lugar propicio en el Nuevo Mundo. Acudieron allí y se pusieron a trabajar con espíritu encomiable, que ciertamente no decayó cuando el ímpetu inicial dio paso a cierta decepción, y, mientras otros representantes de la Iglesia caían en el desánimo o en la indolencia, ellos persistieron, creando fórmulas nuevas, probando una y otra vez, inasequibles al desaliento. Frente al lujo e incluso ostentación de los templos de otras órdenes, los franciscanos se mantuvieron en una línea de constante sobriedad. En un medio tan pródigo como América,



donde tan fácil era dejarse llevar por la bonanza, ellos mantuvieron la austeridad de costumbres, el ejemplo permanente de pobreza y vocación, tan escaso y tan necesario, en una atmósfera generalmente relajada y tendente no pocas veces a la inmoralidad.

Los jesuitas llegaron más tarde, pero ciertamente supieron recuperar el tiempo perdido, y durante los dos siglos que permanecieron en América hicieron notar su vigorosa personalidad. Para comprender cabalmente su papel se hace preciso examinar cómo fue evolucionando el hecho religioso en la América hispana. Vimos que el poder civil, en el siglo XVI, se sirvió de las órdenes para recortar las pretensiones de los encomenderos, y para abordar la tarea de cristianizar de un modo eficaz la ingente masa indígena. La balanza del siglo fue favorable a la labor de los frailes, quienes habían logrado más que parcialmente sus objetivos, en parte por sus propios méritos, en parte por el entreguismo de los nativos a la nueva religión, visto el evidente fracaso de sus propios dioses, que no fueron capaces de evitar la ocupación española.

El Estado español miró entonces las cosas de otra manera. Las órdenes, ya fuera porque una gran parte de la población indígena estaba convertida, ya porque vieran que, a pesar de las apariencias, persistían las antiguas creencias (muchos indios fueron sorprendidos practicando a escondidas sus viejos ritos) decayeron bastante (con la excepción franciscana) en su entusiasmo inicial. Pero es que, además de ello, el poder civil no veía con buenos ojos el ascendente que las órdenes regulares poseían sobre los indios, ni tampoco su relativa autonomía respecto a las autoridades estatales, ya que su jerarquía se encuadraba dentro de la propia orden.

Aplacadas con las Leyes Nuevas la presión y la fuerza de los encomenderos, el Estado deseaba ahora rebajar el poder de la Iglesia indiana, haciéndola mucho más sumisa a los dictados gubernativos. Para ello, del mismo modo que colocó a sus funcionarios en el tejido civil, facilitó la entrada en América a la Iglesia secular (de *saeculum*, o «que está en el siglo», contraria a *regulum*, o «sujeto o regla»). Los sacerdotes seculares no debían obediencia a una orden, sino directamente al obispo, y teniendo en cuenta que la Corona ejercía el control de la Iglesia americana a través del Patronato Real, el clero secular sería mucho más manejable por la autoridad civil. Además, para el Estado no tenía sentido que la América urbana, ya acristianada, continuara en manos de las órdenes, concebidas más bien para la difícil evangelización de los territorios vírgenes.

De esta forma, el Estado, que había defendido la autonomía y el poder de los frailes regulares frente a la Iglesia secular, favoreció ahora la acción de esta, la tradicional jerarquía eclesiástica

construida sobre el eje diócesis-parroquia, y que se inicia con el obispo hasta llegar al simple cura de aldea. El primer obispado de América fue el de Santo Domingo, creado en fecha tan temprana como 1504, pero en 1550 ya había 22 diócesis. Más tarde, los obispados de Santo Domingo, México y Lima fueron elevados a la categoría de arzobispados. En cuanto a las parroquias, fueron la célula de la Iglesia local indiana, como quería el Concilio de Trento, y se encargaron de mantener la fe entre las comunidades españolas. Había entrado, pues, la burocracia eclesiástica, apelmazada y rutinaria, frente a las ágiles, selectas e idealistas tropas de los órdenes mendicantes, como los funcionarios reales habían desplazado en la organización del territorio a los conquistadores y los encomenderos.

Para sufragar el coste de todo este aparato, que incluía la construcción y mantenimiento de templos, la labor hospitalaria y de caridad pública, las obras pías y el pago de los clérigos, la Corona, en cuanto titular del Patronato Real, cobraba el diezmo sobre los llamados *frutos de la tierra*: la agricultura y la ganadería, de modo que, en última instancia, fue la tierra la que sostuvo a la Iglesia católica en América.

En este contexto es cuando irrumpen en América los jesuitas: cuando la inicial moral evangelizadora había decaído; cuando la cristianización quedaba reducida a los peligrosos territorios de las fronteras; cuando la organización eclesial convencional ganaba el terreno a la especializada, y cuando el Estado había mostrado su faz centralizadora, confinando a las órdenes a las periferias del imperio y colocando en las áreas consolidadas al sacerdocio secular.

Los jesuitas supieron navegar con firmeza entre tantas corrientes contrarias. Habían nacido en 1540, erigiéndose bajo la energía de Ignacio de Loyola en el brazo religioso que precisaban las reformas tridentinas, como la España de Felipe II cumplió ese papel en lo político y militar. Al igual que otras órdenes, hallaron en América el campo idóneo para la instauración de la prístina fe cristiana, y, tras la masiva evangelización de la primera hornada, recibieron el encargo de propagar el catolicismo en los arrabales del imperio. Muy pronto habrían de demostrar que, como colectivo, habían heredado el talento indiscutible de su fundador. Porque tuvieron que desenvolverse entre múltiples fuerzas enfrentadas, y con mezcla de firmeza y diplomacia salieron airoso y encontraron su sitio en esa América española que parecía, a su llegada, vedada ya para el clero regular.

En lo personal demostraron la mayor honestidad moral, y se mantuvieron siempre al margen de los escándalos que acompañaban con frecuencia la conducta de otros clérigos. En lo

individual daban ejemplo de religiosidad, preparación, austeridad y de nulo apego a los bienes materiales, lo que no era óbice para que la Compañía regentara sus posesiones con extraordinario rendimiento. Por títulos de compra, donación o herencia fueron acumulando una gran riqueza, seleccionando las mejores tierras, los más rentables ingenios azucareros, las cabañas ganaderas más prósperas, y también poseían minas y obrajes textiles. Sus haciendas agrícolas y ganaderas eran las más productivas, aplicaban técnicas capitalistas modernas, ensayaban nuevos cultivos y métodos, y, además, en ellas era donde mejor se trataba a los peones. Mantenían buenas relaciones con las demás órdenes e incluso con el clero secular, así como con la autoridad civil, lo que no impedía que defendieran su posición y sus derechos con la mayor firmeza. Su sumisión al papa era total y ciega, pero guardaban una absoluta fidelidad al soberano español, al que entregaban puntualmente los diezmos debidos y la tributación de los indios a su servicio. En suma, los jesuitas fueron un modelo de buen hacer, de sabiduría económica, religiosa y política, en ese entresijo de intereses antagónicos que fueron las Indias de la época española.

La suma de todas sus pericias llevó a la Compañía a acopiar inmensas propiedades. Con las rentas producidas en sus haciendas e ingenios pudieron construir templos y conventos, sufragar la actividad misionera y atender el otro gran ámbito de su actividad en América, la educación. Gestionaban los mejores colegios en las ciudades, otorgando grados universitarios, y puede afirmarse que lo más selecto de la clase criolla pasaba por sus aulas. En algún momento fueron responsables casi absolutos de la educación en América, lo que habría de levantar no pocas suspicacias.

Con lo expuesto, se entrevén las coordenadas de la Iglesia indiana del siglo XVII. Época que se caracteriza por la cristianización completa de los nativos, que no debe atribuirse en exclusiva al apostolado de los sacerdotes seculares, sino que se recoge ahora la cosecha de la tenaz labor del clero regular sobre los niños, operada en la centuria pasada.

Otra nota del siglo es que el Estado español puede al fin aplicar su propia política, y no la de otros estamentos, como la de los conquistadores o las órdenes religiosas. No está dispuesto a que no se haga efectivo su control y a que no se hispanice por completo a los nuevos reinos, como pretendían los frailes, que querían mantener a los nativos al margen de los españoles. Para ello utiliza al más moldeable clero secular, pero esto trae consigo una clara burocratización de la Iglesia indiana. Los sacerdotes no se hallan imbuidos de la misma espiritualidad y vocación, la mayoría caen en la rutina pastoral y se muestran menos comprensivos con las

desviaciones idolátricas de los indígenas, que extirpan violentamente y sin contemplaciones, en especial donde estas afloraron más explícitamente, que fue en el área andina.

Muchos sacerdotes se apartan de la rígida observancia de las propias costumbres y se comportan de modo indecoroso, cuando no escandalizan con grave degradación moral, que pasan desde extorsionar a los pobres indios en aldeas perdidas, hasta mantener concubinas y tener descendencia. La población asistió a estos descarríos con cierta indiferencia, cuando no fatalismo, pues el poder de la Iglesia era omnímodo, y semejantes conductas llegaron a considerarse moneda corriente.

La Inquisición americana, instaurada contra la idolatría, fue mucho menos activa que la peninsular, pues los indios estaban exentos de su jurisdicción, aunque tuvo algún efecto en frenar la vida licenciosa de los sacerdotes.

La Iglesia acumuló incontables riquezas en este siglo, producto del diezmo y de sus propias transacciones, con el resultado de que el lujo entró en sus ministros, así como la codicia, extendiéndose a buena parte del clero la meta de todo inmigrante en Indias, que no era otra sino enriquecerse. Había obispados con rentas fabulosas, como el de Cuzco, que rendía 400.000 pesos al año. Pero fue inherente a este siglo que los obispados permanecieran vacantes mucho tiempo desde su último titular, lo que repercutía muy negativamente en la calidad religiosa de la diócesis.

Las notas negativas apuntadas no fueron empero generales, sino más bien minoritarias, ya que hubo modestos curas de conducta ejemplar, que dedicaron su vida entera a la vocación apostólica. Pero el ruido suena más que el silencio, y la impudicia de unos cuantos contaminó a la Iglesia americana. Como poco, vicios aparte, cabe acusarla en este siglo de pasividad, rutina y nula imaginación en el desempeño, salvo la desplegada en las fronteras del imperio, donde franciscanos y jesuitas libraban su particular batalla por la cristianización. Fue, pues, una Iglesia pasiva, y de semejante siembra solo cabría esperar cosecha de hostilidad por parte de la población en el siglo siguiente.

A lo largo del siglo XVIII, las características de la Iglesia indiana que marcan el siglo XVII cobran mayor intensidad. El lujo da paso al boato, y los viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa narran las situaciones escandalosas de algunos eclesiásticos, que a la vista de todos mantienen barraganas, tienen hijos, comercian y su vida dista mucho en todos los sentidos de la requerida a un representante de la Iglesia. Entre las muchas anécdotas, cuentan la de los curas que, no contentos con percibir el diezmo, cada domingo celebran el santo correspondiente, y con tal motivo exigen a los nativos dádivas

suplementarias.

En el clero indiano se reproduce el conflicto que afecta ya a otros estamentos de la vida civil: la criollización. Entre los nacidos en América y los peninsulares se traza una raya, que va a envenenar la sociedad de Indias, y a ello no son ajenos los clérigos. Cada vez que ha de proveerse un cargo en una comunidad religiosa se genera un agrio debate que trasciende a la calle, hasta el punto de que fue necesario el sistema de turno entre criollos y peninsulares para cubrir los puestos. Todas las órdenes, incluso la sobria franciscana, resultaron contagiadas por estas disputas, en ocasiones verdaderamente violentas, preludio claro de las posteriores guerras civiles de la independencia. Solo se mantuvieron al margen de ellas los jesuitas, cuyas disciplina y estructura jerárquica estuvieron por encima de fruslerías semejantes.

Pero los jesuitas tenían por entonces otros problemas. Su patrimonio había seguido creciendo sin cesar y regentaban los mejores colegios de la América hispana. Demasiado poder como para no suscitar celos en el poder político, demasiado éxito en un país como España, tan inclinado a la envidia, vicio de soterrada acción, pero de efectos destructores. Los jesuitas serían víctimas de una campaña que al cabo entrañaría consecuencias letales sobre la América española.

La difícil posición de equilibrio de los jesuitas en los distintos frentes del escenario americano acabó pasando factura. Mantener su propia personalidad costó enfrentamientos con los funcionarios civiles, con los obispos y el clero secular, con las demás órdenes, con los colonos. Pero más grave fue la insidia desatada en la Península, sobre una orden que obedecía directamente a Roma, y cuya férrea estructura jerárquica impedía manipulaciones desde Madrid, Lima o México. Comenzó una persistente campaña de descrédito, tildando a los jesuitas de desleales a la Corona y de inculcar en sus alumnos ideas contrarias a España y favorables a la independencia. Además, estaba la cuestión del «Estado jesuítico paraguayo», sus reducciones guaraníes, en las que, se afirmaba, no admitían injerencia gubernamental alguna y, si se daba el caso, estaban en condiciones de levantar en armas a sus indios. Acusaciones injustificadas, tras las cuales había no pocas dosis de envidia y de codicia hacia las fabulosas propiedades de la orden.

Todas estas imputaciones sonaron una y otra vez en los oídos de Carlos III y sus ministros, amplificadas por la distancia, y el monarca resolvió finalmente, en 1767, decretar la expulsión de la Compañía de Jesús de todas las posesiones españolas en América. La notificación del decreto a virreyes y gobernadores se mantuvo en el mayor secreto hasta el mismo día de la expulsión, y fue acatado

por los jesuitas con la disciplina y obediencia propias de la orden. En las siguientes semanas, 2500 frailes saldrían de América, y todas las propiedades de la Compañía quedaron confiscadas.

La expulsión de los jesuitas constituyó un hecho de una envergadura sin precedentes, y sus consecuencias fueron decisivas. De golpe, las misiones se quedaron sin sus rectores, y muchos colegios, sin profesorado. Haciendas, fincas, obrajes, todo quedó sin gestores, y el Estado dispuso que los bienes fueran administrados por las otras órdenes.

Pero las consecuencias intangibles fueron mucho más importantes. Con la marcha de los jesuitas, la sociedad americana quedó desvertebrada. Sus detractores los habían acusado de dedicarse a formar a las clases criollas dirigentes, y que el criollismo era el germen de la Independencia. Ciertamente que por las aulas de la Compañía pasaban los vástagos de las mejores familias criollas, y que en ellas se ponderaban las excelencias de América, pero otra cosa es que alentaran la emancipación. Antes al contrario, los jesuitas guardaban una fidelidad y una lealtad absolutas a la Corona de España, la cual inculcaban a sus alumnos. Desaparecidos de la escena, el alumnado no tuvo ya ese patrón fiel y seguro de la lealtad al rey que exhortaban los jesuitas. Sin ellos, no solo los colegios y las misiones, sino la compleja red cívico-espiritual montada por la Compañía en las ciudades, se vinieron abajo. La sociedad se quedó sin su almacén principal, allanándose de esta forma el camino a la Independencia. La historia ha sido unánime al juzgar la expulsión de los jesuitas como un gran error político, toda una mancha en el reinado de ese excelente rey que fue Carlos III.

\* \* \*

Las descritas fueron las líneas maestras de la trabajosa andadura de la religión católica en América. Al Nuevo Mundo pasó no solo la esencia del credo, sino los rasgos particulares de la religiosidad andaluza. Así, la emotividad por encima de la convicción racional, la creencia ciega, la fe sin asomo de duda, con esa especie de fundamentalismo heredado de los invasores árabes y que portaban los primeros colonizadores.

También pasó a América el carácter extravertido y festivo de la religión, su vinculación con el fulgor externo, esa religión que penetra por los sentidos corporales y anímicos. Relacionado quizá con el gusto por la apariencia, por lo formal por encima del fondo, por la preferencia a cuidar el escaparate antes que la trastienda, algo propio de la hidalguía que pululaba entonces por las tierras

españolas.

Otro rasgo exportado fue la relación de la religión con la evolución biológica de los individuos. Desde el nacimiento a la muerte, la religión impregna las vidas: el bautismo, la eucaristía, la ceniza, el matrimonio, las exequias, el día de difuntos.

A América llegó también el culto a las imágenes y a los símbolos, que tan fácilmente puede derivar en superstición y magia. Y como nota adicional, y común a América y a Andalucía, la devoción profunda hacia la Virgen, cuya imagen presidía invariablemente los barcos de los navegantes españoles.

Tal fue la religión que se implantó en el Nuevo Mundo. Religión esmaltada de ritos y cultos, adornada de resplandores, con abundantes visos de superficialidad, pero profundamente anclada en el alma de América.

# COSTUMBRES

En las costumbres de un pueblo es probablemente donde más claramente puede percibirse la presencia de una determinada cultura, porque ellas impregnan todos los aspectos en los que se desenvuelve la vida de las personas. Las costumbres determinan cómo se visten, se alimentan, se divierten o trabajan, e influyen en la percepción colectiva de las cosas, del entorno, incluso de la manera de pensar. La vida cotidiana de las gentes, los hábitos, su filosofía de vida, todo eso forma parte de ese acervo cultural que se conoce bajo el epígrafe genérico de *costumbres*, la forma de actuar y de sentir de los pueblos en el nivel del individuo y en el de la colectividad.

Veremos en este capítulo cómo un enorme caudal de costumbres españolas se deslizaron en América, a través de las rutas marítimas de los siglos inmediatos al contacto. Las llevaban consigo los pobladores de las nuevas tierras, y eran de dos clases: unas, materiales, atañendo a los usos de la vida diaria: la casa, el alimento, el vestido, los pasatiempos. Otras eran inmateriales, afectando a la percepción del mundo, la forma general de pensar, la postura ante los estímulos del entorno, en una palabra, a la filosofía vital de los colonizadores de América.

La mejor manera de exponer las costumbres es examinar la vida de los individuos. Esta se articula en torno a tres hechos biológicos fundamentales: el nacimiento, el matrimonio y la muerte, a todos los cuales —sobre todo a la muerte— el costumbrismo hispano concede la máxima consideración y la mayor abundancia de ritos. Sobre estos tres pilares esenciales giran los demás elementos del polícromo cuadro de costumbres del mundo hispano.

## Nacimiento

En realidad, las prácticas relacionadas con el nacimiento comienzan mucho antes, con ocasión del embarazo. Es inagotable el manantial de procedimientos inventados por las gentes hispanas para que la



mujer quede embarazada, e incluso para estimular uno u otro sexo. Se confiere gran influencia a la luna, y se tiende a realizar cualquier acción en su fase creciente, que es la favorable, desconfiándose de la fase menguante y de la luna llena, a la que se atribuye la facultad de alterar las facultades mentales y de influir sobre las personas, los animales e incluso las plantas.

La tradición en todo el orbe hispano ofrecía un arsenal de técnicas que mezclaban lo médico con lo mágico, y muchas de estas fórmulas y creencias continúan vivas en el mundo rural de España e Iberoamérica. Una muy extendida es la del antojo, por la que no se debe privar a la mujer preñada de capricho alguno, pues ello repercutiría sobre el niño, del mismo modo que resulta desaconsejable que la futura madre haga madejas de hilo, ya que tal cosa haría que el cordón umbilical se enrollara sobre el infante.

En el nacimiento tuvieron mucho ascendiente las parteras, que nunca faltaban en el medio rural. La madre guardaba la cuarentena, en la que no salía ni siquiera para el bautismo. Es época de amamantar, en lo que ha de poner gran cuidado, pues subsiste, a uno y otro lado del Atlántico, la convicción de que las culebras reptan hacia las mujeres paridas y, cuando duermen, se cuelan en su cama y maman de sus ubres. Aún más, si el niño llora hambriento, la sinuosa culebra introduce su cola en la boca para callarlo y seguir disfrutando de la leche materna. Curiosa creencia, extendida en todo el medio rural español, donde hay gentes que aseguran haber visto a serpientes mamando de las ubres de las vacas (algo materialmente imposible, dada la disposición bucal de los ofidios) y aproximándose a las casas de las paridas con semejantes intenciones. Esta imaginaria cualidad de las culebras es prácticamente dogma, e inextirpable, en el campo español, y se exportó a América con los pobladores andaluces, que sentían —y sienten— verdadero horror por las culebras, hasta el punto de que este nombre es impronunciable, sustituido por el de *bicha*.

Tan relevante como el propio nacimiento era la cristianización del niño, el bautismo, por el que dejaba de ser infiel y estar condenado al limbo en caso de muerte antes de ser bautizado, e ingresaba en la comunidad cristiana. El ritual, citado por Mena<sup>41</sup>, exigía que los padres no asistieran al acto del bautizo, so riesgo de que el niño muriera pronto. La madre entregaba al niño a la madrina, quien lo llevaba a la iglesia y lo devolvía con estas palabras: «Comadre, me lo entregaste moro y te lo devuelvo cristiano». Madre y madrina se llamaban desde entonces *comadres* y anudaban entre ellas un lazo imperecedero.

Uno permanente en el ámbito hispano fue poner al niño el santo del día, de donde se explica la extravagancia de los nombres en el

medio rural de España, México o Nuevo México, pues allí también pervive la costumbre. En las familias sencillas era habitual poner un solo nombre, y varios en el caso de familias acomodadas. Pero, incluso en estas, continúa vigente la tradición de incluir entre las gracias del recién nacido el santo del día. Y hay que hacer notar cómo, a pesar de que exista un océano por medio, la familia hispana está reaccionando igual ante la novedad de los seriales televisivos, los nombres ostentosos y afectados de cuyos personajes se están trasladando a los recién nacidos en ambas orillas.

Dada la tendencia de las gentes hispanas a la interpretación por los signos, hay alguno que no conviene apreciar en el recién nacido, como que luzca una vena en el entrecejo, pues morirá antes de los siete años. Mecer una cuna vacía es señal de que fallecerá pronto, y en el propio acto del bautismo todos los detalles son cuidadosamente observados, pues por ellos se deducen muchas conjeturas sobre el futuro de la criatura. Si llora o no cuando cae el agua, si vela o duerme durante el rito... Cualquier mínima señal, de acuerdo con códigos antiguos dictados por el uso, es susceptible de traducirse en fortunas o desventuras. De unas y otras tendrán una parte de responsabilidad los padrinos, quienes son los encargados de velar espiritualmente por sus ahijados y, en caso de fallecimiento de los padres, de hacerse cargo de ellos materialmente.

Ni que decir tiene que el bautismo (y no propiamente el nacimiento) es, además de una iniciación a la religión, un motivo de fiesta con mayúsculas. Resulta curioso contemplar hoy alguna celebración de bautismo en el suroeste de los Estados Unidos, en la que abundan los ingredientes hispanos: el chocolate, la guitarra, el baile, los regalos...

### Alimentación y vestido

A su llegada, los españoles encontraron a una población nativa que consumía una dieta en general pobre, sobrada en fécula y escasa en proteínas. Y no incorporaron enseguida los nuevos alimentos europeos, pues contra algunos sentían verdadera aversión, como los indios de California, que rechazaban el queso por creer que eran sesos humanos, y el azúcar moreno, por tomarlo por excrementos. Pero, vencidos estos prejuicios, se adaptaron a la carne, a los huevos, y, aunque siguieron prefiriendo por largo tiempo sus tortas de maíz al pan de trigo (no comprendían tener que trabajar para cosechar un producto como el cereal, al que consideraban inútil), poco a poco la mayor calidad del trigo se fue imponiendo como

consumo básico. Como también se generalizó el uso del horno de pan, que los norteamericanos llaman *horno indio*, y que no es sino réplica de los hornos rurales ibéricos que aún pueden verse en los campos andaluces (en cambio, consideran la barbacoa un producto típicamente norteamericano, siendo así que este sí es un *horno indio*, pues es oriundo de los indígenas del Caribe).

A medida que transcurrían las generaciones, los indios se aficionaban más y más a la comida española. Con el ganado entraron los asados y las parrillas. Y con la caña de azúcar, la pasión por los dulces y sus múltiples variedades, una tradición heredada de los judíos y los árabes, pueblos muy golosos, aunque la afición peninsular parece derivar de los romanos e incluso de pueblos anteriores. Los españoles llevaron los buñuelos, los pasteles, las torrijas, los huesos de santo, los caramelos, los bizcochos, los alfajores, las yemas..., prendiendo fuertemente en América la afición al dulce.

Así pues, desde la perspectiva del indio pueden apuntarse dos fases en relación al contacto con la alimentación española. Una primera de rechazo, y una segunda de progresiva asimilación. Fases que vemos reproducidas a la inversa, desde la óptica española. La primera generación de conquistadores y pobladores repudiaba la cocina india y se aferraba a los platillos de sus pueblos natales, deleitándose cuando lograban hacerse con una docena de aceitunas o un manojito de uvas.

Pero, a partir de la siguiente generación, el sustrato alimentario indígena se hace sentir, y a partir de ahí el proceso sería imparable. En el gusto criollo se abrían paso las especias, las enchiladas, los tamales, el chocolate, el ron, la vainilla, y nada digamos de la impresionante influencia de algunos productos americanos sobre la alimentación europea, con novedades como el maíz, la patata, el tomate, el pimiento y el pimentón, que penetraron en la cocina española y europea, revolucionándola, como ya se ha explicado en el capítulo dedicado a la agricultura.

La conclusión es clara: desde el mutuo rechazo inicial, los pueblos indio y español se acercaron a sus respectivas costumbres alimentarias, y el resultado es una cocina compartida, también en algún modo *mestiza*, y quizá donde esto más se evidencie sea en el suroeste de los Estados Unidos, la antigua *frontera*, donde coexiste la llamada *cocina mexicana*, con las sopas, pucheros, estofados y asados españoles; donde muchos alimentos, como la carne, se desecan para ser conservados, legado español para unas tierras áridas que precisan de tal procedimiento; donde se practica la matanza y se adoba la *carne de puerco*. Cuando los angloamericanos arribaron a aquellos territorios para ya no dejarlos, hallaron una

rica y variada cocina, producto de esta suerte de mestizaje culinario. Y, como señala Arthur Campa<sup>42</sup>, «ahíto de bacon y maíz, encontraron muy apetitosa la comida del suroeste».

Cortés y sus huestes aportaron a Veracruz vestidos de negro riguroso, porque era día de Viernes Santo (lo que reforzó la creencia de que se trataba del dios Quetzalcoátl, quien presumiblemente también vestía de negro). Muchos indios vieron a otros españoles llegar provistos de fornidas corazas, en la imagen arquetípica del conquistador, pero ni uno ni otro atuendo duraron mucho, pues los invasores comprobaron enseguida que, con los escaupiles o sayos acolchados de los indígenas, la protección era pareja, pero más llevadero el implacable sol de los trópicos.

Indios y españoles se observaron y se copiaron la indumentaria. Los indios, en parte porque las normas les obligaban a ello, y en parte por puro afán de imitación, adoptaron el modo de vestir de los españoles. A la fibra de maguey unieron el algodón y la lana. Tejían los indios el pelo de los camélidos, como la llama y la vicuña, con un telar horizontal, y los colonos importaron el superior torno de hilar y telares andaluces de gran rendimiento, pero que apenas daban abasto para atender la demanda indígena de ropa de Castilla.

Fue así que se habituaron a prendas desconocidas por ellos, como el sombrero, que gozó de gran implantación en México, o la manta rayada que llevan al hombro los charros mexicanos, y que sin duda procede de la alforja o manta del área de Castilla, León y Extremadura. Incluso el famoso poncho boliviano no es autóctono, ya que los pobladores andinos anudaban al cuello ambas extremidades de la manta, hasta que los castellanos les enseñaron el modo de abrir un agujero en ella para sacar la cabeza, y por eso en remotas regiones bolivianas aún se habla del *poncho de Castilla*.

Vasco de Quiroga, el Tata Vasco de Michoacán, quiso que el atuendo reflejara la sencillez y pureza de las almas, y por eso reguló las prendas de los indios puestos a su cuidado, exigiendo el limpio y sencillo color blanco. Unos pantalones o zaragüelles, una camisa o jubón y la tilma o manta componían el primitivo uniforme de los nuevos cristianos, hasta que las diferencias sociales y económicas entre los propios indios indujeron mayor diversidad en el vestir, así como un permanente deseo de remedar la ropa española.

Esta última, por su parte, también evolucionó mucho desde los sencillos ropajes pardos de los primeros pobladores, según el sobrio modo castellano de la época. El *factor ecológico* americano, que afectó a tantos aspectos de la cultura material española, incluyó el vestuario criollo, que al paso de los años fue haciéndose más recargado. De la mesura inicial pasóse a la elegancia, y de ahí a un

lujo y presunción desenfrenados, manifestados aún más en las damas, atiborradas de sedas, joyas y encajes. Fueron tales los excesos que se promulgaron normativas para combatirlos, como por ejemplo prohibir el uso de carrozas en las vías públicas.

El algodón y también la seda fueron profusamente trabajados en los obrajes, y hubo pueblos enteros dedicados a esta industria, que incluso fueron bautizados por ello, como Texepa de la Seda y San Francisco de la Seda, y la localidad de Chimayó, en Nuevo México, se especializó en la confección de mantas. Posteriormente, las industrias textiles catalanas del siglo XVIII importaron algodón americano y con él fabricaron los llamados *tejidos de Indias*, para lo cual adquirían también otro producto americano, la cochinilla, un crustáceo que habita en las chumberas y que, criado en cautividad, engordaba mucho, y cuyas hembras, al ser secadas y trituradas producían un tinte rojo insuperable para teñir de grana los tejidos.

### Casa y decoración

Hemos hablado en otro capítulo de lo relativo a la extensión en América de los modelos arquitectónicos españoles, que pronto recibirían la impronta especialísima del Nuevo Mundo. Lo propio ocurrió con los elementos complementarios de la arquitectura que sirven para decorar o como útiles cotidianos. Es el caso de la cerámica, cuya técnica trajeron a España los árabes desde Oriente, creándose numerosos y afamados alfares en Andalucía, que sirvieron para hermostrar los exteriores y las cúpulas de las iglesias. Pero ningún centro tan famoso como el de Talavera de la Reina, maestro en la importante técnica del vidriado de la cerámica.

Los artesanos amerindios conocían y utilizaban la cerámica, pero en su forma más primitiva, sin vidriar, la técnica que permite impermeabilizar las piezas y que el barro no entre en contacto con los alimentos, resistiendo además mucho mejor las altas temperaturas. El vidriado de la cerámica se extendió rápidamente en América, de manos de unos eximios artesanos como eran los indios, y varias poblaciones se dedicaron al oficio, al modo de las españolas Salvatierra de los Barros, en Badajoz, y la ya citada Talavera. México, Bogotá y Perú fueron centros loceros de importancia, y los artesanos peruanos crearon una personalidad alfarera propia, diseñando objetos como los reputados toros de Pucará.

Fueron los dominicos quienes, en 1532, introdujeron la cerámica en Puebla, y el gremio de loceros importó la técnica del vidriado de

Talavera de la Reina. Como era de esperar, al cabo de un siglo la cerámica poblense no solo rivalizaba con la talaverana, sino que el sesgo americano ya había impreso su marca. Si la loza española permanecía aferrada a sus moldes y a los comedidos tonos de siempre, la de Puebla renovaba las formas y sobre todo se engalanaba con llamativos colores que causaban la admiración de los viajeros. Incluso el mismo barro blanco se mostraba más puro y refulgente. La cerámica, como advierte Foster<sup>43</sup>, fue profusamente empleada en el uso cotidiano de América, mucho más que en España, en cuyas cocinas el hierro siempre tuvo preferencia. Mucho se consumió pues la cerámica en América, y, cuando se contempla hoy una cúpula de iglesia revestida de este bello material, asombra reflexionar sobre el largo viaje que esa cerámica ha hecho a través del tiempo y el espacio, desde que partiera hace muchos siglos de las remotas tierras de Oriente, cabalgara con los jinetes árabes por el norte de África hasta asentarse en la península ibérica, navegara después con los exploradores españoles a través del Atlántico, para afincarse en una recóndita iglesia de la infinita tierra americana, quién sabe hasta qué nuevas singladuras.

Otro material de intenso uso corriente fue el cuero, desde que los ganados llevados a Antillas se hicieron cimarrones, lo mismo que ocurrió en el valle del Plata, donde el ganado alzado generó toda una industria, la del cuero, que aún se encuentra en la base económica de la Argentina actual y que se aplicó a toda suerte de objetos, generando oficios como el de talabartero, guarnicionero, zapatero, el repujado y, por descontado, todo lo concerniente a los atelajes del caballo. La cultura del cuero se extendió de uno a otro extremo del continente, aunque en el norte el factor local impuso sus propias condiciones. Así, los zapateros conocieron menor pujanza que en el sur, pues los colonos se habituaron a usar los mocasines indios, en un claro ejemplo de influencia del sustrato indígena. En cambio, se expandió mucho la técnica del repujado del cuero, de origen árabe-andaluz y conocida más tarde como estilo *southwestern*. Y es necesario resaltar un uso particular del cuero que se hizo en el suroeste, la chaqueta, llamada la *cuera*, y que, debido a su empleo por los soldados, dio lugar al conocido nombre de *soldados de cuera*.

La casa americana se llenó de objetos salidos de las forjas: clavos, bisagras, aldabas, claveteados en los portones, celosías, rejas..., cosas que imprimen un aire intensamente *español* a las viviendas coloniales.

Mencionemos finalmente la industria joyera americana, muy influida por el área de Salamanca. Fueron famosos en este sentido los peces articulados del Perú. Una vez más, como ya ocurriera con

la indumentaria y los usos del charro mexicano, la zona salmantina se muestra especial y extrañamente vigorosa en cuanto ascendiente de muchas de las costumbres del Nuevo Mundo.

## Mercados y transporte

Para proveer a la población de los alimentos y útiles de la vida diaria, se diseñó para América todo un vasto sistema de ferias, mercados y transportes que, aunque basado sobre unos medios considerados hoy rudimentarios, como la carreta, la caballería y el puesto callejero, aseguraron el suministro de una manera razonablemente eficiente.

La compraventa de mercancías se llevó a cabo a través de las ferias y los mercados, que se distinguen en que aquellas son más espaciadas e importantes, mientras que estos se dedicaron al abastecimiento cotidiano en pueblos y ciudades. En España, la feria de más renombre fue la de Medina del Campo, que se celebraba con ocasión de la subida a puertos de los rebaños trashumantes de ovejas, cuando la Mesta movía varios millones de merinas cada primavera y cada otoño, en busca de los pastos de verano y de invierno, y la industria de la lana era, como dijo Miguel de Cervantes, «la principal sustancia destos Reynos». La de Medina era una feria esencialmente ganadera que se celebraba en su plaza Mayor y aún pueden verse, incrustados sobre el pavimento de la plaza, los rótulos correspondientes a los gremios que se instalaban aledaños a la feria principal, como los barberos, loceros, guarnicioneros y el resto de la muestra de oficios de la España medieval de entonces.

En América, aunque había ferias afamadas, como la de mulas de Tucumán, las mayores coincidían con el arribo de los barcos procedentes de España, cargados de personas, enseres y noticias. Cuando las asechanzas piratas obligaron a organizar el sistema de flotas mercantes, convoyes que partían al unísono y navegaban próximos entre sí, la llegada anual a Veracruz daba lugar a la famosa feria, corazón de todo el complejo entramado comercial de América, pues en Veracruz coincidían los compradores de las mercancías que traía la flota, con los agentes y factores comisionados para la venta de los productos procedentes de orígenes tan distantes como el Perú. Todo lo cual exigía un complicadísimo engranaje de transporte desde aquellos puntos, por medio de barcos que costeaban por los litorales Atlántico y Pacífico, más arrieros con sus recuas muleras por los caminos interiores.

Todo debía hacerse de manera sincrónica, para que la mercancía estuviera lista a la llegada de la flota a Veracruz. El único inconveniente de esta feria era la insalubridad general de la zona, donde no era difícil contraer la fiebre amarilla o la malaria, y ante las repetidas quejas de los comerciantes se dispuso el traslado de la feria a Jalapa. El gran montaje ferial finiquitó cuando en la segunda mitad del siglo XVIII se declaró la libertad de comercio.

Los mercados españoles y americanos se hallan incrustados de una manera profunda en las costumbres de ambos pueblos, y reflejan no poco el modo de ser hispano, ya que los mercados abiertos no son simplemente los puntos donde se aprovisiona el vecindario, sino sitios para la comunicación, algo inseparable del alma colectiva de esta cultura. En España los mercados comenzaron a establecerse a lo largo de la ruta jacobea, para satisfacer las demandas de los peregrinos, y luego se extendieron al resto de la Península. Su periodicidad es generalmente semanal, y de tal modo se hallan insertos en el ánimo de las gentes, que, a pesar de la comodidad y la asepsia de los supermercados modernos, estos no han logrado la popularidad del mercadillo semanal de los pueblos, y aun de las capitales de provincia, que sigue congregando a todo el vecindario, y en el que se venden alimentos, cacharrería y útiles caseros, devolviendo a la plaza el ambiente medieval de los orígenes.

Los mercados en Iberoamérica son la prolongación exacta de los españoles, salvo que añaden la consabida nota *criolla* de barahúnda y colorido, propios de una tierra tan copiosa. Mercadillos como los guatemaltecos de Chichicastenango o La Antigua reflejan a la perfección esa exuberancia, como si fueran escaparates del desbordante ambiente humano de América. Allí se venden no solo alimentos, sino flores, animales vivos y muertos, medicinas y remedios de toda laya, por no hablar de los mercados callejeros bolivianos, donde, junto a una promiscua miscelánea de bagatelas, aparecen fetos de llamas, destinados a ser enterrados bajo los cimientos de los edificios de nueva planta, como garantía segura de buena ventura para sus moradores.

Todas las semanas, en la plaza Mayor de Santa Fe, Nuevo México, los indios extienden sus mantas y las cubren con sus productos artesanales: figuritas de barro, collares, pulseras..., y al hacerlo reviven la tradición del mercado heredada de los españoles. El apogeo de este comercio tiene lugar en el mes de septiembre, con las fiestas de Santa Fe, cuando la plaza y las calles aledañas bullen de puestos callejeros, y entonces resucita con el mismo vigor el esplendor ferial de antaño.

Curiosamente, quienes más se aficionaron a este comercio del



mercadillo abierto fueron los indios, que durante siglos entraron en contacto, generalmente hostil, con las vanguardias españolas de la frontera. Destacaron por su agresividad los irreductibles comanches, que tuvieron en jaque a las tropas españolas y, más tarde, a las angloamericanas, por su permanente movilidad. Sin embargo, una o dos veces al año acampaban a las afueras de Taos, exponían sus productos y los cambiaban por los españoles. Este trueque fue llamado el *comercio comanchero*, y por unos días se alzaba una tregua, llamada la *tregua de Dios*, y cada parte obtenía los productos del otro. Luego se levantaban los campamentos, y los comanches volvían a ser los agresivos e incómodos guerreros de siempre.

### La arriería y sus caminos

Para el transporte de todos los objetos y víveres que demandaba una población dispersa en el larguísimo corredor de tierra que discurría entre la frontera novomexicana y la Patagonia, existió toda una red de caminos y de arrieros.

En otro lugar hemos mencionado el desarrollo que alcanzaron en este vasto sistema de comunicación las recuas de mulas con sus mayordomos, sabaneros, cargadores y atajadores, en un engranaje que recuerda mucho a la jerarquía pastoril de la trashumancia española, compuesta por mayores, rabadanes, pastores y zagales. Y corresponde ahora hablar someramente de otro gran medio de transporte, el carro de ruedas, y de su derivado, la carreta.

Por una vez, no fue Andalucía la región que aportó este elemento de cultura material, sino las regiones cantábricas del norte ibérico. El carro andaluz es un carro de madera con ruedas de rayos, a veces de enorme tamaño, y es un carro que, si en el trabajo diario sirve para el acarreo de las mercaderías, cuando llega el tiempo de fiesta, que es pródigo en Andalucía, se engalana con toldillos, flores y guirnaldas, como ocurre en las romerías de El Rocío o de Santa María de la Cabeza.

Pero no fue este el carro que se generalizó en América, sino el carro del norte, sólida estructura de madera que parece provenir de un tronco ahorquillado, y cuya planta recuerda a la proa de un barco. En algunos lugares es llamado el *carro celta*, y su mayor particularidad se encuentra en el diseño de las dos ruedas. Estas no tienen rayos, como las andaluzas, sino que son macizas, y su fuerte engranaje al eje de madera hace brotar un sonido especial, chirriante y monótono, que, aseguran, ejerce de bálsamo para los carreteros y sus caballerías. Los labradores de la comarca de los

Picos de Europa rivalizaban entre sí por sacar las notas más sonoras a sus carros, y para ello untaban los ejes con grasas y aceites. Y, al caer la tarde, cuando, cumplida la faena en el campo, volvían a casa los labradores a soles recogidos, el sonido de los carros inundaba el aire, y era como la música triste y cadenciosa del crepúsculo en los Picos de Europa.

Este carro fue el que se expandió en América, y su chilladera también resuena en los campos del Nuevo Mundo. Asimismo se exportó la rastra, especie de plataforma de madera para la carga de heno o piedras, arrastrada por un buey y utilizada en aquellos parajes impracticables para las ruedas, como los pedregosos, los muy pinos o los muy húmedos, donde se atascan las ruedas. La rastra ha desaparecido casi por completo en el campo español, pero aún es posible verla en el agro americano, como en Cuba y las campiñas de Centroamérica.

En el orden general del abastecimiento había ciertos intermediarios que no debemos pasar por alto. Eran los buhoneros, verdaderos bazares andantes, que desempeñaron un papel de la máxima importancia en el comercio español medieval y en el de la América hispana. Ellos se ocuparon de extender las redes comerciales hasta los puntos más remotos, hasta los centros mineros o las apartadas haciendas de la frontera. Viajaron también por el Camino Real de México a Santa Fe, acompañados de músicos, payasos y cuenteros, todos ellos llamados *maromeros* (todavía quedan vestigios de este comercio minorista y vagabundo en el suroeste de los Estados Unidos, donde los burros fueron vistos hasta el año 1940). Mezcla de mercachifles y de aventureros, los buhoneros acuñaron una tipología humana que con mucho esfuerzo aún puede detectarse en los pueblos extremeños o andaluces, y con algo menos en las áreas rurales de América, pues el buhonero o *varillero* era una figura muy corriente en México hasta tiempos recientes.

Estos nómadas de la mercancía llenaron los caminos carreteros de América con sus carretas cuajadas de atijara y de quincallería, de hierbas, de santos y de remedios para todas las enfermedades. Con ellos reportó el abasto destinado a los puntos lejanos, pero, en sus canciones, sus consejas, sus noticias y sus hablillas, viajó también de un extremo a otro del imperio, qué duda cabe, la cultura hispana.

El capítulo del abastecimiento debe terminarse con la mención a los *pósitos* o *alhóndigas*, nombre de inequívoca reminiscencia árabe. El *pósito* es un almacén de cereal, que funcionaba como intermediario único entre el productor y el consumidor. Su papel en España lo cumplen hoy los silos, pero aún puede verse en algunos

pueblos un destartalado edificio en cuya fachada, con letras desdibujadas por el tiempo, se lee la palabra *pósito*.

## El Camino Real de Tierra Adentro

Los arrieros supieron abrir caminos en los difíciles paisajes de América, a veces utilizando los viejos caminos indígenas, otras abriendo nuevas trochas. Una de las más notables fue el Camino Real de Tierra Adentro, el eje por el que penetró en el suroeste de los Estados Unidos todo el bagaje material y cultural de la civilización hispánica a lo largo de doscientos años.

Los actuales estados de Nuevo México, Arizona, Texas y Colorado constituían la llamada entonces *tierra de frontera*, la parte más remota del virreinato mexicano, pero donde habitaban colonos, misioneros y soldados españoles, a los que era necesario proveer.

A tal fin, España organizó la llamada *conducta*, una caravana de carretas, gentes, ganados y enseres, que cada tres años partía de la ciudad de México, para llegar seis meses después a Santa Fe, la capital de Nuevo México, ya en territorio norteamericano. Trasladaban allí frailes, colonos, soldados y todo el argamandijo necesario para asentar la cultura española en aquellas tierras: semillas, plantones, aperos, muebles, papel y tinta para escribir... La caravana se componía de una treintena de carretas entoldadas (las que luego hemos visto en las películas de Hollywood como *americanas*), tiradas por bueyes, a las que seguía una nutrida representación del ganado español: caballos, vacas, burros, ovejas, gallinas... Todo este bagaje arribaba a Santa Fe y, desde allí, se distribuía por ranchos, pueblos, misiones y presidios del territorio español de frontera.

El Camino Real de Tierra Adentro tuvo su propia y extraordinaria épica, pues no en vano atravesaba tierras muy inhóspitas y plagadas de incertidumbres. Cruzaba primero por las tierras amables de Querétaro o Guanajuato, para adentrarse más tarde en los páramos desérticos de Zacatecas o Chihuahua. Se cruzaba después el río Grande, y solo restaban los arenales de Nuevo México, hasta rendir viaje en Santa Fe.

Los riesgos eran grandes. A veces se producían grandes crecidas de los ríos del camino, como el Nazca, que obligaban a la caravana a esperar durante semanas hasta que el río fuera vadeable.

Peor aún eran las sequías extremas, muy frecuentes en esas tierras desérticas. Viajeros y animales se aprovisionaban regularmente de agua en las surgencias naturales u *ojos de agua* (así

se les llama todavía hoy en los Estados Unidos), pero a veces quedaban en seco, condenando a la comitiva a la sed y el racionamiento. En este sentido era especialmente temida la travesía de la llamada *Jornada del Muerto*, en Nuevo México, cien kilómetros sin un solo manantial, que ponía al límite la resistencia de los viajeros.

Y más temido aún por las familias viajeras fue el peligro de los asaltos, porque abundaban los asaltantes. Desde la capital mexicana hasta Zacatecas había bandas que vivían de los asaltos a la caravana, a pesar de que estas marchaban protegidas por patrullas de soldados.

No obstante, el peligro mayor se instalaba más allá de Zacatecas, en los inmensos desiertos del norte de México, el hábitat de las tribus indias hostiles a España, cuyas depredaciones sembraban un terror profundo entre las familias que viajaban a la tierra de frontera en busca de una vida mejor.

Los indios, máximos conocedores del terreno, al que sabían extraer el máximo de sus posibilidades, invisibles a la guardia de la comitiva, la seguían y vigilaban desde lejos, esperando con la proverbial paciencia india el momento adecuado para la depredación. La caravana, llegada la noche, colocaba en círculo las carretas con las personas dentro e instalaba guardias en el contorno durante toda la noche.

Pero siempre había algún descuido, alguna debilidad, y entonces los indios daban el golpe, siempre de noche. Su objetivo primordial eran los caballos, y gracias a estas rapiñas consiguieron hacerse con grandes caballadas, convirtiéndose más tarde en insuperables jinetes.

Pero no solo robaban caballos. Cuando la ocasión era especialmente propicia, se atrevían a introducirse en una de las carretas y apoderarse de mujeres o niños, deslizándose con ellos en la espesura de la noche. No fueron escasas las historias de mujeres y niños arrancados de su cultura y obligados a incorporarse a una tribu india. Hubo casos de niños adaptados tan cabalmente a sus nuevas familias, que acababan por renegar de sus orígenes y se convertían en unos indios más.

Hoy, el Camino Real de Tierra Adentro está declarado como *National Historic Trail* por el Gobierno de los Estados Unidos, y posee un impresionante centro de interpretación en la localidad de Socorro, en Nuevo México, como reconocimiento al camino por el que fluyó al interior de Estados Unidos el conjunto de la cultura occidental.

Los virreinos españoles se sirvieron de numerosos caminos para organizar el trasiego comercial, militar y administrativo. Unas veces fueron rutas prehispánicas adaptadas a las nuevas necesidades y medios de locomoción, como la mula, el buey y las carretas, otras fueron caminos de nueva planta, como los llamados *caminos reales*. En el territorio de los Estados Unidos, el Camino Real de Tierra Adentro se desdoblaba en dos ramales, el Camino Real de los Tejas, que discurría por el sur hasta las misiones tejanas, y el Camino de Los Adaes, al norte de este, y que llegaba hasta Luisiana.

En California, las misiones fundadas por Junípero Serra, y a su muerte por el padre Lasuén, eran enlazadas por el Camino Real de las misiones de California, del que quedan numerosos vestigios. Lo propio ocurría con las misiones de Florida, unidas por dos caminos reales. También debe mencionarse la Ruta de Anza, hoy un *National Historic Trail*, que fue el que abrió Juan Bautista de Anza para conducir una partida de colonos desde Nuevo México hasta California.

Otra gran ruta fue el Camino Real al Alto Perú, que discurría entre Buenos Aires y Lima, inicialmente concebido como un camino de postas, pero el hallazgo de mercurio en Huancavelica le otorgó mayor enjundia, ya que el mercurio fue el producto empleado en precipitar la plata de Potosí, uno de los grandes nervios del poderío español de la época. El camino en cuestión fue abierto por el comisionado español Alonso Carrió de la Vándera, que recorrió la ruta y determinó los puntos donde debían asentarse las postas del camino. Posteriormente, bajo el seudónimo de Concoloncorvo, narró las peripecias de este viaje, que fueron muchas, en su libro *El Lazarillo de Ciegos y Caminantes*, una joya de la literatura hispánica de viajes.

El Camino de las Mulas fue una importantísima senda, porque se hallaba conectada a los embarques de plata con destino a Europa, un complejísimo engranaje que hacía confluír al mismo tiempo en Panamá, tanto el mineral procedente de las minas de Nueva España como las de Potosí, en el virreinato del Perú. Para conseguir esto había que organizar un tinglado de transporte de primer orden, pues mientras que la plata mexicana se trasladaba por vía terrestre hasta Portobello, la peruana se llevaba en barcos hasta el istmo panameño. Pero allí debían ser transportadas por vía terrestre para atravesar el istmo, y, para ello, varios meses antes partía del sur de México una larguísima recua de mulas sin carga, que llegaba a la costa pacífica del istmo a tiempo para cargar la plata potosina y cruzarla hasta la costa atlántica, en Portobello, donde con precisión

de reloj habían llegado los galeones para hacerse cargo de la plata extraída en los dos virreinos. La senda mulera era el llamado Camino de las Mulas, procediendo estas de los criaderos mexicanos.

En cambio, España no utilizó el más famoso y largo de todos los caminos prehispánicos, el *Capaq Ñan* o Gran Camino Inca, un prodigio de la ingeniería incaica, que discurría a lo largo del Altiplano para servir a las necesidades militares y administrativas del imperio. Era el eje principal de comunicación del Tahuantinsuyo, el Imperio inca, y se caracterizaba porque jamás abandonaba la línea recta, ya fueran montañas, para las que se labraban escalones de subida y bajada, o lagos, sobre los que se construían plataformas. El camino estaba servido por *chasquis*, corredores que recorrían cinco kilómetros llevando los mensajes hasta la posta siguiente, donde aguardaba el siguiente relevo. El problema es que el *Capaq Ñan* estaba empedrado en muchos de sus tramos, lo que no resultaba llevadero para las caballerías españolas, y de ahí que no se utilizara. Hoy, el *Capaq Ñan*, del que quedan numerosos tramos intactos, es un valioso tesoro arqueológico, histórico y paisajístico.

## El matrimonio

He aquí dos de los grandes ritos biológicos, festivo uno, luctuoso otro, pero los dos celebrados con enorme prosopopeya en el mundo hispano. Y en torno a ambos, inseparable de ellos, la institución de la familia.

El matrimonio, como puede suponerse, es motivo de festejo «por todo lo alto», una ocasión para, en expresión muy hispánica, «tirar la casa por la ventana». Ese día los invitados, que han regalado objetos a los novios, son agasajados con una espléndida comida, tras la cual hay música y baile que se prolonga muchas horas, aunque las bodas, en algunos lugares alcanzan una duración de varios días. Peñuela<sup>44</sup> cita la práctica del área hispana de Estados Unidos de la *entrega de novios*, que se formaliza tras el baile nocturno. Entonces, con la concurrencia reunida, un cantador o *pueta*, que es el entregador, acompañado de guitarra o violín procede a la *entrega*, recitando coplas que en parte están establecidas y en parte se improvisan.

Otras prácticas comunes en el orbe hispano son la dote y los esponsales. Por la primera, el padre de la novia hace entrega de una fuerte cantidad de dinero (en los orígenes se hacía en especie) como aportación al matrimonio. Existía también la dote religiosa, y los

registros notariales de los antiguos virreinos de México y Perú están llenos de ellas, según la cual la mujer que se retiraba al convento aportaba una cantidad para su manutención.

Los esponsales consistían en una promesa solemne de matrimonio que se hacían los futuros contrayentes. A partir de ese momento se hallaban *prometidos*, y el derecho hispano concedió valor jurídico a estos esponsales, pues el quebranto del compromiso por una de las partes generaba la obligación de indemnizar. Tanto en España como en América existían —y subsisten desde luego en el ámbito rural— numerosos procedimientos para estimular que la mujer llegara al matrimonio, y eso que puede calificarse como de verdadera obsesión por casar a la mujer deriva no solo de la necesidad de procrear, sino sobre todo de que en las sociedades tradicionales hispanas el matrimonio era la «salida natural» de las hembras, y una soltera era vista como una anomalía social, que irremediamente conducía al convento, algo que ha cambiado diametralmente hoy.

El caso es que se establecían toda suerte de fórmulas, recetas y conjuros, destinados a llevar a las solteras al altar, mientras que el hombre quedaba al margen de esta seria preocupación. En las montañas de Gredos regía una antigua costumbre, según la cual las solteras que se asomaran a las oscuras aguas de la Laguna Grande, en el corazón del macizo, quedarían casadas ese mismo año. Y las mujeres andaluzas metían en el pozo una imagen de san Antonio y la tenían allí toda la noche. De mañana se sacaba al santo, y se le amenazaba con volver a sumergirlo si no procuraba pronto el anhelado novio. Debe consignarse que, aunque la vida urbana ha arrumbado estas creencias, subsisten en no escaso número en los ámbitos rurales.

### El rito de la muerte

La muerte es algo que conmueve profundamente los sentimientos del alma hispana, y mucho antes de que ocurra ya se ha puesto en marcha toda una batería de instrumentos para su detección anticipada. Mena<sup>45</sup> ha recogido del peculio cultural andaluz una buena parte de la escenografía de la muerte, y decir Andalucía equivale a decir la América hispana.

Así, el enfermo que hace rebujos con las manos en el embozo de las sábanas morirá pronto, y, si a un cadáver al que se le han cerrado los ojos los vuelve a abrir, es infausta señal de que, a no tardar, alguien más de la casa habrá de morir. Si las líneas de la

palma de la mano convergen enseguida, es signo de muerte prematura, al contrario de si no lo hacen, y así hasta completar una larga retahíla de prefiguraciones.

Todo lo relativo al velorio o velatorio tiene sus pautas rituales bien marcadas, pues en él se distingue a los allegados de los que lo son menos. Los familiares íntimos deberán velar al deudo toda la noche en la estancia próxima e incluso a la vera del cadáver, y los más alejados se limitarán a presentar sus condolencias y marcharse seguidamente.

Era costumbre en ciertas regiones andaluzas dar un corte con una tijera a la chaqueta y pantalones del difunto, a fin de que los ladrones «no robaran el traje». Y durante el entierro, vecinos y amigos cambiaban de sitio los muebles e incluso hacían desaparecer un mueble muy vinculado al muerto, como su sillón favorito, para que al volver los parientes no revivieran su recuerdo. Y el mismo autor cuenta una siniestra costumbre que se practicó hasta mediados del pasado siglo, cuando una familia sin recursos perdía a un recién nacido. Entonces lo guardaban en un frasco bañado en alcohol o aguardiente, y, cuando fallecía otro adulto, le pedían el favor de enterrar al niño en su ataúd, con lo que se ahorraban los gastos del entierro. El asunto de los desembolsos por las exequias es tema capital entre las clases menos pudientes, y revela aún hoy el grado de importancia que se otorga a la muerte, pues desde muy temprana edad, incluso desde el nacimiento, se paga regularmente un tanto a la empresa de pompas fúnebres para que, llegado el fallecimiento, este capítulo presupuestario esté perfectamente cubierto y asegurado.

Pero el hecho de la muerte comporta otras consecuencias, como la de hacer aflorar al máximo ese rasgo del temperamento hispano ligado a la apariencia y la vanidad, lo que reflejaba magistralmente Quevedo en aquellos dos caballeros que, bajo capas solemnes y encumbradas, escondían calzas y jubones raídos. En la muerte hispana, el difunto es simplemente un pretexto para la ostentación de los vivos, y a mayor calidad del muerto, mayor gloria de sus deudos. Por eso, todo lo que rodea al deceso es objeto de la mayor atención por parte de sus afligidos parientes, y de ello no se libra clase social alguna, ya sea rural o ciudadana, pudiente o modesta, culta o iletrada.

Así, la esquila es redactada poniendo buen cuidado en que luzcan títulos, méritos y blasones del finado, y no faltan los *excelentísimo* e *ilustrísimo*, los *dones* y *doñas*, los títulos de nobleza y, si no los hay, las comendadurías o las dignidades, por menguadas que sean. También es objeto de esmero el féretro, de maderas nobles y recargado con bronces, así como las coronas de flores,



mejor cuanto más grandes y numerosas. El lugar del descanso eterno del finado reviste también los máximos miramientos y, a falta del ansiado panteón, a pocos accesible, afánanse las familias en que al menos la tumba sea merecedera, y en la lápida se esculpan los nombres en letras doradas. Y toda esta parafernalia no es por dar gusto al muerto, al que obviamente se le da ya un ardite de todo ello, sino para mayor honra de sus familias, en una manifestación más del insaciable y constante empeño hispano por aparentar. Es el último servicio que rinde el muerto a sus parientes antes del reparto de la herencia (evento que terminará con la gran cohesión familiar demostrada durante las exequias), y por ello despierta los más encendidos sentimientos.

Los funerales son un acto más de esta auténtica representación dramática que es la muerte hispánica, y a ellos acuden amigos y deudos lejanos cargados con sus frases rituales de condolencia. A la América hispana pasó la costumbre de las plañideras, mujeres que durante el velorio no cesaban de proferir gritos y lamentos. Félix Coluccio<sup>46</sup> ha estudiado algunos de estos vestigios en las tierras americanas, como el de los valles calchaquís de Argentina, donde la comitiva que acude al camposanto camina deshaciéndose en lamentos. En Bolivia, amigos y parientes permanecen alrededor del ataúd llorando y cantando las virtudes del fallecido, para que lo oiga su alma y se solace con ello. Narra Coluccio dos curiosas costumbres también argentinas: la de la comarca del Tandil, donde, si el muerto era propietario de abejas, uno de sus allegados se acercaba a las colmenas e informaba a las abejas de la muerte de su amo, costumbre que dice provenir del País Vasco. Y cuenta también la curiosa, extraordinaria figura del *despenador*, que operaba en los campos argentinos. Era tarea de gran prestigio, y su oficio consistía en acudir a las casas donde había algún enfermo terminal y, a requerimiento de las familias, les quebraba el espinazo, dando término a su sufrimiento.

Pero la muerte en el ámbito geográfico hispano no termina con los actos subsiguientes, como los funerales o el entierro. Antes bien, se prolonga mucho más lejos, muchos más años. Antaño, las viudas entraban en riguroso luto hasta su propio fallecimiento, costumbre ya muy debilitada incluso en los escenarios rurales de España y América. En cambio, el día de difuntos sigue congregando en los cementerios a lo largo de todo el espacio hispano a centenares de miles de personas que acuden a *visitar* a sus deudos. Y no hace falta para ello escudriñar en los remotos rincones del ámbito rural, sino que basta con acercarse a los cementerios de Madrid, México o Lima, para comprobar el vigor actual de esta tradición. Con antelación a la visita, algunos familiares reconocen las tumbas, las

barren y friegan a conciencia, las decoran primorosamente con flores y bruñen las leyendas. El día de la visita congrega a toda la parentela directa, que se entrega a rezos y plegarias.

Esta costumbre, tan genuinamente española, por la cual el muerto de alguna forma *revive* para sus deudos cada dos de noviembre, toma al otro lado del Atlántico el peculiar giro exagerado de la tierra, adquiriendo tintes marcadamente surrealistas. En muchos pueblos de México, la visita al cementerio se convierte en una romería. Los parientes llevan bebidas y comida, contratan conjuntos musicales que cantan las piezas que agradaban al deudo, y la jornada tiene mucho más de festiva que de luctuosa. Y en algunos pueblos del México profundo, como en San Bartolo Tutotepec, las familias llegan a sacar despojos del muerto, y en su presencia cuentan cómo van las cosas por el rancho y por el pueblo: quién casó ese año, cómo les va a los hijos, si parió la vaca... Y en Huancavelica, en Perú, llevan los manjares que más gustan al muerto y los comen en un acto, medio luctuoso medio festivo, que incluye la degustación de los alimentos y la bebida.

### La familia hispana

La familia hispana es uno de los pilares de su cultura. Familia amplia, extensa, que no se limita como en el modelo anglosajón al núcleo del padre y los hijos (pocos, por otra parte), sino que incluye a primos, tíos y abuelos, debido al hecho de que los progenitores hispanos tienen muchos hijos, estos crecen juntos y se siguen viendo cuando los padres ya han fallecido. Y, al reunirse regularmente, sus propios hijos entablan contacto, con lo que la relación familiar extensa se transmite a través de las generaciones. Un estudio realizado en Nuevo México revelaba que el 90 por 100 de las visitas que se realizaban dentro de las ciudades tenían a la familia como causa.

Este concepto de la familia, de por sí dilatada, cuenta por añadidura con dos extensiones en el mundo hispano, de origen netamente andaluz. Uno es la cofradía, especie de comunidad semifamiliar cuyo inicial propósito es organizar las fiestas del barrio o de la parroquia, ya sean las de Semana Santa o las del santo patrón. Estas cofradías, de honda tradición andaluza, fueron la dimensión religiosa del gremio y, como se expone en el capítulo dedicado a la religión, fueron una de las más eficientes correas de transmisión del cristianismo hacia la población india, pues esta se aficionó sobremanera a la cofradía, que le permitía participar en la

organización de las fiestas y desfilar en las procesiones. En la actualidad, las cofradías siguen funcionando en España y en áreas de América, e incluso en las zonas hispanas de Estados Unidos, donde de manera tan intensa se aferran a las costumbres de sus mayores.

La otra variante adicional de la familia es el compadrazgo. Su motivo principal es el bautismo, por el cual los padrinos adquieren lazos espirituales, tanto sobre el bautizado como entre sí mismos. Pero esta tradición, reconocida por la Iglesia, al pasar a América duplicó su vigor y amplió sus funciones, pues ya no era solo el bautismo, sino otros sucesos los que reclamaban el compadrazgo: un aniversario, una recepción profesional, una graduación, la primera misa... Al ejercer de padrinos, nacía la relación de compadrazgo, por la que ambos quedaban obligados entre sí de por vida, incluso más que con el propio apadrinado, debiendo siempre atenderse los requerimientos del compadre.

Probablemente, la institución del compadrazgo, de enorme fuerza en México, descansa en el profundo código del honor de la sociedad española de los tiempos medievales, cuando la menor alusión sobre el honor daba motivo a un duelo; cuando los contratos se hacían sobre la palabra dada y, mejor aún, estrechándose las manos, como hacían los comerciantes de las ferias ganaderas al cerrar un trato, el cual quedaba sellado sin necesidad de papeles. El honor jugó un papel de primer orden en la jerarquía de valores españoles, y todo él se exportó a América, germinando en figuras como el compadrazgo.

## Gremios y Cofradías

El gremio es la variante profesional de la cofradía, establecido para defender los intereses de los artesanos agremiados. Se trata de una institución de antigua prosapia en Europa y en España, donde fue briosamente apoyada por los Reyes Católicos en su continuo socavamiento del régimen feudal, al que asediaron por todos los medios posibles. Para ejercer un oficio era obligatorio estar agremiado, rechazándose de plano a los que no tuvieran «limpieza de sangre», quedando por tanto excluidos judíos y moriscos. La organización gremial era muy rígida, con una división entre maestros, oficiales y aprendices, alcanzándose la primera categoría solo si se realizaba una *obra maestra*.

El gremio pasó a América, y allí vino a ser la cara secular de la cofradía, esta dedicada a funciones religiosas y asistenciales, aquel

orientado a defender la profesión, la calidad de los productos, los precios y, en general, los intereses de los agremiados. La exclusión de los impuros de sangre no era legalmente aplicable a los indios, que no estaban conceptuados como impuros, pero, como los asociados los querían excluir de todos modos, recurrieron a ardidess indirectos, como la exigencia de requisitos técnicos. Lo cierto es que los indios no pudieron entrar en los gremios, aunque se les permitía ejercer libremente, y se ocasionaron conflictos que fueron superados por la realidad del mestizaje en el siglo XVII, cuando fueron los mestizos quienes se apropiaron de los oficios y los españoles derivaron hacia la tierra y el comercio, donde se sentían más a gusto que en oficios que requerían trabajar con las propias manos.

Los gremios fueron en la práctica férreos defensores de sus intereses corporativos, y contaron con un sistema de inspectores llamados en México *veedores*, figura vigente aún para designar a determinados vigilantes del cumplimiento de las normas. Los reformistas de Carlos III arremetieron contra el sistema gremial, y las Cortes de Cádiz proclamaron la libertad de comercio, poniendo punto y final a los gremios. Con ello finiquitaron legalmente, mas no efectivamente, pues no solo quedan vestigios del fenómeno gremial en las muchas calles de España y América que recuerdan los oficios agremiados: calle de plateros, de zapateros, de talabarteros... Porque el *espíritu gremial* había quedado indeleblemente fijado en el ejercicio de las profesiones, y de una forma u otra, con unas u otras denominaciones, continuó operando y ha llegado hasta nuestros días, bajo diversas formas de corporativismo. Llámense corporaciones profesionales, asociaciones, colegios, cámaras u otros nombres, allí donde se encuentre una agrupación defendiendo los intereses de la profesión, exigiendo la incorporación forzosa, estableciendo los precios, ejerciendo de grupo de presión sobre el poder para obtener una ley u oponerse a otra, allí se encuentra agazapado el espíritu del viejo gremio.

## Diversiones

Siendo los juegos parte integrante del marco más amplio de la fiesta, fácil es deducir su gran afición por ellos en las gentes hispanas. Uno de los primeros que se exportaron fueron las riñas de gallos, práctica muy antigua, pues ya se encontraba entre los griegos y los romanos. El área española donde más adictos tuvieron las riñas fue el decisivo eje Sevilla-Cádiz-Huelva, y fueron famosos los gallos jerezanos, y las peleas de gallos tuvieron un escenario

específico, los reñideros, un ruedo taurino en pequeño rodeado de gradas, donde los espectadores cruzaban sus apuestas. El espectáculo fue habitual en una primera etapa, pero más tarde fue prohibido, y tiempo después no solo volvió a ser permitido, sino, veleidades humanas, elevado a la categoría de monopolio público, al nivel del tabaco o los naipes. Un proceso algo semejante al de España, donde pasó por fases sucesivas de prohibición y tolerancia, y, aunque hoy la legislación protectora de los animales las tiene vetadas, las riñas de gallos posiblemente se siguen practicando clandestinamente en Andalucía occidental.

Había en la época virreinal una serie de juegos inexcusables en toda gran fiesta que se tuviera por tal, como eran las del santo patrón, la llegada de un virrey o la coronación de un nuevo monarca. Estos juegos eran el correr toros y vaquillas, la cucaña o palo engrasado, las carreras de sacos, el gallo o pato ensebados, correr sortijas o correr cañas. A excepción de este último, el resto de los juegos siguen vivos en todo el ámbito hispano, e incluso algunos, como la rayuela, consistente en trazar una raya y lanzar los tejos o discos lo más cerca posible, continúan vigentes en algunas zonas de América, como en el área central de Chile, de la misma forma que sobreviven los juegos de sortijas.

En España, el pato o gallo ensebado, un ejemplar que se cuelga de una cuerda y cuya cabeza es brutalmente arrancada a la carrera, es una práctica que trata de mantenerse a pesar de la normativa protectora de los animales. Lo mismo que ha ocurrido en lugares del suroeste de Estados Unidos, donde se *corría el gallo*: un animal era medio enterrado en la arena, y varios jinetes al galope lo sacaban agarrándolo por el cuello, habiendo días que se corrían más de dos docenas de gallos.

Los juegos de cañas y sortijas merecen mención aparte, por la pasión que despertaron en su día, derivada de esa atracción por la competición que llevan dentro los hombres, y que les hace estar en permanente estado de competencia: por las mujeres casaderas, por los puestos profesionales, en los juegos y deportes, incluso cuando no los practican, haciendo propios los triunfos de otros. El caso es que, como afirma Suárez de Peralta en cita de Weckmann<sup>47</sup>, los españoles del virreinato de México «no hablaban sino de caballos, juegos de sortijas... y de cañas, carreras públicas...».

El juego de sortijas consistía en ensartar una argolla con una vara o lanza, lo que requería una gran destreza. El juego de cañas era la variante incruenta del torneo medieval entre caballeros, y ciertamente que conservó algunos de sus rasgos, como ser juego prohibido en América a los burgueses y a los mercaderes, aunque no a los indios. Era pasatiempo propio de nobles, y consistía en

lanzarse frágiles cañas o varas que se rompían sin daño sobre el escudo contrario.

Weckmann cita otros juegos en boga en el virreinato de Nueva España, como los naipes, a los que eran muy adictos los soldados de la campaña mexicana, e incluso el mismísimo Hernán Cortés, hasta que, según cuenta Weckmann, un rayo cayó sobre la mesa donde jugaba. Los naipes, primero prohibidos, pasaron también a convertirse en monopolio estatal.

La caza al estilo español fue también exportada a las Américas. La cetrería, traída a la Península por los árabes, arraigó fuertemente en Castilla y Andalucía, que cuenta con dos especies de insuperables condiciones cetreras, el halcón peregrino y el azor. La cetrería fue llevada a América, aunque sin duda no caló del mismo modo que en España.

Otra modalidad de caza muy ibérica exportada a América con variantes fue la montería, práctica cinegética reservada a los nobles entonces y a las economías pudientes hoy. Básicamente consiste en un rodeo con perros de rehala y ojeadores, que van levantando las piezas y conduciéndolas sobre la línea de escopetas. Contra lo que pudiera parecer, se trata de una cacería no indiscriminada, sino altamente selectiva, pues los ejemplares veteranos, ya sean ciervos o jabalíes conocen los trucos necesarios para eludir el trance, comenzando por ventear la montería días antes y escapar de ese paraje hasta que la paz retorne a la sierra. Y si se da el caso de que la hoguera de la montería les sorprenda dentro del monte, conocen mil tretas para burlar a las rehalas y a las escopetas.

La montería ya era practicada en América por los indios, que cazaban así a las vicuñas, pero en la forma más primitiva y poco selectiva de conducir a la totalidad de los rebaños hacia un círculo humano sin escape posible, una práctica que movilizaba a decenas de miles de nativos y que estaba reservada a la clase aristocrática inca, cuando no al propio emperador. Además, el medio natural, la altiplanicie, no ofrece los recovecos y matas para esconderse que brinda el encinar.

Los españoles llevaron a América la montería o rodeo con perros, pero con transformaciones, como que, en lugar del venado o el jabalí, las piezas fueran jaguares o pumas. El puma o *león*, mucho más extendido que el jaguar o *tigre*, ya que habita en todos los ambientes desde Alaska hasta la Tierra de Fuego, es la presa predilecta, y los perros lo carean y persiguen hasta que sube a un árbol y es abatido por las balas de los cazadores. Así se cazan pumas en muchos lugares de América, como el Pantanal, el Chaco o la Pampa.

Similar al lanceo de jabalíes, que se practicaba en áreas como

las marismas del Guadalquivir, fue la caza del bisonte en las estepas del suroeste norteamericano, el septentrión del virreinato de Nueva España. Los bisontes eran llamados *cíbolos*, y dieron lugar al oficio de los *ciboleros*, jinetes españoles que una vez al año se instalaban en las grandes praderas de Nuevo México, Tejas o Arizona, y durante varios meses se dedicaban al alanceo de bisontes a caballo. Tras una jornada de caza, desecaban las pieles, salaban las carnes y obtenían todos los aprovechamientos posibles del bisonte, que eran muchos, vendiendo luego los productos en los mercados de Taos y otros pueblos del norte de la Nueva España.

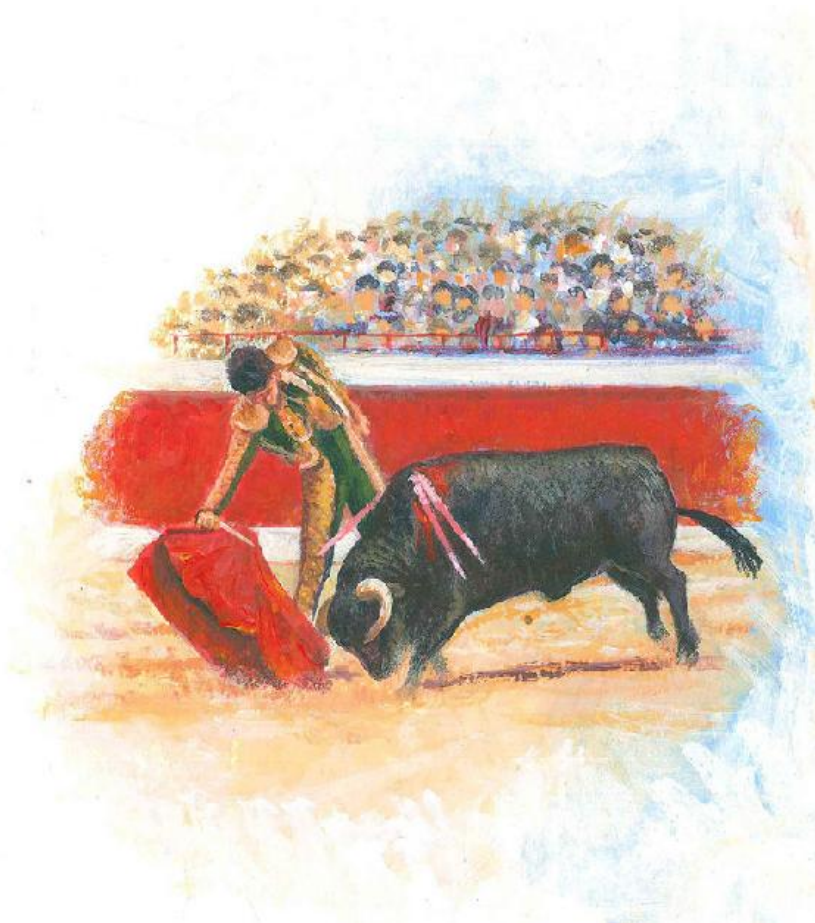
### El toro y el toreo

En el panorama de las diversiones del mundo hispano, ocupa un lugar de honor todo lo concerniente al toro, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones. Porque el toro se halla indisolublemente unido al ser español, y la figura triangular de la cara del toro, con su grave, negra mirada, y la testuz coronada por los cuernos simétricos, amenazadores, capaces de matar, como tantas veces han demostrado, es algo que de algún modo se halla impreso en el código genético de los españoles. Nada hay tan temible para estos como un toro, nada que más les impresione y les atemorice, y por eso todo lo que tenga algo que ver con él, en cualquiera de sus facetas, reviste emoción y atractivo especiales, y por ello las fiestas españolas, y no pocas hispanoamericanas, cuentan con el toro, ya sea real o simulado, como eminente protagonista.

Las variantes del toro-fiesta son muy abundantes. Una modalidad española es el toro entorchado, en la que el animal sale a la plaza del pueblo de noche, portando en las astas sendas antorchas encendidas y embistiendo asustado a los mozos. Más terror aún ha de causar al pobre animal el *toro embolado* de Ecuador, donde los cuernos llevan ristras de fuegos artificiales y petardos, que estallan en medio del bullicio. Aunque en esto del sufrimiento se llevan la palma otros eventos que consisten en depositar al toro al capricho del pueblo, que lo banderillea y le pincha a destajo y sin compasión, como acontece en polémicas ferias de algunos pueblos españoles, ya felizmente prohibidas, o en las toreadas de Bolivia, donde el animal es sometido a continuas banderillas hasta que cae extenuado, espectáculos que nada tienen que ver con el noble combate entre el torero y el toro de las corridas.

Menos cruentas son las capeas, en las que los lugareños rodean y marean al toro, pero no lo hieren, y a cambio algunos resultan

corneados, desenlace que añade colorido y entusiasmo a la fiesta. En innumerables pueblos españoles no se concibe una fiesta local sin que se corran toros, ya sean ensogados o sueltos en la plaza, algo que recuerda mucho a los antiguos espectáculos taurinos de la plaza Mayor madrileña, algunos en presencia de Felipe II, con el público celebrando los muchos percances del festejo. Y que continúa sucediendo en las capeas de España y de América, como las peruanas, donde la presencia de hombres a caballo agrega una nota particular, o las de Colombia, las llamadas *corralejas*, donde se torea a pie y a caballo el ganado que buenamente se puede, y que suelen ser cebúes o ejemplares criollos. También el Llano venezolano, como tierra de reses y caballos, es lugar de gran afición taurina, y, con ocasión del marcaje de las vacas o de cualquier otro trabajo colectivo, surgen improvisados toreros que obsequian a los otros llaneros con sus pases.



*Todas las costumbres españolas, como el toreo,  
arraigaron con fuerza en América.*



Y en esta sucinta relación de las fiestas populares relacionadas con el toro no debemos omitir la extrañísima celebración del jaguar-fiesta, en los Andes peruanos. Un cóndor es amarrado al lomo de un toro, al que se deja suelto. Por zafarse de su huésped, el cóndor pica repetidamente al toro, que se embravece con ello, en medio del jolgorio general. Dícese que los indígenas quieren expresar con esa fiesta la victoria final del inca sobre el invasor español, y otros aluden simplemente a que se trata de reminiscencias divinas de la fuerza dominada, simbolizadas en el triunfo del cóndor sobre el toro.

Por la época en que Colón pisó América por primera vez, las corridas de toros ya causaban furor en España. Tienen su origen en el alanceo de toros a caballo, y corre fama de que fue el Cid Campeador quien primero mató a un toro desde el caballo. Como había veces en que el alanceador no conseguía rematar al toro, salía su mozo de espuelas y, ayudándose con una capa, le daba muerte. Con el tiempo, este lance a pie fue ganando aprecio entre el público, hasta prevalecer sobre el primero y adquirir la categoría de arte, con mucho tecnicismo y ceremonia. El alanceo, convertido en rejoneo a caballo, también adquirió su propia ortodoxia. Hoy subsiste la forma primitiva de alanceo en las marismas del Guadalquivir, donde jinetes a caballo levantan a los jabalíes de sus encames en la soledad de la marisma y, en ejercicio peligroso para jinete y caballo, por la bravura y las afiladas defensas del animal, lo acosan hasta que le clavan la pica.

Como la demanda de toros para las corridas en la América hispana fue y es muy fuerte, y la oferta, insuficiente (incluso los jesuitas soltaron toros en sus haciendas para proteger sus cultivos de las rapiñas), se recurrió al ganado cerrero, tan abundante en todas partes. En la frontera norte de Nueva España se torearon bisontes, y en las estepas de Sudamérica se recurrió al cebú y al ganado cimarrón, al que a modo de tienta se colocaba un muñeco delante y, si embestía, servía para torear. Incluso los animales destinados al matadero eran apartados si manifestaban la más mínima cualidad de bravura. Además, las tierras americanas dieron ejemplares propios, como el toro criollo colombiano y los muy valorados *toros llaneros*.

La primera corrida formal que se celebró en México fue la que tuvo lugar al regreso del aciago viaje de Hernán Cortés a las tierras de Honduras, empeño personal para castigar el alzamiento de uno de sus lugartenientes, Cristóbal de Olid. Tardó dos años en volver y diósele por muerto, y su regreso fue festejado con una gran corrida de toros. Por su parte, se atribuye a Francisco Pizarro haber sido el primero en alancear un toro en el Perú. Años más tarde, el virrey

Amat hizo construir la célebre plaza de El Acho, que dio tantas tardes de gloria al toreo peruano, en lo que se llama en aquel país la *suerte nacional*.

La América hispana de hoy puede dividirse a efectos taurinos en dos grandes áreas, la que mantiene ganaderías y espectáculos taurinos, y que engloba a México, Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú, y el resto, particularmente el Cono Sur, donde no hay afición a la fiesta. No pocas dificultades han de encarar, a pesar de todo, los mantenedores del toreo en América, donde la mucha afición tropieza con serios obstáculos, como la escasez de toros, pues las ganaderías mexicanas, principales abastecedoras, no pueden satisfacer toda la demanda, y resulta muy difícil importar ganado bravo español, porque no siempre se autorizan divisas para este fin y por haber de pagarse en dólares, muy sobrepreciados. Todo ello repercute también sobre el precio final de las entradas, que impide acceder a la plaza a muchos buenos aficionados.

En todo el ámbito geográfico del toreo, pero sobre todo en España, tropieza con un problema añadido, el de la creciente oposición ecologista contra el mantenimiento de un espectáculo considerado cruel hacia el animal. Argumento que se enfrenta a otro de no menor peso, el de la conservación de la raza del toro bravo, la especie *Bos taurus*, que no tiene rendimiento cárnico apreciable y que, de no ser por su utilización en las corridas, donde alcanza altos precios, carecería de sentido económico su costoso mantenimiento en las dehesas. El toro bravo es criado por los ganaderos en cuanto se mantenga la fiesta taurina, y, en caso de desaparecer, esta derivaría en la rápida extinción de la especie. Y, por otra parte, no debe olvidarse que el toro y el toreo se hallan enraizados en la más antigua cultura mediterránea, y que no solo forman parte del acervo cultural ibérico, sino que, al extenderse al Nuevo Mundo, se hallan indisolublemente unidos a la civilización hispánica.

## La Magia

Más allá de la medicina, en el margen de la técnica que consiste en curar las enfermedades con medicamentos, se encuentra instalado todo un mundo de prácticas, no solo para remediar los males, sino para predecir el futuro, y en general para tratar de acomodar el devenir de los acontecimientos a nuestras propias conveniencias.

La España que salía de la Edad Media llevó a América un

sobrado caudal de fórmulas de esta clase, que se mezclaron con las que poseían las propias sociedades prehispánicas, produciendo un casi infinito arsenal de remedios y supersticiones, que abarcan desde lo mágico inaprehensible hasta lo casero más trivial. Y es preciso apuntar que, a pesar del tiempo transcurrido desde el contacto hispanoamericano, y no obstante los sorprendentes avances en la técnica de la curación de las enfermedades, que no otra cosa es la medicina, y a pesar del desarrollo económico y cultural general, sobreviven, tanto en España como en América, abundantes vestigios de esta pseudomedicina que utiliza las hierbas y los conjuros, que alimenta toda clase de supersticiones y que trata de anticipar el porvenir por los signos.

Una de estas ciencias marginales es la astrología, que anticipa el futuro por los astros. En este punto debe señalarse que la sociedad española fue menos influenciada que la india, pues, mientras esta miraba al cielo de continuo para buscar las respuestas, la española se dejaba guiar por cosas más prosaicas, como el vuelo de una lechuza o el color de un gato que se cruzara en el camino. Es cosa sabida que el juego de los astros tuvo mucho que ver en el sentimiento que embargó a Moctezuma antes de la llegada de los españoles, pues los síntomas que presentaba el cielo le venían augurando el fin de su Imperio, como el cometa que cada noche divisaba desde su terraza surcando el cielo con su estela presagiadora del desastre, y que probablemente no era otro que el cometa Halley, pero que predispuso al emperador azteca para aceptar el dominio del invasor sin exhalar una queja.

También el emperador Huayna Capac, antepenúltimo inca, vio turbado su fin por varios extraños sucesos en los que sus augures adivinaron el desastre que se cernía sobre su Imperio: el mismo cometa atravesando el cielo de noche, y que él contemplaba en su espejo de agua de obsidiana; un cóndor y un halcón que aterrizaron sobre el Cuzco luchando ferozmente, venciendo el halcón, y sobre todo esa inexplicable epidemia que extendió la muerte sobre los Andes, y que no era otra cosa que la viruela, que desde las Antillas viajó hasta el sur, presentándose antes de la propia llegada de los españoles.

Como decimos, los españoles, más apegados a la tierra, nunca se dejaron manipular en exceso por tales fenómenos, pero tampoco estuvieron ausentes de su panoplia de creencias. Así, entre las huestes de Cortés marchaba el soldado astrólogo Juan Botello, cuyas predicciones eran tenidas en mucho por los demás, ya que auguró algunos de los episodios de la conquista de México, como la victoria de Cortés sobre Narváez, el asedio de los mexicas sobre Alvarado, e incluso anticipó su propia muerte. Y Hernando de Soto

vivía obsesionado por los vaticinios de otro astrólogo, que le aseguró que moriría más joven que Balboa, quien había sido ejecutado a los 42 años. De Soto estaba a punto de cumplir esa edad y romper el maleficio, cuando halló la muerte en las riberas del Misisipi.

En la esencia española se encuentra adoptar contra los males e infortunios precauciones bien pedestres, como nunca abrir un paraguas seco dentro de la casa, no dejar una tijera abierta, no dejar por la noche los zapatos parejos, sino uno más adelantado que otro, no entregar el salero en la mano, no romper un espejo, no derramar el vino... Recaudos que ahuyentan la desgracia y que difieren de otros que consisten en encomendar los bienes y la vida a la protección de los seres divinos<sup>48</sup>: entronizar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, guardar en casa una pequeña pila de agua bendita obtenida de la parroquia el Sábado de Gloria, contratar los servicios de una *santera*, mujeres que tienen una capillita portátil con la imagen de vírgenes o santos y que dejan por algún tiempo en la casa a cambio de una limosna.

Muchos de estos cuidados tienen que ver con las tormentas, para las que existe una extensa relación de recursos, como rezar a santa Bárbara, encender una vela que haya alumbrado la iglesia el día de Jueves Santo, con el añadido de hacer la señal de la cruz ante cada ventana por donde pueda entrar el rayo. El clima borrascoso ha sido siempre gran filón costumbrista, con métodos abundantes para combatirlo o aminorar sus efectos, como el *zumbo de perdidos*, la campana que se hacía sonar en días de niebla para orientar a los labradores, o los rezos en las crudas noches invernales de vientos y tempestades, para ayudar a los pastores y los caminantes.

Otras medidas se toman para que no falten los recursos, como instalar en la cocina una imagen de san Pancracio con unas briznas de perejil en lugar de flores, lo que asegura el sustento diario. O agujerear una moneda y colgarla de la cabecera de la cama para que no falte el dinero.

La brujería consiste en la aplicación de la magia a la curación de las enfermedades, las cuales pueden ser del cuerpo o del alma. La tradición española ha estado plagada de casos explicables solo por la intervención de las fuerzas sobrenaturales. Las brujas en España han estado más ligadas a los umbríos, misteriosos paisajes del bosque, como los hayedos vascos o gallegos, o las espesuras de la laurisilva de la isla de La Gomera, el paraje de Canarias más abundoso en historias de esta clase.

El territorio americano hizo germinar pronto sucesos prodigiosos, y quizás uno de los lugares más proclives fueron las comarcas de frontera situadas al norte de México, donde son

muchos los episodios en los que la vida sencilla de un lugareño se encuentra de repente ligada a brujas, demonios disfrazados de cabras o serpientes, y de maleficios que solo pueden ser combatidos invocando a Dios. Es curioso observar la abundancia de casas en el suroeste de Estados Unidos cuyas fachadas muestran un zócalo pintado de azul. Esto, que en Andalucía era una mezcla de cal y añil para impedir el acceso de sabandijas, en el suroeste está destinado a ahuyentar a los malos espíritus.

Uno de estos era el basilisco, horrisono personaje nacido del último huevo de una gallina vieja. Estaba instalado en las inmediaciones de El Paso y su cualidad era la de provocar la muerte de cualquier viajero que lo mirara de frente. Hasta que un ingenioso buhonero decidió vencerlo, yendo hacia él con los ojos vendados y provisto de un espejo, y, al mirarse en él, cayó fulminado el basilisco, víctima de sus propias armas.

La Llorona, al decir de los habitantes del área, sigue vagando su amargura por las llanadas del Suroeste, desde que decidió matar a sus hijos para entregarse a la aventura de unos nuevos amores. En Honduras también mora la Llorona, y su lamento proclamado desde los cerros se contagia a los perros del contorno, que ladran y aúllan. Y en México no se contenta con llorar, sino que seduce a los hombres y los encadena para siempre, episodio que recuerda al de la serrana de la Vera, en el piedemonte de la española sierra de Gredos. De la Llorona solo cabe escapar clavando un puñal en el suelo, momento en que queda convertida en un montón de huesos.

Esqueletos vivientes y fantasmas de diversas hechuras continúan presentes en el Suroeste, vigilando cofres y tesoros escondidos por los españoles, algo que, como puede suponerse, ha alimentado innumerables leyendas en el largo perímetro de la América hispana.

La medicina popular hispánica hubo de combatir no solo las enfermedades conocidas y tangibles, sino otras muchas dolencias cuasimágicas, ampliamente extendidas en el medio rural español y más tarde en el americano. En esta relación entrarían males como el susto, el empacho, el espanto, la caída de la mollera o el mal de aire, entre otros muchos. Nómina que incluiría al muy extendido *mal de ojo*, según el cual algunas personas poseen maleficio en su mirada, para librarse del cual existen toda suerte de amuletos defensivos, como llevar colgada al cuello la cruz de Caravaca (que algunos escogidos lugareños dicen llevar marcada en el paladar), o colgar cintas del pescuezo de las caballerías. Del mismo modo que hay otras personas a las que se les atribuye la negativa cualidad de infundir mala suerte, los conocidos *gafes*, y en zonas como Andalucía más vale no recibir tal sambenito (que deriva su nombre de la túnica llamada de San Benito, que los reos de la Inquisición

estaban obligados a portar hasta que era colgada con su nombre en la iglesia, manchando para siempre a la familia), pues todos recelarán de arrimarse a semejante provocador de desgracias.

Tampoco era conveniente toparse con una lechuza, a la que de siempre se tomó por una bruja transmutada en pájaro, que se colaba en las capillas y bebía el vino destinado a la consagración, y que traía indefectiblemente mala suerte, hasta el punto de que en algunas zonas de la América hispana, si mora un bebé en la casa y se muestra una lechuza, para evitar la muerte del niño se ha de gritar: «Bruja maldita, mi hijo es del Santísimo». Y si lo que se posa sobre una vivienda de México u Honduras es el pájaro tecolote que se pone a cantar, significa que alguien de esa casa va a morir antes de una semana.

### Medicina popular

La medicina popular estrictamente aplicada a las enfermedades es depositaria de un inmenso muestrario de remedios: purgas, pociones, lociones, infusiones, emplastos, sangrías..., únicos curativos cuando todavía se desconocían los medicamentos. Algunas de estas reparaciones eran de una brutalidad radical, como la cauterización inmediata que se aplicaban los soldados de la conquista sobre las heridas emponzoñadas: un hierro al rojo vivo más un trapo empapado en vinagre.

Vargas Machuca, en su interesante libro *Milicia y descripción de las Indias*, incluye un capítulo sobre los males que aquejan a los soldados en campaña y los remedios que debe llevar siempre un ejército, en el que se contiene casi todo el catálogo de los métodos curativos de entonces. Métodos que a veces combinaban lo físico con lo mágico, como en las famosas curaciones que hacían Cabeza de Vaca y sus acompañantes en su largo periplo por el sur de Estados Unidos, en el que sanaban a los enfermos de las tribus (y aun a alguno lo resucitaron), a base de soplarles y rezarles un padrenuestro y un avemaría.

La utilización de la fauna y la flora para las curaciones ha sido recurso frecuente en todas las sociedades inmersas en un copioso medio natural. Las tribus amazónicas trataban el reuma, extendido en ambientes muy húmedos, como el bosque tropical, atando al enfermo a un árbol llamado *palo diablo*, en el que habitan unas agresivas hormigas de dolorosísima picadura, que, aplicadas en la medida justa, cortaban la enfermedad y en demasía mataban, lo que servía para torturar a los enemigos hasta hacerlos morir. Y en

España era corriente aplicar sanguijuelas sobre la piel para provocar sangrías en caso de calenturas y otros males, y en áreas como los humedales manchegos existían, hasta hace poco, sanguijueleros profesionales, que vendían su peculiar producto en los hospitales.

Otro remedio tomado de la fauna fue el *bezoar*, un cálculo que se forma en el aparato digestivo de algunos rumiantes. En el campo andaluz español, el bezoar era un antídoto contra la picadura de la víbora. Se aplicaba sobre la mordedura y poco a poco la piedra llamaba al veneno, sacándolo de la sangre del afectado. En las marismas del Guadalquivir se empleó con el mismo fin la corona de la cuerna del venado, obtenida cuando los ciervos tiran cada año la cornamenta para reponerla con mayor tamaño. No pocas veces la *piedra viborera* habrá salvado la vida de los marismeños atacados por la serpiente y sobre todo habrá actuado psicológicamente para aplacar la excitación del herido, contribuyendo así a que no se propague el veneno.

El bezoar fue utilizado en América, y no solo contra las picaduras de las serpientes, sino como remedio general contra muchas enfermedades, y bastaba con introducir la piedra, que podía alcanzar el tamaño de un huevo, sobre el agua de un vaso, para que comunicara al líquido sus propiedades curativas generales. Y tratándose de aguas medicinales, cantera curativa amplísima en el mundo hispano, mencionemos el *agua de Solimán*, muy usada en América. Era un sublimado de mercurio al que se recurría con ocasión de heridas, pero de peligrosa doblez, pues por ser incolora e insípida podía ser confundida con el agua verdadera, como le ocurrió al obispo fray Juan de Arteaga, que no pudo tomar posesión de su nombramiento por causa de levantarse de noche para beber y aliviarse de unas calenturas, y por error ingirió la muerte, disfrazada esta vez de agua de Solimán.

En cuanto a la curación por hierbas, la lista de las plantas útiles para la medicina es prácticamente interminable, sobre todo cuando, como se ha apuntado, el herbolario ibérico fue sobreañadido al indígena. Ya el griego Dioscórides hacía un tratado sistemático sobre el arte de la curación por las plantas, y en España Font Quer escribía una valiosísima contribución al tema, señalando las virtudes curativas del reino vegetal español, el más diverso de Europa occidental. Nada se diga de la ampliación a América, que al decir de los expertos contiene en su seno la mayor despensa farmacológica natural del planeta, aún sin explotar: la selva amazónica, donde con toda probabilidad se encuentra el remedio a muchas enfermedades del hombre actual, confiando en que la arrolladora deforestación que sufre no se lleve por delante tantos secretos de la ciencia ocultos en las espesuras. Muchas veces, los

soldados españoles que habían resultado heridos por una flecha envenenada recurrían al ardid de capturar a un indio y herirlo con sus propios dardos emponzoñados. Luego lo soltaban y lo espiaban a distancia, con la seguridad de que el indio se aplicaría el antídoto a sus propias heridas.

Para la procura de todos estos remedios existe una legión de brujos, curanderos, sanadores, quiroprácticos, parteras y otros muchos especialistas, algunos de los cuales deben ser encuadrados más cerca de los médicos actuales, y otros, de los hechiceros de las tribus primitivas. En cualquier caso, el curanderismo y la medicina popular están plenamente vigentes en el mundo hispano, siendo innumerables los que confían más en estas pericias que en la medicina moderna. De igual modo que se tienen en gran aprecio los pronósticos de muchos adivinadores, en particular los de quienes predicen el clima.

En este punto debemos reseñar el procedimiento vigente en España y en América, las *cabañuelas*, según el cual ciertos especialistas deducen el clima que va a reinar a lo largo del año según el de los primeros doce días de agosto. Es una tarea dificultosa, basada en buena medida en la estadística, y, cada vez que los expertos *tiran las cabañuelas* en las zonas rurales del ámbito hispano, una multitud rodea expectante el acontecimiento para conocer las conclusiones, pues de ellas dependerán en última instancia las cosechas. Se trata de una manifestación más de que en el mundo hispano todavía la ciencia no ha invadido todos los recovecos del conocimiento, como ocurre en el anglosajón; de que aún existen resquicios en los que impera una ciencia añeja, la sabiduría popular, mezcla de observación directa de los fenómenos con creencias sobrenaturales. Es, en suma, una muestra adicional de la lucha de ese mundo antiguo que trata de no morir sofocado, aplastado por el entorno ultratecnificado y materialista de hoy. Es esa convicción en el más allá, ya sea religioso o mágico, lo que se halla detrás de alguien que a lo largo y ancho del orbe hispano enciende unos cirios en una capilla como ofrenda; de quien peregrina descalzo en la romería del Rocío o de Guadalupe; de todos los que llenan las paredes de muchas iglesias con sus exvotos en señal de agradecimiento; de los que se flagelan cada Semana Santa en Valverde de la Vera o en Santa Fe de Nuevo México; de quienes se cuelgan amuletos; de quienes toman pellizcos de tierra sagrada del suelo del santuario de Chimayó, en Nuevo México; es la permanencia del legado ancestral de lo prodigioso, por encima de la lógica corpórea y tangible.



El paralelismo cultural entre España y América se detecta desde luego en los grandes renglones, como la lengua, la música o la arquitectura, que venimos estudiando en este libro. Pero también se percibe en los pequeños hábitos de la vida cotidiana, en ese gesto inapreciable que de repente salta ante nuestros ojos para recordarnos que, a pesar de ese abismo oceánico interpuesto entre los dos continentes de Europa y América, existen invisibles lazos anudados por el contacto humano prolongado durante tres siglos. Es el hombre que se persigna al pasar delante de una iglesia, la familia que bendice los alimentos al sentarse a la mesa, el peón que duerme la siesta al pie de un árbol... También es la pulpería, el colmado que vende un poco de todo, equivalente a las españolas tiendas de ultramarinos. En las pulperías americanas llegó a prohibirse la venta de alcohol, pues sobre el pulque nativo elaborado con maguey y la chicha, obtenida del maíz, se añadieron la cerveza y el vino españoles, y la población india se aficionó de tal modo a la bebida que el problema pasó a cuestión de Estado, y los virreyes no sabían cómo poner coto a esta desenfrenada pasión por el alcohol, que muchos psicólogos han atribuido a la desmembración de las estructuras indígenas, con la consiguiente pérdida de motivaciones vitales por parte de una población nativa desconcertada.

Es en los detalles menores de la vida donde podemos rastrear con más precisión un mismo sentimiento cultural. En cosas como el aperitivo de la mañana avanzada, o como la merienda de chocolate y bizcochos, la que acostumbra muchas familias hispanas diariamente o la que, con más pompa, organiza anualmente la Sociedad Folklorista de Nuevo México. Sentimiento que detectamos también, y de forma destacada, en las tertulias, ya sean en la plaza, en el mercado o en la puerta de las casas. En España, la tertulia familiar y vecinal, sentados ante la puerta, fue siempre una costumbre ligada a la época estival, cuando el crepúsculo aliviaba los durísimos calores de la jornada, y con la fresca se sacaban las sillas a la calle y se comentaban los sucesos del día. Esta usanza, que pervive en la España rural, pasó a América, donde a la puerta de chozas, casas y bohíos es corriente contemplar a grupos familiares disfrutando sin prisas de la hermosa noche tropical. Manifestación derivada, por otra parte, de la intensa necesidad de comunicación que existe en las sociedades hispanas.

En el refranero encontramos nuevas huellas de ese patrimonio cultural común, pudiendo observarse un mismo carácter para las máximas a uno y otro lado del Atlántico. Los refranes hispanos son sentencias prácticas, pícaras, que reflejan el intenso ritmo vital de

esta órbita cultural. A diferencia de los proverbios orientales, que son profundos, filosóficos, los hispanos manifiestan más preocupación por lo inmediato. Son refranes del tipo «El muerto al hoyo, y el vivo, al bollo», «Más vale pájaro en mano que ciento volando», «Ave que vuela a la cazuela», y nuestro refranero está plagado de esta clase de máximas, que expresan perfectamente algo tan profundamente hispánico como el escaso aprecio por el pasado y por el futuro, y la sola, rabiosa atención por el momento presente.

El concepto medieval de la hidalguía lo podemos registrar en innumerables aspectos del ser hispánico, escondido en múltiples facetas de la vida diaria, como la redacción de una ostentosa esquila, la colocación de la preposición *de* antes del apellido, o el *don* y el *doña* antes del nombre; en la convicción sobre la excelencia y exclusividad del apellido de uno; en el desmedido apetito por las medallas y reconocimientos..., variantes todas ellas de la vanidad ínsita a las más puras esencias hispánicas.

El pase a Indias significó para los españoles una autoelevación de su nivel social. Téngase en cuenta que en la Península se distinguía entre hidalgos y pecheros, eximidos los primeros del pago de tributos. En América el tributo recayó solo sobre los indios, y los españoles entendieron esa exención como una equiparación a la hidalguía. Eran los *hidalgos de Ultramar*, que subían un escalón social por el solo hecho de radicarse en Indias. Por lo mismo, los encomenderos, estancieros y mayorazgos se asimilaban a los altivos nobles peninsulares, los cuales ni estuvieron en la conquista ni admitieron honores para los grandes capitanes. Durante el siglo XVI, época de las hazañas, el rey solo concedió dos títulos, a Cortés y Pizarro, por setenta otorgados durante el siglo XVIII a gentes con muchos menos méritos que aquellos, resultando insólito que personajes de la talla de Valdivia, Jiménez de Quesada o De Soto fueran privados de títulos de nobleza. Lo más que conseguían aquellos adelantados eran escudos, blasones o hábitos de órdenes militares, y a fe que se desvivían por obtenerlos, y cualquier hecho de armas daba origen a una petición fundada. Fue así como Ordaz consiguió su escudo, en el que figuraba un volcán ardiendo, por su proeza de ascender al Popocatepétl en el curso de la marcha hacia México-Tenochtitlan.

Los reinos españoles de América se convirtieron no solo, como afirma Weckmann para Nueva España, en «el postrer refugio de los caballeros frente al avance arrollador del absolutismo, con su secuela de burócratas y letrados», sino en escenarios donde se mendigaban mercedes, dignidades y prerrogativas, acreditando méritos propios o de los antepasados. Todo ello se hacía a través de un procedimiento llamado la *probanza*, en el que los peticionarios

esgrimían merecimientos a cual más pintoresco, y a falta de otros títulos hacían valer el de *licenciado* o *doctor*, de donde viene el desmedido uso actual de ambos en América. De este modo, si la pretensión hidalga venía ya en el alma de los primeros pobladores, se acrecentó en América cuando el *status* personal podía suponer ventajas económicas, como las que se daban cuando la probanza alcanzaba el fruto apetecido y el solicitante recibía las mercedes que pedía.

El teatro sociológico que fue la América colonial española dio lugar al surgimiento de ciertos tipos humanos de una originalidad indiscutible. Se movieron entre los grandes sectores sociales que florecieron tras la conquista, y que a grandes rasgos podemos resumir en españoles acomodados, eclesiásticos, burócratas, criollos, burgueses, indígenas, mestizos y esclavos, y todos ellos engendraron tipologías humanas bien dibujadas. Uno de los más notables fue el *estanciero* o *hacendado*, señor de tierras o ganados, a cuyo amparo no solo vivían legiones de peones, sino que en su *casa poblada* moraba un buen número de advenedizos de toda condición: además de la familia directa, un ramillete de parientes pobres o *deudos*, doncellas sin recursos, hijas de conquistadores, hidalgos empobrecidos, criados y escuderos, y los conocidos *paniaguados*, híbridos de parientes y gorriones, que nunca faltaban en la casa de estos potentados. El número de estas huestes domésticas pseudomendicantes podía llegar a ser muy alto, de más de cincuenta individuos, todos viviendo a la costa y coste del hacendado, que tenía en mucho mantener a tan gruesa legión de ociosos, y aun llegaba a endeudarse por ello, pues a mayor número de estos ventureros, más lustre para la casa y el apellido.



*Blas Arrieta 2003*

*La arriería fue la institución que puso en contacto las distantes tierras de la inmensa América española.*

La dimensión menor del hacendado fue el *ranchero*, propietario de unas pocas peonías o caballerías de labor, sustentador de una pequeña punta de ganados y unas suertes de tierra. En su rancho vivía también una numerosa familia, en un entorno físico generalmente confuso, donde los niños se mezclaban con los pertrechos, los chanchos y las aves de corral. Este tipo de ranchos, donde el desorden es la norma, es muy frecuente aún en amplias zonas de América, y también es posible verlo en los campos andaluz y extremeño.

El medio rural produjo abundantes y fuertes personalidades humanas, como las ya estudiadas de los jinetes de las llanuras americanas: el llanero cerrero, el gaucho o el charro. Todos ellos presentaban sensibles diferencias entre sí, y así el jinete chileno, el *huaso*, era capaz de trabajar la tierra, a lo que nunca se prestaría un gaucho de la Pampa, que solo faenaba a lomos del caballo.

Buhoneros y arrieros dieron colorido al medio rural americano y español durante largo tiempo, y todavía es posible toparse con algunas de estas auténticas reliquias vivientes, del mismo modo que es factible, pero no fácil, encontrar aguateros, afiladores, serenos, mieleros y tantos otros oficios que llenaron el ambiente humano hispano de la segunda mitad del segundo milenio. Y si el viajero se adentra en los territorios recónditos de Extremadura, de Castilla, de Andalucía o de la América profunda, incluido el sector hispano de los Estados Unidos, acertará a encontrar *castizos*, gentes de

sabiduría antañona, de costumbres pretéritas, de ingenio vivo, de hablar antiguo, que brillan aún como soles de la tierra, verdaderos depositarios de pasadas tradiciones.

# CULTURA Y EDUCACIÓN

La España del siglo XVI, la que se adentró en el continente americano, presentaba rasgos culturales propios con relación a Europa, los cuales van a mantenerse con escasas variantes hasta los tiempos de hoy. Lo que caracteriza a aquella España es precisamente su profunda diversidad, lo que la convierte en una nación particularmente rica en lo cultural. Diversidad que parte de tres causas: una gran variedad ecológica, pues, como vimos en el capítulo dedicado a ello, la península ibérica es un continente en pequeño, con múltiples ecosistemas representados en un espacio exiguo; variedad histórica, ya que confluyeron alguna vez sobre nuestro suelo civilizaciones tan diferentes como la ibera, la romana, la fenicia, la árabe, la visigoda... Cada cual dejando su impronta en una población nada hermética, sino muy receptiva y asimiladora; y variedad, en fin, sociológica y costumbrista, derivada de las anteriores, pues unos u otros escenarios físicos y unas u otras regiones conformaron diferentemente a los varios pueblos españoles.

Esta heterogeneidad de España tenía (y tiene) algunas excepciones, notas que actúan como denominador común de las gentes ocupantes de la totalidad del solar ibérico: la fe católica y el sentido colectivo de la vida, manifestado en aspectos como la comunicación entre unos y otros, la generosidad, el gusto por lo festivo o el concepto amplio de la familia, junto con una cierta filosofía vital, existencial, que lleva a preferir los recintos abiertos a los cerrados y el presente al futuro. Sentido colectivo que no significa gregarismo, antes bien, el español se caracteriza por un irrenunciable individualismo. Estos rasgos, sucintamente expuestos, hicieron de España algo distinto a la fría, uniforme Europa y, como es obvio, habrían de repercutir en el Nuevo Mundo.

No todas las áreas españolas gozaron del permiso para trasladarse a las indias. Solo se concedió a los súbditos de Castilla, región que entonces incluía también a Cantabria, el País Vasco, Andalucía y Extremadura. Si bien es cierto que muchos extranjeros accedieron clandestinamente, gracias a esa tendencia española hacia el incumplimiento sistemático de las normas. También

pasaron a América muchos pobladores de Canarias, archipiélago recién conquistado por España, y debieron hacerlo en grandes afluencias, pues se llegaron a dictar normas para evitar la despoblación de las islas.

Se ha discutido mucho la cualidad de los españoles que se trasladaron a América, y gran parte de la literatura negra europea ha sostenido que se trataba de la peor escoria de la sociedad de entonces. Tesis en absoluto exacta, pues constan con fiel minuciosidad los nombres y profesiones de los embarcados, comprobándose que eran agricultores, carpinteros, herreros, talabarteros y la amplísima gama de los oficios españoles entonces vigentes. Ciertamente que no fueron a Indias los nobles, apartados de la conquista y siempre celosamente contrarios a ella (fueron los nobles quienes se negaron a que se concedieran otros títulos de nobleza que los otorgados a Cortés y Pizarro), pero tampoco los delincuentes. Fue, sencillamente, gente del pueblo, un pueblo entonces repartido entre lo rural y lo urbano. Además, entre los requisitos para embarcar estaba el de ser «cristiano viejo», lo que excluía a moros, judíos y extranjeros (con las consabidas contravenciones en la práctica, derivadas de la sempiterna picaresca española).

No es necesario insistir, aunque sí mencionar una vez más, en la otra circunstancia que va a influir sobre la futura personalidad de América, el origen andaluz de los primeros emigrantes, en especial los del triángulo Sevilla-Cádiz-Huelva.

### Cristalización cultural

George Foster, como señalamos en otros capítulos<sup>49</sup>, es quien ha acuñado este concepto, para explicar las causas del modelo cultural que conformó el territorio de América. Parte de la circunstancia de una muy alta diversidad de culturas en la época del contacto, entendiendo por ellas todos los aspectos contemplados en este libro: la agricultura, la ganadería, la música, las costumbres... España, tan antigua y profusamente habitada, poseía un acopio ingente de técnicas, usos y costumbres, procedentes de todas sus regiones, pero no todas ellas cruzaron el océano para instalarse en América. Antes bien, se produjo un aligeramiento, una reducción de formas culturales, deliberadamente unas veces, como los ritos y fiestas seleccionados por la Iglesia, y otras veces rechazadas o aceptadas de manera espontánea.

En este proceso selectivo influyó no poco el elemento nativo. Los

amerindios aceptaron sin reparos y rápidamente aquellos avances técnicos traídos por los españoles que contribuyeron a mejorar su calidad de vida. Por ejemplo, la luz de la vela, la domesticación de animales para tiro y consumo, las técnicas agrícolas, la rueda, las herramientas de carpintería, la teja árabe, el horno de alfarero y otros muchos adelantos. En cambio, las importaciones españolas debieron competir con las aborígenes en aspectos tales como las creencias, la música, los usos cotidianos, los alimentos, la medicina popular, el folklore..., en todos los cuales se produjo mayor mestizaje.

El reduccionismo cultural, o simplificación de lo que se trasladó a América, es visible en muchos epígrafes, como en el trazado de la ciudad, que, prescindiendo de otros modelos urbanos, se decantó por el rectilíneo. Y desde luego, tuvo mucho que ver con la región preponderante, Andalucía. Ello explica que la mayoría de los aportes sean del sur, porque, cuando a la empresa colonizadora se suman los asturianos, gallegos, catalanes, levantinos, o incluso los castellanos de ambas Castillas, la cultura ya ha tomado cuerpo, ya ha *cristalizado* en la que llevaron las vanguardias andaluzas.

Por esta razón, el arado es el dental andaluz, como lo es el yugo a los cuernos y no el de collera que se usaba en el norte; el torno de hilar es el horizontal, y no el vertical norteño; la relación de compadrazgo, tan extendida en América, es netamente andaluza, como también las costumbres funerarias y las supersticiones, y nada se diga del idioma, que de modo tan directo definió el habla de América.

Andalucía llegó, pues, antes que las demás regiones, y de alguna manera estas *llegaron tarde*, cuando ya la cultura en su más amplio sentido se había consolidado sobre la tierra. Curiosamente, y por fortuna, aún pueden reconocerse no solo en América, sino también en España, tradiciones y usanzas correspondientes a esos tiempos pioneros, y eso es porque España es una nación fuertemente conservadora, y dentro de ella, el medio rural es aún más renuente a los cambios. Mientras en Francia, Alemania u Holanda algo así resulta impensable, la estabilidad sociológica del pueblo español permite hallar en muchos pueblos usos verdaderamente medievales. Ciertamente que los mismos permanecieron casi inalterados hasta la segunda mitad del siglo XX, y que a partir de entonces la velocidad del cambio fue abrumadora, pero, con todo, aún subsisten, como trasuntos del pasado, hábitos de los tiempos más lejanos de la vieja España.





Suelen distinguirse tres fases en el proceso de comunicación cultural entre el mundo español y el americano. La primera es la de contacto o *descubrimiento*; la segunda, la de confrontación o *conquista*, y la tercera y definitiva, la de la integración cultural.

Esta última, que es la que nos interesa ahora, en parte penetró de manera espontánea con los pobladores, y en parte se basó en la educación dirigida, comenzando con la fase primaria, el colegio.

Se fundaron colegios con el objeto principal de educar a los niños indios, y no para los españoles, quienes podían acudir a las escuelas de los nativos o bien recibir la enseñanza de preceptores o de sus padres, en sus propias casas. La educación india fue pues el empeño de los religiosos, con especial atención hacia las clases dirigentes de los nativos, pues con el tiempo habrían de transferirla a sus comunidades. Por cierto, muchos caciques, reacios a la colonización española, ocultaron a sus hijos en sus casas y enviaron en su lugar a niños plebeyos, que con el aprendizaje llegaron con el tiempo a dominar a sus superiores. La educación del pueblo llano se llevó a cabo en el entorno de los conventos, como se vio en el capítulo dedicado a la religión.

El sistema común era la gestión de la escuela a cargo del párroco en los llamados *pueblos de indios*, creados para concentrar a la población. También podía haber maestros seglares, y para serlo se precisaba ser cristiano viejo, saber leer y escribir y conocer las *cuatro reglas* aritméticas. En las clases se impartía doctrina religiosa, lectura y escritura, pero en muchas escuelas no faltaban la educación musical, la de las artes y la de los oficios.

Junto con el sistema educativo general, hubo experimentos de gran interés, como el colegio de Santiago Tlatelolco, quizás el mejor intento de formación de la élite mexicana. Sus alumnos eran hijos de caciques y nobles indígenas, de los que los cien mayores, entre 10 y 12 años, estudiarían gramática y latín, y los 400 menores, doctrina, lecturas, escritura y música. Los franciscanos, rectores del colegio, conocieron un gran éxito inicial, pues el centro hizo de eficaz eslabón en la integración cultural de los niños indios. Como explica Lourdes Turrent<sup>50</sup>, los frailes, tras diez años de trabajo directo y estimulados por los resultados, decidieron ceder la llevanza del colegio a los indígenas, pero el traspaso no funcionó bien y recuperaron su dirección, esta vez con la esperanza de formar un clero indígena.

Sin embargo, esta segunda parte constituyó un fracaso. En primer lugar, porque los nativos, aun siendo inteligentes y hábiles,

se dejaban llevar por la indolencia y el alcohol, y eran refractarios a la rígida disciplina franciscana y al celibato. En segundo lugar, y como suceso que determinó el declive definitivo del centro, uno de sus antiguos alumnos, el cacique don Carlos de Texcoco, fue acusado de incitar a los suyos a retornar a los ritos paganos, algo inadmisibles en una época de intenso esfuerzo evangelizador.

Si el colegio fue orientado a la educación del indígena, la universidad lo fue para el criollo. Los indios nobles o los mestizos con capacidad no fueron excluidos de ella, pero la proporción criolla en las aulas fue abrumadoramente mayoritaria. Como dijo el virrey Velasco, protector de la de México, «la Universidad es el mayor bien y merced que a esta tierra se pudo hacer», y desde luego pasa por ser quizá la mayor aportación española a la vida cultural americana, pero también es innegable que la formación universitaria de la élite criolla constituyó el germen intelectual de la futura independencia.

La primera universidad de América fue la de Santo Domingo, fundada según el modelo de la de Alcalá de Henares. Ambas se asentaban sobre el modelo mixto colegio-universidad, con un mismo rector para ambos. En 1551 se crearía la Universidad de San Marcos en Lima y, dos años después, la de México, ambas directamente inspiradas en la de Salamanca. Más tarde, pero todavía en el siglo XVI, se fundarían las de Bogotá y Quito.

En todas ellas era obligatorio el aprendizaje del latín, para el cual había estudios previos de gramática y retórica, disciplinas que daban paso a las llamadas facultades mayores: Teología, Derecho Canónico, Derecho Civil y Medicina, siendo las menores las de Artes y Filosofía. En las universidades religiosas se impartía exclusivamente Teología y Derecho Canónico.

Las prestigiosas universidades de México y Lima adoptaron los estatutos de la de Salamanca. Su cabeza era el rector, elegido por los catedráticos y los alumnos más aventajados. Los planes de estudios se correspondían con los salmantinos, otorgándose los grados de bachiller, licenciado y doctor. El curso empezaba, en México, el 19 de octubre y, en Lima, el 3 de mayo, terminando respectivamente el 7 de septiembre y el sábado anterior al domingo de carnaval. Claro está que tan dilatado programa se compensaba con la existencia de numerosas fiestas religiosas y civiles, tantas que apenas había semanas que no tuvieran alguna y, en todo caso, el jueves era no lectivo.

Las clases debían durar «una hora de reloj de ampollita», y los bedeles sancionaban a los catedráticos incumplidores o a quienes llegaban tarde a clase. Esta comenzaba con la lectura y exposición de la materia a tratar. A continuación, se explicaba el tema y el

último cuarto de hora se reservaba para el resumen y el control de asistencia de los alumnos. El profesor debía quedar luego de la clase a disposición de los alumnos, para solventar cualquier duda. Cada quince días, o con motivo de alguna visita importante, había disputas dialécticas según el método escolástico. Los aprobados y reprobaciones finales eran señalados con una papeleta, marcada con las letras A o R. En los exámenes de bachillerato o de doctorado, el *sustentante* defendía una tesis frente a las objeciones que le hacía el *replicante*. También estaba instaurada la norma de *picar frutos*, que consistía en que un niño señalaba con un punzón en el programa de la asignatura, y el examinando desarrollaba el tema así elegido.

Los claustros eran los órganos colegiados del gobierno de la universidad. El de catedráticos elegía a los diputados de la universidad, comisionados para la administración de los fondos. El claustro universitario, compuesto por el rector, los catedráticos, los funcionarios administrativos y los graduados, era el órgano más importante en el gobierno de la universidad, y el claustro pleno, compuesto por el de gobierno y el de consiliarios, se reservaba para los asuntos de más trascendencia, como la reforma de los estatutos.

Los grados universitarios eran otorgados por el canciller o maestresala, y la graduación consistía en un solemne acto de reminiscencias medievales, correspondiendo el graduado con propinas, celebraciones y regalos, que debía repartir entre los oficiales, maestros y padrinos, amén de una colación obligatoria que se ofrecía al rector, al canciller, a los padrinos y a los catedráticos, y cuya minuta debía aprobar el canciller. Todo se acrecía cuando el grado obtenido era el de doctor, resultando entonces tan gravoso que algunos renunciaban al título, pues entre los desembolsos figuraba en Lima la organización de una corrida de toros por cuenta del doctorando. Los dispendios eran tales que algunos quedaban endeudados de por vida, y Carlos III tuvo que disponer que el grado se diera gratuitamente a los que acreditaran pobreza.

La creación de la Universidad de Lima llevaba anejos los privilegios de la de Salamanca, excepto la jurisdicción a favor del rector y la obligación de pechar, que no pesaba sobre los graduados salmantinos. Pero en 1580, al rector de la Universidad de Lima se le concedió la jurisdicción sobre los delitos cometidos dentro del ámbito universitario, y a los cometidos fuera, pero relacionados con la universidad, lo cual le dotaba de autonomía frente a las posibles injerencias del virrey. En 1588, Salamanca y San Marcos de Lima quedaron del todo equiparadas, cuando se extendió a los graduados de esta el derecho a no pechar, así como el resto de los privilegios.

La Universidad de México fue inaugurada en 1553 con un solemne discurso a cargo del célebre humanista Cervantes de

Salazar, y con la presencia del virrey Velasco. Su fiesta principal fue la de Santa Catalina de Siena, y sus patronos, san Pedro y san Pablo. En 1595 fue elevada por el papa Clemente VIII al rango de universidad pontificia, del que solo gozaban Oxford, Salamanca, París y Bolonia.

Los dominicos, pero sobre todo los jesuitas, lograron para sus centros superiores rango universitario, con el privilegio inherente de otorgar grados. La finalidad de estas aulas era social, profesional y eclesiástica, pasando por ellas los niveles más selectos de la sociedad criolla. Eran lo que se denominaban *colegios mayores*, o universidades particulares, frente a las generales, y en el siglo XVIII llegaron a existir hasta treinta y cinco de estos centros con prerrogativas universitarias, y su influencia en la clase criolla fue determinante, como luego se explicará.

También existían los convictorios y los seminarios. Los primeros eran colegios dependientes de la universidad, y preparaban a los alumnos para su acceso a ella, con dos ciclos llamados *minoristas* (latín y filosofía) y *mayoristas* (jurisprudencia y teología). En cuanto a los seminarios, se rigieron por los dictados del Concilio de Trento, y en ellos se formó el clero americano.

## Literatura y Teatro

En los primeros tiempos de la presencia española en América, los autores leídos eran los mismos que se leían en España, cuyos libros llegaban en las naos, junto con el resto de recursos humanos y materiales de la colonización.

En 1538 se crea en México la pionera de las imprentas de América, especie de sucursal de la famosa imprenta sevillana de Cromberger. El primer libro publicado fue *La Escala espiritual*, de san Juan Clímaco, y en las publicaciones de esta y las sucesivas imprentas instaladas en el continente se aprecia la herencia medieval en las impresiones: letra con caracteres góticos, pergamino en las pastas, correas para los libros voluminosos, además de un papel importado de Europa, de magnífica calidad, al igual que todo el que sirvió de soporte documental oficial, como puede apreciarse en el Archivo de Indias, cuyo papel se conserva blanco, y la tinta, legible.

Muy pronto, América habría de comenzar su propia obra, la que, andando el tiempo, daría singular y renovado brillo al idioma. Surgen autores de la tierra, como Fernando de Alva Ixtlilxochitl o Agustín de Betancourt. Fray Antonio Tello publica su *Crónica*

*miscelánea*; Juan de Grijalva, su *Crónica*, y Alonso de Ovalle, la *Histórica relación del Reino de Chile*. Felipe Huamán Poma de Ayala escribe la *Nueva Corónica y Buen Gobierno*; Antonio de Fuentes y Guzmán, descendiente de Bernal Díaz del Castillo, la *Recordación Florida*, fundamental para conocer la época colonial de Guatemala y la sociedad encomendera. También debe mencionarse la obra *Grandeza Mexicana*, muy conocida en su momento, y cuyo solo título evoca el orgullo que sentían los criollos hacia su entorno. Muchos de los escritos de la primera época se engloban en lo que se ha llamado *crónicas de convento*, pues describen los esfuerzos de los frailes para la evangelización de los indios, pero paralelamente se contienen numerosas descripciones naturalísticas y abundantes noticias sobre la vida y costumbres de los pueblos indígenas.

En esta sumaria relación de obras y autores es necesario destacar dos nombres, los del Inca Garcilaso y Ruiz de Alarcón. Ambos nacieron en América y recalaron finalmente en España, donde hicieron su obra. Ruiz de Alarcón había nacido en México, estudiando allí y en Salamanca, y logró darse a conocer en la metrópoli como autor de comedias, siendo considerado discípulo de Lope de Vega. Es un autor que perfila con gran profundidad sus personajes, y por ello se ha dicho de él que fue el inventor de la llamada *comedia de caracteres*. Curiosamente, dejó de escribir cuando obtuvo plaza de relator en el Consejo de Indias.

La reducida nómina expuesta quedaría incompleta si no mencionáramos a sor Juana Inés de la Cruz, la *Décima Musa*, cuya insaciable voracidad intelectual tropezó con el ambiente de los tiempos, poco propicios a valorar el talento de la mujer. Tras muchas peripecias, en la soledad del convento logró satisfacer su enorme capacidad creativa en forma de teatro y poesía, y llegó a formar una biblioteca de 4000 volúmenes, cifra asombrosa para la época. Tras su *Romance de la ausencia*, el obispo de Puebla le escribió una carta elogiándola, pero persuadiéndola para que dejara el ejercicio de las letras, lo que hizo con estricto sentido de la disciplina, y se entregó a la penitencia hasta el fin de sus días.

La literatura de la época de la colonización tuvo suficiente con describir la exclusiva naturaleza de las Américas. Bastaba con transcribir las maravillas que salían al paso de viajeros y exploradores para colmar las ansias creativas, porque el territorio era en sí una portentosa creación, plagada de novedades, y por tal razón la novela no abunda a lo largo de todos esos siglos.

Habría que esperar hasta el siglo XX para que una generación de autores extraordinarios diera el salto desde el mero registro de las cosas a su fabulación, desde la descripción a la invención. Y del mismo modo que la arquitectura y el arte, sobre unos mismos

materiales pudieron engendrar los sobrios conventos franciscanos o el exuberante barroco, así la literatura, sobre el mismo molde del castellano, presentó resultados que van desde el conceptismo de Baltasar Gracián hasta la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Se trata, una vez más, de la América barroca, plasmada en la novela de Miguel Ángel Asturias, de García Márquez, de Borges, de Vargas Llosa, de Carlos Fuentes, que supieron con insuperable maestría retorcer el lenguaje, la metáfora, el giro, como los artesanos mestizos de la piedra y la madera tres siglos antes acertaron a contorsionar las formas, engendrando el arte barroco.

Fueron necesarios, pues, cinco siglos para que emergiera la inmensa capacidad fabuladora de América. La que surgía de la pujanza de una tierra desmedida, la que producía tipos humanos tan extraordinarios como el gaucho pampero y el jinete llanero, y tan insólitos como el sátrapa dictador o el señor de haciendas, amo de personas y bienes; la América que generaba escenas de la vida cotidiana que tenían más de irreal que de ciertas. Todo eso salía al camino de los narradores de la América hispana, quienes aplicaron su propia magia sobre la magia del entorno natural y sobre la extravagancia de los tipos humanos, y elevaron el idioma castellano a cotas prodigiosas, desconocidas desde el Siglo de Oro de las letras españolas. Once premios nobel de literatura acreditan a las letras españolas como uno de los ámbitos donde más brilla la civilización hispánica.

En cuanto al teatro, en el capítulo dedicado a la religión se explica cómo fue utilizado por las órdenes religiosas para inculcar cristianismo entre los indígenas, haciendo más asequible su asimilación. Luis Weckmann<sup>51</sup> expone el proceso, señalando que la primera escenificación tuvo lugar el 6 de enero de 1528 en México, durante la misa de Epifanía, representándose en idioma náhuatl el ofrecimiento de los Reyes de Oriente al Niño Jesús. Era el llamado *teatro misionero* o *misionario*, en el que los frailes descubrieron un excelente sistema de traspaso de la fe hacia los pueblos nativos. En Navidad se interpretaba la escena de los pastores que divisan la estrella de Belén, y de ahí nacieron las *pastorelas*, muy difundidas a lo largo del orbe hispano. Y muchos religiosos componían piezas de su cosecha, en castellano o en lengua nativa, para deslizar sutilmente el mensaje cristiano.

A partir de entonces, cobraron gran auge los autos sacramentales, dramas en un solo acto que mostraban episodios del Evangelio. En un primer momento, la puesta en escena era el interior de la propia iglesia, pero pronto salió de ella, buscando el mayor auditorio del atrio, complicándose cada vez más las representaciones: el fin del mundo, el juicio final, la conversión de

san Pablo y otros dramas, en los que descolló el activo fray Motolinía, que en náhuatl significa «el pobre», apodo que eligió él mismo cuando oyó que los aztecas llamaban así a los doce primeros franciscanos que, descalzos y harapientos, llegaron para convertir a la población.

Desde el ámbito estrictamente religioso, el teatro derivó al profano y buscó la plaza Mayor como el escenario definitivo, permitiendo, por ejemplo, que en una función sobre la conquista de Rodas intervinieran nada menos que 50.000 indios, quienes siempre mostraron gran entusiasmo por este tipo de actos, además de una sorprendente facilidad, pues en solo dos días eran capaces de memorizar sus trabajos.

El teatro mundano halló su hechura más plenamente americana en los *Moros y Cristianos*, denominación genérica que, como vimos, comprende en América cualquier tipo de enfrentamiento: entre la morisca y la cristiandad, entre indios y conquistadores, entre españoles y turcos, y por ello se conoce con nombres tan varios como *morismas*, *retos*, *santiagos*, *matachines*, *cruzadas* o *testoanes*. Es, probablemente, la fiesta profana más extendida y vigente en América, con notable asentamiento en el suroeste de Estados Unidos, donde, con motivo de las fiestas locales, no faltan las representaciones de *Moros y Cristianos* bajo alguno de sus muchos seudónimos.

## Ciencias

Entre las no escasas críticas que autores extranjeros han prodigado sobre la labor española en Indias, figura la de no haber respetado suficientemente el testimonio vivo, las obras de las civilizaciones anteriores, que hubieran permitido un mejor conocimiento del mundo prehispánico. Todo es mejorable, por supuesto, pero la acusación es del todo injusta, si se tiene en cuenta la magnitud de la información que poseemos sobre ese mundo, gracias precisamente a la curiosidad científica de muchos frailes e historiadores, que los llevó a registrar todo cuanto pudieron acerca de la naturaleza de América y sobre sus pobladores autóctonos.

No deben soslayarse por otra parte las circunstancias históricas que rodean a cada generación. El propio Hernán Cortés, que ante todo era un humanista, cuando dirigía la construcción del nuevo Tenochtitlan, quiso conservar algunos de los *teocallis* y monumentos antiguos, «para dejar memoria», y eso fue utilizado contra él en el juicio de residencia. Tampoco se debe acusar a las huestes



conquistadoras de omisión al respecto, pues, ciertamente, en aquellos momentos andaban en otras ocupaciones que las de herborizar y clasificar especies para la ciencia. Pero en cuanto el territorio estuvo básicamente dominado, misioneros y viajeros se lanzaron a la tarea de indagar en ese novedoso universo que los rodeaba, y nos dejaron un inmenso legado naturalístico y antropológico, a partir del cual se ha podido reconstruir el mundo antiguo en todas sus vertientes.

Cristóbal Colón fue sin duda el primer viajero-historiador, iniciando una nómina de nombres ilustres que describieron el espacio físico con las gentes y criaturas que vivían en él.

Uno de estos divulgadores fue Pedro Mártir de Anglería, quien reunía dos cualidades: la de poder escribir sobre el Nuevo Mundo sin haber tenido contacto directo con él, sino tan solo a través de los testimonios que le llegaron de otros informantes, y la de erigirse en el primero de los cronistas al estilo moderno, ya que sus *Décadas* poseen un estilo claramente periodístico, ligero y fácilmente legible, razón por la cual sus textos tuvieron tanta aceptación en la época.

Gonzalo Fernández de Oviedo es el reverso de Anglería. Veintidós años de viajes por América, unidos a su curiosidad científica, lo colocan en el primer puesto, cronológicamente hablando, entre los tratadistas de la naturaleza americana. Escribió obras enciclopédicas, como *De la natural historia de las Indias* o el *Sumario de Historia natural*. Escribe de manera desordenada, acumulando datos, mezclando lo importante con lo accesorio, lo sustantivo con lo anecdótico, lo naturalístico con lo etnográfico y lo histórico, y sin poner cuidado literario alguno, pero, al ser pionero en hacerlas, sus observaciones son de una relevancia difícil de superar. Describió por primera vez innumerable cantidad de especies, así como sus costumbres, y su obra es imprescindible para conocer aquel mundo nuevo y deslumbrante que se ofreció a la vista de los europeos del siglo XVI. Oviedo es considerado por ello como el primer naturalista del Nuevo Mundo.

Francisco López de Gómara es titular de otro de los puestos relevantes en la historiografía indiana. Él fue quien dijo que «la mayor cosa desde la creación del mundo es el descubrimiento de las Indias». Su *Historia General de las Indias* es un compendio de esa naturaleza que tanto admiraba.

Bernardino de Sahagún escribió otra magna obra, la *Historia General de las cosas de Nueva España*. Es un gran descriptor de la vida y de las costumbres de los naturales del valle de México, revelándose como notable etnógrafo.

José de Acosta está considerado un auténtico «filósofo de la naturaleza». Su *Historia natural y moral de las Indias* presenta un

método riguroso, sistemático, y va más allá de la mera descripción, para adentrarse en la causalidad de los fenómenos, en «las causas y razones de las novedades y extrañezas de la naturaleza», buscando por tanto las leyes que rigen el orden natural. En la parte *moral* de su *Historia*, describe los hechos y costumbres de las tribus indígenas de América.

Acosta, hombre del Renacimiento, adopta una actitud crítica ante las cosas, sin dejarse llevar por prejuicios ni conocimientos heredados. Se muestra como un adelantado a su tiempo. Formula la ley de la pluralidad de las causas, según la cual los sucesos no responden a una sola causa, sino a una conjunción de ellas. Así, el sol no es la única fuente del calor en una zona, sino que también intervendrán la lluvia, la altura, la proximidad del mar, los vientos...

Genial intuitivo, imaginó que los primeros pobladores de América debieron entrar por el norte, a través del estrecho de Bering. Y, dando un paso intelectualmente más osado aún, mucho antes de que Darwin formulara la teoría, Acosta apuntaló los rudimentos del principio de adaptación de las especies al medio.

Hay otro grupo de autores que, sin pertenecer a la primera línea como los anteriores, merecen un puesto en la relación de escritores naturalistas de los siglos XVI y XVII. Martín Fernández de Enciso, el *Bachiller*, fue un abogado que llegó a las Antillas con una edad cercana a los sesenta, y que, tras ejercer allí unos años su profesión, aún tuvo arrestos para embarcarse en expediciones de conquista, por las que es más conocido. E incluso tuvo tiempo para componer una obra que nada tiene que ver con el ejercicio de la abogacía, cual es la *Suma de Geographia*, en la que el polifacético Bachiller se revela como digno geógrafo.

Juan de Cárdenas dio a luz a la primera parte de los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, estudiando aspectos ecológicos y etnográficos, y siendo otro de los que no se limitan a contar lo que ven, sino que se pregunta el porqué de las cosas, y unas veces acierta, como al sostener la estrecha relación del clima con las plantas, y otras yerra, como cuando proclama que el sol comunica al oro su propio resplandor.

Nicolás Monardes recogió numerosas plantas americanas, dedicándose a estudiar sus propiedades curativas, publicando el fruto de su trabajo en la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*.

Francisco Hernández fue un conocido médico de Felipe II, bajo cuyo encargo recorrió parte del territorio americano para estudiar su botánica. Publicó una enciclopedia voluminosa, por desgracia perdida en buena parte, a excepción de cuatro interesantes tomos

sobre «la naturaleza y virtudes de las plantas y animales en la Nueva España».

La obra de Bernabé Cobo, *Anales de las Ciencias Naturales*, habla sobre los distintos reinos de la naturaleza, aunque, como señala Esteve Barba<sup>52</sup>, la publicación llegó tarde y apenas pudo influir, como lo hicieron otros autores, sobre la cultura europea. Pero al menos la obra de Bernabé, aunque tardía, llegó al público, y cabe preguntarse cuántos libros cuidadosamente escritos, plagados de datos e informaciones, quedaron malogrados, arrumbados en los anaqueles de los libros inéditos, perdidos para siempre.

No fue este el caso de la obra de Henrico Martínez, *Repertorio de los tiempos e Historia Natural de Nueva España*, una suerte de enciclopedia que resume la ciencia de su época. Un tratamiento distinto tiene el título de Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*, en cuya primera parte habla de lo que debe hacer un buen jefe en el ejercicio de su cargo y de las obligaciones de un soldado, con interesantes aportaciones sobre medicina militar, pues explica cómo deben sanarse heridas y enfermedades de los ejércitos en campaña en aquellas tierras. En la segunda parte, de un modo sencillo y directo, pero no por ello impreciso, habla sobre las plantas, los animales, los ríos y las costas.

Es procedente mencionar a los escritores jesuitas de las misiones, quienes, inmersos en una naturaleza exuberante, sintieron la necesidad de plasmarla en descripciones literarias y dibujos. Desde California a los territorios australes, nos han legado obras de gran interés científico, como el *Orinoco ilustrado*, de José Gumilla; *Noticia de la California*, de Venegas; *Noticias auténticas del famoso Río Marañón*, de Pablo Maroní, y otros, como Ruiz de Montoya, Diego de Rosales, Alonso de Ovalle y Alonso de Zamora, que revelan la preparación y la curiosidad científica de estos conquistadores de almas.

La ciencia en sí conoció algunos logros de interés en la América española. Quizás el de mayor repercusión económica inmediata fue el de Bartolomé Medina, quien descubrió el procedimiento de amalgama o de patio para extraer la plata. Años antes, un peón indio, al encender una hoguera al crepúsculo para calentarse, descubrió que al calor del fuego manaba un refulgente hilero. Sin saberlo, acababa de descubrir la montaña de plata que transformó la economía indiana, la española e incluso la europea. Era el cerro del Potosí, que de inmediato comenzó a generar cantidades colosales de plata. Pero el procedimiento de extracción desperdiciaba mucho metal, hasta que la técnica de Medina, que empleaba mercurio, redujo las pérdidas considerablemente. Más tarde, unos españoles descubrieron que utilizando unas raspaduras

de hierro se ahorra mercurio, improvisación muy ibérica que fue prohibida, en decisión no menos ibérica, porque ello amenazaba la explotación de los yacimientos de mercurio de Huancavelica e incluso de Almadén.

Gran renombre científico alcanzó el riojano Fausto Elhuyar, que con su hermano Juan José descubrió el wolframio. El platino había sido descubierto por Ulloa, y el vanadio fue aislado por vez primera por Andrés del Río, que lo bautizó inicialmente como eritronio.

En medicina destaca el descubrimiento de la quina para el alivio de la malaria, procedimiento que conocían los indígenas y que mantenían celosamente guardado. Cuéntase que un misionero jesuita logró hacerse con el secreto y lo comunicó a la esposa del virrey conde de Chinchón, quien había contraído las fiebres. Sanó la virreina y divulgó la noticia, y desde entonces la quina se conoció en Europa como «polvo de los jesuitas». Las selvas americanas ofrecían un inmenso caudal de posibilidades medicinales, y algunos investigadores hurgaron en sus secretos, como Francisco de Burgoa, que realizó estudios sobre la medicina natural de los indígenas. O como Juan de Barrios, que publicó su *Verdadera medicina, cirugía y astrología que contiene estudios de plantas medicinales*. De Gregorio López es el *Tesoro de Medicina para todas las enfermedades*, y de Diego de Ossorio, los *Principae Medicinae*.

### Crónicas de costumbres

Los historiadores extranjeros acostumbran a acusar a los españoles de no recoger, e incluso de destruir, los documentos de las culturas prehispánicas, perdiéndose, dicen, una gran ocasión para haber conocido las costumbres de los pueblos precolombinos. Sin embargo, todo lo que se conoce sobre ellos, que es mucho, es precisamente gracias a los cronistas españoles de la época, ya fueran religiosos o seglares, quienes se encargaron de recopilar la documentación disponible, y aun de recabar numerosos testimonios de los aztecas o incas, gracias a los cuales hemos podido profundizar en los aspectos de esas culturas.

Así, por lo que se refiere al mundo mexica, fray Toribio de Benavente escribió la *Historia de los Indios de Nueva España*; Diego de Landa, la *Relación de las cosas de Yucatán*; Diego López de Cogolludo, la *Historia de Yucatán*. Y destaca la monumental y famosa obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General de las Indias, Islas y tierra firme del mar océano*.

Los pormenores del mundo inca han llegado hasta nosotros

gracias a numerosas obras, como los *Comentarios Reales de los Incas*, del Inca Garcilaso; *La Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León. Y de otras regiones como Chile, Pedro Mariño nos trae la *Crónica del Reino de Chile*, y Jerónimo Vivar, la *Crónica y Relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, todo ello por no mencionar otros muchos autores que sintieron la necesidad de plasmar en libros las circunstancias y costumbres de aquellos reinos.

## Expediciones científicas

El siglo XVIII significó la verdadera revolución científica en América, a impulsos de las ideas ilustradas que llegaban de Europa. Se crean colecciones de especies, jardines botánicos, museos. Se fundan la Escuela de Minería, el Observatorio Astronómico, el Museo de Historia Natural y otros centros muy adelantados, que provocan la admiración de un visitante ilustre, Alexander von Humboldt, quien llega a decir que «ninguna ciudad de este continente, sin excepción de las de Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital de México».

Con el general renacer del interés hacia el conocimiento del mundo y sus fenómenos, este siglo es por antonomasia en América el de las expediciones con fines científicos, unas veces organizadas por el Estado español; otras, por países extranjeros con permiso de España, y otras, fruto de la curiosidad particular de algunos nombres propios.

La primera de ellas fue la que organizó la Academia de Ciencias de París, en la que figuraban científicos de renombre, como La Condamine, y en la que por decisión real se enrolaron dos oficiales de la Armada española, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Contaban entonces con solo 19 y 22 años, pero, cuando terminaron, tenían ya la treintena y un puesto en la historia de la ciencia. Habían recorrido toda la costa sudamericana del Pacífico, desde Panamá a Chiloé, y Ulloa llegó a descubrir el platino en Nueva Granada, la actual Colombia, concluyendo además que los nativos americanos debieron llegar al continente por mar.

Ulloa publicó más tarde las *Noticias americanas*, con gran copia de datos y aportaciones científicas, y juntos editaron la *Relación histórica del viaje a la América meridional*. Pero la obra más conocida de ambos fue sin duda las *Noticias secretas de América sobre el estado militar, naval y político de los reinos del Perú y provincia de Quito*, concebida como un informe reservado para la Corona española,

pero que por vicisitudes diversas acabó siendo publicado. Se trata en verdad de un documento escandaloso, que causó gran revuelo al momento de su publicación, pues narra prolijamente el estado de depauperación moral, social y política en que se hallaban los reinos españoles, describiendo una situación de degeneración en prácticamente todos los sectores, y apuntando los remedios más urgentes para enderezar un panorama que los autores consideraban de gran peligro para la integridad de los reinos. Critican el ansia de enriquecimiento rápido de los que pasan a Indias, como los siniestros funcionarios repartidores, que obligan a los indios a comprarles mercancías totalmente inútiles para ellos; de los curas corruptos, que se inventan en los pueblos indígenas festividades y actos religiosos para cobrarles sobresueldos; o de los clérigos depravados, que llevan una vida de barraganía a la vista de todos.

Jorge Juan y Ulloa alertaron sobre estas y otras lacras, y lúcidamente previnieron a las autoridades sobre la descomposición interior que advertían en el Imperio y sus consecuencias previsibles, pero las autoridades españolas, lejanas y sumergidas en politiqueos de salón, no tuvieron en cuenta esta y otras denuncias semejantes, y no pusieron los medios para resolver la situación, cuando acaso aún era tiempo de hacerlo.

La expedición de Ruiz y Pavón al Perú y Chile dio como resultado el tratado sobre la quina, la *Quinología*, el fabuloso febrífugo que podía curar el paludismo, enfermedad muchas veces mortal y que, aún hoy, causa la muerte a varios millones de personas todos los años. Se sospechaba la existencia de la quina por las leyendas que en torno a ella giraban: el puma que en los mayores accesos de fiebre roe la corteza del árbol; el testimonio de un soldado español que, aquejado de malaria y preso de intensas fiebres, bebió de un lago rodeado de árboles de la quina y sanó de la enfermedad; el corregidor que curó por el consejo de un jesuita, que conocía el remedio, y la historia más divulgada, la de la esposa del virrey, asimismo curada por ingerir la corteza.

Publicaron también la *Flora peruvianae et chilensis*, en trece tomos, trabajo exhaustivo sobre la flora andina. Continuaron sus trabajos Juan Tafalla y Francisco Pulgar, hasta un total de cincuenta y cuatro tomos, calculando Tudela que el gasto total del Estado en esta larga expedición que estudió 2300 especies fue la considerable suma de tres millones de pesetas plata.

El más famoso de los expedicionarios españoles fue sin duda José Celestino Mutis, que dedicó su vida a la botánica y la medicina, aunque también hizo incursiones en las matemáticas y la astronomía, debiéndose a su impulso la creación del Observatorio de Santa Fe de Bogotá. Fue un científico de primer nivel, con

auténtico sentido investigador, para quien nada pasa inadvertido y todo lo va registrando con minuciosa precisión.

Mutis recibió de Carlos III, tras veinte años de baldías propuestas por parte del científico (tenacidad indispensable en cualquier emprendedor) y cuando él mismo había cumplido ya la cincuentena, la dirección de la expedición botánica a Nueva Granada, con un selecto grupo de expertos y dibujantes a su cargo, dejando un legado inmenso de descripciones, dibujos y observaciones, gran parte del cual, compuesto por dibujos y un herbario de más de 20.000 plantas, se conserva en el Jardín Botánico de Madrid. Mutis acaudilló a toda una generación de científicos, y el propio Humboldt se desplazó a Bogotá junto con otros colegas, al objeto expreso de conocerlo.

La expedición de Sessé y Mociño a Nueva España se inicia con la del aragonés Martín Sessé, que parte hacia el interior de Nueva España en 1787. Aborda tres campañas, en las que describe por vez primera más de mil especies. En la tercera campaña se incorporó José Mariano Mociño, que había nacido en México y que obtuvo la Cátedra de Botánica. Sessé pasaría después a Cuba, y, fruto del trabajo de ambos, se publicaron las obras *Plantae Novae Hispaniae* y *Flora Mexicana*.

Famosísima fue la expedición de Alejandro Malaspina, nacido en Palermo y adscrito a la Marina española. Este ilustre explorador propuso y obtuvo una expedición con dos fines, científico y de informe de la situación política en los reinos de Indias. Con sus colaboradores recorrió el litoral del Pacífico, desde el sur hasta Alaska, poniendo rumbo a continuación hacia Filipinas y la China. Cinco años después regresaba a España, trayendo infinidad de observaciones, mapas y dibujos. La relación de su viaje se publicó muchos años más tarde, pero se erigió en uno de los grandes hitos viajeros de las expediciones mundiales del siglo XVIII.

Junto con esta ilustre nómina de nombres al amparo de campañas oficiales, es necesario apreciar la valía y el esfuerzo investigador de un talento individual extraordinario, el de Félix de Azara, un inquieto personaje que comenzó estudiando Derecho para luego servir como marino en la Armada real, y dando luego a su vida un nuevo giro intelectual, al interesarse por el estudio de las plantas y los animales.

Azara fue un autodidacta. Comisionado para determinar los límites físicos de los dominios españoles y portugueses, su destino en un medio selvático le sirvió para observar y descubrir para la ciencia muchas especies botánicas y zoológicas, para lo cual ideó un método de clasificación basado en las características comunes a los grupos, algo muy meritorio en quien no era biólogo, sino jurista y

marino.

Cuando fue destinado al sur pudo extender su ámbito exploratorio, y continuamente remitía ejemplares al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde ya eran apreciadas sus observaciones. A su vuelta a la capital publicó sus trabajos, a partir de lo cual fue ya reconocido internacionalmente como naturalista. Siguió escribiendo desde su puesto de embajador, alumbrando conocidas obras como *Viajes por la América Meridional y Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Félix de Azara, sin el apoyo de las grandes expediciones oficiales, sin más armas que su vocación investigadora y su poderosa intuición, trabajando solo y sin apenas medios en la soledad de la selva (soledad de la que siempre se quejó), se fijó en la variación de los animales en domesticidad, en la selección natural impuesta por la lucha por la existencia, y llegó a anticipar los principios de la biología moderna. Era un empirista, y sus escritos influyeron directamente sobre Darwin, quien lo cita de modo expreso en sus obras. Se asegura que su bagaje de conclusiones era de tal calibre que, de haber avanzado un paso más, hubiera sin duda llegado a la teoría darwiniana sobre la evolución, cuyos indicios se atisban ya en la obra del gran naturalista español.

Finalmente, no podemos soslayar la mención al paso por América de otro nombre de inmenso prestigio, Alexander von Humboldt, que fue autorizado por el Estado español para reconocer los territorios americanos, que recorrió de un extremo a otro, dejándonos obras tan importantes como *Cuadros de la Naturaleza* y sobre todo *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, imprescindibles para acercarnos a la realidad americana, de la pluma del insigne explorador alemán, quien, por cierto, quedó sorprendido por la magnitud de la colonización española en América, muy lejos y muy distinto de lo que tan machaconamente publicaba la *Legenda Negra*.

Apreció también el monto de lo gastado por el Estado español en toda clase de expediciones científicas, calculándolo en unos veinte millones de pesetas plata, recordando que ningún país europeo había destinado tan grandes dineros a la ciencia. Sin duda, España no cosechó el premio debido a tan ingente esfuerzo.

## Evolución de las ideas culturales. El crucial siglo XVIII

Los siglos XVI y XVII representan en América la consolidación



definitiva de la cultura y la civilización españolas, mientras en Europa se estaba ya gestando una nueva forma de entender la vida, una filosofía bien distinta al humanismo cristiano acuñado en los siglos anteriores.

España permaneció al margen de estas nuevas corrientes. Continuó apegada al pensamiento tradicional, acaso porque el catolicismo nunca caló del todo en los países centroeuropeos, porque no se amoldaba a su personalidad nacional, no con la precisión con que el catolicismo se ajustaba a la idiosincrasia española, como una pieza que encaja en un rompecabezas. Eran notas consustanciales al carácter español la fe ciega y sin fisuras, la certidumbre en otra vida, la verdaderamente importante, con respecto a la cual esta es un mero tránsito; el concepto extenso de la familia, la estima por la tierra y sus recursos: la agricultura, la ganadería, la minería, junto con la exclusión, cuando no desprecio, por otras actividades no extractivas y sobre todo por el comercio; la indiferencia hacia los valores materiales, y una noción existencialista sobre la vida, que lleva a tratar de disfrutar de ella a cada instante, y donde en consecuencia el trabajo, considerado un mal necesario desde la maldición a los primeros padres, reduce su posición al mínimo imprescindible para vivir, y no como instrumento de acumulación de bienes ni como un fin en sí mismo.

Mientras España se aferraba a estas ideas, en Europa los primeros vientos reformistas derribaron los viejos conceptos, y una nueva filosofía, utilitarista, apegada a los valores materiales, exenta de valores trascendentes, tomaba cuerpo y, abanderada por Inglaterra, bajaba a los escenarios de guerra y libraba un cruento, largo combate contra las ideas humanistas cristianas, y ahora casi exclusivamente hispanas. Fue la batalla entre lo material y lo espiritual, entre el cuerpo y el alma, entre la tierra y el comercio. Inglaterra, y con ella otros países europeos, descubrieron que era innecesario poseer la tierra, colonizar territorios con inmenso gasto militar y administrativo. Era mucho más sencillo, y más rentable, ejercer el comercio que ocupar territorios. Los colonos ingleses en Norteamérica no tuvieron ninguna ayuda del Gobierno inglés, y ellos solos hubieron de organizarse como buenamente pudieron. Eso sí, una vez que se comprobó que el comercio rendía buenas utilidades, la Armada inglesa se encargó de protegerlo asegurando el dominio de los mares, y en eso consistió todo el aparato colonizador del Estado inglés, frente al impresionante despliegue en burocracia civil, militar y religiosa del Estado español.

Con esta nueva maduración de las ideas en Europa, con una España anclada en sus sempiternas creencias y una Europa vapuleada por reformas religiosas y económicas, arrancó el siglo

XVIII, cuyas consecuencias en América iban a ser decisivas. Porque una serie de factores muy poderosos van a confluír para minar, desde dentro y desde fuera, el precario equilibrio del Imperio hispano: a las apetencias, ya declaradas, de los comerciantes e industriales ingleses por hacerse con los sabrosos mercados americanos, cerrados a cal y canto por el celoso monopolio español, van a sumarse otros varios factores que han de socavar el monolítico Imperio español.

Las nuevas filosofías de la Europa ilustrada penetran de una u otra forma en el bloque aparentemente impermeable de la América española. Los judíos mantienen su rencor contra un Estado que los había expulsado trescientos años atrás, y ricos comerciantes de Londres y Ámsterdam proveen continuamente a América de remesas de libros prohibidos, los que hablan del librecambio y de las ideas liberales e ilustradas.

Esta semilla se vertía también desde las logias masónicas europeas, y caía en el campo abonado de los reinos españoles de Indias, donde los puestos burocráticos seguían siendo desempeñados exclusivamente por peninsulares; donde los criollos se sentían dueños naturales del territorio, pero excluidos de su administración; donde los «marqueses del cacao y del tabaco» venezolanos, como otros señores cuasifeudales de América, señores de tierras y ganados, anhelaban el poder político, pues ya poseían el económico; donde los comerciantes de Buenos Aires ansiaban la libertad de comercio para traficar con Inglaterra; donde acababan de ser expulsados los jesuitas, verdadera armazón de la sociedad civil (pese a que desde las aulas ensalzan los valores de la tierra, contribuyendo con ello al *orgullo criollo*, los jesuitas permanecían incommovibles en su obediencia y fidelidad al rey de España; con su marcha, el clero secular, mucho más proclive a los más oscuros intereses criollos, había tomado el poder religioso); y donde grupos de intelectuales y abogados, también criollos, imbuidos de liberalismo, proclamaban el derecho de los *americanos* a gestionar por sí mismos sus destinos, sin interferencia de una metrópoli que les excluía de las responsabilidades de gobierno.

El antiguo orgullo por la tierra del Nuevo Mundo se había trocado en nacionalismo, y de este se había pasado a un explícito deseo emancipador. Y no es que los criollos estuvieran acosados por los impuestos, ni que la riqueza americana se drenara hacia España. Al contrario, la metrópoli sacaba muy poco de sus reinos, y los criollos detentaban el poder económico sin apenas trabas. Tenían el poder real, pero demandaban el único que les faltaba, el político, y agitaron la ideología liberalizadora imperante en Europa, e incluso en España, para obtenerlo, proclamando el derecho de las naciones

naturales a la libertad, y de paso agitando la bandera de la reivindicación de los indígenas.

En este caldo social y cultural, solo faltó el detonante de la invasión napoleónica de España y el rapto de la Corona española, para que los reinos americanos, fieles todavía al rey legítimo, renegaran primero de este poder postizo en su metrópoli, y más tarde repudiaran al propio Estado español. La Independencia se había consumado, y en ella tuvo mucho que ver la atmósfera cultural forjada en el siglo XVIII. Los criollos ricos habían logrado su propósito último, que era manejar sin trabas la gestión política.

Pronto se vio que la reivindicación india era un mero pretexto, pues los indígenas no mejoraron su condición, antes bien, en muchos países fueron privados de las tierras que les garantizaba la legislación española, su reducto de libertad y dignidad, y en otros, como ocurrió con los onas y tehuelches del sur de Argentina o los yaquis de Sonora, fueron brutalmente diezmados por las nuevas autoridades. La clase pudiente criolla, la formada por los hacendados, mineros y ricos comerciantes, con la emancipación vino a refundirse en una sola, la oligarquía, que de inmediato mezcló y manejó economía y política a conveniencia, sin interferencias, leyes ni inspecciones metropolitanas, dejando en papel mojado las grandes proclamas de la Independencia, los sueños libertadores de Bolívar. Empezando por la unidad, pues convino mucho más a estos grupos, y desde luego a Inglaterra y su nuevo colonialismo, la desmembración del antiguo Imperio en pequeños reinos de taifas.

La Independencia fue, pues, un simple corte, y no la revolución social, económica, política, indigenista, liberalizadora, que preconizaba el criollismo. En nombre del nacionalismo las cosas siguieron igual, solo que gestionadas por otros. Ni los indios, ni los llaneros, ni los puchos, ni los curas, ni los peones sin tierra, ni los obreros de los obrajes, ni las demás clases desfavorecidas, todos entusiastas seguidores de la Independencia, mejoraron un ápice su posición, más bien la empeoraron. Solo México logró en parte construir su propia revolución social y zafarse a la larga del lastre de estas oligarquías, aunque no del todo. En la mayoría de los demás países, los grupos oligarcas encontraron un magnífico aliado para lo que en realidad les interesaba: extender su influencia y su poder económico. Ese aliado fue Estados Unidos, que pronto sustituyó a Inglaterra como potencia económica predominante en la zona, desplazando a una Gran Bretaña que a su vez había tomado el puesto de España, desaparecida de la escena. La pujanza económica de Estados Unidos, ejercida a través de sus grandes corporaciones transnacionales, se asoció a las clases privilegiadas de América,

ejerciendo una férrea y perdurable tenaza sobre aquellos países y sus gentes. E impidiendo, por las buenas o por las malas, por la persuasión o por la fuerza, que ninguna aventura política socavara el *status* económico del continente, basado en la apropiación, a coste muy bajo, de los grandes recursos agrícolas, mineros, petroleros o comerciales por parte de esas Compañías, en estrecha connivencia con las citadas oligarquías.

El cuadro sociocultural, en los casi doscientos años transcurridos desde la Independencia, ha variado menos en Hispanoamérica que en España. Puede sostenerse que, hasta la segunda mitad del siglo XX, España continuó siendo el país que mantenía parecidos valores a los que la llevaron a apartarse de Europa a partir del siglo XVI. Como hemos visto, mientras Europa, con Inglaterra ejerciendo de mascarón de proa, tomaba una senda diferente a la del humanismo tradicional cristiano, y la filosofía calvinista enraizaba firmemente en un modo de ser que de modo natural pedía a gritos esa manera de entender la vida, España apenas variaba el rumbo marcado por Felipe II. Por más que lo apartaran momentáneamente de él los guiños liberalizantes, la línea maestra era la misma, y los ideales, muy otros de los que defendía la Europa liberal y librecambista (libre cambio en un solo sentido, el que favorecía a los intereses británicos, pues hasta para enterrar a un muerto en Inglaterra era preciso acreditar que la mortaja había sido fabricada en los telares ingleses).

Quienes ideológicamente alentaron la independencia de América lo hicieron, según sus palabras, para liberarla de un yugo español que tachaban de arcaizante, oscurantista, medieval, caciquil, clerical y ultraconservador, y en nombre de las ideas nuevas de la Ilustración. Mientras España seguía exportando religión, Francia exportaba ideas, e Inglaterra, comercio y economía.

Por causa de la defensa a ultranza de unos valores, España perdió el Imperio y una hegemonía europea que había logrado culminar con gran trabajo e inteligencia Fernando el Católico: «Esta heredad que yo labré con mis manos», como él mismo expresó en su testamento. No obstante, pervivieron los valores por los que España luchó y, lo que es más importante, los hizo arraigar en América, donde aún pueden ser reconocidos. En cambio, en la España del siglo XXI, esa filosofía tradicional empieza a ceder terreno a partir de la segunda mitad del siglo XX. Con el desarrollo económico se desdibujan los principios tradicionales: España deja de ser un país rural para hacerse urbano; la familia se reduce drásticamente; se disipan costumbres inmemoriales; la religión católica, en nombre de la cual España lo hizo todo, es un valor sin importancia entre las generaciones jóvenes, al lado de los nuevos ídolos del dinero, el

consumo o el éxito profesional; brota una nueva cultura del trabajo, opuesta al antiguo desdén por él, como llave para conseguir todos estos bienes.

Las cosas no han cambiado en España en la misma medida en todas partes. Si la transformación sociológica ha sido muy rápida en las ciudades, en el ámbito rural el proceso es lento. Ya dijimos cómo el campo equivale al mar en ecología, un ecosistema altamente estable, que no acusa los cambios climáticos con la misma celeridad que la tierra emergida. El frío o el calor han de ser muy pronunciados y persistentes para que el océano los perciba, y aun así se altera moderadamente.

El mundo rural obra de modo parecido, amortiguando las modas y mudanzas del presuroso ámbito urbano. En los pueblos españoles de Andalucía, Castilla o Extremadura, aún pueden rastrearse modos del habla del siglo XVI; la religión, con sus ritos y sus fiestas, es vivida con mayor seriedad; los prejuicios sociales y morales son todavía muy fuertes; permanecen costumbres antiguas, inimaginables en las ciudades.

El campo español es pues, en cierto modo, el depositario, aunque no por mucho tiempo ya, de los valores tradicionales que troquelaron el carácter español durante varios siglos. Los mismos que aún podemos detectar en América, en especial, y una vez más, en la América rural. Los españoles de edad madura que viajan por ella se sorprenden al comprobar que muchas áreas del continente son muy parecidas al modo de ser y de hacer de la España de hace unas pocas décadas. Pueden contemplar usos, costumbres, devociones o giros léxicos que en España ya se desvanecieron. Son formas de vida que arrancan de la Europa de antes de la Reforma luterana, antes de que el vendaval de cambio aventara la vieja filosofía. España, durante los siglos sucesivos, logró quedarse al socaire de esos vientos, y ahora que también ella está renegando de su propia personalidad, queda todavía América para recordársela. La idiosincrasia de España se encuentra pues en Hispanoamérica, como la de Europa quedó remansada en España, aunque es previsible que tampoco por mucho tiempo. Allí es donde pueden aún reconocerse los elementos que llevaron a España a batallar en todos los escenarios del mundo y contra todos los enemigos.

# EL MESTIZAJE

El mestizaje comenzó desde el primer momento de la presencia española en el Nuevo Mundo, y no se dice esto en sentido metafórico, sino literal, pues cuentan las crónicas que el primer cuidado de Cristóbal Colón al llegar a América no fue izar el pabellón nacional, sino contener a sus hombres, que corrían enfervorizados por la playa tras las indias desnudas.

La mezcla de sangres se produjo porque, a diferencia de los ingleses, que llegaron al Nuevo Mundo con sus mujeres, los españoles viajaban sin ellas, y por más esfuerzos que hizo la Corona por que las esposas se reunieran con sus maridos, lo cierto es que siempre hubo grandes contingentes de hombres solos, para quienes ayuntarse con las naturales fue una simple necesidad biológica. Toda vez que, como relataba la crónica de Diego Alvéniz de la Cerda:

Los tercios regáronse por la inesperada aldea. Mas la desnudez de sus habitantes los excitó en grado sumo. Aquellas mujeres eran muchas de ellas jóvenes y hermosas, aunque con la piel extremadamente morena; con los pechos al aire y los pechos y las partes pudorosas del mismo modo, sin la menor señal de vello: Los soldados se sintieron fuertemente atraídos y comenzaron a meterse en el interior de todas las viviendas... La soldadesca satisfizo sus apetitos, sus hambres y sus pasiones, y a la mañana siguiente indígenas y españoles se mezclaban y se retorcían en la orgía más placentera y bulliciosa.

No tuvieron que esforzarse mucho los españoles para conseguir hembras, ya que era corriente que, tras las escaramuzas con los nativos, fueran los propios maridos quienes ofrecieran a sus mujeres o a sus hijas a unos hombres blancos que acreditaban tal poder, y lo tenían en mucho orgullo. Así fue como un cacique local ofreció a Hernán Cortés una princesa india llamada Marina, quien por su conocimiento de los dialectos locales fue un factor decisivo en la lucha contra el Imperio mexicano.

Los españoles encontraron sumamente seductoras a las indias,

que, desprovistas de los prejuicios de la vieja Europa, nacidas en un ambiente integrado en la naturaleza, se entregaban con facilidad y sabían usar afrodisíacos extraídos de las plantas. Algunas de las tribus permanecían en un estado cultural tan primitivo como para no vincular el coito con la procreación, y, cuando concebían niños con rasgos blancos, manifestaban la mayor sorpresa y lo atribuían a los poderes sobrenaturales de aquellos seres, por lo que no querían apartarse de ellos.

Mas la unanimidad acerca del contacto sexual con los blancos no era absoluta, pues algunos grupos de indias caribes tenían muy a deshonra procrear de sangre española, y, si algún niño sacaba rasgos blancos, lo ahogaban de inmediato. El general Rumiñahui, que trató inútilmente de resistir a los españoles a la caída del inca Atahualpa, citó a sus mujeres y les dijo: «Alegraos, que ya vienen los cristianos, con quien os podréis holgar». Algunas de ellas rieron la ocurrencia, y allí mismo mandó degollarlas. Muchas tribus de las Antillas vieron con impotencia cómo se vaciaban de mujeres, que pasaban al bando español de voluntad o de fuerza, lo que hizo quejarse a un obispo de que «los indios se van acabando porque los españoles, a falta de mujeres, se casan con las indias. Indio que puede haber una de ochenta años lo tiene a buena ventura».

La realidad de las relaciones sexuales promiscuas se imponía por doquier, a veces con ribetes escandalosos, ya que el alejamiento de la Península imponía una intensa relajación de las costumbres y de la moralidad. Así, había quienes mantenían varias concubinas, y en Chile se conocían casos de encomenderos que disponían de treinta mujeres, pero nada comparable a Asunción del Paraguay, donde la promiscuidad llegó al desenfreno. Fue llamada el *paraíso de Mahoma*, ya que no había serrallo que bajara de las seis concubinas, la media era de veinte y había quien mantenía harenes de setenta barraganas. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tras recorrer a pie el sur de los Estados Unidos, en uno de los viajes más alucinantes de la historia viajera universal, fue nombrado gobernador del Paraguay, y quiso poner coto a este estado de depravación sexual, pero el resultado fue que tiempo después saliera de la gobernación y del Paraguay en un barco rumbo a España, cargado de grillos por los propios pobladores.

Como puede fácilmente imaginarse, el territorio americano comenzó a poblarse de mestizos. Un marinero de nombre Álvaro tuvo él solo treinta hijos en tres años; en un campamento de Chile, hubo semanas en que se alumbraron sesenta nuevos infantes, y en la libertina Asunción, en el exiguo plazo de cuatro años, nacieron mil niños.

Lo cierto es que la unión de españoles con indias era un hecho y

amenazaba con sembrar la tierra de hijos ilegítimos, de modo que la Corona española optó por la prudente decisión de admitir la realidad de las uniones y de regular el hecho, en decisión que fue determinante para la conformación de la clase mestiza americana, la más importante en términos numéricos, la que ha convertido a América en un continente mestizo.

Las Leyes de Indias procedieron a liberalizar el matrimonio entre españoles y nativas. La ley 2.<sup>a</sup>, título 1.<sup>o</sup>, del libro 6.<sup>o</sup>, dispone la libertad general de casamiento: «Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan entera libertad para casarse con quien quisieran...».

Por si no fuera suficiente esta declaración general, el siguiente artículo del mismo título se encarga de ratificarlo, y de una forma aún más expresa, y podemos calificar este precepto como determinante para el futuro mestizo de las Américas:

Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan entera libertad para casarse con quien quisieren... así con indios como con naturales de estos Reinos, o españoles nacidos en las indias y que a esto no se les ponga impedimento... y que ninguna orden pueda impedir el matrimonio entre indios e indias y españoles o españolas.

Sancionado legalmente el matrimonio mixto, el mestizaje tomó de inmediato carta de naturaleza en América, y de las uniones legales de españoles con indias (el caso contrario fue esporádico) nacieron mestizos ilustres. Así, Garcilaso de la Vega, el Inca Garcilaso, descendiente de la familia imperial inca, que llegó a ser en España capitán de los ejércitos en los tercios de Flandes, era un producto mestizo que emparentó con la mejor nobleza española y escribió que

... a los hijos de español y de india nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombres impuestos por nuestros padres y por su significación, me llamo yo a boca llena y me honro con él.

Fue también mestizo Martín Cortés, hijo de Hernán y doña Marina, que recibió del rey el hábito de Santiago, privilegio muy exclusivo en la época; Diego de Almagro el Mozo, hijo de una india de Panamá, que fue proclamado por sus huestes gobernador del Perú; Juana de Zárate, hija de una india peruana, que heredó, para el momento en que se casara, los cargos de gobernador y adelantado del Río de la Plata, así como el título de marquesa del



Paraguay; José Sarmiento, conde de Moctezuma, que llegó a ser nombrado virrey de México. El siglo XVI, como explica Rosenblat, contempló a numerosos mestizos comandando expediciones conquistadoras, fundando pueblos, recibiendo encomiendas o accediendo al sacerdocio, a la milicia o a la universidad. Muchos de ellos se vincularon a la categoría social de sus padres y entroncaron con la nobleza española, y sin duda dejaron en la propia península ibérica una generosa huella biológica, en un singular mestizaje de ida y vuelta.

Así que los mestizos, alentadas las uniones mixtas por las leyes españolas, comenzaron a multiplicarse y dieron lugar andando el tiempo a que surgieran en Indias tres grandes grupos sociales: los *españoles*, que englobaban tanto a los peninsulares como a los criollos; los *indios*, una capa nítidamente diferenciada, y las *castas*, la zona intermedia, producto de la unión de las anteriores.

Las castas, el grupo que acabó siendo el más numeroso, no eran rígidas al estilo hindú, sino algo mucho más flexible y permeable, pues en la adscripción influía no solo el color de la piel, sino otras consideraciones, como las económicas y las culturales. Y el sistema adquirió tal complejidad que bien puede hablarse de una *pigmentocracia* a la hora de clasificar a unos y otros en la escala social.

En el escalón superior se hallaban los blancos, que hacían suyo el dicho de que «Todo blanco es caballero y todo caballero es blanco». Ya desde la primera generación se desató un conflicto interno entre los venidos de la Península, primeramente llamados *chapetones*, por el enrojecimiento de sus mejillas, y más tarde, y más despectivamente, *gachupines*, y criollos, hijos de españoles por ambos lados, pero nacidos en las Américas. En cuanto descendientes de los conquistadores y primeros pobladores, se sentían hijos de la tierra y no dejaban de considerar a los peninsulares como intrusos, acusándolos de acaparar los principales puestos de la Administración indiana, en lo que tenían razón, respondiendo los peninsulares que ellos llevaban con más fidelidad y eficacia los negocios públicos, en lo que también acertaban. Lo cierto es que entre ambos se desató ese odio vecinal español característico y extremo, que estalla cada vez que surge la oportunidad con un conflicto bélico, como la guerra civil española, y que desde luego estalló con toda su cruel fiereza en las guerras civiles por la Independencia. Ya lo había manifestado muy pronto y de forma clarividente el virrey Toledo, que se dirigió al rey en estos términos: «Entiendo que esta tierra se conservará algún tiempo... pero irá perdiendo en esto y en los frutos que della salen vendrá a criar yerba de libertad, de manera que la pierda la Corona de Castilla».

La perdió en efecto, aunque lo extraordinario fue que se conservara durante trescientos años. Lo que tiene mucho que ver con la mentalidad de las gentes que poblaron inicialmente el continente americano. Como se dice en otra parte de esta obra, fueron gentes del Bajo Guadalquivir, que entraron en América durante los primeros cincuenta años tras el descubrimiento colombino, las que se mezclaron con los naturales y que sellaron su personalidad para el futuro, de modo que los nuevos inmigrantes no alteraron la idiosincrasia general, la impronta marcada por los primeros. Y esa impronta conforma un tipo humano al que no le importa la dependencia política ni tampoco la económica.

Los hispanos criollos estaban en general cómodos bajo España (a excepción de ciertas élites económicas que rechazaban el control y la intervención peninsulares y que querían gestionar por sí mismas la administración), que se metía poco en sus asuntos y los dejaba hacer. Mientras mantuvieran sus fiestas, sus juegos de cañas, sus corridas de toros, sus tertulias en las que no había tasa para la crítica, no tenían impedimento en seguir adscritos a España. Otra cosa hubiera sido que la metrópoli hubiera cercenado esas costumbres y libertades, esenciales para ellos, y que hubieran levantado sublevaciones espontáneas y populares. Y solo fue la aparición de personalidades como Simón Bolívar o José de San Martín cuando, con escaso entusiasmo, casi a la fuerza, se dejaron arrastrar a la Independencia.

Tras el primer escalón blanco de altos funcionarios, clero superior, grandes comerciantes, mineros y hacendados, se extendía un segundo escalón medio de artesanos, pequeños comerciantes y profesionales liberales, segmento también blanco, pero ya con incursiones de las castas, debido a la movilidad social entre los niveles. Las castas marcaban al sujeto desde el registro de su nacimiento, pero con esfuerzo se podía remontar posiciones. Comprendían a mestizos, mulatos, zambos, indios, negros y la mezcla inextricable a que dio lugar el cruzamiento de las razas. Cada individuo era inscrito a su nacimiento conforme a alguno de los fenotipos vigentes en Indias, y merece la pena reproducirlos, según figuran en la serie de cuadros del museo etnológico de Madrid:

- Español con india, mestizo.
- Español y mestiza, castizo.
- Español y castiza, torna a español.
- Español y negra, mulato.
- Español y mulata, morisco.
- Morisco y española, albino.

- Albino y española, salta atrás.
- Mulato e india, calpamulato.
- Calpamulato e india, jíbaro.
- Negro e india, lobo.
- Lobo e india, cambujo.
- Indio y cambuja, cuarterón.
- Cambujo e india, sambahigo.
- Mulato y mestiza, cuarterón.
- Cuarterón y mestiza, coyote.
- Coyote y morisca, albarazado.
- Albarazado y salta atrás, tente en el aire.

La posibilidad de escapar de esa tiranía de por vida que supuso la inscripción de cada uno en el casillero correspondiente comenzaba en el propio registro del nacimiento, pues no era fácil identificar la adscripción en un grupo o en otro, y usábanse ardides para la mejora social, como sobornar al encargado de la inscripción. El Gobierno español estimuló la movilidad social en sentido ascendente, como la singular cédula «gracias al sacar». El propósito de todos era acercarse lo más posible al color blanco, de hecho de derecho, pues por ejemplo era considerado blanco quien tenía una octava parte de sangre india o quien, como en el caso de Simón Bolívar, tenía un dieciseisavo de sangre negra. No pocos litigios originó un asunto de perfiles tan imprecisos como la adscripción a cada estrato, pero hay que tener en cuenta que en la época los grupos obtenían o protegían privilegios mediante su pertenencia a uno u otro escalón, y que además las cuestiones del honor, como pasar por blanco o ser tratado de *don*, teníanse en mucho más que la fortuna material. Así, los colonos que se establecían en Nuevo México lo hacían sobre todo porque, pasados cinco años, tenían derecho a usar el *don*, y sobre todo por eso, y más que por salir de la miseria de Castilla, arrostraban el larguísimo viaje desde España a México, y de ahí a Nuevo México en carretas por el azaroso Camino Real de Tierra Adentro, que duraba seis largos meses y estaba plagado de incertidumbres.

No es extraño por todo ello que abundaran los pleitos sobre las castas. Hubo numerosas sentencias de las audiencias que dictaminaron que «se tenga por blanco», como hubo muchas demandas para exigir que alguien volviera a su nivel, como un afanado pleito entablado por la clase noble de Pasto, que logró echar por tierra las pretensiones de un subdiácono que decía descender de los Delgado y Santacruz, probando que provenía de la sangre mestiza de los Campaña. Otro pleito llegó a la magistratura superior de Caracas para exigir que una mulata no pudiera exhibir

en público manto de punta, prerrogativa exclusiva de las españolas. Viejos prejuicios de los españoles de todos los tiempos que hoy nos parecen insólitos.

Así pues, de acuerdo con Rosenblat, el enrevesado mosaico etnológico indiano nos ofrece cuatro grupos principales: blancos o *españoles*, negros, indios y personas de raza mixta. La escala jerárquica sería la siguiente: en primer lugar, los españoles peninsulares; a continuación, los criollos; tercero, los mestizos, hijos de blancos e indias; cuarto, los mulatos, de blancos y negras; quinto, los zambos, de negros e indias; sexto, indios o raza cobriza de los indígenas, y séptimo, los negros africanos.

Cabe añadir que los mestizos tuvieron una suerte distinta, según estuvieran integrados o no en las familias hispanas, pues en este último caso quedaban como individuos inadaptados y problemáticos, y eran muy repudiados por el resto de la sociedad; que los mulatos siempre fueron mirados peyorativamente, por lo ilícito de su origen; y que los negros, aun los individuos libres, ocuparon el escalón inferior, como marcados por la esclavitud, pesando numerosas restricciones sobre ellos, como no poder salir de noche, llevar armas o tener indios a su servicio. Ello no obstante, su situación económica fue mejor que la del indio, por ser en general más trabajadores. La única condición para ellos fue la de no trabajar en interiores, porque sufrían de claustrofobia, y de ahí que los negros nunca trabajaran en la oscuridad de las minas, y de ahí que imaginemos con dolor su terrible sufrimiento en las pestilentes, calurosas bodegas de los infames barcos negreros ingleses o portugueses que hacían la ruta desde África para llevarlos como esclavos a las plantaciones de América.

En cuanto a los indios, si bien tampoco podían usar armas, trasladarse libremente de un lugar a otro, despachárseles vino o montar a caballo, los españoles no tuvieron con ellos las prevenciones que pesaban sobre razas consideradas *impuras*, como las de moros o judíos, de donde derivan los requisitos de pureza de sangre. Los indios no fueron considerados impuros de sangre, y por ello los españoles entroncaron fácilmente con ellos.

La evolución de la población en América desde la llegada de los españoles ofrece una constante progresión de los mestizos, pues todo cruce entre español e india significaba un blanco menos y un indio menos. El hecho de la poligamia favoreció asimismo esta progresión, y lo cierto es que, de acuerdo a las cifras de Rosenblat, a principios del siglo XX el número de mestizos, nueve millones, duplicaba al de indios. Esta proporción venía a mantenerse hacia 1940, con 34 millones de mestizos sobre 16 de indios (cifra esta última que desdice por completo el tan cacareado genocidio indio

aventado por la *Leyenda Negra*). América es hoy básicamente un continente mestizo, cuya distribución por regiones muestra cómo el mestizaje se ha generalizado en México, Honduras, Venezuela, El Salvador, Nicaragua, Paraguay, Perú y Colombia. El elemento indio es preponderante aún en Guatemala, Ecuador y Bolivia, y el elemento negro predomina en la América de las plantaciones, constituida por las Antillas y amplias áreas de Brasil, Venezuela, Panamá, Cuba y Colombia. Una gran proporción blanca pervive en Costa Rica, Chile, Argentina y Uruguay, país este el más blanco de Iberoamérica.

El futuro deparará sin duda aún un mayor peso relativo de los mestizos, acaso porque, como señala Vasconcelos, el destino final de la humanidad es una raza cósmica mestiza. Los mestizos han ido desplazando a los criollos blancos del poder político (si bien no está tan claro que los hayan desplazado del control económico), y su influencia será cada vez mayor.

Este continente mestizo es la consecuencia final de aquellas primeras uniones sexuales que tuvieron lugar tras el desembarco de Cristóbal Colón. Y mientras esto ocurría en la América ocupada por los españoles, en el norte anglosajón las cosas discurrían por derroteros bien distintos, como se expone en el apéndice de este libro. Aquí, los europeos arribaron en condiciones y con propósitos diferentes. Llegaron con sus familias completas, se desentendieron por completo del sustrato indígena y dispusieron la tierra para trabajarla por sí mismos y como si fuera suya. Los españoles requirieron al indio para el trabajo agrícola, que retribuyeron, e incluso se maridaron con ellos. Los angloamericanos solo excepcionalmente lo hicieron, y los contactos sexuales, limitados a relaciones esporádicas de los soldados que actuaban en la frontera, o a los dueños o capataces de plantaciones con las esclavas negras, no supusieron la formación de familias al modo español, sino que los niños nacidos de estas uniones ocasionales se integraban plenamente en la sociedad india y los padres se desentendían de ellos.

Así pues, los anglosajones no vieron en el indio mano de obra para el trabajo, ni para la integración cultural, ni para la procreación. El indio supuso para ellos un claro estorbo y no contaron con él para nada, ni siquiera como titulares originales de las tierras, y los fueron desplazando de ellas en la medida de su avance, confinándolos o eliminándolos.

De ahí que se haya dicho que la política anglosajona con respecto a América fue de *trasplante*, mientras que la española lo fue de *injerto*. Y de ahí también que, mientras en la mitad oriental de los Estados Unidos, área puramente anglosajona, no quedan

indígenas, el Oeste, la zona prioritaria de asentamiento español, es una Norteamérica donde perviven los indios, en número y prosperidad crecientes, y donde vive igualmente una numerosa población mestiza. Dos concepciones, dos modos diametralmente opuestos de entender la colonización de América.

## El mestizaje cultural

Pero, junto con un mestizaje puramente biológico, se produjo también una hibridación cultural, y ello por la razón de que en el cruce de sexos se mezclan no solo los patrones físicos de ambos progenitores, sino también los rasgos culturales profundos, sobre todo los que afectan al carácter, a la personalidad, a la forma de ser, que también se hallan incrustados en el ADN.

Y por si fuera poco esta doble unión físico-cultural, España, en su condición de potencia imperial, pretendía no solo extender sus dominios, sino su cultura, formada con el sedimento de muchas otras anteriores, y de la que se sentía orgullosa. E hizo denodados esfuerzos por implantar esa cultura en las tierras de América, que se orientaron en tres direcciones principales: la lengua, la religión y las novedades de orden técnico que supusieran una mejora en el modo de vida, tales como la agricultura, la ganadería o los oficios, con todo el repertorio de instrumentos ligados a ellos. Estas novedades de índole material fueron las que más rápidamente asimilaron los indios, pues introducían un mayor bienestar en sus vidas (así, el cerdo, que les procuró carne; el burro, que los liberó de la carga personal, y la vela, que les trajo la luz, revolucionaron sus costumbres domésticas). Otros ingredientes de la cultura, como la música, las costumbres o las fiestas entraron solos, por la simple imitación del modo de actuar de la raza colonizadora.

Así pues, como derivado necesario del mestizaje biológico-cultural, España legó un patrón cultural homogéneo a América, presente en mayor o menor forma según las regiones, pero claro denominador común de las gentes hispanas. Hoy es perfectamente posible distinguir, en cada área o comunidad de Iberoamérica, qué parte de su cultura es española, india o africana, pero todas ellas conservan la matriz común de la cultura española, que, al contacto con las tierras y gentes de América, se transformó en cultura hispana o hispánica, y que es la que define hoy a las poblaciones de uno y otro lado del Atlántico. Cultura con notas propias, singulares, y nítidamente discernible de las demás culturas, conformando hoy, por el número de sus integrantes, uno de los mayores ámbitos

culturales de la humanidad, lo que propiamente puede llamarse la *civilización hispánica*.

### Los rasgos andaluces

Es preciso profundizar algo más en las notas que caracterizan a las gentes andaluzas, y en particular a las del Bajo Guadalquivir, las que poseen más acendradamente esas notas en toda la región, porque esos rasgos fueron los que cristalizaron en América, mezclados con los no muy distintos en muchos aspectos de los nativos americanos. La fusión de ambas sangres cuajó en un modelo humano iberoamericano que acentúa tanto los rasgos andaluces como los nativos, a veces hasta la caricatura y el surrealismo.

Para empezar, digamos que esas notas de las gentes del triángulo Cádiz-Sevilla-Huelva poseen tanta fuerza, que han impreso y dado el sello no solo a la región de origen, Andalucía, sino a la de toda España, ya que el carácter genérico español se identifica fuera de nuestras fronteras con el carácter andaluz, y este identifica también a toda la América hispana.

Decía Ortega y Gasset que los andaluces llevan 4000 años viviendo como viven, y no les va nada mal. Es una apreciación muy certera. Y eso, a pesar de que Andalucía ha sido ocupada numerosas veces a lo largo de la historia, y los andaluces han hecho poco para evitar esas invasiones. Porque tienen otra manera de encararlas. Los vikingos, los tartesios o los árabes penetraron un día en Andalucía, y sus habitantes los dejaron hacer. En el primer caso, se limitaron a esperar su marcha. En los otros dos, simplemente absorbieron a los invasores, que es lo que siempre hace Andalucía con los forasteros. Al cabo de varios años de ocupación, los árabes se habían vuelto «andaluces», del mismo modo que los ingleses que instalaron las grandes firmas vinateras de Jerez y el Puerto de Santa María, como los Domecq, Garvey, Osborne, Byass y demás, hoy son familias no solo plenamente integradas en Andalucía, sino que ellas mismas encarnan el espíritu andaluz. Y lo propio ocurre con tantos forasteros que se afincan en Andalucía y que, trayendo de origen otro carácter, al cabo de un tiempo han sido asimilados de tal forma por lo local que parecen ya gente de la tierra. Y esto explica también que los contingentes andaluces de las primeras hornadas que marcharon a América tras el primer viaje de Colón incrustaran, de modo indeleble, la personalidad hispana de América, y los aportes humanos posteriores, castellanos, vascos, gallegos..., no alteraran un ápice esa idiosincrasia.

¿Y cuál es ese carácter colectivo andaluz? Díez del Moral lo describe como desprendido, generoso, expansivo, efusivamente hospitalario, imaginativo, amigo de novedades, poco culto, pero inteligente. Se entrega a todo el que llega y le abre francamente las puertas.

Destaquemos el carácter extrovertido de las gentes andaluzas, en particular de la región citada, como habitantes de una tierra soleada y muy luminosa. Se vive más hacia fuera que hacia dentro, y eso se vierte en aspectos múltiples, como la comunicación entre unos y otros, que es fácil, sencilla e inmediata. Esa extroversión lleva a que gran parte de la vida se haga en la calle, y que lugares como el mercado o la plaza Mayor sean los núcleos de la vida ciudadana.

La vida con la vista puesta en el exterior, tan propiamente andaluza, arrastra otras consecuencias. Se vive más para el vecino que para sí mismo. Se encalan las fachadas y se adornan con flores, se engalanan los patios para que los demás los vean, no importando que el alcantarillado exhiba inmundicias un poco más allá, pues eso ya es asunto ajeno. Es decir, no importan la limpieza y el lucimiento si es ajeno, lo que cuenta es que sea de uno mismo. Lo que importa es lo que dirán los demás, y esto hace que se dé trascendencia a los aspectos puramente de ornato exterior, que no otra cosa es la obsesión por los blasones, las hidalguías, los apellidos, las condecoraciones, el *don* y el *doña*; todo ello, aparato externo, puro decorado de cartón piedra. Tras la independencia americana, se suprimen los títulos, los *dones* y las *doñas*, pero, como el afán de la hidalguía se lleva en la masa de la sangre, es decir, en el código genético, aparecen otros blasones, como el doctor, licenciado, ingeniero, perito, bachiller..., puras reminiscencias de lo anterior.

La extroversión andaluza aflora también en la pasión por la fiesta. Los norteamericanos celebran su fiesta mayor, el *Thanksgiving*, con una comida en la que se trincha un pavo. La más minúscula de las fiestas andaluzas, y consecuentemente hispanas, jamás se saldaría con ceremonia tan escasa. Antes bien, pueden prolongarse días, semanas incluso, como la romería del Rocío, la Feria de Sevilla o la ristra interminable de las fiestas de Iberoamérica, algunas de las cuales pueden sobrepasar fácilmente un mes entero. La Iglesia católica incorporó al elenco festivo un buen número de ellas, y el calendario de celebraciones no descansa a lo largo del año. Pero lo relevante no es el aspecto religioso, sino la fiesta en sí, la oportunidad de dar rienda suelta a la extroversión andaluza e hispana, a compartir ratos de alegría, porque la familia, amplia, no limitada a los padres e hijos, sino extensiva a tíos, primos o cuñados, es otra de las notas invariables del carácter andaluz exportado a América.



La pasión por la fiesta es tan acusada que puede afirmarse que todo se supedita a ella. Incluso los asuntos más trascendentales. Es famosa la frase de una mujer, que, hablando sobre la Semana Santa, quintaesencia del gusto andaluz, recriminó a Poncio Pilato con estas palabras: «Ese Pilatos, que a poco nos deja sin Semana Santa». Y cuando llegan esas fechas, todo gira en torno a ellas, incluso la supervivencia, porque, por más que haya una prolongada sequía que mantenga angustiosamente improductivos los campos andaluces, maldecirán la inoportuna lluvia que viene a suspender el momento soñado de la exhibición de los pasos y las procesiones.

Entronca esto con lo que interesa realmente al andaluz. Decía Pemán que los pueblos luchan fundamentalmente por sobrevivir, para no pasar hambre, pero que Andalucía es un caso peculiar, único más bien. Luchan, dice el autor gaditano, por su «mantón bordao». Lo que quiere decir que simplemente les interesan prioritariamente otras cosas. Es sabido que, en los últimos cuarenta años, los andaluces han salido escasamente a manifestarse a la calle. No lo hicieron cuando se discutió el Estatuto de Andalucía, cuando pretendidamente estaba en juego el futuro de Andalucía, ni cuando las sucesivas crisis económicas han sacudido a la región y llevado al umbral del hambre a muchas personas. Lo hicieron en cambio, masivamente, cuando por temas reglamentarios se decidió por las autoridades deportivas que el Betis bajaba a Segunda División de fútbol. Entonces se produjo un espontáneo clamor en Sevilla, y miles de personas se lanzaron indignadas a la calle para protestar, consiguiendo enderezar el problema.

Con la afición a lo festivo tiene mucho que ver lo visual, otra nota andaluza. José María Pemán decía que el andaluz «piensa por los ojos», lo que significa que nada existe mientras no entre por ellos, siendo la vista el sentido más relevante para un andaluz. Rasgo este muy indígena americano también, y por eso las órdenes religiosas tanto se sirvieron de la vista para su propósito evangelizador, utilizando los sobredorados, las fachadas retablos, la ornamentación o la propia Semana Santa, donde se reúnen en su grado máximo todos los ingredientes que pueden mover el alma andaluza: la belleza, el silencio y la música dolientes, las lágrimas de la madre de Jesucristo, el sufrimiento extremo del Cristo, los cirios, las saetas... Andalucía, más que identificarse, se funde con la Semana Santa.

El contrapunto de lo festivo es la posición del hispano ante el trabajo. En el mundo anglosajón se vive para trabajar, mientras que en el hispano se trabaja para vivir. Lo que de verdad le importa es la vida en sí misma, cada uno de sus gloriosos instantes, y por ello, en la consideración del tiempo, hay dos momentos que no existen,

que no cuentan: el pasado, que por definición ya ocurrió, y el futuro, que no preocupa, pues aún no ha llegado («Mañana será otro día»), y Dios dirá entonces. En cambio, el presente es intensamente, vitalmente gozado, como un precioso regalo del cielo. Y por ello el hispano es enemigo de la planificación, del esfuerzo sostenido diario para alcanzar una meta futura, prefiriendo la improvisación y, si es necesario, el esfuerzo extraordinario de una sola vez, la gesta desmesurada e imposible. Esa gesta que no está al alcance de nadie, salvo de los hispanos.

Y es que el andaluz lleva en la sangre el disfrute de cada momento, porque considera que ha sido obsequiado por el destino con un entorno maravilloso, tanto de paisaje como de clima, y dejar de regodearse en él es poco menos que pecado. El romano Plinio lo calificó como «dulce otium». Y, más modernamente, el poeta Machado describió este rasgo andaluz sutilmente con estos versos: «Desidia mora y arrogancia hispana / gran lujo de proyectos e ilusiones / y aquel fiarlo todo en el mañana».

Su postura ante el trabajo tiene que ver también con el defecto muchas veces citado de la falta de emprendimiento andaluz. Han sido repetidas las veces que se ha intentado «industrializar» Andalucía, y todas han fracasado. Empezar un negocio, una actividad, implica ir a la cabeza, asumir la iniciativa, y esto mal casa con las aficiones andaluzas, para quienes es preferible que sean otros los que tomen la iniciativa, optando por ser «cola de león» frente a «cabeza de ratón». Prefieren ser segundos a primeros, que otros vayan por delante y ellos marchen por detrás, dejándose llevar. Lo que mucho tiene que ver con la figura del terrateniente en Andalucía y del hacendado en América, personajes creados a causa de la dejación y pasividad del propio pueblo, y luego extremadamente odiados y vilipendiados por ese mismo pueblo.

Son pues las circunstancias las que importan, es el parecer individual sobre las cosas, y no el patrón colectivo, aunque este tome el nombre de ley. Es lo que se conoce en la fiesta de los toros con la conocida «división de opiniones», cada uno defiende la suya con encono. Porque, como decía Pemán, «en Andalucía hay un imperio en cada alma». Y, si no, cómo explicar el caso de aquel párroco a quien le vinieron varios apasionados del toreo de Joselito, pidiendo que en la corrida de esa tarde el torero saliera bajo palio. El párroco quedó escandalizado con la propuesta, que tachó de poco menos que sacrílega, y se negó en rotundo a acceder a la pretensión, y despidió a los comisionados con esto: «Hombre, si en vez de Joselito fuera Juan Belmonte...».

Estos son algunos de los rasgos de los andaluces del Bajo Guadalquivir trasladados a América. Muchos son compartidos con

otras gentes peninsulares, pero dijérase que en el triángulo citado se acentúan al máximo, volviéndose caricatura de sí mismos. Esos rasgos son reconocibles hoy, tanto en Andalucía como en América, como herencia de su patrimonio mestizo.

La fijación en América de los rasgos andaluces. El carácter hispano

El apartado anterior era de todo punto necesario, por cuanto a lo que a continuación se refiere. Porque, en las primeras oleadas de gentes tras el primer viaje de Cristóbal Colón, quienes se trasladaron a América para instalarse en ella como colonos eran mayoritariamente andaluces, y esto habría de entrañar consecuencias muy importantes, decisivas más bien, sobre la personalidad general de Iberoamérica.

Porque, como ha explicado George Foster, y apuntamos en un capítulo anterior, el acervo cultural que se llevó a América era precisamente el de esta región, acervo particular y diferente al de otras zonas peninsulares, como se acaba de ver, y, cuando otros pobladores, como los levantinos, los castellanos o los gallegos, no andaluces se suman a la colonización, la propiamente andaluza lleva cincuenta años y ya se ha afincado en América, ya ha *cristalizado*, de modo que los aportes posteriores no implicaron variación significativa en la personalidad, ya acuñada por los andaluces, de los habitantes de América.

Y aún hay que afinar más y derivar más consecuencias. El contingente colonizador español de los primeros años fue, en efecto, andaluz, pero no de todas sus regiones. Los pueblos del Bajo Guadalquivir, extendido sobre el triángulo Cádiz-Sevilla-Huelva, por su proximidad al puerto de Sevilla, base de las expediciones a Indias, proporcionó en esa fase inicial el aporte humano más numeroso. Otras regiones de Andalucía apenas tuvieron significado alguno y comenzaron a arribar cincuenta años después de los primeros, cuando la novedad que representaba el Nuevo Mundo y que excitaba la rica imaginación de los habitantes del Bajo Guadalquivir, se extinguió bruscamente.

Hecha esta aclaración, examinemos sus consecuencias, que fueron de enorme alcance para la población americana. Ya se ha hablado de cómo, junto con el mestizaje biológico, existió un equivalente mestizaje cultural, variopinto mosaico en el que entraban aspectos materiales, como la ganadería, la lengua o la música, que fueron incorporados como consecuencia de una decisión activa de la autoridad española, de la mera imitación del

modo de vida de las clases españolas, pero sobre todo como producto de la hibridación de los españoles con los nativos. Estos genes, los de las gentes del Bajo Guadalquivir, fueron los más influyentes a la hora de forjar el temperamento mestizo de América. Fueron ellos, y esto es capital, los que cristalizaron, los que sellaron la personalidad de América, los que impregnaron a los mestizos americanos, y hoy son perfectamente identificables esos rasgos en la población del Nuevo Mundo.

Los andaluces de esta particular región fueron quienes se cruzaron con los naturales de América, y se dio la coincidencia de que estos compartían buena parte de los rasgos de los colonizadores. Así, la afición de los indios por la fiesta, su capacidad para impresionarse por lo visual, su escasa disposición hacia el trabajo tenaz, el poco emprendimiento... Los indios no compartían otros, como la capacidad de comunicación de los andaluces o su extroversión, pero, en líneas generales, resultó una raza mestiza con abundancia de los atributos andaluces, y lo que hizo el mestizaje fue acentuar esas notas, exagerándolas hasta límites difícilmente imaginables, hasta los límites narrados en la novela *Cien años de soledad*, de García Márquez, que describe un mundo tan incomprensible para el público occidental como real y cierto, como muchas veces recordó el propio premio nobel colombiano. Ese histrionismo, esa exageración que contemplamos en tantos sucesos, en tantos personajes del mundo iberoamericano, más cerca de la fantasía que de la realidad.

Tito Livio dijo que «los ánimos de los españoles e sus ingenios son inquietos, y deseosos de cosas nuevas». Acertada opinión que nos ofrece ya una primera aproximación acerca del carácter hispano. A lo largo de los pasados capítulos hemos ido viendo algunos de sus rasgos: su individualismo exacerbado, su postura ante las leyes, que no son recibidas como normas absolutas, sino relativas, su afición a la fiesta y a la comunicación física con los demás. Corresponde ahora adentrarnos algo más en ese carácter, y para hacerlo vamos a seguir las atinadas observaciones de Arthur L. Campa, estudioso de las reacciones del pueblo angloamericano y del hispano al instalarse sobre un mismo territorio, el suroeste de los Estados Unidos.

La noción del tiempo es diametralmente opuesta en uno y otro pueblo. Para el hispano, la trilogía pasado-presente-futuro se reduce en exclusiva al presente, pues el pasado es historia y más vale no preocuparse por un futuro que aún no ha llegado. Cuenta Campa cómo unos angloamericanos se sorprendieron de que, agonizando el verano, en la casa de un hispano no había leña apilada en la leñera. Al preguntarle por ello se sorprendió el hombre, y dijo que él se

ocupaba de conseguir leña cuando hacía falta, que era en invierno, y este todavía no había llegado.

Esa exclusiva consideración por el presente es lo que, al decir del autor, hace a los hispanos gozar intensamente de él, sin dejar que el amenazante futuro invada su gozoso momento actual («Mañana será otro día»), y que por tal razón lo prolongan cuanto sea preciso, como ocurre en esas fiestas y bodas hispanas que duran varios días. Dejando para mañana cualquier tarea, pero sin que ese mañana signifique exactamente el día siguiente, sino un mañana indeterminado, por lo que, humorísticamente, algunos autores llaman al suroeste la *Tierra del Mañana*.

Ese concepto ambiguo del tiempo tiene otras ramificaciones, como las referidas, pues, en tanto que un angloamericano citado a las ocho llega a las ocho, el hispano puede llegar entre las ocho y las nueve, que hasta entonces rige la hora de las ocho. El reloj no ha esclavizado aún a los hispanos, por mucho que se hayan incorporado al mundo industrial y al desarrollo.

En su posición ante el trabajo también observa el autor notables diferencias. Este no es un fin en sí, sino un medio para disfrutar de la vida, como comprobó aquel patrono que aumentó el sueldo a sus peones, y el lunes siguiente no acudieron a la faena, pues con el aumento podían prescindir de un día más de labor. El trabajo es algo secundario en el horizonte vital del hispano, y por ello la pregunta de un angloamericano sería ¿qué hace su marido?, y la de un hispano, ¿quién es su marido?, pues le interesa la persona en sí, y no su modo de ganarse la vida. Como tampoco es un fin el dinero, que rehúsan acumular y que gastan a manos llenas, con generosidad que asombra a los angloamericanos, que, si así gastaran, serían investigados. Estos últimos fijan siempre metas, objetivos, y el ocio es algo repudiable, que siempre hay que llenar con alguna actividad. El hispano en cambio está muy bien sin hacer nada (*veriwelleando*), y no se impone hacer algo a la fuerza, sino que se entrega a lo que depare el futuro («Ya saldrá algo»). Y la misma escena podemos contemplarla hoy en cualquier pueblo andaluz, donde, en la terraza de un bar, varios hombres no hacen otra cosa que pasar la tarde en buena compañía. Como podemos verlo igualmente en todas las ciudades de Iberoamérica a la caída de la tarde, cuando los ciudadanos se reúnen en la plaza Mayor para hablar, para comentar las novedades que deparó el día, para manifestar el ansia de comunicación permanente de unos con otros.

De ahí que se deje un amplísimo margen a la improvisación, algo incomprensible para el ordenado espíritu anglosajón, el cual, antes de emprender un negocio arriesgado contratará un seguro, lo que desecha el carácter hispano, pues los seguros, sobre ser algo

que pertenece al futuro, anticipa desgracias y, aún más, las atrae.

El marcado individualismo hispano, del que ya hemos hablado, merece algunos comentarios adicionales. El angloamericano desea siempre hallarse incardinado en patrones colectivos fijos, en reglas claras que obedece a ciegas, y sin las cuales se siente sin rumbo y desconcertado. E incluso cuando quiere ser él mismo y salirse de la norma general, inventa un patrón que vuelve a ser colectivo y uniforme, como ocurrió con el movimiento *hippie*. Todo lo contrario del hispano, que siempre es diferente y único, sin ni siquiera proponérselo. Campa lleva la observación a cuestiones tan triviales como la conocida «división de opiniones» de las corridas de toros, en que cada espectador tiene la suya propia, firme e inquebrantable, y que defiende con pasión.

Al hispano no le gusta encasillarse en patrones fijos y colectivos. Puesto que cada momento y cada circunstancia son distintos, cada persona es ella misma. No existe masa ciega y común en el ámbito hispano, sino que cada individuo es señor de sí mismo, del mismo modo que le molestan las leyes, por su obtusa generalidad que no entiende de matices, y por eso las leyes en el mundo hispano a ambos lados del Atlántico son tan abundantes como inobservadas, y cada quien sabe ser legislador de sí mismo y adaptar las normas generales a sus especiales circunstancias y a su propia conveniencia. No otra cosa era el principio «Se obedece pero no se cumple», cuando las autoridades españolas de América decidían no aplicar una ley en su territorio, porque la consideraban inconveniente.

El rechazo hacia el patrón establecido se hizo patente en los Estados Unidos con ocasión de la sentencia del juez hispano Otero. En el derecho norteamericano, los precedentes juegan un papel determinante a la hora de condicionar la decisión de un juez en un pleito concreto, de tal modo que, si esos precedentes existen, la sentencia ha de plegarse a ellos, sin más. Pues bien, cuando los abogados presentaron tales precedentes, el juez Otero los rechazó, indicando que «este pleito sería juzgado según sus méritos y circunstancias».

Señala también que los hispanos solo destacan en los deportes individuales, y, si triunfan en un deporte de conjunto como es el fútbol americano, siempre lo harán en los puestos más individualistas.

Versión complementaria de ese individualismo es la caridad, que los angloamericanos practican a través de organizaciones, y los hispanos, de forma individual, por desconfiar de aquellas. O la guerra de guerrillas, inventada por los españoles contra Napoleón, y que tantas variantes ha conocido en Iberoamérica. Individualismo que obedece casi siempre a los sentimientos, a las emociones, y que

lleva a grandes empresas, a hazañas imposibles, pero que no suelen tener continuidad.

Junto con ello, la extrema generosidad y hospitalidad de las gentes hispanas, derivación estricta de la andaluza. Al acoger a alguien le dirán: «Esta es su casa», y los angloamericanos: «Siéntase como en su casa», que es bastante distinto. Estos últimos citan para una fiesta o recepción desde una hora inicial a otra de terminación, y ambas se cumplen a rajatabla. Los andaluces, como los hispanos en general, solo mencionan, y de una manera muy elástica, la hora del inicio, y las fiestas «se terminaron cuando se terminan».

Esbozados tales rasgos del carácter de uno y otro pueblo, las diferencias se proyectaron sobre las dos grandes culturas que colonizaron el territorio americano, vasto y habitado por poblaciones aborígenes. Los angloamericanos llegaron huyendo de la persecución religiosa, en busca de un lugar donde asentarse, trabajar y vivir. Venían a pie, y se encontraron con tribus hostiles a las que segregaron y acabaron confinando en reservas. Los españoles en cambio no venían huyendo de nada, y, montados sobre el lomo de sus caballos, y nunca a pie, aportaron no en procura de tierras que trabajar, sino en busca de sueños: Quivira, Apalaches, las Siete Ciudades, El Dorado, la Fuente de la Juventud... Objetivos contra sueños, azadones contra quimeras. Y, a pesar de la tan exigida «pureza de sangre», la que excluía de América a todo aquel que no fuera castellano viejo, los españoles se aplicaron a la tarea de incorporar a los indios a su propia civilización y, más lejos aún, a mezclarse con ellos en el más extenso mestizaje que hayan conocido los tiempos.

Y todo esto conecta con las raíces profundas de la personalidad andaluza, y explica cosas como que la América hispana permaneciera tres siglos bajo la soberanía de España. Los hispanos criollos estaban en general cómodos bajo España (a excepción de ciertas élites económicas que rechazaban el control y la intervención peninsulares y que querían gestionar por sí mismas la administración), que se metía poco en sus asuntos y los dejaba hacer. Mientras mantuvieran sus fiestas, sus juegos de cañas, sus corridas de toros, sus tertulias en las que no había tasa para la crítica, no tenían impedimento en seguir adscritos a España. Otra cosa hubiera sido que la metrópoli hubiera cercenado esas costumbres y libertades, esenciales para ellos, y que hubieran levantado sublevaciones espontáneas y populares. Y solo fue con la aparición de personalidades como Simón Bolívar o José de San Martín cuando, con escaso entusiasmo, casi a la fuerza, se dejaron arrastrar a la independencia. Igual que ayer, a los hispanos, a los andaluces de hoy, las cosas que importan a los demás a ellos apenas

les afectan, y en cambio otras que a los demás les resultan más intrascendentes para ellos son determinantes, vitales, sean el fútbol, las fiestas, las romerías o los toros.



# APÉNDICE

## Diferencias esenciales entre las colonizaciones inglesa y española

España e Inglaterra fueron las dos grandes potencias europeas presentes de una forma intensa en el Nuevo Mundo, ya que otras naciones, como Holanda, Francia e incluso Portugal en Brasil, no tuvieron la envergadura, personalidad y pujanza de aquellas, y el Imperio portugués siguió el modelo español. Y por ello, a la hora de definir los modelos colonizadores en América, cabe centrarlos en dos, el español y el británico, con diferencias esenciales entre uno y otro.

## El modelo general de colonización

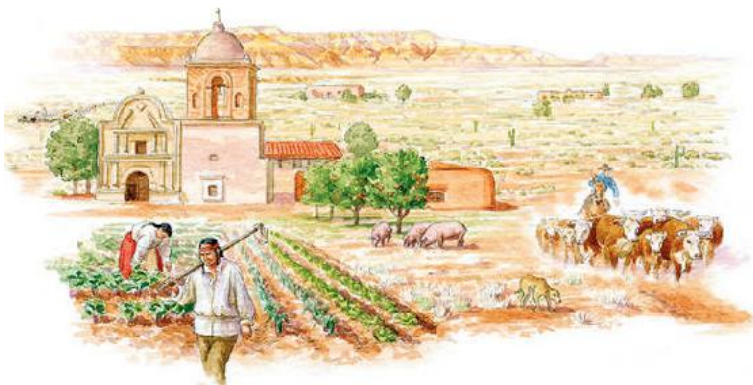
La colonización inglesa fue un asunto que la Corona de Inglaterra delegó en compañías mercantiles y en particulares, con intervención mínima del Estado. Detrás de ello no había otra motivación que la de obtener beneficios, en el caso de las compañías; de buscar una vida mejor, en el caso de los particulares; y de obtener tributos, en el caso del Estado, que declaró colonias sus posesiones.

España por su parte declaró la colonización de América un asunto de Estado, impulsado por un designio superior, la evangelización del continente. Este principio inspira de modo general la presencia de España en América. Así figura en el testamento de Isabel la Católica («El principal fin de la pacificación de las Indias no consiste sino en la evangelización de sus habitantes»). Y así figura también en las Leyes de Indias: «Consistiendo nuestro fin (el de España) en la propagación de la fe católica y que los indios sean enseñados a vivir en paz y civilización».

Inglaterra solo traslada a América colonos, individuos particulares, no establece una estructura administrativa. Declara colonias a sus posesiones, porque tiene solo un interés mercantil, derivado del calvinismo. Se trata de un nuevo modelo de imperio,

puramente económico.

España traslada toda una estructura de Estado: llama provincias a sus posesiones y crea una compleja estructura administrativa de virreinos, gobernaciones, capitanías, cabildos; construye ciudades y pueblos, caminos, monumentos, puentes; funda iglesias, misiones; traslada colonos, frailes, soldados, funcionarios. Es el último Imperio según el modelo clásico.



*Elm/Andrés 2006*

*Si Inglaterra excluyó a los indios, España se mezcló con ellos y los integró en su modelo colonizador.*

### El aspecto religioso

España ejerce el llamado Patronato Real, la delegación del Vaticano para evangelizar las Indias. Esta delegación viene establecida en las Bulas de Alejandro VI, por las cuales se encomendó a España la

evangelización del Nuevo Mundo. Como hemos visto, la reina Isabel la Católica asumió este compromiso de una forma estricta y literal, y en su testamento recuerda que el verdadero y único fin de la presencia de España en América es la conversión de los naturales a la fe católica. Testamento que fue elevado a rango de ley por las Leyes de Indias. Y de estos principios se deriva la acción evangelizadora de España en América, que fue intensa, costosa en vidas y recursos, pero a la larga fructífera, pues América se incorporó a la órbita de la religión católica.

En el polo opuesto, Inglaterra no acudió a América con propósito religioso alguno, sino con exclusivas intenciones mercantiles. La posible evangelización de los nativos de la costa atlántica es asunto que no preocupó en absoluto a los colonos ni a las autoridades británicas, toda vez que los propios indios no fueron objeto de atención alguna.

En aplicación del más puro calvinismo, los colonos buscan la obtención del beneficio individual y el lucro por encima de todo. Los individuos carecen de restricciones normativas en su forma de actuar. Lo que es bueno para los individuos es bueno para el Estado.

España impone múltiples restricciones normativas a los colonos, para que se cumpla el fin humanitario general que justifica la presencia de España en las Indias: la evangelización, y la incorporación de los indios y del continente a la cultura europea. También hay motivos económicos, pero son de segundo nivel para la Corona.

### En relación con los nativos americanos

España declara a los indios vasallos, súbditos de la Corona. Y además los trata en pie de igualdad con los ciudadanos de la Península.

España aprueba un gran número de normas y medidas, a través de las Leyes de Indias, para la protección del indio y sus tierras, para su buen trato, etc., todo el cuerpo protector del indio contenido en las Leyes de Indias.

Además de ello, España fomenta el mestizaje, incluso desde las propias Leyes de Indias, para lo cual habilita los matrimonios mixtos:

Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan entera libertad para casarse con quien quisieren... así con indios como con naturales de estos Reinos, o españoles nacidos en las Indias

y que en esto no se les ponga impedimento... y que ninguna orden pueda impedir el matrimonio entre indios e indias y españoles o españolas.

En el otro lado, Inglaterra no toma en consideración a los indios, no cuentan formalmente, los considera una raza inferior. Por tal razón es imposible hablar de cualquier forma de mestizaje, porque no lo hubo en la práctica y mucho menos en el derecho. Por eso los indios pueden ser desplazados, e incluso exterminados, como ocurrió reiteradamente en sus colonias.

Tampoco legisló Inglaterra sobre los indios, por la misma razón excluyente de que no contaron entre sus planes.

En relación con las tierras, España protege las tierras de los indios a través de las Leyes de Indias, procurando que se acrecienten sus parcelas, cultiven tierras, críen ganado, etc.

Inglaterra se apropia de las tierras de los indios, de una manera sistemática, lo que fue fuente de conflictos y guerras entre los colonos y los nativos.

### En relación con la Cultura

En la misma línea de lo anterior, y como es fácil colegir, Inglaterra no realiza esfuerzo alguno en trasladar a los indios la cultura occidental.

Por el contrario, España desarrolla un ímprobo esfuerzo para incorporar al indio en la cultura occidental. El aparato legislativo, burocrático y religioso de España en América se pone al servicio del indio, buscando elevar su dignidad como persona.

Ejemplo acabado de ello son las misiones, una fórmula diseñada por España para llevar la religión y la cultura a las áreas periféricas del imperio. En ellas no solo se les enseña la religión, sino agricultura, ganadería, oficios, lengua, cuentas..., capacitando a los indios para gestionarse por sí mismos según el modelo de la cultura occidental. La misión es el máximo exponente del humanismo cristiano.

Las misiones conocieron especial extensión en Estados Unidos, tanto en el este (Florida) como en el oeste, si bien ambas con sensibles diferencias en cuanto al tamaño, ya que las del suroeste fueron grandes focos de desarrollo regional sostenible, y las de Florida se incrustaron en el interior de las propias aldeas indígenas. Aquí, los franciscanos erigieron más de cien misiones para evangelizar y culturizar a los indios, una labor tenaz que abortaron

los ingleses de Georgia y Carolina del Sur. En efecto, efectuaron continuas razias sobre las misiones españolas, para capturar a los indios y llevarlos como esclavos a sus plantaciones, y de este modo acabaron con las misiones y exterminaron a los indios de Florida.

Una muy famosa variante del modelo misional fue el de las reducciones del Paraguay, donde los jesuitas realizaron un esfuerzo ingente para incorporar a los indios guaraníes de las selvas a la cultura y la religión.

El resultado de una y otra política, la española y la inglesa, es elocuente: al este del Misisipi, en la zona inglesa, no quedan indios. Al oeste, la zona española, los indios fueron salvados de la extinción y hoy forman comunidades prósperas e integradas en la civilización. Y del mismo modo, las razas indias, puras o mestizadas con los españoles, han subsistido en Iberoamérica.

### En relación con los negros africanos

Inglaterra introdujo y extendió el tráfico de esclavos y los incorporó masivamente en sus colonias. La propia Inglaterra, Portugal y Holanda fueron los países que se dedicaron intensamente al tráfico negrero, que en total se calcula que produjo cuarenta millones de desplazados desde África a las colonias del Nuevo Mundo.

El mapa de la negritud en América es elocuente al respecto: los estados del sur de Estados Unidos, las islas de Jamaica y Antillas holandesas, así como amplias áreas del Brasil portugués, son las regiones donde mayor número de negros viven.

España no traficó con esclavos, y apenas los introdujo en sus territorios, como muestra el mapa de la negritud en América, donde claramente se observa que apenas hay negros en las antiguas posesiones españolas. Si España los importó ocasionalmente, fue por causa de las guerras europeas, en las que cada vez que Inglaterra salía triunfante, que no fueron pocas, obligaba a España a pasar por el llamado «asiento de negros», una introducción forzosa de partidas de esclavos por parte de Inglaterra en los territorios españoles, que en la práctica multiplicaba varias veces el número oficialmente permitido, gracias a mecanismos irregulares.

Que España rechazaba en términos generales la esclavitud lo demuestra el caso de Florida. Allí, no solo la esclavitud no era tolerada, sino que a todo esclavo fugado de las plantaciones de Georgia y Carolina del Sur que ingresara en territorio español, se le concedía el *status* de hombre libre, y a más de ello España construyó cerca de San Agustín un fuerte para albergar a los evadidos el fuerte

Mosé.

Acaso la excepción a la renuencia española a aceptar esclavos sea Cuba, una de las áreas de la negritud en América. Pero hay razones para ello. En la Cuba española había muy pocos esclavos, pero, cuando Inglaterra, a causa de uno de esos conflictos rematados en tratados, arrebató Cuba a España y detentó la soberanía sobre la isla durante más de un año, importó esclavos negros de una forma masiva, la base de la población negra de la Cuba actual. Fue pues Inglaterra, y no España, quien introdujo los esclavos en Cuba.

### En relación con la economía

Inglaterra conceptuó su ocupación de las Indias como una actividad mercantil, sin otro objetivo que el de obtener recursos para la metrópoli. Por ello favoreció al máximo el comercio. Dentro de este destacó el llamado *comercio triangular*, de devastadores efectos humanos: el azúcar de las colonias inglesas de América se llevaba a Inglaterra; con este azúcar se fabricaba ron; el ron era exportado a África, donde era cambiado a los caciques locales por negros que se llevaban como esclavos a América, donde se cambiaban por azúcar, etc.

En cambio, España conceptuó su empresa de América como una misión evangelizadora del indígena, aunque existiera asimismo un interés económico.

En razón a ello, España limitó extraordinariamente el comercio, prohibiéndolo a los países extranjeros, y no permitiéndolo incluso entre las propias colonias españolas.

### En relación con la tierra y los recursos naturales

España declaró propiedad del Estado todas las tierras de América, y luego reguló su uso. Podían ser dadas en concesión a particulares, con la condición de que las trabajasen, siendo la norma general que a los cinco años de trabajo efectivo el particular se hiciera dueño del predio.

Los ingleses particulares y las compañías mercantiles se apoderaron desde el primer momento de las tierras americanas, aunque fueran de los indios, lo que originó serios conflictos, terminados a veces con sangre.

España producía en sus posesiones americanas metales preciosos, tanto en un subcontinente (México) como en otro (Perú).

En los territorios de las colonias inglesas no había oro ni metales, por lo que Inglaterra se lanzó a la piratería, el filibusterismo, la patente de corso y el contrabando para hacerse con oro y plata, que no producían sus colonias. Fueron innumerables los procedimientos ideados por los súbditos ingleses para hacerse con las remesas de plata, pero a fe que lo consiguieron, pues, a las pocas semanas de la llegada de una flota de Indias con cargamento de plata, esta desaparecía de Sevilla y se hallaba ya en poder de Inglaterra.

Esto lleva al mexicano Teodoro Esquivel a hacer la siguiente reflexión, a modo de colofón:

Si el rey de España fue tan empeñoso por el bien de los indios y el de Inglaterra tan por completo privado de sentimientos de piedad para ellos; si mientras en Nueva España se conservaban sus propiedades y se establecían misiones para su cultura y en las colonias inglesas por lo general se les despojaba y mataba, natural es preguntarse por qué fue el gobierno de las colonias españolas tratado de inhumano y cruel, en tanto que un complaciente silencio rodea la historia de las colonias inglesas en Norteamérica.

## Notas

### *Agricultura Ganadería*

1. Arturo Warman: *Historia de un bastardo: Maíz y capitalismo*. México, 1988.
2. George Foster: *Cultura y Conquista*. Jalapa, 1962.
3. José García Mercadal: *Lo que España llevó a América*. Madrid, 1959.
4. José García Mercadal: *op. cit.*
5. José Tudela de la Orden: *Historia de la ganadería hispanoamericana*. Madrid, 1993.
6. Luis Weckmann: *La herencia medieval de México*. México, 1994.
7. Eloy Terrón: *España, encrucijada de culturas alimentarias*. Madrid, 1992.
8. Arturo Warman: *op. cit.*

### *Ganadería*

9. Eduardo Laguna: *El ganado español: un descubrimiento para América*. Madrid, 1991.

10. Luis Weckmann: *op. cit.*
11. Francisco López de Gómara: *Historia de las Indias.*
12. Eduardo Laguna: *op. cit.*
13. Julius Klein: *La Mesta.* Madrid, 1936.
14. François Chevalier: *La formación de los latifundios en México.*
15. José Tudela de la Orden: *op. cit.*
16. José Tudela de la Orden: *op. cit.*
17. Eduardo Laguna: *op. cit.*

#### *Fiestas*

18. José María Mena: *Costumbres andaluzas.* León, 1992.
19. José María Mena: *op. cit.*
20. Rodrigo Viñuales: *Historia del Arte Iberoamericano.* Barcelona, 2000.

#### *Música*

21. Victoria Eli Zoila Gómez: *Música latinoamericana y caribeña.* La Habana, 1995.
22. Victoria Eli Zoila Gómez: *op. cit.*
23. Vicente T. Mendoza: *Panorama de la música tradicional de México.* México. 198-1.
24. Jas Reuter: *La música popular de México.* México. 1980.
25. Aurelio Espinosa: *Romancero nuevomejicano.* Nueva York, 1917.
26. Victoria Eli Zoila Gómez: *op. cit.*
27. Luis Weckmann: *op. cit.*
28. Jas Reuter: *op. cit.*

#### *Idioma español*

29. Rafael Cano Aguilar: *La historia del español. La lengua española, hoy.* Madrid. 1995.
30. María Beatriz Fontanella de Weinberg: *El español de América.* Madrid. 1992.
31. Angel Rosenblat: *El castellano de España y el castellano de América.* Madrid. 1971
32. María Beatriz Fontanella de Weinberg: *op. cit.*
33. Ángel Rosenblat: *op. cit.*
34. María Beatriz Fontanella de Weinberg: *op. cit.*
35. Luis Weckmann: *op. cit.*
36. Mary Montañó: *Hispano Arts and cultura of New México.* Albuquerque.

#### *Religión*

37. Francisco Jesús Casla: *La Virgen de Guadalupe.* Segovia, 1992.
38. Guillermo Céspedes del Castillo: *Historia de España y América.* Madrid. 1991.
39. Pedro Borges: *Religiosos en Hispanoamérica.* Madrid, 1992.
40. Pedro Borges: *op. cit.*

#### *Costumbres*

41. José María Mena: *op. cit.*
42. Arthur L. Campa: *Spanish culture in the Southwest.* Oklahoma, 1979.
43. George Foster: *op. cit.*
44. Marcelino Peñuela: *Lo español en el Suroeste de los Estados Unidos.* Madrid, 1964.
45. José María Mena: *op. cit.*



46. Félix Coluccio: *Fiestas y costumbres en Latinoamérica*. Buenos Aires, 1991.

47. Luis Weckmann: *op. cit.*

48. José María Mena: *op. cit.*

#### *Cultura*

49. George Foster: *op. cit.*

50. Lourdes Turrent: *La conquista musical de México*. México, 1993.

51. Luis Weckmann: *op. cit.*

52. Francisco Esteve Barba: *Historiografía indiana*. Madrid, 1992.

La Huella de España  
y de la cultura hispana en los Estados  
Unidos



*Mitos como el de la Fuente de la eterna juventud de Ponce de León, alimentaron los sueños de los exploradores españoles.*

# LA FLORIDA

## Ponce de León, descubridor de la Florida

El nombre de Juan Ponce de León está asociado al de haber sido el primer europeo en explorar el territorio continental de los Estados Unidos, y haber buscado allí los manantiales de la Fuente de la Juventud.

Vallisoletano de origen, y de gran inquietud exploradora, había viajado como auxiliar en el segundo viaje de Cristóbal Colón, y llegó a ser nombrado gobernador de Puerto Rico, donde hizo fortuna explotando yacimientos auríferos. Pero sus desavenencias con Diego Colón lo retiraron de la gobernación, solicitando de la Corona licencia para explorar en dirección norte, en la tierra de Bimini, allí donde leyendas indígenas aseguraban que manaban unas aguas «que tornaban mozos a los viejos».

Ponce partió con tres barcos desde Puerto Rico hacia Bimini en 1513 y, al tomar posesión de la tierra, la llamó Florida, por haber arribado en tiempo de la Pascua Florida. El primer paso de un europeo en Estados Unidos tuvo lugar muy cerca de Cabo Cañaveral, desde donde siglos más tarde se enviaría por vez primera un hombre a la luna.

Repuestos de la sorpresa ante la llegada de tan extraños forasteros, los nativos se mostraron poco amistosos, en actitud que había de ser una constante entre los indios de Florida, la hostilidad hacia toda forma de ocupación o colonización. Ponce rehuyó el enfrentamiento y ordenó seguir costearo hacia el sur, llevando como piloto al experto Antón de Alaminos. Navegaron ceñidos a la costa, a fin de no ser arrastrados por una fuerte corriente, que, estudiada por Alaminos, resultó ser la corriente del Golfo, la que usarían en adelante los galeones en su viaje de retorno a España. Descubrieron también los cayos de Florida, doblaron el cabo y remontaron por el oeste peninsular.

Los indios calusas aparecieron en 80 canoas y tuvieron con ellos una refriega que duró un día entero. Ponce consideró suficiente la exploración hecha y regresó a Puerto Rico. Desde allí viajó a Castilla para recabar del rey Fernando autorización para la

conquista y colonización, obteniéndola junto con el título de Adelantado de la Florida y Bimini.

Por haber enviudado y no querer desamparar a sus hijas, el retorno a Florida no se produce hasta 1521, cuando parte de nuevo y desembarca al norte de Everglades. Pero esta vez trae una expedición típicamente colonizadora, compuesta por misioneros, familias, ganado, semillas y aperos. Comienzan a edificar casas y a sembrar las tierras, pero sufren la continua hostilidad de los indios calusas, que hacen imposible los esfuerzos colonizadores.

En una de las escaramuzas, que acaba con una buena parte de los soldados españoles, Ponce de León es herido gravemente en una pierna y, sintiéndose morir, ordena el regreso a Cuba, donde muere al poco tiempo de su llegada. Sus restos fueron trasladados a la catedral de San Juan de Puerto Rico.

Ponce de León no encontró las famosas aguas, y ni siquiera existe constancia de que las buscara. Pero siempre palpita un cierto poso de verdad en toda leyenda, y en la zona donde exploró se han descubierto barros de alto poder salutífero y reconstituyente. En cualquier caso, la leyenda de la fuente de la eterna juventud quedó flotando como uno de los mitos que jalaron la conquista de América, unido para siempre a la figura de Ponce de León.

### El intento colonizador de Vázquez de Ayllón

Habíase descubierto Florida, pero era necesario consolidar las nuevas tierras. Cupo la tarea al toledano Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de La Española y acaudalado plantador de azúcar. Espoleado por la conquista del reino mexicana, logra licencia para explorar la costa atlántica, para lo cual comisiona al navegante Francisco Gordillo.

La embarcación de Gordillo se une a la de Pedro de Quexo, fletada por el también oidor Juan Ortiz de Matienzo, y ambas aportan en la costa de Carolina del Sur, donde desembarcan los españoles. Emprenden tratos con los indios, pero con engaños son capturados y traídos a La Española como esclavos, para suplir la creciente falta de mano de obra nativa.

Esto indignó al gobernador Diego Colón, pues la Corona tenía prohibido esclavizar a los nativos, y al propio Vázquez de Ayllón, en cuyas órdenes no figuraba semejante comisión. Pero sus relaciones con la Corona se enfriaron no poco. Tuvo que acudir personalmente a la corte y tratar de convencer a las autoridades sobre sus buenas intenciones hacia los naturales, para conseguir una

nueva Capitulación. Lo que logró al cabo, gracias a las vívidas descripciones de las prometedoras *Tierras de Chicora*, a las que dibujó como una nueva y fértil Andalucía, siendo de mucha ayuda el testimonio de excepción de un nativo de la zona, bautizado Francisco de Chicora, quien de modo directo ratificó las excelencias de la tierra.

De esta forma, y con un amplio programa de protección de los nativos, Vázquez de Ayllón logra la licencia y los títulos de Gobernador y Adelantado de una amplia franja de la costa atlántica. Organiza a su costa una expedición formada por cinco barcos, 600 hombres y mujeres y varios frailes dominicos, entre ellos, Antonio Montesinos, célebre tras su sermón de Santo Domingo, donde había arremetido contra la clase de los encomenderos por su explotación de los indios.

En 1526 levó anclas desde Santo Domingo la nutrida expedición colonizadora, comandada ahora por el propio Vázquez de Ayllón, que ha empeñado en ella toda su fortuna, arribando a Cape Fear, donde comienzan las dificultades. Un barco encalla y decide desembarcar para construir uno nuevo y explorar la zona como posible asentamiento. Nada más llegar, el guía e intérprete Chicora deserta para volver con los suyos, y la zona no resulta ser una fértil campiña andaluza, sino una desabrida región de lagunas y pantanos.

Por todo ello ordena remontar hacia el norte, hasta los 33º, recalando en el área de Georgetown, Carolina del Sur, donde levantan la población, la capilla y el fuerte de San Miguel de Guadalupe. Pero han llegado en octubre, tarde para las siembras, y el frío y las enfermedades se abaten sobre los colonos. El propio Ayllón muere de malaria, surgen el desánimo y las disidencias internas y, muy diezmados, acuerdan regresar a Santo Domingo, volviendo vivos ciento cincuenta hombres. La expedición había sido trágica, pero se habían reconocido las latitudes intermedias de la costa atlántica, y fundado el primer asentamiento español y europeo en los Estados Unidos.

Alonso Álvarez de Pineda, el descubridor del Misisipi

El gobernador de Jamaica Francisco de Garay, deseando emular, como tantos otros, la gloria alcanzada por Hernán Cortés, con vistas a futuras conquistas comisiona a Alonso Álvarez de Pineda para explorar la costa norte del golfo de México, una extensa región bautizada como *Tierra de Amichel*, y que incluía lo que hoy es el

noroeste de Florida, Alabama, Misisipi, Louisiana, Texas y el noreste de México.

Con cuatro barcos y 200 hombres, Pineda parte de Jamaica y recorre concienzudamente el litoral del Golfo, desde Florida hasta Mobile. Continúan costearo, y el día 2 de junio de 1519 descubren la desembocadura de un inmenso río, cuya magnitud les causa asombro, y al que bautizan como río Espíritu Santo, por ser el día de Pentecostés. Era sin duda el río Misisipi, y, aunque el extremeño Hernando de Soto figura como descubridor del gran río, el primero en avistarlo fue Álvarez de Pineda.

Luego prosiguen rumbo al este, hasta llegar a otro río que resultaría ser el río Grande, por el momento llamado río Las Palmas. Remontan un trecho por él, encontrando poblados indios, y regresan a la base de Jamaica con un mapa que sería el primero que dibuja el golfo de México, y una relación sumamente optimista sobre las gentes y las tierras descubiertas, siendo él quien las bautizará como *Tierras de Amichel*. Con el soporte cartográfico y documental proporcionado por Pineda, Garay enviaría al rey un escrito solicitando el derecho a fundar establecimientos en la zona.

### Las Tierras de Gómez

La cualidad más sobresaliente de Esteban Gómez, originario de Portugal, era la de cartógrafo, pero, como también era un experto navegante, en 1518 entró al servicio de la Casa de Contratación como piloto, y, atendiendo a esa condición, más tarde fue contratado por la Corona española para comandar uno de los barcos que irían en la expedición de Magallanes que dio la vuelta al mundo.

Gómez no llegó a completar la travesía, pues, antes de llegar al estrecho que luego llevaría el nombre del navegante portugués, deserta y regresa a España, a donde llega en 1521, siendo inmediatamente encarcelado. Sin embargo, los testimonios de la tripulación de Elcano a su regreso a Sevilla tras la hazaña lograron su excarcelación.

Como estaba acreditado como magnífico piloto y seguía teniendo buenos contactos en la Casa de la Contratación, logra de la Corona autorización y recursos para un viaje en busca de lo que con tanto ahínco se venía buscando y se siguió haciendo mucho tiempo después: el Paso del Noroeste, una alternativa al lejano y difícil paso magallánico, que de existir permitiría acortar el periplo hasta las islas de las Especies.

Francia e Inglaterra ya estaban buscando el anhelado pasillo acuático que, atravesando el continente americano, supuestamente comunicaba el Atlántico con el Pacífico, poniendo al alcance las valiosas especias del Oriente. Por tal razón, Carlos V no se resistía a proyectos que fueran en busca del famoso paso; se da orden de construir una nave de 50 Tm, la *Anunciada*, con la que zarpa Esteban Gómez desde La Coruña en septiembre de 1524, con una dotación de 29 marineros muy experimentados.

Navega directamente hacia las costas de Nueva Escocia, en Canadá, y desde allí costea hacia el sur, tras pasar por el estrecho de Caboto y la isla de Cabo Bretón, en febrero de 1525, en donde pasará ese invierno.

Luego seguirá costearo siempre hacia el sur, reconociendo las costas de lo que hoy es el estado de Maine, entra en lo que hoy es el puerto de Nueva York y navega el río Hudson, al que pondrá el nombre de San Antonio.

Recorre las costas de lo que en el futuro serán los estados de Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania, deteniéndose finalmente en la bahía de Chesapeake para efectuar reparaciones en el barco. Desde allí desciende hasta las costas de Florida, pero sin desembarcar, y emprende el regreso a España.

El valor de este viaje, armado y financiado por la Corona Española, no reside por tanto en la conquista de los territorios avistados, sino en la información geográfica y cartográfica que proporcionará a la Casa de Contratación de Sevilla, hasta el punto de que el mapa realizado por Diego Ribeiro en 1529 refleja casi a la perfección la costa este de América del Norte, desde la península de Florida hasta la península de El Labrador, con sus cabos, ensenadas, puertos y demás accidentes, según la minuciosa descripción de Gómez.

Durante mucho tiempo las tierras recorridas por este navegante fueron conocidas como *Tierras de Gómez*, y así figuran en el citado mapamundi, considerado como el primer mapa científico del mundo.

Pero antes, en 1527, Diego Ribeiro se encargó de realizar, con los datos proporcionados por Gómez, el Padrón Real de dicho año, el «mapa maestro», oficial y secreto, a partir del cual se harán las cartas de navegación de uso obligatorio por todos los barcos españoles.

Pero el alma de inquieto aventurero que llevaba Gómez se manifiesta de nuevo, pues en 1535 se enrola en la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata, siendo muerto en 1538 por los indios del río Paraguay.



Los favores reales que recibió este vallisoletano, que fueron muchos en forma de licencias de conquista, no se correspondieron con sus méritos, que fueron ciertamente escasos. Entre ellos, el fracaso de su expedición punitiva contra Hernán Cortés, enviada por el envidioso gobernador de Cuba Velázquez, y que costó a Narváez la pérdida de un ojo. Pese a todo consiguió permiso para explorar y colonizar el interior de Florida, hasta ahora casi inédito para las expediciones españolas.

Narváez y sus 500 hombres, caballos y bagaje colonizador llegaron a Tampa en abril de 1528. Allí, el capitán escuchó noticias de un reino rico en oro en los Apalaches y, en lugar de consolidar la posición, y en su obsesión por emular al conquistador de México, creyó que allí se encontraba su gloria. Divide su hueste, marchando unos por la costa con los barcos, y el resto, tierra adentro, emplazándose para reunirse más adelante.

Narváez y su grupo avanzaron por el interior, lentamente debido al ganado que llevaban, y llegaron a la zona de Apalache, todo un fiasco porque, en lugar de oro, no hallaron sino maíz y nativos. Al principio, las relaciones con los indígenas fueron cordiales, pero nuevas torpezas de Narváez, que, imitando a Cortés, capturó a un jefe como rehén, las enconaron definitivamente. Los españoles sufren hambre, sed y continuos ataques indios, cuyas flechas, lanzadas con precisión admirable, son capaces de atravesar limpiamente las armaduras españolas y clavarse profundamente en los cuerpos. Desesperados descienden a la costa, donde no hallan los barcos, pues habían retornado a México tras un año de espera.

Su única esperanza es la retirada y el retorno a Nueva España, y con cueros de caballos para fabricar los cascos y sus propias camisas como material para las velas, aparejan precarias embarcaciones. Las arrastran por los pantanales hasta el mar, y en un estado deplorable y sufriendo lo indecible costean a lo largo de cinco de los actuales estados norteamericanos, hasta llegar a las bocas del Misisipi, donde una tempestad huracanada acaba por desarbolar la frágil flota.

El propio Narváez muere en el naufragio, y solo se salva un puñado de hombres, que llegan a tierra y van cayendo uno tras otro, víctimas del hambre y las enfermedades. Al final solo quedan cuatro supervivientes, llamados a hacer historia. Entre ellos, el tesorero de la malograda expedición de Narváez, Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Tras el fracaso de la expedición de Narváez, comienza el periplo particular de Cabeza de Vaca, que durante seis años anduvo vagando por la zona, ya mercadeando frutos y mantas entre las tribus, ya como esclavo de ellas, y siempre pasando calamidades y hambres sin cuento, como cuando debió conservar durante cinco días un tizón encendido, para no morir de frío. Deseaba huir, y cada año pasaba al lugar donde se encontraba otro español, Lope de Oviedo, invitándolo a marchar juntos, pero el pusilánime Lope rechazaba tamaña aventura.

Así las cosas, un día encuentra a otros tres españoles supervivientes del desastre de la empresa de Narváez: Dorantes, Castillo y el moro Estebanico, quienes deciden sumarse al empeño de don Alvar. Oviedo finalmente decide quedarse, y los cuatro emprenden el fabuloso y legendario periplo a través de las tierras americanas.

El viaje que a pie recorrieron Cabeza de Vaca, Dorantes, Castillo y Estebanico es tan asombroso como surrealista: Cuatro nómadas de largas barbas, desnudos, seguidos por hordas de indios que los consideran enviados del cielo. Y ello porque en cada tribu visitada realizan curaciones prodigiosas. La primera, cuando Castillo alivia a un enfermo con un simple soplo y un avemaría. La segunda, un hombre dado por muerto y que, con el mismo procedimiento, al día siguiente aparece caminando entre los suyos. Castillo se asusta de su propio poder y entonces es don Alvar quien toma el relevo de las curaciones milagrosas.

A partir de entonces su fama les precede. Los indios les están esperando con sus enfermos y con numerosos regalos, que reciben los indios acompañantes de la tribu anterior, que entonces se retiran y los nuevos toman el relevo.

En una segunda fase, los regalos se convierten en saqueo. Los indios acompañantes despojan a los nuevos de cuanto tienen. Estos, sanados sus enfermos, pero empobrecidos, no tienen más remedio que escoltar a los españoles para resarcirse de las pérdidas, saqueando a la siguiente tribu. Y la fama de los cuatro caminantes, que marchan desnudos y mudan la piel dos veces al año «como las serpientes», sigue acrecentándose. En una ocasión, don Alvar extrae con éxito una punta de flecha alojada peligrosamente junto al corazón de un indio.

Así van avanzando durante meses por el sur de los Estados Unidos, sin ver signo alguno de civilización, aunque sí avistando las Montañas Rocosas, el río Colorado o las manadas infinitas de bisontes. Cuando piden a los indios que los guíen hacia las sierras,

se muestran renuentes, y entonces una epidemia de rabia les afecta, muriendo ocho y atribuyéndolo al enojo de los españoles, que en verdad parecen venidos del cielo. Ellos, por mantener ese ascendiente, se muestran distantes y poco comunicativos.

Hasta que un día, ahíos de comer frutos silvestres e insectos, encuentran pequeños campos cultivados con frijoles y maíz, además de casas de adobe, más evolucionadas que las carpas de las tribus anteriores. Prosiguen entonces por la «ruta del maíz», que no es otra que la de los indios pueblo, cuya pista sondean esperanzados por todo el territorio de Nuevo México.

En Arizona encuentran una hebilla de la funda de una espada, y, un poco más tarde, herraduras abandonadas y otros objetos de hierro. «Rastro de cristianos», como escribiría don Alvar, que siguen con ahínco hasta topar con una partida de españoles al mando del capitán Diego de Alcaraz. Quienes no daban crédito ante la vista de seres tan desaliñados, que, tras años de vagabundeo, parecían salir de las catacumbas y que hablaban en español.

Grande fue el recibimiento dispensado a los cuatro en México por el virrey Mendoza, que se interesó grandemente por las noticias traídas por los expedicionarios. Mientras Cabeza de Vaca trataba de acostumbrarse nuevamente a dormir en cama, sin poder hacerlo durante mucho tiempo, dio comienzo a la redacción de sus *Naufragios*, la obra que relataría para la posteridad las incidencias de la extraordinaria odisea, en la que por primera vez unos europeos recorrieron el territorio de los Estados Unidos.

### Cabeza de Vaca, escritor y costumbrista

Las crónicas del viaje de Cabeza de Vaca alcanzaron un enorme éxito y probaron que don Alvar era no solamente un errabundo hacia ninguna parte, sino también un ilustrado que se interesaba por cuantas novedades lo rodeaban, de las que tomó buena nota, y a fe que fueron muchas. Se escandalizó por algunas costumbres de las tribus que recorrió, como las de aquellos indios mariames, que echaban a los perros salvajes a las niñas recién nacidas, pues eran tantos los enemigos del contorno que temían que las raptaran, y casando con ellas multiplicaríanse aún más sus rivales y los reducirían a esclavos. De estos indios cita otro uso: «Que vi un hombre casado con otro y hacen oficio de mujeres y llevan muy gran carga».

En general, las tribus que conoció eran gente muy guerrera y nada asentada, vagando siempre en busca de las cosechas silvestres,

de las cuales la principal eran las tunas, el fruto de una higuera silvestre, mantenimiento principal de los cuatro españoles todos esos años. El hambre era extrema en aquellas tierras, y dice don Alvar que los indios «comen arañas, hormigas, gusanos, lagartijas, culebras y víboras, tierra, madera, estiércol de venado y otras cosas que dejo de contar, y creo que si en aquella tierra hubiera piedras, las comerían». Pero gozaban de una gran resistencia física, pues narra cómo eran capaces de correr «desde la mañana hasta la noche siguiendo un venado, y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan y algunas veces los toman vivos».

Entre sus descubrimientos cita a aquellos indios «que se emborrachan con un humo», sin duda, el tabaco. Y sintió gran curiosidad por las novedades faunísticas, como ese animal «que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene», la zarigüeya. Otras veces tuvo que defenderse, como esas plagas de mosquitos tan masivas que habían de dormir rodeados de leña ardiendo, podrida y mojada, para que soltase mucho humo y los ahuyentara, aunque a trueque de pasar la noche llorando «del humo que en los ojos nos daba».

Don Alvar y los suyos fueron los primeros europeos que divisaron los bisontes, que en aquella época, antes de que entrara en acción Buffalo Bill, cubrían llanadas y colinas y se perdían en el horizonte. Pero el extremo laconismo de Cabeza de Vaca, que no se asombraba ante nada, los describe como «vacas», de esta forma: «Aquí alcanzan vacas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino». Eso es todo. Semejante concisión hizo a los conquistadores españoles bautizar a los jaguares como tigres; a los pumas, como leones, y a los cocodrilos, como lagartos. Y Cabeza de Vaca, máxima expresión de la concisión, cuando contempla el Misisipi, dice lo siguiente: «Y del otro cabo se veía un río muy grande». Años después, cuando el propio don Alvar, ya con el título de gobernador, descubrió las cataratas de Iguazú, las describió como «un salto».

En el camino, los cuatro aventureros también recibieron turquesas y esmeraldas, mágicas palabras en los oídos de las gentes del virreinato mexicano, que, inflamados por sus relatos, imaginaron un mundo fantástico que cuanto antes había que explorar y colonizar.

Había nacido el dominico padre Cáncer en Zaragoza, distinguiéndose como filósofo y erudito, manteniendo siempre una inquietud intelectual que lo llevaría a escribir diversas obras en lenguas indígenas. La llama apostólica que lo animaba lo llevó a misionar en América Central y México, coincidiendo con el padre Bartolomé de las Casas en sus puntos de vista acerca de la bondad congénita del indio.

Sobre tales premisas, sostenía que para la evangelización de los indígenas la presencia de soldados no solo era innecesaria, sino desaconsejable, bastando la intención pacífica y la palabra, como habían demostrado algunas experiencias suyas en Guatemala. Para comprobarlo en las difíciles tierras de la Florida, donde habían fracasado los anteriores intentos evangelizadores, pidió al virrey de México ser enviado allí, con la sola compañía de otros frailes. Accedió el virrey y lo proveyó de una nave, donde viajó un pequeño grupo de frailes, además del piloto Juan de Arana y la nativa Magdalena, oriunda de las tribus de Florida y española en Cuba.

Cáncer quería evitar arribar a costas conocidas, por el mal precedente que hubieran dejado expediciones anteriores, como la de Pánfilo de Narváez, pero el medroso, o acaso malintencionado, piloto Arana prefirió ir a lo seguro, y así llevó la nave hasta la bahía de Tampa, donde llegaron el día de la Ascensión de 1549. El padre Diego de Tolosa y el hermano Fuentes bajaron a tierra, a fin de encontrarse días después en otro punto de la costa con los demás expedicionarios del navío.

Quince días más tarde, Luis de Cáncer descendió a tierra en el punto acordado, donde encontró al español Juan Muñoz, de la expedición de De Soto, que llevaba diez años cautivo de los indios, y quien le informó que los misioneros habían sido asesinados, y Magdalena, nada más verse libre, se había quitado las ropas, reintegrándose a los suyos.

Subieron al barco, y Cáncer, muy afectado al sentirse responsable del suceso, se sumió en profunda meditación. Días después, sus compañeros le informaron de la presencia de indios en la playa, ciertamente sin ademanes pacíficos. Contra la opinión de todos, decide bajar solo y probar sus opiniones, intuyendo seguramente el probable devenir de los acontecimientos. Con su hábito y el Evangelio en la mano, rema hacia la playa. Nada más saltar a tierra los indios lo rodean, lo despojan del sombrero y le asestan un fortísimo golpe en la cabeza con un garrote, y luego muchos más, quedando muerto en el acto. Después rocían la nave de flechas, por lo que los tripulantes deciden regresar a México. La noticia causó enorme conmoción en los reinos españoles, dando fin a la idea de que era posible evangelizar sin protección militar. Esto

no producía nuevos cristianos, sino tan solo mártires.

## Tristán de Luna

Estando tan cerca la Florida de México y de Cuba, resultaba insólito que permaneciera sin colonizar ni cristianizar, por lo que Felipe II, habida cuenta además del creciente interés francés por la costa atlántica de Norteamérica, ordena instalar fundaciones permanentes. Sucesivas avanzadillas exploratorias de Guido de Lavazares y de Juan de Rentería localizan la bahía de Pensacola como lugar idóneo para los asentamientos, y se autoriza la organización de una empresa financiada por el Real Tesoro.

El elegido para comandar la expedición fue Tristán de Luna y Arellano, antiguo socio de De Soto, y capitán en las huestes de Vázquez de Coronado en su búsqueda de Quivira. Con el título de gobernador de Florida, parte de Veracruz en junio de 1559, con una flota compuesta por 13 barcos, 1500 soldados, colonos y frailes, y todo lo necesario para la colonización y la evangelización.

Tras aportar en la bahía de Pensacola, Luna procedió a fundar el primero de los tres asentamientos previstos, por ahora bautizado como Santa María Filipina. Luego dividió sus efectivos en tres partes, con misiones exploradoras y de colonización. Uno remontó por el río Coosa, en Alabama; otro subió por el río Escambia, y el tercero penetró hacia el norte.

A partir de entonces, la descoordinación y la mala fortuna marcaron el destino de la expedición y de Tristán de Luna. Este había permanecido en Pensacola organizando la ciudad al estilo español, pero un formidable huracán destruyó siete de los diez barcos anclados en la bahía, marcando el comienzo de la cadena de infortunios. La falta de víveres en aquellos arenales le forzó a seguir al último grupo, internándose en la región de Alabama y fundando el poblado y la misión de Nanicapana, al tiempo que enviaba a Cuba en busca de provisiones los barcos que le quedaban.

Enterado Felipe II de los planes secretos franceses para establecerse en la costa atlántica, despacha un mensaje a Tristán de Luna, urgiéndole para abrir con toda prioridad una ruta terrestre por el interior de Florida y fundar un poblado en Santa Elena, en la costa noreste de Florida, hoy territorio de Carolina del Sur. Y aunque trata de obedecer las órdenes, el grupo que envía no puede siquiera acercarse al punto señalado, muchas leguas distante. Y el barco que envió a Santa Elena costearo la península de Florida naufragó por una tormenta.



*Con la muerte de De Soto quedó extinguido el proyecto poblador de España en el este de los Estados Unidos.*

A estas alturas, la desmoralización y el descontento, tras un año de baldíos esfuerzos, cundían entre los expedicionarios, todos reagrupados en Pensacola. Luna, pese a su limpieza de intenciones y recta conducta, carecía de la resolución de un De Soto o un Cortés. La desorganización general, tratando de imponerse sobre unas gentes que ya no le obedecían, lo llevó a un estado depresivo profundo, noticias que llegaron a oídos del virrey, quien resolvió cortar la carrera del infortunado Tristán de Luna, enviando un sustituto, Ángel Villafañe.

### Ángel Villafañe

Era natural de Valencia de Don Juan, en León, y el virrey Velasco lo nombró para proseguir la expedición del por todos los conceptos desventurado Tristán de Luna. Villafañe llegó a Pensacola con provisiones para los hambrientos y desanimados colonos, lo que causó indescriptible júbilo. Traía también la revocación del mando de don Tristán, a quien se procuró no humillar en el relevo.

En cumplimiento del mandato real, Villafañe dejó una pequeña guarnición en Pensacola y con el resto puso rumbo hacia la costa atlántica, recalando brevemente en Cuba, donde algunos desembarcaron definitivamente y otros se incorporaron a la empresa. Sin mayor novedad llegaron hasta las costas de Virginia y luego costearon hacia el sur, atravesando el litoral de Carolina del Norte y después el de Carolina del Sur, en cuyo límite con Georgia

se hallaba la bahía de Santa Elena, objetivo fundador del viaje.

Allí permanecen un tiempo, pero la flotilla de Villafañe es de nuevo golpeada por los temporales, no resultando apropiado el lugar para fijar una base colonizadora, y explora nuevos parajes, hasta que llega la orden de regresar a Cuba y México, dándose por fracasada la misión. Los últimos colonos que aún resistían en Pensacola fueron recogidos, y la bahía, abandonada por más de un siglo. La Florida seguía consumiendo vidas y dineros, pero no se veía el fruto a tanto esfuerzo, y el pabellón español no lograba izarse con firmeza en aquella tierra engañosa e inhóspita.

### Los sucesos de Fort Caroline

Desde muy temprano, Francia hizo denodados esfuerzos por asentar un sólido imperio en el Nuevo Mundo, lo que nunca consiguió; todo lo más, múltiples escarceos y breves y magras realizaciones. Pero los franceses —o los ingleses, o los rusos— cerniéndose por los arrabales de sus posesiones era algo intolerable para la celosa monarquía española. Y de hecho, esa amenaza siempre latente fue uno de los grandes acicates de la progresión española en América del Norte.

Felipe II había recibido la noticia de que un grupo de hugonotes franceses, como así eran llamados los luteranos calvinistas, habían establecido un fuerte en la costa oriental de Florida, lo que suponía un doble peligro: la implantación de la herejía en América y la amenaza de asaltos a las flotas españolas de regreso a España, como ya se había demostrado con el apresamiento por los hugonotes de varios barcos españoles, cuyos tripulantes fueron arrojados maniatados al mar.

Pedro Menéndez de Avilés fue el encargado de conjurar el peligro francés. Nada más llegar a San Agustín, divisó en la costa los barcos de Jean Ribault (Juan Rivao, según la crónica del Adelantado) y juzgó con acierto que *Fort Caroline*, la base francesa, se hallaría en esos momentos desprotegida. Sin perder un minuto, ordenó a una parte de su tropa partir hacia el norte, a lo largo del río San Juan. Fueron cuatro jornadas de penosísima marcha acelerada entre pantanos y bajo intensos aguaceros que impedían dormir o siquiera sentarse, haciéndose guiar por los indios saturaba.

Al amanecer del cuarto día avistó *Fort Caroline*, atacando de inmediato y sorprendiendo en el sueño a toda la guarnición francesa, perdonando la vida solo a las mujeres y los niños. Los signos franceses fueron borrados y el fuerte pasó a llamarse San



Mateo, dejando en él guarnición española.

Vuelto a San Agustín, se enteró Menéndez de que los barcos de Ribault han zozobrado y sus tropas remontan a pie por la costa, decidiendo salir de inmediato a su encuentro. Toma cincuenta soldados y sorprende a los franceses en una caleta, a veinte kilómetros al sur de San Agustín. Ribault ofrece 300.000 ducados por su libertad, pero Menéndez se muestra inclemente y ajusticia a los hombres, en el lugar denominado Matanzas, haciendo colgar una leyenda que justifica su muerte «no por franceses, sino por luteranos».

Francia protestó airadamente por los sucesos y por la conducta de Menéndez, pero su proceder fue tachado de correcto por Felipe II, pues con sus golpes de mano había conseguido extirpar la amenaza francesa y sobre todo la presencia de la herejía europea en el Nuevo Mundo.

Pero Francia no se resignó a esta humillación. Frustrada la reparación por la vía diplomática, aprovechando la presencia de Menéndez de Avilés en España, Dominique de Gourgues organiza una expedición semiprivada para restablecer el honor francés. Parte de Burdeos con tres barcos y un puñado de hombres, con rumbo a Florida. Alcanza la desembocadura del río San Juan y, con ayuda de los mismos indios saturaba, progresa en silencio hasta el fuerte San Mateo. Sus defensores no lograron reaccionar y De Gourgues se hizo con la posición, capturando vivos al mayor número posible de hombres para devolver la afrenta. Fueron pasados a cuchillo y colgada de ellos la leyenda «no porque son españoles, sino porque son traidores, ladrones y asesinos», retornando después a Francia. Mientras el Gobierno francés capeaba la indignación de España, De Gourgues vivió desde entonces en situación clandestina, protegido por sus amigos. Había restablecido el honor ultrajado y ha sido conceptuado como uno de los grandes héroes franceses.



*En San Agustín se honra a Menéndez de Avilés, gracias a cuya tenacidad pudo España ocupar la Florida.*

### Pedro Menéndez de Avilés

Acaso la historia de Europa, e incluso del mundo occidental, hubiera sido otra de no haberse producido la muerte algo temprana de este gran marino y colonizador, que había nacido en la ciudad asturiana de Avilés. Desde muy joven mostró una gran inquietud, que lo llevó a emanciparse pronto de la casa paterna para vivir sus propias singladuras, en las que enseguida destacó como avezado e imaginativo navegante, que aportó a la ciencia novedades, como un

medidor de la longitud este-oeste, y novedosos diseños de barcos, como la galizabra y la balandra.

Las noticias sobre la pericia náutica de Menéndez llegaron a oídos de Felipe II, quien desde que lo conociera no dejó de prodigarle su favor y su confianza, encomendándole misiones de progresiva envergadura. Cuando el rey tuvo que viajar a Inglaterra para desposarse con María Tudor, le encargó la dirección de la flota, y solo el conocimiento marino de Menéndez evitó el naufragio de la nave real en una pavorosa tormenta.

A partir de entonces los nombramientos se sucedieron: capitán general de la flota de Indias; caballero de la Orden de Santiago; adelantado y gobernador de la Florida; gobernador de Cuba; capitán general de la Armada para la defensa de las costas americanas. Encargos todos que cumplió a plena satisfacción del rey este marino abierto, leal, generoso y dotado de gran carisma, que infundía seguridad allí donde llegaba.

Pero el favor real tuvo su precio. El principal, la inquina profunda de los funcionarios españoles, envidiosos de su gloria. La Casa de la Contratación de Sevilla le negó siempre las ayudas y puso innúmeras trabas a su labor, hasta el punto de llegar a encarcelarlo por deudas, contando una y otra vez con la ayuda personal y directa del rey para salir de los peores trances. Otro gran enemigo suyo fue el gobernador de Cuba, la base de los aprestos en hombres, barcos y medios con destino a la colonización de Florida. Y una vez más fue el rey quien salió en defensa de Menéndez, removiendo a García Osorio y nombrando al propio Menéndez gobernador de Cuba.

Felipe II, que poco caso hacía de las insidias burocráticas, dio el último y mayor signo de la confianza que le inspiraba Menéndez de Avilés, cuando le encargó la dirección de una Armada dispuesta en Santander para resolver el grave problema de la rebelión de los Países Bajos. Este nombramiento hubiera sido sin duda el precedente para otro de más largo alcance aún: la dirección de la Armada Invencible contra Inglaterra. Pero, cuando el marino estaba preparando la primera con su habitual meticulosidad, la muerte lo sorprendió en Santander, a la edad de 55 años.

La derrota de la Invencible significó el triunfo no solo de Inglaterra sobre España, sino de una filosofía de vida material y mercantilista sobre otra humanística, representada por la cultura hispana. Pero en esa derrota mucho tuvieron que ver los desaciertos personales del jefe de la escuadra. Errores que sin duda no se hubieran producido de haber seguido esta bajo el mando del avezado Menéndez. Quién sabe qué hubiera sido del rumbo de la historia sin su temprana muerte.

Los restos de Pedro Menéndez de Avilés reposan en la iglesia de San Francisco, en Avilés, donde una estatua recuerda a quien sin duda alguna puede considerarse como el *padre de la Florida*.

### La misión

Fue sin duda la más admirable institución de la frontera. Era un puesto de avanzada de la presencia española, que sirvió a la vez a la Iglesia y al Estado, y que con métodos pacíficos logró la integración de las tribus indias en la fe cristiana y en la cultura hispana.

Superada la idea de la conquista militar, tras innumerables sesiones de reflexión en las que participaron humanistas, consejeros reales, religiosos y catedráticos, se diseñó un modelo nuevo, en el que se reservaba a los misioneros el papel protagonista. Un grupo de ellos se adentraban sobre nuevos territorios en el norte y fundaban una misión, atrayendo a los nativos con varios procedimientos: mediante regalos, por medio de indios ya cristianizados que traían con ellos, y merced a la cautivadora vista que ofrecían los feraces campos y los corrales de reses alrededor de la misión.

Todo esto hacía que los indios del contorno aceptaran acudir a residir en la misión, donde recibían una panoplia de enseñanzas altamente equilibrada: religión, manejo de la tierra (agricultura y ganadería), oficios (herrería, carpintería, talabartería...) y arte y cultura (letras, lengua, cuentas, música...), todo ello con arreglo a una estricta disciplina horaria, bajo la autoridad del misionero, que distribuía sabiamente los tiempos dedicados al trabajo, el aprendizaje, el descanso y el esparcimiento.

La misión recibía protección militar de un presidio próximo, y el Estado concedía además ayuda de costa para el servicio de la misión, más un estipendio o sínodo para el mantenimiento de los misioneros. Los cuales eran rigurosamente seleccionados por las órdenes encargadas de misionar en la frontera: dominicos, jesuitas y franciscanos; las dos últimas, en los difíciles territorios del Oeste. Antes de su incorporación a una misión eran adiestrados en colegios de México, donde recibían la capacitación necesaria para algo tan complejo como regir una misión. Cumplieron cabalmente su papel, con nombres ilustres, como los padres Kino y Serra, y solo encontraron serias dificultades en áreas como Tejas y Florida, debido a la renuencia o la abierta hostilidad de los indios nómadas a incorporarse a la vida misional.

Bajo esta concepción integradora, la misión cumplió varios objetivos simultáneos: por una parte, la evangelización de los indios y su capacitación en técnicas, artes y oficios, integrándolos en la cultura material hispana; por otra, hacer avanzar la soberanía española en tierras inéditas, y, al mismo tiempo, actuar de muro de contención frente al avance de otras potencias europeas, que codiciaban asentarse en los territorios formalmente de la soberanía española.

La previsión de la autoridad española era que las misiones sirvieran como embrión de poblados, y que, en torno a los diez años de vida, se convirtieran en pueblos autónomos, de modo que los misioneros reprodujeran el modelo en áreas más alejadas, lo que generalmente ocurrió, y de hecho muchos de los pueblos y ciudades actuales del suroeste tienen su origen en las misiones.

Es por todo ello que hay que convenir con Maynard Geiger en que «el sistema de la misión española fue, sin duda, uno de los esfuerzos humanitarios más grandes que el mundo haya visto para la mejora y el desarrollo espiritual de unos pueblos atrasados y no cristianos».

## Pedro Menéndez, el colonizador de la Florida

Cincuenta años de intentos colonizadores en Florida se habían saldado con el fracaso y con la constatación de que al norte de México no había minerales explotables, el principal factor impulsor de la colonización.

No obstante, subsistía para la Corona el interés por Florida. De una parte, la conversión de los naturales, hasta ahora irreductibles; de otra, la creciente inseguridad de los barcos españoles, que navegaban por el canal de las Bahamas, hasta que la corriente del Golfo los impulsaba de vuelta a España cargados de plata, y en la travesía del Caribe eran atacados por corsarios y piratas franceses, ingleses y holandeses.

Era, pues, imprescindible consolidarse en las costas de Florida para proteger la ruta marítima de la plata, y esa empresa donde todos habían fracasado fue confiada por Felipe II a Pedro Menéndez de Avilés, nombrado Adelantado y Gobernador de la Florida. Tras invertir 200.000 ducados de su peculio, Menéndez zarpó de Cádiz en julio de 1565 con una flota compuesta por 12 barcos y más de mil personas, entre ellas, soldados, colonos y frailes.

La expedición arribó a Florida el 28 de agosto, y Menéndez desembarcó, tomando posesión en nombre del rey y fundando la población de San Agustín, que suponía la culminación exitosa de medio siglo de adversidades colonizadoras en Florida. Tras lo cual, conjuró de manera expeditiva la doble amenaza europea que se cernía sobre la zona: la instalación de una colonia francesa y el hecho de que los colonos fueran hugonotes, esto es, la primera semilla de la herejía en el Nuevo Mundo, algo intolerable para el muy católico Felipe II.

Después de año y medio de frenética actividad, Menéndez había logrado establecer un rosario de bases a lo largo del litoral, que protegían de modo efectivo el tránsito marítimo por el Caribe. De ellas, las más importantes eran la propia San Agustín, con su fuerte de San Marcos; el fuerte de San Mateo y el poblado de Santa Elena, con su anejo, el fuerte de San Felipe. Santa Elena, situada en la costa oriental de Florida, en lo que hoy es Carolina del Sur, fue la que Menéndez eligió como capital de su adelantamiento y como base de su prevista expansión.

Porque Menéndez de Avilés albergaba una visión continental del septentrión de América, propia de un estadista: desplegar la soberanía española hacia el norte, hasta Terranova, regentando sus ricos caladeros; progresar en dirección suroeste, abriendo una vía que habría de comunicar Florida con los yacimientos de Zacatecas; otro pasillo terrestre conduciría hasta la costa occidental, las Californias, desde donde se accedía a los tesoros asiáticos de allende el Pacífico, y esa ruta fue el embrión del *Old Spanish Trail*, y, finalmente, por el sur se controlaría el golfo de México, la ruta marítima del abasto argentífero a la metrópoli, el nervio económico del Imperio español.

Los siguientes años fueron dedicados por Menéndez a la consolidación y ampliación de los establecimientos, teniendo que viajar de modo frecuente a España, para recabar del rey los fondos que la Casa de Contratación le negaba. Incansablemente recorrió una y otra vez el territorio de Florida, alentando a los colonos, dialogando con los nativos, convenciendo a las órdenes religiosas para que enviaran efectivos, resolviendo los múltiples problemas que entrañaba la colonización, en una tierra donde los indios se mostraban obstinadamente hostiles, tanto a la evangelización como a la cultura material española.

Tras siete años de continuo trasegar, Menéndez volvió a España para hacerse cargo de la Armada de Santander contra los territorios de Flandes, sorprendiéndolo allí la muerte a causa de una epidemia. El fruto de su esfuerzo, la cadena de poblados, fuertes y misiones, poco a poco fue absorbido por los avatares del tiempo: los ataques indios, el abandono de los pobladores, los asaltos de piratas, como el devastador de Drake en San Agustín, la ausencia de metales, e incluso la incapacidad de la tierra para asentar de modo generalizado un modelo ganadero como el del Oeste, el preferido por los colonos andaluces. Incluso la capital, Santa Elena, fue abandonada por las autoridades; sus casas, quemadas, y sus árboles, talados, para no favorecer a otras potencias, cada vez más intensamente presentes en el área. Al final, como testimonio último del ímprobo esfuerzo de Menéndez de Avilés, quedó la ciudad de San Agustín, la capital de la hispanidad de la Florida.

## San Agustín

La ciudad de San Agustín, considerada la primera ciudad en el territorio de los Estados Unidos, fue fundada por Pedro Menéndez de Avilés el 28 de agosto de 1565, lo que suponía la culminación

exitosa de medio siglo de adversidades colonizadoras en Florida.

Como todas las ciudades fundadas por España en el Nuevo Mundo, fue trazada conforme al patrón urbano establecido con carácter general para todas ellas, el de las calles rectas cortadas en perpendicular, y dejando una o dos manzanas sin construir para albergar la plaza Mayor o de Armas. Un dibujo que aún se puede detectar en el trazado del casco antiguo de San Agustín o de Pensacola, y que tiene sus raíces teóricas en autores griegos o romanos, como Vitruvio, que defendía el modelo rectangular como el mejor posible para una ciudad. Pero el Medioevo arrumbó con este patrón urbano, y la ciudad pasó a convertirse en un enredijo de calles, hasta que reaparece en poblaciones españolas muy visitadas por los Reyes Católicos, como Briviesca (la *Bien Trazada*), el Puerto de Santa María o la ciudad-campamento de Santa Fe, cerca de Granada, todas ellas con calles largas y perfectamente cortadas en perpendicular, y todas también con la plaza cuadrada como nervio principal de la ciudad.

Por su sencillez y su uniformidad, el diseño pareció apropiado para las nuevas fundaciones americanas, y es el que impone el gobernador Ovando en las primeras poblaciones de las Antillas fundadas por España en el Nuevo Mundo, y la ciudad trazada «a regla y cordel» se convertiría en el patrón común de todas ellas, recibiendo la sanción real en las Ordenanzas de Nuevas Poblaciones de Felipe II, de 1573.

El viejo San Agustín responde, como no podía ser menos, a un concepto semejante: calles rectas y cortadas en perpendicular; los solares de las casas ocupan una manzana; las fachadas de las casas se cortan en la calle (algo que tanto llama la atención a los anglosajones, donde las casas se retranquean varios metros de la línea de la calle, interponiéndose el jardín), y la plaza resulta de suprimir la construcción en varias manzanas.

La plaza Mayor fue el elemento más importante de la ciudad, y en ella se ubicaban los centros neurálgicos del poder español: la gobernación, o la municipalidad en ciudades menores, y la iglesia. Era además el nudo de la comunicación de los ciudadanos, y también del comercio. Al día de hoy, y este es un concepto igualmente extraño para la mentalidad anglosajona, las plazas mayores del mundo hispano continúan siendo el verdadero nervio ciudadano, el lugar donde los transeúntes se reúnen invariablemente al caer la tarde para departir en buena compañía, porque la comunicación de unos con otros forma parte esencial de su filosofía de vida.

El ataque del gobernador de Carolina, James Moore, sobre la Florida en 1702, aunque no pudo conquistar el castillo de San

Marcos, derivó en una devastación de la ciudad de San Agustín, cuyas casas de madera fueron incendiadas. Esto convenció a las autoridades sobre la necesidad de construir una valla perimetral, al modo de las ciudades medievales, para proteger la capital de Florida de los ataques venidos desde la tierra adentro. El resultado fueron dos vallas: la *Cubo*, que circuía la ciudad por el norte, y la *Rosario*, que lo hacía por el resto del flanco terrestre descubierto.

La puerta de la ciudad, que aún subsiste, comenzó como una simple abertura en la línea Cubo, con una puerta de madera. Se llamó la Puerta de la Leche, y en 1808 las columnas de madera fueron reemplazadas por otras de piedra. Esto es todo lo que queda de la vieja defensa perimetral de San Agustín, que sin duda cumplió su función, porque no volvió a sufrir los embates destructores del pasado.

### El rancho

Otra de las grandes instituciones de la frontera, esta vez ceñida al plano individual. El modelo del rancho era congénito a la personalidad de los colonos españoles, que, en gran medida procedentes de las áreas ganaderas andaluzas, soñaban con una vida nueva en América, en la que fueran dueños de una propiedad: «Mi rancho y mis animales», se solía decir.

La Corona, tan detallista en toda la reglamentación del Nuevo Mundo, reguló los llamados *sitios de ganado menor* y *sitios de ganado mayor*, estos últimos de unos 4500 acres, extensión considerada mínima para desarrollar la ganadería extensiva, pues el rancho, sin perjuicio del cultivo agrícola, fue sobre todo un centro ganadero.

La concesión a un particular de una extensión para formar un rancho exigía ciertas contrapartidas, como la de cultivar la tierra y residir al menos diez años en ella, no ejercer jurisdicción sobre los nativos y respetar los derechos de los indios —entre ellos, la integridad de sus propiedades—, evitando también que los ganados propios causaran daños en los cultivos indígenas.

Si el siglo XVII conoció la proliferación de la hacienda, el XVIII fue el del rancho, de dimensión más reducida. Fue una suerte de población en pequeño, donde residían una o dos familias en torno a sus huertas, cultivos y pastizales. Esta proximidad fue desde luego contraria a la seguridad, pues los ranchos aislados estaban más expuestos a los ataques indios que los poblados. Razón por la cual la autoridad alentó la concentración de colonos en villas y pueblos, pero el fuerte individualismo hispano y el deseo de proteger de cerca sus propiedades llevaron a los colonos, sobre todo en Nuevo México, a dispersarse por el territorio.

Esta dispersión obligó a los rancheros a protegerse por sí mismos. Para ello convirtieron sus viviendas en verdaderas fortalezas, con torreones de vigilancia, troneras minúsculas a modo de ventanas, puertas muy sólidas y el corral del ganado contiguo a la casa, formando todo el conjunto una casa-corral que más parecía un fuerte en miniatura que una vivienda, como



puede apreciarse en el rancho de las Golondrinas, cerca de Santa Fe.

Esta defensa no evitó, empero, ataques indios, aunque sí los amortiguó, y, cuando los temidos apaches comparecían, hombres y animales se recluían dentro de la seguridad de la línea exterior de los muros. Fue famoso el caso de la familia novomexicana que resistió durante ocho días un asedio, logrando rechazar a los atacantes. Pero con ocasión de la rebelión de los indios pueblo hubo gran mortandad de colonos, incapaces de resistir en sus aislados ranchos. Tras la reconquista, la población hispana tendió a concentrarse en poblados, siguiendo los consejos de la autoridad civil.

El rancho como institución perduró tras el fin de la época española, a diferencia del presidio. Los angloamericanos copiaron en su integridad el modelo agrícola-ganadero del Oeste, con todos sus ingredientes: la acequia, el rodeo anual para conducir a un punto el ganado, seleccionarlo y marcarlo con el hierro en el anca y en las orejas; el vestuario, la jerga ganadera, el manejo a caballo, así como la alta solidaridad entre los rancheros, que los lleva a coordinar en el tiempo los trabajos ganaderos, de modo que todos se ayuden entre sí.

## Jesuitas en Florida

El adelantado Pedro Menéndez de Avilés ha sentado las bases de la presencia española en la Florida. En acción fulgurante ha expulsado a los franceses hugonotes de Fort Caroline, ha fundado las ciudades de Santa Elena y San Agustín, y ha establecido colonos en ellas, pero ahora corresponde acometer una parte esencial del motivo colonizador español, la cristianización de los nativos.

Para ello escribe al rey Felipe II y, soslayando a las órdenes religiosas que ya estaban autorizadas a evangelizar en América, franciscanos, mercedarios, dominicos y agustinos, solicita la venida de religiosos de una orden que había sido fundada treinta años antes: la Compañía de Jesús.

No sin resistencia se acepta la petición, y dos años después arriban a Florida los primeros jesuitas, los padres Rogel, Martínez y Villarreal. Pero quiere el azar que su inexperto piloto se desoriente en estas costas y deban costear, zarandeados por oleajes y tormentas, durante diez días, lo que acaba con sus provisiones. El hambre y la sed fuerzan al padre Martínez y otros tripulantes a desembarcar con el batel auxiliar. Mientras buscan provisiones, las tormentas obligan al barco a alejarse, quedando solos durante varios días, costearo con el bajel hasta que tienen un encuentro con los nativos, que tratan de apoderarse del bote. A duras penas algunos marineros logran escapar, pero el padre Martínez es retenido y, a la vista de todos, golpeado con una maza en la cabeza, quedando muerto sobre la arena, destino que seguirán los otros. Era el 28 de septiembre de 1566.

El hecho tuvo honda repercusión en la Compañía de Jesús. Por una parte, se produjo una explosión de peticiones de los jesuitas para misionar en América, lo que demuestra su celo evangelizador; por otra, el superior Francisco de Borja decidió someter la presencia de los jesuitas en Florida a observación crítica. Pero los años siguientes probaron la escasa progresión del avance misionero. Los indios floridanos eran demasiado primitivos como para recibir con eficacia la semilla de la fe. Su hostilidad hacia colonos y misioneros era continua; pasados cuatro años, la evangelización no avanzaba, y los padres parecían desconcertados sobre el camino a seguir.

De modo que Francisco de Borja resolvió retirar a los jesuitas de Florida, a lo que se opuso el adelantado Menéndez de Avilés, muy devoto de la Compañía, de su preparación, de la racionalidad que imprimía a todas sus acciones. Hizo mediar al rey de España para convencer al superior, quien a regañadientes aceptó enviar una nueva partida de jesuitas, al mando del viceprovincial de la orden, el padre Segura.

Esta vez las perspectivas eran excelentes, toda vez que con el grupo viajaba un nativo converso, Luis de Velasco, *don Luis*, sacado de aquellas tierras y españolizado en Sevilla por la orden para servir de intérprete y correa de transmisión hacia los naturales. Además, el nuevo intento se haría en las tierras de don Luis, el entorno de la bahía de Chesapeake, donde unos años después arribarían los pioneros ingleses. Todavía no había área en los futuros Estados Unidos que no fuera de soberanía española.

Desembarcado el grupo, instalan un pequeño campamento base, y el padre Segura, Velasco y algunos más remontan río arriba, levantan una choza que dejan al cuidado de don Luis, y el padre Segura se interna para explorar el terreno y buscar nativos para predicar el Evangelio.

Pero, al regresar a la choza, comprueban que don Luis se ha ido. Pasan varios días y, como no regresa, acuden a buscarlo. Se ha reintegrado a los suyos, pero los recibe amablemente y promete volver al redil español.

Regresan todos a la choza, con el arrepentido don Luis y algunos indios más, y en el camino ordena este a los suyos que maten a Segura y a los demás, lo que hacen sin dilación mediante flechas y recios golpes de macana. No bastándole con esto, Velasco acude al campamento base, donde da muerte a los demás componentes de la expedición, menos a uno, que fue quien contó el suceso.

Este nuevo hecho colmó la prudencia y paciencia de Francisco de Borja, que decidió retirar a todos sus religiosos y abandonar la dolorosa experiencia de Florida, que no producía convertidos y sí mártires. Acaso no estaban preparados aún para bregar en aquellas

tierras duras y hostiles. Como escribió un jesuita hablando de sus compañeros de Florida, «tienen tan gastados los estómagos, siendo personas delicadas y criadas en estudios, que si duran mucho tiempo se acabarán...».

Pero su fracaso en Florida fue semilla de aprendizaje y experiencia, que daría fruto tiempo después, en la fabulosa labor misional de las reducciones jesuitas de los guaraníes del Paraguay.

Y en cuanto a la Florida, su evangelización estaba reservada para una orden más antigua y curtida en sufrimientos y sacrificios, los franciscanos.

### El ataque de Drake a San Agustín

La campaña de Drake del último cuarto del siglo XVI fue planeada y financiada por un grupo de hombres de negocios ingleses, que vieron en las posesiones españolas del Nuevo Mundo la ocasión de hacer un pingüe negocio. España apenas contemplaba todavía la posibilidad de que, fuera de los ocasionales asaltos piratas sobre sus galeones, la rapiña sobre las plazas de la tierra firme se incluyera entre los objetivos de los ladrones internacionales, y las defensas construidas eran mínimas.

San Agustín, por ejemplo, la capital de la Florida, era poco más que una pequeña villa de 300 habitantes, y no contaba con más protección que un fuerte de troncos incrustados verticalmente, una estructura tan efímera que el gobernador Menéndez Márquez había ordenado construir el tercer fuerte en el mismo lugar, ya que los dos primeros habían sido arruinados por los meteoros del clima y por la descomposición.

Drake, con una formidable flota de 23 navíos de guerra, 19 auxiliares y 2300 hombres, había sorprendido a las plazas caribeñas de Santo Domingo y Cartagena, exigiendo a cambio de no destruirlas un fortísimo rescate. Volvía a Inglaterra con las arcas llenas y, probablemente, tenía la intención de asaltar la población de Santa Elena, el baluarte más septentrional de España en la Florida. Mas al parecer llamó su atención el pequeño fuerte situado en la rada de Matanzas, y, remontando el río, dio con la ciudad de San Agustín. Tomando como base de la flota la isla Anastasia, embarcó en veinte chalupas a 1000 hombres para cruzar el brazo de agua y descolgarse sobre la ciudad.

La población civil escapó a los alrededores, mientras que un puñado de soldados encaraba la defensa desde el precario fuerte de madera. Pero la superioridad inglesa era tan apabullante que Drake

pronto se hizo dueño de la situación. La ciudad quedó a merced de los saqueadores ingleses, y varios indios de los que vivían allí se unieron al pillaje. En la caja real hallaron 2000 libras, parte del dinero del *situado* que servía para sostener la provincia.

Antes de levar anclas, Drake ordenó destruir la ciudad, posiblemente en venganza por la pérdida de una veintena de hombres, entre ellos, un estrecho amigo suyo. Las casas, de madera, ardieron como yesca, y se arrancaron naranjos, campos de maíz y huertos. Tras lo cual partió hacia el norte, pasando de largo por Santa Elena, acaso porque el puerto no ofrecía calado suficiente para su flota.

### Llegan los franciscanos

Fracasado el experimento jesuita, tan buscado por Menéndez de Avilés, este requirió del rey Felipe II el envío de una orden que ya se había desempeñado con éxito en la labor misionera y que tenía acreditada su capacidad de sufrimiento, acaso la que faltaba a la Compañía de Jesús, de superior preparación intelectual pero escasamente bregados aún en el trabajo misional, y más ante unos nativos tan reticentes y agresivos como los de Florida.

La primera partida de franciscanos arribó a la Florida en 1573, y a partir de entonces fueron llegando nuevos contingentes, tras recalar varios meses en el convento de La Habana, donde se preparaban para la difícil tarea evangelizadora y educativa que tenían por delante. Una nueva parada se producía en el convento de la Purísima Concepción, ya en San Agustín, donde tomaban contacto con la tierra y se les instruía sobre sus habitantes.

Los primeros franciscanos fueron destinados a Santa Elena, la primitiva fundación de Menéndez de Avilés, anterior incluso a San Agustín, considerada hoy formalmente el primer asentamiento fundado por los europeos en los Estados Unidos. Pero Santa Elena pronto se reveló como un polvorín, por la actitud de los indios orista, enemistados desde el principio con los españoles, y ni siquiera la llegada de los frailes logró suavizar los enfrentamientos. De modo que los misioneros derivaron hacia el norte y el sur, fundando las primeras misiones que lograron afianzarse.

A partir de ahí, y salvo retrocesos momentáneos como los causados por la rebelión de los indios guale, el sistema misionero franciscano no hizo sino prosperar. La razón estriba en que no levantaron misiones al estilo de las del Suroeste, o las del territorio guaraní, vastos centros de enseñanza y trabajo, sino pequeños

reductos en el interior de las propias aldeas indígenas. Apenas contaban con capilla, vivienda del religioso, huerta, pocilga y un modesto cobertizo para el aprendizaje. De modo que los indios neófitos no vivían allí, sino que acudían regularmente a recibir la doctrina y el aprendizaje intelectual, técnico y agrícola, regresando después a sus chozas.

Más aún, el sistema misional contaba en el territorio con centros auxiliares. La misión la componían dos frailes, también llamados *doctrineros*. Uno permanecía en la misión, y el otro recorría las visitas, capillas o iglesias instaladas en aldeas subsidiarias, donde atendía a la parroquia de la zona.

### El germen de la misión: La predicación

Cabe imaginar que en el seno de unos pueblos como los indios, tan alejados de las concepciones cristianas, la siembra de la nueva doctrina fue todo un ejercicio de habilidad, persuasión y dominio de la psicología, lo cual exigió misioneros con un intenso aprendizaje, obtenido en buena parte en el convento de La Habana.

Al entrar en una aldea inédita, en general acompañados de una pequeña patrulla disuasoria de soldados, los misioneros pedían al cacique permiso para predicar, que en general otorgaban a cambio de algún regalo. A renglón seguido los misioneros tomaban asiento en el recinto de la aldea que hacía las veces de plaza y recurrían a la técnica de permanecer largo rato en silencio, lo que atraía la atención de los nativos, que se iban congregando alrededor, espoleados por la curiosidad.

Pasado ese tiempo, uno de los religiosos daba principio a la prédica propiamente dicha, explicando de una manera sencilla el motivo general de su visita, el anuncio de una religión calificada de verdadera. Como los indios estaban muy apegados al entorno natural, la prédica se centraba en los aspectos de la creación, como la tierra, los animales y los pájaros, y de cómo era imprescindible la presencia de un Dios omnipotente, origen de todas las cosas y de la vida.

Utilizando un lenguaje comprensible, se iban adentrando en algunos de los misterios de la fe: la Trinidad, la Virgen María, y de cómo Jesucristo vino al mundo para salvar a la humanidad, murió con indecible sufrimiento y resucitó para ascender a los cielos, todo ello profusamente adornado con narraciones y ejemplos, al modo de las parábolas de Jesús.

Los misioneros no trataban de convertir en la primera vez, sino

que sembrado el mensaje elementalmente dejaban que madurara en las mentes y caminaban a otras aldeas para difundir los mismos principios. Algún tiempo después volvían a iniciar el ciclo, donde la semilla había ido madurando, y entonces reproducían los fundamentos y se adentraban en nuevos aspectos de la religión, y ahora trataban de combatir los aspectos más negativos de las creencias nativas, como la idolatría. Una de las prácticas más extendidas entre los nativos era la adoración a la serpiente, que los frailes combatieron mediante el recurso de mostrar culebras en estado de putrefacción, indicando que no era dable creer en dioses que se corrompían como cualquier ser vivo. También se les enseñaba a rezar, y el significado de oraciones, como el padrenuestro, el credo y el avemaría.

De esta forma, con paciencia y comprensión ilimitadas, regresando una y otra vez al punto de partida, los misioneros iban comprobando que el mensaje iba calando en los corazones, hasta que finalmente aceptaban el bautismo, toda una ceremonia en la cual un religioso bautizaba y otro tañía una campana, mientras al cacique se le reservaba un puesto de honor en el ritual.

Otras veces el esfuerzo principal de los misioneros se centraba en el propio cacique, sabida la influencia que su conversión operaba en el resto de la comunidad. Era lo que se llamaba la *técnica vertical*, que contenía otra variedad, la de orientar el esfuerzo cristianizador a los niños. Estos resultaban muy moldeables y receptivos a las nuevas enseñanzas, y además se sentían fascinados por ellas, porque los frailes las adobaban para hacerlas asequibles a ellos. Los relatos bíblicos sencillamente contados despertaban su rica imaginación infantil, y una vez bautizados se convertían en correas de transmisión hacia sus propias familias y hacían de puente firme y duradero hacia sus futuros descendientes, que nacerían ya en el cristianismo y no sabrían nada de idolatrías ni supersticiones.

El bautismo del cacique constituía una ceremonia más formal aún que la de los súbditos, porque casi siempre se celebraba en San Agustín, adonde acudía el bautizando para ser apadrinado por el propio gobernador y recibir un nombre cristiano, además de los regalos de rigor, que luego exhibía orgullosamente ante los suyos, realzando así su supremacía.

Cuando había un núcleo de bautizados en la aldea, se les pedía ayuda para fundar la misión propiamente dicha, especialmente la iglesia. Contando con ella era más fácil obtener nuevas conversiones, pues la iglesia era la manifestación física de la nueva religión, el lugar del canto y del rezo, donde el ambiente incitaba a la devoción y el recogimiento.

Los religiosos no elegían el lugar de emplazamiento de la

misión, sino que este venía dado por el de las aldeas indígenas, de ahí la gran proliferación de las misiones floridananas. En este sentido, las misiones floridananas se asemejan a las parroquias de las ciudades occidentales, integradas en la propia vida de la ciudad. Como cada subreino indio contaba con varias aldeas, la misión principal, la llamada *doctrina*, se erigía en la aldea donde residía el cacique superior. En las demás, llamadas *visitas*, *estancias*, *aledaños* o *sujetos* se construía una simple iglesia o capilla.

Una herramienta muy valiosa en el esfuerzo evangelizador fue el aprendizaje del idioma nativo por parte de los propios misioneros, algo que no dejaron de encomendar los superiores de las órdenes presentes en América. En esta tarea algunos religiosos descollaron sobre otros, y así el padre Pareja pudo dominar el dialecto local, hasta el punto de escribir el Evangelio traducido a la lengua timucua.

## La rebelión Guale

La semilla franciscana comenzaba a germinar. Ya había catorce religiosos misionando en la región de Guale, y varias misiones habían sido construidas en las aldeas principales, desde donde los sacerdotes predicaban, sembraban nuevos cultivos, entregaban herramientas y adiestraban a los indios en su uso, así como en la cría de animales, como cerdos o gallinas. Sucesivamente iban fundándose nuevas misiones, y una de las más relevantes fue la de San Pedro de Mocama, al sur de la isla de Cumberland, donde su jefe Tacatacuru lo era a su vez de un conjunto de reinos menores que se incorporaron al cristianismo, un gran salto adelante en la tarea misionera.

Parecía que los malos presagios de los comienzos eran agua pasada, y que la evangelización de la Florida navegaba con buenos vientos, pero todo se vino abajo abruptamente cuando ocurrieron los sucesos de la región del Guale, que alcanzaron repercusión en España y merecieron una investigación del Consejo de Indias.

Todo comenzó en la misión de Nuestra Señora de Guadalupe de Tolomato, en el territorio de Georgia, atendida por el padre Pedro de Corpa. Como parte de la cristianización, los frailes trataban de erradicar aquellas costumbres que no casaban con la nueva religión; una de ellas, la poligamia, profundamente arraigada en la vida indígena. Algunos misioneros combatían la práctica sutilmente, comprendiendo que no podían cambiarse las cosas de la noche a la mañana. Pero el padre Corpa, no precisamente un modelo de

sutileza, reprendió severamente al hijo del cacique, apodado Juanillo, y lo conminó a que abandonara su harén, llegando hasta el punto de despojarlo de su puesto de heredero del cacique.

Herido en lo más hondo, Juanillo se retiró a los montes, para volver a los pocos días, de noche, con una partida de indios armados y pintados para la guerra. Al amanecer irrumpieron en la casa de la misión, donde rezaba el padre Corpa, y, tras intentar estrangularlo, lo golpearon en la cabeza con una macana, dejándolo muerto. A continuación, tuvo lugar una verdadera orgía liberal, en la que los indios de la misión se intercambiaron las mujeres, mientras Juanillo incitaba a la rebelión contra todos los misioneros, «que son unos bellacos, unos malvados que nos privan de nuestros placeres».

La revuelta no había hecho más que empezar su sangrienta historia. Tras quemar la pequeña capilla de la misión con todos los objetos de culto, el líder Juan convocó a asamblea a varios caciques de los contornos, animándolos a proseguir la sublevación: «Retornemos a nuestras antiguas costumbres..., matemos a todos los misioneros y a todos los indios cristianos».

Así, enardecidos, se encaminaron a la aldea de Tupiqui, sede de la misión de Santa Clara, que dirigía el padre Blas Rodríguez. Enarbolando hachas se presentaron al fraile, anunciándole que iban a matarlo. Con gran serenidad, fray Blas les pidió que antes lo dejaran celebrar la misa. El sermón hizo efecto en varios de los presentes, que se arrepintieron y depusieron su actitud, pero no en los más recalcitrantes, que le dieron dos días de plazo para arreglar sus asuntos con Dios. Pasados los cuales le abrieron la cabeza con un golpe de hacha, y, mientras los amotinados saqueaban la misión, un indio cristiano leal se llevó el cadáver para darle sepultura en los montes.

El siguiente objetivo fue la misión de Santa Catalina de Guale, en la isla del mismo nombre, ahora Saint Catherine. El cacique, persona adicta a la misión, pidió a un hermano lego que alertara al padre Miguel Auñón sobre las intenciones que traían los asaltantes, pero el hermano, que tenía escasas luces, no hizo caso del aviso. Cuando llegaron los sublevados, el cacique intentó disuadirlos de sus propósitos, incluso entregándoles regalos, pero, al ver que insistían, se retiró desconsolado a los montes para no asistir al martirio. El padre Auñón, por fin enterado de lo que se avecinaba, se dispuso a celebrar misa, momento en que entraron los rebeldes, lo sacaron fuera y lo acribillaron a flechazos, y, al ver que no moría, lo asaltaron y ultimaron a golpes de hacha y de macana, siendo enterrado al pie de la cruz que él mismo había erigido en la misión. También fue muerto el hermano lego.



El padre Francisco de Berascola no se encontraba en su misión de Asao cuando los sublevados fueron a buscarlo. Llegaba en canoa en ese momento de San Agustín, con provisiones y regalos para los indios de su misión, cuando los indios fingieron recibirlo alegremente en el embarcadero, y al saltar a tierra lo apresaron por detrás y lo ataron a un madero, donde tuvo lugar un juicio sumarísimo que resultó en condena a morir quemado. Pero, prendida la hoguera, se desató una fuerte lluvia que ahogó las llamas, en lo que algunos vieron una señal del cielo y se retiraron arrepentidos, pero el resto se lanzó contra el padre sañudamente, matándolo y mutilando su cadáver, convirtiéndose en la quinta víctima del levantamiento.

El siguiente en la macabra relación fue el padre Francisco de Ávila. A bordo de canoas, los indios accedieron a la isla de Jekyll, donde en la misión de Ospo tenía su morada el padre Ávila. Llamaron a su puerta de noche, pretextando traer una carta del superior de las misiones. Pero el franciscano ya estaba alertado y se negó a abrirles, y, cuando los rebeldes rompieron la puerta, saltó afuera y se perdió entre unos juncas, que los perseguidores rastrearon hasta encontrarlo. Le cubrieron el cuerpo de flechas y lo dieron por muerto, pero, al ver que sobrevivía, lo llevaron consigo. Y aquí comenzó el verdadero calvario del padre Ávila, que durante casi un año fue mantenido desnudo, soportando toda clase de vejaciones e insultos de sus captores, que lo incitaban a renegar de sus principios cristianos. Los niños lo flechaban, representaban parodias de la misa, intentaban que se juntara con sus mujeres, pero el padre resistió valerosamente tan penoso cautiverio.

La revuelta vino a extinguirse con el intento de ataque a la misión de San Pedro de Mocama, en la isla de Cumberland, un fiel bastión franciscano. De modo inteligente, los rebeldes, la mayoría indios hanopira, habían planeado asaltarla el día de San Francisco, cuando se suponía que los habitantes de la isla, tanto los religiosos como los indios, y hasta los soldados de la pequeña guarnición, habrían descuidado la vigilancia. En plena noche, veinte canoas navegaron con gran sigilo hacia la isla, pero, al llegar a la rada, vieron que estaba fondeado un bergantín, que casualmente había llegado de San Agustín trayendo provisiones a la isla y que los atacantes tomaron por un refuerzo de soldados. Esto hizo cundir la duda entre los asaltantes, dando tiempo a que ladraran los perros, alertaran a los habitantes y se aprestaran a la defensa, unidos los indios fieles de la misión y los españoles. Algunos rebeldes fueron apresados, y otros huyeron, pero este frustrado ataque en una campaña hasta entonces triunfal significó el ocaso de la rebelión.

El fiasco del ataque a la misión de Cumberland despertó a los

rebeldes de su sueño, y parecieron realizar de repente la magnitud de sus acciones, y sobre todo que los militares españoles no iban a permanecer indiferentes a los sucesos, que habían costado la vida a varios religiosos y la existencia a varias misiones, saqueadas e incendiadas. Temiendo la represalia española, perdieron la cohesión y el empuje revolucionario y se dispersaron por los bosques y los pantanos de los contornos, abandonando aldeas y cultivos.

Y el Gobierno colonial español, en efecto, estaba preparando la reacción. El gobernador Méndez Cancio había tomado posesión de su cargo pocos meses antes, y traía el diseño de un plan para expandir las misiones en Florida, que tuvo que posponerse cuando le estalló en las manos al poco de su llegada el conflicto del Guale, que ponía en peligro no solo la actividad misionera en la Florida, sino la propia permanencia española en la provincia.

La expedición punitiva se compuso de 100 soldados y 200 indios aliados, y en su recorrido por la zona aplicaron un severo escarmiento sobre los pueblos sublevados, si bien solo lograron capturar a uno de los cabecillas, el indio Lucas, a quien ajusticiaron, ya que los demás permanecían con sus familias ocultos en las espesuras. A su paso liberaron al pobre padre Ávila, exhausto tras diez largos meses de un cautiverio plagado de torturas, que narró por escrito a su vuelta a San Agustín.

El gobernador regresó luego a la capital y dejó que el tiempo obrara su labor, como lo hizo, ya que las familias sublevadas, con los cultivos desatendidos y ocultos en los montes, apenas tenían algo que comer, y comenzó a cundir entre ellos la idea de entregarse a las autoridades españolas para pedir el perdón y volver a las buenas costumbres.

Méndez Cancio actuó con prudencia, aparentando gran enojo por los hechos pero aceptando la petición de clemencia, a medida que sucesivos contingentes de caciques se presentaban en San Agustín en nombre de sus pueblos para implorar el perdón y reincorporarse al seno de las misiones y las leyes españolas. A modo de penitencia por el levantamiento, acordaba con los caciques que de cada comunidad quedara en San Agustín un retén de indios para labrar, a cambio de retribución, los campos circundantes a la ciudad, donde sembraron maíz, con lo que de paso se venía a resolver el sempiterno problema del abastecimiento a una ciudad que iba creciendo en número de colonos y soldados, y que contaba hasta ese momento con un anillo de campos pantanosos e improductivos.

El hambre entre tanto seguía haciendo estragos entre los sublevados que permanecían alzados en los montes, y nuevas oleadas de arrepentidos se sumaban a las anteriores, y la rebelión se

dio por terminada por completo cuando los propios indios ejecutaron lo que los españoles no lograban por su desconocimiento del terreno: una partida de indios fieles penetró en el campamento del jefe de la rebelión, el indio Juanillo, y lo mataron junto con el resto de los cabecillas.

Un visitador del Consejo de Indias enviado a la zona comprobó que la calma había vuelto a la región, que se respiraba la paz, que las misiones progresaban y que los misioneros desarrollaban su apostolado con normalidad. Y así era en efecto, porque del mismo modo que los tumultos de Santa Elena de años atrás habían supuesto un revulsivo para impulsar la labor misional, los sucesos de Guale marcaron el punto de inflexión para las misiones españolas de la Florida. A partir de ese momento, y como siempre acaeció en las Indias cuando un sacerdote caía víctima del martirio, se renovó el brío misionero, llegaron nuevos grupos de frailes, y las misiones se expandieron por la costa desde San Agustín hasta Georgia primero, y en la gran región timucua enseguida, fundándose un rosario de misiones. Estaba comenzando la verdadera expansión misionera, la que se dio en llamar la *edad de oro* de las misiones de la Florida.

### Misiones del Este y del Oeste: diferencias

Las misiones de la Florida y de las regiones del Oeste, como Nuevo México, Arizona o California, difirieron profundamente en aspectos fundamentales, lo que prueba la flexibilidad y alta capacidad de los franciscanos para adaptarse a las circunstancias.

En el Oeste, las misiones operaron como verdaderos centros impulsores del desarrollo regional. Ocupaban vastos territorios que incluían los edificios religiosos principales, como la iglesia y el convento; las viviendas de los indios neófitos, esto es, los que estaban en proceso de aprendizaje; había además potreros, corrales, establos y cochiqueras; cobertizos para la enseñanza y práctica de oficios; tierras de cultivo propias de la misión; pastizales para el ganado; y en las misiones se fabricaba pan, embutidos, ropas, velas y todo lo necesario para la subsistencia. Todo lo cual hizo de las misiones del Oeste lugares autónomos, plenamente autosuficientes.

En cambio, las misiones de la Florida eran recintos mucho más pequeños, y no se construían en medio de una extensión despoblada, sino que estaban incrustadas en las propias aldeas indias, al modo de las parroquias de las ciudades ibéricas, y no disponían de tanto espacio destinado a los oficios, la agricultura y los pastizales, por lo que no eran centros autónomos.

Otra diferencia notable fue que los indios de las misiones del Oeste vivían en ellas, en tanto que los indios floridanos habitaban en sus propias chozas de las aldeas, acudiendo regularmente a la misión para recibir la doctrina y los aprendizajes, pero luego regresando a sus casas.

Las misiones del Oeste se levantaban en lugares elegidos por los misioneros, acogiendo en ellas a indios procedentes de muchos kilómetros a la redonda. Las misiones de Florida contaban con el pie forzado de las propias aldeas indias, donde eran ubicadas, y no recogían a un gran número de indios de los contornos, sino solo a los miembros de la aldea correspondiente.

Todas estas diferencias comportaron sensibles consecuencias: las misiones de California, Nuevo México o Arizona, con el tiempo, se convirtieron en pueblos autónomos, gestionados por los propios indios, en tanto que en la Florida las misiones no dieron lugar a pueblos nuevos, sino que se diluyeron y desaparecieron.

## La vida misionera

La labor de los franciscanos en Florida puede calificarse de heroica, toda vez que cada misión —y se llegaron a fundar más de cien— era atendida por tan solo dos misioneros, llamados *doctrineros*, uno de los cuales permanecía siempre en la propia misión, mientras el otro viajaba por la región circundante, atendiendo las capillas e iglesias construidas en aldeas subsidiarias, las llamadas *visitas*.

Eran, como puede suponerse, jornadas agotadoras, tanto para el que se quedaba en la misión como para el viajero. Porque el primero debía ocuparse de la infinidad de asuntos anejos a la doctrina, ya que en la misión no solo se enseñaba la fe católica, sino el conjunto del aprendizaje que los capacitaba para vivir conforme a una nueva vida civilizada: agricultura, ganadería, oficios, lengua, música..., algo que los indios floridanos asimilaban cabalmente, pues pronto se incorporaron al trasiego ganadero y comercial general de la Florida. El fraile procuraba establecer una atmósfera agradable en el interior de la iglesia, que procuraba alumbrar con velas, a cuya luz eran muy aficionados los indios.

En cuanto al fraile peregrino, cabe suponer la dificultad de su jornada cotidiana, visitando las capillas subsidiarias, en cada una de las cuales le aguardaban problemas por resolver. Las misiones se distanciaban unas de otras entre 20 y 30 km, una jornada de camino, del mismo modo que los pueblos en las tierras peninsulares, de modo que el misionero siempre encontraba acomodo para pasar la noche.

Las misiones estaban enlazadas por dos caminos reales: uno dirigido al rumbo del norte, hacia las colonias inglesas, y otro que derivaba hacia el oeste y el noroeste, la región de los timucua y los apalache. Unas veces viajaban a pie y otras en canoa, a través de los abundantes ríos floridanos, el sistema preferido por los indios para sus traslados.

Para el sostenimiento de las misiones, España se sirvió de un antiguo sistema indio, la *sabana*, mediante el cual las familias indias contribuían con una parte de su cosecha a los gastos de la comunidad. El modelo fue aplicado para sostener las misiones y guarniciones militares, si bien no gravó adicionalmente a los indios, sino que, con las herramientas y técnicas agrícolas suministradas por los españoles, los indios tuvieron nuevos excedentes, e incluso pudieron sumarse al trasiego comercial agrícola de la provincia.

Otra contribución de los nativos fue el llamado *servicio de convento*, el que prestaban para el mantenimiento general de la misión, como la limpieza, la huerta, los oficios y demás, servicio que era retribuido mediante salario.

De esta forma lograron los franciscanos lo que parecía un imposible, vistos los fracasos precedentes: hacer prosperar el sistema misional de la Florida. Para el año 1650, visitantes externos constataron la existencia de 170.000 indios bautizados, y la labor misionera en la provincia se consideraba un éxito, toda vez que los indios no solo estaban convertidos, sino que, gracias a la capacitación profesional recibida en las misiones, las tribus se habían integrado en el sistema económico general de la provincia, esto es, se habían incorporado a la cultura occidental, propósito máximo de la Corona española y de las Leyes de Indias.

Y así hubieran seguido, y hubieran sobrevivido como razas, de no haber sido por la presencia de las colonias inglesas del norte y la irrupción de estas en la vida misionera de la Florida española.

### El pueblo

Fue la cuarta en la tetralogía de las grandes instituciones españolas de la frontera. Desde luego que la misión y el presidio, e incluso el rancho, fueron embriones de poblaciones y, con el tiempo, devinieron en tales, pero por *pueblo* debe entenderse el específicamente concebido y diseñado como tal desde el principio.

En el territorio fronterizo, la concentración de los colonos en poblados giró sobre dos tipos de fuerzas, centrípeta y centrífuga. La autoridad civil fue siempre partidaria de la vida en el interior de un pueblo, debido a la inseguridad permanente de la región, áspidamente manifestada en Nuevo México con la rebelión de los indios pueblo, o en Arizona con la de los yumas. Además, los poblados, con sus alcaldes y sus corregidores, eran el núcleo de la autoridad gubernativa, y fáciles correas de transmisión del poder superior. Pero los colonos siguieron pautas más autonomistas, tendiendo a habitar en sus propios ranchos, más cerca de sus granjerías y más lejos de la siempre incómoda autoridad gubernativa.

El patrón de los pueblos fue el que rigió en todas las poblaciones de las Indias, el que dispusieron las Ordenanzas de Felipe II de 1573: alrededor de

una plaza cuadrada o rectangular, que facilita los eventos ecuestres, y donde se alzan la iglesia y el palacio municipal, se organiza en manzanas regulares el resto del pueblo. Este, de acuerdo con su categoría, podría ser ciudad, villa, pueblo, población o poblado (la agrupación de varios ranchos), plaza (o placita) o simple puesto. En Nuevo México ninguna alcanzó la cualidad de ciudad, y solamente lograron la villa Santa Fe, Albuquerque, el Paso del Norte y Santa Cruz de la Cañada.

Aún es posible detectar el trazo hispano en muchas de las poblaciones de origen hispano de los Estados Unidos, desde Florida a California. Sea grande la urbe, como San Antonio, en Texas; Los Ángeles, en California; Tucson, en Arizona; San Agustín, en Florida, o Albuquerque, en Nuevo México, o sea diminuta, como la novomexicana Las Vegas, allí donde aparezca una plaza de molde cuadrado, rodeada de calles tiradas «a regla y cordel», allí se encuentra el más puro patrón urbano de los tiempos hispánicos. Incluso es posible contemplar aún la iglesia, el edificio municipal y el quiosco de música, aunque hayan desaparecido otros elementos inseparables de los pueblos de antaño, como la cantina, las tiendas de abastos o el *campo santo* (o cementerio).

Y es posible también observar en algunas partes una cierta particularidad de los pueblos de la frontera, obsesionados por la inseguridad de la tierra. Se construyeron con la parte principal de las casas orientadas al interior, mientras que las paredes posteriores eran altas, sin ventanas, formando todas como una empalizada continua que dificultaba el asalto indio. Es curioso que este patrón haya sido heredado también de los pueblos ganaderos andaluces, como El Rocío, donde las casas orientan su parte noble al interior, poseen barandales para atar los caballos, y la trasera es una empalizada de altos corrales, donde se guarda el ganado. Y por ello en esa reliquia que es El Rocío andaluz (sus visitantes dicen que «parece un pueblo del Oeste»), puede verse el antecedente directo de los viejos pueblos hispanos del suroeste de los Estados Unidos.

## El Situado

Se suponía que las regiones de las Indias que no fueran autosuficientes deberían abastecerse de dos modos: mediante el envío de fondos exteriores, y mediante el complemento de lo que se produjera en ellas.

Nació así el situado, el sostén económico de aquellas plazas no autosuficientes, como la Florida española y otras, como Filipinas y algunas islas del Caribe. El *situado* surgió en Florida cuando su colonización dejó de ser una empresa privada costeada en su mayor parte por Menéndez de Avilés, para a la muerte de este convertirse en asunto de interés público, asumido por el Estado por la posición estratégica de la Península, una tierra que no producía lo suficiente para mantener el alto coste de la presencia española, militar, civil y religiosa, pero que no debía abandonarse para proteger los embarques de plata del continente, cimiento económico del Imperio

español.

Consistía el situado en una remesa anual de fondos, enviados en el caso de la Florida desde la Nueva España, y que fue la columna vertebral en lo económico de la península floridana. Era administrado por el contador real radicado en San Agustín y supervisado por el gobernador, y atendía los sueldos y mantenimientos de los soldados y los funcionarios reales, por una parte, y, por otra, el mantenimiento de las misiones y los misioneros.

El situado ascendió en 1585 a la cantidad de 37.250 pesos, y, a comienzos de 1600, se estabilizó en torno a la cantidad anual de unos 64.000 pesos. Llegaba desde la Caja de Nueva España a través de la Real Hacienda de La Habana, ya que Cuba fue el cordón umbilical de la Florida con el resto de las posesiones españolas en América. Los españoles residentes en Florida, fueran civiles, militares o religiosos, esperaban con ansiedad la llegada del situado, que garantizaba sus sueldos y abastecimiento por un año. Pero no siempre llegó puntualmente, y hubo casos de pérdida por naufragios, por robo de piratas, como cuando el holandés Heyn lo arrebató en Matanzas, Cuba, o por impuntualidad debido a los avatares de la política interior española, tanto en las Indias como en la propia metrópoli. Pero no fueron muchos estos casos, y en general puede afirmarse que el situado llegó regularmente a San Agustín.

En el apartado religioso, el situado comprendió tres partidas: los gastos de viaje de los franciscanos; los estipendios y raciones para comer, vestir y doctrina, y los suplementos sacramentales. Los franciscanos se negaron a aceptar el término *estipendio*, que era monetario, cambiándose por el de *limosna del rey*, más acorde a su naturaleza de orden mendicante. A partir de 1600 apareció un complemento del situado, la partida de «hábito y sandalias».

El gasto de un misionero se fijó en la misma cantidad que la de un soldado, 115 ducados por año, y con el afán reglamentista propio de la España de ese tiempo, que tanta documentación generó, se calculó al detalle el consumo anual alimenticio de un religioso, que era el siguiente:

- 2 libras de harina por día: 730 libras.
- 1 cuartillo de vino por día: 365 libras.
- 4 cuartillos de vino sacramental por mes: 75 libras.
- 3 arrobas de aceite por año: 75 libras.
- 3 arrobas de vinagre por año: 75 libras.
- 6 arrobas de sal por año: 150 libras.
- 4 libras de cera por año: 4 libras.

Todo lo cual se transportaba a hombros o en canoas por los indios, a cambio de un salario, en tres remesas anuales desde San Agustín, en un viaje que duraba como promedio dos semanas, y midiéndose el peso máximo que podía cargar un indio, que eran 3 arrobas o 75 libras. También se transportaban herramientas varias, tijeras, cubertería, rosarios, incienso y decenas de artículos más de uso diario en las misiones.

### El intento colonizador de Walter Raleigh

Fue el primer atisbo de amenaza inglesa sobre las posesiones españolas de América del Norte. Pedro Menéndez de Avilés creyó que la profunda bahía de Chesapeake era la entrada del mítico estrecho de Anián, el paso que supuestamente enlazaba el Atlántico con el Pacífico a través del continente americano, e incluso tenía pensado establecer en la bahía —que los españoles conocían por bahía de Santa María— un asentamiento. Pero las conversaciones que Menéndez mantuvo con el célebre marino y cosmógrafo Andrés de Urdaneta lo disuadieron de ello, cuando el monje agustino le indicó que, de existir tal paso, estaría situado mucho más al norte, algo en lo que por cierto tenía razón. Con todo, Menéndez envió dos pequeñas expediciones exploratorias que no fructificaron, y la segunda terminó con la muerte del padre Segura y otros jesuitas a manos de los indios.

Menéndez centró pues su esfuerzo colonizador más al sur, en Santa Elena, dejando descubierto el norte. Lo que aprovechó *sir* Walter Raleigh para obtener en 1585 una licencia de la Corona inglesa con el fin de asentar una colonia en el Nuevo Mundo, que tanto apeteían las naciones europeas.

Raleigh envió una primera partida a cargo de Richard Grenville, compuesta únicamente de hombres, como fase preparatoria del proyecto colonizador. El contacto con los nativos fue amistoso, pero solo al principio, y pronto se desataron violencias y enfrentamientos.

Grenville dejó a 107 personas en la isla de Roanoke, donde debían fundar un pueblo y un fuerte, mientras él se embarcaba a Inglaterra con el resto, prometiendo estar de vuelta con refuerzo de gentes y provisiones.

Pero en la fecha prevista no llegó Grenville, y la situación de los colonos se hizo crítica, tanto por la escasez de alimentos como por las pésimas relaciones con los nativos, día a día más deterioradas.

Quien sí llegó en cambio fue Francis Drake. Volvía de su



devastador raid por las plazas españolas del Caribe, que incluyó asaltos a Santo Domingo, Cartagena y a la capital de la Florida, San Agustín, que asoló y quemó hasta los cimientos. Tras el ataque, la flamante ciudad de Santa Elena, sobre la que tantas esperanzas había puesto el ya fallecido Pedro Menéndez de Avilés, y a la que convirtiera en capital provisional de Florida, fue abandonada para siempre por los españoles. Algunos autores afirman que la incursión de Drake sobre San Agustín tenía por efecto desactivar los planes que albergaba España para desmantelar la reciente colonia de Roanoke, de la que ya se tenían noticias. Lo cierto es que Drake ofreció embarcar a Inglaterra los remanentes de la colonia, y todos aceptaron, salvo tres hombres, que optaron por permanecer en Roanoke.

### Cuando España pudo evitar la entrada de Inglaterra

Si España hubiera podido prever lo que se le venía encima cuando un puñado de ingleses fundó en 1607 la colonia de Jamestown, en Virginia, hubiera actuado con menos tibieza y más contundencia, la misma que desplegó cuando los franceses de Jean Ribault fundaran cuarenta años atrás *Fort Caroline*. Y eso que la Junta de Guerra de Indias, enterada del embrión de asentamiento de Jamestown en la región que antes se conocía como *Ajacán*, no se anduvo con miramientos a la hora de recomendar al rey la expulsión de los ingleses. Pero Felipe III, más medroso que su predecesor Felipe II, juzgó preferible recabar información adicional antes de actuar.

A fin de cuentas, tras la derrota de la Armada Invencible, España no era ya la temible potencia de unas pocas décadas atrás, y Felipe III no deseaba en absoluto un nuevo enfrentamiento con Gran Bretaña. Así que determinó enviar una expedición a Virginia más bien informativa que militar, y a la que se incorporarían varios franciscanos de Florida en calidad de baquianos del territorio, por haberlo reconocido años antes en sus incursiones misioneras.

Era por entonces gobernador de la Florida Pedro de Ibarra, quien, al recibir la instrucción del Consejo de Indias, aprestó una expedición marítima al mando de Francisco Fernández de Écija, que poco antes se había destacado al expulsar sin contemplaciones de la provincia a un grupo de franceses que habían desembarcado en el estuario del río Savannah.

Llegado el capitán español con su hueste a la desembocadura del río James, detectó la presencia de un barco mejor artillado que el

suyo, por lo que volvió a San Agustín y envió dos informes al virrey de Nueva España, el propio y el de los franciscanos.

La reacción española al recibirlos fue otra vez timorata, y demostró que España no era ya la irascible e intransigente potencia de antes. En lugar de despachar una expedición militar en toda regla para desalojar la incipiente colonia, diseñó otra de espionaje, en la que figuraba incluso un inglés católico y leal a España, Lymbry, quien se hizo pasar por catalán para disfrazar su acento inglés. Todos debían fingir que estaban allí para intentar rescatar los cañones de un galeón supuestamente hundido cerca de Jamestown.

Pero los ingleses no cayeron en la patraña, principalmente porque un piloto, John Clark, reconoció a Lymbry, a quien había visto en Málaga, y, descubierta la superchería, todos fueron presos, aunque el piloto Lousada, valiéndose de un ardid, logró no solo escapar con su barco y con los franciscanos, sino incluso capturar a uno de los cabecillas ingleses, John Clark, y llevarlo a San Agustín, mientras los demás quedaban en manos de los británicos.

El capitán general de Cuba, con todos los datos sobre la colonia en su poder más la valiosa información aportada por Clark, redactó un completo informe que incluía el estado de Jamestown, con sus cuatro fortificaciones y su población de hombres y mujeres.

Mientras John Clark era trasladado a España, donde vivió en un régimen de semilibertad, los espías españoles capturados por los ingleses eran peor tratados. Diego de Molina y Francisco Lumbre fueron trasladados a Inglaterra, pero Lumbre fue ahorcado en el barco antes de llegar, y Molina tuvo mejor suerte: se las ingenió para hacer pasar al embajador de España valiosas informaciones sobre el estado de la colonia de Virginia, las cuales hablaban de la situación de caos que imperaba en Jamestown, y las dificultades, aparentemente insalvables, para que prosperara el asentamiento.

Una vez liberados, tanto Molina como Clark fueron premiados por sus respectivos países con mercedes y tierras. Y las peripecias de John Clark no terminaron ahí, pues formó parte de la expedición de los pioneros del Mayflower, que huyeron a América huyendo de la persecución religiosa en Inglaterra. Clark fue el primero en desembarcar en la actual Clark Island.

En definitiva, que la reacción española ante el asentamiento inglés de Jamestown se limitó a informes, espionajes y expediciones de tanteo, sin aplicar el rigor de otras veces cuando colonos extranjeros se instalaban en los territorios cedidos por las bulas papales a España. Es imposible conjeturar qué hubiera sido de la historia si España hubiera neutralizado el primer asomo de colonización y hubiera expulsado a los ingleses, como pudo hacerlo

fácilmente desde sus sólidas bases de Cuba y la Florida. Pero no lo hizo, y pagaría muy cara su tibieza.

### La progresión de las colonias inglesas

Si el intento colonizador de Roanoke, a cargo de Walter Raleigh, suscitó en su momento alguna inquietud en España, disipada por el fracaso de la fundación, el asentamiento de Jamestown, que logró salir adelante pese a sus caóticos comienzos, sembró una marea de preocupación. Porque la consolidación de Jamestown tuvo el efecto de atraer nuevos colonos, en crecientes oleadas que arrojaron miles de ingleses sobre el litoral atlántico. La población no hizo otra cosa que crecer, hasta el punto de que, si en 1607 Jamestown era una aldehuela de unos pocos habitantes, en 1660 la población inglesa a lo largo de la costa era ya de 72.000 personas, y de 1.275.000 en 1760. Compárense estas cifras con el lentísimo crecimiento español de la Florida. Solo Carolina del Sur tenía, a mediados del siglo XVIII, 20.000 habitantes, diez veces más que toda la Florida, con apenas 2000 personas.

Mientras engrosaban las colonias inglesas, la Florida española seguía indefensa, como demostró de modo ostensible el ataque de Robert Searles sobre San Agustín. Searles aprovechó la marea alta y la nocturnidad para irrumpir en la ciudad de San Agustín, dedicándose al pillaje, al asesinato de españoles y a la captura de cuanto indio o negro le saliera al encuentro, para llevarlo como esclavo a las plantaciones de Jamaica, de cuyo gobernador traía una licencia. Su osadía fue de tal calibre que no solo entró en las casas particulares, robando y matando, sino que se atrevió con los edificios públicos, como la iglesia, los almacenes y hasta la residencia del gobernador. Al menos sesenta españoles murieron esa noche, casi una cuarta parte de los residentes de la ciudad.

Este ataque brutal puso al desnudo la vulnerabilidad de la capital española de la Florida, pero la fundación de Charleston (Charles Town) en 1670, en la colonia de Carolina, disparó todas las alarmas entre las autoridades españolas, porque por primera vez vieron peligrar seriamente la hegemonía española, toda vez que la concesión real para la fundación de Carolina se extendía desde Virginia hasta el mismo San Agustín, y dos años después se prolongó aún más hacia el sur. Por el momento, la conjunción del asalto de Searles y la fundación de Charleston indujeron la fortificación en debida forma de San Agustín, mediante la construcción del castillo de San Marcos, la mejor iniciativa

adoptada por España, porque sin él la presencia española en la Florida se habría extinguido en muy pocos años, y gracias a él subsistió un siglo y medio más.

Pero la presión inglesa desde Carolina vino a inyectar sobre la Florida detentada por España una presión formidable. La Administración española, viendo venir las consecuencias, puso a trabajar a fondo a la diplomacia para arrancar a Gran Bretaña un pacto que frenara los afanes expansionistas ingleses y estableciera una franja de seguridad de las posesiones españolas. Este fue el llamado *Tratado Americano*, firmado en Madrid en 1670, por el cual Inglaterra abandonaba cualquier pretensión territorial desde la latitud aproximada de Port Royal, un poco más abajo de Charleston, en una distancia de unos 240 kilómetros en dirección sur. Quedaba creada así una suerte de tierra de nadie, un vacío que ambas naciones estaban obligadas a respetar.

Pero los tiempos y las circunstancias jugaban en contra de España. Desde el momento en que se fundó Carolina, sus comerciantes se dedicaron a presionar sobre los intereses españoles situados al sur. Para ellos, la esforzada y sostenida labor de los misioneros franciscanos por cristianizar y cultivar a los indios no tenía objeto, ya que ellos no contemplaban en absoluto estos objetivos con respecto a los indios, sino todo lo más coexistir con ellos en el territorio. Y si los respectivos intereses por la tierra se cruzaban, como ocurrió con harta frecuencia, no había otra opción que la de desplazar a los indios, y eso en el mejor de los casos. La política española de asimilación de los indios era para las colonias inglesas sencillamente incomprensible, y por eso no dudaron en acosar las misiones, pues en última instancia a lo que aspiraban era a desalojar por completo a la papista España de sus posesiones en América del Norte.

Y había por añadidura motivos más espurios que el simple apoderamiento de nuevos espacios, y era el de los propios indios. Las misiones franciscanas eran una cantera muy nutrida de indios, una mano de obra al alcance de la mano para los ávidos dueños de las plantaciones inglesas. Bastaba con irrumpir de improviso, tomarlos y llevarlos como esclavos a las plantaciones de azúcar de Barbados o Jamaica, lejos de sus lugares de origen, donde la fuga era más difícil, y el anhelo de escapar, menos acuciante.

Para algo así los colonos ingleses necesitaban, ahora sí, la colaboración de los indios desafectos a España, a cuyo efecto contaban con materiales insuperables para convencerlos: armas, municiones y alcohol, artículos de entrega proscritos por España en las remesas de regalos a sus propios aliados, limitados a los vestidos, objetos diversos, azadas, aperos, semillas o cabezas de

ganado, pero nunca materiales considerados nocivos, como el ron o las armas. Por si fuera poco, los artículos inofensivos españoles, como los vestidos o el calzado, eran de calidad inferior a los que podían suministrar ya las manufacturas inglesas.

Tal desproporción de dádivas resultó irresistible para los indios próximos a las colonias, que se pasaron al bando inglés. Las ofensivas se estrenaron en 1690, con un ataque a las misiones de las islas Jekyll y Santa Catalina, pese a que los españoles habían erigido un fuerte preventivo en esta última isla. España hizo un amago de contraatacar, cuando en 1686 Tomás de León dirigió una expedición por mar contra Charleston, que resultó infructuosa a causa de un huracán que desarboló su flotilla. Esto redobló las incursiones inglesas, y hacia el año 1680 habían desaparecido todas las misiones fundadas por España en territorio guale, y los indios remanentes ya no fueron conocidos como guale, sino como yamasee.

Las acciones de los comerciantes ingleses se desplazaron ahora más lejos, a las regiones timucua y apalache, e incluso llegaron hasta las tribus del entorno del Misisipi, como los apalachicola, que pronto entraron en la órbita inglesa y comenzaron a vender sus mercancías, como las pieles de ciervo, a los comerciantes de Charleston. Los apalachicola, al cambiarse de bando, fueron conocidos como los «bajos creek».

Los nuevos aliados de los ingleses actuaron de arietes contra los españoles, hostigando a las misiones en un goteo incesante de *raids* anglo-indios, que tuvieron un efecto letal sobre las misiones y sus indios neófitos. Un efecto mucho más contundente que las tan cacareadas enfermedades europeas, que las hubo, pero cuyas consecuencias sobre la población india fueron mucho menores que tales acciones.

El Tratado de Madrid produjo un efecto tranquilizador en los primeros tiempos, y en cierto modo se respetó la zona neutral y los ingleses rebajaron temporalmente su presión sobre los intereses españoles. Pero esta tregua saltó por los aires con motivo de la guerra de sucesión española, la llamada por los ingleses «guerra de la reina Ana».

### El Castillo de San Marcos

A finales del siglo XVII, el rey de España había ordenado erigir un bastión sólido para defender su posesión de Florida, porque las colonias británicas de Carolina y Georgia crecían en número y

agresividad, amenazando la posesión española. La construcción del fuerte o castillo de San Marcos, en la periferia de la ciudad de San Agustín, duró quince años y costó 138.000 pesos, sufragados por el rico virreinato mexicano. El castillo presentaba una planta cuadrada, con sobresalientes y agudas esquinas, un diseño que ya había demostrado su eficacia en otras ciudades costeras españolas de ultramar.

Pero lo más relevante fue el material empleado en su construcción. Una vez que se desechó la madera, por su fragilidad, se recurrió a la coquina. Tiene su origen en lo que se llamó en España la *tapia real*, una mezcla de arena y cal, y que tenía largo uso en la Península ibérica. A falta en Florida de canteras de piedra y de cal, se recurrió a la coquina, la concha de un molusco bivalvo del que había ingentes reservas en la vecina isla Anastasia. Mezclada con agua y arena, haría las veces de la piedra y la cal, aunque algunos de los ingenieros participantes recelaron de la consistencia de unas paredes levantadas con un material tan poco fiable y endeble como la coquina. No podían adivinar lo errado de su apreciación, ni el inusitado comportamiento que habría de tener ese material ante los ataques sucesivos de los gobernadores de Carolina y Georgia, Moore y Oglethorpe.

Hoy, el castillo de San Marcos es uno de los monumentos más visitados de los Estados Unidos, y sobre sus muros continúa ondeando la bandera española de Borgoña. Oficialmente se le denomina *Castillo de San Marcos National Monument*, y la página web de su organismo gestor, el National Park Service, reza lo siguiente: «Estas paredes originales, en las que todavía resuenan las luchas del pasado, son testimonio tangible de la historia, a la vez dura y extraordinaria, de los Estados Unidos».

Así pues, la humilde coquina salvó para España la Florida. Hasta el año 2055, Estados Unidos no habrá igualado el tiempo que la bandera de España ondeó sobre la Florida.

### Los ataques de Moore

Tras la muerte del incompetente Carlos II, España y Francia sellan una alianza dinástica, y el gobernador de Carolina, James Moore, teme que ambos países puedan extender su alianza más allá de las fronteras europeas, concretamente a América del Norte, lo que podría revestir consecuencias fatales para la colonia inglesa. De modo que, antes de que algo así pudiera ocurrir, decidió anticiparse y atacar la Florida española.

El gobernador de Florida, José de Zúñiga y de la Cerda, supo de estos movimientos carolininos antes de que se produjeran, por boca de un indio leal a España, que le informó acerca de los preparativos de invasión. Por fortuna se había terminado poco antes la construcción del castillo de San Marcos, y dispuso un plan de evacuación urgente de la ciudad de San Agustín, para el caso de que se produjera el ataque.

En septiembre de 1702 se produjo el ataque. James Moore, con un contingente de 1200 hombres, la mitad indios aliados, lanzó un ataque por tierra, tomando sin esfuerzo las pequeñas guarniciones españolas al norte de San Agustín, mientras él mismo encabezaba un desembarco marítimo. Rápidamente la población de San Agustín, más los indios y misioneros que habitaban en los alrededores, acudieron a refugiarse al interior de los muros del castillo, al tiempo que eran trasladadas 163 cabezas de ganado al interior del foso perimetral, para que sirvieran de manutención durante el asedio.

El sitio del castillo se prolongó durante los siguientes 53 días, estando claro que la balanza se inclinaría del lado de donde llegaran primero los refuerzos pedidos. Mientras tanto, las fuerzas inglesas no dejaron de bombardear el castillo, cuyos muros de coquina machacada absorbían las balas como si fueran manteca, y mientras en el interior, abigarrado con una población de casi 1800 personas, el gobernador Zúñiga imponía una severa disciplina en orden al racionamiento de víveres y agua y al mantenimiento de unas férreas condiciones de higiene, para preservar la salud de los moradores y la moral alta.

Llegaron primero los refuerzos españoles de Cuba, lo que bastó para que Moore y los suyos levantaran el campamento y regresaran a Carolina, no sin antes provocar una destrucción total de la ciudad de San Agustín, de la que nada quedó, excepto el hospital. 118 casas fueron incendiadas.

En Carolina, el saldo de la acción de Moore se consideró en líneas generales un fracaso, y no solo por el sitio inútil del castillo de San Marcos, sino por el coste total de la operación, cuatro veces superior al presupuesto estimado, y que no se había compensado con el saqueo de la ciudad, apenas 47.000 pesos. De modo que los irritados accionistas de la empresa consiguieron la remoción de Moore como gobernador.

Pero este, empeñado ahora en rehabilitarse y recuperar los fondos invertidos en la acción anterior, promovió una nueva operación dos años después, a la vista de la comprobada debilidad general de las defensas de Florida, excepción hecha del fuerte de San Marcos, y de que las misiones, si no dinero, sí poseían a trueque

un activo de valor, los propios indios, que podían fácilmente ser reducidos y destinados a la esclavitud. Actuando a título privado, aunque contando con la aprobación de la Asamblea de Carolina, Moore trenzó una alianza con los creek, los otrora indios apalachicola, que vivían en las márgenes del territorio apalache, y que nunca simpatizaron con las misiones ni con el sistema español. Las armas, municiones y ron ofrecidos por los ingleses fueron un señuelo más atractivo que los sobrios regalos españoles.

En el año 1704, Moore, con un ejército privado de unos 50 ingleses y 1000 indios, invadió hasta por dos veces el territorio apalache, actuando con saña genocida. No solo destruyó y quemó las misiones y establecimientos de la más próspera y poblada de las regiones españolas de la Florida, y no se contentó con hacer cosecha de esclavos al más puro estilo africano, sino que sus huestes torturaron y mataron a satisfacción, llegando a quemar vivos a varios prisioneros. Según testigos, los sádicos indios de la tropa, a un español «le arrancaron la lengua y los ojos, le cortaron las orejas, le azotaron en todo el cuerpo, le clavaron astillas ardientes en las heridas y le prendieron fuego estando atado al pie de una cruz». Como señala el historiador David Weber, «Moore se jactaba de que había matado y capturado como esclavos a 325 hombres y de haber capturado 4000 mujeres y niños».

Esto explica que la población india de la Florida se viniera abajo, sin necesidad de recurrir al socorrido argumento de las enfermedades contagiosas europeas. Tras las acciones de Moore sobre los apalache, y las de otros corsarios que desolaron en 1706 el territorio timucua, la Florida se despobló de indios, alcanzando su punto más bajo, unas 1000 personas, y no volvería a recuperarse.

Las incursiones de Moore supusieron un golpe fatal, definitivo, para las misiones y los indios. Como informaron funcionarios españoles y cita Weber en su libro *La frontera española en América del Norte*, «en todos estos extensos dominios y provincias, se han acabado la ley de Dios y la predicación del Santo Evangelio».

### El *raid* de Oglethorpe

La fundación de Georgia en 1733 se basaba en un concepto filantrópico-religioso de su mentor, James Oglethorpe, pero nada tenía de desinteresada en cuanto a sus pretensiones territoriales. El título de la concesión real se extendía entre los ríos Altamaha y Savannah, invadiendo la «tierra de nadie» y llevando la frontera a las mismas puertas de la Florida. Pero más grave aún era que por el



oeste el título concesional se prolongaba hasta el Pacífico, penetrando en el corazón del territorio español, lo que era ya una provocación intolerable.

Por si esto fuera poco, desde la fundación de la capital, Frederica, en la desembocadura del Savannah, los colonos georgianos bajaron rápidamente sobre las posesiones españolas, y más al sur aún, en la desembocadura del San Juan, se levantó Fort George.

España protestó vivamente, al tiempo que se preparaba para un conflicto que se anunciaba inevitable. El gobernador de San Agustín, Francisco del Moral, ordenó construir dos fuertes gemelos en ambas orillas del río San Juan, los de Pupo y Picolata. Llegaron refuerzos de Cuba que multiplicaron por tres los efectivos militares de Florida, claramente insuficientes hasta ese momento.

Mientras el delegado especial enviado desde España amenazaba con declarar la guerra, el gobernador Francisco del Moral firmó en 1737 con el fundador y gobernador de la colonia, James Oglethorpe, un acuerdo por el cual el límite de Georgia se retiraba al norte del río San Juan. Pero Madrid desaprobó el acuerdo, cesó a Del Moral, lo juzgó en España en una corte marcial, lo declaró culpable y, al parecer, fue ejecutado.

España preparó entonces una gran fuerza ofensiva, compuesta por 7000 hombres y 60 barcos, con la finalidad de atacar Georgia y poner fin al hostigamiento continuo, pero casi en el momento en que la expedición se ponía en marcha, llegó la orden de Madrid de suspender la ofensiva.

Todo esto estimulaba la labor de zapa de Oglethorpe, que no dejaba de reforzar sus alianzas con los indios y de animar a los colonos ingleses a seguir invadiendo tierras españolas. En realidad solo esperaba un pretexto para desencadenar un ataque que pusiera fin a la presencia española en Florida, y lo tuvo con la llamada «guerra de la oreja de Jenkins», cuando en el Parlamento inglés se mostró en un frasco de formol la oreja de un corsario inglés, arrancada por el capitán de un barco español que lo había interceptado en aguas de la costa atlántica americana.

Este incidente provocó un alto estado de tensión entre España e Inglaterra, que aprovechó Oglethorpe. En 1740 invade Florida con una tropa de blancos e indios de más de dos mil hombres. Con gran facilidad tomó los fuertes de Pupo y Picolata, sobre el río San Juan, y el de San Diego, a 18 km al norte de San Agustín. Cuatro días después, irrumpe en el fuerte Mosé, el palenque de esclavos libres situado junto a San Agustín, donde sus pobladores habían corrido a refugiarse dentro de los muros de San Marcos, y donde solo quedaban 30 caballos. A continuación, abordó el objetivo esencial

de la invasión, la conquista del propio castillo de San Marcos.

Para no sufrir el mismo fracaso que Moore, que tuvo que desistir del asedio, Oglethorpe, más sutil que su antecesor en el *raid*, tomó sus medidas: por una parte, comprometió con las colonias inglesas del Caribe la llegada de refuerzos, los que le habían faltado a Moore, y, por otra, a fin de evitar que llegaran los previsibles de Cuba a favor de los españoles, estableció un bloqueo marítimo con una línea de barcos de vigilancia y defensa que llegaba hasta la isla caribeña.

Sin embargo, la situación en la parte española tampoco era la misma de los tiempos de Moore. El castillo contaba con nuevos cañones, había un mejor conocimiento de las tácticas defensivas y un gobernador de altura, Manuel de Montiano.

Oglethorpe se situó en isla Anastasia, enfrente del castillo, pensando en concentrar desde esa base el sitio y el fuego artillero, pero pronto se vio que los disparos no hacían mella en las defensas, como había ocurrido en tiempos de Moore. Al poco de comenzar el sitio, el gobernador de Georgia decidió por tanto renunciar a tomar el castillo y limitarse a una acción de asedio y desgaste, a la espera de que llegaran los refuerzos pedidos a las colonias del Caribe.

Pero lo que llegó fue un inesperado contraataque por parte de los soldados y la milicia negra de San Marcos, que en la medianoche de un día de junio salió del castillo y sorprendió a sus ocupantes, al mando del coronel John Palmer, que habían montado su campamento en Mosé con la plena confianza de que estaban seguros. Pero no fue así, y esa noche los españoles recuperaron el fuerte y en el asalto mataron a 17 blancos y 15 indios. Al fin y al cabo, las milicias de los exesclavos negros sabían muy bien por lo que luchaban: por conservar la libertad.

Esta acción levantó la moral española y resquebrajó la de los invasores anglo-indios, que anclados en Anastasia veían pasar los días sin que asomara por el horizonte la flota de refuerzo. Más aún, Oglethorpe tuvo que convocar a los barcos que hacían bloqueo en el paso de Cuba a Florida para intensificar la presión sobre San Marcos, lo que dejó libres las aguas para los navíos españoles.

Cuando en el mes de julio llegaron siete barcos españoles bien armados desde Cuba, Oglethorpe levantó de inmediato el sitio y regresó a Frederica, llevando el amargo sabor de la derrota, tras 30 días de inútil asedio.

La retirada no impidió que Oglethorpe previera que se había de producir un contraataque español sobre Georgia, y se aprestó para ello. Acertaba, porque la contraofensiva española se produjo en 1742, y sirvió para que Oglethorpe se redimiera ante los suyos, lo que no le había ocurrido a Moore.

Una fuerza combinada de soldados de la guarnición de San Agustín, negros libres de Fort Mose y de granaderos venidos de La Habana, llegaron hasta las orillas de la isla de Saint Simon, desembarcando y tomando el fuerte del mismo nombre. El gobernador de Florida y jefe de la expedición, don Manuel de Montiano, despachó una partida de reconocimiento que se aproximó a Frederica, y Oglethorpe y sus fuerzas se apresuraron a salir a su encuentro.

Mantuvieron una primera escaramuza, la batalla de la bahía de Hoyo Barranco, en la que perdieron la vida doce españoles, y otros diez fueron apresados. Un soldado de las huestes inglesas murió de agotamiento.

Persiguieron a los españoles durante dos millas, y Oglethorpe colocó a sus hombres a lo largo de la orilla de una zona pantanosa, mientras volvía a Frederica en busca de refuerzos. Montiano había enviado una patrulla de apoyo para cubrir la retirada, y, cuando esta llegó a los pantanos, los ingleses la emboscaron. Cuando los españoles abrieron fuego, muchos ingleses cayeron y las tropas regulares británicas se batieron en retirada hacia Frederica.

Cuando Oglethorpe llegó al área pantanosa, la batalla del pantano sangriento había terminado. De acuerdo con el relato de Montiano, los españoles redoblaron el fuego hasta que la munición se terminó, y entonces se retiraron. Montiano refirió que siete españoles murieron en esta no tan *sangrienta* batalla.

Los españoles permanecieron asediando la plaza durante siete días, y Oglethorpe deslizó en el campo enemigo una información falsa, por boca de un prisionero español dejado en libertad, en el sentido de que estaban a punto de llegar refuerzos ingleses.

La aparición de barcos de exploración provenientes de Charleston convenció a Montiano de que la falsa información era cierta. Entonces destruyó el fuerte de Saint Simon, y el 15 de julio ordenó el regreso de sus tropas a Florida. Esta batalla reivindicó el prestigio de Oglethorpe entre los georgianos, tras su frustrado ataque sobre el fuerte de San Marcos.

El siglo XVIII conoció una escalada de la rivalidad entre las potencias instaladas en el Atlántico norteamericano: España e Inglaterra. La primera, simplemente conservadora de sus posiciones. Gran Bretaña, ansiosa por aumentar las suyas.

La cuestión de los esclavos fue uno de los motivos de fricción. España, amparada en el código de las *Siete Partidas* de Alfonso X y los principios católicos, aplicaba una doctrina mucho más humanitaria que la inglesa hacia ellos, considerándolos no meras mercancías, sino sujetos de derechos, como la religión, la propiedad y la familia. Ello provocó un goteo de esclavos desde las plantaciones de Carolina del Sur y de Georgia a la Florida española. El sueño de alcanzar el dominio español era lo que mantenía la esperanza de los esclavos. Muchos lo intentaban, pero caían bajo la férrea vigilancia de los guardianes y sus perros entrenados para perseguir fugitivos.

En 1687, una partida de once esclavos fugitivos llegaron a Florida y pidieron formalmente ayuda a las autoridades españolas, que la otorgaron a trueque de ser bautizados y colaborar en la construcción del castillo de San Marcos.

El siguiente hito fue la Real Cédula de 1693 del rey español Carlos II, según la cual todos los esclavos que escaparan de las plantaciones de Georgia y Carolina y llegaran a Florida obtendrían de modo inmediato carta de libertad.

Esta promesa de libertad animó a muchos esclavos a intentar la fuga, aunque fueron menos los que lo lograron que los que perecieron en el intento, bien protegidas las plantaciones por guardianes y perros.

Uno de los esclavos negros que lo lograron fue el mandingo Francisco Menéndez. Tras escapar de las plantaciones, llegó a Florida y se incorporó a las milicias negras que combatían al lado de España contra los ingleses, y por su valor captó la atención del gobernador español Manuel de Montiano, quien autorizó la construcción de una fortaleza para que todos los evadidos pudieran refugiarse en ella. El fuerte se llamó oficialmente Gracia Real de Nuestra Señora de Mosé, informalmente conocido como fuerte Mosé. Menéndez y sus compañeros juraron servir a la Corona española «hasta que la última gota de sangre fuera derramada», y él mismo fue nombrado capitán del fuerte, que además servía de defensa adicional a la ciudad de San Agustín.

En la guarnición habitaban unos cien hombres con sus mujeres y sus hijos, viviendo en una veintena de barracones. En 1740 el fuerte Mosé sufrió un duro golpe, cuando fue atacado por el gobernador de Georgia, James Oglethorpe, y todos los esclavos tuvieron que refugiarse dentro de los muros del inexpugnable castillo de San

Marcos. Pero los españoles, reforzados con los propios negros e indios aliados, reconquistaron el fuerte Mosé, que no obstante sufrió un importante incendio, siendo reconstruido por los antiguos esclavos.

En el año 1763, tras la Guerra de los Siete Años, España cedió temporalmente la Florida a Inglaterra, pero los inquilinos del fuerte Mosé se negaron a someterse a la soberanía británica, que los hubiera vuelto a esclavizar, y se trasladaron a Cuba junto con los españoles residentes en Florida. Y cuando España recuperó la Florida en 1783, ya nadie se encargó de reconstruir el fuerte Mosé. Hoy, ni siquiera quedan ruinas donde antiguamente estuvo el fuerte, pero la zona fue declarada de interés histórico en 1994, y existe el proyecto de reconstruir lo que significó el primer asentamiento de personas negras libres en los Estados Unidos.

### La Guerra de la Oreja de Jenkins

Así fue llamada esta guerra, porque la oreja cercenada de Jenkins fue el pretexto que encontró Inglaterra para declarar las hostilidades contra España. En 1731, el capitán de un barco contrabandista inglés que costeaba frente a las costas españolas de Florida, Robert Jenkins, fue apresado por el corsario español Juan León Fandiño, quien le cortó una oreja, añadiendo estas palabras: «Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve». El capitán se presentó ante el Parlamento inglés presentando la oreja cortada en un frasco de formol, lo que desató una furibunda protesta política y popular en Inglaterra, que se consideraba ultrajada y clamaba venganza contra la «arrogancia española». La guerra estaba servida.

Aunque detrás de este argumento lo que subyacía era otra cosa: estaba pronto a expirar, y no ser renovado, el «asiento de negros», la concesión que tuvo que hacer España por el Tratado de Utrecht para que cada año un barco inglés llevara negros a América. El barco del asiento se convirtió en una tapadera que encubría un contrabando descarado, porque no solo introducía muchos más negros de los autorizados, sino cantidades ilimitadas de mercancía ilegal. Y España ya estaba poniendo los medios para impedirlo, mediante registros sistemáticos. En suma, lo que estaba detrás de la guerra no era el cacareado orgullo británico herido, sino prosaicas razones económicas. Inglaterra solo va a la guerra por causas económicas.

Y relacionado con ello, subyacía también el deseo de apoderarse

pura y simplemente del Imperio español, haciéndolo pasar a las manos inglesas. Décadas de incompetencia de los gobernantes españoles tras Felipe II, e incontables errores acumulados, habían llevado al país a un estado de postración y debilidad tal, que juzgaba Inglaterra llegada la ocasión para asestar el golpe definitivo a su Imperio. La oreja mutilada de Jenkins fue un regalo inestimable para el propósito.

Desde la Armada Invencible y hasta el desembarco en Normandía, no se vería en el mundo una operación naval de tal envergadura. Gran Bretaña diseñó una estrategia de pinza en dos frentes: en sendas flotas, el almirante Vernon llegaría e irrumpiría desde el norte para tomar Cartagena de Indias, mientras que el comodoro Anson remontaría desde el sur, remontando por el Pacífico sudamericano y reproduciendo la ruta de Drake. El encuentro de ambos se produciría en Panamá, estrangulando la América española, ya que a Panamá afluían todos sus cargamentos de plata, la fuerza del Imperio: la plata de las minas peruanas de Potosí, y la de Nueva España. En una brillante operación estratégica, en un solo golpe Inglaterra se apoderaría del Imperio español.

Ejecutando el plan, el almirante Vernon se presentaba en Cartagena de Indias con una colosal flota de 186 barcos y 27.000 hombres, la más grande nunca vista en aguas americanas. Y a la que se oponían unas defensas de seis navíos y 3500 hombres. Era tal la desproporción y la seguridad que tenía Inglaterra en sus fuerzas, que ya había acuñado una moneda conmemorativa de la victoria en Cartagena. Solo que no contaba con que el jefe de la defensa era el marino de Pasajes de San Pedro, Blas de Lezo.

Dos siglos y medio después, sigue pareciendo imposible que Lezo, utilizando magistralmente las defensas de Cartagena y sus escasos efectivos, tan solo seis barcos, pudiera contener primero, vencer después y expulsar finalmente los restos maltrechos de la armada de Vernon, que perdió 9000 hombres y decenas de barcos.

Y mientras Lezo se encargaba de Vernon, los elementos lo hacían del comodoro Anson. España había enviado una flota al Pacífico al mando de José Pizarro, pero ambas unidades navales, la inglesa y la española, llegaron malparadas al Pacífico tras el paso del endiablado Magallanes. Mientras Pizarro buscaba a Anson por el océano, este pudo reponer algo sus fuerzas en Juan Fernández, y, aunque asoló la población de Payta y logró la captura del Galeón de Manila, enterado del desastre de Vernon, ni siquiera intentó llegar a Panamá para encontrarse con él, sino que puso rumbo a poniente, de vuelta a Inglaterra. Se había conjurado la mayor amenaza contra el Imperio español desde su nacimiento. Ahora sí, el orgullo

británico estaba herido, tanto que en Inglaterra se silenció por completo la derrota, que no se menciona en sus anales, y ni siquiera el Parlamento británico convocó a Vernon, para no airear tan colosal derrota. Esta quedó silenciada en las crónicas de la historia imperial inglesa, como si tal suceso no hubiera existido. Aunque tampoco se recuerda apenas en España a quien fue el verdadero artífice de la gran victoria española: Blas de Lezo.

### La caída demográfica de la población india

Los autores anglosajones, a la hora de citar las causas que llevaron a la brutal caída de la población indígena de Florida, de modo invariable las reconducen prácticamente a una sola: las enfermedades contagiosas traídas por los españoles. Estos agentes, que, a diferencia de la región de Las Antillas, no comparecieron enseguida, sino con un retraso de medio siglo desde la llegada de los españoles, se habrían ensañado particularmente con los indios floridanos. La «plaga», nombre genérico que englobaba virus como el sarampión, la tos ferina, la influenza o la viruela, arremetió contra la población nativa —a veces también contra la española—, diezmando de modo drástico la población. Se estima, según estos cronistas, que entre 1610 y 1613 murieron 16.000 indios a causa de las epidemias, que a mitad de siglo se ensañaron con las poblaciones timucua y guale, reportándose solo en 1659 10.000 bajas. Cómo sería, que muchos caciques rehusaron acudir a San Agustín a las tradicionales ceremonias de bautismo y alianza por temor al contagio, ya que el entorno de la capital era una de las áreas más afectadas.

Las consecuencias de algo así —siguen los cronistas— fueron demoledoras, tanto para los naturales como para sus aldeas y las misiones, porque estas se vinieron abajo y fue necesario proceder a traslados y reagrupaciones de nativos para que hubiera en las aldeas una masa crítica de individuos que asegurara la supervivencia de las tribus.

Esta es la relación habitual de los hechos, la que ha pasado como historia «oficial» de los nativos de la Florida. Y sin embargo, es del todo preciso matizar y reexaminar estos datos, y sobre todo las causas de tan brutal declive demográfico. Sin duda, los factores patógenos existieron y son citados en diversas fuentes, pero hay que preguntarse si su incidencia fue tan drástica como afirman los autores de origen anglosajón. Lo que ocurre es que estos no solo se copian unos a otros, y del mismo modo que, al citar al gobernador

Mendez Cancio, hablan todos de «Méndez Canzo», probablemente, desde que alguno lanzó la tesis de los virus, los demás le siguieron por el mismo carril, imputando a estos como causa principal de la extinción indígena.

Pero atribuir a los virus traídos por los españoles la causa exclusiva de la extinción indígena presenta no pocos inconvenientes técnicos. El primero, el retraso en más de medio siglo en hacer su aparición sobre la población nativa. Resulta bien extraño que, desde la ocupación efectiva de la Florida por España, pasara más de medio siglo hasta que comparecieran los virus. Y eso, en un territorio como este, húmedo y casi tropical, donde hay abundante presencia de insectos potencialmente transmisores.

La segunda extrañeza proviene de los propios testimonios escritos. Si en verdad durante la primera mitad del siglo XVII los virus se estuvieran ensañando con la población, algo así habría quedado reflejado en los informes oficiales de la gobernación de Florida, o en los que se produjeron a raíz de la visita a Florida del obispo Gabriel Díaz-Vara Calderón, o del visitador Jerónimo de Oré. De producirse con la virulencia de que hablan los autores anglosajones, sin duda que las enfermedades estarían en la primera plana de los relatos, y no es así, sino que ambos hablan de misiones prósperas, de indios bautizados y en paz, y de su lectura se desprende optimismo sobre el futuro evangelizador de la provincia, algo que se compadece mal con el supuesto cataclismo epidemiológico que pregonan los citados autores.

### Caminos españoles en Estados Unidos

Las vastas posesiones del septentrión americano estuvieron enlazadas por diversos caminos, que se abrieron en épocas sucesivas y casi siempre mediando un gran esfuerzo exploratorio, para el bastimento de las misiones, presidios, pueblos y ranchos, y para el trasiego de gentes y mercancías.

En California, las misiones desde San Diego a San Francisco se hallaban conectadas por un camino interno, el Camino Real, aunque el principal medio de suministro exterior fue siempre el marítimo. Fue Juan Bautista de Anza quien logró comunicar estas misiones californianas con las provincias del interior, separadas por sierras y dunas, abriendo la *Ruta de Anza*, hoy declarada oficialmente «camino histórico».

El Camino Real de Tierra Adentro, la más importante de las vías de comunicación en el septentrión, unía la capital del virreinato, México, con Santa Fe, en Nuevo México, en un largo recorrido de 2500 km, que exigía entre cuatro y seis meses de azarosa marcha de las recuas de mulas o de los carromatos tirados por bueyes. Esta ruta fue el verdadero cordón umbilical de la frontera con el virreinato, y por él penetró la cultura material hispana en el suroeste de Estados Unidos.



El Camino de Tierra Adentro alcanzaba una encrucijada importante en El Paso, donde se cruzaba el río Grande. Desde este punto partía hacia el oeste un ramal que conducía a los establecimientos del sur de Arizona, los que con tanto desvelo había conseguido fundar el padre Kino.

Más importante aún era el ramal que desde El Paso llevaba a los asentamientos de Tejas. Se llamó el *Camino Real de los Tejas*, y contaba con dos derivaciones: el «camino de arriba», que, tras atravesar el núcleo de San Antonio, remontaba ligeramente hacia el norte, cruzando por el actual Austin, hasta llegar al punto más alejado de las posesiones tejanas, Nacogdoches, y el «camino de abajo», que, una vez alcanzado San Antonio, continuaba paralelo a la costa, cruzando por donde hoy se ubica Houston y acercándose al Misisipi.

Las misiones y fundaciones de la Florida se hallaron enlazadas por diversos caminos, siendo el más importante el que unía San Agustín con Tallahassee, por el que transitaban caravanas de carretas.

Fue precisamente Menéndez de Avilés, cuyos planes y sueños tuvieron verdadera dimensión continental, quien inició la construcción de un camino que habría de conectar todas las posesiones españolas en el septentrión de Nueva España, el sur de los Estados Unidos de hoy. Así nacería el llamado *Old Spanish Trail*, más que un camino en sí, la unión de las sucesivas ampliaciones que fueron haciendo hombres como Oñate, Anza, Garcés, Kino y otros, entre ellos, el aventurero hispano-francés Pedro Vial, que abrió una ruta para comunicar directamente San Antonio con Santa Fe.

Este *Old Spanish Trail*, del que existen hitos físicos en distintas poblaciones de Estados Unidos, como en San Antonio, principia en San Agustín y continúa a través de Pensacola, Mobile, New Orleans, Houston, San Antonio, El Paso, Tucson, Yuma, rematando en San Diego, California, tras contornear íntegramente el sur de los Estados Unidos.

Y es que el argumento de los virus se presenta como muy conveniente para estos, a fin de explicar las razones de la caída demográfica, porque evita tener que profundizar en el motivo principal de la extinción, la que tiene lugar a partir de la instalación, a principios del siglo XVII, de las colonias inglesas al norte del área española y sobre todo a raíz de la fundación de la ciudad de Charles Town (Charleston), que situó la presión española sobre el borde mismo de la frontera española, en el territorio otrora misionado por los jesuitas y ahora por los franciscanos.

Los colonos ingleses, dueños de plantaciones que requerían abundante mano de obra, no vieron en las pacíficas misiones españolas otra cosa que indeseables reductos papistas que convenía suprimir, por una parte, y pródigas canteras de indios para ser esclavizados en sus monocultivos, por otra. Y de una manera abierta y directa, o bien subrepticia, a través de indios aliados comisionados al efecto, comenzaron a incursionar sobre las misiones. Fueron acciones aisladas y esporádicas, pero sistemáticas, o bien *raids* masivos, devastadores, como los que perpetraron los gobernadores respectivos de Carolina del Sur y Georgia, James Moore y James Oglethorpe. La sola incursión de Moore de 1704, y

él mismo se jactaba de ello, provocó la muerte o captura del 14 por 100 de la población total estimada de indios apalache antes de la llegada de los españoles.

Semejante acoso fue lo que realmente determinó la caída demográfica radical de la población nativa. La contracción del tejido misional empezó a ser patente a partir de 1650. Las aldeas y las misiones se quedaron casi vacías por falta de efectivos. Tal fue la despoblación, que con los remanentes se llegaron a crear grupos nativos nuevos, antes inexistentes, como los creek y los yamasee, estos en los territorios de los mermados guale y timucua. Por su proximidad a las colonias inglesas, comprados por estas por la superior categoría de sus artículos sobre los españoles, actuaron en principio como agentes depredadores de los ingleses contra las misiones y propiedades españolas. Los yamasee, por ejemplo, se mostraron muy activos en su acoso a las misiones y en la captura de indios como esclavos, hasta que conocieron de primera mano el talante de sus financiadores. Y así se rebelaron contra los colonos ingleses en lo que se llamó la «guerra yamasee», y esta vez los indios pidieron protección a España, que se la procuró, hasta el punto de reabrir para ellos algunas misiones ya clausuradas, como la de San Pedro de Mocama en la isla de Cumberland y la de Santa María de Amelia, o permitirles instalarse en las afueras de San Agustín, «al amparo de los cañones del fuerte», o bien en las inmediaciones de otro fuerte, el de San Marcos de Apalache.

### La arquitectura de la Florida española

Los patrones arquitectónicos que traían los colonos originarios de la España peninsular, al implantarse en la Florida sufrieron una evolución, debido, en parte, a los préstamos recibidos de la cultura constructiva indígena, adaptada a las condiciones del territorio, y de otra, a lo que significó habitar en un territorio políticamente inseguro, como fue la Florida a partir del siglo XVII.

Cuando Menéndez de Avilés introdujo a los primeros colonos, estos incorporaron los estilos arquitectónicos que llevaban ensayados durante siglos en una tierra básicamente caliente y seca como es Andalucía. De ahí que la primera villa fundada por Menéndez, Santa Elena, respondiera estrictamente a estos patrones, transformados tan pronto como descubrieron la naturaleza del clima y de la tierra donde se habían asentado. Porque la Florida no era una tierra seca y estable, sino húmeda y lluviosa, calurosa, sin intermitencias estacionales, y sujeta a los vaivenes de formidables

huracanes, episódicos pero infalibles. Y por ello, el primitivo diseño de la casa plana traída de Andalucía, en buena medida para recoger la escasa lluvia, en Florida resultó una pésima solución arquitectónica, debido a la sobreabundancia de lluvias. Bien temprano los colonos aprendieron que eran preferibles los techos a dos aguas, y cubrirlos con hoja de palma, al modo indígena, y de modo semejante a como se hacía en áreas particularmente lluviosas de Andalucía, como las marismas del Guadalquivir, donde la broza entrelazada constituía la mejor techumbre posible.

Del mismo modo que la cubierta evolucionó desde la azotea plana hasta la techumbre de hojas de palma, el adobe siguió un camino paralelo. Los ladrillos de barro y paja de adobe de Castilla y Andalucía no fueron tan útiles en la Florida como lo eran en Castilla o Andalucía, o incluso en otras regiones de Norteamérica, como el Oeste, donde un clima seco preservaba el adobe durante años. Pero en la península floridana, la conjunción de humedad y calor limitaba la vida del adobe, por lo que, sin abandonarse del todo este, el material esencial tanto de las casas como de las misiones fue la madera. Esta ya conformaba la armazón de las casas, al modo de las chozas rurales de Andalucía, pero fue la opulencia boscosa de la Florida la que hizo de la madera el elemento constructivo principal hasta bien entrado el siglo XVII, por más que sufriera de agresiones, como la humedad, el fuego o la carcoma, defectos suplidos por la sencillez de su construcción y renovación, lo que dio lugar a que las fachadas de todas las misiones y de muchas casas particulares fueran construidas con planchas de madera. Esta es precisamente la razón por la que nada subsiste de la arquitectura floridana de los primeros tiempos, ni civil ni religiosa, toda ella consumida por los meteoros en el devenir del tiempo.

Solo cuando, bien entrado el siglo XVII, se afianzó como posición española incuestionable, sobre todo para impedir la intrusión de otros países, los colonos pudieron poner los ojos en materiales menos deleznable que el adobe o la madera, decantándose por la piedra y la coquina, en lo cual tuvo mucho que ver la heroica resistencia del castillo de San Marcos frente a los ataques ingleses, la única construcción de San Agustín que resistió incólume por dos veces, debido a la solidez de su material. Poco a poco la piedra fue instalándose en las casas de la capital, y lo que resta en ella de las construcciones españolas son precisamente las estructuras de piedra o de coquina, el molusco machacado y mezclado con cal y arena. Ejemplos de los edificios antiguos son la Llambias House y la González-Peavett-Álvarez House, si bien con los aditamentos incorporados a la estructura original por los británicos en su época de soberanía de la Florida entre 1784 y

1821, como el tejado.

Las casas de cualquier época de la Florida española importaron los elementos más tradicionales de la arquitectura popular peninsular, como las rejas en las ventanas, las celosías de madera, los postigos y los guardapolvos, o persianas abatibles que hacían las veces de las ventanas de cristal, que no se utilizaron. Y cuando las casas contaban con dos plantas, como fueron las de los pobladores de mayores recursos, fueron incorporados otros ingredientes característicos de las viviendas andaluzas o castellanas, como los balcones volados. Estos balcones eran soportados por columnas y creaban debajo un corredor, algo que, si en Andalucía sirvió para proteger a los transeúntes contra el sol, en Florida fue útil contra la copiosidad de las lluvias.

La planta de las casas respondió también a los parámetros españoles, y particularmente andaluces, en estricta dependencia sus moradores de la agricultura y los animales domésticos para sobrevivir. El patrón habitual de la casa del colono medio que habitó en la Florida no se limitaba a la vivienda, sino que el anexo del patio o los patios formaba parte inseparable de ella. Si la casa tenía dos plantas, la inferior se dedicaba a vestíbulo y salones, y la superior, a las habitaciones. La planta inferior daba paso a un patio principal con corredor, jardín e incluso fuente, todo fiel reflejo del patio andaluz, concebido en todos sus detalles para enfriar la casa: los corredores, para la circulación y enfriamiento del aire, tórrido en el verano andaluz, y no menos en la ardiente Florida; el ajardinamiento, el agua y los azulejos, como elementos igualmente pensados para refrescar el ambiente. En este patio principal, las familias disfrutaban del paso del tiempo.

Este patio daba acceso a un segundo patio, en general ausente de las casas andaluzas, pero indispensable en las de la América hispana. En sus laterales habitaba la servidumbre, y además el patio incluía la cocina y el horno de pan. La cocina siempre estuvo separada de la casa principal en las casas de la Florida, por el alto riesgo de incendio de materiales constructivos tan inflamables, como la madera y la hoja de palma. Y en cuanto al horno de pan, que los anglosajones bautizan como «horno indio», no es un préstamo cultural de los nativos americanos a las casas coloniales, sino al revés, un antiguo elemento de las casas andaluzas asimilado por los indios.

Tanto en las casas peninsulares como en las floridanas, se abría a continuación un tercer patio, destinado a huerta y a animales domésticos, como las gallinas, las caballerías y los cerdos. El cerdo fue un animal que nunca faltó en la casa rural española, porque fue el aporte cárnico, normalmente el único, de las familias a lo largo

del año, como también lo fue en las misiones, y pronto fue incorporado por los indios a su entorno doméstico.

Esta fue, en líneas generales, la distribución de la casa colonial americana, con las adecuadas correcciones según fuera el nivel económico de las familias. En las viviendas acaudaladas era corriente que las casas tuvieran una segunda planta, a la que se podía acceder por una escalera exterior o interior desde el patio, en tanto que las más modestas disponían solo de una planta y reducían el tamaño de los patios o suprimían el de la servidumbre.

### Fuertes y defensas de la Florida española

La Florida fue una provincia especialmente vulnerable, porque confluyeron factores como su situación geográfica, con una costa frecuentada por piratas de varias naciones; una Francia ansiosa por establecerse en el territorio de Norteamérica, lo único que quedaba relativamente libre del Nuevo Mundo; una Inglaterra que asentó colonias agresivas al norte de las posesiones españolas; y unos indios poco fiables, prestos a aliarse con el mejor postor y a cambiar de bando a la menor ocasión.

Todo ello obligó a España a fortificarse. El hito más representativo fue el castillo de San Marcos en San Agustín, pero antes se habían levantado las fortificaciones de San Agustín y Santa Elena, aunque la segunda fue pronto abandonada y destruida junto con la población aldeaña, y la de San Agustín demostró su ineficacia ante los ataques piráticos, como el de Drake. Otro fuerte que corrió parecida suerte fue Santa Lucía, entre San Agustín y Miami, que fue destruido por los indios.

*Fort Caroline*, levantado por los franceses, que pagaron caro el atrevimiento de instalarse en un área considerada exclusiva por la irritable España de Felipe II, fue ocupado por España y rebautizado como San Mateo, aunque la acción emprendida por Dominique de Gourgues para vengar a los franceses muertos por Menéndez de Avilés terminó con el fuerte. Hoy, Fort Caroline ha sido reconstruido de acuerdo con sus planos originales.

También relacionado con la acción sobre los hugonotes se alza el fuerte de Matanzas, en el lugar donde Menéndez de Avilés terminó con los planes franceses de asentamiento en Florida, matando al resto de la expedición de Jean Ribault. Hoy el paraje no es navegable, pero en su momento sí lo era, y, remontando el río, podía accederse subrepticamente hasta San Agustín. Ello hizo que en 1569 se construyera una pequeña torre de vigilancia de madera,

con una guarnición cuya, única misión era la de atalayar el horizonte y, en caso de peligro, enviar aviso a San Agustín.

Tras el ataque de Oglethorpe, el pequeño fuerte de madera fue sustituido por otro de coquina, el mismo material empleado en el castillo de San Marcos, y además fueron reforzadas sus defensas con nuevos cañones y mayor guarnición.

La región de Apalache, entre los ríos Ochlockonee y Aucilla, fue de intenso interés para España, ya que, en esta fértil área agrícola y ganadera, se desarrollaron haciendas, ranchos, misiones y la población de San Luis, y además fue punto de salida y entrada de mercancías por mar. Fue preciso por tanto proteger la zona, y a este fin respondieron los fuertes de San Luis y de San Marcos de Apalache.

España erigió el fuerte de San Luis en la década de 1690, más bien un conjunto presidial compuesto por el fuerte, una empalizada circundante de 40 por 80 metros con tres baluartes, y un foso seco perimetral de 1,5 metros de profundidad, todo él plantado con cactus espinosos. El raid de Oglethorpe en 1704 acabó con el conjunto, y no porque lo destruyera el gobernador de Georgia, sino porque las propias autoridades españolas ordenaron su quema, para que no cayera en manos enemigas.

Al sur de San Luis, en el estuario donde desembocan los ríos St. Marks y Wakulla, se alzó el fuerte de San Marcos de Apalache, destinado a proteger este importante punto del tráfico marítimo de la región Apalache. Las acometidas del clima y los piratas y los vaivenes políticos hicieron que se destruyera y restableciera varias veces, y hoy no queda nada del fuerte de San Marcos de Apalache, aunque sí el lugar exacto de su emplazamiento, como se encarga de recordar una placa instalada en esta área protegida, donde se levanta un Centro de Interpretación que explica las vicisitudes del fuerte y la zona.

Santa María de Galve fue el nombre que los españoles pusieron inicialmente a la bahía de Pensacola, a donde vuelven en 1698, 139 años después de la primera fundación de la ciudad por Tristán de Luna. En esta ocasión el comandante-gobernador era Andrés de Arriola, y el proyecto era asentarse en Pensacola antes de que lo hicieran los franceses, que por esta causa tuvieron que hacerlo en Mobile, en la boca del Misisipi, una plaza a la larga más ventajosa por el doble control del golfo de México y el interior del continente.

Constaba la plaza de presidio y fuerte, llamado este San Carlos de Austria y erigido en los barrancos de Santo Tomé, en la entrada de la gran bahía. El conjunto presidial se rodeó de una cerca perimetral de 100 metros de ancho por 200 de largo, y en el exterior del cercado se fundó una población con iglesia, casa cural y

viviendas para las familias. No fue un destino apetecido para los españoles, porque el entorno arenoso era infértil, y si sobrevivió fue por el subsidio regular de la Corona y por el comercio clandestino con los franceses de Mobile y la Luisiana. Por coyunturas de la política europea, la plaza cambió de manos entre España y Francia varias veces, y en 1722, cuando España asume el control una vez más, poco quedaba ya de las primitivas construcciones.

El presidio de la isla de Santa Rosa tuvo el mismo cometido de proteger otro flanco de la bahía de Pensacola. Contaba con iglesia, almacenes para alimentos, depósito de pólvora, habitaciones para los oficiales, barracones para los soldados, hospital, horno de pan, casa del gobernador y casas para los civiles.

Del mismo modo que el fuerte de San Carlos de Austria, el de Santa Rosa se mantuvo en buena parte gracias al comercio ilegal con los vecinos franceses, y su posición resultó muy vulnerable a las tormentas, hasta que en 1752 uno de los habituales huracanes de la zona lo destruyó, quedando en pie solo un almacén y el hospital.

A partir de 1740, el área de la bahía fue conocida por el nombre del fuerte erigido en 1740, San Miguel, pero de manera coloquial era llamado Panzacola, un nombre local indígena. En 1757 fue llamado de modo oficial presidio de San Miguel de Panzacola, y nombrado gobernador un experto militar de los territorios septentrionales de Nueva España, el coronel Miguel Román de Castilla.

La batería de San Antonio y el fuerte de San Carlos de Barrancas respondieron al mismo propósito de protección y defensa de la bahía de Pensacola. Cuando España recuperó la Florida en 1783, reforzó la plaza erigiendo un nuevo fuerte llamado San Carlos, inspirado en los diseños arquitectónicos franceses y norteamericanos imperantes en la región.

Delante del fuerte se extendió la batería de San Antonio, una estructura en forma de media luna y con excelente fábrica de ladrillo, donde se emplazaron los cañones. Por delante, tenía un foso seco y, por detrás, un parapeto. Subsisten tanto la estructura como las huellas de hierro y los bloques de granito que soportaban los cañones. El aledaño fuerte de San Carlos fue destruido por los ingleses en 1813.

## La vida civil en la Florida

La Florida no tuvo buena prensa en España, porque su estratégica situación facilitaba los ataques piráticos, y la presencia de las

colonias inglesas en el norte eran un factor de riesgo añadido. Por ello la empresa de Florida fue asumida directamente por la Corona, y sus habitantes españoles fueron soldados y funcionarios en los primeros tiempos, radicados en San Agustín, sin perjuicio de los misioneros, que se distribuyeron por toda la región.

Pero la autoridad española comprendió que, para controlar la zona de modo efectivo, era necesario importar colonos convencionales, por lo que estimuló la venida de peninsulares con la promesa de tierra, aperos y ganado, lo que produjo la inmigración de pobladores españoles, que se instalaron en la ribera de los grandes ríos, nunca arrebatando tierra a los indios, sino pactando con los caciques su instalación. Así se fundaron numerosos ranchos medios y pequeños, muchos en la zona Apalache, la más próspera en términos de producción agrícola y ganadera.

Hubo excepciones a estos ranchos de tamaño mediano, como el de San Miguel de Asile, en el área Apalache, que ocupó 78 km<sup>2</sup>, y el mayor de todos, La Chua, en la zona timucua, que se extendió sobre 225 km<sup>2</sup> y fue fundado por Francisco Menéndez Márquez, descendiente de Menéndez de Avilés. Empero, la familia más poderosa de la Florida fue la Sánchez, fundada por el andaluz Joseph Sánchez de Ortigosa, uno de cuyos descendientes, Francisco Javier Sánchez, encumbró a la saga gracias a su habilidad en sacar partido a las numerosas vicisitudes políticas y sociales, moneda corriente en la Florida española. Al morir, dejó un vasto imperio de tierras, ganados, barcos y una extensa red comercial.

El eje económico de la provincia española de Florida fue el situado, la remesa anual de fondos provenientes de Nueva España para atender los gastos de los funcionarios, los soldados, las misiones y los misioneros. Este dinero daba origen a la subasta regular de compra de carne, organizada por el Gobierno de Florida, y a la que concurrían los propietarios de ranchos de toda la provincia. En un principio todos fueron españoles, pero pronto los indios se sumaron a las subastas, ya que habían sido enseñados por los misioneros a criar ganado, y aprendieron el trasiego comercial. Los ranchos indios producían más barato que los españoles, y estos encontraron más práctico comprar el ganado a los indios y concurrir a la subasta que producir su propia carne.

Las fincas españolas cultivaban muchas clases de productos, entre ellos, cítricos, pues Florida se halla a la misma latitud que Valencia. Diversificaron la producción, pues, a diferencia de las colonias inglesas, en las provincias españolas apenas había monocultivos como el algodón o el azúcar, ya que estos demandan gran cantidad de mano de obra esclava, lo que contrariaba los principios españoles.



Los puertos de salida de las mercancías españolas fueron San Agustín, San Marcos de Apalache y Amelia, y no siempre el comercio fue legal, sino clandestino, por la dificultad del control aduanero. La región de Apalache fue muy colonizada por los españoles, incluso más que San Agustín, ciudad esta que prosperó lentamente, hasta alcanzar unos dos mil habitantes.

### La etapa inglesa en la Florida. New Smyrna y Los Menorquines

Esta famosa plantación tuvo su origen en la toma de la Florida por Inglaterra, a consecuencia de las cesiones hechas por España tras la guerra de los Siete Años. La nueva colonia desató en Londres la «fiebre de Florida», una tierra de promisión supuestamente plagada de oportunidades para vivir e invertir.

Andrew Turnbull fue uno de los que se dejaron arrastrar por la fiebre, planeando introducir una plantación de índigo o añil, el «oro azul», en el más puro estilo anglosajón de los monocultivos intensivos, agresivos con el suelo y demandantes de mucha mano de obra.

Turnbull obtuvo una concesión de 20.000 acres en la costa, al sur de San Agustín, y, mientras preparaba el terreno para su irrigación, se dedicó a reclutar personal en Europa. Dado que su esposa era natural de Esmirna, cerca de Turquía, ideó obtener los colonos de Esmirna y de otras islas mediterráneas, para que trabajaran en la plantación, que llamó *Nueva Smyrna*.

De esta forma reclutó a 1403 personas, que partieron del puerto de Mahón, en Menorca, a la sazón bajo soberanía británica, ya que había entrado en el mismo lote de las cesiones territoriales hechas por España. Habían sido contratadas en varias islas griegas, italianas, españolas o corsas, pero fueron colectivamente conocidos como los menorquines —*the menorcans*—, y compartían una misma cultura mediterránea, siendo católicos practicantes u ortodoxos del Este.

El contrato obligaba a trabajar en la plantación de añil durante nueve años, tras los cuales quedarían libres y recibirían una porción de tierra para construir una casa y cultivar sus huertos. Durante ese tiempo, serían alojados y mantenidos, y tendrían de tiempo para trabajar en sus oficios o en sus terrenos, ya que procedían de oficios como pescadores, granjeros o artesanos.

De los 1403 que partieron, 1255 sobrevivieron a la travesía, muriendo el resto de enfermedades o escorbuto. Pero la mitad de ellos moriría en los siguientes dos años, víctimas de la malnutrición

o la enfermedad, pues, tras establecer a sus peones en New Smyrna, Turnbull regresó a Inglaterra, ya que el tamaño de la plantación era tan grande y las inversiones tan ingentes que tuvo que ceder parte de su participación a otros socios. La plantación quedó pues en manos de capataces poco escrupulosos, y pronto empezaron los problemas.

Llegados a Nueva Esmirna, se encontraron con unas casas de madera y techo de palma, muy inferiores a las suyas de origen. Gentes mediterráneas, acostumbradas a combinar su trabajo con tiempo libre para cazar, pescar o disfrutar de la vida con sus parientes y amigos que vivían cerca, se vieron sometidos a una rutina y una disciplina horaria cercana a la esclavitud, y por completo diferente a su forma de vida de siempre. Por si fuera poco, la alimentación era insuficiente y asimismo reiterativa, y la suma de todo ello hizo que enfermaran y comenzaran a morir, la mayoría de malaria.

Los problemas se agudizaron, y varios colonos griegos e italianos hablaron de desertar y tomar un barco a La Habana, amenazando de muerte a los oriundos de Menorca, el grupo más numeroso, si delataban sus planes de fuga. Cuando pusieron en práctica su plan, cortaron las orejas y varios dedos al infame capataz, que murió de ello, así como el médico, que también había sido herido. Robaron un barco y pusieron rumbo a La Habana, pero fueron interceptados por las autoridades inglesas, y el líder rebelde, Carlo Formi, fue ejecutado.

Fueron todos devueltos a la plantación, que técnicamente no dejaba de dar problemas, dados su tamaño y el deterioro que pronto manifestó el suelo, sometido al monocultivo del añil. El malestar entre los colonos creció cuando, tras nueve años de trabajos forzados, se rumoreó que las prometidas tierras en propiedad no serían dadas a los colonos por ser católicos, por lo que acudió una comisión en protesta a San Agustín para entrevistarse con el gobernador inglés Patrick Tonyn. En un principio fueron devueltos de malos modos a la plantación, pero los colonos acudieron a los tribunales, y estos les dieron la razón y permitieron que se instalaran en San Agustín, obligando al gobernador a cederles una parte de la ciudad para residir. La plantación, que para entonces arrastraba una pésima imagen en la Florida, hablándose de ella como «campo de muerte», sufrió entonces un éxodo masivo de colonos, y no volvió a recuperarse.

Durante los siguientes 200 años, los menorquines y sus descendientes conformaron una fuerte y dinámica colonia en San Agustín y alrededores. Fueron granjeros, comerciantes, carpinteros, zapateros, sastres, herreros y otros oficios muy apreciados en la

colonia británica.

La historia de los menorquines fue conservada por su líder espiritual, el padre Pedro Camps, que recordó sus vicisitudes en un libro conocido como el *Libro de oro de los menorquines*, obra básica para conocer la aventura de esta comunidad en Florida. Es sabido que hoy día existen unos diez mil descendientes de aquellos menorquines pioneros, habitando en San Agustín y en el condado de Saint John. Sus apellidos, además de la procedencia de otras naciones, hablan acerca de su origen español: Pellicer, Andreu, Benet, Pomar, Hernández, Acosta, López, Ponce, Oliveros, Bravo, entre otros muchos, y celebran un festival anual en San Agustín, dedicado a su memoria. Y resulta curioso considerar que una parte de la evidente cultura católica presente en la actual San Agustín procede no tanto de los dos largos períodos españoles de 250 años, sino más bien de los menorquines que se instalaron en la Florida durante los 20 años del período británico.

### La segunda etapa española en la Florida

Tras la guerra de Independencia de los Estados Unidos, en compensación a la ayuda prestada a la emancipación, Inglaterra se vio obligada a ceder a España la Florida en el Tratado de París de 1783, hecho que fue muy celebrado en Madrid, porque la pérdida de Florida se había convertido en una espina clavada en el orgullo patrio.

España conservó la división inglesa entre las dos Floridas, la del Este, con capital en San Agustín, y la del Oeste, con sede en Pensacola. Esta última era más grande y estaba más poblada, pues llegaba hasta el Misisipi por el oeste y hasta la latitud 32º 28' por el norte, incorporando el rico distrito agrícola de Natchez y las poblaciones de Mobile y Baton Rouge.

Los autores anglosajones, en mera repetición unos de otros, acostumbran a señalar esta nueva etapa española en Florida como de soberanía española solo nominal, y sostienen que la decadencia fue la tónica general, como un paréntesis de 35 años antes de que los Estados Unidos asumieran definitivamente el control del territorio.

Es cierto que había diferencias entre esta etapa y la anterior de presencia española en Florida: ahora sus vecinos rivales franceses e ingleses eran tanto o más fuertes que antes, y había aparecido en escena uno nuevo y muy pujante, Estados Unidos, mientras que España era más débil y estaba sumida en el formidable conflicto de

la emancipación de la América hispana.

Que el destino de la Florida era pasar a manos norteamericanas era innegable. Pero que España mantuviera la provincia bajo el caos y el abandono es tan injusto como inexacto. España gobernó dignamente la Florida, y la provincia vivió una renovada prosperidad, a pesar de las muchas dificultades que entrañaba su gobernación, como las presiones de Inglaterra y Estados Unidos y la complejidad demográfica de la Florida en aquella época postbélica. Convivía en la provincia una turbamulta de indios sin ley, negros huidos de las plantaciones esclavistas, blancos oportunistas, hordas de proscritos, los *banditti*, que asaltaban ranchos y haciendas... Todo ello hizo creer que imperaba por doquier el desgobierno. Mas, a pesar de eso, España hizo un encomiable esfuerzo por ordenar y gestionar la Florida, y lo logró en buena medida, en parte porque renunció a cerrados esquemas de otras veces y aplicó medidas mucho más liberales, tanto en lo económico como en lo personal.

El nuevo gobernador español, Manuel de Zéspedes, se encontró no solo con una residencia en San Agustín en estado de gran abandono, sino con una provincia despoblada, porque, de la misma forma que casi todos los españoles se marcharon de la Florida cuando se traspasó a Inglaterra, ahora fueron pocos los ingleses que quisieron quedarse a vivir bajo las leyes españolas. Zéspedes fue pronto consciente de que una Florida sin colonos ni indios era un bocado fácil para los vecinos que presionaban desde todos los frentes, e hizo lo posible por atraer nuevos residentes. No lo consiguió de la Península ibérica, porque a estas alturas la Florida arrastraba una fama muy negativa como lugar remoto y sujeto a la incertidumbre de los vaivenes políticos, y donde el escenario general era de inseguridad, con indios hostiles en los alrededores, proscritos blancos, negros o indios deambulando tras la guerra, y con unos nuevos vecinos como los norteamericanos, que habían heredado de los ingleses su codicia de tierras, y que mostraban como país un afán expansionista exacerbado, bajo la bandera del «destino manifiesto». Se consiguió atraer a algunos inmigrantes canarios, pero, ante la ausencia de candidatos ibéricos, el gobernador tuvo que resignarse a admitir a extranjeros, sobre todo norteamericanos y, lo que era peor para la tradición española, protestantes. España hizo una generosa oferta de tierras para quien se instalara en Florida, con la sola obligación de jurar lealtad a la Corona y a las leyes españolas. Y para procurar que la religión católica acabara prendiendo entre los nuevos colonos, se trajo a sacerdotes católicos irlandeses conocedores del idioma, confiándose en que, gracias a su buen hacer, los colonos acabarían entrando en razón y descubrieran dónde estaba la verdad.

En todo caso, el hecho cierto es que Florida no se repobló con españoles, sino con norteamericanos, lo que con ironía hizo susurrar al secretario de Estado estadounidense al oído del presidente, que esta política de inmigración era «el medio de entregarnos de manera pacífica lo que de otro modo podría costarnos una guerra». Y esto, dicho diez años después de que España ayudara decisivamente a Estados Unidos a conseguir su Independencia. La Corona concedía 100 acres de tierra, unas 50 ha, a los extranjeros que se instalaran para cultivar ranchos, más otros diez acres por cada miembro adicional de la familia. A los diez años de laboreo efectivo, se otorgaban títulos de propiedad del fundo.

No solo en lo demográfico la Florida oriental fue una mezcla de orígenes, sino también en otros aspectos, como el religioso y el económico. Aunque se restableció la misa católica, se toleró la práctica protestante y se liberalizó el comercio, muy activo desde puertos como Fernandina, en la isla Amelia. Incluso en un aspecto donde España había mantenido unos cánones tan rígidos como su oposición a la esclavitud, el Gobierno flexibilizó su postura, hasta el punto de aceptar una plantación esclavista al lado de San Agustín, la Kingsley, cuyas edificaciones aún subsisten.

En materia agrícola también se aceptaron muchas novedades, como la introducción de cultivos tales como el algodón y el arroz, más productivos económicamente que el maíz. Si bien esta sustitución fue limitada, cuando se vio que la implantación masiva del algodón llevaba aparejada la de esclavos, por lo que el gobernador español procedió a prohibirlo.

Sin duda las medidas flexibles y liberalizantes tomadas por España hubieran llevado a un crecimiento sostenido y ordenado de Florida del este, a no ser por la sempiterna presión de los colonos, que, por más que ahora no fueran ingleses, sino norteamericanos, mantenían sus afanes expansionistas. Afanes que, una vez más, se concretaron en diversas acciones que desestabilizaron un territorio de difícil gobierno. La relación de episodios que figura a continuación muestra sobradamente hasta qué punto la gobernación de la Florida no fue pacífica, y que España tuvo que luchar contra viento y marea, en medio de una incesante tempestad de acosos y problemas, todos originados en su entorno.

Uno de estos problemas eran los *banditti*, gentes que aprovecharon el interregno entre las gobernaciones de Inglaterra y España, que se prolongó demasiado tiempo, para campar por su cuenta y cometer tropelías en las haciendas y bienes de los colonos. El más célebre de estos *banditti* fue Daniel McGirt, enconado

enemigo del anterior gobernador británico Tonyn, que, a diferencia de la mayoría de los ingleses, no se ausentó de Florida tras el traspaso, sino que prefirió permanecer en la provincia.

El acaudalado español Francisco Sánchez, para evitar ser víctima de las depredaciones de McGirt, decidió asociarse a él, y, cuando el inglés fue deportado a Cuba a instancias de Tonyn para ser juzgado, Sánchez representó sus muchos intereses en Florida, a pesar de la insistencia de Tonyn para que Sánchez fuera igualmente tratado y juzgado como *banditti*, lo que no consintió el gobernador Zéspedes, toda vez que Sánchez, además de español, era el principal abastecedor de carne del Gobierno de la Florida.

Pero en esta amplia región de la Florida occidental las presiones norteamericanas eran intensas, por cuanto lindaba con la Luisiana, de nuevo española y gobernada por Esteban Miró, porque el entorno del Misisipi estaba poblado por comerciantes y colonos norteamericanos, y, una vez que España cerró el tránsito libre por el río, la irritación de estos subió hasta el punto de forzar negociaciones entre España y Estados Unidos para reabrirlo. Por otra parte, la Florida, por muchas oportunidades agrícolas y comerciales que ofreciera, no dejaba de ser un problema económico para España, que le obligaba a exportar anualmente la costosa suma del situado.

### El Tratado de San Lorenzo de El Escorial

Todo ello favoreció alcanzar la firma del Tratado de San Lorenzo de El Escorial. Por él se concedió a los norteamericanos el libre acceso al Misisipi, se permitió el uso del puerto de Nueva Orleans para el depósito de mercancías, y se rebajaron los límites de Florida hasta fijarlos en los 31º, quedando en manos norteamericanas todo el distrito de Natchez.

Esto dejaba fuera del área de influencia española a las tribus indias, cuya amistad había cultivado intensamente la autoridad española en los últimos tiempos, y que ahora quedaban íntegramente del lado norteamericano. Pronto habrían de comprobar el talante de sus nuevos dueños, puesto que, cada vez que se firmaba un acuerdo sobre límites de los territorios respectivos, sus colonos se volcaban sobre las tierras indias, en una demanda incesante de tierras, obligándolos a la firma de nuevos límites, hasta que realizaron la amenaza que suponían no solo para sus territorios de caza, sino para su propia supervivencia como naciones, lo que les hizo volver los ojos a la fiable España.

En ello jugó un papel de gran relevancia Alexander McGillivray. Fue un singular personaje, hijo mestizo de un escocés y una india. Había sido educado al modo occidental en Savannah y Charleston, y, como era de natural despierto, al incorporarse a sus ancestros indios, llevó consigo las ventajas de sus respectivos orígenes: como europeo, había aprendido a moverse en los parámetros blancos y, como indio, gozó de un importante ascendiente sobre las tribus, organizando una confederación con los creek, chocktaw, chickasaw, seminolas y cherokees, un total de 45.000 individuos de los que se convirtió en líder y portavoz.

En 1784, McGillivray firmó un tratado con el gobernador español, por el que aceptaba la protección española y recibiría armas y municiones para resistir el avance norteamericano. Lo que no le impidió negociar poco después otro acuerdo con los Estados Unidos, y ser nombrado por Inglaterra comisario suyo ante los creek para la distribución de regalos y armas. Es probable que McGillivray, que se convirtió en la llave para las negociaciones de los ingleses, los españoles y los norteamericanos con los indios, sacara partido y comisiones de los tres bandos.

Otro elemento importante en el ámbito indio fue la firma Leslie, Panton and Co., porque llegó a obtener el monopolio del comercio con los indios. Había comenzado su actividad en la fase inglesa, y fue de los pocos que permanecieron en la española, extendiendo su ámbito de acción a Florida del Oeste, una vez que en la del Este los propietarios españoles o españolizados, como Francisco Xavier Sánchez y Fatio, lograron desbloquear el monopolio que detentaba la compañía sobre el comercio indio.

Pero la firma obtuvo hegemonía en el comercio indio de Florida occidental, entre otras razones, porque otorgaba créditos sobre las mercancías que entregaba. Las sumas adeudadas por los indios llegaron a alcanzar la cifra de 200.000 dólares, fabulosa para la época, y, a falta de efectivo, los indios le pagaron con tierras, de modo que la firma Leslie y Panton, ahora regentada por John Forbes, acumuló hasta 2,7 millones de acres, ratificadas luego por el Gobierno de Estados Unidos en la Forbes Grant, aunque rebajando las pretensiones de la compañía hasta 1,2 millones.

### Los movimientos secesionistas

En 1793, varios residentes de Georgia impulsaron un movimiento «emancipador» de Florida, animando a otros colonos y rancheros para tratar de expulsar de Florida a la «tiranía monárquica

española». El gobernador español Juan de Nepomuceno, recelando de la lealtad de los rancheros norteamericanos que ya estaban instalados en las cercanías de Georgia, pero en territorio español, ordenó evacuar el área del norte de Florida, destruyendo las cosechas y quemando los edificios para que no cayeran en manos enemigas. Los amotinados llegaron a tomar el fuerte de San Nicolás, en la actual Jacksonville, hasta que las tropas españolas desmontaron el conato rebelde, que no encontró apoyo en las autoridades de Estados Unidos.

Las presiones de los colonos norteamericanos por llevar los límites de Florida hasta el río Perdido no dejaron de manifestarse, y se recrudecieron cuando Estados Unidos adquirió la Luisiana. Poco antes, España la había cedido a Francia, con la solemne promesa de que esta provincia no iba a ser transferida, pero bastaron unos pocos días a Napoleón para incumplir el pacto y vender Luisiana a Estados Unidos. Esto se consideró por las autoridades españolas como un paso más hacia lo que se consideraba irreversible, el traspaso de Florida a Estados Unidos, algo que en esta nación era ya un clamor popular. De hecho, el comercio ya estaba prácticamente en manos norteamericanas: de los 42 barcos que entraron en San Agustín en 1800, solo cuatro procedían de La Habana, y el resto, de puertos norteamericanos.

En 1803, un grupo de insurgentes tomaron Baton Rouge y crearon la República Independiente de Florida del Oeste, haciendo ondear una bandera con una estrella solitaria. Estados Unidos no secundó la iniciativa, pero reclamó el territorio de Florida desde el río Perdido al Misisipi, lo que fue aceptado, y estos límites son los que configuraron las definitivas fronteras de la Florida.

La facilidad de esta cesión hizo creer al Gobierno norteamericano que tomar el control del resto de Florida iba a ser igual de sencillo, pero el comisionado George Matthews se encontró esta vez con la oposición frontal de los respectivos gobernadores españoles de Pensacola y San Agustín, Folch y White. Este último ni siquiera quiso entrevistarse con Matthews y lo llegó a amenazar con la prisión si insistía en sus pretensiones.

Matthews, llevando sus atribuciones como agente norteamericano mucho más allá de sus poderes, promovió una insurrección desde Georgia para apoderarse de Florida del Este y entregarla a Estados Unidos. Los plantadores esclavistas de Georgia y Carolina la aprovecharon para tomar venganza contra España, por el santuario de libertad de los esclavos negros que representaba la Florida española, y de paso cumplir el anhelo de anexión de la provincia a los Estados Unidos. Una expedición de Georgia al mando del general George Matthews tomó el puerto de Fernandina,



en la isla Amelia, un puerto de gran actividad comercial.

El movimiento no encontró el apoyo que esperaba por parte de los colonos norteamericanos residentes en Florida, y una vez más Estados Unidos no aprobó la acción, al menos de manera oficial, pero todo se complicó sobremanera cuando entraron en liza los indios seminolas y sus aliados negros reclamando tierras, lo que provocó la entrada de los «patriotas» en el interior de Florida. El movimiento adquirió entonces un carácter destructor de ranchos y haciendas ganaderas, irritando a los propios norteamericanos que se habían asentado pacíficamente en la región, forzándolos a abandonarla, mientras Estados Unidos despojaba a Matthews de sus poderes y no prestaba cobertura al movimiento.

### El fin de la Florida española

Cuando Napoleón es finalmente derrotado en Europa, Inglaterra puede volver los ojos al escenario americano, del que había sido dolorosamente expulsado, pero al que pretendía regresar. Y precisamente pensaba utilizar la debilitada Florida española como base de operaciones para recuperar sus antiguos territorios, ahora con nuevo dueño, los Estados Unidos. Una escuadra inglesa apareció en isla Amelia, siendo fervorosamente acogidos por los nostálgicos británicos. Enseguida entraron en tratos con los indios para armarlos, lo que no fue difícil, pues estos ya habían podido constatar la ambición de tierras de los actuales dueños. Ocupan la isla de Cumberland y luego costean hasta ocupar Pensacola y su fuerte, ante la indiferencia de España, sumida por entonces en los graves problemas de emancipación de las repúblicas iberoamericanas.

En 1814, el general Jackson, viendo que ninguna autoridad expulsaba a los ingleses, marchó sobre Pensacola, lo que fue visto por España con la misma neutralidad. Los ingleses fueron desalojados, aunque antes de marcharse destruyeron el fuerte de San Carlos de Barrancas, recién construido por España. Se retiraron a Mobile, teniendo lugar más tarde la batalla de Nueva Orleans, en la que fueron vencidos por los norteamericanos y definitivamente expulsados.

Otro incidente en el convulso escenario de Florida fue el del llamado *Negro Fort*, refugio de indios, negros fugados y proscritos, todos *banditti*, que desde la base del fuerte hicieron incursiones sobre propiedades de norteamericanos. Tras pedir inútilmente al Gobierno español que tomara medidas para acabar con tal foco

insurrecto, las tropas norteamericanas de Jackson lo hicieron, destruyendo el fuerte y restituyendo los esclavos fugados a sus propietarios.

En esta historia de episodios violentos que fue la segunda etapa española hace su aparición en 1817 Gregor McGregor. Con una partida de insurgentes ocupó en 1817 Fernandina, en la isla Amelia, haciendo ondear una bandera de una supuesta Florida independiente, y pretendiendo reclutar gentes para invadir la Florida. La recluta le falló, y las tropas enviadas a la zona por el gobernador español José María Coppinger lograron que se marchara, aunque poco después llegó el pirata Luis Aury, enarbolando ahora la bandera de la «República de México». Todo esto motivó las quejas generalizadas de los súbditos norteamericanos, por el desorden que imperaba en la frontera, lo que provocó una nueva intervención de una escuadra americana, que impuso el orden y se quedó en el área hasta el final de la etapa española.

Pero McGregor no se dio por vencido, y ahora intentó actuar en la Florida del Oeste. Reclutó a un antiguo oficial británico, Ambrister, quien a su vez hizo lo propio con el excomerciante Arbuthnot. Desembarcaron en Tampa, soliviantaron a los indios y negros que pudieron y subieron hasta Tallahassee, atacando por dos veces un convoy fluvial norteamericano, quedando heridos o muertos casi un centenar de súbditos norteamericanos —entre ellos, mujeres y niños—, refugiándose los atacantes en la zona española. Estos hechos motivaron una nueva intervención de Estados Unidos y de su general Jackson, quien escribió una famosa y controvertida carta al presidente Monroe, en la que le indicaba que en el plazo de sesenta días debía procederse a hacerse el traspaso de Florida a los Estados Unidos.

Pretendiendo actuar con la aquiescencia presidencial, Jackson penetró en el territorio español, ocupó el fuerte de San Marcos de Apalache, capturó, juzgó y ejecutó a Ambrister y Arbuthnot, y luego ocupó Pensacola y el fuerte de Barrancas, ofreciendo trasladar a todos los españoles.

Esta vez, el Gobierno estadounidense no se limitó a entrar y salir del territorio español, ilegalmente ocupado, sino que advirtió a España que debía ejercer mayor autoridad sobre sus posesiones, so pena de tomar medidas. Una amenaza que dejaba entrever las verdaderas pretensiones de anexión de Florida, algo que se sabía era solo una cuestión de tiempo.

La acción de Jackson, a todas luces ilegal, desató una tormenta política en Washington y en la opinión pública norteamericana, pero todo jugaba a favor de la cesión de la Florida. En 1819 se

celebran conversaciones entre los comisionados españoles y norteamericanos, y en el Tratado Adams-Onís se establecen las condiciones del traspaso, que incluyen la aceptación por Estados Unidos de las reclamaciones por valor de cinco millones de dólares de los comerciantes norteamericanos a España, por las pérdidas sufridas a consecuencia del cierre del Misisipi.

Por parte americana se ratificó el tratado con celeridad, pero España se demoró mucho, porque quería impedir que Estados Unidos reconociera a las nuevas repúblicas iberoamericanas. La irritación norteamericana por el retraso era creciente, hasta el punto de amenazar con tomarse la justicia por su mano e invadir Florida, y finalmente España ratificó el tratado.

El 10 de julio de 1821 se arrió la bandera española en el castillo de San Marcos, izándose la norteamericana. Hasta el año 2055, Estados Unidos no habrá igualado el tiempo de permanencia de España en la Florida.

## LA HUELLA, HOY

Florida, la inmensa Florida, el territorio que se extendía en abanico hacia el norte desde la estrecha península actual, ocupando la ignota Norteamérica de entonces entre el Misisipi y el Atlántico, fue el sueño inconcluso de tantos exploradores españoles. Lo fue desde que puso el pie en ella Juan Ponce de León en 1513 y la bautizó como Florida, no solo por llegar a ella en tiempo de Pascua, la razón oficial, sino acaso también, como la historiografía romántica quiere ver, por lo florecido y vistoso de aquella tierra que acarició en primavera a los primeros españoles.

Lo cierto es que, desde ese momento, Florida fue el empeño colonizador perseguido con tenacidad inaudita por tantos capitanes y misioneros españoles, con nombres tan ilustres como el propio Ponce de León, Hernando de Soto, Tristán de Luna, Villafañe y sobre todo Pedro Menéndez de Avilés, el más persistente, el que poseía una concepción más global de los destinos de América del Norte más allá de México.

Todos ellos vieron evaporados sus sueños, sus proyectos. Unos, como Ponce y De Soto, porque en aquella tierra promisoría encontraron la muerte. Los demás, porque concurrieron las tres circunstancias que, como barreras insalvables, se enfrentaron a la acción colonizadora. La primera, la mortandad indígena, causada por el traspaso de las enfermedades europeas en un clima húmedo, caliente y plagado de insectos, eficaces transmisores de contagios,

algo que se mitigó en los secos ambientes del Oeste.

La segunda causa de la dificultad colonizadora fueron los propios indios, aguerridos y sumamente renuentes a aceptar los cánones de la civilización traída por España. Los agentes transmisores de esta nueva cultura fueron las misiones, que, junto con la religión, trasladaban a los indios el conocimiento de la agricultura, la ganadería, los oficios, las artesanías y las letras. Pero ello exigía residir en el entorno de la misión, con sus horarios y su disciplina, y ni los apalaches ni el resto de los indios floridanos se resignaron a tan drástico cambio en sus modos de vida. Atraídos por regalos y por el atractivo señuelo de las prósperas cosechas y los ganados, acudían a la misión, pero al cabo desertaban y volvían a sus camperías, no viendo ya en las misiones sino un objetivo más de sus rapiñas.

Con todo, la labor misionera prosiguió incansable durante decenios, reconstruyendo lo destruido, empezando de nuevo, sin perder nunca la moral, y poco a poco, con lentitud exasperante, los frailes fueron viendo el fruto a sus desvelos. Los indios, bien atemorizados por enfermedades que desconocían, bien huyendo de la presión de otras tribus, bien porque sinceramente vieran una oportunidad de mejora de su modo de vida en los nuevos aprendizajes, fueron aceptando el régimen de la misión. Y los frailes hubieran visto recompensada su labor religiosa, y la Corona, su pertinaz empeño colonizador, de no haber concurrido la tercera de las causas, definitiva en todos los sentidos, el empuje irresistible de las colonias inglesas, ávidas de tierras, incompatibles con una soberanía católica como la española, que trataba de integrar a los indígenas en la propia cultura hispana, y que otorgaba carta de libertad a cualquier esclavo negro fugado de las plantaciones inglesas. Las razias de gentes como James Moore, Oglethorpe y otros resultaron fatales para la presencia colonizadora española en el interior de la Florida. Ellas terminaron con cualquier intento de establecimiento permanente, y a la larga contribuyeron no solo al fin del sistema misional en Florida, con más de cien misiones fundadas, sino a la propia salida de España, y también a la extinción de los pueblos nativos de Florida, sobre todo los apalaches, el más desarrollado culturalmente a la llegada de los españoles.

Pero la enseña española ondeó durante dos siglos y medio en la Florida, y algo así deja una estela poderosa. Desde Carolina del Sur hasta el actual estado de Florida, la presencia y el recuerdo españoles permanecen vivos, y para descubrirlos nada mejor que comenzar en la bahía de Santa Elena, hoy Saint Helen, el bastión que eligiera Menéndez de Avilés como base de su gran proyecto

colonizador. Nada excepto el nombre resta de los establecimientos españoles, y el acceso por carretera permite ver la dificultad del propio territorio, anegado por marismas interminables, una dificultad adicional de las muchas que entrañó la colonización de Florida. Debido a ello, aunque debió existir un enlace terrestre, la comunicación en el eje Santa Elena-San Agustín debió hacerse preferentemente por barco. Precisamente la naturaleza del terreno hubo de pesar en la decisión de Menéndez de Avilés de establecerse en Santa Elena, pues la presencia de un espacioso anillo de marismas proporcionaría una garantía de seguridad contra los ataques indígenas desde el interior, siendo la progresión por los marjales inundados una tarea harto penosa.

Descendiendo a lo largo del litoral por la autopista 95, o, mejor aún, buscando las carreteras secundarias que más se ciñen a la costa, recorreremos el estado de Georgia, para llegar a la localidad de Saint Marys, un lugar interesante para el registro del pasado español en la Florida. Frente a la ciudad se extiende la isla de Cumberland, donde habitaban los indios timucuanos, y que tuvo presencia misionera española. Se accede a la isla desde un pequeño embarcadero, donde un sencillo pero excelente centro de interpretación explica algunos de los pormenores de la historia de la isla, entre ellos, la vida misionera y, más tarde, las plantaciones de colonos ingleses. En el centro existe la copia de una joya bibliográfica, un «confesionario» redactado en castellano y en idioma timuciano por el padre Francisco Pareja, el custodio de Santa Elena, «con algunos consejos para animar al penitente».

Saint Marys es lugar retirado y tranquilo, lejano al bullicio de las urbes americanas, de todo punto recomendable para hacer un alto, visitar el santuario ecológico de la isla de Cumberland, donde campean caballos descendientes de los traídos por los españoles, y emplear unas horas de descanso antes de proseguir la ruta. Y, desde luego, para contemplar un pequeño monolito de piedra levantado en el bulevar principal de la población. Se halla erigido por el Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos y contiene una leyenda que, traducida al castellano, dice así:

En conmemoración de la ocupación española de Georgia. Comenzó en 1566 y virtualmente terminó en 1686, cuando la misión y guarnición españolas, por presión de los colonos de Carolina, fueron trasladadas al sur del río Saint Marys.

Saliendo de Saint Marys y de Georgia, nos adentramos ya en el estado de Florida. Desde que tomamos contacto con la costa atlántica no nos abandonará el llamado *Spanish moss*, que cuelga

profusamente de los árboles, otorgando a los bosques un aspecto fantasmagórico. No se trata empero de musgos, sino de epifitas adheridas a toda clase de árboles y que ciertamente merman su producción, pues extienden su larga sombra a las yemas de los frutos. Los indios lo llamaban Itla-Okla, pero cambió su nombre tras la llegada de los colonizadores franceses a Luisiana. Apreciando cierto parecido de las plantas colgantes con las barbas que usaban los españoles, las bautizaron como *barbe espagnole*, a lo que reaccionaron los españoles diciendo que más bien debían llamarse «cabello francés». Pero a los indios les sonó mejor lo primero, y durante largo tiempo las conocieron como «barbas españolas», hasta que el nombre derivó al *Spanish moss* actual.

Y llegamos a la localidad de Amelia, que también conoció presencia española. Queda poco de ella, aunque un pequeño museo dedicado a la historia del lugar ilustra al visitante acerca de la época misional en la estancia específicamente dedicada a ello, titulada *Spanish misions*. Allí se explica que los jesuitas alcanzaron poco éxito en sus intentos por evangelizar a los timucuanos, y solo los franciscanos conocieron algunos logros. Los carteles colgados en las paredes añaden que los colonos ingleses de Carolina animaron a los nativos para bajar al sur y atacar las misiones españolas, por lo cual, hacia el año 1700, se había consumado la destrucción de las misiones. En 1702, las tres misiones de Amelia fueron trasladadas a San Agustín y otras zonas de Florida. Los timucuanos, que ya estaban adoctrinados en los principios cristianos de los misioneros, continuaron viviendo en pequeños refugios servidos por frailes católicos. Su número continuó declinando, y, cuando España cedió Florida a Gran Bretaña, los españoles la abandonaron para instalarse en Cuba, y los últimos timucuanos los acompañaron.

En recuerdo de esta raza, el Departamento americano de Parques Nacionales ha declarado un área muy extensa como *Timucuan Ecological and Historic Preserve*. Uno de los enclaves de esta reserva es la plantación de esclavos Kingsley, muy interesante porque conserva los restos de las chozas dedicadas a los esclavos, así como la casa señorial principal; esta, en buen estado. Hay unos sencillos pero elocuentes paneles interpretativos, pues entre otras cosas ilustran sobre cómo bajo las leyes españolas los esclavos podían mejorar su condición e incluso alcanzar la libertad, pero que todo cambió bajo las nuevas leyes, cuando en 1821 Florida se convirtió en territorio americano.

La gran estrella del Timucuan Preserve es sin duda todo lo dedicado a *Fort Caroline*, tanto el centro de interpretación como el propio fuerte, el que instalaron los franceses y desmanteló Menéndez de Avilés. Los murales del centro indican que «tras la

acción de Menéndez sobre los hugonotes, España retuvo la Florida por los siguientes dos siglos. Su legado incluye la introducción de cítricos y el manejo del ganado en Florida, así como un sistema de misiones católicas a cargo de los franciscanos. Algunos nativos se dejaron convencer, otros se rebelaron. Los *raids* ingleses se prolongaron hasta los albores de 1700».

El fuerte se halla declarado como *Fort Caroline National Monument*, y su magnífica reconstrucción permite hacerse una cabal idea sobre el fulgurante ataque de Menéndez de Avilés contra los desprevenidos guardianes franceses. Quienes siempre habían concebido un ataque por el río, en cuyas orillas se emplazaba el fuerte, pero nunca por la retaguardia, defendida por selvas y marjales casi impenetrables, precisamente por donde progresó el astuto e implacable Menéndez para sorprender a los franceses.

Como parte del conjunto existe el lugar llamado *Spanish Pond*, donde presuntamente acamparon los españoles en su última jornada antes de alcanzar el fuerte Caroline. Un mural adyacente ilustra fielmente con un dibujo lo que debió significar el avance español durante cuatro días de lluvias intensas, que no dejaban oportunidad siquiera a sentarse en lugar seco, y abriéndose camino por bosques inextricables y entre aguas pantanosas, señoreadas por toda suerte de insectos y reptiles, desde culebras venenosas hasta cocodrilos.

Cerca de allí se alza un monumento que es réplica del que en su día erigió el hugonote francés Jean Ribault. Había llegado a la boca del hoy río Saint John, y por arribar en mayo lo llamó río de Mayo, levantando el monolito. Dos años después, llegaría al mismo punto Laudonnière, procediendo a construir el fuerte Caroline. En el punto, una inscripción reza con orgullo que ellos «fueron los primeros protestantes en Norteamérica».

Si seguimos bordeando la costa por la carretera A1A, que discurre ajustada al océano, arribaremos a la capital española de la Florida por antonomasia, San Agustín, una ciudad por completo distinta al urbanismo norteamericano, como ocurre con todas las viejas ciudades españolas en Estados Unidos. No en vano San Agustín fue el centro de 250 años de permanencia española en Florida, y razones tiene para que la atmósfera que se respira en ella sea netamente hispano-andaluza, con sus calles principales atestadas de paseantes, sus casas abalconadas, con enrejados, maderas y todos los elementos tradicionales de la arquitectura española. Con numerosos nombres evocadores de las viejas épocas, y con copiosa presencia de banderas españolas, muy especialmente las enseñas de los castillos y leones y la cruz de San Andrés.

Por ello, lo mejor que se puede hacer en San Agustín es callejear por ella, confundiéndose entre las miríadas de turistas nacionales

que probablemente se preguntan qué clase de urbe es esta, tal es su expresión cuando contemplan esa ciudad tan ajena a su mundo. Las calles del barrio español antiguo, a través de escaparates de comercios, bares, como la *Taberna del Gallo*, y otros atractivos nos llevarán hasta la plaza de la catedral, oficialmente llamada «de la Constitución» (por la de Cádiz). Es, como no podía ser de otra manera, la clásica plaza rectangular de todas las plazas de Armas hispanas de las Américas. En ella, también inevitablemente, pues tales eran las Ordenanzas, se sitúan el palacio de la gobernación y la catedral; esta, recompuesta y nada cautivadora. En el centro de la plaza, el quiosco de música, y, en una de sus caras, la estatua de Ponce de León, el descubridor de Florida y el primer europeo en pisar el suelo de Estados Unidos.



*En la Florida, España llegó a fundar más de cien misiones, administradas por los franciscanos.*

San Agustín ofrece una sorpresa agradable en cada uno de sus rincones: la Avilés Street, en homenaje a su fundador, Pedro Menéndez de Avilés; la Tovar House, cuyo propietario, el infante de marina José Tovar, permaneció en el período de interregno británico sobre Florida; la casa de los González Álvarez, la llamada *the oldest house*, como reza una placa que añade que, por más de tres siglos, la casa fue ocupada por agustinianos. A su lado se sitúa otra casa antigua, la de Fernández Llambias, sobria pero con un soberbio jardín adosado.

Mas sin duda el buque insignia de la españolísima San Agustín es el castillo de San Marcos, la fortaleza cuya reciedumbre permitió



a España conservar la Florida durante más de dos siglos. San Marcos fue atacado, asediado, bombardeado, pero nunca claudicó ni pudo conquistarse. Nadie pudo salvar sus murallas de coquina, el durísimo material fabricado con conchas marinas machacadas. Y lo que no pudieron las armas británicas lo lograron los despachos, cuando durante un tiempo Florida fue cedida a los ingleses para recuperar Cuba.

El fuerte de San Marcos, donde ondea la enseña borgoñona, es el monumento más visitado de San Agustín. Posee un gran patio central, donde se concentraba la población de los alrededores cuando se producía un ataque, y una escalera lleva a la azotea, amplia y ocupada por recios cañones dirigidos a los cuatro vientos, muchos de los cuales conservan su troquel de fabricación en Sevilla. El fuerte, inicialmente construido de madera, fue reforzándose en la medida que los ataques piráticos (Drake entre ellos) y las razias inglesas lo hicieron necesario, hasta culminar en el material de la coquina, que hicieron al castillo definitivamente inexpugnable.

Pero la visita a San Agustín no se limita a sus calles y al fuerte, sino que en sus alrededores hay otras muchas cosas interesantes. A unos tres kilómetros al norte del castillo se sitúa el bien conservado paraje que albergó a la primera de las misiones de la Florida: Nombre de Dios. Un mural a su entrada explica que,

... el 8 de septiembre de 1565, don Pedro Menéndez de Avilés y el padre Francisco López de Mendoza Grajales fundaron el pueblo de San Agustín y la misión de Nombre de Dios, 55 años antes de los pioneros de Plymouth Rock. Luego celebraron la primera misa en América y después los españoles lo festejaron con una cena de acción de gracias.

Fue este, pues, el primer día de *Thanksgiving* en los Estados Unidos, no solo antes del de los pioneros anglosajones, incluso antes del que también celebrara Juan de Oñate al cruzar el río Grande y penetrar en Nuevo México.

La misión de Nombre de Dios fue el primero del gigantesco esfuerzo evangelizador en la Florida. Apenas queda nada de la impresionante cadena de misiones aquí fundadas, y por ello pocos saben que, 200 años antes de la primera de las famosas misiones californianas, había en Florida más de cien misiones en funcionamiento. Una placa en bronce detalla el emplazamiento y el nombre de cada una de estas misiones, y asombra en verdad la densidad de fundaciones, un desvelo descomunal malbaratado por las razones expuestas.

En el sitio de Nombre de Dios pueden verse otras cosas. Por

ejemplo, una estatua del padre Mendoza Grajales, el capellán jerezano de la expedición de Menéndez de Avilés. Es una escultura de gran porte, y el fraile alza la vista y los brazos hacia el cielo, como implorando la ayuda divina para la ímproba, grandiosa empresa que en esos momentos se abría ante él, nada menos que la evangelización de América del Norte.

Muy cerca de ella se ha reconstruido el remedo de lo que debió ser el altar en el que se celebró la primera misa, bajo la devota presencia de Menéndez y los soldados españoles.

También muy cerca se halla el santuario llamado de *Nuestra Señora de la Leche*, erigido a principios de 1600 y dedicado a la Virgen María y a todas las que van a ser madres. Honra, pues, a la maternidad, y consiste en una muy sencilla capilla, revestida toda ella de un recubrimiento de hojas verdes, y en cuyo interior se guarda una imagen de la Virgen con el Niño.

Todos los elementos anteriores hacen de Nombre de Dios un paraje especial, el cimiento espiritual de Florida, como resume uno de sus carteles, que se refiere a él diciendo que este fue el «sitio más sagrado de América». El río, arropado por ribera de cañaverales, lame mansamente los contornos, en el lugar donde desembarcó la expedición pionera de Menéndez de Avilés. Por ello, en el año 1965, cuando se cumplieron 400 años desde este arribo, las autoridades norteamericanas erigieron una inmensa cruz que conmemora el hecho y que es visible desde mucha distancia.

Algo más al norte de Nombre de Dios, aprovechando las excavaciones arqueológicas que se realizan en toda la zona en busca de restos españoles e indígenas, se anuncia un atractivo reclamo: «Fuente de la juventud». Se trata de un conjunto que mezcla la realidad con la fantasía. La realidad probable descansa en el monolito que anuncia que cerca de este punto desembarcó Juan Ponce de León en su viaje costero contorneando la Florida. Realidad también es la piedra con una placa que recuerda que aquí Menéndez de Avilés ordenó construir el fuerte de San Juan de Pinos, el que destruyó Drake veintiún años después, en 1586.

Fantasía, en cambio, es apuntar el lugar como probable emplazamiento de la famosa *Fuente de la Juventud*, la que dicese buscó Ponce de León en su segundo viaje. La quimera ha permitido organizar un tinglado turístico, donde al visitante se le da a beber un vaso de un agua con acedo sabor a azufre. En todo caso, lo mejor de las instalaciones es un diorama muy bien hecho, en el que, a tamaño natural, Ponce de León, rodeado por sus hombres y contemplado desde lejos por una carabela que se balancea en el océano, observa pensativo el manantial que devolvía la juventud perdida.

Un poco más al norte todavía, otro lugar histórico de gran interés, *Fort Mose*, el poblado de africanos que la monarquía española quiso fundar para albergar a los esclavos que venían huyendo de las plantaciones británicas de Carolina y Georgia. Toda una épica la de estos miserables que arrostraban los peligros de la fuga, perseguidos por perros adiestrados y atravesando humedales y manglares imposibles. Todo por alcanzar el dorado estatuto de libertad que concedía España a los esclavos en América del Norte. El fuerte Mosé se construyó para ellos y conoció muchas vicisitudes, así como continuos ataques por parte de los irritados plantadores ingleses. Por desgracia, al hallarse instalado sobre áreas pantanosas, nada queda del fuerte, pero sí se han encontrado muchos vestigios. Hay obras en el lugar, y un gran letrero anuncia que con los restos aflorados se ha de levantar un centro de interpretación dedicado a Fort Mose y su rica historia.

El último de los focos de interés en el entorno de San Agustín se localiza a unos quince kilómetros en dirección sur, y siempre bordeando la costa. Se trata de otro monumento administrado por Parques Nacionales, Fort Matanzas. El nombre deriva de la muerte de los hugonotes franceses tras el ataque sorpresa de Menéndez de Avilés, pero las razones de su construcción fueron estratégicas. Como había probado el georgiano Oglethorpe, remontando el río Matanzas se podía atacar la ciudad de San Agustín, quedando fuera del alcance de los cañones del fuerte de San Marcos. Para evitar algo así, se levantó este pequeño pero sólido y compacto fuerte, que permanece en perfecto estado tras sus obras de restauración. Fort Matanzas probó su efectividad poco después, cuando sus baterías pudieron rechazar un segundo intento de invasión de Oglethorpe.

Hoy, el fuerte es un monumento protegido, al que se accede por una pequeña embarcación gestionada por el Servicio de Parques Nacionales, una de las administraciones que mejor funcionan en Estados Unidos, y que despliega sus competencias en la totalidad del país. Un jubilado voluntario, como es habitual en el Servicio, recibe al público a este lado del río, y en el propio fuerte un guía vestido al uso militar de la época española imparte las explicaciones en el mismo fuerte. Desde la azotea, y con la callada compañía de los cañones, se divisa el río en toda su largura, y, por detrás, una extensión inmensa y solitaria de marismas.

La continuación de la ruta por la A1A nos permitirá disfrutar de la fascinante costa atlántica de Florida, en aquellos puntos donde la presión civilizadora no haya llegado en forma de edificios. Uno de esos puntos es la ensenada de Ponce de León, con el faro del mismo nombre, dedicado a quien navegó por este litoral. Pero sin lugar a dudas el tramo de costa más prístinamente conservado es una vez

más el administrado por el Servicio de Parques Nacionales, el *Canaveral National Seashore*, una playa virgen prolongada durante decenas de kilómetros, recorrida por los pelícanos y muchas otras especies de aves marinas, visitada solo por unos pocos pescadores de caña, así como por los turistas que desean comprobar qué semblante real, libre de los gigantes de cemento, tuvo la orilla que recibió a los colonizadores británicos y, mucho antes, a los exploradores españoles, como los ya mentados Ponce y Menéndez, más Vázquez de Ayllón, Esteban Gómez o Villafañe. En uno de los enclaves de esta costa, Boca Ratón, un lugar ya cercano a Miami y que no ha logrado evitar sus tentáculos, desapareció el hijo de Menéndez de Avilés, al que su padre estuvo inútilmente buscando durante mucho tiempo.

Desde Miami, capital actual del mundo hispano de Florida, se puede cruzar de este a oeste la península a través de alguna de las dos carreteras que la atraviesan, y ambas nos conducirán a través del universo húmedo de los Everglades, declarado Parque Nacional y verdadero santuario faunístico, cuya visita se recomienda encarecidamente. Al otro lado comenzaremos a remontar la Florida por su parte occidental, utilizando la autopista 75.

Ella nos llevará a un lugar de interés situado en las inmediaciones de Sarasota. Se trata de *Warm Mineral Springs*, hoy, un balneario y, ayer, según aseguran sus gestores, el verdadero lugar que trató de encontrar Ponce de León en su búsqueda de la fuente de la eterna juventud. En efecto, una placa en su entrada dice que, según documentos históricos auténticos, «este manantial es el que buscó en vano Ponce de León. Oyó de los indios su existencia y en 1521 hizo su segundo viaje para la búsqueda de esta fuente. Sus barcos fueron anclados en Charlotte Harbor, algo al sur del manantial, y de resultas de un ataque indio resultó herido, regresando y muriendo poco después». Añade la inscripción que, «por siglos, los indios habían viajado en busca de su salud y bebieron y se bañaron en estas aguas. Jonas E. Miller, de Washington D. C., investigó tanto en Estados Unidos como en el extranjero, concluyendo con lo dicho».

De modo que, según esta información, en el lugar llamado *Warm Mineral Springs* radicaría uno de los grandes mitos del Nuevo Mundo. Hoy se trata de un gran estanque con unas aguas tibias, de las que mana un intenso olor a azufre. En él se congregan gentes de mayor edad, que buscan recobrar esa juventud que ya desertó de los cansados cuerpos.

Muy pocos kilómetros después alcanzaremos uno de los hitos señeros para la historia española en Florida, Bradenton, la boca de la bahía de Tampa donde desembarcó la expedición de Hernando de

Soto, y donde cada año se celebra la «semana de De Soto», con escenificación de la llegada del conquistador a las playas y las primeras escaramuzas con los naturales.

El National Park Service nos brinda esta vez un magnífico homenaje a la gesta en el *De Soto National Memorial*, un conjunto instalado muy cerca del escenario de la arribada, y que por descartado es acreedor de una visita detenida. En los accesos al edificio principal, varios letreros en piedra y en bronce y diversos murales recuerdan al visitante la historia de De Soto, desde sus tiempos de conquistador en el Imperio inca, recalcando su personalidad, «parca en palabras y sobrada en experiencia». Relata después cómo, siendo ya rico hacendado en España, «continuó soñando por mayor gloria y riqueza, confiando en que podía vencer, como en el pasado, por el poder de su lanza y de su espada». Así que lo apostó todo en una nueva empresa, la colonización del este de Estados Unidos, donde entregó su vida.

Un recio bloque de piedra lleva el título de *The Soto Trail*, y se encuentra erigido por *The National Society of the colonial dames of Florida*, con motivo del 400 aniversario de la llegada del conquistador a tierras de Florida. Contiene una inscripción que señala que «aquí desembarcó y comenzó su marcha hacia el Misisipi».

También en las explanadas de acceso al centro se ha reproducido el campamento español de Ucita, que, a la llegada de De Soto y sus hombres, quedó al mando del capitán Calderón, mientras el Adelantado y sus hombres comenzaban su progresión hacia el norte.

En el centro de interpretación, el elemento principal es un audiovisual que, mediante la técnica del docudrama, narra los pormenores de la expedición. Destacan en el guion su objetividad y su adscripción al relato veraz, con las luces y sombras que tuvo la empresa. Termina diciendo que, para la Corona española, el viaje de De Soto fue decepcionante, pero que fue decisivo para las exploraciones posteriores y esencial en la historia de los Estados Unidos.

Desde el centro parte un sendero que conduce al llamado *Shaw's Point*, el que está considerado lugar exacto donde tuvo lugar el contacto de De Soto con el territorio de Estados Unidos. La ruta discurre por un laberinto de manglares y frondosidad selvática, que deja entrever, de cuando en cuando, una estrecha lengua de playa de arena. Es un sendero muy curioso, porque, disimuladas en la vegetación, aparecen las siluetas de figuras en tamaño natural, con los personajes que un día hicieron historia en este enclave: un conquistador con sus perros, unos indios escrutando la selva, el propio De Soto a caballo...

El sendero remata en el propio punto de Shaw y en un monumento a la Sagrada Eucaristía erigido por la vecina diócesis de Venice. Este monumento contaba antes con una estatua de Hernando de Soto de tres metros de altura, cuyo pie decía lo siguiente: «Hernando de Soto, 1500-1542. Conquistador de la Fe. Explorador de Florida. Descubridor del río Misisipi». No figura explicación de las razones por las cuales no existe ya esta estatua.

Un poco más adelante se alza una gran cruz levantada «en memoria de los doce religiosos que acompañaron la expedición española de 1535 y de los nativos americanos que habitaron en estas orillas». Y ya en el propio punto de Shaw, un personaje que vivió largo tiempo aquí en una cabaña, como un solitario eremita, el denominado *Shaw's point archeological site*, final del camino.

La ruta de Hernando de Soto comienza pues aquí, en Bradenton, y para desmenuzarla hay que seguir más o menos la actual carretera 41. A lo largo de ella aparecerán algunos templete de madera que, bajo el nombre común de *The Soto Trail*, recuerdan episodios que ocurrieron en los lugares marcados. El primero, situado entre Bushnell y Floral City, explica que en este lugar hubo escaramuzas entre españoles e indios, de lo que se han hallado restos. Añade que el cruce de los pantanos y el río fue épico, como recordaron dos mujeres supervivientes que escribieron sus memorias en Sevilla veinte años después: «El agua llegaba a las rodillas, a la cintura o por encima de la cabeza». «It was not only play», termina la leyenda donde se encuentra el sencillo armazón que rememora el hecho.

La carretera se adentra por un paisaje de árboles cuajados del *Spanish moss*, colgando de las ramas como estalactitas vegetales. Más adelante hay otro hito que narra, una vez más con dibujos excelentes, los sucesos de Ocale, cuando los guías indios persuadieron a los españoles para dirigirse hacia una tierra «rica», guardadora de oro y metales. Una simple añagaza indígena para alejar a los españoles, que llegaron exhaustos y a punto de perecer de inanición.

Sobre la carretera, y poco después de Inverness, hay otro pueblo llamado Hernando, y en la localidad de Lake City dejaremos la carretera 41 para girar bruscamente a la izquierda, como hizo De Soto, para enfilarse derechamente hacia el oeste, en busca de Tallahassee. Lo haremos siguiendo la carretera 90, que marcha paralela a otra de las grandes arterias estadounidenses, la 10. Pasado Lake City, hay otro templete de la serie *De Soto Trail*, que narra las vicisitudes de la travesía del territorio apalache, donde ya nos hallamos. Cuenta el mural que «el verano lluvioso y el otoño de 1539 habían aumentado el cauce del río Uchilla, que, si normalmente llevaba de 10 a 15 yardas de agua, ahora se expandía sobre unas

200 yardas de anchura. Los españoles cortaron pinos para hacer un puente, y los indios apalache, que aguardaban ocultos al otro lado del río, les tendieron una emboscada, hiriendo a varios soldados. Los españoles lograron desbaratar el ataque, pero aun así el cruce fue precario, pues emplearon en él dos días y medio, ahogándose un caballo».

Tallahassee, la capital del estado de Florida, es otro de los enclaves señeros en la ruta de De Soto. En el año 1987, el arqueólogo Calvin Jones descubrió por casualidad una pieza que resultó ser española del siglo XVI. Propuso entonces liderar un equipo de arqueólogos que trabajaran en la zona, y lograron descubrir hasta 40.000 objetos españoles de la misma época: monedas, trozos de hierro, clavos, platos, jarras..., hasta que descubrieron el hueso de un cerdo. Este animal no poblaba América antes de la llegada de los españoles, y se sabía por las crónicas que Hernando de Soto había llevado pjaras de cerdos en su expedición por Estados Unidos; parte de los cuales, para el abastecimiento de la tropa, y parte, para regalar a caciques amistosos con fines de crianza. La conclusión científica era que se había localizado, sin género de dudas, el primer campamento de invierno de Hernando de Soto, el de 1539 a 1540.

El *De Soto Park* está dedicado al suceso. Una de las *historic markers* que jalonan de este a oeste el territorio norteamericano explica el hecho, y al lado hay un templete que incorpora fotografías de algunos de los objetos desenterrados.

Sin abandonar Tallahassee, encontraremos otro vestigio hispánico bien sorprendente, la misión de San Luis de Apalache. Fue uno de los establecimientos misioneros fundados por los españoles en Florida, entre 1560 y 1690. Todos ellos sucumbieron a la destrucción por los indios o los ingleses, el fuego, o por la acción de los agentes naturales, como huracanes e inundaciones.

San Luis no mereció mejor suerte. Disponía de un fuerte alledaño, y a principios del siglo XVII, cuando los caciques de las tribus apalaches pidieron protección a la Corona española frente a las embestidas de los colonos británicos, fue fundada para acoger a esta raza, que se había manifestado como una de las más avanzadas de América del Norte. Practicaban la agricultura, sobre todo maíz y judías, y, cuando se integraron en la misión, asimilaron los nuevos cultivos y las técnicas agrícolas europeas. Durante tres generaciones vivieron tranquilos en la misión de San Luis, que además fue el cuartel general de las fuerzas españolas situado más al oeste de la Florida.

Pero también fue creciendo la presión de las colonias vecinas, que se hizo incontenible con las incursiones devastadoras de

personajes como James Moore por tierras floridananas. Nunca pudieron someter el bastión de San Agustín, pero las misiones interiores, no tan férreamente protegidas, sucumbieron. Cuando avanzaron las huestes de Moore, comprendiendo que toda resistencia era inútil, la misión de San Luis fue abandonada por todos sus moradores e incendiada con todos sus edificios, incluido el fuerte, para que no pudiera ser aprovechada por los invasores.

Esto marcó el crepúsculo de la raza apalache. Una parte de los supervivientes fueron conducidos como esclavos a las plantaciones del norte. Los que escaparon con los españoles se diluyeron en Pensacola o San Agustín, y los últimos marcharon a Cuba cuando España abandonó la Florida.

El estado de Florida ha realizado un gran esfuerzo para reconstruir la misión de San Luis, y la visita al recinto constituye toda una experiencia que permite asomarse a lo que fue la vida diaria en una de las muchas misiones de Florida. La labor ha sido primorosa, y hoy podemos visitar la iglesia, de unas dimensiones enormes; los edificios anejos, como la capilla cural, las casas de los neófitos, e incluso se ha recuperado el centro ceremonial indígena, pues los indios, a la par que incorporaban la cultura y las costumbres españolas, nunca se desprendieron del todo de las propias.

El conjunto estará finalizado cuando se reconstruya el fuerte de San Luis, actualmente en proceso. Y de esta forma, el complejo habrá rematado una de las más notables muestras de la huella española física en Estados Unidos.

Ahora debemos abandonar la ruta de De Soto y encaminarnos hacia el sur por una pequeña carretera, la 363, hasta alcanzar la localidad de Saint Marks. Desde aquí, indicaciones en el camino nos guiarán hasta un nuevo punto de importancia para la presencia española en Estados Unidos, el fuerte de San Marcos de Apalache. Se sitúa estratégicamente en la confluencia de los ríos Saint Marks y Wakulla, y quien por vez primera visitó el área fue Pánfilo de Narváez, quien llegó con sus 300 hombres por tierra y aquí construyó barcos, con los cuales realizó una desastrosa singladura que culminó con la muerte de casi todos ellos.

En 1679 el gobernador de Florida ordenó la construcción de un fuerte en el punto de la confluencia, pero, al ser de madera, solo tardó tres años en ser quemado por los piratas. En 1739 se ordena edificarlo en piedra, y conoció muchas vicisitudes en esa época políticamente confusa de América del Norte de finales del siglo XVIII. Una de ellas, la pintoresca aventura de William Bowles, que levantó a las tribus creek, prometiéndoles una nación independiente. Conduciendo a 400 indios, logró tomar el fuerte de



San Marcos e izar bandera propia, que ondeó hasta que, cinco semanas más tarde, España envió nueve barcos para conjurar la aventura.

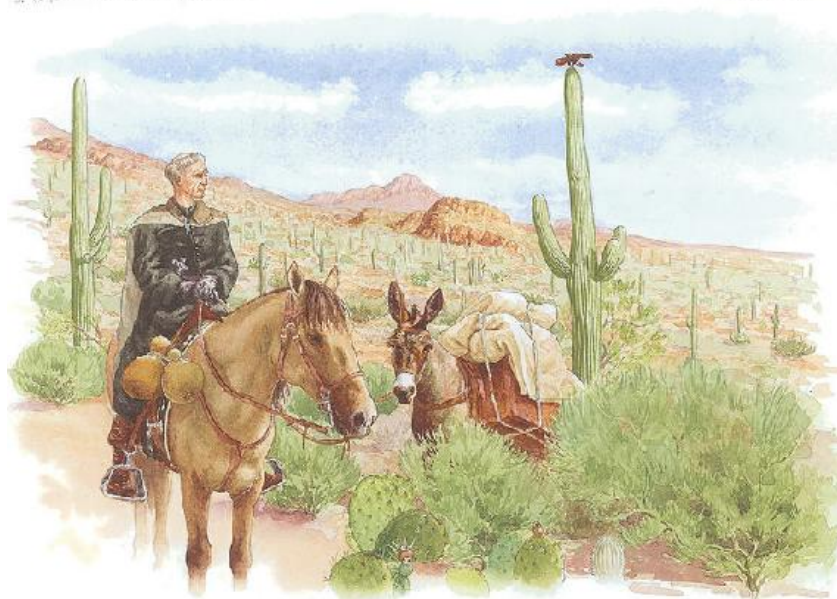
Más tarde, el general de Estados Unidos Andrew Jackson penetró sin permiso español en la zona, so pretexto de perseguir a dos ingleses que se suponía estaban sublevando a los indios, aunque detrás se ocultaban los anhelos norteamericanos sobre la Florida española. Durante unos días la bandera de las barras y estrellas tremoló sobre el fuerte, hasta que las negociaciones diplomáticas hicieron retirarse a Jackson. Tres años después, España cedía formalmente Florida a Estados Unidos y terminaba la historia del fuerte cuando sus piedras fueron utilizadas para construir un hospital.

San Marcos de Apalache es hoy un área protegida, donde nada queda del fuerte original, aunque sí se puede disfrutar de la información que ofrece el centro de interpretación sobre su historia, y sobre todo de un paseo hasta el lugar donde el fuerte estuvo emplazado, la junta de ambos ríos, cuyo entorno permanece en el mismo estado que contemplaran Pánfilo de Narváez y los suyos, en los albores de la densa historia de San Marcos.



*Muchos años antes de la acción de gracias de los pioneros ingleses, España había celebrado su entrada en el oeste de Estados Unidos.*

# EL GRAN OESTE



*La labor pobladora y evangelizadora del padre Kino le hizo merecedor del título de «padre de Arizona».*

# Arizona

## El destino del padre Kino

Había nacido Eusebius Chini, Kino, en Segno, Italia, y una grave enfermedad a los 18 años marcó su vida, pues prometió que, de recuperarse, se haría misionero, renunciando incluso a una cátedra de Matemáticas. Y así fue, porque poco después ingresaba en la Compañía de Jesús, la orden fundada por Ignacio de Loyola como brazo intelectual para combatir la Reforma protestante.

Fue destinado a México, donde la Compañía desarrollaba su labor misional en las provincias de Sonora y Sinaloa, en la región de la Nueva Vizcaya, desde donde hacían ya progresos hacia la región de la Pimería, que se adentraba ya en tierras de la actual Arizona.

Kino fue inicialmente destinado a la Baja California, un territorio sumamente difícil no solo para misionar, sino incluso para sobrevivir, dada su naturaleza desértica, en el límite de la agricultura viable por falta de lluvias. El rey de España, visto el enorme coste de mantener las misiones allí y las nulas posibilidades de la tierra, decidió suspender la actividad misionera y Kino, que siempre conservaría en la memoria y en sus intenciones la evangelización de la Baja California, fue trasladado al norte, a la Pimería Alta, donde en el año 1687 fundó la misión de Nuestra Señora de los Dolores, donde halló buena acogida por parte de los indios del entorno, y que sería su base de operaciones durante los siguientes veinticuatro años.

Desde allí, el espíritu emprendedor de Kino acometió nuevas singladuras espirituales. Acompañado del visitador padre Salvatierra, se adentró en Arizona en 1691, donde comprobaron la buena disposición de los nativos hacia la nueva doctrina, lo que causó tan buena impresión a Salvatierra que informó acerca de las grandes posibilidades de esta región para la expansión de la fe, objetivo que se encomendó al entusiasta Kino.

En 1694 volvió el jesuita a la zona, pasando por el lugar llamado Casa Grande, desde donde la tradición decía que habían partido los aztecas en su búsqueda de un nuevo lugar para asentarse, y que hallarían muy al sur, en la isla de Tenochtitlan.

El padre Kino fundó en el sur de Arizona la misión de Nuestra Señora de los Dolores, su base de operaciones durante los siguientes 24 años. Pero su celo misionero y su gran inquietud lo llevaron enseguida a explorar nuevos territorios donde expandir la fe y la cultura material hispana, entre ellos, otro gran centro de operaciones, San José de Tumacácori, con su misión aldeaña de San Gabriel de Guevavi y la *visita* de Calabazas.

Kino recorrió miles de kilómetros, fundando misiones, y cada vez formaba a un grupo de indios, a los que enseñaba los oficios necesarios para el levantamiento del templo y las dependencias misionales, como albañiles, carpinteros, herreros y pintores, y luego pedía a México no solo nuevos misioneros, sino ganados y semillas para convertir la misión en un centro autosuficiente, consciente de que la nueva religión católica tenía que venir acompañada de ventajas materiales que la hicieran atractiva. En cumplimiento de la estrategia española, introdujo en Arizona novedades como el ganado, trigo y frutales, arquitectura, música..., induciendo cambios sensibles en las razas indias, que pasaron de nómadas y guerreras a estables y pacíficas. La religión no significaba doblegarse ante la pésima disposición de una tierra inhóspita, sino vencerla sembrando, criando ganados, mejorando la capacitación, ya que su propósito era elevar la condición espiritual y material del indio.

No siempre le salieron bien las cosas. Soportó estoicamente las maledicciones que provocaba su descomunal actividad, fruto de la habitual envidia hacia quien hace en demasía. Otra vez, habiendo dejado encargado de la misión de Caborca al padre Saeta, cierto indio capataz de un rancho maltrató a un semejante, lo que encendió la cólera de la tribu. Blandiendo armas se dirigieron a la misión, en cuya capilla rezaba el padre Saeta, quien salió a dialogar, pero recibió dos flechas que le atravesaron el pecho. Tuvo tiempo el padre de regresar a la capilla, abrazarse a su crucifijo y morir. La evangelización de América es una epopeya regada profusamente con sangre española. La llama de la rebelión general india se avivaba, porque la autoridad española deseaba vengar el suceso. El padre Kino, usando la palabra, logró sosegar los ánimos de todos y que las condenas sobre los responsables fueran más leves.

Kino hizo no menos de 36 largos viajes a través de la Pimería Alta, además de innúmeros traslados adicionales para visitar las más de doce misiones fundadas por él, entre ellas, la de San Xavier del Bac. Muchas veces se hizo acompañar del también jesuita y viajero padre Salvatierra, y desde el principio supo ganarse la

amistad de los nativos con regalos, a cuyo efecto siempre llevaba una mula repleta de ellos.

Su lema era que es más fácil enseñar a un indio bien alimentado que a uno hambriento, y por tal razón desarrolló la ganadería y la agricultura en los nuevos territorios. Con ello impulsó cambios en cadena entre la sociedad indígena, pues los pimas se asentaron cerca de los campos de trigo, para proteger sus cosechas de las incursiones apaches, con lo cual dejaron de vivir dispersos para tender a concentrarse en poblados.

Pero Kino no olvidaba a los nativos de la isla de la Baja California, abandonados a su suerte por la pobreza de la tierra. Era imposible, por costoso, abastecerlos por mar, hasta que un día descubrió en Arizona unas conchas azules, llamadas *abulones*, idénticas a las que había visto en la propia costa de la Baja California. Fino geógrafo, dedujo que la supuesta isla no era tal, sino que la Baja y la Alta California estaban unidas por tierra. Montó entonces sobre su caballo y viajó hasta asomarse a un cerro, comprobando que la Baja California no era isla, sino península. Así que enviar una cabeza de ganado allí no costaba 300 pesos en barco, sino 20 centavos por tierra, y las misiones de la Baja California eran viables. Y es que Kino no solo era un jesuita, sino un científico, en cuyo haber figura una cartografía completa de la región. Desde entonces intentó establecer una ruta de comunicación por tierra con las misiones de la Baja California, para evitar el inseguro abastecimiento a través del mar de Cortés. E incluso diseñó el llamado *fondo piadoso*, una cantidad donada por acaudalados de México, con cuyas rentas pudieran sostenerse las misiones de la Baja California.

Kino hizo toda su labor dentro del engranaje español, al igual que otros extranjeros como Colón o Magallanes, aunque hoy cada 12 de octubre Nueva York se engalane con la bandera italiana, y como si permitiéramos que Portugal se apropiara de la primera vuelta al mundo (o como la película *La misión*, que ensalza la labor de los jesuitas, ocultando deliberadamente que todo el sistema misional guaraní era una obra financiada e impulsada por el rey de España).

Díjose de él que su labor pacificadora fue más eficiente que la de varios presidios con sus soldados. Su fe en su misión y en la Providencia lo llevaron a viajar solo en una región poblada de tribus aguerridas, pero jamás fue atacado ni molestado, salvo por fiebres regulares, que él curaba por el método de someterse a seis días de ayuno, «rebajando la naturaleza».

Cuando los españoles se adentraron en el suroeste de Estados Unidos, encontraron grupos étnicos que habían desarrollado su propia arquitectura, en especial los indios pueblo, y, como hombres prácticos, asimilaron sus fórmulas y las mezclaron con las españolas, resultando un estilo peculiar, fácilmente perceptible en la actualidad. Ni siquiera los pioneros angloamericanos, en su intento por desplazar este estilo e imponer el propio pudieron con él, y desde el inicial desdén se desató, a finales del XIX, una verdadera fiebre hacia el llamado *Pueblo Revival Style*, que ha sobrevivido hasta hoy.

Y lo ha hecho por su intensa adaptación al entorno y a los materiales disponibles, así como a su probada eficacia contra el clima, en especial, el calor. Cuando arribaron los españoles, observaron que los indios ya sabían utilizar el adobe, solo que más rudimentario, dispuesto en líneas sucesivas que lograban elevar las casas hasta ocho pies. Los españoles importaron su más perfeccionado ladrillo de adobe, de paredes más gruesas, con el que lograron alcanzar alturas de treinta pies.

El adobe, que procede del término árabe *atob*, es una mezcla de paja y barro secada al sol que requería una esmerada técnica, pues un exceso o defecto de arcilla hacía que las paredes se desmoronaran o se agrietaran. Como aislante del frío o el calor resultaba insuperable, y su defecto es su frágil resistencia al paso del tiempo, pues la sucesión de lluvias, vientos y soles acaba por deshacerlo, como puede observarse en muchas misiones desbaratadas, lo que no ha ocurrido con la piedra. Otra característica de las construcciones, incorporada de los nativos, fueron las formas redondeadas en los remates de fachadas y ventanas.

Los españoles introdujeron otros elementos arquitectónicos: las vigas de pino, el árbol dominante en la región, que tienden a sobresalir de las fachadas; el blanqueo con cal en las paredes exteriores e interiores, donde muchas veces se añadía engrudo para fijar la cal; el empleo abundante de madera y hierro, el cual enreja las ventanas; la azotea, presente en las construcciones de clima más ardiente, como el de Arizona. La azotea, además de aislante, sirvió para desecar los alimentos vegetales de cara al invierno.

Los españoles emplearon escasamente la teja roja en Nuevo México y Arizona, pero de modo abundante en California. E importaron sus mecanismos defensivos contra el calor, traídos de la caliente Andalucía tras el paso de los árabes por la Península. Así, el patio y el traspatio, ajardinado y, de ser posible, con fuente, como se observa en el palacio de los gobernadores de Santa Fe; el uso abundante de los corredores, que hacen circular el aire, refrescándolo; el embaldosado de suelo y paredes, con idéntica función enfriadora.

El resultado final de esta combinación de elementos árabes, ibéricos y nativos fue un estilo inconfundiblemente bello, de enorme personalidad, que ha traspasado las fronteras del tiempo; el estilo que puede disfrutarse al pasear por las calles de Santa Fe, la capital de Nuevo México.

Kino murió un día en silencio en uno de sus viajes. Murió el infatigable viajero, evangelizador, fundador y explorador, pero su recuerdo perdura en las estatuas y lugares con su nombre que pueblan la región. Y sobre todo en las tribus indias que salvó de la extinción, la que acaeció a los nativos en las áreas de dominio inglés. Por todo ello, con justicia se le considera como el *padre de Arizona*.



La ocupación de Arizona no conoció grandes epopeyas, sino que se trató de un proceso lento y difícil, que se mantuvo gracias a la labor tenaz de los misioneros, ya que la aridez extrema de la tierra se prestaba escasamente a la colonización.

Existió un fugaz repunte en esta lenta progresión, cuando fueron aflorados minerales de plata en el paraje llamado Arizonac. El real de minas de Arizonac atrajo de inmediato colonos españoles, *gente de razón*, pero apenas fue un espejismo, pues, tras las prometedoras planchas de plata en superficie, las vetas se agotaron. Los colonos tuvieron entonces que desarrollar el modelo convencional de explotación de la tierra, basado en la ganadería y la agricultura, empleando a fondo las técnicas agrícolas basadas en las acequias, los pozos y las norias, para extraer frutos de una tierra tan poco propicia.

La labor misional sufrió un gran retraso cuando, a causa de ciertos abusos y malos tratos por parte de soldados españoles sobre los pimas, estos se sublevaron, mataron a un capataz de rebaños y luego se dirigieron a la misión de Caborca, donde asesinaron al padre Javier Saeta. Siguió un período de gran tensión, que incluyó represalias españolas y el envenenamiento por parte de los indios de las aguas que abastecían a los militares, muriendo varios, entre ellos, el general Terán, el mismo que había acompañado al padre Massanet en la expedición fundadora de misiones en Tejas. Resultó sumamente difícil restaurar el orden y sobre todo la confianza mutua, y hasta se pensó en abandonar la Pimería Alta. Lo impidió la habilidad política de Kino y la simpatía que despertaba el *capa negra* entre los pimas.

La muerte repentina de Kino en 1711 causó un vacío y un retraso de más de veinte años en la labor misional de Arizona. Hasta que los jesuitas la reanudan en 1732 con el envío del padre Keller y otros, distribuyéndose entre las misiones de Tumacácori y Guevavi. Una cédula real dispuso que los jesuitas convirtieran a los indios hopi del norte, y el padre Keller se puso en camino, pero tuvo que regresar a causa de la animadversión de los apaches, y tampoco pudo hacerlo su sucesor, el padre Sedelmayr.

### Alimentos

En ningún otro capítulo de la cultura se produjo la fusión entre lo español y lo indio como en la alimentación, hasta el punto de que lo que hoy se conoce en el suroeste americano como *comida mexicana* es una mezcla de

ambas culturas.

Así, la deshidratación de alimentos, indispensable en las tierras desérticas, técnica europea que ya conocían los indios y que los españoles extienden a otros productos, como las verduras y frutas (orejones de melocotón, de tomate, las ristras de chile, las pasas de uva), y que se generaliza con la carne seca, la que proviene de la caza del cibolo, conocida como *charqui*, que permitió hacer despensa de carne a los colonos y que se sigue vendiendo en cualquier establecimiento de Nuevo México.

El ganado introdujo numerosas variedades alimenticias, desconocidas en el área: de la cabra se obtenía leche y el queso de cabra; de las reses que no vagaban sueltas, sino apegadas al rancho, se elaboraban la cuajada y el requesón. El omnipresente cerdo, con ocasión de la matanza del puerco, producía los célebres chicharrones, así como morcillas y chorizos. Su carne no se desecaba, como la de búfalo o vaca, porque devenía rancia, pero se conservaba adobada. La carne se comía también asada, siendo muy popular el cabrito asado, y los colonos españoles de Tejas importaron de los indios del Caribe la barbacoa, tan extendida hoy, y que emplea el cerdo, el ovino y el vacuno. Y, desde luego, los colonos introdujeron en la cocina especias españolas, como el ajo, el orégano o el comino.

El maíz era alimento nativo que los españoles acomodaron a su gusto, combinándolo con nuevos ingredientes. Añadiéndole azúcar marrón y leche surge el atole, y el atole de pinole era la bebida corriente para quienes no podían acceder al café o al chocolate. El maíz fue incorporado a alimentos tan «mexicanos» como las tortillas (los indios siempre las siguieron consumiendo de maíz), los tacos, las enchiladas, los chilaquiles y los tamales.

El trigo, más del gusto europeo y más fácil de preparar, reemplazó al maíz en las mesas de los ranchos coloniales. El pan frito se usaba para cocinar las famosas sopaipillas, un pan tostado de profunda implantación en Nuevo México, y que procedía de Castilla («¡Que vengan las sopaipas!», escribe Lope de Vega en una de sus obras). Otras variantes del pan frito fueron los buñuelos y los bizcochitos, elaborados con anís y servidos hoy con chocolate, café o vino, según la estación y con ocasión de cualquier festejo.

Una comida persistente a lo largo de la antigua frontera fue la sopa, nombre genérico que engloba platos como el caldo, el cocido, el puchero y la olla, y que puede incluir carne, verduras, especias, garbanzos, fideos o arroz.

Sedelmayr viajaría después a Sonoyta, escoltado por el comandante Ortiz Parrilla, para cumplir la última voluntad de un rico hacendado, que había legado 20.000 pesos para fundar una misión. Se erigió la misión y fue destinada a ella el padre Ruhen, que moriría martirizado pocos años después a causa de un nuevo levantamiento de los pimas. La rebelión fue sofocada, pero su sombra flotaría largo tiempo sobre la región.

Cuando los jesuitas fueron expulsados del Imperio español, los frailes que cubrían las misiones de Arizona fueron desalojados de ellas por soldados. El vacío fue cubierto temporalmente por comisarios civiles, hasta la llegada de los franciscanos. Con ellos se

abría una nueva etapa, la última de la época española en la colonización de Arizona.

### La ruta de Juan Bautista de Anza

Anza fue sin duda el mayor genio práctico de la frontera norte de la Nueva España. Este capitán del presidio de Túbac había entrado en contacto con otro infatigable explorador de las tierras áridas, el padre Garcés, quien en sus correrías por los desiertos del Gila y el Colorado había entablado amistad con los indios yumas. Anza aprovechó la ocasión para proponer al virrey Bucarelli la apertura de una ruta terrestre desde Sonora a California, evitando así el incómodo abastecimiento de las misiones californianas que se venía haciendo por el Pacífico.

La propuesta cayó en buen momento, y Anza obtuvo el permiso para la exploración, contando con Garcés y con el indio Tarabal, escapado de las misiones y vuelto al redil español, quien sería pieza clave por su conocimiento del territorio y sus gentes.

Partieron hacia el nacimiento de los ríos Gila y Colorado, donde fueron recibidos amistosamente por el jefe yuma Salvador Palma, siempre gran aliado de los españoles. Desde allí tomaron hacia el sur, bordeando las severas dunas del Colorado, y, más tarde, hacia el noroeste, para atravesar la Sierra Nevada y aparecer en la misión de San Gabriel, para asombro de los padres, que celebraron la proeza asando una vaca.

La ruta terrestre estaba abierta, y ahora el virrey ordenó a Anza trasladar a la primera partida de colonos y ganados. En el otoño de 1775, 240 colonos y 1000 animales se ponen en marcha. Cruzan por el sorprendente poblado indio de la Casa Grande y siguen hacia la confluencia del Gila y el Colorado, recibiendo una vez más la hospitalidad de Palma. Esta vez el Colorado venía muy crecido, pero Anza encontró un punto donde se bifurcaba en tres ramales, por donde pudieron vadearlo. De nuevo sortearon los arenales y remontaron la sierra en medio de nieves y fríos indecibles, pero consiguieron llegar salvos a la misión de San Gabriel.

El plan oficial destinaba a los colonos a San Francisco, donde se fundarían misión y presidio, que actuarían como una barrera contra la penetración rusa o inglesa desde el norte. Pero el gobernador Rivera demoró los planes, pues pidió a Anza que lo acompañara a sofocar una grave revuelta en la misión de San Diego, que había acabado con la vida del padre Luis Jaime. Los colonos hubieron de esperar, pues, el regreso de Anza, que pudo al fin recuperar a sus

colonos, si bien muchos habían desistido ya y regresado por la costa. Anza los condujo a Monterrey, como asiento provisional antes del definitivo en San Francisco. Anza continuó hasta San Francisco, donde cuidadosamente escogió un lugar idóneo para la prevista instalación del presidio y la misión.

Grande fue la sorpresa de Anza, y mayor aún la de fray Junípero Serra, cuando Rivera, disgustado con Anza por su avance en solitario a San Francisco, y deprimido por su propia situación personal, dio orden al teniente Moraga de levantar el presidio, pero no la misión. No obstante, al poco tiempo fue fundada también la misión de San Francisco de Asís, y ambos fueron el germen de la gran ciudad de San Francisco, cuya fundación debe atribuirse a la tenacidad y decisión de Juan Bautista de Anza.

### Los yumas

Cuando Juan Bautista de Anza abrió la ruta desde Sonora a California, contó con la inestimable colaboración del jefe de los yumas, asentados sobre las confluencias de los ríos Colorado y Gila. Se trataba de Olley Iquatequiche, quien ayudó a Anza a vadear con balsas el caudaloso Colorado. Era hombre de amplia visión, pues enseguida comprendió que la alianza con los poderosos españoles habría de traer beneficios materiales para su pueblo y protección frente a los enemigos.

El jefe yuma se convirtió en un gran amigo de los españoles. Anza lo llevó a México, donde en solemne ceremonia ante el virrey fue bautizado y tomó el nombre de Salvador Palma. Declaró su intención de convertir al catolicismo a toda la nación yuma, y pidió misioneros y armas, que le fueron prometidos.

Pero el comandante Teodoro de Croix, ocupado en la pacificación de los indios de Tejas, demoró el envío de lo prometido. Los yumas se preguntaban qué pasaba con los misioneros, Palma estaba desconcertado y perdía prestigio entre los suyos. Dos años después, Croix autorizó la construcción de dos aldeas fortificadas en las márgenes del Colorado, donde se asentaron sendas comunidades. Una medida del todo insuficiente que no amortiguaba la creciente indisposición de los yumas. Y las cosas fueron a peor cuando los rebaños de los colonos invadieron los pastos yumas. La irritación de estos fue incontenible, y el padre Garcés encareció la urgencia de enviar efectivos militares para la protección de la zona.

El 17 de junio de 1781 los yumas, hartos de promesas

incumplidas y de desaires, irrumpieron en la capilla donde el padre Garcés decía misa. Respetaron su vida, pero no la de otros padres y soldados, y además tomaron a las mujeres y niños prisioneros. También fue muerto el capitán Rivera y un destacamento de soldados. Y a los dos días, los indios regresaron y mataron al gran explorador y probado amigo de los indios, el padre Garcés, y a su compañero Barreneche. En total, unos cien españoles muertos.

Los rehenes fueron recuperados, pero no se completó el castigo a los yumas, y de hecho se abandonó todo intento por captarlos de nuevo. Teodoro de Croix culpó a Anza y los franciscanos por no ponderar debidamente la realidad de los yumas, y estos a Croix por su escasa protección de la iniciativa colonizadora. Lo cierto es que el desastre frenó el sueño de Garcés de construir un rosario de misiones hasta San Antonio, Tejas, y frenó también el efectivo uso de la ruta a California abierta por Anza.

Los franciscanos quedaron sumamente decepcionados con la Comandancia General de las Provincias Internas, e incluso pidieron que la Pimería Alta volviera a la autoridad directa del virrey. Anza, que tan excelentes servicios había desempeñado en la frontera, fue burocráticamente perseguido por Croix y, más tarde, por Neve, nuevo comandante de las Provincias Internas, hasta que, a la muerte de este, fue rehabilitado.

## El Gran Cañón del Colorado

Francisco Vázquez de Coronado, en el curso de su expedición para constatar la existencia de las *Siete Ciudades de Cíbola* que había creído reconocer fray Marcos de Niza, recibió vagas noticias acerca de la existencia de un gran río, en el territorio de Arizona. Las había traído uno de sus lugartenientes, Pedro Tovar, quien las obtuvo de los indios hopi.

Para verificarlas envió por delante a uno de sus hombres de confianza, el sargento García López de Cárdenas, con una partida de veinticinco soldados. Viajaron hacia el noroeste, y a unas veinte jornadas de camino el terreno se abría en una garganta tan profunda que apenas se divisaba el río, un filamento rojizo que discurría en el fondo del impresionante tajo. Se trataba del Gran Cañón del Colorado, una de las maravillas mundiales de la naturaleza, con sus 300 km de longitud y una anchura que llega a alcanzar los 14 km. Y sobre todo, la enorme profundidad de la hendedura, un despeñadero de hasta 1,5 km. Los expedicionarios se limitaron a describir el portento geológico con el habitual

laconismo español de la época.

El lugar era ventoso y desabrido, y los españoles permanecieron en él tres días, intentando descender por la garganta hasta el río, que denominaron Tizón. No lo consiguieron y regresaron al campamento de Coronado para dar cuenta del descubrimiento, la primera vez que hombres europeos avistaban el Gran Cañón.

Casi dos siglos y medio después, en 1776, otro español, el padre Francisco Garcés, admirable viajero y explorador, cruzó por primera vez el Cañón en sentido oeste-este. Y este paso sería utilizado poco después por dos franciscanos, Silvestre Vélez de Escalante y Francisco Atanasio Domínguez, en el lugar que luego sería conocido como el *Vado de los Padres*.

### Avanzadillas de Estados Unidos en el Suroeste

Francia desapareció del escenario norteamericano, desahuciada por Inglaterra. Pero Inglaterra, a su vez, fue desplazada por una amenaza muy superior para la integridad de las posesiones españolas, la joven nación de Estados Unidos. Y no perdió el tiempo. Tan pronto como adquirió la Luisiana de Napoleón a un precio sorprendentemente bajo, el presidente Jefferson comisionó agentes que exploraran sus límites.

Uno de ellos fue el famoso dúo de Lewis y Clark, que remontaron el Misouri y llegaron hasta la desembocadura del río Columbia, expedición de la que informó a España el «agente 13», un espía estadounidense llamado Wilkinson, que jugó como agente doble. Las autoridades de Nuevo México enviaron partidas para apresar a los exploradores, sin llegar a encontrarlos.

Más éxito tuvo la interceptación de otro grupo científico-militar al mando de Thomas Freeman, que fue localizado por los españoles cuando exploraba la cabecera del río Rojo, y devuelto a los Estados Unidos.

Con todo, el explorador-espía más famoso fue Zebulon Pike. Había sido enviado a investigar en el propio corazón español de Nuevo México, nada menos que por orden de James Wilkinson, ahora general de los Estados Unidos, que muy probablemente informó a España de la partida. El aventurero Pike siguió el río Arkansas hasta Colorado y luego bajó a lo largo de las montañas Sangre de Cristo, hasta el río Conejos, uno de los afluentes del río Grande. Ignorando o diciendo ignorar que se encontraba en pleno territorio español, levantó un fuerte e izó la bandera norteamericana. Todo esto, antes de que le saliera al paso una de

las partidas enviadas en su busca, capitaneada por Facundo Melgares.

Pike y los suyos fueron enviados en calidad de prisioneros a Santa Fe, y, como no convencieron sus explicaciones, fueron remitidos a Chihuahua, traslado que aprovechó Pike para tomar un buen número de notas sobre la tierra de la soberanía española. El comandante en jefe de las Provincias Internas, Nemesio Salcedo, no sabiendo qué hacer con el prisionero, lo devolvió a su país vía Tejas, recibiendo una reprimenda por ello.

El cuaderno de notas de Zebulon Pike fue publicado en Estados Unidos, dibujando una tierra al oeste muy distinta a la que tenían en su mente los norteamericanos. No era la tierra donde la plata corría por las calles y donde el lujo de sus habitantes era la norma, sino un desierto árido y cruel, unos pueblos de casas de adobe y una agricultura que, al decir de Pike, estaba muy por detrás de la norteamericana. En cambio, las posibilidades para el comercio eran ilimitadas, teniendo en cuenta el altísimo precio que alcanzaban en Santa Fe los artículos de importación.

En suma, los escritos de Pike desalentaron la colonización en los desiertos del Oeste y estimularon a los comerciantes, ansiosos por abrir la ruta de Santa Fe. Pronto los contactos, inamistosos o comerciales, iban a ser mucho más frecuentes entre los angloamericanos y los españoles.

### La rebelión de los pima

Que la cristianización de Arizona no iba a ser un camino de rosas lo demostró la sublevación de la nación pima, ocupante de la Pimería Alta. Todo empezó en la misión de Tubutama, situada en el valle del Altar, que regentaba el jesuita padre Januske. Había elegido como capataz de los rebaños a un indio ópata, pueblo que congeniaba poco con los pimas, además de que el capataz trataba con rudeza a los peones pimas.

Un día que el padre Januske se ausentó, los pimas aprovecharon para matar al capataz y a otros dos ópatas, y luego arremetieron contra la misión, quemando la iglesia y la casa del jesuita, y sacrificando luego al ganado.

El foco insurrecto se convirtió en rebelión, y los amotinados se dirigieron enfebrecidos a la misión de Caborca, regida por el padre Francisco Javier Saeta, que también fue asesinado por los indios rebeldes, convirtiéndose así en el primer mártir de la Pimería Alta.

No cabía imaginar que los dieciséis caballos venidos con Hernán Cortés, los primeros en arribar a América del Norte, iban a transformar de tal modo la tierra y el paisaje humano del suroeste de los Estados Unidos. Procedían estos caballos de las marismas del Guadalquivir, con posibles entronques norteafricanos, y eran ejemplares de poca alzada, pero probadamente resistentes y adaptados al trabajo en las planicies.

Precisamente la semejanza entre los ecosistemas, hizo que los colonos españoles reprodujeran en el Oeste, mundo de páramos y praderas, el modelo del manejo ganadero de las marismas, basado en el caballo como eje del sistema. Además, para el español de entonces, el hecho de poseer un caballo suponía el paso de la condición de peón a la de caballero, con sus derivados de tenencia de una extensión de tierra superior a la peonía, la caballería, e incluso el acceso a la condición de hidalgo.

Así fue como el modelo ecuestre se implantó en las llanuras del suroeste norteamericano, donde el caballo se generalizó para todo lo concerniente al manejo de las reses, con operaciones que incluían su rodeo para llevarlas a los corrales, el marcaje a hierro o el arreo en largas jornadas hasta los puntos de venta. También fue empleado para la caza con lanza del bisonte o cibolo, tradición heredada del alanceo del jabalí y practicada por los ciboleros.

El caballo conformó, pues, el paisaje del suroeste y modeló un tipo humano de fuerte personalidad, el vaquero, que trajo al área todo el bagaje cultural de los campos andaluces: la silla de montar española, diseñada para largas y cómodas montadas; el vestuario, que incluye los zahones, el sombrero de ala ancha, la chaqueta corta o las espuelas grandes, y los arreos del caballo, fabricados en cuero. El vaquero norteamericano fue equivalente al gaucho de la Pampa, al charro mexicano, al llanero venezolano y al huaso chileno, todos descendientes de sus ancestros andaluces.

Cuando los españoles llegaron a la zona, los indios eran nómadas y cazadores a peón, y en un principio sintieron temor por los caballos, pero pronto les fascinaron y aprendieron a servirse de ellos. Consiguieron caballos robándolos de las caravanas que recorrían el Camino Real de Tierra Adentro, o de los ejemplares que escapaban a los montes y se hacían montaraces, tomando el nombre de «mesteños», en inglés *mustangs*.

Sobre el caballo, el indio pasó de inofensivo cazador a pie a temible jinete y guerrero, que no dejó de hostigar a los españoles primero y a los angloamericanos más tarde. Estos, cuando arribaron a la región desde el Este, venían también a pie y eran agricultores, pero pronto comprendieron las ventajas del caballo y lo adoptaron, como también las prácticas ganaderas, dando lugar al *cowboy* y al mundo del *western*, meras réplicas de la civilización ecuestre andaluza.

La respuesta española no se hizo esperar. El capitán general de Nueva Vizcaya envió tropas para castigar la insurrección, pero no hallaron una resistencia organizada, y hubo de recurrirse a la mediación del padre Kino, que no quería castigo, sino reconciliación, para convocar a los jefes pimas y a los seris, también unidos al alzamiento, y llegar a un acuerdo.

Pero la reunión se fue de las manos cuando uno de los presentes



fue identificado como uno de los caudillos de la rebelión, y los soldados lo ajusticiaron allí mismo, ante la desolación de Kino. La sesión se convirtió en un motín general, en el que murieron hasta cincuenta indios pacíficos, y de allí salieron los demás transformados en horda violenta que se trasladó hacia el sur y asolaron varias misiones. La Pimería Alta se hallaba en franca rebelión, y de nuevo se recurrió a los oficios del padre Kino para pacificarla, lo que logró merced a sus buenos oficios y a su inmenso prestigio en la región.

### La huella, hoy

El nombre de Arizona proviene de una palabra india, los criaderos de plata de Arizonac, que levantaron una expectante oleada de entusiasmo en todo el virreinato mexicano, pues el mineral se presentaba a flor de tierra en grandes planchas. Pero el yacimiento no profundizaba y bien pronto quedó agotado, de modo que el territorio de Arizona, desde entonces, no ofreció otro estímulo que el de su propia tierra, fue tan solo una desolada extensión golpeada por un calor excesivo, un ambiente escasamente propicio para la colonización.

La región de Arizona fue un corredor natural para las exploraciones españolas hacia California desde los asentamientos de Nuevo México, y desde bien temprano fue atravesado por los exploradores. El primero de ellos, Cabeza de Vaca, en su inaudito peregrinaje de varios años, y cuyas noticias nebulosas sobre tesoros y reinos provocaron la incursión no menos inverosímil de Marcos de Niza, al que siguió el ejército explorador de Vázquez de Coronado. Uno de sus lugartenientes, García López de Cárdenas, descubrió la más colosal obra geológica del planeta, el Gran Cañón del Colorado, y el cronista de la expedición, Castañeda, con el proverbial laconismo ibérico, no prorrumpía en un torrente de adjetivos laudatorios acerca del fenómeno, calificándolo simplemente como un cortado del río.

Aunque en el centro de información del Cañón se hace mención a sus descubridores españoles, a la hora de levantar un monumento se ha preferido dedicarlo a Powell, primer norteamericano que lo recorrió en 1869. Más de cien años después de que lo hicieran tanto el padre Garcés, en 1776, como los franciscanos Vélez de Escalante y Domínguez, también en 1776, por el punto llamado *Vado de los Padres*.

Comenzamos nuestro recorrido por Arizona en la localidad de

Yuma, allí donde se encuentra la junta de dos grandes ríos, el Colorado y el Gila. Son las tierras de la Pimería Alta, aquellas que caminó Juan Bautista de Anza en su búsqueda de una ruta terrestre desde Sonora a California, a fin de evitar el obligado acarreo de personas y enseres costeados por el incómodo litoral del Pacífico. En esta confluencia fluvial buscó la amistad con el jefe yuma, Salvador Palma, pues el astuto Anza percibió que su ayuda sería indispensable una vez se hubiera consolidado la ruta colonizadora. Él mismo la recabó para cruzar el Colorado y adentrarse en las tierras de California.

### El impacto de la cultura española sobre los indios de Norteamérica

España realizó un gran esfuerzo por integrar a los indios de Norteamérica en la cultura hispana, y ello provocó efectos tan profundos como diversos según las tribus receptoras. Hubo algunas que siempre fueron renuentes a las nuevas formas culturales, y por ello las misiones, la piedra maestra de la transformación, alcanzaron resultados distintos según las zonas. Las tribus nómadas mostraron gran rechazo a integrarse en el sistema misional, que, al fin y al cabo, junto con el aprendizaje de técnicas nuevas, las sujetaba a un horario, una disciplina y una rutina, cosas desusadas e inaceptables.

Por eso las misiones resultaron difíciles en Florida y Tejas, y fueron violentamente desechadas por las razas más nómadas y belicosas, como los comanches, los navajos y sobre todo los apaches, la verdadera pesadilla de la frontera. En cambio, prosperaron allí donde los indios eran menos agresivos, como California, y en especial donde ya estaba implantada alguna agricultura y su consecuente sedentarismo, como entre los pueblo de Nuevo México.

La respuesta a las novedades culturales traídas por los españoles fue muy diversa según cada tribu. Se resistieron no poco a los cambios inmateriales, como los de la religión o las costumbres, entre ellos, la poligamia. Pero aceptaron de mucho mejor grado las ventajas materiales, y algunas de ellas generaron cambios irreversibles en su modo de vida. Pudo percibirse tras la revuelta de los indios pueblo, cuando fueron destruidas imágenes e iglesias, pero mantuvieron intactos sus cultivos de trigo y sus ganados. Otro ejemplo, los pimas del río Gila, que vivían dispersos y aislados, hasta que el trigo español los llevó a concentrarse espontáneamente en pueblos, a fin de defender mejor sus extensiones cerealistas contra los depredadores apaches. O muchos grupos cazadores de bisontes, que optaron por el más accesible recurso de hacerse pastores de ovejas. Sin hablar del cambio revolucionario que supuso el caballo para las tribus nómadas y movedizas de las praderas.

España no regateó esfuerzos, agotándose en su empeño por evitar la extinción de los indios del norte y por incorporarlos a su religión, su cultura y a una vida civilizada, apartándolos de sus prácticas bárbaras. Mientras, Francia los armaba contra los españoles, y los anglosajones los desplazaban continuamente, en la medida que demandaban sus colonos más tierras de cultivo.

Las Leyes de Indias garantizaron siempre que los indios conservaran la

propiedad de tierras (estos aún hoy las invocan en sus reclamaciones judiciales en el Suroeste), prohibiendo incluso que los ganados españoles se asentaran cerca de los cultivos nativos, para no infligir daños. Y, desechando el sistema de encomienda de indios que había imperado en el resto del imperio, España se decantó aquí por el de misión, verdadero agente del cambio cultural en el mundo nativo norteamericano.

El resultado es elocuente: allí donde se establecieron los ingleses, no quedan indios. Estos solo han pervivido en las regiones colonizadas por España, donde forman comunidades numerosas, adaptadas a la civilización occidental.

En la actualidad, las infraestructuras de un colosal plan de irrigación del área han escondido el lugar donde se produce la fusión de ambos ríos. En el laberinto de canales, azudes, pistas, tendidos eléctricos, estructuras metálicas y naves, parece imposible que los cauces originales hayan logrado sobrevivir, pero, con algún esfuerzo y una pequeña caminata, se alcanza la recompensa de contemplar las hermosas mestas de ambos ríos: el Gila, que llega desde el este con sus aguas veloces, y el Colorado, que procede del norte tras labrar prodigios geológicos, conservando en la retina de su lecho maravillas como el Gran Cañón. El Gila pierde aquí su personalidad para integrarse en el Colorado, que proseguirá su andadura hasta vaciarse algo más abajo, en el mar de Cortés. La confluencia, milagrosamente salvada de la transformación, es un paraje virginal, un oasis silvestre arropado por carrizos y cañaverales, con frondosa ribera de sauces, álamos y mezquites, un remanso de paz paisajístico y ecológico en medio de la desolación civilizadora.

Merece la pena el esfuerzo por localizar físicamente el abrazo sosegado de los dos ríos, uno de los puntos medulares de la colonización española en las tierras de la Pimería Alta. Donde el nombre de Anza ha quedado incrustado en la región, como numerosos topónimos lo recuerdan continuamente.

Desde Yuma abordamos el recorrido de Arizona por la autopista número 8, siguiendo el curso del río Gila, el mismo que llevó a Juan Bautista de Anza en sentido inverso cuando abrió la ruta hacia California. Todo el trayecto, en el septentrión del ecosistema de Sonora, es un inhóspito pero seductor paisaje de vegetación arbustiva y rala, donde se entreveran los ocotillos, el palo verde, las chollas y las jojobas, esa mágica planta del desierto de la que se extrae un aceite de propiedades aún no suficientemente a floradas. Los saguaros, los esbeltos cactus del desierto sonorense, se manifiestan como simples pies verticales, remedando espinosos obeliscos, o bien en su forma más conocida, tantas veces reproducida por el cine de Hollywood, cuando del grueso tallo surgen uno o varios brazos, hasta parecer candelabros del desierto.

Algunos son muy longevos, y la edad les hace retorcer sus brazos hasta adquirir aspectos grotescos. Los pájaros carpinteros utilizan los saguaros para hacer sus nidos, horadando agujeros donde la pollada se mantiene fresca e hidratada gracias a la humedad interior, pues no se olvide que los saguaros son, por encima de todo, formidables atesoradores de agua, pudiendo resistir con hierática indiferencia el abrasador ambiente de estos desiertos. Estos picos se ensañan precisamente con los ejemplares más robustos, agujereándolos de tal modo que llegan a perjudicar irreversiblemente el funcionamiento biológico del saguaro, prodigio de ingeniería hidráulica, pues bombea y retiene el agua con rapidez cuando la lluvia irrumpe violenta, y la dosifica en los largos períodos de estiaje. La acción de los carpinteros llega a matar a muchos saguaros, pero permanecen decorando el paisaje, como cruces clavadas en el yermo páramo.

La vegetación arbustiva, la única que puede sobrevivir en este ambiente extremo, busca su acomodo espaciando su presencia, de modo que las plantas no compitan entre sí por el precioso líquido. De este modo, el aspecto general del paisaje es el de una superficie reseca y punteada de raquíuticos y raleados arbustos, trayéndonos a la memoria el semblante estival de las marismas del Guadalquivir. Y con otra nota común: si bien el suelo es nulo para la agricultura por la falta de humedad, su textura, mullidamente arenosa, es en cambio insuperable para el casco del caballo y la pezuña de la vaca o la oveja. Y en este detalle empezamos a detectar una de las razones del éxito de la ganadería extensiva en el Oeste, trasplantada a estas tierras desde las planicies marismeñas, según el principio de que a ecosistemas semejantes les corresponden aprovechamientos similares.

En la ruta atravesaremos Casa Grande, un antiguo poblado indio construido en torno a un centro ceremonial, la Casa Grande, bautizada así por el padre Kino, que fue el primer europeo que puso sus ojos sobre este asentamiento. Era un imponente edificio de adobe de cuatro plantas, «como un castillo», como lo describiera Kino, y su construcción se fecha hacia el año 1300.

La leyenda dice que en este poblado habitaba un grupo indígena que lo abandonó para emigrar hacia el sur, en una marcha muy larga, buscando un lugar donde fundar un asentamiento. Eran rechazados por todas las tribus, hasta que encontraron una isla en medio de un lago, que nadie ocupaba, y allí se instalaron. Se trataba de los aztecas, y en poco tiempo habrían de dominar a todos los grupos circundantes y fundar un vasto imperio.

De la Casa Grande quedan retazos ruinosos, pero el buen hacer que acostumbran las actuaciones del National Park Service ha

levantado una estructura sobre el edificio ceremonial que, sin afectarla, la protege de los meteoros.

La ciudad de Tucson se ubica en un gran valle resguardado por cuatro cadenas montañosas. Los jesuitas habían visitado en la década de 1690 el poblado papago de Chuck Son («al pie de la montaña oscura»). Cuando los españoles levantaron en el lugar un presidio, lo bautizaron como San Agustín del Tucson.

La ciudad conserva abundantes vestigios españoles, ya que la presencia del presidio marcó la vida de la ciudad, y hasta el propio casco antiguo recibe el nombre de *Presidio* Historic District. En él se halla el Parque Veinte de Agosto, que recuerda esta fecha del año 1775, la del acta oficial de nacimiento de Tucson.

La ciudad, en su crecimiento, fue devorando la mayor parte de los antiguos edificios, pero aún podemos rastrear su pasado español. Y no solo en su toponimia, plagada de rótulos de calles con nombres españoles en su recinto histórico (Azucena, El Burrito, Poquita Vista, Golondrina, Camino de Anza...), sino en aspectos de más enjundia. El casco urbano de la ciudad mantiene la tradicional disposición hispana, la que marcaran las Ordenanzas de Felipe II, con sus calles rectilíneas y sobre todo con su gran plaza cuadrangular de la plaza de Armas, hoy el *Presidio Park*.

El tiempo parece haberse detenido en el interior de los muros de la catedral de San Agustín, donde se exhibe una preciosa reliquia, la campana que perteneció al presidio español de Tucson, el fuerte que fue el embrión de la moderna ciudad de hoy. Junto a la catedral se sitúa la «casa cural», como reza una inscripción en su entrada.

En el casco histórico pervive también el edificio del Palacio de los Gobernadores, de una sobria belleza, reflejo preciso de la proverbial austeridad española, un día símbolo máximo del poder en la región y que sin embargo no hace concesión alguna al lujo.

Del antiguo presidio de Tucson no queda rastro alguno, aunque un cartel instalado en una plaza recuerda que en ese lugar estuvo la esquina noroeste del fuerte de San Agustín. Esta fortaleza se trasladó aquí desde Túbac por Juan Bautista de Anza, con el fin de proteger la estratégica misión de San Xavier del Bac y los asentamientos de los colonos de la zona. Una parte de este fuerte se encuentra entreverado en los muros del edificio de la corte judicial, construido en 1928 con materiales del viejo presidio español.

Otro recuerdo al pasado español se halla en una de las tapias exteriores del Museo del Arte, donde se muestra un soberbio mural dedicado a los pioneros en estas tierras, los conquistadores españoles, que aquí son representados con la habitual admiración que despiertan en Estados Unidos.

El reconocimiento del pasado aparece en el *Arizona Historical*

*Society Museum*, un homenaje a los pobladores de estas tierras, desde los indios a los colonos angloamericanos. A su entrada, hay una estatua dedicada al pionero ilustre de Arizona, Francisco Eusebio Kino y, dentro del museo, todas las enseñas que han ondeado sobre el territorio, desde la bandera española de los castillos y leones. Se trata de un museo muy bien mantenido y profusamente visitado, con una gran sección dedicada al legado español. Destaca una carreta de tamaño natural, tirada por una estatua de dos bueyes, explicando el conjunto el papel decisivo desempeñado en la región por el aquí llamado *carro de Chihuahua* en el abastecimiento regular de misiones, presidios y ranchos. La carreta, tal como aquí se representa, era la de dos ruedas macizas, heredada de los campos españoles del norte, no el carro andaluz de rueda de rayos, y era capaz de transportar una tonelada de carga.

Dejamos Tucson por una carretera llamada *Old Spanish Trail*, el camino que al menos teóricamente enlazaba la totalidad de las posesiones españolas en Estados Unidos, desde Florida hasta California. Al decir de algunos investigadores, tal denominación es inexacta, pues no se trata de un verdadero y único camino. Sin embargo, aunque desde luego no se haya tratado de una ruta identificable como unidad, sí que es el resultado de sucesivas uniones y prolongaciones realizadas por los pobladores españoles, desde los tiempos de Menéndez de Avilés, quien concibió la apertura de un camino desde el Atlántico al Pacífico. Por ello, a través de enlaces sucesivos, el *Old Spanish Trail* existe, y en Tucson es una calle que rehúye el trazado recto y serpentea alrededor de la ciudad, orlado de matas de palo verde y de un camino para ciclistas, muy transitado y recomendable, salvo en los tórridos meses del verano arizonio. Todas las calles que cruzan el camino lucen nombres igualmente españoles: avenida de los Reyes, Pedregal...

El derrotero hispano nos lleva ahora por la autopista 19 en dirección sur, hasta la más esplendorosa de todas las misiones españolas en los Estados Unidos, San Xavier del Bac, la llamada *paloma del desierto*, en verdad un diamante blanco refulgiendo en el páramo terroso. Fue fundada por el incansable jesuita Kino en 1700, ya en tiempos del apogeo del barroco, como atestigua su retablo cuajado de sobredorados, y más aún sus dos altares laterales, desbordantes de colorido. Porque el barroco europeo, al trasladarse a las Américas, se libró de sus últimas ataduras y conoció la más absoluta libertad de formas y colores, como fiel reflejo de la exuberancia de las gentes y de la naturaleza americanas.

La misión original fue destruida con ocasión de la rebelión de los indios pima en 1751, y reconstruida a finales de siglo. El adobe

de la fachada fue recubierto de estuco blanco, lo que la hace brillar intensamente en el horizonte del arenoso páramo. Dos torres flanquean la portada de la iglesia, prolijamente labrada de acuerdo con el modelo de fachada-retablo, uno de los señuelos que utilizaron las órdenes religiosas para atraer a los indios, fabricando una puerta que era toda una invitación para entrar en el templo. Su interior aparece igualmente recargado con frescos y sobredorados, típicos del barroco. Trasponiendo el recinto interior se accede al gran patio, pieza esencial de toda misión.

Merece la pena remontar un pequeño promontorio que se alza a la vera de la misión de San Xavier, porque desde él no solo se posee una visión completa de la hermosa misión, sino de su emplazamiento en el valle, elegido para dominar una región muy extensa, con ese acabado racionalismo que imprimieron jesuitas y franciscanos a sus realizaciones. Pues debe insistirse en el hecho de que una misión no era un mero centro religioso, sino un núcleo de cristianización y aculturación de vastos espacios, y cada centro era una pieza de un gran tejido, cuidadosamente estudiado.

La misión de San Xavier del Bac, como era preceptivo, contó para su protección con un presidio próximo, que en un principio fue el de Túbac, conjunto urbano al que se llega continuando por la autopista 19 en dirección sur. Fue fundado el año 1752 por orden del gobernador Diego Ortiz Parrilla, y en él sirvieron como capitanes dos nombres que harían historia en la frontera: Juan Bautista de Anza padre y sobre todo su hijo, Juan Bautista. Más tarde, con motivo de la reorganización general del sistema presidial fronterizo, el presidio fue abandonado y trasladado a Tucson.

Del antiguo presidio restan algunas paredes en estado ruinoso, afloradas por los arqueólogos. Pero en torno a su memoria se ha montado un gran tinglado turístico que incluye museo, tiendas, talleres de arte..., todo ello alrededor de la vieja fortaleza, que flota como un espíritu que se resistiera a abandonar el paraje, y numerosos hitos se encargan de recordarlo a cada paso: la bandera española, que ondea junto a las de México, Estados Unidos y Arizona; el propio centro de visitantes, interesante muestra de la historia, con maquetas descriptivas del antiguo fuerte.

De gran interés es conocer el lugar exacto, como indica un letrero, de donde partió Anza en su osada expedición con 240 colonos que traía desde Sinaloa, México, y que dejó instalados en California. Al trasladarlos, abrió una ruta que, andando el tiempo, fue declarada camino histórico por el Congreso de los Estados Unidos en 1990, privilegio que solo comparten cinco rutas en todo el país.

Siempre sobre la ruta 19, y ya cerca de la población de Nogales,

se ubica una misión española de visita imprescindible, Tumacácori. En 1691, a petición de los indios pimas del valle del río Santa Cruz, el padre Kino, misionero, cartógrafo, explorador, un emprendedor en todos los sentidos, fundó esta misión, dedicada a san Cayetano. El propio padre Kino cuenta así el hecho:

Ascendimos al valle de Guevavi y llegamos al poblado de San Cayetano de Tumacácori. Aquí habían preparado tres ramadas para nosotros: una en la que celebrar la Misa, otra para dormir, y la tercera para cocina. Había aquí más de cuarenta casas juntas. Bautizamos a algunos niños y dimos esperanzas a cada uno de los demás de que recibirían a los padres, el sagrado bautismo y el remedio para la salvación eterna que demandaban. Volvimos entonces a la villa de Guevavi. Firmado, Eusebio Francisco Kino, enero de 1691.

En 1751, tras la violenta rebelión de los pimas, el gobernador indio se recluyó con su gente unos meses en la sierra, y también se abandonó temporalmente la misión. Pero fue restablecida cuando retornaron los indios y emplazada en el lugar actual, al este del río, donde aún puede ser contemplada y puesta bajo el patrocinio del «Señor San José». La misión dejó de funcionar como tal en 1848, una vez que España se retiró de América y el Gobierno de México dejó de prestar el subsidio anual para su mantenimiento.

El tiempo, ese corcel que galopa sin descanso escoltado por las terribles comparsas del viento, la lluvia, el frío, la nieve y el sol, ha impreso su implacable huella destructora, y la iglesia de la misión se ha visto desprendida del vigor del adobe con que fue construida, y del probable esplendor del colorido de su fachada. También su interior se muestra destartado, aunque aún es posible distinguir remanentes de los antiguos frescos que decoraban las paredes, ya apagados y macilentos, pero que prueban el empeño de las órdenes religiosas por dotar los templos con un colorido alegre, cautivador, como medio para acercar a los indios al recinto religioso.

Por lo demás, aunque desvanecidos los colores, se mantiene la estructura, así como la disposición general del conjunto misional, que desde luego no consistía solo en una iglesia, sino en amplios patios, edificios anejos para graneros y almacenes, así como las viviendas de los indios neófitos.

Todo ello aparece exquisitamente explicado en la visita al museo y al perímetro misional. Mediante cuidados dioramas, se aclara que la misión era algo que iba mucho más allá de la mera evangelización, pues tanto jesuitas como franciscanos adiestraban a los nativos en las técnicas de la agricultura y la ganadería, en la



enseñanza de letras y cuentas, en el aprendizaje de oficios diversos, en los secretos del teatro y la música. Los dioramas ilustran lo dicho, como una serie de cuatro escenas en las que aparecen los padres en su doble misión apostólica e instructora, transmitiendo a los indios los secretos de la agricultura. Otra maqueta presenta a los nativos, ya vestidos a la usanza española, asistiendo a misa, y hay otros dedicados a la rebelión de los pimas, que causó honda conmoción en el área.



*Las misiones españolas, capacitaron a los indios de Norteamérica en las enseñanzas y oficios de la cultura occidental.*

En suma, las misiones fueron centros de transmisión de la cultura española, y la Corona, a través de los frailes, desarrolló una generosa y poco conocida labor de integración de los indios, a los que siempre trató de incorporar y asimilar. Este fue el legado entre otros del padre Kino, que cuenta en el centro con una estatua de bronce.

Desde Nogales hacia el este, el paisaje se torna más amable, pues el desierto se muestra menos extremo e inhóspito, y los cerros hacen ondular el paisaje y le suministran algo más de agua, por lo que la árida vegetación se intercala con manchas de pastizal. Debido a estas posibilidades alimenticias adicionales, esta fue una zona más poblada por los españoles, que lograron fundar algunos ranchos autosuficientes.

A lo largo de esta bella carretera, salvaje y olvidada, se extiende el *Coronado National Forest*, en memoria del conquistador que se adentró por estos parajes y cuyas exploraciones, aunque en su día fueron consideradas un fracaso, han venido a ser reconocidas al

cabo de los siglos, pues significaron la avanzadilla europea en términos absolutos, describiendo el territorio para expediciones ulteriores. El nombre de Coronado flota por doquier, asociado con la leyenda, y cabe imaginar lo que sintieron él y sus hombres al hollar por primera vez estas soledades, soportando calores inverosímiles, tempestades de polvo, fríos extremos, nieves, lluvias torrenciales y con tribus de desconocidas intenciones acechando desde cualquier parte.

### La Dama de Azul

Fue el gran misterio espiritual de la frontera. Cuando un grupo de franciscanos, en cumplimiento de las pautas de pacificación vigentes, se adentraron en tierras inéditas y predicaron el Evangelio, los indios respondieron con una noticia insólita: una prédica semejante ya la habían escuchado de labios de una mujer vestida con túnica azul. Los frailes, escépticos, no otorgaron demasiado crédito a aquello, pero el hecho se repitió varias veces. Una y otra vez, indios de tribus distintas insistían en la aparición de la misteriosa dama.

La noticia llegó al custodio de la orden en Nuevo México, fray Alonso de Benavides, quien hizo averiguaciones allí y en España, donde ya circulaban rumores. Sus pesquisas concluyeron en la identificación de la protagonista del hecho, la clarisa sor María, joven y bella abadesa del convento de la ciudad soriana de Ágreda. Ella ratificó al fraile las noticias: llevaba viajando a la frontera desde hacía once años para predicar la palabra de Dios y como avanzadilla de los franciscanos. Lo había hecho «transportada por los ángeles», en estado de éxtasis, y creía haberlo hecho unas quinientas veces, a veces dos en el mismo día.

Benavides, incrédulo al principio, no tuvo más remedio que convencerse cuando sor María describió de modo muy preciso las tierras visitadas, que comprendían las planicies desde Tejas hasta Arizona, refirió las costumbres de los indios e incluso citó por su nombre a algunos de ellos. Como algo así era imposible, acabó aceptando el extraño fenómeno de bilocación, e invitó a la monja a escribir a los franciscanos de la frontera para narrar los sucesos. Así lo hizo, explicando cómo se aparecía a los indios apaches y jumanos, y les hablaba en español, comprendiendo sus palabras los indios de modo directo.

El prodigio alcanzó enorme repercusión a todo lo largo del territorio de frontera, y fue desde luego un poderoso acicate en la labor evangelizadora de los franciscanos. Sor María escribió un libro, *La mística ciudad de Dios*, uno de los de cabecera de fray Junípero Serra en sus andaduras misioneras de California, y que era un convencido de la veracidad del prodigio.

El caso de la Dama de Azul tuvo defensores y detractores, abriéndose sendas causas por la Inquisición y por el Vaticano. La primera fue cerrada; la segunda no llegó a concluirse. En contra de la certeza juega lo extraordinario del hecho en sí mismo, inexplicable para cualquier escéptico. A favor, la rotundidad de las afirmaciones de sor María y sobre todo su conocimiento preciso, seguro, de las tierras, las gentes, sus costumbres y sus nombres, sin haber abandonado físicamente su clausura de Ágreda. Muchos

decenios después, las siguientes generaciones de apaches y jumanos aún narraban la historia de la misteriosa Dama de Azul que les contaran sus mayores.

# TEXAS

## A la búsqueda del rastro francés

Los indios de Tejas, al tratar de entenderse con los primeros españoles que les preguntaron el nombre de aquella inmensa región de llanuras, les respondieron con su saludo habitual de bienvenida: «Tejas».

Tejas conservó siempre su condición de frontera de los dominios españoles en el norte, desde que por primera vez avistara sus costas Alonso Álvarez de Pineda. Las sucesivas exploraciones españolas en el territorio de Norteamérica transitaron alguna vez por las llanuras tejanas, como la de Cabeza de Vaca, que las cruzó a pie, o la de Vázquez de Coronado, que penetró en el norte tejano. El lugarteniente de Oñate, Vicente Zaldívar, pudo ver las manadas de bisontes, los cíbolos, perdiéndose en un horizonte infinito de ondulantes planicies. Y el sucesor de Hernando de Soto, Moscoso, tras la muerte del conquistador, recorrió las tierras tejanas en su viaje de vuelta.

Pero el verdadero «conquistador» de Tejas para España fue Alonso de León. Había nacido en la capital de Nueva España, y, al ser destinado su padre al territorio de frontera en el norte, quiso enviar a su hijo de diez años, Alonso, a España para que recibiera una adecuada educación. Y esta soledad a una edad tan temprana forjó sin duda el temperamento de Alonso de León. Vuelto a México, progresó como cadete militar, fundó una familia, dirigió exploraciones y fue nombrado gobernador de Nuevo León.

La carrera de don Alonso sufriría un vuelco cuando llegaron a Nueva España noticias alarmantes: el francés René Robert Cavalier, *sieur* de La Salle, habría fundado una colonia cerca de las bocas del Misisipi y tomado posesión para Francia, en nombre de Luis XIV, de todo el inmenso entorno de la región, a la que, en honor a su rey, había llamado Louisiana (es curioso que tan efímera fundación consolidara para siempre este nombre francés, lo que prueba la inigualable capacidad francesa para el *marketing*).

Una noticia así no podía quedar desatendida por España, quien consideraba de su soberanía la totalidad del continente americano,

de modo que la Corona ordenó investigar el asunto y despachar de inmediato una expedición para comprobar la veracidad de la noticia y expulsar de inmediato al intruso francés, como más de cien años antes había hecho con contundencia Menéndez de Avilés, cuando expulsó de Florida a los hugonotes franceses. Y la misión recayó en quien más experiencia expedicionaria tenía acreditada en esos momentos, el gobernador de Nuevo León, Alonso de León. Lo que ignoraba España es que la búsqueda de La Salle se convertiría en una pesadilla que habría de consumir una década y una decena de expediciones.

### Alonso de León

Había nacido en la Ciudad de México de familia acomodada, pero, habiendo sido destinado su padre al norte de Nueva España, quiso este dar a su hijo la esmerada educación que allí no era posible, por lo que lo envió a la Península, donde estudió la carrera militar y regresó a Nueva España ya formado, desempeñando cometidos que lo ayudaron a escalar posiciones, hasta que fue nombrado jefe de la primera expedición organizada para localizar la presunta presencia de La Salle en tierras de soberanía española.

En esa primera expedición, que partió en 1686, Alonso de León registró el entorno de la desembocadura del Misisipi, sin encontrar rastro alguno. En un segundo esfuerzo un año después, cruzó el río Grande y se adentró en Tejas, también sin éxito, pero esta vez recibieron vagas noticias acerca de que el rumor sobre la presencia de La Salle era cierto, pero que habría sido atacado por los indios Karankawa.

Alonso de León es nombrado gobernador de Coahuila, y se despachan dos expediciones marítimas con el mismo fin escudriñador, sin éxito. Don Alonso encabeza una nueva partida a Tejas, y en una ranhería india encuentra a un francés, Jean Jarry, tatuado de los pies a la cabeza y convertido en jefe de aquellos indios. Por lo que dirige una cuarta expedición de rastreo, que incluye a Jarry y al franciscano Jean Massanet, llamado a realizar una gran labor misionera en Tejas.

Esta vez se encuentran con un macabro descubrimiento: la colonia de La Salle destrozada, y restos humanos por doquier, medio comidos por las alimañas. Don Alonso, buscando por los contornos, logra hallar a dos franceses entre los indios, a los que rescata y que narran la masacre perpetrada por los Karankawa, añadiendo que La Salle huyó con los supervivientes. Pero estos,

descontentos con la falta de liderazgo de su jefe, lo asesinaron de un disparo en la cabeza, y poco después los Karankawa, sospechando que aquellos errantes carecían ya de jefe, fingiendo amistad se acercaron a ellos y los mataron a todos, a excepción de siete niños que fueron indianizados y tatuados, y a los que rescató Alonso de León. Este fue el triste final de aquella expedición que tanto preocupó y ocupó a las autoridades virreinales.

### La primera misión de Tejas

Resuelta la incertidumbre de la fallida colonia de La Salle, se decidió fundar la primera misión de Tejas, sobre la base de que los indios de la región no eran cazadores nómadas, sino que practicaban la agricultura, y por tanto se hallaban en un nivel superior de evolución cultural, lo que les hacía candidatos a recibir las enseñanzas que impartían los misioneros.

Seis misioneros y soldados al mando del gobernador de Tejas, Alonso de León, más el padre Massanet, partieron hacia el este de Tejas y fundaron la misión de San Francisco de los Tejas, surgiendo las conocidas desavenencias entre Massanet, que quería reducir al mínimo la presencia de soldados en el presidio próximo, y Alonso de León, cuya educación militar le sugería lo contrario. En estas discusiones se conoció la existencia entre los indios de los adolescentes franceses capturados en su día por los Karankawa, determinando don Alonso su rescate inmediato.

La negociación no fue fácil, con continuas ofertas y contraofertas entre ambas partes, que enfadaron a Alonso de León, hasta el punto de, harto de que los indios se desdijeran una y otra vez de los acuerdos, decidió castigar a los indios y tomar a los rehenes por la fuerza. Entre los jóvenes se hallaban cinco hermanos de una misma familia, los Talon, que habían perdido años atrás a sus padres y habían sido capturados, asimilados y tatuados por los nativos, siendo devueltos por León a una vida cristiana en Coahuila.

Tras la misión de San Francisco de los Tejas, la autoridad virreinal decidió fundar nuevas misiones, pero ya no sería bajo el mando de Alonso de León, conocido por muchos como el «conquistador de Tejas», cuya reputación había quedado manchada por aquella escaramuza bélica con los indios, sino que el virrey nombró gobernador a Domingo Terán de los Ríos, otro de los grandes nombres de la nómina de fundadores españoles de Tejas.

La tenacidad del padre Hidalgo, que había mantenido incólume su anhelo de evangelizar a los indios tejanos, recibió un inesperado impulso con la llegada a Querétaro del padre Antonio Margil, quien convenció al virrey acerca de subir el esfuerzo misional hacia el norte, fundándose varias misiones, la última la de San Juan Bautista, al sur del río Grande, a las puertas de Tejas, región que continuaba contando con el descrédito dejado tras los pésimos informes de Terán.

Pero un hecho habría de cambiar el estado de cosas: la vuelta de Francia al escenario de la zona, ciento cincuenta años después de que fuera expulsada sin miramientos de Florida por el adelantado Pedro Menéndez de Avilés, y tras la calamitosa expedición de La Salle. Un estrecho amigo de este, Henry Tonti, convenció al rey de Francia de la necesidad de volver a intentar el asentamiento en un espacio donde ya estaban instaladas España e Inglaterra, con el peligro que ello suponía de dejar atrás a la codiciosa y orgullosa Francia en la hegemonía europea.

Luis XIV aceptó la empresa, dirigida por el *sieur* D'Iberville, en la que se enrolaron dos hermanos de la familia Talon antes mencionada, y también alguien llamado a labrar su propia historia en el área, un aventurero canadiense llamado Louis de Saint Denis.

Esta vez las cosas discurrieron bien para los franceses, que lograron instalarse sin mayores problemas en las bocas del Misisipi, fundando la Louisiana, en honor al nombre de su rey. Desde Nueva Orleans, Iberville planeó una incursión exploratoria sobre Tejas, que comandó Saint Denis, y en la que se hizo acompañar como intérpretes por los Talon, gracias a cuyo pasado entre los nativos pudieron entablar buenas relaciones con los Tejas. Sin embargo, estos les dijeron que España se hallaba asentada en la zona, lo que no era cierto, pero esta mala información fue la causa de que regresaran a Nueva Orleans, desistiendo de sus pretensiones colonizadoras en un área ya ocupada por España.

Y Tejas hubiera seguido en tierra de nadie, de no ser por la luminosa idea del padre Hidalgo, que urdió una estratagema para que España volviera a ocupar Tejas.

### El primer Gobernador de Tejas

Las elecciones de la autoridad española para los altos puestos de la administración o la milicia pocas veces se basaban en el parentesco

o el amiguismo, sino en el mérito, y después de una cuidadosa selección de candidatos, y por eso en líneas generales fueron acertadas.

Pero no fue el caso del primer gobernador de Tejas, Domingo Terán de los Ríos, trasladado más bien a la fuerza desde su cómodo puesto en la jefatura de Sinaloa y Sonora, para encargarse de la gobernación de Tejas, una región que le desagradó desde el primer contacto con ella.

El virrey le encargó tres cometidos: la fundación de ocho nuevas misiones, la búsqueda de posibles rastros de franceses capturados por los indios y el reconocimiento a fondo del territorio para emplazar y consolidar la posición española en Tejas.

Terán no cumplió empero ninguno de esos cometidos. Todos los emplazamientos que le proponían sus subordinados o los religiosos para fundar misiones se le antojaban rechazables; no encontró ni buscó rehenes franceses de los indios, y lo único que hizo fue recorrer la tierra bajo unas condiciones tan adversas que dejó consignado en sus crónicas que no existía región alguna peor que aquella. En efecto, sufrió bajo unas sequías terribles que mataban de sed y de hambre al ganado que llevaba, por falta de pasto y de agua. Y cuando, finalmente, volvieron las aguas, acompañadas de nieves, lo hicieron con tal intensidad que hicieron del páramo un mar y de la tierra un barrizal impracticable que atascaba a hombres y ganados. Su disgusto con la región era tal que hasta trató, sin éxito, de cambiar los nombres con los que Alonso de León había bautizado ríos, lugares y caminos, e incluso quiso cambiar el propio nombre de Tejas por el de Nueva Montaña de Santander. Solicitó permiso para el regreso a su lugar de origen, y, en primera instancia, le fue denegado, hasta que, finalmente, fue autorizado a embarcar en la bahía de Matagorda, dejando atrás Tejas y un pésimo recuerdo, tras el buen hacer del gran Alonso de León.

### La *longhorn* texana

En las llanuras de Tejas encontraron los colonizadores españoles un paisaje muy semejante al de sus orígenes andaluces, en especial las planicies de las marismas del Guadalquivir, hoy englobadas en el Parque Nacional de Doñana.

En las marismas habitaba una especie vacuna perfectamente adaptada a la alternancia de inundación y sequía y a la soledad profunda de la llanura. Era la llamada *vaca mostrenca*, de cuerno abierto y mucho más arisca y bravía que otras reses. Su antigüedad en el paisaje marismeño era remota, pues, siglos antes del nacimiento de Cristo, ya hay referencias a los toros de Geryon, rey tartésico que reinó en el área. Uno de los famosos trabajos de



Hércules consistió precisamente en capturar ejemplares de estos toros, cuyo ancestro último parece estar en el mítico uro o toro salvaje.



*La célebre «longhorn» tejana (arriba) descende genéticamente de la raza mostrenca (abajo) de las marismas del Guadalquivir.*

Por su proximidad al puerto de Sevilla, las reses mostrencas fueron las que se llevaron al Nuevo Mundo, y allí instaladas en otras planicies semejantes, como los Llanos del Orinoco, la Pampa o las praderas tejanas. Su natural disposición a sobrevivir sin amparo del hombre las hizo muy propicias para colonizar esas parameras, y los rancheros las dejaban en libertad todo el año, salvo la temporada de recogida, cuando eran buscadas en campo abierto y rodeadas —de ahí el rodeo— para seleccionar y vender los ejemplares maduros, y luego vueltas a soltar.

Pero esta soledad topó en las planicies del Oeste con un grave inconveniente: los depredadores salvajes, como el puma, el coyote y sobre todo el lobo, que en manadas atacaba a las reses dispersas. Esto hizo que las mostrencas tuvieran que defenderse con sus solos medios, y de inmediato la naturaleza vino en su ayuda, desarrollando su defensa biológica, la cornamenta. La selección natural favoreció este proceso año tras año: por

una parte, las reses mejor dotadas de cuerna eran las que resistían los ataques, sucumbiendo las peor armadas; por otra, estas reses supervivientes, ya previamente seleccionadas, a la hora de las riñas nupciales, por la mayor envergadura de sus defensas eran las que obtenían el premio de la cubrición de las hembras, que se sometían al vencedor de las contiendas.

De esta forma, a la vuelta de varias decenas de generaciones, la mostrenca de la marisma había desarrollado su cuerna de una manera prodigiosa, hasta llegar a la famosa *longhorn* texana, cuyos ejemplares campean por aquellas llanuras, conservando en sus genes de una forma inequívoca los remotos orígenes marismeños.

## La salida de Tejas

El rastro dejado por Domingo Terán fue muy perjudicial para la presencia de España en Tejas, ya que los nulos resultados de su gobernación y sus expediciones, más los informes negativos que suministró al virrey acerca de la tierra, determinaron a este abandonar el territorio e incluso la única misión vigente en el este tejano, la de San Francisco.

Mas por suerte para el futuro español de Tejas, en la primera entrada de Terán figuraban varios franciscanos, y, entre ellos, uno llamado Francisco Hidalgo, que se había formado como fraile en Querétaro y que, al ser enviado al norte, decidió consagrar su vida a la evangelización de aquellos indios de la Tejas remota, tan despectivamente considerados por Terán. Y aunque el virrey ordenó levantar la presencia de España en el este de Tejas, e incluso la misión de San Francisco de los Tejas, cuyos objetos fueron sacados, el propio edificio quemado para evitar que fuera profanado, y el padre Hidalgo y los demás misioneros retornados a México, el franciscano no dejó en el olvido a la región y a sus queridos indios, a pesar de la renuencia de estos a integrarse en las misiones e incluso a recibir el bautismo, un agua que juzgaban emponzoñada y detrás de la cual creían que acaecía la muerte. Pese a todo en contra, el padre Hidalgo persistió, y puede decirse que, gracias a su tenacidad misionera, España volvería a Tejas, aunque veinticinco años después, y esta vez para quedarse. Para ello sería necesaria la aparición de nuevos actores en la escena.

## La estratagema del padre Hidalgo

El franciscano al frente de la misión de San Juan Bautista, el padre

Hidalgo, tuvo noticia de esta entrada de los franceses en Tejas e ideó un plan perfectamente maquiavélico para lograr sus propósitos. Escribió al gobernador francés de la Louisiana, manifestándole que, puesto que la inmensa región de Tejas estaba libre, bien podría el gobernador enviar una partida de religiosos para evangelizar a los nativos. Esto era lo que, en última instancia, justificaba la maniobra puesta en marcha por Hidalgo, y que bien hubiera podido pasar por traición.

Bien sabía Hidalgo que a Francia poco le importaba adoctrinar en el cristianismo a los indios, pero sabía que la carta le haría saber que, contra lo que pensaban en Louisiana, España no estaba asentada en Tejas. La misiva tardó dos años en llegar a su destino, a través de sucesivas naciones indias, y a su llegada produjo el efecto pretendido: los franceses supieron por ella que se habían equivocado años atrás, y que nadie ocupaba el territorio tejano. De modo que poco tardó el gobernador en despachar una nueva partida, una vez más con Saint Denis al frente y con los tatuados hermanos Talon como intermediarios con los Karankawa y los demás pueblos.

Saint Denis comprobó que era cierto el aserto de Hidalgo sobre la ausencia de los españoles, trabó buenos contactos con los indios, y quiso hacerlo con el remitente de la carta, fray Francisco Hidalgo, diciéndole los indios que se hallaba «más allá del río», el río Grande, dirigiendo la misión de San Juan Bautista. A ella se dirigió con amistosas intenciones Saint Denis, pero antes se personó en el presidio próximo, donde radicaba la autoridad política en la zona, el comandante Diego Ramón.

Este envió un mensaje al padre fray Hidalgo, diciéndole que preguntaba por él en el presidio «un francés llamado Luis de San Dionisio», al tiempo que enviaba un escrito el virrey pidiendo instrucciones sobre qué hacer con el recién llegado. A la espera de la contestación, puso bajo arresto a Saint Denis, al fin y al cabo, súbdito de una nación que no era amiga de España. Y este arresto, ciertamente liviano, produjo un efecto inesperado y de consecuencias sobre el futuro inmediato de Tejas.

### Saint Denis, el agente doble

Como se ha dicho, el régimen de cautividad de Saint Denis en el presidio era tan leve que le permitió entablar contacto con la hija del comandante Diego Ramón, la joven de diecisiete años Manuela Sánchez Navarro. Y aunque el francés le doblaba la edad, ambos se

enamoraron. Y Saint Denis comenzó a acariciar planes nuevos, que hacían compatible el amor con el negocio, pues su condición a medio camino entre Francia y España le podría permitir ejercer como intermediario comercial entre ambas.

El débil cautiverio permitió escapar a los hermanos Talon, que se presentaron ante el gobernador de Louisiana, Cadillac, con una carta de Saint Denis y la noticia de sus amoríos con Manuela. Cadillac empezó a recelar de su súbdito, aunque le pareció interesante su propuesta de intermediación comercial, y así se lo hizo saber. Pero Saint Denis no contaba con el sistema mercantilista español que prohibía cualquier relación comercial con un país ajeno, más aún enemigo de España, como era Francia.

A todo esto, Saint Denis había sido enviado a la capital de Méjico, donde informó sobre las pretensiones francesas de ocupar Tejas, algo que España no podía tolerar, y se dispuso a adelantarse regresando a la región, precisamente el propósito último del padre Hidalgo cuando envió su carta. El virrey dispuso que de inmediato partiera una expedición, y Diego Ramón dispone que se incorpore a ella su futuro yerno, Saint Denis, ya medio españolizado.

En esta expedición de 1717, se refunda la misión de San Francisco, y, más tarde, seis misiones más y un presidio en el este de Tejas, un cuarto de siglo después de la salida. Al regreso de Saint Denis a San Juan Bautista, contrajo matrimonio con Manuela, y dirigió una expedición a la Mobile francesa, en la ribera del Misisipi, pero al regreso fue enviado preso de nuevo a la capital del virreinato español, por sospechas de tráfico ilícito.

En una nueva pirueta huye de México e ingresa en la Louisiana francesa, donde pide a las autoridades españolas que le dejen traer a su querida Manuela, a lo que acceden. Y así, este aventurero que sirvió a dos naciones sin traicionar en realidad a ninguna, vivió felizmente y tuvo descendencia con su amada esposa española.

### Las aguas del padre Margil

Antonio Margil de Jesús había nacido en el año 1657 en Valencia, y desde muy pronto se le despertó la vocación religiosa, ingresando en la orden franciscana y siendo destinado a América, donde se desempeñó varios años como misionero en Querétaro y Zacatecas.

Con cincuenta y seis años se incorporó a la expedición de Domingo Ramón, que pretendía colonizar Tejas por segunda vez, tras la primera fallida de veinticinco años atrás. Un grupo de frailes acompañaba a la comitiva, y mantenían buenas perspectivas a la

vista de la cordialidad de los indios tejas, para los que levantaron varias misiones, pero se encontraron con que los indios no querían integrarse en ellas, sino que preferían seguir fieles a su vida nómada y primitiva.

Las cosas empeoraron con la pavorosa sequía del año 1716, que secó arroyos y fuentes y condenó las cosechas de cereal de las misiones, el mejor incentivo para atraer a los infieles al reducto de las misiones. Pero una noche el padre Margil tuvo una visión, y al levantarse se dirigió sin titubeos a los Banks de La Nana Creek, donde con su cayado golpeó con fuerza una roca, y de inmediato fluyeron dos manantiales, y no dejaron de hacerlo durante muchos años.

Este hecho, que figura en las crónicas, animó a los indios a acogerse a la seguridad de las misiones. El padre Margil, considerando que faltaba una misión entre el río Grande y la misión de San Antonio de Valero, solicitó licencia para fundarla al nuevo gobernador de Tejas, el marqués de San Miguel de Aguayo, que la otorgó, erigiendo así la misión de San José, la más bella del rosario de misiones tejanas.

Margil continuó misionando en la región de Los Adaes, y, aunque su ilusión era continuar adscrito a Tejas, sus superiores lo enviaron de nuevo a México, destinándolo al área minera de Zacatecas. El seis de agosto de 1826 entregó su alma en la capital mexicana, siendo estas sus últimas palabras: «Es tiempo de marchar y ver a Dios».

Fueron numerosos los testimonios que narraron milagros del padre Margil, cuya entrega y fe fueron proverbiales. En el Vaticano se abrió causa de beatificación, y fue declarado venerable, uno de los escalones hacia la santidad.

Hoy, los habitantes del área de Nacogdoches llevan a quien lo pida a los arenales de La Nana Creek, y saben localizar el punto exacto donde el padre Margil hizo brotar el milagro del agua de la roca.

### El ganado en el Suroeste

No había ganado doméstico en Norteamérica antes de la llegada de los españoles, a excepción de unos pequeños perros de tiro utilizados por algunas tribus indias de las praderas. Los españoles llevaron cerdos, gallos, perros, cabras, mulas, asnos..., animales que importaron sustanciales cambios en el modo de vida y en la alimentación en esos territorios.

Pero sobre todo introdujeron caballos, vacas y ovejas. El tronco principal de todos ellos fue extraído de las marismas próximas al puerto de Sevilla, que antaño ocupaban 200.000 ha, y donde desde antiguo se había

desarrollado una importante tradición ganadera, que había de revolucionar el paisaje rural del continente americano.

Sin perjuicio de la punta de vacas negras andaluzas llevadas por Juan de Oñate a Nuevo México, fueron vacas mostrencas marismeñas las que poblaron el septentrión de la Nueva España. Las reses prosperaron largamente en regiones como California y sobre todo Tejas, donde se adaptaron perfectamente a las grandes praderas, en las que eran dejadas libremente, hasta que una vez por año eran rodeadas y capturadas para la venta o el marcaje con el hierro.

Por el contrario, Nuevo México fue terreno menos propicio para la vaca y más para la oveja, debido entre otras cosas a su topografía de valles fluviales intermontañosos. De ahí que vacas y ovejas entraran en cerrada pugna por el territorio, hasta que las ovejas fueron las dominantes, por su mejor adaptación a este terreno y por su fácil conducción por los caminos a lo largo del río Grande.

Las ovejas tenían también su origen en las extensas marismas del sur bético, donde se criaban las churras lebrijanas, y fueron churras, y no merinas, las que se llevaron a Nuevo México, donde recibieron el nombre de *churros*, por el que todavía se las conoce.

Con la oveja se importó el sistema jurídico peninsular, de antigua raigambre desde los tiempos de la Mesta, cuando la lana era la principal actividad económica del reino. Este sistema se basaba en rebaños que trashumaban cíclicamente en busca de los pastos de invierno y de verano, y cuyo manejo no corría a cargo de peones a sueldo, sino de pastores que iban «a la parte». Este sistema partidario consistía en que el rebaño era dejado toda la temporada al cuidado de un pastor, quien a su término debía entregar el 50 por 100 más de las ovejas, quedándose él con el resto de los excedentes biológicos. El sistema, de signo capitalista, permitió que los pastores se convirtieran con el tiempo en propietarios de grandes rebaños (no solo españoles, sino muchos indios lo fueron), aunque no pocas veces establecía una suerte de endeudamiento de por vida hacia el patrón, del que era difícil escapar.

Lo cierto es que la oveja conoció una explosión formidable en Nuevo México y Colorado, desbancando claramente del paisaje a la vaca, preponderante en las planicies tejanas. Todavía los rebaños trashumantes de ovejas o de vacas recorren los paisajes de Texas o Nuevo México, una visión que es como una reliquia de tiempos remotos.

### *La guerra de los pollos*

Así fue llamado este conflicto que tuvo lugar en Tejas entre España y Francia, bastante más serio de lo que podría deducirse del inofensivo nombre con que fue bautizado.

La misión situada más al este del territorio español de Tejas era la de San Miguel de Los Adaes, fundada en la expedición de Domingo Ramón. Distaba solo veinte millas de la plaza francesa de Natchitoches, y en el año de 1719, a causa de que se hallaba declarada en Europa la guerra entre España y Francia, el capitán

francés Philippe Blondel, con una docena de soldados, atacó por sorpresa la misión de Los Adaes, mínimamente protegida, capturando a los pocos soldados y a los religiosos.

Pero también se llevaron otro botín, más atractivo y succulento, el de las aves del corral de la misión, que los franceses no dudaron en enlazar por las patas y llevarlos en volandas para celebrar con ellos una cena opípara esa noche.

Pero de vuelta a su plaza, los pollos comenzaron a aletear furiosamente para librarse, espantando a los caballos y generando una gran confusión, que aprovecharon los misioneros para escapar y esconderse en los bosques. Se apresuraron a caminar a San Antonio, donde dieron razón del hecho al padre Margil, cargando las tintas con la habitual exageración ibérica. La docena de soldados franceses se convirtió en una tropa de cien en boca de los franciscanos, y el rumor de la acción francesa se extendió enseguida por las instalaciones españolas de Tejas, mal protegidas. Las seis misiones y el presidio fueron abandonadas por temor al que se suponía inminente ataque francés. Fue la llamada «guerra de los pollos», que tuvo varias consecuencias: la primera, decidir crear otra misión para cubrir un enorme vacío territorial, la de San José, que fundó el padre Margil. La segunda, hacer reaccionar al virreinato de Nueva España, que dio con la persona adecuada para restablecer el orden español en Tejas: el marqués de San Miguel de Aguayo.

### *La entrada del marqués de San Miguel de Aguayo*

José Ramón de Azlor y Virto de Vera había casado con la viuda Ignacia, la marquesa de San Miguel de Aguayo, con cuyas nupcias accedió no solo al marquesado, sino a una inmensa fortuna, ya que el mayorazgo del marquesado de Aguayo era uno de los más acaudalados de la Nueva España, propietario de tierras sin límite en el septentrión del virreinato.

Pero el nuevo marqués, en gesto que le honra, decidió que era preferible dedicar la fortuna familiar al servicio del rey, que no al disfrute particular, remedando a otros, como Hernando de Soto o Juan de Oñate, quienes en su empeño perdieron los bienes, pero ganaron la gloria. El flamante marqués de San Miguel de Aguayo se ofreció al virrey para acudir en socorro de las misiones y presidios de Tejas, y para ello organizó de su peculio un ejército compuesto por hombres, familias y ganados, y puso rumbo a Tejas.

Pero el infortunio se cebó de diversas formas con la expedición,

ya fuera por una revuelta india inicial que retrasó la partida, una asoladora sequía que secó las fuentes y mató a los caballos, que tuvieron que ser repuestos, y, más tarde, crecidas de ríos que hundían a las lanudas ovejas y obligaban a buscar vados alejados. Tanto se demoró la partida que en el intervalo Francia y España concertaron las paces, aunque la noticia no llegaría a la lejana Tejas hasta mucho tiempo después.

El marqués siguió pues con su *entrada*, superando nuevas calamidades, como una tormenta que dispersó el ganado, y llegó por fin a San Antonio. Allí recibió la visita de un viejo conocido español, Saint Denis, informándose de la paz entre ambas naciones. El marqués la aceptó, pero no sin amenazar con atacar los establecimientos franceses si no se devolvían a España las tierras arrebatadas en Los Adaes, en la famosa *guerra de los pollos*.

Para asegurarse de que no habría más incursiones francesas, levantó el presidio de Los Adaes, y luego refundó las seis misiones de Tejas abandonadas; autorizó al padre Margil a fundar otra nueva, la de San José, y mandó reconstruir en piedra sólida y en un nuevo emplazamiento el presidio de Béjar. Por si fuera poco, ordenó erigir uno nuevo en el mismo lugar donde había estado ubicado el fuerte del francés La Salle, el de Goliad-La Bahía, uno de los presidios españoles mejor conservados en la actualidad.

Tras la expedición pacificadora del marqués, la Corona decidió que el gasto en las misiones y presidios de Tejas era excesivo, y la visita oficial del militar Pedro de Rivera determinó una disminución general de los efectivos en esa provincia: el presidio de los Tejas fue suprimido; se redujeron las dotaciones de los restantes, y las tres misiones al este de Tejas fueron trasladadas al oeste, quedando así las cinco que ahora se conservan en actividad. En general, la presencia española se debilitó, pero, acordada la paz entre España y Francia, los nuevos presidios construidos por el marqués de Los Adaes y La Bahía perdieron utilidad.

Tras su campaña, en la que invirtió 130.000 pesos, el marqués de San Miguel de Aguayo regresó a sus tierras de Coahuila, donde lo aguardaba su esposa, con la que vivió holgadamente en la hacienda de San Francisco de los Patos hasta el año de su muerte, en 1734, un año después de la muerte de su esposa. Esta fue la apretada biografía del marqués de Aguayo, no suficientemente reconocida ni valorada, pero esencial en el mantenimiento de la presencia de España en Tejas.



El presidio fue otra de las grandes instituciones españolas de la frontera. Se trataba de un establecimiento militar, en un principio pequeño y mínimamente dotado con unos seis soldados, hasta la última época, cuando presentaba una gran planta y tenía una dotación de unos cincuenta efectivos, con un capitán al frente, habitaciones para la tropa y corrales para los caballos. Fue específicamente diseñado para la frontera del norte, cuando el modelo de conquista militar cedió paso a otro de pacificación, basado en la iniciativa de los misioneros.

En un principio, los frailes de las órdenes religiosas lograron convencer a las autoridades españolas de que era preferible prescindir de la fuerza militar y dejar en exclusiva a los frailes la tarea de adentrarse en las tierras nuevas para evangelizar y colonizar. Un planteamiento ingenuo que se vino abajo tras varios martirios, como el del padre Segura y los padres que lo acompañaban.

En lo sucesivo, se optó por un sistema intermedio: los misioneros irían escoltados por una pequeña tropa, y cerca de las nuevas misiones serían instalados presidios de protección. A partir de entonces, el binomio misión-presidio sería inseparable, y rendiría óptimos frutos en las tierras de la frontera, mucho más allá de la mera defensa.

Los soldados presidiales firmaban contratos de largo plazo, a veces por veinte años, y recibían un sueldo que osciló en torno a los cuatrocientos pesos anuales, que no siempre se abonaban en dinero, sino en especie, y algunos capitanes corruptos se encargaron de ello, entregando alimentos y vestuario de ínfima calidad a los soldados. Quienes complementaban el salario cultivando parcelas cerca del presidio, cuyos excedentes vendían a los misioneros. Otras veces hacían trabajos extra, como acompañar a viajeros en los inseguros caminos de la frontera. Todas estas corruptelas fueron tenazmente combatidas a través de las sucesivas reformas del sistema.

La figura del presidio, copiada luego por los angloamericanos en sus fuertes, aunque inicialmente concebida para la defensa, acabó extendiendo el ámbito de sus funciones y cumpliendo múltiples objetivos: seguridad para las misiones próximas, ranchos, pueblos y asentamientos; sirvieron de freno al avance de los países europeos desde el norte y desde el este; contuvieron a los indios, que nunca se atrevieron a atacar un presidio; fueron un atractivo centro para comerciantes, ganaderos y granjeros, que vendían en el puesto sus excedentes; establecieron un paraguas protector para los indios amigos, quienes optaban por acogerse en sus cercanías con sus familias, y, por esta causa, con el tiempo muchos presidios vinieron a transformarse en pueblos, engrosados por los propios indios y por muchos soldados presidiales que, finalizado su contrato, instalábanse en el área como colonos.

Así pues, el presidio fue una de las instituciones vitales de la frontera, que desplegó su influencia en los aspectos defensivo, sociológico y económico, instituyéndose como uno de los grandes focos colonizadores del norte de México y el suroeste de los Estados Unidos.

A diferencia de las misiones, muchas de las cuales siguieron activas al finalizar la época colonial española, de los presidios apenas quedan restos. De los que fueron contruidos en los primeros tiempos, con adobe y madera, nada queda. Pero aún es posible contemplar la estructura presidial en los que más tarde se levantaron con fábrica de piedra, como los de San Sabá y La Bahía, en Texas.

Parece que Felipe de Rábago y Terán hizo alguna fortuna como propietario de minas en Méjico, pero decidió enrolarse en el ejército, respondiendo al nombramiento que le hizo el rey Fernando VI como comandante de un nuevo presidio en Tejas, destinado a proteger las tres misiones fundadas en la ribera del río San Gabriel.

Pero el punto débil de Rábago eran las mujeres, y, de camino a su destino, no dejó, en cuantas plazas fue recalando, de importunar tanto a indias como a españolas, hecho que agravó al máximo en la misión de San Antonio, donde reclutó al sastre Juan José Ceballos, al tiempo que se prendaba de su esposa.

Como quiera que el marido se quejara, don Felipe lo encarceló en el nuevo presidio fundado por él, llamado San Francisco Javier de Gijedo, lo que protestaron sin éxito los religiosos. Ceballos llegó a escaparse y refugiarse en la misión Candelaria, pero el ruin Rábago lo persiguió, volvió a capturarlo y lo trajo de vuelta al presidio, vejándolo con golpes.

El fraile Miguel Pinilla, indignado, exigió públicas excusas al capitán, quien sin llegar a excusarse al menos liberó al pobre esposo ultrajado. Rábago pidió a su vez al virrey la marcha del religioso, lo que fue denegado.

Mientras tanto, con tan indeseable referente humano al frente del presidio, los soldados se dedicaron a asediar a las pobres indias, lo que estas declaraban arrepentidas en confesión, para escándalo de los confesores, lo que llevó al padre Pinilla a excomulgar a los soldados. Esto era muy grave, y los soldados poco a poco se arrepintieron y volvieron al redil de la recta conducta.

Entonces el capitán Rábago acusó ante el virrey a los religiosos, aduciendo negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones.

Vacilaban las autoridades virreinales sobre el camino a seguir, cuando la noche de 1752 ocurrió la tragedia: cenaban el deshonorado Ceballos y los padres Pinilla y Ganzábal con la puerta abierta a causa del calor, cuando penetró por ella un trabucazo que mató en el acto a Ceballos. Salió el padre Ganzábal con la candela encendida y, desde las sombras, recibió otro disparo que le alcanzó el corazón, tras lo cual se alejaron los asesinos.

Las sospechas inmediatas cayeron sobre Felipe de Rábago, quien a su vez acusó a los indios coco, que habían mantenido fuertes desavenencias con los misioneros los días anteriores. También era sospechoso el soldado Martín Gutiérrez, quien había acosado a una mujer india casada con el indio Andrés, a quien le ofreció un caballo por prestarle a su esposa «durante tres lunas», lo que causó la amonestación seria a los tres por parte del padre Ganzábal.

El juicio determinó que tanto Martín Gutiérrez como Andrés y el capitán Rábago fueran condenados a pena de prisión. Este fue confinado en la cárcel durante ocho años, durante los cuales tuvo tiempo para meditar sobre la depravación de su vida pasada.

### Evolución del sistema presidial

Los primeros presidios nacieron para proteger la progresión española hacia el norte, muy lenta a causa de no hallarse yacimientos de plata como los de Zacatecas o Chihuahua, que habían hecho avanzar aceleradamente la colonización. Estos presidios estaban dotados con escasos efectivos, pero en los dos primeros tercios del siglo XVIII fueron ampliándose, en la medida que arreciaban los ataques indios.

Esta hostilidad alcanzó su clímax hacia 1680, con la rebelión de los indios pueblo, que contagió a otras tribus y obligó a revisar en su conjunto el sistema defensivo de la frontera, abandonándose algunos presidios mal ubicados, creándose otros y en general fortaleciendo su capacidad. Se crearon además las compañías volantes, una fuerza móvil con gran arraigo a partir de entonces.

Pero el sistema fue deteriorándose, debido en parte a las corruptelas internas. Fue práctica general la quita, mediante la cual se cercenaba el sueldo real de los soldados, pagándoles el salario en artículos inflados y deficientes, y muchos capitanes de presidio actuaban más bien como patrones que como jefes militares, todo lo cual minaba la moral de unos soldados pésimamente equipados por añadidura.

Como todo esto se había traducido en un debilitamiento de la frontera, junto con unos costes elevados de defensa, se encargó a Pedro de Rivera una inspección general, que dio como resultado el Reglamento de 1729. Este vino a corregir muchos abusos y a abaratar el coste global de la defensa, pero no redundó en una mejora efectiva de esta, pues los indios, sobre todo apaches, continuaban con sus devastaciones sobre ranchos y poblados, y los presidios, muy lejos de la autoridad virreinal, actuaban de una forma descoordinada y autónoma.

El final de la Guerra de los Siete Años obligó a España a reformar de nuevo todo su sistema defensivo, cuya debilidad había quedado en evidencia. Tras la paz, Inglaterra se acercaba desde el Este peligrosamente a las posesiones españolas. Además, continuaban los asaltos apaches, de modo que Carlos III encargó una nueva inspección del sistema, que corrió a cargo del marqués de Rubí, acompañado del ingeniero Lafora.

Tras su visita de dos años y 12.000 km, recorriendo todos los presidios del septentrión de la Nueva España, Rubí propuso importantes reformas. Se crearía un cordón único de presidios desde el golfo de California al golfo de México, con una separación regular entre ellos de unos 160 km. La coordinación interpresidial y la impermeabilización de la línea se resolverían patrullándose de modo continuo las áreas intermedias. Además, el Reglamento introducía profundas medidas correctoras, como la dotación uniforme de oficiales y soldados de cada fuerte, detallando el equipo correspondiente a cada uno, tanto de armamento como de vestimenta; cada soldado debía poseer seis caballos, un potro y una mula; los sueldos se

recibirían en efectivo, y no en especie. Se trataba de una revisión integral del cada vez más amenazado espacio fronterizo del norte.

## La tragedia de San Sabá

Lo acaecido en la misión del río San Sabá es la muestra de la tensión y los riesgos que presidieron la colonización de Tejas. Animados por la aparente buena disposición de los apaches y por la posible existencia de minerales, los españoles decidieron extender la frontera evangelizadora hacia el norte, a orillas del río San Sabá, cerca del actual Menard, Texas, en pleno corazón de la apachería.

El virrey de México encontró incluso un patrocinador para la empresa, el rico minero Pedro Romero de Terreros, que se comprometió a financiar la misión con tal que la dirigiera su primo, el franciscano Alonso Giraldo de Terreros. En la primavera de 1757 se fundaban la misión de San Sabá y el presidio de San Luis de las Amarillas, comandado por Diego Ortiz Parrilla y poblado con unas 400 personas.

El fraile insistió en que este presidio no se construyera adyacente a la misión, sino a cinco kilómetros, para evitar la mala influencia de los soldados, en especial, su inclinación sexual hacia las indias. Una vez más, los frailes porfiaron en la vieja polémica de la alternativa entre el sometimiento militar de los indios o la persuasión evangélica, juzgando que bastaba con la segunda.

Las perspectivas acerca de la buena disposición de los indios fallaron desde el primer momento, pues los apaches no tenían intención alguna de acogerse a los beneficios materiales y espirituales de la misión, sino atraer a los españoles al área y utilizarlos como muro de contención contra los comanches, tribus movedizas y sumamente agresivas que bajaban presionando desde el norte.

Los españoles pudieron informarse con tiempo de la alianza de los comanches y otras tribus contra ellos, y el comandante Ortiz pidió a los frailes que se refugiaron en el presidio, lo que rehusó el padre Terreros. En la madrugada del 16 de marzo una masa de indios bien armados rodeó la misión, entraron en ella, la saquearon e incendiaron, y mataron a fray Giraldo de Terreros y a otras ocho personas, logrando escapar el padre Molina y otros dos supervivientes de noche, tras esconderse entre los escombros. La separación del presidio hizo imposible la llegada de auxilios y los indios no se atrevieron a atacar el fuerte.

Meses después, el comandante Ortiz Parrilla partió en

expedición de castigo compuesta por 800 soldados. Penetró muy al norte en territorio indio, persiguiendo a los agresores hasta que dio con ellos, parapetados en una aldea fortificada. Pero los indios se hallaban muy pertrechados con armas cedidas por los franceses, y, tras varias horas de batalla y la pérdida de medio centenar de hombres, el comandante desistió del ataque y regresó a San Sabá.

Era evidente que la antigua situación de desequilibrio entre españoles e indios se había corregido, gracias a las armas que de continuo suministraba Francia a los nativos, un factor que dificultó no poco la pacificación definitiva de la frontera de Tejas y la integración de los indios en la civilización europea.

### El Reglamento de 1772 y la pacificación final de la frontera

El Reglamento de presidios propuesto por el marqués de Rubí fue aprobado por el rey Carlos III en 1772, y disponía un cambio generalizado en la estrategia militar. A partir de ahora se cambiaría la acción puramente defensiva por la ofensiva, de modo que la iniciativa no estuviera ya en manos de los indios, sino de los españoles, con lo que aquellos, ocupados en defenderse, no estarían ya en situación de hostilizar como hasta ahora las propiedades españolas.

Para llevar a cabo las reformas, tras el mandato de O'Connor se nombró a Teodoro de Croix Comandante general de las Provincias Internas, descentralizando de esta forma el poder sobre la inmensa región que incluía la Alta y la Baja California, Coahuila, Sonora, Sinaloa, Nueva Vizcaya, Nuevo México y Tejas. Croix llevó a término una muy efectiva labor de reubicación, reforma y fortalecimiento de los presidios y de la defensa en general, con fórmulas como la de apoyarse grandemente en las compañías volantes y la de desechar paulatinamente la más engorrosa tropa de cuera, que exigía mayor y más pesado equipo, siendo fácilmente detectable a distancia por el enemigo, optando por la tropa ligera, más flexible y además más económica. Aun con las bajas habituales, Croix siempre mantuvo 900 efectivos de guarnición y escolta, 900 en patrullaje continuo, y 900 en ofensiva permanente contra los indios hostiles.

Sin duda el meritorio esfuerzo de Croix, si bien redundó por una parte en una sensible mejora de la disciplina y honestidad internas, en cambio no mejoró sustancialmente el problema último, las depredaciones de los incombustibles apaches, que continuaban asolando el área, mermando la seguridad y los bienes, y llevando el desánimo a los colonos.

La solución definitiva vendría dada por la eficaz gestión de Bernardo de Gálvez, nombrado ahora virrey de Nueva España tras sus éxitos en la lucha contra Inglaterra con motivo de la independencia de Estados Unidos. Aunque solo pudo disfrutar del cargo un año antes de su temprana muerte, logró encauzar el desenlace favorable del problema, dictando la Instrucción de 1786.

Esta norma hacía un acercamiento sutil a las cuestiones de fondo. Se trataba de fomentar la discordia entre las tribus indias, pactando con las

más proclives a la paz, y forjando alianzas con algunas, azuzándolas contra otras. Y aquellos indios que se asociaran a los españoles serían invitados a vivir protegidos alrededor de los presidios, recibiendo caballos, alimentos y suministros, lo que aumentaría su dependencia de los españoles y a la larga los debilitaría. Esta política de «paz por compra» y de «divide y vencerás» era, al fin y al cabo, la que había dado tan buenos resultados para poner fin a la larga guerra contra las tribus chichimecas de México dos siglos antes, y también la que había probado con tanto éxito Juan Bautista de Anza en Nuevo México, pacificando la provincia.

Bernardo de Gálvez no pudo ver los resultados de su Instrucción, que permitió tanto a españoles como indios llegar a un entendimiento de convivencia. Era evidente para todos que hacia 1796 la larga y cruenta guerra contra los apaches estaba llegando a su final. Sin embargo, un suceso extraordinario vendría a trastocarlo todo: la salida violenta de España de las Américas. España, tras dos siglos de inauditos esfuerzos buscando soluciones, las había logrado, pero el equilibrio conseguido se vino abajo bruscamente. Los indios abandonaron el entorno de unos presidios que ya no contenían dotaciones, para volver a sus correrías depredadoras. México y, más tarde, Estados Unidos, habrían de empezar de nuevo.

## La segunda oportunidad del capitán Rábago

Ocho años de reclusión en las mazmorras de Nueva España sirvieron a Felipe de Rábago para purgar sus culpas ante el mundo y para purificarse por dentro, ya que expresó que había experimentado «un gran cambio en su corazón» y anhelaba reparar sus grandes errores del pasado.

Y mientras Rábago cumplía su larga condena, ocurrieron en Tejas los sucesos trágicos de la misión de San Sabá, narrados en otro capítulo, que obligaron a España a castigar a los comanches autores de la masacre. Pero el coronel Diego Ortiz Parrilla, comandante del presidio de San Sabá, no acertó en la represalia, y los comanches continuaron hostigando impunemente.

Las apelaciones y revisiones del juicio a los presuntos asesinos de la noche de 1752, con la aportación de nuevos testimonios que aumentaron la confusión sobre la realidad de los hechos, más las continuas protestas de inocencia de don Felipe, dieron como resultado su liberación. El nuevo virrey, el marqués de Cruillas, que conocía el deseo del capitán de redimirse, lo designó de inmediato comandante del presidio de San Sabá, para protesta de los franciscanos, que no habían olvidado la antigua conducta de don Felipe.

Pero este en verdad era un hombre nuevo. En su marcha a San Sabá eludió prudentemente pasar por las misiones de San Antonio y caminó directamente al presidio, encontrándolo en un estado

lamentable. Empleó dinero propio en rearmar a los soldados y en la compra de caballos, y se aplicó luego al propio presidio, sustituyendo la madera por piedra y rebautizándolo con el pomposo nombre de Real Presidio de San Sabá.

Pero su verdadera intención estaba dirigida a convertir al cristianismo a los apaches lipanes, pues no era otro el motivo de la presencia de España en aquellas alejadas tierras. Se amistó decididamente con ellos, si bien los propósitos de estos eran otros que acogerse a las misiones que se les ofrecían, sino utilizar a los españoles contra sus inveterados enemigos, los comanches, que estaban forjando un imperio propio en las grandes praderas. Pidieron a Rábago levantar nuevas misiones para contenerlos, ya que ni siquiera se atrevían a sembrar los campos por las incursiones comanches.

El bienintencionado Rábago aceptó, aun sin tener autorización superior para erigir nuevas misiones, y así fundó la de San Lorenzo de Santa Cruz y, más al sur, la de Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, dotándolas de algunos efectivos militares extraídos del presidio de San Sabá, con el resultado de debilitar este fuerte y envalentonar a los comanches, que se atrevieron a dirigir continuas incursiones contra el presidio, robando caballos o cosechas de sus contornos, para descontento de los soldados y familias del presidio, que apenas se atrevían a salir para cuidar sus campos.

Rábago se planteó entonces trasladar el presidio al entorno de la misión de San Lorenzo, lugar menos expuesto, pero, hartos el virrey de su autonomía de criterio, lo destituyó como comandante de San Sabá en 1769. Fue llamado a Méjico para dar cuenta de sus decisiones, pero murió de camino, en San Luis de Potosí.

Don Felipe de Rábago y Terán, en esta su segunda etapa, mostró buena intención, pero deficiente juicio, al volcarse de modo tan ciego en apoyo de los apaches lipanes. Aun así, sus antiguos enemigos, los franciscanos, reconocieron lo honesto de sus intenciones y sus sacrificios, y lo absolvieron de sus pretéritos pecados.

## La Nueva Santander

En el año 1700 nació en Soto de la Marina, provincia de Santander, José de Escandón, en el seno de una familia adinerada que permitió al pequeño tomar el rumbo profesional que más apetecía. Que no era otro sino enrolarse hacia las Américas con quince años, casando en segundas nupcias con Josefa de Llera, y sirviendo en la milicia

de Querétaro, destacando por su buen hacer hasta ser nombrado para crear una nueva provincia en el norte de Méjico y el sur de Tejas, a la que se bautizó Nuevo Santander, por el lugar de origen de Escandón.

Como primera providencia organizó un haz de siete expediciones simultáneas, financiadas de su bolsillo, tras lo cual presentó a las autoridades del virreinato un mapa con un plan de colonización del área, que fue aprobado, y los incentivos materiales que ofreció atrajeron a numerosos colonos, unos dueños de tierras que querían ampliarlas, otros buscadores de fortuna en una nueva vida.

Con el plan, comenzó a fundar poblaciones y misiones franciscanas, entre ellas, la capital, la villa de Nuevo Santander, donde iba asentando a los colonos y sus familias. También funda Villa Laredo, hoy una de las ciudades más importantes de Texas.

Informa al virrey de sus progresos. Ha fundado trece ciudades, cientos de españoles viven en ellas, y los indios se están cristianizando en las misiones. Al mismo tiempo comienzan las murmuraciones en su contra, que nunca faltaron en España para los que destacaron. En 1750 ya ha erigido veinte ciudades, y tres mil nativos se capacitan en la cultura occidental.

El virreinato, a falta de pruebas de todo lo dicho, envía en comisión investigadora al capitán José Tienda de Cuervo, que informa que la Corona lleva gastado demasiado dinero, al tiempo que da cuenta de las quejas de muchos colonos, que no han recibido en propiedad, sino solo en usufructo, las tierras que les había prometido Escandón. Se rebaja el gasto, para protesta del gobernador Escandón, que ya había sido nombrado conde de Sierra Gorda, el nombre de la región, y como arrecian las protestas de los envidiosos se le hace *pesquisa*, imputándole treinta y ocho cargos.

Escandón se defiende arguyendo que lleva cincuenta años al servicio de la Corona, que ha gastado una inmensa parte de su hacienda, que ha tratado correctamente a los indios y que ha fundado veintidós pueblos donde viven 1300 familias. Que se ha enriquecido, es cierto, pero no de modo ilícito, y que el palacio que disfruta lo ha construido con sus propios fondos.

Escandón fue absuelto de todos y cada uno de los cargos contra él, pero no pudo ver el resultado, ya que murió poco después de su esposa. Su primogénito pudo pues continuar en la gobernación de Nuevo Santander, y en el río Grande de Texas se levanta una estatua en memoria del gran colonizador del norte de México y el sur de Texas que fue José de Escandón. Aún quedan en el área descendientes de aquellos pioneros que acudieron a la llamada colonizadora de Escandón.



Athanase de Mezières había nacido en París en 1719, pero muy pronto quedó huérfano de padre, y su madre, una mujer sumamente atractiva, casó de nuevo con alguien de la alta sociedad parisina, y ella repudió a su hijo, al que tachó de «una persona indeseable», y se deshizo de él enviándolo a la América francesa siendo casi un niño.

Sintiéndose rechazado y viéndose obligado a encarar una nueva vida, se mezcló con las tribus indias del entorno de la Luisiana francesa, tatuándose el cuerpo como uno más y aprendiendo sus lenguas y sus costumbres, algo que se convertiría en un patrimonio inestimable en su vida futura.

Como a fin de cuentas era súbdito francés, se enroló bajo su bandera en las guerras de Europa, volviendo a América ya como joven oficial, instalándose en el área de Natchitoches, en la Luisiana francesa. Pero esta provincia, a consecuencia de las compensaciones debidas por Francia a España tras la Guerra de los Siete Años, pasó a manos españolas, algo que rechazaron de plano los habitantes franceses, hasta que el duro O'Reilly los obligó *manu militari* a aceptar la soberanía española. O'Reilly supo ver las cualidades de De Mezières como negociador y le ofreció servir a la Corona española en los difíciles tratos con los indios de la región, los *norteños* de la frontera entre Tejas y Luisiana, más los correosos enemigos de siempre, los Apaches y los Comanches.

Athanase navegó entre estas aguas turbulentas con una prodigiosa habilidad y, además, con una firme fidelidad hacia el rey de España, actuando de agente pacificador entre unos y otros. España aprendió con él la técnica francesa de ofrecer regalos a los indios, y no solo honores, la práctica habitual de España con los caciques indios. Lo que nunca aceptó España fue entregarles armas y alcohol, una práctica habitual y sumamente peligrosa de Francia.

Como siempre que alguien actúa con probidad y éxito, los rumores y las envidias pronto se cernieron sobre Athanase, al que tacharon de espía encubierto a favor de Francia, habladurías de las que hizo poco caso el prudente gobernador de la Luisiana española, Unzaga. El francés continuó sirviendo al rey Carlos III con eficacia y fidelidad, e incluso su capacidad de obrar mejoró cuando se nombró gobernador de la Luisiana a Bernardo de Gálvez, quien liberalizó el comercio y permitió más soltura de acción a De Mezières.

Tanta fue la confianza que despertó entre las autoridades españolas que se le ofreció la gobernación interina de Tejas y, más tarde, incluso la definitiva, lo que rechazó el francés arguyendo que debía proteger a sus hijos y que su salud comenzaba a

resquebrajarse tras tantas andanzas y negociaciones sobre tierras tan procelosas. Así era en verdad, porque poco después escribió al Comandante de las Provincias Internas, Teodoro de Croix, anunciando su retiro y solicitando una pensión por los muchos servicios prestados a España. El 2 de noviembre de 1779 fallecía en San Antonio de Tejas, y De Croix trasladó la pensión a sus hijas, y a los hijos los colocó de cadetes en los presidios españoles.

### La emigración forzada

El marqués de Rubí, en compañía del ingeniero Lafora, fue enviado en la década de 1760 por el rey de España al territorio de la frontera, para inspeccionar el sistema presidial español, que drenaba ingentes sumas de dinero del erario público. Durante varios años recorrieron el vasto territorio, inspeccionando cada uno de los presidios y misiones, y escribiendo un largo informe que suponía una reforma general del sistema.

Los establecimientos de Tejas resultaron particularmente afectados por el informe. De acuerdo con él, los presidios de San Sabá y Los Adaes, en el este de Texas, debían ser suprimidos, así como las misiones adyacentes, y los españoles residentes en los ranchos del entorno de Nacogdoches debían trasladarse al entorno de San Antonio. Por doloroso que resultara abandonar el hogar, la seguridad de los españoles imponía obligatoriamente la medida. En aquella época, las normas se cumplían a rajatabla.

Antonio Gil Ibarbo, propietario de la hacienda de Lobanillo, era el más destacado de los afectados, y, aunque se quejó al propio marqués de Rubí, la orden se ejecutó de modo inexorable, y se dio a los españoles un plazo de cinco días para empacar sus pertenencias y marchar a San Antonio. El viaje fue penoso, tres meses recorriendo a pie aquellas tierras yermas, y, aunque se les proveyó de ayuda, una treintena de personas murieron por el camino.

La instalación en San Antonio no fue mejor, ya que las mejores tierras estaban ya adjudicadas, y las penalidades continuaron. Añoraban la vuelta a su terruño, y, aunque el gobernador era comprensivo con la petición, no podía desobedecer las órdenes, de modo que Gil Ibarbo decidió erigirse en líder de la comunidad y plantear la petición al mismo virrey de Nueva España. Acompañado de otro colono, acometió el larguísimo viaje hasta Méjico, donde fue recibido por el virrey Bucarelli, quien, tras escuchar sus argumentos, reunió una junta para estudiar el asunto y acordó autorizar la vuelta al este de Tejas, con algunas limitaciones en

cuanto a la ubicación.

Así se hizo, y el propio Gil Ibarbo se encargó de dirigir el regreso de todos a sus antiguas casas y posesiones, de amistarlos con los indios de los contornos para no ser molestados y de construir un granero público para atender las necesidades de la población en caso de carencias. Es el *Old Stone Fort*, que aún subsiste en Nacogdoches como reminiscencia de la presencia española, así como una estatua de Antonio Gil Ibarbo, el gran pionero y líder de la colonización española del este de Tejas.

### Tiempos de independencia en Tejas

La invasión de España por Napoleón tuvo efectos letales sobre la América española, cuyos habitantes rechazaron al intruso, y este movimiento pronto se transformó en otro de abierta emancipación de España. El cura Hidalgo lanzó en México el *Grito de Dolores*, y la marea independentista subió por la Nueva España, alcanzando Tejas, donde la recogió Juan Bautista de Las Casas, cuya iniciativa independentista logró hacerse con el control de varias plazas de Tejas, incluida San Antonio.

Pero las tropas españolas reaccionaron, y tanto Hidalgo como Las Casas fueron juzgados y ejecutados, aunque el testigo lo recogió, en Méjico, el mestizo Morelos y, en Tejas, Bernardo Gutiérrez de Lara, que levantó el movimiento en el norte de Nueva España y lo llevó a Tejas, recuperada por los realistas españoles.

Comprendiendo la dificultad de la empresa, Gutiérrez la ofreció al Gobierno de Washington, quien la aceptó de una manera encubierta, ya que no quería indisponerse con España, nación que había apoyado decisivamente el nacimiento de los Estados Unidos. Don Bernardo, con una tropa de aventureros angloamericanos, irrumpió en el territorio tejano, cercó San Antonio, y el gobernador, Manuel Salcedo, cuyas tropas se pasaron en buena parte al enemigo, no tuvo otra opción que rendir la plaza. El 6 de abril de 1813, Bernardo Gutiérrez de Lara proclamó solemnemente en San Antonio la declaración de independencia de Tejas.

Mientras tanto, Salcedo y sus soldados fueron apresados y conducidos esposados a Méjico, al mando del capitán Antonio Delgado. En el lugar llamado Salado Creek fueron desmontados de los caballos, humillados, atacados con cuchillos y, finalmente, degollados, y sus cuerpos se dejaron varios días a la intemperie. Esta cobarde acción provocaría una nueva reacción española.

Un catalán de Barcelona, Joaquín de Arredondo, habría de ser el encargado de hacer justicia y de restablecer el orden y la ley en Tejas. Militar de carrera, con el grado de coronel, ya había demostrado sus cualidades reduciendo a las huestes independentistas del cura Hidalgo en el área de Tampico, y con treinta y cinco años fue nombrado por el virrey Calleja comandante de las Provincias Internas del Este, que incluían el área de Tejas.

Para empezar, Arredondo se incautó de todas las propiedades de Bernardo Gutiérrez de Lara y, a continuación, puso rumbo hacia San Antonio, sabiendo que otro militar realista, Ignacio Elizondo, uniría sus fuerzas a las suyas, y que además muchos habitantes tejanos, horrorizados ante la masacre de Salado Creek y hartos del mal liderazgo de Gutiérrez, habían abandonado San Antonio y huido a Natchitoches.

Arredondo ordenó a Elizondo esperar para juntar todas las fuerzas, pero este decidió actuar por su cuenta y marchar sobre San Antonio. Gutiérrez, asistido por los angloamericanos Perry, Shaler y Clairborne, lo emboscó cuando asistía a misa y lo derrotó de modo contundente en la batalla de Alazán. Este fue el punto álgido de la carrera de Gutiérrez, ya en franco desacuerdo con los americanos, pues estos luchaban para anexionar Tejas a los Estados Unidos, y no para que fuera parte de México. La campaña contra él acabó por destituirlo como presidente-protector en San Antonio, siendo sustituido por Álvarez de Toledo.

Arredondo no se dejó intimidar por la derrota de Elizondo, sino que compuso sus fuerzas y atacó la capital de Tejas, San Antonio. La pomposa armada de la república se defendió durante cuatro horas, pero pudo más la estrategia militar del catalán realista. Al menos 1300 independentistas murieron y los demás fueron apresados, encargándose el capitán español de impartir justicia los días siguientes.

Elizondo a su vez avanzó sobre Nacogdoches, donde ejecutó a más de medio centenar de rebeldes y tomó cientos de prisioneros. La ley española había sido restablecida en Tejas.

Cuatro años más duró aquello, y se sucedieron nuevos gobernadores españoles. Hasta que se consumó por completo la independencia de México, y Tejas pasó a formar parte de la nueva República mexicana, que no duró mucho, pues acabó integrándose en los Estados Unidos.

En cuanto a Bernardo Gutiérrez de Lara, tras ser removido del liderazgo de Tejas, se instaló en Nueva Orleans y acabó sus días en Tamaulipas, pobre, amargado y enfermo, falleciendo en 1841.

Las islas Canarias son una antesala ecológica de América. Si ya Sevilla también lo es en cierto modo, con una atmósfera donde ya se perciben los trópicos, con sus palmeras y su primavera dulzona e insinuante, un ambiente más regalado que el que se respira en la dura meseta, todo eso se exagera en Canarias, ya claramente subtropical, un claro anticipo del que se respira en el Nuevo Mundo. De ahí que Canarias fuera una excelente cantera de gentes para la repoblación humana de América.

Tejas —todavía no era «Texas»— fue uno de esos destinos migratorios donde los canarios dejaron su impronta, siendo la misión franciscana de San Antonio de Valero el núcleo alrededor del cual se creó el poblamiento civil. El 14 de febrero de 1729, las autoridades canarias recibieron un despacho del rey Felipe V, en el que se instaba a que marcharan al lugar familias canarias que quisieran establecerse allí. No solo se les dotaba de una tierra, ganado y aperos para iniciar una nueva vida, sino que, estímulo decisivo, se les otorgaba el título de hidalgos a perpetuidad, aspiración máxima de las gentes de Castilla en la época.

Dieciséis familias aceptaron la invitación real, la mayor parte procedente de la isla de Lanzarote. El viaje desde Canarias fue muy azaroso, con algunas bajas en el camino e incluso ataques esporádicos de las tribus indias de la zona, pero al fin lograron acampar en lo que hoy es la plaza principal de San Antonio, denominada muy propiamente plaza de los Isleños, cerca de la misión —más adelante, la famosa de El Álamo— y del presidio erigido para la protección de la misma. Y el 31 de agosto de 1731 se constituyó por vez primera el Cabildo de San Antonio de Tejas. A su frente, como alcalde, el lanzaroteño Juan Leal Goraz, cuyos restos reposan en la catedral católica de San Fernando.

Este fue el núcleo fundador de lo que sería la ciudad actual de San Antonio, capital de Texas, una de las más prósperas de los Estados Unidos, donde aún subsisten los apellidos y las familias del inicial contingente poblador de Texas.

### La huella, hoy

Cuando el grupo comandado por Alonso de León se adentró en tierras fronterizas muy al este de las conocidas, se toparon con un grupo de indígenas, a los que preguntaron cómo llamaban al territorio donde se hallaban. Los indios, que no entendieron la

pregunta, saludaron a los forasteros con una palabra de bienvenida que sonaba como *tehas*, y desde entonces aquella enorme extensión fue Tejas.

Tejas (el nombre correcto en español es así, y no Texas) fue siempre el espacio infinito que sepultó los sueños de tantos exploradores, el agujero negro donde se fundieron las esperanzas de los Coronado, Oñate, Moscoso y muchos otros, todos atraídos hacia la fábula del Tejas fabuloso donde se criaban el oro, las perlas y las riquezas sin límite. Tras ese señuelo caminaban extenuantes jornadas, sufriendo de hambre, de sed, soportando emboscadas de indios agresivos, mantenidos solo por la promesa de la recompensa, bregando por la tríada de causas que los impulsaban y que aparecen hoy reproducidas tantas veces en todo lugar donde se recuerden, y siempre con respeto, las gestas de los españoles: por Dios, el oro y la gloria.

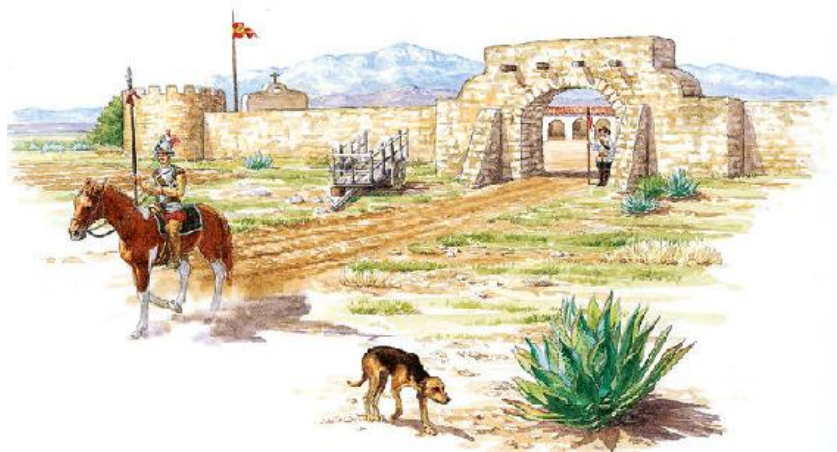
Pero ni oro ni gloria aguardaban a los intrépidos españoles en las indómitas e inéditas llanuras tejanas, solo hierba y bisontes. Ni siquiera Dios, pues los indios nunca se mostraron proclives a cambiar su religión ni sus costumbres.

Tejas se resistió siempre a ser colonizado. España persiguió el empeño una y otra vez, tomando posesión del espacio para que otros, franceses primero, ingleses después, no lo ocuparan. Ni Francia ni Inglaterra consiguieron cosa. Solo España, con esa asombrosa tenacidad que demostraba entonces, logró a la larga establecer asentamientos duraderos. Tejas no resultó ser ningún cofre repleto de tesoros, pero era necesario asentar allí la soberanía y cerrar el paso a otras potencias. Las misiones eran instaladas, pero los indios pronto se fugaban a la libertad de las praderas, prefiriéndola a la seguridad reglada de la misión. Las misiones fueron atacadas y destruidas, pero con machacona insistencia se reponían, mezclada ahora en sus cimientos la sangre de los mártires.

Los empeños no fueron baldíos, y al cabo se logró fijar la actividad colonizadora en Tejas. No había oro, pero sí hierba para el ganado, madera de los bosques para las casas, así como presidios y misiones a los que se acogieron indios, buscando protegerse de tribus más hostiles. Tejas acabó entrando en la órbita española, bien que a un alto precio en vidas, medios y esfuerzos. E, irónicamente, Tejas sí escondía oro, aunque no el amarillo que buscaban los españoles, sino el negro del petróleo. Y, andando el tiempo, llegó a ser uno de los estados más ricos de la unión. Al cabo, no estaban tan errados aquellos exploradores pioneros cuando en Tejas buscaban El Dorado.

La visita a ese estado gigante que es Texas comienza en El Paso,

punto estratégico en el período entero de la colonización española en el suroeste de Estados Unidos. Era propiamente llamado El Paso del río del Norte, porque en efecto existía un vado natural para cruzar el río Grande, marcando la frontera entre los dos segmentos de la Nueva España, el conocido y el inédito, y por ello, cuando Oñate lo traspuso, celebró una jornada de acción de gracias, ya que a partir de ahí comenzaba la verdadera exploración colonizadora.



*Los Presidios protegieron a españoles e indios, y fueron núcleos de nuevos pueblos y ciudades en Norteamérica.*

Más tarde, El Paso continuó en su función de enclave fundamental de las comunicaciones, pues allí el Camino Real de Tierra Adentro se desdoblaba en otros ramales hacia puntos diversos de la frontera, como el Camino Real de los Tejas, continuando el tronco principal hasta Santa Fe. Y cuando acaece la gran revuelta de los indios pueblo en 1680, El Paso vuelve a cobrar protagonismo, pues al eje Ysleta-El Paso se repliega la colonización española, construyéndose un presidio y una línea de misiones. Es entonces cuando se produce el despegue económico de El Paso y su entorno, asentado sobre todo en el desarrollo de una potente viticultura. El vino de El Paso fue célebre, y las recuas del Camino de Tierra Adentro cargaban anualmente 4000 galones de vino, además de *brandy*, vinagre y uvas, todo ello con destino a la feria de Chihuahua.

Desde El Paso, por la autopista 10 en dirección este discurre la llamada localmente *Mission Trail*, la cadena de tres misiones ubicadas en las márgenes del río Grande, la primera de las cuales, Corpus Christi, en Ysleta, se divisa desde bien lejos por su cúpula plateada. Ysleta conoció su apogeo con motivo de la rebelión de los indios pueblo, que forzó a los españoles, al mando del gobernador

Antonio de Otermín, a replegarse hacia el sur, hasta El Paso, en cuyas inmediaciones se instalaron. Pensaban reorganizar las fuerzas y preparar lo que creían iba a ser una rápida reconquista de Nuevo México, pero esta no llegó hasta trece años después.

Entre tanto, Ysleta se convirtió en el centro religioso del área, celebrándose allí la primera misa en 1680, el mismo año de la rebelión, por el padre franciscano Juan de Zabaleta. Incendios e inundaciones destruyeron varias veces la primitiva iglesia de Corpus Christi, e incluso llegó a estar emplazada a uno y otro lado del río Grande, pues este cambió de dirección en 1829, a consecuencia de unas crecidas. Hoy la iglesia luce por completo reconstruida y deslumbradoramente blanca. La comunidad circundante, que nació a impulsos de la misión, está considerada la más antigua del Texas moderno, y todo el espacio misional se halla considerado suelo sagrado por los indios tiguas.

La segunda de las misiones de esta ruta es la de Socorro, literalmente misión de Nuestra Señora de la Concepción del pueblo de Socorro, y debe su nacimiento al mismo suceso de la revuelta de los indios pueblo, siendo establecida por el propio Otermín y el bravo padre Ayeta, quien con su heroica galopada hasta la ciudad de México consiguió informar al virrey y salvar la presencia española en Nuevo México tras el desastre.

Esta misión se fundó sobre todo para mantener la doctrina cristiana entre los indios que no habían secundado la rebelión, sino acompañado a los españoles en su retirada. Su aspecto más destacable es la estatua de San Miguel que se encuentra en un costado del altar, y a quien se atribuye un milagro. Con ocasión de la independencia de Texas en 1845, la estatua estaba siendo trasladada a la ciudad de México, pero al poco de la partida el carro tirado por bueyes se atascó en un lodazal, y los parroquianos lo interpretaron como una señal de que san Miguel quería permanecer en Socorro, por lo que la imagen fue restituida a su primitivo y actual emplazamiento en la iglesia.

La tercera de las iglesias de esta cadena es San Elizario o, como señalan las antiguas crónicas, San Elzeario. Era la capilla militar del presidio del mismo nombre, un puesto clave en la protección de la línea fronteriza contra los comanches y apaches, verdadera pesadilla para la presencia colonizadora española.

Por San Elizario pasaba el Camino Real, y en el recinto exterior de la iglesia hay una placa que recuerda que cerca de ese punto tuvo lugar el primer *Thanksgiving* de los Estados Unidos, el que celebrara Juan de Oñate al trasponer el río Grande en El Paso y adentrarse en la verdadera aventura colonizadora.

La capilla actual fue movida de su original emplazamiento y



construida utilizando parte de los muros de adobe del viejo presidio de San Elizario. Hoy este ha desaparecido, pues el adobe resiste mal el paso del tiempo. El presidio fue abandonado cuando se produjo la independencia de México, y tan solo veinte años después, cuando los norteamericanos se hicieron con la posesión de la provincia, encontraron únicamente un montón de ruinas.

Seguimos por la 10 bordeando la ribera del río Grande, que en toda su longitud separa México de los Estados Unidos, y así llegamos al condado de Presidio, sugerente nombre que es también el de la principal localidad de la región.

Este fuerte se erigió para otorgar protección a las misiones creadas alrededor: Cíbolos, San Antonio de los Puliques, San Francisco de los Julimes, Santa María la Redonda, San Cristóbal del Apóstol Santiago, San Pedro de Alcántara..., hasta nueve misiones, fundadas gracias al esfuerzo del incansable franciscano fray Nicolás López, uno de los grandes héroes abnegados y anónimos de la frontera. El tiempo acabó con su nombre y aparentemente con su obra, pues nada queda del desmoronadizo adobe que servía de fábrica a las misiones y el presidio, y que sin mantenimiento pueden venirse abajo en el plazo de cincuenta años. Pero acabó solo en apariencia, pues la idea de las autoridades españolas era que tanto los presidios como las misiones se convirtieran en pueblos autónomos al cabo de unos años.

Esto es, sin duda, lo que ha ocurrido con el presidio y las misiones de este sur texano, como lo prueba el propio nombre del condado y su capital. Existe un fuerte angloamericano en estado de impecable mantenimiento, Fort Leaton, que recuerda la ardua labor misionera y civilizadora española. Varios rótulos indican que Fort Leaton se construyó cerca del antiguo presidio español, levantado por el capitán Alonso Rubén de Celis, y añaden que las misiones se fundaron para integrar en la civilización europea a los julimes, puliques, faraones, jumanos y otras tribus indias.

Tanto el presidio original como las misiones fueron emplazados en parajes inmejorables, el primero en un altozano dominador del horizonte, y ambos a la orilla de ríos que aseguraran el suministro de agua. Por ello, con algún esfuerzo de atenta observación puede reconocerse el lugar exacto donde radicaron los primitivos emplazamientos, allí donde crecen centenarios álamos que en su día regalaron sombra a las fundaciones.

Dejando la autopista 10 se toma una desviación para enlazar con una carretera secundaria, magnífica y segura, como todas las de Estados Unidos, y que permite disfrutar mejor del paisaje que las grandes vías de varios carriles. Por ella se llegará a la localidad de Menard, ciudad de gran encanto y bañada por un río que no solo

arrastra agua, sino un trágico recuerdo para la presencia española en Estados Unidos: el río San Sabá, donde tuvo lugar la famosa matanza de misioneros a cargo de una alianza de apaches, wichitas y comanches.

Nada ha quedado de la misión, que fue reducida a cenizas por los atacantes, pero una marca al borde de la carretera indica el lugar aproximado donde estuvo ubicada. Y añadiendo cierta dosis de perseverancia y de deducción, puede localizarse el punto preciso, en una amplia terraza sobre el río y cerca de unos nogales silvestres vetustos, el mejor paraje posible del contorno para instalar el conjunto misionero.

En cambio, del presidio de San Luis de las Amarillas, situado —por exigencia de Giraldo de Terreros— a cinco kilómetros y en la margen opuesta del río, quedan soberbios restos: partes importantes de las paredes de piedra, una de las cuatro torres de vigilancia, el arco de entrada... Tanto la misión como el presidio fueron levantados en ese paraje para contener la progresión francesa hacia el interior del territorio tejano.

El presidio presentaba la clásica reciedumbre de las fortificaciones españolas de la época: planta rectangular, con un frente cercano a los cien metros; sólidos muros de entre dos a siete metros de altura; cuatro torres de vigilancia en cada una de las esquinas. Con cincuenta habitaciones en su interior y una inmejorable ubicación en una espaciosa explanada sobre el río, con frondosa arboleda alrededor.

Se pretende reconstruir el presidio, verdadera obra arquitectónica de ese tiempo, y por el momento ya se han clasificado y numerado las muchas piedras de sus ruinas. El estado de Texas, a partir de 1936, ha tomado decidido interés por las huellas del pasado español, a fin de cuentas, su propio pasado.

La misión nunca se reconstruyó después del desastre que acabó con la vida de los misioneros, y el devenir del tiempo la desvaneció. Se mantuvo en cambio el presidio, excelente muro de contención del avance francés desde la Luisiana. Ortiz Parrilla, tras su infructuosa expedición de castigo a los indios, fue relevado como capitán del fuerte, ocupando su puesto Felipe de Rábago y Terán. Él fue quien decidió sustituir el adobe por la piedra como material de base, y gracias a ello ha podido subsistir hasta hoy. La decisión fue acertada, porque siguieron muchos ataques al presidio, al lugar de la destruida misión y a las acequias del lado sur del río, que al parecer sirvieron para hacer flotar sobre balsas las piedras destinadas al fuerte.

Tomando la carretera 83 en dirección norte, pronto se llega a otro punto de interés: Paint Rock, «roca pintada». Se trata de la

colección de dibujos trazados por los indios sobre una larga línea de rocas, una costumbre de las gentes de todos los tiempos. El sitio debió ser regularmente visitado por las tribus nómadas debido a la abundancia de nogales, y maduras las nueces comparecían en la zona para la cosecha, dejando pintado en la piedra el testimonio de su presencia.

Según los investigadores, los dibujos más antiguos datan de mucho tiempo antes de la llegada de los españoles, pero hay otros que son claramente coetáneos a ellos, y su contemplación es muy interesante, pues son novedades traídas por los forasteros españoles, que debieron impresionar a los indios y las plasmaron en la roca: una figura a caballo, o una casa con una cruz arriba, evidentemente una misión.

Se da por seguro que por este paraje, otra inmejorable balconada sobre el río, cruzó Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus acompañantes, igualmente recolectores de frutos salvajes. Y el área conoció la presencia de otro español, mujer en este caso, *Lady in Blue*, la Dama de Azul, sor María de Ágreda, en sus nunca aclaradas visitas al suroeste desde su confinamiento en un convento de Soria.

San Antonio es la ciudad más hispana de Texas, lo que parece normal si se tiene en cuenta que fue la capital de la gobernación durante muchos años de presencia española en esta parte del septentrión del virreinato de la Nueva España. San Antonio prosperó, una vez que el peso de la colonización española en Tejas se desplazó aquí desde el Este, donde los ataques indios tenían a las misiones en estado de penuria y zozobra permanentes.

Para poblar San Antonio y sus alrededores fueron traídas familias españolas, muchas de ellas canarias, y sus descendientes han continuado en el área hasta hoy, ocupando puestos relevantes en la comunidad. En torno a la plaza de Armas se desarrolló la vida colonial española, como recuerdan los rótulos de numerosas calles, algunas específicamente dedicadas a aquellos primeros pobladores, como la plaza Islas, que ha recuperado este su antiguo nombre, en memoria de la partida de 16 familias canarias que colonizaron inicialmente la región.

En la propia catedral de la ciudad se exhibe una placa dedicada a los isleños, pues hicieron posible la financiación de su construcción, y dentro de ella hay una estatua de la Virgen de la Candelaria, patrona de las islas. Hay otras remembranzas interesantes del virreinato en el interior de la catedral, como la estatua de la Virgen de Guadalupe y otra del milagroso Cristo Negro de Esquipulas, así como una curiosa estatua de Fernando III el Santo. Más curioso aún es que en esta iglesia católica se encuentren las tumbas de tres de los grandes héroes de la Independencia de

Texas: Davy Crocket, Bowie y Travis, los defensores de El Álamo, la vieja misión de San Antonio.

Detrás de la catedral se conserva el bello, por austero, Palacio de los Gobernadores, desde donde se rigieron los destinos tejanos en la época española, un lugar que merece ser visitado. Delante de la fachada se yergue una estatua genéricamente dedicada a los conquistadores.

El interior del palacio es de una gran sobriedad, conservándose todos los muebles originales, así como un gran cuadro con el retrato del marqués de Valero, a quien debe su nombre la aledaña misión de San Antonio de Valero, más conocida por *El Álamo*.

No debe dejar de dedicarse un rato a un paseo tranquilo por el recoleto jardín del palacio, donde crecen descomunales árboles plantados en el tiempo de la fundación de San Antonio. Es un lugar apacible como pocos, un reducto donde no penetra el fragor de esta urbe enorme y moderna, sino tan solo el cadencioso rumor de la fuente y el canto de los pájaros que habitan los árboles frondosos.

Como antes se ha dicho, el estado de Texas viene reconociendo con vigor creciente la imprescindible contribución española a su historia, y varias referencias se encargan de acreditarlo, como una escultura en la plaza Islas *in recognition of the hispanic Texas*. Y, frente al City Hall de la plaza de Armas, existe una gran piedra con la siguiente inscripción: *Zero milestone. Old Spanish Trail. St Augustine-Pensacola-Mobile-New Orleans-San Antonio de Valero-El Paso-Tucson-Yuma-San Diego*. Se trata pues de un hito del «viejo camino español», que con ampliaciones sucesivas enlazó los dominios españoles en Estados Unidos, desde Florida a California.

No debe dejar de mencionarse la Orden de Granaderos y Damas de Gálvez, creada para recuperar el legado hispano, y que cuenta con varias escuadras de granaderos en diversas localidades del estado. En sus estatutos figura la obligación de rendir visita cada tres años al rey de España. Una vez reinstaurada la monarquía en España, en 1977 la orden cumplimentó esta obligación, visitando al rey Juan Carlos, y el acto alcanzó amplia repercusión.

Si la plaza de Armas fue el nervio de la vida civil en San Antonio, la misión de El Álamo, muy próxima a aquella, fue el núcleo religioso. Hoy, El Álamo es un verdadero centro de peregrinación para los texanos, pues en este lugar se desarrolló uno de los grandes episodios en la lucha por su Independencia, cuando los defensores texanos, reclusos en la misión, fueron masacrados por el mexicano Santa Anna, incompetente y atrabiliario personaje que con la victoria en El Álamo creyó tener dominada la secesión texana. Eso le hizo confiarse, y, poco después, perdió todo lo ganado, su propia libertad incluida, en un ataque fulgurante de los

texanos al mando de Sam Houston, enardecidos al grito de *Remember the Alamo*, cuando el ejército de Santa Anna descansaba con la guardia baja.

Cuando se visita El Álamo, no resulta fácil trasladarse con la imaginación ni a la época española ni a la mexicana, pues lo impiden tanto las oleadas de visitantes como sobre todo la impresionante transformación del entorno, con rascacielos que literalmente asfixian la hermosa misión.

Otra cosa es la serie de misiones que España desplegó hacia el sur, a lo largo del río San Antonio, que atesoran la tranquilidad y el entorno de los tiempos de su construcción, y que se mantienen como parroquias activas.

La primera es la de La Concepción, muy bien conservada a pesar del tiempo, gracias a su construcción en material de piedra. Mejor aún es la siguiente misión, la de San José y San Miguel de Aguayo, porque mantiene no solo la iglesia, sino la estructura general del recinto misional, sobre todo el amplio patio anejo y ceñido todo él por una valla de piedra. En el contorno interior de este patio se alinean lo que fueron las viviendas de los neófitos, así llamados quienes se acogían a residir en la misión para recibir aprendizaje técnico, cultural y evangélico. Como cualquier misión, servía además como protección para los propios indios, frecuentemente atacados por tribus enemigas, y de ahí que buscaran instalarse en la seguridad de los muros de la misión.

La misión de San José ofrece adicionales motivos de visita. Por ejemplo, la famosa «ventana de Rosa», un ventanal barrocamemente decorado sin que se conozca la causa, atribuyéndola a toda suerte de leyendas. Una de ellas, la del español Pedro de Huizar, que se iba a casar con Rosa, quien venía de España para los desposorios, pero su barco naufragó en el mar. Dicen que el desconsolado prometido construyó esta bella ventana en homenaje suyo, y el día que la terminó fue visitado por el espíritu de Rosa.

Observando con atención la iglesia, puede comprobarse cómo el tono pardo de la gastada piedra de la fachada no es el original. En un costado se aprecian retazos, bien que desvaídos, de la decoración original, una colorista combinación de dibujos de flores. Así fue la fachada primitiva, muestra de hasta qué punto las órdenes religiosas utilizaban los reclamos sensoriales para atraer y cautivar a los indígenas.

No debemos abandonar la misión de San José y San Miguel de Aguayo sin hacer una mención a su espléndida tienda de libros, una de las más completas sobre temas hispánicos de cuantas existen en Estados Unidos.

La siguiente misión de este rosario ubicado a la vera del río San

Antonio es la de La Espada, que permite también contemplar la forma singular de patio, esta vez más reducido. Pero lo más sobresaliente de esta misión es su acueducto, una sencilla y maravillosa obra de ingeniería diseñada por los franciscanos para salvar un pequeño tajo y llevar agua a la misión. Una placa informa que aquellos frailes, sin títulos ni manuales, supieron otorgar al conducto la inclinación precisa para hacer circular el agua por gravedad, dejando una obra que hoy sigue estando en uso. Sigue diciendo el rótulo que «de acuerdo con las leyes españolas de la época, tras regar los campos y atender las necesidades domésticas, el agua sobrante era devuelta al río. Una compleja red de acequias suministraba agua y permitía producir maíz, trigo, calabazas, melones y todo lo necesario».

La última de esta cadena misional es la misión de San Juan, que se rodea de un umbroso bosque de moreras, álamos, sauces y nogales. Un sencillo sendero permite acceder al río San Antonio, la madre fluvial de esta cadena de misiones. Todas ellas ilustran a los visitantes con carteles informativos sobre sus orígenes, así como una maqueta de su estructura primigenia. En la de San Juan, uno de los rótulos indica que recuas de mulas venían por el Camino Real con cargas para el abastecimiento, empleando unos quince días desde Coahuila, México, u otros quince desde Luisiana, aunque el portero examinaba muy cuidadosamente los papeles, antes de franquear la entrada a extraño alguno. Al caer la tarde, las puertas de la misión quedaban cerradas.

Entre las ciudades de San Antonio y Houston se sitúa Goliad, otro de los nombres de gran prosapia entre los núcleos de la civilización española en Tejas, renombrado recinto misional y presidial conocido popularmente como La Bahía. Se encuentra en el centro de un área extensa bautizada en su día como Matagorda, uno de los núcleos básicos de la colonización tejana. Matagorda consiste en un ecosistema que debió ser muy querido por los pobladores por su semejanza con las tierras ibéricas. En efecto, toda esta parte del sur tejano se incluye dentro del ecosistema de bosque mediterráneo, como atestigua la abundante presencia de encinas. De acuerdo con la tesis de que, a identidad de ecosistemas se producen aprovechamientos paralelos, aquí se reprodujo el tipo peninsular de uso del suelo, en particular, la ganadería de ovejas.

La misión de Goliad crio rebaños en tales cantidades que no solo abastecían el consumo interno, sino que sus excedentes se exportaban a otras misiones de Nueva España. También se criaba ganado mayor, y fue tal la importancia del conjunto misional de Goliad, que está considerado como el cimiento de la potente industria ganadera del Texas moderno.

En el entorno podemos descubrir la huella franciscana en las misiones del Rosario y del Espíritu Santo. La primera se halla convertida en un montón de ruinas. La segunda, en cambio, presenta un buen estado de conservación, en especial, su iglesia, de un blanco impoluto en su exterior, y con una singular ornamentación interior, que oscila entre lo infantil de las pinturas y lo macabro de algunas esculturas.

Las misiones, como era preceptivo, fueron dotadas de un presidio protector, un modelo harto repetido en la frontera, y en este caso el conjunto misión-presidio tuvo por objeto, una vez más, refrenar a los franceses, ávidos de arañar espacios de soberanía española. El presidio en cuestión, fundado por el marqués de Aguayo, se llamó de Nuestra Señora de Loreto de La Bahía, y fue comúnmente bautizado como La Bahía. Cambió dos veces su original ubicación, hasta su definitiva sobre el río San Antonio. Este presidio impulsó sin duda el poblamiento efectivo del Texas moderno, pues hacia 1758 vivían extramuros unos 180 españoles, y en el entorno se extendían los jacales o chozas indígenas, que recibían dos bienes simultáneos: la protección que brindaba la presencia del fuerte, y la formación profesional en la misión.

El presidio de Goliad-La Bahía es hoy uno de los monumentos históricos de Texas, y su pétreo reciedumbre le ha permitido sobrevivir a la acción desgastadora del clima. En su fachada ondean por su orden todas las banderas que han tenido algo que ver con la historia de Texas, siendo la primera la de los castillos y leones. También hay una placa que rinde homenaje a uno de sus más egregios pobladores, Manuel Becerra, quien asesoró y acompañó a Moses Austin, considerado el padre del actual Texas. Austin pidió y obtuvo de la Corona española el permiso para buscar un lugar donde instalarse con una comunidad de 300 familias, residentes angloamericanos de Louisiana y Florida, como él mismo, una concesión excepcional para una monarquía tan celosa de su tierra y sus gentes como era la española de entonces. Todo hay que decirlo, Austin se comportó como un súbdito leal de España hasta su muerte. Sus descendientes comenzarían el proceso de americanización de Texas.

El presidio, como bastión bien fortificado, fue siempre motivo de conflicto armado, y cuantas vicisitudes políticas vivió Tejas hasta su anexión a los Estados Unidos, que fueron muchas, tuvieron como escenario el presidio de La Bahía. Entre ellas, un amago de unos jovencísimos Estados Unidos por apoderarse de Tejas, que fue rechazado por España; un prolongado asedio en 1812, y más tarde la firma de la Independencia de Texas, aún no integrada en los Estados Unidos, más otras batallas posteriores.

En el interior del presidio se exhibe un museo con los objetos y recuerdos de todas las épocas que fueron enriqueciendo la historia de este fuerte español de sólida piedra, cuya planta cuadrada es de unos cien metros por cada lado, rematada en sus esquinas por cuatro recios torreones. En otro de sus ángulos se alza la iglesia, una edificación que nunca faltaba en presidio alguno.

Como se ha dicho, los colonos españoles se acomodaron en los alrededores del conjunto que formaban el presidio y las misiones anejas. Con el tiempo, este asentamiento se convirtió en un poblado, el Goliad de hoy. Han desaparecido las casas de entonces, pero el rastro español sigue vivo, percibiéndose claramente en la hechura rectangular de la plaza hispana. Una poderosa y añosa encina, testigo seguro de aquel tiempo, preside la plaza; los nombres de muchas calles son españoles, y sigue flotando en la parte antigua de la ciudad un cierto aire bien distinto al de las urbes norteamericanas, esa apacible, inconfundible atmósfera colonial, característica de las fundaciones españolas.

La carretera entre Goliad y la ciudad de Victoria es la Ruta de las Seis Banderas, las enseñas que han regido la vida texana. Y en la propia ciudad de Victoria, fundada en 1824, se encuentra la calle de los Diez Amigos.

Austin, la capital de Texas, ostenta un grandioso capitolio, en cuyo frontispicio han sido adheridos los seis escudos de las naciones que tuvieron mando sobre el estado, entre ellos, desde luego, el antiguo español. Esos mismos escudos se reproducen en el interior, esta vez en el pulimentado suelo del inmenso vestíbulo central. Pertenecen, según reza el propio suelo, al reino de España, al de Francia, a la República de México, a la de Texas, a los Estados Confederados y a los Estados Unidos. En el piso del salón de entrada se hallan inscritos algunos de los nombres que contribuyeron a forjar la historia de Texas, entre ellos, varios españoles.

Partiendo de Austin en busca del legado español, es obligado enfilarse por la carretera 21, el trazado actual de una de las grandes rutas de la colonización española en Estados Unidos. Porque la 21 discurre nada menos que sobre el antiguo Camino Real de los Tejas, el que enlazaba el núcleo de San Antonio con las misiones y poblados del oriente de Tejas. A través de este camino llegaban los suministros que precisaban los habitantes españoles de Los Adaes, los establecimientos del noreste tejano que obraban como dique contra la penetración francesa desde la Luisiana.

Fue, pues, una ruta de decisiva importancia para el mantenimiento de la presencia española en el este de Tejas, y se trazó sobre la base de viejos senderos indios, ahora utilizados por misioneros, militares y comerciantes, quienes llamaban a esta ruta



Camino Real de los Tejas y también Camino de Arriba, para diferenciarlo del Camino de Abajo, que era el que discurría entre El Paso y el conjunto poblacional de San Antonio, prosiguiendo luego hacia el Este.

El Camino de los Tejas enlazaba con el famoso y largo Camino Real de Tierra Adentro, que conducía hasta la ciudad de México y que tenía su prolongación en el Camino Real hasta el istmo de Panamá, siendo pues en su conjunto una ruta de alcance continental. Así lo reconocen y lo explican varios carteles instalados en la carretera 21, la heredera moderna de este camino. Y a lo largo de toda ella, abundantes hitos de piedra se encargan de recordar a los viajeros que están recorriendo el antiguo Camino Real.

El paisaje que se disfruta recorriendo la carretera 21 deriva en no muchos kilómetros, pues, si al principio impera el ambiente del bosque mediterráneo, poco a poco las encinas van perdiendo terreno en beneficio del arbolado caducifolio. En todo caso, se trata de tierras muy feraces, como acreditan las vacadas que ocupan ambas márgenes, algunas con ejemplares de la espectacular *longhorn* texana.

Todo el derrotero presenta remembranzas ibéricas: las cercas de madera con alambre de espinos; los ríos con nombres españoles, como el Brazos, el Yegua, Llano, Medina, San Gabriel, San Jacinto...; las charcas ganaderas para almacenar el agua, al modo de las dehesas extremeñas; el pueblo de Alto, que, como indica su nombre, fue parada de las recuas del Camino Real; y en el pueblo de Crocket, a pesar de su nombre inglés, se reconoce el legado español en la plaza cuadrada, aunque un gran edificio incrustado en el centro haya quebrado su exenta vista original. Uno de los nombres españoles que aparecen en el camino incorpora un especial significado: Angelina River. Se trata de una india que salió al paso de un grupo de españoles, pidiendo ser cristianizada. No solo accedieron, sino que, conmovidos por el gesto, inmortalizaron un río con su nuevo nombre cristiano.

A partir de Crocket, las huellas españolas comienzan a ser más intensas aún, pues empezamos a adentrarnos en plena tierra misional. Una de las tan útiles como ilustrativas *historical markers* de la carretera indica, en un bosque de pinos llamado Pine Springs, que aquí hacían aguada y cazaban animales salvajes los comerciantes, misioneros y militares que transitaban por el Camino Real.

La primera de las misiones, o más bien su recuerdo, que aparece siguiendo el camino es la de San Francisco de los Tejas, precisamente la primera de las fundaciones españolas en esta región. De ella solo queda el nombre y el lugar donde estuvo, ya

que al emplazarse en zonas de densos bosques se construyeron con madera, y los indios la fueron quemando. De muchas de ellas únicamente restan placas que recuerdan su presencia. La relación de las misiones fue larga: San Francisco de los Tejas, Santísimo Nombre de María, San Francisco de los Neches, Nuestra Señora de la Purísima Concepción, Nuestra Señora de los Dolores de los Tejas, Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches, San José de los Nazonis, Nuestra Señora de los Dolores de los Ais, San Miguel de Linares de Los Adaes y Nuestra Señora del Pilar de Los Adaes.

Esta simple enumeración acredita una labor abnegada, extenuante, pues en estas tierras no había oro ni riquezas, sino solo indios hostiles que no dejaron de oponerse a la proximidad de los misioneros. España se enfrentó al continuo hostigamiento y a los contratiempos que suponía mantener la presencia en una zona tan alejada como esta, tratando una y otra vez de convencer a los indios para que se integraran en su cultura, recibiendo solo rechazo y hostigamiento. Más les hubiera valido aceptar la oferta, porque desde luego los angloamericanos no fueron tan pacientes con ellos, una vez se hicieron dueños del país. Una inscripción donde radicó la misión de San Francisco de los Neches lo ilustra de modo suficiente: los indios neches, motivo de la misión, «fueron expulsados de Texas en 1839».

Continuando por la 21 se llega a Nacogdoches, cuya plaza presenta una vez más la habitual estructura cuadrada hispánica, con el no menos habitual edificio posterior enclavado en su centro, privándola de su esbeltez original. En la plaza se alza una estatua en bronce, dedicada al fundador de la ciudad, el burgalés Antonio Gil IBarbo, que puso los cimientos de la nueva fundación en el actual cruce del Camino Real con la calle Norte, bautizándola con el nombre de Nuestra Señora del Pilar de los Nacogdoches. Un poco más adelante se conserva como un tesoro el viejo rancho donde Gil IBarbo permaneció cuando España se retiró del área. Y en esta región se conserva otro recuerdo, el surrealista intento de crear la República independiente de Freedonia, en la época confusa de finales del siglo XVIII, cuando el territorio norteamericano era objeto de disputa declarada y agria por España, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, recién llegado a la escena política.

La carretera 21 sigue a través de frondosos boscajes caducifolios, muy transitada por motoristas que gustan de saborear el paisaje. Y se llega a las inmediaciones de Robeline, donde una vez más se descubre el diseño de la plaza hispana, con el consiguiente edificio central añadido, y el lugar donde estuvo la misión de Nuestra Señora de los Dolores de los Ais, los indios de la zona. Esta misión fue fundada en 1716 por el padre Margil, quien, según cuentan las

leyendas de los murales del lugar, realizó la no escasa hazaña de venir a pie desde la localidad costera de Panamá, situada a más de mil kilómetros. La misión fue habitada hasta 1790, cuando arribaron colonos angloamericanos en busca de tierras, y se firmó el tratado por el cual España recuperaba la Luisiana de Francia, haciendo innecesaria la presencia de puestos militares en esa lejana frontera. En el lugar existen placas explicativas y un centro de visitantes, pero la misión en sí fue devorada por los elementos.

La zona de Los Adaes ponía término al Camino Real de los Tejas, pues era en ese punto donde Francia trataba de expandirse a costa de los dominios españoles. En Los Adaes se construyeron varias misiones y presidios, todos desaparecidos, aunque queda su memoria. El paraje donde radicó el presidio de Nuestra Señora del Pilar de Los Adaes ha sido declarado *State National Site*. Se trata de un cuidado lugar, donde en la explanada donde estuvo físicamente el fuerte se ha marcado con listones de madera el perímetro de su planta, lo que permite hacerse una idea de este edificio hexagonal, construido con maderas de los bosques adyacentes. El recinto incluye asimismo un museo con un muestrario de mapas, vestuario militar misionero, así como dibujos y maquetas del viejo presidio. Un cartel explica cómo por el Camino Real viajaba regularmente una comisión de Los Adaes a la ciudad de México, para recoger la soldada de la tropa presidial y cargar los bastimentos que necesitaran frailes, militares y colonos de esta remota parte del septentrión de la Nueva España, cuyos soldados, debido a esa lejanía, eran los mejor pagados: 420 pesos anuales, en lugar de los 365 de los demás presidios.

Se llega así al último punto de la ruta del Camino Real, Natchitoches, la verdadera línea fronteriza de discusión entre Francia y España. Cerca de aquí, para marcar el territorio, fundóse la misión de San Miguel de Los Adaes, de la que no solo no queda rastro alguno, sino que su antigua ubicación resulta muy difícil de encontrar. El lugar es hoy un área de acampada entre una masa de pinos.

La influencia francesa en toda esta región es notable, pues Francia ha sido siempre vendedor excelente de sus productos, por escasos que fueran, y ha sabido sacar amplio partido propagandístico a su presencia en la Luisiana, que fue más corta que la española. A pesar de ello, la flor de lis aparece representada por todas partes, y el estilo de las edificaciones es muy francés, característico ya del área del Misisipi. En Natchitoches hay un busto erigido a ese extraño y hábil agente doble que fue Saint Denis, quien aparentemente servía a los intereses españoles, pero que en realidad siempre conspiró a favor de Francia, su patria de origen.

Por si quedara alguna duda acerca de su verdadera lealtad, aquí está la estatua que le dedican los franceses como héroe propio.

Por el océano que baña el sureste de Texas navegaron exploradores españoles. Se sabe que Álvarez de Pineda desembarcó en lo que es hoy la isla de Galveston, así bautizada en memoria de Bernardo de Gálvez, y donde también recalaron los supervivientes de la desventurada expedición de Pánfilo de Narváez, entre ellos, alguien que entraría en la leyenda al dejar constancia escrita de los azares de su fabulosa odisea: Alvar Núñez Cabeza de Vaca. También se sabe que por esta costa navegaron los restos de la expedición de Hernando de Soto, una vez que murió este, y al mando de Luis de Moscoso emprendieron el regreso a México.

Una gran parte de este litoral fue conocida por los españoles como Matagorda, nombre que aún conserva. Desde el punto de vista ecológico es un área de extraordinaria riqueza, pues en ella, además de arbolado mediterráneo, se combinan ecosistemas como el mar, las arenas, los cayos y las marismas, un conjunto idóneo para las miríadas de aves acuáticas que aquí habitan. Para los exploradores de los siglos XVII y XVIII, Matagorda era una barrera casi infranqueable, pues, una vez desembarcaban, les era sumamente difícil progresar entre los pantanales. Mas para la Corona española, que no quería forasteros en sus costas, Matagorda representó un aliado natural inestimable, actuando como barrera que impedía el paso a las tierras tejanas de su soberanía.

La semejanza de Matagorda con las marismas de Doñana es notable, pues en estas confluyen igualmente los ecosistemas citados: el mar, el humedal, los arenales. De ahí que, en cuanto ecosistemas semejantes, se reproduzca en ambos la vocación ganadera, y que aún siga siendo posible contemplar hoy, tanto en las marismas — donde también hay un paraje llamado Matas Gordas— como en este rincón de Texas, preciosas escenas de manejo y conducción de reses por vaqueros, al más puro antiguo estilo andaluz.



*Las Marismas del Guadalquivir fueron la cantera de la civilización ecuestre y ganadera de la América rural.*

# NUEVO MÉXICO

## Las Siete Ciudades de Cíbola

Cabeza de Vaca, tras su periplo norteamericano, había llegado a México con noticias difusas acerca de posibles ciudades muy ricas situadas al norte, lo que la imaginación popular entremezcló con la leyenda de las fabulosas ciudades doradas de Cíbola, que habrían fundado siete obispos huidos de la Península ibérica tras la invasión musulmana.

Estas informaciones interesaron sobremanera al virrey Antonio de Mendoza, quien preparó una expedición exploratoria, enviando por delante al padre Marcos de Niza, quien se haría acompañar por uno de los compañeros de viaje de don Alvar, el moro Estebanico.

El pequeño grupo partió en busca de las ciudades de Cíbola, adelantándose Esteban con la instrucción de ir dejando por el camino cruces de diversos tamaños, que dieran pistas a Niza sobre la importancia de los hallazgos que fuera realizando.

Niza, que viajaba unas jornadas rezagado, empezó a encontrar cruces cada vez de mayor tamaño, hasta dar con una de una talla enorme, señal de que Esteban había dado con algo en verdad extraordinario, lo que le confirmaron algunos indios adornados con turquesas, y que venían de comerciar en una de las ciudades indias. Por sus explicaciones deducíase que, en efecto, se trataba de una de las míticas ciudades empedradas de oro.

Siguiendo las marcas dejadas por Esteban, ya cerca de la meta se encontró con los indios que acompañaban al moro. Regresaban con el semblante triste y asustado: los indios habían matado a Esteban, y ellos no se atrevían a seguir adelante. Al parecer, Esteban, tan pronto como se vio solo, se comportó de forma arrogante, fingiéndose un dios y exigiendo joyas y mujeres por donde pasaba. Pero los pobladores de Cíbola lo habrían sometido a una especie de prueba sobre su presunta divinidad, que no pudo superar, resultando muerto en el curso de ella.

Marcos de Niza dudó sobre si regresar o proseguir camino hacia la meta, ya cercana, a pesar de los peligros de una decisión semejante. Se decantó por una solución intermedia. Continuó unas

jornadas más, siempre siguiendo la dirección señalada por la avanzadilla de Esteban. Ascendió entonces a un cerro y desde allí pudo ver una ciudad refulgente, un ascua de oro, de la que dijo: «A lo que me pareció, la población es mayor que la ciudad de México. A mi ver es la mayor y mejor de todas las tierras descubiertas».

La vuelta de Niza con sus noticias causó verdadera conmoción en México. Había sido avistada sin duda una de las *Siete Ciudades*, y este hecho fue el que en última instancia habría de provocar la penetración de España en el suroeste de los Estados Unidos.

### Vázquez de Coronado

Las noticias de Marcos de Niza no hicieron sino confirmar la necesidad de la expedición que ya el virrey Mendoza había preparado, y cuyo mando fue confiado a un joven de 28 años, pero ya acreditado personaje, Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de Nueva Galicia, por su matrimonio uno de los hombres más ricos de Nueva España, y que empleó su fortuna en el apresto de una nutrida y brillante expedición en busca de las *Siete Ciudades*.

Coronado hizo que el propio Niza los guiara hacia el lugar, y cuál no sería la decepción general cuando la resplandeciente ciudad dorada resultó ser Zuñi, un miserable poblado de casas de adobe, sin oro ni riqueza alguna. Los soldados de Coronado a punto estuvieron de linchar al fraile, quien fue enviado a México cargado de oprobio.

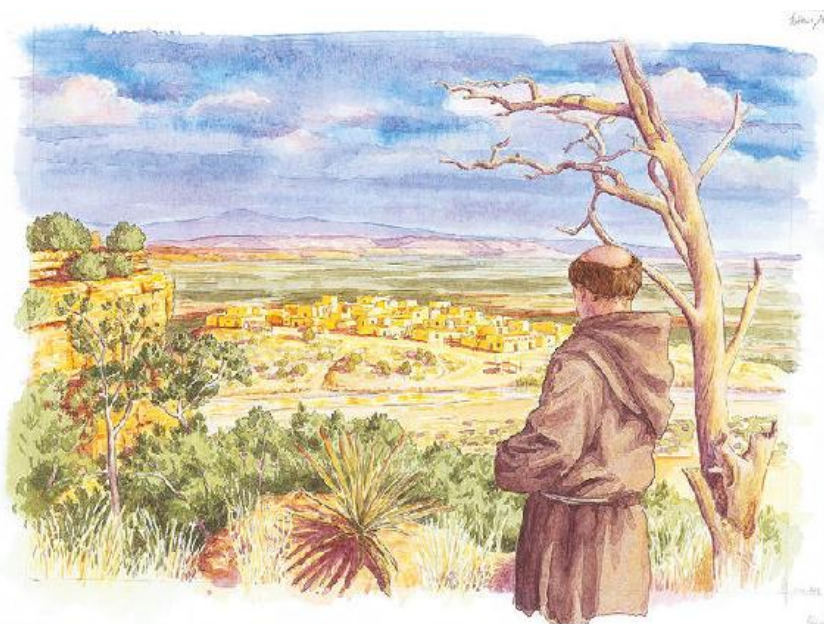
¿Por qué mintió Niza? Existen diversas versiones al respecto. Pudiera ser que, por efecto de la distancia y de la luz anaranjada de la puesta del sol, creyera ver una ciudad mucho más grande y brillante de lo que en realidad era. Y que viera lo que en el fondo quería ver, sugestionado por las difusas informaciones suministradas por Estebanico. Pero pudiera ser también que el fraile inventara la patraña para impulsar la entrada de las tropas españolas y, consecuentemente, la evangelización de esas tierras de infieles.

Una vez despejada la amarga realidad de la inexistencia de las míticas ciudades, Coronado no perdió el tiempo en lamentos y despachó expediciones para reconocer la zona. La de López de Cárdenas descubrió el Gran Cañón del Colorado; otra fue enviada hacia el Pacífico, para tratar de entrar en contacto con el grupo que había remontado por el Pacífico al mando de Hernando de Alarcón, como apoyo de la entrada terrestre. Alarcón penetró por la

desembocadura del Colorado y dejaría impresa en una piedra («hasta aquí llegó Alarcón») la inscripción que atestiguó el punto más interior de su incursión desde la costa, en la región de Arizona.

Otro grupo fue enviado hacia el Norte, siguiendo los consejos de un cacique indígena apodado *Bigotes*. A su mando figuraba Hernando de Alvarado, quien logró notables descubrimientos: la ciudad de Taos, la de Tíguex, en lo que hoy es Bernalillo, y se asomó a las Grandes Llanuras, donde constató la existencia de las vacas referidas por Cabeza de Vaca, las manadas de bisontes, de tal extensión que su vista se perdía en el horizonte.

Alvarado regresó al campamento de Coronado con todas estas noticias, y también con un nativo que llamaron *El Turco*, y que habló de una fabulosa tierra en extremo rica en oro y plata, llamada *Gran Quivira*. El invierno se aproximaba y Coronado decidió acampar en Tíguex, pero ya Quivira formaba parte de los sueños de los expedicionarios, y se dispuso que el objetivo de la próxima primavera sería la conquista de ese nuevo mito.



*Esta imagen de una de las «Siete Ciudades de Cíbola» provocó la entrada de España en el Oeste norteamericano.*

### El sueño roto

El invierno resultó para los españoles de Coronado mucho más duro de lo que el tórrido verano hacía suponer. Las amistosas relaciones



iniciales con los indios pueblo fueron empeorando, en la medida que los atheridos y hambrientos españoles demandaban a los nativos prendas de abrigo y más alimentos de lo que su precaria economía de subsistencia permitía. Además, se produjeron ciertos abusos por parte de algunos soldados, y la tensión fue progresivamente en aumento con el avance del invierno. El punto culminante se produjo cuando los indios de Arenal mataron e hirieron a los hombres que vigilaban los caballos, robando estos.

Fue entonces cuando los españoles decidieron aplicar una guerra de escarmiento sobre Arenal, que fue incendiada, resultando varios indios muertos o huidos a las montañas. La enemistad mutua era ya un hecho, y mucho más cuando López de Cárdenas, que había acudido en embajada amistosa para recomponer las relaciones, casi fue capturado por los indios.

La consecuencia fue el asalto de varias aldeas y sobre todo de la capital de la comarca de Tíguex, Moho, en un asedio que duró varios meses y que destruyó y quemó aldeas, consumió muchas vidas de indígenas y algunas de españoles, y solo terminó porque los indios se rindieron, faltos de agua y necesitados de preparar sus sementeras ante la inminente llegada de la primavera.

Haciendo oídos al Turco, que hablaba de la tierra promisoría de la Gran Quivira, Coronado y sus hombres se desplazaron hacia el territorio de Kansas, avistando las Grandes Llanuras, pero sin descubrir nada parecido a oro y riquezas, y solo bisontes, pastos y cielo. El Turco confesó haber engañado a los españoles para adentrarlos en las llanuras sin fin, que habrían de engullirlos. Fue ajusticiado, y los españoles regresaron al campamento de Tíguex. Pero, en el camino de vuelta, Coronado sufrió una violenta caída a consecuencia de la rotura de un estribo, golpeándose la cabeza.

Ya nada fue igual para Coronado, que entró en un estado de profunda depresión, anhelando volver a casa con su amada esposa doña Beatriz, e incluso haciendo firmar a sus soldados la voluntad colectiva de emprender el regreso. Dejó en la región un retén evangelizador de tres franciscanos con un pequeño destacamento protector. El padre Juan Padilla, adentrándose valerosamente en tierras de infieles, fue acribillado por las flechas indias, y los otros dos franciscanos pronto lo siguieron en el martirio.

En cuanto a Vázquez de Coronado y el grueso de las tropas, regresaron a México, donde el capitán español fue recibido fríamente por el virrey y desposeído de su título de gobernador de Nueva Galicia. A la vista de las expectativas, su viaje fue considerado un fracaso, pero geográficamente exploró vastos territorios inéditos y puso la primera huella de la colonización española en el septentrión de la Nueva España, los futuros Estados

Unidos, donde hoy se reconocen cumplidamente sus méritos y sus exploraciones.

### El Camino Real de Tierra Adentro

Cuando la Corona española decide no abandonar la provincia de Nuevo México, ruinoso en todos los sentidos, sino mantenerla por razones de no desamparar a los indios ya cristianizados, el virreinato de Nueva España organiza un sistema para abastecer regularmente las misiones, presidios y ranchos del norte. Es la llamada *conducta*, caravana de carretas que parte cada tres años de la ciudad de México con destino a la tierra de frontera. Partía tras la época de lluvias, y en un viaje que duraba seis meses recorría el septentrión mexicano: Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Durango, Chihuahua, para adentrarse después en la frontera a partir de El Paso, culminando la derrota en Santa Fe, la capital de Nuevo México.

En el convoy viajaban frailes, colonos y soldados de escolta, así como múltiples artículos: plantones, semillas, muebles, instrumentos musicales, vestuario, papel, tinta... A la retaguardia seguían ovejas, caballos, vacas, cerdos, cabras..., todo el muestrario de la ganadería española, lista para ser trasplantada en el septentrión hispano. A la vuelta, los carros cargaban vino, productos agrícolas, pieles de bison, mantas y otras mercancías de Nuevo México, que eran vendidas en la famosa feria anual de Chihuahua, y más adelante acopiaban plata procedente de las minas de Parral, Guanajuato y Zacatecas.

Todo este surtido humano y material viajaba a bordo de treinta y dos sólidos carretones de cuatro ruedas, tirados por bueyes, con toldos arqueados y capaces de transportar dos toneladas de carga. Los bueyes, aunque menos espantadizos que las mulas, eran más lentos que estas y se desenvolvían peor en terrenos lodosos y en fuertes pendientes, lo que hizo que paulatinamente los trenes de carros fueran siendo reemplazados por recuas de mulas, manejadas por arrieros, que redujeron el tiempo del viaje de seis a cuatro meses.

Muchas eran las incertidumbres que enfrentaban los viajeros. Las crecidas de ríos, como las del Nazas, podían forzar semanas de espera en las orillas hasta que bajaran las aguas y pudieran vadearse; en el otro extremo, sequías prolongadas hacían sufrir lo indecible a los hombres y sobre todo a los animales de la caravana, privados de pasto comestible en el camino. Temían sobre todo la travesía de la llamada *Jornada del Muerto*, más allá de El Paso, cien kilómetros sin un solo ojo de agua donde aprovisionarse. También se sentían amedrentados ante las dunas de Samalayuca, arenas móviles que obligaban a dar un gran rodeo a la caravana.



*A través de la caravana del Camino Real de Tierra Adentro penetró la cultura española en el Suroeste.*

Pero, sin duda, el mayor de los peligros era el de los asaltos. Había bandas especializadas que desde México a Querétaro acechaban la caravana, repleta de valiosos artículos. Y sobre todo, a partir de Zacatecas, la mayor amenaza fueron los ataques indios, más frecuentes a medida que se progresaba hacia el norte. Su objetivo principal eran los caballos, pero no desdeñaban otras rapiñas, e incluso mujeres y niños. Las tropas de los presidios hacían relevos para dotar al convoy de una protección adicional, y, cuando la caravana se adentraba en las áreas más comprometidas, para pasar la noche los carromatos formaban un círculo, con las personas y los animales dentro.

El Camino Real de Tierra Adentro tuvo sin duda su propia épica. Y, por encima de todo, fue el vehículo por el que fluyeron al suroeste de los Estados Unidos los colonos, la religión, la lengua, los ganados, las plantas, la música, las costumbres...; en suma, el conjunto de la cultura material e inmaterial hispana.

### Las expediciones de Rodríguez/Chamuscado y Espejo

Tras el avance de la frontera de Nueva España hasta Chihuahua, como consecuencia del afloramiento allí de minas de plata en la década de 1560, rebrota el interés por los territorios de Nuevo México. Pero ya Felipe II había publicado las Ordenanzas de 1573 sobre Nuevos Descubrimientos, que hablaban de pacificación y no de conquista, y que hacen descansar el peso del avance en los religiosos, y no en los militares.

En el marco de estos principios, el franciscano Agustín Rodríguez consigue una licencia para explorar el *Nuevo México*,

uniéndosele dos frailes más, unos cuantos indios y un piquete de nueve soldados, al mando de Francisco Sánchez Chamuscado, un veterano soldado de la frontera, seguramente así apodado por su físico.

El grupo se internó hacia el norte, el territorio de los indios pueblo, al que llamaron reino de San Felipe. Llegaron a Taos, cruzaron el Pecos y se asomaron a las Grandes Llanuras, la tierra del bisonte, para luego progresar en dirección Oeste.

El padre Santa María decidió regresar por su cuenta para informar de las exploraciones al virrey, pero en algún punto del camino fue martirizado por los indios. Los soldados también acordaron el retorno, pero no así los padres Rodríguez y López, que resolvieron permanecer en una tierra que guardaba tantos infieles por convertir, pretendiendo fundar una misión en Puaray, al sur de Bernalillo. A la vuelta, Chamuscado pereció de unas fiebres, y el grupo superviviente arribó a México.

Los rumores sobre el posible martirio de los dos franciscanos promovieron de inmediato una expedición de rescate, organizada por el padre Bernardino Beltrán y cuya financiación fue ofrecida por Antonio de Espejo, un oportunista que, so capa del rescate de los frailes, albergaba sus propias intenciones.

La expedición, de la que Espejo al poco de la salida se hizo nombrar jefe, partió del valle de San Bartolomé (hoy de Allende), avanzando por los ríos Florido, Conchos y Grande, para penetrar en el área de Nuevo México, rebautizada como Nueva Andalucía. Allí, pronto se confirmaron las sospechas sobre el asesinato de los frailes, objeto principal de la jornada. Pero Espejo, que quería amortizar su inversión, decidió seguir explorando, en busca de un supuesto lago de oro, del que habían recibido vagas referencias, mientras fray Beltrán optaba por el regreso. Espejo emprendió una trayectoria que lo llevó primero hacia las Grandes Llanuras y después hacia el Oeste, adentrándose por Acoma y Zuñi hasta Arizona, recibiendo de los indios noticias sobre sus predecesores Coronado o Cabeza de Vaca, y tomando muestras de minerales y sal que, a la vuelta a la capital de México, excitaron una vez más el empeño oficial por el asentamiento definitivo en el Nuevo México.

#### Las acequias

El paisaje físico de los desiertos del sur de Estados Unidos, desde California hasta Tejas, presenta ciertas características que hacen posible la irrigación. En efecto, el uniforme páramo estéril se abre regularmente en valles abrigados, en cuyo interior fluyen cursos de agua permanentes.

Esta circunstancia permitió que pudiera implantarse el modelo de uso del agua de la Península ibérica, tierra también hídricamente escasa, donde la cultura del agua gozaba de honda raigambre, especialmente desde la dominación árabe.

El modelo, basado en la red de acequias y en la administración autónoma del recurso, se extendió por todo el Suroeste, y conoció su máximo apogeo a lo largo del río Grande. A partir de un río surge la acequia principal o *acequia madre*, y, de ella, mediante sucesivas sangrías se van derivando ramales secundarios o contra acequias, que llevan el agua hasta el último rancho. Todo un sistema de compuertas, azudes y canales completa el sistema de cada valle, de modo que el riego se distribuye y permitió en su día el asentamiento humano. Subsiste el grueso de estas acequias, e incluso algunas de las más primitivas, como los troncos huecos que hacen de acueductos por los que el agua circula, verdaderas reliquias de la ingeniería histórica y artesanal. Algunos de los originales cauces de tierra modernamente han sido canalizados con cemento, favoreciéndose la pérdida del agua por evaporación.

Establecido el tejido de acequias, resta lo concerniente a la gestión del agua, y una vez más se importó el modelo ensayado en la Península ibérica, en especial, el del Levante español, que tiene su institución más conocida en el Tribunal de las Aguas, foro donde los regantes se reúnen y acuerdan lo necesario para la administración del agua y la solución de los conflictos entre regantes.

En Nuevo México y Colorado, los regantes de cada valle se agrupaban en la acequia del común, o *community acequia*, que aún rige la gestión del agua en aquel territorio. Bajo la dirección de un mayordomo, los usuarios se reúnen periódicamente y acuerdan los trabajos a realizar (lo que llaman la *fatiga*), y el resto de los problemas comunes, y también dirimen los litigios entre los usuarios, si es necesario recurriendo a hombres buenos que llevan a una conciliación. Para el exacto cumplimiento de los acuerdos de la junta había veedores, que sobre el terreno hacían inspecciones.

La más importante de las reuniones de la acequia del común tiene lugar al comienzo de la primavera, ya que el invierno habrá dejado en mal estado muchas acequias, y se hace preciso organizar turnos de trabajo para atender las reparaciones, como desbrozar la maleza que ciega los canales, remover troncos, dejar libres los bordes de las acequias y, en definitiva, dejar expedito el paso del agua para el riego de la incipiente primavera.

## Las expediciones ilegales de Castaño y Leyva

Las exageradas descripciones que Espejo esparció a su vuelta, espolearon el deseo de asentamiento en Nuevo México por parte de la Corona, y se buscaron candidatos para organizarlo entre los prohombres del virreinato. Pero la espera consumió de impaciencia al teniente de gobernador de Nuevo León, Gaspar Castaño de Sosa, quien, aprovechando la temporal ausencia del gobernador, promovió por su cuenta una expedición colonizadora, logrando para ello convencer a los habitantes de una ciudad minera con escaso

futuro ya, Almadén. Confiaba en que partir sin autorización real, considerado un grave delito, podría ser perdonado si lograba establecer con éxito una colonia en las nuevas tierras.

Existía empero una gran resistencia por parte de los residentes de Almadén, muy reacios a aventurarse a través de unos territorios desconocidos y nada seguros. El imaginativo Castaño recurrió entonces a un ardid casi infalible en la época: les mostró una piedra, entregada supuestamente por los indios en una expedición anterior. La piedra, al contacto con un líquido, se transformaba en plata, según demostró Castaño, sin que nadie lo viera efectuar el cambio de la roca por plata en el último momento.

Era todo lo que los futuros colonos necesitaban para convencerse, y la expedición de 170 personas partió en 1590, atravesando Tejas, llevando consigo las primeras carretas de cuatro ruedas que pisaran el suelo de Estados Unidos. Siguiendo el río Grande llegaron a Pecos, adentrándose luego en el corazón del territorio de los indios pueblo y fundando una colonia junto al río Grande.

Cuando los colonos murmuraban ya acerca de la inexistencia de plata y se hablaba incluso de amotinamiento, llegó un destacamento de cuarenta y tres soldados enviado por el virrey de Nueva España al mando de Juan Morlete, con precisas instrucciones de arrestar a Castaño por montar una empresa no autorizada y entrar ilegalmente en Nuevo México. Fue condenado y enviado seis años a Filipinas, donde fue asesinado por unos galeotes.

Hubo una segunda expedición no autorizada. Esta vez partió de Nueva Vizcaya, y el pretexto fue perseguir grupos de indios que estaban hostigando los ranchos españoles en la frontera. Pero, cuando el capitán Francisco Leyva de Bonilla se vio ante la prometedora inmensidad de Nuevo México, no pudo resistir la tentación de explorarlo. Remontó el curso del río Grande y se estableció provisionalmente en San Ildefonso, al norte de Santa Fe. Allí permaneció varios meses, hasta que los indios, hartos de sus requerimientos, para alejar a los forasteros utilizaron un cebo que pocas veces fallaba: mencionar la existencia de riquísimas tierras situadas al Este.

Se marcharon los españoles en esa dirección, arribando a las Grandes Llanuras. Allí fue donde uno de los soldados, Antonio Gutiérrez de Humaña, asesinó a Leyva, contando con la aquiescencia del resto de los hombres, que lo detestaban. Gutiérrez llevó entonces al grupo hacia las planicies de Kansas, probablemente siguiendo la antigua ruta de Coronado, y allí casi todos fueron exterminados, pudiendo salvarse para contar la historia un sirviente indio, llamado José.

Nuevo México contaba ya con una larga saga de exploradores y de fallidos conatos de asentamiento. Solo faltaba alguien con verdadero talento colonizador, y ese hombre fue Juan de Oñate.

### Los Penitentes

La Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, más conocida por *los Penitentes* o por «la Hermandad», hiende sus raíces en las cofradías españolas, cuyo objeto es practicar los ritos de la tradición católica y promover actividades asistenciales, como socorrer a los huérfanos necesitados. Entre sus ritos se incluía la flagelación, una costumbre proscrita en España y sus colonias desde tiempos de Carlos III, pero que en los remotos territorios de Nuevo México y Colorado siguió practicándose mucho tiempo. Los indios creyeron que los españoles se habían vuelto locos cuando vieron a todo un Juan de Oñate castigarse las espaldas a latigazos con ocasión de la Semana Santa.

Cuando los angloamericanos se apoderaron del territorio, sintieron fascinación y horror ante estas flagelaciones, que incluían actos como azotarse con varas de yuca, aplicarse disciplinas en el cuerpo y abrazarse a cactus con el torso desnudo, y acudían a ellas como si de un espectáculo se tratara. Ello, junto a la persecución de las prácticas tradicionales por parte del obispo Lamy, motivó que los Penitentes no solo cambiaran su nombre —antes se llamaban Hermandad de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo—, sino sobre todo que se recluyeran al ámbito de lo clandestino, en el que a día de hoy siguen instalados.

El ingreso en la Hermandad de los Penitentes incluye un rito de iniciación, en el que el novicio es representado por un padrino, y todo ello tiene lugar en el recinto secreto de la cofradía, la *morada*, cuyo emplazamiento todos los cofrades juran no revelar jamás, ni siquiera a los miembros de su propia familia.

El clímax de la actividad de los Penitentes tiene lugar durante la Semana Santa. Antiguamente el ceremonial incluía simulacros de crucifixión, en los que el elegido —la elección era considerada todo un honor— llegaba a desvanecerse. Hoy, los actos principales son el viacrucis, con el punto culminante del encuentro, en la cuarta estación, entre la Virgen y su Hijo, y las procesiones rituales del Jueves Santo y el Viernes Santo, en las que se cantan alabados, la forma musical característica de la cofradía.

Otra ceremonia de la Semana de Pasión son las *tinieblas*, celebradas en la estricta reserva del interior de la *morada*, donde antiguamente se practicaban las autoflagelaciones, y hoy se producen sesiones de recogimiento, ayuno y sacrificio de los socios de la Hermandad.

Sin duda, la actividad de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno ha contribuido a preservar y mantener la tradición católica en Nuevo México y en el sur de Colorado, y a salvar también de la destrucción muchas imágenes antiguas (o *bultos*), suprimidas por Lamy y recogidas por los Penitentes en sus moradas.

La Corona, resuelta a la colonización de Nuevo México, y a que se hiciera conforme a las Ordenanzas de 1573, abrió la oferta de candidatos, con la condición de que el peso financiero habría de ser asumido por ellos, lo que limitaba la posibilidad a los hombres más ricos de Nueva España. Hubo varios aspirantes, pero al final la elección recayó en Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, uno de los descubridores de las minas de Zacatecas, y casado con Isabel Tolosa Cortés Moctezuma, nieta del conquistador de México y bisnieta del emperador azteca.

El permiso real fue recibido por Oñate en septiembre de 1595, pero a partir de aquí comenzó para él un martirio burocrático, causado por los envidiosos funcionarios del virreinato, celosos de que Oñate pudiera unir la gloria a su enorme fortuna. El contrato estipulaba que Oñate debía financiar una expedición colonizadora compuesta de 200 hombres con sus familias, 1000 reses, 3000 ovejas, 1000 carneros, 150 potros y 150 yeguas, a más de equipos, aperos y herramientas. A cambio de ello recibía el título de Gobernador, Adelantado y Capitán General de Nuevo México, por dos generaciones, con derecho a otorgar encomiendas y repartimientos de indios. Algo muy importante para convencer a los indecisos, los nuevos colonos tendrían la condición de hidalgos.

Cuando parecía que todo estaba listo, el virrey Luis de Velasco, mentor de Oñate, fue nombrado virrey del Perú, sustituyéndolo Montesclaros, que impuso un retraso considerable a la partida. El nuevo virrey tenía un candidato propio y le contrariaban los lógicos deseos de Oñate de prescindir de la Administración del virreinato y entenderse directamente con el rey.

El propio Felipe II tuvo que despachar la orden de salida de la expedición, pero los funcionarios virreinales forzaron una nueva inspección, para desesperación de Oñate, varado en Chihuahua con su gente, y que veía cómo mermaban sus fondos y desertaban los hombres. Esta última inspección fue hostil, y los mezquinos burócratas a punto estuvieron de conseguir su propósito de desbaratar la partida. Pero el corajudo Oñate al fin pudo dar la orden de marcha en enero de 1598, más de dos años después de obtener el permiso.

La larga caravana de hombres, animales y carretas ocupaba una legua, y en ella viajaban sus dos sobrinos, los Zaldívar, y Gaspar de Villagrà, que cantaría la épica del viaje en un largo poema de pocas cualidades literarias, pero de enorme interés histórico.

Oñate desechó el itinerario seguido por sus predecesores y eligió un atajo a través de las dunas de Samalayuca, que lo llevó por una



ruta más directa hasta El Paso, señalando el trazado de lo que sería el Camino Real de Tierra Adentro. Al cruzar este punto, la verdadera frontera, tomó posesión de las tierras y el 30 de abril celebró lo que ha sido llamado el *Día de Acción de Gracias* hispano, varios años antes que los pioneros ingleses de la costa atlántica. Se dijo una solemne misa, se asaron puercos y cabritos, y hubo representación de *Moros y Cristianos*.

### Artes y oficios. Los santeros

Los colonos que se instalaron en el territorio de Estados Unidos llevaron consigo sus conocimientos técnicos y sus oficios, que asentaron en las nuevas tierras de modo perdurable. Con Juan de Oñate viajaban por ejemplo seis hombres que ejercían de carpinteros, y luego las misiones fueron centros de enseñanza de artes y oficios a los indios, que asumieron hasta el punto de que, tras la revuelta de los indios pueblo, cuando los españoles reconquistaron el territorio, comprobaron que los nativos, si bien habían abandonado la religión o la lengua españolas, conservaban, además del ganado y las huertas, las herrerías o los telares.

Al tener que traerse toda clase de objetos por barco o a través del Camino Real de Tierra Adentro, con gran coste (solo en California hubo provisión regular de artículos suntuarios, traídos de Oriente por el Galeón de Manila), por fuerza se desarrolló toda la panoplia de los oficios peninsulares en la frontera. Hubo trabajadores del hierro, como herreros, armeros, cerrajeros o cuchilleros. Ellos se encargaron de fabricar parras y parrillas para los asados; ollas, braseros, hornillas y fogones; hubo carpinteros que hacían trasteros o alacenas, de dos puertas, para guardar los útiles de cocina, baúles, arcas y arcones para la ropa, troncos huecos para las acequias, sillas y silletas, armarios...

Hubo orfebres que trabajaron el estaño y el latón, fabricando candelabros, marcos u objetos de plata. Zapateros que, a falta de talabarteros, que no se generalizaron tanto como en México, trabajaron el cuero, ya que en el Oeste, por el uso mayor del mocasín indio, fue menor la demanda de zapatos. Ellos implantaron el estilo que actualmente se conoce como *southwestern*, y entre sus logros destacan las famosas chaquetas de cuera, un pesado chaleco que vestían los llamados *soldados de cuera*, sustituto eficaz de la armadura, prácticamente impenetrable de no ser por una flecha directa e impulsada con enorme fuerza.

Los españoles introdujeron también el telar europeo y el trabajo

textil, elaborando colchas con dibujos primorosos o enseñando a los indios a fabricar tejidos y mantas de lana, ya que estos solo usaban el algodón. Hoy siguen siendo famosas y codiciadas las mantas novomexicanas de Chimayó, Truchas o Trampas.

### Las rutas del comercio. El comercio comanchero

El abasto comercial de la frontera suponía un complejo entramado que tenía su origen en los puertos de Veracruz y Acapulco, punto de llegada respectiva de los productos de Europa y de los refinados artículos orientales, traídos por el Galeón de Manila.

A partir de esos enclaves, los caminos reales llevaban los objetos a las distantes fronteras: en California, por el camino de las misiones; en Florida, por la caravana entre San Agustín y Tallahassee; y en el septentrión de la Nueva España, a través del Camino Real de Tierra Adentro, que transportaba artículos a Nuevo México, Arizona y Tejas.

Las ferias jugaron un papel fundamental en la distribución de los productos. En el norte de Nueva España operaban varias, como la de San Juan de los Lagos, San Juan del Río y Saltillo, siendo la más importante la de Chihuahua. Esta tenía lugar en el mes de diciembre, cuando llegaban las carretas o las mulas con los productos de Nuevo México: pieles de búfalo, mantas, carne seca, vino excelente... Y Chihuahua, inundada entonces de gentes, repartía estos productos entre los pueblos y los centros mineros.

En la propia frontera, las autoridades españolas toleraron primero, y regularon después, el comercio con los indios a través de las ferias, individualizándolas para cada tribu a fin de evitar posibles conflictos. Así, las de Santa Clara y Santa Fe, para los Ute; la de Pecos, para los Apaches jicarilla; las de Jemez y Acoma, para los Navajos; la de El Paso, para los Apaches mescalero.

La más importante y famosa de todas fue la feria de Taos, precisamente con la tribu más aguerrida e irreductible de todas, los Comanches. Pero mostraron gran predisposición al trueque, cuando una vez al año se emplazaban en las explanadas delante de Taos, invitando a los españoles al comercio.

A partir de entonces, la sostenida hostilidad con los comanches se tomaba un respiro para celebrar la feria, el *comercio comanchero*. La autoridad española reguló oficialmente las ferias de Taos y Pecos, porque la amenaza comercial francesa desde Luisiana era muy grande, con mejores precios, con más finos productos y vendiendo a los indios armas y pólvora, mercancías prohibidas por España. Estabilizando la feria anual, España pretendía reconducir a los indios hacia la propia cultura, estrechando lazos de lealtad y amistad con los colonos españoles. Por ello, con la renuencia que *a priori* producía hacer negocios con tribus como los comanches, considerados salvajes, disolutos y crueles, se estableció esta suerte anual de *tregua de Dios*, a la que solía acudir el propio gobernador de Nuevo México.

En Taos, los indios vendían mantas, tasajo, sebo y pieles de búfalo, e incluso prisioneros esclavos, y recibían productos agrícolas, útiles de cocina, abalorios, arreos. También, aunque de forma clandestina, caballos, muy codiciados por los indios. La feria tenía lugar en julio o agosto, y los

productos adquiridos por los españoles eran cargados en la caravana del Camino Real de Tierra Adentro, partiendo en octubre para llegar a tiempo a la feria invernal de Chihuahua.

Y hubo artesanos religiosos. Fabricaron retablos para adornar los altares, pinturas sobre paneles de madera y sobre todo, bultos. Estos eran pequeñas estatuas talladas en madera, representando santos. Proliferaron en todas las iglesias y casas particulares de Nuevo México, hasta que el obispo Lamy, acérrimo enemigo de todo lo español, desencadenó una fuerte ofensiva contra bultos y retablos. El arte decayó a fines del siglo XIX, pero ha vuelto a renacer con fuerza en los últimos años, con enorme demanda, si bien no con la misma finura que los primeros artesanos supieron imprimir a sus bultos.

### Oñate, el colonizador de Nuevo México

La partida del adelantado Oñate, con sus 83 carros y sus 7000 cabezas de ganado, durante seis severos meses remontó el río Grande, atravesó la terrible *Jornada del Muerto* y arribó a los valles de Nuevo México, como oasis anclados en el rescal del desierto, entrando en contacto amistoso con los indios pueblo y fundando el pueblo de San Juan de los Caballeros, tanto por la condición de hidalgos ganada por todos los colonos como por la hospitalidad indígena. Pronto el núcleo de la colonia se trasladaría a un valle próximo pero más amplio, en la confluencia de los ríos Chana y Grande, fundándose San Gabriel, capital durante diez años hasta la fundación de Santa Fe.

De inmediato, Oñate despachó a sus oficiales para reconocer los confines y las posibilidades de la provincia. Vicente Zaldívar exploraba hacia el Oeste, teniendo el encuentro con los indios de Acoma, y él, al igual que otros predecesores, se dejó seducir por los cantos de sirena de la Gran Quivira. Atravesó las montañas Manzano, y, bajo la guía de José, el indio superviviente de la desgraciada expedición de Leyva de Bonilla, se internó a través de Oklahoma en las llanuras del bison, sin encontrar cosa que se pareciera a la deslumbrante ciudad de los sueños de tantos conquistadores, la que inútilmente persiguieran Coronado, Castaño o Chamuscado.

Cinco meses duró la ausencia de Oñate de la base de San Gabriel, tiempo suficiente como para que los colonizadores, desalentados por no hallar las riquezas que esperaban, abandonaran

en gran medida el poblado y regresaran a la seguridad de México. Pero el tenaz Oñate no se desanimó por ello. Envío comisionados a México en busca de refuerzos colonizadores, mientras él, en un intento desesperado por hallar perlas o metales que hicieran atractiva la permanencia en la provincia, se dirigió ahora hacia el Oeste. Cruzó el territorio de Arizona, encontró el río Colorado y siguió su curso, llegando hasta su desembocadura en el extremo del mar de Cortés, lo que consideró un hallazgo geográfico prometedor, como posible puerto para el abastecimiento de Nuevo México.

A la vuelta, en el lugar llamado El Morro, en el occidente de Nuevo México, dejó impresa en una piedra una famosa inscripción: «Por aquí pasó el Adelantado don Juan de Oñate, al descubrimiento del mar del Sur, a 16 de abril de 1605».

Cuando regresó a San Gabriel, no traía plata ni perlas en las alforjas, pero sí un montón de narraciones fabulosas, contadas por los indios de aquellos páramos: gentes que caminaban sobre un solo pie; otros que se alimentaban con el solo olor del alimento, sin dejar excrementos; tribus cuyos miembros tenían una enorme oreja con la que se envolvían al dormir. Una buena colección de fantasías con las que esperaba ganar el apoyo de las autoridades virreinales. Pero, después de seis años de asentamiento de la colonia, no eran precisamente leyendas fantásticas lo que el virrey deseaba oír.

## El crepúsculo de Oñate

A pesar de los intentos del animoso Oñate por hacer llegar a la ciudad de México una imagen de la colonia de normalidad, las verdaderas noticias lograron infiltrarse, y sobre la mesa del virrey se amontonaron las denuncias acerca de la gestión del Adelantado. Pero sobre todo, el descontento de los colonos por la inexistencia de otras riquezas que las agrícolas presagiaba malos tiempos para Oñate. Y cuando el virrey Montesclaros recibió las noticias fabulosas de boca del enviado Escobar, escribió al rey que «esta conquista se transforma en un cuento de hadas».

## La Fiesta

Lo festivo fue consustancial a los colonos españoles que viajaron a las Indias, pues no en vano procedían en sus fases iniciales de una región como el Bajo Guadalquivir, muy dada a la fiesta con todos los ingredientes de ella: la asistencia en familia, el toro, el fuego, la comida...

El calendario festivo hispano en los Estados Unidos de hoy incluye conmemoraciones de sucesos históricos, como la Semana de De Soto, en Bradenton, Florida, que recuerda la llegada del conquistador a este punto de la costa. Principia con el desembarco, y, tras el remedo de escaramuzas con los indios, los españoles, al pie del estandarte y la cruz, toman posesión de la tierra en nombre de los reyes de España.

En septiembre, con ocasión de las fiestas de Santa Fe, la Hermandad de los Caballeros de Vargas repone a la Virgen del Rosario, *la Conquistadora*, recordando el regreso de la imagen a Nuevo México, traída por don Diego de Vargas tras la rebelión de los indios pueblo.

En primavera, un pequeño *bulto* de San Isidro es paseado por los campos del Oeste para bendecirlos y procurar las lluvias. Y las fiestas de San Juan sirven para la purificación de las gentes y las tierras, empleándose para ello el fuego y el agua. Las luminarias, piras de troncos ardiendo, se encienden cada año con motivo de estas fiestas. Era tradición también que en esa ocasión hubiera corridas de gallos, una práctica que consistía en colgar un gallo o enterrarlo hasta el cuello, y jinetes diestros habían de arrancarle la cabeza a la carrera, una costumbre desarraigada ya tanto del Suroeste como de España, aunque acaso se sigue practicando de forma clandestina.

La Semana Santa conoce el clímax de la fiesta hispana, pues no en vano el calendario festivo estuvo impregnado de eventos religiosos. El Viernes Santo, peregrinos de todo el Suroeste acuden al santuario de Chimayó, en Nuevo México, capital religiosa de la región. Y en esta semana cobran protagonismo los Hermanos Penitentes, que celebran sus ritos y participan activamente en las procesiones. De ellas, la más importante es la del Viernes Santo, cuando se recorren las estaciones que conducen al Monte Calvario. Antiguamente, la Semana Santa era mucho más vívidamente celebrada, con flagelaciones y dolorosos remedos de crucifixión.

Tras la celebración en otoño del Día de Difuntos, llega la Navidad, otro de los momentos culminantes del calendario festivo-religioso. Muchas ciudades y pueblos de Nuevo México y Colorado se siguen adornando con los *farolitos*, que crean una atmósfera mágica en plazas y calles. Las *Pastorelas* y las *Posadas* pertenecen al elenco navideño, como también la curiosa costumbre de los «Abuelos», aún vigente. Armados de látigos y recubiertos con máscaras, dos hombres entraban en las casas y hacían un examen a niños y padres acerca del conocimiento de los rezos. Si salían exitosos, todos lo celebraban con un baile, llamado *La Palomita*.

La decepción de la empresa era evidente. Nuevo México se había convertido en una seria amenaza para las arcas públicas, una vez que su promotor había perdido 400.000 pesos en ella, y el virrey decidió ponerle término. Antes de ser cesado, Oñate prefirió presentar su dimisión y acudió a México para responder de los 29 cargos que le imputaban los rencorosos funcionarios del virreinato. Entre ellos, crueldad con los indios, con sus propios hombres, y desprecio a los clérigos; difundir informes falsos sobre la verdadera situación, adulterio... Oñate fue hallado culpable de algunos de esos cargos y multado con 6000 pesos, más el alejamiento de por vida de Nuevo México, y por cuatro años de la capital del virreinato. Además, se le desposeía de sus títulos y merecimientos.

Oñate pasó varios años rehaciendo su fortuna con sus negocios

mineros y preparando su apelación, que presentaría directamente al rey y al Consejo de Indias, instalándose personalmente en Madrid para ello. No dejaría que las arteras manos de la burocracia virreinal volvieran a maltratarlo. De momento, el Consejo de Indias le reintegró la multa de 6000 pesos. Y, años más tarde, fue hallado inocente de todos los cargos y reivindicado por completo.

Recuperado su honor e investido caballero de la Orden de Santiago, encontramos a un Oñate ya anciano, trabajando en la Península como inspector general de minas. Y en esos cometidos halló la muerte a los setenta y tres años, al parecer debido a la inundación de una galería de mina que estaba visitando.

Los sueños de Oñate se habían desvanecido. Había imaginado descubrir el legendario estrecho de Anián, el paso de agua que supuestamente abría la América del Norte de océano a océano. Y se había visto como virrey de un gran territorio al norte de la Nueva España, en una tierra pródiga en metales y en perlas.

Nada de esto había tomado cuerpo. Sus sueños se habían evaporado en el sequedal del desierto, devorados por una tierra inmisericorde y estéril.

Y, sin embargo, Oñate había logrado lo que ninguno de sus predecesores, exploradores de ida y vuelta: asentar y mantener una colonia durante una década. Cuando se marchó Oñate, ya la semilla había prendido: se regaban los valles y se obtenían cosechas, pastaban las reses, se esquilaban las ovejas, se celebraban las fiestas, los indios se integraban en las misiones. Desde entonces la colonización no dejó de crecer, haciendo que la soberanía y la cultura hispanas se establecieran de un modo permanente en el suroeste de los Estados Unidos.

### El drama festivo. Los Matachines

En el ámbito de lo festivo siempre tuvo un papel significativo la dramatización, que los colonos trajeron al territorio norteamericano bajo diversas formas. Los misioneros utilizaron los medievales autos sacramentales para inculcar a los nativos la fe cristiana, haciéndolos participar en obras como *Adán y Eva*, *Los Reyes Magos* o *El Milagro de Guadalupe*.

Las *Pastorelas*, el anuncio a los pastores del nacimiento de Jesús, y las *Posadas*, el peregrinaje de José y María en busca de alojamiento, fueron obras ampliamente escenificadas, y aún hoy se representan en muchos pueblos del suroeste norteamericano.

En los *Comanches*, que se representa en varios lugares como Rancho de Taos y Alcalde, aparece la adaptación de una antigua pieza a la realidad de la frontera. En ella, los indios raptan la imagen del Santo Niño de la capilla donde se custodia. Los feligreses persiguen a los indios, siendo capturada la

hija del jefe y rescatada, a cambio de la imagen.

Hay otros *Comanches* vigentes en Nuevo México, esta vez no con sentido religioso, sino histórico. Conmemora el suceso en el que Juan Bautista de Anza persiguió al famoso jefe comanche Cuerno Verde y, tras vencerlo, logró la pacificación definitiva del territorio, llegando a un pacto con todas las tribus indias. En la actualidad, se celebra en un descampado. Tras el enfrentamiento verbal entre las huestes españolas e indias, ambas a caballo, tiene lugar el simulacro de batalla y la victoria de las tropas de Anza.

Las dos grandes obras del Oeste fueron los *Moros y Cristianos* y los *Matachines*. La primera ya fue representada por los colonos de Juan de Oñate al celebrar el cruce del río Grande, y durante siglos se ha venido escenificando en el suroeste de Estados Unidos.

Los *Matachines* son una variante de los *Moros y Cristianos*, preferida por los indios pueblo, y en ella aparecen elementos de las tres culturas presentes en la zona, la española, la azteca y la india.

La obra comienza con una larga danza de los soldados españoles, ataviados con un vestuario que remeda sus cascos y escudos. La música es monótona y cadenciosa, típicamente indígena, ejecutada con violín, guitarra y una escueta y rítmica percusión.

Tras este introito, se produce la entrada del resto de los curiosos personajes: el monarca, que representa a Moctezuma; la niña Malinche, vestida de blanco, que simboliza la pureza; el abuelo, que encarna la bondad, y que se encarga de proteger a la niña contra las fuerzas del mal; Perejundia, especie de duende burlón que ameniza el drama, y el toro, representación del mal, enemigo de la Malinche, del abuelo y en general del bien que estos simbolizan. La pieza terminará con la victoria del abuelo sobre el toro, de Dios sobre el diablo, del bien sobre el mal.

## Los sucesos de Acoma

Uno de los sobrinos de Oñate, Juan de Zaldívar, había sido enviado en misión de reconocimiento hacia el Oeste y, al pasar junto al cerro de Acoma, observó la existencia de un poblado de una tribu de los indios pueblo arriba del peñón, en una posición inexpugnable. Como precisaban alimentos, Zaldívar comisionó a unos soldados al poblado, siendo bien recibidos por los indios, que prometieron la entrega de los alimentos al día siguiente.

Esta vez, el propio Juan de Zaldívar acudió al frente de un pequeño grupo a la cima, extrañándole ver las callejas desiertas. De improviso los indios cayeron sobre ellos, en tan gran desigualdad de fuerzas que los pocos españoles fueron muriendo, incluido Zaldívar, mientras el resto era empujado hacia el borde del promontorio. Al final solo quedaron cinco hombres, que no tuvieron otra opción que arrojar a un vacío de más de cien metros. Uno murió estrellado contra las rocas; los otros cuatro lograron insólitamente salvar la vida, por caer en unos bancos de arena.

Cuando Oñate se enteró del suceso, decidió no dejar sin castigo la acción, a fin de evitar que algo semejante pudiera repetirse y cundiera por la región la sublevación contra los españoles, de modo que consultó con los franciscanos la legalidad del castigo. Quiso ir personalmente a dirigir la represión, pero los suyos lo disuadieron de arrostrar tal peligro, confiando la empresa al hermano de Juan, Vicente Zaldívar.

Setenta hombres se apostaron bajo el cerro y comenzó el asedio, algo que los indios de Acoma tenían previsto. Fue aquel un ascenso dramático por las paredes rocosas del cerro, bajo una rociada de flechas y piedras, en el que no faltaron escenas épicas. Uno de los soldados halló un paso secreto en la inexpugnable muralla, y otro dio un gran salto para salvar un precipicio y atravesar un tronco de árbol por el que pudieran progresar sus compañeros. Dícese también que todos pudieron ver a un jinete sobre un brioso caballo blanco, combatiendo vigorosamente, aunque nadie llevaba un caballo así, y atribuyeron el hecho al mismo Santiago.

Al final, los españoles consiguieron situarse sobre la mesa del cerro, donde decantaron la victoria de su lado. El poblado fue destruido, muchos indígenas cayeron muertos y el resto, unos quinientos, fueron conducidos presos por Zaldívar para ser juzgados.

La sentencia fue rigurosa. Los menores de veinticinco años fueron condenados a veinte años de servicios personales. Los mayores de esa edad, a la amputación de un pie. Y dos indios hopi que ayudaron a los de Acoma, a la pérdida de una mano, para que propagaran entre sus gentes las consecuencias de alzarse contra los españoles. Esta severa sentencia pesó sobre Oñate en su juicio, pero se justificó alegando que el castigo era justo, porque los indios habían tenido la iniciativa de matar españoles, y porque el ejemplo había servido para evitar actos similares, extendiendo la pacificación por todo el territorio.

*La Llorona* es una mujer que, por un ataque de celos contra su marido, como venganza ahogó a sus propios hijos en el río. Desde entonces, vestida con un negro sayal vaga por el Suroeste gimiendo, arañando las puertas y ventanas de los ranchos para robar a los niños que allí encuentre.

El basilisco era un monstruo horripilante que se decía instalado en El Paso, y cualquiera que lo mirara caía muerto en el acto. Hasta que un arriero sutil púsole delante un espejo, cayendo el basilisco fulminado.

Los espantos eran abundantes. Se contaban leyendas de tesoros enterrados por los españoles, pero los espantos vagaban protegiéndolos y creando en la noche rumor de huesos para



ahuyentar a los buscadores.

Era un mundo empapado de supersticiones y de brujería, que aún no se ha extinguido. Se predice el futuro en la mágica *Noche de San Juan*, abriendo un huevo y colocándolo bajo la cama. Según la forma que haya tomado, así será el porvenir: si ha cobrado forma de persona, habrá un casamiento; si de un barco o avión, se espera un viaje; si tiene forma de esqueleto, anuncia una muerte. Y hay otras muchas leyendas. Cuéntase, por ejemplo, que un viajero, al asomarse de noche a la ventana de un rancho aislado, contempló la escena de una mujer bailando con alguien del que sobresalía un rabo y calzaba pezuñas. Entró en la estancia una cabra con una serpiente, que besó a la mujer con su lengua. El espantado testigo gritó: «¡Ave María Purísima!», y al instante saltó proyectado al camino, y la casa desapareció envuelta en un humo azufroso.

Para conjurar todo este mundo maligno había numerosas herramientas: los amuletos contra el mal de ojo, las bolsas de perejil, las velas, los perfumes, el agua bendita, el incienso..., pero a veces esto no bastaba, y los deshechizadores tenían que recurrir a rituales complicados para sacar el mal del cuerpo. Todo un mundo de embrujo que en buena medida pervive en el antiguo territorio de la frontera.

### Magia y brujería

Allí donde los curanderos no llegaban, comenzaba el mundo del espíritu, el del más allá, que requería de otras herramientas y de otros protagonistas. Era el mundo de los deshechizadores, de las brujas, de la magia..., porque en el extenso espacio del septentrión novohispano hubo mucho de todo ello. Algunos de los encantamientos procedían directamente de la Península ibérica, como el mal de ojo o la creencia de que las serpientes maman directamente de las ubres de las vacas y de las madres lactantes. Otros procedían del propio mundo surrealista iberoamericano, como la leyenda de la Llorona.

El ajolote es un extraño perro de agua, peligroso para las mujeres que se bañaran en las acequias, y, si alguien gritaba «¡Ajolote!», salían inmediatamente del agua. El mal de ojo lo provocaba alguien que mirara a otro con fijación intensa, comunicándole este mal, del que resultaba una murria que había que conjurar.

### La rebelión de los indios pueblo

Fue el resultado de un largo tiempo de descontento de los indios

pueblo hacia el servicio forzoso, el tributo y la persecución de sus prácticas religiosas, y de tres años de sequía que acabaron con la vida de muchos indígenas, y que sembraron entre ellos una peligrosa sospecha, la incapacidad de los españoles para superar a las fuerzas de la naturaleza.

La rebelión fue acaudillada por uno de los perseguidos tiempo atrás por idolatría, Popé, que, junto con otros hechiceros, había sido enviado preso por las autoridades españolas. Tres de ellos fueron ahorcados; otro se suicidó en la cárcel, y los demás fueron liberados por la exigencia de los propios indios, que protestaron masivamente ante el gobernador.

Pero Popé no se contentó con la liberación, sino que decidió vengarse, y desde su cuartel secreto de Taos organizó la rebelión con toda meticulosidad, logrando la proeza de aunar a casi todos los indios pueblo, separados entre sí por vastos territorios y por el uso de dialectos distintos. Popé no se anduvo con contemplaciones, llegando a ordenar la muerte de su propio yerno, designado gobernador del poblado de San Juan, por temor a que delatara el plan a los españoles.

El levantamiento había sido previsto para el 13 de agosto de 1680, y corredores indios informaban a las tribus mediante una cuerda anudada, representando los nudos los días que faltaban para la rebelión. Una de estas cuerdas llegó a manos del gobernador Otermín, y Popé decidió entonces actuar rápido, anticipando la sedición al 11 de agosto.

Ese día, 17.000 indios pueblo, a los que se sumaron los apaches, arrollaron ranchos, misiones y pueblos españoles. Mataron hombres, mujeres, niños, frailes; quemaron iglesias y casas; destruyeron sembrados y ganados. La revuelta se extendió como una mancha de aceite, y los españoles se refugiaron en dos puntos, Isleta y la capital, Santa Fe, donde al mando de Otermín se hicieron fuertes en los edificios reales.

Pero la desproporción de fuerzas era notoria, y, convencido por los suyos, Otermín procedió a una retirada ordenada. Los pueblo los rodearon y amenazaron, pero no los atacaron en su marcha. Al llegar a Isleta comprobaron que los españoles concentrados allí se habían retirado a El Paso, por lo que siguieron retrocediendo hasta la ciudad fronteriza. Nuevo México quedó desalojado y en poder de los pueblo, enardecidos por Popé. La autoridad virreinal a punto estuvo de abandonar la provincia para siempre, pero lo impidió el brioso superior franciscano padre Ayeta, que cabalgó veloz e incansable hasta la ciudad de México para convencer al virrey de lo contrario.

Expulsados los españoles, Popé, que se había investido de una

suerte de designio divino, ordenó destruir todo vestigio español. Fue fácil con los documentos, imágenes, libros y objetos, pero no tanto con las siembras, el ganado, los árboles frutales, las vides, todo ello fuertemente arraigado ya en el modo de vida indígena, y que en general fue respetado, a pesar de los requerimientos de Popé. Con todo, la sublevación de los indios pueblo fue el más grave suceso acaecido en la historia colonial de México, e incluso de toda la trayectoria del Imperio español en América.

### Remedios y curativos

En el territorio de la frontera hubo notoria carencia de físicos y de medicinas, pero en cambio dispusieron de otra suerte de farmacia, la que brindaba la naturaleza. Los colonos españoles trajeron consigo todo un arsenal de plantas curativas, que se añadieron tanto a los cientos de hierbas usadas por los aztecas en México, como a las especies utilizadas por los indios de las praderas. Así, los indios pueblo, solo en el valle del río Grande, conocían las propiedades de hasta 180 plantas silvestres.

Hubo curadores empíricos del cuerpo y del espíritu. Los primeros aplicaban los conocimientos de la época sobre el cuerpo humano, que provenían de la sabiduría china y que están basados en los cuatro humores del cuerpo, relacionados con el cosmos: la sangre (aire), la flema (agua), la bilis negra (tierra) y la bilis amarilla (fuego). Los enfermos tenían presuntamente alterada la proporción de estos elementos, y se les suministraban alimentos para compensar las carencias, pues, del mismo modo que había enfermedades frías (catarros, asma) y calientes (fiebre, bilis), había alimentos calientes (chile, carne roja, leche) y fríos (limón, pepino, aguacate). Y junto a ellos se aplicaban remedios caseros, como ungüentos, emplastos, infusiones, aceites..., todo ello combinado con una gran pericia psicológica por parte de los curadores.

Había curadores de carácter generalista y prácticos especialistas, como los sobadores, que realizaban masajes; las parteras, ocupadas de los nacimientos; los hueseros, que componían las fracturas; los quiroprácticos, grandes conocedores de la anatomía humana, que practicaban a los viajeros, maltrechos tras largas jornadas, su célebre apretón de arriero; o los yerberos, expertos en las propiedades de cada planta.

Los curanderos, o las curanderas, podían ser de dos clases: la primera categoría, los que empleaban hierbas y ciertos rituales para sanar las dolencias de tipo físico; y la segunda era el curandero entero, cuyo repertorio incluía, además, remedios para las dolencias espirituales, que eran abundantes en la remota tierra de la frontera: el *mal de ojo*, una afección causada por alguien sobre otro; el *susto*, que ocasionaba que temporalmente el alma se escapara del cuerpo; el *espanto*, parecido al anterior, solo que este se producía cuando el paciente estaba dormido; el asombro, un susto de superior entidad que este. En todos estos casos, que producían verdaderas alteraciones en los pacientes, el curandero tenía que emplearse a fondo mediante complejos rituales y exorcismos.

El curanderismo, permitido por la ley, aún se practica en el suroeste de Estados Unidos, y ha dejado una larga estela de famosos sanadores: Pedrito

Jaramillo, Teresita, Niño Fidencio, muerto en 1938 y a cuyo pueblo de nacimiento, Espinazo, en México, siguen acudiendo peregrinos en busca de curación. Y si esto no basta, queda el recurso del santuario de Chimayó, en Nuevo México, lugar santo plagado de exvotos de dolientes que encontraron allí su curación.

## La Reconquista de Nuevo México

La Corona española había decidido continuar manteniendo Nuevo México, a pesar del lastre sobre el erario, por no desatender a los indios ya cristianizados. Ahora, por las mismas razones y por lavar esa mancha sobre el orgullo español, se impuso su reconquista, algo que el gobernador Otermín, acantonado en El Paso, creyó sería empresa fácil. Un año después de la huida de los españoles, un grupo al mando de Domínguez de Mendoza lo intentó sin éxito, pues los pueblo, aunque disuelta la precaria unidad que los llevó a la victoria, se reagruparon una vez que sintieron de nuevo la amenaza española.

Otermín fue reemplazado por un nuevo gobernador, Domingo de Cruzate, que analizó con más objetividad que su antecesor las verdaderas causas de la rebelión, entre ellas, los abusos en la exigencia de prestación económica o laboral a los indios, y los excesos de algunos oficiales y hasta del clero a la hora de imponer la religión. Popé había muerto al año, tras mostrarse implacable con todo rastro de la cultura española y tratar al mismo tiempo de gobernar despóticamente sobre sus súbditos. España recapacitó y asumió que debía respetar de mejor forma los derechos indios sobre las tierras y su religión, si es que deseaba recuperar la región.

Pero Cruzate no logró devolver la provincia al seno de la Corona, tarea que habría de corresponder a un noble madrileño, Diego de Vargas, doce años después de la pérdida del territorio. Lo primero que hizo fue asegurar el entorno de El Paso, continuamente amenazado por los apaches, y, cuando consolidó la base, se lanzó con doscientos soldados hacia el objetivo de Nuevo México.

Penetró profunda y temerariamente en el corazón enemigo, llegando a la propia capital, Santa Fe. Allí inició su estrategia, que tanto confundió a los indios. Hacía sonar pífanos y tambores, y, tras el rezo de plegarias en alta voz, hacía saber a los indios que no venía en son de paz, sino de guerra, y que, si de nuevo se declaraban vasallos de España, sus derechos serían respetados. La bravata surtió efecto, y una tras otra las aldeas de los pueblos fueron volviendo al redil español. Acercándose el invierno, regresó a El Paso con las nuevas, prometiendo volver con colonos el año

siguiente, mientras en la ciudad de México volteaban las campanas por el éxito.

La vuelta colonizadora no fue tan tranquila, y muchas de las tribus renegaron del vasallaje acordado, por lo que De Vargas hubo de emplear esta vez la fuerza. Pero la presencia española era ya un hecho. Poco a poco, los indios pueblo, que vieron mejor respetados sus derechos y sus tierras, se integraron progresivamente en la cultura española: en su religión, su lengua, sus costumbres, al tiempo que conservaban las propias.

De Vargas, cosa tan habitual, sufrió persecución por su sucesor en la gobernación, Rodríguez Cubero, pero fue reivindicado e incluso regresó a Nuevo México como gobernador y marqués de la Nava Braziñas, muriendo a los sesenta años en la tierra que había reconquistado.

### La emboscada a Villasur

Lentamente se fue hispanizando el territorio de Nuevo México, así como sus habitantes oriundos, los pueblo, pero nuevas amenazas se cernieron en el horizonte. De una parte la aparición de una tribu hasta entonces anclada en las Montañas Rocosas, los comanches, que se desplazaron hacia las llanuras sembrando tensión y violencia. Y, de otra, las crecientes noticias sobre la presencia de comerciantes franceses que, procedentes del área del Misisipi, se acercaban peligrosamente a Nuevo México y concertaban alianzas con otras tribus, como los jicarillas, los cuartelejos y los propios comanches.

La amenaza subió de tono cuando el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde, realizó una incursión de castigo contra los utes y los comanches en la región del Cuartelejo, al oeste de Kansas. Allí le confirmaron la constante progresión francesa hacia Nuevo México, donde ya llegaban clandestinamente sus artículos comerciales, más modernos que los españoles, y sus armas de fuego, pues, al contrario que España, que sabiamente tenía prohibida la venta de armas a los indios, Francia se las suministraba de modo generoso.

Ante tan alarmantes noticias, el virrey de Nueva España ordenó construir un presidio en el Cuartelejo para detener la intrusión francesa. A regañadientes, el gobernador Valverde, contrario a la medida por el extremo alejamiento de la zona, envió para ello a un grupo de soldados y aliados indios al mando de Pedro de Villasur, y donde militaba también un renegado francés pasado al bando

español, Jean L'Archeveque. Siguieron el rumbo del Noreste hasta adentrarse en la actual Nebraska, donde se suponía que los franceses se habían asentado entre los indios pawnee.

Al amanecer, y cuando estaban levantando el campamento, los españoles fueron atacados por los pawnee, y el encuentro produjo uno de los mayores desastres de la frontera. Murieron once indios pueblo y treinta y dos españoles, entre ellos, Villasur y L'Archeveque, sobreviviendo solo trece soldados. La estrategia del ataque pawnee hizo sospechar el concurso francés, pero nunca pudo probarse. Lo cierto es que la calamitosa expedición paralizó los deseos españoles de expansionarse hacia el Noreste. Poco después, las coyunturas de la política internacional borrarían a Francia del escenario norteamericano.

Pero la seguridad de Nuevo México no quedaría, empero, garantizada. Esta vez el informante fue Pedro Vial, otro francés españolizado, un representante más de la curiosa galería de personajes que proporcionó la frontera. Aventurero y andarín incansable, viajó miles de kilómetros casi en solitario por un territorio tan inseguro como aquel, entrando en contacto con toda clase de tribus y viviendo peligros y trances sin cuento. Abrió el camino de San Antonio a Santa Fe, y sus informaciones sirvieron al Gobierno español para comprender que los jóvenes Estados Unidos no se hallaban tan lejos de sus queridas y celosamente guardadas posesiones novohispanas.

### *La Pax Anza*

El antiguo comandante del presidio de Túbac, una vez que culminó la apertura de una ruta terrestre desde Sonora hasta California, más tarde trasladar por ella a una partida de colonos e instalarlos en Monterrey, y de fundar la semilla de lo que más adelante sería la ciudad de San Francisco, en recompensa a los méritos acumulados fue nombrado gobernador de la provincia de Nuevo México.

Juan Bautista de Anza había demostrado que era hombre práctico y resolutivo, y era palpable que no se iba a conformar con la mera posesión de un cargo. El mayor problema de los habitantes de Nuevo México era la inseguridad que provocaban los ataques indios, en especial, navajos, apaches y comanches, que mantenían en jaque a las posesiones y vidas de los colonos y de las propias tribus aliadas, los indios pueblo.

Anza estudió a fondo un problema que llevaba 150 años sin resolverse, por más que lo intentaran las sucesivas reformas del

sistema defensivo presidencial. Concluyó sutilmente que había de aplicar la táctica del divide y vencerás, lanzando a las tribus enemigas a combatir unas con otras, como medio para la pacificación del territorio.

Mas para eso había de obtener primero una resonante victoria, algo que llevara el desconcierto y el temor a las tribus hostiles. Primero se dedicó a disciplinar y adiestrar a sus propias tropas, que habían caído en el desánimo y la rutina en su lucha contra los indios: avanzaban levantando polvo, encendiendo hogueras, provocando ruido..., todo lo cual las hacía fácilmente detectables desde muy lejos por los finos sentidos de los indígenas.

Cuando sus soldados estuvieron preparados, se lanzó sobre el objetivo que se había fijado: el gran jefe comanche *Cuerno Verde*, el más prestigioso de la frontera, el que nunca había perdido una sola batalla. Su tropa avanzó de noche, sin aventar polvo visible, en silencio, con los cascos de los caballos forrados, sin encender hogueras. Partieron de Santa Fe y remontaron hacia el norte de la provincia, internándose en el sur de Colorado.

En una pequeña escaramuza lograron sorprender y capturar a una pequeña partida de comanches, quienes les indicaron la guarida secreta de Cuerno Verde y sus fuerzas. Sin perder tiempo se encaminaron allí, y se libró una refriega en la que los españoles aprovecharon el efecto sorpresa. Los comanches fueron vencidos y presentaron su rendición, y el propio Cuerno Verde murió en el curso de la batalla.

La derrota de Cuerno Verde causó una enorme conmoción en toda la frontera. Los comanches, desaparecido su principal jefe, decidieron pactar la paz con los españoles. A la vista de ello, los navajos, menos belicosos, acordaron también aliarse con los españoles.

Anza contaba pues con la alianza de los pueblos, los comanches y los navajos, y pudo poner en práctica la segunda parte de su estrategia: lanzar a todos ellos, más las tropas españolas, contra los más irreductibles y dañinos, los apaches. Estos, viéndose rodeados por todos los frentes, pidieron a su vez la paz.

Así fue como todas las tribus indias firmaron con los españoles la paz. Fue la *Pax Anza*, que duró hasta el final de la época española y que vino a demostrar, una vez más, el talento político y militar del gran genio de la frontera que fue Juan Bautista de Anza.

Nuevo México es una tierra especial, distinta, y eso es algo que se palpa desde que se entra en el núcleo urbano de su capital, Santa Fe. No es, desde luego, una ciudad típicamente norteamericana, pero tampoco parece una población española, como puedan serlo Cuzco, Quito u otras ciudades de Iberoamérica. Santa Fe es, sencillamente, distinta, y esa singularidad proviene en primer lugar de su arquitectura, con esa fábrica exterior de adobe que supo conjugar los elementos indios y los peninsulares, hasta conformar un estilo propio.

Nuevo México, la Nueva España del Norte, es, de lejos, la provincia más españolizada de los Estados Unidos. Lo fue siempre, desde que el alejamiento desmesurado de la ciudad de México y el aislamiento, solo aliviado por la caravana trianual que venía por el Camino Real de Tierra Adentro, hicieron a los colonos aferrarse con enorme vigor a sus raíces, ese cordón umbilical que fueron la Corona española y la madre patria, su tierra de origen. Los Romero, Gallegos, García, Ortiz, Ramírez, Ulibarri, Montoya, Baca, y tantos otros, llegaron a partir del siglo XVII y fundaron estirpes que han pervivido hasta hoy. Cada año, los descendientes de aquellos primeros pobladores, en las procesiones de San Isidro o Semana Santa, pasean orgullosos sus estandartes con los apellidos y escudos familiares.

Por eso los nuevomexicanos son los hispanos más cercanos a los españoles, y desde luego los que más hondamente viven ese sentimiento en todo el ámbito hispano, España incluida. Sin los recelos de otras gentes de Iberoamérica hacia la conquista; sin la indiferencia de los propios peninsulares hacia su historia. Orgullosos de su herencia, manteniendo intacto el legado cultural que les dejaron sus ancestros, luchando por que no se pierda en medio de la vorágine de una nación soberana ajena a la suya, con otras costumbres y otra cultura.

Santa Fe fue fundada por el segundo gobernador de Nuevo México, Pedro de Peralta, y es la segunda ciudad norteamericana más antigua tras San Agustín, y la primera en antigüedad entre todas las capitales estatales de Estados Unidos. Pero, además de eso, es la capital del estado con mayor caudal de herencia española de Norteamérica, y por ello será objeto especial de nuestro estudio, sugiriéndose a todo visitante que saboree un despacioso recorrido por el barrio histórico, contemplando ese muestrario de casas de adobe en el más puro estilo nuevomexicano, mezclado con muchos otros transeúntes, disfrutando con el simple pasear en un ambiente de pueblo, algo bien difícil en los Estados Unidos, con poblaciones de casas dispersas, donde apenas hay calles por las que caminar o, todo lo más, entre sobrecogedores rascacielos.



El recorrido nos hará desembocar obligadamente en la plaza, corazón palpitante de la vida ciudadana, escenario mayor de comunicación y encuentro de la población santafesina, un lugar apacible donde confluyen todos los caminos de Nuevo México y en cuyos bancos se sientan visitantes, paseantes, curiosos, desocupados, artistas...

El flanco principal de la plaza lo ocupa el Palacio de los Gobernadores, calificado, con esa afición norteamericana por los récords, como el edificio público más antiguo en uso continuo de los Estados Unidos. Su construcción se inició al tiempo de la fundación de la ciudad, y se trata de un edificio sobrio, con el estilo de las haciendas coloniales, con el patio ajardinado como pieza fundamental de distribución de las habitaciones.

El momento más crítico en la historia de este viejo palacio fue el de la revuelta de los indios pueblo, cuando los aterrorizados colonos de la provincia abandonaron sus ranchos y pueblos y vinieron a concentrarse en el refugio del palacio, bajo el mando del gobernador Antonio de Otermín. Los varios cientos de refugiados de aquella matanza de colonos pudieron escapar del palacio todos juntos en dirección a El Paso, sin que los indios se atrevieran a atacarlos en esa coyuntura.

En los soportales del palacio los indios pueblo instalan cada día sus tenderetes para los turistas, con joyas, brazaletes, abalorios y textiles. Y en el interior se ha creado un pequeño museo histórico, con objetos e información de todas las épocas. Si bien, dada la trascendencia de Santa Fe como capital del estado con mayor raigambre española, se percibe que la ciudad necesita un museo de más envergadura que recoja exhaustivamente el conjunto de ese legado.

Cerca de la plaza se alza la catedral de Santa Fe. El hecho de que esta no ocupe uno de los flancos de la plaza, como era preceptivo de acuerdo con las Ordenanzas de Felipe II, demuestra que la plaza era entonces mayor que ahora, pues en uno de sus costados estaría la iglesia, y posteriores construcciones redujeron su tamaño original. Pero tampoco la catedral de ahora es la de ayer. Esta fue mandada construir por el obispo francés Lamy, fiero enemigo de la tradición española de Nuevo México, y que llamaba a la antigua catedral «palacio de barro». Fue nombrado por la autoridad religiosa recién instalados los Estados Unidos en el área, y de seguido arremetió cuanto pudo contra las imágenes, las cofradías y el resto de las costumbres religiosas hispanas, tanto para congraciarse con los nuevos amos como por una simple manifestación más de la envidiosa y profunda inquina de Francia contra la deslumbrante expansión española en el Nuevo Mundo, que obsesionó durante tres

siglos a los regidores franceses. El caso es que Lamy hizo todo lo que pudo por destruir el legado español, lo que evidentemente no logró en modo alguno.

Para escarnio suyo, o de su alma, muy cerca de donde se halla su estatua en la entrada de la catedral, hay un magnífico homenaje a ese legado. La comunidad nuevomexicana ha instalado un bonito grupo escultórico en bronce, que reproduce la suma del aporte colonizador español. Es un monumento en varios niveles, en cuya parte superior aparece el componente humano: el soldado, el misionero y el colono, este representado por una familia. En los niveles inferiores, los ingredientes de la colonización: unos haces de trigo, frutos, cultivos de huerta, aperos agrícolas, una guitarra evocando la música, libros, las cabezas de un caballo y una mula, un cerdo, un gallo..., el muestrario completo de los materiales traídos por España al suroeste de Estados Unidos, y que cambiaron su fisonomía y el modo de vida del área.

Lo más significativo de la catedral es su interior, donde cuelgan las banderas española, mexicana y norteamericana, y donde además se venera la imagen de Nuestra Señora del Rosario, *la Conquistadora*, verdadero símbolo religioso de Nuevo México. Posee una rica historia, desde que a principios del siglo XVII fue traída desde Andalucía y emplazada en este lugar. Cuando los colonos hubieron de huir con precipitación tras la revuelta indígena, una mujer logró salvar la imagen llevándola apretada contra su cuerpo. Trece años después era repuesta por las tropas de don Diego de Vargas, y desde entonces ocupa su puesto a un lado del altar mayor, y se halla presente en cuantas procesiones y celebraciones religiosas tienen lugar en la capital de Nuevo México.

La estatua de la Virgen —a quien el ínclito Lamy rebautizó temporalmente como *Our Lady of Victory*— tiene sus propios custodios, la asociación de los Caballeros de Vargas. Cada mes de septiembre se conmemora la entrada que hizo don Diego para recuperar Santa Fe. Se celebran entonces las fiestas de la ciudad, y uno de sus actos principales es la reposición física de la imagen a su lugar en la catedral, siendo los Caballeros de Vargas los que tienen la comisión de escoltarla por las calles, reproduciendo el itinerario de don Diego.

Los Caballeros de Vargas, cuyos miembros descienden de los colonizadores españoles, mantienen una activa participación en todos los eventos de las fiestas de Santa Fe, que combinan lo religioso con lo civil y que se hallan imbuidas de hispanidad. Otra sociedad encargada de conservar las tradiciones españolas es la Sociedad Folklorista, compuesta por damas de la mejor sociedad local y muy activa en cuantas celebraciones organiza la comunidad

de origen español, que son muchas, pues los nuevomexicanos mantienen vivo el calendario festivo anual, heredado de sus ancestros peninsulares. Es costumbre que esta sociedad organice regularmente la *merienda*, en la que se sirve chocolate con bizcochos, y las mujeres se presentan ataviadas a la antigua usanza española.

Otra festividad que conviene presenciar es la de la Navidad, porque mantiene la esencia más antigua y tradicional española, la que podía verse años atrás en la Península ibérica, donde tantas viejas costumbres han decaído, aventadas por los tiempos nuevos. Aún se acude a la misa del gallo, se representan las *Posadas* o las *Pastorelas*, o la curiosa escenificación de los *Abuelos*. Y Santa Fe, como todas las ciudades mayores de Nuevo México, aparece cubierta por los farolitos, pequeñas bolsas de papel con una luz en su interior. La ortodoxia dice que esta luz ha de ser una vela asentada sobre un fondo de arena, pero la energía eléctrica ha venido a imponerse, aunque el efecto es el mismo: los *farolitos* encendidos cubren la ciudad, colgados de las ramas de los árboles, sobre el suelo de la plaza, en las aristas de los edificios..., adornándolo todo e imprimiendo a las Navidades una atmósfera mágica y maravillosa, como de cuento de hadas.

El recorrido por Santa Fe nos llevará ahora a otros puntos de interés. El primero, la misión de San Miguel, construida en 1610 y cuya capilla se conserva como «la más antigua iglesia cristiana en uso continuo en los Estados Unidos». Sus muros son los originales, pues solo la techumbre fue destruida por los indios pueblo en su célebre revuelta, en esa obsesión del jefe Popé por borrar todo rastro de huella española, ya fuera religiosa, material o cultural. Junto al altar se yergue la efigie de san Miguel, uno de los llamados *bultos*, y varios óleos de otros santos. En la sacristía reposa otra curiosidad, una campana traída de Andalucía en circunstancias ignoradas, pero cuya construcción, según reza una inscripción, se remonta nada menos que a 1356.

Enfrente de San Miguel se exhibe otra marca: la casa considerada más antigua en los Estados Unidos. Su fábrica original, de plancha de adobe, es incluso anterior a la llegada de los españoles, pues fue levantada por los indios pueblo hacia el siglo XIII, y luego reconstruida por aquellos con el más moderno ladrillo de adobe.

Antes de dejar Santa Fe, con sus muchos encantos, merece la pena visitar el entorno de su casco histórico, porque en él se conservan las mejores casas de la época española. Con su exterior semiamurallado —nunca se extinguió del todo el recelo de los colonos hacia una reedición de la revuelta india—, y sus sutiles

mecanismos para combatir el calor, heredados de Andalucía, otra tierra tórrida: el patio, los corredores, el enlosado, las plantas abundantes, la fuente..., todos ellos elementos enfriadores del ambiente. Y con tantos otros detalles, acusadamente hispánicos: las vigas, los artesonados, las rejas, los azulejos, el uso prolijo del hierro y la madera...

Santa Fe, en una de cuyas entradas por carretera, sobre un gran arco, se halla inscrita la expresión «tierra sagrada», será nuestra base de operaciones para examinar la huella española en el territorio. Siendo esta tan copiosa, no será posible expresarla en su totalidad. Sobre todo porque más allá de los edificios, las misiones o cualquier otro resto físico, Nuevo México y el sur de Colorado ofrecen continuamente un rastro vivo, el de la cultura hispana, ese que no es un mero esqueleto contra el que se puedan ensañar el sol, la lluvia, el viento o la nieve, hasta hacerlos desaparecer. A los ojos del viajero que recorre los páramos, valles y montañas de la antigua provincia de Nuevo México, la genuina huella española brotará por doquier: en una red de acequias; en una larguísima cerca de alambre de espinos sostenida por estacas de madera; en un grupo de vaqueros arreando una punta de reses; en un simple rebaño de ovejas; en una acogedora familia de apellido hispano que nos dice palabras como *asina* o *trujo*; en una pequeña población adornada porque está celebrando sus fiestas patronales; en una capilla católica que, junto a la *kiwa* indígena, preside un poblado indio; en una plaza rectangular dentro de un pueblo; en un poblado indio con nombre de santo católico; en una arboleda de manzanos... En todos esos detalles y en tantos otros, el viajero observador podrá ir reconociendo, una y otra vez, la verdadera huella española.

### Nuevo México

Fue desde el comienzo la provincia más hispanizada de cuantas componían el septentrión de la Nueva España, y no dejó de manifestar esa condición, afianzando los colonos sus raíces españolas como modo de defenderse contra el aislamiento y la hostilidad circundante.

Cuando sobre las posesiones españolas se cernían ya el independentismo mexicano por una parte, y la vecindad angloamericana por otra, Nuevo México se mantuvo firme en su lealtad a la Corona española, armando milicias locales que protegieran sus fronteras. Fue famosa la comisión que llevó a un rico hacendado, don Pedro Bautista Pino, a representar a la provincia de Nuevo México ante las Cortes de Cádiz. En la relación que presentó describe vívidamente los desvelos de los habitantes, que resisten sin un titubeo las tentadoras ofertas de los americanos por unirse a Luisiana, todo «por su constante adhesión en vivir unida a la Corona de Castilla». De poco sirvieron sus demandas de mayor atención («Don Pedro Pino fue, don

Pedro Pino vino», se decía con ironía en el área), pero el documento es todo un tratado de vinculación afectiva con la madre patria.

Nuevo México permaneció del lado de España en el proceso de la Independencia de México, y muy a su pesar hubieron de resignarse a la evidencia de la separación. La Independencia fue beneficiosa para el comercio, pues, al liberalizarse este, comenzaron a llegar masivamente las caravanas americanas de carretas desde Missouri, con productos finos y muy cotizados. Pero fue funesta por el desgobierno en que cayó la provincia, con gobernadores corruptos como el grueso Manuel Armijo (apodado *su obesidad*), que desencadenó una verdadera rebelión de los colonos.

Cuando Estados Unidos se hizo con estos territorios, una vez más a Nuevo México no le quedó otra opción que aceptar los hechos, por más que algunos fueran aborrecibles, como el proceso de apropiación de tierras, tanto hispanas como indias, por parte de una torva organización, la *Santa Fe Ring*, grupo de abogados e industriales americanos de Santa Fe, que organizaron una verdadera trama para hacerse con tierras ajenas, utilizando toda clase de prácticas. A tanto llegó el escándalo que el Gobierno de Washington comisionó a la zona a un inspector, quien informó que la avaricia de tierras había llevado a este grupo al engaño, el asesinato, el fraude electoral, la corrupción..., dejando flotando una atmósfera de pestilencia.

Quien no se resignó al despojo, esta vez moral, fue el padre Antonio José Martínez, de Taos. Cuando el obispo católico francés Lamy, tanto por ganarse la confianza de los nuevos amos americanos como, más probablemente, por ancestral odio francés a lo español, arremetió contra cualquier vestigio de cultura hispana, incluidas imágenes, pinturas, edificios, costumbres, Martínez se levantó contra él. Desde su imprenta combatió bravamente la postura de Lamy y costeó el envío de discípulos a la diócesis católica de Durango, a fin de que volvieran preparados para enfrentarse contra los nuevos vientos que amenazaban destruir la ancestral cultura. Fue excomulgado y sufrió persecución, pero su esfuerzo valió la pena, y hoy tiene un lugar de privilegio entre los preservadores de la cultura hispana.

Nuevo México ha demostrado firme lealtad hacia el país que lo acoge, Estados Unidos, y hacia sus propias raíces culturales y emocionales españolas. Acuden de voluntad los nuevomexicanos a enrolarse en las guerras exteriores de su país. Y por otra parte viajan de continuo a España, transmiten a sus hijos las tradiciones españolas, y las viejas familias exhiben orgullosas sus estandartes con los apellidos españoles, los que trajeron sus antepasados hace cuatrocientos años.

Para examinar el resto de la copiosa huella hispánica que encierra Nuevo México, seguiremos en dirección sur por la autopista 25, recorriendo en sentido inverso la ruta del Camino Real de Tierra Adentro. Desde el mismo inicio podrá comprobarse lo que es una constante ecológica de la antigua provincia: aunque el ecosistema del desierto se extiende en todos los sentidos cardinales, de modo intermitente aparecen ciertas depresiones, creadas a su paso por el río Grande y otros cursos fluviales. Estos valles, estrechos y cerrados, por obra del agua que fluye por ellos presentan un semblante por completo opuesto al de los adustos

páramos circundantes. En ellos no es el tono amarillento el que domina, sino el verde, derivado de las huertas, los pastos herbáceos, los frutales y las arboledas.

Fue precisamente en estos enclaves, preciosos oasis en el rescal del desierto, donde los colonos españoles pudieron establecerse, y mediante complejos tejidos de acequias fueron llevando el agua -y, con ella, la prosperidad- hasta la última de las suertes de tierra.

Por tal razón, la carretera que discurre a lo largo del río Grande nos permitirá contemplar el modelo colonizador de Nuevo México, concentrado en estas depresiones ecológicas donde se erigieron los pueblos y los campos de cultivo. En cualquiera de los núcleos que se distribuyen a lo largo de la ruta 25, como en Los Lunas, puede examinarse el conjunto del sistema de acequias, con su canal mayor o acequia madre, sus ramales secundarios y sus múltiples y muy sutiles artilugios para derivar y controlar el agua.

Esta ruta fue la que siguió el convoy colonizador de Juan de Oñate en su entrada, y también las caravanas que regularmente partían desde México para llevar suministros a los pueblos, ranchos y misiones del norte. Y por ello, no solo el camino se halla sembrado de pueblos con nombres españoles, sino que en todos hay fuertes remembranzas hispánicas: Isleta, que sirvió de refugio a toda la colonia española en su huida hacia el sur tras la revuelta india; Tomé, cerca del cual hay una colina que fue célebre en tiempos de las caravanas, porque desde su alto se contemplaba un larguísimo trecho del camino que restaba hasta la meta de Santa Fe; Mesilla, con su plaza fiel a los estrictos cánones de entonces: la planta rectangular, la iglesia en un costado, e incluso el quiosco de música en el centro; Doña Ana, Bernalillo, Belén, Las Cruces...

Socorro exige una atención especial, por varios motivos. Está situado a la salida de la temible *Jornada del Muerto*, cuyo solo nombre infundía pánico a los viajeros de las caravanas. Cien kilómetros sin agua ni sombra, bajo el impío sol del desierto, una prueba devastadora para hombres y animales. Cuando la expedición de Juan de Oñate superó esta barrera, fue cálidamente acogida por la comunidad india del lugar, que proporcionó a los viajeros agua y alimentos. El pueblo fue, pues, bautizado como Socorro, y desde entonces significó siempre el alivio de todos los viajeros, que llegaban extenuados tras la travesía del más severo de los tramos del Camino Real.

Debido a esta circunstancia, en las proximidades de Socorro se ha levantado un edificio que significa todo un homenaje a la leyenda del camino: el *Camino Real International Heritage Center*. Se trata de un museo dedicado al Camino Real de Tierra Adentro, inaugurado en el año 2005. El edificio es sorprendente, pues

simboliza un barco varado en el desierto, con su proa apuntando a la terrible Jornada del Muerto, una construcción que ya ha recibido varios galardones arquitectónicos.

El museo alberga un completo recordatorio de lo que fue el Camino Real, con piezas de la época, murales y explicaciones. Y con la reproducción de una de las carretas que hacían esta ruta entre México y Santa Fe, con sus 2500 km de distancia y seis meses de duración. La carreta es de dos ruedas, el modelo pequeño, pues además existían los enormes carromatos de cuatro ruedas, tirados por ocho bueyes. Resulta admirable no solo el edificio en sí, sino por lo que significa del creciente empeño norteamericano por rescatar sus precedentes históricos.

A lo largo de la ruta 25, el itinerario del Camino Real, atravesaremos varias poblaciones indias, que tuvieron su origen en las viejas misiones españolas. Se reconocen estas porque añaden a su nombre (muchas veces el de un santo), el término *pueblo*, y así, en el margen de las carreteras del estado, figuran San Felipe Pueblo, San Juan Pueblo, San Ildefonso Pueblo...

Todos estos núcleos, habitados hoy por los descendientes de los indios pueblo, conservan el embrión original, la iglesia de la misión. La presencia de estos poblados demuestra que funcionó correctamente el esquema previsto por la Corona española: las misiones habían de convertirse en pueblos autosuficientes, pasados unos años desde su fundación.

Pero, si hemos de elegir una iglesia misional para su visita, esa será la de San Agustín, en Isleta Pueblo. En el lateral de su gran plaza se alza la iglesia, cuyos muros se conservaron tras la rebelión indígena de 1680. Diego de Vargas ordenó su reconstrucción, y hoy, con su sencilla fachada de adobe encalada en blanco y la suavidad de sus contornos, es sin duda la más bella de las que jalonan este tramo del Camino Real.

La situación de la iglesia en un flanco de la plaza recuerda que esta no es otra cosa que el gran atrio de la capilla misional. De la misión desaparecieron sus almacenes, sus dependencias, las casas de los neófitos, quedando la iglesia con su atrio, hoy la plaza principal.

Otras misiones no lograron evolucionar hasta el nivel de pueblo, y por eso mismo también es interesante su visita. Tomando una desviación desde la carretera 25 hacia la 60, aparece el conjunto misional de Salinas, con las misiones de Abo y Gran Quivira. Pero no se trata de pueblos vivos, sino de edificios en ruinas, que por las razones que fueran no prosperaron hasta devenir en pueblos autónomos.

Ahora convendrá regresar a nuestra base de Santa Fe, para desde ahí abordar otras singladuras nuevomexicanas. Tomando hacia el

Oeste, por la autopista 40, y más tarde derivando ligeramente hacia el sur, se encuentran varios puntos de excepcional interés en el pasado español.

El primero es un poblado indio de gran renombre por los sucesos que allí tuvieron lugar. Se trata de Acoma, la llamada *ciudad del cielo*, asentada sobre un promontorio de más de cien metros de altura. La comunidad india del poblado ha aprovechado bien los turbulentos episodios de los enfrentamientos que tuvieron lugar entre indios y españoles y ha montado un gran tinglado turístico alrededor. Racimos de autobuses acuden diariamente a este singular enclave, y guías indios, descendientes de aquellos que vivieron aquí cuatrocientos años atrás, narran los sucesos. Lástima que no aludan al prodigioso salto que cuatro españoles dieron desde lo alto de la roca sin quedar muertos, y lamentable también que exageren y tergiversen la historia, como decir que las tropas españolas que vengaron la emboscada tendida en Acoma ascendían a dos mil hombres, toda vez que los efectivos militares de Juan de Oñate sumaban 129 hombres, y no todos fueron enviados a tomar represalias por los soldados muertos en la celada de Acoma.

El siguiente punto de nuestro interés se sitúa muy cerca del anterior, a unos treinta kilómetros por la carretera 53. Se trata de otro gran promontorio, El Morro, declarado monumento nacional y gestionado por el Servicio de Parques Nacionales. A la gigantesca roca debe la vida el cronista de la expedición, Gaspar Pérez de Villagrá, quien, a consecuencia de los graves acontecimientos del cerro de Acoma, a punto estuvo de caer en una emboscada que le tendió un centenar de indios. Picó espuelas a su caballo y durante días galopó perseguido por los nativos. Murió el caballo al abrirse el terreno en una sima, y Villagrá logró salir de ella trepando, continuando la huida a pie durante varios días más, sin comida y sobre todo sin agua, abrasado por la sed, a punto de que el implacable desierto lo acogiera definitivamente en sus brazos, como a tantos otros. Hasta que en la lejanía apareció el gran peñón de El Morro, y de una manera instintiva se dirigió a él. El propio Villagrá lo relata de esta manera:

Hasta que por gran suerte fui llegando  
al pie de unos peñascos levantados  
en cuyo asiento y puesto vi que estaba  
un apacible estanque de agua fría,  
sobre cuyos cristales casi ciego,  
apenas fui venciendo la gran furia,  
de la insaciable sed que me acababa.



También halló unos puñados de maíz, y ya repuesto pudo reencontrarse con el adelantado Juan de Oñate, quien también pasaría por el colosal promontorio, grabando en la roca su paso. Otros muchos exploradores y viajeros también dejarían registrada su huella, aprovechando un paraje que ofrece arbolado, sombra y agua, y los ratos de descanso los empleaban en añadir el testimonio de su paso en la blanda superficie caliza de la roca. De modo que El Morro, proa de un barco inmóvil en el desierto, cuajado en su base de inscripciones y leyendas, es una suerte de pétreo y silencioso notario del cruce de tantos viajeros y aventureros.

Sin dejar la carretera 53 llegaremos a un punto histórico crucial, porque allí tuvo su origen y su causa la penetración española en el suroeste de Estados Unidos, ese lugar que vislumbró con las doradas luces del atardecer del desierto el iluminado fray Marcos de Niza, creyendo que la aldea de Zuñi era una de las *Siete Ciudades de Cibola*. Regresó a México y contó que había visto una de las célebres ciudades de oro, causando la fiebre colonizadora española hacia el Norte.

Mas Zuñi era ayer un simple pueblo de casas de adobe, y hoy es una aldea destartalada que ni siquiera ha guardado la disposición original de los poblados indígenas de los indios pueblo, como sabiamente han hecho los de Taos o Acoma, que conservan su tradicional fisonomía de casas de adobe superpuestas, y hoy reciben el premio de poseer un tesoro turístico de primer orden. Zuñi, en cambio, se ha dejado llevar por las modas constructoras, y sus antiguos edificios han sido trocados por otros de planta y materiales actuales, perdiendo el atractivo poderoso que hubiera podido depararle el hecho de pasar por ser una de las *Siete Ciudades*, y de haber provocado su sola presencia la marea colonizadora de España hacia el Norte. Como único vestigio de las épocas pretéritas queda la misión, cuyo antiguo atrio es la plaza Mayor del pueblo. Lo demás, un poblado sin interés arquitectónico alguno, con ese revoltijo de automóviles desvencijados y cachivaches, tan frecuente en muchas poblaciones nativas.

Los escudriñadores de la herencia española, bajo ningún concepto, pueden dejar de rendir una visita al Rancho de las Golondrinas, a unos 15 km de Santa Fe por la autopista 25. Las Golondrinas era una escala del Camino Real, la última antes de llegar a la meta final de Santa Fe. En sus orígenes fue una hacienda, perteneciente a Miguel de Vega, uno de los que acompañaron a don Diego de Vargas en la reconquista de Nuevo México. Muchas de las haciendas ubicadas en el Camino Real disponían de hospedería aneja para los viajeros, y Golondrinas, en cuanto estación obligada, conoció el paso de personajes ilustres de la época, entre ellos, Juan

Bautista de Anza, a quien se dedica una placa conmemorativa de su estadía, cuando partía a la búsqueda de una ruta terrestre hacia Sonora.

A mediados del siglo XX, sus propietarios decidieron dedicar la hacienda a museo de la época española, y así fue como el rancho de las Golondrinas se convirtió en una suerte de salto en el tiempo, en un viaje al pasado español, muy especialmente cuando tienen lugar ciertas celebraciones especiales al cabo del año.

La propia estampa exterior del edificio nos permitirá percibir la dificultad de la vida en la frontera, cuando las haciendas eran verdaderas casas-fortaleza. El rancho lo es, con su torreón de vigilancia, con sus fachadas sólidas, con troneras más bien que ventanas, sin ofrecer flancos débiles al enemigo. Todo ello como defensa contra los ataques indios, que fueron muy frecuentes, y donde era vital disponer de un refugio seguro para hombres y ganados.

Las haciendas de entonces eran autosuficientes, y los campos anejos al Rancho ofrecen todo el repertorio de las producciones posibles: los cultivos de maíz, chile o trigo, regados mediante acequias; los corrales para el ganado menor, como ovejas y cerdos; los potreros para los caballos y los pastizales para el ganado mayor; los talleres para el secado de pieles o para el hilado de la lana; la herrería; la fabricación de velas de sebo o de cera de abejas; el molino de trigo movido por una corriente de agua. Incluso hay una morada para los Hermanos Penitentes y un pequeño camposanto.

Todas las dependencias del rancho se ponen en funcionamiento unos cuantos días al año, y entonces, gracias a la colaboración de voluntarios ataviados según la usanza rural española de la época, se riegan o se aran los campos, el molino produce harina, del horno brotan panes y bollos, se fabrican velas, se esquilan las ovejas, salen piezas elaboradas de la forja, los telares confeccionan mantas y vestidos, en una de las casas anejas se sirve una merienda con chocolate y pastas de anís... Es un retorno al pasado español más auténtico, el reencuentro con el tiempo perdido.

Dejamos ya el sector sur de Nuevo México, y de nuevo desde la base de Santa Fe acometemos los caminos del Norte, que ofrecen la mayor concentración de núcleos habitados por los indios pueblo, bien sea creados a partir de las misiones, bien como poblaciones preexistentes a la llegada de los españoles.

Cada uno de ellos posee peculiaridades de gran interés. San Juan fue voluntariamente desalojado por sus habitantes indígenas para dar acogida provisional a las huestes de Juan de Oñate, razón por la cual lo bautizó como San Juan de los Caballeros, designándolo además capital de la provincia, hasta su traslado a la cercana San

Gabriel, las ruinas de cuya misión aún se conservan. Más tarde, San Juan escribiría una importante página en la historia de la provincia, pues en él habitaba el caudillo de la revuelta de 1680, Popé, quien desde Taos organizó la rebelión con una gran meticulosidad.

Jemez, Santo Domingo, San Felipe, Santa Clara, Nambé y Abiquiu son otros pueblos de este interesante rosario de aldeas, donde podremos encontrar esa curiosa combinación de lo español y lo indígena: la iglesia cristiana junto a la *kiwa* india; la danza del búfalo junto a los matachines; la estructura jerárquica indígena al lado del gobernador del poblado, que conserva su bastón de mando, en reminiscencia netamente española. Elementos que no se han fusionado, sino que desde hace cuatrocientos años conviven juntos y marchan en paralelo, sin mezclarse en un mestizaje.

Otro excelso ejemplo de lo dicho se encuentra en Pecos, un conjunto misional no habitado, declarado *National Historical Monument*. El lugar, en la cabecera de un valle, al lado de un río y dominando una gran extensión, demuestra la estudiada ubicación de los recintos misionales que hacían los frailes antes de establecer una misión. Pecos, muy visitada por los turistas, conserva castigada por el tiempo la iglesia de adobe, cerca de la cual se emplaza la *kiwa* india, su morada religiosa. Como todas las *kiwas*, consiste en una cavidad subterránea, a la que se accede por una escalera de mano que comunica con el exterior. Los visitantes pueden bajar a la *kiwa* y contemplar la sencillez de su interior, generalmente una estancia circular con un pequeño altar. Es esta una de las pocas *kiwas* accesibles, pues en las demás poblaciones los indios tienen estrictamente prohibido penetrar en su santuario, y ni siquiera permiten acercarse a ellos.

Dentro de la cadena de pueblos misionales, si hay uno que merece un alto es San Ildefonso, situado en la reserva india del mismo nombre. Otros pueblos nativos han perdido su primitiva fisonomía, pero San Ildefonso la conserva: un conjunto de unas doscientas casas, que miran a una enorme plaza central de arena. Y esta vista nos trae a la memoria la imagen de la aldea de El Rocío, en el sur andaluz. Y es que el modelo de muchos pueblos rurales andaluces se exportó al suroeste de Estados Unidos: la parte noble de las casas, orientada a la plaza, y la trasera, formando una continuidad. En El Rocío, esa tapia posterior guardaba los corrales para el ganado. En los pueblos del Suroeste, la trasera de las casas se elevó para crear una fachada continua como defensa ante las tribus hostiles, como los apaches o los comanches, que atacaban tanto a los españoles como a los aliados de estos, los indios pueblo. San Ildefonso es una magnífica representación de ese modelo de pueblo defensivo, y su comparación con El Rocío, inevitable.

Otro núcleo de visita obligada es Taos, acaso el mejor ejemplo del modelo habitacional de los indios pueblo. Es una gran aldea de casas de adobe, con plantas superpuestas, llegando algunas a tener cinco pisos, siendo el acceso a los niveles superiores mediante escaleras de mano. Precisamente, la visión de estos poblados por los españoles fue lo que les hizo bautizar a estos grupos indígenas como *indios pueblo*, por la innegable semejanza con las aldeas peninsulares.

En el recorrido por el norte de Nuevo México haremos una parada en el *Oñate Monument*, en la localidad de Alcalde. Cuenta con un centro de visitantes y pretende divulgar en el área la presencia española, pero lo más destacado del conjunto es la soberbia estatua ecuestre del adelantado Juan de Oñate, mirando la lejanía del valle donde asentó a sus colonos.

Dice la leyenda que el constructor del santuario de Chimayó, don Bernardo Abeyta, hallándose muy enfermo, encontró en el paraje un crucifijo y, pocos días después, recobró la salud. Más tarde, tuvo una visión que le ordenaba cavar en un cierto punto. Así lo hizo, y del lugar manó una arena que no se agotaba por más que se extrajera. Y además, esa tierra, diluida en agua, tenía la virtud de curar.

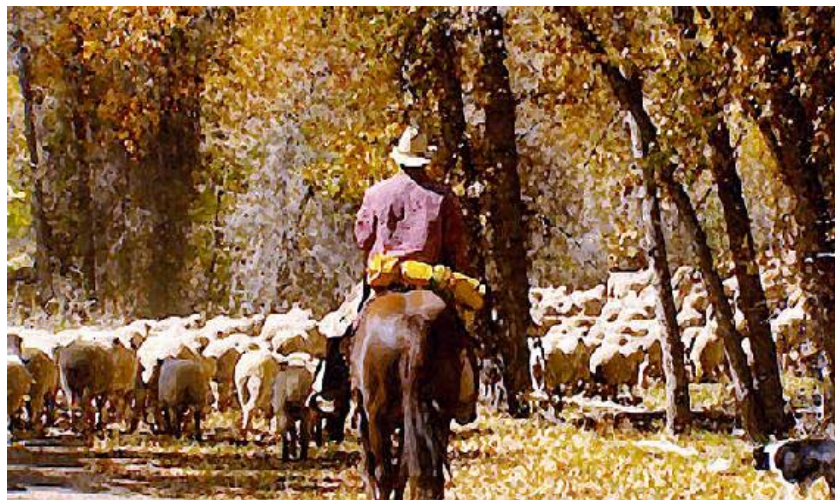
Esta clase de noticias es de las que causan sensación entre las gentes hispanas. El rumor se propagó como la pólvora, y poco tiempo después convergían gentes desde todas partes, convirtiéndose Chimayó en lugar de peregrinaje no solo de Nuevo México, sino de toda la comunidad hispana asentada en el Suroeste. El santuario, propiamente denominado santuario del Señor de Esquipulas, consta de una capilla y un recinto lateral. Este se halla plagado de exvotos colgados en la pared, las muletas y otros artilugios de quienes han curado sus merms con la visita, o gracias a la arena milagrosa. Esta se obtiene de un minúsculo pozo situado junto a la estancia anterior, y suele haber cola de fieles esperando su turno para coger la tierra.

Cada Semana Santa se celebra en Chimayó una procesión religiosa, y, una vez más, las cofradías y las familias hispanas acuden portando sus estandartes.



*Al esfuerzo de Juan de Oñate se debe el largo poblamiento español en el suroeste de los Estados Unidos.*

Hemos dejado para el final la mención a la estatua ecuestre erigida recientemente en El Paso, y originalmente dedicada al gran poblador y colonizador de Nuevo México que fue Juan de Oñate. Sin embargo, al pie de la inmensa escultura no figura su nombre, sino que se halla genéricamente dedicada a «El jinete». Una vergonzante claudicación de última hora ante el agresivo movimiento indigenista de los últimos tiempos en Estados Unidos, que está destruyendo las estatuas y remembranzas del pasado, particularmente el español, ignorando u olvidando que, gracias a la labor de esos colonizadores y misioneros españoles, que salvaron de la extinción a sus ancestros, las razas indias han sobrevivido en las áreas de ocupación española. En efecto, a la llegada de España a Inglaterra, había un millón de indios en los Estados Unidos. A su salida quedaban solo 500.000, todos ellos en las regiones colonizadas por España del oeste del Misisipi, contra apenas ninguno en las áreas inglesas. Más allá de opiniones y especulaciones, estos son los datos y la realidad de la labor de España y sus misioneros, que, merced a la capacitación de los indios en los oficios occidentales realizada en las misiones, lograron que sobrevivieran las razas indígenas hasta la actualidad.



*El cine de Hollywood presentó como producto norteamericano el modelo ganadero y ecuestre del Oeste, que procede íntegramente de las Marismas del Guadalquivir.*

# LA LUISIANA Y EL ENTORNO DEL MISISIPI

Hernando de Soto

Había nacido en Jerez de los Caballeros, Badajoz, en el año 1500, en el seno de una familia de linaje. Correspondiendo la hacienda al primogénito, como segundón buscó su fortuna en las Indias, embarcándose en la expedición de Pedrarias con catorce años y participando en la conquista de la América Central. Su gran hora llegaría cuando acompañó a Francisco Pizarro al Perú, donde fue protagonista destacado de la caída del gran Imperio inca.

Para entonces ya estaba considerado el mejor jinete de las Américas y era de probado valor, teniendo ocasión de demostrar ambas cualidades cuando se exhibió ante el emperador Atahualpa. Tras hacer corcovear lucidamente a su caballo provocando la admiración del Inca, arrancó en una galopada furiosa contra él, parando tan cerca que la espuma del caballo llegó a salpicar el rostro del emperador andino.

De Soto se opuso con vigor a la ejecución de Atahualpa, y fue destacado partícipe del reparto del tesoro incaico. Volvió a España veintiún años después de su marcha, pero ya rico y famoso, casando con doña Isabel de Bobadilla. Hubiera podido disfrutar de su gloria y fortuna hasta el fin de sus días, pero su inquietud conquistadora lo empujó a su cita final con el destino. No se conformaba con haber sido segundo, sino que quería para sí una gloria pareja a las de Cortés o Pizarro. Así fue que vendió su hacienda; logró del rey los títulos de Gobernador de Cuba, Capitán General y Adelantado de la Florida, y organizó una formidable expedición a la Florida,

reclutando un millar de hombres, atraídos por el conjuro de su nombre.

Durante los siguientes tres años, De Soto y sus hombres exploraron azarosamente diez de los actuales Estados Unidos de América, avistando y cruzando el majestuoso Misisipi, el *Padre de las Aguas*. Pero, aunque los buscaron con ahínco, no encontraron metales preciosos. No obstante, los había, y un solo yacimiento de oro o plata que hubiera aflorado entonces habría supuesto la inmediata y masiva afluencia de gentes procedentes de México, con la consiguiente colonización hispana de los actuales Estados Unidos.

De Soto era hombre «de buen aire, alegre de rostro, noble por todos cuatro costados», extraordinariamente valiente y de honrados sentimientos y conducta, como tantas veces pudo demostrar. Un adivino que ya había vaticinado con acierto otros sucesos le anunció que no llegaría a los cuarenta y dos años. Estaba a punto de cumplirlos cuando las fiebres acabaron con su vida, en aquellas tierras donde no encontró el oro y la nueva gloria que venía buscando. Sus soldados vaciaron un tronco de árbol, colocaron en él el cadáver y lo hicieron hundir para que reposara en el fondo del Misisipi.

### La expedición de De Soto

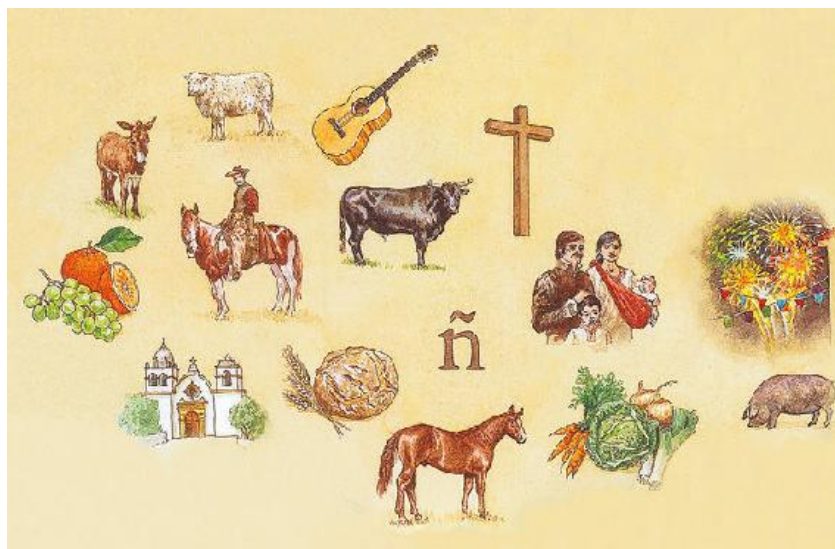
En abril de 1538 zarpaba de Sanlúcar de Barrameda la expedición de Hernando de Soto, que en su conjunto sumaría once barcos, mil hombres, sacerdotes y abundantes caballos, así como cerdos para provisión. Partía con el título de Adelantado de la Florida, un territorio inmenso que en la época se extendía desde el golfo de Pánuco hasta la actual bahía de Delaware. La flota demoró un año en Cuba, de donde también había sido designado Gobernador, y en mayo de 1539 arribaba a Tampa, a las playas de Bradenton, cuyo entorno los hombres comienzan a explorar.

En uno de los reconocimientos tuvieron un providencial encuentro, el español Juan Ortiz, de la expedición de Narváez, que había permanecido once años cautivo de los indios en condiciones muy penosas. El cacique lo sometía a continuos sufrimientos, y una de las veces lo colocó en una parrilla para asarlo, e *in extremis*, y con el cuerpo ya medio quemado, lograron salvarlo la esposa y las hijas del cacique, que incluso lo ayudaron a escapar para refugiarse en los dominios de un cacique rival y, desde luego, más humano. La aparición de Ortiz, que conocía las lenguas locales, fue considerada como una señal del favor divino hacia la empresa.



De Soto ordenó poner rumbo al Norte e inició su periplo. Entró en contacto con los nativos, que, sin llegar a formar una gran estructura como la azteca, se agrupaban en tribus dispersas englobadas en otras mayores llamadas *jefaturas*. Las noticias sobre la tierra lo llevaron, en primer lugar, hacia la región de Apalache, cuyo nombre también había atraído a Narváez. En el camino cruzaron tribus que manifestaron gran agresividad, atravesando zonas pantanosas, ríos crecidos y bajo lluvias torrenciales. Una y otra vez los guías indios trataban de confundirlos, encaminándolos hacia las ciénagas, o perdiéndolos en la espesura de los bosques, o, peor aún, dirigiéndolos hacia una emboscada, como aquel régulo Vitachuco, que fingió amistad para atraer a los forasteros a una muerte cierta a cargo de sus arqueros. Pero su añagaza fue descubierta a tiempo y los españoles lograron reducirlos. Todo ello hizo a De Soto desconfiar definitivamente de aquellas tribus y decir: «De estos indios solo creo lo que veo».

Las zonas montañosas siempre fueron prometedoras para los conquistadores, pues en ellas se escondían los ansiados minerales, pero Tallahassee, habitada por los apalaches, una de las jefaturas indias de la región, supuso una decepcionante sorpresa en tal sentido. En lugar de oro o plata, solo había campos de maíz y frijoles e indios hostiles. De Soto, mientras ordena que un barco vuelva a Cuba en busca de provisiones, decide pasar allí el duro invierno, en el poblado de Anhaica, que los indios habían abandonado y al que atacaron por dos veces en esos meses. Pero, a principios de la primavera, De Soto y sus hombres se hallaban listos para abordar la verdadera expedición por las tierras inéditas e inmensas del interior, al este del Misisipi.



## El origen español del dólar

Muy pocos norteamericanos saben que su moneda posee origen español. El llamado *real de a ocho*, o también *peso duro*, o simplemente *duro*, fue la moneda más importante del Imperio español y del mundo en su época. Su peso era de 27 gramos de plata y se acuñaba en la Ceca o Casa de la Moneda de México, procediendo el metal de los yacimientos mexicanos de Zacatecas o Guanajuato, y de las riquísimas minas de Potosí, en Bolivia, prácticamente una montaña maciza de plata, el mayor yacimiento argentífero que haya existido nunca.

En el reverso de la moneda figuraban las columnas de Hércules y el *plus ultra*, el lema de España. Las columnas representaban a Gibraltar y Ceuta, los dos peñones que delimitaron el final del mundo conocido hasta las postrimerías del siglo XV. Cuando el mítico Hércules ejecutó uno de sus famosos trabajos, el mundo terminaba ahí, era el *non terrae plus ultra*, pero España lo desbordó con una nueva extensión, y por eso Carlos I adoptó para sí y para España el lema de *plus ultra*.

El *real de a ocho* español fue la primera moneda universal. Las flotas de Indias remitían al continente europeo barcos con inmensas remesas de reales de a ocho, también llamados *taleros*, por su parecido con la moneda austríaca *thaler*, acuñada en Bohemia, también en el territorio imperial de Carlos V.

Estos navíos levantaban la codicia de los piratas del Caribe y el Atlántico, cuyo sueño era hacerse con el botín de un galeón español atiborrado de estas monedas. El último aflorado, el *Nuestra Señora de las Mercedes*, rescatado por la polémica compañía Odissey, transportaba 574.000 monedas de reales de a ocho, una verdadera fortuna.

Los reales de a ocho eran moneda circulante no solo en América, sino también en Asia. El famoso *Galeón de Manila* español, que hacía un trayecto anual entre México y Filipinas, los transportaba para cambiarlos por los productos exóticos del Oriente, como sedas, porcelanas o mantones de Manila, y la moneda española, aceptada y apreciada por los comerciantes de todo el mundo, llegaba así a muchos rincones del Asia. De hecho, los comerciantes chinos solo aceptaban la moneda de plata a trueque de sus mercancías.

Pero también circulaba la moneda española en las *Trece Colonias* británicas de América del Norte, mucho antes de que declararan su Independencia. Debido a la dificultad de las navegaciones, era mucho más fácil surtirse de los cercanos y acreditados reales de a ocho acuñados en México que de libras esterlinas inglesas, de modo que en las Trece Colonias la moneda española circulaba normalmente, y era conocida primero como *Spanish thaler*, pasando después a *Spanish daller* y, más tarde, a *Spanish dollar*.

Cuando llegó el momento de la emancipación de las colonias, los flamantes Estados Unidos se desligaron formalmente de la moneda británica y se vieron en la necesidad de acuñar moneda propia. Pero resultaba difícil introducir en el comercio un valor nuevo, y por ello se recurrió al que

entonces lo poseía en grado sumo en todo el mundo: el peso duro, la moneda española real de a ocho. Como se ha dicho, esta circulaba ya en las Trece Colonias como moneda de uso corriente. Había muchas de estas monedas en circulación y tenían la garantía de su prestigio y de su depurado contenido de plata, de modo que el real de a ocho de la monarquía española se convirtió en la base de la moneda de los Estados Unidos.

La paridad del dólar americano fue unida oficialmente a la moneda española, y el *Spanish dollar*, llamado así durante mucho tiempo, convivió durante largos años con el *dollar* americano. Ambas monedas, la americana y la española, circulaban por igual y con el mismo valor en los Estados Unidos, y por cierto que sus ciudadanos, siendo idéntico el valor nominal, preferían con mucho los duros españoles que los nuevos dólares americanos, porque los españoles tenían más prestigio y mayor contenido físico de plata. La moneda española estuvo vigente en Estados Unidos hasta el año 1857, cuando se prohibió su uso.

En cuanto al signo del dólar, el conocido \$, las barras (comúnmente se dibujan dos barras verticales y no una) provienen, según la opinión más extendida, de las dos columnas de Hércules de la pieza española, estilizadas. De hecho, cuando surgieron las primeras monedas acuñadas por Estados Unidos, se les denominó también *pillar-dollar*, por los dos pilares o columnas de Hércules. Y en cuanto a la S, según la versión más generalizada, se trata de una abreviatura de la palabra *peso*, como era llamado el real de a ocho, con la P y la S superpuestas.

En conclusión, que la archiconocida moneda estadounidense tiene su inequívoco origen en la vieja moneda española. Una contribución más de las muchas que legó España a Norteamérica.

## La cara y la cruz de la expedición: Cofitachequi y Mauvila

La ruta del norte lleva a De Soto y sus hombres a cruzar Georgia, penetrar en Carolina del Sur y después en Carolina del Norte. En la región de Cofitachequi tienen un inesperado encuentro. Unos indios traen en andas con dosel a su gobernante, una joven y elegante princesa de maneras dulces que cautivó a De Soto. Y que además no tuvo inconveniente en regalar a la expedición una inmensa cantidad de perlas de agua dulce, un botín que a la mayoría de los exploradores pareció suficiente y con el que hubieran puesto fin a la expedición.

Pero no era bastante para De Soto. Pasó una temporada disfrutando de la hospitalidad de la joven princesa y resistió incluso sus requerimientos amorosos, pues no quería ser infiel a su joven esposa Isabel. Y un día levantó el campamento y puso rumbo al Noroeste, para luego virar decididamente al Sur, adentrándose en el territorio de Alabama, donde los contactos con los nativos habrían de ser ciertamente menos placenteros.

Cerca del río Alabama habitaba el jefe de los Tuscaloosa, un hombre fornido y de aspecto imponente, quien desde el principio, a pesar de los regalos y manifestaciones de amistad que le hizo De Soto, no congenió con los españoles. Con el reclamo del oro los atrajo al corazón de su territorio, la ciudad empalizada de Mauvila (Mobila), donde, pese a las advertencias de Moscoso, segundo en el mando, penetró una partida de españoles con el propio De Soto, quedando el grueso de las tropas en el campo exterior.

La pequeña aldea parecía tranquila, pero extrañó a los españoles no ver mujeres ni niños, sino tan solo hombres en armas. De improviso, los indios, parapetados tras sus chozas, comenzaron a lanzar una lluvia de flechas sobre los españoles. La confusión fue enorme, los indios los cercaron por todas partes y a duras penas lograron salir de la mortal encerrona, dejando buen número de bajas. Pero De Soto no era alguien dispuesto a dejar una afrenta semejante sin escarmiento y, una vez reagrupadas sus fuerzas, volvió a la carga, incendiando el poblado y penetrando en él para librar una lucha aún más encarnizada y larga que la primera, bajo el calor insoportable de las llamas.

Tras nueve horas de feroz combate, los españoles ganaron la batalla, pero las pérdidas por ambos bandos fueron impresionantes: setenta españoles, dos mil indios, caballos, ropas, enseres, el baúl con las perlas... Esa noche los españoles, a falta de medicinas, tuvieron que curar a los heridos con unto del cuerpo de los indios muertos.

La batalla de Mauvila, considerada una de las más encarnizadas de todas las libradas por España en las Indias, afectó gravemente a la moral de los expedicionarios españoles, y casi todos se hubieran embarcado para Cuba, de haber sabido que los barcos con provisiones acababan de arribar a la costa. Una noticia que solo conoció De Soto a través del intérprete Ortiz, y que prefirió ocultar a sus hombres. Un regreso ahora hubiera significado un fracaso, y don Hernando no había empeñado su nombre y su fortuna para algo así. De modo que ordenó reemprender la marcha, a pesar de que en los barcos aguardaba su propia esposa, a la que nunca volvería a ver.

## El Padre de las Aguas

De Soto encara nuevos rumbos. Dejará atrás el Este, donde no ha encontrado más que problemas y escasos frutos, para abordar su gran periplo por el corazón de los actuales Estados Unidos. También

es otro su talante. Tras innumerables esfuerzos por atraerlos pacíficamente, ha podido verificar la hostilidad natural de los indios hacia la presencia española, y a partir de ahora responderá a la violencia con la violencia. Así se justificaría el Adelantado: «Yo pido a Dios que haga ver esta clase de seres a esos señores del Consejo de Indias, que siempre nos están dando instrucciones sobre el buen trato que hemos de dar a los indios, y después nos digan cómo se han de tratar».

Remontando el río Tombigbee, se dirige al norte y, acercándose el nuevo invierno, decide pasarlo en territorio de los chickasaw, en Chicaza, al norte del estado de Misisipi, donde la hueste sufre las bajísimas temperaturas, la nieve y la escasez de alimentos.

Finalizando el invierno, se enconan las relaciones con los nativos, con ocasión de robos mutuos de alimentos. Los indios atacan de noche, incendian el poblado y se reproduce la tragedia de Mauvila, con una mortandad incluso mayor, y hasta De Soto cae del caballo y a punto está de perecer.

El diezmado ejército sigue adelante, en dirección Oeste, y a unas cuantas jornadas se produce el avistamiento del gran río, el Misisipi, en cuya contemplación los hombres de De Soto no pierden empero el tiempo, sino que se aprestan a cruzarlo construyendo barcas, para asombro de los nativos que ven cómo pasan al otro lado hombres, caballos, ganados y equipos.

Los informes indígenas señalan que el oro se encuentra más al Oeste aún, y así De Soto y sus hombres continúan por ese rumbo, cruzando la raya del estado de Arkansas y asomándose a las grandes planicies, donde topan con inmensas manadas de bisontes. Los informes de Cabeza de Vaca habían señalado que las grandes praderas eran tierras improductivas, de modo que De Soto decide girar en redondo. En su máxima penetración, las tropas de De Soto y las de Vázquez de Coronado, que exploraba desde el Oeste, llegaron a estar a menos de 500 kilómetros de distancia.

A estas alturas, la moral es baja y el invierno está próximo, por lo que montan el campamento en Autiamque, un lugar de salutíferas aguas termales, donde los españoles traban amistad con las tribus locales e incluso los ayudan en sus conflictos con tribus rivales, que se saldan con un salvajismo que impresiona a los propios españoles.

Esa primavera De Soto hace balance. Llevan tres años de peregrinaje por territorios difíciles, pantanosos, fríos, lluviosos, siempre hostiles y, desde luego, carentes de riquezas metalíferas. Han perdido 250 hombres, entre ellos, al intérprete Juan Ortiz, y 150 caballos. Es hora de pensar no en el oro fácil, sino en la lenta pero sólida labor de colonización. Irán al Misisipi, construirán

barcos y pedirán a Cuba refuerzos para emprender la colonización efectiva, basada en la agricultura, la ganadería y las misiones. Pero la muerte del Adelantado vendrá a truncar todos estos planes.

## La muerte y el regreso

Los planes colonizadores de De Soto se van a venir abajo de modo definitivo. No van a ser una flecha ni una lanzada indias las que dobleguen al conquistador, sino la picadura de un simple mosquito. El 14 de mayo de 1542 percibe una pequeña calentura, que, lejos de disiparse, arrecia tres días después. De Soto comprende que ha contraído la malaria, y su estado se agrava con gran rapidez.

Presintiendo que la muerte está cerca, reúne a sus capitanes y nombra ante ellos sucesor a su lugarteniente, Luis de Moscoso. Luego desfilan ante el lecho todos sus hombres y uno por uno lo despiden con lágrimas en los ojos. El 21 de mayo, a punto de cumplir los cuarenta y dos años, fallece Hernando de Soto, sin haber conseguido culminar sus últimos sueños. Sus hombres lo entierran en secreto, porque la noticia de la desaparición del respetado jefe de los blancos comportaría graves riesgos para todos.

Pero los indios advierten que se ha desatado cierto nerviosismo en el campamento español, y la ausencia física del Adelantado los lleva a maliciar su muerte. Temiendo que los indios profanen la tumba, los soldados, con la mayor reserva, desentierran el cadáver y lo colocan con piedras y cadenas en un tronco ahuecado, que depositan en el Misisipi, donde se hunde lentamente. *El Padre de las Aguas* será, pues, su tumba definitiva.

Moscoso duda sobre proseguir la expedición o regresar a México, pero, después de tres años de peregrinaje y sin el aliento de De Soto, deciden volver. Lo hacen por tierra, dirigiéndose claramente hacia el Oeste, adentrándose profundamente en Tejas, hasta que la aridez del territorio, más la barrera del río Brazos, los hace desistir, dan media vuelta y retornan a las orillas del Misisipi.

Allí construyen siete embarcaciones y parten del lugar, rompiendo una barrera de centenares de canoas indias que tratan de exterminarlos, y aun los persiguen muchas leguas río abajo sin dejar de flecharlos. Durante diecisiete días navegan hasta la desembocadura del río, en el actual Nueva Orleans, y prosiguen costearo por el golfo de México.

Una tormenta desbarata la flotilla y han de ganar la costa a nado. Las últimas jornadas las hacen a pie, llegando a Pánuco, México, en estado calamitoso, afiebrados, desgredados y casi

desnudos. De los 1000 hombres que habían partido tres años atrás, llegan apenas 300. Una vez más, la tierra indómita de la Florida había consumido vidas y esfuerzos. Pero no había sido del todo inútil, pues se había explorado un vasto territorio, se había avistado el Misisipi, y manadas de cerdos salvajes y de caballos mestieños escapados de la expedición vagaban ya por los campos del este norteamericano, como semilla de la futura cabaña ganadera.

### Dos filosofías colonizadoras en Estados Unidos

Fueron dos modelos de concebir la colonización, el hispano y el británico, los que dejaron su huella en Norteamérica, y ambos fueron profundamente diferentes.

Los pioneros ingleses venían huyendo de las persecuciones religiosas y ansiaban iniciar una vida nueva lejos de sus orígenes. Los españoles no venían huyendo de nada, sino deseosos de una fortuna distinta. Los primeros viajaron con sus azadones y sus semillas, con la intención de poseer una parcela propia para cultivar y edificar una casa. Los españoles, lejos de eso, venían en pos de mitos y quimeras: las *Siete Ciudades de Cibola*, la *Gran Quivira*, la *Fuente de la Juventud*..., descubrimientos que de un golpe les dieran gloria y riquezas (*for God, Gold and Glory*). Y en tanto que los anglosajones venían a pie y desde el suelo solo veían el limitado espacio de su lote de tierra, y poco más podían recorrer, los españoles llegaron con sus caballos, sobre los cuales contemplaban inmensos y lejanos horizontes, a los que llegaban tras largas jornadas.

Los anglosajones venían a cultivar por sí mismos su parcela, los españoles pretendían que los indios trabajaran por ellos, que para laborar ellos mismos quedáranse en la pobre Castilla.

Fue precisamente todo lo concerniente a los indios lo que marcó las diferencias más profundas entre ambos modelos colonizadores. Los británicos, salvadas las iniciales declaraciones de buenas intenciones hacia los indios, una vez que proliferaron y fueron precisando más tierras cultivables, se las quitaron a los nativos y simplemente los desplazaron. La Corona española garantizó las tierras de los indios, y a la salida de España del territorio no habían sufrido sensibles pérdidas en sus posesiones.

Y es que, mientras España, a través de la Misión, diseñó un modelo que integraba al indio en la propia cultura hispana y en la religión, los británicos no consideraron que el indígena fuera merecedor de esa integración y no aplicaron esfuerzo alguno en ello. Y mientras España construía misiones, atraía a los indios a ellas, les enseñaba agricultura, ganadería, oficios, letras y artes, y mientras dedicaba ingentes esfuerzos, dinero y sangre de mártires en pos de esa integración del indio, e incluso se mestizaba con él, al este del Misisipi los indios eran continuamente despojados de sus tierras y de sus medios de subsistencia.

El resultado final de ambos modelos es evidente. En líneas generales, al oeste del Misisipi subsiste a grandes rasgos el modelo agroganadero implantado por los españoles, del que no hay muestras al Este. Pero sobre todo en el Suroeste, el escenario de la civilización hispana, los indios

## El Misisipi

El río Misisipi discurre entre el norte de Minnesota, en el lago Itasca, y el golfo de México, con una longitud de 3720 km<sup>2</sup>. Una gota de agua caída en Itasca tardaría una media de noventa días en alcanzar la desembocadura. En primavera, cuando se produce el deshielo en las cabeceras, su caudal se desborda, inundando grandes extensiones de terreno durante muchos días, como tendrían ocasión de comprobar los españoles en la última etapa de su estancia en estas tierras.

La cuenca del Misisipi ocupa un tercio del territorio de los Estados Unidos, siendo la tercera del mundo tras la del Amazonas y el Congo. Cuenta con veintitrés afluentes, y uno solo de ellos, el Missouri, en conjunción con el Misisipi, alcanza una longitud de 6800 km, la vía fluvial más larga del planeta.

El río drena el área comprendida entre las Montañas Rocosas y los montes Apalache, y cruza o contornea diez de los actuales estados de los Estados Unidos. Se halla dividido en tres zonas: el curso superior, el inferior y el delta de la desembocadura, una enorme superficie de 75.000 km<sup>2</sup> sobre la que se asienta la ciudad de Nueva Orleans.

Las tribus aborígenes lo llamaban Meschacebé, que significa «Padre de las Aguas». Aunque diversas fuentes atribuyen su descubrimiento europeo a diversos exploradores, no cabe duda de que su primer avistamiento corresponde al español Álvarez de Pineda, en su navegación de 1519 por la costa del golfo de México. Otros españoles que avistaron tempranamente el gran río fueron Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Hernando de Soto.

### Un científico en la gobernación de la Luisiana

Aunque España había explorado primero los territorios de Luisiana, una región mucho más grande que la del estado norteamericano actual, la vastedad de sus posesiones en América hizo que no pudiera atender la colonización en el este del Misisipi, permitiendo que Francia instalara allí una cabeza de puente de lo que pretendía ser su imperio norteamericano. A punto estuvo empero de dismantelar España ese embrión colonizador, pero la alianza



familiar que supuso la entronización en España de la dinastía borbónica permitió a Francia consolidar su colonia de Louisiana, bautizada así por La Salle en honor de Luis XIV.

A pesar de los intentos franceses, la colonia prosperaba poco y suponía un verdadero lastre para Francia, hasta que, mediante el Tratado de París de 1763, que puso fin a la Guerra de los Siete Años, Francia cede a perpetuidad a España la Luisiana. De esta forma, compensaba la ayuda recibida de España en la guerra contra Inglaterra y se libraba de paso de una penosa carga. España aceptó la cesión, con el fin de evitar su posible entrega a Gran Bretaña y establecer una barrera que protegiera sus potentes intereses mineros en Nueva España. No obstante, España enfrentaba graves conflictos en la recién adquirida provincia: el recelo de las tribus indias hacia el nuevo dueño; la presencia de agresivos comerciantes británicos en el Misisipi, nada proclives a la presencia española, y la existencia de una nutrida colonia de franceses, muy disgustados con el cambio de soberanía.

En 1766 llegaba el nuevo gobernador español, Antonio de Ulloa. Poseía una amplia acreditación como científico y técnico, ya que, junto con Jorge Juan, había participado en la expedición francesa dirigida por La Condamine para verificar las dimensiones de la Tierra, y además había descubierto el platino en el virreinato de Nueva Granada. Actualmente, era gobernador del distrito minero de Huancavelica, y fue elegido ahora para encargarse del gobierno de la recién cedida Luisiana.

Pero pocas veces, si no ninguna, un científico ha demostrado ser un buen administrador. De carácter retraído, no supo granjearse la amistad de los colonos franceses. Ni él ni su esposa asistían a las fiestas y recepciones de la colonia, lo que los residentes atribuían al desdén. Tampoco le fue suministrada por el Gobierno español una tropa propia, de modo que en buena medida dependía de la francesa, lo que limitaba su autoridad.

Traía instrucciones de no alterar en exceso el estado de cosas, pero sin duda se excedió en la prudencia. A su llegada no arrió la flor de lis ni izó la bandera española, permitiendo la continuidad de las estructuras administrativas francesas, incluido el llamado Consejo Superior, que entendía de cuestiones económicas en la colonia, de modo que el traspaso fue más formal que fáctico. Un grave error, propio de todo el que es ilustrado y humanista antes que político. Todo ello distanció al nuevo gobernador de los residentes franceses, quienes vieron que todo seguía igual que antes y que, en la práctica, el modelo francés continuaba vigente en la región. Y cuando llegó el decreto español que restringía el comercio libre, simplemente se negaron a aceptarlo, encendiéndose la chispa

de la rebelión.

## La rebelión francesa

La chispa fue el Decreto de Comercio Libre de Carlos III, que liberalizaba en buena medida el rígido monopolio comercial español del Nuevo Mundo, pero lo excepcionaba para Luisiana, que era sometida a rígidas restricciones. Se debía ello a que el modelo económico francés de Luisiana se basaba en pequeñas plantaciones y granjas, pero también en el contrabando clandestino de productos manufacturados franceses en las posesiones españolas vecinas. Algo que trató de cortar el decreto y que los residentes franceses protestaron inútilmente, pasando entonces a la acción.

En el verano de 1768 comenzaron los movimientos conspiratorios contra la gobernación española y contra el propio Ulloa, de los que este fue informado, sin que tomara medida alguna para atajarlos. Así las cosas, el malestar fue creciendo sin oposición española, hasta que un día los conspiradores, tras reunirse y beber en demasía, perturbaron el orden, lo que dio motivo a que las milicias, aún en manos francesas, tomaran las calles. El Consejo Superior invitó a Ulloa a abandonar la provincia, y varios delegados viajaron a Francia para demandar formalmente la vuelta a la gobernación francesa y la libertad de comercio, arguyendo que en realidad España nunca había tomado posesión real de la colonia, lo que en buena medida era cierto. En París, ni siquiera fueron recibidos por las autoridades francesas.

Mientras, Ulloa, sin siquiera intentar oponer resistencia alguna, ordenó a las escasas tropas españolas salir de sus fuertes y trasladarse a La Habana, y él mismo lo hizo en el barco *César*, poniendo rumbo a La Habana el 1 de noviembre. El régimen español de Luisiana había sido depuesto y la oligarquía francesa se había salido con la suya. Poco les duraría la alegría.

## O'Reilly, *manu militari*

Tras la salida de Ulloa y de los soldados españoles, la Luisiana volvía a manos de la oligarquía local francesa, representada por el Consejo Superior. Acaso habían olvidado que España era un Imperio, y que en cuanto tal no iba a tolerar semejante desenlace por mucho tiempo. El Gobierno nombró a una persona para

restaurar la situación, y lo que hacía falta ahora no era un técnico, ni siquiera un político, sino un militar enérgico. Y ese fue el general Alejandro O'Reilly, acreditado en otras empresas, nombrado por el Gobierno de Carlos III para poner orden en Luisiana.

Llegó a La Habana el 24 de junio de 1769, y en el sorprendente plazo de diez días logró organizar una flota de 21 barcos, para transportar a los 2056 soldados españoles, además de fondos y mercancías con destino a Luisiana. El 20 de julio arriba a la desembocadura del Misisipi, lo que notifica a Aubrey para que comparezca a su presencia. Lo hace este, y poco después acude también una comisión de líderes franceses, quienes manifiestan su respeto al rey Carlos III, aunque reproducen sus quejas sobre Ulloa y el restrictivo Decreto de Comercio. O'Reilly se limita a escucharlos y los despacha de vuelta a Nueva Orleans, anunciando una investigación sobre la rebelión acaecida meses antes. Y poco después ordena su arresto, a la espera del resultado de las pesquisas.

En la noche del 18 de agosto, varios cañonazos alertan a la dormida población de Nueva Orleans, anunciadores de que acaba de llegar el general español O'Reilly. A las 5:30 horas se inicia la ceremonia de toma de posesión de la ciudad, y los soldados españoles ocupan las esquinas de la plaza Mayor o de Armas. Ante el general y los residentes convocados al efecto, y entre salvas de cañón disparadas desde mar y tierra, se arría la bandera francesa y se iza la española, se canta un *Te Deum* en la iglesia y se conmina a los notables de nueva Orleans a que firmen un documento de adhesión a Carlos III, bajo promesa de amnistía para ellos. La cual no alcanza por supuesto a los cabecillas de la revuelta presos; la mayor parte, miembros del Consejo Superior. Seis serán fusilados al término de la investigación, y otros diez, condenados a trabajos forzosos y privados de sus propiedades. El orden español había quedado repuesto en la Luisiana.

Se suprime el Consejo Superior, modelo francés, y se instala un Cabildo al modo español. Se instaura la vigencia de las Leyes de Indias españolas, así como del Decreto de Comercio para Luisiana.

Todo esto lo ejecuta O'Reilly, en el plazo de seis meses, tras lo cual da por cumplido su mandato; coloca en la gobernación a Luis de Unzaga, nombrado al efecto por el Gobierno, y que había viajado con el general, y regresa a España, dando cuenta de su misión a Carlos III, que aprueba sus medidas, y lo recompensa por sus excelentes servicios. La Luisiana había vuelto a manos españolas.

O'Reilly dejó instalado como segundo gobernador de la Luisiana española a Luis de Unzaga y Amézaga, malagueño de cuarenta y ocho años y considerado hombre sereno y templado, idóneo para suavizar las aguas revueltas dejadas por el impetuoso O'Reilly y mejorar las maltrechas relaciones con la oligarquía francesa.

Los primeros años de Unzaga no fueron empero propicios para la gobernación, debido a la depresión económica, causada en buena medida por el Decreto de Comercio de 1768, que restringía los intercambios de Luisiana estrictamente a España y La Habana, aunque el Cabildo insistió varias veces en introducir una mayor liberalización. Por ello, la navegación de barcos ingleses por el Misisipi se redujo a mínimos, a lo que contribuyó la crisis diplomática de las Malvinas, uno de tantos conflictos de España con su inveterada enemiga Inglaterra.

La asunción temporal del poder en la Florida por Inglaterra vino no obstante a levantar la depauperada economía de Luisiana, ya que muchos súbditos ingleses se asentaron en la ribera occidental del Misisipi, desde Manchac a Natchez, lo que incrementó radicalmente el cabotaje por el río. Unzaga aplicó en cierto modo respecto al Decreto de Comercio el lema español del «Se acata pero no se cumple», juzgando que era preferible cierta tolerancia liberalizadora antes que el cierre radical al comercio por el río, de modo que este sufrió un cambio notable, e incluso antiguos franceses que habían abandonado la colonia volvieron a la Luisiana.

Unzaga gobernó con prudencia, mejorando las relaciones con los franceses, rotas tras las ríspidas medidas de O'Reilly, y también con las tribus indias de la zona, cada vez con mayor presencia comercial, agasajando a los caciques con regalos de diversa importancia según el rango. Tuvo también que mediar entre dos ramas de capuchinos, la francesa de Dagobert y la española del padre Cirilo de Barcelona, ambos con pretensiones al vicariato del obispado de La Habana. El español acusaba a los franceses de dejación en el seguimiento de la regla, y de estar entregados a la molicie y el boato, un conflicto que alcanzó y dividió a la población, y que no se resolvió hasta la salida de Dagobert de la provincia en 1776.

Para entonces ya estaba a las puertas la guerra de Independencia de las Trece Colonias contra Inglaterra, hecho que mucho preocupaba en la corte de Carlos III, por lo que Unzaga recibió la orden de despachar agentes a las colonias, que informaran debidamente de la situación. Esta red de espionaje, pues no era otra cosa, fue perfeccionada por quien sería gobernador de Luisiana al

tiempo de la guerra, otro malagueño llamado a hacer historia, de nombre Bernardo de Gálvez.

### El barón de Carondelet

Tras la guerra que puso fin a la dominación inglesa en las Trece Colonias y produjo el nacimiento de los Estados Unidos, la Luisiana española se convirtió en una nave batida por un vendaval de problemas políticos, económicos, sociológicos y territoriales.

El principal de ellos, el Misisipi. En el tratado que puso fin a la guerra, entre estados Inglaterra y Estados Unidos, se deslizó un regalo envenenado para España: el libre tránsito de la navegación por el río.

Pero el Misisipi no era libre, sino de soberanía española en sus dos márgenes, una vez que la campaña de Gálvez había desplazado a los ingleses de la margen izquierda y dejado en manos españolas ambas riberas. Y España no estaba dispuesta a tolerar la libre navegación y el libre comercio, sino que exigía el sometimiento a su autoridad y sus dictados, que excluían la libertad comercial e imponían el monopolio español.

Y esto era algo que exasperaba a los colonos norteamericanos, de vocación comercial insaciable, que no comprendían las restricciones españolas sobre un río que de hecho consideraban suyo, o al menos libre. Estos colonos desconfiaban de su Gobierno y pretendían resolver las cosas por sí solos, ya que George Washington parecía no tener demasiado interés en el Misisipi, o tal vez no quería mostrarse desagradecido hacia una España que de tal modo le había ayudado en su lucha emancipadora. Pero los particulares no compartían tal sentimiento y alentaban movimientos incluso de invasión de Luisiana. (Así, una conjura promovida por Powell, el coronel Tate y el español Farragut, popular héroe de la guerra de Independencia norteamericana, quienes tramaron un plan para apoderarse de Luisiana, plan que delató un arrepentido Powell, y que desmontaron las autoridades españolas). Esta iniciativa no tuvo éxito, pero sí otra que logró desalojar de hecho a España de Natchez.

Así pues, los sucesivos gobernadores españoles Miró, Carondelet y Gayoso hubieron de navegar en medio de ese flujo de corrientes contrarias y turbulentas en que se había convertido la Luisiana. El barón de Carondelet ordenó como primera instancia fortificar la zona, levantando los puestos de Nuevo Madrid, Los Nogales y San Fernando de las Barrancas. Trazó urdimbres políticas, como la de

utilizar en su favor a un oscuro personaje, Wilkinson, dispuesto a venderse al mejor postor, con quien diseñó el plan de atraer a España a la región de Kentucky, interesada más que ninguna otra en el Misisipi, por ser la salida natural de sus productos, anexión que, de no haber sido por la doblez de Wilkinson, acaso se hubiera producido, cambiando la historia de la presencia española en la región.

Carondelet fue clarividente al examinar la situación y diseñar soluciones, porque veía en la Luisiana un dique de contención al expansionismo estadounidense. Atrajo a su lado a las tribus indias, impulsando una confederación de ellas, ya que a estas alturas los indios ya se habían percatado del talante real de los angloamericanos, y, si en un principio se sintieron atraídos hacia ellos, deslumbrados por la calidad de sus manufacturas, pronto vieron que lo único que les interesaba era despojarlos de sus tierras, así que se acercaron a la mucho más fiable y menos depredadora España.

De modo que, bajo las sabias pautas de Carondelet, las cosas en Luisiana parecían discurrir favorablemente para España en muchos aspectos, y hubiérase producido incluso la anexión de Kentucky, de no haber sido por la ceguera incomprensible del Gobierno de Madrid, manejado por Godoy, quien, sin el menor interés por la Luisiana, la utilizaba como simple moneda de cambio en su política europea, antes que como factor estabilizador de la frontera española en América del Norte. Y así ocurrió que, cuando Carondelet atisbaba ya la conclusión exitosa de sus sabios planteamientos y políticas, llegó la fatal noticia de la firma del Tratado de San Lorenzo, que vino a cambiar por completo el escenario.

## El Tratado de San Lorenzo de El Escorial

Los esfuerzos de los gobernadores Carondelet y Gayoso de Lemos habían estado dirigidos por el temor a la expansión norteamericana, que podía poner en peligro no solo sus posesiones de Luisiana y Florida, sino las del otro lado del río, las del Suroeste, como Nuevo México, Texas y Arizona, frontera del nervio imperial y económico español, la Nueva España.

El recelo español era fundado, toda vez que Inglaterra y Estados Unidos estaban recomponiendo sus maltrechas relaciones tras la guerra de Independencia, tal como había preconizado el clarividente conde de Aranda. De hecho, ambas naciones habían firmado un tratado del que pudiera surgir una invasión conjunta

contra la Luisiana española. De ahí los intentos por atraerse a España a Kentucky, sirviéndose al efecto del oscuro Wilkinson, a fin de formar una frontera estable que sirviera de freno al incontenible expansionismo norteamericano por todos los frentes.

Pero el Tratado de Paz, Amistad, Límites y Navegación, firmado el 27 de octubre de 1795 en San Lorenzo de El Escorial entre España y Estados Unidos, arrumbó el proyecto madurado con tanto cuidado por los gobernadores de Luisiana. Además de rebajar en contra de España las fronteras de Florida, quedando en manos norteamericanas todo el distrito de Natchez, sobre cualquier otra cosa el tratado establecía la libre navegación por el Misisipi, el empeño esencial del Gobierno norteamericano y de sus colonos instalados en los contornos del río. El Gobierno español ordenó además suspender cualquier acción hostil contra Estados Unidos, lo que sirvió a este país para comerciar sin cortapisas, pues hasta entonces, aunque de facto la navegación era bastante libre, jurídicamente regían las prohibiciones españolas, que podían aplicarse en cualquier momento, como a veces ocurrió.

¿Y qué obtuvo España a cambio de semejantes concesiones, a cambio de autorizar la libertad de movimientos por la zona de los súbditos norteamericanos? He aquí lo que dijo Henry Adams al respecto del Tratado de San Lorenzo:

El Tratado de 1795, uno de los más ventajosos que hayan firmado los Estados Unidos, no recibió de la opinión norteamericana el alto crédito que merecía. A España no se le otorgó el menor reconocimiento por las concesiones que otorgaba. Se entendía unánimemente que carecía de medios para oponerse a cualquier exigencia de los Estados Unidos.

Como ha señalado Armillas Vicente, «dejar a los norteamericanos en plena libertad de acción en las colonias españolas, había de traer las más graves consecuencias políticas y económicas».

### La confusa frontera y el problema indio

La región de las Floridas y Luisiana al tiempo de la independencia de Estados Unidos se convirtió en un confuso territorio fronterizo donde se movían múltiples intereses, todos encontrados, como los de los nuevos colonos americanos, en crecimiento explosivo y a quienes solo importaba hacerse con tierras y ejercer libremente el

comercio por el Misisipi, cerrado por España; el Gobierno de los Estados Unidos, que ambicionaba expansionarse a costa de los territorios españoles; el de Inglaterra, que quería recuperar poder político y económico sobre la zona; los indios, que habían apostado por Estados Unidos como nuevo soberano y ahora veían cómo les despojaban de sus tierras, y una turbamulta de aventureros sin escrúpulos, que querían sacar provecho de la confusión.

En ese mar de aguas revueltas, las autoridades locales españolas navegaron con admirables prudencia y sagacidad, mal correspondidas por el Gobierno nacional, para el que tales problemas estaban muy alejados de sus prioridades, entre ellas, la emancipación de la América española. Aun así, una vez que España recuperó de manos de Inglaterra la Florida, supo gobernar el timón de una nave que hacía aguas por todas partes, y administrar aquella remota provincia con sabiduría y cordura durante diez años más.

Las razas indias fueron las que más desconcertadas habían quedado tras el cambio del tablero político en el sudeste de Norteamérica. Deslumbrados por los nuevos productos manufacturados de los estadounidenses, no acertaron a ver que tras los regalos se escondía la codicia de sus tierras inmemoriales, esas que las Leyes de Indias españolas les habían respetado íntegramente. Por ello, cuando contemplaron la naturaleza agresiva de los nuevos colonos, volvieron los ojos a España y sus leyes.

Los gobernantes y funcionarios españoles, con la intermediación de un mestizo llamado Alexander McGillivray, que se había hecho con el control de los creek y tenía ascendencia sobre las demás razas, negociaron un tratado con los creek, los chocktaw, chickasaw, seminolas y cherokees, un total de 45.000 indios, por el que aceptaron la protección española en forma de regalos y armas, para resistir el avance norteamericano. Esta alianza otorgaba a España una barrera protectora frente a tal irrefrenable ímpetu, para lo cual incluso comisionó a McGillivray para que sirviera de puente con Estados Unidos, con la misión de firmar un acuerdo que estableciera de modo definitivo las fronteras respectivas y llevara la estabilidad a un territorio convulso en todos los sentidos. Si bien pronto se demostró que McGillivray no era de fiar, pues negoció no solo con Estados Unidos y con España, sino también con Inglaterra, siendo probable que sacara beneficios económicos de las tres partes, pues al fin y al cabo solo trabajaba para sí mismo.

Han quedado olvidados los nombres de los excelentes gobernadores y gestores españoles de aquellas remotas provincias, que supieron gobernar la nave de una España que se desmoronaba, en un territorio sumido en el caos. Los Zéspedes, Carondelet, Miró, Gayoso... supieron mantener el nombre de España con dignidad y



prudencia en unos tiempos tan turbulentos, y quede por tanto aquí el testimonio de sus nombres y su buen hacer.

## Canarios en Luisiana

La Corona de Castilla decidió en el siglo XVIII que las islas Canarias, por su mayor cercanía al Nuevo Mundo, constituían una plataforma idónea para repoblar las Américas con españoles, y varios miles de canarios respondieron a la llamada, dejando su sangre en muchas regiones, de modo especial en el Caribe y en los Estados Unidos.

El promotor del poblamiento en la Luisiana española fue su joven y clarividente gobernador Bernardo de Gálvez, héroe de la ayuda de España a la independencia de los Estados Unidos. Entre 1779 y 1783 promovió la venida a Luisiana de familias canarias, que se establecieron en las tierras del delta del Misisipi, fundando, entre otras, la población de San Bernardo, dedicados inicialmente a la pesca y a la agricultura.

La depauperada situación de la economía canaria de la época favoreció la emigración. El declive del sector vitivinícola, más los incentivos materiales y morales ofrecidos a los canarios que quisieran enrolarse, motivó que hasta 700 hombres se alistaran en el batallón de Luisiana que se estaba formando por orden del rey. Viajaban con sus familias, y la idea original era que este núcleo de soldados se transformaran en colonos permanentes, lo que así ocurrió. Del alistamiento solo quedaban excluidos «mulatos, gitanos, verdugos, carniceros o castigados por la justicia».

El aporte mayor provino de la isla de Gran Canaria, así como de la isla de La Gomera, mantenida bajo esquemas cuasifeudales por la familia Peraza desde los primeros tiempos de la colonización de Canarias, lo que provocó la situación de penuria económica permanente de los gomeros, siempre privados del acceso a la propiedad de la tierra. Pasar a ser dueños de un fundo en América se convirtió en un señuelo irresistible para muchos gomeros.

La huella de aquellos pioneros canarios ha quedado impresa de modo indeleble en la Luisiana de hoy. No solo en la nomenclatura de pueblos y lugares como San Bernardo, sino en la ganadería, que trajeron los tinerfeños, en muchos apellidos de los habitantes de hoy, los de sus ancestros canarios, o en las costumbres y fiestas que todavía hoy celebran los descendientes de aquellos pobladores que llegaron a Luisiana hace más de dos siglos, y que orgullosamente proclaman su origen canario.

*Panzacola* era un nombre nativo que significaba «gente de pelo largo», por el cabello que usaban los indios que poblaban el área de la que fue considerada la mejor bahía del golfo de México.

Tristán de Luna había fundado Pensacola en 1559, en el curso de una expedición colonizadora que arribó henchida de esperanzas y terminó con un fracaso sin paliativos, con un Luna sumido en la depresión y a quien nadie obedecía ya, y unos colonos decepcionados y faltos de moral. La llegada de Ángel Villafañe para relevar a Tristán de Luna solo sirvió para prolongar unos meses la agonía de unos colonos que solo ansiaban el momento de ser repatriados a Cuba, lo que se produjo finalmente.

Pensacola quedó sumida en el abandono, y durante los siguientes 125 años España se olvidó de la zona. Y si despertó fue porque llegaron a España noticias de que Francia estaba preparando una expedición para establecerse en la bahía. Rumores así eran los que disparaban el celo colonizador de España, que consideraba toda la América del Norte de dominio propio, exclusivo y excluyente, y que ya en el siglo anterior había expulsado sin miramientos a los franceses cuando trataron de asentarse con la fundación de *Fort Caroline*, intento expeditivamente sofocado por Pedro Menéndez de Avilés y que alejó a Francia por un siglo del continente americano.

Ahora, corriendo el último tercio del siglo XVII, los rumores apuntaban a que Robert Cavalier, *sieur* de La Salle, había costeadado un viaje de exploración del golfo de México, reclamando el territorio para Francia y proponiendo a sus superiores la estrategia de utilizar a los indios contra España.

Pasaron tres años hasta que La Salle, tras volver a Francia, obtuvo el beneplácito de las autoridades francesas, regresando al Golfo para establecerse en algún lugar de la desembocadura del Misisipi, pero el laberinto de canales que confluyen en estas partes lo desorientó, recalando finalmente en la bahía de Matagorda, en Tejas, donde fundó su colonia.

El hecho, como no podía ser de otra forma, conmocionó a las autoridades del virreinato de Nueva España, y se llegaron a despachar hasta once expediciones para localizar el asentamiento francés. Todas sin éxito, y llegó a pensarse que el rumor era una mera fantasía y que La Salle era un personaje imaginario, hasta que se descubrió la verdad: La Salle había sido asesinado por sus propios compañeros, que luego se desperdigaron o murieron a manos de los indios, mientras estos se habían encargado de destruir la naciente colonia.

Pero España ya hacía movimientos para ocupar de una forma

estable la bahía de Pensacola, adelantándose a cualquier pretendiente extranjero. El virrey de Nueva España envió al capitán Andrés de Pez a la corte española a fin de convencer a las autoridades acerca de esa necesidad. Pez elaboró un exhaustivo informe, en el que no solo recomendaba la ocupación, sino incluso el traslado de la capital de Florida desde San Agustín a Pensacola, por considerar su ubicación altamente más estratégica para el control del golfo de México y de los galeones con la plata de México y Potosí que surcaban por sus aguas.

Carlos II dio su visto bueno a la ocupación de Pensacola, pero no al traslado, y con tal fin se organizó por dos veces una expedición con bastimentos y materiales para instalarse y fortificar Pensacola, pero, como España se vio envuelta en problemas, no se implementó la orden hasta 1698, y una vez más fue debido a que llegaron noticias sobre la previsible y casi inminente arribada de los franceses con el mismo fin.

Esta vez sí que se aceleraron los preparativos para la ocupación de la bahía, que a estas alturas del siglo XVII todavía carecía de poseedor efectivo, lo que implicaba en la práctica el dominio del golfo de México.

La expedición fue encomendada al capitán Jordán de la Reina, quien tomó posesión formal de la bahía de Pensacola el 17 de noviembre de 1698 con dos barcos y sesenta soldados. Cuatro días más tarde, llegó el designado como gobernador de la plaza, Andrés de Arriola, con otros tres barcos y 357 personas entre soldados y civiles. Una colonización en toda regla, que traía como ingeniero al austríaco Franck, encargado del diseño de la fortificación prevista, y quien eligió la ubicación del barranco de Santo Tomé para el levantamiento del que sería el gran baluarte armado de Pensacola, el fuerte de San Carlos de Austria.

Bien a tiempo. Porque, dos meses después de que España sentara sus reales, llegó a Pensacola la temida expedición francesa. Arriola le negó el permiso de desembarco, y, mientras acudía a México para informar del hecho y pedir refuerzos, la flota francesa buscaba otros fondeaderos, hallándolos en Mobile, una plaza que a la larga resultó estratégicamente preferible a Pensacola, pues, además de situarse a las puertas del golfo de México, controlaba el tránsito por el Misisipi.

## Presiones sobre Pensacola

Pensacola no era un destino apetecible para los colonos españoles,

porque ya arrastraba mala fama desde la época de su fundación: huracanes, indios belicosos, tierras poco fértiles... A falta de voluntarios, hubo que hacer recluta de presidiarios y gentes de mala laya, que dieron toda clase de problemas a su llegada, como robos y evasiones, aunque estas se consumían en sí mismas, pues el hambre y el peligro de caer en manos de indios obligaban a volver a los fugados por su propio pie.

Y además de ello, un entorno ecológico muy deficiente, con suelos arenosos donde los cultivos no medraban y los ganados no encontraban pastos suficientes. Esto hizo a la colonia española muy dependiente de los fondos que llegaban anualmente, y no siempre con regularidad, del situado. Y, lo que es más notable, la hizo muy dependiente del comercio con los franceses de Mobile, y, de no ser por este tráfico, ilícito pero tolerado, mal lo hubieran pasado los colonos españoles. Pero es que los objetivos de la presencia allí de Francia y España eran muy distintos. España estaba por motivos geoestratégicos y políticos; Francia, para comerciar con los indios y con quien lo tuviera a bien, como los pensacolinis, quienes podían pagar al contado sus compras gracias a lo que recibían del situado.

Aunque la relación entre ambos países era un hecho, oficialmente España no reconocía la presencia francesa en Mobile, y una y otra vez reclamaba su desalojo.

A la muerte de Carlos II, la guerra de sucesión española trajo consecuencias a la zona. La alianza hispano-francesa resultante del enlace de las dinastías borbónicas hizo que Inglaterra, muy recelosa de una alianza comprometedora para su presencia en América del Norte, intentara en 1700 ocupar la Florida española. El intento fallido de tomar el castillo de San Marcos en San Agustín tuvo su correspondencia en el intento de apoderarse del presidio de Pensacola, al que los ingleses pusieron sitio varias veces, aunque una y otra vez los franceses de Mobile acudieron al rescate, frustrando la acción.

La paz entre las potencias europeas tras la guerra de sucesión solo duró hasta la siguiente confrontación, la guerra de la Cuádruple Alianza de 1718, contra España y las ambiciones de Felipe V. Francia comisionó al gobernador de Louisiana, *sieur* de Bienville, para ocupar Pensacola. Se presentó por sorpresa en la bahía, capturando enseguida la batería de cañones de Port Sigüenza y cañoneando después el presidio de San Carlos de Austria. El gobernador español, ignorando que se había declarado la guerra entre España y Francia, entregó el fuerte a los franceses.

Estos llevaron a La Habana a los prisioneros capturados, pero el capitán general de Cuba se negó a cualquier negociación, y no reconoció el cambio de bandera en Pensacola, enviando una flota

de 12 barcos y 1800 hombres para recuperar la plaza. Gobernaba el presidio el hermano de Bienville, y sus 200 soldados fueron incapaces de resistir la presión española, por lo que se rindió, siendo llevados todos los prisioneros a La Habana y confinados en el castillo de El Morro, mientras Juan Pedro Matamoros era nombrado gobernador de Pensacola.

Francia hace una nueva tentativa para recuperar Pensacola. En septiembre de 1719 Bienville sitia Pensacola, y, aunque estaba fondeada en la bahía parte de la flota de La Habana, la batalla naval termina con la victoria francesa, y Matamoros rinde de nuevo el fuerte de San Carlos de Austria, permitiendo además los franceses que los indios saqueen las instalaciones. Completada por los franceses la destrucción de estas, regresaron a su base de Mobile, dejando una guarnición en Pensacola.

### El idioma español

El castellano, que había logrado imponerse sobre el resto de dialectos de la Península ibérica, penetró en América y se enriqueció a su vez con la incorporación de términos nativos, conformando el español, uno de los tres grandes idiomas del mundo de hoy. En el territorio de los actuales Estados Unidos entró de la mano de misioneros, soldados y colonos, y con el tiempo ha sufrido una evolución distinta, según las regiones.

En aquellas zonas más aisladas, como las del norte de Nuevo México y sur de Colorado, fue donde quedó casi intacto, según el que hablaban los españoles del siglo XVI. Es por ello que podemos encontrar verdaderos arcaísmos, como *trujo*, *vide*, *agora*, *asina*, *vuesa mercé*, y otros términos desaparecidos del castellano actual. Otros vocablos allí usados subsisten sin embargo en las áreas rurales de Castilla, Andalucía o Extremadura, tales como *escuro*, *dende*, *escrebir*, *tresquilar* y otros muchos, verdaderas reliquias del idioma.

En aquellas áreas donde la ocupación angloamericana fue más visible, el español y el inglés sufrieron mutuas ingerencias lingüísticas. El inglés conservó no solo la toponimia original española, sino un cúmulo de palabras heredadas. En agricultura se mantienen vocablos como *acequia*, *zanjero*, *mayordomo*, *alcalde del agua*, *barbecho*, *surcos*, *camellones*, y en el manejo ganadero la cantidad de palabras derivadas del castellano, aun transformadas, es abrumadora, como *lariat* (*reata*), *wrangler* (*caballerango*), *mustang* (*mesteño*), *laso* (*lazo*), *buckaroo* (*vaquero*), *corral*, *remuda*...

A su vez, el español fue incorporando, íntegros o transformados, sucesivos términos tomados del inglés, como *parquear* (*parking*) y otros, y en términos generales se produjo una clara adscripción de cada idioma a unos y otros usos, pues, mientras el español quedaba como «lengua de la tierra», aplicable a los usos agrícolas y ganaderos (no en vano el diccionario de la lengua española, en altísima medida, es un diccionario de vocablos rurales), así como a los cuentos, refranes y baladas antiguas, el inglés fue reservándose para los usos del comercio, la industria, la administración y la

moderna tecnología, adecuándose respectivamente a la naturaleza tradicionalmente rural de España y al modelo mercantil traído por los anglosajones.

Por tales razones, el idioma español hablado hoy por los hispanos en Estados Unidos responde a esa fusión de elementos idiomáticos, ese *spanglish* en el que las expresiones inglesas afloran continuamente para designar palabras del mundo moderno para las que el español encuentra peor acomodo. Y esto no es un fenómeno exclusivamente del español, sino que se deja sentir en el italiano, el alemán y el resto de idiomas hablados en Estados Unidos, país definido como «cementerio de idiomas». El futuro dirá si el español logra conservarse, gracias al continuo flujo de inmigrantes mexicanos, cubanos o de otras áreas de Iberoamérica, si el *only english* en las escuelas hará que los hijos de estos pierdan su idioma materno o si, la opción más deseable, las nuevas generaciones hispanas sean bilingües, como correspondería a su doble herencia cultural.

### España recupera Pensacola

El intento de recobrar la plaza para España será encargado ahora a Francisco de Cornejo, pero las operaciones se retrasaron, debido a los problemas internos de la política española. Se recurrió a la negociación, y Francia acabó por ceder a la pretensión española de recuperar Pensacola, considerando que era más interesante para su país hacerse fuerte en el Misisipi que aferrarse a una plaza que tenía tantas dificultades logísticas como Pensacola.



*La ayuda de España a Estados Unidos, militar y en especie, fue decisiva para su Independencia.*

Así pues, por el Tratado de marzo de 1721 España recupera

Pensacola, recibíendola del francés Rebue el nuevo gobernador, Alejandro Wauchope, quien comprueba el lamentable estado de las instalaciones, de las que apenas quedaba algo útil. Wauchope se entrega a la tarea de reconstruir sus defensas e instalaciones, decidiendo abandonar el fuerte de San Carlos de Austria, invadido por las dunas, y montar un nuevo presidio en Punta Sigüenza para 150 hombres, y un nuevo poblado en la isla de Santa Rosa, con iglesia, almacén, polvorín, barracas para los soldados, casa para el gobernador, veinticuatro pequeñas casas, otras ocho mayores para los oficiales y una torre de vigilancia de 20 metros de altura.

Las relaciones con los franceses de Mobile continuaron en los mismos términos de siempre: comercio intenso, oficialmente prohibido pero tolerado en la práctica, porque Pensacola era incapaz de autoabastecerse.

Un huracán destruyó en 1752 este asentamiento en su casi totalidad, y el virrey de Nueva España, el marqués de las Amarillas, ordena que el presidio sea recolocado en un lugar más seguro, lo que ejecuta el nuevo gobernador, Miguel Román de Castilla, bautizándolo como presidio de San Miguel de las Amarillas.

Una Real Orden de 1757 cambió su nombre al de presidio de San Miguel de Panzacola, viviendo por entonces en él unos 150 hombres. A partir de 1760 las relaciones con los nativos sufrieron un claro deterioro, temiéndose antes o después una agresión. Esta se produjo en 1761, y Román de Castilla dispuso la concentración de las personas en el interior de la empalizada. El ataque se produjo en un momento muy inoportuno, cuando un nuevo huracán había cometido destrozos tales como levantar los tejados de la mayoría de las casas. Una compañía de soldados de Cuba alivió la situación, y resolvieron marcharse muchas mujeres y niños, aunque quedaron otras 200 mujeres y niños en el interior de la empalizada, en condiciones precarias y sin apenas agua. Francia acudió en ayuda, forzando la paz entre españoles e indios, sobre los que poseía gran ascendiente a través del comercio. La guerra local había deteriorado el tráfico comercial, y Francia hacía todo lo posible por restablecerlo.

En 1761 llegó como nuevo gobernador de Pensacola un gran veterano de la frontera española, Diego Ortiz Parrilla, experto en las relaciones, amistosas o belicasas, con las tribus indias. Criticó agudamente el estado de abandono calamitoso de la plaza, e incluso llegó a acusar a Román de Castilla de comercio ilícito, cargos que no llegaron a probarse. Con su proverbial energía, se dedicó a la reconstrucción del conjunto, preparándolo para eventuales ataques, ya fueran franceses como indios. Estos no dejaban de hostigar el presidio, obligando a los españoles a una suerte de confinamiento

permanente.

Pero las agresiones sobre Pensacola no vendrían del lado de la guerra, sino de la política. En 1762 España se alía con Francia, y, como resultado, se recompone el mapa norteamericano: Francia ha de ceder la Luisiana a España, pero España pierde Cuba, que pasa temporalmente a manos de Inglaterra (que, dicho sea de paso, quintuplicó el número de esclavos negros en las plantaciones de azúcar de la isla).

Cuando termina la guerra en 1763, para recuperar su querida posesión de Cuba, España la permuta por Florida, por lo que Pensacola pasa a manos británicas. En agosto de 1763, el coronel Ortiz Parrilla cede formalmente Pensacola al teniente coronel Augustine Prevost. Con una sola excepción, todos los españoles se marcharon de Pensacola. Inglaterra creía conquistar una posición muy conveniente, pero la realidad era muy distinta, porque los problemas de la plaza eran muy superiores a sus teóricas ventajas. Una cuestión importante, la calidad de los suelos, francamente improductivos, lo que desanimaba a los granjeros ingleses, y por más incentivos que se les ofrecieran preferían las tierras más fértiles de las orillas del Misisipi, así que Pensacola, aunque designada la capital de la demarcación del Oeste según la división en dos partes que hizo Gran Bretaña, no gozó de una gran ocupación por parte de sus nuevos dueños.

Pero esta propiedad no iba a durar mucho, apenas veinte años, y se iba a encargar de ello el nuevo y joven gobernador de la Luisiana, Bernardo de Gálvez, nombrado en 1779, en plena lucha por la Independencia norteamericana.

Gálvez, en una deslumbrante campaña, expulsó a los ingleses del entorno del río Misisipi y de Pensacola, la puerta del golfo de México, que quedó en poder del bando rebelde norteamericano. España recuperó como compensación la Florida, y se asentó de nuevo en Pensacola.

Con ocasión de la guerra local de 1812 entre Estados Unidos e Inglaterra, cuando esta hizo un postrer intento por recuperar las colonias perdidas, los ingleses ocuparon temporalmente la plaza ante la indiferencia de España, centrada en sus problemas de la emancipación de sus propias colonias americanas. Los estadounidenses desalojaron a los ingleses, pero estos, antes de retirarse, destruyeron lo que quedaba del viejo fuerte de San Carlos de Austria. Al recuperarlo, España procedió a reedificarlo con el nombre de fuerte de San Carlos de Barrancas, cuyas instalaciones aún existen.



Fue la única escaramuza de la guerra de Independencia de los Estados Unidos mantenida en el territorio de Arkansas. El inglés John Colbert, acompañado de un grupo de tramperos ingleses y de indios chickasaw, atacó el puesto español de Arkansas. Aprovechando el factor sorpresa, atacaron los alrededores del fuerte, apresando al teniente don Luis de Villar, y luego cercaron el fuerte, acribillando la empalizada durante varias horas. Que resistió gracias a su sólida construcción en madera de roble.

El capitán español Jacobo de Breuil narra así cómo fue el contraataque:

Viendo esto, decidí realizar un contraataque formal con artillería, e incluso pensé que sería una buena idea hacer una gran salida con los cuatro indios quapaw que por fortuna permanecían en nuestra guarnición, lo cual me daba un total de catorce personas, incluido el sargento Alejo Pastor, quien en el último momento había logrado escabullirse de las manos del enemigo. A todos les di la orden de que al atacar aullaran como hacen los indios.

El capitán inglés envía entonces a la mujer del teniente Villar, tomada como rehén, con una bandera blanca, conminando al fuerte a la rendición. Continúa su relación el capitán español:

Mi decisión de salir no fue impedida por la bandera blanca y la petición de capitular. Así lo hicimos, y al escuchar nuestros gritos más las descargas se retiraron rápidamente a su posición inicial, donde guardaban a los prisioneros. Mientras se retiraban iban gritando en voz muy alta: ¡Vámonos, vámonos! ¡Los indios están sobre nosotros! Siendo estrechamente perseguidos por nuestras fuerzas, dejaron el campo y se retiraron a toda prisa, llevándose los prisioneros con ellos.

### España y la independencia de Estados Unidos

España contribuyó de modo extraordinario a la lucha de las Trece Colonias por emanciparse de Gran Bretaña, si bien este apoyo ha quedado ensombrecido por la ayuda de Francia, más abierta y mejor difundida por los galos. Francia intervino al objeto de desquitarse de cualquier forma de Inglaterra, por la humillación

sufrida tras la Guerra de los Siete Años, pero España, más racional, fijó el objetivo de su eventual intervención en la recuperación de la Florida, Menorca y Gibraltar, las tres en manos británicas.

Pero, con el fin de no enfrentarse abiertamente con Inglaterra, la ayuda española había de ser discreta, y comisionados americanos como Benjamin Franklin o John Adams se entrevistaron en París con el conde de Aranda, quien trasladó a la corte las peticiones americanas. A partir de ese momento, España contribuye a la causa de la emancipación americana de cuatro formas: mediante apoyo logístico, con ayudas económicas, enviando pertrechos y armas y, más adelante, con una intervención militar directa. Para esta última, la España de Carlos III y Floridablanca se prepararon muy concienzudamente.

Lo primero fue el permiso para que barcos corsarios americanos, que hostigaban de continuo a los ingleses, pudieran recalar en los puertos norteamericanos controlados por España, sobre todo los de la ribera del Misisipi, Nueva Orleans incluida, haciendo oídos sordos a las protestas británicas.

Otro tipo de ayuda, y muy importante, fue la económica. Tras la entrevista de los comisionados con Aranda, España dispuso un primer envío de dos millones de libras a las Trece Colonias, seguido de otra partida de un millón de libras. Enviado por Franklin, Arthur Lee viaja a España, se entrevista en secreto con las autoridades españolas, y estas disponen nuevas remesas en dinero y en especie, como armas, municiones, mantas y víveres, con destino al empobrecido ejército colonial americano. Toda la ayuda fue canalizada a través de la empresa bilbaína *Gardoqui e Hijos*. Las remesas financieras fueron recabadas en gran parte de la América hispana, cuyos súbditos aceptaron de buen grado el sacrificio en forma de impuestos especiales y donaciones, pedidos por el rey para apoyar la causa norteamericana.

España y Francia, aliadas borbónicas y que llegaron a confeccionar un plan para la ocupación conjunta de Londres, habían acordado no dar un paso sin el conocimiento previo de la otra parte. Pero la derrota inglesa en Saratoga animó a Francia a reconocer la Independencia de Estados Unidos, de forma unilateral, y decide enviar tropas al escenario de la lucha. España se molesta con el proceder galo, pero sigue sin hacer oficial el reconocimiento. Pero tanto Francia como George Washington sabían que, sin el concurso de España, con su flota y su control de posiciones clave en América del Norte, era imposible ganar la guerra a Gran Bretaña.

España madura aún su decisión, agotando las vías diplomáticas, hasta que publica su declaración de guerra a Inglaterra. Con sus acciones en Centroamérica y en Europa, aquí con el intento de toma

de Gibraltar, obliga a Gran Bretaña a dividir fatalmente sus fuerzas, debilitándola decisivamente donde más las necesitaba, en Norteamérica.

Por si fuera poco, España actuará directamente en el propio teatro americano. Alguien llamado a hacer historia llevaba tiempo esperando y preparándose para la declaración formal de guerra. Es el Gobernador de Luisiana, Bernardo de Gálvez, a quien se encomienda la dirección de las operaciones militares.

### Bernardo de Gálvez: «Yo Solo»

A punto de romperse las relaciones entre España y Gran Bretaña, Bernardo de Gálvez, sobrino del influyente ministro de Indias José de Gálvez, da comienzo a las operaciones militares para apoyar la Independencia norteamericana. Su orden era despejar el Misisipi y el gofo de México de cualquier presencia inglesa, con el fin de dar cobertura segura a las tropas americanas.

Gálvez se pone en marcha y toma el fuerte inglés de Bute de Manchac, que rinde gracias a que sus hombres se cuelan por una tronera. Luego, obtiene una sucesión de victorias navales en los lagos próximos y, más tarde, conquista la importante plaza de Baton Rouge, merced a un falso ataque nocturno que disimula la verdadera progresión de sus tropas, para colocarse en posición de fuego favorable. Los ingleses rinden este fuerte y el de Panmura de Natchez, dejando por completo libre el Misisipi para la causa rebelde. España recibe la entusiasta felicitación de Washington y Gálvez es ascendido al grado de mariscal de campo.

Tras su victoriosa campaña del río, Bernardo de Gálvez acomete ahora la parte más compleja de su misión: las plazas de Mobile y, sobre todo, la de Pensacola. En Mobile logra situar los cañones en posición ventajosa y, tras varias horas de bombardeos, los ingleses izan bandera blanca.

Solo quedaba Pensacola, el bastión inglés más importante de Florida occidental, plaza muy bien defendida por sus 2500 hombres y por su bahía, protegida por los formidables cañones de Barrancas Coloradas. Había recibido el refuerzo de la flota surta en La Habana, pero su almirante, Calvo de Irazábal, se negó a la temeridad de cruzar el estrecho pasillo acuático de la bahía, poniéndose a tan fácil tiro de los cañones del fuerte.

Bernardo de Gálvez decidió entrar a pesar de todo. Lo hizo con sus reducidos efectivos navales y a bordo de su barco, el bergantín *Galveztown*, a velas desplegadas y descargando quince salvas para

hacer saber, tanto a Calvo como a los ingleses, que quien se aventuraba era el propio mariscal español. Los cañones arrojaron sobre él su artillería, sin lograr dañarlo, hasta que se puso a salvo al otro extremo de la bahía. Al sonrojado Calvo no le cupo otra opción que cruzar con el grueso de la flota, que resultó también indemne. Gálvez había acertado al admitir el alcance, pero desconfiar de la puntería de los famosos cañones de Barrancas Coloradas. No en vano, como parte de su minuciosa preparación, había incluido el envío de espías a Pensacola, que le habían informado del defectuoso mantenimiento de las instalaciones.

Comenzó entonces el fuego artillero español sobre el fuerte inglés, hasta que una mañana un certero proyectil hizo saltar por los aires el polvorín enemigo. El 8 de mayo de 1781 el general inglés Campell izaba la bandera blanca y Gálvez tomaba Pensacola, en la acción más deslumbrante de cuantas emprendió España en apoyo de Estados Unidos.

Bernardo de Gálvez fue recompensado añadiendo a su escudo de armas un dibujo del Galveztown, y por su proeza de penetrar en solitario en la bahía de Pensacola, el lema «Yo solo». Y cuando se produjo en Nueva York el desfile inaugural de las victoriosas tropas norteamericanas tras la guerra, a la izquierda del presidente George Washington se encontraba el nuevo embajador de España, Diego Gardoqui, y el único barco extranjero fondeado en el puerto era el *Galveztown*.

## El fin de la Luisiana española

En el marco de una Luisiana crecientemente invadida de colonos norteamericanos, con un comercio cuyos beneficios iban a parar a súbditos estadounidenses y un erario español lastrado por el mantenimiento de una provincia tan gravosa, aparece en el escenario europeo Napoleón, al lado de los personajes políticos más estúpidos de la historia de España. Con semejantes actores, el rumbo de la Luisiana viraría hacia otros derroteros.

El sucesor de Carlos III, Carlos IV, aparte de la sangre, poco tenía que ver con aquel excelente monarca. Una de sus medidas fue prescindir del conde de Aranda, el último del equipo de eficaces ministros que habían devuelto a España el rango de gran potencia. El nombramiento de rector de los destinos españoles recayó ahora en Manuel Godoy, apuesto oficial de la guardia real, cuya inexperiencia política, como siempre suele ocurrir, habría de pasar factura a España. Como había dicho Fernando el Católico, España

necesita de buenos gobernantes. Como país que no sabe caminar solo, siempre fue muy sensible a la bondad o torpeza de sus máximos regidores.

Godoy era partidario de ceder más territorio a Estados Unidos, vista la imposibilidad de mantener la provincia en los límites actuales, reduciendo la línea fronteriza para proteger mejor los yacimientos mineros del norte mexicano. De este modo ofreció la Luisiana a Francia a cambio de Haití, la parte francesa de la República Dominicana.

Francia rehusó la oferta, pero poco después hace su entrada Napoleón con sus complejas maquinaciones, a las que nada puede oponer la estulticia de Carlos IV. Bonaparte quiere instaurar en América ese imperio francés que nunca tuvo y consigue la Luisiana a muy bajo precio: un futuro trono para el hermano de doña María Luisa en el centro de Italia, promesa que el Emperador nunca cumplió. Envueltos en la madeja política del corso, los gobernantes españoles ceden a Francia la Luisiana por el Tratado de San Ildefonso, firmado en secreto para no desatar las apetencias territoriales de los Estados Unidos. Precisamente porque el Gobierno español temía estas, impuso en el texto que Francia no podía ceder Luisiana a terceros países.

Pero en el plazo de un año Napoleón cambia de criterio. Varios sucesos le hacen comprender que América iba a ser una inmensa fuente de problemas: la revuelta de esclavos en los dominios franceses de Haití; las fiebres que consumen a sus soldados en las tierras americanas; la proximidad de una guerra con Inglaterra, crecida tras la victoria de Trafalgar; amén de los ingentes gastos que supone mantener un imperio allende el Atlántico, justamente ahora que necesita fondos en grandes cantidades para costear sus campañas europeas.

Así que Bonaparte falta a su palabra, si alguna vez la tuvo, y vende la Luisiana a Estados Unidos por 15 millones de dólares, luego elevados a 27 por los intereses. El presidente Jefferson negoció con extrema habilidad. Apenas aspiraba por el momento a Nueva Orleans y la Florida occidental, cuando a un precio irrisorio se hace de golpe con un territorio que dobla su extensión y del que surgirían Iowa, Kansas, Nebraska, Wyoming, Montana, las dos Dakotas, Oklahoma, Minnessotta, Louisiana, Mississippi, Missouri y Arkansas.

España declaró ilegal la venta, y de hecho era una nueva traición napoleónica, pero pronto se encontró a la defensiva. Estados Unidos, en plena era expansiva, debido a la eterna imprecisión de las fronteras de Luisiana, reclamaba que su compra incluía una gran parte del oeste de Florida y la totalidad de Texas.

Pretensión desmedida, pero que sirvió a Estados Unidos, cuyo presidente Jefferson a punto estuvo de ocupar militarmente Florida, para desviar la atención sobre la legalidad del título de la compraventa. Lo cierto es que, cuando aún Francia no había hecho efectiva la toma de posesión de Luisiana, ya había un nuevo dueño en la provincia. En la misma sala de Nueva Orleans, los españoles traspasaron a Francia el gobierno de Luisiana, y tres semanas después funcionarios franceses transferían la Luisiana a los Estados Unidos.

### El legado jurídico español

Uno de los aspectos menos conocidos del legado español en Estados Unidos es el jurídico, con su doble vertiente sobre los derechos civiles individuales y el derecho de los recursos naturales, un sistema legal que entró en conflicto con el anglosajón. Las leyes españolas fueron mucho más benignas hacia los sectores débiles, a los que protegieron: la mujer, que no perdía sus bienes con el matrimonio y al fallecimiento del cónyuge retenía la mitad de los gananciales, a diferencia del derecho anglosajón; los hijos nacidos fuera del matrimonio, que en el derecho español podían ser legitimados; o los indios, que podían ser titulares de concesiones de tierras, como de hecho lo fueron. Y nada se diga de los esclavos, protegidos y sujetos de derechos personales y familiares en el esquema español.

En el sistema de tenencia de la tierra y, en general, de los recursos naturales, estriban las mayores diferencias entre el modelo español y el *common law* británico. La tradición jurídica española estableció la propiedad por parte de la Corona o, lo que es lo mismo, del Estado, de los principales recursos: el agua, las minas y sobre todo la tierra, que podía ser poseída por el particular mediante una concesión. La Corona española otorgó títulos concesionales a pobladores y a indios, títulos que entrarían en violenta colisión con las pretensiones de los angloamericanos, nuevos ocupantes del suroeste a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Se desató entonces la lucha por la tierra, pues indios e hispanos poseían las mejores tierras de la región, en extensiones muy superiores a las que eran de uso entre los colonos angloamericanos, en cuanto agricultores poco acostumbrados a las fantásticas dimensiones que requieren las haciendas ganaderas. Y se preguntaban si había merecido la pena la lucha contra México y la «conquista del Oeste» para resignarse a no disfrutar de esas tierras selectas.

No se conformaron ciertamente y, con el paso del tiempo, se concretaron cambios sustanciales en la propiedad de la tierra, algunos de los cuales afectaron a la médula misma del uso del territorio. Así, los vastos espacios de tierras comunales, que eran utilizados por indios e hispanos para el pasto de vacas y ovejas, fueron privatizados en favor de los nuevos ocupantes, y ello supuso el fin del aprovechamiento estacional y trashumante de los pastizales de invierno y de verano. Y los hispanos recibieron golpes muy duros con la legislación angloamericana, como la Maxwell Land Grant, que produjo el traspaso de 1,7 millones de acres en Nuevo México.

Las tierras de los indios también sufrieron el impacto del cambio de soberanía, y la confrontación tuvo dos escenarios, muy conocido y finiquitado uno, la lucha abierta en el terreno contra los indios, divulgada hasta la saciedad por el cine, en la que los nativos, que exhibían sus derechos inmemoriales para evitar el expolio, acabaron siendo desplazados.

El otro ámbito de lucha, el de los tribunales, fue más discreto, pero más prolongado en el tiempo, pues aún sigue vivo, y en él los indios consiguieron mejores triunfos. Su base, los títulos otorgados por la Corona española. Al principio, cuando sobraba territorio, ni los indios fueron diligentes en esgrimirlos, ni los angloamericanos cuidadosos en conservar los registros hispanos, y muchos títulos se perdieron.

Pero los abogados de los indios supieron extraer todo su valor a unos títulos que amparaban las propiedades indias, tanto las individuales como las comunales, y en los tribunales norteamericanos se siguen ventilando innumerables pleitos de tierras en los que se exhiben las concesiones del rey de España, y se utilizan como soporte jurídico las Recopilaciones de Leyes de los Reinos de Indias y otras normas del derecho español, tan lejanas como el código de las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio. Poco a poco los indios consiguen sentencias favorables, porque sus abogados han logrado probar que los indios salieron de la etapa española sin una pérdida sensible de sus tierras, en tanto que el Gobierno americano no ha podido probar lo contrario, siendo, pues, suya, la responsabilidad de las mermas posteriores sufridas por los nativos.

## La huella, hoy

El *Padre de las Aguas*, el río que fascinara a Hernando de Soto y más adelante acogiera su cadáver envuelto en el sudario de un tronco de encina, es más que un poderoso río que como una cicatriz de plata cruza los Estados Unidos de Norte a Sur. Es la verdadera división entre sus dos mundos ecológicos, el de los bosques profundos y el de las grandes praderas, el de los humedales y el de las secas parameras, el del verde de los árboles frondosos y el de los amarillentos desiertos.

Y el Misisipi dibuja también la separación entre los dos mundos de las dos grandes civilizaciones que colonizaron los Estados Unidos, la española y la angloamericana. La primera basada en el caballo y el ganado; en la misión, integradora del indio; en el pueblo y el rancho ganadero. Asentada la segunda sobre la azada y la parcela cultivada, con una casa de madera en medio, más la exclusión del indio. Dos filosofías, dos modelos de cultura y de relación con el territorio y sus gentes.

No resulta fácil hoy tener del gran río la misma visión salvaje y sobrecogedora que pudieron disfrutar los Álvarez de Pineda o De Soto. Propiedades privadas, puentes, carreteras o construcciones lo impiden muchas veces, y otras simplemente no hay acceso, y el

cauce es una inaccesible e inaprehensible cinta líquida que discurre lejana.

Quizá el mejor lugar para disfrutar el Misisipi, para poseerlo visualmente del mismo modo que los primeros exploradores, sea el *Shelby State Park*, al norte de la ciudad de Memphis. Allí el paraje se conserva intacto, húmedo y caliente, con frondosidad de bosque tropical y sonidos selváticos. Y en el centro de este ambiente ardiente, casi irrespirable, el Misisipi, fluyendo lento, majestuoso, diríase que disfrutando de sus orillas vírgenes. Con playones extensos que dicen sobre sus crecidas. Y arropado por esa masa boscosa densísima, su celoso guardián vegetal.

Descendiendo desde Memphis a lo largo del río y por el estado de Misisipi, el paisaje es boscoso, y, cuando se han clareado los árboles, aparecen feraces campos de cultivo de tierra oscura, donde prosperan el maíz y el algodón. Así pasaremos por Ferriday, el lugar donde se asegura, sin certeza absoluta, que tuvo lugar el avistamiento del Misisipi por parte de Hernando de Soto.

El propio curso del río nos va a permitir la visita a varias plazas ribereñas, que mucho tuvieron que ver con la presencia española. La primera de ellas, Natchez, en su día lugar del fuerte británico de Panmure, que cayó en manos de Bernardo de Gálvez, cuando España declaró la guerra a Inglaterra con ocasión de la batalla por la Independencia de Estados Unidos. A la entrada del hoy pueblo de Natchez se ha construido un magnífico museo histórico, presidido por las banderas de los países que ejercieron soberanía sobre el área, con la española como primera enseña.

El museo en sí es muy interesante, con piezas como los grabados que elaboró un francés, Georges Collot, con motivo de un viaje que hizo a las posesiones de esta parte norte del Imperio español. Escribió un libro que tituló *Una jornada en Norteamérica*, y en él aparecen valiosos dibujos, como el del emplazamiento del fuerte de Natchez, expuesto en la sala central.

La ubicación del museo de Natchez coincide precisamente con la del antiguo fuerte de Panmure (primeramente llamado *Fort Rosalie* por los franceses ocupantes de la Luisiana). El lugar exacto se halla ahora ocupado por un monumento de arcos, con una bandera de Estados Unidos en el centro. Desde allí se posee una estratégica visión sobre el Misisipi.

Cerca de aquí, en una esquina de una de las calles de Natchez, hay una placa a la memoria de quien ganó el fuerte que, además, recuerda cómo se tomó sin disparar un solo tiro. Dice así:

Don Bernardo de Gálvez, gobernador español de Luisiana, entre 1776 y 1783, en una brillante campaña, con la ayuda de tropas



regulares, de voluntarios, milicia y unos pocos americanos, capturó Baton Rouge a los británicos el 21 de septiembre de 1779. Los términos incluían la rendición del fuerte Panmure de Natchez, que fue ocupado por las tropas españolas el 5 de octubre de 1779. La firma del Tratado de San Lorenzo de 27 de octubre de 1795 terminó con el control español en Natchez.

Baton Rouge es la capital del estado de Luisiana, la provincia tan traída y llevada de unas manos a otras durante los años coloniales. El Capitolio es una alta torre, en cuya fachada lucen los nombres de quienes fueron protagonistas del territorio, correspondiendo a Hernando de Soto abrir la serie. En el interior, una vez más, la bandera española a la cabeza de las demás banderas. Incluso dentro del salón del Senado, a izquierda y derecha del estrado, todas las banderas presiden las sesiones, digno homenaje de las gentes de Luisiana a su historia.

Desde la azotea de la torre del Capitolio se puede saborear una visión aérea y general de Baton Rouge, con su gran parque industrial a un lado y la ciudad extendida por el otro, de acuerdo con el típico modelo urbano anglosajón, que dispersa las casas, en general individuales, en un enorme radio, a diferencia del modelo hispano, que las concentra.

En el casco de Baton Rouge existe un lugar muy especial, el *Spanish Town*, una barriada de casas contiguas y pequeñas, de calles estrechas, muy arboladas, donde el rumor predominante es el de los pájaros. Es un barrio tranquilo, con una gran personalidad, habitado por gentes poco convencionales, y tomar un café en una de sus terrazas proporciona un sosegado y recomendado placer.

Pero si hay un lugar en Luisiana con carácter y singularidad, ese es Nueva Orleans, en la desembocadura del Misisipi, un curioso sincretismo entre lo español y lo francés. Francia inició aquí su fracasada aventura colonizadora en el Nuevo Mundo, apoderándose de Luisiana, hasta que se la cedió a España. Pero ya se habían implantado el estilo y las costumbres francesas en la región, y España fue excesivamente respetuosa con ellas para no soliviantar a los residentes franceses, consiguiendo simplemente que se envalentonaran, y entonces hubo de emplear una política más rigurosa de hispanización.

El resultado es que en Nueva Orleans, resumen preciso de la Luisiana, se aprecia esa síntesis de elementos franceses con españoles. Así, la gran plaza de Armas es netamente española en su diseño cuadrado y su gran tamaño. Y los soportales que la rodean son también hispánicos, algo muy de agradecer en estas latitudes de lluvias torrenciales. En cambio, las casas conservan un inequívoco

aire francés, con sus balcones enrejados muy anchos, extraños a los usos españoles.

Se percibe cómo Nueva Orleans se siente orgullosa de su doble pasado hispano-galo. Las enseñas de la flor de lis y la de los castillos y leones ondean por doquier, y en muchos rótulos de calles, junto al nombre actual, figura el primitivo español, y se recuerda que la Luisiana estuvo detentada por España por espacio de cuarenta años.

Existe un específico homenaje a ese pasado en la plaza de España, situada al final de la calle Canal. El motivo principal de la plaza es una gran fuente, rodeada por un banco corrido de piedra, en cuyo respaldo se han incrustado los escudos de todas las provincias españolas. Y al lado de esta plaza, una esbelta estatua ecuestre de Bernardo de Gálvez; él mismo, una parte de la historia de los Estados Unidos.

Mobile es otra de las plazas fuertes que tomó Gálvez a los ingleses en su avance fulgurante por el Misisipi. Su catedral, como la de Nueva Orleans, es moderna y escasamente airosa. En la plaza de España, junto a un muro de ladrillo, una placa que lleva por título «Our Spanish Heritage» dice que Mobile debe a España su descubrimiento y que la herencia española permanece entre los habitantes de Mobile.

La plaza posee una estatua de Isabel la Católica, réplica de la que existe en la Capilla Real de Granada. En la corona y en las manos luce sartas de collares de cuentas brillantes, y una leyenda explica por qué. Traducida al español, dice lo siguiente: «Colón, yo te presto mis joyas para que puedas comprar tus barcos. Los únicos adornos que necesito son las violetas de las colinas», y, en efecto, en las manos sostiene también un ramo de flores.

En la misma plaza se encuentra la *Fuente de España*, alrededor de la cual ondean diez banderas españolas, regalo de distintas ciudades españolas, y una serie de Arcos de la Amistad. En el suelo lucen baldosas y azulejos. Además hay varios bancos, regalo de las ciudades retratadas en ellos: Barcelona, Madrid, Málaga, Sevilla, Tarragona, Macharavialla (cuna de Bernardo de Gálvez) y Valencia.

Hay otras estatuas en la plaza, como la de Hernando de Soto, con una inscripción que reza así: «Adventurer, soldier, dreamer. The first to bring the influence of Spain, its laws, its culture to Alabama». Otra de Bernardo de Gálvez y una más de Alfonso X.

Detrás de la plaza de España se ubica la plaza de Málaga. Una placa explica que Málaga y Mobile son ciudades hermanas. Hay setos, flores y un suelo de baldosas. En el centro de una fuente, la estatua de *El Cenachero*, símbolo de Málaga y réplica de la que hay en esa ciudad. Las banderas inglesa, española y la de la flor de lis ondean en esta plaza.

En los alrededores de Mobile se sitúa el barrio conocido como *Spanish Fort*, ayer un fuerte ordenado construir por Gálvez. Vestigio del pasado es el centro comercial llamado Plaza *Spanish Fort*, y por este punto pasaba el famoso *Old Spanish Trail*.

Pensacola es plaza notable para el recuerdo español. Su fundación es de fecha tan temprana como 1559, según reza un cartel instalado en una de sus varias plazas, rememorando la desgraciada expedición de Tristán de Luna, uno de los primeros en sentir en propias carnes la violencia de los huracanes de la zona, pues uno de ellos hundió la mayoría de sus barcos en la misma bahía. El asentamiento de Pensacola, con su incipiente embrión colonial, y en el que la Corona había puesto tantas esperanzas, se vino abajo a partir del suceso, y todos los colonos acabaron siendo reintegrados a La Habana, abandonándose Pensacola durante los siguientes 125 años.

El pasado hispano es reconstruible a partir de los nombres de las calles, algunos tan deformados como Comendencia, y otros como Intendencia, Palafox, Aragón, Tarragona, Zaragoza... Y hay una plazuela llamada *Plaza de Fernando VII*, probablemente la única dedicada a este inepto monarca, cuyas torpezas derivaron en la apropiación de la Corona española por parte de Napoleón y en la pérdida de las Indias.

Pero si hay algún hecho célebre a lo que esté unido el nombre de Pensacola, ese es el de la toma de la plaza a Inglaterra por Bernardo de Gálvez. Lo que permitió a los rebeldes estadounidenses mover sus tropas libremente por el golfo de México y el Misisipi, y a España abastecerlas sin problemas con armas, vestuario y pertrechos. La de Pensacola fue una de las batallas decisivas en la lucha de Estados Unidos por su Independencia, y el mariscal Bernardo de Gálvez llegó a ser muy popular en Estados Unidos.

Por tales razones, es imprescindible una visita al escenario donde transcurrieron los acontecimientos, que felizmente se conserva prácticamente intacto. Ahí sigue el fuerte de Barrancas Coloradas, ahora *Fort Barrancas*, un bastión sólido donde los haya, con la batería de cañones apuntando a la bahía, el estrecho paso obligado para acceder por mar a la ciudad de Pensacola. Desde un pequeño observatorio instalado para contemplar el conjunto, una leyenda explica que «para un artillero de Fort Barrancas, los barcos enemigos navegando por la bahía eran fáciles objetivos, como patos cruzando por una galería de tiro. Si querían, lo cerraban».

Pues bien, por delante de esta «galería de tiro» se atrevió a cruzar Bernardo de Gálvez con su barco, el *Galveztown*, a despecho de los cañones ingleses, que no dejaron de bombardearlo, levantando espumeantes columnas de agua. Luego pasó el resto de

la escuadra, y semanas después se rendía la plaza de Pensacola. Episodio, como se ha dicho, crucial para el curso de la guerra de las Trece Colonias contra Gran Bretaña, y por ello se echa en falta que el National Park Service no haya instalado en el lugar una explicación exhaustiva de lo que significó el fuerte de Barrancas Coloradas, así como de los pormenores del suceso histórico.

Dejando Pensacola nos adentramos ahora en Alabama, por tierras que exploró Hernando de Soto. Precisamente sobre la carretera 84, un poco antes de cruzar el río Alabama, habrá que conducir con mucha atención, porque al borde de la carretera hay una piedra con la siguiente inscripción: «Piache, un poblado indio visitado por De Soto en 1547, estuvo cerca de aquí. De Luna hizo un establecimiento en este lugar, en Nanipacana, en 1560».



*Bernardo de Gálvez fue uno de los grandes artífices de la victoria de Estados Unidos contra Inglaterra.*

Más adelante se atraviesa el río Black Warrior, que cruzó De Soto, cerca de la ciudad de Demopolis, y el río Tombigbee, prolongación del anterior. Entre este y la población de Camden tuvo lugar la emboscada que le tendió el jefe Tuscaloosa en Mauvila y que terminó en un pavoroso incendio del poblado nativo, donde perecieron muchos indios y españoles, en la batalla más trágica de la presencia del capitán español en América del Norte. Todo lo

contrario del ambiente actual de Camden, lugar muy apacible, donde ha sido creado un delicioso parque recreativo aprovechando los esteros del río Alabama.

Childersburg, en la ruta 280, es otro de los puntos que merecen visitarse, porque la influencia del paso de De Soto es visible. A la entrada de la ciudad hay un pequeño monumento de piedra, erigido por la Sociedad Nacional de Damas Coloniales de Alabama, que dice lo siguiente: «Al norte de este punto está el poblado indio Coosa, visitado por De Soto el 16 de julio de 1540».

Otro recuerdo de Childersburg al conquistador español es un mural que lleva por título «El Camino de De Soto», con un trazado del recorrido sobre un mapa, revelador del interés científico que despiertan los pasos del conquistador:

Hoy, 450 años después, la ruta exacta de De Soto a través del sureste de los Estados Unidos permanece todavía en el misterio. A pesar del trabajo de arqueólogos profesionales y aficionados y de los historiadores y una Comisión Nacional, hay todavía rutas alternativas que tienen sus defensores. El problema es que De Soto, incluso contando con un gran ejército, dejó muy pocas acotaciones a lo largo de la ruta, y malogró medir las latitudes y coordenadas. Un estudio más profundo en la búsqueda de la ruta fue hecho en 1938, en el 400 aniversario, por la comisión oficial creada para ello. Presentó una ruta oficial que intentó combinar las hipótesis varias. Desde entonces, se ha hecho una gran cantidad de trabajos arqueológicos. Solo en Alabama, alrededor de 300 lugares indios han sido estudiados.

La ruta más aceptada hoy es la del Doctor Charles Hudson, de la Universidad de Georgia. La mayoría de los investigadores están de acuerdo en que la ruta entra en el noreste de Alabama, cerca de Piedmont, debajo del valle del río Coosa, y en el área de Montgomery Selman.

La ruta que ha sido marcada en el cuadro es sobre todo la de Hudson. Ha sido aprobada por la *Alabama De Soto Commission*, basada en las mayores evidencias. Solo ulteriores vestigios y exploraciones podrán solventar la cuestión.

# CALIFORNIA

## Las expediciones de Hernán Cortés

Por grandiosa que fuera la hazaña de la conquista de México, sin parangón en la historia, Hernán Cortés pronto encaró nuevos rumbos, porque su ambición exploradora no tenía límites. Tan pronto como consolidó la ocupación de Nueva España, despachó expediciones por todos los rumbos: hacia el Pacífico profundo, en busca de la Especiería; por tierra, buscando los confines del subcontinente norte de América; hacia el Norte, por el litoral americano del Pacífico, en busca del mítico estrecho de Anián que pusiera en contacto ambos océanos. La Nueva España se erigía en una magnífica base de operaciones en las puertas del Pacífico, porque evitaba el azaroso paso por el estrecho de Magallanes y permitía explorar los misterios que escondía el desconocido y gigantesco océano.

Así es como Cortés se lanza a la construcción de barcos en nuevos astilleros en la costa mexicana, y, aunque un incendio retrasa los planes, el animoso Cortés no se arredra y vuelve a empezar. Por lo que se refiere a la costa de California, apresta una primera expedición marítima que pone al mando de un incondicional suyo, Diego Hurtado de Mendoza, para explorar el litoral del Pacífico al norte de la Nueva España.

Pero la derrota pasaba por tierras de la jurisdicción de un infame personaje, Nuño de Guzmán, oidor de la Audiencia, enemigo acérrimo de Hernán Cortés, que niega hasta el agua a los tripulantes en el puerto. A partir de entonces, la expedición sufrirá toda suerte de calamidades. El navío de Hurtado desaparece con toda su tripulación, y otro barco, por eludir las garras de Nuño de Guzmán, desembarca en otro puerto y es atacado por los indios, muriendo todos menos dos hombres, que llevaron a Cortés una amarga crónica de este primer conato exploratorio por las costas californianas.

No pierde Cortés el tiempo y despacha dos barcos, al mando de Diego Becerra y, como segundo, a Hernando de Grijalva. Pero, al poco de salir, una tormenta separa ambas embarcaciones, y

Grijalva, navegando en solitario, descubre las islas de Santo Tomás y Revillagigedo, antes de volver al puerto de origen.

En cuanto a Becerra, su destino fue harto más trágico. Parece que carecía de las cualidades de un verdadero capitán, y, mientras duerme, es asesinado en un motín comandado por Fortún Ximénez. Navega este por el golfo que luego sería llamado mar de Cortés y desembarca en su extremo sur, en la bahía de La Paz, donde son atacados y muertos por los indios el propio Fortún y los demás desembarcados. En el regreso atraviesan las tierras de Nuño de Guzmán, quien se apodera de la embarcación, que fleta en su provecho para la búsqueda de perlas. Es un nuevo fracaso para Cortés, que está gastando buena parte de su hacienda en estas expediciones frustradas.

Esta vez será el propio Cortés quien se embarque en un viaje exploratorio hacia estas costas. Su enorme fama convoca de inmediato a muchos voluntarios, y con ellos apresta tres naves, *Santa Águeda*, *San Lázaro* y *Santo Tomás*, adentrándose en el largo y estrecho brazo de mar que luego llevará su nombre. Lo recorre en buena parte de su largura y desembarca en la punta sur de la Baja California, en la bahía que bautizan de Santa Cruz, donde el capitán decide fundar una colonia. Los navíos hacen varios viajes en busca de colonos, y Cortés, que había embarcado para continuar las exploraciones, es vapuleado por corrientes y tempestades, regresando a Santa Cruz para contemplar el estado deplorable de la incipiente colonia: la tierra en extremo árida de la Baja California no proporciona alimento bastante, muchos colonos han muerto de inanición y otros se encuentran en el límite de sus fuerzas. Decide pues regresar a Acapulco y volver con más medios y hombres, porque el conquistador nunca se daba por vencido.

Pero no eran de la misma opinión su esposa y el virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza. Llegado Cortés a la costa, recibió una carta de este ordenándole el regreso, y otra de Juana de Zúñiga, suplicándole que abandonara de una buena vez sus empresas y aventuras y volviera a México, a su encomienda de Cuernavaca, para ocuparse de su familia y de su hacienda, «siendo ya tanta la gloria que había ganado».

Pero Hernán Cortés era infatigable e inasequible al desaliento. Con admirable tenacidad, propia de quien había logrado doblegar al poderoso Imperio mexica con un puñado de hombres, demostrando una capacidad estratégica y política fuera de lo común, apareja una nueva expedición, cuyo objetivo esencial era asistir a la balbuceante colonia de la bahía de Santa Cruz. Coloca al frente de ella a Andrés de Tapia, quien de nuevo surca el mar de Cortés, confirmando que la colonia de Santa Cruz no era capaz de medrar en el entorno de

una tierra desértica, y por su cuenta decide continuar la exploración, doblando el cabo de San Lucas y remontando hacia el norte por el litoral abierto del Pacífico, hasta llegar a la confluencia de la Baja con la Alta California, aún inédita esta para los españoles.

Todavía habrá una nueva expedición cortesiana, la capitaneada por Francisco de Ulloa en 1539, cuando ya Cortés había rebasado los cincuenta y estaba cerca de retirarse a sus posesiones de Cuernavaca. Esta expedición demostró que la Baja California era una península y no una isla, como se creía, aunque el dilema se reprodujo más tarde, hasta que lo despejó definitivamente el jesuita padre Kino en una exploración terrestre.

Con esta terminan las expediciones de Hernán Cortés. Como escribió Álvaro del Portillo, eximio investigador de los albores de California, antes de consagrarse a su vida religiosa, «gracias a los trabajos del insigne e infatigable conquistador de México, se había descubierto la costa de California, quedando el camino abierto para futuras expediciones. Mucho más de lo que la Hacienda adeudaba a Cortés, le debe California».

### El primero en California: Rodríguez Cabrillo

Preparado el terreno hacia California por Hernán Cortés, el primero en acceder a esta tierra desconocida será el navegante portugués al servicio de España Juan Rodríguez Cabrillo, lugarteniente de Pedro de Alvarado, compañero de armas de Cortés y uno de los grandes protagonistas de la famosa *Noche Triste*, cuando, según la leyenda, dio un salto de diez metros apoyándose en una pértiga sobre el lago de Tenochtitlan para salvar la vida, el famoso *Salto de Alvarado*.

Cabrillo partió del puerto mexicano de Navidad en 1542 con dos naves, dobló el extremo sur de la península de Baja California y ascendió por la costa pacífica, alcanzando primero la isla de los Cedros, arribando después al que será su episodio más relevante y por el que es conocido: la bahía de San Diego, «un puerto muy bueno y seguro». Continúan el viaje y, tras cruzar por las islas del canal de Santa Bárbara, llegan a la actual ciudad del mismo nombre.

Comienzan a sufrir los embates de lo que será una constante en las sucesivas expediciones españolas por los mares californianos: el viento, que separa a los navíos, y vuelven a juntarse en la bahía de Monterrey, que llaman de los Pinos. Tras una larga estancia en San Diego resguardados de los vientos invernizos, comienzan las verdaderas desventuras: Cabrillo se fractura un brazo en una playa



rocosa, y, como es frecuente en heridas producidas en el medio marino, la herida se gangrena y Cabrillo muere.



*El primero en pisar la tierra de California fue Juan Rodríguez Cabrillo en 1542.*

Había nombrado sucesor a su segundo, el piloto Bartolomé Ferrelo, que continúa remontando hacia el Norte, bautiza el cabo Mendocino en homenaje al virrey Mendoza, pasa por delante de la portentosa bahía de San Francisco, sin descubrirla, y llega hasta los 42°, en el estado de Oregón, donde los vientos lo fuerzan a regresar. Han sido los primeros europeos en haber pisado las costas de California. Los mapas levantados por Cabrillo y sus pilotos fueron guardados en secreto por el virrey Mendoza, y el interés español por California decayó, hasta que las expediciones piráticas de Drake y de Cavendish, que progresaron por la costa pacífica, tomaron datos y apresaron barcos españoles —entre ellos, el Galeón de Manila *Santa Ana* con una fortuna a bordo—, reavivaron el interés de la Corona española por explorar y asegurar los territorios del Noroeste, la inédita costa californiana.

## EL ESTRECHO DE ANIÁN

Desde que Fernando de Magallanes mantuvo que existía un estrecho en América del Sur para pasar del Atlántico al Pacífico, convenció a Carlos V para que aprobara una expedición para demostrarlo y probar que era cierto y que el citado paso existía, las naciones europeas, y particularmente Inglaterra y España, aventuraron que

también en el Norte tenía que existir un canal que comunicara ambos océanos y permitiera llegar por un camino más corto a Asia y a las islas de las Especias.

Inglaterra buscó el que llamó *Paso del Noroeste* por el Este, sucediéndose las expediciones para hallarlo, aunque también España lo intentó, en particular, Pedro Menéndez de Avilés, el colonizador de la Florida, que quiso instalar una base en la bahía de Chesapeake, que suponía el inicio del llamado por los españoles *estrecho de Anián*. Pero, en conversaciones con Urdaneta, el descubridor de la ruta del tornaviaje por el Pacífico lo convenció de que, de existir el paso, este se situaría mucho más al Norte, de modo que Menéndez desistió del proyecto.

Desechado el frente del Atlántico, se buscó por el frente del Pacífico. Hernán Cortés, con su clarividencia y proyección habituales, tras la conquista de México, despachó a su costa varias expediciones para explorar la costa pacífica y encontrar el paso. Y más adelante, uno de los motivos de España para asentarse en California, junto con la evangelización de los nativos y frenar el avance ruso, fue buscar el famoso *estrecho de Anián*.

Pasaron los años, se sucedieron las expediciones y el pasaje no aparecía, todo lo más, golfos y bahías que, tras adentrarse profundamente en tierra, morían en la inmensa amplitud de América del Norte, un continente que se ensancha en el norte y se estrecha en el sur. El Gobierno de Inglaterra ofreció una suma fabulosa a quien localizara el estrecho, y el propio capitán Cook se lanzó en su búsqueda violando la teórica soberanía española sobre la costa de California. Por parte española, no dejaron de rastrearlo las sucesivas expediciones enviadas hacia el norte por la ruta californiana, algunas en tiempos tan tardíos como la de Malaspina.

Solo los métodos de detección modernos pudieron confirmar que no existía el Paso del Noroeste por el Este ni por el Oeste. Aunque, a decir verdad, sí existía, solo que tenía que llegar el cambio climático actual para desvelarlo. El calentamiento global ha liberado buena parte de los hielos árticos, abriendo a la navegación el camino marítimo entre los dos océanos.

#### Pastores, vaqueros, ciboleros: los oficios del ganado

Tres fueron los oficios ganaderos principales en el septentrión hispano, cada uno con su propia personalidad, derivada de las características de cada especie. El cuidado de las ovejas, animal gregario, dócil y dependiente del hombre, generó el tipo del pastor, hombre solitario, cerrado, esclavo en todo momento del rebaño, caminador a pie, contemplador en el retiro de su

silencio del rutinario pasar de los días.

Nunca fue el de pastor oficio propio de los extravertidos y comunicativos andaluces. Los pastores que en la Península ibérica practicaban la trashumancia no eran del sur, sino serranos, de las montañas del Norte, y curiosamente los más famosos pastores de Norteamérica tampoco fueron andaluces, sino vascos, que durante un siglo trashumaron por los pastos libres de California, Oregón o Wyoming, siempre en litigio con los agricultores y ganaderos estables, que acabaron ganando la partida, logrando excluir a los pastores nómadas.

El manejo del ganado vacuno se prestaba mucho más a la idiosincrasia andaluza, la dominante en las Américas, pues las primeras oleadas colonizadoras procedieron del Bajo Guadalquivir, y ellas esculpieron para siempre la personalidad de las gentes de la América hispana. La vaca es el animal más individualista y bravío, que no requiere atención continua, sino ocasionales pero intensos trabajos, como el hierro, el rodeo, la conducción a los mercados, y siempre a caballo, todo ello muy del agrado de las gentes del Sur, que repudian la rutina y la uniformidad. El escritor Josiah Gregg, al contemplar el trabajo de los vaqueros hispanos, dejó constancia de la admiración que le produjeron:

Están montados sobre rápidos y bien entrenados caballos, y en el manejo de los animales consiguen muchas sorprendentes hazañas.

Pero el gran alarde de pericia y agilidad estriba en su diestro uso del lazo o lareat, que está hecho usualmente de pelo de caballo.

El tercero de los grandes oficios ganaderos del Norte fue el de los ciboleros, los cazadores de bisontes, una práctica que deriva de los campos de las marismas béticas, donde los jinetes alanceaban jabalíes a caballo. La caza del cóbilo, animal salvaje, sumamente fuerte, veloz y peligroso, reunía el máximo de los ingredientes del gusto de las gentes hispanas herederas de las andaluzas: ser una actividad de una marcada temporalidad, y que además combinaba destreza, riesgo y diversión, todo ello en elevadas dosis.

Llegada la primavera, los ciboleros iniciaban su campaña, acudiendo con sus caballos a las llanuras del bisonte, donde a lo largo de seis meses se empleaban a fondo en su caza. Un grupo compuesto por varios jinetes se acercaba a la manada. Con gran habilidad y en el filo del máximo peligro, conseguían ir desprendiendo a los animales del grueso, hasta lograr aislar a un ejemplar adulto. Mientras varios jinetes cortaban la carrera del bisonte por uno de sus costados, impidiéndole reunirse con el rebaño, el alanceador, siempre a todo galope, se colocaba al otro lado, y a plena carrera lo alanceaba al modo de los rejoneadores, dando con él en tierra.

Luego secaban al sol el cuero y la carne, regresando con el otoño a sus cuarteles provistos de grandes cantidades de tasajo o carne seca, el popular *charqui*, y con abundante número de pieles, todo lo cual partía de inmediato rumbo al sur, en las carretas del Camino Real de Tierra Adentro, vendiéndose en el mercado de Chihuahua.

## La exploración de Cermeño

La depredación de Drake y la posterior de Cavendish de 1587, que

se apoderó del Galeón de Manila, demostraron la fragilidad de la fachada pacífica americana y alarmaron a las autoridades españolas, que vieron en peligro real sus plazas y posesiones de este litoral. Y si en el frente sudamericano reforzaron las defensas costeras y pusieron en marcha la *Armada del Sur*, en el Norte se decidió volver la vista a la desconocida y desprotegida Alta California, una tierra de nadie que podía caer fácilmente en manos extranjeras, como se había comprobado.

Para evitarlo, se comisionó a Rodrigo o Rodríguez Cermeño, capitán del Galeón de Manila, para que, a la vuelta del largo viaje desde Filipinas a bordo del San Agustín, bojeara por el litoral californiano y reconociera sus cabos, ensenadas y bahías, como primera medida para señalar emplazamientos adecuados para una eventual ocupación española que asegurara los viajes de vuelta del Galeón.

Así lo hizo Cermeño, avistando en 1595 la costa californiana al norte de San Francisco, donde una tormenta deja maltrecho el barco y lo obliga a desembarcar, decidiendo construir una embarcación de escaso porte y más maniobra, para poder explorar la costa en aguas poco profundas. Una decisión que será providencial más adelante, cuando otra gran tormenta acabe por dismantelar al San Agustín entre los rompientes, y la tripulación ha de acomodarse como puede en la pequeña *San Buenaventura*, costeanado con ella hacia el Sur y negociando o combatiendo con los nativos, según el talante de cada tribu.

Aun así, Cermeño examina y va registrando cada accidente según tenía encomendado, pasando por las bahías de San Francisco y de Monterrey, que juzga adecuadas para futuros asentamientos. El hambre y la sed hacen estragos entre los tripulantes, alimentándose de bellotas, maíz y lobos marinos, y, en una ocasión, de un gran cetáceo varado y herido entre las rocas, que los proveyó de sustento largo tiempo.

La tripulación está deseosa de encarar directamente el rumbo del destino, pero el solvente Cermeño continúa tomando datos fidedignos de los accidentes. Finalmente, llegan al puerto de Navidad en Nueva España, y, aunque su viaje fue negativamente valorado en un primer momento debido a la pérdida del galeón, más adelante se le redimió, debido a lo valioso de los registros aportados a partir del escrutinio de la costa, imprescindibles para los navegantes posteriores, como también fue tenida en cuenta su observación de que el reconocimiento de la costa californiana no debía hacerse con barcos de gran tonelaje, como los galeones, sino con otros más ligeros que pudieran manejarse con facilidad. A partir de entonces, las expediciones a la Alta California se abordarían a la

## La música

La rica música folclórica que puede escucharse en todo el suroeste de Estados Unidos ahonda sus raíces en el romance español, muy popular en tiempos del descubrimiento de América. Mediante él, los trovadores amenizaban fiestas y romerías narrando musicalmente, y con una melodía muy simple, los acontecimientos de la época, de modo que el romance equivalió a los periódicos de hoy.

Los romances viajaron en los navíos de la colonización americana y, a través de medios diversos, como las carretas del Camino Real de Tierra Adentro, pasaron al norte de la Nueva España, la tierra de frontera, donde alcanzaron idéntica popularidad que en la Península ibérica y sirvieron para aliviar el profundo aislamiento de la frontera. Los más repetidos fueron *Delgadina* y *Gerineldo*. El primero narra el intento de amor incestuoso entre un padre y su hija, que lleva a esta a morir encerrada por no dar su consentimiento. Y Gerineldo cuenta la historia del paje que fue requerido por la hija de Carlomagno.

Hubo romances amorosos, satíricos, burlescos y también infantiles, como *Don Gato*, el preferido por los niños de la época colonizadora, el suceso del gato que, por impaciencia para agarrar su presa, cae de lo alto y se fractura una pata, para regocijo de los ratones.

Pero el romance, al entrar en contacto con el Nuevo Mundo, sufrió hondas transformaciones, que afectaron tanto a su nombre como a su estructura musical, aunque en sus múltiples variantes siempre sigue reconociéndose la del viejo romance español. En México se hizo muy popular el *corrido*, que encontró una formidable fuente de inspiración en los sucesos de la Revolución. Mientras que el *corrido* fue utilizado para narrar hechos épicos o trágicos, la balada, más íntima, se empleó para los sucesos amorosos. En cuanto a la décima, fue definida en su estructura rítmica por Vicente Espinel en sus espinelas, y tiene la virtud de facilitar la improvisación espontánea al compositor, por lo que devino muy popular en los enfrentamientos musicales.

En las caravanas del Camino de Tierra Adentro viajaban siempre trovadores, maromeros y copleros, que amenizaban el campamento nocturno, narrando con sus versos musicales, generalmente décimas, los eventos acaecidos en la marcha. Y cuando se cruzaban dos convoyes en la soledad del camino, era frecuente que sus jefes, los mayordomos respectivos, organizaran desafíos en los que los copleros se contrapunteaban unos a otros, brillando entonces su alta capacidad de improvisación. Hubo troveros muy famosos, como Chicoria, el Viejo Vilmas, el Pelón...

En Nuevo México y su entorno, las canciones de origen ibérico conocieron sus propias adaptaciones, como *el cuando* y *la indita*, derivaciones también del romance, que incorporan elementos indígenas y que pueden oírse en las celebraciones novomexicanas actuales. Las canciones religiosas de los Alabados, aunque extendidas por toda Iberoamérica, en el Suroeste gozaron de una predilección extraordinaria, del mismo modo que los villancicos navideños. Aún se interpretan, al igual que *Las Mañanitas*, que nunca falta en las celebraciones hispanas.

Este enigmático personaje fue, sin saberlo, uno de los grandes instigadores de la búsqueda del estrecho de Anián en el siglo XVIII, en especial, por parte de Inglaterra, que dio pábulo a lo publicado por Samuel Purchas en su obra de viajes de 1625, en la que narra el supuesto hallazgo de un paso entre el Atlántico y el Pacífico, descubierto supuestamente en 1592 por un tal Juan de Fuca.

Este Fuca era un griego de Cefalonia llamado propiamente Apostolos Valerianos, y, según algunos, habría adoptado el apellido Fuca tras servir a los poderosos banqueros Fugger, los *Fúcares*, pasando al servicio de España y sirviendo como marinero o piloto en numerosas expediciones en el virreinato de Nueva España y el Pacífico. Formó parte de la infortunada tripulación del Galeón de Manila que fue interceptado y saqueado por el pirata Cavendish, siendo abandonado en la costa de la Baja California. Luego pilotó una expedición en busca del estrecho de Anián, que afanosamente estaba buscando Inglaterra, y con la cual pretendía España adelantarse, pero una rebelión a bordo abortó la empresa.

Después de eso recibió del virrey de Nueva España el mando de una pequeña carabela para repetir la malograda expedición, y fue entonces donde, según las crónicas, habría encontrado el afamado paso. De acuerdo con el propio relato de Fuca, se situaba sobre los 47º de latitud norte, donde se abría una gran bahía en forma de triángulo, que penetraba profundamente hacia el Noreste. Por ella se adentró el barco de Fuca, navegando durante veinte días hasta desembocar en el otro lado, en el mar del Norte, y, cumplido el objetivo, regresó a la base de Acapulco.

Entregó el mapa de su hallazgo en la Casa de la Contratación de Sevilla y reclamó la recompensa prometida por el virrey, quien no debió conceder demasiado crédito al hallazgo. Fuca acudió entonces a la corte española para tratar de ser recompensado por Felipe II, con idéntico resultado, por lo que marchó a Italia para tratar de vender su descubrimiento al mejor postor. Allí trabó contacto con un viajero inglés, Michael Lok, a quien la noticia debió parecer sensacional, pues habría entregado un anticipo a Fuca por la revelación, y escribió a varios personajes ingleses, entre ellos, Walter Raleigh, para que enviasen dinero para llevarse con él a Fuca a Inglaterra y convencer a la Armada británica para comprobar el descubrimiento, cuyo secreto estaba en manos del propio Fuca. Al no recibir los dineros, Lok regresó a Inglaterra para movilizar en persona la empresa, pero poco después se supo que Juan de Fuca había muerto.

Desde entonces la historia quedó sepultada en el olvido, hasta

que reaparece en la obra de Purchas en 1625. Se reabre el interés, y el Parlamento inglés ofrece una fuerte recompensa para quien descubra el paso de Fuca, y, aunque se sabe de alguna expedición en su busca, no se concretó hallazgo alguno.

En 1787 se produjo el descubrimiento de la entrada del famoso paso, a cargo de William Barkley, quien a bordo del *Imperial Eagle* encontró la entrada descrita doscientos años antes. Los navegantes españoles habían pasado varias veces delante de ella en sus reconocimientos por la costa de California, y, del mismo modo que la bahía de San Francisco, había quedado oculta por las nieblas. Esteban Martínez, acreditado marino de largo historial en las navegaciones californianas, informó haber visto una gran entrada en la latitud 48° 30'. Fue bautizada con el nombre de su presunto descubridor, Juan de Fuca —nombre que conserva—, pero quedaba en eso, en un mero entrante marítimo, y al cabo del tiempo vino a dar la razón a las autoridades españolas, que no dieron crédito suficiente a las noticias fabulosas traídas por el aventurero griego.

### El mapa de Sebastián Vizcaíno

El interés por el registro geográfico de la Alta California se reanudó tras el nombramiento como virrey de Nueva España de don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, quien recibe en 1599 del rey Felipe III una cédula ordenando continuar la exploración de la costa californiana desde San Diego al cabo Mendocino, trazando mapas fidedignos y localizando puertos y abrigos que pudieran servir de puntos de abastecimiento a los galeones de la ruta Manila-Acapulco, y también como puestos de defensa contra posibles tentaciones de ocupación por parte de otras potencias europeas.

Como jefe de esta expedición fue nombrado Sebastián Vizcaíno, de origen extremeño y acreditado como un extraordinario marino y comerciante, con muchas singladuras a sus espaldas. En 1602 parte con una pequeña flota de tres naves, que de inmediato encuentran la dificultad de los vientos contrarios, tan característicos de estas costas. Alcanzan la bahía de San Diego y a partir de aquí se aplica Vizcaíno al registro minucioso y cartográfico del litoral.

En la bahía de Monterrey (así bautizada en honor al virrey), que califican como muy favorable para un posible emplazamiento permanente, Vizcaíno oye la opinión de los mandos de la tripulación. Esta se halla maltrecha por el escorbuto, han muerto varios, otros muchos están enfermos y falta el alimento. Decide pues que la nao capitana regrese a Nueva España, mientras las otras

prosигuen la derrota prevista, pasando por delante de la gran bahía de San Francisco y llegando al cabo Mendocino, 350 km más al Norte, sin dejar de dibujar la geografía de la costa y de bautizar sus accidentes, por más que las condiciones de los hombres eran cada vez más penosas:

Toda la tripulación estaba enferma, y solo un par de marineros estaban en condiciones de subir a los palos para aferrar velas. De vuelta de Mendocino entramos de arribada en la ensenada de Monterrey. Nos encontrábamos sin medicinas ni vituallas, con la excepción de cecina y galleta podridas y judías y garbanzos agusanados. Todos teníamos la boca llena de llagas y las encías inflamadas, hasta el punto de casi no poder beber agua. La mayor parte de la tripulación ha perecido.

Tras la expedición de Vizcaíno, el interés de España por la Alta California decae y cesan las navegaciones, una vez que se consideró haber protegido de modo suficiente el frente del litoral pacífico americano desde la entrada por el estrecho de Magallanes, y los valiosos mapas trazados por el marino fueron celosamente guardados en secreto por las autoridades. Pero serían esenciales cuando, ciento cincuenta años más tarde, España reanudara el interés por la Alta California y resolviera ocuparla de modo efectivo. Como ha señalado Álvaro del Portillo:

Desde un punto de vista estrictamente geográfico, logró demarcar las costas de California, llevó a cabo una buena descripción planimétrica conforme a la época y estableció su toponimia. Exploró, además, la bahía de Monterrey e informó de las posibilidades de la de San Diego. No llegó en cambio a descubrir la bahía de San Francisco. La exploración del río Santa Inés hizo renacer la preocupación por el paso de Aníán. Por eso se originó la confusión de los cartógrafos, durante casi dos siglos, al dibujar el noroeste de América.

#### Estereotipos de dos caracteres

Aunque ambas civilizaciones, hispanos y anglosajones, llegaron a América con el prurito de la pureza de sangre, los segundos lo llevaron hasta el terreno físico y no se mezclaron con la raza india, y los primeros lo reservaron para el plano religioso, no teniendo inconveniente en desarrollar un intenso mestizaje con los indígenas.

Otra diferencia notable radicó en el sentimiento colectivo e individual.



Los anglosajones gustan de estar sujetos a patrones colectivos, mientras que en los hispanos el sentimiento que prima es el individual, el albedrío personal y diferente de cada uno.

Esto se manifiesta en todos los ámbitos de la vida. Así, los anglosajones son ciegos obedientes de las leyes, que cumplen y no discuten, y para los hispanos las leyes son meras referencias de conducta, interpretables a conveniencia. Un anglosajón a pie nunca avanzaría con un semáforo en rojo, a pesar de que no vinieran vehículos en ningún sentido, y un hispano sí lo haría.

Ese relativismo de las normas se manifiesta de muchas otras formas. Fue famosa en Estados Unidos la sentencia del juez Otero, de origen hispano, quien, ante el cúmulo de precedentes presentados por un abogado, y que, según el modelo anglosajón, hubiera inclinado la sentencia a favor de una de las partes, los rechazó de plano, indicando que este asunto sería juzgado «según los méritos individuales».

Ese acendrado individualismo hispano tiene múltiples facetas: en las corridas de toros, donde se produce la conocida división de opiniones; en los deportes, pues los hispanos no destacan como equipo, sino siempre en las competiciones individuales, y su prestación no es segura e infalible, sino que depende de las circunstancias «hay días en que uno no está para nada».

El anglosajón es un mundo uniforme, de patrones globales, de escasa diversidad. En el ámbito hispano cada persona es un mundo en sí mismo. Ese individualismo lo lleva a confiar en sí, y a desconfiar de las organizaciones sociales. De ahí que la llamada sociedad civil esté muy desarrollada en el mundo anglosajón y escasamente en el hispano.

La actitud ante el trabajo es diametralmente opuesta en una y otra cultura. Para el anglosajón, el trabajo es un fin en sí mismo; para el hispano, un medio. Vivir para trabajar o trabajar para vivir. Para el primero es inconcebible no hacer nada, y el hispano está perfectamente *veriwelleando*, esto es, no haciendo nada, simplemente dejando pasar el tiempo. Y por eso algunos angloamericanos llamaron a algunas regiones del oeste «la tierra del mañana», porque sus habitantes siempre estaban dispuestos a trabajar... mañana. Y la palabra que define al hispano ante el trabajo es la *improvisación* y al anglosajón la *organización*.

La noción del tiempo es otro de los factores diferenciadores. Existiendo pasado, presente y futuro, al anglosajón le ocupan y le preocupan los tres momentos, pero el hispano tiene olvidado el pasado, desconoce el futuro («Mañana Dios dirá»), y solo le ocupa, que no le preocupa, el presente. En el momento del contacto en el Oeste entre las dos culturas, sorprendió a unos angloamericanos que, siendo inminente el invierno, un hispano no tuviera ya apilada y dispuesta una buena reserva de leña. A su pregunta respondió este que la leña la recogería en invierno, que es cuando se necesita, y no antes. Por tal razón, el hispano, desprovisto de la inquietud por el porvenir, goza plenamente de cada instante de la vida, de ahí su vitalidad.

La comunicación entre unos y otros es un nuevo elemento de disparidad. El anglosajón tiende al aislamiento, y el hispano, en cambio, al contacto continuo con los demás. Esto se manifiesta en la calle, en la plaza, que bulle de gentes, mientras que en el mundo anglosajón las personas se recluyen en sus casas o en sus automóviles. Basta cruzar la frontera de la mexicana Ciudad Juárez a la norteamericana El Paso para comprobarlo. Aquella es un ruidoso hervidero humano de paseantes; esta, un silencioso mundo de invisibles seres recogidos en el habitáculo de sus coches. Y cuando los angloamericanos ocuparon el Suroeste, quedaron sorprendidos por la

amabilidad, hospitalidad y generosidad de los pobladores hispanos.

En definitiva, dos mundos, dos filosofías de vida, dos maneras de entender la vida absolutamente divergentes.

## Porter

La nómina de los pioneros españoles en California no estaría completa si no mencionamos al aragonés Pedro Porter de Cassanate, de origen hidalgo, quien destacó en el cumplimiento de compromisos como marino de guerra al servicio del rey, por lo que fue acumulando méritos y nombramientos.

Porter escribió una memorable página en la historia de California, donde primero estuvo interesado en el negocio de la obtención de perlas, en el que estuvieron involucrados otros españoles. Pero a Porter, más que las perlas, le interesaba la aventura, y así ordenó la construcción con sus propios medios de varios navíos en unos astilleros de su propiedad en la costa pacífica de la Nueva España. Mas, como le había ocurrido a Porter años atrás, las instalaciones sufrieron un incendio provocado por rivales comerciales en el asunto de las perlas, a resultas del cual todo quedó destruido. Pero también al igual que el conquistador de México, Porter reanudó los trabajos al día siguiente, aprestó las naves y realizó un primer viaje por el estrecho marítimo de la Baja California, una vez más buscando el mítico estrecho de Anián, la supuesta conexión entre el Atlántico y el Pacífico.

Frustrada la primera expedición, organiza una segunda en 1649 por el mar de Cortés, y, aunque ya Francisco de Ulloa había demostrado un siglo antes que la Baja California no era isla, sino Península, la duda había vuelto a asaltar a esta nueva hornada de exploradores, Porter incluido, en su deseo de que, siendo isla la Baja California, los galeones de Manila pudieran embocarse por el estrecho mar, quedando protegidos de los ataques piráticos en el Pacífico abierto.

Las pésimas condiciones atmosféricas le impidieron despejar la incertidumbre, y, sintiéndose ya mermado de fuerzas tras tantos azares como había vivido, decide abandonar las exploraciones y regalar sus barcos a la Corona. Es nombrado entonces Capitán General del Reino de Chile, cargo al que aplicó su proverbial energía y capacidad durante cuatro años, sorprendiéndole la muerte cuando ya había pedido su definitivo retiro. Álvaro del Portillo dedica encendidos elogios a la figura de Pedro Porter, describiéndolo como «hombre de gran valor personal al servicio de

la patria, dando pruebas de una entereza de ánimo poco común. Fue magnánimo y desinteresado».

### La decisión real de ocupar la Alta California

Tras la expedición de Vizcaíno, la costa norteamericana del Pacífico entró en un largo período de abandono y soledad, olvidada tanto por España como por las demás naciones europeas, y tan solo buscadores privados de perlas se interesaron por ella, como el tenaz aventurero Pedro Porter, que tomó numerosos datos y muestras del litoral.

Pero el acceso al trono español del gran reformador Carlos III habría de cambiar el rumbo de California. Entre las medidas que adoptó para devolver a España el puesto de gran potencia internacional que por sus posesiones coloniales le correspondía, se incluía la reforma integral de la administración indiana. A tal efecto nombró a José de Gálvez en 1765 como visitador general del virreinato de Nueva España, quien decidió impulsar la presencia de España en el norte del virreinato. Para ello encomendó al marqués de Rubí la inspección del sistema defensivo en el Norte, con la revisión de todos los presidios, junto con el ingeniero Nicolás de Lafora.

Dos años duró esta visita, que culminó con importantísimas reformas para el futuro de California, entre ellas, el establecimiento de una línea única de presidios a lo largo de toda la frontera, que distarían entre sí unos 160 km; la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas, a fin de dotar al septentrión español de más peso y de autonomía de funcionamiento, y la elección de un puerto en la costa occidental de Nueva España, que habría de servir como base para proyectar la colonización española al Norte, hacia el territorio de la Alta California, donde ya se insinuaban claras apetencias por parte de otros países europeos.

El lugar elegido fue el puerto de San Blas, desde entonces plataforma fundamental para la progresión española hacia el Norte. No era, desde luego, un emplazamiento idóneo, pues, sobre ser pequeño y plagado de mosquitos, las corrientes y mareas tendían a cegararlo con continuos aportes de arenas. Innumerables veces se estudió su traslado, pero las fuertes inversiones realizadas en él y la inexistencia de una alternativa mejor consolidaron al incómodo San Blas como el puerto permanente para el abastecimiento de la Alta California.

Otra de las medidas que adoptó Gálvez fue la designación de un

presidente para las misiones de California. Era preciso que fuera alguien no solo con probada vocación evangelizadora, sino con empuje y talento organizativo. Gálvez no pudo elegir con más acierto cuando nombró para ello al mallorquín fray Junípero Serra.

### *La Santa Expedición*

Así fue llamada la expedición que suponía el salto de España a la Alta California y que José de Gálvez preparó con su habitual minuciosidad. Para ello se puso en contacto con Junípero Serra, que regía las misiones de la Baja California. Con él diseñó un plan para fundar cuatro misiones en California, desde San Diego hasta la lejana Monterrey, como avanzadilla de la penetración española. El capitán de la expedición sería el catalán Gaspar de Portolá, y Junípero Serra, el director de la vertiente religiosa.

Gálvez dispuso una expedición a la vez terrestre y marítima, con tres barcos y dos grupos, todos los cuales serían abastecidos desde la base de *San Blas*. Desde el primer momento los barcos tuvieron graves problemas: el *San José* se perdió en el mar y el *San Carlos* partió con gran retraso debido a averías, siendo el *San Antonio* el primero en arribar a San Diego. Los tripulantes del *San Antonio*, afectados de escorbuto, llegaron en condiciones lamentables y esperaron la llegada de los expedicionarios terrestres.

El 16 de julio de 1768 se fundó solemnemente la misión de San Diego. El *San Antonio* vuelve a San Blas por provisiones, habiendo muerto ya todos los tripulantes del *San Carlos*. Y Portolá parte por tierra en busca de Monterrey, en compañía del capitán Rivera, el teniente Fages y veinticinco soldados. Llevan los mapas levantados por los navegantes precedentes, en especial, los de Sebastián Vizcaíno. Pero, cuando llegan a la latitud estimada, en la punta de Pinos, no logran identificar la bahía de Monterrey, por lo que siguen hacia el Norte, teniendo un inesperado encuentro con varios osos que cerraban el camino, de los que cazaron algunos para alimentarse, y bautizando el lugar como Cañón de los Osos.

A la altura de la bahía de San Francisco, que encuentran de modo casual, comprenden que se encuentran mucho más al norte de Monterrey y acuerdan dar la vuelta. Una vez más pasan por delante de Monterrey sin localizarlo y el regreso a San Diego es trágico, con tales penurias de alimentos que han de comerse las mulas por el camino.

Serra no acepta las explicaciones sobre el aparente desvanecimiento de la bahía de Monterrey, ni los pretendidos

movimientos mareales que la hubieran cegado. Portolá acepta hacer un nuevo intento, aunque la situación en San Diego es crítica, pues no llega el *San Antonio* con las provisiones prometidas. Cuando Portolá está a punto de dar la orden de regreso a San Blas, aparece el *San Antonio* en el horizonte, el día de San José. Con esta favorable señal se reemprende la tentativa de localizar Monterrey, y parten a la vez un barco con el propio Serra y una compañía por tierra con Portolá, Fages y el padre Crespi.

Esta vez, la anhelada bahía de Monterrey es fácilmente localizada desde el mar, en el preciso lugar indicado por Vizcaíno, y donde había rastreado el propio Portolá. El 3 de junio de 1770 se fundan el presidio y la misión de San Carlos Borromeo, llamada luego *Carmelo*. Aquí instalaría Junípero Serra su cuartel general definitivo, y, mientras en México se celebraba el éxito de la expedición californiana, Gaspar de Portolá, con la misión cumplida, embarcaba en el *San Antonio* y no regresaría a la Alta California.

### Junípero Serra

Había nacido en Petra, en la isla de Mallorca, y su voluntad quedó reflejada desde los 16 años, cuando ingresa en la orden franciscana y logra sobreponerse a una naturaleza enclenque y enfermiza. En Baleares destaca como teólogo y filósofo, pero su ambición es acudir a las Indias para convertir infieles, un deseo que empieza a cumplirse cuando es enviado a evangelizar en el noreste de Nueva España.

Pero su gran hora llegaría cuando fue nombrado por José de Gálvez Presidente de las misiones de la Baja California, como plataforma para el avance misionero sobre la Alta California. Acompañó a Portolá en la *Santa Expedición*, y allí hizo gala de su férrea determinación: una antigua herida se le recrudece en la marcha hasta el punto de impedirle cabalgar, pero se niega en redondo a ser devuelto a la base, y puede continuar gracias a un precario remedio casero.

Desde su cuartel general de la misión de San Carlos Borromeo desarrolló en dieciséis años una impresionante actividad apostólica, viajando por el territorio y fundando sucesivas misiones a lo largo de California: San Gabriel, San Luis Obispo, San Antonio, Santa Clara, San Francisco, San Buenaventura...



*A la labor misionera de Junípero Serra se debe que las razas nativas hayan sobrevivido hasta hoy en California.*

Fue hombre de grandes cualidades humanas. A los frailes que él distribuía por las misiones recomendaba infinita paciencia en su trato con los nativos. Y comprendía las muestras de debilidad de los padres, sus flaquezas y sus desánimos ocasionales. Pero él no tuvo piedad consigo mismo, consagrando todas sus horas a la tarea de la expansión misionera en aquellas tierras remotas y difíciles. Nunca, ni en la cercana muerte, lo abandonaron el entusiasmo y la voluntad. Recorría una y otra vez las misiones inspeccionando la labor, llevando orientación y ánimo a los misioneros, repartiendo directrices. Y todo en un territorio remoto en extremo, falto de noticias y de contacto con el mundo civilizado, cuyo acceso desde México requería no menos de dos meses de navegación.

Junípero Serra fue, por otra parte, un hombre de gran carácter; de no serlo, nada hubiera conseguido España en California. Para él, lo único importante en la penetración española era la labor misionera, y consideraba que el poder civil debía estar subordinado a esta finalidad. Y esa intransigencia le haría tropezar repetidamente con las autoridades, sin doblegarse nunca. Con el gobernador Fages mantuvo un enfrentamiento sostenido, pues, como responsable político de la región, tenía otras obligaciones,

más allá de la guarnición militar de las misiones, para Serra el único destino que podía asignarse a las tropas. Esta y otras desavenencias lo llevaron a viajar a México, entrevistarse con el virrey y lograr el relevo de Fages, amén de lograr varios privilegios adicionales para las misiones.

También chocó con otro gobernador, Felipe de Neve, quien publicó un reglamento que pretendía que las misiones se ocuparan tan solo de lo espiritual, dejando lo temporal en manos civiles, a lo que se opuso radicalmente Serra, quien siempre defendió la autonomía absoluta de las misiones y el control de todos sus aspectos, sin interferencias burocráticas, lo que en gran medida consiguió.

Pocos días antes de morir, a su edad avanzada seguía visitando e impulsando sus queridas misiones. Este batallador incansable rindió al fin la vida en la misión de San Carlos. Durante las honras fúnebres, los barcos anclados en el puerto disparaban un cañonazo cada media hora, siendo respondidos por las baterías del presidio. A partir de entonces no dejó de crecer la memoria y la figura de fray Junípero Serra, el conquistador espiritual de California, canónizado en el año 2015.

### El reformador Neve

El año 1777 marca un nuevo punto de inflexión en el devenir de California, con varios acontecimientos de importancia. José de Gálvez había sido nombrado ministro de Indias, y, como conocedor de la región, impulsa la colonización de California. Se nombra a Neve gobernador, y Teodoro de Croix estrena el cargo de Comandante General de las Provincias Internas, que abarca todas las tierras del septentrión de la Nueva España, lo que trasluce el renovado interés de la Corona en la posesión de unos territorios que ya ambicionan claramente otras naciones europeas.

Además, la capital de California se traslada desde Loreto a Monterrey, y el nuevo gobernador Neve recibe la orden de establecer nuevas misiones en el canal de Santa Bárbara y en el área de San Francisco, además de impulsar el desarrollo agrícola y ganadero de la provincia. En cumplimiento de ello se funda el poblado de San José y, con tan solo once familias procedentes de la Baja California, el pueblo de Nuestra Señora Reina de los Ángeles, más conocido después por Los Ángeles.

Neve y Serra eran hombres de fuerte personalidad que estaban destinados a chocar. Nada más llegar a la gobernación, Neve

solicitó un informe sobre el estado de las misiones, que Serra negó alegando que ya se enviaban informes anuales al virrey a través de la orden. Y luego siguieron otros muchos motivos de disputa: los viajes fuera de California de los misioneros sin contar con el permiso de las autoridades; las confirmaciones que hacía Serra utilizando dispensas papales que Neve no reconocía; la fijación de precios oficiales a los productos que vendían las misiones, que los frailes consideraban insuficientes. Discrepancias que en general supo vencer la contumacia de Serra.

Pero el motivo de conflicto más agrio fue el famoso Reglamento e Instrucción para los presidios de la península de California, erección de nuevas misiones, fomento del pueblo y extensión de los establecimientos de Monterrey. Neve juzgaba que las misiones no estaban cumpliendo bien su papel de integrar plenamente a los indios en la cultura hispana, haciéndolos capaces de funcionar autónomamente como pueblos, una vez vencidos los diez años de su puesta en funcionamiento.

El Reglamento pretendía, en una palabra, secularizar progresivamente las misiones, para lo cual los padres habrían de ser uno en vez de dos, debían ser nombrados alcaldes y regidores entre los propios neófitos de las misiones para entrenarlos en la plena vida civil, y el control de los asuntos temporales debía dejar de ser ejercido por los misioneros, que se ocuparían solo de la parte espiritual.

Es de suponer la reacción de Junípero Serra y los franciscanos, que, entre otros argumentos, opusieron la soledad y el desamparo en que se verían los misioneros si solo quedaba uno al frente de la misión. La orden, con Serra a la cabeza, llegó hasta el rey en la negativa tajante a su pérdida de poder en las misiones, pero Serra no viviría para ver el triunfo de las tesis de los religiosos.

### Costumbres y tradiciones

Como tantas otras cosas de la cultura hispana, antiguas costumbres han quedado enraizadas en las áreas más tradicionales del ámbito español, como Nuevo México y sur de Colorado.

Muchos de estos usos se hallan ligados a los acontecimientos biológicos. Así, el matrimonio, objeto de especial preparación a través del *prendorio*, alusivo a la preciosa prenda que se daba, la esposa, y la *entrega* de novios, en la que la comunidad participaba como fórmula sustitutoria del casamiento por los sacerdotes, tan escasos siempre en la frontera.

Por descontado que tanto el *prendorio* como la *entrega*, y no digamos la propia boda, se celebraban con su correspondiente festejo, en el que la comida, la bebida, la música y el baile eran elementos imprescindibles.



Las mujeres preñadas estaban sujetas a *antojos*, y el bautismo también se festejaba por todo lo alto, proveyendo todos con el *canastillo*, repartiendo los padrinos monedas, las *dádivas*, y poniéndose con frecuencia al nacido el nombre del santo del día. Parte fundamental del bautismo eran los padrinos, de donde surgía la institución del compadrazgo, estableciéndose entre los compadres tan estrechos lazos, que iban más lejos incluso que los familiares propiamente dichos.

La muerte tenía y tiene un lugar señalado en las comunidades hispánicas. No se dejaba al muerto solo, sino que toda la noche se le acompañaba en el velorio, y al camposanto acudían solo los hombres, acompañando al vagón tirado por un caballo, el *eulogio*, con paradas en lugares marcados con cruces y con la ceremonia del *despedimiento*. Tanto el velorio como los funerales eran surtidos con refrigerios preparados por los familiares.

Lo religioso impregnó siempre a las comunidades hispánicas. No faltaban en las casas numerosas imágenes de vírgenes y santos, a los que se les pedían determinados favores. En casos importantes se practicaban velorios especiales toda la noche, invitando a los parientes y colocando al santo en un pedestal, alumbrado por velas de sebo, y con las inevitables colaciones servidas regularmente. Otras veces, imágenes de san Isidro o la Virgen de Guadalupe eran paseadas para implorar la lluvia en tiempos de sequía.

Pero a veces los santos no respondían como se esperaba de ellos, en cuyo caso recibían su sanción: eran colocados de cara a la pared, encerrados en armarios, descolgados al fondo de un pozo, o, en casos extremos, como castigo se arrancaba al Niño de los brazos de la Virgen durante un tiempo.

Es preciso aludir a dos ingredientes que jamás faltan en toda comunidad hispana: la familia y la fiesta. La primera no es la estricta de padres e hijos, sino que se extiende a los abuelos, tíos, sobrinos, cuñados, primos... En cuanto a la fiesta, es cosa de la mayor importancia en el mundo hispano, hasta el punto de que puede afirmarse que en torno a los eventos festivos gira la vida de las gentes de esta órbita cultural. De ahí que no se reduzcan a una celebración que se consuma en un acto, sino que se trata de algo mucho más complejo y ritual, que precisa gran preparación y que puede durar días, incluso semanas, como ocurre con las fiestas patronales. Los grandes festejos oficiales se preparaban —aún hoy— con una prolijidad extraordinaria, con un *mayordomo* encargado de todos los pormenores. Pero, como pudieron constatar con asombro los angloamericanos, cualquier evento, por nimio que fuera, era un buen pretexto para improvisar una fiesta, con su música y su fandango. Y eso es porque el mundo hispánico manifiesta una característica vital que pronto se percibe, la alegría de vivir.

## El prudente Lasuén

Tras la muerte de Serra, asumió provisionalmente la presidencia de las misiones californianas su fiel compañero Francisco Palou, pero pronto se eligió a Fermín Francisco de Lasuén, que gobernó las misiones durante los siguientes dieciocho años. Era de carácter mucho más diplomático y dialogante que el intransigente Serra, y su presencia sirvió para suavizar la tensión reinante entre la

autoridad civil y la religiosa.

No obstante, aunque en tono más sosegado, continuaron los conflictos: por los viajes de los padres, que demandaban escolta en sus desplazamientos, que no siempre podía ofrecérseles; por los precios de venta de los productos de las misiones, tasados por la Corona y que los misioneros consideraban bajos; con los colonos de las tres ciudades civiles, San José, Los Ángeles y Branciforte, que se quejaban de que las misiones tenían mano de obra india gratuita y ellos no podían competir con ellas; y sobre todo porque los sucesivos gobernadores seguían intentando aplicar el Reglamento de Neve sobre secularización de las misiones, con poco éxito.

La naturaleza pacífica de Lasuén no era incompatible con una alta capacidad de gestión, y durante su mandato se erigieron nueve misiones más. La fundación de cada una exigía un delicado trabajo de atracción de los nativos, hechos a la libertad de los campos y reacios a toda suerte de disciplina. Con regalos a los niños iban siendo estos atraídos a la misión, y llegaban luego los adultos, en unos casos, siguiendo a sus hijos; en otros, por curiosidad o por acogerse al amparo de seres tan poderosos. También se sentían cautivados por las gruesas reses de los corrales, por las ovejas, cerdos y gallinas, por los cultivos primorosos, ellos que solo sabían recolectar frutos silvestres.

La misión contaba con iglesia, plaza, casas para los padres y los neófitos, almacenes, corrales, talleres, además de campos para el ganado y la agricultura, y a veces norias y molinos. Las familias dormían juntas, pero en estancias separadas los hombres y mujeres solteros; estas, bajo llave.

Del gobierno de la misión se encargaban dos padres, uno para lo espiritual, otro para las cuestiones temporales. La campana regía la vida misional, y, tras la alborada, los rezos matinales y la primera de las tres comidas calientes diarias, se distribuía a los neófitos en el trabajo, según sus aptitudes, acudiendo unos a las labores agrícolas y otros a los diversos oficios, como carpintería, herrería o talabartería.

La jornada laboral era exigua; por lo común, seis horas en verano y cuatro en invierno, no pudiendo nunca rebasar las siete horas. Quedaba por tanto tiempo sobrado para los juegos, los bailes o los deportes. Los domingos había misa y recreo, y se celebraban con profusión las fiestas religiosas, en especial, la Semana Santa, la Navidad, el Corpus y los grandes festejos del Santo Patrón. Las misiones tendieron además a la autosuficiencia, siendo los núcleos básicos de la colonización agrícola y ganadera de California.

Para las operaciones que España proyectaba en relación con la exploración y ocupación de la Alta California, el visitador José de Gálvez determinó elegir una base portuaria nueva, lo más cerca posible de California, ya que Acapulco, base consolidada de origen y destino del Galeón de Manila, se hallaba demasiado distante de California.

El propio Gálvez, entre las opciones posibles, eligió el puerto de San Blas, que sobre el papel ofrecía condiciones inmejorables. Se situaba casi frente por frente de la punta sur de la Baja California, por lo que no había más que doblar el cabo para navegar en el Pacífico; se encontraba en la desembocadura de un río, disponiendo pues de agua potable en abundancia, del mismo modo que de árboles en los contornos, y el puerto estaba protegido por un estuario interior.

Los únicos inconvenientes eran una barra arenosa a la entrada de la bahía, cambiante según las épocas y las mareas, así como el tórrido calor de la zona, infestada por añadidura de mosquitos y caimanes de costa. En términos ecológicos, el paraje de San Blas es un ecosistema muchas veces repetido en las costas del planeta: mar-arenas-bahía interior de aguas salobres, condiciones las mejores posibles para albergar peces y aves.

Pero una cosa es que el paraje sea ecológicamente excepcional, y otra que sea apto como fondeadero de barcos, y en este sentido San Blas pronto manifestó sus carencias: la oscilante barra arenosa dificultaba no pocas veces el acceso de los barcos, y el estuario presentaba aguas poco profundas, que impedían el avance a los barcos de mayor calado.

Las discusiones en torno a la idoneidad o no de San Blas como surgidero y base marítima para el salto a la Alta California aparecieron desde el primer momento, y fueron una constante a lo largo de su vida útil. De la opinión de que la elección era acertada fue el ingeniero director de las obras Miguel Constansó, e incluso fray Junípero Serra, frente a otras opiniones de peso, como la de Alejandro Malaspina. Lo cierto es que San Blas estuvo a punto de abandonarse por otro puerto varias veces, pero circunstancias políticas o económicas retrasaban el proyecto, y nunca llegó a ejecutarse.

De modo que el apostadero de San Blas siguió operando como base, como astillero y como hospital avanzado. En él se celebró la junta que decidió y preparó la *Santa Expedición*, y de sus astilleros surgieron los barcos —*San José*, *La Princesa*, *San Carlos*, *Nuestra Señora de Guadalupe* y tantos otros—, que hicieron posible la

### *La ruta de Anza*

El abastecimiento de las misiones de California por mar ofrecía graves inconvenientes, tanto por las malas condiciones del puerto de San Blas como sobre todo por las dificultades del Pacífico, con vientos contrarios y tormentas frecuentes que retrasaban o impedían las navegaciones. De ahí que desde tiempo atrás las autoridades virreinales vinieran barajando la posibilidad de abrir una ruta terrestre desde Nuevo México, para abastecer con regularidad los asentamientos californianos. Empeño nada fácil, pues se interponía una formidable cadena montañosa, que había frenado varios intentos anteriores.

Cuando fue nombrado virrey de Nueva España, Antonio María de Bucareli planteó seriamente la posibilidad, toda vez que disponía del ofrecimiento por carta del hombre idóneo para abrir la ruta, el criollo de origen vasco y comandante del presidio de Tubac, en Sonora, Juan Bautista de Anza, alguien que en los siglos venideros había de acreditar su genialidad militar y política en la frontera.

La misiva de Anza decía lo siguiente:

El padre Francisco Garcés y un servidor estamos de acuerdo en que la distancia entre Tubac y Monterrey no es tan grande como se cree. Espero que su Excelencia permita al padre acompañarme. Pensamos que el mes de octubre es el más apropiado para la expedición y pedimos que se nos faciliten veinte soldados para esta misión.

El proyecto fue aprobado, y, con la compañía del extraordinario aventurero franciscano padre Garcés, más veinte soldados y animales de carga, partió la expedición de Anza en enero de 1774 del presidio de Tubac, tras un retraso de varios días porque los apaches habían robado los caballos. Inicialmente se abordó el itinerario hasta la confluencia de los ríos Gila y Colorado, la Pimería Alta, tierras ya recorridas por Garcés y donde el jefe Yuma Salvador Palma los acogió amigablemente, como siempre haría después este incondicional aliado de los españoles. En el camino, Anza reclutó al indio Sebastián Tarabal, que le fue muy valioso por conocer aquellos derroteros.

Desde ese punto se divisaba ya el obstáculo de las altas sierras, que Anza sorteó descendiendo por el curso del Gila, hasta llegar al

lugar llamado Santa Olalla, el último manantial de agua en territorio Yuma.

A partir de ahí se adentraron en el ascenso a la sierra, pero una densa barrera de dunas, que dejó extenuados a los soldados y muertas a varias caballerías, los obligó a regresar a Santa Olalla. Recuperadas las fuerzas, asaltan de nuevo la cordillera rodeando las dunas, hasta que Tarabal logra orientarse y conduce a la partida por las montañas de San Jacinto, a 4700 pies de altura, desde donde divisan los ubérrimos valles californianos.

La llegada a la misión de San Gabriel fue celebrada con tañido de campanas y un solemne *Te Deum*, ya que se había logrado abrir la ruta terrestre, que aseguraba el abastecimiento regular de las misiones californianas. La ruta se halla catalogada hoy por el Gobierno de los Estados Unidos dentro de sus senderos protegidos bajo, el título de *Juan Bautista de Anza National Historic Trail*.

### Los primeros colonos por la ruta de Anza

El éxito del viaje de Anza estimuló al virrey para trasladar una primera partida de colonos españoles por la nueva vía terrestre, y para comandar la expedición fue elegido de nuevo Juan Bautista de Anza, ascendido a teniente coronel por el logro.

Anza se aplicó a organizar la expedición con la minuciosidad empleada por todos los grandes capitanes y líderes, desde la elección de los soldados, que habían de ser disciplinados, hasta la del ganado, que había de ser fuerte para soportar las penalidades ya experimentadas, juntándose un millar de cabezas entre mulas, caballos y bueyes. En cuanto a los colonos, procedían de pueblos muy pobres de Sonora, gentes que poco tenían que perder y que aceptaron viajar con sus familias, sumando un total de 249 personas, de las cuales la mayoría eran mujeres y niños, advertidos de que les aguardaban muchas jornadas de sequedad, frío y calor extremos, nieves y lluvias.

Partió la comitiva el 29 de septiembre de 1775, tras un retraso de varios días a causa del robo de caballos por los apaches, lo que obligó a reclutar otros de remuda de peor calidad, lo que pagarían con la vida en los tramos más ásperos de la ruta. La ruta discurrió sin mayor novedad hasta el territorio Yuma, cantándose cada mañana el alabado y rezándose por la noche el rosario.

En la Pimería, el jefe Palma mostró de nuevo su cordialidad, e incluso manifestó su deseo de bautizarse. Anza le comunicó el nombramiento como capitán honorífico al servicio de Su Majestad

el rey Carlos III, y le regaló un bello sombrero de terciopelo tocado con una pluma.

Palma ayudó a los colonos a vadear el río Colorado, lo que hicieron en tres horas con los caballos más aptos, llevando a las mujeres y niños. Tras el conocido paso por Santa Olalla, donde repusieron agua potable, encararon el temible tramo del desierto montañoso, acosados por tormentas de nieve que fueron dejando un reguero de caballos muertos de frío. Una mujer dio a luz, y, aunque murió del parto, sobrevivió el niño, amén de otros dos más que nacieron por el camino, de modo que la partida que se inició con 240 personas terminó con 242, todo un éxito para su conductor.

Fue indescriptible la alegría de los colonos cuando, tras varias semanas de incertidumbres y penalidades, avistaron la misión de San Gabriel. Juan Bautista de Anza dejó a los colonos en la misión y luego partió para cumplir la segunda parte de su cometido, la elección de un lugar para fundar el previsto presidio de San Francisco.

### La expedición de Juan Pérez

Juan Pérez era un veterano marino de las navegaciones por el Pacífico y, habiendo regresado con el Galeón de Manila, fue encargado del pilotaje de los barcos que hacían el recorrido de abastecimiento entre San Blas y San Diego, transportando misioneros, soldados y provisiones. Pero la Corona insistía en seguir remontando por la ruta pacífica del norte americano, con el fin de detener la amenaza rusa de poblamiento, pues se sabía que comerciantes de ese país traficaban en el área con pieles y que el establecimiento de una base permanente en la costa figuraba entre sus objetivos.

Sin embargo, el virrey Bucarelli no era tan entusiasta con respecto a estos planes como antes, cuando el tándem Croix-Gálvez había impulsado decisivamente el avance español sobre California. Acaso Bucarelli retrasaba las instrucciones que le llegaban de la corte por falta de fondos, hasta que estas se hicieron tan apremiantes que no tuvo más remedio que obedecerlas y dispuso una expedición, más allá del límite más septentrional alcanzado por España en años anteriores, que coincidía con la latitud de San Francisco.

Un solo barco, el *Santiago*, fue puesto a las órdenes de Juan Pérez, con una dotación de ochenta y ocho personas y con un piloto, Esteban Martínez, que al correr del tiempo entraría en la

nómina grande de las navegaciones a las Californias.

Con el trasfondo del motivo evangélico como guía de la expedición, esta contaba con tres cometidos: descubrir posibles asentamientos extranjeros, llegar tan al norte como fuera posible, y tomar posesión de lugares plantando una cruz y colocando debajo una peana de piedra con una vasija de cristal, en la que figurara un documento del acto de la posesión, con la firma del capitán, un capellán y los dos pilotos. La toma formal de la posesión era, a estas alturas del siglo XVIII, crucial, porque hacía mucho tiempo que las naciones europeas habían dejado de respetar las bulas papales de concesión del Nuevo Mundo a España y Portugal, y el derecho internacional vigente solo tomaba en cuenta la prioridad del establecimiento. Este viaje trató de mantenerse en secreto, pero pronto cundió el rumor y fue conocido entre los colonos como «ir a la Rusia».

Figuraban otros objetivos adicionales, como entrar en contacto, siempre amigable y nunca violento, con los nativos locales y dejar constancia escrita de sus rasgos y costumbres.

Partieron el 25 de enero de 1774, permanecieron veinticinco días en San Diego y llegaron a Monterrey el 9 de mayo, donde desembarcaron a Junípero Serra y embarcaron como capellanes a tres frailes de la misión del Carmelo, entre ellos, Juan Crespí, uno de los más estrechos colaboradores de Serra.

Izaron velas el 11 de junio, para abordar la parte sustancial del proyecto. Los primeros días tuvieron encalmadas que los frenaron, hasta que hallaron buenos vientos que los empujaron hacia el Norte, y a los 42º, en la frontera entre California y Oregón, rebasaron el punto más septentrional de las anteriores expediciones españolas.

A los 54º 25' recalaron en la que hoy se llama *entrada de Dixon*, tierra de las tribus haida. El mal tiempo les impidió acercarse a tierra, pero los indios quisieron ver de cerca a aquellos forasteros y se acercaron a bordo de tres canoas. Viendo que la actitud era pacífica, al día siguiente llegaron 200 nativos sobre veintiuna canoas, intercambiándose regalos: por parte de los indígenas, pieles, pescado seco y figuras talladas, y, por parte de los españoles, vestidos y lo que más apreciaron, los objetos de hierro y los cuchillos, desechando en cambio las cuentas de vidrio de colores.

Siguieron remontando en latitud registrando las incidencias, hasta los 55º 40', entre Canadá y Alaska, la latitud más septentrional alcanzada nunca por España hasta entonces, y, aunque Pérez apostó por seguir subiendo hasta los 60º, el mal tiempo y la carencia de agua le aconsejaron descender, esta vez contorneando despacio la costa para tratar de tomar posesión de lugares, tal como

había instruido el virrey. Así, reconocieron el litoral de la Columbia Británica, Washington y Oregón, aunque las pésimas condiciones del clima les impidieron acercarse a tierra y desembarcar. A trueque descubrieron accidentes tan relevantes como la bahía de Nutka, que tan importante y conflictivo papel habría de desempeñar unos años después, y el Monte Obispo, bautizado como Cerro Nevado de Santa Rosalía.

Aunque no se pudieron cubrir todos los objetivos, el viaje, culminado con un solo barco, fue reputado un éxito por el virrey Bucarelli, porque sentó los derechos españoles sobre tierras inéditas.

### Expedición de Heceta y de la Bodega

Tras los buenos resultados de la jornada de Juan Pérez, se decidió enviar una nueva expedición, reproduciendo los objetivos de la anterior: realizar el trazado cartográfico de la costa, tomar posesión de cuantas tierras fuera posible, y tratar de llegar hasta los 65° de latitud.

Como a este viaje se le concedió una gran importancia, a la vista de las expectativas que había abierto el de Pérez, llegaron de España varios oficiales de la Marina, dándose el mando al más antiguo, Bruno de Heceta, que iría a bordo del *Santiago*, donde, como segundo, figuraba esta vez el propio Juan Pérez.

Por una imprevista enfermedad de quien estaba destinado a comandar la pequeña goleta *Sonora*, el mando de esta pasaría al teniente de fragata Juan Francisco de la Bodega y Quadra, un criollo de Lima de origen vasco y familia de alcurnia, quien a la postre sería el heroico e indiscutible protagonista de esta expedición, y el personaje más destacado en las navegaciones españolas por esta costa del Pacífico. Como segundo de la goleta fue designado otro nombre relevante, Francisco Antonio Mourelle de la Rúa, originario de Galicia.

Mientras el *Santiago* y la *Sonora* proseguían rumbo, el *San Carlos*, veterano del cabotaje entre San Diego y San Blas, entraba en Monterrey al mando de Juan Manuel de Ayala, y luego remontó para explorar la bahía de San Francisco, siendo el primer barco europeo que penetró en ella.

Los otros dos barcos pronto iban a toparse con la dificultad que sería la constante de esta y de las demás navegaciones por estas costas, los vientos desfavorables, a los que se añadían las nieblas, lo que convertía las expediciones en un verdadero ejercicio de resistencia humana, tratando de adivinar siempre entre las brumas



algún accidente en la costa que orientara a los tripulantes acerca del punto donde se encontraban. Las más de las veces la costa quedaba además oculta, debido a los vientos, el oleaje y las corrientes. Las opiniones entre los mandos sobre las decisiones a tomar se tornaban no pocas veces en disensiones, y pilotos y capitanes formalizaban la suya por escrito, para dejar constancia.

Todos los elementos adversos habrían de confluir en esta famosa jornada. Tras varios días de desorientación, ambos navíos perdieron el contacto. Los fuertes vientos obligan al Sonora a buscar refugio en la punta norte de una rada, que resultó ser la de Bucarelli, sobre los 47º de latitud, donde fondearon y tomaron posesión en nombre de España. Salieron indios en canoas invitándolos a entrar en sus poblados. Receló Bodega pese a los ofrecimientos de alimentos y pieles, y receló con fundamento, porque, cuando al siguiente día seis hombres acudieron en un bote a tierra en busca de leña y agua, una masa de indios se echó sobre ellos, matándolos, por lo que el lugar fue bautizado como *Punta de los Mártires*. Un nuevo ataque indio se produjo al día siguiente, cuando la *Sonora* buscaba al *Santiago*, pero esta vez respondieron los españoles desde la goleta, matando seis indígenas.

Mientras tanto, separados ambos barcos, en la capitana *Santiago* se celebraba junta de jefes para determinar el rumbo a seguir, y aparecieron las discrepancias. Heceta era partidario de seguir adelante, a fin de cumplir con las instrucciones recibidas, y, aunque en un principio impuso su opinión y lograron subir hasta los 50º, las presiones de la tripulación lo obligaron a ceder. Juan Pérez llevaba tiempo apostando por volver a Monterrey, porque el escorbuto había hecho mella en los marineros y diezmado las fuerzas para aventurarse en las tormentosas regiones del Norte. De modo que encararon el regreso, llegando a Monterrey a la espera de que lo hiciera la *Sonora*, y en ese tiempo murió Juan Pérez.

### La expedición de Arteaga y Bodega

El éxito de la expedición de Bodega y Mourelle estimuló al virrey Bucarelli a organizar una siguiente en busca de mayores latitudes. Pero la exploración por las violentas regiones del Pacífico Norte requería incorporar a la flota disponible una nueva embarcación de cierta enjundia, por lo que se encargó De la Bodega, que había sido promovido por su pundonor, para que adquiriera un navío capaz, y así fue como acudió a Lima para traer el *Nuestra Señora de los Remedios*, de 143 toneladas, con el que arribó a San Blas en 1779,

para sumarse con ella a la expedición que ahora comandaría el teniente de navío Ignacio Arteaga, que viajaría en el *Princesa*. Como segundo de Bodega figuraba el alférez de fragata Mourelle.

La instrucción era ahora pasar de largo por delante de la costa ya reconocida y afianzada por España en las expediciones anteriores, de modo que no hicieron escala hasta situarse en Alaska, a los 55 grados de latitud, en la rada de Bucarelli, si bien no sin que una tempestad precedente, que a poco no echa a pique la nave de Arteaga, hubiera separado los dos navíos, que se reencontraron en la rada en el mes de mayo de 1779.

Aprovecharon los días de estancia en Bucarelli para reponer fuerzas, recomponer las averías, reconocer la zona y entrar en tratos con los indios. Estos se mostraron sumamente recelosos los primeros días, pero luego se aficionaron tanto a los intercambios que venían a diario a los barcos a efectuar los trueques, codiciando sobre todo los objetos de hierro, como los cuchillos. A cambio entregaban pescado, un alimento fresco que mucho apreciaron los españoles, y pieles, ya que la región sobreabundaba de nutrias, osos, focas, glotones, alces, linceos y otros muchos animales salvajes.

El 18 de mayo partieron en misión exploratoria dos botes armados, al mando de Francisco Antonio Mourelle. Durante tres semanas hicieron el reconocimiento minucioso de la bahía de Bucarelli, que se adentraba profundamente en el territorio y que contaba con numerosos recovecos. Levantaron planos y describieron la naturaleza del lugar, con su flora y su fauna, así como los rasgos y costumbres de los indios que encontraron.

A la altura de 59º avistaron el monte San Elías y, más tarde, la isla del Carmen, hoy Kayak Island. Después, la isla del Príncipe Felipe, a los 60º 13', la máxima latitud alcanzada por España, donde trataron de localizar el tan buscado *Paso del Noroeste*.

Tomaron posesión del extremo sudoeste de la península de Kenai, levantando un plano de una ensenada que bautizaron como Nuestra Señora de Regla.

El viento arreciaba, los envolvían densas nieblas, el paraje era rocoso e inseguro, muchos estaban afectados por el escorbuto e iniciaron el regreso, llegando al cabo Mendocino y el 14 de septiembre a San Francisco, para estar en San Blas a fines del mes de noviembre.

Los resultados de esta navegación fueron relevantes, tanto por la latitud conquistada y los actos de posesión formalizados como por la noticia tranquilizadora de que no había establecimientos ingleses en la costa, ni tampoco bases rusas permanentes, sino que la actividad de estos consistía en mero tráfico de pieles a lo largo de las islas Aleutianas.

Poco después se conocía la Real Cédula por la que quedaban suspendidos los viajes de altura, dictada el 10 de mayo de 1780. España centraba entonces todos sus esfuerzos en la guerra contra Inglaterra en el continente americano por la Independencia de los Estados Unidos, y no podía destinar recursos a otros fines, que no parecían tan perentorios, a juzgar por los informes recibidos de los navegantes, en el sentido de que no había establecimientos rusos con carácter estable.

España no solo suspendió las expediciones, sino que mantuvo en secreto las realizadas, para que otras naciones no tomaran provecho de la excelente información recabada por los Pérez, Heceta, Bodega, Mourelle, Arteaga y los demás. Un grave error, porque poco después, en 1784, comenzaron a difundirse las noticias de las exploraciones en esas mismas costas, hechas por el capitán James Cook, lo que tuvo un doble efecto: por una parte, borrar la nomenclatura topográfica española precedente y bautizar los numerosos accidentes del litoral pacífico con nombres ingleses nuevos, que son los que con pocas excepciones han subsistido; y, por otra, y mucho más grave, diluir los derechos de España derivados de las tomas de posesión que se habían formalizado con grandes trabajos a lo largo de la costa del Pacífico norteamericano. Cuando España quiso hacer valer estos derechos, ya era tarde: las noticias difundidas por Cook sobre las posibilidades comerciales de la costa en lo relativo al tráfico de pieles habían hecho converger a decenas de barcos rusos, americanos o franceses sobre estos parajes remotos, que España no quiso aflorar porque los creía a cubierto de las miradas europeas. Así, cuando en 1786 el francés conde de La Pérouse arriba a Monterrey tras un viaje de exploración que lo llevó desde Hawaii a Alaska y luego a la costa californiana de dominio español, informó al oficial Esteban Martínez que los rusos disponían ya de una base permanente en Nutka, la temida sospecha que había provocado todas las expediciones anteriores, y que ahora se confirmaba.

### Cuando Alaska fue territorio soberano de España

Aún quedan topónimos en Alaska —Valdez, Cordova—, que recuerdan que un día España ostentó la soberanía sobre el reino del hielo. Discurría el último cuarto del siglo XVIII, y España se hallaba sólidamente asentada en California con sus misiones, desde que Carlos III decidió ocuparla para contener el avance ruso y evangelizar a los nativos.

Pero España imprimió un nuevo impulso a su progresión en la costa del Pacífico, porque la amenaza rusa seguía latente, y porque era preciso confirmar o desmentir la existencia del mítico *estrecho de Anián*, un pasillo acuático que supuestamente conectaba el Atlántico con el Pacífico y que las naciones europeas llevaban buscando desde el siglo XVI.

Y así fue como España acometió nuevas expediciones marítimas hacia el Norte, como la De la Bodega, que en un pequeño esquife había llegado heroicamente hasta las latitudes de Alaska. Animado por ello, el virrey de Nueva España impulsó otra expedición con mejores barcos, al mando de los capitanes Arteaga y Pérez, que remontaron más aún, arribando en 1779 a la bahía de Nutka, un enclave que sería esencial en los acontecimientos venideros.

Debido a que no se detectó la presencia de rusos, España dispuso entonces un parón de las expediciones durante los siguientes diez años, algo que sería letal para sus intereses. Porque el viaje de Cook «descubrió» para Europa la existencia de la costa pacífica norteamericana y su potencial en pieles de nutria marina, comercio sobre el que se lanzaron esas naciones, además de los recién nacidos Estados Unidos, mientras España, interesada por otras cuestiones de más altas miras, como la soberanía y la evangelización, ignoraba tal comercio.

El creciente cabotaje internacional en la zona decide a Carlos III a consolidar los derechos españoles, y Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro navegan hacia el Norte, descubriendo finalmente no solo que Rusia pretende establecerse en Nutka, sino que Inglaterra también quiere fijar allí una base comercial.

Esto era intolerable para España, que despacha de nuevo a Martínez, esta vez con tropas para ocupar formalmente Nutka y desalojar a cualquier forastero. Llegado a la bahía, construye el fuerte de San Miguel, se encuentra con dos buques privados norteamericanos, a los que libera, otro portugués y dos ingleses, que requisa sin miramientos, y apresa a sus capitanes. El conflicto con Gran Bretaña estaba servido.

Muerto Carlos III, el nuevo virrey de Nueva España, el conde de Revillagigedo, ordena reforzar el asentamiento de Nutka y la soberanía española en la región. El capitán Salvador Hidalgo, al mando de los Voluntarios de Cataluña, costea por el litoral de Alaska, bautiza un paraje como Valdés, y en el fondeadero de Puerto Córdova desembarca, se amista con los nativos y el 3 de junio de 1790 toma posesión de Alaska en nombre del rey de España. El Imperio español alcanza así su máxima extensión histórica.

Al día siguiente llegan los rusos, y no solo Hidalgo los ahuyenta,

sino que busca su base de operaciones, en la península de Kenai, y ante su vista iza de nuevo la enseña española, ratificando los derechos soberanos españoles sobre Alaska.

Mientras tanto, ha crecido la indignación británica sobre los apresamientos de Nutka, que a punto estuvieron de provocar una guerra internacional, con España y Francia de un lado e Inglaterra y Holanda de otro, y de hecho España y Gran Bretaña se prepararon para la guerra, que Inglaterra, ya una potencia marítima, deseaba fervientemente para dismantelar la presencia española en la costa pacífica norteamericana y apoderarse de sus recursos, en especial, la pesca y el comercio de pieles.

Al final Inglaterra consiguió sus objetivos, no por las armas, sino por los despachos. España era una potencia periclitante y buscó la negociación, que consiguió a un alto precio, el de dismantelar su fuerte de Nutka y liberar el tráfico marítimo en la zona. El convenio se firmó en 1791, pero tardó cinco años en ejecutarse, y mientras tanto la base española de Nutka sirvió de base de operaciones para los barcos británicos, rusos, franceses y norteamericanos, que visitaban en número creciente la zona, además de la expedición científica española de Malaspina.

Al final cumpliósse el acuerdo. España arrió su bandera en Nutka y dismanteló el fuerte. Alaska y la costa pacífica quedaron como zona libre de soberanía, y poco después los Estados Unidos se harían con ella.

Queda un último apunte: Rusia pretendía desplazar a España de California y de toda la costa, como propuso el comisionado Rezanov al zar: «Todo el país puede convertirse en parte integral del Imperio ruso». España frenó a Rusia, que, de haber ocupado la ubérrima California, no la hubiera abandonado ni vendido, como hizo con la gélida Alaska. Y por eso, los Estados Unidos deben agradecer a España poseer hoy la soberanía sobre California.

## La tragedia de los indios californianos tras la salida de España

Ya el Gobierno mexicano había visto con tanta prevención como impotencia el continuo flujo de angloamericanos hacia California, una región de excelente clima y con grandes recursos de pesca y pieles de nutria y lobos marinos, temiendo que ocurriera lo mismo que en Texas, cuya anexión por Estados Unidos se hizo inevitable, desde que los norteamericanos fueron mayoría.

La guerra entre México y Estados Unidos produjo finalmente la anexión de California, quedando los indios a merced de las

decisiones de los nuevos dueños. Para entonces, desmanteladas las misiones, muchos indios se habían vuelto a sus rancherías y vuelto a la condición primitiva, mientras que otros se habían integrado en la sociedad como curtidores, carpinteros o herreros, gracias a la capacitación recibida en las misiones españolas.

Las intenciones de los nuevos dueños quedaron explicitadas en las palabras que un oficial norteamericano dirigió a los miembros de una tribu:

Si continuáis siendo ociosos y disolutos, vuestra raza tenderá a desaparecer. Nosotros os daremos libertad, pero estaremos vigilantes para el caso de que aparezcan brotes de sedición, desobediencia o cualquiera otra clase de crímenes contra el nuevo orden. El ejército os castigará según merezcáis y os perseguirá hasta el último rincón sin importar dónde os encontréis.

Las directrices del «destino manifiesto» y del *big stick* quedaban pues muy claras para los antiguos propietarios de California, sometidos ahora a unos colonos provistos de intensas ambiciones económicas y sobre todo de tierras. Y si la afluencia de angloamericanos había sido constante desde la marcha de España, una vez que se descubrió oro en las tierras de propiedad de un gran hacendado, John Sutter, desató una verdadera y arrasadora fiebre colonizadora. Llegaron a California por legiones, esquilmando velozmente los recursos indios: los animales, las aves, la pesca, las tierras, las aguas. Cualquier intento de los nativos por frenar el expolio era respondido de un modo violento, ya que los nuevos colonos solo veían en los indios un obstáculo para su expansión.

Por más que el Gobierno federal hizo intentos por detener las agresiones sobre los indios, el despojo de sus bienes y vidas no cesaba, y, si alguna vez los despojados tomaban venganza matando a un blanco, el suceso se magnificaba en la prensa, dando lugar a durísimas represalias. Faltos de tierras y alimentos, la población nativa descendió de una manera brusca desde los varios cientos de miles iniciales, hasta quedar en 30.000 en 1860.

La otrora despreciada California comenzaba a ser un mágico destino para muchos norteamericanos ávidos de tierras, que no dudaban en arrebatarlas a los nativos, cuando las Leyes de Indias españolas habían respetado las tierras originales de los indios. Estos carecían en buena medida de personalidad jurídica, y así, su testimonio no tenía validez legal. Se dio el caso de un blanco que asesinó a un indio ante varios de su misma tribu. Estos prendieron al blanco y lo llevaron al juez, que decretó su inmediata libertad

por no ser jurídicamente válido el testimonio de los presentes.

Varias tribus, faltas por completo de sus antiguos recursos, fueron confinadas en reservas, a las que no llegaban alimentos en cantidades suficientes. Y este fue el triste final de los indios que no supieron aprovechar la oportunidad de haber sido capacitados en las misiones españolas y prefirieron volver a su antigua libertad, una libertad que ya no era posible ni factible porque los tiempos habían cambiado para ellos definitivamente. Todo esto es lo que narra la excelente novela de Helen Hunt Jackson *Ramona*, el drama de los indios californianos tras la salida de España.

### Las misiones tras la salida de España

La Independencia de México arrastró a todas las regiones de Nueva España, entre ellas, a California, por más que los franciscanos rectores de las misiones se opusieran firmemente a ella y se negaran por largo tiempo a recibir órdenes de los nuevos políticos mexicanos, y la emancipación acabó siendo un hecho inapelable.

Lo que ocurrió en un principio fue que la capital mexicana se convirtió en un semillero de intrigas políticas, de ambiciones, de algaradas y de golpes de poder. A la estabilidad de España había sucedido la inestabilidad de México, y ello repercutió de modo necesario en California, donde a un gobernador sucedía en poco tiempo otro nuevo, que cedía el poder a otro poco después, y cada uno traía su nuevo modo de ver las cosas.

En lo único en que estuvieron de acuerdo casi todos los políticos del Gobierno central es en que las misiones habían de ser secularizadas, y sus propiedades, entregadas a los indios, lo que para muchos significaba que esto los condenaba a hacerlos volver a su primitivismo, del que los había sacado la excelente labor culturizadora de las misiones. Los indios, a su paso por las misiones, salían con nuevos saberes técnicos en agricultura, ganadería, carpintería, albañilería y los demás oficios enseñados por los competentes frailes.



*Las misiones fundadas por España en California permitieron la formación de los nativos en las técnicas occidentales.*

Por si fuera poco, la privatización de las misiones no se produjo según el diseño de los ingenuos políticos capitalinos. Las misiones eran núcleos perfectamente organizados y dotados de apetitosos bienes: tierras, edificios, cabezas de ganado, aperos, enseres, mobiliario..., una tentación demasiado fuerte para los rapaces políticos locales. Mientras una y otra vez se debatía en la capital mexicana el asunto de la secularización de las misiones, estas eran depredadas, y sus propiedades pasaban a manos de particulares, en estrecha connivencia con los políticos locales, cuando no a ellos mismos.

Lo cierto es que en el año 1846, cuando se produjo el final de la jurisdicción mexicana sobre California, todas las magníficas misiones españolas, a excepción de cuatro, habían sido expoliadas y vendidas a particulares. A partir de ese momento, el destino de los indios quedaba en manos de los nuevos dueños, los Estados Unidos.



Tras el viaje de Bodega se concluye que no hay razones reales de alarma por posibles asentamientos extranjeros en el litoral del Pacífico, pero ya corren las noticias acerca de la expedición de James Cook, que ha reconocido la costa y entrado en contacto con nativos, que le muestran objetos españoles. Gálvez ordena que sea neutralizado, e incluso arrestado, si pisa suelo español. En su búsqueda parten Arteaga y Bodega con dos fragatas, llegando muy arriba, hasta la península de Kenai, sin llegar a encontrar al capitán inglés, que moriría en una escaramuza con los indígenas en Hawaii.

El interés extranjero por el occidente norteamericano es evidente, y el francés La Perouse, en viaje científico y exploratorio, recalca en el puerto de Monterrey, donde es recibido con gran hospitalidad por los oficiales españoles, a quienes muestra un mapa de la costa donde ya figuran cuatro asentamientos rusos. De nuevo se encienden las alarmas y se organiza otra expedición al mando de López de Haro, que topa con los rusos en el cabo Dos Puntas y le informan de las pretensiones inglesas de ocupar formalmente la bahía de Nutka.

A la vista de ello, el virrey Flores comisiona dos barcos al mando de Martínez, para adelantarse y tomar posesión de Nutka. Al llegar, Martínez se encuentra nada menos que con dos barcos norteamericanos y uno de una compañía inglesa privada. Martínez se apodera de este barco y de un segundo de la misma compañía naviera que arriba luego, enviándolos de vuelta a San Blas. Y al mismo tiempo toma el puerto y construye el embrión de un establecimiento permanente español.

El incidente desata un grave conflicto diplomático, que a punto estuvo de provocar una guerra entre España e Inglaterra. Esta exige la restitución de los barcos, la reparación de la ofensa al pabellón inglés y el reconocimiento de la soberanía británica sobre Nutka. España, que no puede contar con el apoyo de una Francia en plena génesis de su Revolución, suaviza su postura y se firma el Tratado de El Escorial, que debe fijar los límites de las respectivas soberanías en Nutka.

Para ejecutar el acuerdo, se envía a los comisionados Vancouver y Alcalá-Galiano, que sobre el terreno no logran precisar el límite y remiten la decisión final a sus respectivos Gobiernos. A la vuelta, Vancouver atraca en San Francisco, donde es objeto de la tradicional y afamada hospitalidad española, solo que esta vez el virrey recrimina por ello al gobernador de California, recordándole que Inglaterra es una potencia enemiga.

El envenenado conflicto de Nutka encuentra su solución final en

el Tratado de Madrid. Aún tardaron tiempo en ejecutarse los términos del tratado, durante los cuales el fuerte español de San Miguel continuó sirviendo de base de aprovisionamiento a las embarcaciones extranjeras que recalaban allí. Pero al final se cumplió lo estipulado, mediante una singular ceremonia: España baja su bandera, Inglaterra iza la suya y la arría a continuación. Los españoles destruyen el fuerte de San Miguel y los demás edificios y embarcan sus objetos y su artillería. Nadie posee soberanía sobre Nutka.

### La fundación de San Francisco

La inmensa bahía había quedado oculta para todos los navegantes españoles anteriores a la *Santa Expedición*, incluso al metódico Sebastián Vizcaíno, que no la dibuja en su excelente mapa. Y fue casualmente que se descubriera por los expedicionarios al mando de Gaspar de Portolá, cuando buscando la bahía de Monterrey, que habían dejado atrás, pensaban ya en el regreso. Fue entonces cuando unos soldados subieron a un cerro en busca de animales para cazar, y allí divisaron una bahía tan amplia que, como diría uno de los descubridores, «caben en el puerto no solo todos los navíos de nuestro monarca católico, sino los de toda la Europa». Y por su parte, otro cronista, el padre Font, escribió que la bahía de San Francisco «es una maravilla de la naturaleza, y puede muy bien ser llamado puerto de puertos, por su mucha capacidad, y varios recodos que encierra en sus márgenes y en sus islas... dentro del puerto conté ocho islas, y no puedo asegurar si hay más».

San Francisco ordenó que, como complemento a la misión encomendada a Juan Bautista de Anza de trasladar colonos a California por la ruta abierta por él mismo, remontara después hasta San Francisco para fundar un presidio y una misión. Anza, tras ayudar a sofocar la revuelta de San Diego que había acabado con la vida del padre Luis Jaime, acudió a Monterrey, esperando instrucciones sobre San Francisco por parte de su superior, el comandante Fernando de Rivera. Pero, demorándose estas, partió por su cuenta a la gran bahía de San Francisco, donde eligió sendos excelentes emplazamientos para fundar el presidio y la misión, y ordenó levantar una gran cruz de madera, visible desde muy lejos.

Pero la orden definitiva de la fundación no llegaba, acaso porque los éxitos de Anza ya estaban levantando las suspicacias y envidias tan habituales entre las gentes ibéricas, de modo que Anza regresó a la misión de San Gabriel, donde aguardaban ansiosas sus

queridas familias de colonos, destinadas a instalarse en la nueva colonia de San Francisco.

Rivera acabó resignándose a las fundaciones, ante lo terminante de las órdenes virreinales y de las presiones de Junípero Serra, mas para entonces Anza ya había instalado a sus colonos en Monterrey, a la espera de su paso a San Francisco, y cansado de la espera estaba de regreso en Sonora. De modo que Rivera ordenó al teniente Moraga la fundación en los emplazamientos seleccionados por Anza.

La fundación formal del presidio, embrión de la futura ciudad de San Francisco, tuvo lugar de modo solemne el 17 de septiembre de 1776, con una misa celebrada por el padre Palou, y la misión se erigió el 9 de octubre, cumpliéndose así el empeño puesto en ello por fray Junípero Serra, rector de las misiones de California.

### *Las uvas misioneras*

Pocos saben que la inmensa producción vitivinícola de California tiene su origen en las viñas plantadas por los misioneros españoles en el siglo XVIII.

Desde el primer momento, los españoles vislumbraron la vocación vinícola de California, una región englobada dentro del llamado ecosistema mediterráneo, caracterizado por un clima suave en invierno y fuerte calor y sequía durante el largo período estival, las condiciones ideales para que medren las uvas. Fray Junípero Serra, superior religioso en la *Santa Expedición* que dio origen a la ocupación española de California, escribió lo siguiente: «Empezamos a encontrar valles y riachuelos con viñas cargadas de uvas de gran tamaño». Y el padre Palou, también pionero religioso, escribió que «parras las hay buenas y grandes, y en algunos lugares cargadísimas de uva». La atención de los misioneros hacia estas parras se derivaba de su imperiosa necesidad de vino para consagrar, de ahí que de inmediato se aplicaran a intentar cultivarlas.

Pero las parras silvestres eran escasamente refinadas para el consumo humano. Faltaba su hibridación con las viñas castellanas, lo que se hizo en el año 1779, injertándose ambas en la misión de San Juan de Capistrano, y probablemente también en la de San Diego. Lo cierto es que en el año 1784 ya había vino no solo para la consagración, sino para las necesidades domésticas de las misiones. A partir de entonces el cultivo de la vid se generalizó en todas las misiones, destacando la de San Gabriel por la extensión de sus

viñedos, con setenta hectáreas a comienzos del siglo XIX.

En los primeros tiempos las uvas se prensaban a mano, pero pronto se introdujo la técnica castellana del pisado, tarea que realizaban indios corpulentos, hasta que llegaron las prensas de madera. El líquido se guardaba para su maduración en barriles de madera o en odres de piel herméticamente cosidos.

Lo corriente era que el vino sirviera para abastecer las necesidades de la propia misión, pero también se usaba como regalo para agasajar a personajes importantes. El rey Fernando VII recibió una partida de vino de la misión de San Diego, quedando tan satisfecho de su calidad que solicitó un nuevo envío. También se remitían partidas del excelente vino misionero, blanco o tinto, al virrey y a los gobernadores.

Desde las misiones se extendió el cultivo de la vid a los ranchos particulares, hasta convertirse en los tiempos actuales en un producto demandado y famoso. El estado de California produce el 90 por 100 del vino de los Estados Unidos, y sus viñas se extienden sobre 410 km<sup>2</sup>, erigiéndose en uno de los sellos de identidad del estado de California.

Y un siglo después, por ironías del destino, las uvas plantadas de las misiones habrían de recorrer un camino de vuelta. La plaga de la filoxera amenazó con destruir todos los viñedos de Europa, y fue precisamente la importación de cepas de la uva americana, libres de la plaga, lo que los salvó de la extinción.

### El origen del nombre de California

Según la doctrina más aceptada, el nombre de California procede de la novela caballeresca *Las sergas de Esplandián*. De acuerdo con el historiador Matt A. Casado (*California Hispana*, 2017), esta obra, atribuida al poco conocido autor García Rodríguez de Montalvo, se publicó en Sevilla en el año 1510, narrando en ella que en las Indias Occidentales había una isla llamada California, rica en oro y poblada por mujeres semejantes a las Amazonas.

Según el mismo autor, el término *California* se atribuye a Francisco Preciado, miembro de la expedición de Francisco de Ulloa en 1539. Según su crónica, «el 10 de noviembre nos encontrábamos a 54 leguas de la costa, en el sudoeste, cuando observamos tres o cuatro hogueras. Nuestro intérprete, un indígena de la isla de California...».

Continúa señalando que en un mapa atribuido a Domingo del Castillo aparece el topónimo «Punta de California», usado también en el relato del primer explorador oficial de la Alta California, Rodríguez Cabrillo: «El domingo 2 de julio avistamos California después de retrasar la travesía casi cuatro días por vientos contrarios. El lunes día 3 se fondeó en la Punta de California...».

La diferenciación de los nombres de Alta y Baja California fueron utilizados en diversos documentos de la época española, tierras unidas bajo el título de «las Californias». Sus límites vigentes fueron fijados en el Tratado Guadalupe-Hidalgo entre Estados Unidos y México, en 1848.

### El estilo *Mission Revival*

A principios del siglo XX se produjo una eclosión por la herencia española en los Estados Unidos. Varias fueron las causas, entre ellas, la apertura del canal de Panamá, que avivó el interés de los norteamericanos por el pasado colonial hispano; la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, llevada al cine en 1910 con gran éxito, que describe cómo las misiones de California, excelentemente manejadas por los frailes españoles, fueron apropiadas por políticos mexicanos venales tras la salida de España de Norteamérica; y sobre todo este renovado interés por el pasado español lo dio Herbert Bolton, autor de una obra muy influyente y director de toda una corriente que trataba de elevar el nivel de aprecio hacia los orígenes españoles de los Estados Unidos, algo por lo que fue muy criticado por otros autores norteamericanos, excluyentes de todo pasado que no fuera el anglosajón.

Lo cierto es que este interés por lo hispánico se trasladó, entre otros campos, a la arquitectura, y, si en esta obra se ha hablado ya de la moda llamada *Spanish style*, en California adquirió tintes propios con el estilo *Mission Revival*, a partir de la Exposición Panamá-California, celebrada en San Diego en 1915.

Al fin y al cabo, la arquitectura misional de California era la que mejor se había conservado en el país, y sus ingredientes constructivos fueron los adoptados por el nuevo estilo: los claustros, los patios refrescantes al estilo andaluz, los campanarios de planta cuadrada, el empleo del arco de medio punto y otros elementos originarios de España, pero adaptados a las necesidades del terreno y el clima por los arquitectos sin título de estas misiones, los frailes franciscanos, que desarrollaron un estilo propio, mezcla de lo español, lo mexicano y lo indígena. En este sentido, merecen especial mención algunos franciscanos, como el mallorquín Antonio Ripoll, que diseñó la misión de Santa Bárbara, y sobre todo el catalán Antonio Peyrí, artífice de la de San Luis Rey, donde aparecen muchos elementos arquitectónicos innovadores.

No pocos edificios públicos y privados se construyeron con arreglo a estos moldes en los primeros años del siglo XX, como los ayuntamientos de Pasadena y Beverly Hills; la ciudad del condado de San Diego llamada Rancho de Santa Fe, y la ciudad de Santa

Bárbara, diseñada con arreglo al molde que imprimieron los religiosos de las misiones de California.

### Agricultura y alimentación

Los primeros pasos de los colonos españoles en el oeste de los actuales Estados Unidos fueron desalentadores, obligados a alimentarse de «hierbas, pescado y bichos», y aquí jugaron un papel importante las partidas de ovejas churras, que aliviaron no poco la hambruna inicial. En el territorio encontraron una cultura como la india, escasamente variada en su alimentación, con el maíz como producto principal y la carne de búfalo en las grandes praderas.

Pronto introdujeron los cultivos españoles, y paulatinamente cada planta fue asentándose en el nicho ecológico más propicio, del mismo modo que años atrás el trigo no granó en las Antillas, hasta que halló acomodo en las mesetas templadas del valle de México. En el Oeste, las praderas fueron aptas para los cereales, la región de clima mediterráneo de California para los cítricos, y las legumbres, los productos de huerta y los frutales, en los valles de Nuevo México y Colorado.

Con la agricultura europea penetraron sus técnicas, como el arado, la acequia, la tracción animal, el abonado, la noria o la rotación de cultivos mediante el barbecho, así como el lenguaje rural español y sus costumbres, como la predicción del tiempo mediante el curioso sistema de las cabañuelas, y términos como *arroba*, *quintal*, *fanega*, *sitio*, *hacienda*, *ojo de agua*, *cultivo de temporal*, *malpaís*, *mesa*, *arroyo*, *río*...

Los españoles traían una cultura alimentaria ya influida por la cocina mexicana, y al topar con la india de la frontera se fraguó una cultura alimenticia triplemente mestiza. Así, los españoles introdujeron el pan de trigo, las sopas, los guisos, los asados, el queso, los productos del cerdo (incluida la matanza anual), los dulces (como las galletas y los buñuelos), condimentos (como el aceite y el vinagre), y a su vez llevaron de México las tortillas, el atole, el pozole, los tamales o las enchiladas. El chile se popularizó rápidamente como ingrediente y para adobar la carne y los embutidos.

Pero a su vez, todo este bagaje culinario recibió la aportación indígena de los indios fronterizos, en especial, las técnicas de desecado de los alimentos, practicadas ya en Europa y muy extendidas en las tierras áridas de la frontera, donde el sol es un inestimable conservador de los alimentos. La carne del bison, y también de las reses, era laminada y puesta a secar al sol, obteniéndose el tasajo o *charqui*, muy popular en el Oeste hasta el día de hoy, proteína indispensable de los colonos españoles durante más de dos siglos.

Los indios sufrieron una visible transformación con la cultura agrícola y alimentaria traída por los españoles. Instruidos en las misiones, introdujeron los nuevos cultivos en sus campos, aprendieron las técnicas agrícolas y de regadío, e incluso, en muchas tribus, su propia vida seminómada de cazadores y recolectores de frutos silvestres quedó cambiada por otra de agricultores sedentarios. Incorporaron también los alimentos y condimentos españoles, así como sus técnicas de cocinar, como el horno de pan, tan extendido hoy en los poblados indígenas y que, aunque importado de

Andalucía, allí es conocido como *horno indio*.

Ni que decir tiene que los angloamericanos, a su llegada a la región, «ahíto de bacon y maíz», se aficionaron grandemente a esta alimentación mestiza, resultado de la fusión entre lo español, lo mexicano y lo indio. Y hoy, incorporados a la dieta los productos propiamente norteamericanos, esa alimentación mestiza es la predominante en todas las áreas de la antigua influencia española, reflejo preciso del mestizaje racial y cultural que se produjo en ellas.

## Rezanov

En 1806 un embajador comercial ruso, Nikolai Rezanov, recala en la gran bahía de San Francisco y se pone en contacto con el comandante de la guarnición española, José Darío Argüello. Su propósito parece claro y lo expone sin ambages: desea intercambiar regularmente productos con el virreinato español de Nueva España, como pieles y salazones rusas, a cambio de frutos, galleta, carne seca y vinos californianos. Pero la Corona española no permitía comerciar con naciones extranjeras, de modo que el trato no era posible por el momento.

Sin embargo, las intenciones de Rezanov no eran tan prístinas ni tan lineales. Existe una carta suya enviada al zar, con el siguiente mensaje:

Desde el estuario del Columbia podremos avanzar gradualmente hacia el sur hasta la bahía de San Francisco, donde los españoles tienen establecida su colonia más nortea. Los españoles tienen muy pocas tropas en este territorio, por lo que podríamos establecerlos hasta donde tienen la misión de Dolores, apropiándonos de estas tierras para siempre. Dudo que en ese caso los españoles enviaran tropas desde Nueva España para impedir nuestro avance. Los españoles, debido a su falta de iniciativa, no se aprovechan de las oportunidades que el territorio ofrece, y solo se han establecido en Alta California para mantener su frontera norte.

De modo que Rezanov albergaba intenciones mucho más oscuras para los intereses de España que las manifestadas al gobernador. Pero su estancia en San Francisco rindió un insospechado fruto: el apuesto Rezanov y la hija del comandante, Concepción Argüello, Conchita, se enamoraron perdidamente, hasta el punto de jurarse fidelidad y prometerse en matrimonio.

En un principio, el comandante Argüello se opuso a tal enlace,

vistas las diferencias de edad, nación y religión de ambos, pero era tal la convicción de la pareja que acabó por ceder. Acordaron que Rezanov partiría para tratar de obtener aprobación al tratado comercial entre España y Rusia, y además llevaba cartas para el papa, el zar y Carlos IV de España, con el fin de que dispensaran su casamiento con su amada. Prometió estar de vuelta antes de un año para celebrar el matrimonio. Y Conchita, mientras tanto, lo esperaba...

Y así lo hizo la fiel Conchita. Cada mañana se asomaba al océano, y así pasaron semanas, meses, años..., pero Nikolai no regresaba. Un viajero le insinuó que, tras zarpar de San Francisco, se había olvidado de la promesa hecha, pero ella no lo creyó. Solo la fina intuición femenina conoce las profundidades del corazón, y ella estaba segura del amor y la fidelidad de Nikolai. Indiferente a sus muchos pretendientes, lo siguió esperando y asomándose a los acantilados del Pacífico cada mañana...

¿Qué había ocurrido con Nikolai Rezanov? Porque tanta fue la repercusión de esta bella y verídica historia que inspiró una ópera rusa, un éxito extraordinario que aún sigue reponiéndose.

Al poco de partir de San Francisco, Rezanov, presuroso por cumplir su promesa, enfermó de neumonía hasta tres veces, lo que lo obligaba a guardar reposo cada vez durante largo tiempo, y eso retrasó mucho sus planes. Su estado físico se deterioraba, sufría de fiebres y se encontraba en gran estado de agotamiento. Y un día, mermado de facultades, viajaba por las planicies de Siberia cuando cayó del caballo y, poco tiempo después, moría, dedicando los últimos suspiros a su amada.

Cuéntase que alguien que llevaba a California la noticia de la muerte de Rezanov naufragó en el viaje, de modo que el mensaje no llegó a oídos de Conchita. Solo muchos años después se enteró del triste desenlace e ingresó en un convento. Le dijeron también que sus últimas palabras habían sido para ella. También en la hora de su muerte, Conchita Argüello rezó por encontrarse con su Nikolai Rezanov y gozar juntos de la eternidad.

Lo que nunca se supo es cuál sería su lealtad, tras prometerse en matrimonio con la española: si mantendría su torva intención de desocupar a España en beneficio de su Rusia natal, o si cambiaría su lealtad a favor de España, en honor a su prometida.

## Instalaciones españolas en California

Sin duda la cadena de misiones californianas constituyó el eje y



nervio de la presencia española en California. Pero el sistema español requería elementos adicionales, más allá de lo religioso. Lo militar y lo civil eran parte inseparable de aquel, y por eso España, desde la base inicial de Monterrey se aplicó a dotar a la nueva provincia de los complementos colonizadores necesarios.

En lo militar, se establecieron cuatro presidios, San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco, que tenían por objeto no solo proteger las misiones, sino consolidar militarmente la posesión efectiva de España en California frente a otras naciones pretendientes, en particular, Rusia.

Pero no bastaba con la presencia militar y religiosa, sino que, de acuerdo con el diseño español, era necesario traer pobladores, para lo cual hacían falta pueblos. Pero California no era un destino atractivo para los colonos, ya que no había oro (no sería hasta la salida de España cuando se descubrió oro en California), mágico reclamo para la llegada masiva de gentes, sino que a estas había que atraerlas con fuertes incentivos. Y siendo el viaje desde España tan largo y azaroso, la mayor parte de los nuevos pobladores provino de zonas muy deprimidas de Nueva España, con lo que California se pobló con gentes más bien problemáticas y de poca iniciativa, lo que dio lugar a enfrentamientos de los misioneros con las autoridades políticas.

Así, el primer pueblo fundado, San José, despertó el recelo y la protesta de los frailes por su proximidad a la misión de Santa Clara, ya que juzgaban muy negativo el contacto de los colonos, ociosos y jugadores, con los indios. Más tarde, el 4 de septiembre de 1781, cerca de la misión de San Gabriel se fundó el pueblo de Santa María la Reina de los Ángeles, junto al río Porciúncula, nombre derivado de una capilla cercana a la ciudad italiana de Asís. Acudieron catorce familias («gente de razón») y cincuenta y nueve soldados, así como mil cabezas de ganado, entre vacas y mulas. Cada colono recibía solar para la casa y suertes de labor en concesión, dos de riego y dos de secano, así como ejidos de uso comunal, todo ello sin afectar a las tierras de los indios, como exigían las Leyes de Indias.

Pocos años más tarde, las autoridades consideraron que era necesario incrementar el poblamiento, y se aborda la fundación de un nuevo pueblo, Branciforte. Esta vez los misioneros, siempre reacios, poseían argumentos sólidos para oponerse, como escribieron al virrey:

Los dos pueblos fundados hace veinte años están llenos de ociosos y se pasan el día cantando. Los jóvenes, a caballo, vagan por las rancherías indias buscando amoríos con las mujeres. En los dos asentamientos, el mayor problema es la

falta de ganas de trabajar de los moradores. Es más corriente encontrar a los hombres jugando a las cartas que empuñando una pala o un arado.

Pese a la resistencia de los frailes, se llegó a fundar el pueblo de Branciforte en 1797, con nueve familias procedentes de Guadalajara, haciéndoles saber que no se permitían los juegos de azar, la embriaguez o el concubinato; que los domingos había que acudir a la santa misa, bajo castigo en caso de no hacerlo; y que a la vuelta del trabajo habían de reunirse todos a rezar el rosario en el cuarto de armas del cuartel. No se permitía visita alguna a las rancherías indias.

Pese a las prevenciones, Branciforte no gozó de mejor crédito que San José y Los Ángeles, y sus vecinos imitaron la indolencia de estos. San José no pasó de 170 vecinos, y Los Ángeles, de 315 en su mayor esplendor, y Branciforte tuvo igualmente una existencia mezquina. Como informaba al zar el agente ruso Rezanov: «Los españoles, debido a su falta de iniciativa, no se aprovechan de las oportunidades que el territorio ofrece, y solo se han establecido en Alta California para mantener su frontera norte».

Y es que la escasa calidad de los pobladores civiles de California refleja de modo muy preciso el poco interés que tuvo España en obtener frutos y réditos económicos de la nueva provincia. Eran otros los frutos que España buscaba en California: la capacitación y evangelización de los nativos y el freno al expansionismo ruso. Ambos los logró cumplidamente: los indios, capacitados en las misiones, lograron sobrevivir al avance arrollador angloamericano; Rusia vio frenada su expansión por los establecimientos españoles y, de no haber sido por España, se hubiera apoderado de California, y hoy ni este estado ni Alaska serían de los Estados Unidos.

### Los indios de California

Según los investigadores, en California habría posiblemente en torno a 200.000 nativos a la llegada de los españoles. Estaban divididos en varias naciones, debiendo citarse a los luisenos, ipai-tipai, gabrielinos, salinan, costanoan, los miwok de la costa y los chumash, el grupo más numeroso con unas diez mil personas, dividido a su vez en varias subtribus, cada una hablando un dialecto diferente.

En general no eran de naturaleza belicosa, sino que aceptaron la presencia de los forasteros como una interesante novedad, y,

aunque hubo casos de hostigamiento a los españoles, no mostraron la agresividad irreductible de los indios de la península de Florida, que se mostraron absolutamente reacios a los recién llegados, a quienes hicieron la guerra desde el primer momento.

Pero es indudable que la llegada de los europeos supuso un trauma para los indios de California, que podemos resumir en dos aspectos, el físico y el cultural. Desde el primer punto de vista, los virus europeos —en especial, los causantes del sarampión, la viruela y la disentería— se ensañaron con unos nativos desprovistos de anticuerpos. Se calcula que las enfermedades diezmaron drásticamente a la población nativa en los primeros tiempos, hasta que desarrollaron defensas naturales, y que esta merma habría afectado al menos a un 60 por 100 de la población original.

Desde el punto de vista cultural, los cronistas anglosajones han subrayado que el choque de ambas culturas fue negativo para los indígenas, que se hallaban en el estadio de la caza y la recolección, el nivel más temprano del *Homo sapiens*, con escasas incursiones en la agricultura elemental del maíz, y que el trasplante, que esos cronistas juzgan coercitivo, a las misiones para ser enseñados en las técnicas y oficios occidentales, supuso para los indios un desmoronamiento cultural que llevaría a la larga a la merma radical de las poblaciones nativas.

Sin embargo, estas apreciaciones no son exactas, del mismo modo que, como hemos visto, es inexacto atribuir a las enfermedades europeas la extinción total de los indios de la Florida, que se produjo en realidad por las depredaciones continuas de los colonos ingleses sobre las misiones españolas, tan desoladoras y completas que arruinaron tanto el sistema misional como a los propios indios floridanos, que no sobrevivieron.

En el caso de California es preciso, pues, matizar también las cosas. En primer lugar, contrariamente a lo que mantienen los investigadores, no hubo coerción por parte de los misioneros para que los indios se integraran en las misiones. No solo eso, sino que las Leyes de Indias partían de la premisa de la libertad esencial de los indios americanos, hasta el punto de que puede afirmarse que la libertad informa de manera general la legislación indiana. Citemos al respecto algunas de sus normas:

Así la ley 11.<sup>a</sup> del título 21.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>: «Los indios son de naturaleza libres, como los mismos españoles, y así no se han de vender, mandar, donar, ni enajenar como los solares donde estuvieren trabajando... y el que lo contraviniere... incurra en pena de vergüenza pública y destierro de las Indias...».

La libertad de los indios es un precepto sacrosanto, que ni siquiera cede con motivo de guerra, ni aun siendo esta justa:

Libro 6.º, título 2.º, ley 1.ª, ordena a todas las autoridades de las Indias que «nadie sea osado de cautivar indios naturales... ni tenerlos por esclavos... y todas las licencias dadas... las revocamos y suspendemos en lo que toca a cautivar y hacer esclavos en guerra, aunque sea justa...».

De continuo imponen las Leyes de Indias a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, la vigilancia de esta libertad: «Averigüen algún exceso contra su libertad» (tít. 12, ley 49.ª); «avisen si hay indios sin libertad» (tít. 13, ley 14.ª); «fiscales acudan a la libertad de los indios» (tít. 13, ley 37.ª); «fiscales velen por la libertad de los indios» (tít. 2.º, ley 37.ª); «se dé aviso a las autoridades si los indios no gozan de libertad» (tít. 2.º, ley 14.ª).

Y es que lo que preocupaba a la autoridad española era la elevación del nivel moral y profesional de los indios, y ningún lugar mejor para lograrlo que las misiones. Quería España que los nativos abandonaran su estadio primitivo y vivieran con «policía», esto es, integrados en un nuevo orden cultural, «porque el fin principal que nos mueve a hacer nuevos descubrimientos es la predicación y dilatación de la Fe Católica, y que los indios sean enseñados, y vivan en paz y policía» (libro 4.º, título 1.º, ley 1.ª).

Contra lo que proclaman los autores extranjeros, e incluso alguno español, fácil es deducir que a nadie se obligaba a vivir en las misiones, y que era sumamente sencillo evadirse de ellas, teniendo en cuenta que estas se hallaban a cargo de únicamente dos religiosos en cada misión. De hecho, se han contabilizado muy pocas deserciones a lo largo de la presencia española en California, indios que rechazaron enclaustrarse en una misión para ser enseñados y prefirieron retornar a sus antiguas costumbres.

¿Por qué aceptaban los nativos recluirse en una misión? ¿Qué atractivo podía ofrecerles la reclusión sobre el abandono de su libertad de cazadores-recolectores? Es muy sencillo. Contra lo que opinan los ingenuos defensores románticos de la vida nómada, a la hora de la verdad nada puede compararse con tener asegurados el alimento y el techo. Las misiones ofrecían la regularidad de las cosechas y la carne, además del cobijo frente a la noche y las inclemencias del clima, elementos ausentes en los estadios primitivos de la vida humana. Y por eso, los indios nómadas de California aceptaron someterse a la disciplina de la misión, altamente remunerada, porque a cambio de libertad les proporcionaba seguridad.

















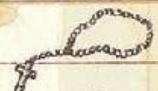





Y por si fuera poco, esta disciplina los salvó a la postre de la extinción. Como les había sucedido a los naturales del este norteamericano, el choque con unos colonos como los ingleses, ávidos de tierras, los llevó a la extinción al serles privados los recursos para sobrevivir. En California ocurrió otro tanto cuando los angloamericanos invadieron el territorio tras la salida de España. Pero, gracias a las misiones españolas, ya eran carpinteros, albañiles, tejedores, ganaderos, agricultores, talabarteros..., y, aunque perdieron las tierras, pudieron sobrevivir integrados en la nueva sociedad. Lo que no aconteció con aquellos indios que rechazaron la vida misional para retornar a sus costumbres nómadas en tierras libres. Esos indios perdieron, con las tierras, la vida.

### El primer mártir de California

La tragedia del padre Luis Jaime fue una de las consecuencias de la pugna mantenida siempre entre los religiosos y los militares en la tierra de frontera. Aunque ambos se hallaban bajo la misma bandera española, los misioneros mantenían serias reticencias hacia los soldados y presionaban a las autoridades para que las misiones y los presidios, destinados a proteger a aquellas, se distanciaran, porque recelaban de unos soldados proclives a molestar a las mujeres indias.

La misión de San Diego, primera de las fundadas en la Alta California, había sido erigida demasiado cerca del presidio, en opinión del padre Jaime, por lo que solicitó y obtuvo licencia para reconstruirla más lejos.

Aun así, los indios, incluso los ya cristianizados, tendían a soliviantarse periódicamente por causas diversas, entre las que se encontraban su tendencia al robo de ganado, o el excesivo celo mostrado por algunos padres en el cumplimiento de su misión apostólica. El caso es que, en la madrugada del 5 de noviembre de 1775, seiscientos indios atacaron la misión de San Diego y tenían la intención de atacar asimismo el presidio, de lo que desistieron a la postre, manteniéndose la condición de inatacados de los presidios a lo largo de toda la época española.

Amanecida		6h	Despertar Reyes Nisa.				
		7	Desayuno				
Mañana		8	Niños y jóvenes	Adultos			
			Instrucción religiosa	Trabajo en labores agrícolas y ganaderas			
		9	Aprendizaje de español y de cuentas	ñ			
		10	Aprendizaje de artes (canto, danza, teatro)				Trabajo en oficios (carpentería, textiles, curtiduría, herrería...)
		11	Aprendizaje de costura (señal, jomero)				
Mediodía		12	Almuerzo				
		13	Descanso				
		14					
Tarde		15	Niños y jóvenes	Adultos			
			Mismas enseñanzas que por la mañana	Mismos labores que por la mañana			
		17					
Crepúsculo		18	Cena y rezos				
		19					
		20					
		21	Espectáculos (fóviles, juegos, pasatiempos, deportes, coros, danzas, teatro)				
Noche		22 a 6	Silencio. Descanso nocturno				

El horario de la misión reglamentaba los tiempos destinados al aprendizaje, el ocio y el descanso.

El ímpetu del ataque motivó que todos los alojados en la misión de San Diego buscaran refugio, incluso los tres soldados de cuera que la defendían, que se hicieron fuertes en una estancia resistiendo durante más de tres horas.

El único que salió a contener el ataque fue el valiente padre Jaime. Con la cruz en la mano, salió ante ellos demandando paz, pero fue inútil ante la horda enardecida. Su cadáver fue encontrado en el lecho seco de un arroyo, acribillado de flechas y con el rostro destrozado. Sus restos reposan en una tumba en la misión de San

Diego, que tan bravamente defendió.

## Garcés, el padre explorador

El aragonés Francisco Garcés pertenece a la nómina gloriosa de los grandes exploradores de la frontera. Ingresado en la Orden franciscana, fue destinado a esa región difícil del septentrión de la Nueva España, poblada por tribus atomizadas y en general hostiles a la presencia de forasteros, porque, como tierra árida, los recursos eran escasos, y la competencia por los mismos, intensa. Los choques entre las tropas españolas y los nativos fueron por ello frecuentes, y solo unos pocos hombres supieron manejarse con inteligencia entre aquellas tribus nómadas y belicosas.

El primero fue el jesuita padre Kino, infatigable viajero obsesionado por fundar misiones y conectar todos los territorios misionales españoles, desde la Baja California hasta la Tierra Adentro de Nuevo México y la Alta California. Su muerte interrumpió su fecundo trabajo, y el relevo lo tomó el padre Garcés, que tuvo en Kino el mejor modelo posible para moverse con soltura entre las ranherías indias.

Su primer trabajo fue acompañar a Juan Bautista de Anza en la apertura del camino desde Nuevo México a California, donde aprendió las técnicas para sobrevivir entre aquellas gentes, a las que no se debía vencer, sino convencer, y gracias a ellas logró sobrevivir en medio de la hostilidad general.

Fue destinado a la misión de San Xavier del Bac, en Arizona, definida como «el último territorio de la cristiandad», un lugar aislado, próximo a la apachería, sometido a regulares depredaciones de unos indios deseosos de los caballos y ganados de la misión.

San Xavier fue el punto desde donde Garcés acometió sus exploraciones, con el objetivo de hacer de aquella inmensa región un espacio conectado entre sí y con las Californias por caminos terrestres. Garcés aprendió el idioma pima para poder viajar sin intérprete, y con gran habilidad se introducía en las ranherías sencillamente vestido con su hábito franciscano, y al calor de la hoguera reunía a los indios y los instruía en los rudimentos del cristianismo, que ellos recibían con curiosidad.

En sus itinerarios Garcés descubrió el desierto de Mojave y se adentró por primera vez en el de Nevada, manejándose con habilidad entre indios que no habían visto a los blancos, gracias a su talante a la vez firme y dulce, y, aunque a punto estuvo de perecer varias veces, nunca manifestó temor y confió en la

Providencia.

Su gran realización fue lograr la apertura de un camino entre Sonora y California, lo que se consideraba imposible, no tanto por la dificultad de atravesar las sierras interpuestas, sino por la inexistencia de puntos de agua. Con paciencia exploradora, Garcés empleó dos meses en descubrir la ruta y las surgencias de agua, camino que luego fue consolidado por dos expediciones oficiales, atribuyéndose a Garcés el mérito de haber salvado la permanencia de las misiones españolas de California, que pudieron ser abastecidas desde entonces por vía terrestre.

El buen padre Garcés fue víctima de la penuria alimenticia de la frontera. Las tropas españolas, urgidas de alimentos, los tomaron de los yumas con malas maneras, lo que provocó su levantamiento. La misión Purísima Concepción fue atacada salvajemente por un grupo de yumas, dándose el azar de que allí se encontraba el padre Garcés preparando otra de sus expediciones, y fue apaleado hasta la muerte junto con el padre Barreneche. Varias estatuas en la región recuerdan hoy el paso por ella del incansable evangelizador y explorador padre Garcés.

### Piratas en la costa del Pacífico

El Imperio español se sentía muy seguro en su flanco sudamericano del Pacífico, porque para acceder a él se interponía una barrera casi imposible de franquear: el estrecho de Magallanes. Por tal razón, mientras que en el frente atlántico y caribeño las ciudades costeras habían sido debidamente fortificadas, las de Chile o Perú carecían de defensas, porque se consideraban invulnerables.

Todo cambió cuando irrumpió en ellas Francis Drake, *el Draque*, que, siguiendo la estela de Magallanes, había logrado introducirse por el estrecho de su nombre a bordo del *Pelican* —más tarde rebautizado como *Golden Hind*— y salvar el inextricable laberinto de canales en tan solo quince días y con un solo barco, lo que a Magallanes le costó 37 días con cuatro barcos.

Drake se asomó al Pacífico y fue asolando una tras otra las desprevenidas ciudades españolas del litoral: Valparaíso, Arica, El Callao... Su ascenso por la costa lo lleva hasta la lejana California, a las regiones recorridas años antes por Rodríguez Cabrillo, que él bautiza por su cuenta como *Nueva Albión*, remontando casi hasta la altura de San Francisco. Y con las bodegas bien repletas sopesa ahora el rumbo a seguir de vuelta a Inglaterra. Descarta regresar por la ruta del estrecho de Magallanes, pues por informes sabía que



una escuadra española le cerraba el paso. Intenta ganar latitud en busca del *Paso del Noroeste*, cuya existencia se daba por cierta entonces, pero lo extremoso del clima lo obliga a descender. Por lo que encara la única ruta posible, la de Magallanes-Elcano, la travesía del Pacífico. Lo atraviesa en 68 días, dobla el cabo de Nueva Esperanza y se presenta en Plymouth el 26 de septiembre de 1580, después de tres años de viaje, con poco más de sesenta supervivientes y tras haber sido el navegante que diera por segunda vez la vuelta al mundo.

Como es natural, el *raid* de Drake encendió todas las alarmas de las autoridades españolas, cuando vieron que el frente pacífico de América del Sur no era tan invulnerable como se creía. Más aún cuando a la acción depredadora de Drake siguieron por la misma ruta del estrecho de Magallanes la de Cavendish, que se apoderó de todo el cargamento de un Galeón de Manila, y la de Hawkins, aunque este logró ser apresado por barcos españoles.

España reaccionó a los ataques de varias formas: reforzando las ciudades costeras mediante la construcción de defensas; creando la pomposamente llamada *Armada del Sur*, una flota de guerra patrullando de modo permanente el Pacífico americano, empeño poco menos que fútil teniendo en cuenta la longitud de este litoral, de varios miles de kilómetros, y juzgando conveniente poblar la entrada del Pacífico por el estrecho de Magallanes, en la Tierra del Fuego, empeño que quedó frustrado no solo por el fracaso del conato colonizador impulsado por Sarmiento de Gamboa, que fundó una colonia donde al cabo todos perecieron por hambre, sino también porque los holandeses descubrieron una ruta alternativa a la del estrecho, la del extremo sur del continente americano, que relegó definitivamente a un segundo plano el acceso por el estrecho de Magallanes.

## El desarrollo de California

El binomio misión-presidio, con todos sus posibles defectos, rindió extraordinarios servicios a la Corona española, pues le permitió colonizar pacíficamente California de un modo económico y eficaz. Tuvo la fortuna de que los indios californianos eran menos belicosos que los de otras regiones, como Tejas, lo que favoreció su integración social y cultural sin sensibles traumas.

El avance colonizador se apoyó pues sobre el eje misión-presidio, con menor peso de los pueblos, pues solo se fundaron tres: San José, Los Ángeles y Branciforte. Este último se engrosó en gran

parte con delincuentes de México, una radical deficiencia de base que hizo que el poblado, saturado de problemas internos, no pudiera prosperar a la larga. Alrededor de estos pueblos se erigieron ranchos privados, aunque no en número excesivo, y siempre procurando que sus ganados no perjudicaran las rancherías indígenas.

Sobre estas instituciones se desarrolló lentamente la economía de California, pivotando en torno a la agricultura y la ganadería. Toda la panoplia de los cultivos peninsulares, como los cereales y los frutales, se instaló en California con éxito espectacular, y ya en 1817 Los Ángeles contaba con 53.000 viñas y un acreditado vino.

La ganadería alcanzó su máximo desarrollo en las misiones, algunas con millares de vacas y ovejas, como la misión de San Luis Rey, que llegó a contar con 25.000 cabezas de cada clase de ganado. Las misiones generaban no solo los productos primarios, sino sus derivados: aceite, vinagre, embutidos, manteca, sebo para las velas, jabón, tintes. Y también paños, cueros, calzados, zahones, muebles, odres, canastos..., todo ello no de muy buena calidad, pero en cantidad bastante como para que misiones y presidios tendieran a la autosuficiencia, y solo se traían de Nueva España, desde la base de abastecimiento de San Blas, objetos refinados o que no se podían producir en las misiones.

Los pueblos y ranchos apenas podían competir con las misiones, pues estas empleaban mano de obra neófita casi gratuita, lo que provocó fricciones constantes con los colonos, y que estos no encontraran estímulos suficientes para progresar. Todo lo cual les volvió escasamente industriosos y sí muy aficionados a las fiestas, las tertulias, la caza, las luchas de toros y osos y otros divertimentos, de lo que mucho se quejaban los misioneros.

La élite social de California, la *gente de razón*, eran los cristianos que vivían de un modo civilizado, y se radicaban en las instituciones españolas citadas. Eran los frailes, los soldados presidiales, los funcionarios o los rancheros.

De esta forma fueron creciendo la economía y la sociedad californianas, integrándose paulatinamente a los nativos en los modelos de vida europeos, en un esfuerzo sostenido y ciertamente titánico por parte de la Corona española para evitar su extinción. Gracias a él, los indios empezaban a reorganizarse bajo el sistema misional, dentro de una nueva cultura y de nuevos patrones económicos, basados en la agricultura y la ganadería. Entonces se produce la Independencia de la América hispana. Las misiones se secularizan, personas ajenas llegan a California y se apoderan de las tierras y recursos de las misiones. El sistema misional colapsa.

Los indios, destinatarios naturales de todos esos bienes, se ven

de pronto excluidos de la tierra y, desamparados, se dispersan. Las misiones eran algo más que lo que ahora se ve en ellas, la iglesia y su patio. Eran un núcleo que irradiaba desarrollo económico territorial y que sostenía a los indios acogidos a ellas. Y cuando, años después, las misiones regresan al seno de la Iglesia, ya era tarde. Ya no tienen tierras anejas ni están los ganados. Los indios habían virtualmente desaparecido.

### Nomenclatura española en Estados Unidos

Tres siglos de presencia de una nación en un territorio dejan un rastro indeleble de ese paso. Es ingente el número de los nombres de origen español vigentes en los Estados Unidos, desde la denominación de varios de sus estados, como Florida, California, Arizona, Tejas o Colorado.

La nomenclatura española posee varios orígenes. Uno de ellos es el de los exploradores de los territorios vírgenes, recordados en accidentes geográficos como Bahía Bodega, Juan de Fuca y muchos otros, y presentes también en calles, plazas, monumentos o parajes, que recuerdan a De Soto, Ponce de León, Anza y demás pioneros que dejaron su impronta en aquellas tierras inéditas. Nombres que abarcan desde Florida a California y que se remontan incluso a la remota Alaska —Valdez, Cordova—, dejando testimonio de la soberanía española en otro tiempo.

Otros muchos corresponden a pueblos fundados por España de nueva planta, o a partir de misiones y presidios, caso muy frecuente. Así, Los Ángeles, San Francisco, San Diego, San Antonio, San Agustín, Albuquerque, Santa Fe, Sacramento, San Bernardino y tantos otros.

Otro bloque de denominaciones es el que procede del vocabulario ganadero, importado, como se ha dicho, de las marismas del Guadalquivir, y que los angloamericanos adoptaron íntegramente cuando se asentaron en el Suroeste, asimilando todos sus vocablos: lazo, reata, rodeo, corral, remuda, churro, ojo de agua..., palabras que tantas veces hemos escuchado a través del cine de Hollywood.

En el interior de los estados que fueron más españolizados existe un verdadero enjambre de lugares, accidentes topográficos o pequeños pueblos, de inequívoco sesgo español: Bernalillo, Belén, Santa Rosa, Los Álamos, Cabo Cañaveral, Socorro, El Paso..., siendo Florida, Nuevo México y California los estados más profusamente plagados de nombres españoles.

Resulta curioso que California, siendo la provincia más tardíamente ocupada por España, y habiendo pertenecido a su Corona durante solo medio siglo, haya dejado una ristra apabullante de nombres españoles, visibles por doquier al recorrerse el estado: Palo Alto, El Cerrito, Tiburón, Sierra Azul, Salinas, Santa Bárbara, Escondido... El interior de California se halla más densamente sembrado de nombres españoles que la costa, ya que los sucesivos pasos por ella de los navegantes ingleses, como Cook, Vancouver y otros, rebautizaron con nombres ingleses la costa, sustituyendo los nombres españoles inicialmente dados por los españoles Vizcaíno, Cabrillo, Pérez o Bodega. Pese a lo cual, California conserva una impresionante nómina de nombres españoles, al igual que el resto de la Norteamérica hispana.

California fue la región más tardíamente colonizada por España, cuando en el último tercio del siglo XVIII ese gran rey que fue Carlos III decidió que el país recuperara en el concierto europeo el lugar jerárquico que por la vasta dimensión de su imperio ultramarino le correspondía, un puesto que había perdido por la escasa visión económica española y la agresividad comercial e industrial que mostraban otras naciones, como Inglaterra y Francia. En el contexto de esta renovada política imperial, California significó el salto hacia el Norte por la costa oeste del Pacífico, con la doble misión, una constante de la política española, de detener el avance por América de otras potencias —en este caso, la rusa— y de extender la religión entre los nativos de las tierras nuevas.

La colonización de California se articuló por tanto sobre ese doble eje civil y religioso, el que impulsaba a los componentes de la *Santa Expedición* comandada en sus respectivas vertientes militar y religiosa por el catalán Gaspar de Portolá y por alguien que habría de ser el verdadero motor de la expansión misionera y de la colonización española en California, el franciscano Junípero Serra.

En los siguientes cincuenta años desde esa entrada pionera, la California española habría de conocer una continua expansión hacia el Norte por parte de los misioneros, y una inmediata consolidación civil en los territorios ganados por los religiosos. Y aunque un plazo de medio siglo parezca relativamente corto, a la vista de la profunda huella dejada en la región, el éxito de la hispanización fue indiscutible.

Esa huella se percibe hoy en cualquier rincón de California, y no solo por la profusión de nombres españoles, visibles por doquier, y de los que San Diego, Los Ángeles o San Francisco son solo una mínima muestra. No solo se trata tampoco de las veintiuna misiones fundadas por los franciscanos y enlazadas a través del Camino Real, esa historia arquitectónica afortunadamente preservada. La hispanización aflora también en otros aspectos de hondo calado, como la vocación citrícola, frutera, ganadera o vinícola de la California de hoy, que, junto con otras actividades tecnológicas punteras, la han convertido en una de las regiones más prósperas y dinámicas de Estados Unidos. Por ello, y por su clima excepcional —se trata de una de las pocas áreas del mundo de ecosistema mediterráneo—, California sigue atrayendo gentes de todas partes, y la ciudad de Los Ángeles, epicentro de la industria del cine, es una de las más populosas del planeta.

El copioso rastro de la huella española en California comienza en San Diego, precisamente la primera plaza fundada por la

avanzadilla colonizadora que fue la *Santa Expedición*. Dominando la bahía se alza la estatua de quien primeramente había avistado esta costa, el marino Juan Rodríguez Cabrillo, al servicio de la Corona española. Se emplaza en el *Cabrillo National Monument*, administrado por el National Park Service, cuyas funciones, como ya se ha visto, rebasan la mera gestión de los Parques Nacionales, para extenderse a la conservación de monumentos y parajes históricos relacionados con el pasado de los Estados Unidos.

Dentro del conjunto de este espacio protegido, lo más relevante es lógicamente el propio monumento a Cabrillo, una estatua grande y blanca que se distingue desde muy lejos. Al pie de ella, varias placas dedicadas a su memoria. De la persona de Cabrillo se sabe muy poco, pero bastó una somera referencia de un historiador al hecho de que podría ser portugués, para que los portugueses, siempre tan oportunistas y ocurrentes, hayan fijado un letrero en homenaje «Ao navegante português João Rodrigues Cabrilho», sin la menor mención al hecho de que la expedición fuera española por los cuatro costados. Tan excluyente apropiación ha obligado a reaccionar a la Armada española, que ha instalado al lado otra placa que aclara las circunstancias, y que incluye los nombres de los barcos españoles que compusieron la flota de Cabrillo, más la mención al hecho de que la expedición «abrió la ruta marítima que impulsó el posterior desarrollo de California».

El centro de interpretación del conjunto es magnífico. Una gran maqueta interactiva permite, mediante hileras de pequeñas bombillas que se encienden a voluntad, seguir la progresión mes a mes de la expedición de Cabrillo a lo largo del Pacífico. Un dibujo de formato grande representa el desembarco del explorador en la costa californiana, donde le espera un grupo de indios. Y otro mural a la entrada del centro, también mediante un sistema de luces permite seguir el derrotero de algunos de los grandes exploradores españoles del norte y del sur americanos: Coronado, De Soto, Pizarro, Cortés, Narváez, Cabrillo, Cabeza de Vaca...

Desde la terraza del Cabrillo National Monument se disfruta de una extensa panorámica de la bahía de San Diego y sus terrenos adyacentes, llegando la vista incluso a los territorios fronterizos de México. Un cartel parece reflejar los pensamientos que en ese momento embargan al espectador: dice que, cuando hace cuatro siglos llegó Cabrillo al lugar, había en él un puñado de indios. Y que ahora el conglomerado periurbano de San Diego incluye a tres millones y medio de personas.

Dentro de ese ámbito formado por edificios de todos los tamaños y por dédalos de ruidosas autopistas que se cruzan y superponen, existe un pequeño recinto que el seguidor de la huella hispana debe

visitar. Es el *old town* histórico, el corazón urbano de la antigua San Diego española. Lo único moderno que llega a él es el fragor de los automóviles que circulan alrededor, pero dentro se ha instalado un pequeño oasis colonial reservado a los peatones, con tesoros como la plaza cuadrada y circuida de casas bajas, como en los tiempos primitivos; la Estudillo House, con hechuras de casa extremeña del siglo XVII, o la del colono Antonio Aguirre, considerado uno de los fundadores de la ciudad, y cuya antigua residencia se mantiene.

Otro lugar que debe verse en San Diego es Presidio Hill, el exacto emplazamiento que eligieron Portolá y Junípero Serra para instalar los primeros establecimientos españoles en la llamada entonces Alta California. Este es el verdadero embrión de la California moderna. Así lo recuerda un monolito que lleva por título «San Diego Presidio Site» y que refiere cómo soldados, misioneros e indios ocuparon la zona y erigieron un puesto militar, y dos meses después Junípero Serra fundó aquí la primera de sus misiones. Y cómo todo ello se abandonó más tarde, cuando San Diego se convirtió en pueblo, el destino previsto por la Corona para todas las misiones.

En los jardines de Presidio Hill hay una preciosa estatua llamada *The Father*, del escultor Putnam, con la cabeza baja, en humilde postura. Y una gran cruz de ladrillos dedicada a fray Junípero Serra, textualmente designado al pie del monumento como el fundador *de facto* de California. Un museo dedicado a su obra se encuentra en las instalaciones del recinto.

La cadena misional inicialmente fundada por Junípero Serra es el objeto primordial de la huella española física en California. En torno a las misiones se desarrolló el resto de la presencia hispana: la agricultura, la ganadería, el urbanismo..., todo ello definidor de la moderna California. Porque las misiones, en cuanto complejos agrícolas, pecuarios e incluso industriales, fueron núcleos de desarrollo regional, aunque hoy solo reste uno de sus aspectos, el religioso, con la iglesia misional y el patio, y el conjunto de su antiguo nervio económico, las tierras y las actividades económicas, haya pasado a otras manos o haya sido devorado por el avance urbano.

La misión de San Diego de Alcalá sería precisamente el eslabón primero de esa cadena. Se sitúa a unos pocos kilómetros de Presidio Hill, y es que, aunque en un principio fue instalada allí, a requerimiento de los frailes se trasladó al lugar actual, pues sabido es cómo los religiosos deseaban alejarse de los soldados, cuya cercanía consideraban nociva para los nativos, por más que el alejamiento expusiera a los frailes al peligro de la desprotección frente a una rebelión, como varias veces ocurrió.

Una placa en la fachada de la misión, colocada en el 250 aniversario de su fundación, recuerda a los visitantes que en este punto comienza el Camino Real, el que enlazaba todas las misiones sucesivamente construidas en California y que hicieron avanzar la colonización española.

La mayoría de las misiones siguen vivas, regentadas como parroquias, iglesias o seminarios, y ello es lo que más ha contribuido a su preservación. La de San Diego de Alcalá lo está, como lo demuestra su muy cuidado patio interior, con su fuente donde borbotea el agua, y su arbolado robusto, testigo de todos los tiempos y acontecimientos de la misión. Lo único a lamentar, el asfaltado general de este patio.

En una pequeña capilla de la misión aparece un coro prodigioso del siglo XII, de oscura y recia madera, venido de un monasterio de Plasencia. Y en la iglesia principal de la misión, junto al altar, el recuerdo de uno de los momentos más dramáticos en la colonización española de la región: la tumba del padre Luis Jaime, muerto por los indios. Cuando la noticia llegó al padre Serra, junto con el pesar por la muerte del colaborador, sintió la ventura, que acaso íntimamente hubiera deseado para él mismo, de que la tierra de las Californias había sido ya bendecida con la sangre de mártires.

La cadena de misiones coincide más o menos con la carretera 101, y en su día la arteria fue llamada el Camino Real. Cada cierto tiempo, una sencilla escultura al borde de la ruta se encarga de recordárselo al viajero. La escultura remata en una campana, el símbolo más representativo de las misiones. La vida en ellas se regía por el tañido de la campana, que marcaba el tiempo de levantarse, de ir al trabajo, del almuerzo, del descanso. Llamaba a misa y sonaba festiva o lúgubre según las ocasiones. El sonido de la campana fue, sin duda, la música de la presencia española en la Alta California.

La siguiente misión es la de San Luis Rey de Francia. Fue fundada por el padre Lasuén y dedicada por el virrey de Nueva España al rey Luis, nombrado patrono de las misiones de la Alta California con ocasión de la alianza de las dinastías borbónicas de España y Francia. En su día fue conocida como «la reina de las misiones», por la extensión de sus campos y lo nutrido de sus rebaños, con cantidades tan elevadas como 50.000 cabezas de ganado vacuno. Sus edificios centrales ocupaban cerca de tres hectáreas, y la población de indios residentes, 2700, fue la más numerosa. Poseía vastas extensiones de vid, olivo, trigo y cítricos, y era tan importante como para contar con *asistencias*, capillas agregadas situadas lejos del núcleo, como la de Pala.

Si el inicial núcleo humano colonizador de las Américas —influyendo de modo definitivo en su personalidad colectiva— radicó en el Bajo Guadalquivir, poco se conoce el papel que jugó el corazón de ese triángulo, formado por las poblaciones de Sevilla, Cádiz y Huelva, en la conformación de la cultura material del Nuevo Mundo. Las marismas del Guadalquivir, hoy englobadas en el Parque Nacional de Doñana, era antigua región ganadera, como acredita el paso por ellas de Ulises, que en su famoso periplo alcanzó a contemplar los famosos toros tartésicos de las planicies marismeñas.

Por su situación lindera al puerto de Sevilla, las marismas fueron la cantera de donde se extrajo todo el aporte ganadero con destino al Nuevo Mundo. Cuentan las crónicas que los pícaros tratantes sevillanos engañaron a Colón en su segundo viaje, trocando los corceles de buena planta que le habían mostrado en el alarde previo, por unos matalones. No eran tales, sino caballos marismeños, de escasa alzada y aspecto poco lucido, pero insuperables en el trabajo campero, y esos troncos, y no los espléndidos caballos andaluces, fueron los que poblaron los campos americanos y, desde luego, los del suroeste de Estados Unidos, los que montaron los vaqueros, luego los *cowboys* y los indios, o se silvestraron como mesteños o *mustangs*.

Las vacadas americanas se extrajeron también de las marismas béticas, donde nomadeaban las bravías mostrencas, de ancho cuerno y que dieron lugar a las *longhorns* texanas. Y todo el complejo del ganado ovino, el que se extendería prodigiosamente desde Nuevo México a California, tuvo su origen en otra especie de las marismas, la churra lebrijana.

Junto con este bagaje biológico, las marismas exportaron todo el complemento humano y material: los vaqueros, consumados expertos en el manejo de las reses a caballo; el vestuario, la silla de montar andaluza, las espuelas, los arreos y todo lo que se ha dado en llamar la *civilización del cuero*, que tan gran trascendencia tuvo en áreas extensas del Nuevo Mundo, como la Pampa argentina o los Llanos de Venezuela, y que en el suroeste de Estados Unidos sería no solo incorporada, sino adoptada más tarde por los angloamericanos y presentada como propia seña de identidad.

Las marismas y su entorno ofrecen adicionales muestras de las raíces colonizadoras de América: el horno de pan exterior, que no falta en ninguna casa india de Norteamérica; el modelo de casa principal del rancho o hacienda, con su zaguán y sus dos patios, como se aprecia en el viejo palacio de Doñana; el tipo básico de núcleo urbano del Oeste, con sus altas tapias traseras para los corrales —en el Oeste, para defensa contra los indios—, su parte noble orientada hacia el interior del pueblo y las viviendas con los barandales para los caballos, todo lo cual define a la aldea de El Rocío.

Caballos, vacas mostrencas, churras, jinetes, manejo ganadero..., todo eso podemos seguir contemplándolo a día de hoy en las marismas del Guadalquivir, valiosísimo embrión de la colonización española del continente americano, desde el Norte hasta el Sur, desde las montañas de Colorado y las grandes praderas hasta las llanuras ilimitadas de la Patagonia.

Este formidable centro de desarrollo económico de toda una región sufrió las consecuencias de la salida de España del teatro



americano. Un cartel instalado en la propia misión informa que, hallándose el proceso de Independencia en plena gestación, se prometió a los indios que la misión sería expropiada y trasvasada a ellos su propiedad. Pero, cuando se alcanzó la Independencia, las cosas siguieron por otros derroteros: México procedió a secularizar la misión, y sus vastas posesiones y pertenencias quedaron en manos de unos pocos aprovechados.

El siguiente eslabón de la cadena es la misión de San Juan Capistrano, la «joya de las misiones», fundada por fray Junípero y acaso la más conocida y visitada de todas. Es un precioso recinto con dos grandes patios y con numerosos rincones para deleitarse: la bellísima fuente, la estatua de Serra con un niño, los setos floridos, el copioso arbolado o el espectáculo de las golondrinas, que por centenares acuden cada mes de marzo para instalar sus nidos de barro en los recovecos de los muros.

La misión, como casi todas las demás, ha sufrido los efectos de los terremotos, que cíclicamente golpean el territorio de California, situado sobre la famosa falla de San Andrés. El temblor de 1812 sorprendió a los fieles en la iglesia principal, derrumbándose la techumbre y muriendo muchos. Derribó también las campanas, que tenían nombre propio: San Vicente, San Juan, San Antonio, San Rafael. Réplicas exactas se fabricaron en Holanda, que hoy se exhiben en el recinto misional.

Otra curiosidad notable es la *Serra Chapel*, en la que existe constancia de que fray Junípero celebró ritos litúrgicos. Como también es destacable la serie de dioramas, con escenas que ilustran acerca de aspectos diversos de la vida en la misión: los indios recibiendo el bautismo, los padres impartiendo la doctrina, el cultivo de las huertas, la construcción con ladrillos de adobe...

San Gabriel Arcángel es otra cosa. Situada dentro del ámbito de influencia de ese gigante urbano que es la ciudad de Los Ángeles, ha sufrido las consecuencias de esa cercanía. No solo es que al lugar llegue el rumor incesante de los más que atascados accesos a la megaciudad, sino que el propio crecimiento urbano fue limando los contornos de la misión, sus edificios anejos, sus huertas y corrales, hasta confinar a esta en sus reducidos límites actuales. Por si fuera poco, los terremotos la han golpeado una y otra vez, la última en fecha tan próxima como 1987.

El resultado es que la misión de San Gabriel Arcángel parece asfixiada por la falta de espacio, y su patio interior es un hacinamiento de setos, esculturas, carteles y objetos que hay que sortear. Y donde pasear libremente es difícil, debiendo hacerse entre el laberinto de parterres.

Empero, la misión arrastra una rica historia detrás, pues fue aquí

donde arribó Juan Bautista de Anza cuando trajo colonos desde Arizona, al otro lado de la sierra, en su apertura de una ruta terrestre que evitara la penosa navegación por el Pacífico. Fueron agasajados por los padres con una succulenta cena que incluía asado de res y abundante vino, pues San Gabriel lo producía en grandes cantidades.

Pero lo más importante de San Gabriel no es la misión en sí, sino su asistencia: nada menos que Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, que así se llamaba la que sería, corriendo el tiempo, una de las ciudades más grandes y populosas del mundo. Es indispensable acercarse a este embrión original de la urbe, diminuto pero milagrosamente preservado.

En él se halla la propia misión asistencial, una pequeña iglesia de escaso atractivo en sí, salvo que existe, que no es poco en esta ciudad devoradora. Mucho más interesante es la plaza alledaña, cuadrada desde luego, con su templete central para la música. El rodeo de la plaza nos permitirá contemplar varios elementos que guardan estrecha relación con el pasado de la ciudad.

El hecho de la fundación es recordado por una inscripción en bronce, que bajo el título «Ciudad de Los Ángeles. Placa conmemorativa de su bicentenario», traducida del inglés, dice así:

El 4 de septiembre de 1781 llegaron a este lugar procedentes del Golfo de California 11 familias, 44 personas en total, incluyendo niños, con el propósito de fundar un pueblo que llegaría a ser la ciudad de Los Ángeles. Esta fundación, ordenada por el rey Carlos III de España, fue llevada a cabo bajo la dirección del gobernador Felipe de Neve.

Sigue diciendo cómo a partir de la plaza se delimitaron los límites formales de la ciudad, fijándolos en setenta y siete leguas cuadradas. Y otra placa recuerda a los primeros pobladores que se asentaron aquí en cumplimiento de esas instrucciones: once familias con veintidós adultos y veintidós niños, procedentes todos de las provincias mexicanas de Sinaloa y Sonora, traídas por el capitán Francisco de Rivera. Curioso que, al leer la lista de nombres, solo haya dos genuinamente peninsulares. Los demás eran de las denominadas *castas*, la mezcla de sangres que originó la llegada de los españoles, y que prueba que los pobladores de California eran gentes ya muy mestizadas, procedentes en su mayor parte de la Nueva España.

Otra placa informa que la primitiva plaza estuvo radicada en las orillas del río Porciúncula y que, a causa de sus crecidas, fue trasladada hasta su emplazamiento actual.

En la plaza se han levantado sendas estatuas a los personajes que hicieron posible la fundación. Una de ellas, la de Carlos III, el impulsor de la expansión española hacia la Alta California, y que fue inaugurada por el rey Juan Carlos I. Otra estatua se halla dedicada a Felipe de Neve, quien, como gobernador de la provincia de California, ejecutó las instrucciones reales para fundar la ciudad.

En el recorrido por esta suerte de museo histórico que es la plaza del antiguo Los Ángeles, podremos ver dos hitos más, dedicados esta vez a los caminos de la época. Uno, referido al Camino Real que enlazaba las misiones españolas. Otro, dedicado al famoso *Old Spanish Trail*, aunque en esta leyenda se reduce su trayecto al tramo entre Santa Fe y Los Ángeles, cuando otras placas situadas en puntos diversos del ámbito hispano de Estados Unidos lo prolongan hasta la Florida. Reza el rótulo que este camino fue utilizado por comerciantes para el comercio entre Nuevo México y Utah, y que luego se extendió hasta California, ya en el período mexicano.

Una cruz grande en un costado de la plaza señala la entrada de la calle Olvera, otrora nervio callejero de los angelinos. Hoy es una arteria turística, abigarrada de tenderetes con recuerdos, flanqueada por casas más bien antiguas, y con la más veterana y conocida de todas, la Ávila House. Está construida en madera, con barandal, y lo más destacable es su agradable patio interior, de suelo de arena, todo lo cual nos transporta de inmediato al estilo de las antiguas casas rurales andaluzas.

No deja de ser un alivio escapar de los tentáculos de Los Ángeles, para abordar la visita a la siguiente misión, siempre en dirección norte por el antiguo Camino Real, hoy la ruta 101. Es la misión de San Fernando Rey de España, que además de los terremotos sufrió otra clase de acometidas, cuando en 1842 corrió la noticia de que el mayordomo de la misión había encontrado unas pepitas de oro adheridas en las raíces de los cultivos de la huerta. Era el primer rumor, aunque incierto aún, acerca de la existencia de oro en California, y sobre la región se cernieron legiones de buscadores, que no remitieron hasta comienzos del siglo XX, cuando nuevos prospectores se afanaron en encontrar supuestos tesoros escondidos por los frailes, un infundio que ya había perseguido a los jesuitas un siglo antes.

Pasados los embates humanos y geológicos, la misión fue reconstruida y hoy luce impoluta, cuidada hasta el extremo, con las casas de los neófitos pintadas en tono albero, y con detalles interesantes, como un busto del padre Lasuén, el prudente seguidor de la obra del vehemente Serra, y varios olivos centenarios en el atrio de la iglesia, con seguridad contemporáneos de la fundación de la misión. En el pequeño museo que casi todas las misiones

mantienen, hay un ilustrativo dibujo que representa el estado de las propiedades de la tierra en la California de entonces y que muestra cómo, junto a los ranchos privados, existían numerosas «tierras públicas», pastos comunales herencia del derecho castellano.

La misión de San Buenaventura fue la última de las que fundara Junípero Serra, y por su localización frente al canal de Santa Bárbara y su fama como productora de frutos y vegetales, andando el tiempo fue muy visitada por las tripulaciones de los barcos balleneros que surcaban la costa, que aquí se abastecían. Como las demás, recibió el impacto de los temblores, así como del fuego, y sobre todo del crecimiento urbano del entorno. Hoy es una misión sencilla, que cuenta, como elementos destacables, con un arco triangular en su fachada frontal y con restos del acueducto que la surtía de agua.

El inmediato pueblo de Ventura, cuyo embrión es precisamente la propia misión, es un pueblo muy agradable, que en muchos de sus detalles no puede ocultar su molde español. Y no debe dejar de visitarse una estatua de fray Junípero levantada frente al Ayuntamiento. Por lo común, las estatuas de Serra lo representan paternalmente con un niño al lado, en su lado más humanitario y apostólico. Pero aquí aparece un Junípero más real, expresando su postura esa determinación, esa firmeza que, si por una parte lo llevó a ser el fundador en la práctica de California, por otra le hizo enfrentarse con todo aquel que no siguiera al pie de la letra sus opiniones, incluyendo en esa nómina a todos los gobernadores nombrados por la Corona.

Continuando en dirección norte, junto a las consabidas figuras de las campanas anunciando que estamos recorriendo el Camino Real, aparece otra que ya no dejará de acompañarnos hasta San Francisco. Se trata de una señal que indica *Historic Trail*, con un dibujo de un español a caballo y, rodeando el conjunto, el nombre de Juan Bautista de Anza, cuyas hazañas en esta parte de la frontera así se recuerdan.

Así llegamos a Santa Bárbara, una localidad de fuerte ascendencia española, porque aquí se fundaron misión y presidio. Este último sigue en pie y, como reza una placa situada a la entrada de este último, fue establecido bajo las órdenes del rey Carlos III en abril de 1782, por el gobernador Felipe de Neve, el padre Junípero Serra y el teniente José Francisco Ortega, para proveer de recursos a los habitantes de la región del canal de Santa Bárbara de California.

El presidio, incrustado hoy en el corazón del pueblo de Santa Bárbara, es un conjunto que rezuma una gran fuerza estética, y en él ondea la bandera española. Por desgracia, su ubicación en la

ciudad lo ha troceado, de manera que sus edificios se hallan separados por las calles, pero aun así conserva una vigorosa personalidad. En su traspatio se erige una estatua a su impulsor, Carlos III, además de otros elementos, muy bien escogidos porque todos ellos fueron básicos en el desarrollo de la región: la estatua de un caballo de tamaño natural; una carreta de dos ruedas macizas, el modelo que se usó en los caminos reales de esta parte del septentrión hispano; un horno de pan, imprescindible en cualquier asentamiento español; y un montón de ladrillos de adobe apilados, el material básico de construcción en el Oeste.

Se encuentran, asimismo, los restos del acueducto que traía agua desde una milla y media de distancia, y que tenía una capacidad de 36.000 galones diarios, y eso funcionando solo al 25 % de su capacidad de producción.

Para llegar a la misión de Santa Bárbara atravesaremos el pueblo, que retiene mucho de su pasado español, como los encalados, las rejas, las maderas, las techumbres de teja roja, y sobre todo de su atmósfera hispana, como las calles con paseantes y las abundantes terrazas de bares y cafeterías. Cruzaremos también por el Padres National Forest, envolviéndonos por completo el ambiente del encinar, adehesado incluso en algunas partes, tal si nos halláramos en Extremadura o Andalucía.

La misión se alza sobre sus campos de labor, una larga vallejada que la abastecía sobradamente. El conjunto edificado es muy sencillo, y por ello muy auténtico. Curiosamente, aunque Serra eligió el lugar tanto del presidio como de la misión, esta no llegó a ser fundada por este, sino por su sucesor, Lasuén. La misión se demoró unos años, y tras ello se esconden las profundas desavenencias entre el presidente de las misiones de California y el gobernador Felipe de Neve, receloso del creciente poder de los franciscanos en la provincia, que se superponía al suyo propio, la autoridad política y civil.

La misión de Santa Inés se sitúa sobre el fecundo valle de Santa Ynez, y se encuentra algo apartada del Camino Real, lo que hace ganar al paraje en tranquilidad. Esta es una de las pocas misiones que no han sido devoradas por la civilización, y donde no llegan otros sonidos que los de la campiña. Guarda una maqueta de lo que fue la misión en pleno apogeo, con escenas de la vida diaria en ella, representadas por pequeñas figuras. Exhibe también sobre la pared un fresco que dibuja el Imperio español en su máxima extensión, desde la mitad de América del Norte hasta el Cono Sur, una dimensión que por su tamaño nunca deja de asombrar. En los claustros interiores de la misión se puede pasear al arrullo del rumor de una fuente y de los cantos de los pájaros.

Pero en orden a quietud y sosiego ninguna gana a la siguiente misión del camino: La Purísima. De lejos, la que mejor permite asomarse a la realidad de una misión en pleno funcionamiento. Tuvo la mala fortuna de que fuera secularizada cuando México se independizó, pasando a manos privadas que sacaron buen provecho de la riqueza ganadera de la misión. Y la buena suerte de que volviera a manos públicas, cuando la Union Oil Company la cedió con todos sus edificios y campos, extendidos por decenas de hectáreas.

La restauración ha sido tan exquisita que no parece sino que la misión acabara de abandonarse por los religiosos y los neófitos, y pasear por sus estancias, sus arquerías, sus corrales o sus caminos supone acercarse vívidamente a otros tiempos, cuando La Purísima era una potencia ganadera que criaba por miles reses, ovejas, puercos, caballos, gallos, pavos y ocas. Algunos ejemplares quedan para muestra en los corralones, como también se hallan intactas muchas de las piezas originales que un día fueron el nervio de la misión: la cocina, la biblioteca de los padres, la sala con las monturas, el telar, el molino de aceite, los barracones con los catres. Todo genuino, auténtico, hasta el punto de que la iglesia carece de bancos, como acontecía en esa época, con el fin de dar cabida al mayor número posible de bautizados. Y hay una dependencia que reza «Cuartel», junto a un mástil con la bandera española.

La misión de San Luis Obispo de Tolosa es como el reverso de La Purísima. Donde sosiego, bullicio ciudadano; donde restauración primorosa, reparaciones inadecuadas. La de San Luis es una de las misiones consumidas por el desarrollo urbano circundante, aunque no cabe quejarse de ello. Al fin y al cabo, el destino previsto para toda misión era el de ser la semilla de futuros pueblos autosuficientes.

El derrotero continúa a través del paisaje montañoso de la costa californiana, que, de cuando en cuando, se remansa en valles abrigados, donde se asentaron las misiones y los pueblos. Y así se llega a la de San Miguel Arcángel, destinataria de azotes varios, como el de su secularización inicial, que la llevó a usos como residencia privada, salón de baile, almacén y otros no menos espurios. Y para remate, los terremotos, el último en 2003, todo lo cual ha llevado al conjunto a un estado deplorable, del que espera salir mediante la restauración iniciada.

El paisaje sigue discurriendo entre lomas y campos de cereal, que en otoño se convierten en rastrojeras, en remembranza sumamente ibérica. Y el siguiente eslabón de la cadena es la misión de San Antonio de Padua, que, si algo tiene garantizado, es la tranquilidad y la conservación del entorno, pues se halla enclavada

dentro de una vasta instalación militar.

San Antonio de Padua posee una bella arquitectura. Su parte frontal es una larga arcada cubierta por una techumbre de teja, rematada en su extremo por la iglesia de tres arcos. Y con detalles interiores de notable interés, como un mural con los hierros ganaderos de todas las misiones, y sobre todo el dibujo de una gran mano con las notas musicales, pues el aprendizaje de la música era una de las enseñanzas impartidas en las misiones.

En el exterior, otros elementos dignos de mención son la cruz dedicada a su fundador, una vez más fray Junípero, y una placa que recuerda que el mítico Juan Bautista de Anza pernoctó en el lugar, en su jornada desde México hasta San Francisco.

La misión de Nuestra Señora de la Soledad anticipa en el nombre su desgraciada historia. Desde el primer momento fue el menos deseado de los destinos por los frailes, debido a lo extremoso de su clima, tórrido en verano y muy frío en invierno. Y aunque ninguna ciudad mordió sus límites, sí lo hicieron los agentes naturales. Uno de ellos fue una inundación que desmoronó por completo la iglesia, quedando al descubierto la tumba del antiguo gobernador de California, José Joaquín Arrillaga, hombre muy piadoso, que era llamado *papa* por los indios neófitos y que pidió ser enterrado envuelto en el hábito franciscano. Por todas esas causas, la misión se reduce hoy a una pequeña porción de su estructura original, un triste remedo del esplendor de otros tiempos.

Prosiguiendo hacia el norte la ruta que aproximadamente debió recorrer Gaspar de Portolá, llegaremos al punto que tan afanosamente buscó, y que no encontró sino hasta la segunda intentona: la bahía de Monterrey, la que había dibujado casi dos siglos atrás el mapa de Sebastián Vizcaíno, y que la Corona española señaló como objetivo fundamental de la *Santa Expedición*, la que supuso la entrada de España en la Alta California.

Del presidio queda únicamente su capilla, y en un altozano, sobre la bien conservada bahía hay varios elementos evocadores; el más importante, una estatua de Junípero Serra sobre una barca de piedra, pues fue él quien con su insistencia obligó a Portolá a volver sobre sus pasos hasta localizar la bahía.

También hay una sencilla placa que hace justicia a quienes primeramente pusieron el pie en Monterrey y en este lugar celebraron una misa, los frailes que acompañaban a la expedición de Sebastián Vizcaíno.

En la propia ciudad de Monterrey hay otros homenajes, como la plaza de Portolá, junto al hotel del mismo nombre. El motivo más destacado de esta plaza es una magnífica estatua del catalán don Gaspar de Portolá, quien, gracias al empuje de Serra, logró llevar a

buen puerto el objetivo del asentamiento de España en California. En la misma plaza, una placa dedicada al ilustre capitán de Balaguer, inaugurada con motivo del bicentenario de Monterrey por el entonces gobernador de California, Ronald Reagan.

A pocos kilómetros se alza la misión de San Carlos Borromeo del Río Carmelo, popularmente conocida, entonces y ahora, simplemente como El Carmel. Es una de las más famosas y visitadas de cuantas jalonan el Camino Real, entre otras razones, porque fue la que eligió Junípero Serra para instalar su cuartel general en California y porque aquí se encuentra enterrado.

Sobre su tumba hay un emotivo grupo escultórico que representa el cadáver yacente del padre Serra, y en su cabecera, velándolo compungido, el padre Crespí, uno de sus más cercanos colaboradores.

La misión se halla toda ella impregnada de la presencia y el recuerdo de Serra. Al pie de una gran cruz en el patio se dice que fray Junípero erigió en este punto la misión, el 24 de agosto de 1771, y cerca de ella se recata el jardín de Serra, donde el fraile debía recogerse para meditar.

El interior guarda interesantes rincones para visitar. Uno de ellos, el despacho-biblioteca, una habitación que invita al estudio. Y sobre todo el dormitorio del propio Serra, un espacio frío, mínimo, sin otro mobiliario que un sencillo camastro de madera, una diminuta mesa con su silla y un arcón. Eso era todo lo que necesitaba para sí mismo el franciscano presidente de las misiones de California.

Seguimos enfilando el camino del norte, y el anillo que rodea la bahía de Monterrey despliega un cordón de dunas, las mismas que en su día contribuyeron a desorientar a la expedición de Portolá, que, por más que buscaba la bahía, no la encontraba, y se debe ello también a que la bahía no es tan cerrada y explícita como otras en la misma costa, como la de San Francisco.

Y continúa también la sucesión de topónimos españoles, que se extienden a accidentes geográficos, a pueblos, a ciudades. Es curioso comprobar cómo siendo tan tardía la presencia española en California, los topónimos sean aquí mucho más abundantes que en otras partes donde esa presencia fue hartó más larga, como en la Florida. Lo que prueba que, aunque corta en el tiempo, la colonización española de California fue intensa y profunda.

El siguiente hito misional es la misión de San Juan Bautista, en el pueblo del mismo nombre. Esta misión cuenta con dos particularidades dignas de mención. La primera, hallarse situada justamente encima de la Falla de San Andrés, la causante de todos los movimientos telúricos de California. La segunda, ser la única



misión que se ubica frente a una plaza española original. Este era sin embargo el destino común previsto: el gran atrio extendido delante de las iglesias misionales debía ser el embrión de la futura plaza Mayor del pueblo desarrollado alrededor por la misión. En San Juan Bautista se cumple el diseño, y por tal razón la de San Juan es una de las más auténticas misiones de todo el Camino Real.

La misión continúa viva, siendo una de las parroquias del plácido pueblo de San Juan Bautista. Y en su momento fue una de las más grandes y potentes, como se deduce de algunos datos: en su cementerio se hallan enterradas 4300 personas, pertenecientes al ámbito de la misión; la iglesia es la más grande de cuantas componen la serie californiana; cada semana se sacrificaban cincuenta reses para alimentar a los neófitos. Hay expuesta una pozolería o cocina donde se preparaba el pozole, el alimento universal de esta y de casi todas las misiones norteamericanas, y que consistía en un guiso con res o cerdo y vegetales.

Nadie diría que la siguiente misión, la de Santa Cruz, tuviese las enormes dimensiones que se deducen de la maqueta que muestra su planta original, pues de ella queda hoy una mínima estructura, y un aguacate inmenso, prodigioso, en lo que en su día fue el atrio. La ciudad ha terminado con todo lo demás, y en su día, cuando el padre Lasuén eligió el sitio, sobre unas suaves colinas y regado por un arroyo, debió ser un establecimiento admirable.

Pero la paz duró poco para Santa Cruz, pues el gobernador Diego Borica, a pesar de las normas vigentes en contra, se empeñó en fundar un asentamiento civil casi adosado a la misión, Branciforte. Por si fuera poco, se pobló con poco menos que facinerosos, causando serios problemas tanto a la misión como al pueblo mismo, que no pudo prosperar y acabó desapareciendo.

Un cartel en el interior explica cuál fue el destino de los indios de California: «Las misiones fueron el germen de las actuales comunidades, y en ellas los indios se diluyeron, aunque muchos murieron a causa de los contagios traídos por los europeos». Conviene matizar y ampliar esta insuficiente explicación. El trabajo tenaz y desmesurado que supuso la integración de los indios en el sistema misional estaba dando sus frutos. Los nativos empezaban a desarrollar esas comunidades alrededor de las misiones, sobre un sistema agrícola-ganadero. Pero, cuando España sale del continente americano, el sistema se derrumba. La secularización de las misiones y la llegada de nuevos propietarios que se hacen con la tierra llevarán a la desarticulación de las estructuras indias, ahora desamparadas, como de modo doloroso y elocuente narra la novela *Ramona*, de la norteamericana Helen Hunt Jackson.

La misión de Santa Clara de Asís tiene otra clase de problemas,

que derivan de que, a causa de inundaciones, temblores y otros infortunios, ha sido cambiada de emplazamiento hasta seis veces. Cada reubicación ha significado el desprendimiento de las piezas originales, de modo que en la de hoy es poco menos que imposible reconocer algo de la primitiva misión, ni en la arquitectura ni en el entorno. Por si fuera poco, la misión se encuentra situada en pleno campus de la Universidad de Santa Clara, del que forma parte, lo que contribuye aún más a que la misión actual sea un simple remedo, poco más que decorativo, del genuino centro misional.

Tampoco hay modo de identificar a la actual misión de San José, apenas una casa, con aquella que logró convertir a 6000 indios y contaba con algunos de los más grandes rebaños de reses y vastos campos de cultivo. Y es que, a medida que el Camino Real se acerca a la ciudad de San Francisco, se aprecia la influencia avasalladora de la urbe sobre las misiones de su radio de acción, de la misma manera que en las cercanías de Los Ángeles.

Si tal ocurre en las inmediaciones, qué será en el propio casco urbano de San Francisco, como es el caso de la misión de San Francisco de Asís. Aunque, eso sí, se erige hoy como el edificio más veterano de San Francisco, el único que ha resistido impávido los terremotos, incluso el pavoroso de 1906. Es una suerte, y hay que felicitar a quienes levantaron tan sólidamente la estructura de ladrillos de adobe, que elementos como el artesonado de colores del techo de la iglesia continúen intactos.

La misión es conocida como Dolores, y su barrio acoge una gran parte de la población hispana de San Francisco. La pequeña misión original no podría dar cabida a feligresía tan numerosa, y esa es la razón de que se levantara una gran basílica al lado. En el jardín de la misión hay una estatua de Junípero Serra que es réplica de la que existe en San Diego, la del escultor Putnam dedicada a *The father*.

Pero la ciudad de San Francisco cuenta con otros alicientes para el examen de la presencia española, pues no en vano, desde que se descubrió su extraordinaria bahía, la Corona la eligió como base de operaciones, instalando tanto un presidio como una misión. Del presidio en sí nada queda, aunque sí su antiguo recinto, hoy un barrio de la ciudad, en cuya entrada se exhiben dos cañones españoles, uno de ellos por nombre *Agradecido*, y traído por los norteamericanos con ocasión de la guerra de Cuba.

La bahía fue considerada la mejor del Pacífico, y su hallazgo fue casual, oculta como está por una estrecha entrada. La expedición de Gaspar de Portolá, en su búsqueda de la bahía de Monterrey había pasado de largo esta y llegó hasta San Francisco, donde el capitán ya constató que por fuerza había dejado atrás la que buscaba. Cuando organizaba la vuelta, algunos soldados que intentaban cazar

un ciervo lo persiguieron hasta un cerro, y desde su cima localizaron un poderoso cuerpo de agua interior, solo accesible por una bocana, la bahía de San Francisco. Se puede ascender a la cumbre del cerro, donde se recuerda el suceso, y en el barrio de Pacífica, próximo a la ciudad, hay una estatua modernista de Gaspar de Portolá, cuya placa dice así: «Don Gaspar de Portolá, nacido en Balaguer, Cataluña, España. Fundador de San Diego y Monterrey. Descubridor de la bahía de San Francisco el 4.11.1769».

Siendo acertado este reconocimiento, en San Francisco faltan en general más referencias a quien fuera el verdadero fundador de la ciudad, Juan Bautista de Anza, designado por la Corona para conducir colonos a California desde el interior por una ruta terrestre, lo que culminó con éxito, y que luego se trasladó hasta San Francisco para poner los rudimentos del presidio, que andando el tiempo daría lugar a la gran ciudad de hoy.

La red de misiones no termina en San Francisco, sino que aún quedan otras dos, si bien ninguna de ellas merece excesiva atención. La primera es la de San Rafael Arcángel, en los primeros tiempos, una mera asistencia de la de San Francisco, fundada para curar a los muchos neófitos que enfermaban en esta húmeda misión de la bahía. Hoy no es más que una iglesia empotrada entre edificios y aparcamientos.

La última es la de San Francisco Solano, una misión que presenta ciertas peculiaridades. La primera, que fue creada por la iniciativa personal de un franciscano, José Altamira, sin el permiso inicial del presidente de las misiones californianas. La segunda, que paradójicamente fue creada bajo el México independiente, cuando ya las demás misiones entraban en fase de secularización. Y la tercera, que el general mexicano Mariano Vallejo, comisionado para poner orden en el área, instaló en la misión su cuartel general, y de paso devino propietario de rancherías con una extensión de unos 66.000 acres. Lo más destacable de esta misión, que solo tuvo once años de existencia, es la plaza de planta hispana que se abre ante ella, y donde tuvieron lugar hechos relevantes del proceso de emancipación de California, cuando entró a formar parte de la joven nación de Estados Unidos.

El LAGO español  
ESPAÑA EN EL PACÍFICO



*Posiblemente Portugal tuvo información secreta cuando negoció el Tratado de Tordesillas, que le dio acceso al Brasil.*

# LA CARRERA DE LA ESPECIERÍA

Las especias, motor de la era de los grandes descubrimientos

Detrás de los grandes movimientos de la humanidad, o de las grandes guerras, siempre se ha agazapado un recurso natural, que se ha erigido en clave principal del comercio internacional. Si en la antigüedad fue la sal y hoy es el petróleo, en la Edad Media fueron la seda y las especias. Cuando no podían enfriarse los alimentos a conveniencia como ahora, conservarlos el mayor tiempo posible fue toda una obsesión, y se usaron técnicas como la salazón, el secado o el ahumado, hasta que la irrupción de las especias significó toda una revolución culinaria. El clavo, la canela, la pimienta, la nuez moscada, el azafrán o el jengibre, añadían una exótica nota de sabor como condimento en las mesas refinadas de Europa, y sobre todo prolongaban la vida útil de los alimentos, pues ayudaban a enmascarar su sabor cuando amenazaba la putrefacción, o mantenían más tiempo su estado óptimo de conservación. Así, la pimienta contribuía a la preservación de la carne de los animales que se sacrificaban, pudiendo las clases campesinas disponer de ella durante los meses de penuria del invierno. Las especias llegaban desde Oriente a bordo de largas caravanas propiedad de comerciantes árabes, y los genoveses y venecianos monopolizaban su distribución en Europa. Pero ya antes de la caída de Bizancio habían empezado a subir su precio de modo desmesurado, a consecuencia de restricciones comerciales. La pimienta, por ejemplo, incrementó su precio en un sesenta por ciento. Y la toma de Constantinopla por los turcos a mediados del siglo XV asestó un golpe letal al tráfico de las especias: se restringieron radicalmente las importaciones a Europa, y los precios se incrementaron de forma astronómica, convirtiéndose en un lujo al alcance solo de las clases pudientes europeas.

La consecuencia inmediata del dislocamiento del comercio especiero fue que se buscó afanosamente prescindir de los codiciosos intermediarios, tanto musulmanes como italianos, y el único modo de lograrlo era acceder directamente a las fuentes de las especias, las islas Molucas. Y esta búsqueda iniciaría una febril

competición entre dos naciones europeas situadas en la vertiente atlántica: Portugal y España. La primera buscaría el manantial de las especias explorando en dirección Este, mientras que España lo haría rumbo al Oeste. Se trató de una carrera fabulosa, con un resultado no menos fabuloso: entre otros, el descubrimiento de América, el del océano Pacífico y la circunnavegación del globo.

### Portugal toma el control de las Islas de las especias

Las islas productoras de las especias fueron bautizadas con diversos nombres: el Maluco, las Molucas o, simplemente, la especiería. Se encuentran en el océano Índico y comprenden varias islas grandes, medianas o pequeñas, entre ellas, las islas propiamente especieras: Ternate, Tidore, Motir, Bakian y Bacan, todas ellas de origen volcánico. Contaban con reyezuelos o rajás locales islámicos, que mantenían entre ellos una paz inestable, pronta a romperse a la menor ocasión, y obtenían buenos réditos comerciales con el tráfico de las especias, sobre todo clavo, canela y nuez moscada, que con tanto anhelo se demandaban desde el Occidente.

Gracias al impulso náutico y explorador de Enrique el Navegante, Portugal emprendió la ruta de África en busca de las especias, y Vasco de Gama logró doblar el cabo de Buena Esperanza, el extremo de África, y alcanzar el océano Índico. Y pocos años después, Alfonso de Albuquerque toma Malaca, y todavía sin saberlo estaba asestando un golpe letal al monopolio islámico-italiano de las especias, pues, como señaló Tomé Pires, «quien es señor de Malaca tiene en su mano la garganta de Venecia».

Albuquerque fundó una base en Malaca y envió en misión exploratoria por el norte de Java y las islas del Este a Antonio de Abreu y Francisco Serrão, o Serrano. Este último naufragó, pero prosiguió la exploración en embarcaciones nativas menores, y por un azar del destino llegó hasta Ternate, en el corazón de las Molucas. Portugal había alcanzado el corazón de la especiería, si bien esta primera singladura casual de Serrano fue seguida de otra oficial portuguesa, que consolidó la ocupación en 1515. El primer asalto de la carrera entre Castilla y Portugal por las especias se había decantado claramente a favor de Portugal. Y a señalar que, entre las huestes portuguesas que anduvieron por la zona, había un oficial que tomó buena nota de cuanto veía y oía. Se llamaba Magalhães, en castellano, Fernando de Magallanes.

El viaje de descubrimiento de Cristóbal Colón provocó una verdadera tormenta política y diplomática entre España y Portugal. Por el anterior Tratado de Alcaçovas, España y Portugal se habían repartido el territorio al oeste de la Península ibérica, donde ya habían sido conquistadas Canarias y Azores, y una raya trazada de Este a Oeste reservaba para Portugal los nuevos descubrimientos al sur de esa línea.

Esto no convenía en absoluto a España tras el viaje de Colón, pues, de prolongarse la línea, hubiera quedado en manos de Portugal toda América del Sur. De modo que Fernando el Católico desplegó toda su habilidad política, que era mucha, y, aprovechando el origen español del nuevo papa, Alejandro VI, a quien hizo considerables concesiones personales, en una espectacular maniobra logró de él una sucesión de bulas que otorgaban a Castilla la titularidad de los nuevos territorios descubiertos y por descubrir, basándose en la tradicional facultad del papa para conceder derechos soberanos en tierras de infieles.

Ni que decir tiene que Portugal se soliviantó con las bulas alejandrinas y pretendió ignorarlas, y la tensión política subió de golpe, hasta el punto de que ambas naciones hicieron preparativos para un eventual conflicto armado. Monarquías católicas al cabo, acordaron empero resolver sus diferencias en un nuevo tratado que pusiera fin al grave contencioso planteado, dejándolo en manos de la diplomacia. Así las cosas, ambas partes decidieron reunirse en la localidad vallisoletana de Tordesillas, cercana a la frontera portuguesa, enviando representantes de fuste y siguiendo ambos monarcas muy de cerca las negociaciones.

Portugal insistió en los preámbulos en prolongar la raya de Alcaçovas, algo inaceptable para España. El rey Fernando necesitaba información lo más precisa posible sobre la ubicación geográfica de las tierras alumbradas al otro lado del Atlántico, y por ello había organizado a toda prisa la segunda expedición de Colón, apremiando al almirante para que le enviara un mapa y una propuesta técnica tan pronto como arribara al Nuevo Mundo por segunda vez. Y cuando se sentaron los negociadores de Tordesillas, esta información ya estaba en su poder, así como la propuesta de Colón. Esta descartaba de plano la línea este-oeste de Alcaçovas, y en su lugar el almirante recomendaba trazar una raya de norte a sur, o de polo a polo, quedando para Portugal las tierras situadas al Este, y para Castilla, las del Oeste, es decir, América.

Los diplomáticos portugueses se mostraron muy reacios a aceptar de principio tal propuesta, y solo la considerarían si la nueva línea, en lugar de trazarse a 100 leguas al oeste de Cabo Verde, como pretendía Colón, se desplazaba a 370 leguas. Era una



ampliación considerable, y mucho tardó en aceptar España la contrapropuesta portuguesa, y hubo un momento en que las negociaciones parecieron estancarse definitivamente. Pero Fernando tenía en su poder el mapa colombino dibujado en el segundo viaje, que medía una distancia de 750 leguas entre Cabo Verde y las Antillas recién descubiertas, de modo que aún había margen de sobra para aceptar la postura portuguesa sin comprometer los derechos españoles.

Aún no se sabía que, al trazarse la raya divisoria, según lo solicitado por Portugal, esta nación ponía un pie en el Brasil. O acaso sí lo sabían los negociadores portugueses, pues es posible, incluso probable, que Portugal hubiera enviado una expedición secreta de reconocimiento de la zona, en la que se hubieran avistado las costas del Brasil. Esta información privilegiada permitió a Portugal conseguir en los despachos lo que no había conseguido en el mar abierto.

El conflicto entre ambas incipientes potencias no se había extinguido, pese a todo. Porque España y Portugal estaban a punto de lograr el acceso directo a las codiciadas especias. Portugal lo estaba buscando por la ruta del Este, bordeando África. Y España, por la del Oeste, donde encontró la inmensa muralla de América interpuesta en el camino. La raya de Tordesillas continuaba empero su trazado, y tarde o temprano los dos países, navegando desde rumbos contrarios, estaban llamados a encontrarse al otro lado del mundo, en el antimeridiano, que pasaba precisamente por el fabuloso mundo de la especiería.

### El fecundo error de Cristóbal Colón

La esfericidad de la tierra era dada por hecho entre los ambientes cultos desde mucho antes del descubrimiento de América. Eratóstenes fue el primero en calcular el tamaño de esta esfera, concluyendo con unas medidas sumamente precisas. Aunque trescientos años más tarde, Ptolomeo, desechando estas cuentas, hizo otras que reducían de modo notable el tamaño del globo, nada menos que en una tercera parte, y además extendía la superficie del Asia, de tal modo que, según su estima, esta ocupaba la mitad de la esfera terrestre, de lo que se derivaba que la distancia entre el Oriente y el Occidente era mucho más pequeña que la real.

En el año 1503 los Reyes Católicos crearon la Casa de la Contratación de las Indias Occidentales, con sede en Sevilla. Además de diversas funciones administrativas y económicas, su principal misión fue la centralización de los conocimientos náuticos y geográficos de la época, en constante auge a raíz de los descubrimientos, y la formación y habilitación de los pilotos de las expediciones. La Casa de la Contratación se convertiría así en el núcleo técnico de las navegaciones, impulsando la ciencia náutica.

En 1508 se creó el cargo de piloto mayor, responsable máximo de la formación de los pilotos. La nómina de los que ocuparon el cargo incluye nombres tan ilustres como Américo Vespucio, Juan Díaz de Solís o Sebastián Caboto. Su misión era doble: instruir y examinar a los pilotos, por una parte, y por otra supervisar todo lo relativo a las cartas marinas y los instrumentos que se llevaban a bordo. Pero pronto el piloto mayor quedó desbordado por el cúmulo de sus atribuciones, y para descargarlo de trabajo se creó el cargo de cosmógrafo mayor, que contaba con cosmógrafos auxiliares, con la responsabilidad de la llevanza de las cartas de marear y del instrumental técnico de los navíos.

En un principio se estableció que los aspirantes a piloto cursaran estudios de un año, transcurrido el cual pasaban examen ante un tribunal compuesto por el piloto mayor, dos cosmógrafos y seis pilotos ya titulados. El examen no era un simple trámite, sino que debían acreditar el dominio de las técnicas náuticas de entonces, como el cálculo de la latitud y la longitud, la medición mediante la observación de los astros y la utilización de los instrumentos disponibles en la época, como la brújula, el astrolabio, el cuadrante y la ballestilla. Además de eso, los examinandos debían desde luego saber leer y escribir, y algunos aspirantes, aun siendo muy duchos en la práctica naviera, fueron excluidos del título oficial por esa causa. Desde el mismo momento de su creación, la necesidad de pilotos fue tal que el curso de un año tuvo que ser reducido a un trimestre, y, a partir de 1567, a dos meses.

Otra función de suma importancia de la Casa de Contratación fue la de llevar el llamado *padrón real* o *mapa arquetipo*, instaurado a partir de 1512. Consistía en un mapa de los territorios descubiertos, que se renovaba continuamente a partir de las noticias aportadas por cada nueva flota que arribaba a Sevilla. Con estos datos, los cosmógrafos reelaboraban el mapa y lo suministraban a los pilotos, que obligatoriamente debían llevarlo en sus navegaciones, así como el instrumental náutico que dispusiera la Casa.

De esta forma, la Casa de la Contratación se convirtió en un verdadero centro renacentista, impulsor de la ciencia náutica y del conocimiento geográfico a partir del siglo XVI.

Este error de cálculo habría de implicar grandes consecuencias en el siglo XV. Porque el error pasó al mapa elaborado por el cosmógrafo Pablo Toscanelli por encargo del rey de Portugal. Según este mapa, era posible navegar desde el Occidente al Oriente, porque la distancia entre ambos puntos estaba al alcance de la náutica de la época. Pero el rey portugués no consideró el asunto, al estar centrado de lleno en alcanzar las Indias y las especias por la ruta de África.

Por azares del destino, el mapa de Toscanelli llegó a las manos de un oscuro personaje llamado Cristóbal Colón, quien por su cuenta reelaboró todos los mapas y mediciones anteriores, y acaso por confundir las millas árabes con las italianas, acaso con la intención de convencer a las juntas técnicas que habrían de valorar su proyecto, el caso es que redujo todavía más las estimaciones tolemaicas. Colón determinó que el perímetro del globo terráqueo era de 28.300 km, en lugar de los 40.000 reales, y que la distancia entre la isla de La Gomera, la última de las Canarias, y el Cipango (Japón) era de 4445 km. Ello suponía situar al Japón en el Caribe, algo totalmente distinto de la realidad geográfica.

Con estas premisas, Colón, a la sazón en las islas de Madera, montó su propuesta, con el añadido de observaciones propias de gran importancia, entre ellas, la aparición en la costa de cadáveres con rasgos desconocidos, y sobre todo la llegada del «piloto anónimo», en realidad, Alonso Sánchez, de Huelva, quien habría sido arrastrado por los vientos hasta las costas de América, y al regreso, antes de morir en Madera en brazos de Colón, pudo contarle los pormenores de su extraña peripecia.

La junta técnica portuguesa, que contaba con sus propios cálculos, desestimó los de Colón, y lo propio hizo la comisión española encargada por los Reyes Católicos de evaluar el proyecto colombino. Lejos del oscurantismo que se les ha atribuido, un fleco más de la *Leyenda Negra*, los técnicos estimaron una distancia del viaje mucho más cercana a la realidad de lo que creía Colón. Y si al cabo se aprobó la propuesta, fue más por intuición personal de los Reyes Católicos que por convencimiento científico.

Y en definitiva, Colón obtuvo la aprobación de su expedición, y, como señaló Julio Rey Pastor, esa acumulación de errores «produjo la más fecunda confusión que registra la Historia», pues tuvo como consecuencia el Descubrimiento de América.

### España busca el paso a la Especiería a través del Pacífico

Poco duró en la corte española la convicción de Cristóbal Colón de haber arribado a los confines del Asia (convicción que lo acompañó hasta su muerte). Los cosmógrafos castellanos pronto sospecharon que en realidad se trataba de un continente desconocido, y, junto con la organización de las nuevas tierras, surgió la necesidad de encontrar un paso que a través de esa formidable barrera condujera al verdadero objetivo de la expedición colombina: adelantarse a

Portugal en la conquista de la especiería.

Entre 1499 y 1506, la búsqueda de ese paso llevaría a la Corona a despachar varias expediciones. Son los llamados *viajes andaluces*, que bordean la costa atlántica americana para encontrarlo. Alonso de Ojeda, en cuya flota figuraban Juan de la Cosa y Américo Vesputio, recorre la costa norte de América, descubriendo el golfo de Venezuela. Vicente Yáñez Pinzón reconoce el litoral y cree hallar el paso cuando a 300 km de la costa sondea las aguas y las encuentra dulces. No era tal paso, sino el poderoso río Amazonas. Y Diego de Lepe navega más al sur y advierte que el continente se estrecha a partir de la punta brasileña, lo que hace concebir la esperanza de que se abra el ansiado pasillo acuático.

Los progresos portugueses hacia las islas de las Especias aguijonean la búsqueda y se organiza la más relevante de las expediciones, la comandada por Juan Díaz de Solís, más aún cuando en su preparativo llega a España la noticia de que Núñez de Balboa ha descubierto el océano que se extiende al otro lado del continente recién descubierto, el mar del Sur o Pacífico, lo que redobla el interés de Fernando el Católico por encontrar el paso interoceánico. Solís costea profundamente el litoral y cree hallar el ansiado canal en un enorme estuario, que será llamado Río Dulce, luego Río de Solís, y más tarde Río de la Plata. La expedición terminará pésimamente: en las orillas del estuario descubren unos indios haciendo señas con apariencia amistosa, y, cuando Solís y un grupo de hombres bajan en un bote a la costa, son atacados y devorados por los indios ante la impotente mirada de sus compañeros.

Las exploraciones andaluzas, si bien aportaron conocimientos geográficos, no habían sido exitosas. No se había encontrado el paso al gran océano que condujera a la especiería, y tampoco se había penetrado en el gran continente. Para esto último haría falta la determinación y el valor de los conquistadores extremeños; para lo primero, la aparición en la corte castellana de un taciturno y tenaz portugués llamado Fernando de Magallanes.

### Núñez de Balboa

El comienzo y el final de Vasco Núñez de Balboa por las tierras americanas se hallan aureolados por la leyenda. Había nacido en Jerez de los Caballeros, una población situada en esa cantera fecunda de conquistadores que fue Extremadura, y llegó a América al parecer escondido como polizón dentro de un barril y

acompañado de su fiel perro *Leoncico*, tan bravo que más adelante mereció salario como si fuera un soldado más.

Balboa se afincó en el Darién, lo que se corresponde aproximadamente con el actual Panamá, un mundo turbulento donde faltaba orden y sobraban codicia y rapacidad. Pero Balboa poseía un don raro en esa encanallada región, la integridad, y además grandes cualidades para el mando y la organización, con las cuales supo imponerse sobre aquellas hordas de españoles y de indios, usando dosis convenientes de persuasión, disciplina y regalos, con las que se convirtió en el jefe natural del Darién y logró trenzar un tejido de alianzas con los jefes tribales. Se desprendió además, despachándolos a España, de los notables locales más indeseables, como Nicuesa y Fernández de Enciso (que empañó sus grandes dotes como cosmógrafo con la ruindad de su carácter).

Le llegó finalmente de la Corona su nombramiento como capitán temporal y alcalde mayor del Darién o Tierra Firme, títulos que consiguió adobando sus informes con remesas de oro. Pero ya las insidias de Enciso estaban operando contra él en la corte y le llegó el relevo, viniendo a sustituirlo como gobernador Pedro Arias Dávila, *Pedrarias*, rebautizado como el *furor domini*, acaso el más infausto de los personajes españoles en las Américas, la codicia y la crueldad en estado puro.

El delicado equilibrio intertribal cultivado por Balboa se vino abajo ante la insaciable avidez de Pedrarias, que envió en busca de oro a sujetos tan aviesos como él, que no reparaban en atropellar a los indios para obtener oro, recurriendo a cualesquiera procedimientos, y haciendo buenas, por esta vez, las tropelías denunciadas por la *Leyenda Negra*.

Pero la ruindad de Pedrarias se centró sobre todo en quien ya llevaba el título de Adelantado del mar del Sur, Núñez de Balboa. No bastó siquiera para aplacar sus celos que casara a su propia hija con el ya famoso extremeño. Y el destino, que había encumbrado a Balboa, lo puso en manos de este siniestro personaje, para arrastrarlo a un final igualmente épico, como lo fue todo en la vida de Núñez de Balboa.

Y es que el origen del resentimiento de Pedrarias procedía de la envidia, nacida un día en que el cacique Comagre informó a Balboa de que al otro lado de las montañas se extendía un inmenso mar. El capitán español decidió comprobar la veracidad de la información y puso rumbo hacia aquellas cumbres.

Núñez de Balboa, con sesenta y siete hombres, partió de Santa María la Antigua del Darién a primeros de septiembre de 1513, con el fin de avistar ese supuesto mar que le había anunciado el jefe local. La expedición en sí fue toda una hazaña, pues tuvieron que atravesar el istmo de Panamá de oriente a poniente, cruzando áreas pantanosas y una casi impenetrable selva virgen, y sufrir el acoso de tribus belicosas. Pero al cabo conquistaron la cima de un cerro, y, adelantándose Balboa, fue el primer europeo en contemplar en solitario la enorme masa azul que se extendía ante sus ojos.

Cuatro días más emplearon en descender y acceder al golfo bautizado de San Miguel, y el 29 de septiembre Núñez de Balboa, consciente de la trascendencia del momento, se adentró teatralmente en las aguas hasta las rodillas, portando el pendón de Castilla en una mano y una espada en la otra, y con voz potente proclamó que tomaba posesión del mar del Sur en nombre de los reyes de Castilla, León y Aragón, don Fernando y doña Juana, su hija. Fue llamado Mar del Sur porque fue esa la dirección en que vieron el inmenso océano que se desplegaba ante ellos, el que luego sería llamado *Pacífico* por Magallanes.

### Derivaciones del descubrimiento del Pacífico

Además de la trascendencia geográfica del avistamiento del océano que se ocultaba al otro lado de la barrera americana, y que más que nunca obligaba a buscar un paso a través de ella para acceder a las islas especieras, el hecho entrañó consecuencias de alcance para dos miembros de la expedición. La primera, para su propio descubridor, Núñez de Balboa, quien al poco de regresar a la base del Darién recibió el título de Adelantado del mar del Sur, y la llegada de quien venía a suplirlo en el mando, Pedrarias, nuevo Gobernador de Tierra Firme.

Para colmar los celos de Pedrarias, Balboa organizó una expedición desde el golfo de San Miguel, que exploró cien millas del océano recién descubierto y pretendía emprender nuevas singladuras. Pero sus intenciones se habrían de truncar de golpe y de manera trágica. El Gobernador, llevado por su espíritu mezquino que lo hacía incapaz de resistir por más tiempo la creciente gloria del adelantado Balboa, ordenó arrestarlo bajo falsas acusaciones, y en un juicio amañado y plagado de falsos testimonios que tenían su causa en algo tan acendradamente ibérico como la envidia, fue condenado a muerte y decapitado en la plaza de Acla, en uno de los episodios más infamantes y vergonzosos de la historia de España.

La otra consecuencia tuvo como protagonista a otro de los componentes de la expedición descubridora. Una vez que Núñez de Balboa tomó posesión del mar del Sur y dispuso el regreso, un indio les indicó por señas que más abajo, en el rumbo del Sur, se extendía un rico y grandioso reino llamado *Biru*. Nadie le prestó mucha atención, acostumbrados como estaban a que los indios les pintaran falsos señuelos para alejarlos de sus tierras. Nadie, salvo ese soldado. Era ya maduro y estaba muy curtido en andanzas, primero en las guerras de Italia y ahora en los lances de la aventura americana. Solo él se quedó mirando, pensativo, en la dirección indicada por el indio. Se llamaba Francisco Pizarro.

### El océano Pacífico

Superficie: 165.700.000 km<sup>2</sup>.

Longitud norte-sur: 15.000 km<sup>2</sup>.

Longitud máxima este-oeste: 19.800 km<sup>2</sup>.

Continentes afectados: Asia, Oceanía, América.

Profundidad media: 4280 m.

Profundidad máxima: 11.034 m (fosa de las Marianas).

Número de islas: 25.000.

Ocupa 1/3 de la superficie del planeta.

# LA EPOPEYA DE MAGALLANES

Fernando de Magallanes

Taciturno, adusto, frío, autoritario, orgulloso hasta la soberbia, inteligente, seguro, resuelto, persistente, eficaz, este sería el dibujo de la personalidad de Fernão de Magalhães, nacido en Oporto, Portugal, hacia 1480, en el seno de una familia hidalga. Se dejó arrastrar por el ímpetu ultramarino de Portugal de finales del siglo XV, y como poco más que simple soldado se enroló en una de las expediciones que partían de Lisboa, rodeaban la costa africana y, tras doblar el cabo de Buena Esperanza, arribaban a la India buscando el origen de las especias.

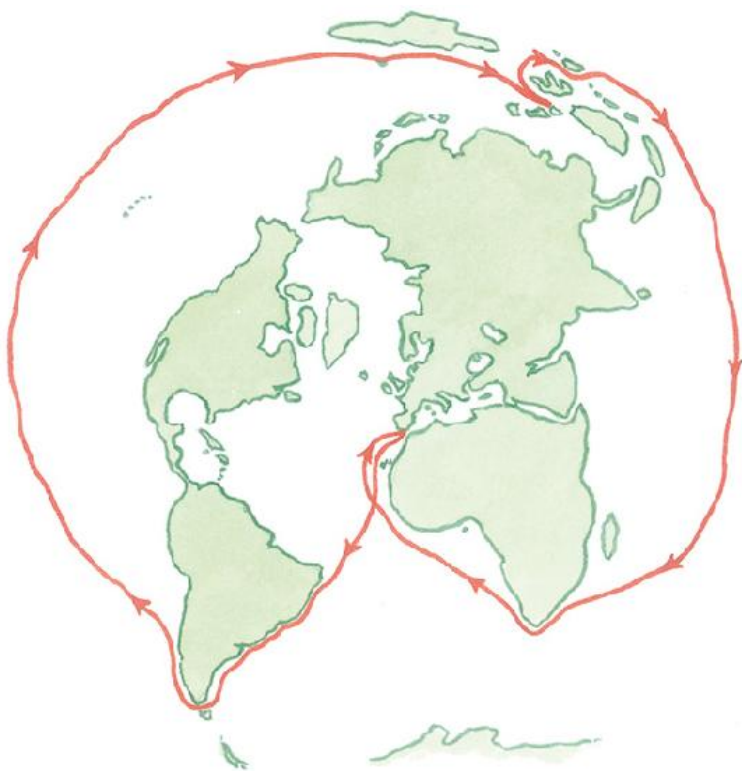
Magalhães se fajó durante varios años en ese mundo turbulento del Índico, de suyo inmerso en continuas rivalidades entre los reyezuelos locales, pero que la llegada de los portugueses y sus pretensiones de dominio iba a complicar aún más. Que se sepa, Magalhães viajó varias veces al área, y de esos ires y venires deben ser destacados varios episodios: su participación en la toma de Quiloa y Mombassa, en la costa oriental de África, acompañando a Francisco de Almeida, primer virrey portugués en las Indias; su alistamiento en la armada de López de Sequeira, donde salva la vida al propio Sequeira y al que será después su amigo y valioso informante, Francisco Serrão, o Serrano; su presencia en la toma de Malaca con don Alfonso de Albuquerque, el consolidador de la ocupación portuguesa en la zona; y su asalto a la fortaleza de Azamor, donde recibe una lanzada en la pierna que lo dejará cojo de por vida, lo que sin duda contribuirá a recrudecer su ya agrio carácter.

De todo ello Magalhães no solo obtuvo experiencia náutica y militar, sino algo que será crucial para sus planes futuros: un preciso conocimiento del área y la sospecha de que las ansiadas Molucas, la verdadera yema de la especiería, caían dentro de la demarcación española, y no de la portuguesa, a tenor de las informaciones que le suministró su amigo Serrano una vez que por azar, y como vimos anteriormente, tomó contacto con las Molucas. Seguramente, Serrano, por acentuar su mérito personal, al tiempo



que apremiaba a su amigo para unirse a él en el paraíso especiero, exageró notablemente la distancia entre la Malaca portuguesa y las Molucas, pero el caso es que ello sirvió para que Magalhães compusiera sus planes. Acabaría atendiendo la invitación de su amigo para acudir al Maluco, pero lo haría bajo otra bandera.

Vuelto a Lisboa con treinta y cinco años, reclama al rey don Manuel el Afortunado un aumento en sus emolumentos en razón de los servicios prestados, y no solo se le deniegan, sino que se le ordena que vuelva a Azamor para rendir cuentas de su reparto del botín en su calidad de cuadrillero. Así lo hace, despejando todas las dudas contables, y al regresar persiste en su petición inicial, que una vez más es rechazada por el rey, y de una forma desabrida, algo que el espíritu orgulloso del hidalgo portugués no podrá soportar.



*La búsqueda de las especias ocasionó  
el primer viaje de circunnavegación del planeta.*

Ese desaire lo decide a abandonar la corte lusa y pasarse con armas y bagajes a Castilla, renegando incluso de su nacionalidad portuguesa y tomando la española. En adelante será Fernando de Magallanes, y no llegará solo a Castilla, sino acompañado de su amigo, el cosmógrafo Ruy Faleiro, y con algo que va a revestir suma

importancia para la historia y la geografía: ha logrado acceso a la biblioteca del rey de Portugal y escudriñado diversos mapas y portulanos, y en uno de ellos, el del cosmógrafo Martín Behaim, aparece dibujado un paso que atraviesa el continente americano por el sur. Se ignora por cuáles derroteros le llegó a Behaim su existencia, pero ese estrecho es la clave para acceder al océano Pacífico y alcanzar las Molucas navegando por el rumbo del Oeste, lo que, según Magallanes, daría a España la oportunidad de adelantarse a la, para él, ingrata Portugal, en la búsqueda del paraíso especiero.

### Un portugués en la Corte española

Fernando de Magallanes, ya como súbdito al servicio de España, no pudo llegar en mejor momento a la corte española. Núñez de Balboa acababa de descubrir el océano Pacífico al otro lado del continente americano, por lo que solo faltaba encontrar un estrecho para acceder por ese océano a las codiciadas islas de las Especies. Y por otra parte, Portugal estaba realizando extraordinarios progresos en sus navegaciones índicas, y estaba a un paso de ganar a España la carrera de la especiería, llegando a las anheladas Molucas. Por tales razones, el proyecto de Magallanes para encontrar y atravesar el supuesto paso que existía en el sur de América y alcanzar las especias, sin violar los derechos portugueses, sonó a música celestial en los oídos del emperador Carlos V. Magallanes, a la hora de formular su proyecto con la ayuda de Ruy Faleiro, no solo se habría servido del conocimiento del mapa de Behaim, sino también del dibujo del globo trazado por Juan Schöner y del mapa de Waldseemüller, que señalan un canal entre los dos océanos al sur de América, y desde luego de los informes enviados desde el Maluco por su amigo Serrano, que situaban las Molucas en la parte española del Tratado de Tordesillas.

Pero el camino no iba a ser de rosas para Magallanes, y en desbrozarlo demostró sus cualidades estratégicas. Por una parte, Portugal, enterado de la propuesta y los movimientos de Magallanes en la corte española, hizo todo lo posible por sabotear la empresa. Aún le escocía el precedente de Colón, cuando Portugal tuvo a la mano la gloria del descubrimiento y la posesión de las Américas, y en modo alguno deseaban que se reprodujera el suceso. La diplomacia y los agentes portugueses se movilizaron a todos los niveles en la corte castellana, sembrándola de insidias contra Magallanes y deslizando la sospecha de que en realidad era un leal

súbdito portugués, que, en cuanto soltara amarras, iba a poner la empresa al servicio de su verdadero señor, el rey de Portugal. A tanto llegó el nerviosismo luso que llegaron a concebir un plan para asesinar a Magallanes, quien tuvo que pedir protección al obispo Fonseca, y desde entonces dispuso de escolta armada. No tendrían pleno éxito las maquinaciones portuguesas, porque el proyecto siguió adelante —cuanto más presionaban los portugueses, más se convencían los españoles de la excelencia del proyecto—, pero sí lograron hacer cierta mella y socavar la imagen de Magallanes, porque la Corona no escatimó en prevenciones para españolizar la empresa y vigilar a su inspirador.

El otro impedimento fue la institución que tenía que visar técnicamente el proyecto, la Casa de la Contratación, que desestimó los argumentos de Magallanes y su socio, el cosmógrafo Faleiro. Aunque sí los atendió a título personal uno de los oficiales de la Casa, Juan de Aranda, quien asoció a la empresa a un comerciante burgalés, Cristóbal de Haro, y al poderoso obispo Rodríguez de Fonseca, jefe de la Casa de la Contratación. Todo ello, a cambio de una octava parte de las ganancias que se obtuvieran. También habría de desempeñar gran papel a favor de Magallanes otro portugués que prestaba servicios en España y que era muy influyente en la corte, Diego de Barbosa, con cuya hija casó Magallanes. Todo este grupo presionó para que Carlos I recibiera a los dos promotores. La documentada exposición de Magallanes, la seguridad que emanaba de su persona y la convicción expresada en el sentido de que *sabía* que existía y dónde se hallaba el famoso paso, impresionaron favorablemente al rey y a sus consejeros presentes, y poco tiempo después se otorgaban las capitulaciones para la empresa.

## Las Capitulaciones

La capitulación y asiento del rey con Magallanes y Faleiro fue firmada en Valladolid el 22 de marzo de 1518, con el objetivo general de descubrir «islas y tierras firmes e ricas en especias». A las capitulaciones siguieron unas «instrucciones», firmadas por el ya Emperador, cuando los preparativos para la partida expedicionaria estaban muy adelantados.

De ambos textos se desprenden los derechos y deberes que suscriben ambas partes, la Corona y los promotores, con la advertencia general de no penetrar en tierras de la jurisdicción de Portugal, tan sensible —e irritable— con sus derechos territoriales

como España respecto a los suyos. Los expedicionarios debían describir con el pormenor posible la ubicación de las tierras descubiertas, con indicación de latitud y longitud, y levantar cartas geográficas de ellas. Con los jefes locales de las áreas especieras debía formalizar tratados de paz y comerciales, convenientes para ambas partes. Y las instrucciones contenían prohibiciones adicionales, como molestar o tocar a las nativas, o jugar a cartas y dados, por los problemas que se derivaban del juego. Y se añadía una recomendación, cuya inobservancia acarrearía dramáticas consecuencias: los jefes y los capitanes de los barcos no podían bajar a tierra exponiéndose a daños y peligros si estos acechaban, debiendo comisionar a subalternos.

Por su parte, la Corona se comprometía a no otorgar licencia durante los siguientes diez años, para emprender navegaciones por el mismo rumbo. A Magallanes y Faleiro se les concedían títulos de adelantados y gobernadores de las tierras descubiertas, y una veintena de los intereses procedentes de las tierras halladas. Finalmente, la Corona se comprometía a armar cinco navíos para la expedición.

Esta era en síntesis la letra, pero ocultaba las sombras de recelo que se cernían sobre los promotores, y que habían conseguido labrar en la corte las maledicencias portuguesas, en su intento de hacer abortar el proyecto. Se recelaba de un exceso de mandos y de marinos portugueses en la flota, y se tomaron varias medidas para «españolizarla» lo más posible. Una de ellas, relevar de la expedición a última hora a Ruy Faleiro, y no solo por su inestable carácter, fuente de continuos problemas, incluso con su socio y amigo Magallanes, sino también para evitar que la cúpula de la expedición la ocuparan no uno, sino dos antiguos súbditos portugueses. Fue una decisión juiciosa, y no solo por la errática personalidad de Faleiro, que acabó sus días en un manicomio, sino que hubiera sido error de bulto obligar a compartir el mando a alguien como Magallanes.

La otra medida de precaución fue la de nombrar veedor general y capitán de uno de los barcos a Juan de Cartagena, sobrino del obispo Fonseca. Su función oficial como veedor era velar por los aspectos comerciales, pero en realidad se trataba de un comisario encargado de cuidar de la fidelidad del proyecto y de la del propio Magallanes, de quien no acababan de fiarse del todo. Cometió Cartagena un error que pagaría muy caro: sobrestimar su propio papel y poder en la empresa, y subestimar los de quien era y se sabía comandante absoluto, Fernando de Magallanes.

Los funcionarios de la Casa de la Contratación, en su línea entorpecedora habitual que frustró tantos sueños de aspirantes a la gloria, trataron de retardar el apresto de la flota, hasta que una Real Cédula del Emperador, que no admitía retraso alguno, más las órdenes terminantes de Fonseca, los conminaron a cooperar. Los barcos eran vetustos, muy deteriorados por el uso, pero el ímpetu organizador de Magallanes pudo con todo y quedaron remozados. Hasta el último momento el *lobby* portugués hizo cuanto estuvo en su mano por frustrar el viaje, y el cónsul Sebastião Alvares se encargó de propalar la especie de que semejantes cascarones no llegarían ni a las Canarias.

Todo esto complicó la recluta de las tripulaciones, y, aunque las autoridades españolas, siempre recelosas hacia Magallanes, las querían enteramente nacionales, no hubo suficientes voluntarios, y, a la postre de los 243 expedicionarios, solo 139 fueron españoles, y el resto, extranjeros, de los cuales 40 eran portugueses, sospechosos de principio, y no solo en puestos de tropa, sino en cargos tan estratégicos como los de pilotos, y por descontado el Capitán General, Fernando de Magallanes. Entre los extranjeros notables debe citarse al italiano Pigafetta, cronista del viaje, que para dicha de la narrativa viajera logró sobrevivir a los muchos avatares de la tormentosa expedición. El otro cronista, extranjero también, fue Francisco Albo, embarcado como contramaestre y ascendido más tarde al cargo de piloto de la *Victoria*. Sus relatos son sobrios, lejos de la florida prosa de Pigafetta, pero son rigurosos y fidedignos de principio a fin.

En agosto de 1519 la flota se deslizaba desde Sevilla corriente abajo del Guadalquivir, y tras nuevos preparativos partían de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre. Eran el *San Antonio*, de 12 toneladas; el *Trinidad*, de 110, que llevaba al Capitán General; el *Concepción*, de 90 toneladas; el *Victoria*, de 85 toneladas, y el *Santiago*, de 75.

Los problemas afloraron tan pronto como Magallanes dejó claro que era él quien comandaba la expedición. Ordenó que diariamente, al anochecer, los demás barcos pasaran por la vera del *Trinidad* y dirigieran unas rituales palabras de saludo. Lo que molestó no poco a los capitanes españoles y sobre todo a Juan de Cartagena, capitán del *San Antonio*, quien se consideraba poco menos que un igual en el mando supremo.

Pasado Cabo Verde, Magallanes ordenó virar bruscamente hacia el Sur, en lugar de adentrarse en el Atlántico, pareciendo que buscaba las aguas africanas portuguesas, lo que algunos

interpretaron como confirmación de los peores presagios de la tan temida deslealtad. Por si fuera poco, Magallanes ni consultaba ni informaba a sus subordinados sobre el rumbo, y, cuando en una ocasión le pidieron rindiera cuentas de sus decisiones y derrotas, les contestó displicente y glacial «que le siguieran y no le pidieran más cuenta». Todo lo cual enfrió sus relaciones con el veedor Juan de Cartagena de tal modo, que el Capitán español se negó a hacerle el saludo vespertino, y hasta se atrevió a desairarlo cuando el capitán general lo conminó a obedecer. Esto era algo que el orgulloso adelantado no podía tolerar: en un hábil y calculado golpe de mano, destituyó a Cartagena del mando del San Antonio y lo puso bajo arresto, colocando al frente de la nave a otro español, Antonio de Coca.

Arrumbando hacia el Sur, y siempre escudriñando a fondo cada ensenada y cada bahía por si ocultaban el paso, llegaron al estuario del Río de la Plata, que Magallanes reconoció con la misma minucia de la anterior expedición andaluza de Díaz de Solís, acaso porque desconfiaba de la solvencia de Solís, que murió allí mismo devorado por los nativos. Ya se murmuraba que el Capitán General no estaba tan seguro de la ubicación del paso como defendió ante el rey antes de su marcha.

A estas alturas, tras nueve meses de travesía, el nerviosismo se apodera de la marinería. El anhelado paso sigue escondiéndose en la inmensidad de la costa, y ya se cierne el invierno austral, que rodea los barcos de celliscas y vientos gélidos que apenas permiten el avance. Se han reducido las raciones, cunde el deseo de regresar a casa, y el Capitán General trata de serenar los ánimos, prometiendo que todo cambiará cuando en primavera hallen el canal y se les ofrezcan madera, agua, frutos y pescados en abundancia. Pero mientras, busca algún abrigo en el litoral donde pasar el invierno, encontrándolo en la bahía de San Julián, ya muy al sur, desabrida, pero donde al menos hay agua dulce y pescado.

La situación se tensa por momentos, y los capitanes españoles se hacen eco de las murmuraciones generales, porque Magallanes parece perdido en la búsqueda del paso cuya existencia parecía conocer de antemano. Y cuando en la Pascua ofrece a sus capitanes una misa en tierra y un almuerzo de confraternización a bordo del *Trinidad*, en grave desaire desoyen la invitación y lo dejan solo, con la única compañía de su primo Álvaro de Mesquita, que ya ha sido nombrado capitán del *San Antonio*.

Mientras Magallanes considera el correctivo que debe imponer a tan grave desdén, los españoles pasan a la acción. En un bote navegan hacia el *Victoria* Juan de Cartagena, Gaspar de Quesada y Antonio de Coca. Suben por la escalerilla de cuerda y apresan a su

capitán, Álvaro de Mesquita. Y cuando el maestre Elorriaga pide explicaciones, Quesada lo apuñala y mata, apresándose luego a todos los portugueses.

En un golpe de mano, los capitanes españoles, con el *San Antonio*, la *Concepción* y el *Victoria*, frente al *Trinidad* y el pequeño *Santiago*, se han hecho dueños de la situación. Es un motín en toda regla, y, como los españoles saben cómo se castigan estas cosas en la Corte, envían una carta a Magallanes ofreciendo la reconciliación a cambio de un mejor trato hacia ellos, incluyendo información más precisa sobre los rumbos y el lugar del supuesto paso.

En clara situación de inferioridad, Magallanes sopesa la situación y traza un plan, porque no es hombre que se avenga a la coacción. En el mismo bote envía al *Victoria* al alguacil de la flota, Gonzalo Gómez de Espinosa, con otra carta en la que invita a una reunión negociadora a bordo. Y mientras el capitán Mendoza la lee, Espinosa lo degüella allí mismo. Los hombres que acompañan a Espinosa sacan sus armas escondidas, mientras otros fieles a Magallanes enviados en un segundo bote trepan al barco y se apoderan de él utilizando el factor sorpresa. Es un contragolpe milimétricamente diseñado por Magallanes, que invierte ahora la situación: la mayoría de los barcos son suyos, y con ellos bloquea la salida del puerto de San Julián. Se generaliza el desánimo entre los amotinados y no les queda otra opción que rendirse. Se celebra un juicio sumario y Magallanes condena a muerte a todos los rebeldes. Pero solo será ajusticiado Gaspar de Quesada, cuyo cadáver y el de Mendoza son descuartizados, y sus cabezas, clavadas en picas, al uso de los tiempos. Los demás rebeldes serán perdonados, porque el sentido práctico de Magallanes le aconseja no desprenderse de tantos hombres, imprescindibles para el buen resultado de la expedición. Uno de ellos, Juan Sebastián Elcano, había sido nombrado capitán del *San Antonio*.

En cuanto a Juan de Cartagena, verdadero cabecilla e inductor del motín, su condición de veedor del rey le evitará una muerte tan afrentosa, pero no menos despiadada: cuando partan las naves en la primavera, junto con otro sacerdote sublevado, será abandonado en la playa de San Julián con unos pocos víveres y algo de vino. Nunca más se sabrá de ellos.

## El Estrecho de Magallanes

Durante los dos meses que duró la estancia en San Julián, Magallanes ocupa a la gente en tareas diversas para que no caigan

en el ocio, fuente de nada bueno, sometidos a la aspereza extrema del invierno austral en tan bajas latitudes. Ordena incluso una incursión de reconocimiento de las bahías al sur, y el *Santiago* se estrella contra los rompientes, regresando a pie los supervivientes. Y tan pronto como despunta la primavera, levantan anclas y abandonan la fatídica ensenada, recobrando el rumbo del Sur. Ignoraba el comandante de la flota que habían invernado muy cerca del objetivo, lo que les hubiera ahorrado los sinsabores de la incertidumbre.

Al doblar el cabo que llamaron de las Vírgenes, se abre una nueva bahía, profunda y oscura, que, como todas las demás, Magallanes ordena recorrer con todo detalle. Para ello despachó dos naves, el *San Antonio* y la *Concepción*, y al poco de salir una gran tempestad se declaró en el estrecho, haciendo temer el peor de los destinos para las dos naves que habían partido. Todo lo contrario: al cabo de pocos días aparecieron con banderas desplegadas y disparando salvas, señal de buenas nuevas. Informaron que aquello no era una rada más como las otras, sino que se adentraba más y más en la tierra firme y el agua continuaba salada. Sin duda habían dado con el verdadero paso. Y fue en ese momento cuando al impasible y frío Magallanes, como relata Pigafetta, por primera vez se le turbó el semblante y derramó lágrimas de alegría.

Convocó en consejo a sus capitanes, también por primera vez, para pedirles su parecer sobre regresar a España o no, una vez que les constaba de modo fehaciente que existía el tan buscado paso entre los dos mares. La mayoría, aunque sin atreverse a pronunciarse de modo muy abierto por el recuerdo de San Julián, se decantó por la vuelta, visto el cansancio de los marinos y la cortedad de las provisiones, pero el almirante ya tenía formada su opinión, y esta era inquebrantable: seguirían navegando para llegar al destino fijado, las Molucas, «aunque tuvieran que comerse el cuero de las vergas». Pero el cruce del estrecho, con toda justicia llamado más tarde de Magallanes, no fue asunto fácil, porque no se trataba de un canal expedito y despejado, sino de un laberinto de fiordos, circuidos por altas montañas encumbradas de nieve. Para remate de desdichas, la nao *San Antonio*, la más capaz y más aprovisionada de víveres, desertó con su tripulación y con su capitán, Esteban Gómez, y volvió a España, temeroso de enfrentarse a las incertidumbres que se extendían adelante. La travesía del estrecho ha quedado como un prodigio de maestría náutica por parte de Magallanes, que sin perder un barco pudo orientarse en aquel laberinto de canales, la mayor parte de los cuales no conducía a parte alguna. Estableció un sistema de reconocimiento que implicaba dividir la flota en dos partes, y entrar y salir con



regularidad por los fiordos, y de esta forma ir progresando por la ruta correcta. Así pudieron superar los 600 km del intrincado estrecho, rodeados por cerros en cuyas faldas veíanse de noche hogueras encendidas, razón por la cual se llamó a la región la *Tierra del Fuego*. En el tramo final, Magallanes despachó un bote de reconocimiento, y al regresar trajeron la feliz noticia de que poco después el canal se abría en un océano sin fin. Habían salido al océano Pacífico.

### La travesía del Pacífico

Cuando la boca del estrecho los llevó al gran océano, Magallanes ordenó arrumbar hacia el Norte, bordeando la costa de Chile, «para salir presto de aquellas frialdades». Y hacia la latitud 32º, acariciados ya por temples más amables, dispuso la navegación hacia el Oeste, perdiendo de vista la costa y adentrándose en el mar abierto.

La travesía del Pacífico ha quedado también registrada en los anales de la navegación, una increíble proeza náutica, porque nadie hasta entonces había navegado tanto tiempo sin ver otros horizontes que el océano y el cielo. Un mar de suyo violento y extremado, nada «pacífico», pero así fue llamado porque, extrañamente, durante los cien interminables días que duró su travesía no hubo tempestad alguna, sino unos vientos calmos que apenas hacían avanzar las naves. Más de tres meses de días y noches desesperadamente iguales, y con unas raciones de comida y agua por debajo de los mínimos, y en un estado más que lamentable, que hicieron buena la profecía de Magallanes de que llegarían a comer los cueros de las vergas. Así lo cuenta Pigafetta:

Nos adentramos en el mar pacífico, donde permanecemos tres meses y veinte días sin víveres ni ningún refrigerio, comiendo solo galletas rancias reducidas a un polvo lleno de gusanos y que hedía a la orina que las ratas habían dejado en ellas, después de comerse la mejor parte. Y bebimos un agua amarilla y podrida. También comimos pellejos de reses que estaban muy duros debido al sol, la lluvia y el viento. Y los dejamos cuatro o cinco días remojándose en el mar y luego los pusimos un rato sobre las brasas. Y aun así no nos saciábamos de ellos.

Ni se saciaban de las ratas, que alcanzaron una altísima cotización entre la marinería. Se trató de una magna prueba de

resistencia humana, a través de aquel océano desproporcionado e inmisericorde que parecía no tener fin. Y para colmo de males, brotó una enfermedad desconocida hasta ahora, el escorbuto, que hinchaba las encías e impedía comer. Aún no se sabía que se debía a la carencia de alimentos frescos y sobre todo frutos, y de ella llegaron a morir diecinueve hombres (al parecer, Magallanes no se vio afectado por llevar provisión de carne de membrillo).

Pasado ese tiempo, conciben esperanzas, cuando avistan un grupo de islas, pero solo albergan pájaros y árboles, por lo que, en contraposición a las ubérrimas Canarias, son bautizadas como *Infortunadas*.

Prosiguen viaje sobre el páramo infinito del océano, y el 6 de marzo contemplan otro ramillete de islas, esta vez con aspecto más propicio. Hacen aguada y toman frutos, pero están habitadas, y por personajes ciertamente curiosos, los chamorros, pues se acercan en sus barcas a las naves, suben a ellas y con todo desparpajo toman lo que gustan ante la vista de la tripulación, e incluso roban un pequeño bote que arrastra del *Trinidad*. Eso rebasa lo tolerable, y el Capitán General comisiona una expedición de castigo que incendia varias chozas y mata a siete nativos. Cuando se marchan, dejan para las islas el nombre de *Los Ladrones*. Más tarde se llamarán Marianas, en honor a doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, quien ordenó colonizar y evangelizar las islas, de las que la más relevante es la de Guam, que será importante puerto intermedio en las expediciones españolas por el Pacífico.

El 17 de marzo avistan otras islas de mayor empaque. Las descubren en el día de San Lázaro, y por eso llamarán así a las que más adelante serán las Filipinas. Hay frutos, bastimento y agua en abundancia, y la ruinosa tripulación repone por fin fuerzas y sanan los enfermos. Y hacen un descubrimiento trascendente: su esclavo malayo logra entenderse en el dialecto de aquellos indígenas. Lo cual significa que están rondando el destino perseguido y que las Molucas no están lejos. Están llegando a la especiería por el rumbo opuesto al de Portugal, dando la vuelta al mundo.

## LAS NAVEGACIONES OCEÁNICAS

Hasta el siglo XVI la gran navegación del mundo occidental se centró sobre todo en el Mediterráneo y comportaba varias características: era mayoritariamente diurna y costera —rara vez se perdía la vista del litoral—, y se hacía mediante galeras movidas a remo y a vela, recurriéndose al remo en los calmazos y para entrar o salir de los puertos. Incluso las grandes embarcaciones venecianas se servían del remo. Pero la irrupción ibérica en

el Atlántico cambió drásticamente el panorama de la navegación.

Las nuevas circunstancias —la ola atlántica, larga y predecible, la travesía larga y de vientos sostenidos, el abandono de la referencia de la costa— suponían nuevos retos e impusieron otros diseños. Y en este sentido, el logro de Colón no solo estribó en hallar una nueva tierra, sino en adentrarse por primera vez en una derrota de varias semanas a través del océano.

Todo ello arrumbó al remo y generalizó el uso de la vela a partir del siglo XVI, con el añadido de las invenciones venidas de China y que ya se usaban allí dos siglos antes. La famosa *Flota del Tesoro*, comandada y organizada por Zheng He, con misión exploradora y comercial, se servía de juncos que doblaban en tamaño a los posteriores galeones españoles, y usaba la brújula, el timón axial y varios mástiles, todo lo cual fue importado por los navíos portugueses y españoles. La flota china fue clausurada cuando China volvió a encerrarse en el interior de sus fronteras.

Cuando llegaron todas estas novedades, la construcción naval produjo numerosos modelos híbridos, y a la cabeza de los diseños sobresalieron los constructores vascos. Las naos ibéricas empleaban tanto la vela cuadrada o cuadra como la latina o triangular, un gran invento marino, pues permitía avanzar con el viento soplando en oblicuo hacia el barco (barloventeando). La vela cuadra solo podía hacerlo con viento favorable, y fue preferida en la navegación atlántica, donde se buscaban vientos largos y constantes. Operaba en contra de la vela latina, que requería más tripulantes que las cuadras, aproximadamente el doble de hombres, y que eran menos manejables y más difíciles de abatir y plegar en caso de tempestades. Al cabo se llegó a una solución de compromiso cuando se generalizó el empleo de varios mástiles, reservándose el de mesana para la vela latina.

Tanto las cuestiones de tonelaje como de diseño estuvieron sometidas a variación y discusión. Desde las ostentosas naos provistas de elevados castillos de proa y de popa se pasó a barcos que no ofrecieran tanta resistencia al viento, ni tan fácil blanco para los ataques enemigos, y se propugnó que los barcos fueron más bajos, estrechos y largos. Pero los diseños exagerados siguieron teniendo sus defensores entre los armadores, con argumentos en contra de las naves ligeras, como que la batería de cañones perdía efectividad si se colocaba más baja, que las naves se volvían más frágiles en las tormentas, y sobre todo que se perdía capacidad de carga, un argumento de peso absoluto cuando entraron en juego las flotas comerciales. Al cabo aparecieron soluciones diversas e híbridas, aunque siguió prevaleciendo el diseño tradicional.

El tonelaje medio de las grandes naos osciló entre las 700 y las 1000 toneladas, aunque se construyeron barcos de 1500 toneladas, y la Corona ofreció subvenciones para los barcos de gran tonelaje. Y con estas embarcaciones, aunque con su diseño de cáscara de nuez parecen pesados y poco manejables, eran sólidos y marineros, casi inexpugnables, y sirvieron a los navegantes ibéricos para recorrer todos los mares y llegar a los últimos rincones del océano.

## La muerte de Magallanes

Pronto reparan en que el archipiélago recién descubierto es mucho

más que los grupúsculos de islas dejados atrás. Habitan en él muchas gentes, y en la isla grande de Cebú un reyezuelo llamado Humabon, al que Magallanes pretende ganar mediante halagos y regalos. Pero el régulo es veterano de tratos y de visitantes, pues mantiene relaciones con los musulmanes y los chinos, y exige el pago de un impuesto portuario para desembarcar en sus dominios. Uno de los comerciantes, de paso allí, le advierte que los blancos cristianos esgrimen poderosas armas, como ha podido ver él mismo en Malaca, y que más le vale aceptar la oferta de paz del capitán. Humabon no solo accede, sino que, tras conversaciones con Magallanes, acepta convertirse al cristianismo con todos sus súbditos.

El primer error de Magallanes entonces fue enredarse en las rivalidades locales, en concreto con la que mantenía Humabon, rebautizado Carlos, con otro cacique local, Silapulapu. El capitán general quiere hacer una demostración de fuerza que sirva de ejemplo a toda la región, e invita a Humabon a contemplar desde los barcos cómo un simple puñado de españoles son bien capaces de vencer a las huestes del cacique enemigo.

El segundo error, y el más grave, fue involucrarse personalmente en la escaramuza, contrariando las instrucciones reales, que recomendaban a los jefes no exponerse bajando a tierra. Magallanes lo hizo. Y la geografía le jugó una mala pasada, porque la playa donde esperaban los guerreros de Silapulapu estaba protegida por una barrera de arrecifes coralinos que impedían el acceso directo a la playa, de modo que los botes, donde iban los arcabuceros y los ballesteros, tuvieron que quedarse a cien metros de la orilla, perdiendo su efectividad.



*En una emboscada en Filipinas murió Magallanes, artífice de la primera vuelta al mundo.*

Magallanes y su séquito tuvieron que saltar y caminar con el agua a la cintura hasta llegar a la playa, donde se desencadenó el combate. Pero de improviso surgieron de los arbustos próximos varios cientos de guerreros adicionales, que rodearon en un momento a los españoles. El incendio de varias chozas por los españoles encorajinó aún más a los nativos, y Magallanes, comprendiendo tarde el desequilibrio de fuerzas, dispuso una retirada ordenada, pero se generalizó la desbandada. Quedó solo con un puñado de hombres, entre ellos, el fiel Pigafetta, y los guerreros se centraron en el Capitán General al reconocerlo. Recibió un dardo en el pie, y un mandoble en la cara, y, enfurecido, Magallanes atravesó al agresor, pero tuvo dificultad de sacar la espada del cuerpo, lo que aprovecharon para asestarle un formidable lanzazo en la pierna que lo hizo caer de bruces, momento en que todos se lanzaron sobre él, rematándolo, y los soldados no pudieron hacer otra cosa que retirarse a los barcos.

De esta forma cayó Magallanes, ante la vista de sus propios barcos y hombres, que contemplaban atónitos desde lejos la escena. Ni siquiera pudieron recoger el cadáver, porque, cuando, sobrecogidos por lo ocurrido y con exceso de pusilanimidad, pidieron al día siguiente que les fuera entregado el cadáver, se les denegó, perdiéndose para siempre el rastro de quien había logrado por primera vez atar a través del mar los dos extremos del mundo.

Con la muerte de «tan gran capitán, nuestro espejo, nuestra luz, nuestro sostén y nuestro verdadero jefe», como escribiría un desconsolado Pigafetta, no acabaría el drama filipino. La fama de invulnerabilidad de los hombres blancos habíase derrumbado ante los mismos ojos del régulo Humabon, y algo así siempre fue harto peligroso en las relaciones con los indígenas.

Los portugueses Duarte Barbosa y João Serrão habían sido provisionalmente nombrados capitanes de la flota, y al parecer el primero había ofendido gravemente al esclavo de Magallanes, Enrique, por lo que este habría sugerido a Humabon una emboscada para deshacerse de los españoles, acaso por la ofensa, acaso por no haber sido liberado, como decía el testamento de su amo, o porque consideró que no habían sido contundentes a la hora de defenderlo y de rescatar su cadáver.

Humabon, con aparente afabilidad, ofreció a los jefes españoles un banquete para hacerles entrega del oro y las joyas prometidos como tributo al rey de España. Pigafetta no pudo asistir por estar recuperándose de la herida recibida, lo que salvó su vida y sus crónicas. Acuden veintinueve hombres, entre ellos los mejores pilotos, así como Barbosa y Serrão, y los conducen hasta un claro del bosque donde se halla preparado el festín. La excesiva obsequiosidad de Humabon hace recelar al alguacil Espinosa y a João Carvalho, que regresan para alertar en armas a la tripulación. Pero en el camino oyen la gritería que surge del bosque, y que se debe a que los cebuanos están asesinando a sus compañeros.

Desde los barcos contemplan cómo el único superviviente, João Serrão, es conducido por los nativos malherido a la playa, y suplica a voces a su amigo Carvalho que se envíe un bote en su busca con objetos para el rescate. Pero no lo hacen, sino que la medrosa tripulación iza velas y se hace a la mar, dejando que los nativos rematen a Serrão, mientras este arroja maldiciones sobre Carvalho. No fue ciertamente ejemplar el comportamiento de los jefes en las jornadas infaustas del archipiélago de San Lázaro, tanto españoles como portugueses. Por lejos que estuvieran los barcos, hubieran podido ver que la desproporción de fuerzas entre Magallanes y las hordas nativas era evidente, y nada hicieron, pese a que el combate fue largo y hubieran podido acudir en socorro; no vengaron la muerte del capitán, mediante una contundente acción de castigo sobre Silapulapu y sus huestes, sino que se limitaron a pedir indecorosamente su cadáver, aceptando sin más que no se les entregara; tuvieron la inocencia de creer que el cacique Humabon actuaba de buena fe; y, finalmente, abandonaron cobardemente a

Serrão en la playa. Fue toda una página negra de la valerosa historia de las exploraciones, y la sola disculpa es el estado de desconcierto traumático en que había quedado la tripulación tras la muerte de Magallanes.

## En las Molucas

La nave *Concepción*, incapaz ya de seguir viaje, fue desguazada, y sus restos, aprovechados para recomponer los maltrechos barcos restantes, el *Trinidad* y el *Victoria*. Partieron de las malhadadas San Lázaro en busca de las Molucas, pero João Carvalho se comportaría como capitán tan pésimamente como amigo. Dirigió una navegación errática, enredándose por el enredijo de islas de la región, entre ellas, Mindanao, las Célebes y Borneo. Y no solo eso, sino que, atento únicamente a la propia ganancia, se dedicó a asaltar cada embarcación nativa que les salía al paso. Tuvo que ser depuesto, y el mando de los barcos recayó en Gómez de Espinosa y en el vasco Juan Sebastián de Elcano, que a partir de este momento cobra definitivo protagonismo.

Con estos capitanes, altamente más competentes, se alcanzaría en muy poco tiempo el destino soñado, Tidore y Ternate, las Molucas, el corazón de la tan perseguida especiería, adonde llegarían el 8 de noviembre de 1521. Francisco Serrão, el gran amigo de Magallanes, había muerto, pero quedaban sus descendientes, a más de algunos portugueses destacados allí, pero Portugal aún no se había apoderado oficialmente del área ni erigido una factoría permanente. Les resultó pues fácil trenzar alianzas con Almanzor, régulo de Tidore, quien aceptó vasallaje e hizo traer enormes cargas de clavo y otras especias, que atiborraron los barcos.

Pero al ir a zarpar de vuelta a España, comprobaron que el *Trinidad* hacía aguas por todas sus junturas y que era una temeridad exponerlo a una travesía tan larga y compleja. Decidieron que quedara en tierra para reparaciones, con Espinosa como capitán y la mitad de la tripulación y que, tras ello, volvieran a España, pero por la ruta del Este, regresando por el Pacífico, mientras que el *Victoria* lo haría por el Oeste, doblando África por el cabo de Buena Esperanza.

## El viaje de vuelta

Elcano acreditaría en este viaje de vuelta sus inmensas dotes como marino, redimiéndose de su comportamiento en la bahía de San Julián. En las islas Molucas se habían informado de que el rey de Portugal buscaba la flota de Magallanes, con orden de hundirla nada más avistarla, por lo que tocar cualquier puerto portugués en el viaje de vuelta hubiera sido poco menos que suicida. Por consiguiente, decidió encarar la otra opción posible: nada menos que atravesar el Índico y el Atlántico de una sola vez, en el viaje sin escalas más largo emprendido hasta la fecha, más aún que los cien días de Magallanes por el Pacífico. Casi siete meses de navegación continua, incluyendo doblar el cabo de Buena Esperanza, esquivando las factorías portuguesas, pero también otros enemigos más temibles aún: el hambre, la sed, el escorbuto, la desesperación, que fueron dejando un reguero de cadáveres sepultados en el océano.

A la altura de las portuguesas islas de Cabo Verde, sin más remedio, porque sin agua ni alimentos no hubieran resistido un solo día más, recalaron para proveerse, recurriendo a la añagaza de fingirse de vuelta de las Américas, y arrastrados hasta allí por las tempestades. Dado el calamitoso estado del barco, los portugueses lo creyeron en un principio y les enviaron en botes los bastimentos pedidos, pero la indiscreción de algún marino terminó por alertarlos, y, apercibido Elcano, ordenó levar anclas y partir a escape de allí, cuando ya los barcos portugueses acudían a apresarlos.

Antes de partir habían advertido un hecho notable: la fecha local indicaba un día más que la consignada por los diarios de a bordo, y sobre todo por la cuenta de los días llevada por Pigafetta y por el otro cronista, el piloto Francisco Albo. No parecía posible, pero era cierto, y este misterio circularía pronto por los círculos intelectuales de Europa: al circunnavegar el globo en sentido contrario de la rotación de la Tierra, o a favor del sol, se perdía un día, y se ganaba al navegar en la dirección opuesta.

## El regreso

El 8 de septiembre de 1522, tres años menos catorce días después de la partida, cuando ya estaban olvidados y se les daba por muertos, los dieciocho supervivientes de la flota magallánica llegaban al puerto de Sevilla disparando salvas de artillería. La *Victoria* era un destartelado armatoste en sus estertores, siendo milagro que se mantuviera a flote tras resistir tan azaroso viaje, el



más largo de la historia de la navegación. Había navegado la friolera de 14.460 leguas, y hacía agua de tal modo que los marineros estaban extenuados por el achique continuo.

Hicieron primeramente lo que tenían largamente soñado, y así lo relata Pigafetta: ante la silenciosa expectación y la admiración de la muchedumbre agolpada en el puerto, bajaron a tierra aquellos marineros famélicos, andrajosos, irreconocibles, no pareciendo sino que surgían de las brumas del tiempo. Eran los primeros humanos que habían logrado dar la vuelta al mundo.

Saltamos todos a tierra, con un cirio en la mano, y fuimos a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y a la de Santa María la Antigua, como habíamos prometido en los momentos de angustia.

Siendo tan importante —al fin y al cabo el objetivo de la expedición— el arribo a las islas de las Especias por el rumbo del Oeste, el éxito quedó ensombrecido por lo que en verdad trascendió y asombró a España primero y después a Europa: la circunnavegación del planeta. Se había constatado de un modo fehaciente la redondez de la Tierra y que toda ella estaba unida por el mar, y eso suponía un salto prodigioso, definitivo, para la humanidad.

La noticia no fue empero bien recibida por todos. Los tripulantes del *San Antonio*, que habían desertado con la nave a las puertas del estrecho de Magallanes, habían vuelto hacía más de dos años, divulgando que todos los componentes de la expedición habían muerto, y tuvieron que someterse a investigación.

Pero no fueron esos los únicos hechos a aclarar, también los trágicos de la bahía de San Julián, en los que uno de los amotinados, Juan Sebastián Elcano, era precisamente quien regresaba ahora triunfante. Y faltaba quien con mayor justicia y verdad podría deponer ahora, el Capitán General Magallanes. Se consideró preferible pasar página y no enlodar con una relación de deslealtades la brillante gesta que acababa de culminar España.

El rey convocó de inmediato a Valladolid a los protagonistas ilustrados de la expedición: Elcano, Albo, Pigafetta, para que le relataran de primera mano los pormenores. El último regaló al monarca una copia manuscrita de sus crónicas, aunque se perdió, y solo se conserva un extracto.

Las especias fueron vendidas en el mercado de Amberes, y con su venta se sufragó el coste de la expedición y quedaron merecidos beneficios para la tripulación. Y en cuanto a Elcano, se le asignó pensión vitalicia y un escudo de armas con famosa inscripción:

*primus circumdedisti me.*

Elcano recibió, sí, retribución y honores, pero hay un detalle que hace pensar en que las autoridades españolas albergaron ciertas reservas sobre su conducta en los sucesos de San Julián: a pesar de su pericia marina más que acreditada, no se le volvió a dar mando de barco, y, cuando se embarcó tiempo después, no figuraba como capitán, sino como segundo.

El ausente Magallanes fue el gran olvidado de estas celebraciones, porque todos los honores fueron para Elcano. Pero la gloria que no le concedieron sus contemporáneos se la otorgó el tiempo: salvo en España, donde se siguen reconociendo los méritos del marino vasco, en el mundo Juan Sebastián Elcano es un perfecto desconocido, y solo se recuerda y admira al verdadero inductor, promotor y ejecutor de la magna empresa de la circunnavegación del mundo, Fernando de Magallanes.

### El destino de Espinosa y del *Trinidad*

Gonzalo Gómez de Espinosa, capitán de la expedición cuando llegaron a las Molucas, había dispuesto que Elcano regresara a España por la ruta africana, mientras él lo haría por el Pacífico, una vez que el maltrecho *Trinidad* fuera reparado en Tidore. Cuatro meses se demoraron las labores de reparación, que aprovecharon para construir una factoría-almacén donde guardar la gran cantidad de especias acumuladas, al tiempo que Espinosa concluía tratos de vasallaje con el régulo Almanzor y otros caciques locales. Al partir quedaron en Tidore al cuidado de la factoría unos cincuenta hombres, mientras Espinosa embarcaba con otros cincuenta.

La travesía fue el primero de los fracasos españoles en su intento por encontrar la ruta del Pacífico en dirección a América, en el sentido inverso al de Magallanes, algo que no se conseguiría hasta 1566. Descubrieron algunas islas del archipiélago de las Palaos y otras de las Marianas, pero las tempestades y el escorbuto diezmaron tanto el barco como a sus tripulantes. Una de las tormentas rompió el palo mayor y derribó el castillo de popa, y los marinos hubieron de destruir el de proa para evitar que el barco se fuera al fondo.

Ante tan insostenible situación, que había acabado ya con más de treinta hombres de la tripulación, Espinosa dispuso el regreso a la seguridad de Tidore. Para encontrarse con que, a poco de la partida, una flota portuguesa al mando de Antonio de Brito había arribado a las Molucas, apresado a los hombres de Espinosa,

tomado la factoría con su cargamento y levantado otra para asentar la soberanía portuguesa.

Espinosa, ante la extrema necesidad de sus hombres, no tuvo otro remedio que acogerse a lo que dispusiera de Brito, que no fue otra cosa que incautarse del barco con todas las cartas, diarios y mapas que llevaba a bordo, y apresar a todos los hombres, incluido su jefe Espinosa, y si no los mandó ahorcar fue por las posibles consecuencias ante España de semejante tropelía.

Espinosa inició a partir de entonces un largo y penoso peregrinaje de casi tres años por las mazmorras portuguesas, tanto de sus posesiones atlánticas como de la propia Lisboa, de donde fue rescatado merced a las presiones de la corte española. Vuelto a España, la Corona gratificó sus servicios, seguramente en consideración a que Espinosa había sido fiel a la autoridad representada por Magallanes en los sucesos de la bahía de San Julián, cuando Espinosa apuñaló a Mendoza por orden del Capitán General. La Corona respaldaba siempre la jerarquía. Recibió pensión vitalicia y escudo de armas que incluía una mano sosteniendo una cabeza degollada, la de Mendoza, y plantas de clavo, así como un galeón en la cimera. Al fin y al cabo, Gómez de Espinosa también había dado la vuelta al mundo.

## El destino de Elcano

Retribuido generosamente por la Corona, Juan Sebastián Elcano pronto vuelve a sentir la llamada del mar y se enrola en la expedición que el rey ha dispuesto para consolidar los derechos españoles sobre las Molucas y sus especias, ahora que Portugal pretende hegemonizar la zona.

La expedición no se hallará comandada por él, sino por García Jofre de Loaísa, y Elcano figura como segundo y piloto. Pretende reproducir la ruta de Magallanes, pero el viaje será un cúmulo de desastres, ya desde el propio océano Atlántico, como en su momento será relatado. Y la pericia marinera parece haber abandonado al propio Elcano, que confunde la desembocadura del río Gallegos con la bocana del estrecho de Magallanes, ordena que la flota se introduzca en ella y la encalla en los bajíos arenosos. Por suerte para él y la expedición, la subida de la marea reflota los barcos y pueden escapar de la trampa arenosa.

Poco después, en la verdadera entrada del estrecho, un fuerte temporal de viento, de los que abundan en la zona, empuja los barcos contra la costa, y la nao *Sancti Spiritus*, la gobernada por

Elcano, se destroza contra los rompientes, pereciendo ahogados nueve hombres. Elcano ha de pasar a la nave Anunciada.

Tras múltiples accidentes y contratiempos que no son del caso narrar ahora, encontramos a Elcano y al capitán Loaísa navegando en el *Santa María de la Victoria*, en solitario por el Pacífico. La situación a bordo es crítica, con los piojos, el hambre, la enfermedad y el escorbuto ensañándose con los tripulantes. Males que en Loaísa se agravan con una profunda depresión por el estado actual de la brillante armada que saliera del puerto de La Coruña, hoy reducida a un solo barco. Muere en pleno océano y lo sucede en el mando Juan Sebastián Elcano, pero poco dura en el puesto. Se siente morir y redacta testamento, falleciendo el 4 de agosto de 1526, a la edad de cincuenta años. Su tumba fue la mejor posible para el marino de Guetaria: el océano Pacífico.

### Consecuencias políticas de la expedición

Más allá de la espectacularidad de la circunnavegación del planeta, era innegable que la odisea magallánica implicaba unas consecuencias políticas y económicas de primer orden, que de inmediato desataron una formidable tormenta diplomática entre España y Portugal. Desde que ambos países se lanzaran a la carrera por el control de las Molucas, a pesar de los indudables avances geográficos logrados por ambas incipientes potencias en los últimos tres años, ninguna de ellas había consolidado el monopolio. Era evidente que Portugal, que tenía más accesible la especiería por la ruta de África, había reforzado su posición instalando factorías en la zona, pero España había conseguido acceder por el rumbo contrario, y las recientes conquistas del interior de América a cargo de Cortés y Pizarro, habían establecido una magnífica y más cercana base de operaciones sobre el Pacífico.

Es más, tanto preocupaba a Carlos V anticiparse a Portugal que, al año de la partida de Magallanes con su flota, ordenó aprestar una nueva expedición que ensayaría un rumbo distinto, utilizando ya las bases americanas: tres naves al mando de Andrés Niño navegaron hasta América Central, allí desarmaron los barcos y los transportaron por vía terrestre para cruzar el istmo panameño, con la pretensión de reembarcar al otro lado, ya en el Pacífico, y acceder a la especiería, con otras cuatro naves construidas en Panamá. Pero esta expedición desapareció en el océano (sin embargo, la ruta terrestre por el istmo panameño fue la que más tarde utilizaría España para acarrear la plata de Potosí a lomo de

mulas, desde el Pacífico hasta el Atlántico, para ser embarcada en los galeones con destino a España).

De modo que tanto España como Portugal tenían a su alcance controlar directamente y sin intermediarios las islas de las Especies, pero ahora la cuestión se centró en saber a quién pertenecían, de acuerdo con el Tratado de Tordesillas. Porque la raya trazada al oeste de las islas de Cabo Verde se prolongaba por todo el planeta hasta las antípodas, precisamente donde se situaban las Molucas.

Como puede imaginarse, tanto España como Portugal reclamaban que las Molucas caían dentro de su demarcación. De momento, el rey portugués Juan III exigió la entrega de todas las especias traídas por la nao *Victoria* por invadir sus posesiones, lo que naturalmente fue denegado, y hubo de recurrirse a la diplomacia y la geografía para determinar el mejor derecho en el área.

### El antimeridiano

De acuerdo con la antigua tradición del mundo cristiano, el papa era quien podía autorizar misiones en tierras paganas, allí donde aún no hubiera sido predicado el Evangelio. Por tal razón, cuando los dos países ibéricos, España y Portugal, comienzan sus prodigiosos descubrimientos, a ningún país europeo extrañó que el papa emitiera las *bulas alejandrinas* que otorgaban derechos a España sobre el Nuevo Mundo, ni tampoco que España y Portugal acordaran en Tordesillas un cierto reparto del mundo.

Porque eso era en realidad lo que habían hecho las dos naciones descubridoras, y a los países europeos les pareció indiscutible la autoridad papal hasta mediados del siglo XVI, cuando comenzaron a preguntarse por la *auctoritas* real del papa para hacer semejantes concesiones, y de las dos naciones ibéricas, que actuaban como si no hubiera otras en el planeta, contrariando de tal modo el principio universal del *mare liberum*. A este efecto debe recordarse el comentario del rey Francisco I de Francia, quien pidió que le trajeran a la vista «el testamento de Adán, que repartió el mundo entre españoles y portugueses sin dejarme a mí ni un palmo de terreno». Y también la anécdota ocurrida en la ciudad de Tordesillas, cuando un niño preguntó a los comisionados, que paseaban en ese momento, si era cierto que estaban repartiendo el mundo, y al responder que así era, el niño se bajó los pantalones, mostró las nalgas y dijo: «Pues háganlo por esta raya».

El tratado determinó una línea de Norte a Sur, a 370 leguas de Cabo Verde. Lo que quedara al Oeste pertenecía a España, y al Este comenzaba la posesión portuguesa. El problema era que, si los barcos navegaban por sus rumbos respectivos, antes o después se encontrarían en las antípodas, y esa zona ambigua del encuentro era justamente la región donde crecían las plantas especieras.

Era necesario, pues, precisar por dónde pasaba exactamente la raya en el otro lado del mundo, en el antimeridiano. Pero, si difícil era ponerse de

acuerdo en el comienzo occidental de la frontera de Tordesillas, una hipotética raya dibujada en el mar, lo era mucho más al otro lado, cuando no existían instrumentos adecuados para el cálculo de la longitud. La realidad geográfica demostró más tarde que el antimeridiano sobre las Molucas favorecía a Portugal, pero entonces era imposible saberlo. Se discutió la conveniencia de enviar dos barcos con tripulación técnica a la zona para dilucidar el conflicto, e incluso una tercera nave del papa como árbitro, empeño juzgado inútil *ab initio*, porque se preveía inviable llegar a un acuerdo sobre el terreno.

Ambas partes acordaron despachar juntas técnicas que resolvieran el dilema, reuniéndose en 1524 en Badajoz y Elvas, la frontera entre Portugal y España, con toda clase de mapas y cartas a su disposición. Es fácil adivinar que las discusiones, sobre bases geográficas tan precarias como las disponibles entonces, se eternizaran y no se llegara a acuerdo alguno. En realidad, la dilación favorecía a Portugal, que tenía establecida una cadena de puertos y factorías desde el país a la especiería, y cada día que pasaba su posición allí era más sólida. Y en cambio para España, incluso contando con su plataforma americana, el control de las islas especieras era asunto hartamente más complejo desde el punto de vista logístico.

Y la espinosa cuestión, absolutamente insoluble en el plano técnico, vino a resolverse de una forma totalmente distinta e inesperada: mediante la firma del Tratado de Zaragoza.

## El Tratado de Zaragoza

La enconada batalla marítima por la especiería encontró un desenlace sorprendente, si se tiene en cuenta el esfuerzo que España empleó en el área y el coste ingente en vidas y en recursos que supuso. El 21 de abril de 1529, mediante el Tratado de Zaragoza el emperador Carlos V vendió por 350.000 ducados/oro al rey Juan III de Portugal los derechos exclusivos sobre las Molucas. En adelante, solo Portugal podría navegar y comerciar con las especias en la zona, y España podría descubrir al este de las islas. El protocolo incluía una cláusula de retroventa, que hacía nulo el tratado en el caso de que los medios técnicos determinasen en el futuro que las Molucas caían nítidamente dentro de la demarcación española fijada por Tordesillas. Una cláusula meramente formal que nadie tenía intención de cumplir, ni siquiera de examinar la verdadera ubicación de las Molucas. Después de la inmensa nómina de muertos y de las fabulosas sumas invertidas, el «empeño de las Molucas», como así fue llamado, fue considerado una infame claudicación en los círculos intelectuales españoles, considerándose que en la mente del Emperador habían pesado más sus designios imperiales que sus intereses como rey de Castilla. Carlos V, como siempre, estaba acuciado de fondos, y habría preferido el dinero para financiar las guerras europeas que mantener el prestigio y la

honra españoles.

Sin embargo, visto con perspectiva histórica, el Tratado de Zaragoza no fue un negocio tan ruinoso para España. Desde la llegada del *Victoria* a Sevilla, el saldo de las expediciones españolas había sido calamitoso: quince barcos se habían perdido en las singladuras, cientos de muertos sepultados en el mar, el retorno por el Pacífico no se había conseguido, la travesía del estrecho de Magallanes era cosa poco menos que vedada para marinos que no tuvieran la talla de un Magallanes o un Francis Drake... El mundo de las Molucas se había revelado como una empresa demasiado ardua, lejana y difícil, para una España que tenía que respetar lo acordado en Tordesillas y evitar navegar por aguas portuguesas, recurriendo a la circunnavegación del globo, o utilizando los dominios americanos, pero esto suponía un regreso por el Pacífico considerado imposible.

No cabía duda de que, por el contrario, Portugal lo tenía todo mucho más fácil. Las Molucas estaban relativamente cerca de sus dominios, por una ruta marítima muy trillada y sembrada de factorías a lo largo de África.

Desde el punto de vista logístico, el derecho de Portugal sobre la especiería era mucho más lógico que las pretensiones españolas. Pero es que, además, la España de 1529 no era la de 1492, cuando no había mayor objetivo geoestratégico que alcanzar las islas especieras. Ahora España estaba empezando a dominar y asentarse sobre un territorio nuevo, inmenso y prometedor, y el control de las especias estaba condenado a vislumbrarse como un asunto menor, al lado de las riquezas que empezaban a aflorar en las Américas, una vez que Hernán Cortés y Francisco Pizarro penetraron profundamente en el corazón de las nuevas tierras, incorporándolas a la Corona de Castilla. De hecho, faltaba muy poco para que se descubrieran las minas de Zacatecas y de Potosí.

De modo que el interés de España estaba comenzando a desplazarse hacia otras áreas y otros recursos, mucho más rentables que las especias, y pronto la plata americana iba a pasar a erigirse en el protagonista absoluto del comercio mundial, y desde este punto de vista no fue tan desacertada la cesión de las Molucas, a cambio de una nada despreciable suma de dinero.

Y para Portugal, a la larga, el negocio no lo fue tanto. Porque quedó sola en el área, expuesta a las apetencias de otras potencias europeas. Con España y Portugal presentes en las Molucas, es muy probable que ningún país europeo se hubiera atrevido a desafiar la posesión ibérica, como hizo Holanda cuando fácilmente desplazó a Portugal del control especiero.

# EXPLORANDO EL GRAN OCÉANO

## La expedición de Loaísa

Las conversaciones entre las juntas técnicas de España y Portugal resultaron fallidas, y los respectivos reyes, que habían suspendido el envío de nuevas expediciones al área, procedieron a reanudarlas sin pérdida de tiempo, porque de nuevo estaba en cuestión la soberanía sobre las Molucas. El mejor derecho seguía sin decantarse claramente de un lado u otro, ya que a las sucesivas aproximaciones de Portugal, había opuesto España el viaje de Magallanes y la instalación de un almacén en Tidore.

Carlos V dispuso, pues, el envío de una nueva flota a las Molucas, y se confió el mando a alguien de alcurnia y con parientes de peso en la Corte, el comendador frey García Jofre de Loaísa. Y aquí debemos hacer una pequeña digresión, en el sentido de distinguir entre aquellas exploraciones impulsadas por alguien que logra convencer a la Corona, de aquellas otras iniciativas que tienen su origen en esta, y luego se busca al individuo capacitado para comandarlas. Pocas veces las segundas tuvieron éxito, y en cambio las otras casi siempre lo tuvieron. Colón, Pizarro, Magallanes, Valdivia y demás diseñaron el proyecto en su cabeza y con inaudita tenacidad fueron superando los múltiples obstáculos interpuestos, que hacían de la empresa un verdadero calvario burocrático: los vericuetos del Consejo de Indias y la Casa de la Contratación, plagados de funcionarios envidiosos; la consecución de medios financieros; la recluta de hombres; el apresto de una flota... Y cuando el personaje en cuestión firmaba la capitulación con el rey y lograba salir a campo o mar abiertos, nada ni nadie impedía que alcanzara sus metas: Cortés quema sus naves para que nadie pueda regresar, Pizarro traza una raya en la arena y solo le siguen trece hombres... A todo se sobreponen, nada los amilana. En cambio, aquellos a quienes les llegó el mando de un modo casi gratuito, los que no eran promotores ni labraban con persistencia su propio proyecto, esos acababan siendo vencidos por los reveses.

La expedición de Loaísa trajo otras novedades: partiría de La Coruña, y en esa ciudad se crearía una Casa de Contratación para la



Especiería, lo que provocó no pocas protestas de la de Sevilla, pero que indicaba a todas luces que España pretendía comerciar activamente con las especias. Y como segundo de la flota y capitán de uno de los barcos figuraba el ya famoso Juan Sebastián Elcano, atraído de nuevo por la irresistible llamada del mar. Quien se trajo como grumete a otro vasco de diecisiete años, cuyo nombre andando el tiempo habría de quedar inscrito en letras de oro en la historia del Pacífico español: Andrés de Urdaneta.

### La partida de la expedición

La brillante flota de *García Jofre de Loáísa*, compuesta por siete naves, capitaneadas por la Santa María de la Victoria, partió del puerto de La Coruña el 24 de agosto de 1525. El objetivo era no solo alcanzar las Molucas, reforzar la presencia allí y traer especias, sino también buscar a los españoles que habían quedado en Tidore, cuando el *Victoria* partió de regreso a España y someter a los portugueses que, en su caso, hubieran maltratado a los españoles.

A lo largo de las siguientes páginas comprobaremos que esto último será una constante en las navegaciones españolas. España se interesaba por los súbditos que iban quedando descolgados de las sucesivas expediciones, como jirones humanos desprendidos de las flotas. Esto es algo que han practicado siempre las grandes naciones con los que han contribuido a hacerlas grandes. España ya se estaba comportando como un Imperio.

Nada hay de reseñable hasta que la armada recala en la isla de La Gomera, punto de aguada de las carabelas colombinas, y donde las flotas hacían los últimos aprovisionamientos antes de lanzarse al mar abierto. Allí los capitanes celebran junta y acuerdan modificar el rumbo, pues al parecer el propósito inicial era doblar el cabo de Buena Esperanza, en el sur de África. Debió prevalecer el consejo de Elcano de seguir la ruta del estrecho de Magallanes, que él ya conocía.

A partir de aquí los elementos se van a confabular contra la expedición: averías, malos vientos, temporales, enfermedades, errores... Y el resultado final de tantas desgracias es que las naves, como impulsadas por una fuerza centrífuga, se lanzaron a una diáspora particular que las llevó a un destino a cual más azaroso, surcando en su conjunto los tres grandes océanos del planeta, alguna incluso con ribetes de leyenda.

Con sus 240 toneladas, era la segunda en arqueo de la flota que partió de La Coruña, y su capitán, Juan Sebastián Elcano, el segundo también en el mando tras el capitán general Loaísa.

Tuvo una singladura repleta de incidentes, y ciertamente la más efímera de la expedición. Todavía en el Atlántico, en la isla de San Mateo, la actual Annobón, la *Santa María de la Victoria*, la nao capitana, garreó sobre ella y Elcano tuvo que soltar amarras a toda prisa y hacerse a la mar, permaneciendo navegando a la bolina, hasta que los vientos la alejaron hasta perderse de vista, reencontrándose con el grueso de la flota dos días después.

Elcano confundió la desembocadura del río Gallegos con la bocana del estrecho de Magallanes y ordenó adentrarse a la flota, que quedó encallada en las arenas del estuario. Por fortuna para todos, la marea reflató las embarcaciones, que pudieron seguir singlando hacia el Sur, hasta que detectaron la verdadera entrada, la que se abre a la vuelta del cabo de las Vírgenes.

Pero aquí, la *Sancti Spiritus* encontraría su destino. Acaso por carecer de anclaje tras el incidente de la isla de San Mateo, los fuertes vientos reinantes la empujaron contra los acantilados del cabo, destrozándose y muriendo nueve hombres. Elcano tuvo que pasar a la *Anunciada*.

### El *Santiago*, rumbo a Nueva España

Fue la nave más pequeña, un patache de 60 toneladas. Tuvo la suerte de no encallar en el río Gallegos con las demás, a causa de que se había rezagado para informar a la tripulación de la nao capitana y de la *San Gabriel*, apartadas del resto en el Atlántico tras un temporal. Los marineros del *Santiago* dejaron en Santa Cruz una cruz de aviso y una vasija con un mensaje, indicando que seguían ruta hasta el estrecho de Magallanes. Este retraso hizo que no sufriera la varadura general del río Gallegos, que afectó al grueso de la flota.

Todas juntas, menos las dos ya citadas, la capitana y la *San Gabriel*, que seguían perdidas, penetraron por el estrecho de Magallanes, pero los ventarrones les causan serios desperfectos y los obligan a regresar a la desembocadura del río Santa Cruz, en el Atlántico, para reparaciones. Vuelven al estrecho, y allí se reencuentran con las dos naves perdidas, encarando juntas la travesía del canal. Todo irá bien hasta la salida del estrecho, donde

una formidable borrasca (la región pasa por ser la más ventosa del planeta), dispersará para siempre las naves. El pequeño *Santiago*, incapaz de cruzar solo el Pacífico hasta las Molucas, remontará por él sin perder de vista la costa americana, navegando sobre la corriente de Humboldt y siendo el primer barco en recorrer toda la fachada pacífica del continente (poco faltó para que se cruzara con Pizarro, que bajaría poco más tarde por el mismo rumbo en sentido contrario, en su empresa de la conquista del Imperio inca).

El *Santiago* llegó a las costas de México, recientemente ganado para España por Hernán Cortés. El extremeño, en plena reorganización de la Nueva España, estaba precisamente preparando una exploración marítima y aprovechó los restos del destartado *Santiago* para armar su flota.

### La *Anunciada*, el rastro perdido

Su arqueo era de 204 toneladas, y corrió la suerte de las demás en el abarrancamiento del río Gallegos. Elcano envió entonces un esquife con una partida de hombres, para que escudriñaran este canal y determinaran si era o no el estrecho magallánico buscado.

Tras reflatarse las naves, perdidos por el momento la *Santa María de la Victoria*, la nave capitana, y el *San Gabriel*, Elcano dispuso bajar hasta el estrecho de Magallanes y, una vez en su entrada, ordenó que cinco hombres partieran por tierra en busca de los enviados en el esquife en avanzadilla exploratoria. Entre los hombres figuraba Andrés de Urdaneta, y se adentraron cien kilómetros por aquellas tierras inhóspitas, frías, áridas, tan faltas de agua que hubieron de beberse sus propios orines, como relató el mismo Urdaneta. Y lo más sorprendente fue que hallaran a los marineros y lograran reagruparse todos en la entrada del estrecho de Magallanes, tanto los marineros como las dos naves extraviadas, la capitana y el *San Gabriel*.

Como se ha dicho, los temporales frustraron esta primera intentona de travesía del estrecho, y han de volver a la bahía de Santa Cruz para reparar las averías. Y entonces es cuando la *Anunciada* se esfuma de la historia. Su piloto, Pedro de Vera, por su cuenta y riesgo decide alzar velas y arrumbar temerariamente hacia las Molucas, pero por la vía del Índico, la ruta «portuguesa». Le faltaban al barco elementos tan esenciales como el piloto, el bote auxiliar, las anclas y las amarras, y por eso nada tiene de extraño que su rastro se extinguiera para siempre, devorado sin noticias por la inmensidad del mar.

El término *nao*, como de modo tan frecuente aparece en las crónicas viajeras, es ciertamente genérico, pues podía aplicarse tanto a las enormes carracas como al galeón (el Galeón de Manila también era llamado *Nao de la China*), e incluso a la carabela. Es preciso, pues, discernir entre los diversos tipos de navíos que surcaron los mares del Nuevo Mundo y el Pacífico a partir del siglo XVI.

La carraca era la más formidable de las naves en uso. Contaba con tres mástiles y un alto, y en ocasiones abigarrado, castillo de popa (el de proa fue pronto suprimido), y presentaba un imponente aspecto en el mar. Había carracas de 1500 toneladas, pero lo más corriente era que no superaran las 1000. Encontrar y apresar una carraca en mar abierto atiborrada de plata fue el sueño de todos los piratas que infestaban por entonces los mares, y de hecho algunos lo lograron.

Pero era demasiado aparatosa y ofrecía muchos puntos débiles e inconvenientes, como el elevado castillo, vulnerable a los ataques y resistente al viento, y la escasa maniobrabilidad, por lo que se trabajó en diseños algo más estilizados, con castillo más bajo y sobre todo bien artillados, lo que se logró tras la invención a principios del siglo XVI de las aberturas laterales, las portas, para emplazar baterías de cañones. Los galeones podían alcanzar las 1000 toneladas, pero no solían exceder las 750, y fueron los que sirvieron en la *Carrera de Indias*, embarcando las remesas americanas de plata, y los que hicieron la travesía regular del Pacífico, el memorable Galeón de Manila.

La carabela fue otro de los grandes protagonistas de los periplos oceánicos, y surgió por la necesidad de disponer de un navío manejable y versátil, reduciendo al mínimo los elementos que no fueran absolutamente imprescindibles, como el castillo de popa, el espacio destinado al alojamiento y la llamada *obra muerta* de la cubierta. Las carabelas fueron barcos muy ligeros, pero no demasiado fiables en las largas singladuras por el mar abierto. Aunque carabelas fueron las naves del Descubrimiento, lo cual es un mérito añadido, atribuible a las superiores dotes marineras del almirante.

La fragata fue un invento español, del gran marino que fue don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Eran las encargadas de escoltar los cargamentos de plata provenientes de las Indias, que obligadamente debían viajar «en conserva», esto es, convoyados, para repeler los ataques piráticos. Eran rápidas y ligeras, muy apropiadas para la exploración de costa y para apoyo de los grandes navíos.

Otros barcos auxiliares fueron el patache, idóneo para navegar en aguas bajas, para llevar mensajes a las grandes flotas y en otros cometidos auxiliares. Y el bergantín, de tamaño semejante al patache, y que como él podía aparejar mástiles con vela latina. Bergantines fueron los trece que ordenó construir Hernán Cortés en siete semanas para surcar las aguas del lago de Tenochtitlan, en su asalto final al Imperio azteca.

En la nómina de las embarcaciones menores debemos citar finalmente la zabra o galizabra, con un arqueado de entre 80 y 170 toneladas, de casco largo y chato, usada en transporte de enseres menores, como el correo, y en misiones de exploración. Más pequeñas aún eran las pinazas, de hasta 50 toneladas, maniobreras y ligeras, capaces de navegar a vela y remo.

Era una carabela de 96 toneladas, y sus problemas comenzaron ya en el Atlántico, cuando es abordada por la capitana *Santa María de la Victoria*, que le quiebra parte de la popa y otros elementos. Más adelante sufre los avatares del resto: encalla con las demás en Río Gallegos, acaba atravesando el estrecho de Magallanes, y la tormenta que se desata a su salida, ya en el Pacífico, hace a todas perder el contacto unas de otras. Ya no volverán a encontrarse, y cada una seguirá sus propias peripecias. La *Santa María del Parral* se aventura sola por el Pacífico y arriba a Mindanao, deshaciéndose en aguas filipinas. Solo sobrevivirán tres hombres, que serán apresados por los nativos y más tarde recogidos por otra expedición española, la de Álvaro Saavedra, aunque hasta su llegada no se conocerá lo que de verdad aconteció en la nave.

### El *San Gabriel*, de vuelta a España

Era una nao de 156 toneladas, y corre la misma suerte de la capitana, la *Santa María de la Victoria*, separándose con ella del resto de la flota a causa de una formidable tempestad atlántica.

Cuando llegan a Santa Cruz encuentran las notas y la cruz que han depositado las otras tripulaciones, indicándoles que han seguido ruta hacia el estrecho de Magallanes. Las dos naves persiguen la estela, divisan los restos del *Sancti Spiritus* estrellado contra los acantilados, y acaban juntándose con el resto de la armada en la entrada del estrecho.

Tras el primer intento truncado de cruzarlo, reparan en Santa Cruz, y aquí es donde el *San Gabriel* encara su propio derrotero. Porque Loáisá da orden a su capitán de que regrese en busca del patache *Santiago*, que se había retrasado, y en lugar de hacerlo decide regresar a España, donde, tras diversas peripecias en la costa brasileña con barcos franceses, llega a Galicia, desembarcando en Bayona el 28 de mayo de 1527.

### *San Lesmes*, la carabela desaparecida

Era casi gemela de la Santa María del Parral y corrió la suerte de las

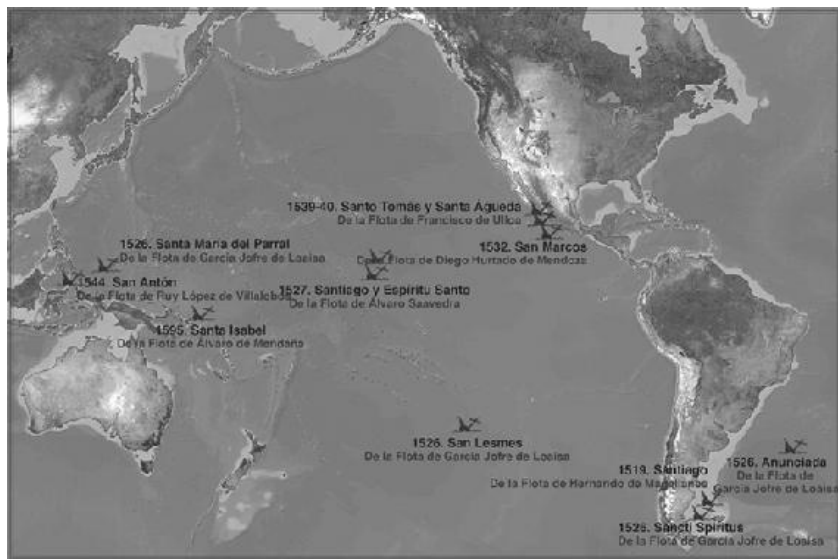
demás hasta la embocadura del estrecho de Magallanes: el capitán de la *San Lesmes*, Francisco de Hoces, viendo el terrible semblante del clima en la embocadura del estrecho de Magallanes, ante el riesgo de zozobrar decide continuar el rumbo en dirección sur, alcanzando nada menos que la latitud 55°. Relataría Urdaneta que «cuando tornaron les parecía que allí era acabamiento de la tierra». Y así era, porque fueron los primeros en acceder al cabo de San Diego o al propio cabo de Hornos, en todo caso, el extremo meridional del continente americano.

Recompuestos los navíos en Santa Cruz, la *San Lesmes* cruza el estrecho con las otras, hasta que les sorprende la fatídica tormenta del 1 de junio, que dispersa para siempre la armada. De la *San Lesmes* nada vuelve a saberse, tragada por el gran océano.

Hasta aquí, la historia. A partir de aquí, la leyenda, y con altas dosis de verosimilitud.

Desde su salida de La Coruña todo fue contrario para la mayor de las naves de la flota, de 306 toneladas y bajo el mando directo del capitán general fray García Jofre de Loaísa. En el Atlántico rompió el palo mayor y hubo de detenerse para reparar la avería; abordó a la *Santa María del Parral* causándole daños; en la isla de San Mateo se abatió peligrosamente sobre el *Sancti Spiritus*, que tuvo que esquivarla, y una tempestad la apartó con la *San Gabriel* durante casi dos meses del resto de la flota, a la que no volvería a encontrar hasta el estrecho de Magallanes.

Y sin embargo, pese a tantas desgracias, la *Santa María de la Victoria* fue la única que llegó a su destino en las Molucas. Aunque en el trayecto por el Pacífico, penosísimo, muriera Loaísa, víctima de las penurias y sobre todo del abatimiento, debido a la descomposición general de la armada de siete barcos que partiera con bríos de La Coruña, y que ahora había quedado reducida a una sola, navegante solitaria por el Pacífico. Le sucedió en el mando Juan Sebastián Elcano, el piloto de la primera vuelta al mundo, pero cuatro días después hacía testamento y al siguiente rendía la vida y era sepultado en el océano que él dominó por primera vez.



*La exploración del Pacífico hizo naufragar numerosas embarcaciones y costó la vida a muchos insignes marinos españoles, entre ellos Juan Sebastián Elcano*

Los tripulantes eligieron sucesor a Toribio Alonso de Salazar, y, muerto Elcano, alteran la derrota que él había propuesto, que llevaba al Cipango (Japón), y viran hacia el Oeste, al Maluco. Pero la muerte no dejaba de cebarse en una tripulación afectada por los consabidos males de las largas navegaciones de la época: el hambre, la sed, el escorbuto, el desfallecimiento, el desánimo, que costó la vida a cuarenta hombres entre el estrecho de Magallanes y las Molucas. Ahora muere Alonso de Salazar y eligen a dos jefes, Martín Íñiguez de Carquizano y Fernando de Bustamante.

Pasan cerca de la isla de San Bartolomé, en las Marshall, pero no pueden desembarcar por no hallar fondo para el ancla, y continúan singlando hasta las islas de los Ladrones, que aún no se llamaban las Marianas, y donde harán un notable descubrimiento.

### **SAN LESMES: LA ÚLTIMA CARABELA**

Así se llama el libro publicado en 1974 por el australiano Robert Langdon: *The lost caravel*. En el año 1969, un investigador francés descubrió en el islote de Amanu, perteneciente al conjunto de las islas Tuamotu, en la Polinesia francesa, dos cañones hundidos en el mar. En los cañones no rezaba inscripción alguna, y tampoco constaba que barco de ninguna nación hubiera naufragado en esa zona.

La conclusión de Langdon es que esos cañones pertenecían a la carabela *San Lesmes*, que fue vista por última vez desde la pinaza *Santiago* el 1 de junio de 1526, cuando la feroz tormenta a la salida del estrecho de Magallanes dispersó la flota de Loaísa.

La *San Lesmes* fue dada por naufragada. Pero según Langdon, sus tripulantes habrían conseguido llegar a esa parte de la Polinesia, donde la nave se habría estrellado contra los arrecifes. Sin embargo, 70 marineros se habrían salvado y convivido con los nativos, casando con mujeres e infiltrando en Amanu y otras islas del entorno su sangre y su cultura.

De estos cruzamientos derivarían algunas de las manifestaciones culturales de los polinesios, vigentes más de doscientos años después, como su pericia marinera y constructora de embarcaciones, sus cantos derivados de la Biblia, su método de contar e incluso su forma de saludarse, no rozándose la nariz, sino entrechocando las manos.

Así pues, el posible fin de la *San Lesmes* no fue sumergirse sin rastro en la eternidad del mar, sino que sus tripulantes habrían topado con una suerte de paraíso, quedándose allí para inyectar una nueva savia hispano-polinesia en aquella remota región del Pacífico Sur.

### El desertor de Guam

Al pasar la *Santa María de la Victoria* por la cercanía de las Ladrones, más tarde Marianas, se les acercó un bote en el que hacía gestos alguien que parecía un indio desnudo, pero saludando en castellano. Fue invitado a subir al barco y allí dijo ser Gonzalo Álvarez, natural de Vigo, y que llevaba varios años cautivo en las islas. Había desertado del *Trinidad* del capitán Gonzalo Gómez de Espinosa, una vez que este intentó sin éxito el viaje desde las Molucas a España por la vía del Pacífico. Las tormentas lo obligaron a regresar a las Molucas, y, al pasar por las Marianas, Gonzalo Álvarez y otros dos marinos extranjeros desertaron, siendo capturados por los nativos.

Sus dos compañeros fueron torturados y murieron, pero el español pudo salvarse gracias a que se desempeñaba como curandero y a que aprendió pronto el idioma chamorro. Gracias a ello trocó la muerte por la esclavitud, y recorrió varias veces el archipiélago, informando al capitán de la *Santa María de la Victoria* que se componía de trece islas.

Aunque dudó si embarcarse con sus compatriotas o no, decidió



hacerlo, pues los españoles habían capturado a varios indios para que les sirvieran de remeros, vista la dramática falta de brazos que había en la nave, y Gonzalo temió represalias contra él por parte de los naturales, una vez izara velas la nave.

### Batalla en las Molucas

Los diezmados expedicionarios de la flota de Loaísa llegaron a las Molucas el 29 de octubre de 1526. Muerto Carquizano, es elegido para el mando Hernando de la Torre. En Gilolo entraron en contacto con los españoles supervivientes del *Trinidad*, que a duras penas mantenían el pabellón español en la zona, frente a unos portugueses que habían ido reforzando sus posiciones, pues España empezaba a desdoblarse en sus múltiples frentes de la inmensidad americana. Por suerte para ellos habían conservado las buenas amistades con el rajá de Ternate, que había sido desalojado por los portugueses y expulsado a las montañas, y ansiaba aliarse con los españoles para vengarse.

Espanoles y portugueses se enzarzaron entonces en una larga y cruenta lucha, que vino a ser la cristalización de los muchos resentimientos acumulados por ambos países en los últimos años, una larvada guerra fría apenas sostenida hasta ahora en el nivel de la diplomacia, y que en Molucas viró a guerra caliente y se trufó de episodios sangrientos. Contribuyó a la dureza de la lucha el talante del gobernador portugués Jorge de Meneses, de probado sadismo al decir de sus propios correligionarios que escribieron sobre él. Y que durara varios años se debió tanto al valor del puñado de españoles que mantenían la posición, como a la naturaleza de los portugueses, pues, aunque mucho más consolidados en el área, estaban más atentos a sus botines individuales que a las metas nacionales.

En cualquier caso, esa guerra moluqueña fue tan encarnizada como inútil, porque desgastó estérilmente a ambas naciones cristianas. Y si alguien sacó provecho de ella fueron los reyezuelos locales, pues, de resultas de la confrontación, el precio del clavo y de las demás especias vino a multiplicarse. Mientras ocurrían las refriegas, los españoles esperaban con ansiedad la llegada de alguna expedición procedente de España que viniera a sacarlos del avispero de las Molucas. La tal ayuda no llegaría sino hasta 1534, y no desde España, sino desde Nueva España. Y con el capitán Hernando de la Torre regresaron los diecisiete supervivientes de aquella flota de 450 hombres que partiera nueve años antes de La Coruña. Entre ellos, y para fortuna de la historia de España en el Pacífico, Andrés

de Urdaneta, a quien en Lisboa le fueron incautados todos los documentos y mapas que había elaborado.

Y en cuanto a la única superviviente de la armada de Loaísa, la *Santa María de la Victoria*, sucumbió, y víctima de sus propios disparos de cañón, al primer embate de los portugueses, cuando atacaron Tidore, y quedó tan maltrecha que hubo de ser quemada. Solo en los últimos tiempos, transcurridos 200 años desde su hazaña, a impulsos de la sociedad civil española se ha reconocido y reivindicado plenamente la gran figura histórica de Blas de Lezo.

### Sebastián Caboto

Carlos V no acostumbraba jugarlo todo a una sola carta. Como vimos antes, poco tiempo después de la partida de Magallanes, despachó la de Andrés Niño con el mismo objetivo de buscar las islas especieras, pero con otro rumbo, aunque no volvió a saberse nada de los tripulantes ni de los barcos.

Por lo mismo, cuando salió de La Coruña la armada de Loaísa, en abril de 1526 ordenó que partiera otra flota de tres barcos, con el fin de mantener la enconada lucha con Portugal por la especiería. El mando fue confiado a un expertísimo marino, Sebastián Caboto, hijo de otro navegante ilustre, Juan Caboto, que en una fecha tan temprana como 1497 había buscado una ruta marítima por el norte para seguir los pasos de España hacia las islas de las Especies, llegando hasta Terranova. España lo atrajo a sus filas y fue nombrado piloto mayor de la Casa de Contratación, pero debiera haber calibrado mejor Carlos V sus orígenes genoveses y venecianos, lo que en la época quería decir aficionado en extremo al lucro, y no precisamente el de la nación que lo contrataba. Y por eso ocurrió que, cuando Caboto llegó al Río de la Plata, en lugar de seguir ruta y embocarse por el estrecho de Magallanes, se quedó en el área del Plata por espacio de tres años, porque vislumbró la posibilidad de obtener oro y plata en abundancia. Levantó factorías y desde luego no consiguió los rendimientos que esperaba, pero sí a la vuelta a España las iras de la Corte, que lo sometió a proceso por la grave desobediencia y lo envió deportado a Orán. Regresó al año, y sus innegables dotes marineras lo devolvieron al puesto de piloto mayor.

Era Caboto quizá el mejor técnico náutico de su tiempo, e Inglaterra, que buscaba hacerse con un hueco en el pastel de América, lo fichó para ello. Entró a formar parte de una sociedad de curioso nombre: *Misterio y Compañía de aventureros mercantes para el*

*descubrimiento de regiones, dominios, islas y lugares desconocidos*, financiada por el duque de Northumberland. Entre sus propósitos, buscar una ruta al Oriente por el Norte, aunque de la cualidad mercenaria de Caboto dice mucho que alimentara planes para arrebatarse el Perú a España, utilizando una flotilla de bergantines que se adentraran por el Amazonas.

## LA ORIENTACIÓN POR LOS ASTROS

La navegación de altura, perdiendo de vista las riberas, convirtió en imprescindible conocer la posición del buque en cualquier momento para no navegar a ciegas, y durante mucho tiempo la falta de referencias terrestres se suplió con la simple estima u «ojo marinero». El cosmógrafo Martín Cortés escribió en el siglo XVI que los fenicios fueron los primeros en dirigir los ojos al cielo para orientarse en sus navegaciones, aunque es probable que los griegos ya supieran guiarse por los astros: los griegos focenses hacían largas navegaciones hasta Tartessos, en las columnas de Hércules. La orientación en la tierra o el mar recibió un fuerte impulso cuando se pasó del tradicional geocentrismo, que consideraba a la Tierra como el centro del universo, al heliocentrismo copernicano, que desplazaba a la Tierra y tomaba al Sol como centro del universo, un paso que supuso no pocos sudores y sacrificios, como experimentó el propio Copérnico.

Con el sol como referencia encajaban mucho mejor los movimientos regulares, diurnos o anuales, de la Tierra y los astros, algo que ya atisbaban civilizaciones como los incas, que emplazaron en varias ciudadelas a lo largo de su inmenso imperio las llamadas *intihuatanas* o piedras solares, que les servían para fijar la posición del sol en cada momento del año, deduciendo de la sombra que proyectaban la fecha idónea para acometer cada una de las faenas del calendario agrícola, de las que dependía por completo el Imperio inca.

De modo que los marinos del siglo XVI, a falta de instrumentos técnicos precisos para determinar la posición, se sirvieron del sol, la luna y las estrellas para conocer el lugar exacto que ocupaban en la superficie uniforme del océano, las coordenadas geográficas determinadas por la latitud y la longitud. La solución de la medición de la longitud se conocía en el plano teórico, pero faltaba el instrumento de precisión para ello: un cronómetro. Solo hacía falta saber la hora del paso por el meridiano del sol y, según avanzara el navío de Este a Oeste, volver a determinar la hora al paso del siguiente meridiano, y la diferencia en grados sería la diferencia en la longitud. Pero hasta el siglo XIX no aparecerían los cronómetros ingleses, que vinieron a solventar definitivamente el problema, aunque antes de eso hubo notables esbozos técnicos españoles para dar con la solución, ofreciéndose incluso recompensas por parte de la Corona para quien zanjara el asunto.

Así se titula el libro de Juan Miralles, que está comenzando a cambiar la opinión reinante hasta ahora de los mexicanos hacia el conquistador de Medellín, cuyos logros y aportaciones han sido ensombrecidos una y mil veces por la *Leyenda Negra*, que se ha ensañado —y falseado— con los aspectos discutibles de la conquista, sin consideración a los aspectos positivos, a las circunstancias y al contexto histórico, ni a la valoración de la acción de conjunto del extremeño.

Porque Cortés no solo consiguió doblegar con un puñado de hombres al aguerrido Imperio azteca, hazaña insólita que lo ha hecho merecedor de entrar en la selecta relación de los grandes capitanes de la historia, sino que, a partir de entonces —lo que ha ocultado la *Leyenda Negra*—, desarrolló una extraordinaria labor de construcción y organización —de invención— de una nueva nación, México, que le debe su ser. Extendió por los cuatro rumbos las limitadas fronteras aztecas, multiplicando varias veces su territorio; importó los grandes cultivos españoles: trigo, olivos, frutales, legumbres y otros productos que ampliaron la reducida disponibilidad agrícola de los mexicas; introdujo el ganado: caballos, vacas, ovejas, cabras, cerdos, gallinas..., que hicieron accesible a la población de base el consumo de carne, hasta entonces exclusivo de la clase pudiente azteca —se asegura que la falta de proteína cárnica se hallaba detrás de los sacrificios humanos practicados regularmente por los aztecas—; montó industrias, como la seda y la caña de azúcar.

Y por lo que concierne a esta obra, Cortés comprendió enseguida que la costa occidental de México, la que vuelca al Pacífico, constituía una inmejorable plataforma para emprender nuevas exploraciones que engrandecieran la Corona de España, de la que fue siempre un súbdito leal. Con estas palabras se lo prometía al emperador, en su carta de 15 de octubre de 1524, tres años después de la toma de Tenochtitlan:

Tengo por muy cierto que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticias... pues creo que con hacer yo esto no le quedará a Vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo.

Por todo esto, Hernán Cortés debe ser considerado el verdadero inventor y constructor del México moderno. Un país que, a la salida de España del continente americano, comprendía desde Colorado hasta Panamá, antes de que la fragmentación centroamericana, por el Sur, y el apoderamiento norteamericano, por el Norte, le

arrebataran la friolera de 2.900.000 km<sup>2</sup>, la mitad de la vasta extensión del virreinato de Nueva España, que comenzó a ganar el extremeño.

### Cortés y Pizarro, por el Mar del Sur

En los años 1521 y 1532, la historia del mundo habría de recibir un gigantesco impulso, un salto que vendría a cambiar toda la conformación geográfica, económica y política vigente hasta entonces. Los extremeños Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista de los Imperios azteca e inca, revolucionaron el orden establecido, porque eso es lo que ha de suponer la entrada de América y sus fabulosas riquezas en el escenario internacional.

Estas acciones entrañarían grandes consecuencias sobre el Pacífico. Aquella ventana al «mar del Sur», abierta por Núñez de Balboa en 1513, tras las acciones de Cortés y Pizarro resultaría ser una larguísima fachada litoral de 15.000 km, volcada al océano Pacífico, la que baña de norte a sur el continente americano por el poniente.

Si se viajaba rumbo al Sur, la Polar empezaba a bajar en el horizonte hasta quedar oculta en cuanto se rebasaba el ecuador terrestre. En el hemisferio sur no había astros de la noche tan fiables y firmes como la Polar, necesitándose de un cuerpo celeste que cubriera todo el orbe. Ese astro era el sol.

Pero el sol es caprichoso y se mueve sin parar a lo largo del día, cambiando de posición en el cielo con el transcurrir de las estaciones. Solo existía una certeza: el sol, en las dos fechas anuales del equinoccio (20-21 de marzo y 22-23 de septiembre), se colocaba en el plano formado por el ecuador a las doce en punto del mediodía. Sus rayos caían verticalmente sobre el ecuador sin generar la menor sombra. Conociendo la altura del sol, su declinación, respecto del horizonte todos los mediodías del año, era posible comparar esa desviación de altura y hacer una lectura de la distancia a la que podía estar el buque en línea recta del ecuador. Es evidente que el capitán o el piloto no tenían en la cabeza las diversas alturas del sol sobre el ecuador en cada fecha del año, pero enjambres de matemáticos y cosmógrafos confeccionaban tablas, almanaques o libros conteniendo esos datos astronómicos.

Uno de los más tempranos astrónomos en confeccionar tablas de declinación solar como ayuda de navegantes fue un español llamado Abraham Zacuto, oriundo de Salamanca. Sus cálculos, publicados en 1491, se adelantaron a la era de los descubrimientos

españoles, pero fueron muy apreciados por los gobernantes portugueses y sus marinos, lanzados a la conquista del África austral y de Asia desde mediados del siglo XV.

Si el empleo de la altura del Sol para calcular la latitud necesitaba tablas de declinación anuales, cada vez más precisas, los aparatos de medición fueron perfeccionándose. Al cuadrante le siguió la ballestilla de un único travesaño, seguida de la vara de Jacob o Davies, del octante y del definitivo sextante. Pero, en realidad, todos ellos se basaron en el mismo problema trigonométrico, aunque aportando una creciente precisión óptica a la hora de hacer las lecturas desde cubiertas en movimiento, con ojos enrojecidos por la sal y el horizonte dando tumbos por el oleaje.

Esta costa del Pacífico fue recorrida por vez primera por el patache *Santiago*, descolgado de la expedición de Jofre de Loaísa, una vez que los temporales dispersaron su flota a la salida del paso de Magallanes. Y Cortés, que ya planeaba expediciones desde el Pacífico de la Nueva España, recibiría a los perdidos tripulantes del *Santiago*, que habían reconocido mares inéditos.

La siguiente expedición en hacerlo sería la de Francisco Pizarro, que desde el tumultuoso Darién había concebido la conquista del legendario *Biru*, ese supuesto reino que se extendía en la dirección del Sur, y cuyas primeras noticias captó cuando acompañó a Balboa en el descubrimiento del Pacífico. Ya con el título de Adelantado, Pizarro y sus hombres navegaron en dirección Sur, costearo el árido litoral del poniente sudamericano. Un monótono paisaje se alzaba ante las naves: tierras amarillas y desérticas, flanqueadas por el imponente e inacabable murallón de los Andes, la verdadera espina dorsal del continente, con altísimos y agudos picachos coronados de nieve y algunos en erupción, señal de la juventud de la cordillera andina, todavía hoy en plena fase de formación.

En una de esas singladuras, el piloto Bartolomé Ruiz tuvo un encuentro con una lujosa balsa, impulsada a vela y a remo, cuyo capitán parecía hombre principal y que transportaba valiosos objetos, como joyas, mantas y tejidos finos. Era el primer atisbo del Imperio inca, que dominaba el núcleo de América del Sur, desde Colombia hasta Argentina, desde el Pacífico al Amazonas.

Pizarro se dirigía hacia el corazón de ese enorme Imperio. Tardó casi veinte años en concebir y gestar el proyecto. Y lo culminó en treinta minutos, los que duró la batalla de Cajamarca, cuando capturó a Atahualpa y ganó para España el Imperio inca. Con ese golpe, España completaba prácticamente el dominio del continente americano y ofrecía una estratégica plataforma para la exploración del Pacífico.

Cuando se viajaba por el océano hacia el Este o el Oeste, como era el caso de la mayoría de los rumbos españoles en el siglo XVI entre la Península ibérica y el Caribe, era fundamental conocer la latitud, lo que quiere decir saber situarse respecto del ecuador. Desde comienzos del XVI y durante los siguientes doscientos años, los navíos españoles navegaron usando la latitud como única referencia, siguiendo la técnica del paralelo constante o la «navegación de una dimensión».

Nada más simple de calcular que la latitud o distancia al ecuador, especialmente cuando los capitanes navegaban en el hemisferio norte. Ese es el caso de las flotas españolas, que raramente pasaban al otro lado del ecuador, como no fuera para alcanzar el cabo de Hornos. Desde la Grecia clásica, los astrónomos, astrólogos y cosmógrafos sabían que la Estrella Polar (Polaris), colocada al extremo de la constelación de la Osa Menor, era el único cuerpo celeste que se mantenía prácticamente fijo en la bóveda celeste, literalmente colgado sobre la vertical del Polo Norte.

En cualquier noche despejada del siglo XVI, medir la altura de la Polar sobre el horizonte con los instrumentos de la época era conocer, casi de forma instantánea, la latitud y con un error de apenas 30 kilómetros. Para calcular esa altura se empleaba un sencillo instrumento llamado astrolabio, ideado por los navegantes árabes y adoptado por los navegantes portugueses. El astrolabio, con la forma de un círculo graduado en  $360^\circ$ , era muy impreciso y se podía simplificar reduciéndose a la cuarta parte de ese círculo. Así nació el sencillo cuadrante.

Construido en metal o madera con la forma de un cuarto de círculo, el cuadrante estaba graduado en 90 grados y disponía de una pequeña plomada sujeta al centro del imaginario círculo completo. El observador aplicaba el ojo en el ángulo de encuentro de las dos regletas, enfilaba la Polar gracias a un par de mirillas instaladas en uno de los lados rectos del instrumento, y leía lo marcado por la plomada en la parte curva del cuadrante. Si la plomada marcaba 25 grados, de acuerdo con una figura de trigonometría que tenía en cuenta el tamaño de la Tierra, se sabía que el Ecuador estaba a unas 500 leguas (20 leguas por cada grado leído). Lo que representa unos 2000 kilómetros.

Para navegar entre Canarias y el extremo nororiental de la isla Hispaniola mediante la técnica del «paralelo constante», bastaba con saber que ese punto de la isla caribeña tenía una latitud de  $18^\circ 40'$  norte. Un dato secreto y que figuraba en los libros de todo capitán de Indias. Al zarpar de Sevilla o de Las Palmas de Gran Canaria se bajaba rumbo sur por el Atlántico en busca del paralelo  $18^\circ 40'$ , o lo que es lo mismo, buscando el punto del océano en el que la Polar se mostrara a una altura de  $18^\circ 40'$ . Una vez colocados en esa línea o paralelo, era suficiente con avanzar siempre al Oeste empleando la brújula. Cada día se comprobaba la altura de la Polar para certificar que el buque seguía en ese preciso paralelo. Si se hacían bien las cosas, el resultado era darse de bruces con la bahía de Samaná, abierta a levante de la gran isla Hispaniola.

La navegación basada en la latitud con la Polar tenía un grave inconveniente: las noches debían ser despejadas y el buque tenía que mantenerse en el hemisferio norte, siempre al norte del ecuador.

Tan pronto como Cortés logró hacerse con el control del territorio de México, ahora la Nueva España, despachó expediciones a los cuatro vientos para consolidar y extender el dominio español. Unas lo hicieron por tierra, pero pronto Cortés se percató de las posibilidades que ofrecía la costa pacífica. La llamada «costa de poniente» se abría a un mar desconocido y plagado de secretos por explorar, un señuelo irresistible para el espíritu emprendedor del conquistador.

Dispuso la construcción de astilleros, y por el momento ordenó exploraciones de cabotaje, sin perder la visión de la costa, con pequeñas flotas a cargo de Pérez de Meneses, Ayoras, Badajoz y Andrés Niño. Siguiéron luego las de Gaspar de Espinosa, Gaspar Morales, que exploró hasta el litoral panameño, y Pascual de Andagoya, que bojeó hasta la altura de la actual Colombia. La exploración incluía la búsqueda del célebre paso acuático que pudiera existir en el continente americano, y de cuya existencia apenas se dudaba, ya fuera por el norte o por el sur, sin necesidad de bajar hasta las extremas latitudes del estrecho de Magallanes.

Pero en 1525 persistía la rivalidad luso-española por el control de la especiería, y Cortés quiso ofrecer a la Corona el gran servicio de hacerla accesible y ganar definitivamente la carrera a Portugal, ahora que contaba con una excelente base de operaciones en las puertas del Pacífico, que acortaba no poco la penosa travesía desde España y sobre todo el azaroso paso por el Magallanes, y así es como Cortés se lanzó a la tarea de armar una flota a su costa con esos fines.

Un incendio en los astilleros que destruyó dos barcos retrasó gravemente los planes, pero no era Cortés alguien que se amilanara ante las dificultades y reemprende los trabajos, al tiempo que escribe a Carlos V informándole de su decisión de despachar una flota con destino a las Molucas, dándole a entender en su carta que no alberga duda alguna de que el Emperador se hará soberano de las islas de las Especies.

El 20 de junio de 1526, Carlos V firma una real cédula dando el visto bueno a la empresa de Cortés, pero añadiéndole una misión adicional. Y es que la Corona se sentía inquieta por la falta de noticias de las expediciones enviadas al Maluco. Salvo el retorno del *Victoria* con Juan Sebastián Elcano, de los demás no había rastro: el *Trinidad* había quedado en las Molucas, con vistas a emprender el viaje de regreso a España por la vía del Pacífico, una vez carenada; de la expedición de García Jofre de Loaísa, que había partido de la Coruña hacía casi un año, tampoco habían llegado nuevas; ni de la



de Sebastián Caboto, zarpada tres meses antes.

Velando por sus vasallos, el Emperador pedía a Cortés que tratara de localizarlos en la inmensidad del Pacífico, buscándolos por la derrota prevista en las respectivas expediciones. Y no solo a los citados, sino también a otros, como Juan Serrano, o Serrão, y los posibles supervivientes de la masacre de las Filipinas en la emboscada tendida por el cacique Humabon.

La confianza que depositaba Carlos V en el Gobernador y Capitán General de la Nueva España era amplísima, pues, tras precisar algunos puntos, dejaba entera libertad al extremeño para organizar las cosas de la manera que tuviera por conveniente. Razones le sobaban al Emperador para no dudar de la capacidad del conquistador del Imperio azteca:

... Y como decís que las teníades hechas (las carabelas) para el descubrimiento de la especiería, por la gran confianza que Yo tengo de vuestra voluntad para en las cosas de nuestro servicio y acrecentamiento de nuestra Corona Real, he acordado de encomendaros a vos este negocio... porque como persona de tanta esperiencia, lo sabréis mejor hacer.

Granada, a veinte días del mes de junio de mil e quinientos e veinte e seis años. YO EL REY.

### La expedición de Álvaro de Saavedra

Aunque en la corte española se carecía de noticias sobre el destino de las expediciones anteriores, a Hernán Cortés sí le había llegado un jirón desprendido de ellas: el patache *Santiago*, dispersado como las otras naos de la flota de Loaísa, y que había rematado una admirable singladura a lo largo del litoral pacífico norteamericano, desde el estrecho de Magallanes hasta la Nueva España. Había rendido viaje en la costa mexicana con las últimas fuerzas, tanto del navío como de sus tripulantes. Su capitán, Santiago de Guevara, informó a Cortés de los sucesos, y el capitán general, tras disponer socorro para los maltrechos marineros, aprovechó lo que pudo del destartalado patache, que fue poco porque venía carcomido por la broma y las vías de agua.

Hernán Cortés se atiene fielmente a las instrucciones recibidas, y las desarrolla a su vez en otras que redacta para quien será el capitán de la expedición y hombre de su máxima confianza, su pariente Álvaro de Saavedra y Cerón, y además dicta varias cartas para Caboto y Loaísa, en el caso de que fueran hallados, así como

para los caciques y régulos de las islas con quienes trataran en el curso de la travesía.

Y con respecto al objetivo político y mercantil de las Molucas, el extremeño es muy preciso: deberán ser desalojados los portugueses de los reductos y fortalezas que hubieran levantado en tierras de jurisdicción española, siempre que el desequilibrio de fuerzas no comprometiera la presencia española. En todo caso, los españoles deberán mantener las posiciones hasta que llegaran nuevos refuerzos desde la Nueva España, y de ser preciso el propio Cortés acudiría a socorrer la plaza, algo que dice mucho de la fogosidad del conquistador.

Las instrucciones que dicta a Saavedra revelan la autoridad de quien no desea ser desobedecido, como había ocurrido y volvería a ocurrir en tantas otras expediciones desde la de Magallanes, cuajadas de deserciones, desplantes, abandonos y hasta motines y asesinatos de los capitanes. Cortés corta de raíz en su escrito cualquier tentación al respecto, deslizand veladas amenazas, y de hecho Saavedra se atuvo estrechamente a las instrucciones, a veces incluso contra el parecer sensato de su tripulación. Las instrucciones cortesianas son muy detalladas e incluso prolijas, resabio del bagaje jurídico del extremeño, que tanto le sirvió para justificar legalmente la conquista. Ordena que se vele por el buen comportamiento de los marineros, evitándose pependencias; que se dé buen trato a los indígenas y que en ningún caso sean agraviadas sus mujeres. Y añade otras curiosas recomendaciones, como que se investigue el cultivo de las especias y se traigan muestras de plantas vivas para ensayar su arraigo en Nueva España, región de climas muy diversos, desde el desértico al tropical, donde podrían medrar tan delicados cultivos.

### El apresto de la flota

Fueron tres los buques aprestados para la expedición de Saavedra, contruidos en los astilleros de Zacatula, a donde también fue conducido el patache *Santiago*, para aprovechar lo poco que pudiera salvarse de él. Una parte del matalotaje tuvo que traerse desde España, como las piezas de hierro de la artillería, con el coste y el esfuerzo que ello suponía, pues, una vez llegadas a Nueva España, tenían que transportarse a lomo de mulas por vía terrestre, hasta los astilleros del Pacífico. Por eso se trató de que todo lo posible fuera oriundo, como las piezas de bronce, la madera y el azufre para la pólvora, que siguió extrayéndose como la primera vez que se

obtuvo en México, cuando Diego de Ordás, uno de los lugartenientes de Cortés, al pasar cerca del volcán Popocateptl camino de Tenochtitlan, ascendió a la cumbre, bajó al cráter y tomó el azufre para fabricar la pólvora, una hazaña que aún hoy está al alcance de pocos.

La parte sustancial de los víveres fue el pan galleta, que tan trascendental papel jugó en las navegaciones de la época, al igual que otros productos no perecederos, como los frutos secos, las legumbres, el tasajo o carne deshidratada, las legumbres, el aceite, el vinagre y el vino. Consta que el coste total de la expedición montó 60.000 pesos, que fueron anticipados por Hernán Cortés de su propio peculio con cargo a la Real Hacienda.

El capitán, Álvaro de Saavedra Cerón, además de primo de Hernán Cortés, le había demostrado gran fidelidad cuando algunos intentaron aprovechar la ausencia de la Nueva España del conquistador y trataron de suplantarle, siendo Saavedra uno de los que se mantuvieron leales, algo que debió pesar mucho en el ánimo del capitán general.

### La expedición y sus incidencias

El 31 de octubre de 1527 partía del puerto de Zihuatanejo Álvaro de Saavedra, al mando de tres barcos y cien hombres. Encararon el rumbo del oeste y pronto van a surgir los problemas, como presagio funesto del saldo final de la expedición. A los ocho días muere el cirujano de a bordo, y en las semanas sucesivas van a acaecer otras importantes bajas, como la del piloto principal y la del herrero de la flota.

La capitana, el Florida, por defectos de construcción, sufre dos vías de agua, la segunda de trascendencia, porque anega el compartimento donde se guarda el pan galleta, que en su mayor parte se pierde.

Una avería en el timón del mismo barco, unida a una tormenta nocturna, es causa de que el Florida esté a punto de zozobrar y deba arriar las velas. Desde la nave se hacen repetidas señales a las otras dos naves, la Santiago y la Espíritu Santo, pero no perciben los faroles y siguen rumbo, y esta será la última vez que sean avistadas, porque se pierden en la inmensidad del océano, acaso por romperse contra los bajíos de los atolones, ingresando en la nutrida nómina de barcos españoles desaparecidos sin dejar rastro.

Navegando por las aguas traicioneras entre las Marshall y las Carolinas, descubren un grupo de islas de las Carolinas centrales,

pero sus condiciones no les permiten el desembarco. El Florida prosigue en solitario la derrota y desembarca en una pequeña isla que llaman de Los Reyes, donde harán aguada y mantendrán encuentros con indios amistosos, y así llegan a Mindanao en febrero de 1528, a los tres meses de navegación.

### El rescate de los supervivientes

Uno de los principales objetivos de la expedición, la obtención de noticias y la recogida, en su caso, de los supervivientes de los viajes precedentes, se cumplió cabalmente. Días después de la muerte del herrero y el tonelero, se acercó al Florida una barca con siete nativos gritando «Castilla, Castilla», señal del paso reciente de españoles, pues así, *castillas*, era como los indígenas conocían entonces a los españoles (y hay que decir que esta costumbre pervive todavía hoy en alguna de las islas remotas de los mares del Sur).

En la isla de Mindanao apareció el primer testimonio vivo de las expediciones anteriores. Se llamaba Sebastián del Puerto, y dijo pertenecer a la Santa María del Parral, de la flota de Jofre de Loaísa, quien, según su relato, fue apresado cuando desembarcó en la isla con doce hombres, al frente de los cuales iba el bachiller Tarragona. Según su versión, los nativos habían matado a este y a otros ocho españoles, y él pudo salvarse en calidad de esclavo de los indígenas, con los que había recorrido las islas del contorno. En Cebú tuvo noticia de que otros ocho españoles sobrevivientes de la expedición de Magallanes habían sido vendidos también como esclavos a comerciantes chinos, razón por la cual Saavedra no intentó su búsqueda, tal como estaba previsto a tenor de las instrucciones recibidas del Emperador. Sebastián del Puerto le sería de gran utilidad al capitán, ya que había aprendido el dialecto local y conocía el área por los viajes con sus captores. Más tarde se supo que su relato no era del todo cierto, ya que en un principio no fue capturado, sino que desertó de la flota, ahído de sufrimientos.

Algo después, en las islas de Saragani y Balut, Saavedra recogió a dos nuevos hombres de la *Santa María del Parral*, los marineros Sánchez y Romay. Venían maniatados por los nativos, a bordo de una canoa y suplicando ser rescatados por los españoles, a lo que accedió de plano Saavedra, cambiándolos por oro y hierro. Contaron que ellos también habían sido apresados en el desembarco de Tarragona y sus hombres, al que había sucedido una matanza en la que pereció el jefe junto con varios españoles más.

Sin más incidencias, llegaron a Tidore, en las Molucas, donde encontraron otros 120 españoles de la expedición de Loaísa, mandados por Hernando de la Torre, y que a duras penas defendían la plaza de los agresivos portugueses instalados en Ternate. Al poco de llegar, Romay y Sánchez intentaron trasladarse clandestinamente a Ternate, hecho que despertó las sospechas acerca de su versión de los acontecimientos que rodearon su captura. Hasta que una indiscreción de Romay reveló el verdadero fin de la tripulación de la *Santa María del Parral*: varios hombres, entre ellos los dichos, se amotinaron, y fueron ellos, y no los nativos, quienes habían perpetrado el asesinato de Tarragona y los otros. El capitán Hernando de la Torre ordenó un proceso sumario, tras el cual Romay fue ajusticiado, mientras su compinche Sánchez lograba escapar a Ternate cuando acudían los españoles a apresarlo. Sebastián del Puerto fue perdonado por no haber participado directamente en los actos.

La llegada del Florida a Tidore fue recibida con enorme alegría, porque resistían sin noticias ni refuerzos, continuamente asediados por los portugueses. Saavedra y los suyos repusieron fuerzas, socorrieron la plaza y se prepararon para regresar a España con un gran cargamento de clavo, pues encontrar la ruta del tornaviaje era otro de los cometidos de la expedición.

Pero antes de ello, durante su estancia en Tidore los españoles pudieron constatar dos extremos: uno, la extrema crueldad del gobernador portugués Pedro de Meneses, que había dado orden de envolver en una vela a los españoles y arrojarlos al mar, según la orden que había dado a uno de sus capitanes. Y segundo, que los portugueses actuaban en las Molucas más en su beneficio propio que en el de la Corona, pues estaban muy interesados en que sus acciones y desmanes contra los españoles no llegaran a conocimiento del rey de Portugal, y esta atención por el propio interés antes que por el nacional fue una constante de la presencia portuguesa en Molucas.

### Los intentos de regreso de Saavedra a la Nueva España

Tras dejar a De la Torre dos cañones, munición y medicinas, Saavedra arrió velas cargando setenta quintales de clavo. En el último momento se unieron a la tripulación cinco desertores portugueses, y pusieron rumbo a la Nueva España.

Pero la época de salida, junio, no era la más propicia para

intentar el tornaviaje en el que ya otros habían fracasado. Vientos y corrientes contrarios y sobre todo una calma que los retrasó treinta días, con lo que ello supone para que afloren las temibles enfermedades del mar, comenzaron a minar la moral de la tripulación. En una isla los desertores portugueses huyeron con el bote, lo que añadió un serio contratiempo a la singladura. Aunque tres de ellos murieron en las islas, y los otros dos fueron recogidos más adelante por Urdaneta y ajusticiados.

Descubrieron en esta jornada algunas islas al norte de Nueva Guinea, así como otras del grupo de las islas Shouten, pero el quebranto de la tripulación era general, de modo que remontaron hasta las Marianas y las Ladrones, para regresar a Tidore tras cinco meses de navegación, para desconsuelo de los sufridos españoles que habían quedado allí, que confiaban en que a estas alturas el *Florida* habría llegado ya a Nueva España y estaban los ansiados refuerzos en camino.

El barco estaba tan carcomido por la broma que hubieron de forrarlo con tablazón nueva, y el animoso Saavedra lo aprestó para un nuevo intento de regreso. De la Torre le aconsejó que lo hiciera por la ruta del sur de África hasta España, o en otro caso intentara tornar por el Pacífico Sur, pero ninguna de estas sugerencias fue atendida por Saavedra, que no quería desviarse un ápice de las instrucciones de Cortés.

Tras las imprescindibles reparaciones, el *Florida* reemprendió la marcha en el mes de mayo, la misma época de la salida anterior, por lo que volvió a encontrarse con los mismos problemas: vientos adversos, corrientes contrarias y los temidos calmazos, que esta vez frenan el avance durante un mes y medio.

#### SAN FRANCISCO JAVIER

Quien sería llamado el *Apóstol de Oriente* nació a mediados del siglo XVI en el castillo de Javier, Navarra, en el seno de una familia de alcurnia. Decidió no seguir la carrera de las armas, sino la de las letras, y marcha con tal fin a París, y en la residencia de su alojamiento conocerá a alguien que transformaría su destino: Ignacio de Loyola, quien lo aparta de una vida de disipación y lo encamina por el sendero de la entrega a Dios («De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu alma», le dijo un día).

Francisco se incorpora a la Compañía de Jesús, que ha fundado Loyola para combatir la herejía protestante que se extiende por Europa. Lo nombra secretario suyo, pero Francisco ocupa plaza en la partida de jesuitas que, por deseo del papa, van a evangelizar en la India, debido a la defección de última hora de uno de los componentes de la partida.

Provisto de una fe irresistible y de una confianza ilimitada en la Providencia, Francisco se entrega en cuerpo y alma a la conversión de los

infiles, en los territorios de soberanía portuguesa en la India: Amboino, Goa, Comorín y Malaca serán, entre otras, las plazas desde donde desarrollará su apostolado, repleto de curaciones y hechos inexplicables, calificados de milagrosos, y que pronto acrecerán su fama de santidad. En esos tiempos tiene oportunidad de asistir a los últimos momentos de la vida del capitán general español López de Villalobos, que buscaba una ruta de vuelta por el Pacífico.

Su inagotable labor apostólica, que acabaría pasándole factura, lo lleva ahora a un territorio inédito para la religión católica: el Japón. Se entrevista con el daimio local y logra convencerlo para que lo autorice a predicar, pero más tarde la presión de los bonzos hace que se revoque la orden. Francisco Javier se traslada entonces, en compañía de otros jesuitas, a un nuevo lugar del Japón, Hirado, donde reproduce las predicaciones. Sabe que está sembrando la semilla, para que germine y otros la sigan y la extiendan. El punto álgido de su estancia en Japón se produce cuando se entrevista con el emperador en Kyoto, tras lo cual sigue evangelizando, con las dificultades inherentes a una cultura y un idioma por completo diferentes.

Vuelve a la India, y allí hace proyectos con el comerciante portugués Pereira, incondicional de Francisco y a quien siempre ayudó, para trasladarse a China; el primero para cerrar tratos comerciales, y Francisco, como embajador del cristianismo. Pero, haciendo los preparativos en Malaca, el orgulloso almirante portugués Álvaro de Ataíde se opone al proyecto, confisca el barco y amenaza con prender a Francisco. A trueque de ello lo deporta, ordenando que un barco lo deje en la isla de Sancian, escala de mercaderes, donde otro barco podría recogerlo.

Pero el tiempo pasa y no acude barco alguno. Francisco, que solo cuenta con la compañía de un intérprete chino y un criado indio, físicamente desmoronado por la intensa vida de azares, trabajos sin cuento y padecimientos que ha llevado hasta ahora, enferma gravemente. En la madrugada del 3 de diciembre de 1552, a las puertas de China, solo, en una isla perdida, muere Francisco Javier. El desconsolado y fiel Pereira se hará cargo del traslado de sus restos. Siglos más tarde, la Iglesia honrará a san Francisco Javier como patrono universal de las misiones.

Saavedra buscó ahora remontar al Norte, por tratar de encontrar vientos favorables. Descubrieron varias nuevas islas, como los atolones que llamaron Los Pintados, y el atolón de Hall (Los Jardines), pero, al llegar hasta los 26°, falleció, aunque en un alarde de pundonor final ordenó a sus hombres que siguieran procurando el regreso a la Nueva España, dando orden para que se subiera hasta los 30°.

Se superó incluso esa latitud, pues se llegó hasta los 31°, pero el océano seguía sin mostrarse propicio. De haber seguido remontando, hubieran dado con la corriente de Kuro Shivo, que los hubiera empujado hasta la Nueva España.

Los supervivientes del *Florida*, con una tripulación más que maltrecha, acuerdan retornar a la base de Tidore, aunque en las Molucas ya han cambiado las circunstancias: por el Tratado de Zaragoza, el Emperador ha vendido a Portugal sus derechos sobre

las Molucas, y los pactos incluyen que los portugueses se hagan cargo del regreso de los españoles.

Lo harán, pero en unas condiciones nada encomiables. Son retenidos durante dos años y medio en Ternate, muriendo varios de fiebres y enfermedades, y los restos de la expedición de Saavedra y de Tidore irán volviendo a España por la ruta de Portugal.

De nuevo el intento de vuelta por el Pacífico se había saldado con un fracaso, aunque el viaje de Saavedra alumbró nuevos descubrimientos de islas y atolones, e incorporó valiosos conocimientos climáticos que harían posible más tarde el exitoso tornaviaje de Urdaneta.

### Últimas expediciones de Cortés

Hernán Cortés, gran impulsor de las expediciones marítimas desde su posición de Gobernador y Capitán General de la Nueva España, no olvidó la ayuda prometida a su primo Álvaro de Saavedra y, al transcurrir varios meses desde su partida sin recibirse noticias, se dispuso a aprestar cinco naves para acudir en su auxilio.

Sin embargo, dos hechos iban a truncar sus planes. De una parte, la llegada de un juez para tomar residencia a Cortés, un trámite de enjuiciamiento de las autoridades de uso corriente en la España del siglo XVI, y, por otra, suspendido temporalmente Cortés en sus funciones mientras durara la residencia, el nombramiento de una Audiencia para regir la Nueva España.

Ambos hechos fueron negativos para los intereses del conquistador, y muy especialmente el segundo. La muerte del primer residenciador puso en discusión la competencia de Cortés para seguir en su puesto, y no tuvo más remedio que acudir a España para hacer valer sus derechos ante el Emperador. Más grave fue la actuación de los oidores de la nueva Audiencia, Matienza, Delgadillo y sobre todo Nuño de Guzmán, un ser perverso en estado puro, a quien solo movían la envidia y el rencor hacia Cortés y la codicia, que lo llevó a perpetrar desmanes sin cuenta entre los indios del norte de la Nueva España, siendo el principal contribuyente, junto con el infausto Pedrarias, de proporcionar combustible para la *Leyenda Negra* contra España.

Lo primero que hicieron los oidores, aprovechando la ausencia de Hernán Cortés, fue dismantelar los astilleros donde aparejaba los barcos para socorrer a Saavedra, y hasta metieron en prisión al encargado de la construcción nombrado por Cortés. A partir de ahí, todo fue segar la hierba bajo los pies del conquistador.



Cortés regresó a México casi dos años después de su marcha, totalmente rehabilitado por el Emperador, pero su ausencia había deteriorado las cosas. Venía con el título nobiliario de marqués del Valle de Oaxaca (escaso para sus méritos, pero es que la rancia y estéril nobleza peninsular se opuso a elevar el rango del título, como a que se otorgaran títulos de nobleza a conquistadores de primera línea, como De Soto, Orellana, Jiménez de Quesada o Valdivia, salvándose solo Cortés y Pizarro, que recibieron sendos marquesados). Cortés conservó igualmente el cargo de Capitán General de la Nueva España, pero no se le repuso en el puesto de gobernador, que pasó a la Audiencia y más adelante al virrey. Vistos los méritos de Cortés, parece injusto, pero a la Corona le preocupaba que el prestigioso Hernán Cortés acumulara tanto poder e intereses en la tierra que había ganado para España. Había pasado el tiempo de los conquistadores y comenzado el de los políticos y los administradores.

Pero a Cortés le quedaban empuje y recursos para acometer nuevas empresas, y contaba además con el refrendo imperial para hacerlo, supuesto que Carlos V le había estimulado en tal sentido, prometiéndole la gobernación de cuantas tierras e islas inéditas descubriera. Justamente el acicate que necesitaba el extremeño para lanzarse al empeño.

A estas alturas ya le habían llegado noticias del descalabro de la expedición de Saavedra, con la suerte de su pariente incluida, así que encaró otros rumbos. En los astilleros de Tehuantepec y de Acapulco hizo construir nuevos barcos, de los cuales envió dos para explorar el litoral pacífico al norte de la Nueva España.

Al mando de la flotilla colocó a un hombre de confianza, Diego Hurtado de Mendoza, pero la derrota que siguieron pasaba por Jalisco, territorio del infame Nuño de Guzmán, enemigo acérrimo de Cortés, quien negó a los tripulantes hasta el agua para continuar viaje. Lo reemprendieron, pero, mientras la nave de Hurtado de Mendoza, la *San Marcos*, desaparecía para siempre, los hambrientos y sedientos marineros de la *San Miguel*, para evitar caer en las garras de Nuño de Guzmán, desembarcaron en otro puerto, siendo atacados por los indios. Al final solo sobrevivieron dos hombres, que llevaron la amarga crónica de la jornada a su promotor, Hernán Cortés. Este elevó sus quejas a la Audiencia y al Consejo de Indias por el comportamiento de don Nuño, pero al mismo tiempo pasó de nuevo a la acción, aprestando para la marcha los dos navíos que tenía listos en Tehuantepec para una nueva singladura, nombrando como capitán a Diego Becerra y como segundo a Hernando de Grijalva, alguien que iba a ser una constante en las sucesivas expediciones cortesianas.

La misión de este viaje era buscar noticias de la expedición de Hurtado de Mendoza y explorar en busca de islas perlíferas, pues corría el rumor de que la costa del Pacífico estaba sembrada de islas con abundantes perlas. Partieron pues las naves, pero pronto Grijalva perdió de vista a la nao capitana de Becerra, y, aunque pretextando razones de vientos y climas, todo hace sospechar, avalado por el comportamiento ulterior de Grijalva en otros viajes, que este pretendía explorar por su cuenta y cobrar la gloria para sí. No se olvide que todos los aventureros en España estaban afectados por entonces del «efecto Cortés».

Grijalva hizo un solitario descubrimiento, la isla de Santo Tomás, a la latitud de 19º, bien magro saldo para una expedición que llevaba invertidos dos meses. Y en cuanto a Diego Becerra, su destino fue más trágico. El piloto Ortuño Jiménez capitaneó un motín que terminó con la muerte de Becerra y sus leales. Poco después, al desembarcar, Ortuño fue muerto por los indios, y el resto de la marinería se dio a la vela para acabar recalando en la indeseada jurisdicción de Nuño de Guzmán, que requisó la nave y la envió por su cuenta, y sin resultado alguno, a la búsqueda de las famosas perlas. Cortés volvió a protestar ante las autoridades por la conducta incalificable del oidor, pero no desmayó en su afán explorador, a pesar de que estaba consumiendo buena parte de su hacienda. Aprestó otras dos naves, y él mismo se embarcó hacia la Baja California, cuyas aguas recibirían justamente el nombre de mar de Cortés. No le fueron bien las cosas al extremeño en esta ocasión, y pidió refuerzos a su esposa, Juana de Zúñiga, en México, aunque lo que le llegó fue una carta del nuevo virrey, Antonio de Mendoza, ordenándole el regreso, y otra de su propia esposa, que le suplicaba abandonara de una vez las empresas y aventuras y volviera a México para ocuparse de su familia y su hacienda, «siendo tanta ya la gloria que había ganado».

Aunque Hernán Cortés preparaba ya su retiro definitivo en su encomienda de Cuernavaca, con 23.000 indios, aún tuvo que rendir un nuevo servicio a la Corona. Francisco Pizarro, que con un audaz golpe de mano en Cajamarca había logrado apoderarse del Imperio Inca, se encontraba en situación muy apurada a causa del levantamiento de un inca títere puesto por él mismo, Manco Capac II, quien había decidido desembarazarse de la ocupación española, para lo cual se alzó con una gigantesca fuerza indígena para recuperar el Imperio perdido.

Pizarro lanzó por vía marítima una llamada general de ayuda al resto del Imperio español. En Guatemala la recibió el gobernador Pedro de Alvarado, quien la trasladó al virrey de Nueva España, Mendoza, el cual tuvo que recurrir una vez más a quien

verdaderamente tenía capacidad organizativa en la Nueva España: Hernán Cortés.

Dispuso este que de inmediato partieran dos naves en auxilio de Pizarro, además pariente lejano suyo por la rama de los Monroy. Confió el mando a Hernando de Grijalva, que viajaba en la nao mayor, la *Santiago*, con el patache *Trinidad* bajo el mando de Fernando de Alvarado, a no confundir con el gobernador de Guatemala.

Cuando las dos naves fondearon en Tumbes, se enteraron de que Pizarro había logrado sofocar la rebelión por sus solos medios; no obstante lo cual, siguieron rumbo al Sur hasta llegar a Paita, donde descargaron los pertrechos que llevaban para Pizarro. Quien a la sazón estaba mil kilómetros tierra adentro, en Jauja, que fue la primera capital del Perú hasta su traslado a Lima.

Grijalva ordenó entonces que el *Trinidad* regresara a Nueva España, mientras él partiría más tarde, llevando consigo los ricos regalos que Pizarro había dispuesto en agradecimiento a Hernán Cortés por su ayuda. Y cuando finalmente Grijalva larga velas con la *Santiago*, navega en un principio ceñido a la costa, pero los vientos lo hacen derrotar y alejarse progresivamente de ella.

En un momento dado ordena encarar el rumbo directamente hacia las Molucas, dudándose si fue por la dificultad de los vientos contrarios que le impedían arrumbar a Nueva España, o bien por la decisión de Grijalva de enmararse en procura de su propia gloria, una decisión en consonancia con otras suyas anteriores, y esta es la tesis que mayoritariamente aceptan los historiadores. Acaso tuvo en Paita noticias de la leyenda incaica que hablaba de la mítica navegación del Inca Tupac Yupanqui hacia el Oeste, la única incursión inca en el océano inmenso y misterioso, en la que supuestamente habría encontrado ricas ínsulas plagadas de tesoros.

Sea como fuere, Grijalva se adentró por la parte ecuatorial del Pacífico, la más vacía, desoladora y calma del océano, que sometió a los tripulantes a una durísima prueba de supervivencia, con las consecuencias previsibles: hambre, enfermedades, escorbuto, sed hasta tener que beber los propios orines, desánimo...

De nuevo aquí surgen las dudas acerca de lo que pudo ocurrir. Según la versión oficial inicial, la tripulación, vista la esterilidad de la jornada, habría pedido a Grijalva poner rumbo a las Molucas, a lo que este se habría opuesto, pretendiendo regresar a la Nueva España. A los pocos días habría sufrido una dolencia en las piernas, de la que siguió la muerte, a tenor del relato hecho por el contramaestre Miguel Noble al llegar al Maluco.

Pero la versión más probable es la que más tarde narraron los dos únicos supervivientes de la expedición: según parece, tras la

negativa de Grijalva a izar velas en dirección a las Molucas, Noble lo había asesinado, y a regañadientes el segundo en el mando, el maestre Esteban de Castilla, tuvo que transigir con Noble, que se había alzado con la mitad de la tripulación.

De una forma o de otra, la *Santiago* puso rumbo a las Molucas, pero tras más de siete meses de navegación continua, la más larga conocida, el estado de la tripulación no hizo sino empeorar, hasta el punto de que se vieron forzados a «andar a cuatro pies». Incapaces de seguir gobernando el navío, tuvieron que vararlo en la bahía de Samayn, y, mientras Noble y otros varios se adentraban en tierra, donde serían muertos o apresados por los nativos y vendidos a mercaderes, Esteban de Castilla y su grupo aparejaban el batel de la nave para tratar de llegar a la especiería, aunque al cabo sufrieron la misma suerte que la otra partida.

Cuando cuatro años más tarde llegó a la zona la expedición de Villalobos, solo dos marineros habían sobrevivido a los percances de la expedición de Grijalva, cuyos pormenores fueron al fin conocidos. En cualquier caso, fue quizá el mayor fracaso de la historia de las navegaciones españolas por el Pacífico, solo paliado por el descubrimiento de las islas Christmas y otra isla de las Gilbert.

## INSTRUMENTOS TÉCNICOS PARA LA NAVEGACIÓN

Lo elemental de los instrumentos de navegación existentes en el siglo XVI hacía que el más importante de todos ellos fuera el instinto, la experiencia y los conocimientos del capitán, auxiliado por la experiencia e intuición de su piloto. El segundo todavía no era el baúl de herramientas o la carta náutica, sino el propio buque. Los arquitectos y constructores de navíos del XVI eran capaces de poner sobre las olas buques que recogían perfectamente el viento en su aparejo, que hendían la mar sin desbaratarse, que derivaban lo imprescindible en sus rumbos y que respondían obedientes al timón.

La pieza clave de la navegación era el piloto. En íntima comunión con el buque y en estrecha compenetración con el capitán (a quien correspondía la dirección de la expedición y la fijación general del rumbo), era capaz de orientarse con el auxilio de pocos y rudimentarios instrumentos. Contemplando la dirección del viento y de las olas, los colores, el aspecto o la temperatura cambiantes del océano, sabía si estaba entrando en áreas desconocidas o si estaba siguiendo la buena ruta. La ruta concreta para la que había sido formado en la escuela de pilotos de la Casa de la Contratación de Sevilla. No era corriente que los capitanes fueran duchos en materia náutica, excepción hecha de algunos grandes nombres, como Colón o Magallanes. A veces hubo otra figura, la del «cosmógrafo», que sin ser capitán ni piloto dominaba la práctica náutica, como fueron los casos de Andrés de Urdaneta o Sarmiento de Gamboa.

Los instrumentos de ayuda pueden resumirse en cinco objetos

fundamentales: la brújula o compás, el reloj para medir el tiempo transcurrido, la corredera para calcular la velocidad del buque respecto del agua, las diversas formas de medir la altura de un astro en el firmamento sobre el horizonte visible y, finalmente, la carta náutica que refleja las distancias sobre el papel, identificando meridianos, paralelos y accidentes costeros. La conjunción de estas cinco piezas, más o menos precisas, fue suficiente ayuda para que un buque zarpara de Sevilla y llegara a la isla Hispaniola sin dar demasiados rodeos. Pero veamos cómo funcionaban esos instrumentos de ayuda.

La brújula, invento chino y ya empleado a finales del siglo XV en la fabulosa *Flota del Tesoro* de Zheng He, señala siempre el norte magnético y, gracias a los cuatro puntos cardinales que incorpora su rosa, indica al capitán los rumbos a seguir en su travesía. Si en un principio la rosa del compás señalaba cuatro rumbos, pronto marcaron ocho y, a finales del siglo XVI, estaban establecidos los dieciséis tradicionales. Con el conjunto formado por el reloj y la corredera, el capitán debería ser capaz de estimar la distancia recorrida en cada jornada. Pero en el siglo XVI no había relojes precisos, y las corrientes marinas engañaban sobre el desplazamiento real del buque sobre el fondo marino. En realidad, el reloj y la corredera creaban una navegación «de estima» plagada de errores a causa de las corrientes oceánicas.

Una de las piezas sagradas de un navío del XVI era la ampolleta de arena que marcaba las horas. Darle la vuelta en el momento justo era cuestión capital, sobre todo a la ampolleta que marcaba los cuartos de guardia en cubierta. Por su lado, la corredera estaba formada por un cabo recorrido por nudos espaciados a la misma distancia unos de otros (medido en pies, codos, varas, pulgadas, toesas, brazas...) y rematado por un corcho del que pendía un plomo. Se largaba por la borda con el buque en movimiento, contándose los nudos que salían en una unidad de tiempo que se medía con el reloj de arena. De esta forma, se decía que un buque recorría o «andaba» un cierto número de nudos en un delimitado espacio de tiempo.

## La expedición de Villalobos

El viaje de Ruy López de Villalobos tiene causa en el proyecto de Pedro de Alvarado, uno de los muchos coetáneos de Hernán Cortés —en este caso, uno de sus capitanes—, que hicieron cuanto estuvo en su mano por emular al extremeño y alcanzar su gloria, algo que solo consiguió Francisco Pizarro.

Pedro de Alvarado, quien había recibido la gobernación de Guatemala, planteó una nueva expedición a las Molucas, pues, aunque ya se habían cedido los derechos, se consideraba que no toda la región pertenecía a Portugal, sino que quedaban zonas libres, bien porque Portugal no mantenía presencia, bien por hallarse fuera de la cesión, como las islas de San Lázaro (Filipinas).

Tales asertos habían sido aventados por marinos llegados de Lisboa, remanentes de las expediciones de Loaísa y Saavedra, entre

ellos, el ya famoso Andrés de Urdaneta. Y Alvarado, recogiendo todo lo que de positivo hubiera en las noticias, vio la ocasión de descubrir y conquistar por cuenta propia, y se dejó deslumbrar, como tantos otros, por los misterios del inmenso Pacífico.

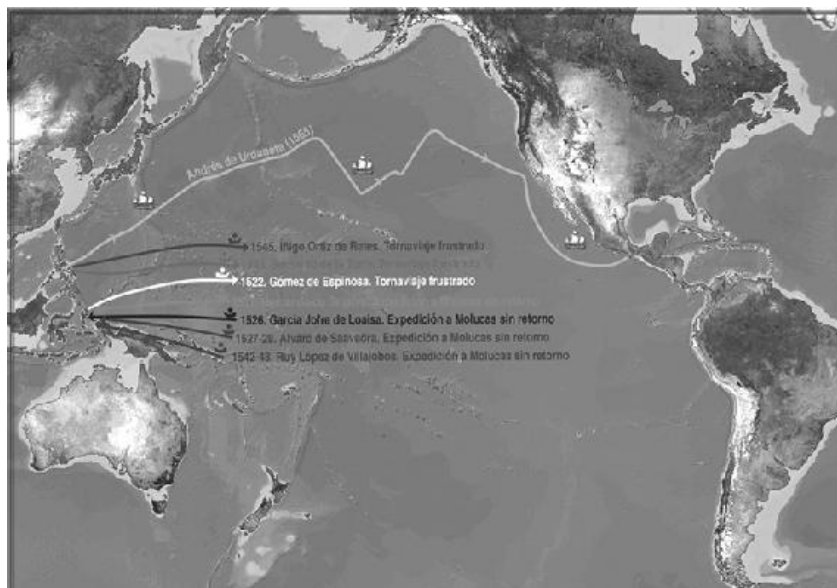
Obtenido el permiso real, Alvarado aprestó nada menos que once barcos para viajar a las Molucas, una flota demasiado ostentosa como para que pasara desapercibida al virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, quien reclamó una parte de los beneficios esperados; al principio, un tercio y, después, la mitad.

Alvarado protestó ante el Emperador, y en el curso de esas desavenencias fue reclamado para ayudar a sofocar la rebelión de los indios chichimecas, que se habían levantado en México contra el poder español, convirtiéndose en una seria amenaza. Alvarado acudió en socorro con refuerzo de tropas, pero allí lo esperaba el destino, cuando un caballo le cayó encima en el peñón de Noxichtlan, muriendo al poco el célebre autor del *Salto de Alvarado*, el que nunca se sabe si dio o no en la no menos famosa *Noche Triste* de Tenochtitlan.

La empresa proyectada por él no fue empero arrumbada, sino que la asumió el virrey, quien por de pronto puso al mando a un cuñado o pariente suyo, Ruy López de Villalobos, una de tantas veces en que primó la lealtad sobre el mérito, y que tantos sinsabores ha causado en la historia de España. Porque el proyecto era de Alvarado, y Villalobos, un simple encargado de llevarlo a término, y ya se ha contado cuál solía ser el desenlace de los proyectos «de encargo». El de Villalobos no sería una excepción.

De Villalobos se conocen pocos títulos hasta ese momento, salvo que era licenciado en Derecho, lo que parece extraño oficio para un capitán de mar, pero no tanto si se recuerda la procedencia jurídica del mismísimo Hernán Cortés, quien venció a los aztecas con las armas, y a las intrigas de los envidiosos cortesanos con su dominio de las leyes.

Como solía ocurrir en esos tiempos españoles, tan reglamentaristas, las instrucciones de Mendoza a Villalobos eran tan prolijas que trataban de no dejar cabo sin atar ni materia sin regular, como las que el propio Villalobos dictó a sus capitanes, que entre otras cosas prevenían que no dejaran de vigilar regularmente la aguja de marear, «no fuera le hurtaran la derrota», y que cuidaran del reparto de turnos en las guardias, con serio castigo para el vigilante negligente: «Si se tornare a dormir, que le eche a la mar».



*Dominar el Pacífico por sus dos extremos requirió una larga lista de expediciones españolas fallidas.*

La flota se componía de seis barcos, todos bautizados con nombres de santos en aras de la superstición reinante en la época, que suponía huérfano de protección al barco que llevara nombre pagano, la que dispensaría el *santo* en cuestión al navío de su nombre. Así, el mayor, de 150 toneladas, era el *Santiago*, la nao capitana, y el más pequeño, una fusta o bergantín, el *San Felipe*.

Dejaron puerto el 1 de noviembre de 1542, y la armada navegó sin contratiempos ni otras novedades que el paso por islas conocidas o descubiertas ahora. Cruzaron por el archipiélago de las Revillagigedo, descubrieron la isla que llamaron Roca Partida, y para la época de Navidad, dos meses después de la partida, recalcaron varios días en el grupo de islas que llaman de los Corales.

Más adelante tocaron en las de Jardines, una parte de las islas Marshall, donde perdieron a la goleta *San Cristóbal*, primer signo contrario de una singladura que habría de contar muchos más. La nave se perdió por el momento, pero reapareció más adelante en Mindanao.

Al proseguir rumbo enfrentaron una novedad digna de relato. De un grupo de islas surgieron varios *paraos*, las canoas indígenas típicas de las aguas filipinas. Sus tripulantes, haciendo la señal de la cruz, saludaron con la frase «Buenos días, matalotes», de lo que derivó que llamaran a esta isla así, Matalotes, y que dedujeran que habían pasado castellanos por el lugar.

Continuando la navegación, pusieron vista al archipiélago filipino, arribando a la bahía que llamaron de Málaga, punto de

origen del capitán. La bahía pertenecía a la gran isla de Mindanao, que en honor al Emperador bautizaron con el pomposo nombre de Cesarea Karoli, y allí permanecieron un mes tanteando el lugar, y, aunque Villalobos hubiera querido establecerse por traer instrucciones no solo de exploración, sino de asiento, la calidad de las tierras no era propicia, por lo que levaron anclas en busca de otros parajes.

El piloto de la expedición recomendó entonces remontar en dirección norte por la costa de Mindanao, decisión que hubiera sido la más acertada porque habrían aportado en Cebú, encrucijada del comercio oriental. Pero Villalobos sostuvo otra opinión, y eso les hizo quedarse atascados en la costa septentrional de Mindanao, llegando hasta la isla de Sarangani, alejada de las corrientes comerciales y con deficiente calidad agrícola, como demostraron los dos intentos fracasados de sembrar maíz, que los marineros hicieron con suma desgana, protestando que habían venido a conquistar y no a labrar, y que más valía buscar el alimento en otras partes del modo que fuese que padecer incontables hambres, sufriendo como en Castilla el destino incierto de las cosechas.

Por si fuera poco, las relaciones con los nativos no habían hecho otra cosa que empeorar desde el inicial amigable recibimiento, pues, en cuanto aquellos vieron que no venían de visita, sino con intención de quedarse, les negaron los víveres y les levantaron empalizadas para confinarlos en la playa. El hambre se abatió sobre los españoles de modo terrible, obligándolos a comer cualquier cosa viva, como plantas y animales desconocidos. Así, unos cangrejos de tierra que enloquecían por un día a quienes los comían, y unos a modo de lagartos grises que emitían resplandores, probablemente iguanas, todo lo cual enfermó o mató a algunos, mientras los naturales persistían en su bloqueo alimenticio.

Esto obligó a Villalobos a declararles guerra, saliendo una partida de soldados para reducirlos, pero ellos prefirieron montar en sus canoas y enfilarse hacia Mindanao, abandonando la isla. Encontraron un pobre botín donde había alguna porcelana y aceites exóticos, y hasta en el reparto de esa poquedad hubo enfrentamientos, porque ya un viento de pesimismo se había apoderado de la expedición.

La penosa situación forzó a Villalobos a tomar decisiones para enmendarla. Era preciso salir de la trampa de Sarangani, y para ello despachó a Bernardo de la Torre rumbo al Norte para que reconociera la costa de Mindanao, de la que se decía albergaba riquezas pese al fracaso inicial. De la Torre, con una nao y cuarenta hombres, llegó a la desembocadura de un hermoso río, donde fueron bien recibidos por quien se declaró criado de un gran señor.



Pero al tratar de desembarcar apareció un enjambre de *paraos* atestados de indios hostiles, que flecharon a los españoles, obligándolos a huir, dejando muerto al maestre, Cristóbal de las Casas.

No le fue mejor al propio Villalobos en su salida descubridora, que hizo con dos naos y cuatro calaluces, embarcaciones típicas de las Indias Orientales, que a la sazón armaron con velamen latino. Arrumbó en dirección sur con 150 hombres, topando a unas quince leguas con un grupo de islas pequeñas, solo una de ellas habitada. Al pretender suministros, los nativos se negaron en redondo, y, hambrientos en extremo los españoles como estaban, sucedió una escaramuza de la que resultaron muertos casi todos los varones nativos, así como un español y multitud de heridos. De vuelta en *Sarangani*, se encontraron con que un temporal había echado a pique a la *San Antonio* y provocado daños serios a las demás, de todo lo cual se deducía que había que tomar decisiones urgentes para recomponer la expedición, a estas alturas maltrecha en lo material y en lo moral. Como primera medida envió Villalobos a Bernardo de la Torre a Nueva España para informar al virrey Mendoza y en procura de víveres y refuerzos, y de paso intentar encontrar la tantas veces perseguida ruta del tornaviaje por el Pacífico, la que una y otra vez se resistía a los españoles.

A la par que De la Torre con la *San Juan*, partió la nave *San Cristóbal* para explorar las islas del norte, que bautizaron con el nombre que ya sería definitivo, Filipinas, explorando nuevas fuentes de aprovisionamiento, que apenas a eso se habían reducido ya los anhelos de los sufridos supervivientes de Sarangani.

Pero ya por entonces los portugueses de Molucas habían captado noticias de la presencia de españoles en un área que juzgaban de su soberanía exclusiva, y enviaron, hasta por dos veces, embarcaciones requiriéndoles la inmediata marcha, a lo que Villalobos replicó informando que el área se encontraba fuera de la jurisdicción portuguesa. Y todo eso sin dejar de buscar con qué mantenerse, la única aspiración de la tripulación en esos momentos. Buscando plantaciones de arroz, la *San Jorge* se despanzurró contra las rocas, aunque a esta infausta noticia siguió la primera nota alegre en mucho tiempo, la llegada de la *San Cristóbal* de las islas del norte con provisiones y también con informes de que allí, en el septentrión de Filipinas, en lugares como Leyte o Cebú, se extendían pagos más propicios para abastecerse y también más alejados de la órbita portuguesa.

Poco duró la alegría, porque, al intentar alcanzarlas, Villalobos y los restos de su expedición no solo mantuvieron encuentros feroces con los naturales, que se saldaron con varias bajas españolas, sino

que, para remate, malos vientos impidieron alcanzar las islas norteñas, y Villalobos, amenazados ya de inanición los tripulantes, decidió poner rumbo a tierra conocida, a las Molucas, arribando a Gilolo, la actual Halmahera, como fórmula temporal antes de regresar a Filipinas.

Pero lo que iba a ser provisional se convirtió en una estancia de más de dos años. Cometiendo Villalobos el error de introducirse de lleno en el pantanal de las Molucas, emponzoñado por la presencia de los reyezuelos locales y los portugueses. Fueron meses que no merecen ser pasados a las crónicas de la historia, plagados de insidias, intrigas, alianzas y contraalianzas, rumores y traiciones, que lograron tensionar el ambiente de por sí envenenado de la especiería y sembrar el malestar y la insubordinación entre los propios españoles. Lo único destacable de ese tiempo fue el regreso de Bernardo de la Torre sin haber logrado, una vez más, encontrar la ruta del tornaviaje por el Pacífico hasta las Américas, y el envío con el mismo fin de Íñigo Ortiz de Retes, que no tuvo más suerte que los intentos anteriores.

Al comenzar el año 1546, los restos de la expedición de Villalobos, con este incluido, fueron invitados a embarcar en una flota de barcos portugueses cargados de clavo, que estaba a punto de partir con rumbo a la Península ibérica. Sin nada que hacer allí, aceptó Villalobos, y es fácil adivinar cuál era su estado de ánimo en esos momentos, sin barcos y sin haber cumplido uno solo de los objetivos encomendados a su mando.

Dicen las crónicas que el Capitán General Villalobos murió en la primera escala que hizo la flota, Amboina, víctima de unas calenturas que hicieron presa en él y en otros miembros de la tripulación. Sería así, pero mucho debió ayudar a su muerte su estado moral, con todos sus sueños rotos y frustrados.

Aunque, eso sí, en el estertor de su vida halló finalmente ese destello de luz que le había faltado todos estos años: el consuelo de ser atendido en los últimos instantes por san Francisco Javier.

# EL LAGO ESPAÑOL

## El empeño logrado: Legazpi y Urdaneta

Difícilmente puede encontrarse en la historia un ejemplo de tenacidad como el demostrado por España en la empresa del Pacífico. Una y otra vez se habían enviado expediciones a Las Molucas y al Oriente desde España o desde las posesiones americanas, y una y otra vez el clima y las corrientes habían impedido el retorno por el propio Pacífico. García Jofre de Loaísa, González de Espinosa, Saavedra, Villalobos, Bernardo de la Torre, Íñigo Ortiz de Retes... figuraban en esta nómina amarga de los fracasos, y todo hacía suponer que el tornaviaje no era posible.

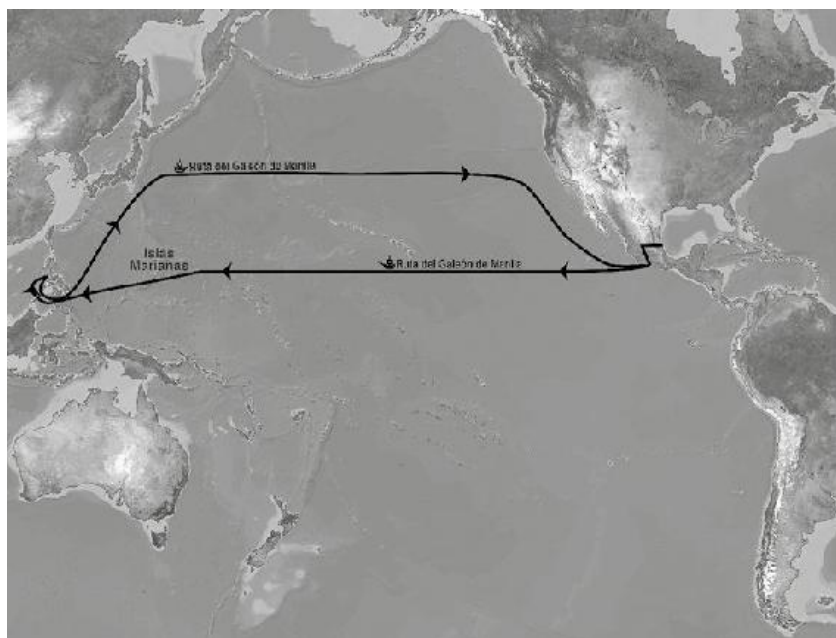
Y sin embargo, Felipe II deseaba controlar el flanco del Pacífico para proteger los dominios españoles de América en su vertiente occidental, esa costa cuya fragilidad había demostrado Francis Drake con su ataque asolador sobre los puertos de la fachada pacífica del continente sudamericano. A través del inmenso Pacífico podían llegar otras potencias y apoderarse del Imperio español.

Pero cómo hacerlo, si todos los intentos habían resultado frustrados, y la vuelta por la ruta del Pacífico seguía siendo el camino imposible, el escenario donde naufragaron los sueños de cuantos lo retaron. Y, a pesar de todo, el monarca apostó una vez más por intentarlo, y esta vez llegó a oídos del virrey de Nueva España, Luis de Velasco, el rumor de que en un alejado convento del virreinato había un monje agustino que aseguraba que el tornaviaje era tan sencillo que él se sentía capaz de hacerlo... «hasta en una carreta».

El virrey no hubiera prestado crédito al rumor, si no hubiese provenido de quien acaso era la persona del virreinato con más crédito para hacerlo, alguien que sumaba años de experiencia marinera y de peripecias viajeras, con suficiente caudal de conocimientos y vivencias acumulados como para suponer que no se trataba de una mera baladronada, sino de alguien que sabía muy bien lo que decía. Y es que el monje en cuestión, ya entrado en años y retirado definitivamente de sus aventuras, o eso creía él, en un convento, se llamaba Andrés de Urdaneta.

El virrey Velasco sugirió a Felipe II que escribiera por su persona a Urdaneta y lo convenciera para que se incorporara a una nueva expedición para llegar a Oriente e intentar la ruta del tornaviaje. No de otro modo, si no es con la petición real, hubiera aceptado Urdaneta como lo hizo, cansado de tantas peripecias y avatares. Pero una solicitud real entonces no ofrecía cuestionamiento, y Urdaneta aceptó la petición del monarca.

Eso sí, conocedor eximio del avispero que era el antimeridiano, donde confluían los intereses de España y Portugal, no perfectamente dilucidados todavía pese al Empeño de Zaragoza por el que España había vendido las Molucas, Urdaneta exigió que de ningún modo se vulneraran dominios portugueses, que, según su opinión, incluían las Molucas y las Filipinas. España exploraría en Nueva Guinea, pero no en esas regiones, y él solo se sumaría a la empresa bajo tal condición.



*Solo el fraile Urdaneta guardaba el secreto de la ruta de vuelta por el Pacífico, el tornaviaje.*

Contando con Urdaneta como director técnico, solo faltaba designar un capitán general para la expedición. Y por una vez, la elección no pudo ser más afortunada. Miguel López de Legazpi era un abogado que había desempeñado diversos cargos de responsabilidad en el virreinato mexicano, entre ellos, el equivalente a alcalde de la capital. Tenía nueve hijos y una posición sólida y estable, pero bastó la petición de la autoridad real para que

lo dejara todo y se entregara en cuerpo y alma a una empresa que consideraba muy por encima de los mezquinos y pobres empeños personales, una empresa en la que habría de dejar su hacienda y su vida, pero que lo consagró como un hombre de una talla moral y política en verdad superiores. Pocos personajes de la historia de España han estado a su altura, pocos habrán cumplimentado tan cabalmente lo que se pidió de él.

El virrey Velasco aceptó las condiciones de Urdaneta para alistarse, porque era el vasco quien poseía, según él mismo afirmaba, el secreto del tornaviaje. Pero ocurrió que este gran virrey que fue Luis de Velasco murió en el curso de los preparativos de la expedición, y sus funciones las asumió interinamente la Real Audiencia de Nueva España, que no se mostró tan proclive a cumplir los deseos de Urdaneta, y sí a seguir los verdaderos deseos de Felipe II, que eran los de ocupar y colonizar las Filipinas, para controlar el Pacífico por sus dos extremos, oriental y occidental.

Pero tratar de convencer de ello al tozudo Urdaneta era empeño perdido, de modo que oficialmente se dijo que la expedición que se aprestaba se dirigiría a Nueva Guinea, pero que en el curso del viaje se abrirían ciertas instrucciones secretas, que de momento se guardarían en el camarote del capitán, dentro de un cofre bajo tres llaves custodiadas por sendas personas, según costumbre de esos tiempos.

El día 17 de noviembre de 1564 partió del puerto de Navidad la expedición comandada por Miguel López de Legazpi, con los títulos de Gobernador y Capitán General de las islas del Poniente. Constaba de cuatro barcos y un pequeño bergantín, y como director técnico de la navegación, Andrés de Urdaneta, sobre quien pesaba la responsabilidad de regresar por la ruta del Pacífico, el famoso *tornaviaje*, el empeño nunca conseguido por marino alguno.

Cuando se llevaban varias jornadas de navegación, el Capitán General Legazpi dio orden de abrir el cofre con las instrucciones ante la oficialidad de la flota y el propio Urdaneta, que atendía expectante. Se dio lectura al documento, por el que se ordenaba un cambio de derrota: en lugar de la ruta inicialmente prevista a Nueva Guinea, la flota debía poner rumbo a las Filipinas.

Grande fue el enojo de Urdaneta, y manifestó que «a haber sabido o entendido en tierra que había de seguirse esta derrota, no viniera la jornada». Entre todos hicieron por calmarlo, pero pasó tiempo hasta que se avino. Al fin y al cabo, era un leal servidor del rey, y acabó por aceptar la decisión real sin resquemor, aunque insistiendo en que, según su opinión de marino muy viajado, las Filipinas caían en zona portuguesa, por más que los presentes insistieran en lo contrario. Entonces, con los medios técnicos

disponibles, no era posible calcular el trazado del antimeridiano, pero posteriormente vino a saberse que, después de todo, Urdaneta tenía razón.

El trayecto hasta las Filipinas ofreció pocos incidentes reseñables. En la isla de los Barbudos, Legazpi ordenó bajar el batel para hacer aguada, y a la vista de los barcos los nativos huyeron a las montañas, quedando en la playa tan solo un hombre anciano con la que parecía ser su hija y un niño. Se mostraron muy amistosos y comunicativos con los españoles, y el hombre dijo que los habitantes de esas islas eran seres pacíficos que se dedicaban ancestralmente a la pesca. Y, como contaría Legazpi, él se formuló preguntas acerca de cómo la expansión europea estaba a punto de arrumbar con el modo de vida milenario de gentes como aquellas.

Guam fue el siguiente punto de la aguada, el visitado por Magallanes varias décadas antes. Aún no se llamaban islas Marianas, pero los españoles otorgaron al archipiélago un nombre expresivo: islas de los Ladrones, por la picaresca exhibida por los chamorros en los intercambios de víveres, que incluían fraudes como esconder arena bajo una somera capa de cereal, o aceite de coco bajo el cual solo había agua, y otras truhanerías. Y no solo eso, sino que, fondeados en la bahía para recoger agua, uno de los españoles fue alanceado mientras descansaba en la playa, y hubo que tomar severas represalias.

En Guam, Urdaneta, siempre contrario a invadir aguas que considera portuguesas, declara su deseo de dar por finalizada la expedición y establecer una colonia española, mientras él trataría de encontrar la ruta de vuelta, lo que no es atendido, y la flota continúa con el itinerario previsto.

La siguiente escala coincide ya con el destino final de la expedición: las islas Filipinas, que Legazpi y sus barcos recorren en busca de provisiones y de lugares para el asentamiento, pues la ocupación estable por España era uno de los objetivos de la misión. No pocas dificultades encontrarán entre los naturales en algunos puntos, pues los portugueses habían asolado, robando, capturando nativos y matando, anunciándose a sí mismos como «castellanos del Maluco». Legazpi intentará convencer a los naturales acerca de sus pacíficas intenciones, pero ante la enconada resistencia, en una ocasión, muy a su pesar hubo de hacer uso de la fuerza, mandando quemar un centenar de chozas de paja y madera.

El recorrido por el archipiélago lo lleva a tocar en varios puntos, entre ellos, la isla de Cebú, donde harán un sensacional descubrimiento para elevar la moral de la expedición, y sobre todo del propio Capitán General: un soldado encuentra una figura de un Niño Jesús, perfectamente revestido y adornado, que algún marino

de expediciones anteriores habría dejado, y que los nativos guardaban cuidadosamente. La figura se conserva con el nombre de *Santo Niño* en la isla de Cebú y es objeto de una enorme veneración por los filipinos.

En Cebú ordena Legazpi fundar la primera ciudad, la villa de San Miguel, y entabla relaciones con los isleños. Estos recelan debido a la ponzoñosa siembra portuguesa, pero la actitud de Legazpi de permanente mano tendida acaba por calar, porque observan la estricta ecuanimidad de su justicia: un español fue ejecutado por insumisión y por perpetrar un incendio intencionado. Seducido por la actitud de Legazpi, el régulo Tupas formaliza los primeros pactos con el representante de la Corona española.

En el día 1 de junio se da cumplimiento a otro de los grandes objetivos de la expedición: Andrés de Urdaneta parte de San Miguel en la nao *San Pedro* para tratar de dar veracidad a sus conjeturas acerca de que el tornaviaje por el Pacífico era posible.

La estancia de Legazpi en Filipinas continúa, a la espera de que lleguen las ansiadas noticias sobre el viaje de Urdaneta. En Mactán rendirán homenaje a Hernando de Magallanes, muerto aquí cuatro decenios antes, cuando había culminado la hazaña de hollar por primera vez el océano Pacífico en un solo barco, en el límite de la resistencia humana. En el mismo punto donde los nativos acabaron con su vida, los soldados españoles levantaron una gran cruz de madera en su memoria. Legazpi ordena construir barcos de pequeño calado, para navegar con más soltura por las islas del archipiélago. No todos los marineros están conformes con ese deambular sin aparente rumbo por las islas, y Legazpi ha de cortar de raíz severamente una confabulación de algunos tripulantes extranjeros, que se han conjurado para escapar con una nave y barrenar el resto. Un francés, un veneciano y un griego serán sumariamente juzgados y ahorcados.

Al visitar una de las islas se encuentran inesperadamente con un barco español. Es el *San Jerónimo*, que está buscándolos después de regresar desde Nueva España, no solo con víveres y refuerzos, sino sobre todo con la magna noticia de que Andrés de Urdaneta ha logrado su propósito, encontrando la ruta del tornaviaje, según el trazado que él mismo había forjado en sus muchas navegaciones anteriores. Tanto este viaje como las vicisitudes que hicieron del viaje del *San Jerónimo* a Filipinas una trágica odisea, merecen apartados específicos en esta obra.

Era inevitable que aparecieran los portugueses. Un día, mientras Mateo del Sanz recorría las islas a bordo de la *San Pablo*, la nao almiranta, se topó con cinco barcos portugueses, y, si pudo librarse del bloqueo, fue gracias a que la nave iba bien artillada. Pero no

tardaron los lusos en presentar sus quejas a Legazpi. El comandante López de Sequeira, en carta enviada desde Mindanao, conminaba a Legazpi a abandonar cuanto antes el archipiélago, alegando hallarse este en zona portuguesa. La reacción de Legazpi, como siempre prudente y atinada, fue fortificar el puerto y la ciudad de San Miguel. Mientras tanto, envió una nave a Nueva España en busca de refuerzos, al tiempo que llegaba otra desde allí con socorro de pertrechos, alimentos, armas y municiones. El tráfico entre los dos cabos del Pacífico comenzaba a normalizarse.

No pasó mucho tiempo hasta que diez barcos portugueses se presentaron ante la bahía de la villa de San Miguel, intimando la retirada de los españoles de la región. Ante la negativa de Legazpi, secundada por la presencia de los cañones, los portugueses bloquearon el puerto en un empeño inútil, pues la ciudad continuó siendo abastecida desde tierra por el régulo Tupas. Ante ello, los portugueses propusieron someter la cuestión a ambas coronas, aunque pretendiendo que previamente la bandera de Portugal fuera izada en la ciudad. La categórica negativa de Legazpi fue suficiente para la retirada de la rada de la flota portuguesa.

Legazpi continúa su labor pacificadora, con un acierto y una mesura sorprendentes, rehuyendo en general la fuerza, y solo apelando a ella en caso estrictamente necesario. En esta ocasión, contra hordas de moros de las costas que hostigaban a los indígenas. Comisionó para ello a su nieto Juan de Salcedo, quien, pese a su juventud —contaba dieciocho años—, cumplió con creces el encargo y limpió la costa de estos forasteros, al tiempo que dejaba sellados con el rito de la sangre pactos de vasallaje con los caciques locales. La fama de Legazpi, su bonhomía y su empeño pacificador llegaban a los últimos rincones del archipiélago. Solo quedaba el gran bastión de la isla de Luzón, y los capitanes Goyti y Salcedo fueron enviados allí con una flota nada desdeñable de dieciocho barcos, la mayoría contruidos ya en las Filipinas. Anclaron en la bahía de Cavite, y tierra adentro aguardaban tres régulos notables. Uno era Matandá, ya entrado en años, y los otros, su sobrino Solimán y otro joven y vehemente, Lacandola. Los ofrecimientos de paz solo calaron en el primero, pero no en los otros dos, y siguió un corto pero virulento combate que duró tres horas y que terminó con una victoria rotunda de los españoles. El fiel Matandá quedó en Manila como gobernador delegado de España, mientras Goyti y Salcedo acudían a Manila a dar cuenta a Legazpi de la campaña. Por entonces llegó al archipiélago una nao de Nueva España, confirmando a Legazpi como gobernador y capitán general de las Filipinas y otorgándole amplios poderes jurisdiccionales, mientras él despachaba otra nave de vuelta con



especies y oro. Era la primera vez que Filipinas, que tanto había costado a la Corona, generaba algunos beneficios.

Legazpi acude a la bahía de Manila con la doble intención de pacificar por completo la isla de Luzón, y de hacer de ella la base principal del asentamiento español. En ese tiempo, Matandá ha ido haciendo una eficaz labor con los otros régulos. Eso, más el crédito consolidado de Legazpi, hace que Solimán y Lacandola acepten igualmente el vasallaje español, que les permite seguir gozando de su condición de jefes de sus súbditos. En una solemne ceremonia, que se halla representada en piedra en el lugar de Luzón donde se celebró, los régulos y Legazpi celebran un solemne pacto de sangre, con un corte en las manos y bebiendo de una copa de oro la sangre vertida.

Este será el último episodio importante de la conquista española de Filipinas. Luzón será bautizada como Nueva Castilla, y asomada a la gran bahía se levantará la ciudad de Manila, cuyos planos serán trazados por el famoso arquitecto Juan de Herrera. Legazpi intuyó con clarividencia que Filipinas y su capital, Manila, eran una gran ventana al Oriente y sus exóticos productos, como el Galeón de Manila se encargaría sobradamente de confirmar.

Miguel López de Legazpi no regresó a la Nueva España. Dedicó los pocos años que le quedaban a organizar con cordura las Filipinas, fundando núcleos, otorgando encomiendas, trayendo misioneros y asumiendo en suma la ingente labor de colonizar en una tierra inédita y tan lejana como aquella. Que lo supo hacer lo prueba el hecho de que Filipinas permaneciera en manos españolas durante cerca de tres siglos y medio. Y en cuanto a él, una vez muerto, se encontró con que carecía de bienes y propiedades, apenas unas monedas en su cofre particular. Murió pobre, porque todo lo había dado en la empresa de asentar la soberanía española en el Oriente.

### El viaje de vuelta de Arellano

Todo en el viaje de Alonso de Arellano fue extraño, casi desde el instante de la partida, cuando a los pocos días de largar velas del puerto de Navidad, la pinaza que capitaneaba Arellano se separó del grueso de la flota, para no volver a encontrarse en toda la singladura. Cruzaron por las islas Marshall y las Carolinas, y emplearon en llegar a las Filipinas un tiempo equivalente al de Legazpi y sus hombres, y lo más extraordinario es que la de Alonso de Arellano y las naves de Legazpi coincidieran sin verse en el

archipiélago durante nueve semanas, tiempo más que suficiente para que ambos grupos se hubieran avistado alguna vez, teniendo en cuenta que los dos se dedicaron a marear por el dédalo de islas de las Filipinas.

No faltaron, entonces y ahora, quienes atribuyeran premeditación a la acción de Arellano desde antes incluso de la partida de Nueva España. Téngase en cuenta que la búsqueda del tornaviaje desde Asia se había convertido en una suerte de obsesión para los navegantes de la época, y todos decían poseer el secreto del tornaviaje, si bien la Corona tuvo la prudencia de confiar únicamente en quien verdaderamente acumulaba un caudal de viajes, ciencia y experiencia dignos de crédito, Andrés de Urdaneta. Pero no resulta impensable que la ruta que el vasco tenía configurada llegara a oídos de otros, y posiblemente de Arellano, y que fuera este quien quisiera ser el primero en obtener la gloria del descubrimiento del tornaviaje. Todo es posible si se tiene en cuenta que llevaba de piloto a un individuo oscuro y tortuoso como el mulato Lope Martín, protagonista, como luego se verá, de uno de los episodios más trágicos de la historia de la navegación española.

De una forma u otra, cuando Arellano lleva más de dos meses sin hacer contacto con la flota de Legazpi, y sin siquiera saber si esta se encuentra o no en las Filipinas, decide por su cuenta emprender el regreso, una vez bien colmadas las bodegas de canela. Y aquí es donde todas las conjeturas tienen cabida, porque la pinaza aborda una derrota que elude la de los marinos anteriores, todas saldadas con fracasos, y hace lo que es debido, remontar hacia el Norte en busca de los vientos y las corrientes adecuadas para empujar los barcos de vuelta hacia la Nueva España. Esto es lo que hizo Arellano, solo que alcanzó la extraordinaria latitud de 43°, tan al norte que el frío se combinó con los azotes habituales, como el escorbuto, para hacer estragos entre la tripulación. Pese a todo, logró arribar al punto de salida, el puerto de Navidad, tres meses y medio después de su partida. No poca hazaña, si se tiene en cuenta que su embarcación arqueaba 40 toneladas, frente a las 500, por ejemplo, de la capitana San Pedro, la nave del tornaviaje de Urdaneta.

Su regreso a espaldas de la flota principal levantó toda clase de sospechas y rumores en la autoridad virreinal, que abrió un proceso de investigación para esclarecer la conducta de Arellano, cuando menos dudosa.

Y aunque se cerró por falta de pruebas en su contra, apenas se concedió a Arellano la prioridad del descubrimiento del tornaviaje, por más que hubiera llegado antes que Urdaneta. Su logro fue deliberadamente silenciado y oscurecido, atribuyéndose *in toto* al

vasco, quien ha pasado a la historia como el verdadero autor intelectual e incluso material del mismo.

### El tornaviaje de Urdaneta. El *lago español*

Los años turbulentos de Andrés de Urdaneta no los desaprovechó como tantos otros, sino que le sirvieron para forjar en su mente el derrotero del viaje de vuelta. Fueron muchos viajes como marinero en algunas de las flotas que trataron de conquistar sin éxito el Pacífico, tratando de establecer la ruta de ida y de vuelta; muchos años, hasta once, de trasegar en la telaraña política e insalubre de las Molucas como soldado, como negociador, como contable, siempre en el límite de la supervivencia, hasta que, cansado de tantas escaramuzas y peripecias, con el rostro y el alma quebrantados por años de lucha, el libertino de otras veces vino a ordenarse agustino y a retirarse a meditar en un convento de la Nueva España.

Acaso fue en la soledad del convento donde rumió todas sus experiencias, las que fue acumulando, sumando las suyas propias a las que obtenía de otros. Observando vientos y corrientes, preguntando, deduciendo, vino a encontrar esa luz que una y otra vez se negaba a los capitanes que la buscaban en la oscuridad. Y por eso un buen día se le oyó decir que él era capaz de regresar por el Pacífico... hasta en una carreta. Y esta afirmación, corriendo por bocas y oídos, llegaría hasta los del mismísimo monarca, Felipe II, quien personalmente invitó, pidió a Urdaneta que la probara.

Tres meses después de la fundación de la villa de San Miguel por Miguel López de Legazpi, a bordo de la *San Pedro*, capitana, de 500 toneladas, se lanzó Andrés de Urdaneta a la búsqueda del itinerario del tornaviaje el 1 de junio de 1565, técnicamente el momento del año más adecuado para emprender el viaje. Llevaba como capitán a un nieto de Legazpi, Felipe Salcedo, y primeramente marearon por el laberinto de las Filipinas, hasta salir por el estrecho de San Bernardino, marcando la ruta que habrían de seguir más tarde los galeones de Manila.

La obsesión de Urdaneta era escapar del régimen de los vientos alisios, que tantas dificultades habían interpuesto a las naves en viajes anteriores. Suponía el vasco que estos vientos cesaban al remontar en latitud, y, aunque le preocupaba también el hecho de que al subir hacia el Norte acrecerían los fríos y se enrarecería el clima, aun así puso proa decididamente hacia el Norte, hasta situarse en los 39° 40', aproximadamente en la latitud de Japón,

donde encontró vientos más propicios, así como la corriente de Kuroshivo, que empujaba suavemente hacia el Este y que además era cálida, con lo que en parte neutralizaba el clima severo de latitud tan alta. Una vez sobre ella, puso rumbo derecho en la dirección de las costas de América.

La travesía aguardaba empero grandes sinsabores. El escorbuto y la sed se cebaron en los tripulantes, muriendo algunos tan relevantes como el piloto mayor, Esteban Rodríguez, y el maestre Martín de Ibáñez, a más de dieciséis marineros de los cuarenta y cuatro iniciales.

A los dos meses tomaron vista de la costa norteamericana, aproximadamente en el punto donde años antes había muerto Rodríguez Cabrillo. Y aunque habían partido del puerto de Navidad, este había sido abandonado por insalubre, de modo que el capitán Salcedo dispuso que se continuara bojeando en dirección Sur, hasta rendir viaje en Acapulco, 130 días después de la salida de Filipinas. Urdaneta había probado la solidez de sus conjeturas, estableciendo por primera vez la «vuelta del poniente». Dibujó y anotó minuciosas cartas que la Corona española guardó celosamente durante años, y que sirvieron para fijar con toda precisión la ruta del Galeón de Manila, el cordón umbilical del comercio por el Pacífico durante los dos siglos siguientes.

Urdaneta acudió a España, donde se entrevistó por dos veces con Felipe II, que quiso oír de primera mano los pormenores del itinerario y conocer a tan famoso y singular personaje. Luego volvió a Nueva España, donde sin cumplir los sesenta años se retiró de nuevo, y ya definitivamente, a su convento, donde moriría un año después. A Andrés de Urdaneta, marino, cosmógrafo, viajero, se debe que el Pacífico quedara cerrado por España por sus dos extremos durante los siguientes doscientos años, ese vasto océano que se habría de llamar el «lago Español» o el «mar Español».

### LA TRAGEDIA DEL SAN JERÓNIMO

Un guion cinematográfico de terror no llegaría a expresar lo que significó la singladura de este galeón, que había sido aprestado por la Real Audiencia de Nueva España, una vez que llegaron a Méjico las noticias del feliz arribo de Legazpi a las Filipinas y el asentamiento de una colonia española en Manila. Era preciso enviar hombres y auxilios para consolidar esa posición, y se fletó el barco *San Jerónimo*, que partió de Acapulco el 21 de febrero de 1566, con 170 hombres a bordo.

Ya desde el principio el galeón, como si quisiera sumarse al drama que vendría luego, mostró señales de ser barco mal marinero, cabeceando y dando tales bandazos que ni aun amarrados lograban dormir bien los

marineros en sus catres, algo que sin duda debió influir en el mal ambiente a bordo. Y al poco de salir divisóse un cometa de muchos colores surcando los cielos, en lo que algunos vieron un funesto presagio.

Pero el desencadenante de los hechos fue el embarque de Lope Martín como piloto, un mulato avieso y encausado por su actuación en la vuelta del barco de Arellano, anticipándose a Urdaneta en lo que con toda probabilidad fue una desertión para ganar en primer lugar el mérito del viaje. Se estimó que la conducta de Lope Martín debía ser encausada por Legazpi en Filipinas, y con ese fin se le enviaba en el *San Jerónimo*, aunque no es comprensible que se le diera puesto tan importante como el de piloto. A todas luces, Lope Martín no tenía intención alguna de llegar a Manila, donde a buen seguro el gobernador Legazpi lo habría de enjuiciar como se merecía el personaje.

El capitán del *San Jerónimo*. Pero Sánchez Pericón, era —según la crónica del viaje— hombre taciturno y solitario, que no congeniaba ni con su propio hijo, que también iba a bordo en calidad de alférez mayor. También se enroló el sargento mayor Juan Ortiz de Mosquera, un veterano de las guerras de Italia, con gran ascendiente sobre la tripulación porque desempeñaba bien su oficio.

El enfrentamiento entre el capitán y el piloto Martín comenzó al poco de la partida, a cuenta del consumo de agua potable que hacía el caballo de aquel. Y una mañana el caballo apareció muerto de una puñalada en el corazón, y, aunque no se descubrió al culpable, todos supieron que detrás de la acción estaba el piloto.

El insidioso Lope Martín comenzó a deslizar en los oídos del sargento Ortiz Mosquera la injusticia que suponía el hecho de viajar subordinado a alguien tan joven e inexperto como el hijo del capitán. Y con otras murmuraciones consiguió influir sobre el ánimo de otros tripulantes, hasta el punto de que, una noche, Ortiz Mosquera, Lara, Vaca, Zafarte y el escribano Zalcívar penetraron en el aposento del capitán y lo apuñalaron, asesinando también a su hijo, mostrando luego orgulloso Zafarte la daga ensangrentada.

Asumió el mando Ortiz Mosquera, pero a los pocos días, mientras se celebraba un almuerzo a bordo en el que corrió el vino más de la cuenta, Lope Martín y Mosquera discutieron, y aquel acusó a este de causar la muerte del capitán. Entre bromas y veras se produjo una parodia de juicio, con el terrible resultado de que la sentencia no fue bufonada, sino bien real, ya que Ortiz Mosquera fue ahorcado, y su cuerpo, todavía vivo y con los grillos puestos, arrojado al mar, ante el estupor de las gentes de bien, como el capellán y el fiable contraamaestre Rodrigo de Langle.

El estado de conmoción a bordo del *San Jerónimo* no era para descrito, mientras navegaban hacia las Filipinas, con un Lope Martín dueño de la situación y cada vez menos decidido a llegar a destino, a sabiendas de lo que le esperaba. Aprovechando una aguada en una isla adujo que era necesario hacer invernada en el lugar, por estar encima el crudo invierno y no ser prudente seguir navegando. Cuando con sus secuaces bajó a tierra, Langle y otros fieles a la legalidad vieron la ocasión de desprenderse de tan infame sujeto. Mataron a otro mulato incondicional de Lope Martín, y al muchacho que guardaba bajo llave las armas. Como no todos eran del grupo de Lope, se logró traer a algunos hombres en el bajel, y otros, que habían sido amarrados por Lope en la isla para que no escaparan, pudieron zafarse y nadar a los barcos. Con Lope Martín, que pagó así caros sus desmanes, veintisiete hombres fueron abandonados en la isla, entre ellos, Vaca y

Zafarte, artífices directos del asesinato de los Sánchez Pericón.

En la travesía hasta Filipinas aún fueron ahorcados dos hombres más por traición, y, cuando el *San Jerónimo* aportó en Manila y se supieron los horrores ocurridos en la travesía, López de Legazpi abrió causa, dándose garrote al escribano Zalcívar, premiando a Langle y otros defensores de la ley, y perdonando a otros de conducta dudosa, pero sin parte directa en los acontecimientos, porque Legazpi necesitaba el apoyo de los hombres para la colonización. Tal fue el saldo de la más dramática y sangrienta de las navegaciones de la historia náutica española.



*La ruta regular del Galeón de Manila significó la primera globalización del comercio mundial.*

# EL GALEÓN DE MANILA

## El Galeón de Manila, tras la estela de Urdaneta

Poco imaginaba fray Andrés de Urdaneta cuando, a bordo de la nao *San Pedro*, encontró la ruta segura para regresar de Filipinas a América, que no solo había solucionado el obstáculo en el que tantos navegantes habían fracasado, sino que estaba poniendo en marcha un cambio drástico en la economía mundial. Hasta entonces, el comercio había estado ceñido a los ámbitos locales, con la sola excepción de algunos artículos, como la seda o las especias, que llegaban desde el Oriente a Europa con cuentagotas, traídos por los mercaderes árabes.

Pero, tras el descubrimiento por Urdaneta del tornaviaje, el comercio deja de ser local o regional para hacerse global. América, Asia y Europa, a través del Galeón de Manila, entran en comunicación, y con él se acercan unos continentes separados por la geografía desde la noche de los tiempos.

A España por tanto se debe esta interconexión planetaria, pues hizo irrumpir en el escenario mundial dos elementos que supondrían el fin de un sistema económico local y constreñido, para dar paso a un modelo nuevo, abierto y expansivo. Esos elementos serían la plata, por un lado, y el Galeón de Manila por otro.

Una vez que Urdaneta rindió viaje en Nueva España, el virrey lo envió a la Corte para que informara personalmente a las autoridades y al propio Felipe II sobre los resultados de la jornada, entregando las cartas sobre la derrota precisa a seguir. De inmediato, y con gran clarividencia, se dispuso el establecimiento de una ruta comercial regular entre América y Filipinas, ya que de esta forma España se aseguraba no solo el control del Pacífico, en el que tanto esfuerzo y coste en vidas y bienes había invertido, sino del acceso comercial al Asia, a través de su puerta natural representada por las Filipinas.

Nació así la ruta del Galeón de Manila, también llamado *Nao de la China* y *Nao de Acapulco*, al decir de un autor «el más largo y terrible de todos los viajes que se hacen en el mundo». El primero en hacerlo fue el *San Jerónimo*, en 1566, y desde entonces, y



durante los siguientes 250 años, el Galeón surcó el Pacífico en un viaje de ida y vuelta que en su conjunto duraba un año. Un viaje a todas luces épico, rico en sucesos y tragedias, y que dejó un imborrable rastro para el comercio, la cultura y la historia.

## El Viaje

El itinerario Acapulco-Manila era un viaje sin contratiempos, que seguía la ruta surcada antes tantas veces por Saavedra, Villalobos o Legazpi, con una escala en las Marianas para dejar el *situado*, los fondos públicos para el mantenimiento de este enclave español en el Pacífico. Tras esta escala, seguía viaje hasta aportar en la bahía de Manila después de dos meses de apacible y cómoda navegación.

Otra cosa era el viaje de regreso, en el que se invertían no menos de seis meses, y que se hallaba sujeto a toda clase de vicisitudes. Partía el Galeón de la ciudad de Manila en el mes de junio, cuando se desataban los monzones del SO, el llamado *vendaval*, que lo empujaban mar adentro. Pero nunca debía zarpar después del 30 de ese mes, pues entonces se generaban vientos contrarios que dificultaban el avance y ponían en riesgo la singladura. Esto dejaba poco margen en Manila para contratar las mercancías, embalarlas y cargarlas, ya que los comerciantes asiáticos de China o Japón llegaban con sus juncos a Manila hacia los meses de mayo o abril, para cerrar los tratos, y había mucho trabajo y trámite por delante.

El Galeón salía costeando la isla de Luzón, atravesando el estrecho que separa a esta de la isla de Mindoro, para luego buscar el estrecho de San Bernardino, atravesando para ello el laberinto de canales, islotes y farallones del archipiélago filipino, lo que requería buen pilotaje y contener el avance durante la noche, todo lo cual exigía el gasto de un mes completo, hasta embocar el mar abierto a la salida del estrecho. Esto hizo que se planteara una ruta de salida alternativa, y, aunque se aprobó formalmente y se hicieron ensayos, nunca llegó a aplicarse y siguió empleándose el canal de San Bernardino.

El viaje de retorno, según la estela que marcó Urdaneta, remontaba hasta la latitud 38°, para luego descender en derechura hasta la costa de la Alta California, donde aparecían los famosos «signos»: bandos de delfines; largos tallos de hierbas, o manojos de ellas; las «balsas», todas ellas señales de aproximación a tierra. Avistada esta a la altura del cabo Mendocino, se navegaba bojeando, se doblaba el cabo San Lucas y se descendía por el mar de Cortés hasta Acapulco.

Pero este viaje de vuelta era toda una incertidumbre, pues acechaban los peligros propios de una singladura tan larga y con un barco henchido de mercancías valiosas: piratas en el entorno de la salida o la llegada; tormentas, naufragios, enfermedades a bordo, incluso el temido escorbuto. Todo lo cual hizo que no siempre llegaran los galeones a puerto, perdiéndose algunos por el camino. Cuatro fueron capturados por corsarios y piratas, entre ellos, el famoso Cavendish, que se hizo con el gran botín, el más goloso posible de los mares del Sur, en el cabo San Lucas. Otros naufragaron, en general, por causa de la sobrecarga, y hubo casos como el del galeón que tuvo que ser remolcado en la costa californiana, porque toda la tripulación había muerto y navegaba a la deriva. Se estima que en total se perdieron, por unas razones u otras, treinta galeones, lo que, teniendo en cuenta los dos siglos y medio de viajes, no es excesivo. Los galeones eran corpulentos, contruidos con buenas maderas orientales, y, aunque navegaban en solitario por mar abierto, se procuró escoltarlos en las jornadas iniciales de su recorrido en ambos extremos. Y si bien en los primeros viajes partían sin artillería, a medida que menudearon los ataques piráticos se les dotó de cañones, si bien algunos eran confinados en las bodegas para dejar más sitio en cubierta a la carga, y esta es la razón por la que un galeón fue interceptado, porque solo pudo hacer uso de diez de los sesenta cañones que portaba.

### El negocio del Galeón

La Nao de la China, a pesar de todas las incertidumbres que rodeaban su viaje, fue un negocio fabuloso, en el que estaban implicadas muchas personas de la Nueva España y de Filipinas, hasta el punto de que la lejana colonia española en el Asia dependía casi enteramente de él. El Galeón fue siempre una iniciativa de la Corona (del mismo modo que su equivalente terrestre en Nueva España, la caravana de carretas del Camino Real de Tierra Adentro). Por eso, en teoría cualquier persona tenía derecho a embarcar sus partidas para venderlas al otro lado del océano, siendo la autoridad la que determinaba el espacio asignado en las bodegas para embarcar su carga, según las posibilidades económicas de cada uno.

Como el sitio era limitado, había que proceder a un reparto, encomendado en una primera fase a los gobernadores, hasta que las acusaciones de favoritismo a amigos o parientes hicieron que se crearan sendas juntas, de Repartimiento y de Avalúo, para hacer el

sistema lo más objetivo posible. La primera se ocupaba de distribuir el sitio de carga del barco entre los demandantes. Para ello se establecieron las *boletas*, la unidad de medida del espacio de carga. El poseedor de una boleta tenía derecho a embarcar los artículos que cupiesen en ella, declarando género y valor, lo que era objeto de la Junta de Avalúo, que procedía a certificar el valor y señalaba el monto del impuesto correspondiente.

Quien no consiguiera cubrir su cupo tenía que devolver a la Junta su boleta, salvo las viudas y los comerciantes, que podían venderla, de lo que cabe deducir un gran tráfico especulativo con las boletas. Una vez embarcadas las mercancías, el responsable de la carga dentro del barco era el maestre de plata. Del negocio participan todos, desde los poderosos comerciantes hasta los marineros, quienes podían cargar un baúl. Y si un simple marinero se beneficiaba, qué decir de un capitán o un piloto, que en una travesía del Galeón se hacían ricos. De alguna manera la sociedad manileña vivía del negocio de la Nao, del que todos se beneficiaban, incluso, como se ha dicho, las viudas, así como en un principio el clero, luego limitado a las «obras pías», como hospitales u orfanatos, que acumularon cuantiosas ganancias con este comercio, y luego actuaron de prestamistas. Téngase en cuenta que 500.000 pesos en Manila se duplicaban, o triplicaban, en México, aunque en esto difieran las fuentes. Según las estimaciones oficiales aceptadas, el beneficio medio de la carga del Galeón era del 83 por 100; según los propietarios, no subía del 10 por 100, y la cifra real estima que el rendimiento de lo que se invirtiera oscilaba entre un 100 y un 300 por 100. Un negocio pingüe, incluso contando con las averías debidas a la pérdida por robo o por naufragio del Galeón, lo que equivalía en Manila a un año de penurias. Pero en general funcionó el negocio, tanto que su valor superó al del comercio atlántico entre España y sus posesiones americanas, lo que fue visto con recelo por las autoridades peninsulares, porque la Nao drenaba hacia el Asia una buena parte de la plata que en otro caso vendría a España, y porque se perjudicaban las exportaciones peninsulares hacia el virreinato mexicano, que encontraba más ventajoso el comercio asiático.

La Corona hizo todo lo posible por hacer de la carrera del Galeón un negocio limpio y transparente, imponiendo toda clase de cautelas jurídicas para ello, pero, como ha ocurrido en España en todos los tiempos, las normas han ido por un lado, y su aplicación real, por otro. Un negocio donde se mueven tales capitales —de Manila podía salir la Nao con 250.000 pesos, que se vendían en Acapulco a no menos del doble—, y donde hay tantas normas y registros para evitar las irregularidades, era campo abonado para

las corruptelas grandes y pequeñas, desde el simple marinero que «expandía» el baúl al que tenía derecho, hasta la especulación al por mayor de los grandes comerciantes, pasando por la mercancía de contrabando que se introducía en las bodegas sin pagar impuestos. Cualquier parada de la nave era utilizada para ello, como cuando el Galeón se detenía de noche en el dédalo geográfico del archipiélago filipino; los comerciantes, o los particulares, cargaban más de lo declarado y luego ponían obstáculos a los registros; los mercaderes chinos eran verdaderos genios en embalar mercancías de poco bulto y mucho valor, y se hablaba de sobornos a los funcionarios encargados de la vigilancia. Cuando el registrador de salida o entrada, que los había en Acapulco y en Manila, obraba con rigor y honradez, podían ocurrir casos como el del Galeón que fue confiscado por completo tras el registro que hizo en 1635 Pedro de Quiroga, que produjo la confiscación completa del barco y la paralización de la actividad durante cuatro años.

Lo que ocurría en la práctica era que el Galeón salía de ambos cabos con mucha más carga de lo declarado y permitido. A veces se desplazaban elementos vitales de la cubierta y de la obra muerta del buque para suplirlo con bultos, y esto era sumamente arriesgado, porque le restaba maniobrabilidad y podía ser causa de naufragio, como ocurrió no pocas veces.

Como se ha dicho, el Galeón de Manila puso en comunicación el mundo a través del comercio. Los continentes americano, europeo y asiático dejaron de ser cantones aislados para incorporarse a una corriente universal, que dio a conocer lo que se producía en cada rincón del planeta. Por el conducto del Galeón español viajaron desde Europa hasta el lejano Oriente a través de América productos manufacturados, así como semillas y alimentos solo conocidos en Europa. Y de América llegaron al Asia artículos y productos genuinamente americanos, del mismo modo que Oriente exportó la finura de sus artículos y sus artesanías.

En sus viajes de ida y vuelta, el Galeón fue la aguja de coser que enlazó unos continentes hasta ahora separados, que desde este momento pasaron a convertirse en sucursales periféricas de un mismo mundo, único y universal.

El principal producto de América embarcado en Acapulco fue la plata, ya en barras, ya en pesos. El «real de a ocho» español fue la moneda de mayor peso y circulación en el mundo de entonces, y los comerciantes asiáticos lo preferían sobre cualquier otro artículo, recibiendo estos pesos fuertes a cambio de sus mercancías orientales.

Otros productos americanos fueron la cochinilla, empleada en los tintes; el hilo de Campeche, el cacao de Guayaquil, sombreros,

jabón, vino, aceite y tejidos de lana, productos de origen peninsular, así como objetos de herrería, también originariamente europeos.

## LA JORNADA A BORDO DEL GALEÓN

Un buque se parece mucho a una prisión en medio de la nada. Una cárcel donde la vida se separa de la muerte por medio de frágiles tablas de madera. La mayoría de los navíos que cruzaban el océano durante los siglos XVI y XVII eran atestados vehículos que se balanceaban. En poco más de cincuenta metros de eslora se apiñaban gentes de mar (hasta 80 marineros y oficiales bajo el mando del capitán, y las gentes de guerra que en su caso viajaran). Para completar la muchedumbre, llegaban los pasajeros, siempre presentes en el Galeón de Manila.

Para el pasaje, el embarque era una carrera para conquistar el mejor sitio en cubierta o bajo sobrecubierta. Apenas un metro y medio cuadrado donde instalar arcones, hatillos y comida donde sobrevivir dos meses de navegación. Los más afortunados y adinerados viajaban en camarotes, pero la inmensa mayoría se protegía del sol abrasador y de la lluvia con lonas (*toldas*) tendidas entre los palos trinquete, mayor y mesana. Todo el espacio disponible estaba recubierto de bultos, sacos y equipajes, además de los cuerpos tendidos que sufrían, a veces, dos meses de mareo constante y vómitos que los postraban en un estado de deshidratación crónica.

Viajar en el interior del buque era prácticamente imposible. Los espacios bajo cubierta estaban ocupados por la artillería, los *coys* (hamacas) de la numerosa tripulación, la valiosa carga comercial, que en el Galeón atestaba literalmente cualquier espacio disponible, los alojamientos de oficiales y gentes de calidad, los talleres y los espacios reservados para oficios (velería, carpintería, botica, despensas, pertrechos, santabárbara...), y el lastre. Además, las aguas se filtraban hasta las profundidades del buque y se pudrían generando insoportables olores.

Aunque había pasajeros que embarcaban jabón para su aseo personal, lo habitual era pasar dos meses en el viaje de ida y seis en el de vuelta, sin otro lavado que el proporcionado por el agua de lluvia. Las necesidades fisiológicas se hacían en espacios situados a proa y a popa, directamente asomados al mar y firmemente asidos a cabos y maderos para no caer. Siempre a la vista de todo el mundo, la escasa intimidad era un lujo al alcance de los pasajeros y tripulantes más distinguidos. Los malos olores acompañaban toda la travesía, procurando bombear las aguas de sentina cada día y fregar las cubiertas con hierbas aromáticas, en caso de disponer de ellas. Las letrinas se aseaban de vez en cuando frotando los maderos con pólvora negra.

Además de la convivencia humana, los navíos transportaban una abundante fauna comestible, que podía transmitir infecciones, y otros indeseables comensales, como ratas, ratones, pulgas, chinches, piojos, garrapatas, aradores de la sarna y cucarachas.

En medio de un gentío y con la cubierta atestada, intentar pasear era pura fantasía. Mientras los tripulantes se afanaban en las tareas de la navegación, maniobrando la arboladura, cubriendo las guardias, haciendo ejercicios con armas de fuego y manteniendo el buque en las mejores condiciones, el pasaje se aburría. El momento crucial de la jornada era el

mediodía, momento de averiguar la altura del sol sobre el horizonte con el cuadrante o el sextante, hora de la comida principal y punto de partida de la regulada vida de la tripulación.

Cada cuatro horas, el pique de la campana señalaba el cambio de la guardia en cubierta. Cada cuarto de hora, el paje gritaba la voltereta de la ampolleta de arena. Cada hora se cambiaba de timonel. A las cinco de la tarde se preparaba la cena. Entre medias, se jugaba a las cartas, se comentaban las incidencias diarias, se improvisaban bailes abriendo un escueto espacio entre los equipajes y alguien cantaba unas coplas. Los domingos, el capellán del buque organizaba una misa en la cubierta principal.

La vida podía ser muy monótona a bordo, pero se agradecían los buenos tiempos y el suave cabeceo del navío impulsado por los constantes vientos alisios. Lo peor eran los inesperados temporales y las desesperantes encalmadas que retrasaban el viaje, acrecentando la escasez de alimentos y de agua. Los viajes a Indias y a Filipinas a través del Pacífico eran cualquier cosa menos placenteras distracciones.

En Manila se cargaba el rico y delicado muestrario de la artesanía oriental: tejidos, prendas de seda, seda cruda, muselinas, telas pintadas, porcelana fina china y japonesa, productos de marquetería delicados, como obras de platería, vajillas, tibores, ornamentos religiosos, muebles delicadamente labrados con remates de marfiles y malaquitas, escritorios, biombos; también se embarcaban las consabidas especias, como la canela, el clavo o la pimienta, traídos de las cercanas Molucas; la cera amarilla, el estoraque, procedente de un árbol que rezumaba un bálsamo utilizado en perfumería y farmacia. Buena parte de estos productos, al llegar a Acapulco, se reexportaban a España y otras naciones de Europa, y de ahí que el Galeón cumpliera la función de tejer el cañamazo del comercio planetario, hilvanando a través de sus singladuras unos mundos antes ignorantes unos de otros.

Cuando el Galeón se acercaba a la costa mejicana, enviaba aviso de su llegada, y como por encanto los caminos que llevaban a Acapulco se llenaban de gentes, urgidas por ser los primeros en contratar las mercancías. A veces los grandes comerciantes se asociaban para comprar la carga entera del Galeón, que luego revendían al por menor con gran beneficio, de modo que la Nao llegaba vendida antes de tocar puerto.

En todo caso, Acapulco, un poblacho mortecino todo el año, multiplicaba de golpe sus habitantes, celebrándose una concurrida feria en la que se hacían toda clase de transacciones, y la ciudad se transformaba en una bulliciosa turbamulta de comerciantes, funcionarios y gentes de toda laya, convocados por el embrujo embriagador del comercio y el dinero.

El Galeón de Manila hizo su última singladura desde Acapulco en 1815, en un viaje que por primera vez en dos siglos y medio no

tuvo retorno. Curiosamente, el barco que hizo la travesía se llamaba *Magallanes*, un postrer homenaje al gran descubridor de la ruta oceánica, que serviría para acercar los continentes y para hacer de las tribus y naciones de antaño un universo.

# EL PACÍFICO SUR

## El mito de las Islas del Rey Salomón

Cuando el singular dominico Tomás de Berlanga, obispo de Castilla del Oro, descubrió las islas Galápagos en 1535, a las que llamó, y con buenas razones, islas Encantadas, circuló por la América española la especie de que en el inmenso océano Pacífico había mucho por descubrir, acaso el reino de Ofir, las míticas islas donde el rey Salomón enviaba sus barcos para aprovisionarse de oro, la legendaria, oculta fuente de sus fabulosas riquezas.

El Perú acababa de ser conquistado por Francisco Pizarro y su puñado de hombres, y de ahí vinieron otras noticias a alimentar el mito de islas riquísimas escondidas en algún lugar del océano, a la espera del afortunado que primero diera con ellas. Los cronistas españoles de la sociedad inca recién dominada recabaron información acerca de un supuesto viaje realizado por el inca Tupac Yupanqui, el segundo de la tríada de los grandes incas: Pachacutec, el organizador y verdadero cerebro de la formación del gran Imperio andino; Tupac Yupanqui, el conquistador; y Huayna Capac, el pacificador. A Tupac Yupanqui le correspondió la fulgurante expansión del Tahuantinsuyo, el Imperio inca, y, no contento con extender sus límites en el continente, la curiosidad lo llevó a adentrarse por el vasto océano que se extendía por el poniente. En balsas impulsadas por velas cuadradas con las que los incas faenaban sin alejarse de la costa, Tupac Yupanqui se habría embarcado con 20.000 hombres y, según los relatos de los memoriones oficiales del Imperio, que transmitían los saberes por tradición oral, habría alcanzado lejanas islas, de las que volvió con cautivos de piel negra y abundancia de oro y de plata y pieles de extraños animales.

Los españoles se hicieron eco de estas leyendas, como de cualesquiera otras que hablaran de riquezas por descubrir, fueran las *Siete Ciudades de Cíbola* y la *Gran Quivira* en América del Norte, o *El Dorado* y la *Ciudad de los Césares* en América del Sur. Sueños, quimeras que impulsaron poderosamente la exploración profunda del continente americano.

El propio presidente de la Audiencia del Perú, el admirable



Pedro de la Gasca, quien con solo la fuerza de su palabra logró neutralizar la rebelión secesionista encabezada por Gonzalo Pizarro, asumió la posibilidad de que, en efecto, el ignoto Pacífico pudiera albergar ricas islas, si no de oro y plata, sí del otro gran oro de la época, las especias.

La expedición a las Salomón. El primer viaje de Álvaro de Mendaña

El proyecto para descubrir las islas Salomón no debiera haber sido encomendado a Álvaro de Mendaña, sino que hubo dos precedentes técnicamente más favorables, pero por dos veces el destino se alió con Mendaña para ponerle al frente de la expedición.

En realidad, la paternidad del proyecto correspondió a Pedro Aedo y a Maldonado, pero el espinoso asunto de la aprobación de las *Leyes Nuevas*, las que provocaron el intento de secesión de Gonzalo Pizarro a la cabeza de los encomenderos, los hizo caer en desgracia ante la autoridad real, por considerarse sospechosa su lealtad, por lo que fueron preteridos en favor de quien técnicamente ostentaba todos los atributos para hacerse cargo de la misión, ya que, cuando irrumpió en el escenario del Perú, su arrolladora personalidad oscureció a cualquier otro aspirante. Se trataba de Pedro Sarmiento de Gamboa, un verdadero talento renacentista de la época, capaz de hablar en latín y versado en saberes tan dispares como la milicia, la cartografía, la historia y la cosmografía, además de acreditarse a la larga como experto piloto.

Sin embargo, esta variedad de conocimientos fue precisamente la causa de sus pesares, porque era depositario de saberes como la astrología o el uso de las hierbas y los amuletos, materias nada gratas para el Santo Oficio, que le abrió causa por dos veces en Puebla y en Lima, de las que salió al menos amonestado, razón suficiente para que la Audiencia de Lima se opusiera a su nombramiento como jefe de la flota destinada a encontrar las Salomón, a la vez que enmendaba el propio apresto de la expedición, cuyo coste consideraba excesivo para los tiempos que corrían, y con una marinería nada recomendable, compuesta de errabundos encanallados surgidos tras los conflictos peruanos. El proyecto siguió adelante, pero no la jefatura de Sarmiento de Gamboa, quien tampoco puso mucho de su parte por obtener el cargo, dado que prefería controlar técnicamente la expedición desde su propia *auctoritas* personal, antes que correr con la responsabilidad del mando ejecutivo. Con el tiempo se arrepentiría de no haberlo asumido.

La jefatura vino finalmente a las manos de Álvaro de Mendaña y Neira, quien a su favor contaba con un activo sumamente valioso entonces: era sobrino del Gobernador, un dato casi decisivo en aquellos tiempos posteriores a las guerras civiles peruanas, donde nadie estaba seguro de la lealtad de nadie.

Contaba a la sazón Mendaña veinticinco años, y era natural de Galicia, sin que a la fecha de su nombramiento hubiera acumulado otros méritos que el parentesco con García de Castro. La juventud y escasa experiencia náutica de Mendaña hicieron pensar a Sarmiento que suyo sería el control efectivo de la expedición y la derrota a seguir, en lo que se equivocaba, porque pronto surgieron desavenencias entre ambos, y Mendaña se apoyó para ello en el piloto mayor, Hernán Gallego, no menos celoso de la dirección técnica atribuida a Sarmiento.

La expedición la componían dos barcos: la nao *Los Reyes*, capitana, de 300 toneladas y 29 metros de eslora, en la que viajaban Mendaña y Gallego, y la *Todos los Santos*, de 200 toneladas, almiranta, que llevaba a Sarmiento.

El 19 de noviembre de 1567 partió la pequeña armada del puerto de El Callao, en Lima, y muy pronto afloran las discrepancias entre el piloto mayor Hernán Gallego y el cosmógrafo Sarmiento de Gamboa. Había marcado este la derrota a seguir para localizar las islas de Salomón, pero Gallego tomó deriva más al norte, y las protestas de Sarmiento no hallaron eco en Mendaña, quien deseaba socavar la autoridad técnica del cosmógrafo. Veía este cómo se consumían los días y el piloto buscaba de continuo la línea ecuatorial, desviándose del rumbo meridional, y tanta fue su insistencia y sus protestas que acabaron destituyéndolo como cosmógrafo.

De haberse seguido la derrota propuesta por Sarmiento, es muy probable que se hubiera arribado a Australia, pero en lugar de eso se adentraron días y días en un océano calmo, dando lugar a que se pudrieran la carne, el pescado y hasta el agua, amenazando el escorbuto.

La situación se deteriora hasta el punto de que es el propio Mendaña el que pide a Sarmiento que fije el rumbo, pues Gallego empieza a dar señales de desorientación. Era tarde, según Sarmiento, pues debían haber dejado muy atrás y al sur las islas buscadas. No obstante, se rectifica hacia el Oeste, y poco después avistan una tierra, un atolón de unas seis leguas con verdor suficiente como para hacer aguada, pero el obstinado Gallego lo desprecia por considerarlo «despoblado y sin provecho». Justo cuando aparecen varias canoas con indígenas, y, aunque Sarmiento es partidario de hacer trueque de alimentos con ellos, prevalece una

vez más la opinión del piloto y pasan de largo, para irritación no solo de Sarmiento, sino de la marinería, harta de consumir agua y alimentos en pésimo estado.

El atolón en cuestión pertenecía al grupo de islas madreporicas de las Ellice, que dejan atrás para continuar viaje, derivando ligeramente al norte para llegar poco después a los bajos de Roncador, que llamarán bajos de La Candelaria, por haber llegado en la víspera de esa festividad.

Pocos días después, sobre el mar y el aire aparecen signos evidentes de tierra: ramas, cocos flotando, aves..., y el 7 de febrero toman la primera vista de una tierra que es mucho más que un somero atolón. Se trata de una «grandísima cordillera», una isla grande rodeada de otras, un archipiélago que Mendaña no tarda en identificar con las anheladas Salomón.

La isla fue llamada Santa Isabel, o Santa Isabel de la Estrella, nombre que aún perdura, felizmente porque no pasó por allí el capitán Cook rebautizando todo. Los isleños se mostraron recelosos o amistosos, según las veces, y siempre asombrados de la tez, el habla y las barbas de los forasteros. Mendaña ordenó construir un bergantín para reconocer el resto del archipiélago. Cuando finalmente estuvo listo el *Santiago*, embarcaron en él varios hombres de la tripulación, entre ellos, el piloto Hernán Gallego, mientras los demás permanecían en Santa Isabel, haciendo incursiones por la isla, donde entraban en contacto con la naturaleza de la tierra y de los naturales, cuyas costumbres describieron. Se admiraron de los murciélagos, algunos de hasta cinco pies de envergadura, que de día se colgaban boca abajo de las ramas de los árboles, cual si fueran sus frutos. Con horror constataron que los nativos comían carne humana, y el propio Mendaña tuvo que rechazar comer un brazo de un muchacho, que un jefe local le ofreció. Como tampoco aceptaron las mujeres que les fueron ofrecidas, pues las instrucciones reales al respecto eran muy estrictas.

La estancia en Santa Isabel fue en general plácida, lo que pudiera esperarse de una isla paradisíaca en los mares del Sur. Era el lugar idóneo para haber cumplido el resto de las instrucciones recibidas: no solo descubrir, sino poblar en tierra que ofreciera buen asiento. El error de Mendaña fue no hacerlo y, como siempre, carecer de criterio suficiente para imponer su propia opinión, o al menos dejarse guiar por la de Sarmiento.

Porque, mientras tanto, el bergantín Santiago hacía recorridos interinsulares, y uno de ellos llevó a los hombres hasta la mayor de las islas, Guadalcanal, nombre también vigente. Reconocen los contornos, dejan un retén de varios hombres y regresan a Santa

Isabel el maese de campo Pedro de Ortega y el piloto Hernán Gallego, deshaciéndose en encendidos elogios sobre las cualidades de Guadalcanal como lugar de asiento, describiéndolo como muy superior a Santa Isabel. Y aquí es donde se produce el gran error de Mendaña, que se deja convencer por las maravillas que le narran, y decide levar anclas y trasladarse en bloque a Guadalcanal.

Pero no todo era aquí de color de rosa. En ausencia de Ortega y Gallego, las relaciones con los naturales se habían deteriorado por la causa de siempre: la demanda de alimentos por parte de los españoles en cantidades superiores a las que los nativos podían proporcionar.

A la llegada del grueso expedicionario se informan de que han tenido lugar varias escaramuzas, y en una de ellas nueve españoles han sido capturados en la espesura, matados y descuartizados. Esto es algo que no puede quedar sin escarmiento, a pesar del exquisito cuidado y respeto con que siempre se procuró tratar a los nativos, en cumplimiento de las ordenanzas reales y de las instrucciones del Consejo de Indias. Pero rebasado el límite de lo tolerable, Mendaña ordena a Sarmiento dirigir una expedición de castigo, cuyo saldo es de varios indígenas muertos y aldeas incendiadas. Era evidente que la buena relación inicial con los naturales se había quebrado definitivamente, por lo que Mendaña dispone dejar Guadalcanal e instalarse en la cercana isla de San Cristóbal, desde donde se emprenden nuevos reconocimientos con el bergantín.

Reunidos de nuevo en San Cristóbal, Mendaña convoca junta de capitanes y jefes para evaluar la situación y determinar lo que ha de hacerse, oyendo la opinión de unos y otros. Y aquí de nuevo van a surgir las discrepancias. La mayoría, argumentando el tiempo transcurrido, el estado de las naves, la lejanía, el empeoramiento de las relaciones con los naturales y las malas condiciones para el poblamiento, son partidarios de regresar, para dar cuenta del descubrimiento y retornar con refuerzos para la colonización.

De esta opinión general participa Mendaña, quien por otra parte sostiene que la misión principal, el descubrimiento de las islas Salomón, se ha cumplido y que, por lo tanto, procede volver a la base para informar y recabar nuevas instrucciones.

Pero Sarmiento de Gamboa se opone. Dice que las instrucciones recibidas no hablan solo de descubrir, sino de poblar. Y que, por lo que tienen visto, la tierra ofrece excelentes condiciones para ello, con agua y víveres abundantes. Acusa abiertamente a Mendaña de escasa disposición para hacerlo. En lo que acertaba, porque no olvidemos que Álvaro de Mendaña había sido designado para este proyecto, que no estaba promovido por él. Y no podemos evitar recordar una vez más la respuesta de los grandes conquistadores a

los contratiempos o a la irresistible tentación de regresar a casa: Hernando de Soto volvió la espalda y se adentró de nuevo en la tierra de Norteamérica, a pesar de que el barco con su esposa lo esperaba en la costa, después de dos años de fatigosas andaduras. De modo que se dispuso el regreso, e incluso en la ruta a seguir hubo desavenencias, porque Gallego y Mendaña juzgaron que había que derivar por la ruta segura y fiable que llevaba derecho a Nueva España, en tanto que Sarmiento era partidario de abatir hacia el Sur, lo que de nuevo los hubiera puesto en disposición de descubrir Australia.

Como era de esperar, prevaleció la primera opinión, y las relaciones entre el capitán y el cosmógrafo se enfriaron, hasta el punto de que Mendaña destruyó los papeles, mapas y anotaciones de Sarmiento, temeroso de que los hiciera valer ante la Corona.

Arribaron a la costa mexicana y desde allí costearon hacia el Perú, a donde llegaron el 11 de noviembre de 1569. Y a la llegada a El Callao tras costear desde la costa mexicana, no tardaron ambas partes en acusarse mutuamente, y se llegó a producir un careo ante el delegado real para entender del pleito. Para fortuna de Sarmiento ya no estaba el gran valedor de Mendaña, su tío Lope García de Castro, sino el virrey Francisco de Toledo.

Que al virrey le pareció más fundado el parecer del cosmógrafo y menos el de Mendaña, lo prueba el hecho de que llevara a Sarmiento como asesor en la gran visita que efectuó al virreinato del Perú para decidir lo que procedía en orden al buen gobierno del antiguo inmenso territorio de los incas. Y en cambio, a pesar de que Mendaña consiguió directamente de la Corona una nueva capitulación para volver a las Salomón, el virrey no le otorgó la licencia para la expedición, y tuvo que esperar un cuarto de siglo hasta ver culminado su empeño, ahora sí *su* proyecto, que pudo realizar cuando llegó un nuevo virrey, Hurtado de Mendoza.

## El segundo viaje de Mendaña

Cinco años se demoraron las investigaciones y trámites judiciales para depurar las respectivas responsabilidades de Álvaro de Mendaña y Sarmiento de Gamboa en relación con la gestión del primer viaje, y, como siempre ocurre cuando tanto se alargan las cosas, la pesquisa terminó en nada. Mendaña, que ya no contaba con el favor de su tío en la gobernación del Perú, eludió la culpa y la posible prisión, pero no la enemistad del nuevo virrey, Francisco de Toledo, que se decantó por el parecer del brillante y versado

Sarmiento y lo incluyó en su nómina de asesores directos.

Pero Mendaña estaba decidido a rematar la obra iniciada con el descubrimiento de las Salomón, pretendiendo ahora licencia para la colonización. Y viendo que era inútil intentarlo con el nuevo virrey, se trasladó a la corte española para procurar el permiso directamente del rey. Encontró valedores que le dieron acceso a una entrevista con el monarca, y logró convencerlo y obtener el asiento y capitulación pretendidos: Felipe II le otorgó licencia para poblar, pacificar y evangelizar en las islas descubiertas, concediéndole los títulos de Adelantado, Capitán General y Gobernador, todo a cambio de que el propio Mendaña asumiera el coste íntegro de la expedición.

Regresó a Lima enarbolando orgullosamente los títulos concedidos, pero una vez más se encontró con la declarada oposición del virrey Toledo, dispuesto a hacer valer el derecho que asistía a todo rector en las Indias del «Se acata pero no se cumple». No estaba dispuesto a facilitar las cosas a quien había conseguido mando de armada sin otros merecimientos que el de ser sobrino del gobernador, y había manifestado claras muestras de incapacidad para dirigir hombres, como se había demostrado en el primer viaje. De nada sirvieron las concesiones reales ante quien detentaba el mando de modo efectivo en el territorio, así que Mendaña tuvo que resignarse y esperar a que vinieran tiempos más propicios para hacer realidad su sueño. Entre tanto, se conformó con esperar y con casarse con Isabel Barreto, también gallega y llamada a desempeñar un papel estelar en la historia del segundo viaje, desde su gestación hasta su culminación.

Y los tiempos propicios no llegaron hasta veinte años después, veintiséis desde el primer viaje, y para ello fue necesario que cesara Toledo y lo sustituyera un nuevo virrey, García Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete.

Esta vez los vientos soplaron de nuevo favorables a las velas tendidas por Mendaña, porque su esposa Isabel Barreto había formado parte del séquito que trajo al Perú a la mujer del nuevo virrey, y esta intervino decisivamente cerca de su esposo para que diera curso a los títulos obtenidos del rey veinte años atrás.

Estos títulos imponían no obstante severas condiciones al impulsor de la empresa de colonización de las Salomón: en un primer viaje debía llevar no menos de 300 personas, de las cuales 50 eran varones casados, con sus mujeres y sus hijos. Y en un segundo embarque, 200 varones, ya fueran solteros o casados. Además, debían ser cargados vacas, cabras, ovejas y puercos, todos de ambos sexos, para generación. Debían fundarse tres ciudades, de las cuales una sería capital de la nueva provincia, y las otras dos,

sufragáneas. Porque los objetivos generales de la expedición eran poblar, pacificar y el que nunca faltó en los emprendimientos españoles, evangelizar: «Procurar de atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor, sujeción y obediencia nuestra los indios naturales».

A cambio de la organización y el coste económico, los títulos citados sobre la gobernación y la capitanía general, el de adelantado y la promesa de un marquesado o nobleza semejante para el caso de que cumplimentara a satisfacción el asiento. Y en lo económico, 2000 ducados de renta al año, aunque obtenido de los frutos que diera la tierra, y, si no los daba, la renta quedaba sin efecto. La Corona sabía guardarse bien las espaldas.

Esta vez todo fueron facilidades, desde la venta a Mendaña a muy bajo precio de varios galeones, así como pertrechos logrados de la captura de la nave de Hawkins frente a las costas del Perú, hasta las condiciones favorables para la recluta y el embarque de gentes, según los términos estrictos acordados en la capitulación real. Ahora no se trataba solo de descubrir, sino sobre todo de poblar, de ahí que se enrolaran matrimonios y familias y que en el curso del viaje se celebraran nuevas bodas. Entre los matrimonios, la propia Isabel Barreto, que incorporó también a sus hermanos, Lorenzo, Luis y Diego.

Entre los hombres alistados, deben mencionarse por encima de todos a dos, uno por sus virtudes y otro por sus defectos, y por la grave rémora que supuso para la expedición y su resultado final. El primero era Pedro Fernández de Quirós, técnicamente Queiroz por ser portugués. Figuraba como piloto mayor, pero llegó a ser la pieza clave de la empresa, como luego se verá. El segundo era Pedro Merino, un veterano y muy resabiado sesentón, maestre de campo y con un endiablado carácter, pendenciero, cruel y urdidor, que causó innumerables problemas en el viaje, y al que en buena parte se debe el fracaso general del mismo. Ya antes de embarcar, Quirós había tenido fuertes desavenencias con el desabrido Merino, y a punto estuvieron uno u otro de quedar en tierra por ello. Para el bien de la empresa, más valiera que lo hubiera hecho Merino.

Fueron cuatro las naves que izaron velas: la *San Jerónimo*, la capitana; la *Santa Isabel*, almiranta, con otro cuñado de Mendaña, Lope de Vega, al mando, y dos barcos menores, el *San Felipe* y la fragata *Santa Catalina*, maniobrable a remo para exploración en aguas poco profundas.

Subieron a bordo en total 378 personas, más de lo estipulado en el asiento, que partieron de El Callao el 9 de abril de 1595, y, tras costear y reaprovisionarse en puertos de la costa peruana, largaron velas en Paita, Piura, en el mes de junio. Solo una quinta parte de esa dotación rendiría viaje, los demás dejaron sus cuerpos en la

tumba del Pacífico, ya fuera en el océano o en alguna de sus recónditas islas.

El inicio discurrió sin novedad, excepción hecha de las quince bodas celebradas durante el primer mes. Y el hallazgo de una isla a la que llamaron Magdalena, que algunos confundieron con las Salomón, agradeciéndolo con rezos.

Pero no eran las Salomón, sino un archipiélago nuevo que Mendaña bautizó como islas Marquesas de Mendoza, en honor a la esposa del virrey, de donde se infiere su crucial papel en el alumbramiento de la expedición. Conserva el nombre, salvo la derivación a la voz afrancesada *Marquises*. Salen al encuentro de la flota hasta setenta canoas de nativos de piel clara y pelo suave, algunos muy agraciados, poco que ver con los velludos y cetrinos de las Salomón que había conocido Mendaña. Vienen desnudos, tatuados y con regalos de cocos y comestibles, y al pronto se establece una relación amistosa. Los nativos suben a los barcos para los intercambios, pero empiezan a ser molestos cuando toman excesivas confianzas y comienzan a tratar de apoderarse de lo que no se les ofrece (entre los nativos del Pacífico, la propiedad privada no gozaba del mismo sacrosanto respeto que en Occidente). El ambiente se tensa y uno de los indígenas es herido en una mano, se lanzan disparos de una parte y piedras de otra, y el idilio con los naturales llega a su fin.

Durante varios días permanecen en las Marquesas haciendo aguada y aprovisionándose, y las relaciones con los nativos empeoran. En una de las incursiones de bojeo por las islas, el irascible maese de campo Merino y sus hombres son rodeados por canoas indígenas, y por si acaso ordena lanzar una andanada de arcabuzazos de la que mueren varios. Cada día se suceden las escaramuzas, en las que los oriundos llevan todas las de perder, contando además con la crueldad de Merino, que, en lugar de aplacar a sus hombres, los incita incluso por divertimento. Y cuando Mendaña ordena levantar el campo y continuar rumbo, el saldo de nativos muertos asciende a 200.

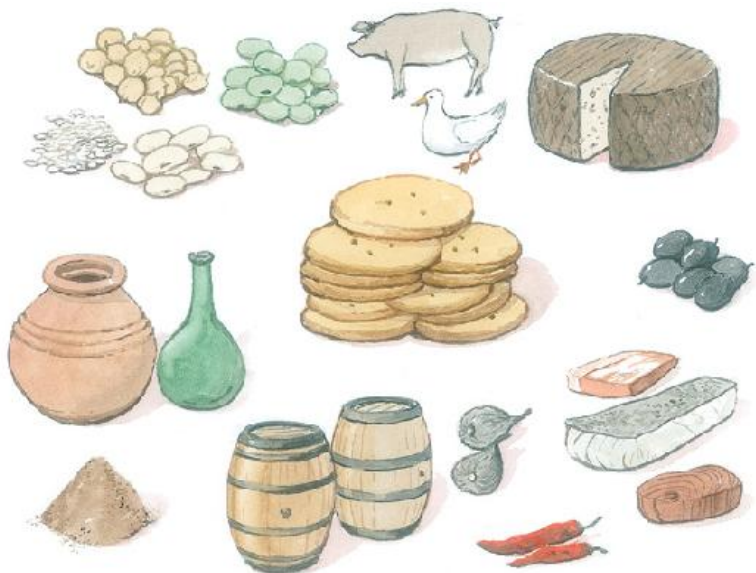
Se ha escrito que la expedición debiera haber terminado aquí, en las islas Marquesas, que, superado el problema con los nativos, ofrecía agua, tierra y unas condiciones ideales para poblar. Se hubieran ahorrado así muchos sufrimientos y muertes, y España hubiera dispuesto de la llave maestra que abría las puertas de la Polinesia. Con una base en las Marquesas, los mares del Sur hubieran quedado cerrados para los Cook y demás navegantes extranjeros, y desde esa base se habría abordado la exploración y conquista del Gran Sur, incluidas áreas como Nueva Guinea, Nueva Zelanda, Tasmania e incluso el gran continente australiano.



El viaje prosigue no obstante, pero ya menudean las murmuraciones, porque el horizonte no ofrece otra cosa que una ilimitada lámina azul, solo interrumpida por un pequeño grupo de islas, las Danger, y otra isla a la que por su soledad bautizan precisamente como la Solitaria, que impide desembarcar para hacer aguada por los peligrosos columbretes y bajíos que afloran en su entorno. La escasa autoridad de Mendaña, unida al carácter perverso de Merino, provoca que cada vez sean más frecuentes los corrillos y los murmullos, de los que tiene buena culpa el avieso y boquirroto Merino. Circulan toda clase de rumores, como que, tras un cuarto de siglo, las Salomón se han esfumado o que han sido cubiertas por las aguas, y desde luego que Mendaña se encuentra perdido en esta inmensidad. Según las cartas que llevan los pilotos, el mar ha quedado muy atrás, y «han sus naos por peñas y encima de la tierra», ya que calculaban al Pacífico una anchura mucho menor de la que en realidad tiene. Mucho sufre Mendaña con estas habladurías, y se ve obligado a tranquilizar a todos afirmando categóricamente que antes de que caiga la noche darán vista a las ansiadas Salomón.

No será hasta treinta días después cuando vean tierra, y no de las Salomón, sino de un volcán formidable, la cabeza visible de un grupo de islas, a una de las cuales arriban y llaman Santa Cruz, la actual Nendo, aunque el nombre quedará para bautizar el conjunto del archipiélago.

Fondean en un abrigado surgidero, la bahía de Graciosa, nombre que subsiste, como el del cabo Mendaña aledaño. Y ahí aguardan la reunión de todas las naves, pero la *Santa Isabel*, con la que habían tomado contacto pocas horas antes, no aparece, ni lo hará nunca más. Nunca se supo del destino de la nao comandada por Lope de Vega y con 182 personas a bordo. Iba al parecer «muy celosa», lo que en jerga marinera significa que soportaba mal el velamen por haber tenido que quemar mucha obra muerta por falta de leña. Es uno más de los misterios de la navegación española, aunque el australiano Oscar Spate cree haberse resuelto cuando en 1970 se desenterró en la costa de la isla de San Cristóbal abundancia de cerámica española, lo que indicaba un asiento español. La explicación sería que, mareando con dificultades, la tripulación de la Santa Isabel habría preferido prudentemente fondear en San Cristóbal, a la espera de reparaciones. Difícil conocer cuál fue el verdadero destino de los expedicionarios, de los que nada volvió a saberse.



*Alimentos no perecederos iban a bordo de los galeones que surcaron los mares del Sur, en especial la galleta marina.*

Aunque los isleños hablaban un idioma distinto al que conocía Mendaña, su continente ya le resultaba familiar, y afirmó con rotundidad que habían llegado al destino prometido. La isla cubría una gran extensión de 560 km<sup>2</sup> y contaba con agua en abundancia. Y aunque los iniciales contactos con los nativos, desnudos y de dientes teñidos de rojo, fueron hostiles, todo pareció encaminarse hacia un pacífico entendimiento cuando apareció en escena el reyezuelo Malope, de color amulatado, que desde el primer momento trabó amistad con Mendaña y los españoles. Se hicieron regalos mutuos, como cascabeles, espejos, tijeras y cuentas de vidrio por parte española, y cocos y alimentos frescos por los isleños. Mendaña regaló al jefe una camisa, y aún la tradición oral de la isla recuerda a Malope, siempre unido a la figura de Mendaña.

El capitán general dispuso que se comenzara la colonización efectiva, y como primera medida se erigió una cruz y se levantó una choza para que hiciera las veces de iglesia, dedicada a san Simeón el Justo, y comenzándose a renglón seguido la construcción de las demás edificaciones, entre ellas, la casa del gobernador, viviendo entre tanto Mendaña en el barco. Pero no todo iba a ser armonía en esta fase, y una vez más tuvo buena parte en lo que aconteció después el ínclito maese de campo Pedro Merino, si bien por fortuna iba a ser su última intervención en esta jornada que nunca debió emprender.

Los colonos no se sentían a gusto en aquella isla, tan lejana de Lima y que no parecía ser el paraíso prometido, toda vez que empezó a aparecer una extraña enfermedad que se cebaba en hombres y mujeres y terminaba con sus vidas. Además, las buenas relaciones con los naturales comenzaron a dar signos de cansancio, probablemente por la sempiterna causa, la demanda excesiva de alimentos.

El primer incidente de la cadena de sucesos ocurrió cuando un bajel acudió en busca de agua, y tres españoles resultaron flechados por indios emboscados. Era suficiente para Merino, que tomó venganza acudiendo con un destacamento de treinta soldados y matando a cinco indios. A partir de entonces, los descontentos de la expedición se dedicaron a hostigar a los indígenas, provocándolos para que atacaran a su vez a los españoles, y con ello forzar la partida de la isla y volver a casa, que no era otro su deseo. Incluso una bala pasó rozando la cabeza de Quirós, partidario de la colonización, y en sus memorias se pregunta Quirós «dónde estaban los pájaros» para que así silbara la bala sobre él.

Se enrarecía el ambiente, porque los episodios con los isleños iban a más, pese a los esfuerzos del bueno de Malope, como también progresaba la extraña enfermedad, que seguía cobrándose vidas. Merino se envalentonaba y día a día se hacía dueño de la situación, ante la iracundia de Isabel Barreto, que no dejaba de increpar a su esposo y decirle que lo ajusticiara por su intolerable insolencia, y que, de no hacerlo, procedería ella a hacerlo en persona, algo de lo que era bien capaz, pues arrestos no le faltaban. Quirós acudió un día en busca de provisiones, y Malope lo ayudó a procurarlas, como siempre hacía. Pero al llegar a los barcos Merino lo criticó diciendo que él hubiera conseguido muchas más y que lo que merecía Malope no era otra cosa que la muerte. Lo que llegó a oídos de Mendaña, colmando el vaso de su paciencia. Presionado por todos los hermanos Barreto, bajó a tierra para ejercer su autoridad de una buena vez. Se hizo acompañar de un séquito para neutralizar el de Pedro Merino, se fue donde este y, al grito de «¡Viva el rey! ¡Mueran los traidores!», hizo que la mano de un lugarteniente suyo asestara dos puñaladas a Merino, que luego fue rematado en el suelo, entre sus gritos inútiles de clemencia y confesión. Luego tocó el turno a los secuaces que lo acompañaban, entre ellos, a su compinche Tomás de Ampuero. Puso en lo alto de las picas la cabeza de los responsables y, para serenar los ánimos, dispuso que se celebrara una misa.

Sin embargo, no habían terminado los episodios sangrientos,

porque poco después corrió el rumor de que Malope había sido muerto por los seguidores de Merino. Acudieron a su choza y, en efecto, lo encontraron muerto de un tiro en la sien y varios hachazos en la cabeza. Los asesinos fueron prendidos y cargados de grillos, aunque al inductor de la muerte, el alférez Juan de Buitrago, le cortaron la cabeza para desconsuelo de su esposa, que no pudo impedir la ejecución. Otro de los asesinos fue indultado, pero mejor hubiera sido que lo ejecutaran. Porque encontró el vacío y el desprecio absolutos de los demás tripulantes, hasta el punto de suicidarse.

El sueño de poblar las Salomón, o como quiera que se llamaran aquellas islas, se estaba evaporando, y solo faltó la puntilla. La siniestra enfermedad que dieztaba día tras día a los colonos alcanzó al propio Adelantado Álvaro de Mendaña, que al cabo había porfiado cuanto pudo para cumplir con el mandato de colonizar, porque esta vez sí que se trataba de su propio proyecto, en el que había empeñado sus bienes y su propia vida. Murió el 18 de octubre de 1595.

Apenas tuvo tiempo para redactar su testamento, en el que dejó heredero del cargo de capitán general a su cuñado Lorenzo Barreto, quien poco disfrutaría del puesto, pues moriría pocos días después a causa de un flechazo.

Pero lo más interesante del testamento, y lo que ha hecho a Isabel Barreto pasar a la historia, fue que la nombró sucesora en el cargo de Gobernadora de la colonia y Adelantada, la única vez que una mujer alcanzó tal rango en el Pacífico y en el conjunto de las Indias, y a fe que no honró semejante gloria y que dejó en muy mal lugar al género femenino.

### Isabel Barreto, la Gobernadora

Isabel Barreto, llevando como segundo y piloto mayor a Fernández de Quirós, juzgó imprescindible partir de ese archipiélago insalubre y ya maldito, donde tantos habían dejado sus huesos en un empeño inviable, desistiéndose de aquel primer embrión de colonización europea en los mares del Sur. El embarque fue apresurado, y los perros fueron abandonados en la playa, ladrando desahogados para que los recogieran, lo que solo logró uno de ellos, que nadó hasta los barcos y por su bravura fue izado a bordo. También fue cargado el cadáver amortajado de Mendaña, para que no fuera profanado por los isleños, e Isabel Barreto tuvo que imponer su autoridad para que uno de los barcos de compañía aceptara aquellos restos. Cabe

pensar en el alivio inmenso de los isleños cuando vieron alejarse definitivamente de sus costas los barcos con aquellos incómodos forasteros.

Consciente de que las Santa Cruz no eran las Salomón, la Adelantada ordenó dirigirse en su búsqueda, porque sin duda estaban muy cerca, pero no fueron encontradas. Y como tanto los barcos como la tripulación estaban en muy mal estado, resolvió poner rumbo a Manila.

La navegación fue una de las más calamitosas de la historia náutica española, con muchas personas a bordo enfermas, dolientes y exasperadas por el hambre y la sed, no pasando día sin que alguna muriera y fuera sepultada en el mar. Las naos estaban en tan mal estado que los trabajos para mantenerlos a flote eran ímprobos, hasta llevar a los hombres al agotamiento total. Cuando recalaron en las islas Marianas, la necesidad de agua era máxima y se pretendió largar el bote para hacer aguada, pero por falta de aparejos para izarlo después se renunció a ello, y, aunque los tripulantes, desesperados por la sed, se ofrecieron a subirlo a mano, rechazó Quirós el ofrecimiento por estar la gente tan sin fuerzas que hubiera sido empeño imposible. Son elocuentes los comentarios de Quirós al respecto:

Lo que se veía eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristeza, gemidos, hambre, enfermedades y muertos, con lloros de quien les tocaba, que apenas había día que no se echasen a la mar uno o dos... Todo el pío era agua, que nos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo... Las mujeres, con las criaturas a los pechos, los mostraban y pedían agua.

Era tal el estado de postración que la muerte no se veía ya como una temible incertidumbre, sino como el alivio definitivo a los males:

Los marineros, por lo mucho que tenían a que acudir, y por sus enfermedades, y por ver la nao tan falta de los remedios, iban ya tan aborridos, que no estimaban la vida en nada; y hubo uno que dijo al piloto mayor, que para qué se cansaba y los cansaba: que más valía morir una que muchas veces; que cerrasen todos los ojos, y dejasen ir la nao al fondo. No querían algunas veces laborar, diciendo que Dios ni el Rey obligaban a lo imposible; que ellos estaban tan sin fuerzas, y si se colgaban de los brazos, no se podían sustentar sin venir abajo; y si muriesen, ¿quién los había de resucitar? Y al piloto mayor le

dijo uno que se echaría a la mar, aunque le llevase el diablo cuerpo y alma; y otros muchos le decían, que pues los sabía mandar, que les diese de comer.

Y en medio de ese estado general de angustia, agotamiento y desesperación, ¿qué hacía entre tanto la flamante Gobernadora? Disponer en su cubierta de víveres y agua en abundancia, hasta el punto de que, mientras las madres le mostraban a sus hijos en los brazos, resecos de hambre y sed, implorando agua y algo de comer, ella mandaba lavar su ropa con agua potable, de la destinada a la bebida. Y harta de oír la misma cantinela, prohibió, bajo pena de horca, que nadie pidiera que se aumentara la ración de comida o bebida.

Fue acaso esta navegación la que con más justicia hubiera justificado un motín a bordo, y, si no se produjo, fue por el estado físico de los tripulantes, en verdad límite, y porque Quirós ejercía de intermediario entre los hombres y la egoísta capitana, matizando sus arrebatos, como cuando ya en el archipiélago filipino mandó azotar a un hombre, porque había bajado a la playa sin permiso en busca de comida para su familia, impidiendo las protestas de Quirós los azotes. Todo lo más que pudo arrancar el piloto mayor de la Adelantada fue uno de los becerros que llevaba para su propio consumo, que Quirós repartió entre los aperreados tripulantes.

Por llegar cuanto antes a Manila, Quirós pasó de largo por regiones como Nueva Guinea, por tratarse de costas inciertas y desconocidas. En la travesía perdieron de vista los pequeños barcos de acompañamiento, uno de los cuales recaló en Mindanao, y el otro, el que llevaba los restos de Mendaña, dícese que apareció con las velas desplegadas y todos sus tripulantes muertos y podridos en la cubierta, como un siniestro buque fantasma que navegara en solitario por el gran océano.

Cuando el 11 de febrero de 1596 lograron fondear en Cavite, el puerto de la gran bahía de Manila, habían muerto cincuenta personas, y otras diez rindieron la vida a poco de la llegada. Cuatro tomaron hábito religioso, sin duda por la promesa contraída en los momentos de mayor zozobra. El veedor que subió a bordo quedó consternado por el estado de quebranto físico y anímico de los supervivientes, y aún más cuando comprobó que en la cubierta reservada de Isabel Barreto lucían dos hermosos puercos destinados a su propia manutención.

La Gobernadora pronto curó la tristeza por la reciente viudedad, pues casó con un capitán del galeón de Manila, Fernando de Castro. Con él viajó a Nueva España, y a partir de entonces las noticias sobre el nuevo matrimonio son confusas y se desvanecen.

Este fue el desenlace de una expedición que nació con sólidas esperanzas y fracasó a causa de la mala elección de las personas llamadas a dirigirla, desde el maese de campo Pedro Merino, verdadero envenenador de las relaciones entre españoles y de estos con los indios, hasta la sucesora en el mando, Isabel Barreto, incapaz de mirar por otra cosa que su propia persona. Incluso el Adelantado Mendaña adoleció de los defectos ya apuntados en el primer viaje, los mismos que aconsejaron al virrey Toledo no otorgarle el mando: falta de autoridad, indecisión, indeterminación... Al cabo, su ascenso no se debió al mérito, sino al parentesco, y esto es algo que tarde o temprano se paga a alto precio.

A fin de cuentas, las ricas, fabulosas islas de Salomón no eran tan pingües y fabulosas como se creía. Como expresó Fernández de Quirós, «al final faltó Salomón».

## Sarmiento de Gamboa y el poblamiento del Estrecho de Magallanes

Ya se ha hablado someramente de la rica personalidad de Pedro Sarmiento de Gamboa, según unos, gallego y, según otros, de Alcalá de Henares. Tan confiado en sus saberes y en su autoridad personal que se permitió el lujo de rehusar el mando superior de la primera expedición de Mendaña a las Salomón y conformarse con el de cosmógrafo, pagándolo caro, porque tuvo que ver cómo era sistemáticamente desoído y preterido por Mendaña y el piloto mayor, Hernán Gallego, mucho más mediocres que él en todos los aspectos. De las controversias y mutuas acusaciones lanzadas al término del viaje salió no obstante justo vencedor Sarmiento, porque, mientras Mendaña tenía que aguardar veintiséis años para que le volvieran a dar mando de flota, el virrey Toledo incorporó a Sarmiento a su séquito técnico, visitando el antiguo reino andino de los incas y escribiendo la obra *Historia de los incas*, valiosísima aportación al estudio de la sociedad incaica.

Más tarde volvemos a ver a Sarmiento en el convoy armado que trató inútilmente de dar caza a Francis Drake, cuando el pirata irrumpió de manera totalmente inesperada en el flanco occidental de América del Sur, que las autoridades españolas creían absolutamente protegido por la geografía, dado que para acceder a él había que atravesar nada menos que el estrecho de Magallanes, que se creía poco menos que inexpugnable. Pero Drake, emulando a Magallanes, lo consiguió, y esto no solo hizo saltar todas las alarmas del Imperio español, sino que supuso para Sarmiento de Gamboa la

oportunidad de hacerse con un hueco en la historia de las exploraciones.

En efecto, la Corona consideró necesario y urgente proceder a fortificar y poblar el estrecho de Magallanes, el paso de acceso por el sur a la fachada pacífica del continente americano, donde se extendía el virreinato peruano con las minas de Potosí, fuente máxima del poder español. «Cerrar» el estrecho con fuertes y pueblos se convirtió en prioridad absoluta de la política española en las Indias.

La empresa fue confiada a Sarmiento de Gamboa. Esta vez no tuvo dudas a la hora de aceptar el puesto de capitán de la flota de dos naos que se puso a su disposición para la exploración del estrecho y la localización de puntos para su fortificación y la fundación de poblaciones.

Una empresa técnicamente plagada de dificultades. Para empezar, la gran cantidad de bocas que ofrece el estrecho por la costa del Pacífico, un laberinto de canales donde el hallazgo del verdadero paso, era en sí una proeza que nunca antes había podido ser culminada, y menos aún alcanzar el Atlántico navegando de Oeste a Este. Sarmiento, a estas alturas un consumado navegante, fue el primero en inscribir este logro en el historial náutico, aunque para ello sufrieron lo indecible, porque la Tierra del Fuego es uno de los lugares más inhóspitos del planeta, remoto reino de vientos, fríos, oleajes, bajíos, hambre, indios agresivos... Todo eso más enfermedades, roturas de mástiles y aparejos y otros muchos peligros hubieron de encarar los hombres de Sarmiento, diezmados desde el principio, porque la nave almiranta, que desde la propia partida dio signos de querer desentenderse de la expedición, acabó haciéndolo, dejando sola a la capitana, *Nuestra Señora de la Esperanza*, con Sarmiento y su grupo de esforzados.

## LOS ATOLONES

Fue Charles Darwin quien, en el curso de su viaje científico por el Nuevo Mundo, observó y describió el proceso de formación de estas islas anulares, tan características del océano Pacífico.

El atolón tiene su origen en el nacimiento de una isla volcánica, en cuyo borde exterior se desarrollan las condiciones óptimas para la formación de un arrecife coralino. Los corales, al ser organismos vivos, no dejan de crecer, manteniéndose a ras del agua por sucesión biológica de unos corales sobre otros, mientras en el interior la isla volcánica sufre el desgaste y la erosión y acaba por desaparecer.

En el final del proceso, la isla interior ha desaparecido, dejando en su lugar una laguna interior, mientras en el borde continúa vivo el arrecife,



dando lugar a la conocida formación del atolón en forma de anillo, con un lago interior y un círculo emergido en el borde. Completar el proceso requiere al menos 30 millones de años y un entorno de aguas cálidas, pues, cuando estas se enfrían, en el llamado *punto de Darwin*, los corales ya no se reproducen.

Los atolones poseen una extensión variable, desde unos pocos centenares de metros cuadrados hasta más de 3500 km<sup>2</sup>, y se encuentran en las áreas cálidas de todos los mares, aunque las mayores concentraciones se sitúan en el Pacífico, como los conjuntos atolónicos de las Marshall, las Tuamotu o las Hawaii.

Pese a las dificultades, cumplieron el compromiso de reconocer a conciencia el Magallanes, levantando mapas, poniendo nombres a los accidentes geográficos, tomando posesión de las costas y ubicando potenciales emplazamientos para el asiento. Pero navegando a veces «con el credo en la boca», sobre láminas de agua tan someras que apenas sustentaban al barco, con riesgo cierto de encallamiento, recibiendo la hostilidad de los indios patagónicos, una de cuyas flechas impactó entre ambas cejas del capitán.

Finalmente, salieron al Atlántico, y Sarmiento de Gamboa puso rumbo a España, llegando el 19 de agosto de 1580 para rendir informe de su viaje, lo que hizo personalmente a Felipe II en Badajoz, a la vez que se ponía a disposición de la Corona para asumir la misión colonizadora.

Misión que pronto estuvo aprestada, por la urgencia que había en poblar y fortificar aquellos lejanos territorios. El 9 de diciembre de 1581 zarpaba de España una nutrida armada de 16 barcos y 3048 personas, una nueva leva extraída de la Península ibérica que, si pudo ser una fuente constante de colonos para las Indias, se debió a la pobreza de sus gentes, todas apegadas a los ásperos, cicateros campos de Castilla y Andalucía, que esperaban librarse de sus vidas míseras, sin más horizonte que penurias y estrecheces, arrancando malamente la subsistencia a unos campos mezquinos, para soñar con mundos nuevos y opulentos, los que solo podían ofrecer las Indias. El Imperio español era poderoso, pero sus gentes, pobres, y gracias a esa miseria secular de la España profunda hubo hombres y mujeres para poblar las Américas, que, de haber vivido con holgura, nadie hubiera dejado su terruño.

Aunque, de saber las penalidades que esperaban a esta partida de colonizadores, hubiéranse quedado de buena gana en Castilla. Una vez más, hubo un error en la elección del Capitán General de la flota, nombramiento que recayó en Diego Flores de Valdés, mientras Sarmiento de Gamboa figuraba como Gobernador y poblador del estrecho. En la propia travesía se produjeron ya muchas bajas, y la indisciplina fue la tónica general, menudeando los robos que el Capitán General no supo atajar, cundiendo el descontento. Una de

las naos se fue a pique con 300 personas y otras dos naufragaron en las cercanías de las costas del Brasil, de modo que no fue sino hasta mediados del año 1583, año y medio después de la partida, cuando alcanzaron la puerta del estrecho de Magallanes. Como les había ocurrido a otros marinos pusilánimes, la boca del Magallanes, con sus fortísimos vientos huracanados, debió infundir temor en el ánimo del capitán Flores de Valdés, que volvió la espalda a los elementos, abandonando la expedición con otras dos naos y retornando al Atlántico. Un nuevo golpe a la moral de los colonos restantes, que quedaban con un solo barco a las órdenes del valeroso Sarmiento. Aunque intentó penetrar por el estrecho, los vientos y el hecho de quedar sin apoyo de naves forzaron su regreso a Río de Janeiro, donde sumó a la empresa otras cuatro naos y un capitán menos medroso que Flores, Diego de la Ribera.

Juntos reemprenden la carrera hacia el Sur, con 500 hombres y mujeres, penetrando en el estrecho de Magallanes el 4 de febrero de 1584, cuando habían pasado más de dos años desde que zarparan de la Península.

En la entrada oriental del Magallanes, próxima al cabo de las Once Mil Vírgenes, 300 personas instalaron la primera fundación en la Tierra del Fuego, a la que bautizaron Nombre de Jesús, aunque pronto la trasladarían a un lugar más propicio. Mientras Diego de Ribera navega en pos del lugar previsto por Sarmiento para una segunda fundación, este se dirige a pie con una partida de cien hombres, sufriendo en el camino penalidades sin cuento, como tener que acabar caminando descalzos, llagados, mal vestidos, soportando fríos intensísimos y recibiendo la hostilidad de los indios y sus flechas.

Encuentran fondeado el *María, de Ribera*, en paraje conveniente y proceden a fundar la población Rey Don Felipe, diseñándose al estilo español de calles rectangulares y plaza Mayor. Sarmiento navega a Nombre de Jesús para dar noticias y volver después a Rey Don Felipe con materiales y provisiones de refresco, como corresponde a un prudente jefe de colonización, pero entonces todos los elementos y el destino se confabulan contra él, convirtiendo su sueño en una pesadilla, increíble como todas las pesadillas. Y mientras se narran los sucesos que le acaecieron, piense el lector en los pobres colonos, abandonados a su suerte (Ribera también había partido) en el lugar más desabrido de la Tierra. Cuando Sarmiento está iniciando el regreso a Rey Don Felipe, se desencadena un viento formidable que quiebra el cable de la nao y arrastra la nao al Atlántico. Arrumba a Río de Janeiro, para reparaciones y para hacer acopio de víveres con que socorrer a sus pobladores, a los que supone faltos de bastimentos, y enseguida

parte de nuevo hacia el sur, pero un temporal empuja a la *Santa María* contra la costa, y, aunque se salvan, la nave se hace pedazos. Procuran otro barco y vuelven a Río para repetir la intentona, pero una nueva y furiosa tempestad los devuelve a la ciudad brasileña cincuenta y un días después.

Ante semejantes infortunios, Sarmiento no consigue allegar nuevos fondos de los acreedores, cansados de no obtener réditos a su inversión, por lo que se embarca en un barco portugués para acudir a España en demanda de auxilios para sus colonos, pero en la ruta son apresados por naves inglesas, que llevan a nuestro personaje a Plymouth, donde es recluido en prisión. La noticia llega a oídos del protegido de la reina, Walter Raleigh, quien mantiene en latín una larga conversación con Sarmiento, quedando cautivado por sus conocimientos y la relación de sus muchas aventuras. Raleigh le proporciona una entrevista con la propia reina en Londres, que le concede la libertad y le procura auxilio.

Hallamos ahora a Sarmiento atravesando Francia, pensando siempre en la suerte de sus pobladores, pero en Bayona es encarcelado por los hugonotes, que lo encierran durante tres años en Mont de Marsan y, finalmente, es rescatado por Felipe II a cambio de 6000 ducados y un tronco de cuatro caballos escogidos. El monarca lo recibe en El Escorial, y Sarmiento le encarece acudir cuanto antes en socorro de los fundadores de la colonia magallánica, como había estado haciendo de modo incesante por carta durante todos estos años.

Mas, para entonces, todos habían muerto de inanición. Hubo una posibilidad de que sobrevivieran, cuando el pirata Thomas Cavendish fondeó el 3 de enero de 1587 a la entrada del estrecho de Magallanes, frente al cabo de las Once Mil Vírgenes. Durante la noche, los ingleses vieron el resplandor de unas hogueras, encendidas por los todavía supervivientes españoles, y decidieron acudir a investigar en un bote. Se entrevistaron con tres españoles en una playa, y, mientras Tomás Hernández embarcaba en la chalupa inglesa, los otros fueron a avisar a los que aún quedaban vivos, doce hombres y tres mujeres, para que se prepararan para embarcar con Cavendish. Pero este, viendo bonancible el clima, lo aprovechó para olvidar arteramente su oferta y abandonó a su suerte a los pobladores. Pasaron luego por la fundación Rey Don Felipe, donde contemplaron los cuatro fuertes levantados por los españoles, la iglesia y varias viviendas con cadáveres. Incluso colgaba de una horca el mundo esqueleto de un español ajusticiado. Cavendish trocó el nombre de la población por el de Puerto del Hambre, que es el que ha subsistido.

En cuanto a Sarmiento de Gamboa, no dejó de implorar una y

otra vez que se aprestara flota para auxiliar a sus colonos. No pudo partir hacia América hasta el año 1591, cuando fue designado almirante de la armada que salió de Cádiz hacia el Nuevo Mundo para custodiar a su regreso la flota de los galeones de la Carrera de Indias.

Pero Sarmiento de Gamboa no logró llegar. Debilitado y enfermo, murió en la desembocadura del Tajo en 1592, cuando frisaba los sesenta años.

### Fernández de Quirós y la *Nueva Jerusalén*

Pedro Fernández de Quirós fue una personalidad sumamente interesante y original en la gran historia de los descubrimientos del Pacífico Sur. Había nacido hacia 1565 en Évora, Portugal, pero criado en Lisboa, donde entró en contacto con los círculos náuticos tan en boga en la época y en ese país de grandes navegantes y de probada vocación marinera. Pero Portugal, confinada en las Molucas y poco más, se quedaba pequeño para las grandes ambiciones descubridoras de quien se creyó «otro Colón», y solo España podía ofrecer correspondencia a sus sueños. De modo que entró al servicio del Galeón de Manila, donde desempeñó oficios de escribano y sobrecargo, pero su inquietud intelectual lo llevó a no conformarse con un buen pasar, sino que aprovechó las singladuras para ampliar sus conocimientos, especialmente sobre todas las materias de la náutica, forjándose una preparación técnica que le sería decisiva en sus ulteriores cometidos.

Casó muy joven con la madrileña Ana Chacón, y considerando cumplida su fase preparatoria da un gran salto técnico y personal, porque se enrola como piloto mayor en el segundo viaje de Mendaña, el que tenía por objeto la colonización de las islas Salomón, descubiertas en su primer viaje.

Lo vimos aquí como un hombre templado, prudente, que supo capear el duro temporal de los caprichos de una Isabel Barreto arbitraria, egoísta en extremo y fríamente indiferente al sufrimiento de los hombres, mujeres y niños de su tripulación. Quirós evitó sin duda que se amotinaran, lo que bien se merecía la ilustre Gobernadora y Capitana, pero el motín fue algo siempre muy mal visto por la Corte y castigado con rigor, y ahí es donde demostró Quirós su fidelidad al orden establecido.

Con el flamante matrimonio Castro-Barreto regresa desde Manila a la Nueva España, pero ya lleva dentro el gusanillo del descubridor, ese inconformismo que lleva a algunos elegidos a salir

del espacio rutinario que los rodea y a idear proyectos, proponerlos y, en el mejor de los casos, ejecutarlos. En la mente de Quirós lo que rondaba era esa colonización abortada de Álvaro de Mendaña.

Propone el proyecto al virrey Luis de Velasco, hijo de aquel otro Velasco que rechazó a Mendaña, y ahora es él quien recibe el rechazo cuando presenta su diseño para descubrir y colonizar esa *Terra Australis*, la *Quarta Pars* incógnita que, según su propia intuición y la opinión de no pocos expertos, desde Ptolomeo a Mercator, debe situarse en algún lugar del Pacífico Sur, entre el estrecho de Magallanes y Nueva Guinea.

Pero Quirós no era hombre de los que se rendían a la primera y decide llevar el caso a la metrópoli, aunque para eso haya de atravesar una vez más el Atlántico. Pero lo hace, aunque por falta de recursos tarde año y medio en llegar a Sanlúcar de Barrameda. En feliz momento, porque arriba en 1600, enterándose de que es año jubilar romano, y en un destello de genial imaginación decide plantear la expedición al mismísimo papa, por lo que sin dilación dirige sus pasos a Roma, vistiendo hábito de peregrino.

En la ciudad eterna logra que el embajador de España Antonio Fernández de Córdoba le procure una entrevista con Clemente VIII. Y el santo padre, subyugado por la propuesta de Quirós, que ha revestido el proyecto de misión evangelizadora en estado puro, le proporciona valiosas cartas de recomendación para el rey Felipe III. Su estancia en Roma y su visita al papa le harán entrar desde entonces en un extraño estado de fervor religioso, rayano en el misticismo.

Como han sabido Quirós y todos los emprendedores, en España no basta con tener un buen proyecto, hace falta alguien que lo avale. Buenos proyectos requieren buenos valedores, y no lo hay mejor que el papa en la católica corte española. El rey despacha sin dilación cédulas autorizando la expedición, y no solo eso, sino que, a diferencia del contrato con Mendaña, que imponía a este todo el coste de la empresa, en este caso lo asume la Corona: «Yo desde agora lo doy por bien gastado y pagado».

Con tan favorables títulos acude presto Quirós a Lima, presentándolos al virrey, que para fortuna suya ya no es Velasco, pues de serlo no hubiera habido viaje, por muchas cédulas reales y papales que exhibiera, como ya le ocurriera a Mendaña, pues no hay cosa que irrite más a los poderosos —y a los no poderosos— que tener que doblar la voluntad por la de otra instancia superior. El nuevo virrey es Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, que venía de ocupar el mismo cargo en Nueva España (pasar al virreinato del Perú se consideraba un ascenso), y no discute las provisiones reales.

Quirós redacta unas minuciosas instrucciones a sus capitanes, que dan fe de los muchos conocimientos que ha acumulado en tantos años de navegaciones, desvelando los secretos del mar para prevenir sus comportamientos, como el color de las aguas, que alumbra sobre la naturaleza del fondo; o las aves, pues, si se trata de gaviotas, patos u otros que cita, son indicio de tierra próxima, pero no si vuelan pardelas, que estas se adentran en el océano profundo, y más orientaciones para que ya en tierra los hombres no se dejen engañar, no comiendo de hierbas o frutas sin ver antes que los comen los pájaros o los monos. También se contenían prevenciones sobre el trato a los naturales, que ha de ser «como el de padre a hijos».

Con respecto a la conducta de los hombres, se muestra inflexible: está prohibido proferir blasfemias y jugar cartas o dados, y cada día se rezará una salve y letanías a Nuestra Señora de Loreto. Se ha dicho que el espíritu religioso de la expedición insuflado por Quirós era tal que obligaba a todos los hombres a vestir el hábito franciscano, pero probablemente no deje de ser una exageración de los cronistas. Sí iban a bordo seis franciscanos, cuatro ordenados y dos legos, todos a cargo del anciano fray Martín de Munilla, ya octogenario, autor de un relato del viaje y que acabará muriendo en el de retorno, consumido por las fatigas. Y cuatro hermanos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, para la cura de enfermos.

El 21 de diciembre de 1605 zarpó de El Callao la expedición al mando de Pedro Fernández de Quirós, con dos barcos mayores, el *San Pedro* y *San Pablo* y el *San Pedro*, y un patache con facultad de navegar a remo, para las aguas de poco fondo. Aunque Quirós escribió que para la jornada embarcaron entre 250 y 300 hombres, el número real serían unas 160 personas. Cargaron además abasto suficiente para emprender una colonización, aunque no mujeres.

Viajaba como segundo Luis Váez de Torres, leal y fiable marino, pero también se embarcaron otros que lo eran menos, como el piloto mayor Ochoa y Diego de Prado y Tovar, un hidalgo voluntario que aspiraba a hacerse con el mando supremo de la flota. En todas las expediciones hubo elementos discordantes, pero no siempre hubo un Hernán Cortés o un Magallanes para cortar de raíz y mediante métodos expeditivos la más mínima discrepancia.

La orden general era que, si no se avistaba tierra intermedia, las naves debían juntarse en la bahía Graciosa, de la isla de Santa Cruz descubierta por Álvaro de Mendaña. De camino avistan un buen número de nuevas islas y atolones, a todos los cuales pondrán nombres de santos o santas, que no obstante carecen de agua y adecuados fondeaderos. Ensayan, con éxito, un aparato para desalar el agua marina inventado por Quirós. Se trata de un alambique,

cuyo defecto es que necesita abundante provisión de leña, que apenas hay, aunque el artefacto prueba la capacidad imaginativa del capitán. Tras seis semanas de navegación, comienzan las protestas soterradas, porque la anhelada *Terra Australis* no aparece. Quirós determina corregir el rumbo y toman ahora Nornoroeste, ruta en la que encontrarán varias islas pertenecientes a las Tuamotu, de escasa entidad, salvo un gran atolón de 20 leguas de largo por 10 de ancho que proporciona copiosa cantidad de cocos y donde plantan cruces. La armada recupera francamente la dirección del poniente. El piloto mayor Ochoa da ocasión para las murmuraciones, porque exhibe muestras inequívocas de desertión, separándose del resto de la flotilla más de lo conveniente, aunque Quirós desoye los rumores.

Dejan atrás las Tuamotu y siguen sin encontrar islas con buenas ensenadas donde fondear y hacer aguada, aunque una, la que llaman *isla del Pescado*, les ofrece tan gran cantidad de peces que pueden matarlos a palos.

El ambiente se enrarece por momentos, por los muchos días que llevan confinados en las embarcaciones, y las riñas menudean. Los desacuerdos entre el piloto Ochoa y el capitán general suben de punto, rozando ya la insubordinación, y esta vez Quirós decide sustituirlo y arrestarlo, poniendo al frente del pilotaje a Pedro Bernal, que era piloto del patache.

Arriban a la isla de Taumaco, por fin una tierra con buen fondeadero y agua y fruta en abundancia, el mejor remedio contra el riesgo de escorbuto. Se hallan no lejos de Santa Cruz, porque los pobladores tienen noticias de lo que le sucedió al reyezuelo Malope, muerto por la facción facinerosa de los hombres de Mendaña.

Zarpan del lugar el 18 de abril, de noche y con poca vela, a causa de navegar por aguas desconocidas, y pocos días después avistan el que será el destino del viaje, las Nuevas Hébridas, nombre dado por Cook a su paso por ellas. Por el momento, Quirós bautiza a la primera isla como Cardona, en homenaje al título de Antonio Fernández de Córdoba, que tanto hizo por que el proyecto prosperara. Es isla grande, de 5000 km<sup>2</sup> y una altura superior de 1810 metros.

Pero luego la isla recibirá su nombre definitivo, Australia del Espíritu Santo, con lo que Quirós da a entender que ha rematado felizmente el objetivo de la expedición. Más tarde, la isla conservará el nombre de Espíritu Santo y el de cabo de Quirós, así como el nombre con que se bautiza la bahía donde fondean, San Felipe y Santiago.

Quirós entra entonces en un estado de arrebató en el que mezcla lo religioso con los delirios de grandeza, y la expedición penetra en

los ámbitos del mejor surrealismo hispano. El 15 de mayo de 1606 comienza la construcción de la colonia, que Quirós bautiza como *Nueva Jerusalén*, armando caballeros a casi todos los tripulantes, lo que hace decir con ironía al fraile Munilla que, «donde antes solo había marineros y grumetes, ahora ha surgido tan grande cantidad de caballeros». No contento con eso, nombra ministros de Mar y de Guerra, además de regidor, factor, contador, tesorero y otros muchos cargos, que todos juran con pomposa solemnidad.

También se marcan solares y se siembran legumbres, cereales y frutos peninsulares, todo lo cual es signo de la intención de Quirós de fundar una colonia española con todos sus fundamentos.

Pero la vida de la fundación será efímera: un buen día, o más propiamente una noche, Quirós parte con la capitana en plena oscuridad, a cencerros tapados, sin aviso previo, dejando boquiabiertos a los tripulantes de los otros barcos. Según otra versión, se habrían producido fuertes disensiones internas, y Quirós anuncia que al día siguiente se abandonaba la fundación y se buscaban nuevos parajes.

Ignorándose las verdaderas razones, lo cierto es que se produce la salida de los barcos: el de Quirós, por su cuenta; el *San Pedro* y el patache, para tratar de reencontrarse con el Capitán General. Pero este encuentro no se produce. La salida es desordenada, y soplan vientos fortísimos que obligan a la almiranta de Váez de Torres y al patache a desandar camino y regresar a la base. Mientras, la capitana de Quirós vence los vientos y se adentra en mar abierto. Según la relación que dio Quirós de los acontecimientos en el proceso de información que se abrió para averiguar las causas de tan extraño desenlace, habría ordenado arrumbar a Santa Cruz, como estaba previamente convenido, y, viendo que no estaban las otras naos, determinó navegar a Filipinas para informar de los descubrimientos hechos y de cómo se había cumplido el propósito de la jornada, el descubrimiento de la *Terra Australis*. Desde Manila, habría viajado por la ruta tan bien conocida por él del Galeón, rindiendo viaje el 20 de octubre de 1606 en el puerto novoespañol de Navidad.

Mas las versiones alternativas no serán tan benévolas. Váez de Torres se quejó de la incomprensible conducta del capitán, que se fue de noche, «como huyendo», y, aunque al alborear del nuevo día fueron a buscarlo, no lo hallaron, por lo que retornaron a la bahía. Y Diego de Prado es aún más duro en sus juicios, pues acusó sin ambages a Quirós de mentir en su declaración, y que la realidad fue que Quirós, enfermo y débil, perdido todo ascendiente sobre la marinería, fue objeto de un motín, en el que, aunque le perdonaron la vida, lo confinaron en su camarote. De ser cierto, el destino más



deshonroso posible para un capitán. Lo que ocurrió en realidad no se sabe, como nunca se supo la verdad de los sucesos que causaron la muerte de Magallanes. Lo cierto es que Quirós fue exonerado de los cargos.

La *San Pedro* y el patache acudieron a Santa Cruz, donde en vano esperaron durante semanas la llegada de Quirós. Pasadas las cuales, Váez de Torres abordó la singladura que lo llevaría a avistar Australia. La historia de Pedro Fernández de Quirós no termina aquí. Le resta una parte esperpéntica, como no podía ser menos en este personaje desmesurado. Liberado de culpas, como en los virreinos ya no le prestan atención, intenta repetir la jugada del principio: viajar a la corte para obtener directamente el favor real.

En Madrid se instala en una modesta pensión y se dedica de una manera frenética a escribir memoriales al rey, a los ministros, a los responsables del Consejo de Indias, pidiendo haberes, mercedes, reconocimientos y el mando de una nueva expedición, para rematar la obra a medias dejada. El estado de su economía es tan paupérrimo que ni siquiera puede pagar la pensión ni los papeles con que redactar sus memoriales, se desvencijan sus vestidos, sufre enfermedades que no puede curar por no tener con qué pagar los remedios, pasa tales hambres que le quitan el sueño de noche, y «el segundo Colón» acababa prácticamente viviendo de la mendicidad y de las ayudas que le prestan algunos amigos, aunque a todos promete compensar cuando le satisfagan lo mucho que le adeudan.

Durante siete años, los mismos que empleó Colón en lograr que se aprobara su empresa, Quirós redacta peticiones y memoriales. Su negocio es puesto sobre la mesa del Consejo de Indias hasta en veinte ocasiones. Se le concede una ayuda de costa de 300 ducados y otros 100 al mes para que sobreviva, bajo condición de que cesara en sus demandas. Y al final, en parte por hartura de los destinatarios, en parte para que no cambiara de bando y se pasara a Inglaterra con la mucha información que atesoraba, el rey acuerda que don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache y nuevo virrey del Perú, resuelva el negocio de Quirós y le apreste una armada. «Y con esto queda zanjado el asunto de este hombre», reza un pliego del Consejo.

Pero el sueño tan largo y sufriendamente acariciado no llegará a cumplirse. Demasiados padecimientos físicos y morales han hecho mella en la salud del extravagante Quirós. Cuando finalmente ha conseguido embarcar con destino a las Indias para hacer buenas las cédulas reales, muere al poco de llegar a Nueva España.

Con el viaje de Pedro Fernández de Quirós termina la época de las grandes navegaciones españolas en el Pacífico. España, agotada por la conquista, colonización y mantenimiento de un Imperio

vastísimo y ganado en muy pocos años, daba evidentes signos de agotamiento, en buena parte a causa de reyes y gobernantes incompetentes (de lo segundo deriva lo primero), porque, como dijo con sagacidad y razón Fernando el Católico, «los españoles precisan buenos gobernantes». Habrá que esperar hasta el siglo XVIII para que España reemprenda la aventura de las expediciones, ahora en competencia cerrada con otras potencias extranjeras, que no cesaron en sus intentos por debilitar y apoderarse de las posesiones españolas, singularmente Inglaterra. El empeño explorador en el Pacífico se recuperará con los viajes de Boenechea y de Mourelle de la Rúa (quien en una singladura rutinaria desde Filipinas a Nueva España descubrió de modo casual las islas de Vavao), y sobre todo con la exploración sistemática de la costa pacífica de América del Norte, que llevaría a los barcos españoles hasta Alaska, y que dejaría un nuevo rastro de hitos gloriosos para la gran crónica de las navegaciones españolas por el Pacífico.

### El viaje de Váez de Torres. El avistamiento de Australia

Dejamos a Váez de Torres con el *San Pedro*, o *San Pedrico*, como era cariñosamente llamado, y el patache *Los Tres Reyes*, al mando de Gaspar González Gómez, esperando infructuosamente a Quirós en Espíritu Santo durante dos semanas, tiempo que estima suficiente para tomar sus propias decisiones y para abrir el pliego reservado que ha dispuesto el virrey del Perú para el caso de ausencia o muerte de Pedro Fernández de Quirós.

La instrucción contempla que en tal caso se descienda hasta la latitud austral de 20º y, de no encontrarse tierra, se prosiguiera hasta Manila. También se prevé la sucesión de Quirós, disponiendo que el mando ha de recaer en Diego de Prado y Tovar, quien iba a bordo como «entretenido», esto es, como aspirante a cargo, el que ahora le otorga el virrey. Y aunque pudiera ser así nominalmente, y al menos en un principio, y aunque en sus crónicas Prado no deja de recordar que es él quien descubre y bautiza los accidentes, la superioridad náutica de Váez de Torres es tal que es él quien acaba haciéndose de modo indiscutible con la dirección de la expedición, que llevó de forma magistral, y a cuya pericia se debe que no quedaran los barcos embarrancados o despedazados en los bajíos y arrecifes. Como se ha señalado, el viaje de Torres «es el más atrevido y mejor manejado de los que han llevado a cabo los españoles en las aguas desconocidas del océano Pacífico».

Váez de Torres convocó junta de oficiales para conocer las

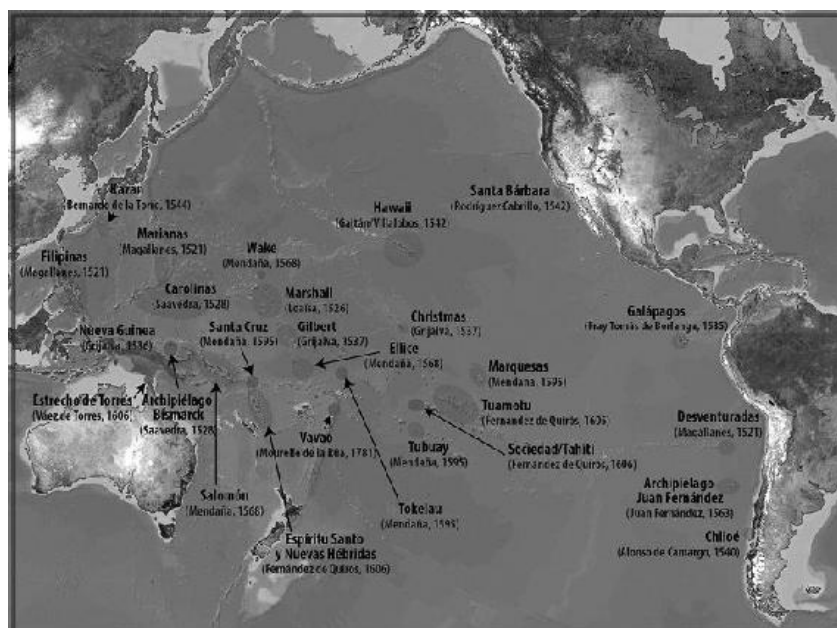
opiniones sobre la derrota a seguir, y, aunque todos fueron partidarios de dirigirse a Manila sin dilaciones ni rodeos, Torres impuso su criterio de seguir estrictamente las instrucciones del virrey, pues, como él mismo escribió en su crónica, «mi carácter era distinto al del capitán Pedro Fernández de Quirós», lo que, por otra parte, demuestra quién llevaba en realidad el mando.

De modo que, de acuerdo con esas instrucciones, descenderán hasta los 21º, más allá de la latitud señalada, para luego remontar en dirección noroeste. Al contornearla descubren que la gran *Australia del Espíritu Santo* no es tal, sino una isla más. Y la ruta los lleva ahora a la que bautizan como Buenaventura, la isla de Tagula, aunque en realidad ya están tocando el extremo oriental de Nueva Guinea, como acertadamente intuye Torres, y que recorrerán a lo largo de todo su flanco sur, llamándola Magna Margarita.

Se trata de Nueva Guinea, que será bordeada en todo su perímetro sur, buscando fondeaderos para reponer y hacer aguada, y las crónicas de Diego de Prado suministrarán, además de valiosos mapas, jugosas noticias acerca de los naturales y la fauna de la isla. Porque Nueva Guinea es un verdadero santuario de especies, con una biodiversidad única en el planeta, por haber estado separada de otras tierras durante muchos millones de años. Del mismo modo que Australia, o la propia América del Sur, que «navegó» en solitario sobre las placas tectónicas durante setenta millones de años, generaron en el curso de la evolución darwiniana especies propias, exclusivas, los llamados *endemismos*. Nueva Guinea y Australia albergan auténticas rarezas, algunas de las cuales describió el navegante y cronista Prado, cuyas descripciones vívidas y coloristas contrastan con las hartas más sobrias del capitán Váez.

Así, Prado habla de los pájaros de vivos colores «que parlotean con voz humana»; de las abigarradas colonias de pichones blancos que les sirven para engrosar la dieta; de la isla de Perros, donde hay tantos que también les sirven de manutención; de la isla que llaman de los Ostiones por la inmensa cantidad de ellos, y a las Cantáridas las bautizan así por la insólita abundancia de coleópteros; habla de un extraordinario marisco de vara y media con 10 libras de carne dentro, sin duda, la venera gigante, el mismo molusco cuya concha de inferior tamaño se colgaban los peregrinos del Camino de Santiago; de la esclavina; o del caimán «de 40 pies» que, estando fondeados, venía cada noche al costado del barco por ver si caía hombre. Una exageración, sin duda, porque la especie probable, el peligroso devorador de hombres caimán de costa, no suele sobrepasar los siete metros, pero es sabida la tendencia de los españoles de entonces a duplicar y hasta triplicar las medidas y números de todo. Y sobre todas las maravillas destaca a un

extrañísimo animal, cuya descripción coincide con el casuario, ave muy grande y no voladora propia de las latitudes australes. Los naturales y sus costumbres también son objeto de la curiosidad del cronista. Al quedar al paio por las noches veían el resplandor de hogueras prendidas, señal de que aquellas costas estaban habitadas. Observa que, en una isla, los habitantes, altísimos, de hasta dos metros y medio (otra demasía), se sustentan de carne de tortuga; en otra isla, la dieta es más variada: ñames, cocos, cerdos salvajes, pescados y mariscos; cuenta que, en otra, los nativos han montado sus cabañas en lo alto de los árboles, seguramente por causa de los continuos enfrentamientos tribales; en una bahía se topan con una barca de pescadores, todas mujeres.



*En su asombrosa exploración del Pacífico, España descubrió la mayoría de sus islas y archipiélagos*

Los naturales los reciben bien o mal según el talante de cada tribu. En una los dejan que lleven algunas mujeres mozas para el servicio a bordo, pero en otras se muestran reacios o francamente hostiles, teniendo que emplearse a fondo y con armas para repeler los ataques («Les dimos un Santiago», dice Prado).

Pero no se trataba de un viaje precisamente de placer, a pesar de las narraciones. Todo lo contrario, fue un viaje extremoso en sus peligros, que Váez de Torres supo llevar con mano maestra, porque estaba infestado de arrecifes coralinos, de bajíos y de escollos. Hubieron de navegar con poca vela, despacio, con todos los sentidos trabajando al límite de la atención y el cuidado. No pocas veces

tuvieron que apartarse declaradamente de la línea de costa, para no topar con los traicioneros arrecifes, cuya presencia a veces se detectaba por los rompientes, pero que otras quedaban semiocultos por la flor del agua. Que no se hicieran pedazos los barcos en aquellas aguas arteras es milagro, y fue debido a la pericia extraordinaria de Váez de Torres, navegante prácticamente desconocido, y que solo por salir con bien de aquellos mares plagados de trampas mereciera un puesto de mayor rango en la historia de las navegaciones españolas.

Porque no solo hubo bajíos y arrecifes, sino también corrientes y mareas que tuvieron que sortear. La travesía de un canal, corto pero estrechísimo, les llevó dos jornadas enteras; en otro lugar, vientos contrarios les impedían la salida, y Váez se sirvió de la fuerza de la vaciante para escapar del encierro; la marea fue también la causa de que a punto estuvieran de encallar: al caer la tarde, se refugiaron en una bahía con el fondo justo para sustentar las naves, pero a medianoche percibieron que la marea estaba bajando, con grave peligro de embarrancamiento: «A la medianoche empezó la nao a dar culadas en el suelo, que de no ser de lodo se hiciera pedazos; aligeramos el combés y largamos el cable, y con esto se remedió. La lancha estaba arrinconada a la isla, y con ser navío pequeño pasó el propio peligro». Al cabo llegaron a la angostura que más de siglo y medio después el capitán Cook bautizaría con todo merecimiento como estrecho de Torres, su nombre definitivo. Aquí se ubica la hazaña mayor de Váez de Torres, ya que, al atravesar este estrechamiento que comunica el océano Pacífico con el Índico, durante dos jornadas, exactamente los días 2 y 3 de octubre de 1606, avistan el extremo norte de Australia, concretamente la península de York, siendo el primero en hacerlo, por más que ciertos autores hayan querido atribuir el descubrimiento a los holandeses.

Al salir de la angostura se encuentran con alivio, y por primera vez, sobre el cuerpo de aguas libres de escollos y ponen rumbo a las Molucas, aunque sin saber con exactitud dónde se hallan. Pero en la isla que llaman de las Cinco Hermanas encuentran en un mercado local objetos de hierro y loza y artículos chinos, señal segura de que la gran zona comercial moluqueña no se halla lejos. Lo que viene a confirmarse en la isla de las Buenas Nuevas, así bautizada porque un nativo vestido de colorado les chapurrea en portugués, se alegra sobremanera de saberlos castellanos y no portugueses, les informa sobre la presencia europea en la zona y los ubica sobre dónde están, porque ya se sentían francamente perdidos. Al día siguiente llegó con su jefe y con un moro capturado casi niño en la jornada de Lepanto y llevado como esclavo por todos los mares.

Arribaron finalmente a Ternate, núcleo de la especiería, donde el gobernador español los recibe con efusión, y al que ayudan en sus escaramuzas con los nativos locales, enredándose en ellos como siempre que acaecía a cuantos pisaban ese semillero permanente de conflictos que fueron las Molucas. Váez le cede finalmente el patache *Los Tres Reyes* y veinte hombres para ayudarlo en sus luchas, y pone proa a Manila, redactando el informe de la jornada que, antes que al rey, envía a Fernández de Quirós, como muestra de una lealtad de la que nunca desertó este marino de talla moral y profesional gigantesca.

### La expedición de Simón de Alcazaba

Descubierto por Fernando de Magallanes el estrecho de su nombre, el tan afanosamente buscado paso de conexión del Atlántico y el Pacífico, la Corona española pretende ahora consolidar las posiciones en el lugar, que, aunque remoto, pudiera ser utilizado por otras naciones, que ya están afilando sus armas para participar en el reparto del Nuevo Mundo. Estas suspicacias españolas se confirmarían poco después, cuando Drake irrumpe por el paso y asola el frente sudamericano del Pacífico.

Por el momento, España otorga capitulación a Simón de Alcazaba, de origen portugués y que llevaba tiempo acariciando el proyecto de fundar en el Sur, en la confianza de que «pronto tendría tanta o más renta que el condestable de Castilla». Podría haber sido en efecto un Pedro de Valdivia, porque recibió una capitulación desde el límite de la gobernación de Francisco Pizarro, doscientas leguas hacia el estrecho de Magallanes, obligándolo a poblar «con 150 personas del reino de Castilla y de otras partes permitidas».

Pero Simón de Alcazaba no era Pedro de Valdivia. Zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1534 con dos naves, la *Madre de Dios*, capitana, y la *San Pedro*, y un total de 250 personas a bordo. Era tal la prisa de Alcazaba por llegar a destino que pasó de largo la parada obligatoria en La Gomera para hacer aguada, por lo que sus hombres tuvieron que beber vino durante cincuenta días, lo que demuestra que los grandes exploradores no eran los aventureros intrépidos y temerarios, sino los que preparaban a conciencia y con rigor planificador sus expediciones y conquistas. Y también los que combinaban la autoridad con el buen trato, lo que estuvo fuera del alcance de Alcazaba, que ya en la travesía se enemistó con buena parte de sus hombres, si bien estos eran todo menos gente recomendable, como enseguida se verá.

En enero de 1535, una vez repuesta la provisión de agua en Río Gallegos, llegan a la entrada del estrecho de Magallanes, donde ven restos de la malograda nave *Sancti Spiritus*, de la expedición de frey García Jofre de Loaísa, nao que comandaba Juan Sebastián Elcano y que se deshizo contra los rompientes. Una cruz se levantaba en el lugar, y al pie, junto a los rotos mástiles, una leyenda con el sucinto relato de los hechos.

Se abastecieron con la carne y la grasa de lo que creyeron lobos marinos, pero describieron como «leones», por su bramido y ferocidad, aunque eran en realidad elefantes marinos. Y en la isla de Patos también hacen provisión, aunque no eran patos, sino pingüinos, pero los españoles siempre simplificaron a la hora de describir la fauna del Nuevo Mundo, y así llamaron «tigres» a los jaguares, «lagartos» a los caimanes o «leones» a los pumas. Y cuando se adentran en el estrecho, los rodean montañas «más altas que las sierras de Segovia».

No pudiendo cruzar el estrecho, se quedan a invernar en el puerto de Lobos, y Simón de Alcazaba dijo hallarse en el corazón de su conquista, tomando posesión como Gobernador y nombrando capitanes, alférez y cabos de escuadra.

Ya como flamante gobernador se interna en misión exploratoria en la tierra de su jurisdicción, pero al poco tiene que abandonar la marcha por enfermedad y regresar a las naves, continuando el resto de la partida. Encuentran un río con agua «como la del Guadalquivir», y han de comer raíces, hierbas y tubérculos silvestres, y siguen a una vieja india que por gestos les ha indicado un lugar donde abunda el oro, caminando 500 km hasta llegar a los mismos Andes, porque se topan con montañas tan altas «que llegaban al cielo».

Es a la vuelta de la partida expedicionaria cuando se fragua la traición. Los capitanes Juan Arias y Gaspar Sotelo se conciertan en secreto para encabezar una sedición que prenda a los oficiales y mate al Gobernador. Tres cabos de la conjura se adelantan a los demás, llegan de noche al puerto donde están fondeadas las naves, suben a bordo de la capitana y asesinan a Simón de Alcazaba y a su piloto. Luego llegan Arias y Sotelo, se apoderan del mando y hacen presos a los oficiales, e impiden que se acerque a las naves el grupo de hombres que también llegaban.

Arias comunica a sus secuaces que su intención es hacerse con las naves y convertirse en asaltante de barcos de todas las naciones, mientras que Sotelo tiene otros planes. En estas discusiones, uno de los capitanes leales a Alcazaba, Juan de Mori, logra hacer llegar una carta al maestre de la capitana, Juan de Echaruaga, convenciéndolo para que deje de secundar los planes rufianes de Arias y retorne a la

legalidad.

Mientras, Arias ha llegado a intentar ahogar a Sotelo, y Echaruaga acaba por entrar en razón y una mañana, con su grupo de leales, prende a los rebeldes dando vivas al rey. En juicio sumario sentencian a los cabecillas y los degüellan, y deciden abandonar tan infaustos parajes. Se aprovisionan con carne abundante de lobos marinos y emprenden el viaje de regreso costeando el Brasil, donde no dejarán de sufrir nuevas incidencias, entre ellas, el hambre extrema, que socorre un portugués que llevaba veinticinco años viviendo entre los indios y que gobernaba una pequeña nación de mil nativos, de la que era poco menos que su reyezuelo y sultán. De aquella flamante expedición de un cuarto de millar de hombres que habían partido con Simón de Alcazaba, solo sesenta y cinco hombres llegaron vivos a Santo Domingo.

### La expedición del Obispo de Plasencia

El fracaso de la jornada de Alcazaba determinó al inquieto y emprendedor don Gutierre de Vargas Carvajal, obispo de Plasencia y cuñado del virrey de Nueva España Antonio de Mendoza, aprestar una flota para tratar de consolidar la vía del estrecho de Magallanes, que, aunque lejana, era el único paso marítimo entre el Pacífico y el Atlántico.

Fueron cuatro las naves alistadas, al mando del hermano del obispo, Francisco Camargo, partiendo de Sevilla en agosto de 1539 y llegando a la boca del Magallanes el 20 de agosto de 1540, tras una primera tentativa fallida por causa de los vientos. Como la gente de Alcazaba, vieron la cruz erigida por la partida de Loaísa en 1526 y penetran en el interior del estrecho, pero de nuevo van a ser víctimas de los formidables vientos que se desatan en el área, la más ventiscosa de la tierra.

La suerte de las cuatro naos fue diversa. La capitana embarrancó dieciséis leguas dentro del estrecho, aunque la tripulación pudo salvarse. Otro de los barcos fue en su auxilio y logró sacar a tierra a los hombres, pero se desató un nuevo temporal que rompió las amarras y empujó la nave al exterior del estrecho, interrumpiendo el salvamento.

La nave entró de nuevo y logró ponerse a resguardo en un paraje del estrecho llamado Puerto de las Zorras, por los muchos raposos que allí había, probablemente zorros colorados o el zorro gris patagónico. También había «patos, así de la montaña (probablemente gansos andinos) como de la marina (pingüinos)»,



copioso abasto que les permitió sobrevivir los seis meses que duró la internada en esos inhóspitos pagos. Tras lo cual salieron del Magallanes y encararon la ruta de vuelta. Otra de las naves, en la que al parecer iba el jefe Camargo, tras internar en solitario en alguna parte del estrecho, pudo salir de él y llegar al puerto de El Callao, donde dicen las crónicas que participó en las guerras civiles del Perú español, siendo ajusticiado por el rebelde Gonzalo Pizarro, alzado contra el rey. Y en cuanto a la cuarta nave de la flota del obispo, se perdió sin noticias.

### Las expediciones de Pedro de Valdivia

El gran conquistador, colonizador y fundador de ciudades que fue Pedro de Valdivia, temiendo que antes o después alguien habría de obtener del Emperador una capitulación para colonizar al sur de su gobernación de Chile (como fue el caso del infortunado Simón de Alcazaba), quiso asegurarse la posesión efectiva de las regiones más australes de sus dominios de la Nueva Extremadura. Y aprovechando un barco que le enviaba desde el Perú el Gobernador Vaca de Castro, organizó dos expediciones sucesivas para afianzar el territorio de su gobernación por el Sur.

La primera fue encomendada a Juan Bautista de Pastene, que había servido a las órdenes de Francisco Pizarro, llevando como segundos a Gerónimo de Alderete y a Juan de Cárdenas, este como escribano. Descendieron en latitud por la costa chilena hasta los 41º, tomando posesión de las tierras en nombre de la cesárea majestad y del Gobernador Pedro de Valdivia.

Pero la expedición no llegó tan lejos como hubiera deseado Valdivia, por lo que organizó otra más, que puso al mando esta vez de Francisco de Ulloa, con tres barcos grandes y dos menores, que zarparon del puerto de Valdivia en 1553 y llegaron hasta la boca occidental del estrecho de Magallanes a los veinticinco días de la partida.

Se adentraron treinta leguas por el estrecho y, a la vuelta, hicieron una descripción en exceso optimista sobre las posibilidades colonizadoras de la región, pintándola poblada por muchos indios y ovejas, que sin duda escondía minas de oro y que era tierra muy rica para todas las cosas. Con lo cual se dibujaba un cuadro prometedor para que la gobernación se extendiera hacia el Sur, como el propio Gerónimo de Alderete tuvo ocasión de solicitar personalmente al Emperador en un viaje a Europa.

Gerónimo de Alderete había sucedido a Pedro de Valdivia, trágicamente muerto por los araucanos, en la gobernación de Chile. Pero falleció en el transcurso del viaje para tomar posesión, y ocupó su puesto García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.

García solo contaba veintidós años, pero demostró grandes cualidades como organizador (las que más adelante lo harían merecedor del cargo de virrey). Una de sus actuaciones fue organizar una expedición a las tierras australes, para consolidar la ocupación española en el área, ya que las anteriores se habían saldado con escaso éxito.

Para comandar la partida recurrió a un veterano, Juan Ladrillero, muy curtido en andanzas en el Nuevo Mundo, habiendo combatido del lado de las fuerzas reales en la batalla de Jaquijaguana, cuando el admirable Pedro de la Gasca logró reducir la sedición de Gonzalo Pizarro, que, alzado contra el rey, a punto estuvo de separar de España el territorio del Perú.

Su probada lealtad y su experiencia fueron bastantes como para confiarle la empresa, a pesar de ser «anciano», como se le calificó en informes, aunque contaba con algo más de cincuenta años. Y partió de Valdivia el 17 de noviembre de 1557 con dos barcos, el *San Luis*, a cargo del propio Ladrillero, y el *San Sebastián*, al mando de Francisco Cortés Ojeda, acompañante de Francisco Ulloa en el viaje anterior. Han quedado sendos relatos de la jornada, uno redactado por Ladrillero, que describe con prolijidad la derrota y los accidentes geográficos, pero sin pasión ni ornato, y otro por Miguel de Goyzueta, por encargo de Cortés, mucho más cromático y costumbrista.

Pese a los muchos esfuerzos por mantener las naves juntas, los vientos pronto las separaron y no volvieron a encontrarse. La crónica de las peripecias de la *San Sebastián* y sus hombres a partir de ese momento es una genuina novela de aventuras, solo que toda ella fidedigna, por más que no lo parezca, siendo en verdad milagro que pudieran contarla.

Para empezar, esperando el encuentro que no tuvo lugar con la nave de Ladrillero, son embestidos por una ballena, rompiéndose el cable que sujeta el batel, y que es recuperado por un marinero que se arroja a aquellas aguas frías. Más tarde navegan entre témpanos que a punto están de dejarlos bloqueados; bajo vientos huracanados, sostenidos durante días enteros, que rompen uno tras otro todos los cables, cabos y jarcias; a oscuras empujados por corrientes salvajes; rezando todo lo que saben. El barco queda tan

inservible que lo abandonan y con sus restos improvisan otro, a pesar de que no hay ninguno a bordo que sepa hacerlo, pero hacen de la necesidad virtud, en la consabida capacidad de improvisación ibérica, uno de los factores clave de la conquista de América.

Terminado el barco, los marineros no desean otra cosa que escapar de aquellos parajes imposibles, pero el capitán Cortés, marino práctico y discreto, los convence de lo contrario: están asomando ya las garras del invierno austral, y el clima puede endurecerse todavía más durante el regreso, por lo que lo prudente es quedarse a invernar. Lo que hacen, manteniéndose con el abundante marisco del lugar y coexistiendo con los indios, que a veces son pacíficos y a veces hostiles, pero siempre impredecibles. Y con el inicio de la primavera austral zarpan de nuevo, llegando, no sin nuevas incidencias, a Valdivia el 1 de octubre de 1558.

En cuanto a la suerte de Juan Ladrillero y el *San Luis*, separado, como se ha visto, de la otra nave, la crónica se centra sobre todo en los aspectos geográficos, que registra de manera pormenorizada, para que otros navegantes que le sucedan no se pierdan en el laberinto de canales que es la entrada del estrecho por la parte occidental, mucho más enrevesada que en el lado del Atlántico.

Ladrillero conseguirá hacer la ida y la vuelta por el estrecho de Magallanes, un muy estimable logro teniendo en cuenta que otros ni siquiera se atrevieron o pudieron adentrarse por el canal. Describe a los indios de aquellos parajes, que carecen de asiento, nómadas sobre canoas de cortezas de árboles, de costumbres sumamente toscas, como de quienes todavía viven en los estadios más primitivos de evolución de los *homo sapiens*. Van desnudos, se alimentan de lobos marinos y ballenas varadas, de los cuales comen la carne casi cruda, todo lo más ligeramente asada al fuego.

Aunque la crónica de Ladrillero no se extiende como la de Goyzueta sobre las contingencias de la expedición, estas debieron ser no solo abundantes, sino severas. Incluyeron hambres extremas, amago de motines, agotamiento de los hombres hasta el límite, enfermedades y muertes. Y no es mera suposición, pues, según lo poco que ha quedado de las circunstancias que rodearon el retorno de los expedicionarios, cuando arribaron al puerto de Concepción llegaron «solo el capitán y un marinero y un negro de servicio, y venían tan desfigurados que no había hombre que los conociera... y todos murieron dentro de pocos días».

Otro relato, el del jesuita Diego Rosales, asegura que

... el general Juan de Ladrillero fabricó del casco del navío roto un barco mastilero, que pasó el Estrecho hasta la última boca que linda en el mar del Norte. Allí se perdió, aunque salieron

casi todos a tierra, en donde perecieron de hambre, excepto Ladrillero y otro español, que con notable valor y denuedo, caminaron por la falda de la cordillera; y venciendo infinitas dificultades y continuos riesgos de la vida, llegaron a Valdivia después de un año y medio de peregrinación por caminos inaccesibles de sierras, bosques, ríos, raudales y ciénagas, caminando y comiendo hierbas, raíces de árboles, fieras que cazaban y muchas sabandijas inmundas.

Tal fue pues a grandes rasgos el cuadro de las penalidades de Juan de Ladrillero, que, a pesar de ser «anciano», logró ser el último sobreviviente de su expedición, todo un logro geográfico, situando con precisión la latitud occidental y oriental del estrecho de Magallanes, respectivamente en los 53º y los 52º. Es probable que muriese a los pocos días de la llegada, víctima de los inauditos padecimientos.

### La expedición de los hermanos Nodal

Ya se ha dicho en otro lugar que las expediciones inglesas y holandesas movilizaron la respuesta española, que no tardó en fortificar la fachada pacífica sudamericana y en enviar exploraciones que llevaran a reforzar la presencia española en las zonas australes del entorno del estrecho de Magallanes. Alarmó no poco a las autoridades españolas la expedición holandesa de Jacob Le Maire y Wilhelm Schouten, que descubrieron en 1616 un nuevo paso, que sería llamado estrecho de Le Maire, y, en el extremo sur, el cabo de Horn, luego de Hornos. Una primera expedición a cargo de Juan de Morel no tuvo consecuencias, pero sí la segunda, la que fue confiada a los hermanos Bartolomé y Gonzalo García de Nodal.

Cuando fueron requeridos por el Consejo de Indias, llevaban a sus espaldas no pocos años y avatares marinos, siempre navegando juntos y en todos los mares conocidos. Hasta el punto de que, cuando se les pide que dirijan esta jornada, acreditaban haber ayudado «a rendir, quemar y echar a fondo» nada menos que sesenta y seis navíos enemigos de Su Majestad.

La expedición partió de Lisboa el 27 de septiembre de 1618, y para completarla se reclutó a cuarenta marineros portugueses a la fuerza, porque, para singladura reputada de tanto riesgo por las noticias que se tenían de aquellos parajes remotos, no se encontraron voluntarios. En Río de Janeiro, por entonces unidas ambas monarquías ibéricas, para que los marineros no desertaran se

les encerró en las cárceles. En Río subieron los puentes de los barcos previniendo que no entraran aguas con facilidad, y dejando el Brasil llegaron en el mes de enero hasta los 48º, fondeando en la bahía actualmente llamada de los Nodales.

El relato del viaje habla de la fiereza de los leones marinos, uno de los cuales hirió a Gonzalo de Nodal en la cara, si bien se trata de animales pacíficos si no son molestadas sus colonias de cría, que es lo que hizo la expedición para abastecerse de carne.

El objeto del viaje es localizar el llamado «estrecho nuevo», el que había descubierto Le Maire, situado al sur de la isla mayor de la Tierra del Fuego. Rodeados por montañas muy altas y coronadas de nieve, «como la costa de Asturias», los Nodales llegaron hasta el cabo de San Diego, el punto donde se sitúa la entrada del estrecho de Le Maire buscado: «Dios sabe el contento y alegría que todos tuvimos este día, echamos nuestras banderas y disparamos piezas».

Bajaron a tierra y tuvieron encuentros con los indios, unos y otros recelosos del contrario. Sin duda, era la primera vez que veían hombres blancos, y los europeos quedáronse asombrados por su radical primitivismo, que los lleva a desechar el pan que les ofrecen por desconocido, prefiriendo comer hierbas y sardinas crudas que hallaban por la playa, «sin quitarles cosa alguna».

Los sacerdotes de la expedición intentaron enseñarles los rudimentos de la religión:

... les dijeron los nombres dulcísimos de Jesús, María, y la oración que Cristo enseñó a los suyos del Padre Nuestro. Los indios repetían las mismas palabras unos con más blandura, otros con más aspereza, y en los días siguientes venían saltando y brincando a su costumbre, repitiendo los nombres de Jesús, María, duplicando algunos la *r*, de María, mostrando que nos daban gusto en ello. Cosa que nos causó maravilla, oír pronunciar tan delicadamente a aquellos bárbaros los nombres soberanos y divinos deste Señor y Señora.

Cruzaron el estrecho por ese punto, impulsados a enorme velocidad por la corriente, que en la parte occidental circulaba hacia el Atlántico y en la oriental al Pacífico, constatando también la formidable fuerza del mar y la corriente en la salida al Pacífico, y el color del agua, «negra como una pez». Contorneando la zona hallan la entrada del estrecho de Magallanes, embocando por él y encontrando colonias de pingüinos, que cogieron y salaron para más adelante «por ser Cuaresma», lo que dice de la acendrada religiosidad y estricta observancia de las gentes de la época. También vieron indios, los fueguinos, desnudos del todo a pesar del

intensísimo frío de la región en cualquier época del año.

Ponen rumbo a España y, tras un incidente en aguas brasileñas con un barco francés, del que salen con bien, llegan al puerto de San Vicente el 7 de julio de 1619, donde Gonzalo Nodal desembarcó para informar al rey de la jornada. En la que, de modo sorprendente, no murió tripulante alguno, algo en verdad inédito en aquellas singladuras y que demuestra la gran pericia náutica y el buen hacer de los hermanos García Nodal, así como sus cualidades de organización y de mando, una buena elección sin duda por parte del Consejo de Indias.

### ALIMENTACIÓN A BORDO

Las crónicas de los viajes a Indias que nos han llegado desde los siglos XVI y XVII hablan de la travesía entre Canarias y las Antillas, o entre ambos cabos del Pacífico, como una interminable pesadilla para las tripulaciones y el pasaje, que en el caso de las expediciones al Pacífico se produjo cuando se pretendió colonizar nuevas tierras, como en el intento de poblamiento del estrecho de Magallanes o en las islas de Salomón. Es difícil encontrar circunstancias más complicadas para alimentarse: cientos de personas apiñadas en un insalubre navío, en medio del océano, en un viaje sin o con escalas de varias semanas, o en algunos casos meses, de duración incierta, con escaso espacio para el almacenamiento y con rudimentarios sistemas de conservación. La comida era un problema a partir de la primera semana de navegación, una vez agotados los alimentos frescos embarcados a última hora en las islas Canarias.

Es necesario diferenciar entre la alimentación a bordo de las tripulaciones y la correspondiente a los pasajeros. Los primeros se regulaban mediante «raciones» compuestas por el cocinero gracias a materias primas elementales y de reglamento. Aceite y vinagre, carne salada (cecina y cerdo), pescado seco o en salazón, queso, agua, sal y legumbres secas. Como complemento básico aparece la galleta de marina y algunas especias de fuerte sabor que ayudan a tragar el alimento, como la mostaza, la pimienta o las guindillas, además del vino y los aguardientes.

Con estos escasos ingredientes era posible organizar tres comidas diarias para la abundante marinería, donde la olla a base de garbanzos, alubias, arroz o habas conformaba el plato caliente y de consistencia. Una vez al día la menestra era acompañada por un pedazo de carne salada o de tocino reseco, reservando el pescado en salazón (el bacalao o el amargo atún de almadraba) para abastecerse de proteína animal los días de abstinencia. Por lo que respecta al queso, se reservaba para comer en los días de mala mar o mucho viento, en los que no era prudente encender el fuego de la cocina por el riesgo de incendio.

El pasaje, por su parte, podía someterse al rancho de la marinería, o bien procurarse el sustento y embarcar la comida necesaria para la travesía, aunque siempre con las limitaciones de espacio y bajo la atenta mirada del contra maestre. Además de los ingredientes antes enumerados para la tripulación, los pasajeros completaban su propio rancho con cebollas, higos

secos, aceitunas y frutos secos. En los navíos de mayor porte, como galeones, grandes carracas o carabelas de altura, se habilitaban espacios en la cubierta principal para la conservación de animales vivos. Los corrales y jaulas, escuetos y pestilentes, se poblaban de gansos, pavos, patos, cabras o cerdos. Pocos llegaban vivos a tierra. La gallina no era adecuada en las singladuras atlánticas, por su tendencia a marearse hasta morir.

Si alguien enfermaba durante la travesía, el boticario o cirujano del buque disponía de pequeñas dosis de alimentos reconstituyentes y de lujo. Estos consistían en bizcocho blanco, almendras, uvas pasas, huevos, azúcar y carne fresca. Pero ni que decir tiene que el agua potable pasaba por ser el tormento de los buques, al estar sometidos los embarcados a una abundante comida en salazón. El agua, racionada, se estibaba en toneles de madera. Los sulfatos de la madera se transformaban en sulfuros al contacto con el agua, desprendiendo mal olor. Una vez en el aire, los sulfuros retornaban a ser sulfatos. Los marinos aseguraban que el agua necesitaba apestar tres veces en la travesía antes de neutralizarse, aunque sin perder su aspecto verde y viscoso.

La galleta de marina era, no obstante, la verdadera base de la nutrición. Dura hasta la desesperación, las galletas o bizcochos aportaban hasta el 60 % de las calorías de la dieta. Hay quien sostiene que se cocían dos veces (*Bis-cuit*) para erradicar todo rastro de humedad y permitir su mejor conservación, pero lo normal era someter la pasta al doble de tiempo de cocción que el pan corriente. La masa, compuesta por muy poca cantidad de agua, harina, sal y levadura natural (opcional y al 5 %), se dejaba fermentar hasta seis horas y luego se amasaba con grandes esfuerzos, a causa de su consistencia. En algunas fábricas portuarias, había panaderos que llegaban a amasar la dura masa, sobre el suelo y cubierta por un lienzo, con los pies.

Fraccionada en forma de galleta redonda, cada pieza era picada varias veces con un punzón para facilitar la pérdida de humedad. Tras hora y media de cocción, las galletas solían dejarse «sudar» al lado del horno otras seis horas. La galleta llegaba a bordo, sin rastro de humedad y en sacos, desde hornos y fábricas habilitados en casi todos los grandes puertos. Hubo muy activos hornos para galleta de marina en Neda (Ferrol), en La Coruña (al lado del mastodóntico edificio de los Correos Marítimos con Indias) y en Puerto Real (Cádiz).

A pesar de su supuesta dureza, la galleta de marina debía conservarse a salvo de la humedad ambiente dentro de cajas herméticamente cerradas, para evitar su parasitación por insectos y la llegada de mohos. Los marinos preferían consumirlas en la oscuridad del sollado para no ver los gusanos que las infestaban, por otro lado, absolutamente inofensivos y hasta nutritivos. Los más veteranos, con mala dentadura, humedecían la galleta en vino o agua de mar para poder tragarla.

## Otras expediciones a las tierras australes

Aunque los buenos resultados de la expedición de los Nodal hicieron pensar en el posible uso regular del cabo de Hornos para acceder al Pacífico, se desistió de ello por presiones de la gobernación española en Panamá. Hubo por tanto un parón en la

organización de expediciones, que aprovecharon otras naciones para organizar las suyas, como la del holandés Jacobo L'Hermite y la de los ingleses Narborough y Wood. Demasiadas incursiones como para que el Gobierno español, siempre celoso de la inviolabilidad de sus costas, no tomase medidas. Así que organiza otra exploración, a cargo de Antonio de Vea, y en la que, como capitán del segundo barco, figuraba Pascual de Yriarte, con la misión de reconocer toda la costa desde la isla de Chiloé hasta el estrecho de Magallanes.

Vea llegó hasta la latitud 49º, comprobando que no había emplazamientos extranjeros, una de las constantes preocupaciones de las autoridades españolas. Mientras que Yriarte llegó, como las instrucciones le indicaban, hasta la desembocadura pacífica del estrecho de Magallanes. Destacó para su exploración un chinchorro con varios hombres, entre ellos, su propio hijo, y, como no regresaba el día convenido ni varios después, hubo de tomar la dolorosa decisión de levar anclas, abandonándolos a su suerte, en la seguridad de que hubieran ya muerto.

Hay que esperar más de cien años, hasta la época ilustrada, para que España emprenda de nuevo la exploración de los mares australes, con fama general, tanto en España como en Europa, de violentos y poco menos que inaccesibles, y desde luego sin que los riesgos de navegarlos quedaran compensados por las ventajas de su ocupación, o simplemente de su tránsito. No obstante lo cual, del mismo modo que Carlos III dispone que el Pacífico norteamericano sea objeto de reconocimiento e incluso ocupación, los territorios patagónicos van a ser igualmente objeto de atención por el rey ilustrado y sus clarividentes ministros.

Este impulso dará lugar a dos expediciones, aunque fue la primera la que tuvo más relevancia, siendo menos conocida por el nombre de su capitán, Antonio de Córdoba, que por el del barco, el *Santa María de la Cabeza*.

La expedición, a tono con el ambiente de la época, iba científicamente preparada, llevando a bordo instrumentos avanzados ingleses (ya España había quedado técnicamente retrasada) y personal preparado para el riguroso registro cartográfico de las regiones meridionales, de la talla de Dionisio Alcalá-Galiano y Alejandro Belmonte.

Gran novedad al llegar a la boca del estrecho de Magallanes fue que los indios patagónicos montaban a caballo y chapurreaban palabras españolas. Ya dentro del estrecho, los nativos seguían perpetuados en su primitivismo y su desnudez.

Lo moderno de los instrumentos ingleses no impidió que el paso del estrecho estuviera sometido a las mismas penalidades de otras



veces: la furia de los vientos que rompe anclajes y amarres, las celliscas heladoras, las corrientes impetuosas, las mareas traicioneras e incluso el escorbuto. Los técnicos de a bordo consiguieron no obstante levantar magníficos y definitivos planos cartográficos para servir de guía segura a futuros navegantes. Aunque se desaconseja por completo la navegación por el estrecho, recomendando hacerse en todo caso por el cabo de Hornos, en línea con lo que ya habían expresado los hermanos Nodal.

# PIRATAS DEL PACÍFICO

Nace la piratería en el siglo XVI, en el momento en que las Indias comienzan a volcar sobre Europa metales preciosos. Y aunque el nombre de *piratas* engloba genéricamente a todos aquellos que con sus barcos tratan de apoderarse de las riquezas ajenas, el concepto permite distinguir varias categorías, desde los verdaderos piratas, esto es, quienes a título personal pretenden enriquecerse mediante los botines obtenidos, hasta los corsarios, una forma mucho más sutil de piratería, porque era legal. Legal desde el punto de vista de la nación de origen de los ladrones, que extendía una licencia o «patente de corso» —de ahí la voz—, para que el corsario pudiera atacar las naves o plazas enemigas, causando el mayor daño posible y debilitando así a la nación rival. Y, de paso, cobrar una parte sustanciosa del botín obtenido en forma de comisión. Por eso los piratas eran gentes apátridas y sin ley, en tanto que los corsarios fueron notables personajes que recibieron reconocimientos y honores de sus reyes, muchas veces partícipes del negocio.

Aunque varios países europeos como Francia y Holanda estuvieron fuertemente involucrados en la piratería, fue Inglaterra la nación que la encabezó, hasta el punto de que, sin rodeos, puede afirmarse que Gran Bretaña como potencia tiene su origen en la depredación pirática, del mismo modo que la gran presa a depredar fue el Imperio español. No poco irritaban a Europa las bulas papales, que otorgaban a España, y en menor medida a Portugal, el monopolio de las tierras descubiertas, y del mismo modo que el rey de Francia pedía que le enseñaran el testamento de Adán, Inglaterra encontró fundamentos intelectuales contra los países ibéricos en la obra de Hugo Grocio *De Iure Predae*, a tenor de la cual el concepto de *Mare Clausum* de las bulas se oponía al de *Mare Liberum*, según el cual los mares y sus costas no tenían otro dueño que no fuera quien

se los apropiara por ocupación, y no por la decisión unilateral de un papa católico. Ocupación que podía hacerse sobre tierras inéditas, lo mismo que sobre navíos en circulación por unos mares libres por naturaleza. Con este soporte ideológico y moral, Inglaterra se serviría de los corsarios —Drake, Cavendish, Raleigh, Hawkins y otros—, como herramienta contra el odiado Imperio español, y como método para engrosar las arcas reales.

## Francis Drake

Desde muy temprano, Francis Drake, nacido en Devonshire en 1540, concibió un odio profundo a la religión católica, pues su familia había sido desterrada por las persecuciones contra los protestantes ordenadas por María Tudor, hasta el punto que emprendió sus acciones con un cierto sentido de cruzada religiosa anticatólica, un sentimiento desde luego siempre subordinado al objetivo del enriquecimiento personal.

En compañía de su primo John Hawkins se dedicó al negocio de la trata de negros, lo que sirvió de paso para convertirse en un experto marino, acopiando los saberes náuticos que más tarde lo llevarían a acreditarse como uno de los grandes navegantes de todos los tiempos, pues es mérito que debe reconocérsele.

En 1567, con ocasión de uno de sus negocios con Hawkins, entregan las mercancías en Santo Domingo y posteriormente se dedican a la rapiña en el golfo del Darién, lo que le serviría para despertar en él la afición al pillaje, que ya no lo abandonaría. En la ciudad de Nombre de Dios llega a internarse en la secreta sala del tesoro real, quedando deslumbrado por las riquezas que alberga, aunque no logra apoderarse de ellas, porque, cuando trata de defenderse de los españoles que acuden para repeler el ataque, debe huir porque una tormenta moja la pólvora de sus armas.

Intenta un golpe sobre la recua de 200 mulas cargadas con la plata del Potosí, que están cruzando el istmo para embarcar el metal en los galeones que esperan en Portobello para llevarlo a España, pero tampoco puede culminar el robo. En su navegación costera perpetra algunos latrocinios de pueblos y barcos, pero en Veracruz, de vuelta ya a Inglaterra, tiene un encuentro desastroso con los españoles, porque pierde todo lo ganado y además deja abandonado y a su suerte a su pariente Hawkins, que nunca le perdonaría la cobarde acción.

El saldo no fue todo lo ganancioso que hubiera querido Drake, pero la experiencia le sirvió para dos cosas: primero, desarrollar al

máximo su instinto depredatorio; segundo, comprobar la fragilidad de las defensas de las plazas españolas, y los fabulosos beneficios que podrían obtenerse mediante acciones más ambiciosas y mejor diseñadas.

Cuando vuelve a Inglaterra ya lleva maduro en la cabeza el plan que va a presentar a la reina Isabel, y, aunque España ha remitido a Gran Bretaña encendidas protestas contra las acciones de Drake, la soberana, más práctica, entra en tratos con él e invierte en el proyecto, a la vez que le otorga una licencia para atacar el riquísimo virreinato del Perú.

A bordo del *Pelican* zarpa de Plymouth el 15 de noviembre de 1577 con cinco barcos y 166 hombres, pero un fuerte temporal lo obliga a regresar y efectuar algunas reparaciones, partiendo definitivamente el 13 de diciembre. Tras vicisitudes diversas encontramos a Drake y su flota en el puerto de San Julián, el mismo que sirvió de escenario a la conjura urdida por los oficiales españoles contra Magallanes, y que el portugués consiguió aplastar, castigando duramente a los conjurados. Aún subsistía el patíbulo donde fueron ajusticiados varios españoles, así como restos de las osamentas. Y, curiosamente, San Julián volverá a servir de marco a hechos parecidos, cuando el amigo y compañero de batallas de Drake, Thomas Doughty, conspira soterradamente contra él y recibe parecida respuesta a la que entonces dio Magallanes: Doughty será juzgado sumariamente, y su cabeza, cortada, y ya nadie osará discutir la supremacía ni los planes de Francis Drake.

El 21 de octubre comienza el paso del estrecho de Magallanes, que logra atravesar en el increíble plazo de quince días. Téngase en cuenta que Magallanes empleó treinta y siete, y Cavendish necesitaría cuarenta y nueve, lo que revela el asombroso talento náutico de Drake, que a la salida del estrecho ha trocado el nombre del *Pelican* por el que se hará universalmente famoso, *Golden Hind*, cuya proa asoma amenazadoramente sobre la costa peruana del Pacífico.

En las ciudades del virreinato, sus habitantes contemplan recelosos el paso de un cometa de larga cola que se dirige al sur y que los nativos identifican con el mismo que apareció poco antes de que cayera el Imperio inca en manos de Francisco Pizarro. Andaluces de origen en su mayoría, no dejan de sentir cierta aprensión hacia esa estela que augura sombrías desgracias.

Poco después comenzaba el *raid* del pirata. Algo absolutamente inesperado para los vecinos de las villas y puertos españoles, que conocían las depredaciones piráticas del Caribe, pero que se creían totalmente a salvo de ellas, porque por el Norte no había paso, y por el Sur contaban con la formidable defensa natural del estrecho

de Magallanes, solo superado hasta entonces, y con graves dificultades, por Fernando de Magallanes.

El grito de «que viene el Draque» remontó de sur a norte por el litoral sudamericano, pero el golpe llegaba antes de que se pudiera aprestar la prevención. Primero fue Valparaíso, que desvalijan, después Arica, donde se apoderan de un cargamento de plata de las minas de Potosí, que estaba listo para ser embarcado en los galeones con destino al istmo de Panamá, para desde allí viajar a España. En El Callao, el puerto de Lima, la capital del virreinato, la osadía de Drake lo lleva a rapiñar sobre los once barcos surtos en la bahía, a los que luego rompe las amarras para que no puedan salir en su busca. Cuando consiguen recomponerse los barcos para zarpar en persecución del pirata, este ya está lejos, en el Norte, donde se aproxima con aspecto inocente al barco «Cagafuego» al anochecer, y estando cerca lanza una andanada de artillería que lo desarbola, para enseguida abordarlo y apresar al capitán, que rinde el barco. En su interior encuentra un suculento botín de 360.000 pesos, que sus marineros tardan tres días en trasladar al *Golden Hind*.

La noticia de la presencia de Drake en las costas ha corrido como la pólvora, y el factor sorpresa ya no sirve como antes para asaltar las plazas, y se centra ahora en los barcos que tropiezan con él mientras sigue progresando hacia el Norte, situándose ya en el área de Centroamérica. Cerca de Costa Rica, la presa es un galeón cargado de mercancías. Después, apresa otra nave y, tras saquear el cargamento, invita a bordo a su capitán, Zárate, que en su relación del suceso describe el talento náutico y de mando de Drake, que en el aspecto doméstico privado se aleja mucho del arquetipo del brutal asaltante de barcos y ciudades: «Sírvese con mucha plata, los bordes y coronas dorados... ninguno de sus caballeros se sentaba ni cubría delante de él, sin mandárselo primero una y muchas veces. Su comer y cenar es con música de vigolones».

Su ascenso por el litoral pacífico lo lleva hasta la lejana California, a las regiones recorridas años antes por Rodríguez Cabrillo, que él bautiza como *Nueva Albión*, remontando casi hasta la altura de San Francisco. Y con las bodegas bien llenas sopesa ahora el rumbo a seguir de vuelta a Inglaterra. Descarta regresar por la ruta del estrecho de Magallanes, pues por informes sabía que una escuadra española le cerraba el paso. Intenta ganar latitud en busca del *Paso del Noroeste*, cuya existencia se daba por cierta entonces, pero lo extremoso del clima lo obligaba a descender. Por lo que encara la única ruta posible, la de Magallanes-Elcano, la travesía del Pacífico. Al cruzar las Molucas, aún tuvo oportunidad de acrecentar su ya rico cargamento con seis toneladas de clavo, y de negociar un tratado comercial con el reyezuelo local.

Cruza el Pacífico en sesenta y ocho días, dobla el cabo de Buena Esperanza y se presenta en Plymouth el 26 de septiembre de 1580, después de tres años de viaje, con poco más de sesenta supervivientes y tras haber sido el navegante que diera por segunda vez la vuelta al mundo.

Ni que decir tiene la relación de indignadas protestas de la diplomacia española ante el viaje depredatorio de Drake, que hicieron a la reina Isabel de Inglaterra posponer por pudor un cierto tiempo su encuentro con el corsario, en cuya expedición había participado financieramente. Pero al cabo se entrevista con él, y en su propio barco, recibiendo su parte de las ganancias —dícese que multiplicó por 47 lo invertido—, nombrando caballero a su socio, que ahora será *sir* Drake, y encomendándole abordar nuevas y pingües empresas. Los historiadores económicos afirman que el botín de Drake sirvió para colocar los cimientos del poderío económico inglés.

Y a fe que Drake obedeció el mandato real, porque continuó con sus depredaciones, ahora en el teatro pirático por antonomasia, el Caribe, con acciones tan sonoras como el ataque e incendio de ciudades como Santo Domingo y Cartagena de Indias, a las que impuso fortísimos rescates, o la capital de la Florida, San Agustín, que incendia y devasta. Otras sorprendentes audacias suyas fueron el ataque a La Coruña; a Vigo, que asola hasta los cimientos; a Cádiz, donde estaba surta parte de la Armada Invencible, a la que destruye treinta barcos. Luego aparece como vicealmirante de la Armada inglesa que se enfrenta a la Invencible, y se destaca al capturar a Pedro de Valdés, comandante de la flota de Andalucía.

En la última de las expediciones lo vemos navegando de nuevo en compañía de su primo Hawkins, treinta años después de su separación. Esta vez, la suerte que tantas veces acompañó a Drake lo iba a abandonar, y para siempre. Frente a Puerto Rico muere Hawkins, el intento de nuevo asalto a Cartagena es un fracaso, la defensa de Panamá rechaza su acometida, y, cuando preparaba nuevas incursiones, muere Francis Drake frente a Portobello, en el corazón del escenario de sus fechorías, el 25 de enero de 1596, a causa no de heridas de guerra, sino de la disentería. Con su muerte se fue uno de los más incisivos y destructores instrumentos de Inglaterra contra el Imperio español, y respiraron aliviadas las plazas costeras españolas de todo el perímetro de las Américas.

Había nacido en 1560 en Suffolk, y era un aristócrata heredero de un condado, pero en su juventud se dedicó a dilapidar la fortuna en una alegre vida de disipación, hasta el punto de arruinarse por completo y asomarse a la pobreza.

En tal trance dirigió su mirada al Nuevo Mundo, que ya vertía sobre Europa el irresistible señuelo del caudal inagotable de sus riquezas, y Francis Drake había mostrado el camino a otros aventureros sin escrúpulos para, provistos de audacia y determinación, hacerse con una parte de ese botín fabuloso. Tras adquirir experiencia en tres expediciones a las posesiones españolas en América, con los últimos retazos de su hacienda adquirió tres naves y obtuvo de la reina una patente de corso, y el 21 de julio de 1586 partía de Plymouth con 123 hombres, y seis meses después embocaba su flota por el estrecho de Magallanes.

Contempló los restos de la expedición de Sarmiento de Gamboa para colonizar el estrecho, donde todavía habitaban algunos supervivientes, desesperados por el hambre y los padecimientos, que vieron en Cavendish el último cabo posible para no morir en aquellas soledades. Y aunque se hicieron aprestos para recogerlos, prefirió el caballero Cavendish aprovechar el buen tiempo para largar velas, antes que mantener su palabra, en actitud bien poco caballeresca, condenando irremisiblemente a los españoles a la muerte. Al pasar por el poblado de Rey Don Felipe, pudo ver las fortalezas erigidas para bloquear el paso de barcos enemigos, así como las casas pobladas con los cadáveres de los españoles muertos de inanición, y bautizó gráficamente el lugar con el nombre de *Puerto del Hambre*, que conserva.

Empleó cuarenta y nueve días en cruzar el estrecho de Magallanes, y su primera acción se desarrolló en Valparaíso. Confiándose en exceso, se adentraron en tierra haciéndose pasar por españoles, pero fue descubierta la añagaza y en la refriega que siguió perdieron siete hombres y otros nueve fueron apresados y ahorcados. De esta experiencia sacó Cavendish la enseñanza de que debía ser más prudente, y en su recorrido depredatorio por la costa fue destruyendo pueblo tras pueblo y quemando cuanto barco le salía al paso. El nombre de Candi o Candis sonó por las fundaciones de las costas chilena y peruana, con el mismo terror que había generado pocos años antes el del Draque, pero ni la escasa artillería costera ni los barcos enviados en su busca fueron suficientes para detenerlo, y Cavendish continuó asolando, saqueando y destruyendo en la mayor impunidad.

Pero el gran golpe del corsario estaba por llegar. Por españoles a los que captura —y tortura—, arranca la inestimable información de que el *Santa Ana*, el Galeón de Manila, está a punto de arribar a

la Nueva España procedente de Manila, con el valiosísimo cargamento habitual de la nao: joyas, oro, sedas, porcelanas orientales... Cavendish, como un cazador acechando la presa, se agazapa en la solitaria costa de la Baja California, y cerca del cabo San Lucas, en el extremo sur de la larga península, consigue dar caza y rendir el Galeón, con todos sus tesoros y los mapas y cartas que guarda el capitán, entre ellos, la ruta del tornaviaje por el Pacífico.

Empleáronse varios días en trasladar la totalidad del cargamento del Santa Ana, y con tan succulento botín a bordo emprende el viaje de regreso a Inglaterra por el Pacífico, doblando luego por el cabo de Buena Esperanza y remontando el Támesis en septiembre de 1588 fastuosamente, con velas de damasco azul y jarcias de seda, mientras los tripulantes lucen ricos vestidos y collares de oro. Cavendish obsequió a la reina en su camarote, revestido de oro y plata, y se dedicó a partir de entonces a derrochar las riquezas como la primera vez.

Y como hiciera antes, vuelve a embarcarse en una nueva aventura para reponer su maltrecha hacienda, armando esta vez cinco naves y enrolando 400 hombres, una recluta fácil porque el nombre de Cavendish equivalía a ilimitadas ganancias. Ya en el camino saquearon la ciudad brasileña de Santos, y a los vecinos de Buenos Aires les llegó la noticia de la próxima invasión del Candi, por lo que abandonaron a toda prisa sus casas, aunque la invasión no llegó a producirse.

La entrada del estrecho de Magallanes recibió a la flota de Cavendish con la habitual panoplia de meteoros: vientos formidables, corrientes, oleajes..., que asustaron a la tripulación de tal modo que se negaron en redondo a aventurarse por el paso, en un amago de motín que se saldó con el regreso de los barcos por donde habían venido. Y en el camino se produjo la muerte de Cavendish, cuyo cuerpo fue arrojado al mar.

### Richard Hawkins

Richard Hawkins, el «Ricardo Aquines» de los españoles, se fajó en los ambientes marítimos más turbios desde muy temprano, desde que acompañaba a su padre en el tráfico negrero y, de cuando en vez, en esos ires y venires por los océanos atacaban algún barco español que les saliera al paso.

Transformado en corsario al servicio de Inglaterra, y con una nave, la *Dainty*, bautizada por la reina en persona, y sin duda



espoleado por las hazañas de su pariente John Hawkins, decide remedarlo y organiza un viaje de depredación al Pacífico americano. Sus comienzos no son esperanzadores, porque en la travesía se perdieron las dos naves de acompañamiento.

Logra la nada desdeñable proeza de cruzar el estrecho de Magallanes, aunque empleando tres veces más días que el Draque quince años antes. Pero parece que la fortuna lo va a amparar a partir de ahora, porque cae por sorpresa sobre Valparaíso, que revive la pesadilla del Draque, y se apodera de varias naves españolas. Pero no sigue el ejemplo del escurridizo John Hawkins, que, asestado el golpe y obtenido el botín, se alejaba a toda vela, sino que permanece varios días en la zona negociando el rescate de los barcos y sus tripulaciones.

Esta dilación sería letal para sus intereses, porque, aunque sorprendidas, las autoridades españolas, ya estaban sobre aviso de que un ataque pirático era algo que podía reproducirse, y se habían hecho ciertas prevenciones. El virrey del Perú organiza una armada con tres naves y ochenta y cuatro cañones, que pone al mando de Beltrán de Castro, con tiempo para informarse de que el corsario no está lejos, en Arica, por lo que el virrey dispone una nueva flotilla de refuerzo, que parte de El Callao para darle caza.

La caza será larga, pero las poblaciones costeras están prevenidas y no solo repelen a Hawkins, sino que suministran información sobre su paradero. Hasta que lo localizan, y se produce la primera escaramuza entre las naves españolas y la de Hawkins, que detiene la noche con saldo de muchos muertos por cada bando. El capitán de una galizabra española, Leiva de Lizárraga, con su nave desarbolada sin el palo mayor recibe orden de volver a El Callao para reparaciones, a lo que Leiva se niega: prefiere seguir persiguiendo a Hawkins. «¿Con qué naves?», pregunta Beltrán de Castro. «De las orejas mías haré velas para seguirle», responde Leiva, en uno de esos clásicos gestos de bravura imposible de los marinos españoles. Pero improvisa mástiles, y al amanecer topa de nuevo con la *Dainty* y la deja desarbolada con su artillería.



*Las incursiones de los piratas ingleses Drake, Cavendish y Hawkins obligaron a España a fortificar las ciudades costeras de América.*

Se producen incluso abordajes mutuos, en uno de los cuales Hawkins trata de apoderarse del estandarte real que lleva la nao capitana, lo que los españoles impiden. Y en el que hacen los españoles sobre el barco inglés a arma blanca, rinden la nave y apresan al capitán corsario.

La noticia llega pronto a Lima, que la celebra con tedeums, corridas de toros, procesiones y desfiles. El pueblo pide, con toda razón, la quema pública de Hawkins y los demás ingleses, por piratas y herejes, pero a trueque de eso recibe la protección de Beltrán de Castro, del virrey, de otros notables y en general de la alta sociedad limeña, deslumbrada por el británico. En uno de esos alardes híbridos de hidalguía, generosidad y estulticia, tan típicamente españoles, el hasta hace unos días vilipendiado y aborrecido azote Hawkins no solo no es quemado, sino que, gozando de un régimen de semilibertad que le permite pasear tranquilamente por las calles de Lima, se convierte en el personaje de moda: «Ricardo Aquines» es mimado por la aristocracia y por las damas, que lo agasajan, lo obsequian y lo invitan a sus fiestas, sus cenas y sus meriendas de chocolate. Hasta que vuelve a Inglaterra bajo pago de un rescate de 3000 libras, convirtiéndose en miembro del Parlamento.

Las autoridades españolas se habían habituado, como un mal necesario, a las incursiones piráticas del Caribe del siglo XVI, que trataban de hacerse con una parte del jugoso botín que empezaban a generar las Américas y que transportaban los barcos por el canal de Bahamas, y habían tomado medidas, como obligar a que los galeones de la plata viajaran agrupados y convoyados, o permitir la actividad privada corsaria, pagando a los piratas con su misma moneda.

Pero una cosa era que los piratas asaltaran barcos, y otra que los ataques se dirigieran a las mismas plazas costeras, y una cosa es que el Caribe fuera el teatro de las operaciones, y otra que estas se extendieran al frente del Pacífico americano, que se creía inexpugnable por la salvaguardia natural que ofrecía el estrecho de Magallanes.

Y esto fue lo que ocurrió con la depredación de Francis Drake, quien a bordo del *Golden Hind* no se limitó a asaltar naves, sino poblaciones, y no solo en el Caribe, sino que, colándose por el estrecho de Magallanes, se presentó en el flanco del Pacífico, en un *raid* asolador del que regresó a Inglaterra famoso y rico, dejando al Imperio español en estado de conmoción: resultaba que el territorio de las Américas no era inviolable, sino vulnerable por todas partes.

La reacción fue inmediata, y más radical en la fachada atlántica que en la pacífica, pues aún se confiaba en la seguridad que proporcionaba el estrecho del sur. Y si las plazas del Caribe —Cartagena, La Habana, Portobello, Veracruz— eran prontamente guarnecidas con sólidas fortalezas armadas de cañones, en el Pacífico se comenzó tímidamente reforzando El Callao y *organizando una armada*, pomposamente llamada para su modesta envergadura Armada del mar del Sur, con un doble propósito: primero, proteger los navíos que llevaban la plata de Potosí al Panamá, donde allí cruzaba el istmo a lomo de mulas y era embarcada en galeones rumbo a España; segundo, proteger las poblaciones costeras, cuyas gentes vivían en estado de ansiedad ante la posible incursión de nuevos piratas.

Además, se estableció un sistema de transmisión de alarmas, basado en indios apostados en la costa, comisionados para hacer llegar, mediante relevos sucesivos, la noticia de la aparición de cualquier navío intruso. Era un mecanismo tomado del Imperio Inca, cuyos correos, los *chasquis*, llevaban corriendo los mensajes de un extremo a otro del imperio por medio de relevos apostados cada cinco kilómetros.

El sistema defensivo tuvo ocasión de ser probado cuando irrumpieron dos nuevos corsarios. El primero, Cavendish, logró su objetivo al capturar el Galeón de Manila, pero al menos los barcos de la armada salieron en su persecución por la costa peruana. El segundo, Richard Hawkins, pudo ser apresado en el curso de una eficaz operación naval. La defensa del mar del Sur empezaba a funcionar, y se probó de nuevo con los primeros ataques holandeses, ansiosos por cobrar su ración del pastel de América, y que abandonaron cuando aparecieron en lontananza las proas de los barcos españoles.

Pero el esquema defensivo adolecía de fallos graves, entre otros, la falta de coordinación entre las distintas fuerzas, y sobre todo la división de la flota del Sur, que sobre ser exigua estaba dividida, dedicada en parte a la custodia de los barcos argentíferos, y en parte a la protección de las costas. Además, las autoridades virreinales seguían confiando en exceso en la protección natural del estrecho de Magallanes y decidieron cerrarlo para el

paso de naves extranjeras, instalando baluartes con cañones y dotación de tropa en su angostura principal. A esta finalidad respondió el viaje de Sarmiento de Gamboa y sus colonos, que terminó en el más absoluto de los fracasos, como se narra en otro capítulo, por la indómita aspereza de la región magallánica.

Las autoridades optaron, pues, por instalar a la salida del estrecho el fuerte de Cañete, como alternativa a la del interior del canal, inviable por todos los conceptos. Y además, se dispuso que en el puerto de El Callao hubiera de modo permanente un retén de barcos listos para acudir a donde se les necesitara.

Pero algo así resulta fácil de decir y difícil de ejecutar, en un territorio tan inabarcable como la costa peruano-chilena, de varios miles de kilómetros, atendidos por una minúscula escuadra. Como calcularon las autoridades, era más costoso mantener una dotación permanente y adecuada a las necesidades de la defensa que soportar estoicamente las ocasionales pérdidas causadas por las incursiones. Y que el sistema no era suficiente se vio cuando se produjo la segunda oleada de acciones holandesas, que terminaron con una derrota española ante el fuerte de Cañete, y la demostración fehaciente de que había que seguir perfeccionando el modelo defensivo.

Más aún, cuando a comienzos del siglo XVII se produce un incremento de la actividad filibustera y corsaria en esta vertiente del Pacífico. La presión de los armadores y de los pueblos costeros por los quebrantos que venían sufriendo determinó que la autoridad virreinal tomara medidas: se mejoró la protección del puerto de El Callao; se construyeron las murallas de Lima y Trujillo; y se aplicó la que a la postre sería lo que terminó con la actividad filibustera: la creación, costeada por los comerciantes de Lima y los grandes mineros de Huancavelica, de una compañía corsaria llamada *Nuestra Señora de la Guía*, que fletó dos fragatas para enfrentarse a los corsarios con sus mismas armas, con tan eficaz resultado que en poco tiempo el mar quedó limpio de filibusterismo.

La fiebre fortificadora que un siglo antes se había producido en el Caribe llegaba ahora a la costa del Pacífico, cuyas ciudades se protegían con murallas, castillos o baluartes: Valdivia, Valparaíso, Arica, Lima, El Callao, Trujillo, Acapulco... Se instalaban cañones de calibre grueso, que, si poco eficaces por su lentitud en los tiempos de la conquista, ahora, desde los barcos y las defensas terrestres, demostraban toda su efectividad. Lo propio ocurría al otro lado del océano, donde se levantaban las murallas de Manila y Cavite, así como el presidio de Mindanao. En Filipinas la defensa se basó en la flexibilidad y rapidez de oficiales y vecinos, a la hora de armar los navíos y organizar la defensa, contando con el valor y el denuedo de los habitantes civiles y con la determinación de los mandos militares, ya que se sabían solos para defenderse en el otro extremo del mundo.

Tras la guerra de sucesión, el *Pacto de Familia* entre las dinastías borbónicas liberaliza a favor de Francia el rígido monopolio comercial español en el Nuevo Mundo. En el Pacífico americano, esta lenidad conduce pronto al abuso y al contrabando, lo que hace a Felipe V adoptar, por primera vez, la decisión de enviar una flota para reprimirlo. Esta medida será un éxito, porque la flota inicial se va engrosando con las naves que van siendo apresadas, formándose por fin una *Armada del Sur* digna de tal nombre. Las reformas borbónicas, que afectaron a todos los aspectos de la organización política, militar y económica de las Indias llegaron a tiempo para contener lo que pudo ser el fin prematuro y violento del Imperio

## La decadencia naval española

No cabe duda de que el desastre de la Armada Invencible tuvo consecuencias de un alcance mucho más amplio que una mera derrota naval. La, hasta ese momento, omnipotente España, estaba comenzando a demostrar debilidad, acaso debido al ingente desgaste que significó la conquista de América. Y de esa fragilidad se percataron de inmediato otros países europeos pretendientes al botín inmenso del Nuevo Mundo, como Holanda, Francia e Inglaterra. Al desastre naval siguieron otros que vinieron a ratificar el hecho, como el ataque a Cádiz por los ingleses, la derrota infligida a la escuadra española por la holandesa en Gibraltar y las acciones piráticas de los Drake, Cavendish y Hawkins en aguas no solo del Caribe, sino también de la que se consideraba inexpugnable costa pacífica americana.

España no era la de antes, y estaba claro que sus rivales europeos le habían perdido el respeto. La Reforma luterana sirvió a Inglaterra para ignorar las hasta ahora sacrosantas bulas alejandrinas, defendiendo en su lugar el derecho de libre navegación por todos los mares y de apropiación de cualesquiera tierras sin ocupantes previos (los indios no contaban, por supuesto).

La catástrofe náutica debió haber hecho recapacitar a España y hacerle reaccionar ante una situación que se adivinaba por completo distinta, pero tuvo la desgracia de contar, a partir de Felipe II, con una sucesión de gobernantes incompetentes y palaciegos que no supieron ver lo que se avecinaba, ni aplicar las medidas correctoras para enderezar la situación. La política naval española seguía basándose en unas premisas que empezaban a demostrarse engañosas: que era suficiente garantía disponer de las concesiones papales sobre el Nuevo Mundo; que bastaba con el flujo incesante de metales preciosos a la metrópoli, no siendo preciso invertir con cordura unas riquezas inagotables; que el Pacífico estaba bien defendido por el estrecho de Magallanes; que era suficiente con fortificar las costas y no aplicar una política activa de defensa naval...

Y mientras la Corona inglesa se dejaba aconsejar por marinos clarividentes, como Walter Raleigh, que defendía que quien fuera dueño del mar lo era del comercio mundial, y dominando el comercio se era dueño de los recursos de la Tierra, en España los

buenos asesores náuticos, como Andrea Doria, que proponían modernizar la flota con naves más ligeras, en línea con lo que ya hacía Holanda, eran desatendidos, y el país se decantaba por otras medidas, que a la larga acreditaron lo erróneo de sus planteamientos.

El auge del acoso marítimo extranjero, manifestado a través del contrabando, el corso y la piratería, se trató de neutralizar por España a través de dos clases de medidas, una pasiva y otra activa: pasivamente, mediante la fortificación de las plazas costeras americanas y de los convoyes de protección de la flota que traía los tesoros de América, la Carrera de Indias; activamente, mediante la persecución de piratas y corsarios.

El esquema defensivo proporcionó cierta tranquilidad, tanto a los pueblos de las costas americanas como a la flota de la *Carrera*, pero, salvo excepciones, fracasó en su intento de suprimir la piratería. Y ello fue por la creciente situación deficitaria de la flota española. A partir del siglo XVII, esta inicia una decadencia continua, que lleva por ejemplo a que la flota para defender el Pacífico se compusiera de media docena de barcos, y aun así, con la prioridad de proteger los navíos que transportaban la plata de Potosí hasta Panamá, descuidando la protección del litoral y del comercio. Así las cosas, mientras en la Corte española no se hacía otra cosa que convocar interminables juntas y consejos para reflexionar acerca de la decadencia naval española sin pasar al nivel de las acciones prácticas, los piratas y corsarios hacían de las suyas, tanto en aguas del Caribe como en las del Pacífico, afectando gravemente al otrora próspero cabotaje privado, que sufría no solo las acciones de los piratas, sino incluso las del propio Gobierno español, que regularmente hacía requisas de barcos y tripulaciones privados ante la carencia de navíos.

De esta forma, no tiene nada de extraño que los virreinos y los particulares, incluso los vecinos (al menos los ataques de países extranjeros y anticatólicos sirvieron para reforzar su ligazón con la *madre patria* española), se organizaran al margen del esclerótico Gobierno español, montando su propio sistema defensivo o, como en el caso de la flota mercante privada del Pacífico, fundando la *Compañía de Nuestra Señora de la Guía*, con barcos corsarios que redujeron sensiblemente la actividad pirática extranjera.

Y mientras España se debatía en estériles sesiones y consejos discutiendo interminablemente lo que se debía hacer, Holanda e Inglaterra afilaban sus armas y se lanzaban a una agresiva política naval, que incluía navíos de nuevo diseño, nuevos instrumentos técnicos para mejorar la navegación, investigación para resolver problemas como el del escorbuto o el del cálculo de la longitud,

técnicas cartográficas precisas...

Fácil es colegir que años de defensa pasiva en la parte española, y de innovación por parte rival, derivaron en una decadencia absoluta de la flota española, y de la irrupción de Inglaterra y Holanda como potencias navales terminando el siglo XVII. Es entonces, bajo Carlos II, cuando se alcanza el nadir de España, cuando a punto estuvo de ser literalmente repartida entre sus naciones enemigas. Para la defensa de sus costas americanas, la nación que pudo fletar a finales del siglo XVI 130 navíos de guerra, apenas contaba con doce barcos para defender unos mares que se extendían por la mitad del mundo.

Más tarde se emprendieron algunas medidas, como la creación de la llamada con cierta exageración *Armada del Sur*, también claramente ineficaces, pero sería necesario el advenimiento al trono de un rey capaz como Carlos III, para que España recuperara su pulso político en general y el naval en particular. Y lo hizo en un tiempo muy corto, el que duró el reinado de este gran monarca, lo que demuestra la sorprendente capacidad de España para pasar del cénit al nadir y viceversa, en función de la calidad de sus gobernantes. Es de lamentar que hayan primado los mediocres sobre los capaces a lo largo de su historia.

#### El ataque de Inglaterra contra el Imperio español

Todavía los historiadores se preguntan cómo fue posible que Blas de Lezo, contando con 6 navíos y 3000 hombres, pudiera resistir el ataque inglés sobre Cartagena de Indias, una fuerza de 186 navíos y 25.000 hombres, más otros 4.000 milicianos estadounidenses.

Inglaterra utilizó como pretexto para declarar la guerra la acción de un corsario español en aguas americanas, Juan Fandiño, que abordó un barco contrabandista inglés y cortó la oreja a su capitán, Robert Jenkins. Este se presentó ante el Parlamento británico exhibiendo su oreja en un frasco de formol y los ingleses decidieron pasar al ataque para vengar la ofensa, aunque lo que escondíase detrás era el anhelo por hacerse con la plaza de Cartagena de Indias y asestar un golpe mortal al Imperio español, pues por Cartagena circulaba toda la plata americana con destino a España. Por razones políticas, económicas y religiosas, Gran Bretaña ansiaba desplazar a España de las Américas, y vengar además el apoyo prestado por España a la independencia de los Estados Unidos.

Pero Blas de Lezo, que por heridas de guerra era cojo, manco y tuerto, supo organizar magistralmente sus escasas fuerzas, y aprovechar a fondo las condiciones de la bahía de Cartagena de Indias, donde aún subsisten buena parte de sus baluartes.

Lezo instaló sus barcos en las entradas de la bahía, Bocagrande y Bocachica, con los cañones preparados para cubrir los accesos, y además

una larga cadena que impedía la penetración. El almirante Vernon, comandante británico, tuvo grandes dificultades para salvar estos obstáculos, aunque la apabullante superioridad de sus fuerzas fue quebrando lentamente las sucesivas defensas colocadas sabiamente por Lezo.

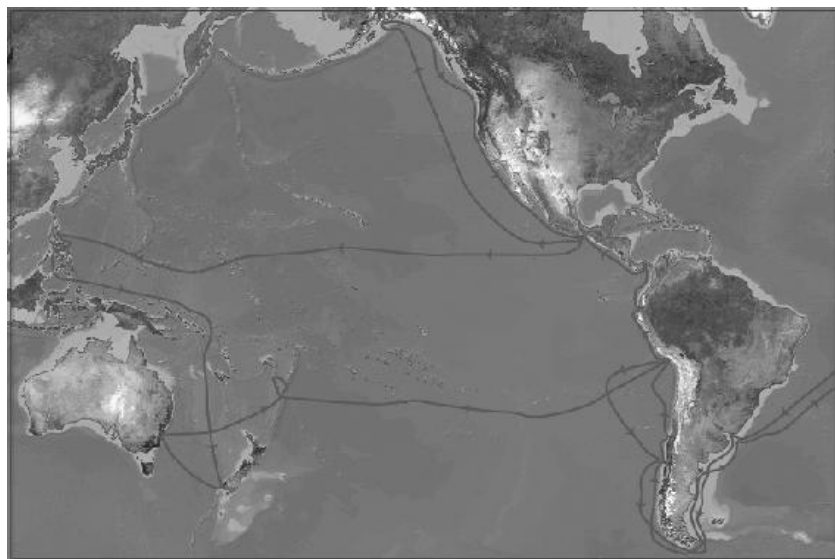
Hubo un momento en que Vernon creyó lograda la victoria, cuando finalmente su buque insignia, tras remover todos los obstáculos, penetró en la bahía a banderas desplegadas, poniendo cerco al baluarte definitivo, el castillo de San Felipe, y todo ello en medio de un cañoneo incesante durante todos los días del asedio.

Hasta tal punto llegó la confianza de Vernon, que envió noticias a Londres dando por seguro el triunfo, y se acuñó una moneda conmemorativa de la victoria, en la que un arrodillado Lezo entregaba a Vernon las llaves de la ciudad.

Pero no iba a ser tan fácil. Las escalas calculadas por los ingleses para asaltar San Felipe se quedaron cortas, porque Lezo había ordenado cavar un foso que aumentaba la altura de las murallas del fuerte, lo que demoró nuevamente a los ingleses. Mientras tanto, las condiciones ambientales de la zona, a las que estaban hechos los españoles pero no los británicos, hicieron su labor, y la malaria se ensañó con los atacantes.

El arrogante almirante Vernon tuvo que retirarse con los restos de la armada, y el orgullo británico no tuvo más remedio que silenciar e ignorar la derrota, la más humillante sufrida jamás por Inglaterra.





*La expedición de Malaspina fue una de las organizadas por España con fines científicos.*

# LA ÉPOCA DE LA ILUSTRACIÓN

## El movimiento renovador ilustrado

La decadencia de España, de sus instituciones, de su flota y de su influencia política, había sido lenta pero evidente a lo largo del siglo XVII, acaso debido al agotamiento que supuso la empresa de la conquista de América y su colonización. Y es en el siglo XVIII cuando, a impulsos del espíritu ilustrador que sacudió Europa, a resultas de la conjunción de monarcas, políticos e intelectuales perspicaces, España va a abordar un amplio movimiento de renovación de sus instituciones y sus estructuras, que le devolverán en buena parte el poder perdido.

Este movimiento fue inducido en España por personalidades como el benedictino Benito Feijóo, que bajo Fernando VI plantó las semillas de varias instituciones avanzadas que habrían de florecer en el siguiente reinado. O de cabezas clarividentes, como las de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que no solo hicieron un viaje crítico a las posesiones españolas en América, sino también a Europa, de donde importaron los conocimientos científicos y los instrumentos que se manejaban allí y que estaban sirviendo para que los países competidores de Europa tomaran posiciones geográficas de ventaja.

La ciencia náutica y la Armada recibieron estos aires renovadores, de la mano de ministros como Patiño, Valdés y sobre todo el marqués de la Ensenada, que contó para ello con la inestimable colaboración de Jorge Juan. Sus reformas impulsaron de tal modo la depauperada flota española que, hacia 1755, ya se disponía otra vez de una Armada respetable, con la que España se incorporaba de nuevo a las empresas exploradoras marítimas, abriéndose un nuevo ciclo en la crónica de las expediciones españolas. Entre los años 1735 y 1800, España organizó numerosas expediciones, con la mira puesta sobre todo en ambos extremos del océano Pacífico, ese «lago español» donde también habían puesto sus apetencias las demás naciones europeas. La renovación de la náutica española pasó por la creación de institutos y centros nuevos, cuya ausencia fue una de las causas del declive de la marina española. Uno de ellos, la Academia de Guardias Marinas de

Cádiz, que renovó el aprendizaje de la ciencia náutica en España; otro, el Observatorio Astronómico de Cádiz, y más tarde la Escuela de Ingenieros de Marina.

El impulso marítimo español no se debía solo al predominio de la razón y la ciencia propio del espíritu ilustrado, sino que, como se ha dicho, otras naciones adelantaban sus posiciones. Una vez que a partir del siglo XVII las naciones de Europa comenzaron a disputar sin ambages el señorío del Nuevo Mundo a España y Portugal, que lo derivaban de las concesiones papales, se aplicaron a la tarea de recuperar el terreno perdido, y a fe que lo consiguieron. El Tratado de París que puso fin a la Guerra de los Siete Años, confirmó la supremacía británica en el mar y obligó a España a ceder parte de sus posesiones en América del Norte. Y esas naciones ya contaban con viajeros de la talla de La Condamine, La Pérouse, Bouganville, Cook o Vancouver, entre otros, que recorrían el mundo describiéndolo y cartografiándolo con fines geoestratégicos.

La amenaza europea y, más adelante, la norteamericana eran palpables, y España se empleó a fondo en el Pacífico, y sobre todo en su fachada norteamericana, para neutralizarla y para hacer valer sus derechos, ahora que las estructuras políticas y económicas, oxidadas durante tanto tiempo, estaban comenzando a funcionar de nuevo y a empujar a España a la primera línea del concierto político mundial, que se había ido perdiendo por mor de reyes y políticos incapaces, en el transcurso del siglo XVII. Por otra parte, una vez que España tuvo que restringir sus derechos territoriales al este del Misisipi en favor de otras potencias, hubo de encontrar salida a sus nuevos afanes exploratorios en la única parte del Nuevo Mundo inédita hasta el momento, la costa oeste de América del Norte, donde centró sus esfuerzos.

El ímpetu reformista, magistralmente impulsado por ese gran rey que fue Carlos III, no dejó apenas cabo sin tocar. En lo económico, se trató de que la América hispana no fuera un penoso lastre para el país, como lo venía siendo una vez que disminuyó la afluencia de plata, y aplicó profundas reformas que pretendían obtener rentabilidad de tan vasto territorio, lo que se logró al final del período en alguna medida; en lo político, se devolvió también el prestigio y el protagonismo a España en el concierto internacional; en lo geográfico, se cartografiaron a fondo las posesiones españolas y se extendió la soberanía efectiva de España sobre California; y, en lo científico, se patrocinaron expediciones notables desde los nuevos centros del Real Jardín Botánico o el Real Gabinete de Historia Natural.

Es en este contexto emprendedor e ilustrado donde deben enmarcarse las expediciones españolas a la costa noroeste de

América. Subyace en ellas el antiguo objetivo de encontrar el mítico *Estrecho de Anián*, el pasillo acuático que supuestamente enlazaba el Atlántico con el Pacífico atravesando el continente americano, ahora transformado en el *Paso del Noroeste*, que buscaban con idéntico, si no superior afán, otros navegantes europeos, como James Cook. Empeño al que España sumó el tradicional de extender la religión católica entre las gentes de las nuevas tierras descubiertas, así como la ampliación a ellas de la soberanía española.

Pero había un motivo más, y de mucho peso, en este renovado ímpetu explorador emprendido por España. Los estados europeos, definitivamente superado el respeto hacia las bulas papales, estaban en disposición de plantar su bandera sobre cualquier porción del Nuevo Mundo que no estuviera previamente ocupado. Y en esta carrera entraban países como Inglaterra, Francia, los flamantes Estados Unidos o Rusia, que disponía de una posición de privilegio sobre la costa noroeste de América. De hecho, fueron casi siempre las noticias suministradas por los embajadores españoles acerca de movimientos rusos en esa costa, los que decidieron a España a despachar una y otra expedición para cortar tales pretensiones y adelantarse en la carrera del Noroeste.

### Los viajes de la Ilustración. Las expediciones del Virrey Amat

Avanzado el siglo XVIII, España sufría las consecuencias del debilitamiento político, militar y económico arrastrado desde la muerte de Felipe II, en parte por la incapacidad de sus gobernantes, en parte también por el esfuerzo gigantesco, agotador, de la conquista de América y el dominio del Pacífico.

Las consecuencias se reflejaban en el envalentonamiento creciente de las naciones europeas, sobre todo Inglaterra, que trataban por todos los medios, no solo de forjarse su propio Imperio, sino de arrebatar a España, incondicional enemiga desde la Reforma protestante, sus posesiones de Ultramar. Fruto de ello, y aunque mucho menor del apetecido, fueron la toma de Gibraltar, Menorca, La Habana, Manila o Florida, por acciones militares o por los vaivenes de la política, que tan pronto quitaban una plaza como la devolvían, como ocurrió con las últimas citadas.

Pero, además, el *Siglo de las Luces* contempla el impulso de un nuevo tipo de expediciones, que no tienen como objeto primordial la conquista y colonización, sino el puro interés científico, aunque este no dejara nunca de enmascarar otros objetivos menos

desinteresados. Los viajes de Bouganville, La Condamine, La Pérouse y sobre todo James Cook son ejemplos de estas navegaciones, que incorporan a bordo botánicos, geólogos, zoólogos, dibujantes y naturalistas en general, y que dan a conocer las maravillas que esconden los nuevos mundos que alumbraron en su día España y Portugal, hoy resentidas a causa de ese esfuerzo titánico.

Este creciente interés europeo, ya sea político, comercial o científico, es visto con enorme preocupación por España, donde también se ha instalado el espíritu ilustrado, de la mano de Carlos III y sus ministros. España sigue siendo formalmente el propietario de esos vastos territorios, y la consigna es no solo conservarlos, sino aumentarlos y emprender de una vez una ambiciosa operación geoestratégica y económica, que refuerce las posesiones y que devuelva a España el prestigio perdido en las cunetas del pasar de los siglos.

Estas serán las instrucciones generales que recibirán los gobernantes españoles del Nuevo Mundo. Y en la alta medida que les corresponde por razón de la extensión de los territorios a su cargo, serán responsables de ejecutarlas los virreyes de Nueva España y del Perú. El escenario principal de la actuación, el Pacífico americano, que desde Alaska hasta la Tierra del Fuego es oficialmente propiedad de la Corona española. En muy pocos años verá su fruto la nueva política de la monarquía, que logrará reubicar a España en lugares preeminentes.

El embajador de España en Londres, el príncipe de Masserano, envía informaciones preocupantes a la Corte española de Carlos III: por una parte, el Comodoro Byron ha realizado un viaje por los mares del Sur, atravesando el estrecho de Magallanes, y, aunque supuestamente posee contenido científico, siempre cabe la sospecha detrás de cualquier navegación inglesa, una nación invariablemente espoleada por el comercio. Masserano recela que detrás de ello se halla la pretensión inglesa de establecer bases en el Pacífico americano, un área de soberanía española.

El tercer viaje de James Cook promueve nuevas misivas de atención por parte del embajador al ministro de Marina Julián de Arriaga. Presuntamente el objeto primordial de Cook es encontrar el *Paso del Noroeste* entre ambos océanos, todavía supuesto pero no encontrado, y para cuyo descubridor la Cámara de los Comunes ha ofrecido un suculento premio. Pero Masserano insiste en los planes de asentamiento inglés en el Pacífico, que acaso ya se han producido, a la vez que alerta sobre las intenciones paralelas rusas en las regiones del Pacífico Norte.

El ministro español traslada a los virreyes estas preocupaciones,

con instrucciones para atajarlas. Y el virrey del Perú Manuel de Amat y Junyent, catalán de origen, toma prevenciones. Es hombre eficaz, enérgico, ilustrado a su vez, consciente de su mando, que ejerce a conciencia. Para empezar, refuerza las defensas de Valparaíso, Valdivia y El Callao, y al mismo tiempo apresta expediciones para comprobar cuánto hay de cierto en los informes del embajador español en Londres.

### La expedición de Felipe González de Haedo

En 1770 zarpa del puerto de El Callao un navío, el *San Lorenzo*, al que acompaña la fragata *Santa Rosalía*. Lleva el mando el capitán de fragata Felipe González de Haedo y, como segundo, el también capitán Antonio Domonte, siendo la dotación de 547 hombres. Se ha dado fin a las expediciones impulsadas por promotores imaginativos, como los Mendaña o Quirós, los del tiempo épico de la exploración en el Pacífico, y ahora son oficiales de la Marina española los que hacen las exploraciones. Es el triunfo de la ciencia sobre la pasión, de los técnicos sobre los héroes.

Fijan rumbo SE, con el propósito de hacer incursiones exploratorias en la isla de Pascua, donde se sospechaba podía haber bases inglesas. No las encuentran y erigen cruces, reafirmando la toma de posesión por parte de España. Y se admiran de las famosas estatuas dispersas por la isla, que describen, así como otras costumbres de los naturales, como las casas enterradas, a las que se accede por una pequeña abertura en el suelo.

Felipe González manda izar velas y dirigirse a Chiloé para explorar sus contornos. Su capital, Ancud, había sido fundada por Carlos de Beranger con el nombre de villa de San Carlos de Chiloé. La intención inicial del viaje era recorrer la completa costa peruana y chilena hasta el estrecho de Magallanes para investigar la posible presencia inglesa, pero, como han sido fletadas dos lanchas adicionales para este fin, y estas han llegado a Chiloé sin haber detectado esa presencia, Felipe González da por cumplida la misión y retorna a El Callao. Sus informes servirán para que el rey y su ministro Arriaga dispongan el establecimiento de misioneros protegidos por una guarnición en la isla de Pascua, plan suspendido hasta que se lleve a cabo el reconocimiento de otra avanzadilla del Pacífico, Tahití.

Para el reconocimiento de Tahití, el expeditivo virrey Amat dispuso que la única embarcación disponible, la *Santa María de la Cabeza*, coloquialmente llamada el Águila (los nombres de santos para bautizar los barcos están remitiendo), recibiera las reparaciones necesarias en Lima, a su vista, y no en Guayaquil, lo que hubiera demorado meses, ya que no hay tiempo: las autoridades de Madrid apremiaban sobre la vigilancia del Pacífico, temiendo la instalación de bases inglesas.

Ordenó también que el jefe de la expedición, el capitán de fragata Domingo Boenechea, abriera el pliego cerrado con las instrucciones sobre el viaje cuando se llevaran recorridas diez leguas. Indicaban los objetivos en la isla de Pascua y Tahití, la primera para fortificarla y asentar misioneros, y la segunda para reconocerla y asegurar la soberanía española. Según las instrucciones, sería el propio capitán quien fijara el orden de actuaciones, ya que solo se disponía del *Águila* para ambas misiones.

Boenechea, acreditado como valeroso y prudente, y que llevaba como segundo a Tomás de Gayangos, resuelve acudir primero a Tahití, la más importante de las islas de la Sociedad, así llamadas en homenaje a la Real Sociedad de Londres, patrocinadora de uno de los viajes exploratorios ingleses. Cuenta con una superficie de 1041 km<sup>2</sup> y una altura máxima de 2236 m, discutiéndose la primacía de su descubrimiento, que unos, como Humboldt, atribuyen a Fernández de Quirós; otros, a Juan Fernández, y otros, al inglés Samuel Wallis.

Localizando un surgidero para arrojar el ancla tuvieron un grave tropiezo, cuando a dos brazas y media de profundidad la popa del barco tocó fondo, estando a punto de embarrancar, lo que resolvió el capitán desplazando la tripulación por la cubierta.

Los naturales se mostraron sumamente afables y hospitalarios, y esta fue la tónica general de las relaciones entre los españoles y los nativos. Encontraron entre ellos objetos de origen inglés, y a su vez los españoles les regalaron otros tan valiosos como animales domésticos para crianza y semillas peninsulares, que enseñaron a sembrar, gratificándose los españoles cuando vieron que a la partida las semillas estaban germinando.

Estimaron una población de unas diez mil personas, siendo de talla algo mayor que los españoles. Las mujeres eran las que dominaban la familia, si bien consideraban superior al hombre, delante del cual nunca comían en señal de sumisión, ni siquiera tratándose de los propios hijos.

Cumplido el objetivo de esta primera campaña, zarparon, llevando voluntariamente con ellos a cuatro naturales de la isla y desechando la misión en Pascua, por hallarse el *Águila* precisada de serias reparaciones, que debían hacerse en El Callao.

Las favorables noticias sobre la habitabilidad de la isla y el talante de sus naturales impulsaron una segunda expedición de Boenechea y los mismos oficiales, adicionando ahora al *Águila* otra embarcación menor, el paquebote Júpiter, al mando de José de Andía. Partieron de El Callao el 20 de septiembre de 1774, aunque pronto se descubrió que el barco de apoyo era muy lento y retrasaba la marcha, por lo que ambas naves se separaron, acordando juntarse en Tahití.

Fue indescriptible la alegría con que los isleños recibieron a los dos supervivientes que habían partido con los españoles hacía dos años (los otros dos habían muerto), siendo celebrados y acariciados por sus seres queridos, y escuchaban embobados sus relatos, viéndolos como seres venidos de otro mundo, que es justamente lo que eran. Una vez más se reprodujo la buena disposición de aquellas gentes hacia los españoles, a los que ayudaron a construir la casa que habría de servir de misión para los dos franciscanos venidos con la partida. Cuando estuvo lista, se celebró una gran ceremonia de inauguración, con descargas de fusilería, procesión solemne, erección de la cruz y la primera misa.

Reunidos ambos barcos, dejaron la base para hacer una campaña de reconocimiento del entorno, pero se agravó la enfermedad que venía aquejando al capitán Boenechea, y le dieron la extremaunción, mientras Gayangos asumía el liderazgo. Nada se pudo hacer por salvar su vida, y el día 26 de enero de 1775 moría Domingo Boenechea en la tierra que fue a explorar y donde encontró su destino, siendo despedido con honras fúnebres y siete cañonazos, como correspondía a su grado militar. Fue enterrado junto a la misión, y, aunque en fechas muy posteriores se buscó el lugar donde descansaban sus restos, nunca fueron hallados.

Gayangos decidió emprender la partida, dejando en tierra a los dos misioneros, además de un grumete y del intérprete Máximo Rodríguez. Hubo muchos nativos que quisieron embarcarse con los españoles, y aun se escondían en lugares inverosímiles de los barcos para partir con ellos, siendo necesarios minuciosos registros para evitarlo.

Cuando el *Águila* regresó a Tahití por tercera vez, al mando ahora de Cayetano de Lángara, para llevar socorros y provisiones a la misión, los dos misioneros renunciaron a continuar su labor en Tahití, y, a pesar de los esfuerzos por convencerlos de lo contrario, tuvieron que embarcarlos. Adujeron que sin presencia militar los



nativos se habían comportado de modo diferente, y ahora temían por su seguridad. Argumentos que no convencieron al virrey, quien se quejó de la tibieza mostrada por los misioneros. El abandono de la misión significó en la práctica el fin de la presencia española en Tahití.

## La expedición Malaspina

Se trató de la réplica a las grandes expediciones ilustradas que estaban abordando Francia e Inglaterra con fines geográficos y científicos, como las de La Pérouse y Cook. Carlos III, que había impulsado otros viajes botánicos y zoológicos a los virreinos españoles, aprobó el proyecto de Malaspina, en el marco de su amplio conjunto de medidas típicamente ilustradas, y que pretendían devolver a España el prestigio perdido y el lugar que le correspondía en el concierto político global, a tenor de la enorme extensión de sus posesiones en América, Europa y el Pacífico. Se trataba de evaluar el estado general de los dominios españoles en América y Asia, desde los puntos de vista científico, político y económico, para proponer medidas destinadas al buen gobierno de las Indias, y también de actualizar la cartografía existente, para mejorar la seguridad de las navegaciones.

Alejandro Malaspina había nacido en Italia en 1754, en el seno de una familia noble, pero pronto entró al servicio de la Marina española, participando en acciones como el sitio de Gibraltar. Formando equipo con el teniente de navío José Bustamante, presentó al rey el proyecto de expedición, que fue aprobado por Carlos III en un plazo sorprendentemente rápido, disponiéndose enseguida la construcción de dos corbetas, la *Descubierta*, a cargo de Malaspina, y la *Atrevida*, que llevaría a bordo a Bustamante.

Malaspina preparó cuidadosamente la tripulación, exigiendo que todos fueran voluntarios y seleccionando rigurosamente a los pilotos, los científicos, los naturalistas y los dibujantes, y en el rigor de esta criba previa radican los buenos resultados generales de la expedición. Entre los enrolados figuraban nombres eminentes, como Dionisio Alcalá-Galiano y Cayetano Valdés, entre otros excelentes profesionales, que dejaron un ingente e inestimable material para estudio y archivo.

El 30 de julio de 1789 partían del puerto de Cádiz y, tras reconocimientos diversos en la costa sudamericana, doblan el cabo de Hornos, aunque no por el estrecho de Magallanes, sino por el estrecho de Le Maire. La travesía sorprendió a los tripulantes con un

tiempo apacible, algo en verdad insólito en estas latitudes. En esta travesía la *Atrevida* visitará las islas de Diego Ramírez, descritas por los eficientes hermanos Nodal, pero desde entonces en el olvido, hasta el punto de que se pensaba eran inexistentes. La expedición constató su presencia, en los 56° 33', definiéndolo como el verdadero término de la tierra, bautizando un cabo como cabo Valdés, en homenaje al ministro de Marina Antonio Valdés, que mucho había tenido que ver con la aprobación del proyecto.

Ahora la expedición, cuyos barcos no siempre se mantuvieron unidos, sino que por necesidades técnicas se separaron varias veces, encaró el recorrido de la costa pacífica de América del Sur, que van cartografiando y corrigiendo los mapas de acuerdo con la nueva tecnología disponible. No en vano, como parte de su concienzuda preparación del viaje, Malasпина había incorporado a la expedición los aparatos y mecanismos de navegación más modernos, adquiridos en Inglaterra, que a estas alturas estaba ya a la cabeza de la ciencia náutica, base del Imperio que estaba forjando. Uno de los puntos de anclaje fue la isla de Chiloé, donde España había erigido una sólida guarnición con el nombre de San Carlos. Esta guarnición, como el resto de la isla, siguió en manos españolas varios años después de que Chile se hubiera independizado, gracias a la valerosa tenacidad de su gobernador.

El examen de la costa noroeste de América formaba parte del proyecto, aunque en un principio con un sentido más político y económico que geográfico, debido a la permanente amenaza de instalación de bases rusas o inglesas que podrían poner en discusión los derechos españoles. Pero en el curso del viaje les llegan instrucciones para que se incluya en el plan la búsqueda del *Paso del Noroeste*, que tan afanosamente seguían rastreando las potencias europeas, y que los últimos informes señalaban podía situarse en el estrecho descubierto por Ferrer Maldonado.

En cumplimiento de estas nuevas instrucciones parten ambas naves de Acapulco el 1 de mayo de 1791, enfilando directamente hasta Alaska, a donde llegan el 23 de junio. Divisaron el área reconocida antes por navegantes como De la Bodega y Cook, y continuaron hacia el puerto de Mulgrave, en la bahía de Yakutat, situado a la altura de los 59° 30', descubierto por Dixon. Allí tuvieron encuentros con los nativos, en general amistosos, que aprovecharon los naturalistas y los dibujantes Cardero y Tomás de Suria para escribir sus observaciones sobre las costumbres y plasmarlas en excelentes dibujos. En la latitud 59° 51' buscaron el supuesto paso señalado por Ferrer Maldonado, pero muy pronto comprobaron que la entrada del estrecho apenas tenía marea, señal de que el canal se acababa pronto, como les ratificaron los

naturales. Por esa razón bautizaron el lugar como *Puerto del Desengaño*.

Tras la decepción acudieron a la bahía de Nutka, donde se había levantado una base española en toda regla, con su fuerte, las barracas de los soldados y los talleres anejos, una verdadera instalación militar llamada Santa Cruz de Nutka, que reafirmaba los derechos españoles sobre al área frente a otras potencias. No tardaría la conflictiva bahía de Nutka en ser el origen y causa de un posible enfrentamiento entre España e Inglaterra.

Allí siguieron practicando los estudios científicos, etnográficos y cartográficos que llevaban a cabo en cada punto visitado, y descendieron hasta Monterrey, en cuya misión fueron acogidos por el padre Francisco Lasuén, nuevo presidente de las misiones californianas, en sustitución del fallecido Junípero Serra. Desde allí retornaron a Acapulco.

El virrey de Nueva España ordena se reconozca y cartografie el paso de Juan de Fuca, para lo cual Malaspina comisiona a Cayetano Valdés y a Alcalá-Galiano, requisándose al efecto dos barcos, la *Sutil* y la *Mexicana*, mientras él y Bustamante ponen proa hacia el Oriente. Cruzan el Pacífico pasando por las Marshall y las Marianas, llegando a Manila, donde muere de fiebres el naturalista Antonio Pineda. Tras separarse las naves y hacer reconocimientos, vuelven a juntarse y se dirigen ahora a Las Molucas, Nueva Zelanda y Sidney, volviendo al puerto de El Callao, para desde allí doblar el cabo de Hornos, recalar en las Malvinas, donde ya habían fondeado en el viaje de ida, para emprender la vuelta, regresando a Cádiz el 21 de septiembre de 1794.

Los resultados geográficos y científicos de la expedición fueron los esperados, teniendo en cuenta la calidad técnica de sus componentes. Si bien tardaron mucho en ser publicados, y el final de la singladura, en la que emplearon cinco años, coincide con el comienzo del calvario particular de Alejandro Malaspina. A su llegada entregó el informe de su viaje, titulado *Viaje político científico alrededor del mundo*, con un informe adicional y reservado sobre el estado político de las posesiones españolas.

Pero Malaspina, una vez ascendido a brigadier y entregado el informe, es apresado, procesado y condenado a diez años de prisión, y la copiosa información obtenida en el viaje no se publica.

No se conocen a ciencia cierta las acusaciones que se formularon contra Malaspina. Podrían ser las propuestas excesivamente liberales que formuló sobre los dominios españoles, en el sentido de recomendar mayor autonomía a los territorios. También se dice que fue acusado de filtrar informaciones confidenciales a otros países. O acaso de haber estado involucrado en un posible movimiento

palaciego para destituir a Godoy. Lo cierto es que se ganó la animadversión de este, y permanecerá en prisión durante siete amargos años, saliendo de ella a instancias del presidente de la República Cisalpina, el conde Melzi, amigo de la familia Malaspina. Pero se le desposeyó de su cargo y sus grados oficiales, y el relato de su viaje no se publicó hasta mucho después de su muerte, cuando en 1885 el teniente de navío Pedro de Novo lo publicó, casi cien años después de la redacción del informe original.

# LA OCUPACIÓN DE LA ALTA CALIFORNIA

## Precedentes: La expedición de Rodríguez Cabrillo

Las expediciones a los mares del Norte comisionadas por Hernán Cortés tras dominar la tierra firme de Méjico tuvieron un colofón en la que comandó Juan Rodríguez Cabrillo. Era de origen portugués, y había sido soldado a las órdenes de Cortés en la conquista del Imperio azteca, con el grado de oficial de ballestas. Posteriormente fue lugarteniente de Pedro de Alvarado en Guatemala, y en realidad la expedición de Cabrillo era la que tenía dispuesta Alvarado para reconocer él mismo la costa pacífica de América del Norte.

Pero la inesperada muerte de Alvarado cuando acudió a sofocar la rebelión de los indios chichimecas allanó el camino a Rodríguez Cabrillo. El virrey Mendoza lo puso al frente de lo que quedaba de la flota de Alvarado, apenas dos naves, y con ellas zarpó en 1542 de la costa mexicana para emprender la expedición diseñada por Alvarado.

Cabrillo llegó a la bahía de San Diego, de la que es considerado descubridor, así como de las tierras de la Alta California, aunque al desembarcar se acercaron algunos nativos, quienes aseguraron haber tomado contacto antes con hombres y vestimentas semejantes, muy probablemente los hombres de la expedición de Vázquez de Coronado.

Prosiguen el avance hacia el Norte, descubriendo las islas de Santa Bárbara, pero entonces asoman las desventuras: Cabrillo se fractura un brazo en una playa rocosa a consecuencia de un encuentro con los nativos, y las nieblas y las borrascas invernales dificultan el avance de la expedición. A consecuencia de la herida gangrenada, Cabrillo muere; no obstante lo cual, su segundo, Bartolomé Ferrer —o Ferrelo—, continúa hasta los 42º, descubriendo y bautizando el cabo Mendocino, en homenaje al virrey Antonio de Mendoza. Se encuentran en la frontera de California con Oregón y deciden abordar el regreso, con el título de haber sido los primeros en pisar las costas de California.

Los mapas levantados por Cabrillo y sus pilotos fueron guardados en secreto por el virrey Mendoza, y el interés español por California decayó, hasta que las incursiones piráticas de Drake y Cavendish, que progresaron por la costa pacífica, tomaron datos y apresaron barcos españoles, reavivaron el interés de la Corona española por explorar y asegurar los territorios del Noroeste, la inédita costa californiana. Así es como el virrey despacha una expedición al mando del acreditado marino Sebastián Vizcaíno.

### La expedición de Sebastián Vizcaíno

Sebastián Vizcaíno pertenecía a la casta ilustre de extremeños que se encargaron de abrir la página más brillante de esa región siempre discreta y sobria del oeste español. Veló sus armas en las campañas del duque de Alba en Portugal, para trasladarse a la Nueva España en 1593, donde destacó en empresas mercantiles, como el comercio de perlas, y realizó diversos viajes, entre otros, a Filipinas, que lo convirtieron en buen navegante y aficionado a la cosmografía, ciencia tan en boga en aquellos tiempos.

Su incidencia más notable de esos años tuvo lugar cuando volvía a bordo del Galeón de Manila, el *Santa Ana*, que fue abordado por sorpresa en el cabo de San Lucas, la punta sur de la Baja California. El Galeón, con una fortuna en sus bodegas, fue saqueado por el pirata inglés Cavendish, y el barco, incendiado, aunque la habilidad de Vizcaíno logró salvarlo de las llamas al conducirlo a un puerto mexicano. Cavendish entró en Londres con banderas de sedas desplegadas y fue armado caballero por la reina Isabel.

Pero el asalto había puesto al desnudo la vulnerabilidad de la fachada del Imperio español asomada al Pacífico, que se consideraba hasta ahora protegida por la geografía y la lejanía. Y cumpliendo el mandato de Felipe II, el virrey de Nueva España Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey, ordenó emprender exploraciones por la costa norteamericana, y para el cometido se fijó en Sebastián Vizcaíno, que había probado su destreza en los negocios y en la marinería. Primeramente le encargó reconocer y describir a fondo el litoral del mar de Cortés, y, cumplido el objetivo a satisfacción, le encargó otro de más envergadura y por el que entraría en la historia.

La misión era netamente exploratoria y científica, pues se trataba de realizar un levantamiento cartográfico de todo accidente de la costa existente entre el cabo San Lucas y el cabo Mendocino, y de ser posible remontar hasta el cabo Blanco.

En 1602 partió de Acapulco la flota de tres naves, *San Diego*, *Santo Tomás* y *Tres Reyes*, recorriendo la costa mexicana para saltar después a la Baja California, cuyo litoral reconocieron íntegramente desde el cabo de San Lucas. En el viaje no solo registraban toda bahía, cabo o ensenada que presentara el perfil costero, sino que iban bautizando los accidentes geográficos, la mayor parte de los cuales permanecen vigentes.

Entre los lugares visitados, figuraba San Blas, que luego desempeñaría un papel trascendente en el salto a California; San Diego, descubierto años antes por Rodríguez Cabrillo; el canal de Santa Bárbara, que más tarde serviría de puesto intermedio de aguada y abasto en las ulteriores expediciones a California.

A los 37º de latitud alcanzaron una bahía que llamaron de Monterrey, en homenaje al virrey, un enclave que resultaría tan crucial como problemático en el avance definitivo de España sobre California. Aquí se desgajó de la flotilla la *Santo Tomás*, que fue enviada de regreso a Acapulco, mientras las otras naves continuaban costearo hasta llegar al cabo Mendocino, en los 41º, y subieron hasta el cabo Blanco, sobre los 43º. Pero las corrientes empujaron las naves un grado más al Norte, decidiendo entonces Vizcaíno que la *San Diego* regresara a la base de Acapulco, ante los graves problemas de salud que aquejaban a la tripulación.

La fragata *Tres Reyes* continuó subiendo en solitario, al mando del contra maestre Esteban López. En los 43º el frío y el escorbuto se cebaron sobre la marinería, muriendo el piloto Martín de Aguilar. En los 41º hallaron una bahía en la que desembocaba un río caudaloso, donde no pudieron entrar a causa del fortísimo oleaje y las corrientes. Este lugar fue bautizado Martín de Aguilar, y más tarde recibió el nombre de bahía de Humboldt.

En el viaje no llegaron a descubrir la imponente bahía de San Francisco, oculta por las nieblas, pero el mapa de Vizcaíno se guardó en secreto por las autoridades españolas, hasta que adquiriría toda su relevancia en las expediciones del siglo XVIII. El mapa sentó las bases técnicas de las navegaciones españolas posteriores, y hasta de la colonización de California, que no se llevaría a cabo hasta casi doscientos años después y que fue posible gracias al escrupuloso detalle de la expedición de Vizcaíno.

### El Paso de Juan de Fuca

Este misterioso personaje fue sin saberlo uno de los grandes instigadores de la búsqueda del *estrecho de Anián* en el siglo XVIII,

en especial, por parte de Inglaterra, que dio pábulo a lo publicado por Samuel Purchas en su obra de viajes de 1625, en la que narra el supuesto hallazgo de un paso entre el Atlántico y el Pacífico, descubierto supuestamente en 1592 por un tal Juan de Fuca.

Este Fuca era un griego de Cefalonia llamado propiamente Apostolos Valerianos, y, según algunos, habría adoptado el apellido Fuca tras servir a los poderosos banqueros Fugger, los *Fúcares*, pasando al servicio de España y sirviendo como marinero o piloto en numerosas expediciones en el virreinato de Nueva España y el Pacífico. Formó parte de la infortunada tripulación del Galeón de Manila que fue interceptado y saqueado por el pirata Cavendish, siendo abandonado en la costa de la Baja California. Luego pilotó una expedición en busca del *estrecho de Anián*, que afanosamente estaba buscando Inglaterra, y con la cual pretendía España adelantarse, pero una rebelión a bordo abortó la empresa.

Después de eso recibió del virrey de Nueva España el mando de una pequeña carabela para repetir la malograda expedición, y fue entonces donde, según las crónicas, habría encontrado el afamado paso. De acuerdo con el propio relato de Fuca, se situaba sobre los 47º de latitud norte, donde se abría una gran bahía en forma de triángulo, que penetraba profundamente hacia el Noreste. Por ella se adentró el barco de Fuca, navegando durante veinte días hasta desembocar en el otro lado, en el mar del Norte, y, cumplido el objetivo, regresó a la base de Acapulco.

Entregó el mapa de su hallazgo en la Casa de la Contratación de Sevilla y reclamó la recompensa prometida por el virrey, quien no debió conceder demasiado crédito al hallazgo. Fuca acudió entonces a la Corte española para tratar de ser recompensado por Felipe II, con idéntico resultado, por lo que marchó a Italia para tratar de vender su descubrimiento al mejor postor. Allí trabó contacto con un viajero inglés, Michael Lok, a quien la noticia debió parecer sensacional, pues habría entregado un anticipo a Fuca por la revelación, y escribió a varios personajes ingleses, entre ellos, Walter Raleigh, para que enviasen dinero para llevarse con él a Fuca a Inglaterra y convencer a la Armada británica para comprobar el descubrimiento, cuyo secreto estaba en manos del propio Fuca. Al no recibir los dineros, Lok regresó a Inglaterra para movilizar en persona la empresa, pero poco después se supo que Juan de Fuca había muerto.

Desde entonces la historia quedó sepultada en el olvido, hasta que reaparece en la obra de Purchas en 1625. Se reabre el interés, y el Parlamento inglés ofrece una fuerte recompensa para quien descubra el paso de Fuca, y, aunque se sabe de alguna expedición en su busca, no se concretó hallazgo alguno.



En 1787 se produjo el descubrimiento de la entrada del famoso paso, a cargo de William Barkley, quien a bordo del *Imperial Eagle* encontró la entrada descrita doscientos años antes. Los navegantes españoles habían pasado varias veces delante de ella en sus reconocimientos por la costa de California, y, del mismo modo que la bahía de San Francisco, había quedado oculta por las nieblas. Esteban Martínez, acreditado marino de largo historial en las navegaciones californianas, informó haber visto una gran entrada en la latitud 48° 30'. Fue bautizada con el nombre de su presunto descubridor, Juan de Fuca —nombre que conserva—, pero quedaba en eso, en un mero entrante marítimo, y al cabo del tiempo vino a dar la razón a las autoridades españolas, que no dieron crédito suficiente a las noticias fabulosas traídas por el aventurero griego.

### El supuesto viaje de Ferrer Maldonado

Lorenzo Ferrer Maldonado, natural de Guadix, Granada, remitió en 1609 a Felipe III una crónica titulada *Relación del descubrimiento del estrecho de Anián*. En ella relataba que había partido de Lisboa en 1588, navegando hacia el estrecho del Labrador, y a los 60° llegó a los Bacallaos y más tarde a las islas de Frislandia y Gelandillas, todo ello de una manera sumamente imprecisa. Cobra mayor concreción la crónica cuando afirma que alcanzó el estrecho de Davis, con una entrada de más de 300 leguas, remontando por él en dirección Norte, hasta los 75°, virando luego hacia el oeste para alcanzar el océano Pacífico tras 290 leguas de recorrido, con una anchura de entre 20 y 40 leguas. Como ocurrió con la noticia de Fuca, la narración de Ferrer no encontró eco en la Corte española, pero luego encontró mayor crédito al ser objeto de diversas publicaciones. La primera, la del duque de Almodóvar, en su *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, editada en Madrid en 1788.

El bibliotecario Carlos Amoretti encontró esta *Relación* en la Biblioteca Ambrosiana de Milán y la tradujo al inglés, y en 1818 un empecinado defensor del *Paso del Noroeste*, John Barrow, trasladó al idioma inglés el *Descubrimiento del estrecho de Anián... por el capitán Lorenzo Ferrer Maldonado en 1588*, dentro de una obra sobre la historia de los viajes a las regiones árticas.

Fernández de Navarrete incluyó la referencia a este supuesto viaje en su ilustre *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, en el año 1849, sosteniendo que la obra original de Ferrer se hallaba en posesión del duque del Infantado, de donde lo habría

copiado Juan Bautista Muñoz en 1781.

El astrónomo de Malaspina José Espinosa y Tello tuvo conocimiento de esta copia sobre la crónica de Ferrer, y ello motivó que la Corona ordenara que la expedición científica del italiano al servicio de España comprobara la veracidad del relato y tratara de encontrar el paso, que debió ser cierto en lo que se refería al hecho de un viaje de Ferrer, e inventado en todo lo demás. Porque el relato del presunto paso por el estrecho de Anián es muy detallado, con dibujos y textos que tratan de convencer acerca de la certeza del hallazgo, y así describe y dibuja la boca del estrecho, los accidentes de los contornos, como «un peñón muy alto blanco con tres árboles»..., otro «peñón aislado»..., un «río formidable de buena agua»... Si bien la certeza se desvanece pronto, porque incluye en sus descripciones elementos impropios de estas latitudes árticas: «montes de mucha caza»..., «llanos de monte bajo para hacer siembra»... Todo lo cual delata la impostura del relato.

### La amenaza rusa

En el año 1728, el navegante danés Vitus Bering se ponía a las órdenes del Zar de Rusia para dirigir una expedición, con vistas a determinar si los continentes de Asia y América estaban separados o unidos. Bering zarpó desde Kamchatka, en Siberia, a bordo de la nave *San Gabriel*, llegando al estrecho que recibió su nombre, y, aunque la niebla le impidió divisar la costa de Alaska, concluyó que ambos continentes estaban separados.

No obstante, se decidió comprobar la suposición sobre el terreno, y de nuevo Bering partió en 1741 del mismo punto, esta vez con dos barcos, el *San Pedro* y el *San Pablo*, este a cargo de alguien que desempeñaría un papel relevante, el explorador Alexei Chirikov.

Pronto una tormenta separó las dos naves, que navegaron en paralelo pero sin avistarse. La *San Pedro* de Bering llegó hasta la costa de Alaska, divisando el monte San Elías y desembarcando en la isla Kayak, solo el tiempo suficiente para hacer aguada, para desesperación del naturalista de a bordo, Georg Steller. Pero la tripulación estaba ya gravemente afectada por el escorbuto, y Bering ordenó el regreso, para naufragar cerca ya de Kamchatka, donde Bering y muchos de sus hombres murieron.

Mientras tanto, Chirikov bajó hasta los 55° 21' de latitud, más al sur de Alaska, pero, habiendo perdido los dos botes de su nave, no pudo desembarcar, aunque pudieron regresar sin novedad a la base

de Kamchatka. Los supervivientes de esta expedición describieron la abundancia de animales con valiosas pieles en estos confines, como zorros, focas y nutrias, lo que sirvió de poderoso estímulo para nuevas empresas comerciales de los rusos. En los siguientes veinte años, al menos treinta expediciones comerciales rusas se dirigieron a la zona.

Los viajes precedentes esparcieron rumores sobre la posible presencia rusa en una costa y una tierra que España consideraba de su exclusiva propiedad, pero no fue hasta 1761 cuando los rumores comenzaron a inquietar seriamente a las autoridades, cuando el embajador español, duque de Almodóvar, informa acerca de las expediciones de Bering y alertó sobre nuevos planes expansionistas rusos, lo que confirmaría su sucesor en la embajada en 1767, dando cuenta de posibles proyectos de asentamiento ruso en Norteamérica. Y en enero de 1768, el ministro de estado, marqués de Grimaldi, informaba al virrey de Nueva España, Francisco de Croix, que los rusos ya habían fundado asentamientos en algún punto de la costa pacífica norteamericana.

Mas para entonces el virrey ya había trazado planes con el visitador general de Nueva España, José de Gálvez. Planes que tenían por objeto frenar a los rusos, extender la soberanía española en el área y proteger el noroeste del virreinato de Nueva España contra posibles incursiones extranjeras. Y esos planes pasaban por ocupar y colonizar la Alta California.

### Las reformas de Gálvez

La Corona española veía con estupor que, mientras las colonias inglesas de Norteamérica, sin producir oro ni plata, rendían buenos réditos a la metrópoli británica, la América hispana era un lastre que solo generaba gastos y ningún beneficio, pese a sus enormes riquezas minerales. Y para encauzar las cosas, el visitador general José de Gálvez llegó en 1765 a la Nueva España, con el mandato de reorganizar la Administración y la Hacienda del virreinato, de modo que las Indias fueran de nuevo, como en el siglo XVI, la base que devolviera a España el prestigio y el poder perdidos en años de pésimos gobiernos.

Una vez cumplido este objetivo, que permitió que Nueva España comenzara a ser rentable, Gálvez dirigió su actividad a la parte más compleja del virreinato, la frontera del Norte. Por su consejo se creó la Comandancia General de las Provincias Internas, un inmenso territorio que abarcaba los actuales norte de México y suroeste de

los Estados Unidos, y abordó una reforma general del sistema de presidios, para establecer una línea segura de protección de los intereses españoles en el septentrión, frente a los indios hostiles y frente a las potencias extranjeras.

Cuando Gálvez acometía estas reformas, llegó en 1768 la orden de ocupar sin demora la Alta California, para prevenir los avances rusos y disuadir a otras potencias. Gálvez se puso de inmediato a la tarea, y su primer movimiento fue la elección de un puerto que sirviera de plataforma a las previstas navegaciones. Debía ser un lugar más próximo a California que Acapulco, y la elección recayó en San Blas, un puerto que ya había sido utilizado como astillero por el comerciante de perlas Pedro Porter. Se situaba entre Mazatlán y la bahía de Banderas, en la desembocadura del río Grande de Santiago.

San Blas ofrecía diversas ventajas que inclinaron a Gálvez a elegirlo como base de operaciones, como poseer la ruta más directa posible hacia la Alta California, y una más fácil comunicación que Acapulco con la capital mexicana. Además, en su entorno se extendían bosques de donde extraer la madera para la construcción de los barcos, ya que la fundación de un astillero entraba dentro de los objetivos.

Pero Gálvez no pudo entonces apreciar los grandes inconvenientes de San Blas, los que a la postre llevaron a su abandono. El lugar era pantanoso y lluvioso, sumamente insalubre, un paraje donde era fácil contraer enfermedades como la malaria o la disentería, por lo que los destinados allí iban poco menos que a la fuerza. Además, los arrastres del río fueron encenagando el paraje, hasta el punto de que su calado era cambiante y cada vez menor, un problema de envergadura para el trasiego de barcos que conoció el puerto.

La elección de San Blas fue pues un claro error logístico, pero tardó más de treinta años en subsanarse. Mientras tanto, a pesar de sus gravísimos inconvenientes, el puerto cumplió la función para la que fue elegido: en él se construyeron los barcos que hicieron posible la ocupación de la Alta California por España, y de él partieron las navegaciones exploratorias y los suministros para las misiones y las guarniciones de la California española.

Todo estaba, pues, dispuesto para el salto español a la Alta California: la decisión real, los recursos económicos y la base de operaciones del puerto de San Blas. Solo faltaba cubrir un flanco, el religioso, porque a la par del motivo político, y como siempre estuvo presente en las iniciativas españolas de ocupación de nuevos territorios, figuraba el propósito de cristianizar los pueblos nativos, en cumplimiento del Patronato Real, la misión que el papa

encomendara a España de evangelizar a los indios, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Solo faltaba dar con la persona adecuada para dirigir el aspecto religioso de la colonización de la Alta California. La complejidad de la misión requería alguien que no solo poseyera una clara vocación evangelizadora, sino también un indudable talento organizador. Y José de Gálvez no pudo elegir con más acierto cuando nombró presidente de las misiones californianas al franciscano Junípero Serra.

## La Santa Expedición y el salto de España a California

El motivo evangelizador de los indígenas californianos y el freno a la expansión de Rusia, que desde Alaska poseía una situación privilegiada para apoderarse de California, fueron las razones de la operación española, la llamada Santa Expedición por la importante causa religiosa.

El competente José de Gálvez organizó minuciosamente la expedición, contando con el mapa de Sebastián Vizcaíno dibujado ciento setenta años antes, en el que describía con detalle la costa, entre otros accidentes, la bahía de Monterrey, que se eligió como base para la cadena de misiones que pretendía fundar España en California, bajo la dirección de Junípero Serra.

Gálvez proveyó tres barcos para la expedición, en cuya nómina figuraban nombres que luego serían ilustres en la historia española en California, como la Compañía de Voluntarios de Cataluña, los tenientes Fages y Ribera, el ingeniero Miguel Costansó, y en la parte religiosa el propio Serra y el padre Juan Crespi.

Teniendo en cuenta las enormes distancias a salvar desde la Nueva España, la primera parte de la expedición, la llegada a San Diego desde el puerto de San Blas, ya era toda una gesta. El San Carlos y el San Antonio tardaron más de tres meses en hacerlo, y el pequeño San José naufragó, desapareciendo su tripulación.

El capitán Gaspar de Portolá, comandante de la expedición, lo hizo por tierra, así como fray Junípero, sufriendo lo indecible a causa de una vieja herida que le dificultaba caminar o montar a caballo, y aun así arrostró el viaje con entereza.

Llegados a San Diego, Portolá se encamina por tierra hacia el norte en busca de la bahía de Monterrey, cargando los pertrechos a lomos de 163 mulas, y con la compañía religiosa de Crespi, mientras Serra funda una misión y se repone en la base de San Diego.

Alcanzan la que, según el detallado mapa de Vizcaíno, se encuentra la latitud de Monterrey, pero no la localizan, y pensando que tuviera un error de ubicación continúan progresando hacia el norte, pero la bahía no aparece, y sí un cañón plagado de osos, de los que cazan algunos para alimentarse, porque ya estas alturas las provisiones escasean.

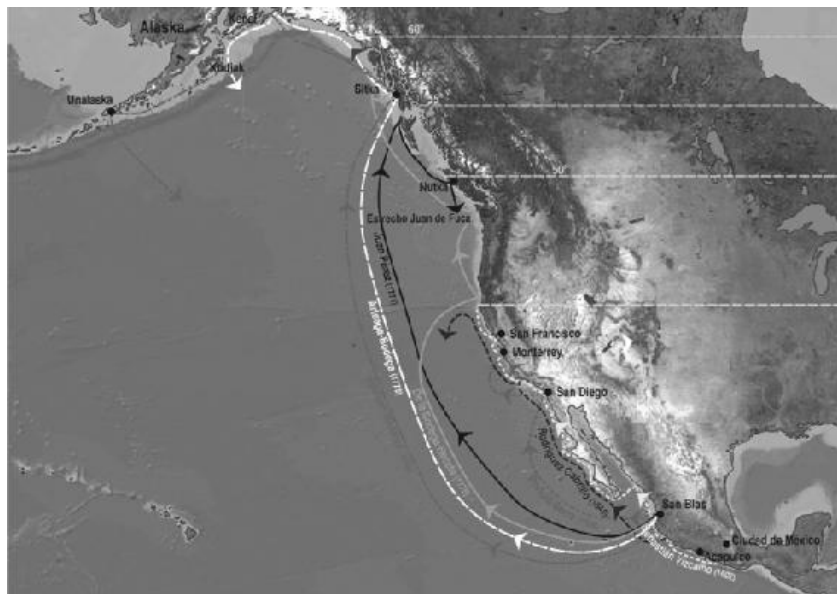
Otro hallazgo fortuito es el de la gran bahía de San Francisco, pero comprenden que en latitud tan alta han tenido que rebasar con creces Monterrey y regresan, con tales penurias que han de ir sacrificando mulas para sobrevivir.

Faltos de alimentos, la situación en San Diego no es menos calamitosa. De modo que Portolá resuelve regresar a San Blas, arguyendo que la bahía de Monterrey ya no existe, devorada por la evolución del litoral. Pero Serra no acepta tal versión y pide un nuevo intento. El San Antonio había sido enviado a San Blas en busca de provisiones, pero no había regresado, y Portolá concede una prórroga de cuatro días para su arribo, pasados los cuales levantaría la plaza de San Diego y todos volverían, dando por fracasada la esperanzadora Santa Expedición.

Fray Junípero, desconsolado por esta perspectiva, pasa los cuatro días en intensa oración, y al amanecer del último, cuando ya vencía la prórroga y se aprestaba el regreso, aparece el San Antonio por el horizonte con las anheladas provisiones.

La expedición se reanuda por ambas vías, marítima y terrestre, ahora con el propio Serra embarcado. Esta vez la bahía de Monterrey, antes oculta por las nieblas, es localizada en el preciso punto marcado por el excelente mapa de Sebastián Vizcaíno, y mientras Portolá erige el presidio, Serra funda al fin la misión de San Carlos Borromeo, que será conocida popularmente como el Carmelo o Carmel, y que será la base de la presencia religiosa y colonizadora de España en California.

Gracias a la cadena de misiones fundadas, España evangelizaría a los nativos de California y desplazaría a Rusia, que de no ser por ello se hubiera apoderado definitivamente de California, y hoy no sería de soberanía de los Estados Unidos.



*Fue épica la exploración de la costa pacífica americana, que llevó a España a ocupar Alaska.*

### Juan Pérez, al borde de Alaska

Aunque España tenía consolidada ya su posición evangelizadora en California, el virrey Bucarelli mantenía una intensa atención sobre la región, a causa de las incesantes noticias que le llegaban acerca de las pretensiones rusas de ocupar California, y por ello decidió organizar una nueva expedición, que llegara hasta la latitud de los 60°, nunca antes alcanzada por España, no solo para despejar lo que hubiera de verdad en los rumores sobre la presencia rusa, sino también para esgrimir los derechos de primer ocupante sobre tierras tan lejanas.

El piloto elegido para la ocasión fue Juan Pérez, quien, sin título oficial de marino, era empero el más experimentado navegante del Pacífico, atesorando ya muchos cabotajes por las aguas del litoral norteamericano, aprovisionando desde San Blas las misiones californianas.

Dispuso de dos navíos para la ocasión, y con él partieron nombres insignes, como el padre Crespí y un jovencísimo Esteban Martínez, que iniciaba entonces su brillante historial en el litoral del Pacífico Norte. También figuraba a bordo nada menos que el presidente de las misiones californianas Junípero Serra, que regresaba de entrevistarse en Méjico con el virrey, y aprovechaba el viaje de Pérez para volver a sus misiones.

Como versado en estas singladuras, llegaron con rapidez a San Diego, y allí desembarcó Serra para seguir ruta por tierra y visitar las misiones, mientras Pérez reparaba averías y se dirigía a Monterrey. A partir de entonces comenzaba el verdadero encargo del virrey, la progresión al norte, con crecientes dificultades a medida que se remontaba, por el oleaje, los vientos y las corrientes.

Acertadamente puso rumbo directo al norte para cumplir primero con la misión principal y bajar después con mayor lentitud, reconociendo la costa con pormenor y tomando posesión de los puntos, como tenía encomendado. A los 54º ya estaba en el límite sur de Alaska, y en lo que es hoy bahía de Dixon se acercaron doscientos indios en canoas, que rodearon los barcos de Pérez en actitud de curiosidad, y tras tomar muchas precauciones intercambiaron regalos, pieles de foca y nutria marina por un lado, y objetos de hierro y cobre por otra, entre ellos cuchillos, que mucho apreciaron los nativos.

La progresión costera llevó a Pérez y sus barcos muy cerca de la latitud 60º, la más alta lograda hasta ahora. Las condiciones del clima y el mar hacían imposible seguir remontando, y se juzgó preferible consolidar los logros descendiendo y plantando la soberanía de España. Uno de los lugares fue la bahía de Nutka, que provocaría años después un agrio conflicto entre España e Inglaterra, que a poco termina en una guerra, y cuyo protagonista sería precisamente uno de los participantes de esta expedición, Esteban Martínez.

Continuando en dirección sur reconocieron el litoral de la Columbia británica, Washington y Oregón, y descubrieron y bautizaron muchos puntos nuevos. La navegación fue considerada un éxito por el virrey, porque no se percibieron rastros de la presencia rusa, y se sentaron los derechos españoles sobre tierras inéditas.

Izaron velas el 11 de junio, para abordar la parte sustancial del proyecto. Los primeros días tuvieron encalmadas que los frenaron, hasta que hallaron buenos vientos que los empujaron hacia el norte, y a los 42º, en la frontera entre California y Oregón, rebasaron el punto más septentrional de las anteriores expediciones españolas.

A los 54º 25' recalaron en la que hoy se llama entrada de Dixon, tierra de las tribus haida. El mal tiempo les impidió acercarse a tierra, pero los indios quisieron ver de cerca a aquellos forasteros y se acercaron a bordo de tres canoas. Viendo que la actitud era pacífica, al día siguiente llegaron 200 nativos sobre veintiuna canoas, intercambiándose regalos: por parte de los indígenas, pieles, pescado seco y figuras talladas, y, por parte de los españoles, vestidos y lo que más apreciaron, los objetos de hierro y los



cuchillos, desechando en cambio las cuentas de vidrio de colores.

Siguieron remontando en latitud registrando las incidencias, hasta los 55º 40', entre Canadá y Alaska, la latitud más septentrional alcanzada nunca por España hasta entonces, y, aunque Pérez apostó por seguir subiendo hasta los 60º, el mal tiempo y la carencia de agua le aconsejaron descender, esta vez contorneando despacio la costa para tratar de tomar posesión de lugares, tal como había instruido el virrey. Así, reconocieron el litoral de la Columbia Británica, Washington y Oregón, aunque las pésimas condiciones del clima les impidieron acercarse a tierra y desembarcar. A trueque descubrieron accidentes tan relevantes como la bahía de Nutka, que tan importante y conflictivo papel habría de desempeñar unos años después, y el Monte Obispo, bautizado como Cerro Nevado de Santa Rosalía.

Aunque no se pudieron cubrir todos los objetivos, el viaje, culminado con un solo barco, fue reputado un éxito por el virrey Bucarelli, porque sentó los derechos españoles sobre tierras inéditas.

## EL DESCUBRIMIENTO DE LA BAHÍA DE SAN FRANCISCO

Tuvo lugar de un modo casual, y debe su origen a la Santa Expedición, la que por orden de la Corona dispuso el visitador José de Gálvez para abordar la ocupación formal y la colonización de la Alta California.

La expedición era marítima y terrestre, y al frente de la misma figuraba Gaspar de Portolá en el aspecto militar, y fray Junípero Serra en el religioso. Partieron en 1768 del puerto de San Blas y llegaron al de San Diego, desde donde Portolá partiría poco después por tierra para localizar la bahía de Monterrey, el objetivo final de la expedición, donde pensaba fundarse la misión principal de las misiones californianas. La bahía de Monterrey figuraba descrita con precisión por Sebastián Vizcaíno, en el valioso mapa que había dibujado doscientos años antes en su recorrido geográfico por la costa de California.

Sin embargo, en esta ocasión las nieblas ocultaron la bahía a la partida de Portolá, que siguió buscándola cada vez más arriba, hasta comprender que habían llegado demasiado lejos.

Pero este error tuvo un desenlace feliz. Mientras Portolá y sus hombres preparaban el regreso, una partida subió a unas colinas para cazar algo que llevarse a la boca, y al llegar divisaron una esplendorosa bahía, tan amplia que, como dijo el padre Juan Crespí, uno de los testigos, «caben en el puerto no solo todos los navíos de nuestro monarca católico, sino los de toda Europa». Era, en efecto, la bahía de San Francisco, que había quedado oculta incluso para el minucioso Vizcaíno, y que resultó ser la bahía más capaz y abrigada del litoral pacífico norteamericano.

El virrey Bucarelli, estimulado por la navegación de Juan Pérez, aborda una nueva expedición con el fin de tomar ventaja respecto a otras naciones que ya estaban poniendo sus ojos sobre la costa pacífica de América del Norte. Regía ya sin ambages el derecho del primer ocupante sobre las tierras no descubiertas, y se hacía imprescindible cartografiar, bautizar radas, cabos y bahías, y de ser posible construir fuertes y asentamientos.

El objetivo es ahora subir hasta los 65º, y el protagonismo pasa ahora a los oficiales titulados de la Marina, como Bruno de Heceta, que capitanea la expedición y el buque Santiago, y Miguel Manrique, que gobierna el San Carlos. Hay un tercer navío, la goleta Sonora, que por su diminuta eslora de doce metros es capaz de explorar las áreas costeras más comprometidas, y que inesperadamente se erigirá en la verdadera estrella de la expedición.

Un ataque de locura hace que el capitán Manrique hiera de bala al capitán de la Sonora, Manuel de Ayala, que causa baja, pasando el mando del San Carlos al maltrecho Ayala y ascendiendo Bodega a capitán del Sonora. En un principio no estaba destinado a esta expedición, pero prefirió hacerlo como segundo que quedarse inactivo en tierra. No podía ser previsible que al final fuera este el indiscutible héroe de la jornada.

Navegaron en conserva los barcos las primeras semanas, hasta que los inevitables vientos los separaron, juntándose en Monterrey, donde queda el San Carlos con Ayala para recuperarse, mientras los otros dos emprenden el rumbo del norte. Mas pronto los elementos habituales en estos mares fuerzan la separación, obligándoles a tomar destinos distintos. En el Santiago se celebra junta de jefes, y dado el estado de la marinería, aquejada de escorbuto y agotamiento, Heceta acepta el parecer de los segundos y regresan a Monterrey, a la espera de De la Bodega.

La Sonora ha tenido también sus propias peripecias, entre ellas, un encuentro con indios costeros que parecían amistosos, pero que mostraron su verdadera faz cuando una lancha bajó a tierra con seis hombres en busca de leña y agua, siendo asesinados en el lugar que fue llamado Punta de los Mártires.

En la Sonora también se celebra junta de los tripulantes supervivientes. La goleta es en exceso pequeña e insegura para seguir aventurándose por aquellos mares turbulentos, y la tripulación lo acusa. Pero De la Bodega se muestra inquebrantable, siendo secundado por el gallego Francisco Mourelle de la Rúa. Remontarán hacia el norte para tratar de cumplir estrictamente la

misión encomendada por el virrey.

## El viaje épico de Bodega

Pero el destino de la *Sonora* y de su capitán sería otro, y harto más glorioso. El barco era una goleta minúscula, de 12 metros de eslora y una dotación de veintidós hombres, algo de todo punto insuficiente para navegar por aquellos mares bravíos, y mucho menos para adentrarse en las latitudes más septentrionales, donde los meteoros como el frío, las nieblas y el viento se recrudecen hasta extremos intolerables. Pero la determinación de Bodega, de su segundo Mourelle y del resto de la tripulación se impuso a la lógica y a la técnica, y se culminaría una de las más meritorias navegaciones de la historia española.

Es muy posible que Juan Francisco de la Bodega y Quadra, vislumbradas las vacilaciones que tenían lugar a bordo del *Santiago*, él mismo resolviera mantenerse separado para no tener que obedecer una orden que contradecía de modo tan palmario las instrucciones recibidas del virrey, en el sentido de tratar de superar los 60º de latitud. Así que, reunida la oficialidad cuando estaban sobre los 45º 55', acordaron todos proseguir el rumbo, tal como señalaban las instrucciones.

En los 57º divisaron un volcán de 3200 pies coronado de nieve que dominaba la costa, situado a 16 millas de Sitka, en Alaska. Bodega lo bautizó como San Jacinto, nombre que rebautizaría Cook como monte Edgumbe.

Bodega avistó una bahía, aunque no desembarcó en ella, nombrándola como ensenada del Susto. Tres días después del descubrimiento, Bodega ancló al norte de isla Kruzov, en una abrigada bahía que llamó puerto de Nuestra Señora de los Remedios. Aquí Mourelle, uno de los oficiales de Bodega, vio «en la orilla del río, una casa alta y un parapeto de madera soportado por estacas incrustadas en el suelo». Sus habitantes, diez hombres y varios niños y mujeres, se mostraron sumamente cautelosos, ya permaneciendo, ya escondiéndose y, como narra Mourelle, «amenazándonos con lanzas afiladas de pedernal». Los hombres de Mourelle estaban fuertemente armados y permanecieron dentro del alcance de fuego de las armas de la goleta. Y aunque se evitó el enfrentamiento, poco contacto o intercambio pudo hacerse bajo tales circunstancias.

Continuaron ganando latitud, hasta alcanzar el punto máximo de este viaje, los 58º 30'. Las condiciones a bordo son terribles, ya

que no han podido cargar tasajo por falta de espacio y han de conformarse con mínimas raciones de judías, manteca y galleta, por lo que pronto los marineros están enfermos de escorbuto.

Pese a todo, el valeroso Bodega aún hace un intento final por seguir subiendo y alcanzar los 60º, pero prácticamente la tripulación está inutilizada por el cansancio y el escorbuto, y las borrascas se suceden. Inician el regreso, con Bodega y Mourelle supliendo a los marineros en el trabajo de achique del agua, que inunda la frágil goleta. Y aun así siguen trazando mapas, reconociendo la costa y tomando posesión de nuevos lugares. Cuando llegan a Monterrey no hay un solo marinero sano a bordo, y el inquebrantable Bodega ni siquiera puede salir del barco por sus propios medios, teniendo que ser ayudado por los misioneros. La expedición fue un éxito y se comprobó la inexistencia, por el momento, de bases extranjeras.

### JUNÍPERO SERRA

En uno de los pueblos misioneros de California existen dos estatuas de Junípero Serra, levantadas una junto a otra, formando el conjunto un grupo escultórico que representa con absoluta fidelidad los dos rostros del que fue promotor de las misiones californianas.

En una de ellas se muestra al Serra más humano y apostólico, rezumando su expresión bondad pastoral, la que siempre exhibió ante sus queridos indios, a los que defendía y protegía con decidido paternalismo. Pero en la otra se nos presenta a un Serra firme, tenso, con una dura expresión enteramente distinta a la anterior, dijérase antagónica.

Ninguna de ambas estatuas se equivoca, porque fray Junípero tuvo las dos caras, los dos caracteres, uno ante los indígenas, otro ante la autoridad civil, frente a la que se mostró irreductible en defensa de sus misiones y sus nativos.

José Miguel Serra y Ferrer había nacido en Petra, Mallorca, y con dieciséis años se ordenó franciscano, adoptando el nombre de Junípero, doctorándose en Teología e impartiendo clase hasta que partió a tierras de misión, siendo destinado a Méjico. Llegado al puerto de Veracruz prefirió viajar andando hasta la capital, lo que supuso una herida en la pierna que le hizo sufrir el resto de sus días, pero que llevó con enorme fuerza de ánimo, la virtud más eminente del fraile.

Había sido destinado a fundar misiones en la Baja California, donde permaneció varios años, pero la expulsión de los jesuitas de América lo llevó a trasladarse como franciscano a la Alta California el territorio que España pretendía anexionar a su soberanía efectiva, fundando misiones para evangelizar y adiestrar a los nativos.

Serra desarrolló una labor impresionante en pocos años, fundando una primera cadena de misiones que llevarían a California y sus nativos la religión cristiana y la cultura occidental. Para él este debía ser el único propósito de España en estas tierras, y se enfrentó a cuantas autoridades

civiles o militares le llevarán la contraria, no dudando, como hizo, en viajar a la misma capital de la Nueva España para presentar en persona sus quejas ante el virrey y lograr la remoción del gobernador.

Catégoricamente puede afirmarse que la supervivencia de los indios de California se debe a la labor inicial de Serra. Él sabía del destino final de los indios que habitaban en la zona británica del Este norteamericano, extinguidos por unos colonos ingleses que no contaban con ellos, pero sí con sus tierras, de las que se apropiaban sin más. Pero en el Oeste se aplicó Serra a la tarea de enseñarles en las misiones agricultura moderna, ganadería y oficios, hasta capacitarlos en la civilización occidental, y pudieron incorporarse a ella cuando España se fue de California y la ocuparon los colonos angloamericanos.

Por eso es tan injusta la agresión indigenista de los últimos tiempos en los Estados Unidos a las estatuas de Serra y de todo lo hispano, porque gracias a ese legado las razas indias lograron sobrevivir hasta hoy en las regiones de soberanía española, habiendo quedado extinguidas en las áreas anglosajonas.

## La expedición de Arteaga y Bodega

Los buenos resultados siempre llevan aparejados nuevos impulsos, y la Corona se sentía satisfecha con la progresión realizada por los navegantes españoles en los mares del Norte. De modo que el virrey Bucarelli ordenó una nueva expedición, en la que De la Bodega, ascendido tras el pundonor demostrado en la singladura anterior, figuraría ya como segundo al mando, tras el teniente de navío Ignacio Arteaga.

Pero no había barco disponible en aquellos momentos, se encomendó a Bodega acudir en su busca al Perú, regresando a San Blas con el Nuestra Señora de los Remedios, alias la Favorita, de 143 toneladas. A la expedición se uniría otro barco recién construido en el astillero de San Blas, el Princesa, que iría al mando del propio Bodega, con el ya veterano Mourelle de la Rúa como segundo.

Las instrucciones eran ambiciosas, pues se trataba de alcanzar la latitud de 70º, dudándose si existiría tierra en punto tan extremo, y además apresar al capitán Cook, que navegaba impunemente por unas aguas y unas costas que España consideraba de su exclusiva soberanía, como la mayor parte de América del Norte.

Se dirigieron directamente a la rada de Bucarelli, en las estribaciones de Alaska, donde tuvieron grandes dificultades por lo proceloso del mar en semejantes latitudes. También entablaron tratos con los nativos, que se mostraron amistosos y se aficionaron al truque de piezas de metal por pescados y pieles de nutria y otros animales salvajes, de los que la zona estaba bien nutrida. El

reconocimiento del contorno de la bahía fue también minucioso, describiendo con todo detalle sus múltiples accidentes, islas y bahías, y tomando posesión de ellos según las fórmulas habituales.

Continuaron la progresión al norte, adentrándose en la costa de Alaska más allá de los 60º, sin divisar establecimientos rusos, ni tampoco al afanosamente buscado capitán Cook, ignorando que había muerto recientemente en Hawaii, en un enfrentamiento con los nativos.

Las nieblas dispersaron a los dos barcos, y cada uno regresó por su cuenta para encontrarse en la bahía de San Francisco, y desde allí volvieron a San Blas. Pero allí las noticias eran inquietantes: el virrey Bucarelli, gran impulsor de las navegaciones, había muerto, y además España había entrado en guerra con Inglaterra a causa de la emancipación de las trece colonias norteamericanas.

Todo ello produjo un inevitable parón de varios años en las expediciones, lo que fue funesto para los intereses españoles, ya que, aunque muerto Cook, había dispersado abundantes noticias sobre las grandes oportunidades para la pesca y las pieles que brindaban las costas del Pacífico Norte. Noticias que estaban atrayendo contingentes de aventureros, y barcos con banderas de otras naciones, que pasaron por alto la trabajosa andadura de España de varios años recorriendo la zona y tomando posesión de cabos, golfos y accidentes.

Forzada por la guerra, España tuvo que frenar su expansión por esos litorales, y cuando reanudó su presencia en ellos ya era tarde, y sus derechos de primer ocupante estaban siendo conculcados abiertamente. Entre otros países, por Rusia, que ya había plantado factorías comerciales en la costa.

### La expedición de Esteban Martínez

Las informaciones sobre los asentamientos rusos, que incluían un asentamiento en la bahía de Nutka, ya descubierta y posesionada por España, como había acontecido otras veces, hicieron reaccionar al Gobierno español. El ministro Floridablanca informó de ello al ministro universal de Indias José de Gálvez, y con fecha 25 de enero de 1787 se dictó una real cédula para que el virrey de Nueva España, Bernardo de Gálvez, organizase una expedición al Noroeste, para constatar la veracidad de las noticias y, en su caso, hacer valer los derechos españoles preexistentes.

Pero esta nueva expedición habría de sufrir innumerables inconvenientes, que retrasaron la partida y sin duda dieron tiempo

al posicionamiento en la zona de otros países, incluidos los rusos. El primero fue la muerte de José de Gálvez, quien había realizado tan encomiable labor de reorganización del virreinato de Nueva España y de su frontera septentrional, y de exploración y afianzamiento de España en el Pacífico de América del Norte.

Esta muerte fue seguida por la de alguien no menos relevante: su sobrino, Bernardo de Gálvez, quien había alcanzado un enorme prestigio con sus exitosas campañas contra las tropas inglesas en el golfo de México, tras las cuales fue nombrado virrey de Nueva España, cargo en el que estuvo muy poco tiempo por arrastrar una enfermedad digestiva, al parecer contraída por beber agua del Misisipi, y que acabó con su vida al año de su nuevo nombramiento. Hubo pues que esperar la llegada de un nuevo virrey, Manuel Antonio Flórez, que tomó posesión en agosto de 1787 y asumió a su cargo la organización de la expedición.

Pero esta se topó con nuevos contratiempos: la falta de barcos adecuados en San Blas, que obligaron a traer otros desde España; la carencia también de oficiales de marina suficientes; y la defección por causas diversas de los dos responsables inicialmente previstos, José Camacho y Francisco Antonio Mourelle. Fueron sustituidos por Esteban Martínez y el piloto Gonzalo López de Haro. El primero nos es ya conocido, por haber ejercido como piloto en la expedición de Juan Pérez, aunque luego fue desplazado a cometidos más modestos de abastecimiento de las plazas y misiones de la costa californiana, a causa del informe que sobre él emitió Pérez.

Las instrucciones para esta jornada ordenaban subir hasta la latitud 61º, para desde ahí descender en busca de los supuestos establecimientos rusos. Zarparon de San Blas el 8 de marzo de 1778, sin aportar hasta alcanzar la latitud de 55º, y diez días después llegaron a la bahía del Príncipe Guillermo, bautizada por el capitán Cook como Prince William (y la casi totalidad de la toponimia de Cook en estas costas fue la que prevaleció, siendo muy anterior la española), en la latitud 60º 8'. Los españoles tomaron posesión del que llamaron Puerto de Flores, en homenaje al virrey de Nueva España, y allí entraron en contacto amistoso con los indios, que usaban canoas revestidas de pieles de mamíferos y que, como todos los nativos de esas regiones, estimaban sobremanera el hierro.

Siempre buscando asentamientos rusos, y tras una tempestad que separó los barcos, el *San Carlos* de López de Haro se dirigió en dirección Oeste, y en la isla de Kodiak pudo por fin avistarse un establecimiento ruso. Su comandante, Delarov, en un ambiente de gran cordialidad mutua informó cumplidamente acerca de las bases rusas en esas regiones, que ascendían a seis y estaban situadas entre

la bahía del Príncipe Guillermo y Unalaska, con una población total de 422 personas. En el lugar, los españoles comprobaron la existencia de todo un poblado, con elementos como casas, huertos, cobertizos, capilla y escuela. Se dedicaban a la captura de ballenas, cuyo aceite obtenían empleados indios, y a la caza de nutrias y focas, cuyas pieles secaban y exportaban, ya que el comercio era el verdadero objetivo de la presencia rusa.

El *San Carlos* y el *Princesa*, de Esteban Martínez, se reencontraron el 2 de julio, navegando juntos hacia Unalaska, en las islas Aleutianas, uno de los mayores asentamientos rusos en el área, donde una vez más en términos cordiales recibieron información sobre los planes colonizadores rusos.

A finales de agosto los dos barcos emprendieron el viaje de regreso, con la sensación del deber cumplido: habían subido hasta los 61º y descubierto los asentamientos de los rusos, con quienes establecieron una magnífica relación, muy diferente a la que mantuvieron antes y después con ingleses o franceses.

### El conflicto de Nutka

Esteban Martínez había regresado con noticias preocupantes acerca de la instalación rusa en aguas del noroeste, por lo que el virrey Flórez se apresuró a organizar una nueva expedición para consolidar los derechos españoles. Al no haber en ese momento oficiales españoles, hubo de recurrirse a confiar el mando una vez más a Esteban Martínez, a pesar de que en la mesa del virrey ya había informes acerca del carácter conflictivo de Martínez, y ello habría de confirmarse sobre el terreno, pues su conducta poco diplomática en Nutka —o Nootka— a punto estuvo de provocar una nueva guerra con Inglaterra.

Partió de San Blas la flotilla de dos barcos el 17 de febrero de 1789, dirigiéndose directamente a Nutka. Como primera medida ordenó Martínez la construcción de un fuerte con madera de la zona, al que se llamó de San Miguel, y en un islote próximo un baluarte llamado de San Rafael, con los cañones de ambos cubriendo la bahía.

Poco tiempo después tuvo el primero de los encuentros con barcos extranjeros. Se trataba de dos navíos norteamericanos, e interrogados sus capitanes alegaron que el mal tiempo les había obligado a refugiarse en Nutka, dejando que continuaran la navegación.

No ocurrió lo mismo con un barco de bandera inglesa privado, y



como las explicaciones de su capitán no convencieron a Martínez, lo detuvo y confiscó el barco, lo mismo que ocurrió con un segundo navío también inglés, tomando presa a toda la tripulación.

Ni que decir tiene la indignación de Londres ante este comportamiento, y es sabido que poco faltó para que se encendiera la guerra entre las dos naciones, como pedía William Pitt. Pero España no estaba en condiciones de abrir este grave frente ante una potencia marítima como era ya Inglaterra, que exigía la reparación de la ofensa, la devolución de los barcos y el reconocimiento de la soberanía de Inglaterra sobre Nutka.

Venció la diplomacia, y se firmó el Tratado de El Escorial, que fijaba una doble tutela sobre Nutka. Para acordar los límites de ambos países sobre el terreno fueron enviados los comisionados Vancouver y Alcalá-Galiano, aunque no lograron ponerse de acuerdo en la zona, devolviendo a sus respectivos Gobiernos la delegación.

Finalmente, se firma el Tratado de Madrid, que pone punto y final al conflicto. Este se materializa en una curiosa ceremonia en Nutka, en la que España arría su bandera, Inglaterra iza la suya y la arría a su vez a continuación, renunciando ambas naciones a ejercer soberanía sobre Nutka.

# OTRAS ISLAS DEL PACÍFICO ESPAÑOL

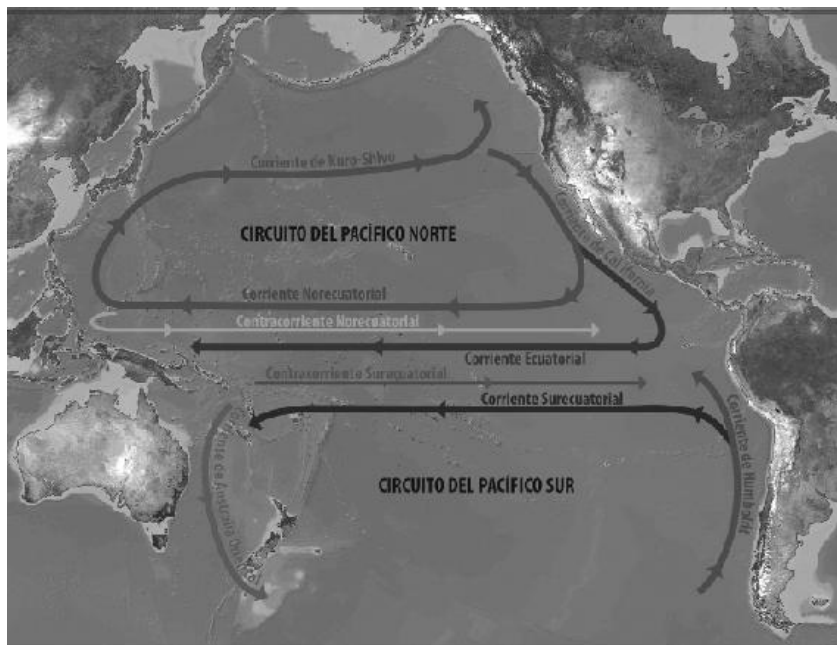
## Archipiélago de Juan Fernández

El descubrimiento de estas islas debe su origen al régimen de vientos y corrientes existentes en las costas de Perú y Chile, que embarazaban notablemente la navegación en el siglo XVI. En efecto, debido al sistema de vientos en el área y al empuje de la corriente de Humboldt, todavía desconocida en esas fechas, la travesía en dirección norte-sur, entre Lima y Valparaíso, podía exigir entre tres y ocho meses, dependiendo de la estación, mientras que en la dirección contraria el viaje no duraba más allá de cuatro semanas.

Juan Fernández era uno de los veintiséis Juan Fernández que habitaban en los albores de la población de Santiago de Chile en la década de 1570, y como a Juan Fernández se le atribuye el descubrimiento del archipiélago de su nombre, no fue hasta la minuciosa investigación que realizó José Toribio Medina, cuando pudo finalmente identificarse al nauta autor del descubrimiento, descartando a los otros veinticinco.

Este Juan Fernández había llegado a Chile a mitad del siglo XVI, y se desempeñó como tripulante en los barcos de cabotaje que hacían la ruta Valparaíso-El Callao, siempre ceñidos a la costa y por lo dicho antes con muchas dificultades y gasto de tiempo cuando se hacía en sentido norte-sur.

Álvaro de Mendaña había hecho su primer viaje a las islas Salomón y estaba en el largo tiempo de espera hasta el segundo, cuando Juan Fernández hizo la singladura que lo llevó a descubrir el archipiélago. Debieron servirle de mucho sus conversaciones con Hernán Gallego, piloto del primer viaje de Mendaña y enemigo de este, pero amigo de Fernández, a quien reveló que, apartándose de la costa, la corriente de Humboldt amainaba, por lo que acaso era posible acortar el viaje.



*España pagó un alto precio en expediciones y naufragios para dominar el sistema de corrientes del Pacífico.*

Juan Fernández ensayó una nueva ruta y, separándose francamente del litoral costero, el 6 de noviembre de 1574 avistó un primer grupo de islas ásperas, a las que bautizó como San Félix y San Ambrosio, y el 22, el verdadero archipiélago que llevó su nombre, en la latitud 34°, compuesto por tres islas, Santa Clara, Más Afuera y Más a Tierra, que examinó someramente, porque lo importante para él fue que había descubierto la ruta que acortaba drásticamente la travesía El Callao-Valparaíso, ya que invirtió en este viaje treinta días, en lugar de los varios meses de rigor.

Un reconocimiento más profundo del descubrimiento fue encargado por uno de los primeros pobladores de Santiago, Juan Jufre, quien comisionó para ello al propio Fernández en 1575. Y no solo para el archipiélago recién alumbrado, donde se introdujeron cabras, sino para otras islas que se hallaran en la dirección del poniente. Aquí es donde la historia y la fantasía se confunden, pues se dice que Fernández navegó en esa dirección durante un mes, a la altura del paralelo 40°, llegando a dar con una tierra poblada de buenos ríos y habitada por gente blanca y bien vestida, lo que dio a toda clase de especulaciones sobre la identificación del destino, que pudiera ser la tan buscada y famosa *Terra Australis*, como Nueva Zelanda, Tahití o la propia Australia. Acaso en los documentos del Archivo de Indias repose escondida la verdad.

En cuanto al archipiélago de Juan Fernández, hubo intentos

poco serios de colonización por parte de la Corona española, entre ellos, el de Sebastián García, que obtuvo la concesión y la traspasó a la Compañía de Jesús cuando él mismo se ordenó jesuita. En 1642 Tasman, que la había visitado, propuso hacer de las islas una base holandesa, lo que protestaron, aunque sin mucha insistencia, los jesuitas, sus legítimos dueños. Y a lo largo del siglo XVI el archipiélago se convirtió en punto de apoyo de las expediciones no españolas, y también refugio de bucaneros.

Como España se sentía incómoda con la existencia de esta base de naciones enemigas y de proscritos, esporádicamente envió navíos de guerra, y empleó el curioso procedimiento de soltar en las islas perros fieros para que comieran o desplazaran a las cumbres a las cabras, el alimento principal de los bucaneros. Pero fue la incursión del Comodoro Anson por la costa del Pacífico lo que precipitó la decisión de España de establecerse formalmente en las islas, algo en lo que insistieron Jorge Juan y Antonio de Ulloa cuando recalaron en el archipiélago. De modo que, reinando Carlos III, se procedió finalmente a instalar base y guarnición fortificada en las Juan Fernández, para sorpresa de navegantes como el francés Philip Carteret: cuando en 1767 llegó, como tantas otras expediciones europeas, para aprovisionarse y hacer aguada, se encontró con la bandera española ondeando sobre un fuerte y soldados españoles patrullando las orillas.

Las Juan Fernández cobraron un inesperado renombre cuando un marinero escocés llamado Alexander Selkirk fue abandonado en ellas por desavenencias con el capitán del buque. Durante cuatro años vivió en aparente soledad y, cuando fue recogido y trasladado a Inglaterra, contó su peripecia a un escritor llamado Daniel Defoe, a quien la historia le pareció tan asombrosa que la narró en la novela *Robinson Crusoe*, uno de los clásicos relatos de aventuras. Selkirk-Crusoe sobrevivió en soledad gracias a los recursos de la isla, que no eran pocos, pues, aunque quizá ya no quedaran cabras ni perros, Juan Fernández era una de las mayores colonias de lobos marinos del Pacífico y un inagotable semillero de langostas. Fue precisamente la historia de este marino perdido lo que motivó que la isla de Más a Tierra fuera rebautizada por el Gobierno chileno como Robinson Crusoe, y la de Más Afuera, como Alejandro Selkirk.

#### Islas de la Micronesia: Marianas y Carolinas

Las islas Marianas, llamadas inicialmente de *Los Ladrones* por su

descubridor, Magallanes, hasta el año 1668 no tuvieron otra significación que la de servir de punto intermedio de aguada y abasto en el itinerario del Galeón de Manila desde Acapulco a Filipinas. Los naturales, los chamorros, aprovechaban la escala en Guam para comerciar desde sus *paraos*, y a eso se reducía el contacto entre nativos y extranjeros.

Tal estado de cosas conocería una inflexión con la entrada en escena en la fecha citada del jesuita Diego Luis de Sanvitores, quien desde que visitó la isla fijó en su mente la idea de consagrarse a la evangelización de sus nativos. Estuvo tiempo madurando el proyecto, ya que no quería que por falta de planificación y de fondos se frustrara. Contó para ello con la ayuda inestimable de la esposa del rey Felipe IV, Mariana de Austria, en cuyo honor fue bautizado el archipiélago como Marianas. Cuando todo estuvo listo, en 1668 desembarcó en Guam con una partida de cinco jesuitas.

Mucho le sirvió el hecho de dominar la lengua chamorra, que había perfeccionado en estos años, y que usó para allanar el terreno con los nativos y para traducir a su idioma los textos sagrados. También fue de gran ayuda la favorable disposición del cacique de la isla Quipuha, quien abrió los brazos a Sanvitores y a la entrada del cristianismo.

Poco a poco los jesuitas aprendieron la lengua y se expandieron por el resto de las Marianas, y la religión católica era aceptada y se filtraba entre los nativos. En tiempos de Carlos II, a quien se debe el nombre de Carolinas, se enviaron igualmente misioneros a este archipiélago, aunque en las Carolinas nunca cuajó la religión del modo que lo hizo en las Marianas.

No todo fue empero un camino de rosas, y los problemas surgieron cuando el cristianismo chocó con algunos aspectos esenciales de la religión local, como cuando Sanvitores destruyó los cráneos de los antepasados chamorros, o impidió que personajes importantes locales fueran enterrados bajo las casas para proteger a los vivos.

Tales discrepancias conocieron un resultado dramático el 2 de abril de 1672: enterado Sanvitores del nacimiento de la hija del jefe Matapang, acudió con su compañero Pedro Calungsod para bautizarla, a lo que se negó en rotundo el padre, acaso considerando que las aguas bautismales eran causa de infección, como tantas veces ocurrió en el proceso de evangelización del Nuevo Mundo, cuando las para ellos extrañas enfermedades europeas contagiaban a los nativos.

Aprovechando la ausencia del padre, y con el consentimiento de la madre, Sanvitores bautizó a la niña, lo que provocó la ira paterna. Hasta el punto de que Matapang convenció a los suyos

para asesinar a Sanvitores y a su compañero, lo que ejecutaron con lanza y a golpes de machete, arrojando sus cadáveres al mar.

Siguió un periodo confuso, sirviendo la muerte de Sanvitores como revulsivo para que España acometiera de una manera definitiva la colonización y cristianización de la isla. La semilla de Sanvitores había prendido ya en las Marianas, y no solo en el aspecto religioso, sino que la evangelización impulsó la colonización, como había ocurrido en los territorios de América del Norte. España ocupó formalmente la isla, nombrando gobernador político-militar, dependiente de la gobernación de Filipinas; se destinaban a la isla oficiales públicos para su administración; algunos civiles instalaban negocios a la sombra del tráfico comercial por el Pacífico; se construían una residencia para el gobernador y una parroquia en la plaza Mayor cuadrada, al más puro estilo de las ciudades hispanas de las Indias.

La emancipación de las colonias americanas no tuvo repercusión en esta remota área del Pacífico, incluidas las Filipinas. España, aunque el Galeón de Manila dejó de surcar el Pacífico, siguió enviando el *situado*, el pago regular para pagar los sueldos de los funcionarios y los religiosos, aunque cada vez con dificultades crecientes en el curso del calamitoso siglo XIX español, donde primó la mezuquina política interna sobre los intereses de Estado.

La pérdida de las Marianas y las Carolinas llegaría tras la guerra hispano-norteamericana, que privó a España de sus últimos retazos coloniales. Por el Tratado de París se ceden a los Estados Unidos las Filipinas y la isla de Guam. Pero, deseosa de desprenderse del todo de estas regiones lejanas, vendió a Alemania, que deseaba hacerse a toda costa, aunque tardíamente, con un imperio ultramarino, el resto de Marianas y Carolinas.

Sin embargo, la cultura hispana estaba ya enraizada en la sociedad chamorra y local, manifestándose en muchos aspectos de la religión, las fiestas y las costumbres. Y aunque Estados Unidos hizo un gran esfuerzo por deshispanizar las Marianas, la implantación de la cultura hispana, como una síntesis de elementos puramente españoles, junto con los autóctonos e incluso filipinos, permanece fuertemente enraizada entre los habitantes de las islas, dijérase que de una forma indeleble. Y que se manifiesta en la religión, las fiestas, las costumbres y en el resto de los elementos que comportan ese ámbito universal de las naciones y pueblos de la civilización hispana.

Oficialmente las islas Hawaii fueron descubiertas por el capitán Cook el 18 de enero de 1778, en el curso de la tercera y última de sus navegaciones, en la que perdió la vida en una escaramuza con los naturales de esas islas. Así consta en los manuales y enciclopedias, y desde luego en las británicas, aunque en algunas de ellas se aventura la posibilidad de que las Hawaii hubieran sido avistadas 200 años antes, en concreto por el piloto Juan de Gaitán, de la expedición de Ruy López de Villalobos, entre 1551 y 1556, 200 años antes que Cook.

En un excelente trabajo, Barreiro-Meiro y Amancio Landín desmenuzan los argumentos en favor del descubrimiento previo español, que día a día se abre paso. En efecto, parten de la existencia en diversos mapas cartográficos de los siglos XVI a XVIII de unas islas dibujadas en la ubicación de las Hawaii, a las que se confiere el nombre de Monges, Desgraciada, Vezina, la Farfana y los Bolcanes. En la crónica de este viaje se citan unas islas, llamadas islas del Rey, situadas a 900 leguas de las costas de Méjico. Teniendo en cuenta que Villalobos navegó por la latitud aproximada de Hawaii, bien pudieran corresponderse con ellas.

Pero, siguiendo con los citados autores, existen datos adicionales que avalan la tesis española. Cuando Cook y sus hombres llegaron a las Hawaii, los isleños conservaban en sus tradiciones orales vagas noticias acerca de la llegada tiempo atrás de casas flotantes con hombres blancos; algunos naturales vestían capas y casquetes, acaso reminiscencias de las vestimentas españolas; y, cosa insólita, se encontraron en sus manos dos piezas de hierro, según los tripulantes ingleses, de la misma clase de los que usaban los indígenas de la bahía de Nutka y que les habían regalado los españoles cuando estos recalaron en Nutka.

El capitán Cook silenció cualquier posible indicio que indujera al descubrimiento previo por España, no en vano teniendo en cuenta que el avistamiento de las Sandwich, como así fueron inicialmente llamadas las Hawaii, se consideró su mayor logro de esta su tercera navegación. Es más, en *excusatio non petita* adujo en su diario que, si los españoles hubieran descubierto estas islas, «hubieran sacado más provecho de ellas», argumento que no se sostiene, a la vista de que hubo innumerables islas reconocidas por los españoles de las que no hicieron uso. Es más, aducen los autores, no deja de ser muy extraño que Cook, teniendo la intención de viajar desde Tahití a la Alta California, en lugar de tomar dirección Noreste arrumbara 2000 millas hacia el norte, como si fuera en busca concreta de algo, posiblemente de las islas Monges y demás, las del Rey de Villalobos, según figuraban en las cartas antiguas, que sin duda poseía Cook, capitán concienzudo que antes de embarcarse se había hecho con

todos los mapas de la época, entre ellos, los españoles.

En suma, que, aun faltando datos y testimonios concluyentes, pocas dudas caben acerca de que la expedición de Villalobos, en la que figuraba como marinero el citado Gaitán, fue la primera en poner los ojos sobre las islas Hawaii.

## Chiloé

El primer avistamiento de Chiloé se produce en el año 1540 por Alonso de Camargo, y un año después Pedro de Valdivia comisiona a Francisco de Ulloa para reconocer el archipiélago, siendo el primer europeo en pisar el suelo de Chiloé.

Tras nuevas visitas españolas de reconocimiento, como las de Juan Ladrillero y Francisco de Villagrá, el gobernador de Chile, Rodrigo de Quiroga, ordena en 1567 la colonización de Chiloé, comisionando para ello a su yerno, Martín Ruiz de Gamboa, quien funda la ciudad de Santiago de Castro y bautiza provisionalmente la isla como Nueva Galicia, por la gran semejanza de paisajes con la región española, pero el nombre que subsistirá será el vernáculo de Chiloé.

Los franciscanos y los mercedarios serían los primeros en evangelizar la isla, y, a partir de 1608, los jesuitas, que poblarán Chiloé con numerosas iglesias y capillas.

Chiloé quedaría separada y aislada del resto de las posesiones españolas, a causa de las guerras con los araucanos, sufriendo sus colonos varios asaltos a cargo de corsarios holandeses. Hasta que en 1767 el virrey Amat ordena la recolonización, nombrando gobernador de Chiloé a Carlos de Beranguer, quien fortifica la isla y funda la villa y fuerte real de San Carlos de Chiloé, actual Ancud, donde residirán a partir de entonces los sucesivos gobernadores.

Cuando en 1820 se produce la independencia de Chile por la intervención de José de San Martín, el inglés lord Cochrane, que había colaborado activamente a favor de la independencia, dirige una expedición para tomar Chiloé, pero es derrotado por las fuerzas del gobernador Antonio de Quintanilla en la batalla de Agüi.

El Gobernador, con gran resolución, se opone a entregar Chiloé a la joven República de Chile, y en 1824 rechaza un nuevo intento anexionista por parte de los chilenos, dirigidos por Ramón Freire, a quien derrota en la batalla de Mocopulli, cuando ya todo el continente iberoamericano ha sido emancipado.

En 1826 se produce un nuevo intento chileno de conquistar la isla, que termina en una tregua por ambos bandos. No será hasta el

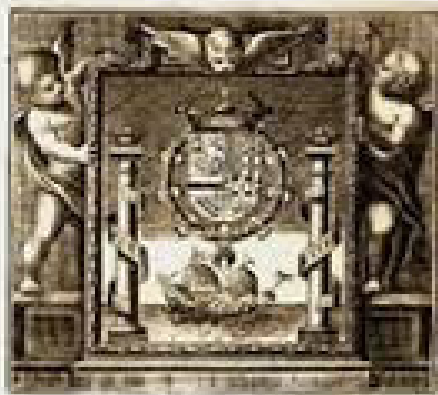


15 de enero de 1826, momento en que Quintanilla recibe instrucciones de España de abandonar la resistencia, cuando se firme el Tratado de Tantauco, por el cual Chiloé se incorpora a la soberanía de la República de Chile. El 22 de enero tuvo lugar la solemne ceremonia de traspaso de la soberanía a la República de Chile del archipiélago de Chiloé. A su vuelta a España, Quintanilla fue nombrado mariscal de campo, y Chile le reconoció su arrojo y su determinación.

# LAS LEYES DE INDIAS

La protección integral del indio americano

RECOPILACION  
DE LEYES  
DE LOS REYNOS  
DE  
LAS INDIAS.  
CON EL INDEX GENERAL.  
TOMO QVARTO.



EN MADRID

Por D. Juan de Paredes, Año  
de 1765.

*Las Leyes de Indias consagraron la protección integral del indio, su libertad, sus derechos, sus tierras.*

## PRECEDENTES

Las Leyes de Indias fueron producidas a lo largo de los trescientos años que duró la presencia de España en América, y sin género de dudas constituyen uno de los cuerpos jurídicos más importantes de la historia de la humanidad. Basta su lectura para comprender hasta qué punto España contempló la protección integral del indio americano, su libertad, dignidad, justicia, sus tierras y la regulación de su trabajo remunerado.

Pero, hasta llegar a este régimen, marcadamente proteccionista e incluso paternalista, fue necesario un largo proceso de discusión, en el seno de la propia autoridad española, acerca de la legalidad de la propia ocupación de América y de sus derechos sobre los indios. Y esto, plantearse la propia licitud de los derechos de ocupación de la tierra conquistada, es algo que ninguna otra nación conquistadora antes ni después se plantearía.

Las bases humanísticas, precedentes claros de los derechos humanos, fueron puestas por Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca, y Carlos V y sus consejeros tuvieron que dirimir el agrio conflicto nacido entre los encomenderos, representados por Ginés de Sepúlveda, que abogaban por el trabajo forzoso del indio, y los defensores de su libertad personal, la tesis de Bartolomé de las Casas.

Tras sendos debates a comienzos del siglo XVI en la Junta de Burgos y en la histórica *Controversia de Valladolid*, venció nítidamente la postura lascasiana. El Emperador se decantó por su posición, y ello se concretó inicialmente en la promulgación de las llamadas *Leyes Nuevas*, que venían a abolir las encomiendas, los derechos de los colonos españoles sobre los nativos americanos, quienes en adelante tendrían libertad para contratarse con quien quisieran y mediante salario justo, como cualquier trabajador por cuenta ajena.

Este *status* de protección del indio, que fue fuertemente discutido en un principio por los pobladores españoles de América, pero finalmente aceptado porque era una imposición legal, fue continuado y reforzado por el legislador español en el curso de los siguientes siglos de su presencia en América, hasta conformar el admirable documento conocido como las *Leyes de Indias*.

Las Leyes de Indias regularon la presencia de España en el Nuevo Mundo, desde su descubrimiento en 1492. La actividad legislativa fue tan profusa que la Corona consideró necesario a finales del siglo XVII realizar una recopilación integral de las leyes, ya que estas sumaban varios miles y era sumamente difícil acceder a un precepto concreto.

Nació así la llamada *Recopilación de los Reynos de las Indias*, una compilación de las leyes aprobadas por los monarcas españoles hasta la fecha. La misma fue realizada por dos juristas ilustres, Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano Pereira, y aprobada por el rey Carlos II por medio de una pragmática firmada el 18 de mayo de 1680.

La Recopilación se halla estructurada en nueve libros, con un total de 6385 leyes, agrupadas en 218 títulos. Cada ley señala el año, rey y lugar de expedición de dicha norma.

Los libros poseen los siguientes títulos originales:

- Libro primero: *De la Santa Fé Catolica.*
- Libro segundo: *De las Leyes, Provisiones, Cédulas y Ordenanzas Reales.*
- Libro tercero: *De el Dominio, y jurisdicción real de las Indias.*
- Libro cuarto: *De los Descubrimientos.*
- Libro quinto: *De los Términos, División, y Agregación de las Governaciones.*
- Libro sexto: *De los Indios.*
- Libro séptimo: *De los Pesquisidores, y Jueces de Comisión.*
- Libro octavo: *De las Contadurías de Cuentas, y sus Ministros.*
- Libro nono: *De la Real Audiencia, y Casa de Contratación, que reside en Sevilla.*
- Erratas: *Fe de Erratas.*

Como puede observarse, existe un libro, el sexto, dedicado específicamente a los indios. Sin embargo, no es el único lugar de las Leyes de Indias donde se regula lo concerniente a ellos. Antes bien, puede afirmarse que la totalidad de las Leyes de Indias se hallan impregnadas de la preocupación por los nativos, y no existe libro o título que no contenga referencias a ellos. Tanto si se trata de los nuevos descubrimientos como de las autoridades virreinales, como de los aspectos relativos a la jurisdicción, apenas existe asunto en la legislación que no mencione aspectos de la vida del indio, sus derechos, su protección, su trabajo, etc.

A continuación se examinan los preceptos de las Leyes de Indias que protegen al indio americano. Para ello, resulta imprescindible reproducir, por cuanto tiene de marco y frontispicio de la posición de España ante la realidad de las Indias, el testamento de Isabel la Católica, porque abre el camino y orienta el derrotero por donde ha de seguir toda la legislación ulterior española, el corpus general de las Leyes de Indias. Es más, el testamento no es solo una mera declaración de intenciones de la gran Reina Católica. Tiene fuerza de ley, pues así está recogido en la ley primera del título diez («Sobre el buen tratamiento de los Indios»), del libro sexto (*De los Indios*). Dice así tan fundamental documento:

En el testamento de la Serenísima y muy Católica Reyna doña Isabel de gloriosa memoria, se halla la cláusula siguiente: Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas, y Tierra firme de el Mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue al tiempo que lo suplicamos al Papa Alexandro Sexto de buena memoria, que nos hizo la dicha concesión, de procurar inducir, y traer los pueblos dellas, y los convertir a nuestra Santa Fe Católica, y enviar a las dichas Islas, y Tierra Firme, Prelados, y Religiosos, Clérigos, y otras personas doctas, y temerosas de Dios, para instruir los vecinos, y moradores de ellas a la Fe Católica, y los doctrinar y enseñar buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida, según más largamente en las letras de la dicha concesión se contiene. Suplico al Rey mi señor muy afectuosamente, y encargo, y mando a la Princesa mi hija, y al Príncipe su marido, que así lo hagan, y cumplan, y que este sea su principal fin, y en ello pongan mucha diligencia, y no consientan, ni dén lugar, a que los Indios vecinos, y moradores de las dichas Islas, y Tierra Firme, ganados, y por ganar, recivan agravio alguno en sus personas, y bienes: mas manden que sean bien, y justamente tratados, y si algún agravio han recebido, lo remedien, y provean de manera que no se exceda cosa alguna lo que por las letras Apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido, y mandado. Y Nos a imitación de su Católico, y piadoso zelo, ordenamos, mandamos a los Virreyes, Presidentes, Audiencias, Gobernadores y Justicias Reales, y encargamos a los Arzobispos, y Prelados Eclesiásticos, que tengan esta cláusula muy presente, y guarden lo dispuesto por las leyes, que en orden a la conversión de los naturales, y su Cristiana y Católica doctrina, enseñanza, y buen tratamiento

están dando.

Número de nativos en América	
A la llegada de España	13.385.000
Año 1950	14.946.822

*Pese a las acusaciones contra España, gracias a las leyes protectoras hoy viven más nativos en América que en la fecha del Descubrimiento.*

En las páginas que siguen comprobaremos hasta qué punto las Leyes de Indias recogen el pensamiento de la Reina Católica recogido en su testamento y, por ende, de la Doctrina Social de la Iglesia. Pues, aunque esta surge a partir del siglo XIX, en muy alta medida la legislación española sobre las Indias contiene sus principios, anticipándose así en varios siglos a la doctrina eclesial.

## LA DIGNIDAD DE LOS INDIOS

Pareciera natural, dada la atmósfera de superioridad moral imperante en Europa, hacer extensible esta condición esclava a una raza nueva como eran los indígenas del Nuevo Mundo. Fue desde luego lo que propuso a la reina Isabel el almirante Cristóbal Colón: un gigantesco negocio esclavista que hubiera proporcionado pingües ganancias, tanto a él como a la Corona española. Una postura no muy lejana a la mantenida por los ingleses, que ni esclavizaron (aunque sí a los indios de La Florida, que asaltaban las misiones españolas, capturaban a los indios y los llevaban como esclavos a las plantaciones de azúcar de Jamaica), ni acogieron como vasallos a los indios americanos. Simplemente no los consideraron, no entraron en sus planes, y de ahí que tampoco los juzgaran dueños de las tierras y los desplazaran de continuo, recurriendo a cualesquiera métodos, hasta que los indios se extinguieron en el territorio de las colonias inglesas, mientras subsistían en las españolas del suroeste de los Estados Unidos.

Pero Isabel la Católica, imbuida de fuertes convicciones religiosas y humanitarias, rechazó de plano, y no sin indignación, la propuesta del almirante. No solo se opuso a la consideración de los indios como esclavos, sino que los elevó a la condición de vasallos

de la Corona, al mismo nivel de los propios españoles. La decisión de la Reina Católica debe tomarse como una verdadera excepción a la opinión imperante, y un verdadero gesto de humanismo cristiano, y esa decisión traería una consecuencia fundamental para la historia de América: en efecto, esa decisión protectora de la reina es la causa directa de que los pueblos indios hayan sobrevivido en el continente americano. La decisión de tomar a los indios como personas y no como objetos es una decisión ejemplar, que encuentra su reflejo en el transcrito testamento de la reina Isabel, que, como hemos visto, es elevado a rango de ley en las Leyes de Indias.

Citado el Testamento de la reina Isabel, no podemos dejar de citar la ley 1.<sup>a</sup> del título 1.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>, que contiene la opinión general de España hacia los indios, a los que considera «una nueva Cristiandad».

Ley primera. Habiendo de tratar en este Libro la materia de Indios, su libertad, aumento y alivio, como se contiene en los títulos de que se ha formado. Es nuestra voluntad encargar a los Virreyes, Presidentes y Audiencias el cuidado de mirar por ellos, y dar las órdenes convenientes, para que sean amparados, favorecidos y sobrellevados, por lo que deseamos que se remedien los daños que padecen, y vivan sin molestia, ni vejación, quedando esto de una vez asentado, y teniendo muy presentes las leyes de esta Recopilación, que les favorecen, amparan y defienden de cualesquier agravios, y que las guarden y hagan guardar muy puntualmente, castigando con particular y rigurosa demostración a los transgresores. Y rogamos y encargamos a los Prelados Eclesiásticos, que por su parte lo procuren como verdaderos padres espirituales de esta nueva Cristiandad, y todos los conserven en sus privilegios y prerrogativas, y tengan en su protección.

Otros preceptos reafirman estos principios en numerosas ocasiones:

Los clérigos y religiosos procuren que los indios sean bien tratados, mirados y tratados *como próximos*... (libro 4.<sup>o</sup>, título 4.<sup>o</sup>, ley 5.<sup>a</sup>).

... Y rogamos a los Prelados Eclesiásticos que por su parte lo procuren como verdaderos padres espirituales *de esta nueva Cristiandad*... (libro 6.<sup>o</sup>, título 4.<sup>o</sup>, ley 1.<sup>a</sup>).



Sean muy bien tratados, defendidos y mantenidos en justicia y libertad, *como súbditos y vasallos nuestros...* (libro 6.º, título 10.º, ley 1.ª).

Aunque las citadas leyes suponen el explícito reconocimiento de la condición y dignidad de los indios americanos como personas, es dable afirmar que ese reconocimiento impregna el conjunto de las Leyes de Indias que van a ser examinadas con pormenor a continuación. Las continuas alusiones del compendio legislativo a la libertad de los indios, a la obligación de su buen trato, a las prohibiciones de obligarlos a servicios personales, de cargarlos o de retenerlos; el derecho, repetidamente expuesto, a poseer y aprovechar tierras en pie de igualdad con los españoles; su acceso fácil y directo a apelar a la justicia; la figura del protector de indios, diseñada específicamente para velar por sus derechos..., todo ello conforma un corpus legal que nos está recordando que los indios son sujetos de los derechos inherentes a toda persona, que son vasallos sin distinción alguna con los demás vasallos de la Corona. Y todo ello establecido en una época como el siglo XVI, cuando la teoría sobre los derechos humanos, tan en boga hoy, apenas estaba naciendo, y precisamente de la mano de un español, Francisco de Vitoria. El reconocimiento de la dignidad del género humano en cuanto personas vendrá a ratificarlo la Doctrina Social de la Iglesia, solo que las Leyes de Indias se anticiparon varios siglos con su posición ante los nativos americanos.

## LA LIBERTAD

En los siglos XVI y XVII la libertad era una necesidad vital, porque la alternativa para muchos seres humanos (negros africanos, indios...) era ser libres o no serlo. Ser libres o ser esclavos. Ser libres o hallarse adscritos a servicios personales que en la práctica excluyeran la libertad. Y España, a través de las Leyes, que son las que manifiestan la voluntad y la postura de un país, consagró la libertad de los indios. Podría haberse inclinado por la no libertad, como propuso Cristóbal Colón, pero optó por otorgar la plena libertad a los nativos, para que así pudieran desarrollarse como personas. El libro 6.º, título 1.º, ley 1.ª de las Leyes de Indias contiene una declaración genérica en ese sentido: «Habiendo de tratar en este Libro, *su libertad*, aumento y alivio...».

Pero la premisa de la libertad será un referente continuo en las Leyes de Indias. No siendo posible citar todos, veamos algunos

preceptos que lo contienen:

Libro 6.<sup>o</sup>, título 10.<sup>o</sup>, ley 3.<sup>a</sup>. Uno de los mayores cuidados que siempre hemos tenido es procurar por todos los medios que los Indios sean bien tratados y reconozcan los beneficios de Dios nuestro Señor en sacarlos del miserable estado de su gentilidad, trayéndolos a nuestra Santa Fe Católica, y vasallaje nuestro. Y porque el rigor de la sujeción y servidumbre era lo que más podía divertir este principal, y más deseado intento, *elegimos por medio conveniente la libertad de los naturales, disponiendo que universalmente la gozaren*, como está prevenido en el título que de esto trata, juntando esto a la predicación y doctrina del Santo Evangelio, para que con la suavidad della fuese el medio más eficaz, *y conviene que a esta libertad se agregue el buen tratamiento.*

La libertad de los indios puede decirse que impregna las Leyes de Indias. Son constantes las disposiciones que lo recuerdan, entre ellas, la contenida en la ley 11.<sup>a</sup> del título 21.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>, tanto como puedan serlo los propios españoles:

Los indios son de naturaleza libres, como los mismos españoles, y así no se han de vender, mandar, donar, ni enajenar como los solares donde estuvieren trabajando... y el que lo contraviniere... incurra en pena de vergüenza pública y destierro de las Indias...

La libertad de los indios es un precepto sacrosanto, que ni siquiera cede con motivo de guerra, ni aun siendo esta justa:

Libro 6.<sup>o</sup>, título 2.<sup>o</sup>, ley 1.<sup>a</sup>. Ordena a todas las autoridades de las Indias que nadie sea osado de cautivar indios naturales... ni tenerlos por esclavos... y todas las licencias dadas... las revocamos y suspendemos en lo que toca a cautivar y hacer esclavos en guerra, aunque sea justa...

Vemos aquí que ni siquiera los indios capturados en guerra pueden ser sometidos a esclavitud, un principio humanitario pocas veces seguido a lo largo de la historia. Ni siquiera es comprensible en los tiempos modernos, cuando se encuentra del todo natural que los prisioneros, con ocasión de guerra, sean confinados en prisiones o campos de concentración, como tantas veces se ha hecho. El artículo citado ordena la libertad de los indios, aun en el caso extremo de que sean capturados en tiempo de guerra, algo insólito

en la práctica internacional de todos los tiempos.

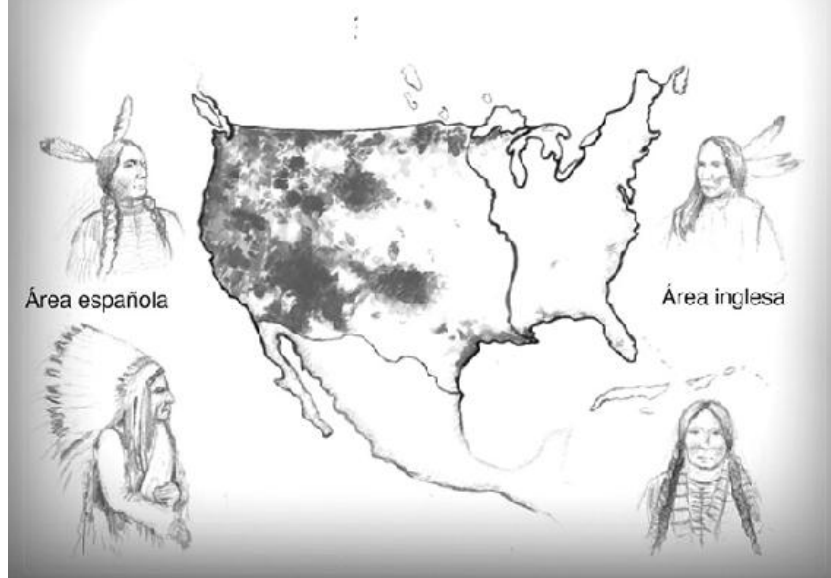
Pero, como se ha dicho, las Leyes de Indias se hallan impregnadas de menciones a la libertad de los indios. No siendo posible citar todos los artículos al respecto, procedamos a hacer un breve extracto de algunos, contenidos en el libro sexto, dedicado específicamente a los indios.

Una buena parte de esos artículos se dirige a las autoridades para que vigilen el estado real de libertad de los indios y extremen el celo cuando adviertan incumplimientos de la ley. Téngase en cuenta que la enorme extensión de los territorios españoles en el Nuevo Mundo hacía muy difícil vigilar *ad exhaustem* el cumplimiento de las leyes por parte de los particulares. De estos, la mayoría fueron fieles cumplidores, pero no dejó de haber desaprensivos que sometieron a los nativos de un modo abusivo. Contra estos casos se dirigieron las prevenciones de las Leyes de Indias, imponiendo a las autoridades un esfuerzo especial de vigilancia.

Así, los numerosos avisos a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas: «averigüen algún exceso contra su libertad» (tít. 12.<sup>o</sup>, ley 49.<sup>a</sup>); «avisen si hay indios sin libertad» (tít. 13.<sup>o</sup>, ley 14.<sup>a</sup>); «fiscales acudan a la libertad de los indios» (tít. 13.<sup>o</sup>, ley 37.<sup>a</sup>); «fiscales velen por la libertad de los indios» (tít. 2.<sup>o</sup>, ley 37.<sup>a</sup>); «se dé aviso a las autoridades si los indios no gozan de libertad» (tít. 2.<sup>o</sup>, ley 14.<sup>a</sup>).

Los obrajes, las fábricas textiles, eran un foco extendido de atentado contra la libertad de los indios. Algunos propietarios mantenían indios de ambos sexos en situación práctica de esclavitud, alimentándolos a cambio de jornadas agotadoras. Las autoridades españolas eran conscientes de semejante lacra y aprobaron leyes específicas para combatirla, asimismo contenidas en el libro sexto de las Leyes de Indias.

## Población actual de los indios en EEUU



*En Estados Unidos vivía un millón de indios a la llegada de España e Inglaterra. A la salida de ambas quedaban 500.000, todos ellos en las áreas españolas.*

Así, la ley 23.<sup>a</sup> del título 10.<sup>o</sup>, que contiene incluso la justificación de la propia norma:

*Habiendo tenido el rey don Felipe noticia de los malos tratamientos que reciben los indios en obrajes de paños, sin plena libertad (y a veces encarcelados y con prisiones), ni facultad de salir a sus casas... mandamos a los Virreyes, Presidentes, Audiencias y Justicias, que visto y considerado lo que su Majestad fue servido de mandar, y todo lo contenido en las Leyes de esta Recopilación, dadas en favor de los Indios, lo guarden y cumplan con tan especial cuidado, que no den motivo a nuestra indignación, y para todos sea cargo de residencia.*

Finalmente, el título 13.<sup>o</sup>, ley 8.<sup>a</sup>, ordena tajantemente que «se ponga en libertad a los que trabajen en obrajes, ingenios o trapiches de azúcar».

### Otras manifestaciones de la libertad

Asentada la libertad básica, esencial, que es la libertad física, las

Leyes de Indias se ocupan de otras derivaciones de la libertad, que son imprescindibles para conformar la totalidad de la persona como tal y sus derechos.

El título 12.º, ley 1.ª, titulada «De el Servicio Personal», es otra de esas disposiciones de carácter general que incorporan a la parte dispositiva la exposición de motivos, la filosofía que anima a la Corona de España en su consideración de los indios y de su libertad, en este caso, la libertad de trabajo:

*Ley primera. Carlos V, Valladolid, 1549.*

Habiéndose reconocido cuán dañoso y perjudicial es a los indios el repartimiento que para los servicios personales se introdujo en el descubrimiento de las Indias, y que por haberlo disimulado algunos ministros, han sido y son vejados y molestados en sus ocupaciones y ejercicios, sobre que por muchas cédulas, cartas y provisiones dadas por los señores Reyes nuestros progenitores está ordenado, y mandado todo lo conveniente a su buen tratamiento y conservación, y que no haya servicios personales, pues estos los consumen y acaban, y particularmente por la ausencia que de sus casas y haciendas hacen, sin quedarles tiempo desocupado para ser instruidos en nuestra Santa Fe Católica, atender a sus granjerías, sustento y conservación de sus personas, mujeres e hijos: y advertido cuanto se exceda en esto, en perjuicio de su natural libertad, y que también importaba para su propia conveniencia, y aumento no permitir en ellos la ociosidad y dejamiento, a que naturalmente son inclinados, y que mediante su industria, labor y granjería debíamos procurar el bien universal y particular de aquellas Provincias. Ordenamos y mandamos que los repartimientos, como antes se hacían de los Indios e Indias para la labor de los campos, edificios, guarda de ganados, servicios de las casas y otros cualesquiera, cesen: y porque la ocupación en estas cosas es inexcusable, y si faltase quien acudiese a ellas, y se ocupase en tales ejercicios, no se podrían sustentar aquellas Provincias, ni los Indios, que han de vivir de su trabajo. Ordenamos, que en todas nuestras Indias se introduzca, observe y guarde, que los Indios se lleven y salgan a las plazas, y lugares públicos acostumbrados para ello, donde con más comodidad suya pudieren ir, sin vejación, ni molestia, mas que obligarlos a que vayan a trabajar, para que los Españoles, o Ministros nuestros, Prelados, Religiones, Sacerdotes, Doctrineros, Hospitales o Indios, y otras cualesquier Congregaciones, y personas de todos estados, y calidades, los concierten y cojan allí por días, o por semanas, y

ellos vayan con quien quisieren, y por el tiempo que les pareciere, sin que nadie los pueda llevar, ni detener, contra su voluntad: y de la misma forma sean compelidos los Españoles, vagabundos, y ociosos, y los Mestizos, Negros, Mulatos, y Zabaigos libres, que no tengan otra ocupación, ni oficio, para que todos trabajen, y se ocupen en servicio de la República por sus jornales acomodados, y justos, y que los Virreyes y Gobernadores en sus distritos tasen con la moderación, y justificación, que conviene, estos jornales y comidas que se les hubieren de dar, conforme a la calidad del trabajo, ocupación, tiempo, carestía o comodidad de la tierra, con que el trabajo de los Indios no sea excesivo, ni mayor de lo que permite su complexión, y sujeto, y que sean pagados en mano propia, como ellos quisieren, y como mejor les estuviere, teniendo de el cumplimiento de todo lo referido mucho cuidado, y así se guarde, sin perjuicio de lo resuelto en los Indios Mitayos, donde y como expresamente se permitiere por las leyes desta Recopilación, y no en otro ningún caso.

Así, dentro del libro sexto se contempla la libertad de los indios de desplazarse de unos lugares a otros (tít. 1.<sup>o</sup>, ley 12.<sup>a</sup>); la libertad de comercio libre entre indios y españoles (tít. 1.<sup>o</sup>, ley 23.<sup>a</sup>); la de que los indios puedan vender libremente sus bienes y frutos (tít. 1.<sup>o</sup>, ley 25.<sup>a</sup>) y abrir mercados (tít. 1.<sup>o</sup>, ley 28.<sup>a</sup>); libertad de hacer disposiciones sobre sus bienes (tít. 1.<sup>o</sup>, ley 32.<sup>a</sup>); de que puedan tributar en dinero (tít. 5.<sup>o</sup>, ley 40.<sup>a</sup>).

## LA FAMILIA

Sorprende que España ya intuyera en el siglo XVI la importancia social de la familia, velara por su conservación y su integridad, y legislara sobre ello, mucho tiempo antes de que se reconociera la importancia personal y social de la familia. Desde luego que las Leyes no contienen una declaración formal y solemne sobre la familia, pero se infiere de ellas con toda nitidez la protección a la institución familiar. Se procura que padres e hijos estén juntos y no se separen; que el padre tenga facilidad de regresar regularmente a su casa; que las mujeres indias no duerman fuera, sino en sus casas; que se destierre la costumbre indígena de la poligamia, etc., todo ello destinado a mantener la integración familiar, algo que sin duda estaba en peligro por la exigencia abusiva de algunos encomenderos, que hacían lo posible por servirse del trabajo indio

más allá de lo permisible. La Corona española y sus legisladores eran conscientes de estas tendencias al abuso, y legislaron profusamente para impedirlo. Veamos algunas de las disposiciones:

Los encomenderos no deben tener en sus casas indias de repartimiento, sino que «deben dejarlas estar y residir con los maridos e hijos» (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 9, ley 20.<sup>a</sup>).

Ordena a virreyes, presidentes de audiencias y justicias que velen por que los indios contratados en obrajes «tengan facultad de salir a sus casas y acudir a su mujer, hijos y labores» (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 10.<sup>o</sup>, ley 23.<sup>a</sup>).

El título 1.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup> contiene disposiciones para que «los indios solteros no se aparten de sus padres» (ley 9.<sup>a</sup>); «que los caciques no tengan más de una mujer» (ley 5.<sup>a</sup>); que «no se pueda tener dos maridos o mujeres» (ley 4.<sup>a</sup>); que los indios «puedan vender sin impedimento los frutos de su trabajo pues con esos frutos han de mantener a sus mujeres e hijos» (ley 25.<sup>a</sup>).

El título 12.<sup>o</sup> del mismo libro señala que «el máximo traslado de un indio que trabaje fuera es de diez leguas, para que puedan volver a sus casas» (ley 3.<sup>a</sup>), lo que reitera la ley 23.<sup>a</sup> al ordenar que los indios «deben volver cada día a sus casas», y refrenda la ley 20.<sup>a</sup> del título 13.<sup>o</sup>: «Los indios trabajadores puedan dormir en sus casas».

Comprobamos por las normas citadas el proteccionismo extremo de las Leyes de Indias en orden a la conservación de la familia, entendida esta además como unión de un solo hombre y una sola mujer.

Y este principio de subsidiariedad fue aplicado por el Estado español en la forma que entonces procedía: legislando en favor de la familia, en unos tiempos en que los particulares que residían en las Indias estaban deseosos de aprovecharse del trabajo de los nativos, y aun de explotarlos, en detrimento de su dignidad personal y también en menoscabo de sus familias. Las Leyes de Indias atajan el problema y una y otra vez protegen la institución familiar más desprotegida, la de los indígenas americanos, llegando al extremo de cuidar de su moralidad:

— Prohibición de que las indias hilen en corrales o galpones, deben hacerlo en sus casas (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 10.<sup>o</sup>, ley 15.<sup>a</sup>).

— Las indias casadas no pueden servir si no está el marido en la misma casa (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 13.<sup>o</sup>, ley 14.<sup>a</sup>).

— Que las indias no vayan a los tambos, y en los viajes de recuas y carreterías los indios lo hagan en tres o cuatro caminos, *para que no anden tanto tiempo fuera de sus casas...* (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 13.<sup>o</sup>, ley 3.<sup>a</sup>).

— Los indios que trabajaren fuera de sus casas *no pueden ir a más de diez leguas de distancia, hasta llegar a sus casas, y no más* (libro 6.<sup>o</sup>, tít. 12.<sup>o</sup>, ley 3.<sup>a</sup>).

Por lo ya visto, podemos establecer que el Estado español, tal como aparece reflejado en las Leyes de Indias, no solo es protector subsidiario de la familia. Más que eso, es declaradamente paternalista, rigiéndose por el principio de protección del débil, en este caso, el indio americano.

Y ese paternalismo lleva a la Corona española a proteger incluso la libertad de matrimonio de los indios, un derecho natural muy vulnerado en la práctica en los dominios americanos, tanto por algunos individuos desaprensivos como por los caciques o jefes naturales de los indígenas. Y por ello la ley 2.<sup>a</sup>, tít., 1.<sup>o</sup>, libro 6.<sup>o</sup> dispone la libertad general de casamiento: «Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan entera libertad para casarse con quien quisieren...». Y a renglón seguido, en la ley 4.<sup>a</sup> consagra el matrimonio de un hombre con una mujer, cuando prohíbe que «los indios e indias se casen con dos maridos o mujeres»; la ley 5.<sup>a</sup> dispone que «los caciques no casen con más de una mujer», en contra de lo que venían haciendo hasta ahora, y que, según otra costumbre, los indios «no puedan vender a sus hijas para contraer matrimonio».

En un paso más, la libertad de casamiento del indio es llevada por las Leyes de Indias hasta sus últimas consecuencias, hasta el extremo de que los indios puedan casarse no solo entre sí, sino con los españoles. Esto, lisa y llanamente, supone sancionar el mestizaje, y acaso es esta ley 2.<sup>a</sup> del título 1.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup> una de las normas más importantes del corpus legislativo indiano, por sus efectos en la práctica, ya que derivó en la raza mestiza creada a raíz del encuentro de España y América:

Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan entera libertad para casarse con quien quisieren... así con indios como con naturales de estos Reinos, o Españoles nacidos en las Indias y que esto no se les ponga impedimento... y que ninguna orden pueda impedir el matrimonio entre indios e indias y españoles o españolas.

## LA VIDA ECONÓMICA

La tesis de la llamada «función social de la propiedad», la



subordinación del interés particular al bien común, nos parece hoy elemental, pero no lo es tanto. La posición calvinista atribuye al hombre individual el destino protagonista de los bienes, hasta el punto de afirmar que lo que es bueno para él es bueno para la sociedad. Es decir, atribuye al individuo, a su capacidad de generar riqueza, el papel director de la economía, juzgando que, cuanto mejor le vayan las cosas a él, mejor será para el conjunto de la sociedad. Pero esto, a la larga, conduce a la acumulación de capital en manos de unos pocos, y a la creación de profundas desigualdades sociales, de abismos de riqueza entre unos y otros, porque no parte de la premisa en cuanto a la función social de la propiedad y de la economía. Esta, partiendo del individuo, se halla al servicio del hombre y de la sociedad, y no al contrario, considerando la generación de riqueza, la obtención de bienes, la economía en general, no como algo negativo, sino positivo, pero siempre que ello se inserte en el conjunto de la sociedad, y no se quede en la esfera particular del lucro del sujeto individual.

Las Leyes de Indias asumen estos principios, y ejemplo de la vinculación de la propiedad con el bien común es una curiosa disposición, la contenida en el libro 4.º, título 17.º, ley 16.ª:

Todos los que tuvieren pueblos encomendados han de plantar árboles, para que la tierra esté abastecida de leña, según el número de indios y disposición de la tierra, eligiendo las partes y lugares más convenientes, y no permitan que sobre esto sean fatigados ni molestados los indios.

Y de parecido tenor, donde se limita y regula la propiedad privada en beneficio del común, es la ley 19.ª, título 9.º, libro 6.º:

Los encomenderos no pueden criar puercos en Pueblos de sus encomiendas, ni en términos donde los indios tuvieren sus labranzas, o otros en los que resulte daño, y los echen en tierras baldías que hubiere, sin perjuicio de los Indios...

### La tierra

La cuestión del uso de la tierra fue, como cabe suponer, asunto de vital importancia en América. Los colonizadores ingleses no tuvieron en cuenta a sus legítimos propietarios, los indios, y desde el primer momento trataron de apoderarse de ellas, provocando guerras entre ellos y los forasteros ingleses, provocando a la postre

la extinción total de los nativos en el Este de los Estados Unidos.

España obró de una manera diametralmente distinta, ya que protegió las tierras indias, introdujo técnicas occidentales para mejorar las producciones, lo que permitió que convivieran españoles y nativos en el uso de la tierra. Las Leyes de Indias son muy claras al respecto:

Libro 4.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 7.<sup>a</sup>. Los repartimientos de tierras deben hacerse sin agravio de los indios, e incluso si ya estuvieren hechos y consolidados, deben revertirse aquellos que les perjudiquen.

Libro 4.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 18.<sup>a</sup>. En las composiciones de tierras se deben dejar a los indios las suyas.

Libro 6.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 12.<sup>a</sup>. Los ganados no pueden causar daño a las tierras indias. Precepto que se reproduce en libro 4.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 12.<sup>a</sup>.

Más aún, en caso de conflicto entre los indios y los españoles, no deja de ser asombroso cómo lo resuelven las Leyes de Indias, realmente uno de los artículos más emblemáticos y representativos de la postura de España en relación con los indios de América, más allá de las falsedades vertidas por la *Leyenda Negra*:

Libro 4.<sup>o</sup>, título 3.<sup>o</sup>, ley 14.<sup>a</sup>. A los indios se les han de señalar y dar tierras, aguas y montes, aun quitándose a españoles.

### Propiedad comunal

La propiedad común de bienes es una institución de honda raigambre española, teniendo su origen en la tradición pastoril de la Península ibérica y en particular en la trashumancia. El tránsito de rebaños desde los pastos de invierno en las dehesas extremeñas y andaluzas hasta los pastos de verano en los puertos de montañas del Norte fue la actividad económica más importante de la Edad Media en España («la principal sustancia destos reynos», como diría Miguel de Cervantes).

Esta preponderancia de la actividad ganadera determinó que se reservaran áreas comunes para ser utilizadas por los rebaños de los pueblos, y de ahí se pasó a generalizar el uso de zonas comunes a disposición de los vecinos, para aprovechamientos como leñas,

frutos, aguas, etc. De este modo, la propiedad comunal en la Península ha sido una institución secular, muy al contrario que en el derecho sajón, donde el protagonismo lo tiene el individuo particular. En países como Inglaterra es muy difícil encontrar campos que no estén vallados por sus propietarios, a diferencia de España, y especialmente de Castilla, donde la tierra sin vallar es muy abundante.

La institución de la propiedad comunal se trasladó a América, y las Leyes de Indias tuvieron especial cuidado por que los indios fueran beneficiarios, adelantándose una vez más a la Doctrina Social de la Iglesia en el sentido de proteger a los sectores más débiles de la sociedad. Examinemos algunos preceptos:

Libro 4.º, título 17.º, ley 7.ª. Los montes, aguas y pastos de los lugares y montes, contenidos en las mercedes de tierra... deben ser comunes a los españoles y a los indios.

Libro 4.º, título 12.º, ley 8.ª. Los montes de fruta silvestre deben ser comunes a españoles e indios.

Libro 6.º, título 3.º, ley 8.ª. En las Reducciones [pueblos específicamente contruidos para que vivan en ellos los indios] deben tener comodidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas, y labranzas, y un ejido (tierra comunal) donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros de españoles.

Libro 4.º, título 17.º, ley 13.ª. Que los indios puedan libremente cortar madera de los montes para su aprovechamiento. Y mandamos que no se les ponga impedimento, con que no los talen de forma que no puedan crecer y aumentarse.

Libro 6.º, título 3.º, ley 8.ª. Los sitios en que se han de formar Pueblos y Reducciones (de indios), tengan... un ejido [zona común] de una legua de largo, donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros de españoles.

### La economía en las Leyes de Indias

Cuanto se ha dicho anteriormente se vuelca en las Leyes de Indias en relación con los naturales de las Américas. El destino universal de los bienes. La función social de la propiedad, el reparto

equitativo de la riqueza, etc. son conceptos modernos, pero ya los dibujan las Leyes de Indias cuando los proyecta sobre los nativos. La propiedad privada de los españoles posee el límite de los derechos de los indios. Así, entre otras muchas normas:

Libro 6.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 12.<sup>a</sup>. Los ganados no pueden causar daño a las tierras indias.

Libro 4.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 7.<sup>a</sup>. Los repartimientos de tierras deben hacerse sin agravio de los indios, e incluso si ya estuvieren hechos y consolidados, deben revertirse aquellos que les perjudiquen.

Libro 4.<sup>o</sup>, título 12.<sup>o</sup>, ley 18.<sup>a</sup>. En las composiciones de tierras se deben dejar a los indios las suyas.

El principio de subsidiariedad del Estado en la economía. El principio de protección del más débil.

Es, de alguna forma, el principio universal inspirador de las Leyes de Indias. Se basa esencialmente en que el indio es frágil y se enfrenta a una raza fuerte, agresiva incluso, como es la de los españoles que acudieron al Nuevo Mundo, algunos anhelantes de gloria (los conquistadores), y todos de fortuna. Y a la hora de trabajar la tierra, o de explotar yacimientos minerales, o de producir tejidos, o de cualquier otra actividad productiva, la única mano de obra disponible era la de los indios, y se sirvieron de ella en los primeros tiempos, no pocas veces de forma abusiva. Y ello produjo la reacción de algunos clérigos y al cabo de la Corona, que, tras largas reflexiones y controversias, según se ha examinado en un capítulo anterior, declaró obligatorio el respeto máximo a la vida y la persona del indio, y legisló abundantemente para atajar los abusos. La mortandad india de los primeros años en las Antillas, en su mayor parte causada por las enfermedades europeas, dejó impresa la idea de que el nativo americano era un ser sumamente frágil, y, aunque verdaderamente los indios antillanos lo eran, los de la meseta mejicana o el Altiplano andino no lo eran tanto, pero, no obstante la concepción del indio como una raza frágil y necesitada de protección —en suma, como una raza «débil»—, inspiró el conjunto de la legislación indiana. Y por ello las Leyes de Indias se encuentran plagadas de normas de marcado tinte paternalista en muchos ámbitos de la vida de los nativos. Ya hemos visto ejemplos de ello en lo concerniente a la vida económica. Veamos ahora algunos otros que afectan a aspectos diversos de la vida del indio:

— Los indios recién convertidos a la fe cristiana no pagan los tributos obligatorios hasta los cinco años desde su conversión (libro 6.º, título 1.º, ley 20.ª).

— Los precios de los productos que se vendan a los indios deben ser tasados con moderación y más baratos, *en atención a su pobreza y trabajo* (libro 6.º, título 1.º, ley 20.ª).

— Orden de que en los pueblos de indios no entre vino y no se les pueda vender, *por el grave daño que resulta contra la salud y conservación de los indios* (libro 6.º, título 1.º, ley 34.ª).

— Exponiendo la afición de los indios al pulque, y los graves perjuicios físicos y morales que se derivan de su consumo, *y como deseamos el bien espiritual y temporal de los indios, ordenamos que en el jugo simple y nativo del maguey (la planta de donde se extrae el pulque), no se pueda echar ningún género de raíz ni otro ingrediente* (libro 6.º, título 1.º, ley 34.ª).

— Que no se consientan bailes a los indios, ni en ninguna junta se destemplan en la bebida, *pues se han experimentado...* (libro 6.º, título 1.º, ley 38.ª).

— Que los virreyes y gobernadores provean que los navegantes y caminantes no lleven indias, pues pelagra la honestidad (libro 6.º, título 1.º, ley 48.ª).

— Que en pueblos y educaciones de indios no puede haber españoles, por su mala influencia sobre aquellos (libro 1.º, título 1.º, ley 21.ª).

— Que no se demoren los españoles que van de camino, dentro de los pueblos de indios (libro 1.º, título 1.º, ley 23.ª).

— Ningún mercader puede estar más de tres días en un pueblo de indios (libro 6.º, título 3.º, ley 24.ª).

— Donde exista venta o mesón, ningún viajero puede alojarse en casa de indio alguno (libro 6.º, título 3.º, ley 25.ª).

— Los caminantes no puedan tomar cosa alguna de indios, si no es mediando pago (libro 6.º, título 3.º, ley 26.ª).

— Los encomenderos tienen que elegir capataces que no agraven a los indios (libro 6.º, título 3.º, ley 27.ª).

— Los capataces no pueden tener vara de señorío (libro 6.º, título 3.º, ley 28.ª).

— Ningún indio debe trabajar de más, *en atención a sus pocas fuerzas, débil complexión y costumbre* (libro 6.º, título 12.º, ley 26.ª).

— Las indias no deben acudir a los tambos [albergues para viajeros], *y cuando anden en viajes de recuas, no deben andar más de tres o cuatro caminos [jornadas]* (libro 6.º, título 12.º, ley 24.ª).

— Las mujeres y los niños indios no deben trabajar, todo

lo más de pastores, y se les debe abonar dos reales y medio semanales (libro 6.º, título 13.º, ley 9.ª).

Hay muchos otros preceptos de las Leyes de Indias que miran por el bienestar de los indios, considerándolos el elemento débil en la relación españoles-indios. La insistencia en protegerlos es tanta que nos permite adivinar la tensión habida entre la tendencia de los blancos (y no solo de ellos, también de los jefes naturales de los indios, sus caciques) a abusar de ellos, y la decisión de la Corona de poner coto a los abusos. Entre las normas, citemos la orden dada a los jueces eclesiásticos para que no consientan que se defrauden los salarios debidos a los indios; que las autoridades libren a los indios de las molestias de los caciques; que las mujeres no paguen tasas; que no vivan negros en pueblos de indios; que los encomenderos hagan juramento de buen trato a los indios encomendados; que no se les cargue ni fabriquen ropa de modo gratuito; que se castigue a los negros que azoten a indios; que no guisen para los religiosos; que el tributo que pagan los indios no se cambie por servicio personal; que los indios de tierras calientes no sean sacados a tierras frías y viceversa; que los indios recién convertidos no sean encomendados; que se estudien y moderen los tributos que pagan los indios; que no paguen tributos los indios vivos por los ya muertos; que habiendo peste se moderen los tributos; que, con ocasión de pleitos, no paguen los indios más de medio real en costas, etc. Normas que precisan y «afinan», que descienden mucho al detalle y que nos permiten guiarnos por el tipo de abusos que podían cometerse en las Indias y que las Leyes hacen por corregir.

Procedamos asimismo a transcribir la regulación que hacen las Leyes de Indias (libro 6.º, título 14.º, ley 1.ª) sobre el uso de la coca por parte de los nativos, tradición que puede convertirse en riesgo para la salud del indio. En este precepto se encuentran recogidos y resumidos los principios del paternalismo, la protección del débil y el principio de subsidiariedad del Estado:

... y fingen que trayéndola (la coca) en la boca les da más fuerza y vigor para el trabajo, que según afirman los experimentados es ilusión del Demonio, y en su beneficio perecen infinidad de Indios, por ser cálida y enferma la parte donde se cría, de que mueren muchos y otros salen tan enfermos y débiles que no se pueden reparar. Y aunque nos fue suplicado que la mandásemos prohibir, porque deseamos no quitar a los Indios este género de alivio para el trabajo, aunque solo consista en la imaginación... ordenamos que sean bien tratados (en el trabajo de las cocaleras)... y en cuanto a su uso

para depravados fines, supersticiones, hechicerías, ceremonias... vigilancia de no permitir en esta materia, ni el menor escrúpulo...

Teniendo en cuenta que claramente la parte más débil en la legislación española indiana es el indio americano, puede decirse que las Leyes de Indias se hallan informadas *in toto* de estos principios subsidiarios, solidarios y defensores del indio en su aspecto económico. No siendo posible reproducirlos todos, seleccionemos algunos artículos representativos:

Libro 6.<sup>o</sup>, títulos 3.<sup>o</sup>, ley 14.<sup>a</sup>. A los indios se les han de señalar y dar tierras, aguas y montes, aun quitándose a españoles.

Libro 6.<sup>o</sup>, títulos 12.<sup>o</sup>, ley 26.<sup>a</sup>. ... mandamos a los Virreyes, Presidentes o Gobernadores, que señalen las horas en que se hubieren de ocupar cada día, con atención a sus pocas fuerzas, débil complexión y costumbre...

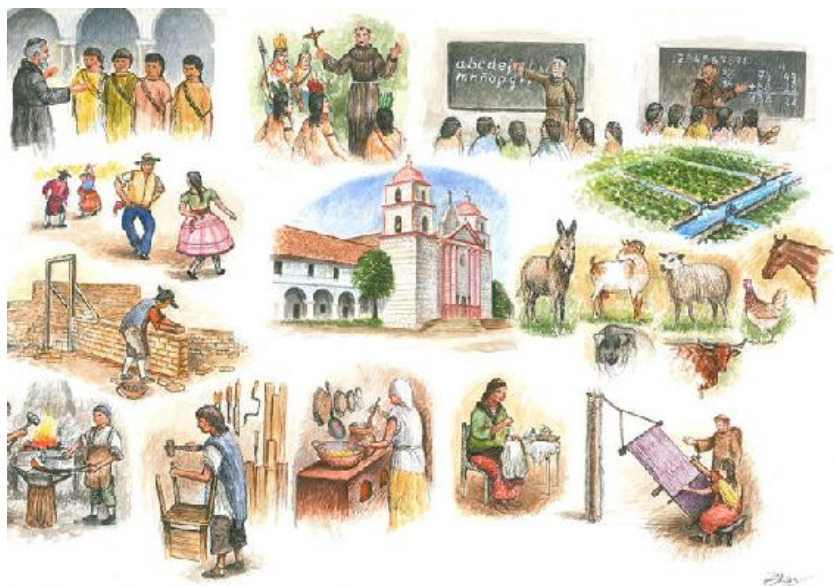
Libro 6.<sup>o</sup>, títulos 1.<sup>o</sup>, ley 22.<sup>a</sup>. Que a los indios quede tiempo para labrar sus granjerías, y que se procure las tengan, con que serán más aliviados.

## EL TRABAJO

### *El deber del trabajo en las Leyes de Indias*

Este deber aparece recogido en diversas normas de la Recopilación legislativa indiana. Parte el texto legal de la idea, probablemente acreditada por la experiencia, de que los indios no son en general proclives al trabajo, sino más bien a la molicie. Y por ello, junto con el cúmulo de normas que prohíben o limitan el servicio personal de los indios, en particular cuando es abusivo o sin salario, hay otras normas que recuerdan a las autoridades virreinales que impidan a los indios entregarse a su tendencia natural a no trabajar. Y por eso las Leyes de Indias practican un sutil equilibrio entre uno y otro extremo, entre el trabajo obligatorio y abusivo del indio y el deber de este de contribuir a la sociedad con su trabajo. Una vez más, las Leyes de Indias se anticipan, como vemos a continuación en las normas que hemos entresacado. Para ello, partimos de la ley 1.<sup>a</sup> del título 12.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>, ley dada en Valladolid por el emperador Carlos V. Esta norma contiene los principios generales sobre el

servicio personal de los indios, incorporando, a modo de exposición de motivos, la filosofía que inspira a la Corona sobre el tema:



*La panoplia de enseñanzas recibidas en las misiones era muy completa, abarcando aspectos culturales, profesionales y religiosos.*

... y advertido que también importaba para su propia conveniencia y aumento *no permitir en ellos ociosidad y dejamiento*, a que naturalmente son inclinados, y que mediante su industria, labor y granjería debíamos procurar el bien universal y particular de aquellas Provincias... y sean compelidos los españoles, vagabundos y ociosos, y los mestizos, negros, mulatos y zambaigos libres que no tengan otra ocupación, ni oficio, *para que todos trabajen* y se ocupen en servicio de la República por sus jornales acomodados y justos...

Adviértase que no solo se compele al trabajo a los indios, sino a todos los habitantes de las Indias, incluidos los propios españoles. Examinemos ahora otras normas, específicamente dedicadas a los indios, sujetos principales de protección en las Leyes de Indias:

Que los Corregidores y Justicias hagan que los Indios no sean holgazanes, ni vagabundos, y que trabajen en sus haciendas o labranzas y oficios en los días de trabajo, y los industrien a que ganen soldada y se aprovechen de la tierra (libro 5.<sup>o</sup>, ley 23.<sup>a</sup>).

Se procure que (los indios)... sean compelidos a no estar ociosos, pues tanto importa a su vida, salud y conservación



(libro 6.º, título 1.º, ley 21.ª).

Que no puedan ser oprimidos, con tal moderación y templanza, que tampoco se dé lugar, ni consienta, que se hagan ociosos, ni holgazanes, procurando que trabajen, y acudan a las labores y otros servicios como se previene en esta Recopilación... (libro 6.º, título 10.º, ley 6.ª).

Con pretexto de lo mandado sobre que los indios se ocupen y trabajen en sus tierras, no han de ser apremiados a que se alquilen, sino los holgazanes, no ocupados en oficios ni labranzas del campo... (libro 6.º, título 12.º, ley 2.ª).

### *El descanso festivo*

Y, como vamos comprobando, las Leyes españolas de Indias se adelantan varios siglos a las leyes laborales y sociales, e incluso a la Doctrina Social de la Iglesia, en lo tocante a la regulación del descanso festivo regular, debiendo recordarse una vez más que en los siglos XVI o XVII no se hablaba todavía de los derechos de los trabajadores, y mucho menos en aspectos como el derecho al descanso. Así,

El Libro Primero de las Leyes, en su Título Primero, dedicado a «La Santa Fe Católica», contiene varias disposiciones para que a los indios y a los negros no se les impida ir a Misa los domingos y fiestas. Y establecen explícitamente que los indios, negros y mulatos no deben trabajar los domingos y fiestas de guardar.

El libro 5.º, ley 23.ª, impone a los indios trabajar en sus haciendas, labranzas y oficios, pero solo *en días de trabajo*.

El libro 6.º, título 12.º, ley 20.ª, dice lo siguiente, al regular los viajes en que en ocasiones acompañan indios de modo voluntario. Se ordena que estos viajes se hagan con toda la comodidad posible, y se distribuyan las jornadas *de forma que no dejen de oír Misa ningún día de fiesta*.

Finalmente, citemos el libro 6.º, título 13.º, ley 21.ª. En él, la autoridad legislativa de España, en su afán protector del cuerpo y el alma del indio, llega a desautorizar al mismo papa, cuando deslegitima las licencias que se hubieran dado a encomenderos españoles por el papa, para tratar a los indios de la manera que

tuvieran por conveniente, en lo que se muestra hasta qué punto la Corona española fue por delante incluso de la máxima autoridad religiosa católica, el sumo pontífice. Pues esta ley encarga a «todas nuestras Justicias la buena y cuidadosa cura de los Indios... y *que los jornaleros oigan Misa y no trabajen los días de fiesta en beneficio de los españoles, aunque tengan Bulas Apostólicas y privilegios de su Santidad, porque nuestro Santo Padre las había concedido con siniestra relación*».

### *La remuneración por el trabajo*

El principio de la remuneración aparece una vez más en la legislación indiana, como siempre enfocado a la protección de la parte más débil en la relación contractual, el nativo, y dibujando al Estado como garante, a través de la ley, de que la obligación del pago se cumpla. El Estado se coloca así, como en la generalidad de la legislación indiana, en el plano del nivel protector y subsidiario del indio.

— Los jueces eclesiásticos deben vigilar que no se defrauden los salarios de los indios (libro 1.º, título 10.º, ley 7.ª).

— Se ordena que nadie se sirva de los indios sin pagarles (libro 4.º, título 10.º, ley 7.ª).

— Si los indios llevan bastimentos se les ha de pagar lo justo (libro 6.º, título 10.º, ley 10.ª).

— Si son contratados para barrer *se les ha de pagar muy competentes jornales* (libro 6.º, título 10.º, ley 13.ª).

— Se debe pagar a los indios *con puntualidad y en mano* (libro 6.º, título 10.º, ley 16.ª) (dictado para corregir la tendencia de algunos encomenderos en pagarles su salario en especie, o a retrasar el pago debido).

— Se debe pagar *un justo jornal* (libro 4.º, título 120.º, ley 2.ª).

— En el caso de que se contrate a indios para trasladar objetos, se dispone la *obligación de pagar el justo jornal, más la ida y vuelta a sus casas* (libro 4.º, título 12.º, ley 3.ª).

— Si los indios quisieren trabajar no se les prohíba... págueseles por su trabajo lo que justamente merecieren, y sean pagados realmente y de modo que no haya fraude (libro 4.º, título 12.º, ley 4.ª).

Dejamos para el final el artículo que regula de modo general las relaciones laborales de los españoles con los indios, la Ley 1º del Tít

12 del Libro 6<sup>a</sup>, «De el Servicio Personal», y que por sí solo demuestra cómo fue el trabajo del indio en América: lejos ser un trabajo forzoso como el de hubiera sido el de los esclavos, los indios eran libres de trabajar o de no hacerlo. Las leyes indianas recomendaban desde luego el trabajo, porque no era indigno sino complementario del hombre, pero no obligaba a trabajar a quien no quisiera hacerlo. Pero si lo hacían, era desde luego a cambio de un salario. Esta disposición está publicada en el año 1549, y no parece muy distinta a las que pudieran establecer las legislaciones laborales de cualquier país desarrollado de hoy. Es más, en muchos aspectos la norma indiana es notablemente más proteccionista y cuidadosa de la salud y de los intereses del indio:

Ley primera. Carlos v, Valladolid, 1549. Habiéndose reconocido cuán dañoso y perjudicial es a los indios el repartimiento que para los servicios personales se introdujo en el descubrimiento de las Indias, y que por haberlo disimulado algunos ministros, han sido y son vejados y molestados en sus ocupaciones y ejercicios, sobre que por muchas cédulas, cartas y provisiones dadas por los señores Reyes nuestros progenitores está ordenado, y mandado todo lo conveniente a su buen tratamiento y conservación, y que no haya servicios personales, pues estos los consumen y acaban, y particularmente por la ausencia que de sus casas y haciendas hacen, sin quedarles tiempo desocupado para ser instruidos en nuestra Santa Fe Católica, atender a sus granjerías, sustento y conservación de sus personas, mujeres e hijos: y advertido cuanto se exceda en esto, en perjuicio de su natural libertad, y que también importaba para su propia conveniencia, y aumento no permitir en ellos la ociosidad y dejamiento, a que naturalmente son inclinados, y que mediante su industria, labor y granjería debíamos procurar el bien universal y particular de aquellas Provincias. Ordenamos y mandamos que los repartimientos, como antes se hacían de los Indios e Indias para la labor de los campos, edificios, guarda de ganados, servicios de las casas y otros cualesquiera, cesen: y porque la ocupación en estas cosas es inexcusable, y si faltase quien acudieses a ellas, y se ocuparen en tales ejercicios, no se podrían sustentar aquellas Provincias, ni los Indios, que han de vivir de su trabajo. Ordenamos, que en todas nuestras Indias se introduzca, observe y guarde, que los Indios se lleven y salgan a las plazas, y lugares públicos acostumbrados para ello, donde con más comodidad suya pudieren ir, sin vejación, ni molestia, mas que obligarlos a que vayan a trabajar, para que los Españoles, o

Ministros nuestros, Prelados, Religiones, Sacerdotes, Doctrineros, Hospitales o Indios, y otras cualesquier Congregaciones, y personas de todos estados, y calidades, los concierten y cojan allí por días, o por semanas, y ellos vayan con quien quisieren, y por el tiempo que les pareciere, sin que nadie los pueda llevar, ni detener, contra su voluntad: y de la misma forma sean compelidos los Españoles, vagabundos, y ociosos, y los Mestizos, Negros, Mulatos, y Zabaigos libres, que no tengan otra ocupación, ni oficio, para que todos trabajen, y se ocupen en servicio de la República por sus jornales acomodados, y justos, y que los Virreyes y Gobernadores en sus distritos tasen con la moderación, y justificación, que conviene, estos jornales y comidas que se les hubieren de dar, conforme a la calidad del trabajo, ocupación, tiempo carestía o comodidad de la tierra, con que el trabajo de los Indios no sea excesivo, ni mayor de lo que permite su complexión, y sujeto, y que sean pagados en mano propia, como ellos quisieren, y como mejor les estuviere, teniendo de el cumplimiento de todo lo referido mucho cuidado, y así se guarde, sin perjuicio de lo resuelto en los Indios Mitayos, donde y como expresamente se permitiere por las leyes desta Recopilación, y no en otro ningún caso.

## LOS VALORES FUNDAMENTALES DE LA VIDA SOCIAL

### *La Verdad*

Precursoramente, la legislación española indiana se ocupa de que los indios accedan al conocimiento. No otro objeto tenían las misiones, fundadas en las áreas periféricas de la América hispana, donde a los indios se les enseñaba, además de la fe católica, el acervo de conocimientos de la cultura material vigente: agricultura, ganadería, oficios, artes, lengua, música... De tal modo que, al cabo de una decena de años, los indios habían adquirido la cultura y estaban capacitados para gestionar por sí mismos la misión, constituida entonces en embrión de un nuevo pueblo. Así fue como se colonizó por España el territorio de los Estados Unidos.

Además de las misiones, las Leyes de Indias impusieron de un modo general el aprendizaje de los indios, de modo que al final pudieran vivir con «policía», esto es, de un modo civilizado, con arreglo a los cánones de la cultura occidental. Veamos algunos ejemplos:

Libro 1.<sup>o</sup>, título 1.<sup>o</sup>, ley 1.<sup>a</sup>. Obligación de los sacerdotes de enseñar a los indios la lengua española.

Libro 1.<sup>o</sup>, título 15.<sup>o</sup>, ley 6.<sup>a</sup>. Para mejor enseñar a los indios, los religiosos doctrineros deben ser examinados por los prelados diocesanos en la suficiencia y lengua de los indios de sus doctrinas.

Libro 1.<sup>o</sup>, título 7.<sup>o</sup>, ley 13.<sup>a</sup>. Que los Prelados procuren en las visitas y en todas las ocasiones la educación, enseñanza y buen tratamiento de los indios.

Libro 4.<sup>o</sup>, título 1.<sup>o</sup>, ley 1.<sup>a</sup>. Porque el fin principal que nos mueve a hacer nuevos descubrimientos es la predicación y dilatación de la Fe Católica, *y que los indios sean enseñados, y vivan en paz y policía.*

Libro 6.<sup>o</sup>, título 1.<sup>o</sup>, ley 17.<sup>a</sup>. Que a los indios se les pongan maestros para enseñarles la lengua castellana...

Libro 1.<sup>o</sup>, título 1.<sup>o</sup>, ley 19.<sup>a</sup>. *Que los indios sean puestos en policía, para que aprovechen más en Cristiandad y policía, que vivan juntos y concertadamente.*

Esto, por lo que se refiere a la verdad en líneas generales, porque, cuando de lo que se habla es de la Verdad con mayúsculas, el conocimiento de la Verdad evangélica, las Leyes de Indias abundan en preceptos. Muchos de ellos se dirigen a los encomenderos, es decir, a aquellos españoles que por los méritos realizados reciben indios «en encomienda», que no significa que hayan de trabajar para sus respectivos encomenderos, sino que el tributo que como vasallos deben a la Corona, en lugar de abonarla a esta, lo entregan a los encomenderos. Eso sí, estos a trueque están obligados a proveer de «doctrina» a los indios, es decir, de costear que haya clérigos que regularmente prediquen el Evangelio a los nativos y practiquen el culto. Las Leyes de Indias son pródigas en esta obligación. Así, citemos la ley 1.<sup>a</sup> del título 8.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>:

Luego que se haya hecho la pacificación, y sean los naturales reducidos a nuestra obediencia, el Adelantado, gobernador o Pacificador en quien esta facultad resida, reparta los Indios entre los pobladores, para que cada uno se encargue de los que fueren de su repartimiento, y los defienda, y ampare, *proveyendo ministro que les enseñe la Doctrina Cristiana, y*

*administre los Sacramentos, guardando nuestro Patronazgo, y enseñe a vivir en policía, haciendo lo demás, que están obligados los Encomenderos en sus repartimientos, según se dispone en las leyes de este libro.*

Valga por todo lo dicho la ley 1.<sup>a</sup> del título 1.<sup>o</sup> del libro 1.<sup>o</sup>. Por lo común, la ley 1.<sup>a</sup> de un libro contiene la exposición de motivos del precepto:

*Dios nuestro Señor... ha servido de darnos el señorío de este mundo... ha dilatado nuestra Real Corona en grandes Provincias... Y teniéndonos por más obligado que otro ningún Príncipe del mundo a procurar su servicio y la gloria de su Santo nombre... felizmente hemos conseguido traer al Gremio de la Santa Fe Católica Romana las innumerables Gentes y Naciones que habitan las Indias Occidentales, Islas y tierra Firme del Mar Océano... Mandamos y encargamos a nuestros Virreyes, Audiencias y Gobernadores de nuestras Indias *que tengan muy especial cuidado en la conversión y Cristiandad de los Indios, y que sean bien doctrinados y enseñados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica y Ley Evangélica...**

### *La caridad*

Una vez más, las Leyes de Indias se inspiran en la caridad, cuando regulan las situaciones desfavorables de la clase frágil, los naturales de América:

*Libro 1.<sup>o</sup>, título 4.<sup>o</sup>, ley 1.<sup>a</sup>. De los hospitales y cofradías: Encargamos y mandamos a todos nuestros Virreyes, Audiencias y Gobernadores, que con especial cuidado provean que en todos los pueblos de españoles y de indios *se funden hospitales donde sean curados los pobres enfermos y se ejecute la caridad cristiana.**

*Libro 1.<sup>o</sup>, título 3.<sup>o</sup>, ley 10.<sup>a</sup>. Regula el servicio de los indios que trabajen bajo salario en las minas: Para el beneficio y labor de las minas se repartan Indios... hagan y funden poblaciones de Indios, donde se recojan, y vivan en Pueblos formados, y tengan la *doctrina, Hospitales y todo lo demás necesario, en que sean curados los enfermos...**

*Libro 6.<sup>o</sup>, título 13.<sup>o</sup>, ley 21.<sup>a</sup>. Encargamos a todas nuestras Justicias *la buena y cuidadosa cura de los Indios enfermos, que**

adolecieren en la ocupación de labores y trabajos... que tengan socorro de medicinas...

Libro 6.º, título 13.º, ley 22.<sup>a</sup>. A los indios que trabajaren en casa donde estuviere permitido... *los curen en sus enfermedades, y entierren si murieren*. Y declaramos que en cuanto a curar a los Indios que enfermaren, y enterrar a los difuntos, se cumpla y ejecute donde no hubiere Hospital, en que sean curados como convenga.

Libro 6.º, título 13.º, ley 23.<sup>a</sup>. Que el indio enfermo pueda salir de casa de su amo a curarse.

Libro 6.º, título 14.º, ley 2.<sup>a</sup>. Regula las Ordenanzas de la extracción de coca, estableciendo que una parte de las ganancias obtenidas con esta explotación, *se reserve para el Hospital de los Indios*.

Libro 6.º, título 15.º, ley 1.<sup>a</sup>. Regula el servicio de los indios en las minas, y se autoriza que los indios puedan acudir a trabajar en ellas, con tal de que se cumplan dos condiciones: que no se cambie el temple (los de zonas frías no vayan a calientes, y viceversa), y que haya Hospital donde sean curados de sus dolencias.

Otros preceptos de la legislación indiana pueden citarse como muestras diversas del principio de la caridad, que protege a los más desfavorecidos. Así, el libro 1.º, título 4.º, ley 1.<sup>a</sup>, que juzga de importancia que los indios no sean extraídos de sus pueblos de origen, pues ello les resulta muy perjudicial, dada la experiencia. Es más, ni siquiera con ocasión de delitos deben ser sacados de sus pueblos:

Que los Prelados y jueces eclesiásticos no saquen indios de sus pueblos, y si algún delito hubieren cometido los castiguen en ellos, porque nuestra intención es que no reciban agravio ni molestia, y sean favorecidos y ayudados...

Y el libro 1.º, título 4.º, ley 1.<sup>a</sup>, contiene otra norma claramente adscribible al principio de la caridad, y que manifiesta una vez más el extremo paternalismo de la Corona española hacia los naturales:

Que los jueces eclesiásticos no condenen a los Indios a penas pecuniarias, por la suma pobreza que padecen los Indios, y lo

que deseamos aliviarlos.

Precepto que casa con otro relacionado también con las condenas por delitos, y que excluye el funesto destino a trabajar en los obrajes:

Libro 1.<sup>o</sup>, título 4.<sup>o</sup>, ley 7.<sup>a</sup>. Que tampoco los jueces eclesiásticos condenen a los Indios a obrajes... ni condenarles a que sus servicios se vendan por algunos años.

### La Justicia

La justicia es un principio omnipresente en las Leyes de Indias. Porque en último término, ante el encomendero que abusa, el propietario de una hacienda que se sirve abusivamente de los indios, el dueño de un obraje que mantiene en situación de semiencierro a unos trabajadores, ante cualquier situación de abuso sobre los naturales, solo queda la acción de la justicia.

Pero esa acción debe ser precisamente eso, «justa», algo que no siempre estaba garantizado en los territorios americanos, tan lejanos, tan proclives al abuso por parte de los particulares, de las autoridades e incluso de los clérigos. Casos hubo de todo ello, y lo que hacen las Leyes de Indias es tratar de atajarlos, interponiendo múltiples cautelas para que el indio pueda recurrir a los tribunales para hacer valer sus derechos.

Son innumerables las cautelas que adoptan las Leyes de Indias para que los naturales de América accedan al bien de la justicia. Así, el libro 5.<sup>o</sup>, en su ley 19.<sup>a</sup>, dispone que «es nuestra voluntad enviarles Justicias que amparen y defiendan a los Indios».

Esta preocupación de la legislación indiana no solo es constante a lo largo de ella, sino que llega al extremo de crear una figura específica para que el indio obtenga la justicia que merece. Se trata del «protector de indios», recogido en el título 6.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>:

Ley 1.<sup>a</sup>. Ordenamos que haya Protectores de Indios... y que estos sean personas de edad competente, y ejerzan sus oficios con la Cristiandad, limpieza y puntualidad que son obligados, pues han de amparar y defender a los Indios, y castigar con rigor los excesos que se cometieren.

Se instituye pues el Protector de indios como una figura especial, pensada para atender y resolver cualquier incidencia, demanda, protesta o abuso de los que tenga conocimiento el Protector. Ciertamente que esta figura ya había sido creada en el siglo



XVI, pero los abusos cometidos por algunos protectores sobre los indios, a los que revendían artículos a mucho mayor precio del de mercado, determinó que se suprimieran. Como tantas veces ocurrió con los asuntos de Indias, la mala inclinación de unos pocos contaminó la figura entera.

Pero, como quiera que la figura del Protector de indios era en sí muy necesaria y ventajosa para los nativos, la Corona la restableció, aunque rodeándola de cautelas como las citadas, para impedir la desnaturalización de la figura. Así, dentro del mismo título se exige a los protectores informes periódicos a los virreyes sobre la situación de los indios (ley 12.<sup>a</sup>); que los protectores no puedan designar sustitutos (ley 6.<sup>a</sup>); que sean recibidos inmediatamente por los virreyes cuando pidieran audiencia (ley 10.<sup>a</sup>); que cualquier persona, religiosa o civil, avise de inmediato al Protector cuando advierta que algún indio no goza de libertad (ley 14.<sup>a</sup>); que los protectores vigilen estrechamente el estado de los pleitos y causas judiciales de los indios (ley 4.<sup>a</sup>); que vigile asimismo que en tales pleitos no paguen más de medio real en concepto de costas (ley 4.<sup>a</sup>) y otras normas encaminadas a hacer del Protector de indios lo que su nombre indica.

La atención prestada por las Leyes de Indias al asunto del indio en relación con la justicia es indicativa de varias cosas: de que menudearon los pleitos en los que estaban involucrados los indios; de que existía la tendencia por parte de los españoles a incumplir las leyes protectoras de los indios, ya fuera en relación a su libertad, ya fuera en relación a las condiciones de su trabajo; y a que estos aprendieron a servirse de los instrumentos proporcionados por esas mismas leyes para reivindicar sus derechos, de tal modo que debieron proliferar las causas judiciales.

De ahí que la legislación indiana se ocupe prolijamente a cuanto concierne a la justicia y el indio. Son muchos los preceptos en tal sentido, y por ello limitémonos a citar algunas de estas normas protectoras. Así, que no pueden ser objeto de apelación las leyes que sean favorables a los indios; que los virreyes y gobernadores conozcan en primera instancia las causas de indios; que los indios pueden juntarse para otorgar poder ante la justicia; que han de estar exentos de pagar décimas en las ejecuciones, y que los órganos judiciales atiendan a que «no sean maltratados de nadie, y todos los favorezcan y alivien cuanto sea posible»; que se hagan juicios de residencia a los visitantes de indios, así como a los jueces de obrajés, y que en cualquier juicio de residencia se haga publicidad, para que los indios puedan deponer sus argumentos; que se permita que trabajen a destajo en las obras públicas, «con tal que intervenga la Justicia»; que los alcaldes de indios tengan jurisdicción en faltas

menores; que los capataces de las haciendas no tengan «vara de señorío»; que se nombre siempre abogado y procurador en causas de indios; que los indios puedan quejarse ante las audiencias; que no se pueda condenar a los indios a servicio personal, y que la condena sea en todo caso justa; si los indios guardan casas y estas son robadas, que no se les cargue el valor de lo robado y, de modo semejante, que no hayan de pagar el ganado perdido y confiado a su causa.

Y, para concluir, esta curiosa norma contenida en la ley 11.<sup>a</sup> del título 10.<sup>o</sup> del libro 5.<sup>o</sup>:

Que entre Indios no se tengan por delito, para efecto de hacer proceso, ni imponer pena, ni hacer castigo, palabras injuriosas, puñadas ni golpes, que se den con las manos, no interviniendo arma, ni otro instrumento alguno; pero sean reprehendidos por la Justicia, teniendo atención siempre a los pacificar, y excusar entre ellos diferencias y cuestiones.

## LA PARTICIPACIÓN EN LOS ASUNTOS DE LA COMUNIDAD

La participación supone reconocer a cualquier persona integrante de una comunidad, el derecho a formar parte de ella de una forma activa. Durante siglos, este derecho ha sido denegado a minorías o a grupos enteros de la sociedad, ya fueran negros, esclavos, indigentes, siervos de la gleba o, en el caso de las colonias inglesas de América del Norte, indios.

La participación es pues un término amplio, genérico, que se concreta en diversos niveles, desde el derecho a intervenir u opinar en la gestión de lo público hasta el deber de contribuir al sostenimiento de las instituciones a través de los impuestos.

Es bajo este prisma que las Leyes de Indias instituyen los llamados «pueblos de indios», diseñados con varias finalidades: evitar la dispersión de los indios en caseríos aislados, en especial en el área de los Andes; facilitar su adoctrinamiento por parte de los religiosos; controlar el cobro del tributo obligatorio, etc.

En este sentido, la ley 1.<sup>a</sup>, título 5.<sup>o</sup>, libro 6.<sup>o</sup>, justifica el tributo a los indios, en cuanto miembros de la comunidad:

Porque es cosa justa y razonable que los Indios que se pacificaren y redujeren a nuestra obediencia y vasallaje, nos sirvan y den tributo en reconocimiento del señorío y servicio,

que como nuestros súbditos y vasallos deben, pues ellos entre sí también tenían costumbre de tributar a sus teules y principales. Mandamos que por esta razón nos acudan con algún tributo en moderada cantidad de los frutos de la tierra, como y en los tiempos que se dispone por las leyes deste título. Y es nuestra voluntad, que los Españoles, a quien por Nos o nuestro poder hubiere, se encomendaren, lleven estos tributos, porque cumplan con las cargas a que están obligados...

Otras normas se encargan de regular el tributo indio, como la ley 9.<sup>a</sup>, título 5.<sup>o</sup>, libro 6.<sup>o</sup>:

Hay indios que trabajan en minas, huertas y haciendas que no tributan, pudiendo hacerlo con facilidad, y porque los más ganan a cuatro y a cinco pesos al mes, y con comodidad podrán tributar por lo menos a dos pesos al año... mandamos que se dé orden como tributen con toda moderación...

Vemos pues de la letra de este precepto que la carga fiscal que pesaba sobre el indio era la exigua del 4 % de sus ganancias, porcentaje en verdad moderado, sobre todo si se tiene en cuenta que la carga fiscal que pesaba sobre un nativo bajo el Imperio inca era nada menos que del 66 %.

Este paternalista sistema tributario español en relación con el indio se ratifica con preceptos como el de la ley 10.<sup>a</sup> del título 5.<sup>o</sup> del libro 6.<sup>o</sup>:

Los indios que trabajan en estancias, obrajes y otros ejercicios, no estando en condiciones de tributar a sus encomenderos, se les imponga el tributo posible y proporcionado a las ganancias de sus ocupaciones, y este se cobre para Nos.

La participación de todos en la vida social conlleva no solo el deber de contribuir con impuestos de tipo general, sino el de contribuir al bien común de una forma más personalizada, para abordar obras o tareas específicas. Esto se halla en trance de desaparición en los Estados modernos, donde estos reciben los impuestos y distribuyen los fondos según su criterio. Pero, en otros tiempos, la llamada «contribución especial para fines específicos» era algo corriente.

Las Leyes de Indias recogen algunas disposiciones en este sentido, lo que supone vincular la participación del indio en la colectividad, si bien, con el tono paternalista habitual, reserva su contribución para casos muy especiales. Así, mientras la ley 6.<sup>a</sup> del

título 15.<sup>o</sup> del libro 4.<sup>o</sup> releva a los indios de repartimientos y derramas, la ley 7.<sup>a</sup> permite su aportación con muchas cautelas:

Solo en el caso de una obra muy necesaria para el trajín y comercio de los indios, siendo la obra muy necesaria e inexcusable, se les debe repartir alguna cantidad, lo menos que se pueda, con que no exceda de la parte sexta del gasto, y los indios paguen de los frutos y provechos que en sus Pueblos tuvieren.

La participación en sentido estricto de los indios en la gestión de los asuntos públicos también encuentra su refugio en las Leyes de Indias. A estos efectos, cabe destacar la figura de las reducciones, reguladas por el título tercero del libro sexto. Las reducciones tenían por objeto concentrar a los indios dispersos en nuevos pueblos específicamente fundados para albergar a los indios y facilitar su adoctrinamiento y su cultura. Así los justifica la ley 1.<sup>a</sup> de este título:

Con mucho cuidado y particular atención se ha procurado siempre interponer los medios más convenientes para que los Indios sean instruidos en la Santa Fe Católica y Ley Evangélica, y olvidando los errores de sus antiguos ritos y ceremonias, *vivan en concierto y policía*, y para que esto se ejecutare con mayor acierto se juntaron diversas veces de nuestro Consejo de Indias y otras personas religiosas, y congregaron los Prelados de Nueva España el año de 1546, por mandado del señor emperador Carlos V, de gloria memoria, los cuales con deseo de acertar en servicio de Dios, y nuestro, resolvieron *que los Indios fuesen reducidos a Pueblos, y no vivieran divididos y separados por las Sierras y Montes, privándose de todo beneficio espiritual, y temporal*, sin socorro de nuestros Ministros, y del que obligan las necesidades humanas, que deben dar unos hombres a otros. Y por haberse reconocido la conveniencia de esta resolución por diferentes órdenes de los señores Reyes nuestros predecesores, fue encargado, y mandado a los Virreyes, Presidentes, y Gobernadores, que con mucha templanza y moderación ejecutaren la reducción, población y doctrina de los Indios, con tanta suavidad y blandura, que sin causar inconveniente diese motivo a los que no pudiesen poblar luego, que viendo el buen tratamiento y amparo de los ya reducidos, acudiesen a ofrecerse de su voluntad, y se mandó que no pagasen más imposiciones de lo que estaba ordenado. Y porque lo susodicho se ejecutó en la mayor parte de nuestras

Indias, ordenamos, y mandamos, que en todas las demás se guarde, y cumpla, y los Encomenderos lo soliciten, según y en la forma que por las leyes de este título se declara.

Con el fin de que tales pueblos se mantuvieran al margen del contacto español en la medida de lo posible, se preveía no solo que todos sus pobladores fueran indios, sino también sus regidores:

Libro 6.<sup>o</sup>, título 3.<sup>o</sup>, ley 15.<sup>a</sup>. Ordenamos que en cada Pueblo y Reducción haya un Alcalde indio de la misma Reducción, y si pasare de ochenta casas, dos Alcaldes, y dos Regidores, también indios, y aunque el pueblo sea muy grande, no haya más que dos Alcaldes y cuatro Regidores; y si fuere de menos de ochenta indios y llegare a cuarenta, no más de un Alcalde y un Regidor, los cuales han de elegir por Año Nuevo otros, como se practica en Pueblos de Españoles e Indios en presencia de los Curas.

Otro interesante caso de autogestión es el de las misiones, en especial en las vastas extensiones del suroeste de los Estados Unidos: Nuevo México, Arizona, Colorado, Tejas... Allí fue donde prendió el modelo de la misión de modo más efectivo y exitoso, ya que, gracias a las misiones españolas, las tribus indias lograron sobrevivir en los Estados Unidos, a diferencia del territorio situado al este del río Misisipi, donde se establecieron los colonos ingleses, y donde los indios fueron ignorados primero y desplazados después por unos colonos ávidos de tierras, con el resultado de que no quedan indios en el área de las antiguas trece colonias británicas.

En efecto, en el territorio español, las misiones operaron como agentes transmisores de la fe y la cultura occidental a las tribus indias. Dos misioneros levantaban una misión, alojando en ella a los indios de la comarca circundante. Se les enseñaba, además de la doctrina cristiana, conocimientos de agricultura, ganadería, oficios, lengua, aritmética, teatro, música... Al cabo de diez años, los indios habían asimilado el conjunto de la cultura española material e inmaterial, y los misioneros daban por concluido su objetivo. Entonces *nombraban alcalde y regidores de la misión, ahora convertida en nuevo pueblo*, y se trasladaban a otra región para recomenzar el proceso. De esta forma pacífica, humanitaria, integral, se colonizó por España el suroeste de los Estados Unidos.

---

1 N.E.: Cursivados del autor para enfatizar ciertos aspectos de las leyes.

# EPÍLOGO

## Estados Unidos sin la historia de España

Ahora que se encuentra sometido a un proceso de destrucción salvaje la herencia de España en Estados Unidos, conviene pasar revista a lo que la nación americana sería sin ella, bastando para ello con el rastreo de sus vestigios.

El primero, y acaso el menos importante, la toponimia. Estados Unidos se halla plagado de nombres españoles, y los exhiben estados como Florida, California, Texas, Arizona o Colorado, así como ciudades como San Francisco, Los Ángeles, San Diego o San Antonio, además del incontable número de pueblos, calles y plazas que lucen nombres españoles, como Cabo Cañaveral.

Es significativa la relación de monumentos, fuertes, iglesias y misiones españolas que jalonan el territorio de los Estados Unidos, como el formidable castillo de San Marcos en San Agustín, o la admirable cadena de misiones de California, así como los cascos históricos de las ciudades fundadas por España, como Santa Fe o Albuquerque, todas ellas de diseño y arquitectura españoles.

Tampoco habría ocurrido la epopeya de las exploraciones españolas en Norteamérica, desde Ponce de León, el primer europeo en pisar su suelo; Cabeza de Vaca no hubiera culminado el más fabuloso viaje a pie de la historia, recorrer de parte a parte el sur de los Estados Unidos realizando curaciones milagrosas; Hernando de Soto no habría explorado el este ni avistado el Misisipi, ni Vázquez de Coronado Texas y Nuevo México, y Juan de Oñate no hubiera culminado el definitivo asentamiento de España en toda la región del suroeste.

Más relevante es que sin España hoy no habría indios en Estados Unidos. Esos que están derribando las estatuas de Colón, y no digamos de Junípero Serra o Juan de Oñate, son descendientes de aquellos indios que fueron salvados gracias al esfuerzo de España, de sus misioneros y sus colonizadores. Las Leyes de Indias les protegieron y respetaron sus tierras, y las misiones fundadas de costa a costa los incorporaron a la civilización occidental grecorromana, adiestrándolos en oficios, técnicas, religión, lengua y

cultura. Cuando España abandonó el territorio y penetraron los angloamericanos, los indios fueron despojados de sus tierras, como sucedió en el este, donde por ello se extinguieron del todo los nativos. Pero en las áreas españolas pudieron sobrevivir gracias a que ya eran carpinteros, albañiles, campesinos, ganaderos y otros oficios, que habían aprendido en los cientos de misiones fundadas por Junípero Serra y tantos otros frailes desde California a Florida. Hoy los tribunales de justicia norteamericanos están devolviendo las tierras que les fueron arrebatadas, y lo hacen al amparo de las Leyes de Indias, el Código de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, vigente en Estados Unidos, y las concesiones otorgadas por el rey de España, y son afortunadas las tribus que conservan esos títulos, tan antiguos como valiosos.

El *western* divulgado por Hollywood como gran seña de identidad de los Estados Unidos no hubiera existido. Porque el mundo del *cowboy*, con el vestuario vaquero, la vaca, el caballo, la montura, las espuelas, el sombrero, el rancho y el manejo ganadero, es una réplica exacta del modelo ecuestre y ganadero de las marismas del Guadalquivir, trasplantado al oeste y popularizado por el cine. En puridad, John Wayne es un vaquero de las marismas con un par de pistolas, y ese modelo es radicalmente distinto al de granjero a pie y recogida de heno que trasladaron los pioneros ingleses al Este.

Tampoco Texas o Nuevo México hubieran alcanzado su pujanza ganadera de no ser por las vacas, ovejas y caballos importados desde España. Y California no sería la potencia vinícola que es gracias a las uvas misioneras, que introdujeron los frailes españoles en las misiones.

La lengua española no sería la segunda más hablada en Estados Unidos, ni tampoco la población hispana ascendería a los 55 millones actuales, de no ser por los núcleos españoles iniciales de Florida, Luisiana y el suroeste, el genuino embrión hispano de Estados Unidos, con el cortejo cultural inherente de religión, lengua, carácter, filosofía de vida, fiestas, sentido familiar, solidaridad y generosidad, los rasgos generales del modo de ser hispano.

Los esclavos negros de las plantaciones inglesas de Carolina y Georgia no hubieran contado con la luz de libertad que para su penosa vida significó la proximidad de la Florida española. Anhelaban evadirse y penetrar en ella, porque la monarquía española les otorgaba el estatus de hombres libres, e incluso les construyó un fuerte para alojarse, el fuerte Mosé, refugio de los que lograron escapar de las garras inglesas de la esclavitud, y todo un símbolo, porque es el primer asentamiento de negros libres en los

Estados Unidos.

Los Estados Unidos no hubieran podido independizarse de Inglaterra en 1783, como reconoció el comandante de las fuerzas secesionistas, George Washington, cuando expresó que sin el concurso de España la independencia sería imposible. España ayudó primero a Washington con armas, pólvora, ropa militar y dinero, y luego con ayuda militar directa, cuando el joven Bernardo de Gálvez expulsó a los ingleses del Misisipi y el golfo de México, y puso ambos territorios a disposición de los rebeldes norteamericanos.

Hoy California sería territorio soberano de Rusia, y no de Estados Unidos, porque España penetró en California precisamente para frenar la expansión rusa. Carlos III dio la orden de ocupar California, lo que se logró en una brillante acción, y España se asentó y desplazó a los rusos, que venían descendiendo desde el norte. Y cuando España se marchó de California y la heredó México, a los Estados Unidos les costó poco trabajo expulsar a los mexicanos, pero no hubieran podido hacerlo con la potente Rusia, y hoy en California no se hablaría inglés.

Dígame ahora si existen razón y justicia para derribar las estatuas españolas, sus símbolos, sus calles y el resto de su legado en los Estados Unidos.

### Si España no hubiera descubierto América

Suponer lo que podría haber sido la llamada «historia contrafactual» suele ser ejercicio inútil. ¿Qué habría ocurrido si la Armada Invencible hubiera derrotado a Inglaterra? Imposible saberlo. Pero otra cosa es si hablamos del destino de América y sus gentes, de no ser España la nación descubridora y colonizadora. Y es necesario hacerlo, porque cuántos son los hispanos y los indigenistas que añoran otra cosa: ¡ah, si nadie nos hubiera conquistado!; ¡ah, si nos hubiera colonizado Inglaterra!; son preguntas harto frecuentes entre los criollos hispanos y los indigenistas, esos que están derribando las estatuas de Colón. Y es posible, porque basta con ver la obra de otras naciones en los rincones de América que poblaron, y proyectarla luego al resto del continente.

Pudo ser China, porque la exploradora Flota del Tesoro del almirante Zeng He estaba a punto de descubrir América, cuando recibió la orden de regresar a China porque había cambiado la dinastía reinante, y la flota fue desmantelada. En este caso América sería una simple prolongación de la China comunista, en



consonancia por otra parte con el probado origen oriental de los indios americanos.

Como se hallarían los amerindios bajo regímenes totalitarios, tiránicos y teocráticos, de no haberlos colonizado país europeo alguno, pues los indígenas de América, de condición sumisa, llevaban milenios asfixiados por sucesivas dinastías tiránicas, de las que los terribles aztecas e incas fueron simplemente las últimas.

Más posible es que hubiera sido Portugal el país colonizador, pero ahí está el ejemplo de Brasil para saber lo que hubiera ocurrido: desde su ínfima porción brasileña inicial, los bandeirantes portugueses progresaron robando territorio a España e indios en las misiones españolas, para esclavizarlos en sus plantaciones de azúcar. Pero no siendo suficiente estos brazos, importaron masivamente esclavos, africanizando en buena medida al Brasil actual.

Francia, ansiosa por hacerse con un imperio en el Nuevo Mundo, lo intentó en Norteamérica y se topó con Inglaterra al norte y con España al sur. Sus esfuerzos no hicieron otra cosa que importunar a ambos, hasta que acabaron expulsando a Francia del continente. Pero su paso por América dejó no obstante la muestra de su pésimo hacer: en la Luisiana se dedicaron los franceses a suministrar a los indios ron a destajo y armas contra los españoles, y en el Caribe dejaron tras ellos Haití, un país paupérrimo, con una población enteramente negra descendiente de esclavos.

Holanda, otro potencial descubridor, fue un caso extremo de codicia calvinista, que no vio en América otra cosa que un botín, hasta el punto de que, al igual que Inglaterra, colonizó su porción americana con el sistema de Compañías de Indias para su explotación, y aplicó en Antillas la práctica del monocultivo, lo más perverso inventado por el hombre para la tierra y para el ser humano, y del que hablaremos luego. Su depredador paso por América no dejó otro rastro que beneficios en Holanda, y en América campos yermos y negros esclavizados.

Y queda por supuesto Inglaterra. Sus colonos no buscaron en América cosa distinta a los recursos naturales, la tierra sobre todo, a despecho de sus propietarios anteriores, los indios americanos. No contaron con ellos ni como dueños de la tierra, ni como mano de obra, ni como parejas sexuales. Ocuparon la tierra y extendieron el sistema del monocultivo, que consistía en desbrozar los campos y condenarlos a un solo cultivo, en los primeros tiempos la caña de azúcar.

Pero el monocultivo es un azote para la tierra, ya que agota sus minerales y la esquilma, siendo necesario desbrozar más y más suelos para alimentar al rey azúcar. Después siguieron el plátano, el

algodón..., insaciables monocultivos destructores de la tierra y de las personas, porque precisan de una ingente cantidad de brazos.

Y estos brazos salieron de África. Con el azúcar como eje, Inglaterra instauró el infame comercio triangular: sus colonias americanas producían azúcar, que se llevaba a Inglaterra y se transformaba en ron; este ron se llevaba a África y servía para comprar esclavos, capturados en el interior del continente por corruptos caciques negros, que los servían maniatados a los barcos de la trata, y estos esclavos se llevaban a las plantaciones de azúcar de América, cerrándose así el siniestro triángulo. Y en el camino quedaban las fortunas de conocidos aristócratas ingleses, que con semejante negocio decoraron la campaña inglesa con soberbias mansiones palaciegas.

¿Y los indios? ¿Qué fue de los indios bajo los ingleses? Dicho que no contaron con ellos, sí les interesaron sus tierras, de las que los colonos se apoderaron sin más. Y cuando las tribus protestaron, fueron exterminadas. Inapelables son los números: cuando España e Inglaterra desembarcaron en Estados Unidos había un millón de indios. Cuando salieron quedaban 500.000, todos ellos en las áreas españolas del Oeste y casi ninguno en las inglesas del Este.

Esta es la realidad. De haber llegado nadie, hoy seguirían los indios presos de tiranías teocráticas. Y, según cuál hubiera sido la nación colonizadora, habrían sido esclavizados, extinguidos, alcoholizados o sustituidos por africanos. En lugar de eso llegó a América un país, España, que en líneas generales, y siempre con las consabidas excepciones, no dedicó la tierra al monocultivo, sino a un saludable mosaico de cultivos; ni tampoco extendió la esclavitud, como lo prueba que los antiguos virreinos españoles no sean naciones negras; que con las Leyes de Indias protegió a los indios, su libertad, su trabajo retribuido y sus tierras, hasta el punto de que hoy en América viven más indios que a la llegada de España; que se mezcló con ellos hasta hacer de América un continente mestizo; que extendió el cristianismo y la lengua española, y que llevó a América, además de alimentos, aperos y ganados europeos, la cultura occidental, sembrándola de hospitales, templos, catedrales, colegios, universidades, ciudades, pueblos y misiones.

Documéntense pues los habituales críticos de la herencia española, a la que acusan de genocida, rapiñadora y destructora de culturas, y agradezcan que no otra nación, sino España, con su humanismo cristiano y sus leyes, arribara a sus costas.